

1960

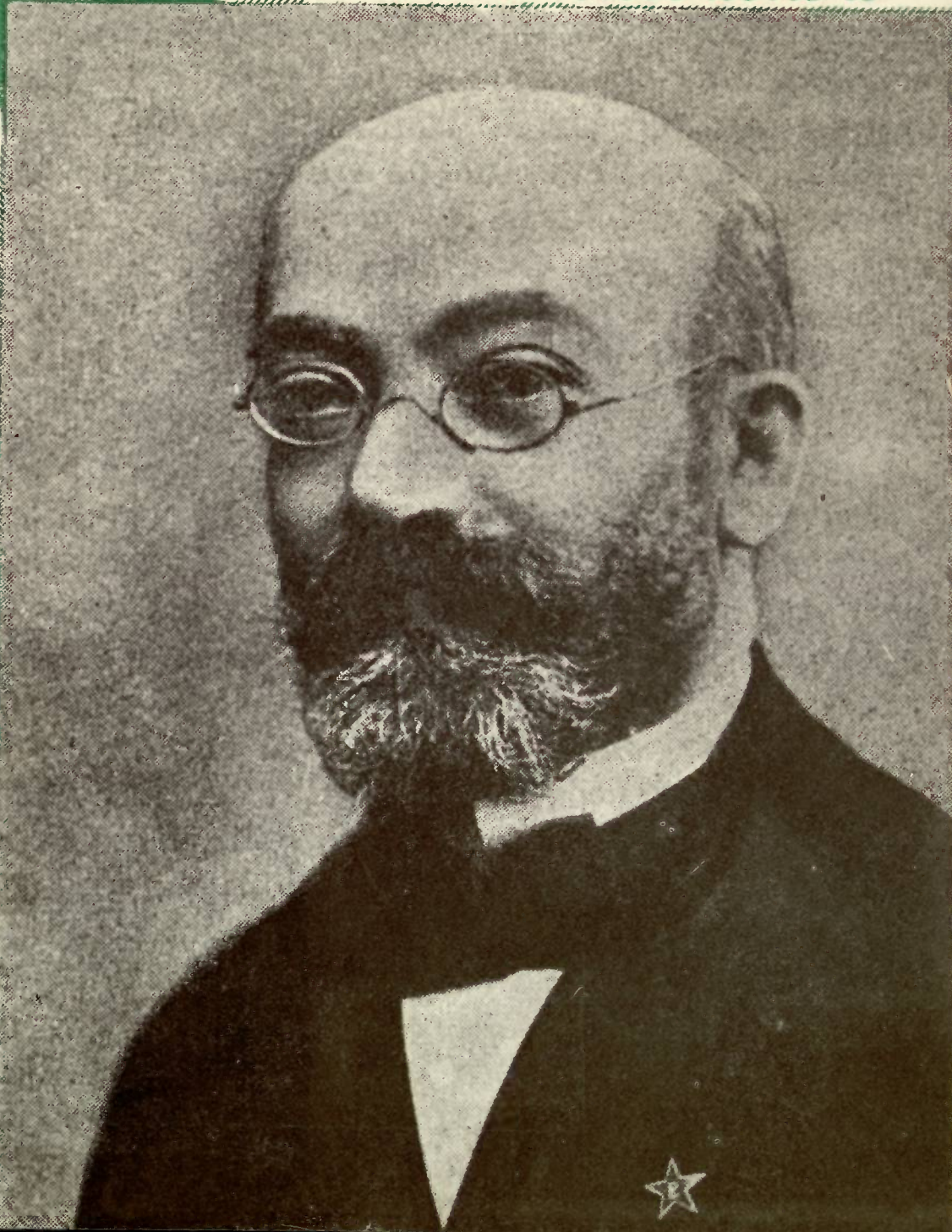
# GENIIT

sociología  
ciencia - literatura

UNIVERSITÉS DE PARIS  
Bibliothèque de  
documentalistes  
internationales  
contemporaines

9  
Sumario

El culto al heroísmo. — **G. Baldelli**: El budismo Zen. — **José Peirats**: El héroe de la revolución española. — Tres charlas en la B.B.C. — **Rodolfo Rocker**: De la España musulmana. — **Angel Samblancat**: Santísimo sacramento social. — **Felipe Alaiz**: ¿Qué hace ahí ésa? — **E. Armand**: Notas sobre la biblia. — **Eugen Relgis**: Algo sobre la filosofía viva. — **Plácido Bravo**: De la sumisión a la rebeldía. — **B. Milla**: Obsesión de la sangre en la poesía de F. García Lorca. — Selección de **V. Muñoz**: El pensamiento vivo de José Prat. — **M. Celma**: La vida y los libros. — Microcultura. — **M. Rama**: Revoluciones sociales del siglo XX (folletón encuadernable)



109

ENERO - 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4175523



## NUESTRA PORTADA

# Lázaro Ludovico Zamenhof

El año 1859, en la ciudad de Bielostok (Polonia) tuvo lugar el nacimiento del que más tarde se distinguió por haber legado a la humanidad el instrumento más perfecto que se conoce para facilitar la relación de hombres y pueblos: el Esperanto.

Hoy, con ocasión del centenario de su nacimiento, no ha habido país en donde no haya sido recordado con profunda estima y consideración. En el homenaje han participado todas las razas y todas las clases, lo que constituye ya un éxito incontestable de las ideas universalistas de Zamenhof. No se merecía menos el insigne filólogo y humanista. Pues que si la Torre de Babel fué creada por los dioses para confundir a los hombres, el Esperanto ha venido a decir que no hay dios que pueda contra la voluntad de creación conjugada por el cerebro y por el corazón.

Como Servet, como Copérnico, como Newton, Lázaro Zamenhof ha dado un mentís formal a la quimera de los deistas, que quieren legislar e interpretar al universo de una vez para siempre. Ante éstos, ante el hombre inquieto, los dioses, con toda su altivez, superchería y arrogancia han debido batirse en retirada.

En la obra de Zamenhof concuerdan tres cualidades que lo hacen inmortal: la del filólogo, la del humanista y la del sociólogo.

Estudiar la obra de Zamenhof y divulgarla es también contribuir a la regeneración humana, es también hacer la Revolución Social.

# CENIT

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Enero 1960

Nº 109

## El culto al heroísmo

**E**L héroe, la silueta romántica del hombre valeroso, genio de la acción individual, arrojado, magnífico y magnicida, empieza a acusar su decadencia con los progresos del psicoanálisis y la puesta en circulación del héroe de cartón. Una doble sincronización ofensiva tiende a borrar de la faz de nuestro mundo y de las páginas de la historia, el gesto épico, arrogante, de un solo hombre o de un número reducido de individualidades que levantaron en vilo una época, teniendo por musa a la justicia frente a la injusticia, a la libertad en beigerancia con la tiranía.

La ciencia se ha burlado del héroe interpretándolo como simple efecto de una secreción glandular, de anomalías orgánicas o fisiológicas. Cuando este método no ha bastado para ridiculizarle, se ha colocado detrás del héroe, de la acción del héroe, un simple motivo banal: una enfermedad incurable, la perfidia de una mujer o el mismo miedo, concepto rival del heroísmo.

La doble ofensiva contra el héroe es la más abyecta, la más irreverente, la que condensa mayor cantidad de sarcasmo contra la poesía épica que tiene por motivo al hombre en aras de la acción. Desde que el Estado pudo comprobar la trascendentalísima influencia del héroe fué montada una industria llamada a producirle en serie. Englobamos al Estado y a la Iglesia en la empresa explotadora del héroe manufacturado, hecho standard, según diseño apropiado a las necesidades de productores, distribuidores y consumidores.

El censo nutrido de santos, apóstoles y mesías responde a esta necesidad o demanda mercantil de héroes capaces de deslumbrar a los papanatas, consumidores éstos a la vez de rezos, comuniones e indulgencias. Los tonsurados, fabricantes de héroes, de héroes de martirio, martirizados o martirizantes marcaron la pauta de ensalzar al heroísmo a momias que vivieron hace centenares de miles de años, simples números o soldados de segunda en el acervo común de nuestros oscuros desaparecidos. La heroicidad no puede así ser discutida. No podemos impugnar a un héroe de las catacumbas de Roma, de los desiertos de Libia, de China o de la Conchinchina.

Nuestros Estados modernos, fabricantes a la cadena de héroes de cartón, han batido el record. En nuestros días se fabrica un héroe a la vista del público, sin recurrir al ilusionismo, caro al arte de la prestidigitación. El héroe se fabrica por mandato, por decreto, poniéndole una etiqueta de tal al primer restacueros con alma de bufón y cara de cemento armado.

Nadie es profeta en su tierra ni lo fueron, en consecuencia, los fabricados en España con barro de nuestro propio solar.

El héroe de cartón tiene como telón de fondo a la masa pegajosa, fanática, adocenada, educada para la procesión y para el desfile; para el desfile; para berrear himnos, ladrar consignas y hacer cabriolas con banderas y pendones.

Nosotros creemos en un solo heroísmo: el heroísmo del hombre, en lucha permanente contra su propia ignorancia, capaz de pulirse a sí mismo como se pule a un diamante. El autodidacta, el que es capaz de conquistar para sí un nuevo mundo, es decir, una cultura, robando horas al descanso, contando todos sus días y aprovechando todo su tiempo; aquél que no cree en el cautiverio de la cultura, en la cárcel de la universidad, teniendo por carcelero al Estado; el que, por el contrario, concibe libre y aprehensible la cultura y al alcance de nuestra voluntad pertinaz; el capaz de cincelarse a sí mismo de la tosquedad de los prejuicios; el que debe el ser hombre a su propio esfuerzo, es para nosotros el único héroe, hecho de luz y de bronce.





# EL BUDISMO ZEN

**S**E nos repite todos los días en cada periódico y en cada emisión radiofónica, que el mundo está dividido en dos bloques, que hay conflicto entre Oriente y Occidente y que la suerte de la humanidad depende del resultado de este conflicto. Hay algo que suena a falso en estas afirmaciones. Pero la más insidiosa falsedad es la que pretende presentarnos al Oriente dentro de la ideología y estructura sociales de la U.R.S.S. y de China.

La ideología comunista es profundamente occidental por su dialéctica, por su materialismo y por su interpretación histórica basada en la lucha de clases, afirmando el predominio de la economía; por su fe en la ciencia, en la tecnología y en el trabajo; por haberse instaurado mediante el adoctrinamiento de las masas, la coacción y la fuerza; por su monopolio y planificación; en fin, por su negación de una región o de una actividad del espíritu. En cuanto a las estructuras sociales que le corresponden, no son muy diferentes de las que encontramos en los países capitalistas, ya sea porque éstas tiendan a reformarse tomando como modelo aquéllas, ya sea porque aquéllas estén dispuestas a apropiarse de las novedades y ventajas de éstas. El conflicto tan mal definido entre el Este y el Oeste, no es, pues, el choque de dos concepciones diferentes de la vida separadamente maduradas por varios siglos de historia, sino una doble tentativa de dominación mundial y una amenaza de explosión y de desintegración de una sola civilización: la Occidental.

La ceremonia del té, el arte de las glorietas, la pintura de los Sungs, de los Sumiyes y de los Kanos, la poesía de Basho, la apacible simplicidad de la arquitectura japonesa, la técnica del jiu-jitsu (lucha japonesa) y de la esgrima, el código de caballería de los Samurai, he ahí algunas cosas, verdaderamente orientales, que hemos escogido y reunido porque todas ellas han sido producidas o fuertemente influenciadas por la misma filosofía: la de la secta budista Zen. Queremos referirnos a esta filosofía no sólo porque es típica y plenamente oriental, sino también, porque, nacida en la India y establecida en China, se ha extendido por fin al Japón, absorbiendo algo de estos tres pueblos, los más numerosos de Asia, y ofreciéndoles una visión del mundo y un método de vida comunes.

El budismo Zen es una filosofía y una religión con un centro de experiencia mística (satori) intransmisible. El esfuerzo intelectual es serio y sistemáticamente dirigido hacia la solución de problemas (koan) tales como los siguientes:

- 1.º Un sonido de produce aplaudiendo. ¿Cuál es el sonido producido por una sola mano?
- 2.º Erase una vez un hombre que tenía una oca metida en una botella. La oca engordó tanto que

ya no podía salir. El hombre no quería ni romper la botella ni hacer daño a la oca. ¿Cómo consiguió sacarla?

3.º Un hombre se mantiene por los dientes en la rama de un árbol y se encuentra en la imposibilidad de hacer uso ni de manos ni de pies. Se le pregunta qué es el Zen. Si no responde no puede satisfacer a su interlocutor, y si responde, aunque nada más pronuncie una palabra, caerá del árbol y se matará. ¿Qué haría usted encontrándose en su lugar?

Problemas complejos, sin duda. Y si leyéramos las anécdotas y los diálogos de los sabios y patriarcas de esta religión, nos creeríamos en un mundo de locos o de imbéciles. Por ejemplo, un fraile se presenta a Chau-Chou inquiriendo instrucción. «¿Has desayunado?», le pregunta éste. «Sí», responde el otro. «Ve a lavar tu taza», le dice Chau-Chou. Wu-Tsu, por otra parte, nos cuenta esta fábula: «Una vaca pasaba por una ventana. Su cabeza, sus cuernos, sus patas, pasaron sin dificultad, pero en cuanto a la cola, no hubo nada a hacer. No pudo pasar».

He aquí un fragmento de diálogo típico: — «¿Qué debo hacer, maestro, cuando me acerco a usted sin traer nada?» — «Echalo por tierra». — «Si le digo que no traigo nada, ¿cómo podré echarlo por el suelo?» — «Si es así, llévatelo». y Wieger concluye que «la literatura Zen se compone de cierto número de in-folios repletos de respuestas incoherentes y sin sentido... No son, como se ha supuesto, alusiones a asuntos interiores que sería necesario conocer para comprenderlos. Son exclamaciones escapadas a entontecidos, momentáneamente salidos de su letargo».

Pero Wieger no ha comprendido nada. La técnica del «koan», o problemas insolubles, tiene por objeto acostumbrar al espíritu humano a lo absurdo y a la vanidad de esfuerzos con el fin de fijar su vida en un sistema de verdades inmutables. Las respuestas y las acciones cómicas de los grandes maestros del Zen son, todas ellas, afirmaciones contrarias al espíritu de gravedad, contra el cual, Nietzsche se ha rebelado. La mayor parte de las estampas nos representan a estos grandes maestros excesivamente grasos o sonrientes, o bien, curiosamente feos y deformes. En sus tratamientos no existe el «reverendo padre» ni el «su santidad», sino unas formas parecidas a «mi viejo saco de arroz» y otras por el estilo. Uno de los patriarcas más importantes nos lo representan absorbido en la contemplación de un cangrejo, y otro divirtiéndose ante una pelea de gallos. Pensamos en Spinoza, quien reía locamente viendo el espectáculo que ofrecían dos arañas matándose mutuamente.

Empero los miembros de una comunidad Zen repiten cada día los votos siguientes: «Por numerosos

que sean los seres, yo me propongo salvarlos. Por inconmensurables que sean los destinos yo me propongo estudiarlos. Por exacerbadas que sean las pasiones, yo me propongo calmarlas. Por incomparable que sea la verdad de Buda, yo me propongo llegar hasta ella». Es difícil concebir que sin pasión sea uno capaz de sentir piedad universal; aunque para los budistas ésta haya dejado de ser idea y pasado a una realidad vivida. Y si nos parece eficaz sólo obedece a que, para nosotros, la historia se hace todos los días, mientras que los budistas cuentan los años por millares.

Contrariamente a las otras órdenes monásticas, los frailes Zen, procuran vivir del producto de su trabajo. Ninguna ocupación es demasiado baja para ellos y viven muy simplemente. De acuerdo en esto con Aristóteles y la mentalidad clásica y medieval de Occidente, consideran, sin embargo, que la finalidad del trabajo consiste en asegurar el ocio. No se les puede acusar de ser explotadores o parásitos. Tampoco se puede decir que predicen un dogma o una ortodoxia ni de ser partidarios de una autoridad y una Iglesia organizadas. Al contrario. Nunca se ha lanzado un llamamiento a la búsqueda individual de la verdad, comparable al de Lin-Chi: «¡Vosotros que perseguís la verdad, si queréis comprender bien el Zen, no es dejéis engañar por nadie! ¡Si encontráis obstáculos interiores o exteriores, suprimidlos en seguida! ¡Si encontráis a Buda, matadle! ¡Si encontráis al patriarca, matadle! ¡Matad sin vacilar porque es el único medio de salvarse!» Algo así como si un sacerdote católico predicase a sus parroquianos: Si se oponen al desarrollo de vuestra alma, matad al Papa y a Dios.

Con un poco de sentido común nos daremos cuenta de que, cualquiera que sea nuestra orientación filosófica y política, no somos los únicos ni los primeros en buscar remedio a los males que aquejan a la humanidad. Tampoco puede decirse que seamos los únicos que vamos en busca de la verdad, ni que disponemos de medios excepcionales, o aún, que nuestra época esté especialmente marcada por un sino histórico y abierta toda ella al milagro de nuestra buena voluntad. Partiendo de este principio, quizá aprendamos algo del budismo Zen, aunque para comprenderlo y aprobarlo íntegramente tendríamos que analizar todo nuestro pasado, y desarrollo, y dejar de lado algo de nuestra formación de pensamiento y carácter.

Puede ser que esta filosofía y la nuestra se rocen en un punto u otro, y se parezcan como las hojas de dos ramas de un mismo árbol. Pero para penetrar en la conciencia de cada una y de manera orgánica se precisa recorrer largo trecho. Tendríamos, sobre todo y ante todo, que desprendernos de nuestro espíritu de curiosidad y de aventura; de nuestro gusto y automatismo de continua extensión; y, a renglón seguido, disciplinarnos de manera a no buscar nuevos principios y a no dictarnos nuevos imperativos cuando no sabemos adherir con escrupulosa fidelidad a los que tenemos y de cuya verdad ya nos hemos declarado persuadidos.

La sabiduría, sobre todo la oriental, es una manera de comprender la naturaleza y el hombre, de descubrir los destinos, de anexar las influencias recíprocas y de hacer latir el corazón del mundo al

unísono. Así descubre los principios y desarrolla las técnicas aplicables a las corrientes más diversas. El principio taoísta del «wu-wei» — uno de los pilares del jiu-jitsu — absorbido por el budismo Zen, nos parece rico en posibilidades sociales y políticas, principalmente cuando, como en nuestra época, un grupo pequeño y a veces un solo individuo, tiene que hacer frente a la fuerza muy superior del Estado.

«Wu-wei» es el secreto mediante el cual nos adueñamos de las circunstancias sin afirmarnos directamente contra ellas. Se da cuenta que fué descubierto por vez primera observando cómo las ramas duras e inflexibles de un árbol terminaban por romperse bajo el peso de la nieve, mientras que aquellas que cedían a este peso se liberaban de ella por una sacudida producida en virtud de su elasticidad. Y Lau-Tzeu cimenta: «El hombre, cuando nace es tierno y flexible y a su muerte es rígido y fuerte...» Así, pues, la rigidez y la fuerza son aliados de la muerte, y todo lo que es flexible y suave es aliado de la vida». En el jiu-jitsu el atacado utiliza la fuerza, el peso y el arranque del adversario para llevarle a la derrota. El atacante, de por su mismo ataque se desequilibra. Un empujón en el mismo sentido de su ataque y un desplazamiento del obstáculo contra el que se creía chocar le envían a dar de cabeza o de espaldas por el suelo. Compete a los revolucionarios encontrar métodos parecidos para salvar vidas y libertades a cada nuevo ataque del Estado. La resistencia y la oposición frontal son quizá nobles y heroicas, sobre todo fáciles a imaginar. Muy espectaculares. Pero es también de efectos desastrosos por la voluntad de opresión y de represión que aumenta en el adversario, afilándole los dientes y tornándole más homicida. Amaury de Rieucourt en su libro sobre los Césares antiguos y modernos ha descrito «que el compromiso es la esencia de las instituciones que perduran; y la refutación de todo compromiso proponíamos salvar». Igual ocurre cuando se trata de valores como cuando se trata de instituciones.

Otro principio de sabiduría que es toda una técnica aplicable, nos parece, a la protección del individuo y sus valores contra los ataques del Estado, es la acción inmediata. Un conocimiento exacto y completo de los golpes y de las llaves del jiu-jitsu, no serviría para nada si el que lo posee no sabe aplicarlo instantáneamente y sin demora cuando tal o cual movimiento del adversario le ofrece la oportunidad. A propósito del arte de la esgrima, el gran maestro Takuan explica: «La acción inmediata por tu parte conducirá inevitablemente a tu adversario a ser causante de su propia derrota. Debe ser como un barco deslizándose sigilosamente a lo largo de la corriente». En el Zen como en la esgrima, un pensamiento sin vacilación, sin interrupción, sin mediación tiene un gran valor. Por esto en el Zen se habla tan a menudo del rayo y de la chispa que brota del roce de dos piedras. Si das lugar a cualquier interrupción por cualquier causa que no está en relación vital con la situación, estás perdido. Ello no quiere decir que debas hacer las cosas inconsideradamente y deprisa. La simple presencia de este deseo en tí sería una interrupción... Deja tu defensa seguir el ataque sin un solo momento de inte-



# El héroe de la revolución española

**E**l héroe de la revolución española fué indiscutiblemente el pueblo. Ninguna revolución merece categoría de tal acontecimiento sin la fecundante intervención popular. En la gestación del hecho revolucionario intervienen innumerables factores. Partiendo de la significación humana anexa a toda empresa de actividad consciente, son dignos de ser enumerados la complejidad de factores en ella concurrentes, desde la acción de los individuos y grupos minoritarios, más o menos libres de escuela o disciplina ideológica, hasta la difusa avalancha popular, capaz por su fuerza y virtudes creadoras, de dar el toque definitivo, el golpe de gracia, soldar una expresión heterogénea en un objetivo común.

Dos puntos fundamentales valoran la intervención popular en los movimientos revolucionarios. Uno de ellos es el aspecto potencial. Las revoluciones reducidas a la acción de minorías o partidos confrontan el peligro de un fracaso inicial, con sus repercusiones regresivas, o una discutible victoria resuelta en sustitución de poderes, con el

rupción y no existirán dos movimientos separados, conocidos bajo el nombre de ataque y defensa.

En Occidente, por hipertrofia prolongada se hace al contrario, sobre todo cuando la sociedad se impone al individuo. Nos decidimos finalmente a actuar cuando el contexto que reclamaba nuestra acción ha cambiado completamente, y nos mantenemos en la línea que habíamos elegido sin ver que nos aleja más del objetivo que deseábamos alcanzar. Así, alejados, vemos llegar los acontecimientos y gastamos nuestras energías tan sólo en la preparación para hacerlas frente, encontrándonos completamente desamparados en el momento en que otra cosa que teníamos al lado nos abruma de golpe. En fin, queremos defender y salvar demasiadas cosas y corremos de una a otra sin lograr estar presentes ni actuar eficazmente cuando una de ellas se encuentra verdaderamente en peligro y podría ser salvada.

¿Acaso sueño?

¿No se verá nunca en Occidente que un revolucionario sea sabio o que un sabio esté animado de un espíritu revolucionario?

G. BALDELLI  
(Tr. SAM.)

aditamento agravante de una recaída en la dictadura. Sólo el desbordamiento popular, la intervención del pueblo en la lucha, puede acumular la fuerza suficiente capaz de forzar ventajosamente cualquier combinación de obstáculos.

El segundo aspecto consiste en que la intervención popular representa por sí misma una garantía de amplitud y trascendencia en el hecho revolucionario. El pueblo en armas es el único capaz de imponer soluciones atrevidas y velar al mismo tiempo para que sus aspiraciones, largamente reprimidas, no resulten defraudadas.

Nos autoriza a catalogar las jornadas del 19 de julio de revolución popular la experiencia cosechada de la mayoría de los movimientos peninsulares. Estos movimientos adolecieron casi siempre de un contenido conspirativo-político o social-esporádico. De todos estos movimientos la revolución asturiana del 6 de octubre de 1934 alcanzó una de las mayores concreciones populares. Bien que, trazada de acuerdo a un plan político conspirativo, causa primordial de su intrascendencia localista, no se puede negar que, en la práctica, la entusiasta intervención del pueblo y la fuerte representación de definidos sectores de solera revolucionaria, supieron darle un contenido profundo que rebasó los cálculos de los políticos conspiradores.

Los repetidos intentos confederales fueron planeados sobre un cálculo optimista exagerado, sobreponiéndose el factor de improvisación esporádica al principio más elemental de técnica conspirativa. Lo único a tener en cuenta era la magnitud del ideal, la abnegación y la corazonada. Estos movimientos mostraron, sin embargo, que determinadas circunstancias de orden ambiental humano no son superfluas al logro de las finalidades de explosión revolucionaria, en cuanto con el contagio popular se relaciona.

Al hablar de determinismos circunstanciales, no aludimos en forma alguna al fatalismo económico campante profusamente en la no menos profusa (y confusa) literatura marxista. Aludimos siempre a factores de actividad humana. El principio de fatalidad implica la antítesis de todo principio activista. No puede uno ser revolucionario y creer a la vez en la fatalidad.

Tampoco creemos en la virtualidad infalible de una revolución preparada científicamente. Antes, al contrario, estamos convencidos de que la revo-

lución elevada a la categoría de técnica es uno de los más fuertes remaches de la dictadura. Los grandes estrategias revolucionarios de hoy son los grandes dictadores de mañana. Una revolución metodizada en su más mínimo detalle no puede dar otro fruto que el estado totalitario. Abogamos por una revolución popular en la que el pueblo tome parte. Para que esta revolución se produzca, es condición indispensable interesar a la multitud, conseguir arrastras al pueblo a la revuelta, librarse de las influencias fatalistas que operan sobre este pueblo por la vía de los atavismos.

Todo lo que tiene un pueblo de arrollador y temerario una vez puesto en movimiento, tiene de apático y medroso en la calma precursora de las grandes tempestades sociales. Aparte el prejuicio fatalista profundamente arraigado en el alma popular, influyen en ella el resabio sembrado por las supercherías de toda una serie de desaprensivos demagogos. El pueblo ha sido vendido repetidas veces por menos de cuarenta dineros a toda una casta de iscaríotes, cuya misión ha consistido siempre en vivir de sus emociones. La verdad y la ambición vistió frecuentemente con ropaje de revolucionarios a tanda tras tanda de dudosos personajes. Y al pueblo, y nada más que al pueblo, tocó pagar por nuevos los platos rotos de todos los fraudes y fracasos. A la vuelta de cada decepción iba afirmándose el positivismo y el recelo. De ahí la leyenda del «pancismo» de la plebe, de nuestro olimpico con que le motejaron los corridos agitadores tan dados a tomarle el pulso en los mítines. Los oradores podrán obligar al pueblo a prestar solemnes juramentos de compromiso revolucionario. Los juramentos prestados frente a la tribuna ante la intimidación ceñuda de los destripadores de mitin, tienen la forma de una capitulación desesperada. Una multitud encerrada entre las cuatro paredes de un salón de actos es una guarnición asediada. La tribuna es una especie de casamata artillada desde donde se dispara al pueblo con andanadas a quemarropa. En estas trágicas condiciones, no hay más salida que capitular o morirse de asco. Y el público se venga de estas encerronas prodigando juramentos al barato que luego vuelve en perjurios.

La espontánea intervención popular puede lograrse mediante crisis emocionales o momentos psicológicos de gran repercusión en el ambiente y en la conciencia colectiva.

Esta circunstancia emocional fué el 19 de julio de 1936. La conciencia del peligro, el contagio de la pasión ambiente, el ejemplo de las valerosas minorías, provocó una de esas eclosiones acaecidas en la historia con intermitencias de siglos.

La intervención popular en la revolución de julio marca un jalón sin paralelo en la historia de todas las revoluciones. La grandiosidad de su ejemplo ha obligado a hacer justicia a gran número de personalidades, críticas especialistas en esta clase de acontecimientos. Aparte su eficaz intervención en la acción de armas, está la inmunidad observada con respecto a la plaga contagiosa de

los desórdenes de toda índole común en toda explosión revolucionaria.

El aspecto más feo y repugnante de toda revolución, el más explotado por la camada reaccionaria, es el que hace referencia a la criminalidad y el saqueo. A este respecto, dice bien a las claras el esfuerzo realizado por los tribunales deputativos franquistas para transformar los hechos de comprobada delincuencia política en hechos de delincuencia común. A falta de reales pretextos para deshonorar a un pueblo, cuya acción estuvo inspirada en la más estricta justicia, se vieron obligados a especular sobre las ejecuciones de curas, bien que ocultando estas ejecuciones tuvieran por fundamento la actitud rabiosamente beligerante de los falsos servidores de Cristo.

A falta, también, de cómo endosar el manido sambenito de robos y saqueos, no tuvieron escrúpulos en castigar como tales los actos de expropiación colectiva, efectuados, no sólo bajo control de organismos responsables, sino que bajo forma de un amplio y madurado criterio de función socializadora. Quiere decir que la revolución de julio tuvo en todo momento un alto sentido de responsabilidad y probidad justiciera. Si comparamos este hecho con algunos episodios de la revolución rusa, en que toda la pericia de los estrategas soviéticos no fué capaz de evitar el incendio de fábricas y edificios de utilidad pública, el saqueo colectivo y la destrucción por sistema de importantes industrias, la conducta del pueblo español respaldada por sus propios méritos.

El pueblo español no dió mejor ejemplo en la abundancia de los primeros tiempos que durante la prueba de hambre de los meses siguientes. Bajo los efectos de una guerra sin cuartel ni frentes definidos, sometido todo el territorio nacional a los efectos de la metralla, estuvo siempre a la altura de aquellos primeros momentos, arrostrando la escasez, el frío y las infaustas noticias de los frentes con un estoicismo espartano. El ejemplo de los evacuados de Aragón con motivo del empuje enemigo en la primavera de 1938 es digno de un aguafuerte goyesco. La forzada retirada del ejército tuvo siempre como fondo la evacuación voluntaria de los habitantes. Dos años de guerra y sufrimiento hallaron a toda una población heterogénea dispuesta a correr la misma suerte que los restos de las unidades destruidas. Los pormenores de la evacuación de la zona del norte de España, bajo una lluvia de acero por tierra, mar y aire, son ejemplos multiplicados al infinito en todos los lugares de la España antifascista, resumidos en ese supertrágico colofón que tuvo por marco la frontera pirenaica y bajo forma del más impresionante éxodo que vieron los siglos.

Estamos seguros de no caer en una exageración si proclamamos al pueblo hispano héroe indiscutible del gran cataclismo que desató la ambición del mundo sobre el pacífico hogar de los españoles.



# Tres charlas en la B. B. C.

## II LA PROPAGANDA RELIGIOSA EN LAS ESCUELAS

C. A. Mace

Es el deber de los padres, naturalmente, el proteger a sus hijos contra la propaganda subversiva, y toda propaganda es subversiva si va encaminada a socavar las creencias y principios que el niño ha recibido de sus padres. Los padres no pueden eludir la responsabilidad de la inculcación de principios o la de transmitir a sus hijos sus propias creencias sobre la naturaleza de la vida. Los maestros, en general, reconocen este hecho. Un maestro de izquierda no debe intentar cambiar las opiniones políticas de los niños cuyos padres son del ala derecha, y el maestro de derecha ejercerá la misma conducta cuando habla a niños de padres de izquierda.

Uno desearía que los mismos principios fueran aplicados en lo que concierne a las opiniones religiosas. No es menos subversivo, para un maestro cristiano convertir a los niños de padres agnósticos que, para un maestro agnóstico, socavar las creencias de los niños cristianos. Pero aunque no es menos subversivo es mucho más común. Lo uno es permitido por nuestro sistema de educación, lo otro no. Es comprensible de que los padres humanistas se inclinen a pedir de que a sus hijos no se les obligue a frecuentar clases de instrucción religiosa. No obstante, esta opinión, aunque comprensible, est  expuesta a objeciones serias.

Existe una solución diferente y mejor. Algunos de los principios básicos est n claros. Ellos encajan por igual a todas las conclusiones controvertibles y a todos los principios disputables. Ellos gobiernan los derechos y deberes de los padres cristianos en lo que concierne a la crianza de sus hijos, y se aplican a los derechos y deberes de los padres humanistas en lo que concierne también a la crianza de los suyos.

Los padres deben proteger a sus hijos, y para hacer esto, incluso el más democrático o pesimista de los padres, tiene que conducirse en lo que parece ser una forma autoritaria. A menudo deben decirle a sus hijos, «Debes de hacer esto, o no debes hacer lo otro, y debes hacer esto y no hacer lo otro, justamente porque yo lo digo. Más tarde tratará de explicarte por qué debes hacer esto y no hacer lo otro, y entonces serás capaz de comprender y decidir por ti mismo si llevo razón o estoy equivocado.»

Los padres deben tomar esta línea autoritaria para salvar a sus hijos de peligros físicos, para inducirlos a comer y beber las cosas que son bue-

nas para ellos y a no comer y beber las cosas que les puedan hacer daño. En el mismo sentido, los padres adoctrinar n a sus hijos con las creencias y principios que ellos consideran de importancia vital. Pero al tomar esta línea al parecer autocr tica, los padres sensatos se prepararán para el Día del Juicio, no el día que suene la última trompeta, sino el día cercano, cuando los niños con todo derecho enjuicien el sentido, o sinsentido, común de sus padres. En realidad no se esperar  a que los niños sean tan capaces como los padres para decidir sobre qué riesgos deben correrse de una forma razonable, qué debe comerse y beberse, qué debe creerse o no creerse y juzgar por sí mismos qué es bueno o qué es malo.

Los padres juiciosos no ocultarán sus propias creencias o excecismos, pero en cuestiones de filosofía controvertibles, religión y política, deben decir tan pronto como sea oportuno: «Esto es lo que yo creo, pero puede ser falso. Hay otras gentes que tienen diferente opinión. Más tarde t  formar s tu propia opinión». El **Día del Juicio** se extenderá sobre muchos años y los padres sensatos seguirán una política de relajación progresiva de autoridad, de responsabilidad y de explicación progresiva de los fundamentos y razones de sus creencias y decisiones.

El cumplimiento de esta política puede llevarse despacio, sin apresuramientos. No existe razón de peso del por qué han de privarse a los niños del placer de los cuentos de hadas y de la mitología; a los niños les gusta creer que todos los cuentos son verdad. El que el niño crea en los cuentos de hadas, en el padre Noel, en la historia del Edén, en la de Jonás y la ballena o en la historia del pan y los peces, no puede acarrearle mucho daño. Es muy importante de que los niños adquieran un conocimiento bastante detallado y no de repulsión de la mitología griega, judía y cristiana. Sin esto ha de esperarse de ello el ser incapaz de comprender y apreciar muy poco el arte de occidente. Siempre habrá tiempo para que la cuestión, real o ficticia, se trate seriamente, lo cual se hará sólo cuando llegue a ser un asunto de interés serio para el niño mismo. Cuando la desilusión es gradual y continua, se hace proporcionalmente anodina.

Si, en los primeros años, los padres aceptan la responsabilidad de las creencias y principios del niño, cuando el niño va a la escuela esta responsabilidad debe ser compartida por los maestros. Y la dificultad que se presenta para los padres humanistas es que en nuestra sociedad la mayoría de los padres quieren que la instrucción cristiana se d  en las escuelas.  Qu  pueden hacer, entonces, los padres humanistas?



Sería una equivocación pedir que al niño se le excluyera de asistir durante las horas de instrucción religiosa ya que el hacer remarcar el inconformismo del niño no tiene utilidad y es embarazoso. Los efectos de ansiedad engendrados de esta forma son incalculables, y, de seguro, malos. Buscar esta clase de protección es una equivocación general entre los padres cristianos, y a los humanistas deberían servirles estos ejemplos para evitar el error. Uno podía esperar de que los padres cristianos prefirieran el que sus hijos aceptaran sus propias convicciones después de considerar otras alternativas. Para los humanistas es aún más importante el que sus hijos acepten las concepciones humanistas después de familiarizarse con los puntos de vista cristianos tal y como les son presentados por éstos.

En la adolescencia, naturalmente, los niños necesitan protección contra las altas «misiones» emotivas a que muchos quieren sujetarlos. Necesitan protección contra esa clase de propaganda religiosa que se propone llevar al ánimo de los niños la ansiedad y un sentido de culpa y de pecado. Contra este particular azar se obtiene una sólida protección por medio de la satisfacción de las afecciones naturales que producen un hogar alegre y jovial, un hogar donde los principios morales van unidos a un sentido de humor.

Queda el hecho de que algún riesgo hay que correr. La paternidad no puede ir apareada con la total libertad sobre la ansiedad. Los padres sufren con resignación cuando sus hijos arriesgan sus vidas por tierra, mar o aire luchando en una «guerra justa». Sufren con resignación cuando sus hijos arriesgan sus vidas por placer, escalando montañas, explorando cuevas o en carreras de coches o bicicletas. Ellos necesitan, además, ser bravos moral e intelectualmente. Necesitan sufrir con resignación cuando ven a sus hijos expuestos a la propaganda. En realidad, necesitan practicar una clase de virtud espartana al exponer a sus hijos en situaciones en las cuales se encontrarán con creencias erróneas.

Pero si el joven ha de ser expuesto de esa forma, se le debe de dar las armas de defensa propia. Por medio de la enseñanza temprana se puede hacer mucho en el arte de la discusión civilizada. Cuando el niño es bastante grande para boxear, es lo suficiente mayor para enseñarle a no dar golpes bajos. Cuando es bastante grande para argumentar, es lo suficiente mayor para llevarlo a los principios de la discusión racional. Se le puede enseñar progresivamente a no dejarse llevar por simples cuestiones y a distinguir las cuestiones reales de las meramente retóricas. Puede adquirir bastante habilidad en el conocimiento de asuntos baladías.

Los humanistas tienen fundamentos sólidos para tener confianza. Cuando la relación entre padres e hijos es justa la balanza se inclina bastante favorablemente sobre la influencia de la casa. La balanza está propensa a inclinarse demasiado en este sentido y el mayor problema de los padres podría ser el de fomentar la independencia de opinión.

La educación humanista requiere una política a largo plazo que cubra todo el período en el cual el joven deba estar expuesto a la propaganda, contra propaganda y contra-contra propaganda. La instrucción religiosa en la escuela es la primera fase de esta exposición, pero los desvíos pueden ser corregidos por medio de entrenamientos dados en casa. Los padres sensatos que han hecho su labor debidamente, pueden observar con ecuanimidad y tal vez con cierta sorna, la habilidad con que los niños pueden contener primero con la forma más cruda de la propaganda y más tarde con la propaganda de un tipo más insidioso. Habrán realizado bien su labor proveyendo a sus hijos con las armas de defensa propia intelectual y así les habrán enseñado de qué forma emplearlas.

### III

#### NINOS QUE QUIEREN LA RELIGION

Cyril Bibby

Los problemas presentados a los padres agnósticos, en un país oficialmente cristiano, son muy reales y tal vez éstos no tengan solución muy satisfactoria. Hace un siglo, en cierto sentido, eran mayores, pues los obstáculos sociales y legales para el humanista declarado eran enormes. Pero en otros sentidos las cosas se hacían más simples. Cuando la Iglesia pedía la aceptación de la simple cosmogonía del Génesis, cuando negaba el hecho de la evolución, cuando Dios era presentado como una cosa sofisticada pero aún esencialmente deidad gentilicia, los padres racionalistas no podían hacer otra cosa que ensayar de salvar a sus hijos del cajón mágico. Pero ahora que el vicario local cree tanto en Adán y Eva como podría creer en la existencia de duendes, ahora que la escuela dominical más próxima proyectará una película para ilustrar la selección natural y el cura discutirá gravemente hasta qué extremo y en qué sentido sería posible llamar divino a Cristo, ahora que la palabra «Dios» es a menudo usada meramente como una palabra convenientemente breve para todo aquello que no podemos comprender, los límites se hacen completamente confusos.

En un sentido, naturalmente, esto es una victoria para el humanismo. Si la creencia cristiana no es ya tan precisa como era, tal vez no sea tampoco tan irracional. Probablemente muchos humanistas habrán experimentado como yo que el debate con un clérigo modernista deja la impresión de que yo estoy tan cerca de ser cristiano como él. Más de una vez, en realidad, se me ha asegurado por mi propio contrincante, el cual no comprendía por qué yo me resistía a aceptar ese título.

Y ahí radica el quid de la cuestión. En muchos casos, cuando se discute, no es por pequeñas diferencias de interpretación sino por el todo de la integridad intelectual. No es que yo me debiera llamar cristiano, sino que muchos de los que se titulan a sí mismos como tales no deberían hacerlo. Y, si uno espera educar a los niños para la integridad intelectual, con la determinación de no someterse a la terrible presión del mundo moder-

no, ni a la conformidad externa— incluso en ausencia de convicción interna—, uno debe rechazar esa etiqueta aunque haya sido esquilhada de su primitivo significado.

La primera prueba práctica del padre agnóstico, claro está, es la del bautismo poco después del nacimiento del niño. Uno comprende lo difícil que es oponerse a una costumbre común e incluso simpatizar con un temor de que uno pueda separar a su propio hijo de la relación formal aceptada con la religión organizada, pero yo me alegro de que mi mujer y yo no hayamos cristianado a ninguno de nuestros cuatro hijos. Al menos sabemos que no nos comprometimos a hacer promesas que para nosotros hubiesen sido deshonestas; y cuando los hijos han crecido e inquirido el por qué no fueron bautizados, creo han apreciado nuestra honestidad.

Todos ellos han querido ir con sus amigos a la escuela dominical y nosotros no les hemos coartado la voluntad; pero sí nos chocó un poco cuando el mayor de los muchachos a la edad de dieciséis años declaró que quería bautizarse. Sentimos mucho de que el muchacho no vea las cosas como las vemos nosotros, pero comprendimos que para un muchacho de esa edad presentarse a la iglesia por sí mismo para una ceremonia usualmente llevada a cabo en la niñez, representaba cierta integridad moral y valor, y por eso gustosamente aceptamos su invitación para acompañarle en tal ocasión.

Confieso que encuentro la situación un poco confusa. ¿Por qué, me pregunto, conociendo la incredulidad de sus padres y no habiendo sido sometido a presión alguna por parte de ellos, él prefiere tomar ese rumbo? Tal vez, al evitar el riesgo de forzar nuestras opiniones en él, hemos dejado el camino abierto a las opiniones ortodoxas. ¿Hubiésemos obrado de una forma más inteligente manifestando honradamente nuestro escepticismo y criticando más abiertamente la instrucción religiosa que los niños reciben en las escuelas un año tras otro? ¿Deberíamos haber arriesgado el hacerles sentirse excepcionales y retirarlos de tal instrucción pretextando su inconsciencia? Yo no lo sé, no lo puedo comprender. Me consuelo pensando que, aunque sus creencias permanezcan inamovibles a través de sus años de estudiante, existen peores cosas que pueden ocurrirle a un niño que la de llegar a hacerse cristiano.

En situación de esta naturaleza, el padre racionalista hace bien el recordarse a sí mismo de que la esencia del racionalismo no es la oposición a una creencia particular, sino a la deshonestidad intelectual y al sostenimiento de creencias contra el peso de la prueba. No me cabe duda de que el peso de la prueba está contra la creencia cristiana,

pero estoy sujeto a reconocer que lo que mi hijo acepta es muy diferente de lo que a esta edad suya rechacé yo.

Cosas como los milagros bíblicos, el parto de la Virgen, etc., etc., les parece a muchas gentes jóvenes que se llaman cristianas completamente secundarias y que deben desecharse si uno quiere. Lo que pueda parecer ser un sentido más bien vago del *numinous*, una alta y generalizada creencia en cualquier deidad vaga que se hallaba manifiesta en Jesús el Nazareno, y argüir contra ella es tanto como pinchar en una almohada de pluma. Esto es desagradable para uno que prefiere declaraciones claras de credulidad o incredulidad; pero parece bastante libre de ataques.

Mientras nuestros hijos fueron jóvenes limitamos a conciencia los ataques sistemáticos dirigidos a combatir la mitología cristiana en la cual sabíamos se hallaban hundidos debido a la sociedad que les rodeaba. Nunca mantuvimos secreta nuestra propia incredulidad, pero siempre hemos estado preocupados al darnos cuenta de que el adulto resuelto y con conocimientos puede siempre poner al niño fuera de combate en un argumento, y hemos rechazado la estéril victoria que pudiera obtenerse de esta forma. Pues, después de todo, nos hemos preguntado, ¿vale más que el niño crea porque sus padres son polemistas efectivos que él crea porque sus vecinos creen? La gente como nosotros, en realidad, se halla inevitablemente en la desventaja de aquel que en la guerra observa las leyes de la caballeridad contra un enemigo que aprovecha todas las ocasiones, legales o no, para golpear.

Una vez los hijos llegan a la madurez y ya no hay riesgo de que podamos sobreponernos a ellos por nuestros mayores recursos de argumentos, debemos sin duda recurrir a lo que esté a nuestro alcance para hacerles ver claro. A lo mejor será muy tarde entonces, pero no veo otro camino abierto para un padre agnóstico que respeta la integridad de la personalidad de sus hijos. Afortunadamente existen otras cosas además de la religión para sentirse racional. Si los hijos de uno despiertan actitudes racionales hacia el gran problema de la paz y de la guerra, de población y el planeamiento de la familia, de las reformas sociales o de educación, algo se ha conseguido. Si aprenden a pensar honestamente sobre la carga de prejuicios tales como sexo y raza, o también política, eso ya es algo. Y si ocurriera de que ellos disfrutaran de la camaradería e ingresaran en el culto comunal de una iglesia, esa no es una cruz demasiado pesada para un padre (si es que un agnóstico puede usar la frase.)

Tra. J. RUIZ



# De la España Musulmana

por Rodolfo **ROCKER**



I echamos una mirada a la historia de España, observaremos que al invadir la península ibérica los árabes, procedentes de Africa, el imperio visigótico se hallaba ya en estado de descomposición interior. Los godos, una vez sometido el país, habían arrebatado a sus habitantes vencidos dos terceras partes de su territorio y lo entregaron, a título de fundación, a manos muertas, a la nobleza y al clero. Esto dió origen a la formación, sobre todo en el mediodía del país, de un señorío de grandes terratenientes, junto con un rudo sistema feudal bajo el que fué decreciendo de una manera gradual el rendimiento del suelo. El país, que en otro tiempo, había sido el granero de Roma, esterilizóse cada vez más, hasta convertirse, en el decurso de algunos siglos, en un verdadero desierto. Las inhumanas persecuciones contra los judíos, especialmente en el reinado de Sisebuto —monarca entregado en cuerpo y alma a la Iglesia—, fueron un golpe terrible dado a la economía, puesto que el comercio y la industria, estaban en parte en manos de las comunidades israelitas. Promulgadas por Sisebuto una ley que ponía a los judíos en la disyuntiva de abrazar el cristianismo o ser marcados y vendidos como esclavos, emigraron cien mil judíos a las Galias y otros cien mil a Africa, sometiéndose al bautismo únicamente noventa mil. A esto siguieron las perpetuas luchas por la sucesión del trono, en las que desempeñaron no pequeño papel el veneno, el puñal, la traición y el vil asesinato. Sólo así se explica que los árabes pudiesen conquistar el país entero en tan breve espacio de tiempo y sin notable resistencia por parte de sus moradores.

Derrotado definitivamente el último de los reyes godos por el caudillo árabe Tarik, los árabes y sus aliados irrumpieron en el país con inmensas huestes, poniéndose entonces los primeros jalones de aquella brillante civilización que hizo de España, durante algunos siglos, el primer país culto de Europa. Este período se señala, por regla general, como época de la cultura árabe en España; pero esta denominación no es muy ajustada a la realidad, por cuanto los árabes propiamente tales, formaban una pequeña parte de las huestes musulmanas que penetraron en el país. Mucho más numerosos eran los bereberes y los sirios, a los que se agregaron gran número de judíos, los cuales tuvieron notable participación en la preparación y fomento de aquella civilización. Fué, sobre todo la lengua árabe la que sirvió de aglutinante para la

incorporación de razas tan diversas y de elementos étnicos tan distintos entre sí.

El país, completamente devastado por el feudalismo godo, se transformó en breve tiempo en un verdadero paraíso. Con la construcción de gran número de canales y la instalación de un sistema de riego por medio de canales secundarios y acequias, desarrollándose la agricultura en un grado tal que no lo había visto España anteriormente ni lo ha vuelto a ver jamás. En el fértil suelo español vegetaban la palmera, la caña de azúcar, el añil, el arroz y otras muchas plantas alimenticias que los árabes introdujeron en el país, el cual se hallaba poblado por numerosas ciudades, villas y aldeas, todas ellas a cual más floreciente. Según las descripciones de los cronistas árabes, España era a la sazón el país más rico en ciudades de Europa y el único donde el viajero podía atravesar, en una jornada de un día, dos o tres ciudades, además de numerosas aldeas. En el período de florecimiento de la civilización sarracena contábanse a ambas orillas del Guadalquivir seis grandes ciudades, trecientas villas y mil doscientas aldeas.

La minería, con el beneficio de las ricas venas metalíferas de las montañas, tomó un incremento nunca alcanzado ni siquiera en los tiempos actuales. Y a favor de este florecimiento de las industrias extractivas, en gran número de ciudades prosperaban las artes y la industria en general, difundiendo en todo el país el bienestar, dando satisfacción a las necesidades y mejoras creadas por la misma civilización. La industria textil, en sus dos ramas de hilados y tejidos, daba ocupación a más de dos millones de personas. Sólo en Córdoba, 130.000 personas vivían de la sericultura y de las industrias derivadas, y algo análogo ocurría en Sevilla.

En los numerosos talleres que funcionaban en dichas ciudades y otros lugares del mediodía de la península, se fabricaban los más finos paños, rasos, damascos y preciosas alcatifas, productos sumamente apreciados en el extranjero. Llegaron a obtener renombre universal los trabajos de filigranas y esmaltes de los árabes. Producía asimismo la España musulmana las armas más preciosas, los más variados objetos de guadamacilería, las más hermosas manufacturas de alfarería y cerámica (es célebre la cerámica hispano-morisca), cuyo glaseado de oro y reflejos metálicos no ha podido obtener hasta ahora la industria moderna.

Los árabes fueron quienes introdujeron en Europa el papel que, manufacturado en España, su plantó al pergamino, que era un producto mucho

más costoso. Finalmente puede decirse que no hubo en la España musulmana rama alguna de la industria que no llegase a su mayor perfección.

Corrió pareja con este brillante desarrollo de las artes y la industria el progreso de las Bellas Artes y la ciencia, habiendo llegado ambas a una altura que aún hoy nos causa verdadera admiración. En efecto, mientras en toda Europa, en los siglos X y XI, no existía biblioteca alguna pública, ni funcionaban más que dos universidades que justamente mereciesen el nombre de tales, en España, las primeras eran en número de más de setenta, y entre ellas la de Córdoba contaba con 600.000 manuscritos. En cuanto a universidades, tenían justo renombre las diecisiete que había en España, sobresaliendo entre ellas las de Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga, Jaén, Valencia, Almería y Toledo.

De muy apartadas tierras venían estudiantes a cursar en las escuelas superiores árabes, llevando a su patria los conocimientos en ellas adquiridos, lo cual contribuyó no poco al ulterior despertar de las ciencias en Europa.

La astronomía, la física, la química, las matemáticas y la geometría, la lingüística y la geografía llegaron en España al nivel más elevado que en aquella época podía alcanzar. Pero la ciencia que rayó a especial altura fué la medicina, cuyo desarrollo era imposible en los países cristianos, puesto que la Iglesia condenaba con la pena de muerte la disección de los cadáveres. Artistas y hombres de ciencia se unían en asociaciones especiales para la prosecución de sus estudios y en todos los dominios de la ciencia se organizaban congresos regulares en los que se ventilaban las últimas conquistas científicas y se dictaminaba acerca de sus ventajas o inconvenientes, todo lo cual había de contribuir necesariamente a la propagación y difusión del saber en el campo del pensamiento científico.

Enorme fué la producción de los árabes en el terreno de la música y de la poesía, cuyas graciosas formas influyeron poderosamente en la misma poética cristiana de España. Lo que crearon en los dominios de la arquitectura es tan grande que linda con lo fabuloso. Desgraciadamente, la mayor parte de sus mejores construcciones cayeron derribadas por la barbarie de los cristianos, y aun allí donde el fanatismo de los adoradores de la cruz no pudo arrancar de cuajo lo existente, por lo menos satisfizo su sed de destrucción sectaria mutilando sin tino egregias obras de arte.

En pie están aún, como elocuente testimonio de la riqueza constructiva de aquella época singular, construcciones como el Alcázar de Sevilla, la Gran Mezquita de Córdoba y, sobre todo, la Alhambra de Granada, en las que el estilo arquitectónico hispano-árabe demostró haber llegado a su mayor perfección. En la Mezquita de Córdoba —que al ser expulsados los moros se transformó en templo cristiano—, la impresión de asombro que causaba su interior con las diecinueve puertas de bronce y las 4.700 lámparas, se desvirtuó en gran parte con la bárbara reforma que luego se hizo, tan desacertada que el propio Carlos V hubo de dirigir a los encargados de la obrería aquel merecido re-

proche: «Habéis construido lo que en otras partes hubiera estado igualmente bien, pero habéis destruido lo que era único en el mundo.»

Lo que dió al estilo arquitectónico hispano-árabe el carácter peculiar que le distingue de los demás, fué la profusión de esa rara ornamentación de las paredes e interiores que por antonomasia se llamó «arabesco». Como el Corán prohibía a los musulmanes la representación gráfica de la figura humana y de los animales, la fantasía mora recurrió a ese laberíntico juego de líneas, el cual, en su delicada e inagotable riqueza de formas, conmovía tan hondamente el espíritu, que pudo calificársele con razón de «magia de la línea».

El arte de los arquitectos disponía entonces de un campo tanto más dilatado cuanto que las ciudades tenían gran densidad de población y áreas muy vastas y espaciosas. Así, Toledo, en la era del florecimiento de la cultura árabe, tenía doscientos mil habitantes. Sevilla y Granada, 400.000 cada una, y Córdoba, refieren los cronistas árabes que comprendía más de doscientos mil edificios, entre ellos 600 mezquitas, 900 baños públicos, una universidad y numerosas bibliotecas públicas.

Es digno de notar que tan elevada cultura se desarrolló en una época de descentralización política que en modo alguno se hallaba influida por la forma de Estado monárquico. Incluso, al elevarse al Califato Abderramán III, se vió obligado a hacer las más amplias concesiones al sentimiento de la personalidad y al anhelo de independencia de que estaba poseída la población. Tenía el convencimiento de que una rigurosa centralización de las fuerzas del Estado había de provocar automáticamente un conflicto con las antiguas constituciones políticas de los árabes y los bereberes, conflicto capaz de conmovér a todo el imperio. El país estaba dividido en seis provincias, administradas por una especie de virreyes. Las grandes ciudades tenían su gobernador, las pequeñas su *cadí* y las aldeas su juez subordinado o *hakim*.

«Estos funcionarios —dice el profesor Dierks en su «Historia de España»— en cierto modo no eran sino mediadores entre el gobierno imperial y los municipios, cuya administración era completamente autónoma, siendo esta autonomía ilimitada al tratarse de tribus enteras o de grupos de familias que hacían vida común. Tanto los árabes como los bereberes se regían por sus antiguas leyes y estatutos y no toleraban la ingerencia de las autoridades en los asuntos de sus comunidades. De igual libertad gozaban los cristianos, los cuales elegían de su seno a los condes, y éstos dirigían, junto con los obispos, la administración comunal, siendo responsables ante el gobierno no sólo del cumplimiento de los deberes ciudadanos por sus compañeros de fe, sino también de la puntual recaudación de los impuestos y gabelas. Los obispos, aunque debían su elección al libre voto de la comunidad, necesitaban la confirmación de los califas, que era como una transmisión del respectivo derecho de soberanía de que habían gozado los reyes godos. Análoga era la situación civil de los judíos, cuyos grandes rabinos figuraban casi siempre como jefes de la comunidad.»

Los soberanos de la dinastía de los Omeyas, durante los trescientos años de su existencia, no lograron de hecho empuñar las riendas del Estado ni dar forma unitaria al gobierno de su país. Todo intento en este sentido condujo a sublevaciones interminables, a negaciones de impuestos, a la temporal defección de determinadas provincias y hasta a la violenta destitución de los califas.

Así, pues, el imperio era un organismo carente de verdadera trabazón, que se disolvió enseguida en sus componentes al renunciar Hixem III (1301) a su cargo de califa y abandonar los lugares de su primitiva soberanía. Fue entonces cuando el soberano dimisionario pronunció aquellas resignadas palabras: «Esta generación no ha nacido para mandar ni para obedecer.»

Córdoba se erigió luego en república, y lo que antes era imperio se fraccionó en una docena de «taifas» o pequeños Estados que no obedecían a gobierno alguno central. Y, sin embargo, entonces fué cuando la cultura sarracena llegó a su mayor grado de florecimiento y esplendor. Las pequeñas municipalidades rivalizaron entre sí esforzándose en aventajar unas a otras en el fomento de las artes y de las ciencias. La quiebra de la autoridad estatal no hizo la menor mella en la obra del progreso del espíritu, sino que, por el contrario, le dió gran empuje por no tener que soportar el peso de las limitaciones políticas.

También en la España cristiana se observa cla-

ramente cómo la marea del desarrollo cultural asciende o desciende, según el poder público ejerce su acción dentro de determinados límites o bien toma tales proporciones que rompe todo obstáculo interior y se adueña de todos los resortes de la vida social.

Derrotados los visigodos por los árabes, una parte del ejército de aquéllos huyó a la desbandada, refugiándose en las montañas de Asturias, donde formó un pequeño y misero Estado, haciendo desde allí continuas irrupciones sobre el territorio ocupado por los árabes. Allí dió comienzo aquella interminable guerra entre la cruz y la media luna, que duró más de setecientos años y que dió origen a la estrecha colaboración de la Iglesia con la cruzada nacional hispánica, que había de imprimir en el subsiguiente Estado unitario español su sello característico y dar al catolicismo del país esa forma que no ha tenido en ningún otro.

Después, en el decurso de estas enconadas y sangrientas luchas, al llevar los moros decididamente la desventaja y perder cada vez más terreno, surgió asimismo, a principios del siglo XII, en el Norte y Oeste de la península, una nueva serie de Estados cristianos, como Aragón, Castilla, Navarra y Portugal que, a causa de las sucesivas disputas por la sucesión al trono, batallaron constantemente entre sí, no terminándose sus discordias internas hacia fines del siglo XV.



# Santísimo sacramento social

**A**LBERT LONDRES escribió, hace algunos años, un libro — «Le Chemin de Buenos Aires» — sobre la trata de blancas, que a la sazón se venía haciendo entre el emporio argentino de la molienda y la carne de capolar, y los molinos y frigoríficos europeos de esa misma materia prima o elaborada. Citaba el repórter, entre otras Gomorras papales, a París, Marsella y Buenos Aires. Pero, se dejó en el tintero o la cinta de máquina varios mercados de Constantinopla o de esclavas turcas, con anillo en las orejas y la nariz, no menos célebres. Y no tendió tampoco el mondongo al sol a tan crispante problema, ni mucho menos. Francamente, para no llevarse en un paquete las entrañas de la vida en la punta del cuchillo, no vale la pena de mojar en la cazoleta de la tinta. Esta jícara contiene mucho más chocolate, del que en el bizcocho se lleva a la boca Albert Londres.

Un buñolero con tufos, de la cofradía de los que cargan las maletas y las alforjas del Gobierno en el exilio, me dijo a mí en la Esplanada de Montpellier o Monte de los pellejos, que él, para vivir en América, con la putilla tenía bastante. Con el mismo naranjero de morro girado o programa cristiano-social, viene a la trocha el señoritismo universo — de falda y calzón —; vino ayer a las Indias del mal vivir pretérito y nos asaltará mañana si no hay Dios que se apiade de nosotros; lo que habrá que esperar sentados. A Buenos Aires se va por muchos caminos, que no son de perdición: el de sus agitaciones obreras; el de su producción editorial, un tanto chirle, pero a la que la intención salva. Mas todos nos enganchamos en la trasera del carro del Perón y la Perona del día. Por ahí se va hacia los sangrosos bisteces y los robustos chorizos.

Hay muchas clases de chulonería:

una, café, y otra, leche; y otra, café con leche. Quiero decir: una, mansa; otra, brava; y otra, mitad y mitad. Todos los que viven del cuento, pertenecen a gremios tan honorables. Y el cuento de la buena pipa nos lo coloca espalda alante, tanto el escriboteador que cubiletea con las canicas de la retórica, como el abarrotero que nos hace buenas o malas pesadas o pasadas — todas son peores —; como el empleado tumbón y chambón, si que mordelón; como el candidato político, prometedor de carreteras y ferrovías lácteurinarias, en las que su cabeza hecha gajos no serviría ni para engravar; como las sotas de la baraja, que eluden la dura ley natural del esfuerzo útil y doran al rey la corona y al caballo a zoqueta, diciéndoles que se oxigenan el aladar y se embuten la pantofo en medias nylon sólo para agradecer a sus señorías.

Lo chulapo es el eje mismo de la falsa vida social a base de krumiraje y de dedos sueltos, hacia la que traidoramente nos ambientan la Academia de «deme acá», la literatería ful, el mitin de masas y masitas, la Prensa de presa, la Radioinfundación y radio infundibulación, la emiliana Iglesia, los salones en que se hace celeste música y se nos toca todo lo que acaba en ones, la barbería parlamentaria y las barbaries ruletera y panderetera.

Ir en pelo a caballo de un semejante es hacer la macarela en seco, aunque bebiéndole la espuma de cerveza de la sién a la montura. Y ni cabalgar a las bestias queda correcto, porque repetida y sabiamente han demostrado Swift y Vidal y Planas que los animales son muy superiores en personería a todos los personajes y a infinidad de personejas y presuntas personas. Todas las profesiones liberales son tinglados de sacamuelas a gatillo y malleté, puestos a medio

aire libre o serrano. De las otras tijerías o tijerenguerías sobran la mitad, porque en casi todas ellas hay un indito o negrilla que se desnalgua por un querido hermano en Cristo, al que mal rayo parta como a la virginidad de María. Todo el cafar-naum del comercio, la industria y la propiedad rústica y urbana, está montado a base de baratería y baratura, es decir, de explotación cuatrería y de arte de hacerse caldo con los huesos y la pulpa de otri.

El fotomontaje faringo-laríngrupal o hipismo que lustran e ilustran tomaduras de rizo sangrientas, suele estar doblado de violencia barbarocrática y sazonado con fuetazos que hacen un cielo azul de nuestros sufridos lomos. Todo poder incluso constitucional es un maquerotaje absoluto. Y tanto reina sobre mí el rey o presidiante, digo, Presidente que me ahoga bajo sus posas floridas, como el curandero bolchevón que me sangra a golpe de lanceta de Marx y me arrea lavativas desparricburadoras; o como la monjita que se figura que me envían a la isla María Madre, a que ella, al empuñar el cazo del rancho, me robe el tocino, para dárselo al que reza.

En la tierra y en el cielo, en la filomenosofía y en el arte, sólo hay una verdad, que ni un millón de caballos eléctricos o de vapor mueven. Esta: todo el que no produce más que en hipótesis, es un ladrón pregonado en tesis archidemostradas y en síntesis; un chacal, sediento de monstruos; y un hi de impúdica, del tamaño del Popocatepetl. El baño de sudor honrado es el que de un modo positivo hace esplendor sobrenaturalmente al galeote más verdugable; y el que convierte a un pocero en el ángel de una Anunciación. Y todo lo demás, desde el garrote del garrotero autoritario hasta la tiara de S. S. es chulería.

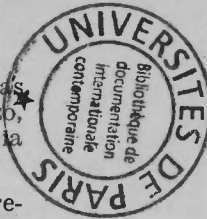
ANGEL SAMBLANCAT

luchar durante varios días, y se tuvo que mandar tropas desde Petrogrado. Pero en general, lo mismo que en Marzo, las demás ciudades adoptaron por telégrafo lo que se había hecho en Petrogrado.

En ese manifiesto redactado por Lenin, en que se entrega al Congreso Panruso el poder —un poder que no había buscado, ni pretendía—, el Soviet de Petrogrado anuncia todo el programa de los próximos meses. «El Poder de los Soviets propondrá una paz democrática inmediata a todos los pueblos, y un armisticio inmediato a todos los frentes. Asegurará el paso sin indemnización de la tierra de los grandes terratenientes, de las tierras patrimoniales y de los conventos, a los comités campesinos. Defenderá los derechos del soldado, llevando a cabo la completa democratización del ejército. Implantará el control obrero sobre la producción, asegurará la reunión de la asamblea constituyente en el plazo acordado, se preocupará de abastecer a las ciudades de pan y al campo de artículos de primera necesidad. Y garantizará a todas las nacionalidades que pueblan Rusia el verdadero derecho de determinación».

En una sola sesión Lenin propuso los famosos tres decretos con que se inicia la administración soviética. Decreto primero «Rusia propondrá a sus enemigos y a todas las demás potencias una paz sin anexiones ni indemnizaciones». Decreto segundo «Se declara abolida la propiedad privada y todas las propiedades que se indican pasan a ser administradas por los soviets de campesinos». Decreto tercero «A partir de este momento todas las empresas que empleen más de cinco obreros serán administradas bajo la dirección de un soviet de los obreros de la empresa». Esto se hizo en una sola sesión. En el decreto sobre la tierra alguien le interrumpió, diciendo que era una copia del que habían hecho antes los social-revolucionarios en el congreso campesino que se había celebrado anteriormente. Lenin dijo, que efectivamente era así y que no interesaba, porque si las ideas eran buenas ¿por qué no iba a aceptarlas?

El Congreso, en el que tenían mayoría los diputados bolcheviques y sus aliados los social-revolucionarios de izquierda, los mencheviques internacionalistas, los sindicalistas revolucionarios y los anarquistas, que formaban todos la extrema izquierda socialista aceptó todos estos decretos, y acordó inmediatamente designar para presidir el país un Consejo o Soviet de Comisarios del Pueblo. En él figuraban en su mayoría los bolcheviques, con figuras que iban a ser famosas como Lenin, Trotsky, Stálin, Kollontáy, etc., figuraban también social-revolucionarios, de los cuales el más conocido era Steimberg, perteneciente a un grupo socialista



bolcheviquismo de diferente con el resto de la social-democracia se debe a las condiciones especiales de Rusia, que hacía que, una doctrina meramente reformista al estilo occidental no se adaptase al atraso y las necesidades del país. Los hechos revolucionarios proporcionaron enseñanza y fueron un estímulo para el pensamiento de los escritores del tipo de Plejanov, Lenin y Trostky. En el caso de Lenin es interesante seguir como cada una de sus obras, significaban un paso en la elaboración de una doctrina política original —naturalmente dentro del marxismo— que será conocida más tarde con el nombre de Leninismo.

La tercera etapa del estudio de las Revoluciones rusas corresponde al período que se abre con la reacción contrarrevolucionaria frente a la revolución de 1905-1908.

Esta reacción es conocida por los rusos, con el nombre de la reacción «stolipiana», del nombre del primer ministro de Nicolás II y se extiende de 1908 a 1912. Es una reacción en el sentido más lato de la palabra (represión, cárceles, confinamiento, deportación, etc.) pero además supone un intento inteligente de crear en el seno de la sociedad rusa grupos sociales fieles al viejo orden, y no contaminados —como se decía ya entonces— por el virus revolucionario.

La pieza más importante de esta política, es la ley agraria del 14 de junio de 1910, que no era de reforma ni de organización, sino como odecían los campesinos de entonces «de desorganización agraria». Tendía a destruir la unidad comunal campesina, El Mir, quebrando la existencia del usufructo comunal de la tierra, y en segundo lugar, permitía a los campesinos medios y acomodados dividir las propiedades comunes, para crear una clase media o burguesía rural, naturalmente con intereses conservadores, que debiera quedar vinculada a la reforma, y por lo tanto apoyar al régimen.

Del éxito de esta política nos da una idea que, en diez años se separaron de las comunas agrícolas nada menos que el veinticuatro por ciento de los antiguos comuneros, que convirtieron en propiedad privada 18 millones de hectareas.

Simultáneamente, se propicia un vasto movimiento para desplazar a los campesinos pobres hacia las tierras de colonización de Siberia. Entre 1906 y 1910 dos millones y medio de campesinos pobres colonizan Siberia, Asia Central y Extremo Oriente, en un enorme movimiento migratorio.

Este período corresponde —como siempre sucede a los momentos de reacción— a una crisis del punto ideológico en los partidos revolucionarios. Los social-revolucionarios en 1906 ya se habían dividido en dos alas, la derecha llamada «Partido Socialista Popular del Trabajo», y la izquierda los llamados «Social Revolucionarios Maximalistas» cuya

tendencia es terrorista, y con una ideología que tiene ciertas vinculaciones anarco-comunistas. Los social-demócratas en el Congreso de enero de 1912, celebrado en Praga —que es el sexto Congreso del Partido Socialista ruso— la mayoría bolchevique nombran un Comité central presidido por Lenin y acuerda definitivamente expulsar a la minoría menchevique separándose en dos partidos.

En esta época es también la aparición de algunas de las obras fundamentales de la literatura marxista rusa. En 1909 aparece el libro de Lenin «Materialismo Empiro-criticismo», fundamentación de corte filosófico y frente a las nuevas corrientes de la época y que —según algunos autores— podía dar nuevo fundamento a la interpretación marxista. En 1913 dos libros fundamentales sobre el problema de las nacionalidades —que para los rusos tenía tanta importancia— de que son autores Lenin, «Apuntes críticos sobre el problema nacional», y Stalin «El Marxismo y el Problema Nacional». De esta obra nada menos que Trotsky ha dicho que es una obra notable, cosa que sorprende, pero a continuación agrega: «Lo que pasa es que no la escribió Stalin sino el propio Lenin».

En 1912 comienza a aparecer el periódico «La Verdad» («Pravda»), cuya dirección está compuesta por nombres —que entonces contaban tan poco— como los de Lenin, Stalin y Molotov, su primer secretario de redacción.

Es a partir de esa fecha que se inicia una recuperación de los elementos revolucionarios, que tratan con dificultades pero eficazmente, de retomar el ascenso revolucionario anterior de 1905.

En 1910 muere el famoso Conde León Tolstoy. Los estudiantes hacen una comitiva fúnebre con sentido de protesta, y también en ese año comienza a conmemorarse con regularidad el «domingo sangriento» del 9 de enero de 1905, en que había sido masacrada la multitud de Petersburgo. Las celebraciones del 1° de mayo también son hechas con un gran entusiasmo.

Algunos hechos aislados muestran el cambio, y de nuevo la marea ascendente corresponde a los elementos opositonistas. En el año II por ejemplo, en los yacimientos auríferos de Lena, al norte de Siberia y a 1700 kilómetros de la vía férrea más próxima, cinco mil obreros se declaran en huelga, chocan con la policía, y hay doscientos cincuenta muertos. Esto conmueve al país. Cuando en 1912 se celebra el 1° de mayo, los manifestantes en Petersburgo son 400 mil.

Frente a la marea revolucionaria que asciende el gobierno sigue actuando con las conocidas medidas represivas y toma algunas incluso extraordinarias. Así propicia la creación de grupos de terrorismo llamados «Las Centurias Ne-

Otro segundo aspecto en que había discrepancia entre el anarquismo y el marxismo era a propósito del problema del centralismo y del federalismo. Ya Marx sostenía el centralismo contra el federalismo de Proudhon y Bakunin.

La posición de Lenin al entrar en la Revolución es sugestiva. El se manifiesta rotundamente marxista, es un epígono de Marx, pero también ataca con una violencia verbal — que caracteriza los escritos de esta época; y especialmente los suyos, las ideas de los socialistas moderados, como Bernstein, Kaustky, etc., en quienes ataca realmente a Kerensky, en ese momento su rival. Defiende la tesis de un marxismo revolucionario, contrario al moderado, oportunista, reformista, de la derecha del socialismo y hasta reconoce en el anarquismo la calidad de una corriente ideológica auténticamente revolucionaria.

Lenin escribió hasta el capítulo séptimo, que se titulaba «Lecciones de las Revoluciones rusas de 1905-1917». Cuando publicó el libro en 1918 agregó, con mucha razón, que cuando iba a escribir ese capítulo séptimo tuvo que volver a Petrogrado para hacer la Revolución, y como es mucho más apasionante hacer la Revolución que escribir sobre ella, prefirió dejar el libro inconcluso.

Realmente el libro es un folleto, no tiene más que ciento y pico de páginas, pero es la obra maestra de Lenin, y ya un clásico de la literatura política. La digresión es oportuna para mostrar como la preparación y la elaboración de la ideología marxista-leninista —como se llamará después— marcha paralela al curso de los hechos, se fragua al correr de los hechos.

La manera como se produce la Revolución, tal como la refiere el norteamericano Reed, es que se aprovechó la convocatoria del Segundo Congreso Panruso de los Soviets en Petrogrado, para realizar, antes de su reunión inicial, un golpe de Estado, por el cual se expulsó al gobierno provisional. Este fué defendido solamente por dos unidades militares, un regimiento de junkers, barones alemanes, y un batallón de mujeres.

El Soviet de Petrogrado atacó con la «guardia roja», que había sido creada por el comité al mando de Trotsky. Kerensky expulsado de la ciudad se dirigió al ejército. Al frente de tropas de choque atacó Petrogrado, pero su intento fué liquidado en diez días y también un motín auspiciado por la Duma Municipal, es decir por el Consejo Municipal, donde también dominaban los socialistas moderados. El Soviet de Petrogrado se presenta ante el Congreso Panruso y dice: «Le hemos quitado el Poder al gobierno provisional, y ahora lo tienen ustedes. Los Soviets de Rusia».

En el resto de Rusia, por ejemplo en Moscú, hubo que



cial-revolucionarios de izquierda, los llamados menchevíques internacionales, en el mes de junio consiguieron mayoría en el Soviet de Petrogrado, y en casi todos los soviets obreros y de soldados.

Los bolchevíques y los grupos de extrema izquierda que en el mes de marzo eran una infima minoría, ahora son mayoría. La consigna que en abril había adelantado Lenin de «todo el poder del Estado a los Soviets de Diputados obreros», ahora es agitada con vigor por bolchevíques y grupos de la extrema izquierda, para los cuales esa transferencia del poder significa ponerlo en sus manos.

Cuando está madura la situación, en pocos días se produce la Revolución de octubre. Un periodista norteamericano, John Reed, ha escrito tal vez la obra más interesante sobre esta época, que se titula sugestivamente: «10 días que conmovieron al mundo», y el subtítulo es «Cómo asaltaron el poder los bolchevíques».

Octubre es un movimiento dirigido por una pequeña minoría que desplaza a un gobierno desacreditado e impopular. El llamado Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, creado so pretexto de defender a Petrogrado frente a la invasión de Kornilof, está a cargo de Trotsky, que será el Ministro de Guerra —digamos— de la Revolución. Trotsky, se ocupó de la organización de este golpe de fuerza, pues Lenin debió expatriarse de nuevo después de junio, y vivió en Finlandia. Allí escribe numerosas cartas dando sus puntos de vista sobre la marcha de la Revolución, y dedica su ocio forzado a escribir su obra máxima «El Estado y la Revolución». En esta obra —muy sugestiva— analiza el tema realmente más delicado del punto de vista de la ideología socialista: cómo se ejerce el Poder en el proceso revolucionario.

Marx había sostenido que el Estado es el gerente de la dominación de las clases privilegiadas, y que está unido a su misma existencia. Una vez que se produjera la Revolución, el Estado debe extinguirse, pero discrepaba con los anarquistas, pues éstos son partidarios de la abolición del Estado. Esta cuestión parece que fuera de palabras: extinción o abolición. Pero en los escritos de Marx, especialmente en la segunda parte de su vida, hay muchas afirmaciones a favor de una especie de etapa posterior al estallido de la Revolución, y anterior a la extinción del Estado, que correspondería a la llamada «dictadura del proletariado». La violencia que está unida al Poder hasta la Revolución, ejercida por la clase burguesa contra las clases inferiores, ahora la utiliza la clase proletaria contra sus enemigos, la reacción y la propia burguesía. Toda la dinámica del Poder está en este asunto: ¿cómo se ejerce esa dictadura del proletariado?



...ras», que podríamos llamar «fascistas» —aunque el fascismo entonces no se ha inventado— que representan a la ultraderecha. Estos grupos, realizan actos de anti-semitismo, especialmente grave porque en Rusia había la llamada «zona de residencia judía», que abarcaba las provincias occidentales (Lituania, Polonia, Estonia, etc.), en las cuales vivían seis millones de israelitas.

En general se trata de hacerlos aparecer ante la población ignorante como los causantes de sus desgracias. Se organizan sistemáticamente los famosos «pogroms» rusos, palabra que ha quedado universal para designar las persecuciones contra las poblaciones judías. Un famoso proceso en el año 11, acusa incluso a los judíos de asesinatos, para provocar el odio popular contra ellos.

Un segundo aspecto de esta reacción es la decisión adoptada por la tercera Duma que resuelve rusificar a todos los no rusos, y convertir a la ortodoxia a los no ortodoxos.

Esta fórmula geométrica que significaba reforzar la dominación imperial que se tenía sobre los pueblos coloniales (del Asia Central, los propios judíos, georgianos, etc.) y, por otra parte, exigir a todos que fueran rigurosamente ortodoxos.

Con anterioridad grupos religiosos —algunos de ellos ayudados por el propio León Tolstoy— habían comenzado a emigrar fuera de Rusia, por la exigencia de la jerarquía eclesiástica de la ortodoxia, de obligarles a aceptar todas y cada una de las prescripciones que establecía el Sinodo de Petersburgo.

En estas condiciones, y con esta situación tan especial, Rusia entra en la guerra de 1914. Una guerra que, como de costumbre, la gente de Palacio creyó corta y gloriosa para sus armas. Pero guerra que realmente significó la tumba de la dinastía, del régimen aristocrático y en definitiva el primer episodio de la revolución de 1917.

Para hacernos una idea de como Rusia entra en la guerra digamos que por entonces se había marcado todavía más su dependencia frente al capitalismo extranjero. Un 52 % de las empresas metalúrgicas; un 42 % de todo el capital bancario, y un 69 % del capital de las Sociedades Anónimas era extranjero. Prácticamente un consorcio de banqueros franceses, ingleses, alemanes —pero en su mayoría franceses—, manejaban las ingentes riquezas de este país inmenso.

El mismo hecho que las formas superiores del capitalismo tan tardíamente llegasen a Rusia, explicaba que ésta tuviera cierta modernidad. Así el 53 % de todos los obreros trabajaban en grandes empresas que empleaban más de quinientos obreros.

La guerra fué especialmente adversa para Rusia que fué

tal vez el país que pagó más duramente su cuota de ruina.

En grandes números, Rusia había movilizado 14 millones de hombres, de los cuales dos murieron, fueron heridos o quedaron mutilados, otros dos fueron hechos prisioneros y un millón y medio desertaron. En el frente principal perdieron Polonia, Lituania y las Provincias Bálticas, y se comenzó a luchar por la posesión de la Rusia Blanca.

Todo esto se explicaba por la situación interior del país, y muy especialmente la desorganización y atraso de la economía rusa. Estando el país en guerra, lo lógico era que se multiplicaran las cifras relativas a la producción, y que el rendimiento industrial del país fuese más grande que antes de la guerra. Sin embargo, en 1910, la superficie sembrada en Rusia es 85 % menor que en 1909, y la metalurgia reduce su rendimiento en un 50 %. Los obreros movilizados en un 40 % no han sido reemplazados. La falta de combustible, desorganización del transporte, de la circulación monetaria y desocupación obrera, va creando interiormente en Rusia un cuadro de desastre que explica que aparezca el hambre. Se forman «colas» de racionamiento para toda clase de productos, incluso los alimenticios. Hay racionamiento hasta para la población militar, y las necesidades del ejército, inclusive en armas y municiones.

Una guerra ofensiva, una guerra en pro de una política de bloques no era popular. Cuando se suman todas estas situaciones, y los problemas del frente interno, se crea en Rusia un clima especial, sin cuya comprensión es imposible comprender el estallido revolucionario de 1917.

La actitud ideológica de los grupos de la oposición frente a la guerra, sin embargo, no era homogénea. Los partidos que podríamos llamar burgueses, como KDT, «octubristas», partidos progresistas, y opuestos al zarismo, nacidos de la revolución de 1905, apoyaban la guerra, e integraban las «Juntas de Producción de Guerra», aunque, naturalmente, deseaban que la guerra se llevase de una manera más eficaz.

En la extrema izquierda los social-revolucionarios y los social-demócratas mencheviques, también en su mayoría, fueron partidarios o se manifestaban indiferentes frente a la guerra. En cambio el partido mayoritario social-demócrata o bolchevique, se manifestaba oficialmente contra la guerra. El partido ruso fué el único de los socialistas que calificó la guerra de imperialista, y que reclamó a los demás partidos socialistas de Europa, que cumplieran las disposiciones adoptadas en sus Congresos condenando el belicismo, y por la fraternización de los proletarios del mundo.

Esa había sido la idea de Jean Jaurés hasta la víspera del propio conflicto y la tesitura sostenida tradicionalmente

bolchevique. La más importante de las tesis era: «Ni el menor apoyo al gobierno provisional. Demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, principalmente la renuncia de las anexiones. Desenmascarar a este gobierno, que es un gobierno de capitalistas. En vez de exigir que deje de ser capitalista e imperialista —cosa inadmisible y que no hace más que despertar ilusiones—». En cuanto a la manera de actuar dice concretamente esto: «Mientras estemos en minoría desarrollaremos una labor de crítica y de esclarecimiento de los errores. Propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los soviets de diputados obreros, para que sobre la base de la experiencia las masas corrijan sus errores».

Lenin consiguió a fines de abril, que su partido aceptara esta política y pasara a la oposición. A fines de abril hubo un congreso del partido bolchevique, al que asistieron delegados de 70 mil miembros, la inmensa mayoría reclutados desde el mes de marzo en adelante. De ellos, 15 mil vivían en Petrogrado. En este puñado de gentes los antiguos revolucionarios, los que tenían una formación anterior a la guerra, no pasarían de dos o tres mil individuos. Con esa minoría, rigurosamente disciplinada, encuadrada por líderes de talento y audacia, los bolcheviques lograrán sus objetivos políticos.

Simultáneamente, y esto precipita la ruina del gobierno provisional, en las provincias los campesinos por su cuenta —como sucedió en su momento en la Revolución Francesa— comienzan a ocupar las tierras de los conventos, expropiar los campos de los nobles y las tierras baldías. Son dirigidos por los soviets de campesinos de cada aldea, en que había campesinos ricos y pobres, pero esto era algo diferente y nuevo, que no se hacía de acuerdo a ninguna orden ni decreto.

En el mes de julio se reúne en la capital el primer congreso Panruso de soviets campesinos, donde predominan los social-revolucionarios, que era el partido agrario por excelencia, y se acuerda reclamar la abolición de la gran propiedad y de todas la propiedad de nobles, dominiales y religiosas. Esta aspiración, en la práctica se está entonces realizando incluso contra la voluntad del gobierno.

Es curioso comprobar que en este momento revolucionario el gobierno provisional no se animó a implantar la jornada de ocho horas, medida que estimó demasiado arriesgada.

Estos socialistas tan moderados terminaron por pagar el error de su moderación con su caída. Las masas comenzaron a abandonarlos, los partidos de la extrema izquierda, los bolcheviques, los grupos anarquistas, sindicalistas, so-

lución de octubre del 17, se debe fundamentalmente a los hechos siguientes:

El 8 de junio se inicia una nueva ofensiva rusa en todo el frente contra los alemanes y austriacos, que, como las anteriores, fracasa de un modo estrepitoso y confirma el deseo de paz, cada vez mayor, de los soldados y campesinos rusos.

En segundo lugar, se produce una sublevación contrarrevolucionaria dirigida por Kornilof, general del frente de guerra, que con tropas escogidas marcha sobre Petrogrado, y es derrotado por los obreros dirigidos por su «soviet». La incapacidad del gobierno para defenderse de la «kornilovada» (como dicen los rusos), e impedir movimientos como éstos, precipitan su caída.

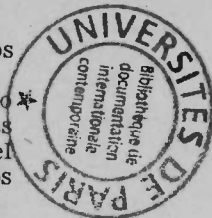
En el mes de abril se produce un hecho significativo, aunque tal vez todos los contemporáneos no le dieran la importancia que tenía: la vuelta de Lenin a Rusia.

Lenin vivió en Suiza durante casi toda la contienda. Cuando en marzo estalló la Revolución, con un grupo de revolucionarios rusos pidió al gobierno alemán que le permitiera atravesar Alemania para ir a Rusia. Este viaje se hizo en un vagón de ferrocarril, que gozaba de derechos casi de extraterritorialidad, es decir, no se pedían pasaportes, no se revisaban equipajes, etc. De ahí viene la famosa leyenda del «vagón precintado». Los alemanes, especialmente, el Alto mando alemán, pensó que, con esto hacia una jugada de gran efecto contra los rusos, porque sabiendo a Lenin partidario de la paz, calculaba que su introducción en Rusia aceleraría el derrumbe del frente enemigo. Durante años, hasta su muerte, le gritaban en la calle y en las asambleas «espía alemán» y «vendido a los alemanes». Lenin predijo que le iba a pasar todo esto, pero que no había otra manera para volver a Rusia, y que él la aceptaba.

Apenas desembarcado —y fué recibido de una manera apoteósica— estableció las llamadas «tesis de abril».

Lenin es un tipo muy especial de heroe histórico; no es un general, ni un líder religioso, es un heroe intelectual. Su figura, incluso, con su cabeza calva, talla corta, aire de profesor de provincia, no era la clase de sujeto que hubiera podido preverse que alcanzaría una inmensa popularidad. Tenía méritos extraordinarios y poco comunes, de los cuales el más singular era presentar en palabra fácil las ideas más difíciles.

A título personal Lenin, con un léxico que parece amarillado, estableció contra la opinión de su partido, que en ese momento apoyaba a los gobiernos provisionales, sus famosas «tesis de abril». Son una serie de premisas sobre la situación política de Rusia, y las posibilidades del partido



por la social-democracia de la Segunda Internacional. Llegada la guerra, tanto los socialistas franceses, como los alemanes, no solamente votaron los créditos, sino que por «la defensa» de sus respectivos países, apoyaron la política belicista, entrando en Gabinetes de unión nacional.

El grupo mayoritario bolchevique reclamó el cumplimiento de las disposiciones anti-bélicas del Socialismo internacional, y fué apoyado por grupos minoritarios de otros países que estaban al margen del conflicto. En Suiza, en las localidades de Zimerwald y Keinthal se hicieron varias conferencias internacionales, que algunos autores han llamado «las conferencias de la Segunda Internacional y medio», porque son reuniones que van preparando lo que será después la Tercera Internacional.

Se caracterizan por un espíritu anti-bélico, pacifista, y en segundo lugar, revolucionario, contra el reformismo que primaba en la mayoría de los partidos socialistas occidentales.

Pero la eficacia del bolchevismo en ese sentido, fué relativa. A Lenin lo sorprendió la guerra en Austria, y de ahí fué expulsado a Suiza. Trotsky estaba en Inglaterra, fué prisionero y enviado a un campo de concentración en Nueva York y Stalin había sido deportado apenas comenzada la guerra, a Siberia. La eficacia dentro de Rusia del movimiento bolchevique contra la guerra, en esos primeros momentos, fué muy poca. A medida que se ampliaba el clima de desastre era natural que los bolcheviques comenzaran a tener cierta audiencia, lo mismo que otros sectores minoritarios, como el ala izquierda de los social-revolucionarios, los sindicalistas de izquierda y los anarquistas, que compartían también el criterio favorable a la paz y contrario a la autocracia.

A fines de 1916 el viejo orden zarista entra en crisis, y ésta lo mismo que sucedió en la Revolución Francesa, tiene un primer capítulo que ha sido llamado por los autores rusos con mucha justicia «la revolución palaciega».

Desde 1910 se había introducido en la Corte Imperial Zarista, un personaje pintoresco, Rasputin, un ex campesino siberiano, «vidente» y «curandero». Famoso en su lugar natal, fué llevado al palacio imperial, para curar una enfermedad del hijo de los Zares. El Zar y la Zarina eran extremadamente ignorantes y supersticiosos.

Antes de Rasputin habían habido otros individuos que habían gozado de la confianza de los Zares, pero el nuevo favorito tenía veleidades políticas y a medida que pasa el tiempo será el verdadero dueño del palacio real y aprovecha esto para hacer grandes negocios, vivir orgiásticamente y promover los intereses más viles. De más está decir, que

contaba con la crítica señalada de la gente de palacio, aún de la nobleza, disconforme con los privilegios que disfrutaba.

Este comenzó a intrigar para hacer la paz por separado con Alemania, y se le acusó —tal vez con razón— de ser germanófilo. La Zarina también era de origen alemán. Se difundió la idea —tal vez fundada— de que Rasputin influía en el Zar y en la Zarina, para conseguir una paz separada con el enemigo, y abandonar a las potencias occidentales.

Es posible que la propia diplomacia occidental haya intervenido en este asunto, porque en una conspiración en la que participan nada menos que los Grandes Duques, hermanos del propio Zar, y la gente más importante de palacio, exactamente el 18 de diciembre de 1916 Rasputin es asesinado y tirado al Neva.

Trotsky ha observado, con mucha razón, que: los conspiradores liberales no se atrevieron a suprimir al primer actor del drama monárquico», es decir, al zar. «Pero los Grandes Duques» —dice— «decidieron suprimir al apuntador (Rasputin), y vieron en el asesinato de él, el último recurso para salvar la dinastía». Rasputin no salvó nada, porque estaba tan avanzada la descomposición de Rusia que, largar esta especie de lastre carecía de importancia. Diez semanas más tarde de la muerte de Rasputin, el Zar a su vez será depuesto, y poco más tarde fusilado.

Desde diciembre a marzo, el problema sale de la órbita de la revolución palaciega, y se convierte en una revolución burguesa en que tienen la palabra los industriales, banqueros y partidos burgueses, que deseaban realizar reformas auténticas y reorganizar el país. El Zar y la nobleza no atinaban a tomar las medidas necesarias para salvar el país del caos interno y del desastre de la guerra.

Los elementos revolucionarios de la burguesía se agrupaban alrededor de la Duma, organismo que aún era un esbozo de sistema representativo, y en el cual había individuos capacitados que deseaban encontrar solución patriótica a los problemas del país.

La Duma trató por todos los medios de conseguir una reforma pacífica, obtener del Zar que nombrara Ministerios integrados por elementos de sus filas, o gentes sanamente inspiradas que buscaran hacer una reforma. El Zar se obstinó por lo contrario —en estas diez semanas que le restaban— en mantener sus privilegios, insistir en sus prerrogativas y mantener hasta figuras promovidas por Rasputin.

En tanto, a fines del año 16, en Asia Central se produce una gran sublevación de los pueblos locales coloniales, kirguises, kasajos, etc., hastiados de servir de carne de cañón, en los campos de batalla, y ser exprimidos por las contribuciones e impuestos.

cionario Kerensky que ocupa la cartera menos importante.

El gobierno provisional se dirige al Zar, que entre tanto había abdicado en favor de su hermano Miguel, lo obliga a abdicar a favor del nuevo gobierno. De esta manera se ha terminado el zarismo en Rusia, sin mayor pena ni gloria. Trotsky ha dicho que: «La dinastía cayó apenas sacudida, como un fruto podrido, antes que la revolución tuviera tiempo siquiera de afrontar los problemas más inmediatos».

Más tarde el Zar con su familia fueron fusilados. Pero el fusilamiento de los Zares, como antes su caída, no movió el entusiasmo de nadie, ni un solo regimiento en toda Rusia se pronunció en ese momento a favor del zarismo. Por telégrafo, de Petersburgo, a lo largo de la inmensa Rusia, se declaró entonces el apoyo al gobierno provisional, y sin disparar un tiro se consiguió prácticamente la adhesión de todas las provincias.

El país comienza a ordenarse de acuerdo a un nuevo esquema dentro de las mayores dificultades, en una crisis económica que agrava el hambre de las gentes y enfermedades epidémicas que provocarán millones de muertos. Entre tanto, se comienza a resquebrajar todavía más el frente militar que se opone blandamente al empuje de los alemanes.

Con la Revolución de marzo del 17 se instala en Rusia el gobierno provisorio revolucionario, cuyo equipo se cambia cuatro veces desde marzo a octubre, desde lo que los rusos llaman «la primera» a la «segunda Revolución».

Estos gobiernos revolucionales se caracterizan porque tratan de continuar la guerra, como aliados que son de las potencias occidentales, y no resuelven —ni siquiera se abocan— a los grandes problemas que explicaron la Revolución.

Después del primero de ellos, que preside el Príncipe Lov, se instala el llamado «gobierno de coalición» en el cual entran en una proporción mayor elementos socialistas moderados.

En este segundo gabinete, que dura igual que el primero 60 días, sigue actuando Kerensky, que se convertirá después en los tercer y cuarto gabinetes, en el personaje más importante. Los gobiernos dirigidos por Kerensky son más a la izquierda, están integrados especialmente por socialistas revolucionarios de derecha y mencheviques y serán los últimos antes de la revolución de Octubre. La segunda Revolución, o movimiento de octubre, será una lucha entre las fracciones socialistas moderadas que tienen el gobierno y las extremas, de la cual la más representativa es el grupo bolchevique.

El descrédito de estos gobiernos provisionales, que en definitiva explica el éxito fulminante en 10 días de la Revo-



Petersburgo, en los últimos días de la rebelión. Ivanov pregunta:

—¿Qué cantidad de viveres tiene usted a su disposición?

—No dispongo de viveres.

—¿Han caído algunas armas, artillería, municiones en manos de los rebeldes?

—Toda la artillería está en manos de los rebeldes.

—¿Qué autoridades militares, y Estados Mayores están bajo las órdenes de usted?

—Bajo mis órdenes personales, se hallan el Jefe del Estado Mayor del distrito. Con los demás organismos regionales no tenemos comunicación.

—¿Qué organismos técnicos y económicos del ramo de la guerra se hallan, actualmente, a sus órdenes?

—Ninguno.

—¿De qué autoridades policíacas dispone usted en este momento?

—De ninguna.

Quiere decir que el aparato represivo se iba deshaciendo en las manos del Jefe de la guarnición. Iba quedando el esqueleto de los altos mandos, mientras la tropa fraternizaba espontáneamente con la masa del pueblo y que llevaba cinco días de huelga.

Todo esto demuestra el valor revolucionario espontáneo de las masas y su capacidad constructiva. En Viborg se crea una especie de soviet vecinal que organiza la barriada, ataca el arsenal local y se apoderan de cuarenta mil fusiles, con lo que quedan suficientemente armados.

Finalmente, toda esta gente marcha sobre el Palacio de Invierno, residencia de los Zares en Petersburgo, que es evacuado por los palaciegos, y enseguida sobre el Palacio de Táurida, que inmediatamente se convierte en una especie de centro revolucionario.

El Zar cuando recibe las primeras noticias comienza a hacer tratativas, pero antes que lleguen a nada, en Petersburgo se crea un «soviet» general. Este Soviet, está integrado —de acuerdo ya a un esquema que existía— por un representante de cada mil obreros, en él van a predominar, en general, los social-revolucionarios y los mencheviques, y representa la verdadera fuerza que hay en la calle, de los manifestantes, obreros armados, soldados y marineros. Sin embargo no toma el poder, sino que se dirige a los miembros de la Duma para formar un gobierno provisional. De esa asamblea saldrá el gobierno provisional de la revolución, presidido por el Príncipe Lov, e integrado por un historiador, jefe del Partido de los KDT Miliukov, un banquero, Buchof, un fabricante textil Konalof, un fabricante de azúcar Teresfcheko, y un abogado del partido Socialista-revolu-

En el ejército comienza a cundir el desorden y el espíritu revolucionario. Los soldados fraternizan con los alemanes, rehusan entrar en fuego, actúan con indocilidad frente a los oficiales y superiores, y prestan oídos a la propaganda revolucionaria, de los obreros sindicalizados.

El Zar desconfiando de los dirigentes del ejército —entre los cuales estaban sus mismos parientes— habiase constituido en el cuartel general del ejército, y en Petersburgo quien tenía las riendas del poder era la Zarina.

Se ha hecho muchas veces la sugestiva comparación entre las figuras de estos dos monarcas y la de sus iguales, en la época de la Revolución Francesa, Luis XVI y María Antonieta. En este dúo en que la fortaleza está en manos de la Zarina y la indecisión es del Zar, no se adopta ninguna medida suficiente para conjurar los problemas.

Es sabrosísima la correspondencia que se cambian durante estas semanas en que la Zarina escribe todos los días al Zar, por razones de política. Así, por ejemplo, le dice: «No debes dar prueba de blandura, ni nombrar un gobierno responsable, ni hacer todo lo que ellos quieren. Son tu guerra, y tu paz, tu honor y el de nuestra patria, y no los de la Duma los que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una palabra respecto a estas cuestiones». Hay un telegrama de la Zarina en marzo del 17, ya en los días de la revolución. Le informa simplemente «Es un movimiento de vagabundos. Los muchachos y las muchachas corren y gritan que no tienen pan, simplemente para crear excitación». En ese momento, la policía, que sabía un poco más, decía en un informe que: «Las tendencias opositoras han adquirido una envergadura tal, que sobrepasan con mucho las que había entre las masas, durante el turbulento período de 1905 a 1906». Y el Ministro de Asuntos Interiores, dirigiéndose al Zar, le dice que: «Restablecer el orden público; cueste lo que cueste, y estar seguro del triunfo sobre el enemigo interior que desde hace mucho ya ha llegado a ser más peligroso, más animoso y descarado que el enemigo exterior».

Es decir que se comprueba que algo se está derrumbando y que madura el movimiento decisivo y fundamental.

La revolución misma de marzo —y esto es lo extraordinario— se produce en escasos cinco días, del 23 al 27 de febrero de 1917, de acuerdo al viejo almanaque— casi exclusivamente en la ciudad de Petersburgo, que representa un 75 ávo del total del país. El drama se jugará en Petersburgo, y por telégrafo esta noticia se va a difundir y ser adoptada, en los demás centro de la inmensa Rusia.

La manera como se cumple la revolución en esos días, es tan extraordinaria, que da la impresión —lo dicen muchos— de una especie de representación. Lenin ha dicho:

«Estos ocho días de revolución fueron representados —si cabe la metáfora— después de decenas de ensayos y de ensayos generales. Los actores se conocían entre ellos y sabían sus papeles, sus diferencias entre ellos desde la A a la Z. Incluso sus más leves divergencias de estrategia y táctica».

Efectivamente había algo de esto. Por lo pronto el gobierno se había preparado cuidadosamente desde 1905 frente a la posibilidad de una nueva revolución. Se habían concentrado en Petersburgo, nada menos que 150 mil soldados, que correspondían a 14 regimientos. La ciudad estaba dividida en 7 distritos con planes rigurosos para ahogar la rebelión que estallase en cualquier momento y lugar de la ciudad que tenía ya entonces tres millones de habitantes. Al mismo tiempo, los revolucionarios habían hecho conciencia de toda esa técnica represiva, y perfeccionan su mecanismo, y estilo.

Es una revolución absolutamente espontánea. Las gentes que estaban en la Duma, y que pertenecían a los partidos de la burguesía procuraban que la revolución se hiciera pacíficamente por la decisión del Zar. Toda su pretensión era presionarle, para conseguir que nombrara un gobierno surgido de las filas de sus partidos que salvara la situación.

Los partidos revolucionarios no tenían todavía la posibilidad de actuar en un primer plano; pero las masas cansadas de la guerra, el hambre, y la desorganización permanente, y ese subyugamiento sub-humano a que estaban condenadas, no esperaron a que llegara la orden de la rebelión y espontáneamente comenzaron la revuelta.

Es curioso marcar los hechos en esos cinco días que duró la revolución. Comenzó por la celebración del Día Internacional de la Mujer. Como de costumbre, los social-demócratas y otros grupos se propusieron celebrarlo con mítines, sambleas y discursos.

«A nadie —dice Trotsky— se le pasó por las mientes que el Día de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo un llamamiento a la huelga para ese día». Pero la huelga se declaró espontáneamente por los obreros textiles, especialmente de Viborg — una barriada obrera —. Simultáneamente, 30.000 obreros de la fábrica de armas de Putilof fueron declarados cesantes. Entonces las obreras y obreros, y los de otras fábricas que se declararon en huelga solidaria, comenzaron a ocupar las calles y a movilizar a las gentes de las colas. Tres días más tarde en todo Petersburgo triunfaba la huelga general.

En esa misma fecha, se produce un tercer episodio fundamental: la fraternización de soldados y obreros. Buena parte de las obreras estaban casadas con reservistas que integraban el ejército. «Fueron tal vez —observa siempre

Trotsky— estas obreras textiles las que consiguieron los primeros fusiles para la revolución, y consiguieron que sus esposos abandonaran las filas y acompañaran a las masas de los huelguistas». La propaganda revolucionaria y los desertores, se conjugaron para que junto a los obreros comenzaran a aparecer en número mayor soldados y marineros, que acompañaban a los huelguistas en sus desfiles, manifestaciones y mítines.

El clima era de tal tipo revolucionario que los famosos cosacos, se negaron a disparar sobre las multitudes.

Hay algún episodio pintoresco que muestra la mentalidad rusa. A los gendarmes, las gentes del pueblo les llamaban los «faraones», y en una de esas ocasiones en que los gendarmes —más fieles al régimen que los soldados— atacaron a un grupo de manifestantes y los persiguieron a latigazos, cuenta, uno de los testigos, que varios obreros se acercaron a los cosacos, se quitaron las gorras y les dijeron: «Hermanos cosacos, ayudad a los obreros en la lucha por sus demandas pacíficas. Ya veis cómo nos tratan los «faraones» a nosotros los obreros hambrientos. Ayudadnos». El que comenta esto dice que, «aquel tono conscientemente humilde, aquellas gorras en las manos eran un cálculo psicológico». Demás está decir que los cosacos subieron a caballo y cargaron contra los gendarmes, y a partir de ese momento, por lo menos ese regimiento de cosacos quedó incorporado al grupo revolucionario. Comenzó el desarme de la policía. Apoyados por los soldados que eventualmente se pasaron a sus filas, comenzó a ser desarmada la policía en los barrios obreros. Especialmente, en la barriada de Viborg ya el día 25 son quemadas todas las comisarias y muchos gendarmes se pasan a las filas del pueblo. Los 150 mil soldados reunidos por el zarismo se evaporan.

Del 25 al 27 hay motines dentro de los cuarteles. En la noche en el primer cuartel sólo 27 soldados se animan a abandonarlo con sus fusiles, y unirse a los obreros. Pero 27 consiguen al día siguiente dominar cuarteles enteros. Los regimientos se sublevan, casi siempre de la misma manera. Deponen a la oficialidad y los soldados declaran en asambleas que están de parte del pueblo y constituyen un «soviet» o consejo.

Cuando esto llega al Cuartel General del Zar comienza a mandar tropas sobre la capital, casi siempre compuesta de georgianos, que le son especialmente fieles.

Ha quedado —y es un documento valioso— el diálogo sostenido por telégrafo entre el General Ivanov, que había sido el jefe de la represión de 1905, que venía a la capital al mando de los georgianos, con el jefe de la guarnición de

# ¿Qué hace ahí ésa?

¿Q

¿Qué hace ahí ésa? «Esa» era una mujer que figuraba en un cuadro. Leía en un libro. O mejor dicho, había dejado de leer y meditaba sobre lo leído. El cuadro estaba en un comedor aldeano. Rodela, el garzón ibero, miraba de vez en cuando al cuadro y como siempre veía la misma mujer pensativa, preguntaba:

- ¿Qué hace ahí ésa?
- Está meditando — le decían.
- ¿Tanto tiempo? — interrogaba Rodela.

Todos se le reían.

No comprendía Rodela que hubiera cuadros en la pared. Y mucho menos comprendía que el cuadro fuera tan estadizo, que por los siglos de los siglos hubiera figura meditabunda sin pestañear.

Cuando se hablaba del tiempo o de otra cosa cualquiera salía Rodela con la misma pregunta:

— ¿Qué hace ahí ésa?

Rodela era un saltatapias y un saltamolinas. Era un cazador furtivo a pesar de sus doce años. Casi siempre iba descalzo. Trepaba a la copa de un cerezo en junio para hacerse con las cerezas. En agosto iba a trillar a la era de Martín el hortelano.

En la escuela aldeana era una calamidad. No sabía ninguna lección del «Juanito» ni nada. No sabía nada de nada.

Cuando un escolar se distinguía por su poca aplicación y no sabía, por ejemplo, lo que es diéresis, decía el maestro:

— Eso lo sabe hasta Rodela.

Pero Rodela no sabía lo que hacía la mujer del cuadro y seguía preguntando insistentemente:

— ¿Qué hace ahí ésa?

Rodela ganaba a reñir a todos sus condiscipulos. Les ganaba también los partidos de pelota, las carreras a pie y a todos los juegos de impetu y destreza.

— A multiplicar me puedes ganar — le decía a Faustino — pero lo que es a correr no me ganas.

— Al guiñote soy yo el que te gana — saltaba Matías.

— Porque no sé contar los tantos — declaraba Rodela.

¡Ibero perfecto Rodela! Todo lo que fuera correr, saltar, ganar una apuesta a base de brincos, era para él un seguro triunfo. Cuando le querían encasquetar la regla de tres fracasaba Rodela, bajaba la cabeza y no había manera de hacerle comprender nada.

— Vamos a ver — le decía el maestro —, ¿tú no sabes nada de quebrados, Rodela?

— No sabe nada de quebrados ni de nada — argüía un escolar oficioso.

— ¡Silencio! — rugía el maestro.

— Es que él mismo nos dice que eso de los quebrados no sirve para nada — agregaba otro «acusica».

— ¡A callar todo el mundo!

— Rodela no sabe dividir por seis — sentenciaba otro escolar que pasaba en la escuela por niño prodigio porque se sabía de memoria los nombres de cuatro reyes godos.

El maestro se enfadaba:

— El que tenga que decir algo que lo diga cuando yo le indique — gritaba el maestro —. Que hable Rodela.

Rodela era el único que no chistaba.

— ¿Qué son quebrados, Rodela?

Silencio. Rodela quería tener satisfacción a su curiosidad y seguía preguntando ante el cuadro del comedor:

— ¿Qué hace ahí ésa?

— Tenemos dos naranjas y media, Rodela, fijate bien.

— No las tenemos — decía Rodela con la cabeza baja.

— No seas salvaje, Rodela. Tenemos dos naranjas y media y hemos de repartirlas entre cinco.

— No es verdad que tengamos dos naranjas y media.

¿Cómo hemos de repartirlas si no las tenemos? ¿Qué conseguimos con repartir naranjas en la pizarra si no tenemos naranjas? A mí, que me den dos naranjas y media y las repartiré entre cinco sin necesidad de gastar yeso ni de emborronar cifras en la pizarra. Las repartiré de manera que toquen a partes iguales.

— Eres un salvaje, Rodela. ¡Largo de aquí!

Y no había manera de hacerle comprender que podían repartirse dos naranjas y media entre cinco, ni cien naranjas entre cien, ni dos naranjas entre dos, si se carecía de naranjas. Aun contando con la mayor voluntad del mundo nadie reparte lo que no tiene. Así pensaba Rodela.

— Cuando medimos una distancia — me decía — es porque hay distancia y necesitamos medirla.

— Pero es que si tú llevas la cuenta de lo que hacen pagar a tu padre por arrendamiento del huerto y éste tiene media hectárea, pagándose quinientos kilos de trigo por hectárea has de saber la cantidad de kilos que te corresponde pagar.

— Ya lo dirá mi padre, y si no lo dice mi padre ya lo dirá el dueño del huerto. Yo nada tengo que pagar.

— ¿Y cuando no viva tu padre?

— Pues no pagaré.

— ¿Por no hacer la cuenta?

— No: por hacerla y ver que sólo sale bien para beneficio del dueño. ¿Es que tú te crees que no sé hacer cuentas? Lo que pasa es que no quiero soñar que reparten naranjas siendo mentira. Para hacer cuentas de reparto hay que contar con cosas que repartir. Para medir un banal no se ha de hacer como un agrimensor que mide bien, pero mide para el Estado. A mí que no me enseñen lo que no puedo aprender yo. Sólo aprenderé algo de lo que interesa cuando no esté en la escuela.

Y salió de ésta, desahuciado, preguntando incesantemente mirando al cuadro del comedor:

— ¿Qué hace ahí ésa?

# NOTAS SOBRE LA BIBLIA

por E. ARMAND

SE designa bajo el nombre de *Biblia* (del griego *Biblos-Biblión*, bro) la colección de los libros sagrados de que se sirven los judíos y los cristianos de las diversas denominaciones. La colección se compone del *Antiguo Testamento*, que es el libro sagrado de los israelitas y del *Nuevo Testamento*, que los cristianos consideran como el complemento del *Antiguo*. Esos términos: *Antiguo* y *Nuevo Testamento*, son las traducciones de fuente latina, de expresiones empleadas por el gran propagandista y verdadero fundador del cristianismo, Saulo de Tarso, conocido bajo el nombre de S. Pablo, en la 2a. epístola a los Corintios «é palaia diathêke» (la antigua alianza) «é kainê diathêke» (la nueva alianza) y que le sirvieron para distinguir la doctrina de aquel que, según S. Pablo, realizaba las profecías judías, de la enseñada por los libros prosaicos.

Según sea católico o protestante, el canon (del griego *kánon*, regla) del *Antiguo Testamento* comprende más o menos cantidad de libros. El *Antiguo Testamento* se compone de libros escritos en hebreo (protocanónicos) y de libros redactados en griego (deutero-canónicos). Los israelitas y los protestantes rechazan estos últimos que ellos llaman apócrifos. (Son los libros de Tobías, Judit, la sabiduría de Salomón, el *Eclesiastés*, *Baruc*, una epístola de Jeremías, dos libros de los Macabeos, el cántico de los tres jóvenes Hebreos, la historia de Susana, la historia de Bel y el Dragón, y el libro de Esther, a partir del capítulo 10) Los exégetas católicos afirman que, aunque estos libros hayan sido rechazados del canon israelita, la tradición de los judíos los hacía admitir como sagrados y que para el uso público colocaba al lado de los libros canónicos.

El *Antiguo Testamento* o *Biblia* hebrea comprende tres partes: 1º) *La Tora* (la ley) llamado también *El Pentateuco* (de una palabra griega que significa el conjunto de los cinco li-

Los Profetas (Nabim): Josué, los Jueces, Samuel I y II, los Reyes I y II, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonía, Zacarías, Malaquías. 3º) Los Hagiógrafos (escritores sagrados, Ketubim): Los Salmos, los Proverbios, Job, El Cántico de los Cánticos, Ruth, las Lamentaciones de Jeremías, el *Eclesiastés*, Esther, Daniel, Esdras, Nehemías, Crónicas I y II.

El punto de vista ortodoxo difícilmente sostenible después de los trabajos de la crítica moderna, es el que afirma que la biblia es una maravillosa manifestación de unidad religiosa, dictada por Dios mismo, o por lo menos, inspirada por su espíritu. En el libro de «El Exodo» (segundo del Pentateuco), se dice que sobre el monte Sinai el Señor entregó a Moisés las dos tablas escritas por la mano de Dios (Exodo XXXI, 18).

Las excavaciones emprendidas en Siria después que el acceso de ese país ha sido facilitado, y con los medios científicos de investigación con que se cuenta actualmente, han permitido constatar que los mitos bíblicos descubrieron un estrecho parentesco con los existentes entre los Asirios, particularmente los Babilónicos (y otros habitantes del Asia anterior), entre los cuales, la parte más notable y la más intelectual de los israelitas, sufre un prolongado exilio.

La cosmogonía del *Antiguo Testamento*, la Creación, tal cual la expone el Génesis, tiene correlación en las narraciones asirias. El paralelismo se prosigue a menudo incluso hasta en los menores detalles. La narración bíblica hace inapreciable, en diversas ocasiones, que «Dios vió que su creación era buena». Y, en el texto cuneiforme, el Creador afirma que El ha hecho las estaciones de los grandes dioses (las estrellas). En otro documento (bro) es la única parte que admitían los Samaritanos como canónico. 2º) asirio el *sabat* es definido «día de reposo del corazón»; en tal día está

prohibido trabajar, particularmente está prohibido encender fuego para cocción de la carne, y de ingerir medicamentos en caso de enfermedad. Un judío, un fariseo (riguroso observante de la ley) no se hubiera expresado de otra forma. Las prescripciones legales, dichas mosaicas presentan analogías sorprendentes con el código de Hammurabi, rey babilónico del 2º siglo antes de la era cristiana.

En los escritos anteriores al libro de Daniel, es decir, redactados antes del 2º siglo que precedió la era cristiana, no existe ninguna idea de la inmortalidad del alma, ninguna otra creencia más que en el *Schéol*, en la fosa practicada en las profundidades de la tierra, morada de las tinieblas, del frío, del silencio, del olvido, del sueño, de la ignorancia, de la inactividad física, intelectual y moral, donde languidecen durante un espacio indeterminado de tiempo las sombras de los cuerpos, cuyas almas son devueltas al Eterno, quien se las había dado, y que las ha recuperado, pues ellas no son sino su aliento. En realidad, el *Schéol* no es una representación de la vida futura: es, más bien, la expresión madurada y prudentemente pesada de la muerte que lo aniquila todo sin dejar tras ella ninguna esperanza. La inscripción del fenicio Achmunazar datando del 3er. siglo antes de la era cristiana, descubierta en la antigua necrópolis de Sidón (se halla en el Louvre), confirma esta opinión, puesto que al principio en nombre del cual está redactada, se le representa un mundo como una sala de reposo, como un lecho sobre el que las sombras vegetan durmiendo el sueño eterno. En cuanto a las inscripciones asirias, que nos dan las mismas ideas, concuerdan con el *Antiguo Testamento* para declarar que el *Schéol* es la morada de donde no se vuelve. (Salmos CXV,

\* Sepulcro. (N.D.L.R.)



«7; LXXXVIII, 11, Isaias XXXVIII, 18).

Bajo una u otra forma, todas las leyendas de la Biblia forman parte del folklore primitivo. Su objeto es recordar al hombre que está sometido a la dependencia de Dios, de los dioses o del supranatural, y, desgraciado de él si desobedece. Doquiera se halla la leyenda del diluvio con este tema inicial destrucción de una agrupación de hombres mediante las aguas, a excepción de una sola familia destinada a reconstituir el género humano. Existen variantes; a menudo, como en la leyenda de la ciudad de Ys, no se trata más que de una ciudad, y no de la humanidad o de una región. Los mitos de Adán, Eva, Satanás, Noé, Abrahán, Moisés, Salomón, tienen sus paralelos en América del Norte, entre los *Fino-ugrios*, como lejos de ahí, los turco-mongoles. Esos descubrimientos y un examen minucioso de los textos, han permitido a los críticos poder situar la composición de los libros bíblicos de regreso de la cautividad, en la época de Esdras (nombre de un hombre o de un grupo que emprendió la resurrección del judaísmo en lo que había de más nacionalista en él: la religión).

La redacción del Pentateuco no dataría pues de más allá del 4º siglo para los libros legendarios e históricos; del final del 4º y curso del 3º para la mayor parte de los libros proféticos; del 2º y del 1º para los Salmos, el libro de Daniel y los Hagiógrafos en general.

Se ha llegado a distinguir cuatro influencias en la redacción del Pentateuco que desvanecen completamente la idea de su unidad de concepción: la influencia elohista, la influencia jahovista, el deuteronomio, el código sacerdotal. Que se lea la narración de la creación tal y como la explica el principio del Génesis hasta el 2º capítulo y la nueva narración que empieza en el 4º versículo de este mismo capítulo, para darse fácilmente cuenta que uno se halla en presencia de dos compilaciones que tienen muy poco parecido. En una de esas compilaciones se da el nombre de elohista, porque la divinidad recibe el nombre de *Elohim*, en la otra, el nombre de jahovista o jahovista porque se designa la entidad divina Jehová o, más literalmente Iahveh. Otra prueba que la redacción (relativamente moderna) de los libros de la Biblia es que sus redactores parecen no haber oído hablar jamás del

papel jugado por ciertos pueblos en la época en que se desarrollaban los acontecimientos que describen.

Es así que ellos ignoran el imperio de los heteos (situado al norte de Palestina) que existía en tiempo de las invasiones egipcias o asirias; o bien atribuyen a un solo hombre la obra de varias generaciones, tal como la emigración dirigida por Abrahán. Parece ser pues que los Noé, los Abrahán (20 siglo antes de Jesucristo). Los Jacob, los Moisés (16 siglo idem), los Josué, según la tradición, son personajes tan míticos como Sansón, el hércules judío, o los Samuel. Los sultanes David, Salomón y su historia, parecen hayan sido anexionados al judaísmo quieras que no; anteriormente a ellos encontramos casi la oscuridad completa. No solamente las narraciones bíblicas, concernientes a la presunta estancia de los Israelitas en Egipto, y su salida de ese país, abundan en inverosimilitud e imposibilidad material y geográfica; es más, entre los monumentos egipcios ninguno menciona el episodio israelita. Que una horda de foragidos y pastores nómadas haya aparecido 1500 ó 1600 años antes de la era cristiana sobre las planicies meridionales de Siria, llevando con ellos sus rebaños y sus mujeres; que, a mano armada, después de haber recorrido el desierto en busca de un pozo, de una fuente, de un silo, hayan terminado por establecerse exterminando ferozmente las tribus precedentemente instaladas, impotentes para rechazarlos; que hayan persistido recuerdos relacionados con una liberación de la autoridad egipcia, a un cierto Moisés y a otros nombres, se puede admitir, pero todo lo otro es imaginación, creación intelectual de la clase sacerdotal para modelar la mentalidad judaica según sus intereses y su patriotismo.

Bajo el reinado de Ptolomeo, rey griego de los egipcios, el número de los judíos que habitaban su reino, principalmente Alejandria, era considerable. Pero no hablaban el hebreo. Fué para ellos que hacia la mitad del 3er. siglo empezóse la traducción en griego de los libros del canon de Esdras, empezando por el Pentateuco. Es a esa versión griega que se denomina versión de los *setenta*, por haber sido, al parecer 72 los traductores que se ocuparon de ella, o llamada también de Alejandria, compuesta por sabios judíos establecidos en Egipto y muy probablemente

terminada en el año 150 antes de la era cristiana.

Es de esta versión que se sirvieron los cristianos de los primeros siglos cuando ellos tradujeron la Biblia al latín. Es con el nombre de *Vetus Latina* que se designa la mejor de esas traducciones conocidas, pero está llena de imperfecciones. Uno de los padres más sobresalientes de la Iglesia, Jerónimo, habiéndose dado al estudio del Caldeo y del hebreo, que aprendió en Jerusalén mismo, bajo la dirección de un rabino llamado Berhanina (quien enseñaba de noche por temor a sus compatriotas) tomó la resolución de traducir la Biblia directamente de los textos originales, para cuyo trabajo invirtió veinte años, de 385 a 405. Varios católicos, entre ellos S. Agustín, le tuvieron ojeriza a Jerónimo por haber osado traducir la Biblia de diversa forma de como lo habían hecho los «setenta». Finalmente, bajo el nombre de *Vulgata* la versión de Jerónimo se impuso como texto oficial de la iglesia católica romana. Para ser completo debemos añadir que es sobre la *Vulgata* que han sido hechas en lengua vulgar las primeras traducciones de la Biblia; por ejemplo: las versiones francesas protestantes de Lefèvre d'Étaples y de Pierre Robert Olivetan, un picardo pariente de Calvino; la versión alemana de Martín Lutero; las versiones inglesas de John Wyclif y de Tyndal; la versión francesa de Lemaistre de Sacy.

Existe un cierto número de libros apócrifos que no figuran en el canon del Antiguo Testamento, obra de autores desconocidos y rechazados por la iglesia romana. Tales, la plegaria de Manacés, el 4º libro de Esdras, el Salmo 151 (que se hallan en las versiones de los «setenta»), un discurso de la mujer de Job, los salmos de Adán y Eva, el Evangelio de Eva, la ascensión y la Asunción de Moisés, la pequeña Génesis, el Testamento de los Doce Patriarcas. Además, otros libros han sido perdidos como el Libro de Hénoch, las 3.000 parábolas, los 1005 cánticos y la Historia Natural del rey Salomón.

En la Iglesia ortodoxa griega la versión de los «setenta» constituye el texto oficial.

Para el Nuevo Testamento, el canon definitivo no fué fijado sino tras largas discusiones y argucias, en el Concilio de Hipona, en 393, gracias a los esfuerzos de S. Agustín. Ese Nuevo Testamento se divide igual-

mente en libros protocanónicos, que son los que fueron aceptados sin dificultades, a saber los cuatro Evangelios, las Actas de los Apóstoles, las 13 epístolas atribuidas a S. Pablo. Los otros, es decir, los deuterocanónicos, las epístolas de Judas, de Pedro, de Juan, el Apocalipsis y la epístola a los Hebreos no fueron admitidos sino después de largos titubeos. Los cristianos occidentales tendían hacia el Apocalipsis, los orientales no lo aceptaban; éstos preferían las epístolas a los Hebreos y aquéllos no querían ni siquiera oír hablar de ello. Todas estas discordancias muestran que lejos de haber sido determinado por la unanimidad de los miembros del Concilio «bajo la inspiración directa del Santo Espíritu», como lo afirman los curas, pastores y popes ortodoxos de la iglesia católica, como la protestante y la griega, el canon del Nuevo Testamento, el fundamento de su religión, ha sido el resultado de un juicio humano titubeante y azaroso.

La elección fué tan arbitraria que difícilmente se puede comprender el rechazo de libros venerados por los cristianos primitivos como el Pastor de Hermas, el Evangelio de los Hebreos, la epístola de Bernabé, la epístola de Clemente Romain que habían figurado mucho tiempo en las colecciones de los libros que sirvieron como base de lectura en los primeros siglos cristianos.

Desde hace algunos años se impone una interrogante sobre si es realmente en la Biblia hebrea que hay que buscar el origen de las doctrinas de las que el libro sagrado de los cristianos se hace el intérprete. En lugar de considerar el Nuevo Testamento como el heredero de la fe y el cumplimentador de las esperanzas del pueblo judío, se tiene tendencia cada día más en considerarlo como lazo de unión entre las ideas religiosas del mundo pagano y el sombrío y estrecho monoteísmo semítico. Es evidente que el Evangelio atribuido a S. Juan está muy impregnado de helenismo, de acciones platónicas. Pero, las epístolas de Saulo de Tarso muestran singulares concordancias de las prácticas y de los misterios orfistas o egipcios. Así, el bautismo para los muertos del que se habla en la primera epístola a los Corintios (XV, 29), nos recuerda (de esa prescripción orfista), que, para evitar a nuestros familiares muertos el peligro de los nacimientos sucesivos, se podía hacer

complimentar, respecto de ellos, el rito liberador. El mismo S. Pablo considera al cristianismo como una asociación o fraternidad de clausura. un «misterio» con sus grados, y, en ciertos aspectos y momentos, la similitud con los misterios paganos es casi absoluta.

De la misma manera que se podía llamar al fiel del Attis frigio un «Attis», al «myste» egipcio un «osiris» en la epístola a los Galateos (XI, 20) Pablo declara «No soy quien vive, es Cristo que vive en mí». En la segunda epístola a los Corintios, capítulo XXIV, el apóstol habla de «la vida de Jesús manifestada en nosotros, en nuestra carne mortal». En el capítulo V (17), no teme proclamar que «si alguien está en Cristo, es una nueva criatura». Y, también en la misma epístola, reconoce haber oído «palabras inefables, que no está permitido a un hombre el repetir las» (XII, 4).

Un profesor de literatura griega en la Universidad de Varsovia, Tadeo Zielinski, que se considera como uno de los mejores helenistas de nuestra época, mantiene la opinión que es la religión antigua, la de los habitantes de los países que formaron el imperio romano, la que constituye el verdadero Antiguo Testamento, el ancestro del cristianismo y, sobre todo, del catolicismo.

El culto a la Virgen, madre del Salvador, tiene como predecesor el que los griegos rendían a Alcmena, la esposa de Anfitríon, a quien Zeus visitó para entregarle Hércules, el Salvador griego. Todas las diosas-madre, todas las diosas- virgen del Olimpo, preparando al mundo romano para aceptar la idea del nacimiento milagroso de Cristo tal y como está descrito en los Evangelios, y aceptar, más tarde, la Mariolatría.

El culto de los héroes: Corintios en Corinto, Cecrops en Atenas, Rómulo en Roma, preparó el culto a los santos locales: S. Denis por París; S. Leopoldo por Viena, S. Estanislao por Cracovia, S. Javier por Nápoles, etc. Y es el caso que el judaísmo no conocía ningún culto por Abraham, Moisés, ni David.

Poniendo las cosas en su punto, debemos señalar que el culto a los santos y a los dogmas concernientes a María — así como varios otros — no se hallan en el Nuevo Testamento.

Los sentimientos expresados por los atenienses respecto de «Athena Po-

lias» de la Acrópolis no muestran diferencia con los católicos esclarecidos vis a vis de la virgen de Lourdes, por ejemplo: ellos no identificaban de ninguna manera al idolo venerable con la misma Minerva, de la que creían que desde lo más alto del Olimpo, velaba sobre el bienestar de la ciudad bien amada. Existían fetichistas sempiternos entre los griegos y los romanos, como existen aún allá por tierras de Calabria o de Andalucía, donde los campesinos hacen astillas a su *Ecce Homo* cuando sus plegarias no obtienen respuesta satisfactoria.

En fin, existían también Apocalipsis paganas. La antigüedad ha conocido los horrores de la espera del fin del mundo, ella ha esperado con angustia la llegada de un Mesías (*Christos* en griego, *Mashiach* en hebreo). La infortunada hija del rey Priamo había anunciado la catástrofe suprema y la había situado para mil años después del asalto de Troya. Los cálculos efectuados habían situado esa fecha hacia el año 184, luego hacia el año 84 antes de la era cristiana. Roma conoció horas de pánico hasta que Augusto declaró ser el Salvador anunciado (en el año 17); la república y luego el imperio, sufrieron violentas conmociones. El paganismo estaba preparado para el anuncio de la venida del Salvador.

Tradujo F. FERRER

#### BIBLIOGRAFIA

Eichhorn: *Einle-Tung Ins Alt Testament*. Garretson: *The Taimudic Jesus*. Halévy (Joseph): *Recherches Bibliques*. Harnack: *Précis de l'Histoire des Dogmes*. Havet: *Le Christianisme et ses origines*. Kroll (Ludwig): *Primitive Christianity*. Ledrain: *La Bible*. Loisy *Etudes Bibliques*. Quinn (John W.): *The Bibli Unveiled*. Renan: *Histoire d'Israel*. Reuss: *L'Histoire Sainte et la Loi*. Smith: *Assyrian Discoveries*. Smith and Muller: *Dictionary of the Bible*. Vernes (Maurice): *Resultats des Exégèses Bibliques, etc*. Van Gennep: *Formation des Légendes*. Zielinski: *La Sibylle*.



# Algo sobre la filosofía viva

**H**E notado hace mucho la tentativa de unos jóvenes pensadores franceses, agrupados alrededor de la revista «L'Esprit», de Pierre Morhange, de dar a la filosofía una nueva significación, mejor dicho: de trasponer la filosofía en su realidad primera y de siempre: la vida. Es una tentativa diferente de tantas otras, que debe ser renovada, porque el problema es esencial, permanente.

Hoy, cuando la violencia triunfa también en los terrenos culturales, la lucha de la intelectualidad libre es más imperiosa que nunca. Y es bueno recordar las enseñanzas de los jóvenes (a pesar de que algunos de ellos se desviaron más tarde del camino inicial) que tuvieron el valor de proclamar precisamente la primacía del Espíritu, reaccionando contra el materialismo grosero, bestial, que invadió también los más elevados dominios de la ciencia y del arte.

Como ellos, creo que la filosofía constituye una síntesis de todos los elementos vitales y que la actitud social no debe ser determinada por rígidos conceptos metafísicos, sino por creencias activas, por esa sed de la verdad que no acepta ni siquiera un compromiso en el mundo de las «abstracciones». En este sentido Georges Politzer analizó con una cruda lucidez diversos sistemas filosóficos, que no se presentan como vivas realidades, sino como esqueletos ideológicos conservados en el museo del pensamiento humano. En Francia, por ejemplo, Victor Cousin no pudo tocar concepción filosófica alguna sin desfigurarla. Augusto Comte no es más que «materia de tesis», un autor impuesto por el programa. (En lo que respecta a Comte el crítico exagera algo). Tampoco el filósofo de las ideas-fuerza, Alfred Fouillée, se impone en nuestros días. Algunos ancianos hablan con emoción de Guyau, un «Nietzsche francés», que escribió «La irreligión del parvenir», una obra maestra, «utópica». Renouvier aún tiene algunos discípulos, siendo estimado por una parte de la juventud que estudia filosofía, porque él es, en Francia, el único refugio de los que no aman a Henri Bergson. Con toda su gloria, Bergson comienza a ser anticuada». Aunque nos proporcionó una filosofía viva, activa, llega a ser víctima de sus numerosos adeptos, quienes sobre sus obras edificaron una nueva escolástica con fórmulas precisas, con reglas automáticas. Esta mecanización está secando la savia de la filosofía de Bergson. Sus discípulos, debido a su dogmatismo, pusieron en evidencia más bien los defectos que las cualidades del bergsonismo. En cuanto a la obra de Boutroux, no quedó de la misma más que una confusa mezcla; apenas se lee aún «Las contingencias de las Leyes de la Naturaleza», mientras que Lachelier pronto llegará a ser un simple recuerdo...

Estas opiniones, así cree su autor, no son solamente personales, existen de una manera vaga entre muchos de los que no ignoran la historia de la filosofía. La filosofía contemporánea es como un teatro cuyo repertorio se ha establecido permanentemente: los actores pa-

san uno tras otro, pero los papeles son siempre los mismos. Lo que cada nuevo actor puede aportar, es un poco de buena voluntad, ciertos matices, un rasgo, un gesto, una entonación... La abstracción fosilizó los sistemas filosóficos. Y llegaron a ser inútiles. La filosofía contemporánea no nos proporciona una seguridad espiritual, un impulso creador, un poder vital. No se declina al lado de la verdad, sino de la ficción o de ciertos intereses sociales y políticos inconfesables. La filosofía, en general, ignora la verdadera naturaleza del hombre. El idealismo filosófico es puramente teórico; cuando este idealismo llegue a ser humano, cuando el «género hombre» llegue a ser un «concepto universal» entonces la filosofía será un acto de la vida y podrá servir a todos los hombres. Porque, en el fondo, todas las doctrinas filosóficas se fusionarán en una sola: en la doctrina «de la libertad». La filosofía debe estar de parte de la revolución creadora.» Platón, Descartes y Kant se levantaron de sus sepulcros para reconocer la Revolución», declara patéticamente el joven pensador, que cree que la filosofía no puede ser separada de la sociología. Las verdades deben ejercer su influencia en el destino humano también; deben tener una función vital entre razas y naciones. (¿Por qué entre «razas y naciones», que no son realidades absolutas como son la humanidad y los individuos que la constituyen?) De esta manera, el filósofo realmente llegará nuevamente, como en los tiempos heroicos, a ser una «ocupación peligrosa». Entonces los filósofos serán los amigos de la verdad; es decir, opuestos a los dioses y al Estado. (Lo que fué Sócrates también, que no vaciló en llevar la copa de veneno a sus labios). La verdad no será proclamada más que por los que la aman y osarán transformar las aventuras espirituales en aventuras materiales». (Lo que significa pura y simplemente: transformar la idea en hecho).

En la misma serie de estudios, George-Philippe Friedmann también quiere dar a la filosofía — ¿por qué no la llamamos mejor «sabiduría»? — un sentido vital, personal y al mismo tiempo universalmente humano. Partiendo de Spinoza, al cual considera entre los pocos filósofos viables, investiga con el mismo método las manifestaciones contemporáneas, especialmente en el dominio de la literatura. Nos parece juiciosa la áspera crítica contra la «literatura de los disponibles», de los que encajan «esferas» ideológicas para buscar, empero, sensaciones por vías indirectas. Desde este punto de vista son juzgadas las obras de André Gide, Valéry-Larbaud, Paul Valéry, Jacques Rivière, Marcel Proust, Maurice Barrés...

Volviendo a Spinoza, nuestro crítico es más bien sociólogo que filósofo, pues convierte al autor de «Ética» en un gran revolucionario: por eso ha sido perseguido y quedó durante mucho tiempo incomprendido. Spinoza pregonó la acción, la vida libre, la alegría incesante, el amor divino, de donde resulta «el mandato de combatir el rebaño de esclavos faltos de espíritu». En la «Ética»

# De la sumisión a la rebeldía

**M**AS, mucho más, que las soflamas de los apóstoles, quienes forjaron la legendaria coraza de los cristianos primitivos, contra la que iban a mellarse picas y lanzas mercenarias, fueron las teorías estoicas.

Las enseñanzas y el martirio de Epicteto, esclavo del romano Epafrodito, galvanizaron las voluntades insurgentes de las multitudes contra el despotismo imperial. Fué su irradiante serenidad espiritual, su sonrisa despectiva respondiendo a la mirada furibunda y displicente de los poderosos, lo que inyectó coraje a los sufridos desválidos.

Al introducirse la cizaña católica en el trigal, con su peculiar sectarismo avasallante, la promisoriosa cosecha se malogró.

El estoicismo insurgente convirtióse, por obra y gracia de algunos discípulos aventajados y ventajistas, en reverente y sumiso. Discípulos que sobrepasaron a Cristo en su esforzada mansedumbre, y colegas que dejaron

irrisoria la avaricia de Judas. Asctas impenitentes, ávidos de penitencias, buscaron cobijo en desérticas tebaides; soportaron trasquilos y despellejos sin rechistar. Más aún, sus cuerpos de purulentas pústulas no les bastaba: sobre ellas se apretujaban groseros y ásperos cilicios. Siempre en busca de exóticas torturas, inspirados por su demencial masoquismo, hallaban materia pecaminosa en su natural y exacerbado erotismo, o en sus simples tendencias gastronómicas, bárbaramente suprimidas por el ayuno.

Reducidos a simples pingajos, hacían palidecer al famoso yogui indio. Y si con tales forcejeos dolorosos no alcanzaron la insensibilidad deseada para sí, impasibles, cuando no con burla, contemplaban el dolor ajeno.

Haciendo caso omiso de las leyes naturales, trataban de congraciarse con las leyendas celestiales. La sombra de Torquemada, deslizábase por el árido paisaje, antes de nacer.

¡Cuán lejos andamos de los enjundiosos y moderados preceptos de Marco Aurelio!

¡Y cuán distantes estamos de los sabios y tolerantes conceptos de Séneca!

La obsesión por la santidad, hizoles perder la hombría. Galardón de los estoicos por excelencia.

Pascal lo dijo: Camino de la santidad seguro que hallaréis la bestialidad.

Dique para contener esta corriente salida de cauce, en brecha las márgenes, sueltas las amarras, es cuando aparece el gran Epicuro.

Cayeron las máscaras patibularias. Huye la miseria con disfraces austeros. Retrocede la fe y arranca briosamente la razón. La evolución pendular, oscilatoria, de nuevo se confirmaba históricamente.

Zafios, asístanse los infelices feligreses, en tanto que, farisaicos, los eclesiásticos jerarcas tiemblan.

El ariete epicúreo fustiga sin piedad pétreos conceptos mesiánicos o apergaminados prejuicios divinos.

Avientan sacros decálogos, y airean vetustos principios morales en oposición con la naturaleza humana. La ironía diluirá fantasmas y encapuchados, su sátira hará que corra el mismo diablo.

Pero, bola de nieve por la pendiente, el patricio, el emperador, el obispo, cubrirán con la túnica epicúrea sus festines, sus desmanes y sus orgías palaciegas. Y aun plebeyos, siervos y esclavos darán rienda suelta a sus vicios y excesos.

Mesauna impera en la corte, y el espectro de Borgia deambula por palacios antes de aparecer.

El materialismo sin freno cerró, a cal y canto, toda evasión espiritual. Y la teoría del racionalismo, por adulteración, exacerbó los instintos.

Por esto el bárbaro entrará en Roma como invitado, sin efracción, ni premeditación, pues que sus puertas estaban de par en par abiertas. Las barbaridades romanas solicitaban su entrada.

Así pudo colgar, el poeta Horacio, a esta escuela, el sambenito que reza. Suelos andan, por el jardín del ensueño, los puercos de Epicuro.

Rabelais tardaba en aparecer para confundir tanto Tartufo.

Y más aún Quevedo con sus ciertas saetas y viriles retos.

de Spinoza se encuentra la fuente de un espiritualismo que podría renovar y elevar incluso los problemas económicos. (¡Es casi increíble, en el que se refugió en el «Amor intelectualis Dei!» Karl Marx descuidó la fuerza del espíritu. Una amplia doctrina espiritual que absorbiera en su unidad las reivindicaciones materiales, absolutamente legítimas, y las que se fundamentan en la «realidad del corazón humano» — fuente de la devoción activa y del amor — podría dar a la revuelta de los explotados y subyugados la luminosa arma de la fe. Los partidos revolucionarios de Europa no comprendieron que la materia debe ser animada por la energía del espíritu; ellos son en parte responsables por la apatía que encuentran entre sus propios partidarios.

Pero, agregamos nosotros, los partidos así llamados dinámicos o totalitarios son además responsables — no por la «energía» y «disciplina» de sus partidarios, las que son más bien aparentes — sino por el culto de la fuerza, por el fetichismo de la violencia estatal que por sus guerras mundiales, llevó a la humanidad al borde del abismo. La única «fatalidad» de la cual deben cuidarse igualmente los pensadores activos, los filósofos para los cuales la idea de la libertad es también una regla de conducta en la vida, es la fatalidad de la política. Ya nos ha dicho un gran aventurero, Napoleón, «¡La política, he aquí la fatalidad moderna! ¿Por qué no comprenderán eso también los filósofos, para romper finalmente el círculo vicioso en el que se agitan desde tantos siglos los individuos y los pueblos?

EUGEN RELGIS

PLACIDO BRAVO

# Obsesión de la sangre en la poesía de F. García Lorca

**E**L dramático desenlace de la vida de Federico García Lorca tendrá entre nosotros una resonancia angustiada que nos conmoverá profundamente siempre que hundamos nuestra frente en su poesía. Imposible leerlo sin sentir la honda impresión de su destino vertido ya proféticamente en sus poemas. Aquella obsesión de la sangre y de la muerte era la oscura mensajera que le enviaba, desde el fondo trágico de su alma andaluza su patética profecía.

A lo largo de toda la obra de García Lorca encontramos «un rastro de sangre, un rastro de lágrimas». Poco importa que su pensamiento, en infinitas ocasiones, huya hacia la gracia del arabesco lírico, combinando elementos de una exquisita y aérea fragilidad; el tema fuerte, al que vuelve siempre, es el drama, el drama que se resuelve ineluctablemente en pasión, en sangre, en muerte.

En la poesía de Federico García Lorca la sangre está como imantada y atrae ciegamente la inerte blancura de los cuchillos. El mito del acero y de la sangre es una larga obsesión que se desborda en la densa noche andaluza. Los hombres de rostro oliváceo y fino se quedan de repente en una calle muda, tendidos con los ojos como dos estrellas apagadas en la tierra, víctimas de la inexorable superstición del cuchillo

*...que apenas cabe en la mano  
pero que penetra frío  
por las carnes asombradas  
y allí se para en el sitio  
donde tiembla enmarañada  
la oscura raíz del grito.*

La sangre recobra una resonancia mítica en el teatro de García Lorca. Se mezclan los brillos de la pasión y del acero con las ardientes reverberaciones de una tierra seca, ávida de agua y de sangre, fecunda en supersticiones trágicas que se explican en los desgarramientos del *cante jondo* y en el llanto íntimo y conmovedor de la guitarra. La guitarra no canta, llora:

*«Empieza el llanto  
de la guitarra.  
Es inútil callarla.  
Es imposible  
callarla.  
Llora monótona,  
como llora el agua,  
como llora el viento  
sobre la nevada.  
Llora por cosas  
lejanas...»*

Por cosas lejanas, que vienen rodando por los ríos de la sangre, como un son denso y oscuro, hasta el mismo corazón del hombre, «donde tiembla enmarañada la oscura raíz del grito.

El tremendo temperamento trágico de García Lorca había de ahondar hasta su mismo recóndito nacimiento el sortilegio de la sangre. Y debía hacerlo trascender hasta el umbral mismo de la realidad, pero no más lejos. Presencia de la sangre, sí, pero con toda su apariencia de remoto misterio, esa lejana apariencia que obsesiona más que la mancha misma.

*«¡Que no quiero verla!  
Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.»*

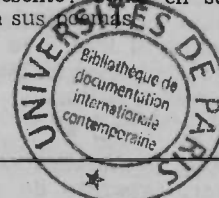
Y, hacia adentro de los entornados ojos del poeta perseguido por la muerte del torero, una larga angustia caliginosa, de sol y de sangre, le

va dictando los férvidos versos de su elegía. La sangre del torero, invisible y presente, termina invadiendo la mente del poeta, la plaza, la multitud, todo. Está presente, con toda su trágica emoción, sin que nadie la vea.

\*\*

La muerte del poeta rubrica lamentablemente su hondo presentimiento del destino. Violentamente asesinado en Granada, en un fondo terriblemente familiar; la noche profunda, coronada de estrellas, los agudos cipreses espectrales y el aire tranquilo que se lleva en su seno los largos ecos del drama. Y es el drama lo que está aquí, golpeando insistentemente en nuestra frente, con la visión imborrable de la sangre inocente derramada. Que no podemos verla, pero que está presente: Como en su teatro. Como en sus poemas.

B. MILLA



Vicenti era familiar de Montero Ríos y Saint-Aubin de Canalejas. Morote era ruso honorario pesado; nadie podía hablar de Rusia sin su permiso. Burell, Moya y Francos Rodríguez eran los tres consabidos maestros del periodismo, y, sin embargo, desconocían el periodismo auténtico. Fue Moya gran cacique republicano y a la vez monárquico, y valedor de su yerno, Maraón. Burell escribió «Jesucristo en Fornos», que es un cuento muy aprovechable para llegar a ministro. Francos Rodríguez publicó, poco antes de morir, sus «Memorias de un gacetillero», reproduciendo con ternura de nodriza sentimental el mundillo de su época. Era Francos el primer comensal de la Monarquía y, naturalmente, acabó por ser presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, a la que puso piso la dictadura de Primo. Francos era médico, y nadie sabe qué diablos tiene que ver la Medicina con asistir a varios banquetes diarios y ascender a ministro, apoyado por su íntimo García Prieto, quien debió el encumbramiento a su suegro Montero Ríos, como Maura a su suegro Gamazo, como Romanones a su suegro Alonso Martínez, facedor de agravios y de códigos.

FELIPE ALAIZ

(De «Literatura y periodismo»)

# El pensamiento vivo de José Prat



«Hay una hermosa tarea para los hombres de corazón. Luchar cuando se es multitud, vale poca cosa; luchar en el aislamiento, aquí y allá, tendiendo la mano al compañero de ruta, buscándose y encontrándose en el seno de la gran masa que dormita, eso es ya algo.

RICARDO MELLA

La sociedad actual, legado de nuestros bárbaros mayores, es una oda a la muerte.

★

La sociedad actual parece una compañía de exterminio mutuo; se mata al estómago, al corazón y al cerebro; mata el sable, mata el hisopo, mata el Código, mata el oro, mata el amor, mata el taller y el campo, el mar y la mina, la Bolsa y el lupanar; esta sociedad es un Saturno gigante devorando a sus propios hijos.

★

Presentemente, la palabra civilización es sinónimo de revólver, progreso de pauperismo, ciencia de desbarajuste económico, libertad de mordaza, justicia de compra y venta, derecho de fuerza material, igualdad de desequilibrio y fraternidad de cafrería.

★

En nuestro mundo la amistad anda con careta, el amor resulta un infierno de impurezas, la paternidad es malthusiana, la religión es un delirio y el ideal mora en presidio.

★

Se cree el hombre ilustrado y razona zurdamente; culto y miente por interés, por avaricia, por hipocresía y por miedo; bondadoso y se encierra en la glacial indiferencia ante el infortunio ajeno.

★

El león no devora al león; el tigre no ataca al tigre; el buitre no da caza al buitre; pero el hombre sí; el hombre, ser llamado superior, ha rebasado los límites de la bestialidad y extermina a sus semejantes, pues ni siquiera ve en ellos a sus semejantes; el hombre es el enemigo del hombre.

★

Todo individuo acaba por ser, en esta roñosa sociedad, hasta enemigo de sí mismo, y se suicida, cuando, en su impotencia, no le es dable eliminar a los que le estrujan.

★

El hombre solidario del hombre tiene que crearse aún.

★

Vivimos en el mejor de los mundos burgueses; firma el ministerial la nómina a fin de mes; van cobrando sus pagas los militares de profesión; engorda el fraile que es una bendición de dios; el capital embolsa sus rentas; ¿se quiere más?

★

¿Vivimos? He aquí una pregunta que me he formulado infinidad de veces, y a la cual mi razón ha respondido siempre negativamente; yo no sé, ni me importa saberlo en este momento, la interpretación que se haya dado a la palabra vivir en las edades pasadas; pero en nuestro siglo del vapor, de la electricidad, de la fotografía, del teléfono y de los rayos X, cuatro quintas partes, y me quedo corto, de habitantes de la tierra, vagan como **almas en pena** sobre la superficie del globo, viajeros extraños al vehículo que con velocidad sorprendente los transporta de un punto a otro desconocidos en el espacio.

★

La casi totalidad del género humano se ha elevado poquísimos grados sobre la primitiva animalidad; si por vivir se entiende comer, vestirse, reír a ratos, trabajar mucho y luego morir de viejos o de cualquiera otra cosa intempestiva, realmente vivimos, y convengo que así se ha vivido siempre; pero de igual modo puede decirse que vive el caballo, el buey, el carnero, el perro y otros animales domésticos uncidos al carro de la esclavitud, con la única diferencia de que éstos no rien y el rey de la creación sí, aunque a tontas y a locas como siempre.

★

Si por vivir ha de entenderse **saber**, saber lo que somos, dónde estamos, de dónde venimos y adónde vamos, ¡ah! en este caso, en pleno siglo de las luces, ya no vivimos, vegetamos y nada más.

★

Cubiertas apenas las más groseras y materiales necesidades, para la inmensa mayoría de los hombres huelgan por completo la ciencia, las artes y la filosofía.

★

Nadie niega actualmente, y al decir nadie hago caso omiso de la media docena de fanáticos del pasado que quisieran hacernos retroceder a la más primitiva ignorancia, la posibilidad y la necesidad de hacer extensivos a la gran masa el gran número de conocimientos adquiridos; como tampoco se niega la potencialidad de cada cerebro a su adquisición.

★

Civilización debe ser sinónimo de instrucción y no de ignorancia.

★

El privilegio, para vivir su vida de parásito, responsable de la ignorancia humana, condena a los demás a la fatiga, que no deja lugar ni tiempo para la escuela.

★

Toda nuestra organización social gira alrededor del mismo falso eje: **todo** para unos pocos individuos, **nada** para la inmensa mayoría.

★

No se trata por el momento de hacer de cada individuo un sabio, ni siquiera una especialidad profesional, sino de generalizar la instrucción, hoy limitada para la gran masa de trabajadores a una escuela de párvulos.

★

Arrojad a una isla en condiciones de habitabilidad a un millar de hombres completamente desnudos, desprovistos de todo, y aislados del resto de la tierra; no temáis que perezcan; al poco tiempo ya se habrán producido riquezas, pues para nada habrán necesitado al señor Capital.

★

Es el trabajo, únicamente el trabajo; quien crea las riquezas, ¿por qué, pues, es el capital y no el trabajo el dueño de las riquezas?

★

No hablemos de las ya lejanísimas revueltas de los esclavos, ni de las cruentas luchas que tuvieron que sostener, ni de los torrentes de sangre vertida, para demostrar que a las clases llamadas directoras les repugna el espíritu de justicia cuando éste viene patrocinando una innovación que choca con sus privilegios.

★

El altruismo de las ranas del Parlamento, despertando a última hora por los portazos con que amenaza la cuestión social, hace el efecto del altruismo del ladrón; el altruismo a lo Juan de Robres, mucho hospital y mucho crear antes los pobres.

★

La ingerencia del Estado en los conflictos entre patrones y obreros es altamente perjudicial, tanto

para el presente como para el porvenir de los trabajadores.

★

El Estado, engendro bastardo del cristianismo y del bárbaro derecho romano, es, como ha dicho muy bien el publicista Alfredo Calderón, un instrumento de muerte, cuando no de inmoralidad; confiarle los asuntos públicos, es matar la iniciativa individual y la espontaneidad de la acción pública.

★

Falta aire, mucho aire, aciclonado, que barra recio, hondo; que arranque de cuajo las hierbas ponzoñosas que, gracias a las complacencias de unos, a los embustes de otros, a las cobardías del charlatanismo y a la apatía de muchos, arraigaron en el corazón y en el cerebro de la gran masa, dificultándole la vista de los ideales, sumiéndola en la oscuridad de todas las ignorancias y en el indiferentismo de todas las creencias muertas.

★

Falta aire, mucho aire, aire de ideal que llegue a lo más hondo del cerebro y del corazón, purificándolos y saneándolos.

★

Basta de paliativos, basta de hombres-remiendos, basta de ñoñerías, basta de transigencias; nuevos ideales, mucho aire, aire puro, venido desde la virgen selva.

★

Todo se vuelve **tabú** en manos de los privilegiados: sagrada la religión, sagrada la monarquía, sagrada la república, sagrada la autoridad, sagrada la propiedad, sagrada la patria, sagrada la nación, sagrado el ejército, sagrada la ley, sagrada la magistratura, sagrado el matrimonio, sagrado el cementerio, sagrados hasta los trajes de los profesionales de determinadas instituciones, todo **tabú**, **inviolable**.

★

Investigad si la rana tiene pelo; cuadrad el círculo si se os antoja; buscad la piedra filosofal o el elixir de larga vida; contad los granos de arena que el mar cubre si vuestra paciencia es inagotable todo os será permitido, menos meteros ni acercaros siquiera a los lindes de lo consagrado **tabú**.

La labor que debe hacer la gente nueva de los amplios ideales, la que atrevidamente se encamina **verso la parte donde si leva el sole**, sin esperanza de recompensa alguna, es la labor fructífera de preparar la vida de las generaciones futuras, rechazando a los embustes religiosos, políticos y económicos que dificultan el advenimiento de todas las libertades naturales y sus consiguientes felicidades.

Selección de V. Muñoz

# LA VIDA Y LOS LIBROS

«HISTORIA DEL FRENTE POPULAR»  
por Victor ALBA



ON 22 los libros escritos por este enamorado de la política. Este último podría decirse que es manojo de crónicas de bolchevismo internacional. Como análisis de «una táctica política», que así se subtitula, «Historia del Frente Popular» responde bastante bien. No es que creamos que el «frentismo» sea exclusivo de tal o cual época, pues remonta a tiempos perdidos, pero el de la época a la que el libro se refiere, reviste características muy singulares y obedece a una política de alcance jamás igualado.

A través de sus 290 páginas, V. A. nos presenta los hechos cotejados e interpretados. Claro que, él mismo nos dice que lo que importa no es eso último sino los hechos en sí, hasta el punto de que invita al lector a tener cuenta, sobre todo, de ellos y forjarse una opinión propia independientemente de la suya. Sin embargo, sus opiniones no carecen de valor.

Victor Alba adelanta sus interpretaciones. Es pues un diálogo que entabla con todos los lectores, sin duda, con vistas a una coincidencia. Si se obtiene, el libro tendrá doble objetivo y doble valor, pues que además de contribuir a la historia, sirve de enlace entre todos aquellos que, estudiosos sienten la necesidad de fundamentar su idea y su concepción política sobre bases amplias y universalmente examinadas.

«Historia del Frente Popular» merecería fuese respondido por todos sus lectores, emitiendo a su vez juicio sobre cada uno de los problemas que toca. Ello daría como resultado una especie de referendium sobre una de las facetas de la política internacional bolchevique cuyo éxito, decimos nosotros, se debe más a la flojez del resto de los humanos que a la inteligencia con la que hayan podido obrar sus autores e inspiradores.

De rebote, el libro de Victor Alba demuestra palpablemente que a falta de una línea de conducta, de un norte definido, en los hombres ajenos al bolchevismo con el cual se hubiese podido barrer la ruta al totalitarismo de Estado disfrazado de proletario, éste encontró la cama hecha, a la que contribuyeron todo el abanico de políticos, principalmente los socialistas, quienes, a pesar del atropello y traición, desde las primeras horas de la revolución en Rusia, contra todo el que no se sometió al dictado de los nuevos amos, fué durante decenios, codo con codo con el bolchevismo. Otros organismos y otras corrientes políticas, no por ser de menor importancia han dejado de contribuir, como el que más, para que la política rusa haya llegado a monopolizar casi todas las corrientes de oposición al mundo burgués.

Eso los españoles podemos decirlo con más razón que nadie porque es en España en donde el bolchevismo ha podido desarrollarse menos que en ninguna otra parte, y si algo avanzó en los últimos tiempos anteriores a 1939 no obedece más que a las mismas causas. Hoy sí; hoy, socialistas de todas las tendencias, republicanos y demócratas parece que están decididos a ver en el bolchevismo algo peligroso que hay que extirpar; algo que, de triunfar universalmente, reviviría y remozaría con creces la opresión oficial de antaño cuando todo, vidas y

haciendas, era propiedad de un conde. Conde que se llamaría comisario, quizá tovarich.

¿Que por qué en España el bolchevismo no avanzó como en otras naciones? ¿A quién se debe? ¿No será en todo caso al anarcosindicalismo? Que se repase la geografía política española, que se haga historia, y se verá en dónde, cómo y a quién el bolchevismo ganaba terreno.

Victor Alba nos dice que el Frente Popular, el «frentismo» en sí, es resultado de una debilidad política. Atribuye pues a la multiplicidad de partidos la causa de que el bolchevismo se haya desarrollado como lo ha hecho. Viendo Inglaterra, por ejemplo, o U.S.A., no cabe duda. Pero lo que nosotros los anarcosindicalistas no llegamos a comprender es cómo se ha tardado tanto a conocer y a comprender cuál era la verdadera esencia y el verdadero fin del bolchevismo.

«La historia no presenta ningún caso de un frente que haya protegido verdaderamente a quienes lo componen». En política, esta afirmación debería ser examinada y compulsada totalmente pues que, de confirmarse, revolucionaria todos los conceptos político-sociales y todas las tácticas empleadas desde que existe la historia.

Mas en materia de frentismo, «Historia del Frente Popular» está escrito con delicadeza, destacándose en seguida la preocupación honrada del autor en ofrecer al lector materia de examen completa y fiel. El Frente Único fué una consigna exacta a la del Popular pero limitando la participación a lo estrictamente proletario. Con el último se abrieron las puertas a la pequeña burguesía, siendo inmediatamente absorbidas por el inspirador, con una precisión matemática. Todo ello obediendo a las premisas leninistas según las cuales, sus adeptos deben participar en las revoluciones burguesas.

A los bolcheviques Victor Alba concede, a nuestro juicio exageradamente, una agilidad y una habilidad, no exenta de inteligencia, gracias a la cual han logrado éxitos de relieve.

Ni Marx ni Lenin habían previsto la revolución de 1917. Sólo después de las derrotas de Bela Kun, los intentos en Italia, el asesinato de Rosa Luxemburgo, etc., que desvanecieron la idea de revolución mundial, dice Alba, los bolcheviques se decidieron a iniciarla en un solo país, cosa que chocaba con todas las previsiones hechas.

En parte, fué este cambio de intención lo que motivó, el alejamiento y escisión del partido (B), a la muerte de Lenin, por un lado con Stalin en cabeza y por otro con Trotsky. Al menos, éste fué uno de los argumentos esgrimidos por los stalinistas para combatir al trotskismo.

Analiza el nacimiento del Frente Popular en Francia y la táctica llena de contradicciones aparentes del P. C. francés. Aparentemente decimos porque su objeto ha sido en todo momento el de erigirse en guía, cosa que alcanza repetimos, gracias a la benevolencia y condescendencia con las que siempre ha sido correspondido por sus correligionarios los marxistas. Pasa en revista, muy documentadamente cada uno de los bloques políticos inspirados por los comunistas, así en Europa, como en América, Asia y países africanos. La ventaja principal del bolchevismo, a ella le debe su situación actual, obedece a la cohesión con la que siempre se han presentado ante las masas, aunque para lograrlo hayan tenido que cortar o dejar cortar la cabeza de alguno de sus mejores militantes, y a la torpeza, la mala fe, la ruindad con la que la burguesía y el clero han reaccionado ante el despertar de los pueblos.



En cuanto a España, una victoria bolchevique se registró el día que la U.G.T. (socialista) permitió en su seno las actividades de los elementos que hasta entonces formaban la C.G.T.U. Después de ello, el bolchevismo creció al amparo de la rebelión franquista.

Un juicio apunta Victor Alba de la máxima gravedad, o por lo menos así se deduce. Respecto a los procesos de Moscú que acabaron con casi todos los revolucionarios (bolcheviques se entiende, pues los otros ya fueron eliminados sin proceso de ninguna clase) que quedaban en Rusia, confesándose todos culpables de traición, Victor Alba concluye: «Los intelectuales saben lo absurdas que son tales confesiones. Pero se callan, por sumisión al mito de la unidad, para no romper la alianza de las fuerzas antifascistas».

Tremenda responsabilidad de estos intelectuales, mezcla de cobardía y mezquindad que la historia juzgará con rigor merecido... o bien, impotencia eterna del intelecto y del corazón frente al uñazo de los fariseos, de la soldadesca, de la fuerza, anteayer representadas por los hunos, ayer y hoy por los otros. Y esta conclusión es todavía muy desoladora, pues a pesar de todo, la inmensa mayoría de los humanos desean el mutuo respeto y sólo cuando el conjunto deja de cumplir su misión de hombres, es cuando el bruto puede permitirse el lujo de extraordinarias degollinas de humanos.

Hitler, dice Alba, había destruido las ilusiones de los intelectuales. No, reducir a un nombre semejante acción nos parece que es caer en un simplismo que ciega la verdadera visión de las cosas. Hitler, era el representante de las fuerzas reaccionarias del mundo, era el instrumento. Pero sería torpe, de una torpeza imperdonable limitar a un criminal, todo el mal sufrido por la humanidad. La llegada de Mussolini al poder, como la de Hitler, como la de Franco, como la de Tojo, etc., no es obra

de unos emprendedores más o menos aguerridos, es la obra de una falsa educación y de la ausencia de una civilización verdaderamente humana y humanista. Si los criminales mencionados han podido provocar decenas de millones de muertos y la degradación de la especie, ello no hubiera podido ser si la humanidad laboriosa, manual e intelectual, supiesen organizarse internacionalmente y se decidiesen a prescindir de la brutalidad animal y primitiva, convertida en ciencia de la guerra y en política de opresión.

Sé que es muy difícil acabar con los brutos sin emplear sus mismos argumentos brutales, con lo que se corre el riesgo —y la historia está ahí para demostrarlo— de volverse más bruto que él, pero, precisamente por eso, si importante es descifrar los hechos, como magistralmente se hace en «Historia del Frente Popular», lo principal es buscar las causas, llegar al origen, hacer las deducciones pertinentes, identificar el mal y la culpa y encontrar el remedio para poner fin.

A ello contribuye, desde luego, sin decirlo, el libro de Victor Alba. En él se estudia a Lenin, Stalin e Hitler, principales animadores de la política que se critica: el triunfo del comunismo o, más bien, el triunfo del príncipe Maquiavelo; los extremismos como pretextos de represión; el pacto entre la G.P.U. y la Gestapo; el fascismo; el Partido Comunista Español; el tesoro español y el periódico «Ce Soir»; Sartre y la calificación de «compañero de camino», aspecto que todos deberíamos conocer, etc.

En fin, políticamente, «Historia del Frente Popular» vale tanto como un curso de alta escuela en la que se demuestra cómo y por qué ha ganado el bolchevismo las posiciones que tiene, convencido de que con ganar basta para tener razón.

M. CELMA

# M A D R I D

## Noticias de dos criminales de guerra



UNO es, según «La Dépêche» del 30-12-59, Ante Pavelitch, dictador croata, antiguo jefe del gobierno croata bajo la ocupación alemana. Ha muerto en el hospital de Madrid, pero se ha dado orden de no divulgar la noticia.

En el hospital incluso se negaban a confirmarla. «Hemos recibido orden de no decir nada sobre el particular», se limitaban a decir cuando se les preguntaba por teléfono.

No obstante, se ha sabido de buena fuente que el sujeto en cuestión había muerto el día 28 a las 4 de la madrugada de un ataque cardíaco.

¿Quién era este criminal?

Había fundado antiguamente la «Ustacha», organización terrorista que se oponía desde 1919 a la creación de la nación yugoeslava. Mussolini le ayudó en su tarea desde el

año 1929. Gracias al Duce pudo entrenar en Italia, bajo la dirección de la Ovrá, a millares de voluntarios croatas que se especializaban para actos de sabotaje y perpetuar crímenes. Son los ustachis quienes organizaron en Marsella el 6 de octubre de 1934, el asesinato del rey Alejandro de Yugoslavia y del presidente Louis Barthou. En 1941, la invasión de Yugoslavia por las tropas hitlerianas hizo de Pavelitch el dictador de su país. Su programa consistía en eliminar a los serbios en provecho de los croatas católicos. En cuatro años hizo exterminar más de 500.000 serbios, 46.000 judíos, 25.000 gitanos e incluso de millares de croatas ortodoxos (1).

... ¿Qué lleva usted en esa cesta,

(1) Desde luego, no llega al millón y medio como en España. — N.D.L.R.

ostras? (le preguntó un día el escritor italiano Curzio Malaparte, según relato que reproduce en su libro «Kaputt»).

— No, son ojos de serbios, respondió tranquilamente Pavelitch.

Los «ustachis» y su jefe debieron salir de Yugoslavia a raíz de la retirada de la Wehrmacht. El ex dictador declarado criminal de guerra por el gobierno del mariscal Tito, vivió algunos años clandestinamente, hasta 1948 que reapareció en la Argentina protegido por Perón, gracias al cual publicó en Buenos Aires un periódico. Cuando el nuevo régimen de la Argentina lo expulsó en 1957, fue a España y entró en un convento de franciscanos.

Hasta aquí la noticia sobre un criminal, que relata «La Dépêche».

En cuanto al otro..., según noticias confirmadas, todavía vive.

# MICROCULTURA

142. — Otro relato curioso de la Biblia: El sitio de Jericó tardó seis días. «Al séptimo sus sacerdotes hicieron sonar las trompetas y las murallas se desplomaron». Puede leerse la Biblia como libro escrito por una colectividad de dementes.

143. — El 10 de mayo de 1940, muchos alemanes que ahora son «republicanos» en su tierra, invadieron al mando del tirano Hitler los países de Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

144. — Ramón Mesonero Romanos, escribió «Las memorias de un setentón».

145. — Si se colocaran los caminos carreteros de Estados Unidos en línea recta, circundarían la tierra más de 122 veces.

146. — En 1682 murió en Sevilla Bartolomé Esteban Murillo, gran pintor español.

147. — Los astrónomos hallan dificultad en calcular los movimientos de la luna, porque ésta se encuentra muy cerca de la Tierra.

148. — Irlanda tenía en 1850 el doble de la población que tiene ahora.

149. — En Hawái hay más de cincuenta variedades de plátanos.

150. — Madrid fué la ciudad española que se hizo famosa por el asedio de los «nacionalistas» españoles durante la guerra civil de 1936 a 1939.

151. — Nace en 1783 en Nueva York el historiador Washington Irving, autor de una «Historia de Cristóbal Colón». Falleció en 1859.

152. — Animales y vegetaciones que vivían hace millones de años son encontrados frecuentemente bien conservados dentro de piezas de ámbar.

153. — La «piridina» es una base orgánica que se extrae de los huesos calcinados y se usa en medicina.

154. — La «Historia de los orígenes del cristianismo» fué escrita por Ernesto Renán, filólogo e historiador francés (1823-1892).

155. — La China está bañada por los siguientes mares: mar Amarillo, mar Oriental y mar de la China.

156. — Se puede reducir en un 15 por 100 el costo de la calefacción hogareña, rodeando la casa de árboles, que actúan como paravientos.

157. — Nace en 1784 Rafael de Riego, un general español que hizo fusilar Fernando VII. Gran españolista, motivó que Huerta le compusiera un himno que lleva su nombre y que, andando el tiempo, pasó a ser el himno nacional de la República española.

158. — Muere en Viena en 1897, Juan Brahms, compositor alemán nacido en Hamburgo en 1833; talento original y profundo.

159. — Los rayos descargan su fuerza eléctrica con preferencia sobre los árboles aislados, en tierras altas, profundamente arraigados en suelo húmedo.

160. — De «La Dama de las Cámelias», de Alejandro Dumas, sacó Verdi su libreto para la ópera «La Traviata».

161. — La célebre sátira «Los eruditos a la violeta» fué escrita por José Cadalso (1741-1782).

162. — Terranova está aumentando el uso de su propia producción de madera. Actualmente funcionan en aquel remoto país unos 700 aserraderos.

173. — Euristeo, rey de Micenas, impuso a Hércules los doce trabajos para deshacerse de él (Mitología).

164. — Ahora se puede explicar la presencia de huevos de otras aves en los nidos de las gaviotas de California: estas mismas aves suelen robar huevos y llevarlos a sus propio nidos, usándolos a veces para alimentar a sus pollitos.

165. — En tiempos normales, Europa suele sembrar cerca de la mitad del área mundial de patatas.

166. — Nace en 1578 el descubridor de la circulación de la sangre, W. Harvey, ilustre médico inglés fallecido en 1658.

167. — En 1801 aparece «El Telégrafo Mercantil», primer periódico argentino.

168. — Suiza, con sus montañas siempre cubiertas de nieve, ha venido dependiendo casi totalmente de la importación de carbón y coke.

169. — Checos se llaman los eslavos de Bohemia, Silesia y Moravia.

170. — La mayoría de los terremotos es inofensiva porque ocurre en el fondo del mar. Sin embargo, algunos levantan tal oleaje que llegan a las costas y causan enormes daños.

171. — Los expertos dan el nombre de «asiento de la muerte» al asiento al lado del conductor del automóvil.

172. — Galgas, se llaman las cintas que sujetan algunos zapatos a las piernas.

173. — En el escolasticismo medieval dominaban los principios de Aristóteles.

174. — Flanear quiere decir callejear, pasearse sin destino fijo.

175. — Las ciudades principales de Asturias son Oviedo y Gijón.

176. — En 1898 los norteamericanos invadieron Puerto Rico. Hoy tal país es un «Estado asociado» de la Unión. El único donde se habla idioma español.

177. — Los sismólogos dicen que la tierra se sacude unas 85 veces por día. En su mayoría, estos sacudimientos son pequeños, pero tanto para qué no los registre la sensibilidad de los sismógrafos.

178. — En Etiopía se hicieron «iglesias» talladas en bloques de roca.

179. — Marcelino Menéndez y Pelayo escribió la difundida antología de poetas líricos españoles. En 1911 constaba de trece tomos.

180. — El único que reconoció a Ulises en su regreso fué su perra Argos (Mitología).

181. — Los norteamericanos se empeñaron, pero fracasaron, en darle el nombre de «Aspiwall» a la ciudad panameña de Colón.

182. — El Museo Metropolitano de Arte de Nueva York abrió sus puertas al público en 1872.

183. — Dido, belleza de la antigüedad, prefirió darse la muerte antes de ser infiel a su amado fenecido.



## PROSA DE AYER Y DE HOY

### Gobiernos y gobernantes

**L**A causa, ya antigua, de nuestros males, es la falta de cabeza allí donde debe de estar la cabeza. ¡Con la mejor compañía de cómicos se representa muy mal una comedia si no se distribuyen bien los papeles. Un tipo de los más perniciosos que puedan existir en una sociedad es el «el hombre de conocimientos generales», eufemismo con que se encubren la osadía y la ignorancia, y a este tipo están confiados en España todos los negocios públicos. Un buen médico, un excelente farmacéutico, un notable matemático, hasta un abogado que estudie a conciencia las leyes, están incapacitados de hecho: son especialistas, hombres técnicos, que no pueden «abrazar en su totalidad los arduos y complejos problemas de la política y de la administración». Para abrazarlos se necesita tener una cultura más general. Y a falta de hombres que posean realmente esta cultura — ¡contados son en España los gobernantes que la poseen —, vienen a ocupar el hueco los que tienen traza de listos, y parecen capaces de dominar toda clase de cuestiones, aunque por el momento las desconozcan.

Este tipo lo encuentro yo por primera vez en nuestro periodo de decadencia, en las postrimerias de la casa de Austria. Un historiador que nos ha juzgado con justicia severa e imparcial, lord Maucaulay, lo retrata con exactitud: ignorante y vano, indolente y orgulloso, viendo hundirse su nación y creyendo detener el derrumbamiento con una mirada despreciativa y altanera. Nuestra decadencia era irremediable, porque habíamos abarcado mucho más de lo que nuestras fuerzas nos permitían; pero no hubiera sido tan completa, si en vez de hombres decorativos hubiéramos puesto al frente de los negocios hombres de valor real, que, a no dudarlo, los teníamos. Con nuestro torpe sistema conseguimos, es verdad, que pasara a la historia la altanería castellana, de que tanto se ha abusado después; pero esa altanería era ya la contrahecha, sinónima de hinchazón, no la legítima, la altivez noble, brava y audaz de los conquistadores.

Y parece que estamos condenados a padecer eternamente bajo el poder de los hombres decorativos; era natural que al quedarnos arruinados desapareciera la especie; pero, según hemos visto, no ha hecho más que transformarse: ahora es el que, no pudiendo pasar de aprendiz en ningún oficio, se declara maestro en el arte de gobernar; es el que, demasiado ignorante para desempeñar cargos pequeños, «está indicado por la opinión» para los altos cargos; es el funcionario que, con la frente preñada de conceptos brillantes, se encierra en su gabinete para resolver los «arduos problemas» y si le vemos por el ojo de la cerradura, está entretenido en hacer pajaritas de papel.

(«Idearium español»)

ANGEL GANIVET

# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.  
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.  
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.  
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.  
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.  
«Ni víctimas ni verdugos»: Alber CAMUS, 100 fr.  
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

### COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.  
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.  
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.  
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.  
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.  
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.  
«Crítica anarquista de la sociedad actual»; Profesor ITICICA, 50 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.  
«Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.  
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.  
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 francos.  
«Incitación al socialismo» Gustav LANDAUER, 600 fr.  
«Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.  
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHA-RAVIGLIO, 630 fr.  
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.  
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.  
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.  
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.  
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.  
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.  
«Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SAN-DENEGUIER, 750 fr.  
«La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 350 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.  
«La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

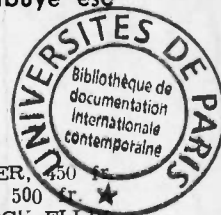
- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.  
«Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.  
«La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.  
«Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.  
«Manual del matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.  
«El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 960 fr.  
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.  
«Tipos psicológicos»: C. G. Jung, 630 fr.  
«El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.  
«Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.  
«Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.  
«Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.  
«Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.  
«El niño delincuente sexual y su evolución ulterior», Lewis J. DOSHAY, 400 fr.  
«El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.  
«La inversión sexual»: Havelock ELLIS, 200 fr.

### BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.  
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J SALAS SUBIRATS, 450 fr.  
«El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.  
«La educación de sí mismo»; Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.  
«Método práctico de autosugestión y sugestión»; Paul C. JAGOT, 450 fr.  
«El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 francos.  
«La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.  
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.  
«Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 450 fr.  
«La alegría de vivir»: O. Swet MARDEN, 450 fr.  
«El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

### COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.  
«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.  
«Tácito», por Gastón BOISSER, 420 fr.  
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.  
«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.  
«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.  
«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABBRI, 600 francos.  
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.  
«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.  
«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.  
«Stuart Mill», por H. TAINE, 600 fr.  
«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.  
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.  
«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.  
«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

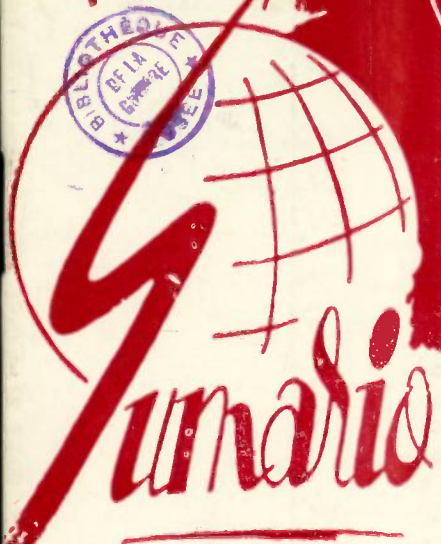


15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Juan Le Vagre : El orden  
— Fontaura : Guyau o la  
juventud perdurable. — Al-  
berto Carsi : La originali-  
dad. — Rodolfo Rocker :  
De la España musumana.  
— Plácido Bravo : Compromi-  
sos que nos comprometen.  
— Selección de V. Muñoz :  
El pensamiento vivo de José  
Prat. — Felipe Alaiz : El  
cuadrilátero. — Angel Sam-  
blancat : Cabillos de marean-  
tes. — Stefan Zweig : El re-  
fugiado. — Eugen Relgis :  
Empecemos por internacionali-  
zar las capitales. — E. Armand :  
El loísmo y los loistas. —  
Pablo R. Troise : Nirico o  
la cruz del despertar. —  
El trabajo de noche es con-  
trario a la salud. — J. Alau-  
do : El esperanto. — Mi-  
crocultura. — M. Rama :  
Revoluciones sociales del  
siglo XX (folletón encuadernable)



UNIVERSITES DE PARIS  
Bibliothèque de documentation internationale contemporaine  
110  
★ FEBRERO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4 P 5523

## NUESTRA PORTADA

### Las cigüeñas

Algunas veces — por no decir muchas — la naturaleza realiza espontáneamente cuadros de arte que ningún pintor podrá superar ni embellecer.

Esta fotografía que reproducimos es uno de ellos. Nada tan evocador como estas aves alrededor del nido. Nada tan gracioso, como los movimientos de las bestias, danzando un «ballet», destacándose afiladas entre el gris del firmamento.

Y este cuadro evoca asimismo la paz, la serenidad. En medio del fragor y del vértigo de la vida moderna, este espectáculo es reposante, consolador, lleno de gracia y de armonía. Los ojos descansan contemplándolo y el pensamiento se eleva, alejándose de las mezquinas preocupaciones cotidianas.

Comprendemos a Reclus, cuando en la naturaleza, en el paisaje, en los animales, en todas las manifestaciones libres y espontáneas de la vida, encontraba la lección diaria de energía precisa para seguir luchando y para seguir creyendo en la parte más fea y desgraciada de la creación; la especie humana, víctima de sí misma y del mal empleo de su capacidad de adaptación y de su inteligencia.



#### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Febrero 1960

Nº 110

## EL ORDEN



**C**ON razón los griegos llamaron «kos-mos» al orden, que significa «belleza», «universo». En efecto, el orden es bello, bello es el aspecto del orden y el universo es el orden por excelencia.

Nosotros, socialistas anarquistas, amamos el orden; somos anarquistas — ¿se creará? — por amor al orden; queremos que la sociedad sea el reflejo de la armonía que existe en el universo.

Pero ¿qué es el orden? ¿Es modo, forma, regla, disposición natural de cada cosa? ¿O es la obra de un pensamiento soberano que lo creó y lo conserva?

No discutamos con los teólogos y metafísicos de nuestros tiempos. Preguntemos a los burgueses, tan envanecidos con los resultados de la ciencia moderna: ¿creéis en un Dios que saca el mundo del caos y lo dispone para que sea la admiración de los inteligentes? ¿Resulta el orden del universo de las relaciones necesarias entre sus componentes, grandes o pequeños, átomos, moléculas, cuerpos; de relaciones constantes, en fin, y eternas; esto es, de leyes naturales?

¿Y por qué, preguntamos aún, el orden entre los seres inconscientes?

He aquí, dígase lo que se quiera, nuestra ciencia o fe social, nuestro socialismo.

Nosotros creemos que la sociedad es un orden resultante del desenvolvimiento natural de la humanidad. Creemos que la humanidad, como los animales, las plantas y los minerales, como todas las cosas, tiene sus leyes naturales. Creemos que no es obra de nadie la creación y conservación del orden.

Como el universo no necesita de Jehová, la sociedad no necesita de un rey, un presidente o un dictador. Podemos vivir, amarnos, ser libres, sin dividirnos en siervos y señores, sin una autoridad tutora.

Esta es, en pocas palabras, la parte positiva de nuestras aspiraciones.

Si el orden es una disposición natural de las cosas, es también negación del artificio o de la fuerza que pretende garantizarlo. Por esta negación nos pronunciamos nosotros.

La mayor parte de la humanidad, miserable, ignorante, oprimida, no es libre, no vive, no se desenvuelve naturalmente, «no está en orden». El orden a que se la constriñe es un artificio, confesado como tal, es un vínculo, no una forma. No existe, pues, libertad ni orden, sino imperio de una fuerza mayor.

Esta fuerza, este vínculo, es una necesidad, dicen los economistas, los legisladores de nuestros tiempos.

Del mismo modo, Santo Tomás de Aquino creía necesaria la servidumbre, y Aristóteles la esclavitud.

Nosotros, por el contrario, creemos en el socialismo moderno que dice: «La autoridad no es necesaria al orden; viviendo según las leyes naturales tendremos libertad, sociedad y orden.»

Juan Le Vagre

# Guyau o la juventud perdurable

**S**E ha dicho en todos los tonos: no se es joven tan sólo por los años, por la agilidad física, por todos esos atractivos que conlleva la mocedad. Se es joven por la robustez de conocimientos, por el dinamismo, por la inquietud mental que inclina a captar la esencia de las cosas. Por todo ello se es joven, aunque los años labren surcos en la frente, aunque el tiempo vaya encaneciendo las sienas.

He aquí cómo lo entendía Guyau:

«Hay que guardar en el corazón un rincón de verdor, de juventud; un rincón en donde nada se haya cosechado, en donde se pueda sembrar siempre alguna planta nueva. Permanecer joven largo tiempo, permanecer niño incluso, por la espontaneidad y la afectuosidad del corazón. Guardar siempre, no en el exterior, sino en el fondo de sí mismo alguna cosa de ligero, de alegre, de alado; es el mejor medio de dominar la vida».

En Laval, esa tierra, entre normanda y bretona, que guarda su aire medioeval, que posee añejas tradiciones, ese «país chuan» que inspiró a Balzac algunas de sus páginas magistrales, nació en 1854, José María Guyau. Breve, en cuatro trazos puede esbozarse la biografía de este gran filósofo y poeta a la par.

Hasta la edad de doce años fué cuidado y educado por su madre. Correteaba por los campos, trepa a las montañas; siente, en suma, el embeleso de la vida silvestre. De sus años de infancia, conserva toda su vida un afecto tierno, intenso, para con la natura. Cuando entra de lleno en los estudios universitarios, como dice Hoffding, «Guyau es un caso ejemplar de madurez intelectual». Lo que otros han necesitado llegar a los treinta y a los cuarenta años para comprender y asimilar de un modo profundo, él lo ha captado al trasponer la adolescencia.

Así, a los diecisiete años es licenciado en Filosofía; a los diecinueve, es laureado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, gracias a su obra «La Moral de Epicuro». A los veinte años, se le encarga el curso de Filosofía en el Liceo Condorcet, de París.

De los veinte a los treinta años, publica diez obras, cada una de las cuales es una verdadera revelación, promoviendo los más diversos y apasionados comentarios por parte de los pensadores más eminentes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Norte América.

Descuellan entre sus obras: «Esbozo de una Moral sin obligación ni sanción», «Educación y Herencia», «La irreligión del porvenir», «La moral inglesa contemporánea», «El arte desde el punto

de vista sociológico», «Los problemas de la estética contemporánea» y «Versos de un filósofo».

El tremendo esfuerzo intelectual de una actividad como la suya, produjo en él un tal agotamiento que le obligó a abandonar sus estudios. En pos de un clima más benigno que el de París, se trasladó a Menton. Y allí, frente al mar azul, falleció a los treinta y tres años de edad.

Toda la obra de Guyau refleja optimismo, fe en la vida. Fué, como escribía en la «Revista de Filosofía» el italiano Torozzi: «Uno de los espíritus más vivaces, de los más ardientes y de los más comprensivos que la ciencia moderna haya encontrado como apóstol y como renovador».

Así refleja el propio pensador-poeta, su inquietud espiritual en el volumen «Versos de un filósofo»:

**J'aurais voulu marcher, agir, semer ma vie  
A pleines mains, hereux de lutter, de souffrir,  
Depensant largement la troublante énergie  
Qu'en mon cœur je sentais avec mon sang courir.**

Alfredo Fouillee, que sentía por el joven filósofo un afecto entrañable; que le dedicó un denso volumen, «La Moral, el Arte y la Religión según Guyau», decía que, no obstante el haberle producido, en lo físico, un progresivo debilitamiento el exceso de trabajo, jamás sintió abatida su fuerza moral y el juvenil entusiasmo, puesto en sus nobles ideales.

Pocos habrá que, como el autor de «La irreligión del porvenir» hayan llegado a calar tan hondo en el origen del sentimiento religioso, en el análisis sutil de las creencias, en la lógica demoledora de sus concepciones. A juicio suyo, el porvenir llegará a superarse hasta el extremo de no tener necesidad de creencias religiosas. Así dice: «Las religiones son una parte mística, dogmática, y de ritual, destinada a desaparecer». Desarrolla siempre sus ideas con sólidas aportaciones documentales, con razonamientos serenos, sin buscar jamás la humillación del contrincante, sin engreimiento científico, con un tono de afecto y comprensión, con admirable estilo de expresión además.

Por su obra «La Moral sin obligación ni sanción», Guyau ha sido considerado como anarquista. En efecto, el propio Kropotkin, en «La Moral Anarquista», señala cuán dignas de asimilarse son las concepciones éticas del notable pensador. En la obra póstuma, también de Kropotkin, «Ética», que, como es sabido, la muerte no le dejó concluir, dedica todo un capítulo a realzar las concepciones de Guyau en torno a la Moral. He aquí cómo sintetiza Kropotkin el criterio de aquél: «La vida,



según este filósofo, se manifiesta en el crecimiento, en la multiplicación y en la tensión. La Etica debe ser considerada como una doctrina acerca de los medios para conseguir la finalidad impuesta al hombre por la naturaleza misma: el crecimiento y el desarrollo de la vida. Por esta razón, la moral humana no necesita coerción alguna ni obligaciones imperiosas, ni sanción sobrenatural; se desarrolla en nosotros en virtud de nuestra necesidad de vivir una vida más integral, más intensa y más fecunda».

Sobre la Estética, al respecto de la Educación, expone Guyau conceptos de suma importancia. Y, como se ha dicho «Muchas de sus ideas fundamentales conservan plena actualidad y merecerían el comentario, el desarrollo y la aplicación permanentes».

Según críticos eminentes, en toda la producción de Guyau no se percibe el menor asomo de dogmatismo. Sus libros no son tan sólo obras filosóficas, resultan, además, obras literarias, en las que descuellan un arte y un fresco aliento de inmanente juventud.

«Uno de los mejores ejemplos —dice Marión— que daba a los jóvenes el poeta-artista, enamorado de la forma, sensible más que nadie a la música de las palabras y, maestro en todos los recursos del idioma, era el no tomar jamás la forma como un fin, de no servirse de la pluma sino para dar el pleno valor al pensamiento, a los sentimientos.»

En lo concerniente a las especulaciones intelectuales, muchos de los pensadores, los filósofos de más o menos acusado relieve, ya fallecidos, el recuerdo de cuyas ideas tan sólo se destaca en los manuales de filosofía; sus obras amarillean en las bibliotecas sin que, aparte unos pocos devotos, estacionados en la corriente del tiempo y de las ideas, nadie se ocupa de ellos. José María Guyau supo atalayar el horizonte del tiempo; su mente fué más allá de las cuestiones circunstanciales, de los problemas efímeros que tienen un momento de fulgor y luego se apagan. No era de aquellos pensadores que se encastillaron en un dogma cualquiera, defendiendo opiniones tradicionales, rancios problemas o endebles motivaciones de detalle. Abordaba temas de un valor fundamental para el presente y para el porvenir. Y lo hacía con pleno optimismo e impulso juvenil. Por ello sus libros siguen traduciendo, reeditándose y fragmentos de sus obras aparecen en modernas antologías. De ahí que su influencia subsista hoy entre los hombres libres, como es de creer, subsistirá mañana.

Siempre en la vanguardia de la vida, siempre en pos de un efectivo progreso y de una anhelada libertad, escribió:

*Qu'il est doux de pouvoir sans regret s'élancer,  
D'être libres, de voir l'horizon nous sourire,  
D'aller sans retourner la tête, et de se dire:  
Vivre, c'est avancer!*

FONTAURA

## En una escuela de Teruel

### LECCION DE HISTORIA SAGRADA

El profesor. — Dime, Roberto, ¿Quiénes fueron los primeros pobladores de la Tierra?

Roberto. — Según la enseñanza religiosa, los primeros pobladores de la Tierra fueron dos: Adán y Eva.

El profesor. — Muy bien. Dime, ¿Quiénes fueron Cain y Abel?

Roberto. — Cain y Abel fueron hijos de Adán y Eva.

El profesor. — Perfectamente. Así éstos eran hermanos.

Roberto. — Sí, señor.

El profesor. — ¿Qué ocurrió entre estos dos hermanos?

Roberto. — Ocurrió que el uno mató al otro.

El profesor. — ¿Cuál fué el que murió?

Roberto. — Abel.

El profesor. — ¿Cuál fué el asesino?

Roberto. — Eso depende...

El profesor. — ¿Cómo, depende?

Roberto. — Sí, señor, sí.

El profesor. — Bueno, explícate.

Roberto. — Si el crimen se cometió en España, y el que quedó en vida fué nombrado Jefe del Estado, el criminal fué el muerto.



# LA ORIGINALIDAD

por Alberto CARSÍ



A originalidad en las personas es una cualidad valiosísima, tanto para el que la posee como para la Humanidad en general; pues las ideas nuevas son la brújula que nos guía a través del desierto de la vida en pos de una mayor perfección y un más completo goce de los elementos sociales y naturales en general.

Son, pues, apreciables cuantos aportan ideas originales, ideas nuevas de mejora y progreso, de comodidad y economía, de belleza en fin, al acervo común.

Pero, enfrentándose con esta realidad cruda y no todos podemos segregar ideas nuevas como segregamos sudor, y tenemos que contentarnos con esperar que la encina del talento desprenda las dulces bellotas de la sabiduría para cosecharlas humildemente y llenos de reconocimiento.

Pero, enfrentándose con esta realidad cruda y despiadada, hay muchas personas que creen en la originalidad voluntaria, y expresan cualquier frase, o realizan cualquier obra vulgar, y creen firmemente en su originalidad, sin tener en cuenta el viejo aserto de que, en una u otra forma manifestado, «no hay nada nuevo bajo el sol», y están poseídos de que las rarezas, las atrocidades y a veces los retrocesos, son originalidades, en cuyo caso se trata de presuntuosos, de equivocados, de imperfectos de sana razón, de inconscientes puesto que son monomaniacos, y sabido es que la monomanía es el primer paso hacia la locura parcial sobre una sola idea o un sólo orden de ideas.

Citar personas originales de verdad, no es una larga tarea, porque a lo largo de la Historia son contados los que realmente merecen este excepcional título, pero, aun siendo pocas, bastaron sus sabias indicaciones para guiar hacia el progreso y el bien a la Humanidad en general sin distinciones ni preferencias. Sin embargo, la Humanidad no avanza con la velocidad y la regularidad que significa la originalidad de sus hijos excepcionales; esto es una verdad inconcusa. Existen elementos destructores de la labor de los eminentes, que son los que pudiéramos llamar originales de segunda y aun de tercera clase, que por aquel orgullo, escasa mentalidad o monomanía que anteriormente aludíamos, se dedican a crear originalidades antagónicas, interesadas o simplemente estúpidas para engrandecerse ellos con los reflejos de los verdaderos innovadores.

Podemos hacer una semejanza diciendo que la mentalidad humana tiene una vida mecánica, de acción y de reacción; la acción avanza, la reacción

retrocede, o por lo menos frena cuanto puede el empuje del Progreso.

Es asombroso ver lo que, persiguiendo la originalidad realizan las personas, sean mujeres, sean hombres. La cuestión, para ellos, es diferenciarse de los demás, demostrar que son superiores y que no son comprendidos. Los que más estragos causan son los llamados «intelectuales», pintores, escultores, poetas y literatos, autores de cinematografía y teatro y los músicos, con todos los satélites de este mundo de ficción, y finalmente el vulgo; ese vulgo que se siente innovador y original, que es necio en una gran mayoría, como dijo un autor inmortal, un hombre original auténtico.

A ese vulgo pertenecemos nosotros, las medianías, y nuestra dignidad consiste en sentirnos masa honesta y respetuosa con los originales, con los afortunados que tienen el don de arrancar los secretos de la Naturaleza y traducirlos al lenguaje vulgar para aumentar nuestra cultura. Con la curiosa particularidad de que ellos no se dan cuenta de que son originales, pues muchas veces ponen en circulación sus más bellas o sus más sutiles creaciones, con una especie de delicada reserva y tímido recelo que admira y encanta.

En cambio vemos, oímos, leemos o presenciamos ejemplares humanos poseídos de sí mismos, simples ególatras o ególatras simples, esclavos de sus trajes estafalarios, o acompañados de animales raros; escuchando música incomprensible que más atormenta que deleita; leemos versos o versos sin sentido; presenciamos escenas lamentables de hombres-clowns, que creyendo bogar en las aguas cristalinas de un estanque, chapotean en el barro de una letrina.

Original será, y admirable, quien imagine un concepto nuevo para dignificar más a la madre, o quien invente palabras más dulces para aliviar a los enfermos. Conceptos para la amistad, para el amor al prójimo o para mitigar las desgracias. Lo será también quien anime el metal o el mármol con el aliento de su arte, hasta darle la sensibilidad de la carne, quien cree una música que enterezca el alma hasta las lágrimas de la bondad, o quien haga versos que nos engañen, haciéndonos creer que los produjo nuestra propia alma en un arrebatado de emoción sublime. Será original quien descubra el específico de la Paz Universal Permanente. Quien invente un sistema de lectura que puedan leerse cien o mil libros con el tiempo que hoy leemos uno. Quien invente un sistema de proyección subterránea que haga ver claramente la

composición interna de nuestro planeta. Quien evite el dolor y el sufrimiento. Quien restituya la vista. Quien estudie el proceso de germinación y haga producir más cantidad de frutos a la tierra. Quien encuentre el medio de suprimir la pluralidad de idiomas. Quien invente una pluma y una tinta que tracen simultáneamente cien o mil ejemplares de un escrito. Quien simplifique las leyes la contabilidad, la estadística, la aritmética... Quien resuelva el problema complejo de la alimentación, y la inmunización práctica de todas las materias contaminables. Quien descubra un sistema de riego automático, y la conservación indefinida de las sustancias alimenticias. Quien evite enfermedades, suprima pasiones y anule vicios, etc., etc. Lo demás es engreimiento infundado, orgullo, pobreza espiritual, fanfarronería y miseria en quienes se crean superiores y originales.   Originales de qué?

Yo conozco a un escultor que empezó bien su carrera, y ahora siempre lleva consigo un perrito raro, y lo tiene tan amaestrado para disimularlo en tranvías y despachos donde no se permiten perros, que se deja envolver en un lienzo y se queda inerte hasta que se le libera. Mi perro —dice— es mi mascota; la gente me admira y me califica de «original». Entre tanto, nuestro hombre ha descuidado su arte confiando en su originalidad, y el hambre ha llamado a veces a su puerta.

Cruzo el saludo con un poeta que ha producido versos como éste:

  Quién buscaba las heridas  
 entre el humo de la vida?  
 Tal vez un geranio,  
 un pájaro o un océano. »

Mientras, Antonio Machado, escribía:  
   Tu verdad? No. La Verdad,  
 y ven conmigo a buscarla.  
 La tuya gu rdatela. »

Lo uno es un ripio, lo otro una magnífica originalidad.

Un conocido mío dej se de estudiar a media carrera de Ingeniero y se dedicó a descubrir el movimiento continuo. Se creía un Dios y murió en el manicomio.

El dependiente de un colmado, siempre me mostraba grandes papeles repletos de operaciones aritméticas. Estaba resolviendo la cuadratura del círculo. Mientras, Le Verrier acababa de descubrir el planeta Neptuno por el cálculo.

Conoci a un sujeto que toda su originalidad consistía en llevar el pelo y la su as en la completa libertad del hombre de las cavernas.

No hablemos de los pintores impresionistas y cubistas. No hablemos de las enfermedades mentales. Eso no es originalidad ni nada que se parezca, eso es vanidad, o sencillamente, casos clínicos que llaman a compasión.

Para ser original es preciso ser universalista y enciclopedista, sensible, generoso y perfectamente equilibrado, severo en los conceptos y cauto en las apreciaciones. Buscar la verdad a toda costa con la luz de la Razón para orientación y por guía.

La persona que se apoya en estos principios, es lógica y reposada, metódica y tenaz, sencilla y modesta, que sabrá observar las cosas y los hechos por todas sus caras y bajo todos sus aspectos, y en los momentos de exaltación espiritual en que el ser deja todo el bagaje de la materia y vuela electrizado como el rayo a través del espacio, verá el átomo de verdad que ha sabido conquistar de entre la polvareda inmensa de espejismo y apariencias; lo prender  con las diminutas pinzas de su cerebro, y será original. Y será original, porque entonces, y sólo entonces, nacerán los mundos de Miguel Angel, de Rembrand, de Velázquez, de los artistas griegos dando vida a la Venus de Milo, al Discóbolo y a la Victoria de Samotracia. A las sonatas de Beethoven, las fugas de Bach o las goyescas de Granados. Los mundos de Gutenberg inventando la imprenta, Stephenson la locomotora, Galileo el telescopio, Testa los Rayos X, Curie el Radium, Edison la lampara eléctrica y el fonógrafo. Los mundos de Victor Hugo, Goya y Cervantes descubriendo nuevas facetas de la Moral, y de Colón con su Nuevo Mundo; de Servet captando los secretos de la circulación de la sangre que le valió ser quemado vivo. Franklin, inventor del pararrayos; Daguerre, de la Fotografía; Lyell, de la Geología y la Paleontología modernas. Y recordando las huellas del hombre de las cavernas, que inventaron el dibujo y que captaron la obtención de los metales y efectuaron por primera vez la cocción de los alimentos con vasijas de barro y la plantación de cereales y los forrajes.

En un cuaderno que tengo preparado para redactar mi Diccionario Comentado de Artes y Oficios tengo anotados 1.030 nombres y sus respectivas especialidades de cerebros originales, de astros de primera magnitud del cielo de la inteligencia.

Y lo grande y admirable del conjunto de seres verdaderamente originales, es que quizás ninguno de ellos se propuso ser original, ni acaso supo nunca que lo había sido, y para ser justo con ellos, podríamos añadir que no les interesaba saberlo, pues las creaciones ya encuentran en ellas mismas el pago de su valor con la huella profunda que dejan sobre las páginas imborrables de la Historia escrita y sobre la Historia vivida por la Humanidad, la cual se beneficia de los adelantos aportados por esas creaciones, que son originales por esto sencillamente, porque son creaciones.

El viejo de la barba blanca, que es el tiempo, ir  poniendo cada cosa en su lugar oportunamente, ya que tiene dispuesto, desde siempre, un lugar para cada cosa. Rendirse a la evidencia es una virtud. No queramos ser originales, desdennando la verdadera, la sencilla, la noble originalidad, la creada por la Naturaleza, no la inventada por la fatuidad y la estultez de ciertos hombres por mil conceptos despreciables.

# De la España Musulmana

..... por Rodolfo **ROCKER** .....

Fernando de Aragón e Isabel la Católica reinaron sobre los diversos Estados. En los pequeños Estados subsistió como forma de gobierno la monarquía electiva que después fué substituida por la hereditaria. Sin embargo, después que con la toma de Granada cayó el último baluarte del islamismo en España y con el matrimonio de Fernando e Isabel se echaron los primeros fundamentos del Estado nacional unitario, transcurrió aun mucho tiempo antes de que la monarquía lograra someter a su dominio todas las instituciones sociales del país.

«No existía la nación —dice Garrido— ni en el terreno económico, ni en el administrativo, ni en el de la política. La unidad tenía su expresión únicamente en la persona del monarca que gobernaba varios reinos, cada uno de los cuales tenía su propia constitución, su código, su moneda y hasta su propio sistema de pesas y medidas»...

Antes de que el Estado unitario lograra imponerse del todo fué necesario abolir los antiguos derechos de los municipios y provincias, cuyas libertades estribaban en los llamados *fueros* o estatutos municipales. Y no era, por cierto, tarea fácil.

Al invadir los árabes el país, una pequeña parte de la población, especialmente la nobleza, huyó a la abrupta región montañosa del norte de la península, pero una gran mayoría de los habitantes de raza ibérica y romana y hasta buena parte de los godos, desheredados de la fortuna, permanecieron tranquilos en sus antiguas viviendas, sobre todo al advertir que los vencedores les trataban con indulgencia y hasta con consideración. Más aún, muchos de ellos abrazaron el islamismo.

Todos, sin embargo, musulmanes y cristianos, gozaban de las ventajas del libre estatuto municipal de los árabes, bereberes y asirios, el cual daba amplio campo a su sentimiento de independencia. En cuanto a los españoles, si bien en el curso de esas interminables luchas arrebataron a los sarracenos alguna que otra ciudad o algún nuevo territorio, en todo caso hubieron de respetar y dejar intactos los antiguos derechos de los municipios; si habían precedido a la conquista prolongados combates en virtud de los cuales los habitantes del país habían tenido que abandonarlo o ser exterminados por el vencedor, éste venía obligado a otorgar a los nuevos pobladores un fuero que les asegurase amplios derechos y libertades locales. Este era el único medio para proteger de contraataques el territorio recuperado y mantenerlo en poder del vencedor.

La bibliografía española cuenta con gran número de importantes obras sobre la historia de estos

municipios, tanto urbanos como rurales, y sus fueros. De ellas se desprende que la administración municipal radicaba en la asamblea del pueblo, a la que los habitantes de la localidad eran convocados todos los domingos al llamado de las campanas para deliberar y tomar acuerdos sobre los asuntos de público interés (Eduardo Hinojosa: «El origen del régimen municipal en Castilla y León»).

El espíritu que informaba a esos municipios era absolutamente democrático y velaba celosamente por los derechos locales de los mismos, dispuesto siempre a ampararlos con todos los medios a su alcance y a resguardarlos de las usurpaciones de los nobles y de la corona. En estas luchas desempeñaron importante papel las corporaciones de los artesanos urbanos, los cuales constituyeron elemento utilísimo en la rica y variada historia de los municipios españoles, que representaban la causa del pueblo. A este propósito dice Zancada:

«Entre los varios factores que contribuyeron poderosamente a la dignificación y mejora del municipio figura un elemento común: que en Cataluña reinó un espíritu de mayor libertad y se vivió una vida favoreció intensamente el desarrollo de estas organizaciones populares. Este elemento, que disponía de grandes energías, fué la asociación profesional de la población artesana, que actuaba a modo de contrapeso contra la tiranía de los barones feudales y bajo cuyo amparo el artesano logró hacer respetar sus derechos. Esta asociación fué a la vez excelente medio para mejorar la situación económica de los profesionales de las respectivas industrias.»

Como en otros países, también en España formaron los municipios grandes y pequeñas federaciones a fin de defender con mayor eficacia sus antiguos derechos. De estas alianzas y de los fueros urbanos, surgieron en los varios Estados cristianos las Cortes, los primeros gérmenes de la representación popular, que en España tomó cuerpo más de un siglo antes que en Inglaterra. De hecho, el recuerdo de los **municipios libres** no se borró nunca del todo en España, y volvió a figurar en primera línea en todas las sublevaciones que desde hace varios siglos conmovieron periódicamente el país.

Hoy día no hay en toda Europa país alguno en que el espíritu del federalismo esté tan incorporado en el pueblo como en España. Y esta es también la causa de que hasta la fecha los movimientos sociales de este país estén animados de un espíritu de libertad en una medida que no se ve en ningún otro país.

En los Estados cristianos del Norte de la pen-

insula ibérica duró esta situación bastante tiempo, hasta que empezó a brillar una cierta cultura. La vida social de los restos de la población visigoda mantuvo durante cuatrocientos años sus primitivas formas pudiéndose, por lo tanto, afirmar que entre ellos no hubo rastro de cultura alguna superior. Dice Diercks en su «Historia de España»:

«La cultura del norte de España siguió siendo completamente distinta de la que prevalecía en la parte sur de la península. Si vemos aquí florecientes todas las ramas de la cultura material y espiritual, y el Estado, por el contrario, estancado en un grado relativamente bajo y con escasas modificaciones, es porque las relaciones que se formaron en el norte contenían en sí mismas el desarrollo del Estado y el centro exacto de las instituciones legales.»

Es éste un hecho de grandísima importancia y de cuyo alcance probablemente no se apercibió Diercks.

En la España árabe, si la cultura logró un desarrollo normal y sosegado, fué precisamente porque allí el poder del Estado no pudo concentrarse nunca plenamente, mientras que en el norte de la península esta cultura tardó largo tiempo en arraigar, porque los esfuerzos de la política estatal habían relegado a último término todos los intereses del precomún y hasta la fecha de la toma de Zaragoza y Toledo no se operó la gran transformación, un proceso en que la influencia sarracena adquirió importancia decisiva.

Únicamente formaron una excepción Cataluña, y Barcelona sobre todo, donde la cultura social y espiritual llegó a un alto grado de progreso mucho antes que en los demás Estados cristianos de la península, debido a las estrechas relaciones que Cataluña mantenía con el mediodía de Francia, que antes de la cruzada contra los albigenses formaba parte de las regiones intelectual y culturalmente más desarrolladas de Europa.

Los catalanes, además, no se creyeron obligados por la prohibición del papa y mantuvieron activo comercio con los Estados sarracenos del mediodía de la península, lo cual, naturalmente, hubo de dar lugar a un contacto más íntimo con la cultura árabe. Así se explica por cultura más intensa que en los demás Estados cristianos de la península. Esta diferencia que, con los vejámenes del regio despotismo, al arrebatar violentamente a Cataluña sus derechos y libertades, se hizo más sensible en la conciencia de los catalanes, los convirtió en enemigos jurados de Castilla y creó abierta oposición, que aún hoy existe, entre Cataluña y el resto de España.

Mientras el poder real — que después del matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla se intensificó más y más — se vió obligado a respetar los antiguos privilegios de los Municipios y provincias, floreció en las ciudades una exuberante cultura que, transmitida por los árabes a los españoles, llegó sucesivamente a tener existencia propia e independiente. En los comienzos del siglo dieciséis todas las industrias tenían aún pleno auge: los españoles — como dice Fernando Garrido — habían aprendido de los moros

el cardado y tejido de la lana, y los tejidos de León, Segovia, Burgos y Extremadura, eran los mejores del mundo. En las provincias de Córdoba, Murcia, Granada, Sevilla, Toledo y Valencia, florecía como en ninguna otra parte del orbe la industria sedera, dando ocupación y sustento a la mayor parte de sus habitantes. La vida de las ciudades parecía remedar la solícita actividad de las abejas al construir sus panales, y al par de la industria llegaron las artes a un magnífico desarrollo, especialmente la arquitectura. Brillante testimonio de este apogeo son las catedrales de Burgos, León, Toledo y Barcelona.

Naturalmente, con la unión de las dos coronas no se extinguieron las rivalidades entre los diversos Estados, especialmente las que separaban a Castilla de las otras regiones; por lo mismo no pudo el poder público levantar en seguida el brazo en son de amenaza contra los municipios; antes bien, se vió a menudo obligado a someterse a las decisiones de las Cortes, las únicas que podían concederle el dinero que necesitaba para sus empresas.

A pesar de esto, ya el poderoso cardenal Giménez de Cisneros, confesor de la reina Isabel, preparó la campaña contra los privilegios de los municipios. En esa lucha, uno de los más valiosos instrumentos para el triunfo de la realeza absolutista fué la Inquisición, a la que muchos han señalado como creación exclusiva de la Iglesia y su instrumento; sin razón por cierto, puesto que la Inquisición era simplemente un engranaje especial en la maquinaria gubernamental y tenía por objeto robustecer el poderío del absolutismo y favorecer su completo desarrollo.

Como en España los esfuerzos en pro de la implantación del Estado nacional unitario y la unidad de la fe religiosa estaban íntimamente ligados entre sí, colaboraron la Iglesia y la Monarquía; pero no obstante, la Iglesia en mucho mayor escala fué un instrumento en manos del despotismo real, cuyos planes favorecía y con su celo religioso dió aquella nota especial que en ningún otro país presentó el absolutismo. Lo cierto es que la Inquisición, gracias a la realeza española, obtuvo aquel terrible significado que le valió la maldición de las sucesivas generaciones. En su libro sobre la España actual, reproduce Garrido una estadística del abate Montgaillard, según la cual, desde 1481 hasta 1781 fueron quemadas vivas en España 31.920 personas y 16.759 en efigie. El total de las víctimas — cuyos bienes confiscó el Estado asciende a 341.029. Y añade Garrido que esta cifra es muy moderada.

Fernando el Católico ya había intentado limitar por la violencia el antiguo derecho municipal en varias partes del país; pero hubo de proceder aún con gran cautela y paliar, con todo género de pretextos, sus propios y verdaderos designios. Bajo el gobierno de Carlos I (el emperador Carlos V de Alemania) continuó la corona con redoblado empeño sus ensayos en dicho sentido, dando esto ocasión al gran levantamiento de las ciudades castellanas en 1521. Los rebeldes obtuvieron al principio algunos pequeños triunfos, pero el ejército de

los comuneros no tardó en ser derrotado en Villalar, y Juan de Padilla, el principal caudillo del movimiento, fué ejecutado con algunos de sus compañeros de rebelión.

Casi al mismo tiempo fué sofocada, tras sangrientas luchas, la sublevación de las llamadas Germanías, que eran unas hermandades (gremios) de artesanos de la provincia de Valencia. Con estas victorias de la corona se preparó un sangriento fin a los estatutos municipales vigentes desde principios del siglo XI en los Estados cristianos españoles. Después, en tiempo de Felipe II, una vez sofocada en Zaragoza, con sangre de los rebeldes, la sublevación de los aragoneses y decapitado el Justicia Mayor, Lanuza, por orden del despota violador de la Constitución, el absolutismo se afirmó sólidamente, quedando a salvo de cualquier seria conmoción que pudiese producirse en otras partes del país.

De este modo empezó su vida el Estado nacional unitario bajo la dirección de la Monarquía absoluta. España fué la primera gran potencia del mundo, y sus esfuerzos en el terreno del poder político influyeron enormemente en la política de Europa; pero con el triunfo del Estado nacional unitario español y con la brutal supresión de todos los derechos y libertades locales se secaron las fuentes de toda la cultura material y espiritual, cayendo el país en lastimoso estado de barbarie. No lograron salvarle del colapso cultural las inagotables corrientes de oro y de plata que afluían de las jóvenes colonias de América a la metrópoli. Más bien podría decirse que lo aceleraron.

Con la cruel expulsión de los moros y judíos había perdido España sus mejores brazos, tanto para la industria como para la agricultura: la admirable organización de regadíos implantada por los moros decayó miserablemente y las regiones antes fertilísimas se convirtieron en terrenos yermos e incultos. España, que en la primera mitad del siglo XVI exportaba aún cereales a otros países, ya en 1610 se vió obligada a importarlos del extranjero, a pesar de la disminución constante de la población. A raíz de la toma de Granada contaba el país unos doce millones de habitantes, y ya bajo el reinado de Felipe II esta cifra había bajado a unos ocho millones; el censo que se hizo en la segunda mitad del siglo XVI ya no dió más que 6.843.672 habitantes. España, que un principio no sólo proveía a sus colonias de todos sus productos industriales que necesitaban, sino que además mandaba al extranjero importantes par-

tidas de sedas, paños y otras manufacturas, hubo de ver hacia fines del siglo XVII cómo tres cuartas partes de su población vestía telas de importación extranjera. La industria estaba en plena decadencia, y en Castilla y otras regiones, el gobierno había tenido que dar la tierra en arriendo a extranjeros, y lo más lamentable era que los hombres, en virtud de la constante opresión de que eran víctimas, habían perdido el amor al trabajo; así, los que buenamente podían, se hacían frailes o soldados, contribuyendo todo ello a aumentar hasta lo increíble la incultura del espíritu. El trabajo era tenido en tan poca estima que ya en 1781 la Academia de Madrid ofreció un premio a la mejor Memoria en que se demostrase que el trabajo manual útil no rebaja en manera alguna al hombre ni mancilla en nada su honradez.

La miseria había rebajado al orgullo y matado la libertad — dice Garrido —. La superstición atrajo el más terrible de los azotes, haciendo que la mayor parte de las fortunas fuesen a parar a manos muertas. El empeño por crear mayorazgos y ceder sus bienes a la Iglesia, llegó a tal extremo, que a comienzos de la revolución en el siglo XIX, más de tres cuartas partes del suelo español estaba gravado con servidumbre.

Podría alguien objetar que fué precisamente en la época del absolutismo cuando la literatura y la pintura llegaron en España a su apogeo. Sin embargo, no hay que dejarse engañar por las apariencias: lo que entonces crearon las bellas artes fué simplemente cierto sedimento espiritual de una época ya pasada y que no fecundó más que a unos espíritus excepcionales, cuyas creaciones hallaron favor únicamente entre una escasa minoría y no tuvieron eco alguno en el pueblo. Con razón, pues, observa Diercks:

«Si bien es cierto que paralelamente a la decadencia del Estado se produjeron importantes obras en varios sectores de la cultura, y florecieron exuberantemente la poesía y la pintura, ello no puede ser falso espejismo de las verdaderas causas de la decadencia general de España, que ni aun así pudo contenerse. La vitalidad subsistente aún en el pueblo, obró en los únicos terrenos en que podía desarrollarse, dada la opresión del despotismo eclesiástico y civil».

El gran desarrollo de la literatura rusa en la época del zarismo, es un excelente ejemplo que corrobora la exactitud de este punto de vista. Por lo demás, este brillante empuje de la literatura española no fué de larga duración, y su rápida decadencia se hizo después fuertemente sensible.



## EXAMEN



# Compromisos que nos comprometen

«**L** A vida misma es un compromiso». He ahí que vuelven a repetirse, en ediciones nuevas y largos adicionales, corregidos y aumentados, los legendarios sonsonetes para ridiculizar y combatir tesis anárquicas. Lógicamente cábenos, también, el derecho a la réplica correctiva, tan siquiera sea para aclarar ciertas leyendas.

Atribuyendo al anarquismo militante, de antaño y hogaño, el individualismo tan obtuso y porfiado de Stirner, aquel que reza: «Yo solo, únicamente yo», como principio y fin; o el inhibicionismo de Ryner, que culmina en el encierro voluntario en su torre marfileña, so pretexto de su neo-individualismo matizado y temeroso de mezclas o unificaciones ruinosas, se comete un grave error de apreciación.

Con el principio de organización federalista adoptado abiertamente por el anarquismo, y con sus finalidades comunistas o socialistas libertarias específicamente proclamadas, creemos que debería quedar aclarada la leyenda histórica.

Ahora bien, como quiera que el penasco ha sido lanzado con mayores bríos y para alcanzar objetivos más amplios, precisamente para derruir nuestro individualismo consciente y nuestro espíritu de independencia, forzoso nos será una más extensa y convincente defensa.

«La vida misma es un compromiso». ¿Quiere significarse con ello nuestra naturaleza determinada?

Ciertamente, no vamos a negar que ciertos fenómenos naturales implican dependencia del hombre a las cosas que le rodean, ajenas a su poder volitivo y a expensas de su facultad libérrima. Mas gracias a la ciencia del hombre hoy puede evitarse el rayo mortífero, y combatir con éxito la rabia sobrevenida tras el inopinado mordisco del perro. Este espíritu libertario que en su progresión la verdadera ciencia sanciona, no puede

ponerse en duda. Luego, es que hemos perdido la pista.

¿Es frente al hombre, a la sociedad, cuando se revela esta determinada tendencia?

Tampoco lo negaremos. Sabemos que el inexperimentado mozuelo puede ser engañado arteramente, y por ende humillado, por las mañas de un viejo zorro. E inversamente, que el más sabio de los ancianos puede ser vencido y vejado por una legión de corpulentos jovencuelos fanatizados. Pero, pese a ello, ¿puede reprochárse nos nuestras convicciones tendentes a coordinar la destreza y la fuerza, la experiencia y el impulso mediante el pacto entre libres e iguales y con fines determinados? Por ello estamos laborando, y deberá convenirse y convencerse que en este aspecto los anarquistas somos determi-

nantes. Ahora bien, que no se nos pongan dilemas de este calibre: «O ser pastor alguna vez, o rebaño eternamente», que por tales horcas caudinas no pasamos. Preferible es ser la eterna oveja descarriada.

Porque los demás pactos no cuentan. Entre Estados, los pactos que rubrican los diplomáticos, aun aquellos que garantizan la paz, acaban acribillándolos de impactos los castrenses. Y entre gitanos, ¿cuál es el trato que no se sella a navajazos?

No podemos contractar, pues, compromisos con gente de tal jaez. Con diplomáticos de sombrero de copa y frac, corremos el riesgo de ser copados y fracasar, pues que no nos permite nuestra ética usar semejantes artimañas en ellos consubstanciales. Y entre gitanos de zurriaga, bigote y tijera, seguro que saldremos despedlejados, enredados y trasquilados, al no poder hacer uso de las tretas propias de tales cofrades.

Esta clase de compromisos, tratos o pactos, con cláusulas que implican claudicaciones, significan la garantía suprema del tirano. Agarrotado de pies y manos es tanto como dejar a su libre arbitrio nuestro destino libertario.

La vida, que tanto amamos, sólo un compromiso exige del libertario. La de vivirla libre y dignamente. Y esto, aun cuando implique un sacrificio o martirologio diario, o exija una muerte prematura y heroica en defensa de las libertades esenciales.

Y si después de tantos héroes y mártires como el anarquismo tuvo y tiene en sus filas, en pro de su libertad y de la de sus pueblos, se nos viene tildando de inhibicionistas y sectarios, individualistas y escépticos, habrá que cargar a la malevolencia lo que hasta ahora habíamos achacado al olvido e ignorancia.

Desearíamos que este pequeño tratado, sin infulas ni insulas, bastará para ahorrarnos posteriormente ciertos retratos.

## A BUEN ENTENDEDOR...

Por una sustitución de motivo, lo que primeramente se había escogido con cierta repugnancia como medio, puede arraigar en el alma y convertirse, por último, en fin principal. Lo que logró introducirse bajo una forma puramente ideal, puede, gracias a una amargura creciente, terminar en odio ciego y en violenta necesidad de destrucción. El que empieza a buscar medios que luego es preciso «justificar», se aventura en una senda por demás peligrosa. Sirva de testimonio la historia de los golpes de Estado y otros atentados. Aparte la sustitución espontánea de los motivos, existe una refleja; por ejemplo: cuando se «desvía la intención, para tener derecho a ejecutar el acto que plazca.

H. HOFFDING

PLACIDO BRAVO



# El pensamiento vivo de José Prat

(Continuación)

AIRE PURO

«ROLLUND. — Vous! Mille pardons, mademoiselle; mais que voulez-vous faire dans notre société?»

MLLE. LONA. — Lui donner de l'air, monsieur le pasteur».

(Ibsen, «Les soutiens de la Société. Acto I, escena XVII)

El principio de autoridad ofusca la razón hasta el punto de no querer ver que el sufragio y el parlamentarismo son una farsa, lo mismo en Monarquía que en República; que el Estado lo mismo atropella el derecho en monarquía absoluta que en monarquía constitucional, en República unitaria que en República federal; que lo mismo se vuelve absorbente y conquistadora la Rusia absolutista que los Estados Unidos, y que si no fuera por la oposición tenaz de los «sans-culottes» de todos los países, todos los diversos sistemas políticos acabarían en el más desenfadado despotismo, que es lo que duerme y acecha siempre en el fondo, aun de la menor cantidad posible de gobierno...

Conviene decirlo muy alto: es una mentira el derecho y la justicia de que nos blasonamos poseedores; el derecho y la justicia serán siempre barbaries mientras se argumenten con el fusil y con la fuerza material; mentira es esta civilización pintada con sangre, pues no hemos salido aún del estado de barbarie.

En este galimatías internacional y bárbaro todo el mundo pretende que le asiste el derecho, y este derecho es el de reventar al prójimo, por medio de la fuerza brutal.

La fuerza rige los mundos y los organismos... se dice; sea. ¿Pero no hay más fuerza directora que la material? El hombre, ¿ha de ser siempre el salvaje que recurre a los puños y no a la razón?

La España frailuna y ajesuítada, la España torera y tabernaria, la del chafarote y de la porra gubernamental, la marcada con el sello de la idiotéz política, es un país de brutos, revolcándose en su propia sangre.

Donde gobierna el mauser la razón debe quedar forzosamente excluida de las relaciones individuales.

Hay brutos porque la escuela, la sacristía y el cuartel los educa para bestias.

Todas las relaciones sexuales giran alrededor de la propiedad: ¿qué es la «fidelidad» sino la manifestación palpable de que el individuo se cree con derecho a la posesión absoluta y exclusiva del individuo de otro sexo?

¿Qué es la «virginidad» que el hombre exige de su futura consorte, sino la exclusión de todo poseedor que no sea el marido?

«Mía, sólo mía y no de otro», dice el enamorado, celoso de que le arrebaten a la que ya considera como propiedad suya; y si la «mujer-cosa» defrauda este deseo de propietario, ¿qué extraño tiene que éste se sienta robado y la mate?

«Mía eternamente» dicen los imbéciles educados por una Iglesia que soldaba matrimonios cual pudiera ensamblar maderamen para un mueble, sin tener para nada en cuenta la inestabilidad de los sentimientos y la variabilidad de los deseos.

«Mía o de la muerte» responden como un lúgubre eco, los que en su apasionamiento no tienen discernimiento bastante para saber dónde principia y acaba el derecho del macho.

Brutos y más brutos son los que matan a la mujer amada, pero son brutos inconscientes, impulsivos empujados por la brutalidad de teorías y prácticas aceptadas como cosa corriente y corriente.

...Es necesario que el Navío Pirata sea denunciado; que la Gran Mentira sea des-enmascarada; que el Emblema de la Brutalidad, empeñado en vestirse con el ropaje azul del Idealismo y cantar las prosas sinfónicas de la sentimentalidad, sea mostrado en toda su salvaje desnudez de Hecho Proditorio, sin más voz que el grito inarticulado y feroz de la bestia primitiva.

VARGAS VILA («Belona Dea Orbi»)



★  
La misma desigualdad que impera soberana en el seno de la sociedad, reina también en el seno de la familia; el marido goza de «privilegios» que no tiene la mujer.

★  
Sácese el mono que aún llevamos dentro, hártese el bruto de repartir navajazos, que no ha de faltar un farol para colgar a los fabricantes de códigos del exclusivismo y para los sacerdotes de religiones esclavizadoras.

★  
Las sociedades actuales son bárbaras hasta la médula, más bárbaras que aquellas toscas sociedades de los primitivos, en las que la solidaridad estrecha que unía a todos sus miembros nos da la prueba, como hace resaltar G. Tarde, de un altruismo y una sensibilidad que para sí quisiera la mayoría que hoy se apoda civilizada porque va en automóvil y se comunica a enormes distancias sin alambres conductores.

★  
No hace muchas semanas la prensa nos contaba cómo cerca de medio millón de italianos han abandonado el patrio suelo en poco tiempo porque en él faltábales hasta lo más indispensable; pueblos enteros, como aquí el de Boada, han quedado desiertos en Sicilia; la patria **no pudo** arbitrar un menduga para aquellos infelices creadores de riqueza, pero sí **pudo** hallar dinero para costear los grandes e improductivos acorazados que la colocan en el rango de primera potencia.

★  
Esta sociedad de muerte es un hosanna a la explotación y un himno al egoísmo; ni justicia ni sensibilidad: por doquier predominio de la barbarie.

★  
Moralmente la humanidad no ha avanzado gran cosa: el harapo cubre al esclavo contento con pan y toros; el frac al canibal que revuelve su flecha en la herida del enemigo; todos pobres de corazón, pobres de mente, gracias a nuestro modo de convivencia social, que ha atrofiado a los de abajo e hipertrofiado a los de arriba.

★  
El salvaje, cuando tropieza contra una piedra, la muerde furiosamente, creyéndola animada, y la deja luego en el camino; nosotros hacemos peor: tropezamos a cada momento con las obstaculizadoras piedras de la propiedad privada que fabri-

... La acción brutal, el automatismo animal, espantan las naturalezas delicadas, y las arrojan en el aislamiento, en la zona de la intelectualidad meditativa que permite mejor, con el crecimiento austero y consciente de la personalidad, la libre expansión del subconsciente, de ese algo sagrado que sube del instinto profundo hacia la luz inmensa.

VARGAS VILA («Lirio blanco»)

ca pobres y egoistas, de la religión que nos venda los ojos y nos enseña a resignarnos, del Estado que por toda protección nos amordaza y encarcela... y aun hay quien las adora.

★  
Bestias que no sabemos ser hombres, nos envanecemos con un progreso material que no ha beneficiado por igual a todo el mundo y nos ha dejado moralmente peor que al hombre fraterno e igualitario de las primitivas épocas...

★  
El medio, realmente, influye grandemente para formar al hombre: a los veintidós años, Napoleón discurría como un anarquista; emperador, fué un bandido de coronas y un asolador de pueblos.

★  
¿Queréis que el animal llamado hombre deje de ser feroz, pertenezca a la clase que fuere? Cambiad el medio social, civilizad este medio; borrad esta ferocidad suprimiendo las instituciones sociales que la engendran; cambiad el modo de ser de la convivencia social; pero, civilizad este medio de verdad, no con simulacros de justicia y de derecho que se estrellan ante este principio de la competencia en que descansa toda esta vida social nuestra; atacad el problema en sus raíces.

★  
La sociedad actual es una inmensa guarida de lobos; lobos que comen y lobos que no comen. Los «burros malvados» no saben lo que es sentir hambre, y ni siquiera se dan cuenta de que otros pudieran sentirla.

★  
No lloréis como chiquillos y aprended a vivir como hombres.

Siempre en los grandes momentos de trastorno mundial, ha habido hombres que se han entregado al pesimismo más extremo, creyendo llegado el fin del mundo... y el mundo ha continuado marchando.

★  
No hay lucha sin ideal y sin ideal la vida no es vida.

Es querer empeñarse en negar los indiscutibles factores inteligencia y voluntad, pretender que el hombre no puede llegar a crear otros medios de convivencia social en que la autoridad, la coacción material y la explotación económica del hombre por el hombre queden anulados del todo.

★  
Si la democracia ha reducido la autoridad del autócrata a su mínima expresión, ¿por qué el hombre no ha de poder suprimir la autoridad de la democracia, afirmando la anarquía?

★  
Los doministas han convertido en campo de matanza una tierra que se podía haber utilizado para sede de la igualdad y de la fraternidad.

★  
La anarquía vendrá, porque está en la naturaleza de las cosas que así sea, y porque nuestra tenacidad es inagotable y profunda nuestra convicción de que, como dijo el republicano escritor italiano Juan Bovio: «anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia».

Selección de V. MUÑOZ

# LOS FRANCESES Y EL EXILIO

# EL CUADRILÁTERO

BURDEOS - MARSELLA - CERBERA - HENDAYA

**H**E aquí el volumen más denso de exilados españoles en Francia. Tolosa viene a ser, de cara al Pirineo, el núcleo, con el territorio de su departamento, que tiene más españoles desde 1939 dentro del cuadrilátero señalado.

Se puede andar desde Tolosa al Mediterráneo y a Burdeos por tierra trabajada a base de mano de obra española. Y no sólo tierra. Hay explotaciones forestales en el cuadrilátero marcado donde todo es español, excepto los pinos. Y conocemos bravos obreros españoles del modoico que han modernizado y refinado los procedimientos. Por ejemplo: en Castelnaudary.

En pueblos crecidos como Lézignan, entre Narbona y Carcasona, si queréis comprar una lechuga o un cesto de cebollas, habéis de ir a parar a hortelanos levantinos. Por aquella región vinatera, si llegáis de vacaciones a descansar y no vais a vendimiar, os echarán de casa. La fiebre de la vendimia es más alta que otra cualquiera. Lo domina todo. Es una fiebre implacable, fundamentalmente española. Y no sólo para la vendimia, sino para todo lo que se relaciona con la viña: injerto, poda, destilería, acopio de sarmientos, bodega recogida de la uva que queda después de pasar la hueste de vendimiadores, selección de racimos para secar de manera que se evapore el agua y adquiera mayor grado el mosto.

En Montpellier y Sète, por las vertientes de Frontignan, por los viñedos girondinos, en Beziery y sus tierras, brazos de España acumulan millones de litros de vino. En Pezenas he visto labrar hace cinco años con caballo grande, como elefante, a Amador Franco. Cruzando desde Burdeos a Bram, Raúl Carballeira nos llevaba y traía con diligente prisa, en contraste con sus pausas orales, papeles de resistencia. Pepín nos daba una buena conferencia en un pueblo bloqueado por viñedos y pequeños rectángulos de huerta improvisada, donde el agua es casi un milagro.

En las Landas, la madera es un motivo de actividad española, incluso en fabricar ataúdes. Serrerías, talleres de mobiliario, minas y bosques, vías y fundiciones, transporte, todo tiene, como los talleres, un sino español.

En un café del Midi había cierta orquesta de circunstancias. A veces dejaba oír un pasodoble gitano o un swing-calé. El público francés pedía «La paloma». Luego tocaban «Mi jaca». Hasta el camarero trepidaba. Y, sin embargo, era francés. Por tal le tenía. Y francés era, en efecto. Pero le pregunté después de tomar café por su madre y me contestó que era andaluza, añadiendo con salero:

—De Córdoba na meno...

Otro café del Midi estaba a las horas de asueto lleno de españoles que gritaban siempre y manoteaban como

tienen por costumbre. La clientela francesa se retraía. Sus plácidas partidas de naipes quedaban interrumpidas por el griterío ibérico... Hasta que el patrón del café puso este letrero en el establecimiento: «On parle français».

En Montauban, se puede cruzar el Tarn desde la estación y llegar a la altura del puente del Consol oyendo sólo castellano y catalán. Frente al Teatro Municipal, las tertulias de españoles sólo dejan de discutir a ciertas horas porque hay que trabajar. En Burdeos, los españoles que transitan por Victor Hugo son tan abundantes que a ratos parece que se está en la Rambla barcelonesa. El bulevard tolosano perpendicular a Jean Jaurès se diría que es la Ronda de Barcelona, hacia el lugar que ocupaba el desaparecido Teatro Olimpia. Perpiñán es una Barcelona chica.

Los pueblos del Ariège están más que llenos de españoles. En medio de aquellos paisajes maravillosos, el mano agricultor es tonelero o carbonero, la mujer de fábrica, pantalonera. En las colas de venta de pescado, las españolas hablan a gritos. Los arrancapinos ya no pasan apuros para entenderse con la «epicière». El cine y la danza, las merendolas fraternales y las excursiones tienen mucha boga entre los jóvenes, que llegan de una «ferme» en bicicleta a casa de un español y nos hablan incansablemente, como los viejos, del pueblo de origen. Tarbes, Pau y Bayona tienen prestancia vasca.

En los trenes del Midi, los españoles hablan sin parar. Cambian direcciones y algún trago, cigarros, ilusiones. ¡Bah! Las ilusiones duran lo que los cigarros. Pero no tarda en circular otro cigarro y otra ilusión. Las mentes doloridas por una decepción no pueden seguir el zigzag de ilusiones y bromas. Parecen seguir su agonía serena sin remordimiento.

Cuando dos españoles que no se conocen se encuentran en el tren se convierten automáticamente en una especie de espías. ¿De qué partido será éste? La región se descubre al minuto. El partido, no. Y hay que descubrirlo: Si la prensa que se lleva entre manos no lo descubre, hay en el diálogo cierto recelo y ocurre entonces con frecuencia que los interlocutores quedan decepcionados. Ahora, más que decepcionados quedarían si descubrieran que son enemigos. La despedida queda congelada por terribles secretos.

Esta muchedumbre española que llena el Midi, que en Marsella compite con los italianos, en las minas con los polacos y en algún «chantier» con los árabes, no vive más que de su trabajo. Cuando vuelva a España será y estará... por muchos años. Pero aquí también se puede ser dejando de estar.

FELIPE ALAIZ

des tienen hoy el prestigio que era antes de los letrados y los Mandarines, y se sienten envueltos en el respeto silencioso que les correspondía. La existencia de esta nueva élite, el valor que se le reconoce, testimonian un cambio de la cultura china que prepara una transformación total. La China comienza a considerar el valor de la juventud, o más exactamente, su poderío».

La década que se abre el 19, aproximadamente hasta el 27 se desarrolla bajo diversos signos: la de una radicalización cada vez más honda de las masas y de los dirigentes, una decadencia de la religiosidad, y la búsqueda — un poco a ciegas — de una estabilidad interior.

Empezando por esto último, digamos que la caída del Imperio manchú había dado lugar a un personaje muy típico que llega hasta nuestros días: «el señor de la guerra». Es un señor local, jefe de un pequeño ejército, un poco bandido, un poco feudal; expoliador de sus campesinos, títere de los gobiernos extranjeros. Con su pequeño ejército lucha en los veranos y primaveras contra sus rivales vecinos, y saquea a las ciudades cercanas sin llegar nunca a tener una estabilidad definitiva. La mayor parte de China estaba en manos de esos señores de la guerra, subvencionados por gobiernos extranjeros, y muy especialmente por el Japón.

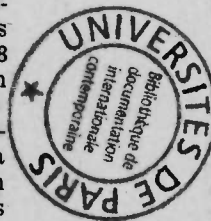
El segundo fenómeno de esta época es la decadencia de la religiosidad. En primer lugar, de la vieja religión de Confucio, la religión china por excelencia, que era la religión de los Mandarines. Tal vez, con cierta injusticia para Confucio, los revolucionarios, las gentes sin ideas nuevas, acusaron a Confucio y a su doctrina de ser culpable del atraso que registraba China (4).

También decaen las religiones extranjeras, y la más notable de estas decadencias es tal vez la del catolicismo. Los chinos católicos eran sesenta mil en el año 1923, en 1928 son solamente 12 mil quinientos cuarenta, es decir, se han reducido a menos de la cuarta parte (5).

Finalmente tenemos el ascenso del radicalismo. Las gentes cada vez se hacen más radicales. Sun-Yat-Sen, que era un extremista en la década anterior, en ésta pasa a estar en el centro, y su centro, y su lugar a la extrema izquierda es ocupado con nuevas fuerzas, gentes nuevas surgidas especialmente en el ambiente de los estudiantes que habían vivido en el Occidente.

En 1919, Chen-Tu-Siu funda en Pekín un círculo de estudios marxistas, que sin ser un grupo político que responda al comunismo, es sí un índice muy interesante de la resonancia de la Revolución rusa dentro de China.

La Revolución rusa, que tantos efectos tuvo en el Occidente los tuvo tal vez más grandes y significativos en Asia.



judío, el Bund, que ha escrito un interesante libro «Yo fui Comisario del Pueblo», a propósito de su experiencia.

El gobierno soviético se aboca de 1917 a 1921, a una lucha tremenda, de verdadera prueba. Ha de luchar simultáneamente en tres frentes. Contra el enemigo exterior, porque a pesar que se propuso la paz sin anexiones ni indemnizaciones, la guerra continuó todavía durante un tiempo. Segundo, contra la contrarrevolución interior, tal vez, el capítulo más difícil con que tuvo que luchar el gobierno, porque en ella intervinieron los recursos y ejércitos aliados. Tercero, contra parte de la misma extrema izquierda, pues este gobierno fundado originariamente por la alianza de todos sus elementos fué evolucionando hasta ser el dominio exclusivo del partido bolchevique.

En el exterior, los alemanes especulando con la debilidad de Rusia no aceptaron las sugerencias presentadas por el gobierno revolucionario y se firmó finalmente la paz de Brest Litovf, paz humillante para Rusia que le quitó Polonia, los países Bálticos, Finlandia que se declaró independiente y toda Ucrania. En total, más de la mitad de la Rusia europea. Lenin fué partidario de aceptar esas condiciones, y mostró una de las características más curiosas de su personalidad, la de quedarse sólo, incluso contra su partido. Esta entrega de la mitad del país a los alemanes era muy impopular. Lenin siempre contestó con el mismo argumento: «Si vosotros me dais mil batallones disciplinados y dispuestos a ir a la guerra, yo no firmo la paz. Como no los tenemos firmemos la paz». El argumento era en el fondo incontrovertible, y los hechos le dieron la razón. Más adelante, cuando Alemania fué derrotada hizo con Rusia un nuevo Tratado en Rapallo por el cual le fué devuelta Ucrania, pero Polonia se independizó con fronteras trazadas con intervención de la diplomacia aliada, y surgen los Países Bálticos y Lituania igualmente independientes.

Estos hechos arruinaron todavía más la economía del país, y aumentando el desastre ayudaron eficazmente a la contrarrevolución de la derecha. Los generales del antiguo ejército zarista con el apoyo de los países aliados, especialmente de Inglaterra orientada por Winston Churchill; de los franceses que veían peligrar sus inversiones colosales; de los polacos que deseaban para su recuperación patria un territorio lo más grande posible; de los checos prisioneros en las llamadas «legiones checas» del centro de Asia que quisieron atravesar por la fuerza toda Rusia para volver a su país; de los turcos que veían la oportunidad de apoderarse de Armenia; de los persas que querían apoderarse de los territorios del Caspio, de los japoneses que se apoderaron durante cierto tiempo de Vladivostov y del Este Siberiano y de los

norteamericanos que enviaron una fuerza expedicionaria que desembarcó en Arcangel para colaborar con los enemigos de la revolución. La contrarrevolución apoyada por las Potencias va a ser la amenaza más grande que tiene el nuevo poder revolucionario.

De esos intentos los más famosos serán los realizados por los ejércitos de Denikin y Wrangel, cuya base de operaciones está en esa Ucrania alemana durante una época, o en los cosacos del Don y del Kuban. Estas tropas van a amenazar incluso repetidas veces a Moscú y Petrogrado.

Una intenciona diferente, la del Almirante Koltchav, que reuniendo fuerzas contrarrevolucionarias en Siberia, y apoyado por las legiones checas, ataca las ciudadés de los Urales y entre otras la famosa Tsaratsin, ciudad estratégica que se encuentra en el lugar que más se acerca el Volga al Don, en cuya defensa interviene Stalin, por lo que será llamada más tarde Stalingrado.

Aparte de estos generales hay otras intenciones menores. En los mapas que muestran estos años del 17 al 21 se ve que el territorio que dominan netamente las fuerzas soviéticas es pequenísimo, en relación al total del antiguo país zarista.

Pero en estos años se produce una evolución en el carácter del equipo que había realizado la revolución de Octubre, que convierte la dictadura del proletariado en una dictadura de partido.

Los socialistas revolucionarios de izquierda, que habían sido los aliados más firmes del partido bolchevique son desplazados, se les quita su prensa, pierden importancia, y finalmente son dominados por la fuerza, incluso utilizando la artillería, especialmente en Moscú, muriendo conocidos líderes.

Los anarquistas, que sin tener la importancia numérica de los demás partidos, a pesar del hecho curioso que sus fundadores Bakunin y Kropotkin son rusos, también son liquidados como fuerza activa. Dos episodios que muestran este proceso son los de Kronsdtant y Ucrania. La Comuna o Soviet de Kronsdtant dominado por los anarquistas pretendió actuar con cierta autonomía, y no seguir los mandatos y opiniones del Soviet de los Comisarios del Pueblo. Era la base naval más cercana a Petrogrado, donde salieron la mayor parte de los marineros revolucionarios, importante sostén de la revolución de Octubre. Sin embargo se realizó una verdadera expedición punitiva que por la fuerza, impuso su anexión al aparato político del resto del país.

El caso de Ucrania es más complejo, pues los campesinos ucranianos siempre se consideraron diferentes de los rusos, judíos y polacos que habitan las ciudades. En el campesi-

moderadas, muy a menudo individuos que habían actuado en la administración imperial.

Tal vez lo más interesante de toda esta época es lo que llaman los chinos «la gran Reforma literaria del Renacimiento».

La escritura china representa las dificultades más grandes que existen en el mundo actual en materia de escritura, pues es silábica, cada uno de los signos o caracteres (que se calculan en 44.500) representan una sílaba y se calcula que se necesitan treinta años para poder saberla escribir correctamente. Además esa lengua escrita es una especie de lengua muerta, artificial, que sólo hablan los mandarines, los letrados, y no tiene nada que ver con lo que habla la gente del pueblo. Para éste no hay ninguna posibilidad de llegar — no digamos a la cultura — sino a lo más elemental, saber leer y escribir y hacer las operaciones elementales de la aritmética. China ha llegado a nuestros días con un 40 por 100 de analfabetos. Demás está decir que esta situación artificial ha sido mantenida por los mandarines en su beneficio, y explica que el pueblo sea analfabeto, y que aparte de las tradiciones orales y el folklore, no existe nada parecido a una cultura de masas, tal como se conoce en Occidente.

Los progresistas chinos han tenido una preocupación obsesiva por este asunto, que se inicia con la reforma literaria del llamado Renacimiento chino, de 1911 a 1919. La reforma consiste fundamentalmente en una especie de simplificación de la escritura tendente a hacerla más accesible al pueblo. Esta reforma ha continuado cumpliéndose hasta nuestros días, y la última modificación que ha sufrido hace un año consiste en la adopción de un alfabeto al estilo occidental, el cirílico, es decir, el mismo de los rusos. Sea el alfabeto cirílico, o el latino, de cualquier forma, es una revolución tan grande, como la más grande de las revoluciones sociales porque va a permitir, con un trabajo de pocos meses que la gente pueda leer y escribir.

En estos años que van de 1918 a 1955 ha habido transformaciones tendientes a democratizar la lengua, fijar la pronunciación en todo el país del mismo modo. Estas medidas no solamente van a tener el efecto de elevar el nivel de las masas y permitirles acceder a la alta cultura, sino además, de favorecer el nacionalismo dando mayor cohesión al mundo chino.

No es extraño que las gentes más prestigiosas de estos años sean los estudiantes. Andrés Malraux, que ha escrito dos magnificas novelas a propósito de la China revolucionaria de la década del veinte, «Los Conquistadores» y «La condición humana», decía que «Los estudiantes de las faculta-

mente, en las islas de Malasia, Indonesia, Indochina, Filipinas Hawaii, surgieron colonias de emigrantes chinos que, desempeñando los oficios más humildes y trabajando como coolies, fueron arraigando y creando una especie de «nueva China» exterior, que, naturalmente, no podía ajustarse, por razones muy obvias a las tradiciones de la China mandarinesca, y que estaba dispuesta a recibir todas las influencias exteriores.

El doctor Sun-Yat-Sen era médico en las universidades americanas, había vivido largo tiempo en las islas Hawai, y contaba con la ayuda de la emigración.

Las ideas de Sun-Yat-Sen son socialistas moderadas, fué amigo de Vanderbelde, el famoso socialista belga, había residido muchos años en Europa, hizo sus estudios en relación con el ambiente americano, él mismo profesa la religión protestante cristiana, y estaba influido en el ambiente progresista de ciertos sectores de lengua inglesa. Había nacido en la ciudad de Cantón en el año 1866, que va a ser su gran centro, donde se extiende su influencia sobre China. La idea del doctor Sun-Yat-Sen era actuar por etapas, ir imponiendo la democracia, el nacionalismo y el socialismo por etapas.

El tomó como simbolo de toda su ideología esta triple divisa: «Nacionalismo-Democracia-Socialismo», que es también el título de un libro suyo publicado en 1902.

La revolución estalló exactamente en lo que los chinos llaman el doble diez, es decir, el 10 de octubre de 1911. Por un problema de relativa monta, a propósito de la concesión de un ferrocarril a un consorcio extranjero hay una rebelión en el pueblo de Hu-Tang, y eso promueve motines en los puertos de Cantón y de Sanghai. El doctor Sun-Yat-Sen, desde 1895 hasta 1912, para sublevar a China había realizado diez fracasadas expediciones que se parecen mucho a aquéllas del Partido Liberal Mexicano. Son grupos de fanáticos que entran a un pueblo, capturan la comisaría y el cuartel, reparten las armas, lanzan una proclama e invitan a la revuelta, casi nunca la población los acompaña y termina por expulsarlos. Pero esa especie de inspiración quijotesca, mantenía abierta y levantada la esperanza en una rebelión nacional.

Finalmente, el 1 de enero de 1912, ante el derrumbe de la monarquía manchú es proclamado presidente en Cantón, pero dura solamente un año, pues en 1913, un rival más moderado, Hoan-Che-Kai, lo sustituye como presidente y actúa hasta 1916.

Esta época de China, como casi todo el siglo XX, es muy confusa. Mientras que en Cantón predominan los partidarios de Sun-Yat-Sen, en el resto del territorio actúan gentes



que se había propagado el anarquismo que encontró un líder militar de capacidad en Néstor Makno. El movimiento que él comanda que se llama la «maknovitchina» fué una de las piezas importantes de la derrota de los ejércitos de Oenikin y Wrangel, y más tarde de gobiernos «titeres» de tipo germanófilo que se instalaron en Ucrania como el de Petlura.

Makno tuvo un ejército importante, especialmente de caballería, y dominó un territorio vastísimo donde una prensa organizada difundía sus ideas y los campesinos se organizaban en Comunas, con propiedad común de la tierra, etc. Liquidadas las fuerzas contrarrevolucionarias de derecha las tropas del Ejército Rojo al mando de León Trotsky libraron batallas campales contra este grupo, y finalmente Makno y su «estado mayor», en el que se contaba Volin, hubieron de expatriarse.

Inicialmente el Soviet de los Comisarios del Pueblo había asegurado su respeto por las autonomías regionales y con esa garantía durante algún tiempo Georgia se administró como un gobierno socialista moderado, donde predominaban conocidos mencheviques. Pero so pretexto de que constituía «la Gironda de la revolución proletaria» este país fué ocupado militarmente y perdió su autonomía.

Se ha dicho con bastante razón de que el partido bolchevique en este periodo del 17 al 21 hace el papel de los jacobinos en la Revolución Francesa. Como Robespierre liquida a la derecha Dantoniana y a la izquierda de los rabiosos tratando de seguir una línea de continuidad, evitando tanto la desviación derechista que representaban —en este caso— los socialistas moderados como la izquierdista, los social-revolucionarios de izquierda y anarquistas.

Durante estos años, el partido bolchevique consigue estructurar un movimiento internacional fiel a sus ideas, la llamada Tercera Internacional. El 2 de marzo de 1919 se reúne en Moscú una asamblea de delegados de los partidos de todo el mundo creados al ejemplo del partido comunista ruso. Allí se fijan 21 puntos o condiciones aceptadas por los partidos fundadores, de los cuales los más importantes son el Spartaquista alemán, y el Comunista francés formado con la mayoría del partido socialista francés, que en su congreso había aceptado por mayoría los 21 puntos.

En la lucha por determinar claramente la línea comunista Lenin escribe algunas de sus obras más conocidas, «La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky», contra el Socialismo moderado. Coincidiendo después con el Segundo Congreso de la Internacional Comunista publica otra obra que ataca la izquierda, que se titula, «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo». Siempre manteniendo esa

línea jacobina que es una especie de compromiso entre las actitudes extremas del campo socialista.

En el año 21 la Revolución ha triunfado, el país se ha pacificado, se ha hecho la paz en todo el mundo, se ha terminado la intervención extranjera, no hay más fuerzas contrarrevolucionarias, los japoneses son los últimos en evacuar Vladivostov, han sido liquidados los grupos izquierdistas que podían crear inconvenientes y el gobierno es fuerte y poderoso. Entonces se abre lo que siguiendo la Revolución Francesa, autores incluso de origen bolchevique como el propio Trotsky, han llamado la época «termidoriana». Es decir, la época de la liquidación del jacobinismo anterior.

Las causas que explican esta regresión de la Revolución, esta pérdida del ritmo revolucionario, esta involución en el proceso revolucionario, como siempre sucede son complejas. En primer lugar, Rusia no pudo escapar al proceso general de la reacción europea. La década del año 20 es la del establecimiento de las dictaduras de Mussolini, Primo de Rivera y Pilsusky, de las crisis alemana y francesa. Especialmente fracasó la gran esperanza de Rusia que era la Revolución Mundial. Cuando estructuraron la Tercera Internacional se pensaba que éste era el momento de la Revolución mundial, y que lo de Rusia era solamente el chispazo que iniciaría el incendio general que terminaría con el mundo capitalista. Efectivamente hubo revoluciones importantes en Alemania y en Hungría que trataron —a su manera— de hacer lo mismo que en Rusia la Revolución de octubre: terminar con la propiedad privada, controlar la producción por los obreros y declarar la paz internacional. Rusia privada del aporte que debiera darle la propagación de la Revolución, comenzó a encerrarse en sí misma, y vivir la preocupación, y hasta la fobia, de lo que será llamado por sus autores «el cerco capitalista».

Estas revoluciones fueron terriblemente sofocadas. En Italia un conato de revolución social trajo como reacción el fascismo. En España y Polonia hubo situaciones parecidas.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta la dinámica de las revoluciones que suponen un momento de ascenso, otro de apogeo, y después un tercero de decadencia.

Decadencia que está unida a la misma sangría de los que intervienen en la Revolución, pues la guerra civil fue terrible, no solamente sangrienta por las batallas, sino por el hambre y las epidemias. Solamente de tuberculosis y gripe murieron poblaciones superiores a siete u ocho millones de habitantes.

El país entero, entonces, se desangró, se debilitó, perdió energías. Del conjunto de las gentes aquéllas, jóvenes que en el año 17 habían realizado las Revoluciones de marzo y

habían caído bajo el protectorado inglés, y hasta hace poco estas regiones no dependían más que nominalmente del gobierno federal chino. En los puertos, desde la época de la guerra del ópio, y más tarde, de la guerra de los boxers, existían concesiones internacionales en que no regían las leyes chinas y en las que se aplicaban las de los países concesionarios. Por otra parte, estos países, desde el tratado de 1842 en Inglaterra, habían obtenido ciertos puertos de carácter estratégico de donde podían intervenir en los asuntos chinos, y realizar su comercio. Los más antiguos de todos éstos eran Macao y Hong-Kong, pero detrás de éstos siguieron otros para los pueblos europeos imperialistas.

Las reformas fueron promovidas — y esto es muy interesante — en muy buena parte por los estudiantes chinos. La indemnización que va a pagar China por la guerra de los boxers, Estados Unidos permitió, por 1907, que se gastara en un crédito para que estudiantes chinos fueran a estudiar a este país. Cientos de estudiantes empezaron a frecuentar las universidades de Estados Unidos, y más tarde los demás países europeos hicieron lo mismo. Estos estudiantes, con ese espíritu de contracción al trabajo y de capacidad para el estudio tradicional de los chinos, realizaron estudios muy completos, pero ante todo quedaron impresionados por el contraste entre su país y los extranjeros, y se convirtieron en revolucionarios.

China comienza a realizar una serie de reformas en las costumbres, algunas parecidas a aquéllas que en el siglo XVIII hizo Pedro el Grande para Rusia; así termina la obligación para las mujeres de reducir los pies, se cortan la coleta, los estudiantes utilizan la ropa occidental, se permite el matrimonio elegido por los novios y se toman medidas para abolir el uso inmoderado del alcohol.

Finalmente, entre 1911 y 1919 se produce lo que se ha dado en llamar la «Primera Revolución China». Como sucede siempre en las primeras revoluciones es un movimiento que, visto en sí mismo es insignificante, pero su importancia es iniciar la transformación dinámica en la cual todavía China está embarcada.

Quien la orientó en esta primera etapa es el doctor Sun-Yat-Sen. Se había formado — y contó su mayor apoyo — en las colonias chinas de la emigración proletaria china que se había realizado al margen de esta China histórica que nosotros hemos mencionado. Los chinos, con ese gran poder expansivo, propio de un pueblo agricultor, habían empezado, muy especialmente los habitantes de los puertos como los cantoneses, a emigrar. Singapur, Honolulu, San Francisco, se convirtieron en grandes ciudades chinas, y a lo largo de toda la costa del Pacífico, pero muy especial-

Finalmente, por el Tratado de Nanking del 29 de agosto de 1842 se dió a los británicos puertos y territorios, pero **tam-** poco se legalizó el tráfico del opio. Recién en 1858, el gobierno chino, derrotado por segunda vez, permitió ahora sí la importación del opio. Tal vez acá esté otra de las raíces que explican el anquilosamiento, la solidificación, y el abatimiento en que cayó China en el siglo XIX, que la hizo pasar de ser un país próspero y adelantado, a uno de los más atrasados y coloniales en el mundo.

Recién entre 1907 y 1919 se redujo el uso del opio en la China y su importación desde la India. En el año 1926 fue prohibida totalmente la exportación del opio desde la India. Pero a los chinos les duró poco esa liberación, pues en 1931 los japoneses invadieron Manchuria y comenzaron «la expedición contra China», que va a durar hasta 1945, y entonces hicieron sistemáticamente lo que habían hecho los ingleses en el siglo pasado. Permitieron e incrementaron la plantación de la adormidera en los territorios que controlaban, y la exportaron por las buenas o la fuerza a China, como una manera de quebrar al coloso chino.

¿Cómo China salió de esta postración, de este anquilosamiento y llegó a una situación como la que registra en el siglo XX? En el siglo XX la historia, se podría definir, como la historia de la recuperación china. Un profesor de Oxford decía que «el desenvolvimiento de China, su modernización, convirtiéndose en un estado colectivo, impregnando su sentido nacional, modificando su civilización, a fin de adaptarse a las condiciones difíciles del mundo contemporáneo, será uno de los rasgos más salientes y significativos de la historia del siglo XX». Si esto lo decía en el año 1942, todo hace pensar hoy que no ha estado equivocado.

La historia de esta recuperación de China ha sido iniciada por sus mismos desastres. A finales del siglo XIX se produce la guerra chino-japonesa, en que China pierde la provincia de Corea, Formosa y las Islas Pescadores. Esta derrota frente a un país menor, que ellos habían civilizado, fué un rudísimo golpe para los chinos y significó un llamado a las gentes que formaban las clases superiores.

Desde 1901 a 1910 en China se va a intentar el «despotismo ilustrado», hacer la reforma desde arriba, un poco como en el siglo XVIII europeo. Los consejeros de los emperadores manchúes promueven especialmente reformas de carácter militar y económico que convierten a China, de un enorme coloso inerme, en un país que tenga posibilidad de defender la integridad de su territorio, impidiendo que la codicia de los europeos o asiáticos hiciera de China un reparto colonial como en Africa. En la práctica algo de eso se había ido haciendo; por ejemplo, todo Tibet y Sin-Kiang



de octubre, que habían hecho el sacrificio de su personalidad, tiempo y energía, muchísimos quedaron en el camino, muertos en los combates, liquidados en las luchas políticas, agotados por las privaciones y los problemas. Se redujo incluso la cantidad de los antiguos y probados revolucionarios.

Además, se produce también un proceso muy típico de todas las revoluciones, y es que llegado el momento que se agotan las fuerzas o energías, es necesario una pausa, ya definitiva, ya provisoria, para preparar un nuevo avance.

Al lograrse muchos de los objetivos sociales para mucha gente dejó de tener sentido la Revolución. Los campesinos, por ejemplo, que nunca habían tenido tierras y ahora las tenían y vivían mejor, no tenían interés en seguir ninguna Revolución, ni hacer sacrificios. Los obreros que controlaban la producción de una fábrica, no soportaban a los cosacos, al zar, ni a la nobleza; pensaban que ya habían conseguido lo que querían.

Hay otras causas típicas de Rusia, que explican esta época «termidoriana». Por ejemplo, la idea de centralismo que está unida a la misma ideología marxista-leninista. Inicialmente, era una de las palancas del éxito fulminante que un pequeño grupo podía tener frente a sus enemigos, pero a fuerza de centralizar se cayó en la burocratización. En una provincia nadie se animaba a tomar soluciones sin consultar al centro, sin llevar el asunto a las altas esferas. El centralismo impidió la iniciativa individual, y creó en favor del centro, un poder inmenso, como nunca se había visto.

La idea, en segundo lugar, de dictadura del proletariado — que había expuesto magistralmente Lenin — termina por convertirse en una dictadura de partido, pues los demás partidos, los socialistas moderados, los liberales, los social-revolucionarios, los anarquistas, sindicalistas, etc., desaparecen, o se incorporan por fuerza al partido bolchevique. Ahora, hay comisarios, y dirigentes de un solo partido, el bolchevique.

Todos los que no están de acuerdo con esta ideología, aunque apoyen la Revolución ya no tienen lugar en ella.

La última obra de Lenin, que se titula «Cinco años han pasado de la Revolución», escrita en 1922, se plantea, de una manera que le parece a él lógica, pero que si se reflexiona es una especie de contradicción con las primeras etapas del pensamiento leninista, «de que deben confundirse el uso del aparato, las actividades y los organismos de partido con las actividades y los organismos de carácter político». Lenin agrega que es absurdo que «tengamos un comisario de partido para la agricultura, y al mismo tiempo, tengamos comi-

tes, de los no menos codiciosos representantes diplomáticos, y de los sacerdotes que no siempre buscaban el beneficio de sus ocasionales catecúmenos.

El episodio más extraordinario y notable de esta relación de China con el exterior es el asunto del opio, que ha sido bien estudiado justamente por Toynbee (2a). Hay un detalle curioso y es que, siendo pequeño le preguntó a su madre — que se interesaba por la Historia — por qué había una guerra con China, y por qué los chinos no se llevaban a bien con los europeos. La madre le explicó que la culpa la tenían los europeos, y nosotros los ingleses. A Toynbee le quedó eso, y entonces, cuando escribía su obra le dedica un larguísimo capítulo al estudio de las relaciones de China y del Occidente a través del opio.

El opio, que constituye uno de los vicios más espantosos que pueda adquirir un sujeto, pues significa su aniquilación física y su degradación, no es un vicio autóctono de China, y fue introducido por los holandeses, que lo llevaron de Java. El gobierno chino declaró delito el fumar opio, y prohibió, naturalmente, el cultivo de la adormidera, la amapola de que se extrae el opio, el tráfico de este estupefaciente. Pero éste era un negocio tabuloso, que compensaba cualquier clase de sacrificios y riesgos. Por su parte, el gobierno inglés, cuando descubrió que la adormidera se daba en la India en muy buenas condiciones, declaró este artículo monopolio del gobierno, y se dedicó a venderlo a China, y como los chinos no lo querían comprar oficialmente, a venderlo de contrabando. Así que el gobierno inglés organizó el contrabando sobre un país más débil y extranjero, de una población.

En 1773 asume el gobierno inglés el monopolio de la venta del opio en su territorio, y desde 1797 su propia manufactura. De la importancia de este tráfico, da una idea que desde 1800 en adelante será monopolio de los barcos ingleses. Seguramente, en la historia de Inglaterra este triste capítulo sólo puede compararse con el monopolio de esclavos en América.

En 1836 el valor del opio clandestino introducido en China fue equivalente al del té y la seda exportada legalmente, que eran los dos artículos chinos más importantes. Algo así como si mañana nos vendieran un producto peligroso como mariposana por ejemplo, y que eso fuese igual en su valor a la lana y a la carne que vende el Uruguay. Los chinos tomaron medidas administrativas para impedir eso, pero el tráfico se mantuvo gracias al soborno de los funcionarios, la presión de los barcos de guerra ingleses, y la intervención compulsiva de los comerciantes.

saría nacional para la agricultura», con tener el del partido es suficiente, etc. La organización del partido y la nacional tienden a confundirse en una sola.

Las consecuencias son que crece desmedidamente la burocracia con todos sus males.

En segundo lugar, se prepara la dominación personal. Este centralismo tiene que centrarse en una mano y una cabeza. Durante mucho tiempo fueron las de Lenin, pero éste fue alcanzado por un atentado; su salud, además, se había visto resentida, y muere en el año 24. Entonces la mano y la cabeza serán las del secretario general del partido comunista, José Stalin, personaje oscuro, de menos significación — por oposición a Lenin — que centraliza en su persona todos aquellos instrumentos e hijos en que culminaba este proceso que vamos señalando.

Hay otros elementos, ya no tanto de la ideología sino de la sociología de la nueva Rusia, como es, por ejemplo, la nueva estructuración social.

Cuando en la actualidad, como ha sucedido en el vigésimo Congreso celebrado en 1955, el actual secretario general del partido comunista ruso, señor Kruschev, quiere explicar todo lo que pasó desde el año 1924 hasta el año 1953 por la actitud personal del señor Stalin, realmente simplifica los hechos, por qué este asunto es más profundo y tiene hondas raíces, especialmente sociales.

Hay una obra interesante a propósito de Stalin, hecha por el más importante de sus rivales, que es la que Trotski estaba escribiendo cuando fue asesinado. Este explica el éxito de su rival por una razón social, pues en Stalin encontraron los funcionarios privilegiados, los nuevos burócratas, y las nuevas clases sociales, su jefe para dar un vuelco a una revolución que ya les era embarazosa, que querían terminar.

Todavía en la época de Lenin es la política de lo que se llamó el NEP, (Nueva Política Económica). Lenin decía que a veces había que dar un poco de marcha atrás para asegurar dos pasos adelante. Consistió en cierta escala, en volver al comercio privado, permitir la pequeña propiedad privada y los negocios. Es decir, retroceder un poco en la socialización que se había adoptado. El NEP reanimo a la pequeña burguesía, a los llamados «kulaks», es decir, campesinos medios, individuos todos que vivían de un modo capitalista. Esto se incrementó en el año 1925, en que se permitió de nuevo la herencia y otras medidas similares.



nes de la desgracia de la China moderna, que se fija a finales del siglo XVIII. Lo relata Toynbee: «Los comerciantes ingleses de la corte de Jorge III fueron a China, y propusieron al emperador realizar un tratado en nombre de su gobierno inglés, y el emperador, gran emperador de China, Chin-Lun, les respondió así: «En cuanto a la solicitud de enviar a uno de tus nacionales para ser acreditado entre mi corte celestial, y superentender el comercio de tu país con la China, tal pedido contraría a los antecesores de mi dinastía, y no puede en manera alguna satisfacerse. Tanto difieren nuestras ceremonias y códigos de los tuyos que, aun si tu enviado fuera capaz de adquirir los rudimentos de nuestra civilización, no podrías trasplantar nuestros usos y costumbres a tu suelo extranjero. Dominando el ancho mundo sólo tengo una meta ante mis ojos, a saber: mantener en gobierno perfecto, y cumplir con los deberes del Estado. No concedo valor a aparatos extraños e ingeniosos, y nada podría hacer con las manufacturas de tu país». Es una respuesta de quien ha alcanzado una altura tan grande que podía mirar desde arriba a estos bárbaros ingleses. Toynbee hace, sin embargo, la observación de que «no era tan destinado el emperador, porque el Imperio que gobernaba era la más antigua y afortunada y benéfica de todas las asociaciones políticas existentes. Su fundación en el siglo III había dado al mundo civilizado un gobierno civilizado, dirigido por funcionarios públicos reclutados por concurso, y de alta cultura, en reemplazo de la anarquía interna en que cierto número de Estados regionales dominados por una nobleza feudal hereditaria había mortificado a la humanidad con sus perpetuas guerras recíprocas. Durante los veinte siglos intermedios esa paz mundial cuidadosamente ordenada, había vacilado algunas veces, pero esas vacilaciones habían sido siempre temporarias y este reino se encontraba en su apogeo».

Aun admitiendo que el reino éste se encontraba en su apogeo, la verdad es que desde entonces acá ese intento del mandarinismo, de mantener detenida la historia china significó, a la larga, la ruina de China. Toda su historia en el siglo XX, y lo que llamamos las «Revoluciones de China en el siglo XX, tal vez, se podría definir como los intentos de modernizar a China para ajustarla a un mundo moderno transformado, diferente del que había vivido hasta ese momento.

La llegada de los europeos a China, no fué una posibilidad de desinteresado progreso, ya que significaba, en primer lugar, vicios, armas, guerras y explotación. Lo mismo que en América y en África, en Asia esta llegada de los pueblos europeos, fué caracterizada por codiciosos comercian-



### III

#### LOS MOVIMIENTOS SOCIALES CHINOS

En nuestros países hay costumbre de quejarse porque ciertos grandes países ignoran nuestra geografía y desconocen dónde quedan nuestras ciudades o los nombres de nuestros ríos. Yo no sé lo que dirán los hindúes, chinos y japoneses, pero lo evidente es que no tenemos una visión de la geografía y la historia de los grandes países que forman el continente asiático, y que tanta importancia están llamados a tener en el decurso de la historia universal.

Por lo pronto, saber que China, más que un país es un continente, no solamente por su enorme superficie, diez millones de k2., mayor de la de toda Europa, con exclusión de Rusia. Una sola obra de ingeniería, la Gran Muralla de la China, tiene dos mil cuatrocientos kilómetros de larga, es decir, una distancia igual al viaje de ida y vuelta de Montevideo a Santiago de Chile, y todavía sobrarian casi cuatrocientos kilómetros. En cuanto a su población se pueden encontrar tantas cifras como libros, porque depende de la manera como se cense; si se incluye en ella a Manchuria y las regiones periféricas, o solamente las regiones centrales, pero por una estimación de las últimas daba 500 millones de individuos. Para decirlo con las palabras de un político chino contemporáneo: uno de cada cinco habitantes del mundo es chino.

Esa enorme población equivalente a la europea no es solamente producto de la dilatada superficie del terreno, relativamente menor a la de Europa, aunque ésta incluye las zonas más industrializadas del mundo; sino que depende de su cultura de seis mil años de antigüedad, de un aprovechamiento tradicional, sistematizado, inteligente, del terreno.

En la «Geografía Universal», de E. Reclus, cuando habla del Uruguay (mediados del siglo XIX) lo presenta como típico país despoblado e incluye dos mapas, el de todo Uruguay y el de una isla china, diciendo: «Obsérvese cómo en esta isla hay más habitantes — en aquella época el doble — de los que hay en todo este país».

Habría que distinguir la China propiamente dicha de las regiones colonizadas por los chinos, separadas por la Gran Muralla China, obra de un pueblo de agricultores cultos que se defienden frente a los bárbaros que habitan en la estepa. Estos recibían los nombres de Hunos, Mogoles y Manchúes, y andando el tiempo los chinos no sólo defendieron su civilización frente a los bárbaros sino que los fueron «chinizando». Estas regiones (Mogolia, el país de los Hunos,

y Manchuria, las provincias del norte de la China contemporánea) han ido adoptando la lengua y las costumbres chinas. Es un caso que se ha comparado muchas veces con razón al de los romanos: un pueblo que va conquistando, no sólo por el imperio de las armas, sino por el desarrollo y la expansión de su cultura.

La China propiamente dicha («el país de las 18 provincias»), a su vez se puede dividir en tres sectores, teniendo en cuenta las cuencas de los grandes ríos que la riegan. Estos son: la China del Norte, o cuenca del Huang-Ho, el Río Amarillo, que desemboca en el golfo de Pitchili, donde en una época estuvo Port Arthur; la China del centro, la China por excelencia, país donde está la cuna de la civilización china a orillas del Yang-Tsé-Kiang, o río Azul, con ciudades como Nanking, su más antigua capital; Shanghai, en la desembocadura del colosal río de 3.400 kms. en el mar de China, y Han-Key, el nudo de comunicaciones más importante de toda China, en un sitio en que cruza el gran ferrocarril continental que atraviesa de norte a sur el país.

En el alto curso del Yang-Tsé-Kiang está la famosa ciudad de Chung-King, que fué la capital del gobierno chino de Chiang-Kai-Shek en la guerra contra los japoneses. Al sur una tercera cuenca, que es la de Si-Kiang, en cuya desembocadura está la ciudad de Cantón, y cercana a ella Hong-Kong y Macao.

Esta China del Sur, donde la cultura china ha llegado un poco por extensión, como la China septentrional, es un país subtropical, es el país del té, del bambú, del algodón con un clima más cálido, con abundantes valles arbolados.

El país por excelencia de la cultura china es el centro, la cuenca del Yang-Tsé-Kiang, donde viven doscientos millones de individuos, casi la mitad de toda China. Ese río ha sido — para la China histórica — lo que fué el Nilo para Egipto, el Eufrates y Tigris para Mesopotamia, un río nutricio, cuyas inundaciones periódicas significan la fertilidad, o mal controladas, el desastre, el hambre, y la miseria (1). Es el país del arroz, que constituye, junto con el pescado, la base de la alimentación popular del país.

La región del Huang-Ho, Río Amarillo, es por lo contrario, un país de trigo, de grandes praderas, y más frío, que el centro.

Las periféricas comprenden la gran zona de Manchuria, que ha conservado ciertas características propias, que explican su existencia como Estado independiente. La Mongolia (en la actualidad dos, la exterior y la interior) es el centro de donde salieron los grandes conquistadores que asolaron Europa, como Gengis-Kan. Los mogoles fueron dueños incluso de China lo mismo que más tarde los manchúes. La

provincia de Sin-Kiang, que llaman los geógrafos el Turkestán chino, en el centro de Asia en contacto con la URSS., y Persia, y finalmente el Tibet en los contrafuertes de las montañas que constituyen «el techo del mundo», el macizo del Himalaya, el corazón rocoso de Asia, de donde bajan todos los ríos que citamos y otros que se pierden en los desiertos de Gobi, del norte.

Este país se civilizó en una época muy temprana, y cuando los romanos alcanzaron su plenitud, y máximo desarrollo, ellos ya tenían un Imperio, el de los Han. Este guardaba relaciones amistosas con los Antoninos, y que significaba al otro extremo del mundo, lo que los romanos eran para el Mediterráneo.

Los chinos han sido los inventores de muchísimas de las cosas que constituyen el acervo útil y cultural de la humanidad, (la ropa de seda, la porcelana, los jades, la imprenta, el papel, la pólvora, el uso del carbón, de la pasta del trigo, la brújula y hasta ciertas formas de administración aparte de original literatura y filosofía). No hay más que leer este maravilloso libro de la Edad Media que se llama «El Millón» de Marco Polo, para ver a través del asombro que ocasiona en Marco Polo, representante de la burguesía culta e ilustrada, cual era la diferencia que había entonces entre el Oriente y el Occidente.

Sin embargo, andando el tiempo China se ha convertido en el prototipo del país estancado, quieto, e inmovilizado. La «Teoría de la Historia» de Xenopol en 1910: «Hay países que no tienen historia, que están quietos, detenidos como China».

¿Qué ha sucedido? Realmente detenido no hay nada, pero, efectivamente, daba la impresión de estancamiento, y esa impresión fué debida, en buena parte, al sistema del Mandarinado. Los Mandarines son los intelectuales, los especialistas en administración, inspirados en la doctrina de Confucio especialmente, que gobiernan y administran este país. A fuerza de estar ligados a los intereses de los propietarios de la tierra terminan por defender una especie de «statu quo», sin admitir ninguna clase de cambio, ni progreso, y sin permitir ninguna transformación en el país. El campesinado en las ocasiones en que las inundaciones, sequías o el hambre les hacía afrontar a los emperadores, realizó millares de subvenciones que a menudo trajeron la crisis de las dinastías.

La última de esas rebeliones, que tenía además un contenido xenófobo (contra la dinastía manchú y los europeos) es la de Tai-Ping, de mediados del siglo XIX, cuya derrota significó el exterminio de 16.000.000 de personas.

Hay un episodio muy pintoresco que muestra los orígenes

# Cabildos de mareantes

LOS Cabildos de Mareantes son aglomerados de humana energética, de este gremio laborista; o capítulos y asambleas generales del mismo, que periódicamente y siempre que la necesidad lo urge celebran los boniteros (pescadores de este ramo) de los diversos rumbos de España; y, de un modo muy singular, los de la franja Norte de la península. Son célebres... Bueno. No hay marinante de estas escuadrillas, que no haya hecho tantos milagros como el 1er. teniente de Jesús, que era también buen salmoneo. Y sin negar aquéllos al mosiú del Mesías, ni a sus santas Marias.

El flotismo pesquero —como toda virtud insigne de la Tierra madrastra—, y sus ojos acuáticos, se pudre ordinariamente en la indigencia; y para defenderse de la cellosca, no suele contar con palacianos alcázares, ni muchas veces tener modesto domicillo social nochero-nichero propio. Por excepción, en algunas localidades privilegiadas, iza piñata de penates suyos; u hogar, en que meter las espuelas del arenque domesticano. Friolera, con la que mece más boya, que con los tesoros del Pirata.

El Ayuntamiento y la parroquia les cederán agradados toldilla bajo la que tertuliar y seslonar. Pero, los escalados gatos sin pestañas, de tanto otear horizontes, rehuyen acocharse bajo el alón de espino de tales cluecas; y las evitan como al muermo, ciñendo con cables y sirgas sus adversos soplos. Pagan a rechinadientes las alcabañas; y la décima, que vara y ara, o trono y altar, exigen. Y san-se-amoló. Bota arriba a la banda.

Cuando no arde en batallas el tiempo, y presenta bonancible y desbruñada faz, tiene lugar la reunión de los pescaires, *au plein air*, a lo preste ahito, en el anchor de un playal o plazoleta, en un campillo sin sebe, en una era a que dieron vacación en un solar en expectativa de destino o de pobladores.

Si al cielo le da por fruncirse, barrumbar, «relampadear», moquitear y entregarse a otros excesos, el sacro colegio ictiocultor o piscicaptor se encoge; y busca su comicio refugio en un bodegocete, en un cafetín, en una vinatería. En ambas a tres accidentalidades, al anfiteatro le han barrido el aspecto golfo y le han quitado las legañas, un par de sirenas, cada una de las cuales larga más lona que un quechemarín.

Preside la junta, con el civil nombre de secano, de alcalde de Mar, el comisario del cabildo, su deán como un manzano, que indefectiblemente es un patriarcal lobo de la profesión. Asistenle un Vice el tesorero y el recaudador de cuotas. Estos consulares que saben muy gentilmente vestir la ropa encerada, integran el desgendarmlizado gobierno de la sociedad, durante el año para el que se les dió bola blanca.

La soberanía económica y de todos los carices, no la renuncia, ni para una estropada, el demos navegante. No obliga al «bouquet», más que lo que en piña mayoritariamente el propio «sumptus» floral estatuye. El voz cantante y adjuntos, así como el estado llano aéreo y de

escotilla y cubierta, han de estar forzosamente a lo que se acuerde en común. Se vota contra-arriando el mastelero (brazo). Y habla todo el que quiere; como quiere, aunque arriesgándose a un toletazo si desbarra a descompás; y por el orden, con que se entró al remo. Es libérrimo el derecho de formular mociones y proponer iniciativas ni pazguatas, ni insensatas.

Los asuntos a ventilar, los introduce la Mesa a sugerión de los asociados. Verbalmente se les pasa aviso a los que han de concurrir, porque para nada se escribe un palote. La letra mata; y el espíritu de los labios orea. Con tablas y con números, allá van leyes do quieren reyes. Sólo la promesa del calzón de campana, no hay quien la derrueque. De las juras de tunos, que se fie Rita. Y allá se verá lo que chumba la bordada o la calada.

Los temas, que estas Cortes playeras y Parlamento arenario de la gente pejerreina abordan, son estrictamente clasísticos y de exclusivo interés de la familia náutica. Valgan de ejemplo. La soldada con que semanalmente ha de contribuir cada embarcación a los sobrios gastos del Cabildo. Las facilidades de deslastre que se han de dar a los morosos por inopia. Las igualas de que se debe satisfacción a médico y boticario. Las pensiones o subsidios, con que hay que atender al parado malgrado suyo; a inválidos y enfermos; a huérfanos, jubilados y viudas. Las sumas que se han de invertir en flato, con motivo de verbenas, regatas y balles, en la Fiesta del oficio; las expensas y desembolsos, que se tragarán el pago del tamborillero y el gaitero; la compra de un novillo de cordel, el adorno de traineras, la lumbariería nocturna de calles y balcones, el coheteo y petardada de artificio y otras «frivolités».

Al cónclave acuden a la deshilada como el besugo la parrocha de las viejas (alguna con cara de merluza podrida de tanto soplar la berza); y la costera de la bonitería (las criaturas). De las que primeramente se dijo, 3 ó 4 son unas espléndidas bacaladas, que no hay santo óleo de amor que no reclamen como un oro en licuación, para hacer hasta de sus gañas y espinas una gloria. Los chamacos parecen una boqueronada. En derredor se dispone en cordadas todo el porreto que se le pega al casco a la compañía. No se excluye más que a escandalosos habituales; y no se pone por puertas más que a mojarros pasionales sin cura del ron. Se ataja a los pocalachas natos en interrupciones e intervenciones, que son como red tendida en un badén. El régimen de trabajo y de vivir a bordo de las barquías (abusos de patrones, surmenage de grumetes, insuficiencia de rol), es lo único que acostumbra a producir entre el majal o cardume del sardinaje coleando en montón, algún maretazo, que lo resalsa; y tal cual amago de galerna, con viento huracanado del noroeste, que lo desancora y le echa las vergas a banda.

# EL REFUGIADO

**A** orillas del lago de Ginebra, cerca de la pequeña población suiza de Ville-neuve, una noche del año de guerra de 1918, un pescador que se había internado remando en su bote, observó un objeto raro que flotaba. No hizo gran caso de ello en un principio. Pero, remando, hasta tenerlo ya cerca, vió que era un cachivache compuesto de vigas ensambladas que un hombre desnudo se esforzaba en impeler por medio de una tabla a modo de remo. Asombrado, el pescador dirigió su bote a aquel sitio, ayudó al extenuado a subir a él, le cubrió como pudo con unas redes, y luego trató de entrar en conversación con aquel hombre que, acurrucado en un rincón del bote, estaba receloso y temblando de frío; la respuesta fué en una lengua extranjera, ni una sola palabra de la cual se parecía a la del pescador.

Pronto desistió el salvador de su intento, recogió las redes y remó con más impulso hacia la orilla. A medida que sus contornos resaltaban a la luz temprana, empezó también a iluminarse el semblante del hombre desnudo; una risa infantil asomaba entre la barba enmarañada, una de sus manos se levantó expresivamente, y siempre interrogando, ya menos receloso, balbució una palabra que sonaba como «Rossiya», con un tono cada vez de mayor beatitud cuanto más cerca de la tierra firme estaba la quilla. Por fin chirrió el bote sobre la orilla; las mujeres de la familia del pescador, que esperaban el húmedo botín, se dispersaron dando gritos, como un día las doncellas de Nausica, al darse cuenta de que, envuelto en las redes dentro del bote, había un hombre desnudo. Poco a poco, atraídos por la noticia sensacional, vinieron hombres de la aldea, a los cuales se unió pronto el animoso alguacil. Advirtió en seguida, por las instrucciones y la provechosa experiencia del tiempo de guerra, que se trataba de un desertor llegado a nado desde la orilla francesa, y ya se disponía a un interrogatorio formal, propósito que se disipó muy pronto al convencerse de que el hombre desnudo — a quien, entretanto, unos vecinos procuraron un jubón y unas bragas de cutí — no comprendía lo que le preguntaban, y se limitaba a repetir aquella exclamación interrogante, cada vez más angustiada y desesperada: «¿Rossiya?... ¿Rossiya?...» El alguacil, algo incomodado de su fracaso, ordenó al forastero, con ademanes inequívocos, que le siguiera, y rodeado de la ju-

ventud del lugar, avisada entretanto, el hombre, calado, con las piernas al aire, fué llevado a la casa comunal, con sus ropas que le venían anchas, y allí quedó en custodia. No hizo oposición, no dijo una palabra; sólo sus ojos transparentes se habían oscurecido un poco, desilusionados, y sus elevados hombros se humillaban como si temieran los golpes.

La noticia de la pesca humana se había propagado a los hoteles vecinos, y ante la perspectiva de un episodio regocijante que rompiera la monotonía de la jornada, vinieron algunas damas y señores a contemplar el hombre salvaje. Una dama le ofreció confituras, que él dejó a un lado, desconfiado como un mono; un señor le sacó una fotografía, y le rodeaban todos en animada charla, hasta que el empresario de una importante fonda, que había vivido tiempo en el extranjero y conocía varios idiomas, dirigió la palabra al ya angustiado, en alemán, italiano, inglés y, por fin, ruso. Apenas oyó el timbre de su lengua materna, el hombre se estremeció, una ancha sonrisa llenó su rostro bondadoso de una a otra oreja, y de pronto, aliviado, seguro, se puso a contar toda su historia. Era larga y embrollada, no inteligible en todos sus detalles para el ocasional intérprete, pero en sustancia he aquí la suerte del refugiado:

Había combatido en Rusia, hasta que un día le amontonaron entre otros mil, en vagones que les llevaron muy lejos; luego los cargaron en un buque, y más allá, por tierras donde el calor era tal que, según expresión suya, se le cocían a uno los huesos en la carne hasta reblandecerse. Finalmente, en una de las escalas, los facturaron en otros vagones, y, de pronto, tuvieron que asaltar una colina y se enteró de poca cosa más, pues, a los primeros disparos, una bala le hirió en la pierna. A los oyentes, que se enteraban de preguntas y respuestas por el intérprete, les pareció evidente en seguida que se trataba de un individuo de aquellas divisiones rusas en Francia que, atravesando medio Globo, por Siberia y Vladivostok, habían sido mandados al frente francés, y se despertó en todos ellos, mezclada con una cierta compasión, la curiosidad de saber qué motivo le había movido a arriesgarse a una fuga tan singular. Con una sonrisa medio de beatitud medio de astucia, refirió el ruso cómo, apenas convaleciente, había preguntado al ayudante hacia dónde caía Rusia y le habían señalado la dirección

que, ayudándose de la posición del sol y de las estrellas, procuró seguir. Se había escapado andando la noche y burlando de día la vigilancia de las patrullas, al abrigo de los montones de heno. Durante diez días se había alimentado exclusivamente de frutas y pan que mendigaba, hasta que llegó a la orilla del lago. En este punto de la narración sus explicaciones eran menos concretas. Parece ser que, originario de las orillas del Baikal, había creído que la otra orilla del lago de Ginebra, cuyas líneas accidentadas vió a la luz vespertina, ya encontraría Rusia. A todo evento, robó de una choza un par de vigas y, echado boca abajo sobre ellas, ayudándose de una tabla a manera de remo, se había internado hasta el punto del lago donde le encontró el pescador.

La angustiada pregunta con que terminó su confusa narración, de si al día siguiente podría llegar a su casa, apenas traducida despertó, por su ingenuidad, la hilaridad más franca. Pero pronto cedió ésta a la compasión, y no hubo entre ellos quien no socorriera con un par de monedas de plata o unos billetes al misero, que miraba a su alrededor, desconcertado.

Entretanto, como consecuencia de una conversación por teléfono, se había presentado un alto oficial de Policía de Montreux, el cual pudo abrir un protocolo al suceso, con un poco afán. El casual intérprete se había declarado insuficiente, y, a la vez, resultaba inconcebible para todos, occidentales, la ignorancia de aquel hombre, que sólo sabía que se llamaba Boris y que no podía dar de su lugar nativo más que embrolladas referencias, entre ellas la de ser siervo del príncipe Metschersky — decía «siervo», no obstante haber sido abolida la servidumbre hacía una generación — y vivir a 50 verstas del gran mar, con su mujer y tres hijos. Aquí empezaron las deliberaciones alrededor del pobre necio, que permanecía acurrucado con la mirada cerril. Opinaban los unos que convenía poner el asunto en manos de la Embajada rusa en Berna, y temían los otros que, procediendo así, le hicieran volver a Francia; el oficial de Policía acentuó lo difícil que era determinar si había de ser tratado como desertor o como extranjero indocumentado; el escribano del lugar rechazó desde luego la posibilidad de que la alimentación y alojamiento del forastero corriera a cargo del Municipio. Un francés chillaba que no había necesidad de tantos rodeos: que el único remedio que le quedaba al misero fugitivo era trabajar o que le solicitaran de donde vino; dos señores alegaron con vehemencia que él no tenía la culpa de su desgracia y que era delito arrancar los hombres de su patria y ponerlos en tierra extranjera. El caso amenazaba degenerar en litigio, cuando intervino un anciano, un danés, quien declaró enérgicamente que él pagaba el sustento de aquel hombre durante ocho días y que se cuidaran entretanto, las autoridades de ponerse de acuerdo para hallar una solución satisfactoria, tanto en el terreno oficial como en el particular.

Durante la discusión, más acalorada a cada momento, la mirada tímida del fugitivo había ido

levantándose y ahora estaba pendiente del juicio del empresario del hotel, el único ser a quien, en medio de aquel tumulto, podía hacer comprensibles sus azares. Sombrio, se daba cuenta de la tormenta que había desencadenado su presencia, y así que las discusiones se apaciguaron, levantó instintivamente las manos hacia él, implorando como lo hacen las mujeres al pie de una imagen. Lo conmovedor de la actitud impresionó a todos. El hotelero se le acercó, benévolo, y le calmó diciéndole que no pasara cuidado, pues nadie le molestaría en su estancia allí, y que en lo sucesivo el hotel cuidaría de su destino. El ruso quería besarle mano, que el empresario retiró rápidamente. Luego le señaló una casa vecina, una pequeña posada en donde encontraría comida y cama; le dirigió unas palabras más de consuelo y se fué hacia su hotel, despidiéndose con una sonrisa amable.

Inmóvil, miraba el refugiado a su salvador, y, a medida que se alejaba aquel único hombre que entendía su lengua, la luz que renacía en su semblante volvía a apagarse. Devorándole con los ojos estuvo hasta que llegó a la altura del hotel, sin hacer caso de los demás, a quienes su raro proceder movía a risa o estupor. Pero al contacto de un alma compasiva que apoyó la mano en su hombro y le guió hacia la posada, se rindió, y con la cabeza humillada traspuso el umbral de la casa desconocida. Abrióle la taberna, y se arrimó a la mesa sobre la cual la moza le había puesto el vaso de aguardiente de bienvenida, y allí estuvo toda la mañana, quieto, la mirada en suspenso. Los chicos del lugar (una diversión más para ellos) acechaban continuamente tras las ventanas, se reían de él, llamábanle, pero él no levantaba la cabeza. Los que entraban fijábanse en él con curiosidad, y él no quitaba los ojos de la mesa, encorvada la espalda, miedoso, avergonzado. Y cuando a la hora de la comida la turba llenó de risas el local y vibraron a su alrededor centenares de palabras que no entendía, se halló más extraño que antes, sordo y mudo entre la animación general, con las manos temblorosas hasta el extremo de no poder levantar apenas la cuchara de la sopa. Una gruesa lágrima rodó por sus mejillas y cayó, pesada, sobre la mesa. Cohibido, miró a los lados. Los otros lo habían visto y se callaban, de pronto. Se avergonzó de su propio aspecto, que había promovido aquel estupor, y la cabeza pesada, desgreñada, se inclinó cada vez más sobre la madera negra.

Así estuvo hasta que oscureció. La gente entraba y salía sin hacerle caso. Sentado a la sombra de la estufa, parte de la sombra él mismo, tenía las manos pesadamente apoyadas en la mesa. Todos le habían olvidado; ni se dieron cuenta cuando se levantó y, con una cerrilidad animal, emprendió la cuesta que subía al hotel. Una, dos horas, estuvo allí, de pie en el umbral, gorra en mano, sin dirigir la mirada a nadie; hasta que la singular figura, tiesa y negra como un tronco que hubiera echado raíces a la entrada del hotel espléndidamente iluminada, llamó la atención de uno de los chicos mensajeros, el cual avisó al em-

presario. Un poco de luz se difundió en la cara sombría cuando oyó el saludo en su lengua materna.

— ¿Qué quieres, Boris? — preguntó el empresario.

— Usted perdonará — balbució el refugiado —; sólo quería saber... si puedo ir a mi casa.

— Es claro, Boris; nadie te lo impide — sonrió el preguntado.

— ¿Mañana, pues?

El interlocutor se puso serio. Desapareció de su semblante la sonrisa: tal era el acento suplicante de aquellas palabras.

— No, Boris... Todavía no. Hasta que se termine la guerra.

— ¿Y cuándo sera? ¿Cuándo terminará la guerra?

— ¡Dios lo sabe! Nosotros, los hombres, no lo sabemos.

— ¿Y antes? ¿No puedo ir antes?

— No, Boris.

— ¿Está muy lejos?

— Sí.

— ¿Muchos días?

— Muchos.

— ¡Pero yo iré! Soy fuerte. No me vencerá la fatiga.

— No puedes, Boris. Hay una frontera de por medio.

— ¿Una frontera?

Miró con torpeza. La palabra le era desconocida.

Luego, con singular obstinación, dijo:

— Iré nadando.

El gerente estuvo a punto de sonreír. Le causaba pena la situación, y observó:

— No, Boris, no puede ser. Una frontera es tierra extranjera. No te dejarán pasar.

— Yo no les haría ningún mal. He tirado mi fusil. ¿Por qué no han de dejar que me reúna con mi mujer, si se lo pido por Cristo?

El gerente se ponía cada vez más formal. Le invadía la amargura.

— No — dijo —, no te dejarán pasar, Boris. La gente no hace ya nada por amor por Cristo.

— Entonces, ¿qué va a ser de mí, señor? ¡Quedarme aquí, no puedo! La gente no me entiende, ni yo la entiendo.

— Ya aprenderá, Boris.

— No, señor — inclinó profundamente la cabeza —, no puedo aprender. Trabajar la tierra, eso es todo lo que sé. ¿Qué voy a hacer aquí? ¡He de ir a mi casa! ¡Enséñame el camino!

— No hay camino ahora, Boris.

— ¡Pero, señor, no pueden impedirme que vuelva con mi mujer y mis hijos! ¡Ya no soy soldado!

— Sí pueden impedirlo, Boris.

— ¿Y el zar? — preguntó, de pronto, temblando de expectación y respeto.

— El zar no existe, Boris; le destituyeron.

— ¿No existe el zar? — le miraba hoscamente. Se había extinguido en sus ojos el último fulgor, y dijo, muy abatido: — entonces, ¿no puedo ir a mi casa?

— Todavía no. Has de esperar, Boris.

— ¿Mucho tiempo?

— No lo sé.

Su cara aparecía cada vez más adusta en la sombra.

— ¡He esperado ya tanto! No puedo esperar más. ¡Enséñame el camino! ¡Voy a probar!

— No hay camino, Boris. Te encontraremos trabajo.

— Aquí no entienden lo que les digo, ni yo los entiendo — repitió obstinadamente —. No puedo vivir aquí. ¡Ayúdame, señor!

— No puedo, Boris.

— ¡Hazlo por el amor de Cristo, señor, que yo no aguento más!

— No puedo. Nadie puede ayudar a otro hoy.

Estuvieron un rato sin decir nada, mirándose. Boris daba vueltas a su gorra.

— Entonces, ¿por qué me han sacado de mi casa? Decían que tenía que defender a Rusia y al zar. Pero Rusia está lejos de aquí, y tú me dices que al zar le han... ¿cómo has dicho?

— Destituido.

— Destituido — repetía la palabra, que no podía entender —. ¿Qué será de mí ahora, señor? He de volver a mi casa. Mis hijos me llaman. ¡Aquí no puedo vivir! ¡Ayúdame, señor! ¡Ayúdame!

— No puedo, Boris.

— ¿Y no hay otro que pueda?

— Ahora..., nadie.

La cabeza del ruso se inclinaba cada vez más, y acabó diciendo, sordamente:

— Gracias, señor.

Y volvió la espalda. Bajó la cuesta lentamente. Siguióle un buen rato el gerente con los ojos, y le sorprendió ver que no andaba hacia la posada, sino en dirección al lago, por la escalinata. Suspiró hondamente y volvió a sus ocupaciones.

Quiso la casualidad que aquel mismo pescador diera al día siguiente con el cadáver desnudo del ahogado. Había dejado cuidadosamente en la playa el jubón, las bragas y la gorra, y había entrado en el agua como de ella había salido. Se levantó acta del suceso, y como el apellido del extranjero era desconocido, pusieron sobre su tumba una cruz de madera barata, una de esas cruces pequeñas sobre unos destinos innominados que, en la actualidad, cubren nuestra Europa de uno a otro extremo.

STEFAN ZWEIG





PARA LA FEDERACION MUNDIAL

# Empecemos por internacionalizar las capitales

**D**ESPUES de la segunda guerra mundial se habla mucho de los Estados Unidos de Europa, de Federaciones continentales y hasta de un Gobierno de la Humanidad. Algunas organizaciones se esfuerzan, en los congresos internacionales, en clarificar la turbia verborrea de los bien intencionados, y actuar en el sentido de anular, siquiera en forma progresiva, las numerosas fronteras que dividen los Estados, las naciones, las clases, los bloques políticos y económicos, los partidos y los trusts que compiten entre sí por el dominio del globo terráqueo.

Pese a todo, la ley que realmente domina en el planeta es la ley de la unidad. Desafortunadamente, en lugar de ser reconocida objetivamente, como cualquier ley biológica, ella es falsificada por los partidarios de determinadas ideologías, bajo el impulso del totalitarismo político que aniquila la libertad individual con el pretexto casuístico de los «intereses colectivos».

El verdadero internacionalismo es una etapa hacia el «nacionalismo», hacia la solidaridad positiva de los pueblos que serán liberados — es decir, que se liberarán de por sí mismos —, de las armaduras agobiadoras del egoísmo nacional y político. Si los que se creen internacionalistas y pretenden, en verdad, realizar una federación de pueblos libres, primero en el plano continental y luego en el mundial, quieren dar una prueba de buena fe, entonces que actúen, por lo menos, para internacionalizar algo en su propio país.

¡Que empiecen por la internacionalización de la capital de su país! Todas las capitales deben ser declaradas centros vitales de la humanidad, dominios «extraterritoriales» donde las restricciones nacionales, aduaneras, económicas, políticas, religiosas, etc., sean prácticamente abolidas. Todas las capitales del mundo deben ser SUPRA y EXTRANACIONALES, solidarias entre sí, igual que los ganglios de un sistema nervioso, en la cooperación planetaria de los pueblos. Que cada una de las capitales sea, al mismo tiempo, la expresión de las buenas cualidades, de las virtudes creadoras del pueblo respectivo, pero que asimismo reciben (mediante el incontestable fenómeno de ósmosis y endósmosis culturales, técnicas, artísticas y espirituales) los valores más altos de las demás capitales, de todos los continentes. De hecho, este fenómeno se manifiesta ya, a pesar de las barreras y prohibiciones péfidas o cínicas de quienes gobiernan el país y su capital.

Ha llegado la hora de una colaboración de los pueblos, por encima de los límites estatales y del «contralor» de aquellos amos abusivos, que se creen destinados a otorgar el pan y la paz cotidiana. Hoy día, nadie tiene asegurado el pan y la paz, si es que los esperan de parte de los «conductores» que se encaraman en el gobierno por medio del terror de las fuerzas armadas y la intolerancia absolutista.

Existen algunas ciudades y pequeñas zonas internacionalizadas. No es necesario nombrarlas aquí. Ellas no representan otra cosa que el «acuerdo» temporario de algunas potencias políticas y militares sobre bases estratégicas o comerciales que, por lo demás, no difieren tanto. Como lo dice Goethe en «Fausto»: guerra, negocio y piratería son inseparables entre sí. Estos puntos «internacionales» del globo son más bien focos latentes de conflictos entre los intereses, más o menos confesa-

dos, de algunos Estados, imperialistas unos, chauvinistas otros.

La verdadera internacionalización del mundo podría iniciarse con declarar las capitales de todos los Estados centros activos del proceso de unificación pacífica de los pueblos, los que constituyen — tal como nos lo prueban los biólogos y sociólogos desinteresados — un «organismo de la humanidad» en espacio y tiempo. En este sentido deben unirse todos los movimientos internacionalistas, federalistas, pacifistas y humanitaristas. Las capitales pueden convertirse en los primeros órganos nacionales, pese a los carniceros de pueblos y de los explotadores económicos y políticos de los trabajadores manuales e intelectuales.

París, Londres, Roma, Berlín, Washington, Buenos Aires, Méjico, Pekín, Tokio, Delhi, Moscú... No tan sólo las metrópolis, sino también las «pequeñas» capitales: Estocolmo, Bucarest, Montevideo, Ginebra, Atenas, Madrid, El Cairo, Jerusalén, Pretoria, Cambera... Cada una de ellas con sus valores permanentes, y su pasado, con el cual contribuyeron al desarrollo de la cultura humana; cada una con las fuerzas que anhelan hacia nuevas creaciones y nuevas liberaciones; cada una y todas con el porvenir luminoso de la cooperación y fraternización, deben declararse unidas en la Federación Universal de los Pueblos, rompiendo las cadenas heredadas de generación en generación, del absolutismo político-militar y del oscurantismo plutocrático y teocrático.

Únicamente de esta manera se afianzará la paz sobre la tierra; y el pan no será ya la obsesión cotidiana de millones de inocentes y oprimidos, sino el don natural del trabajo alegre y creador. La Capital de la Tierra — de este planeta que, ante la mirada de un observador supraterrrestre aparece dividido por innumerables fronteras estatales, como si fuera una siniestra fortaleza de puertas de hierro, ventanillas enrejadas y patios estrechos en los cuales languidecen, igual que los animales salvajes dentro de sus jaulas, los rebaños hambrientos y torturados de los hombres —, la Capital del Mundo no será ninguna de las actuales capitales. Ella será la síntesis, el fruto magnífico de todas las metrópolis. Se elevará, por el esfuerzo de algunas generaciones curadas ya de nuestros odios y supersticiones, en un lugar supranacional. Allá, ninguna autoridad local osará imponer su orgullo y tampoco la crueldad de sus ambiciones políticas; todos los idiomas se fusionarán en el lenguaje de la Esperanza común; porque todos los pueblos reconocerán el parentesco primordial bajo el cielo estrellado del mismo destino natural. Este destino biocósmico será más indulgente, más justo y hasta más libre que el destino artificial, monstruoso, que soportan los hombres de hoy por su ignorancia y cobardía.

Los escépticos pueden sonreír. Los que se creen prácticos, pueden mover sus hombros. Los idólatras de la violencia pueden mostrar sus dientes y empuñar las automáticas armas mortíferas. Sabemos que el Gran Día se aproxima con cada día de dolor y de enseñanza. Sabemos que el sueño crea la realidad. Que la «utopía» es obra del hombre valiente y confiado en su voluntad. Y no nos olvidemos: aun ellos, los malhechores y asesinos de los pueblos de hoy, queriendo ser amos del mundo, son — ellos también — arrastrados por las grandes corrientes de la vida, como ciegos instrumentos de la emancipación de mañana.

EUGEN BELCHIS



# El loísmo y los loistas

por E. ARMAND

**T**ODA la historia del Medioevo — y de ello nos ocuparemos cuando hablemos de la Reforma y de sus precursores — está caracterizada por sociedades o movimientos comunistas más o menos anarquizantes, pretendiendo practicar el cristianismo primitivo o interpretando a su manera las enseñanzas evangélicas. De los que se desarrollaron en Flandes es de los que nosotros conocemos mejor la historia, los hechos y gestas: herejía de Tranchelin, «vauderie», hombres de inteligencia, bufones; (quienes se llamaban entre sí: la fraternidad o sociedad de los pobres, adamitas, etc.). Estos esbozos terminarán constituyendo uno de los más importantes movimientos de la época de Lutero, que hizo temblar hasta los mismos fundamentos el norte de Alemania: aludo aquí a los anabaptistas, cuya rebelión fué ahogada en sangre por los luteranos y cuyo jefe, Juan de Leyde murió tras de horribles e inconcebibles suplicios luego de la caída de Munster.

La caída de la plaza fuerte del anabaptismo fué el signo de una persecución general contra los anabaptistas. Pese a todo, no lograron hacerlos desaparecer completamente, habiéndose escondido con mucho sigilo. De entre los que quedaron surgieron más tarde los loistas, herejarcas conocidos también bajo el nombre de «libertinos de Amberes», a quienes un renombrado escritor belga, Georges Eecquoud, ha consagrado vibrantes páginas en: «Los Libertinos de Amberes», ediciones «Mercurio «Francia», obra agotada.

El profeta de los loistas fué un trastejador llamado Eloi o Loiet Pruyistinck, conocido comúnmente bajo el nombre de Lois et Trastejador. Pese a su analfabetismo, Lois poseía tal memoria que retenía y recitaba palabra por palabra cuanto se decía con sólo escucharlo una sola vez. Componía pequeños tratados en forma de poema que dictaba a Dominique d'Uccle, uno de sus allegados, quien los imprimía a beneficio de la causa. La influencia ejercida por él entre sus partidarios es caso inimaginable. En Amberes — ¿dónde mejor que en la ciudad de los hijos de Priapo habría podido prosperar el loísmo? — cuando salía, la multitud se prosternaba a su paso y le formaba una escolta, renovando lo pasado en tiempo: de Tranchelin. Su rostro admirable, su voz musical, su verbo preciso y precioso le procuraban buen número de prosélitos. Los niños más bellos le servían de page y las niñas llenaban de flores las calles donde él tenía que pasar, su «guardia personal» la componían mozos de cuerda, los «kraankinders», los transportadores de turba (combustible), los taladores y los bateleros más decorativos.

Pruyistinck había conservado el corte descotado y viril de su profesión, con la sola diferencia que el tejido era tan bueno como el usado por los grandes señores. En esos brocados y terciopelos, de color de castaña dorada, sabios desgarros y ostensibles zurcidos simulaban la usura, la traza de los accidentes, las cicatrices y estigmas propios de la vestimenta de los obreros pobres; no faltaban a Lois, para el día de parada, vestidos de oro

y pedrería, calcado sobre verdaderos harapos... Era su forma de ridiculizar el lujo y la riqueza egoistas. En realidad, un pensamiento profundo se escondía bajo esa práctica estrambótica... Un día Lois vestía verdaderos harapos, y al día siguiente endosaba su reproducción en materias más costosas que las de un manto imperial... Un día el profeta estaba literalmente manchado de fango, sangre, espumarajo, baba; días después esa sordidez no representaba más que un engaño y esos pretendidos harapos hubieran pagado un trono. Su discípulo era un joyero parisino, Cristóbal Héault, quien se confeccionaba esos vestidos cuyos gastos soportaban los loistas ricos, los cuales, al adherir al loísmo, entregaban (dice la leyenda) sus fortunas al profeta.

Pero en realidad ¿en qué consistía la doctrina loista? Sin duda alguna, preconizaba la puesta en común de las riquezas. Entre los loistas, en efecto, se hallaban pobres miserables y gentes riquísimas.

Lois se preocupaba de anudar los lazos de amistad fraternal entre vagabundos e hidalgos, pediguños y clérigos. De un lado opulentos fabricantes ambereses, ricos directores de factorías, de mercados extranjeros — lombardos, florentinos, anseáticos — se apresuraban en repudiar lo que les habían enseñado sus sacerdotes y adherían a sus máximas epicúreas. Estas le atraían la sedicente hez de la población, todo ese populacho anfibio de las barcas, chiribiteles y lupanares del Escaut, más o menos ladrones de residuos de naufragios, cosechadores de moluscos, naufragadores profesionales, furtivos y políficos. Para reunir a unos y otros, Lois había inventado ritos extravagantes, pero, en suma, emocionantes. En el curso de la ceremonia de iniciación, él emparejaba al noble y al pobre, al opulento con el miserable, substituyendo los harapos de uno con la suntuosa vestimenta del otro. Los nobles cambiaban sus títulos históricos y venerables por los apodos de los niños abandonados.

En lo ético y religioso, Pruyistinck predicaba el amor libre, la poligamia, las relaciones sexuales sin cortapisas; quería lo que daba en llamar «la liberación completa de las almas y de los cuerpos: ni penitencias, ni ayunos, ni mortificaciones. Que cada cual halle sobre la Tierra y a su manera su propio paraíso, bajo la única condición de no perturbar la libertad del prójimo.»

Lois predicaba además, que el ser, en su integridad, imperecedero, vuelve a la Naturaleza, al gran Todo que las religiones Bíblicas llaman Dios y del que emana todo ser. La muerte nos hunde en el eterno crisol de donde salen todas las formas y todos los pensamientos. Una sola cosa es importante: vivir con gratitud, con ardor, pero con lucidez; gozar de la más extrema bondad, de la belleza y de la excelencia de la Creación; gozar de la carne y de las flores, de los libros y de los frutos, del arte y de la luz, del espíritu y del Sol, de TODO...

Se comprende cómo la herejía de Lois, que en principio se confundió con la reforma luterana, fuera pronto separada de ésta. Nada de común, desde luego, entre la doctrina fría, dogmática, compasada, del solitario aspe-



ro de Witenberg y las aspiraciones hacia la vida — la vida amplia, intensa, ardiente — que constituían el Credo de los amigos del Trastejador.

«Religión de voluptuosidad. Si, es cierto, pero por ello mismo, tanto más bella. ¿Es que acaso la voluptuosidad no representa el Amor inteligente, el hijo de Amor y Psiquis, la unión sublime del cuerpo — la Carne —, y el Alma, la hija de esa unión maravillosa cantada y sublimizada por tantos poetas, pintores, músicos, desde los Misterios Orficos, las Fábulas milesianas y Apuleyo hasta Proud'hon y César Franck, pasando por el Corregio y el divino Rafael?

Rumores calumniosos se divulgaron sin tardar sobre Loiet y sus discípulos. Mujeres abandonadas por sus maridos a causa de su celosía, esposos repudiados por sus mujeres por el mismo motivo; padres tiránicos repudiados por sus hijos; todos imbéciles, malvados, desechados, mantuvieron rumores insidiosos, imputando a los Loistas las peores extravagancias. Si en su comunidad existían tanto pobres como ricos, fuera de ella existían tantos ricos como pobres para difamarlo y conspirar contra él.

¿Existe mayor acusación que la de magia para acusarlo? ¿No era acaso necesario ser un brujo para lograr que jóvenes de la nobleza, herederos de opulentos fabricantes, hijos de familias de nombradía, hubiesen accedido a confraternizar con los harapientos de los cuales se hubieran apartado con repugnancia? Era increíble. ¿Cómo explicar esa fraternidad entre hombres a quienes separaban abismos de incompatibilidad moral, de prejuicios sacro-santos, políticos, sociales, religiosos? Era evidente que ellos habían sido presa de un embrujo.

Y no fué eso todo. Se acusó a los loistas de celebrar todas las noches reuniones sabáticas preparadas por medio de prédicas, himnos, etc.; exaltaban al guínapo humano en todos sus detalles, terminando por exponerlo en lo que ellos llamaban su triunfal y radiosa desnudez. Las armas que habían servido contra los templarios, los vaudenses, los hombres de la inteligencia, fueron empleadas con más tino si cabe. Todo lo que pueda inventar la malevolencia de un populacho grosero desprovisto de gusto y de cultura fué atribuido a esos precursores. Violación, abuso sobre menores, infanticidios. Se encontraron incluso vecinos que afirmaron que los loistas se dedicaban hasta el amanecer, a beber, cantar y practicar actos abominables; el menor consistiendo en el sacrificio de criaturas. Ellos iban desnudos como los ángeles malos, y ostentaban coronas de flores. Se les había visto, en el curso de ceremonias lujuriosas, arrodillarse ante una estatua de Priapo.

Aparte la doctrina, muchas menos acusaciones hubieran bastado para conducirlo a la hoguera. Aunque hubiesen escapado a María de Hungría, virreina de los Países Bajos, los partidarios de Lutero no habrían dejado escapar de entre sus manos esos hombres cuyo sueño había sido de «liberar la voluptuosidad, el fruto sublime del alma y del amor».

Parémonos unos instantes sobre dos incidentes de la historia de los loistas.

El primero es la abjuración de Eloi Pruystinck y nueve de sus compañeros cuando fueron perseguidos una primera vez por la Inquisición. Georges Eckhoud explica esa actitud mostrándonos a Loiet como un alma buena y generosa, pero de ninguna manera heroica o estoica. «Como los paganos y los griegos, Loiet — escribe Eckhoud — estimaba la existencia terrestre como el bien más raro y precioso. El pensaba que era un deber defenderlo y prolongarlo hasta el extremo, incluso el precio de una aparente palinodia y de una actitud humillante... Quería vivir y gozar el mayor tiempo posible, en concordancia con todo cuanto predicaba. Fué perfectamente lógico. Este apóstol del góce carnal no tenía la constitución nerviosa que conviene a los mártires. Y si

terminó sufriendo el suplicio, la muerte le fué tanto más cruel cuanto que no había soñado jamás otro cielo que el del paraíso terrestre». «... Los puritanos de toda confesión, hacen muy mal, pues, de lanzar la piedra contra este epicúreo, porque cedió, ante todo, al instinto de conservación».

Se puede decir en descargo suyo que las penas espantosas de las cuales eran pasibles entonces los heréticos justificaban el empleo de la astucia. Además, su actitud no perjudicó en nada a ninguno de los suyos. Una vez que la tormenta empezó a calmarse, todos reemprendieron su propaganda.

El segundo incidente se refiere a la aplicación misma de la doctrina predicada por el Trastejador. Si bien había admitido la poligamia, en lo que le concernía no habría podido suponer que su amada predilecta, Dillette, mantuviera relaciones con nadie más que con él. Eckhoud, en su libro, establece una distinción entre un punto de vista que él quisiera fuese el de Loiet (quien, fiel a su naturaleza exigente había mantenido relación amorosa con numerosas afiliadas al loísmo), o sea; el amor libre facultativo, la comunión amorosa recíproca — y el de Coussinet (presentado como el mal discípulo, el traidor), y de su partido proclamando el comunismo carnal obligatorio, general y recíproco, sin que nadie pudiera negarse al deseo que uno o una inspirara. Se observa al hombre antiguo despertar en Eloi, cuando Coussinet — habiendo triunfado su punto de vista — reclama Dillette para compartir una noche con él. Después de una escena desgarradora con su amante, la desgraciada se entrega, sacrificándose a Loiet y al loísmo y luego se envenena.

Su muerte no salvó a ninguno de los dos.

Ese drama es una leyenda, o se relaciona con algún hecho desmesuradamente ampliado, sin duda. Lo que se ha establecido son las rivalidades que perdieron a la secta por cuestiones personales. La hoguera consumió los más preponderantes del loísmo — de los cuales, Eloi Pruystinck y Cristóbal Hérault —, los otros emigraron a Holanda, Inglaterra, Alemania, más lejos aún, conservando en su espíritu la visión de un paraíso tangible, palpable en el que habían habitado durante cierto lapso de tiempo y del que habían sido expulsados, no por la espada del ángel exterminador, sino por las disensiones y la intolerancia política.

(Traductor: FERNANDO FERRER)

P. S. — El 25 de octubre de 1544. La tradición cuenta que sus verdugos se encarnizaron con él y que — como en el caso de Jacques de Molay — en el momento de sucumbir, Loiet pronosticó al jefe de sus verdugos, Gislain Gery, que, no tan sólo moriría 20 años más tarde, torturado y mutilado como él, en manos de su colega de Bruselas, más aún, que su hijo, obligado como estaba de tomar su sucesión en su abominable oficio, agonizaría más terriblemente aún. Según la tradición, parece ser que las dos profecías se cumplieron. La herejía había tomado tal amplitud que las cárceles eran insuficientes para contener a tantos «culpables», quienes no siempre eran quemados — entre los principales — siendo así que Davion, Brousseraille, van Hove, fueron decapitados; en fin, muchos fueron proscritos.

NO BASTA REMOVER PARA RENOVAR.

NO BASTA RENOVAR PARA MEJORAR.

ANTONIO MACHADO

# NIRICO... o la cruz

Nirico... o la cruz del despertar ..  
... A veces abrimos los ojos de otra manera.

Yo digo:

.. Nirico... — y nadie sabe que esto es un nombre. El nombre de un hombre como tú. Como yo. Pero no totalmente como tú y yo.

Murió. Ya no está. Al menos aquí... Y cuando estuvo, tampoco fué como nosotros dos.

Tenia los ojos muertos y un silencio de sombras en los labios. Además nunca llegaron hasta él los trinos de los pájaros, ni los ecos esperanzados de una serenata. Alguna.

Quiero decirte que era ciego y sordomudo.

La Naturaleza — a veces caprichosa y hostil — fué estúpida y ridícula con él. Pero como si esto fuera poco, hizo de Nirico un hombre inválido.

Nació así. Vivió así.

Sesenta años siempre quietecito y callado; no descubriéndose — más bien ocultándose — en su silla de sal y madera reseca. La silla enana. La de su abuelo Federico. El que nunca quiso mirar hacia el cielo.

Ese era el mundo. El suyo. Menos de un metro cuadrado de pieza — no hacia falta nada más — una silla, muchas sombras — largas y cerradas, naturalmente — como los cabellos de Nirico. Porque tenía sesenta años, y ni una sola hebra de plata blanqueaba como un río de tiempo — pequeñito y sereno — su cabeza.

Una silla, muchas sombras... Y una sonrisa eterna — tal vez la de los desamparados — creciéndole como una chispa de resignación delante de los dientes.

Ya ves cómo — siendo hombre — no era como tú, ni como yo. El era así. Tristemente distinto.

Además, ni tú ni yo vivimos solos. El sí. Estaba con sus hermanos. Dos. Telca y Elias. Los dos vacíos. Los dos histéricos. Era la herencia dañosa de los padres terribles; los de sangre enferma. Estéril, no, porque estaban ellos. Estaban. Así...

Sólo Nanona cuidó de Nirico, y le bañó, y le palmoteó el hombro, y le pasó la mano dolorida por la cabeza. Nanona. La criada negra del padre de Nirico.

Pero Nanona ya no estaba en el mundo. Y Nirico era apenas una estrella de sangre que se quedó sin nadie cuando la noche vino.

Telca y Elias iban a trasnochar su histerismo más allá de los muros. Con la gente.

Y Nirico quedaba solo, hasta sin poder llorar. Era así... Pero no era un imbécil... Ni un loco.

A veces había despertado un poco de su mundo extraño. Pero muy poco. Casi nada. Un movimiento. Un sonido menos imperfecto que los de siempre saliendo de su boca. Una estela más clara tal vez delante; tal vez detrás del globo de sus ojos... Como cuando nos hundimos cansados en el agua del río y abrimos los ojos hacia arriba porque tenemos miedo...

Y hasta un golpecito tímido y escaso llegándole hasta el alma.

Nada más. Tal vez una sonrisa distinta a la de siempre.

Julio. Invierno. Telca y Elias ya habían dejado solo a Nirico.

Afuera una tormenta grave y hosca estiraba la noche hacia su origen. Cuchillos de luz bajando hasta los álamos, y astillas de agua clavándose en las tejas de la casona triste.

Nirico estaba nervioso esa noche. Tal vez sintiendo. Tal vez empezando a sentir, si no simplemente presintiendo.

Lejos, la gente, y entre la gente, Telca y Elias... Y un vals llegando y alejándose y girando siempre en remolinos de sombra y luz delante de la noche.

Fué casi a medianoche. Sí. Porque poco después el carrillón de bronce de la iglesia tiraba hacia el sendero doce niños gritando.

Creció la luz de los relámpagos como si frente a la ventana de Nirico — ya desquiciada por el viento de julio — se elevara la fuente de la Vida.

Y los truenos se quebraron encima de las tejas como palos podridos.

Y los rayos cayeron e hicieron pedazos los álamos del río.

Y los álamos se incendiaron, mojados como estaban.

Fué casi a medianoche cuando Nirico se volvió — por vez primera, Cristo santo! — como tú... y como yo, hermano mío.

Porque se irguió y anduvo como un monstruo deforme — torpe y des-

## El trabajo de noche



UNA encuesta reciente, relata P. Erfinger, ha dado como resultado que el 90 por 100 de los obreros son partidarios de abolir el trabajo de noche, pues dicen que provoca exceso de fatiga, mal humor, disturbios gástricos, pérdida de apetito y, además, el sentimiento de verse excluido del conjunto de la comunidad, así como el perjuicio causado a la vida de familia. Desde el punto de vista médico. He aquí algunos resultados:

En una importante hilatura de algodón, en donde trabajan desde hace años tres relevos, han sido examinados 155 obreros. De éstos, 118 formaban equipo alternativo y 39 eran fijos en el de la noche. La mayor parte tenían más de 30 años, la mitad casados. El 10 por 100 formaban familia con más de 3 hijos. El 78 por 100 empleaban 20 minutos en el trayecto de su domicilio al taller. El 5 por 100 necesitaban más de 45 minutos.

Fueron examinados todos por un médico especialista e interrogados durante 30 minutos por un psicólogo. El diagnóstico dió: que casi todos sufren debilidad general causada por dormir insuficientemente, imposibilitados como están de echar un sueño prolongado y tranquilo durante el día.

# del despertar

acostumbrado — resbalando y golpeándose y siguiendo.

Porque abrió los ojos en dos discos de sangre y vió la hoguera.

Porque oyó todo el estrépito del mundo como una carcajada.

Porque quiso decir algo... y apenas pudo gritar y gritar como el asesino al que clavan astillas debajo de las uñas.

... Porque fué como tú y yo, hermano mío.

... Y Nirico enloqueció esa noche al ver el mundo.

A veces es preciso cerrar los ojos. El no sabía estas cosas tan del mundo. Tal vez vió lo más triste. Tal vez todo es lo mismo. Tal vez no.

Creciendo en su locura se deshizo la ropa negra y sucia con sus manos de furia.

Y... ya con el pelo blanco como nunca lo tuvo — porque envejeció en un soplo y toda su cabeza fué un río — se mordió las manos, cortándose los dedos que tiñeron el piso con diez líneas de sangre.

Cuando el vals ya no estuvo. Cuando las mujeres y los hombres vacíos dejaron de fingir más allá de los muros. Cuando Telca y Elias volvieron a su «esplin» — uno detrás del otro; los dos adormeciéndose detrás de su silencio — por el camino fangoso, esquivando los áramos caídos y abrasados del monte de su padre. Cuando el carrillón de bronce de la iglesia ya había tirado al valle los doce niños que nunca quería, Nirico ya no estaba, hermano, como estamos nosotros.

Los histéricos lo encontraron amotado y solo — cerca de un crucifijo de piedra — con las manos abiertas hacia arriba y la cabeza vacía. Solo.

Sin la sonrisa aquella creciéndole en los labios.

Tal vez lloraron.

Por la ventana abierta sólo entraba la brisa inocentona que sigue a la tormenta...

PABLO R. TROISE

## es contrario a la salud

Esto les provoca a su vez un humor irritable, y el cansancio es visible. Además, por regla general, cuando hace un tiempo que trabajan de noche, el rendimiento baja. La hora más penosa es la de 3 a 4 de la madrugada. LE médico ha constatado en el 75 por 100 de setos trabajadores, vegetaciones acentuadas en la región del estómago, y como es natural las perturbaciones digestivas consiguientes.

El segundo examen tuvo lugar en otro taller en donde trabajaban solamente dos relevos y ningún sintoma de debilidad se percibía. Un buen día, debido a la afluencia de pedidos, el trabajo del segundo equipo, que normalmente se terminaba a las 22 horas, debió ser prolongado hasta las 2 de la mañana. Fueron examinados 152 obreros, lo que dió un resultado análogo al de la primera empresa. El tercer caso se trataba de una fábrica de metales en donde los equipos de la tarde ejecutaban un trabajo más prolongado, es decir, yendo de las 16,30 hasta las 3 y media de la mañana. 159 obreros torneros, soldados, etc., fueron sometidos a examen médico. En el 28 por 100 se constataron disturbios gástricos, en el 39 por 100 pérdida de apetito, y en el 36, irritabilidad nerviosa. Otros exámenes habían establecido ya que en 180.000 casos la frecuencia de úlceras cancerosas, en los que trabajan de noche, se presenta 8 veces más fuerte que en los obreros que ejecutan su trabajo durante las horas del día.

## Vida de CENIT

El proceso de la revista sigue su curso. Al menos por ahora. Dicho curso es el deseado por el café que el año 36 recrutó lo peor de la moreria para matar españoles. Desde luego nada indica que consiga sus objetivos. Y si los consigue peor para él, pues no dejará de constituir un motivo más de deshonra si es que más deshonra cabe en su miserable bote. Por nuestra parte, continuamos pensando en que, si necesario es, el proceso de CENIT se convertirá, habrá que convertirlo, en proceso del ogro. Mas ello mucho depende de los recursos que la revista reciba de sus lectores. Estos, desde luego, ya empiezan a responder formal y decididamente, como lo prueba la primera lista de donantes que publicamos a continuación:

Macipe M. ....	500 frs.
Conesa .....	240 "
Batet Maria .....	5.000 "
Gainzarain .....	300 "
Minguillon .....	500 "
Alloza P. ....	1.000 "
Tiñena F. ....	365 "
Ridao F. ....	2.548 "
Agustí V. ....	1.000 "
Melich .....	1.000 "
Un Nol .....	300 "
Olmos .....	200 "
Un Maño refugiado en Auch .....	600 "
Lectores y amigos de Albi	6.000 "
Latorre Mateo .....	500 "
A. Angel (lectores de Ar- gella) .....	11.400 "
B. de Gaillac .....	700 "
Vaz S. ....	1.000 "
Fresnillo .....	1.100 "
Bienvenido Caro .....	400 "
Mizon E. ....	2.200 "
Díaz .....	5.000 "
Lectores de La Bastide de Rx. (Tarn) .....	15.000 "
Alvaro A. ....	500 "
Pomar .....	2.000 "
Santos Valladolid .....	1.000 "
Fumado, A. ....	300 "
Cossío .....	2.500 "
Maria Batet .....	5.000 "
Uno de Vinaced .....	1.000 "
Lectores de Montech ..	2.000 "
Ramles .....	800 "
García, O. ....	500 "
Macipe .....	500 "
Hierro y Vicenta .....	1.240 "
Rodríguez R. ....	400 "
Cirla .....	1.800 "
Hernández, G. ....	200 "
Aldo .....	850 "
Arias Fuertes .....	210 "
Martorel, D. ....	1.000 "

TOTAL ..... 78.653 frs.

¡Que cunda el ejemplo! La suscripción continúa.



# EL ESPERANTO



**E** L Esperanto hizo su aparición en 1887. Hace de ello 73 años, largo periodo para aquéllos que no miden el tiempo con el reloj de la historia; a penas un infimo instante, un segundo, para todos los que saben apreciar las obras que se hacen con destino a la eternidad, que no tiene principio ni fin, como son todas las relativas al progreso de las relaciones humanas, a la civilización, a la regeneración de la especie.

A 73 años vista, si bien es verdad que no todos los hombres «parolas Esperanto», lejos de ello, no es menos cierto que el Esperanto está empleado y se habla en todos los países por personas de todos los idiomas clásicos, dichos nacionales, sin distinción de origen étnico.

No hay aglomeración de cierta importancia en donde no se encuentre uno o varios círculos de esperantistas, y ello solo ya es un éxito. No hay idioma en el mundo que se haya desarrollado y divulgado con tanta rapidez, constatación que remarcamos para los hombres que, faltos de conciencia y esperanza, se extrañan de ver que una cosa tan fácil, útil y científica como la «Internacia Lingvo» no se haya impuesto ya a todo el género humano. De cierta manera el hecho de que el Esperanto no esté ya adoptado por los diferentes gobiernos e instituciones culturales, y haya conseguido semejante divulgación, es prueba de que crece y se desarrolla a impulso exclusivo del pueblo y de lo popular. De ahí que tenga más mérito. Para los que queremos que los pueblos adquieren sus responsabilidades, la no intromisión de los Estados en una obra de la envergadura del Esperanto no puede más que satisfacernos, pues lo contrario nos parecería sospechoso. Como todo lo racional, la divulgación del Esperanto se debe a algunas individualidades y grupos selectos que han hecho de las ideas internacionalistas su motivo de lucha, y en este caso el resultado no deja de ser sorprendente. Vislumbrando éste, y como consecuencia de la fe que tenía en el hombre, el gran filólogo y humanista que fué Zamenhof, pudo escribir:

«La idea, a la realización de la cual he dedicado toda mi vida, penetró en mí desde la más tierna infancia

sin que jamás me abandonara. Esta idea ha presidido todos mis actos y no puedo pensar que un día me desprenda de ella. Ambos somos inseparables.»

Esta fe es la que levanta las montañas, vence los obstáculos y permite a los hombres el triunfo de la idea. En Zamenhof era la de dotar a la humanidad de un idioma más racional y concreto que los hasta ahora conocidos, para facilitar sus relaciones y universalizar la existencia, ya que lo que más diferencia y separa unos hombres de otros es la manera de hablar. El día que la humanidad disponga de un idioma auxiliar cual el Esperanto, aquel día podrá convertirse en una familia, jamás antes. De ahí que uno de los lemas del Esperanto y de los esperantistas sea: UNA HUMANIDAD UNA LENGUA.

No obstante, aunque no existiese el motivo de orden social mencionado, el Esperanto también se justificaria como lengua internacional desde el punto de vista utilitario y lógico. Utilitario porque en tres meses el Esperanto se aprende mejor que el Castellano en tres años. Lógico, porque, científica y racionalmente compuesto, seis meses de estudio del Esperanto supone todo un curso de lógica.

Para nosotros los desterrados, para todos los que de una forma o de otra han tenido que afrontar situaciones en las que no había manera de comprenderse con las personas que te recibían, la necesidad de una lengua surge con mucha más exigencia. Y hoy, cuando la humanidad está expuesta a sobresaltos y la inseguridad es general; cuando tantos millones de seres se ven obligados a emigrar de su región, unos por dificultades políticas, otros por dificultades económicas, no ver ni trabajar para que al fin el hombre disponga de una lengua auxiliar internacional, de una «internacia helplingvo», ni indica inteligencia ni resurgir social, menos aún progreso.

La internacionalización del idioma es la consecuencia lógica de las realidades de la hora, del progreso técnico, científico y social. Todo está calculado y tiene repercusiones de alcance mundial, los inventos, las ideas

políticas y la relación entre los hombres. Existen alrededor de mil idiomas en el mundo. En el pueblo de Tiflis solamente, se hablan y se usan unos 70 dialectos.

Son estos aspectos los que, por ejemplo, a Mr. Beaufront han hecho escribir: «Dígame lo que se diga, y hágame lo que se quiera, para frenar la marcha, la cuestión de una lengua universal se resolverá no por capricho, sino porque ya la sienten todos los humanos, porque la fuerza del progreso es irresistible.»

Tolstói, que fué uno de los primeros en tomar conocimiento del idioma, pues Zamenhof mismo le consultó antes de darlo a la publicidad, dice: «Los sacrificios que cualquiera pueda hacer dedicando algo de tiempo para el estudio del Esperanto, son tan pequeños y el resultado a que puede llegarse tan inmenso, que nadie debe, en buena lógica, negarse a ensayar.»

Hoy, el comercio, el turismo, la ciencia, los deportes, la política, las organizaciones sindicales, las religiones, todo lo que significa una actividad humana de alcance internacional, sienten la necesidad de una lengua auxiliar. Cada uno obtendría provecho enorme si se adoptara y se generalizara con mayor interés el uso del Esperanto.

Mas Zamenhof, este doctor polonés de origen judío, no se conformó con hacer un monumento lingüístico, le dió además un alma. Su objeto iba más allá de la relación. Cuando los hombres se comprendan, dijo, los pueblos se unirán. Contra esta afirmación está desde luego el ejemplo de las guerras y de las matanzas que cada pueblo ha cometido entre los suyos, pero a favor tenemos también que a la unión de los seres debe anteceder el entendimiento y para poder entenderse es necesario comprenderse.

En virtud de esta idea es por lo que algunos agentes de la reacción se han lanzado ocasionalmente dictando leyes represivas y hasta encarcelando a los esperantistas. El Esperanto es un vínculo moral de hombres y pueblos y es por eso que ha llegado a asustar a los locos del nacionalismo y de la explotación de los hombres. Hacia 1920 en Francia existía cierta predisposición por parte de los maestros para enseñarlo en las escuelas. En 1922, León Berard lo prohibió formalmente. En 1936, Tardieu lo calificó de idioma peligroso. Hitler, el padre del franquismo, también lo anatematizó: «El uso continuo con los extranjeros, de un idioma no nacional, perjudica a los sentimientos nacionales del individuo».

Sin embargo, si torpe fué el pensar que los idiomas nacionales habían de ser nocivos a la marcha de la humanidad porque acabarían con los dialectos regionales, no menos torpe es temer al Esperanto porque un día ponga en peligro y deje en ridículo a los idiomas nacionales.

El gran error consiste en esperar que sean los gobiernos quienes impongan la enseñanza del Esperanto en las escuelas. Conociendo los intereses que priman en las esferas gubernamentales, ya nos conformaríamos con poder asegurar, no que la favorezcan, sino que no impidan la enseñanza. En honor de los que, no obstante, han intentado facilitar la enseñanza del Esperanto deberemos citar a Lucien Cornet, Ferdinand Buisson, Theodore Steeg, etc., quienes con una sesentena de nombres más ya quisieron en 1907 que se permitiera la enseñanza del Esperanto en las escuelas francesas.

¿De qué y cómo está hecho el Esperanto para que pueda afirmarse la diferencia que lo separa de las otras lenguas?

La diferencia de su simplicidad, de su claridad y de su regularidad, al mismo tiempo que de su estabilidad, entonces hipotética, hoy demostrada.

La simplicidad, sin ceder en nada a las otras cualidades, es lo que le da más valor. El Castellano, por ejemplo, conlleva toda una serie de complicaciones de tipo gramatical y etimológico que de ninguna de las maneras pueden justificarse. Más de 4.000 verbos irregulares y más de 250 terminaciones diferentes de las tres conjugaciones regulares del Castellano están reducidas a 12 en el Esperanto, sin que, repetimos, le ceda en claridad ni concreción. Nada abona en favor de los idiomas que tienen varias maneras para formar el plural; nada favorece al Castellano la diferencia de nombres para un mismo grupo de ideas cuando existiendo afijos podría tener, como el Esperanto, una raíz invariable para todo el grupo. Ninguna razón hay para que al árbol que produce la manzana se le llame manzano y al que produce la pera no se le llame pero en lugar de peral. O viceversa. Como ninguna lógica existe en el hecho de que a la hembra del gato se la llame gata, a la del perro perra, a la del burro burra, a la del conejo coneja y a la del caballo se la llame yegua y no caballa. Ninguna lógica ni utilidad favorece al Castellano el que letras como la «c» y la «g», no tengan valor fijo o que otras necesiten la «p» para que puedan representar un sonido o que, como la «h», no sirvan más que de estorbo, jugando el papel de cáscara del huevo que continuará agarrada al culo del polluelo aun habiendo llegado a gallo.

Todas estas dificultades ha sabido vencer y prescindir de ellas Zamenhof, y es por ello que el Esperanto adquiere carácter científico.

Conozco personas, y tú, lector, quizá seas una de ellas, que habiendo tenido la ocasión de frecuentar la escuela castellana y la francesa hanse visto castigados por el maestro cuando refiriéndose a las cosas se han equivocado de sexo. Como si un banco o una maza tuviesen sexo. En virtud de ese capricho de los hombres, hay objetos que para un francés serán del sexo femenino mientras que lo serán del masculino para un castellano: «la» méthode y «el» método, «le» nez y «la» nariz, «le» front y «la» frente, etc., etc. Ello prueba que se le ha dado sexo caprichosamente sin ningún motivo científico que lo justifique. Zamenhof lo resolvió aplicando a todo lo que no fuese específicamente del reino animal la calidad de neutro.

La gramática castellana, ese montón de incongruencias y de dificultades que tan inútilmente hacen sufrir al estudiante y a todo el mundo hace perder un tiempo precioso, en Esperanto está reducido a la mínima expresión, pues tan sólo se cuentan 17 reglas sin que ninguna conlleve excepciones.

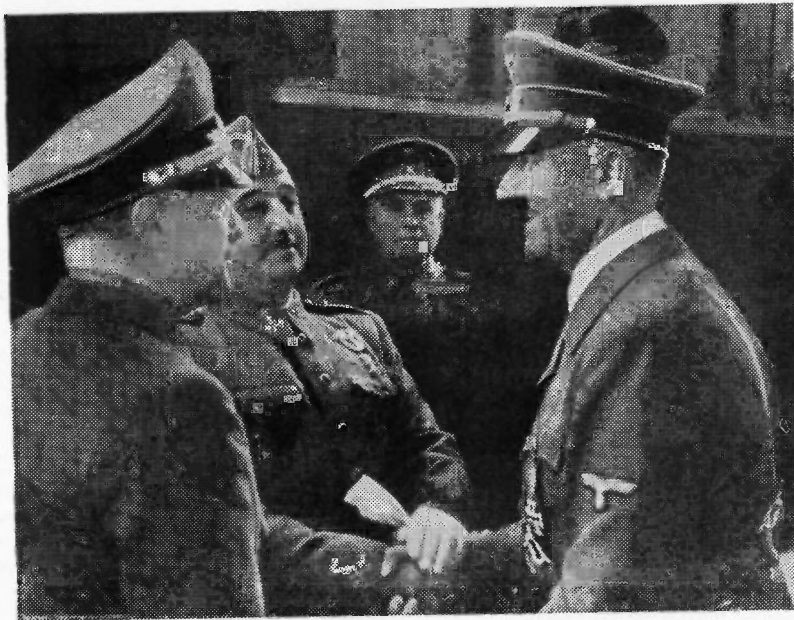
Por sus cualidades, su construcción, su origen — compendio, no aglutinación, y selección de los idiomas hablados — su objeto y su neutralidad, fácil es comprender el papel que el Esperanto está llamado a jugar en la historia de las relaciones humanas, motivo por el cual el autor merece ser recordado por todos y el Esperanto estudiado por cada uno.

# MICROCULTURA



184. — Juan de Balue fué ministro de Luis XI de Francia, encerrado por orden de éste en una jaula de hierro de 1469 a 1480, por haber conspirado con Carlos El Temerario.
185. — «La condenación de Fausto» fué compuesta por el gran músico francés Héctor Berlioz (1803-1869).
186. — El Cáucaso se extiende entre el mar Negro y el Caspio.
187. — España ha tenido siete «constituciones». La de 1812, de 1837, de 1845, de 1856, de 1869, de 1876, de 1931.
188. — Doce lectores precedían a los cónsules romanos.
189. — Casi un millón de peces pequeños: «Gambusia affinis» se emplean en las aguas infestadas de mosquitos, cerca de Los Angeles, todos los años. Este diminuto pez limpia las aguas de toda larva o huevo de tan molesto insecto.
190. — El «Club de los Cordeleros» fué fundado por Dantón, Marat y Desmoullins.
191. — Muchos animales que tienen que vivir en zonas frías poseen un pelaje blanco en invierno, lo que los hace menos visibles en la nieve.
192. — Según la Enciclopedia Británica, más de la mitad de los mellizos nace prematuramente.
193. — El fluorspar es un metal que facilita la purificación del acero.
- 94. — Los arrancadores eléctricos para automóviles empezaron a usarse en 1911.
195. — El uranio, famoso elemento de la destructiva «bomba atómica» era usado hace siglos por los romanos para colorear el vidrio.
196. — Las copias fotográficas pueden ser impresas en telas por un procedimiento similar al de las fotografías comunes. Para ello se hace pasar luz a través de un negativo y se impresiona la tela que se ha hecho sensible por un tratamiento químico.
197. — La caldera que llevaban ciertos ricachos de Castilla, indicaba que mantenían a su costa a la tropa mercenaria.
198. — La de Basilea (Bále), fundada en 1460, es la Universidad más antigua de Suiza.
199. — El tipo de la coquetería femenina es Galatea, heroina de una de las églogas de Virgilio.
200. — Joaquín Dicenta (1860-1917) fué un escritor español de significado social. Su mejor obra según los críticos es «Juan José».
201. — El nombre de Lincoln procede de la ciudad inglesa del mismo nombre, que primitivamente se llamó «Lindon» y que los romanos, al ocupar la Gran Bretaña, la llamaron «Lindum».
202. — Medio millón de estadounidenses se encuentran ahora (1959) tullidos, a consecuencia de la esclerosis múltiple.
203. — El 15 de marzo de 1917 abdicó el zar de Rusia Nicolás II.
204. — El «fluzin» es la acumulación morbosa de humores en cualquier órgano.
205. — El segundo alpinista que escaló el Mont Blanc fué Horacio Benedicto de Saussure, físico y naturalista suizo.
206. — El «garrobo» es un saurio de fuerte piel escamosa.
207. — La «heparina» es una sustancia contenida en el hígado y en el pulmón.
208. — Las «fórfolas» son escamas que se forman en el cuero cabelludo.
209. — «Las aventuras de Arturo Gordón Pym» fueron escritas por Edgard Allan Poe, novelista y poeta norteamericano.
210. — El 14 de agosto de 1540 se descubrieron las islas Malvinas.
211. — Una «hepatoperia» es una operación destinada a fijar el hígado flotante.
212. — El nombre de Nicaragua procede del cacique Nicarao, que en 1519 vivía allí con 35.000 indios.
213. — Se han obtenido mellizos en plantas de maíz por medio de la exposición de su polen a los rayos X.
214. — Se citan no menos de 30 enfermedades de las que la mosca es importante vehículo de contaminación.
215. — A Rodolfo Kreutzer, compositor y violinista francés, dedicó Beethoven la célebre «Sonata a Kreutzer».
216. — El «maqui» es un arbusto chileno de la familia de las liliáceas.
217. — Se entiende por «laxación» la falta de fuerzas y de tensión en las fibras.
218. — La «jeringuilla» es un arbusto de la familia de las filadelfas.
219. — La «nalicina» es un anestésico local patentado, a base de cocaína y trinitrina.
220. — La obertura «La Tempestad» fué compuesta por Pedro Ilitch Tchaikowski.
221. — El poeta colombiano Diego Fallón nació el 10 de marzo de 1834.
222. — La novela «La Carta» fué escrita por W. Somerset Maugham, novelista y dramaturgo inglés.
223. — La «marcela» es una planta aromática y medicinal americana.
224. — El 3 de mayo de 1500 tuvo lugar el descubrimiento del Brasil.
225. — El «laxismo» es un sistema de doctrina en el que domina la moral laxa o relajada.
226. — La melatonina es la primera hormona aislada de la glándula pineal.
227. — Los accidentes les ocurren con más frecuencia a los niños que a las niñas.
228. — En un vuelo normal la mosca recorre siete kilómetros por hora.
229. — El licenciado Espinosa fué el primer español que desembarcó en Nicaragua (1519).
230. — Una esponja de casi un metro de largo, obtenida en Florida, alojaba 17.120 otros animales, incluso peces.
231. — Indican los estudios que el individuo común puede esperar que su peso aumente de uno a dos kilos cada cinco años, hasta llegar a los sesenta años de edad.

GRAFICOS DE AYER Y DE HOY



Fraternidad de Armas



Honor de Soldado



## Ediciones «CENIT»



«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama .....	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios .....	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure .....	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny .....	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Roeker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau .....	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentin Camp .....	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:  
« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse



# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



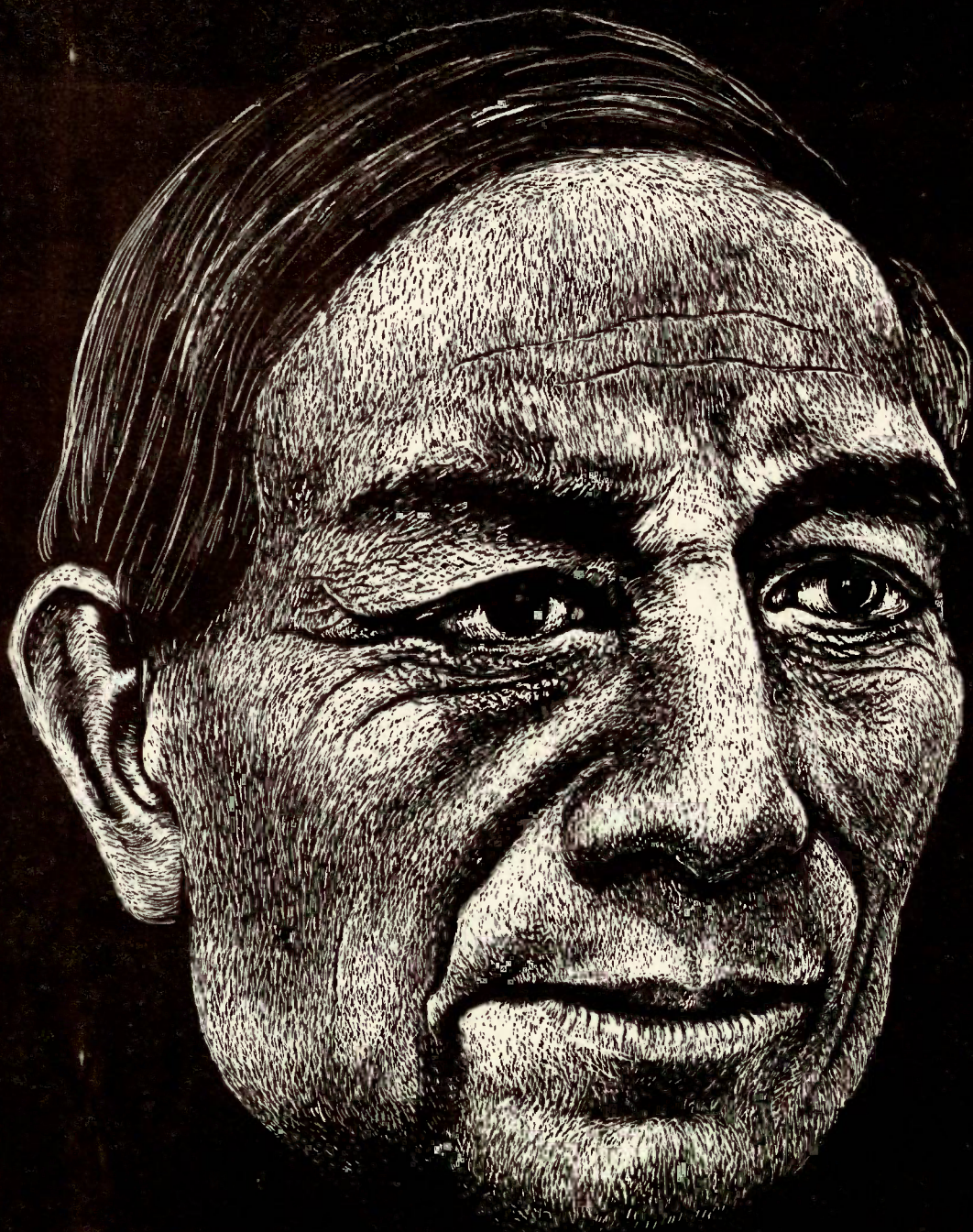
**Pedro Dorado Montero:** El Delito. — **H. Plaja:** Terciano sobre una supuesta crisis del anarquismo. — **José Peirats:** Ideas negras. — **Puyol:** Trabajos de hombre. - La marcha del hombre hacia el hombre. — **Soledad Gustavo:** Rubens. — Selección de **V. Muñoz:** El pensamiento vivo de José Prat. — **E. Relgis:** La literatura de la guerra y la era nueva. — **C. Lizcano:** Inteligencia y conciencia. — **F. Alaiz:** Cortesía superpuesta. — **A. Samblancat:** Nepotismo criollo. — **Fontaura:** Larra y el periodismo. — **A. Carsi:** Libros viejos ideas nuevas. — **Campio Carpio:** Leyendo a Ramón Cabanillas. — **F. F.:** El filósofo y el gato. — **P. Bravo:** Conceptos. — Una carta de la hija de Miguel Bakunin. — **M. Celma:** La vida y los libros. **Suno:** Microcultura.

# 111

MARZO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



41P 5523



## NUESTRA PORTADA

# Benito Juárez García (21-3-1806 18-7-1872)

Habrán seres inferiores en todas las razas, mas no hay razas inferiores, En cualquiera de éstas se encuentran hombres que encarnan la justicia, la dignidad y el saber en su concepto más humano. Los indios de América, a los que tan despiadadamente combatieron y casi exterminaron los «cristianos» europeos, tuvieron en Benito Juárez la encarnación de su raza rebelde y el representante atento siempre a la voz angustiosa de los que pedían TIERRA Y LIBERTAD. A esta divisa hizo honor toda su vida, lo mismo cuando no podía calzarse, dada su condición miserable de niño indio, como cuando presidía los destinos del pueblo mejicano. Creyente y todo — no fanático — Juárez se opuso como el que más al imperio que la religión — fuerza mundana más que espiritual — ha intentado ejercer siempre sobre cuerpos y almas.

Como Sarmiento, tenía fe ciega en la revolución en tanto que antipoda de dogmas ya religiosos, ya políticos. «Asegurar al individuo el pan y la libertad que por naturaleza le pertenecen» es la divisa que ha colocado por encima de todos los sistemas y de todas las teorías.

Pueden los hombres de todo color y nacionalidad tomar ejemplo del Benemérito Mejicano cuando de oponerse a la ambición y a la brutalidad se trate, pues no otra cosa hizo toda su vida, incluso, y quizá especialmente, en el periodo en el que estuvo a la cabeza de la República de Méjico.

Benito Juárez García luchó contra los obispos, contra los generales, contra los banqueros y contra los reyes de Europa coaligados.

Luchó... como el pueblo español el año 1936. Y ya es decir algo.

## CENT

### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

#### Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

#### Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



# EL DELITO

En realidad, no es posible dar otra definición del delito sino ésta: Todo acto que la ley de un Estado o el arbitrio de un poderoso (como acontece con los caudillos militares en tiempos de guerra o en circunstancias análogas) prohíbe y castiga. Saliendo de aquí, se cae necesariamente en el vivero complicadísimo de las concepciones individuales. Y la prueba de ello es bien fácil. Por un lado, toda persona cuyos fines y puntos de vista no sean los mismos que los de los depositarios del poder público, y que, por consecuencia, no tenga interés en someter su propio criterio al de éstos, a poco que examine las leyes penales vigentes, encuentra motivos abundantes para censurarlas; en estos casos es cuando se pone en evidencia el abismo que separa el derecho legislado (encarnación del derecho natural) según el punto de vista del legislador y el derecho natural, entendido este último en armonía con la concepción propia del que juzga. De prevalecer el criterio del derecho natural o racional para la determinación de los hechos delictuosos por su propia naturaleza, como parece que debía suceder, y no el del derecho legislado, correríamos el riesgo de que hubiese tantos criterios como individuos, o poco menos. Por otro lado, cuando los escritores de materias penales se proponen fijar el concepto del delito, parten generalmente del supuesto de que, a lo menos para las necesidades de la práctica, es necesario que los hechos delictuosos que hayan de ser perseguidos como tales están comprendidos de antemano en la ley (Nullum crimen sine lege). Pero al propio tiempo declaran con el fin de librarse del arbitrio caprichoso del legislador, en el que podríamos muy bien caer, como con facilidad se comprende; declaran, digo, que el legislador no debe incluir en la ley, como delitos, más que los hechos que sean tales según el derecho natural. Por eso se han esforzado en hacer la delimitación del concepto del delito de su propia naturaleza, independientemente de la ley, o sea de los hechos injustos e inmorales que el legislador debe prohibir bajo la amenaza de una pena. Y ésta es la hora en que los escritores aludidos no han logrado ponerse de acuerdo, ni es tampoco fácil que lo logren. Cada cual tiene del delito en sí diverso concepto que los demás; el catálogo de hechos delictuosos es distinto en unos que en los otros, y así, faltos de un signo exterior que nos sirva de guía, resulta que no sabemos cuáles sean los hechos en sí lícitos y cuáles los ilícitos.

Parece, en vista de lo anterior, que no hay posibilidad de librarse del antojo legislativo (más o menos fundado y racional, si así cabe decirlo) en la materia que nos ocupa, y que no existiendo acciones que sean delitos por su propia naturaleza, independientemente de toda circunstancia de tiempo, lugar y persona, sólo vienen a ser tales aquéllas que caprichosamente prohíben y castigan los que mandan.

En gran parte así es, en efecto, y así ha sido en todas las épocas y en todas las agrupaciones humanas organizadas políticamente. La primera preocupación de cuantos han ejercido o ejercer el poder, y en general de todos los que ocupan una posición preeminente, ha sido y es asegurar su dominación y privilegios.

PEDRO DORADO MONTERO



# Terciando

## sobre una supuesta crisis del anarquismo

**E**N una a modo de «charla comentada», que hace unas semanas se celebró en Méjico, hemos escuchado con agrado, y con tristeza a la vez, la lectura del contenido de un trabajo magnífico y acertado, exhumación de un tema olvidado, y cuyas causas son explicables, debido a uno de nuestros más activos compañeros que riegan sus esfuerzos en las páginas de nuestras revistas y publicaciones, de manera incansable y fecunda. Hemos dicho acertado y queremos agregarle tres palabras: hasta cierto punto.

De dicha lectura se sacaron diversas interpretaciones en cuanto a lo que constituye, de dicho trabajo, algo así como un lamento al observar el panorama poco ubérrimo de nuestro movimiento anarquista, en el sentido intelectual, y de conglomerado internacional, según el autor de dicho trabajo, y según también, el criterio de cuantos en el acto de examen y discusión de dicho trabajo, tomaron parte.

Nosotros, por nuestra parte, varias veces hemos registrado el hecho con las debidas reservas encaminadas a demostrar que son muy diversas las causas que intervienen en esta supuesta crisis.

La veracidad, la realidad de cuanto enumera el documento publicado por el querido amigo José Peirats en CENIT (1), es indesmentible, aun cuando no en su totalidad. Y, repetimos, no lejos de una relativa realidad.

Pero, por lo mismo, no es fácil, casi imposible, compartir ciertos aspectos de las manifestaciones o posiciones de cuantos en el debate tomaron parte.

Situemos el problema: No disponemos de elementos suficientes, con la capacidad de interpretación que compete al anarquismo, como corriente filosófico-social, en su aspecto general, y frente a los problemas que se debaten en este mundo inquieto. Exacto. Van desapareciendo las pocas y más o menos equilibradas mentalidades que aún nos quedan. Y en su reemplazo no andamos demasiado afortunados. Quiere decirse que las sustituciones no se vislumbran, por ahora, abundantes. Imperceptiblemente, casi, hemos perdido pues, en calidad inapreciable, exponentes del anarquismo y, a la vez, interpretadores de los problemas humanos emanados de las fallas registradas en las corrientes políticas, sociales y filosóficas, en las que, hurgando nos permitían poder sacar conclusiones coherentes en relación con la hora presente, para convertirlas, más tarde, en soluciones probables para ser aplicadas a un futuro adverso al sistema capitalista que nos embarga actualmente. Y

no obstante, el panorama de nuestro movimiento aparece más amplio y más dilatado, ante la quiebra de los valores ficticios del Estado, y en relación a los contingentes medianos, y a la existencia de una superioridad numérica de partidarios asiduos que constituyen la más viva esperanza para un futuro indeterminado.

Ahora bien: algunos amigos se lamentan de la carencia de elementos de «calidad intelectual». Pero registran, a la vez, la existencia del siguiente fenómeno: en otras capas indefinidas, vemos aparecer expresiones que no están muy emparentadas con las proletarias, sino íntimamente adscritas a las de la intelectualidad de tendencia liberal-burguesa; de la economía y de la literatura avanzadas. Se observa, pues, el estudio de las ideas modernas, se cita a sus exponentes, y todo ello coincide, en su expresión teórica, con las ideas anarquistas. O, si usamos de mayor atrevimiento, desemboca en ellas.

Existe, pues, el hecho de que algunas de nuestras proyecciones, algunas de nuestras teorías sobre diversos aspectos de la vida humana moral, y de la economía y la sociología son interpretadas, y aisladamente aplicadas, a la vida ordinaria de ciertos estamentos estatales, o al margen de ellos. Quiere decirse que ciertas premisas del anarquismo, en diversos aspectos repetimos, son aceptadas, propagadas y hasta practicadas por entidades que no se dicen ni son anarquistas; ajenas completamente al movimiento orgánico de las mismas; que no están vinculadas, ni de cerca ni de lejos con nuestro movimiento libertario; ni nos conocen íntimamente, pero que,

(1) Los artículos firmados por José Peirats y publicados en esta revista, son los siguientes:

«Zaragoza a la vista» en el número 1. «La C.N.T. en la Revolución Española», en el número 9. «Consideraciones sobre el pacifismo», número 11. «Sobre la pretendida crisis del anarquismo», números 12 y 13. «Existe un anarquismo científico», número 14. «En torno a la propaganda, ¿calidad o cantidad?», número 15. «Los medios y los fines», núm. 16. «Pequeña excursión por el mundo de principios de siglo», núm. 20. «Un ilustre desconocido: Santayana», núm. 23. «Conciencia histórica», núm. 24. «La razón de Estado, el sacrificio y la reacción sentimental», núm. 26. «Semblanza de Rabelais», núm. 29. «Objetivo público número uno», núm. 30. «El pacto C.N.T.-U.G.T.», núm. 31. «Mi descubrimiento de Krishnamurti», núm. 43. «La autoridad», núm. 49. «Iniciación»

aun sin saberlo, tal vez, van convirtiéndose en intérpretes y practicantes de todo aquello que el actual sistema capitalista y político, impide a los anarquistas practicar libremente.

Para nosotros, el hecho citado, por sí solo, ya debería constituir un triunfo, un gran placer moral. Que una parte mínima de nuestro ideario, y de nuestro programa realizador, en el orden que ocurra, sea compartido y practicado por elementos o colectividades que nada tienen, aparentemente, de parentesco con nuestra ideología y nuestro movimiento, es algo que ha de agradarnos, estimularnos y enorgullecernos. Ello no le quita ni resta nada al anarquismo. Al contrario. Aun sin nombrar la procedencia, ni quedar catalogadas tales concepciones, al practicarlas, ya resulta una valoración definitiva, no absoluta, del contenido de nuestras ideas anarquistas.

Ahora bien. Ya hemos dicho en otros trabajos, que existen muchas personas de gran cultura y sabiduría que disponen, en su arcano espiritual e intelectual, de un caudal de expresiones, que las definen como ni un milímetro lejanas o separadas de nuestras ideas. Y cuya distancia personal debe atribuirse a razones diversas, y muy alejadas de nuestra sicología de luchadores y de hombres de brega, de acción permanente, que no quiere decir violencia sistemática en la calle, como nos atribuyen nuestros adversarios, nuestros detractores.

Todos sabemos que el mantenimiento firme y consecuente de nuestras ideas, cuesta muchos esfuerzos de todo orden. La ostentación pública acarrea siempre toda clase de persecuciones interminables contra los que osan poner en entredicho la bondad del Estado, de este régimen capitalista y de sus castas dominantes, política y económicamente. En una palabra, la propaganda acarrea toda clase de inconvenientes que soportan con estoicismo y gallardía los hombres de las clases socialmente consideradas populares, en esta escala de absurdas calificaciones de la humanidad. El campo anarquista es campo de sacrificios permanentes. No se obtienen canonjías y si grandes desgarramientos de todo orden. A veces se pierde la vida por el ideal. Pero al margen de nosotros, el hecho se produce a la inversa. Los afectados por nuestra causa, por nuestras sanas y humanas interpretaciones anarquistas, ya sea parcialmente, o bajo otras formas, pertenecientes a las llamadas capas superiores, o de la llamada intelectualidad, no han sido adiestradas ni preparadas adecuadamente para soportar las incon-

veniencias de una persecución autoritaria por mantener estas ideas eficazmente. Los medios ambientes en que estas clases se han desarrollado, están muy lejos de parecerse a los medios ambientes en que se han desarrollado la mayoría de nuestros autodidactas, ya que son originarios de las filas proletarias, y cuyo esfuerzo para superarse intelectualmente, solamente ellos conocen y aprecian en su justo valor. Para estos últimos, la Universidad ha sido la cárcel, refugio al que han agradecido el haberles deparado la ocasión de ser lo que son.

Para los que han visto asomar en su epidermis moral la fiebre de un sarampión molesto, como parece serlo, para algunos snobs, el de interpretar los problemas humanos y sociales, desde el punto de vista de la filosofía anarquista, sin que esta denominación sea por ellos apenas conocida integralmente, no les resulta demasiado fácil abrazarla abierta y definitivamente, sin arrostrar con ello todas las consecuencias ingratas que se infieren de tan gallarda actitud. Ello comporta, como ya hemos dicho, infinidad de sinsabores y sufrimientos de orden personal y atentatorios a todas las comodidades materiales que la vida brinda a los que saben adaptarse bajo la protección o amparo en otras agrupaciones o sectores que no abominan de la arquitectura convencional y política del Estado.

En una palabra: Por razones comprensibles, y cuya consecuencia se deriva del hecho de que las clases reaccionarias tienen gran interés en hacer aparecer al anarquismo como una «maffia» destructiva, los hombres de la intelectualidad, más o menos con inquietudes superiores, han sentido vacilante miedo en incorporarse definitivamente a nuestra corriente.

Todavía hoy, la palabra anarquía es sinónimo de «destrucción», de terrorismo y otras lindezas con que nos endosan sus críticas nuestros adversarios, a falta de nuestro ideal.

Y ello, naturalmente, implica el miedo a ir a parar a la cárcel a quienes se sintieran inclinados a abrazar ideas tan generosas como las nuestras. Y como, por otra parte, nuestro campo no es un campo en el cual se cosechen prebendas, sino persecuciones y sacrificios, repetimos, de aquí que el miedo guarde la viña aun a costa de una indigna sumisión de estas figuras del intelectualismo, cuya falta de arrestos nos explicamos perfectamente.

## II

Es por tantas y tantas razones, presas en el convencionalismo corriente y común, por lo que, aquellos que habiendo cursado estudios superiores pudieron crearse una posición material holgada, y al margen de cualquier contingencia atentatoria a los privilegios conquistados por esta vida misma, por lo que no se sienten demasiado inclinados al sacrificio por mantener enhiesta la bandera de un ideal cuyo solo nombre, como ya hemos dicho, es considerado falazmente como expresión de caos y de desorden. Y estos elementos, aún deteniéndose atentamente en el análisis del verdadero significado de la filosofía anarquista, sienten una gran preocupación pensando que si se incorporan a la corriente de este nombre, la sociedad entera en que viven les cerrará los caminos de su prosperidad económica y material, por cuyo motivo optan siempre, en general, por adaptarse al medio y vegetar, dejando de ser útiles a la causa de la liberación moral y material de la humanidad.

ideológica», números 54, 55, 58 y 63. «El proceso de la justicia». Reflexiones sobre la condición humana», núm. 70. «De la verdad a las consecuencias y de las consecuencias a la verdad», números 78 y 79. «El hombre como medida de todas las cosas», núm. 85. «La reforma del derecho civil en España», núm. 89. «Fascismo y democracia, dos calamidades turnantes», núm. 90. «El anarquismo ante la actualidad internacional», núm. 97. «La síntesis Nicolai-Einstein-Nettlau», núm. 102. «Estudiemos a Max Nettlau», núm. 104. «El héroe de la Revolución Española», núm. 109.

Además Peirats ha comentado los libros siguientes: «Lessons of the Spanish revolution», de Richards; «Un trentenio di attività anarchica». E. l'Antistato; Il movimento libertario spagnolo». e I. González; y «Las ramblas finissen à la mer», de J. L. Villalonga.

Es, pues, innegable, para esta clase, que una de las molestias inmediatas a su incorporación, sería la pérdida del pan, y el verse constantemente en peligro de perder también la libertad. Y esto, para ciertas gentes, es más duro que someterse al que paga, por estarse quieto.

Topar con la iglesia se llama enfrentarse con todas sus consecuencias al actual «statu quo», lleno de amenazas subsidiarias y directas contra quienes se atreven a poner en paños menores las lacras que le sirven de sustentáculo.

Lanzarse a la propaganda de ideales humanos, como el anarquista, significa, de siempre, la hipoteca de la libertad y de la vida. La defensa y propagación abierta y efectiva de este nuestro ideal, conlleva, sin duda alguna, a la pérdida de la tranquilidad hogareña; a la neutralización de la calidad de las amistades que a uno le rodean; al estancamiento parcial de las cualidades creadoras de la inteligencia, que sirven de norte a la conducta moral del hombre que no quiere amoldarse a las normas sociales en vigor, hijas de la hipocresía de los más, y de la vobardía y maldad de los menos en mantenerlas.

Está pues claro que, a pesar de los avances más o menos perceptibles que se manifiestan en capas intelectuales, ajenas al movimiento anarquista, la incorporación de algunos de estos ejemplares elementos se hace difícil a tenor de los antecedentes expuestos.

Ahora bien; pese a todo, hemos de convenir en que, la labor, la semilla de nuestras ideas en surcos ajenos a nuestro campo específicamente proletario, el más apropiado, no es despreciable si llega a producir, aun cuando muy lentamente, sus efectos esperanzadores. A veces una sola voz ha tenido la virtud de conmover al universo en algún caso donde la justicia era atropellada.

Lo importante, de todos modos, es el hecho de ver incorporados a otras fracciones del pensamiento avanzado, el destello, vago o singular, de nuestra filosofía, de nuestras proyecciones anarquistas que un día, no puede precisarse, habrán de florecer como norma de con-

ducta, de vida plena y de civilizada interpretación de la libertad y la justicia en otra sociedad.

No cabe por tanto, ser pesimistas. Las elaboraciones del cerebro no suelen avanzar tan de prisa como las de otras cualidades humanas. Desde que la humanidad anda a tientas, que el deseo de superar las condiciones del hombre han tenido manifestaciones sin cesar un momento. Rudimentarias, y tal vez sin la claridad conceptual actual, y necesaria, para acelerar la realización de este deseo. Pero el camino, aunque largo, ha permanecido abierto para los audaces del pensamiento, y para que el deseo de la llegada a la meta se mantuviera siempre, guiados por la lucecita interior, llena de esperanza en el mañana cierto.

Ahora bien: Para nosotros, y lo que vamos a decir lo ha venido comprobando la experiencia de los últimos cincuenta años, el lugar más adecuado para que nuestras ideas hallen buen contingente de simpatizantes, de adherentes firmes, lo constituye el sindicato. Es ahí donde hay que laborar. Es en este crisol donde se funden las verdaderas ansias colectivas de manumisión, y donde se generan las esperanzas de todo patrimonio moral y material de los desheredados de todo orden, donde cuaja y se agita de verdad nuestra labor y nuestro proletarismo batallar diario.

En los sindicatos, los trabajadores hallan su medio de defenderse de la explotación, pero al mismo tiempo encuentran en el seno de su organización profesional, los elementos que los han de iniciar en el camino de las realizaciones de una vida mejor, más humana, más digna y más libre y fraternal.

La experiencia, sobre todo en España, nos ha de aconsejar aceptar esta posibilidad y verter en los organismos proletarios todo el caudal de nuestros conocimientos, de nuestras actividades y de nuestras posibilidades realizadoras. Dejar en manos de los eternos explotadores de la bondad y de la ingenuidad humana esta labor, es caer en complicidad con el delito de traición de los demás sectores políticos y estatales.

H. PLAJA



*Nota para el lector:*  
 Advertirán nuestros lectores que el folletón «Historia de las revoluciones del siglo XX» ha sido interrumpido. Ello obedece a fuerzas ajenas a nuestra voluntad, quedándonos, no obstante, convencidos de que pronto podrá reanudarse la continuación del libro. — NDLR.

# IDEAS NEGRAS

**H**ACE ya algunos años, cuando se atisbaba apenas la espeluznante tragedia que el mundo acaba de vivir, llevados por el pesimismo y puede que por la sinceridad, se susurraban a nuestros oídos palabras de desaliento envueltas con el frágil envoltorio de la timidez. Ciertas ideas no maduras, ideas negras en su mayor parte, nacen y merodean en la intimidad de nuestra conciencia antes de apuntar al exterior en busca de irresistible contacto y contraste. La timidez inicial suele trocarse en arrogancia cuando la causa de nuestra tortura, disparada entre balbuceos y frases cortadas, vuelve a nosotros como un eco, resultado de impactos más o menos directos en la conciencia de otros hombres igualmente torturados.

Eran los tiempos precursores de la gran pendiente del movimiento obrero revolucionario. Acabábamos de entrar en el ciclo de las dictaduras y de los fascismos. La gran oleada nos vino de Oriente, de la inmensa Rusia, pasto de voracidad de los dictadores rojos.

¡Cuánto habíamos amado aquella tierra tan fecunda, cubierta de flora exuberante de artistas, pensadores y poetas! A la vuelta de aquella ilusión rota, la crisis moral se cebó en nosotros como un cáncer. Todavía perdura. Seguirá perdurando, señora de nuestras ilusiones y de nuestro destino, hasta que librados al juego favorable de los imponderables, o sacudidos por los arrebatos de una rebeldía íntima, pongamos fin a un ciclo de decaimiento y de postración moral.

Los grandes acontecimientos de la historia tienen una influencia prolongada en el espíritu de muchas generaciones. Los hechos de los hombres, de la voluntad y del deseo de los hombres, son los solos factores trascendentales capaces de determinar y definir una nueva época. Un acontecimiento señalado en un momento preciso, acontecimiento humano, mezcla de heroísmos y de sangre, imprime un rumbo distinto a las inquietudes. El hombre contemporáneo comprende poco y siente menos el influjo de las causas materiales simples. El mismo hombre ha alcanzado un grado de evolución que le inmuniza de ciertos efectos directos del medio físico. El Renacimiento, la Reforma, la Revolución Francesa y la misma Revolución Rusa, acontecimientos animados por la presencia del hombre, han tenido una más profunda repercusión en nuestra mentalidad que las catástrofes telúricas, las plagas y pestes súbitas y hasta los descubrimientos casuales, con ser éstos producto de la actividad humana.

El ciclo histórico greco-romano fué árbitro de la moral, inclinaciones y costumbres de muchas generaciones sobrevivientes al esplendor de Grecia y el poder de Roma. La Reforma y la Revolu-

ción Francesa han marcado hondas huellas en la sociedad moderna. La influencia de aquellas revoluciones decae precisamente al producirse la hoguera de la Revolución Rusa. Bien que los acontecimientos de Rusia tengan raíces profundas en los anteriores acontecimientos — la escuela comunista arranca del ala radical babuvista — no es menos exacto que los hechos de 1917 tienen carácter y supremacía propia.

Producida la revolución rusa, comprobadas y ampliamente debatidas sus tendencias, el hecho en sí no deja de marcar una época y abrir un nuevo ciclo en las inquietudes de los hombres. Estamos situados dentro de este ciclo partidarios y antagonistas del bolchevismo. Todo lo acaecido en Europa y en el mundo desde octubre de 1917 está íntimamente ligado a la caída de los zares, a la revolución bolchevique, a la dictadura del proletariado. El fenómeno fascista es un hecho subordinado a la gran oleada que nos vino de Oriente.

El fascismo nace en Italia como un eco. Hungría, Portugal, Irlanda, Polonia y también España—regímenes de Primo de Rivera y Franco—se suman a la dictadura como reflejo anticomunista con o sin problema comunista interior. Uno de los tópicos principales de la dictadura de Hitler es la fobia antibolchevique. La segunda guerra mundial es un producto madurado de la mentalidad totalitaria, engendro de la época totalitaria inaugurada por el bolchevismo. La llamada guerra antitotalitaria tuvo por aliados a los genuínos representantes del totalitarismo y estuvo enfocada contra el nazismo y fascismo, que eran expresiones subordinadas a la gran causa, moralmente triunfadora tras la sarcástica ceremonia de la «rendición incondicional».

Lo acaecido después del armisticio marca el momento algido de esa infección colectiva elevada a la categoría de época por el triunfo del bolchevismo. Las llamadas democracias convierten la Carta del Atlántico en una entelequia so pretexto del comunismo. El papel de Franco y las particularidades estratégicas de la España de Franco, son salvaguardados so pretexto del comunismo. Se trabaja febrilmente en la energía atómica so pretexto de mantener la paz. Se restaura el poder económico, financiero y militar de las potencias vencidas so pretexto del comunismo. Se interviene en Grecia, en Palestina, en China y en cierto modo en Francia, en Italia y en los países de América, o se deja de intervenir, siempre so pretexto del comunismo. Todas las inquietudes de nuestra época, especialidades, estamentos, instituciones y clases, giran alrededor de una obsesión única: la animadversión o la simpatía hacia el comunismo. Los raquíticos movimientos sociales se debaten en estertores anti o filocomunistas. La intelectual-

dad vacila, rinde sus armas o vuelve éstas contra el decoro, contra la dignidad y contra el pueblo por o contra el comunismo.

Las corrientes revolucionarias no han escapado a las influencias de este terrible torbellino de la época. Las corrientes revolucionarias son siempre las más afectadas tras el desencanto de una revolución. Las influencias de la revolución rusa no han podido ser más nocivas en los medios revolucionarios obreros. No hay factor más corrosivo de la moral revolucionaria que el mal ejemplo de una revolución. Los efectos de la revolución bolchevique han sido desastrosos. Los movimientos obreros y la intelectualidad avanzada han sido pulverizados tras esa terrible prueba. A la desintegración y atomización de las organizaciones, producto de la erosión comunista, ha sucedido una fase de aplastamiento moral con su flujo y reflujo de contradicciones, creando un ambiente de desorientación y vencimiento. En este ambiente de apatía, de desmoralización y de escepticismo, se afina el imperio de las ideas negras. Ideas negras con marcada propensión hacia el fatalismo y la renunciación pura y simple.

Sin embargo, en la historia humana, factor decisivo en el espíritu del hombre, los acontecimientos

suceden a los acontecimientos y las épocas a las épocas. La que vivimos es una época más, predestinada a un ciclo más o menos prolongado, pero irremisiblemente mortal como todas las épocas. Otro acontecimiento histórico puede marcar mañana mismo los albores de una nueva época capaz de imprimir un rumbo diametralmente opuesto a los acontecimientos actuales.

¿Fruto de la casualidad o del juego caprichoso de los imponderables? No existe capricho en los imponderables. Un hecho indefinido, difícil de precisar, puede producir una serie de hechos convergentes en un hecho cumbre. Y este hecho supremo, nacido de un imponderable, puede variar el ritmo de la historia, abocarnos a una nueva época. Los grandes acontecimientos históricos surgieron de hechos imponderables. Nadie puede precisar de dónde partió la chispa que provocó la explosión. Seguramente de la actividad silenciosa del hombre en lucha constante contra las ideas negras. De su tenacidad en no dar cobijo ni convertirse en eco de susurros de desaliento, balbucientes y tal vez sinceros, con el frágil envoltorio de la timidez.

JOSE PEIRATS

## TRABAJOS DE HOMBRE

Los ricachos y pudientes de aquel pueblo entre navarro y aragonés, tan en la «muga» que son mitad y mitad, tenían menos preponderancia que los pobres. Allí dicen «muga» a la juntura de terrenos distintos con un mojón escrito por las dos caras, y la preponderancia significa que hacia naturalmente! más pobres que ricos. Preponderancia numérica; algo es algo...

En busca de amo acudian todas las mañanas a la plaza. Gente sobrancera, sin patrón ni jornal fijo, la mayor parte con obligaciones. Muchos jornaleros y pocos jornales. Las casas ricas y las de pan y puerco tenían ganancia de plantilla. Pero si llevaban algún loguero, el cachicán buscábalo con candil entre los propinuos al burgués por razón de política.

Holgaban por fuerza mayor los legones, descansaban los arreaques y guardaban fiesta, sin serlo, los demás instrumentos camperos. La necesidad diaria era lo único que no paraba... ni la mocetina de pedir pan a sus madres.

— Pequeña, corre con la tarja a lo de Galo y que te muestre un pan, si a bien lo tiene.

El cabeza de casa, sin saber el sí o el no, toma el zurrrón de piel de cabra, la gayola con el hurón y el roten de vuelta.

— ¿Ande vas con ese equipaje, fato?

— Hembra tenías que ser pa que el perro a comprender te ganase.

— ¡Ya, pero no quiero que vayas!

El hombre negro por dentro y el braco canelo por fuera salen a la calle: al cazador furtivo le dicen «Mandarrón» (por la blusa larga que teniendo empleo en el Garapito usaba), al chucho lebrero «Mazzantini» (esto no sé por qué).

En el Alijar de los Ababoles tropieza «Mandarrón» con «Candilico», otro cesante, mal vistos entrambos por no dejarse avasallar ni poner los pies en la iglesia. Ahora están tocando a misa de ocho.

— Hay que darles la batalla a los gordos, y aquí no

se arriman a crear el sindicato de los flacos.

— Zamora — sentencia «Candilico» — no se hizo en una hora.

— Pues yo he resuelto no esperar una hora más, porque esto pasa de castaño oscuro.

— A cavar regaliz voy, y salga el sol por Antequera.

— De que te vide con la ajada al hombro lo supuse.

— ¿Y tú?

— ¿No lo barruntas u qué?

— Suerte, «Mandarrón».

— Igual te deseo, «Candilico».

Contemplé el cuadro de la casa sin pan y escuché el diálogo en el Alijar de los Ababules. ¡Fuerte cosa robar para comer, a lo que iban el cavador de regaliz y el cazador furtivo! Era primavera y todo renacía. Tenía la mañana azulidad de imagen en fanal transparente e incitaba a ser buenos. Tañendo, el campanario parroquial llamaba a los fieles.

Pasó el hornero con su carga de encendajas, olorosas a monte; y el pañero de Fortuna, marchoso, con la suya al hombro; y el alcarracero de Andújar, entre todos los foráneos el más extraño y... la solterona desoida de San Antonio, con asiento reservado en el polletón...

En el Peso público y en la botica formaban sus repúblicas con indiscretos y nada solícitos roedores de zancajos: crítica, pesebre y cama.

— Al filo de las doce — aun lo recuerdo — llegan los civiles a la Casa de la Silla con «Mandarrón», esposado, y los guardas jurados con «Candilico» sin esposas. A los del Peso y a los de la botica, que revientan de gozo, no les falta más que aplaudir. Poco sé de leyes, pero entiendo que robar para comer no es delito: delito es comer sin trabajar.

Fui a reprocharles su satisfacción a los señoritos de la trinca: crítica, pesebre y cama. Me quitaron la intención los propios presos, que al pasar miraron despreciativamente, a título de hombres dignos, a los ociosos de cada jacardillo.

PUYOL



# La marcha del hombre hacia el hombre

## I. — PRINCIPIO DE UNA SINFONÍA: «EL CLAN»

**E**S cosa cierta que el hombre ha ido transformándose a través del tiempo; esa es la base del drama de las edades pretéritas y futuras de la Humanidad, ya que mayor grado de evolución en la conciencia, requiere mayor dosis de raciocinio. Jamás hubo ser viviente que se combatiera a sí mismo con más terrible denuedo que el hombre y nunca surgió especie alguna con más renovado vigor, después de la colosal e interminable lucha fratricida. El hombre se ha sabido adaptar en el decurso del tiempo y ha demostrado poseer la máquina mortal, sino más perfecta, si más resistente.

Nadie puede negar el notable adelanto social de la época; sin embargo, los sistemas que rigen las principales comunidades humanas adolecen de tantas fallas que nos enfrentamos a una etapa de reestructuración mundial y, desde luego, el soslayar el problema sería la muerte. Es deber de conciencia de todos los hombres nobles el buscar una solución que sea de carácter mundial y de fuerza orientadora libre, sin cortapisas dictatoriales, ni dogmáticas.

Un estudio retrospectivo es necesario en muchos casos y de un valor incalculable para proyecciones constructivas. El lento movimiento evolutivo humano, lento pero seguro, creó el sedimento revolucionario; el hombre, desde la época de Neardental, había empezado a comprender en Asia y Europa que era alguien que podía (por lo mismo, ser consciente de sus actos (el saberse existente es el primer proceso funcional de evolución) empero, ése era un principio asequible a muchas especies y no nos diferenciaba gran cosa de ellas; al transcurrir el tiempo el «clan humano» creó la tribu o comunidad en forma organizada (digamos mejor preventiva) y surge así el primer código de normas. En ellas campeará el atavismo y la feroz realidad en extraña amalgama. Pero el hombre ya empieza a caminar.

## II. — DONDE SE HABLA DE «LOS ESTADOS MAYORES DEL HOMBRE»

Gonzalo de Reparaz, lusitano, pero ibero ante todo, hubo de sufrir en carne propia los azares de la emigración republicana española; el eminente explorador, escritor e historiador, quiso ir hasta el fin de la tragedia y el último capítulo de su existencia fecunda se escenificó en esta ciudad-

capital de Méjico. El sabio portugués, de sensibilidad confederal, prosista insigne, establece algunas premisas necesarias para el estudio del hombre de la Tierra. Agudamente ataca algunos problemas, de los muchos que adolece la Humanidad. En su libro «Geografía y Política» nos explica:

«Escribese generalmente la historia separando al hombre del Universo, como si el Universo fuese una cosa y el hombre otra; cual si hubiera habido dos creaciones. Esto no es verdad. Como tampoco lo es la historia a la manera clásica...»

Reparaz, pluma temible de la generación del 90, donde alternaron los nombres de Unamuno, Gantivet, Joaquín Costa, Altamira, Zozaya y otros, menciona un problema agudo, en sus puntos esenciales, manifestando: «por este camino se llega a la formación de Estados Mayores Sociales que nada saben de lo que deberían saber. Muchos son abogados, es decir, saben leyes, pero las que los hombres han hecho, no las que han hecho a los hombres. Y viven perpetuamente engañados, perpetuamente impotentes, en la dulce ilusión de que las leyes hechas por ellos, ignorando las otras, modificarán a los hombres y servirán para gobernarlos de donde viene la manía legislativa que trae revuelta a la civilización sin dejarla sosegar un punto, eternamente preñada de vastagos constituyentes...»

Estas afirmaciones de profunda sensibilidad social se corroboran a través del estudio de la lucha de la conciencia por liberarse de las tutelas intencionales; la historia está llena de esa lucha generadora de savia fecunda; se trata de un potencial que genera luz en la mente humana. Los milenios de la historia del hombre están llenos de sátrapas que niegan la individualidad. Recordamos con horror la historia de esos gigantescos túmulos funerarios cual son las Pirámides de Egipto y su historia de vanidad elevada a idolatría oficial. Cheops, Khefren y Micerino son los nombres de los monarcas de la cuarta dinastía faraónica, que hicieron construir esas ingentes moles de piedra, que se yerguen a través de los siglos como una demostración del despotismo elevado a la categoría de arte arquitectónico.

Miles de hombres murieron por elevar la Pirámide-mausoleo a un rey vivo que quería perpetuarse a través de los milenios, si no por su valer humano, sí por su poderío absurdo. Se estremece uno al estudiar las grandes obras de la antigüedad y su total falta de aplicación (en su ma-

yor parte, excepto honrosas excepciones) al bienestar de los hombres: la muralla de China, totalmente ineficaz; los Jardines Colgantes de Babilonia y sus murallas que mandó construir Semiramis... historias donde la tragedia es artística.

Poco a poco el hombre empezó a comprender que podía autodeterminar sus actos, si se lo proponía; que la sangre era roja, pero el talento tenía gradaciones; que existían las naciones y los mitos, porque la ignorancia y el miedo de las comunidades así lo habían deseado. Que él (el hombre) era un receptáculo de poderes insospechados. Y los tiranos empezaron por su parte a entender que su mandato no dependía de un signo misterioso; que su realeza, era en mucho producto de la fortunada teocracia de sus antepasados, pero que, en manera alguna podían ordenar como dioses del destino de sus pueblos. Y entonces empezó la marcha ascendente, el atavismo se tornaba conocimiento y experiencia y el código de ordenamientos intocables del pueblo, por boca y obra de sus sabios, de sus artistas y filósofos; era la ley natural del hombre luchando por sus fueros.

La creencia en la infalibilidad del sacerdocio de todas las religiones, ha sido a través de generaciones, signo de regresión por parte de las masas humanas y torniquete de las grandes mentes analíticas; es necesario en estas notas mencionar a tres grandes hombres que transformaron fundamentalmente a la Humanidad en su eterna búsqueda de la verdad: Sócrates, el gran ateniense; un polaco genial llamado Copérnico, y el hijo de un comerciante de la ciudad de Pisa, Galileo. Esta trilogía nos dará una idea aproximada de la intolerancia del hombre hacia el hombre y la necesidad de una valoración más exacta de nuestra posición en la Tierra. A ello propugnamos las mentes de tendencias libertarias.

### III. — UN HOMBRE LLAMADO SOCRATES

Año 339 A. J.

Un tribunal popular ateniense (dikasterion) recibió denuncia de tres ciudadanos prominentes: Anitos, Melitos y Licón; el documento estaba concebido, poco más o menos, en estos términos:

«Sócrates es reo público porque no reconoce los dioses que el Estado reconoce, invocando en vez de ello a unos seres demoníacos; también es culpable de haber corrompido a la juventud...»

Las sátiras de Aristófanes habían dado en el blanco y Atenas cometía la más villana de las injusticias, con un anciano filósofo de setenta años.

Sócrates representa la más alta cumbre del pensamiento griego y es el polemista, a juzgar por los escritos que nos legaron a la posteridad Platón y Jenofonte, más agudo que ha existido en el mundo. En Sócrates el estudio de la Humanidad constituyó un culto inveterado; al respecto su plan es claro: «Me propongo entablar discusiones de tarde en cuando, sobre todo aquello que concierne a la Humanidad considerando lo que es piedad o impiedad; lo que es justo o injusto; lo que es valor y cobardía; lo que constituye la naturaleza del Gobierno sobre los otros hombres y las aptitudes de quienes se sienten dispuestos a gobernarlos; y, además, otros temas cuya ignorancia puede consi-

derarse que, en justicia, no nos hace mejores que los esclavos...»

En Sócrates está la búsqueda constante de la verdad y el interrogante surge ante el enigma: ¿Qué es lo que quieres dar a entender? ¿Por qué justificas tal proceder? Los interrogantes lo vuelven escéptico y su diagnosticismo le hace exclamar: ¿Tanto sabéis de las cosas terrenales que os creéis capacitados para incursiones en las de orden celestial? Digamos con respecto a los dioses griegos lo que algunos historiadores han apuntado en otras ocasiones, en el sentido de que los dioses del Olimpo eran tan humanos que envidiaban y muchas veces deseaban robar la felicidad de los hombres. El doctor Will Durant, autor de algunos libros sobre la vida e historia de griegos y romanos, profundo conocedor de la civilización de la Hélade, espiga en los diálogos socráticos de Platón y extrae estos conceptos revolucionarios: «De los dioses nada sabemos» y este otro que es un modelo de objetividad: «Si fuera yo a pretender más sabiduría que los demás, no sería por crearme más entendido en las cosas del otro mundo, sobre cuya existencia nada sé». En aquella época, otra cumbre del pensamiento griego, se permitió, al igual que Sócrates, una afirmación que muy bien pudo costarle la vida; se trata de Protágoras: «Sobre los dioses nada puedo decir: ni que existen ni que no existen, ni cómo son. Hay muchas cosas que nos impiden saberlo: la oscuridad del asunto y la brevedad de la vida humana». Concisión heroica en un mundo pagano.

Sócrates, profundo pensador y base de las ideas actuales en apreciable proporción, presenta varias cuestiones apasionantes, entre ellas insinúa si es posible que la moral sobreviva sin el apoyo de las creencias sobrenaturales; el filósofo analiza el problema desde el punto de vista terrenal, que no teológico y afirma que el bien y la belleza son formas de la utilidad y de la capacidad. Resumiendo, el viejo sabio ateniense declara: «Dado que no existe cosa más útil que el saber, constituye la virtud más alta y todo vicio es ignorancia, aunque en este caso, a la virtud se le da más significación de perfección que de negación del pecado». En forma axiomática, Sócrates dice: «Las buenas obras sin el saber son imposibles; las buenas obras con el saber se tornan inevitables. El bien mayor es la felicidad y los medios más elevados para alcanzarla, el saber o la inteligencia».

El genial polemista fué también un valiente soldado que soporta con bello estoicismo el vaivén de las hazañas guerreras y el movido mar de los prejuicios religiosos y políticos, imponiendo la temperanza en las discusiones sobre el significado del hombre en la Tierra; dícese de él que salvó la vida en batalla, de Alcibiades, de ese caudillo de vida azarosa, contradictoria y épica. Este brillante griego, Alcibiades, era el favorito de Sócrates, del cual solía burlarse, despreciando las prédicas del sabio, aun cuando lo respetara y amara. Sócrates es en Delos (año 424 A.J.) el último de los atenienses que se retiran del campo de batalla frente a los implacables espartanos y es el mismo filósofo quien contemplando las mercancías y objetos variados de un mercado, exclama: «¡Cuántas

cosas hay allí sin las cuales puedo pasar muy bien!»

Su grandeza impresionó a sus detractores y denunciadores hasta el punto de preparar, algunos de ellos, la huida «honrosa» cuando la sentencia de muerte pesaba sobre los hombros del anciano, pero Sócrates tuvo el sublime desdén de negarse a aceptar la fuga, afirmando que deseaba despojarse de la vestidura mortal que le coartaba en la consecución de la perfección. Su muerte, narrada en el bello diálogo platónico: «Fedón o de la Inmortalidad del alma», es la muerte de un justo, y tendría que tener, como tuvo, resonancias mundiales. Acusado de «irreligiosidad» tuvo en sus últimos instantes un acierto irónico y trágico (quizás el que presidió su vida misma); era usual en casos «in extremis» inmolarse un gallo en honor de Esculapio, el dios de la medicina, en acción de gracias, ya que al conceder al mortal la muerte le libraba de los innumerables males de la vida; sintiéndose Sócrates el abdomen helado, a punto de expirar cuando la cicuta completaba su breve ciclo inexorable, dijo a Critón: «Debemos un gallo a Esculapio; no te olvides de pagar esta deuda...» Momentos después dejaba de existir. La intolerancia había hecho blanco en un librepensador. «Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera...» Tal decía Machado al hablar del hombre y de la muerte. Y así Sócrates entró con el frágil esquife de su alma, al enorme lago, a la inmensa mar del Infinito, dejándonos la estela luminosa de su paso por el mundo.

Junto con el viejo filósofo las figuras venerables de Anaxágoras, de Protágoras, y de Eurípides forman el más impresionante conjunto de vanguardia de toda la época helénica. El mundo confronta hoy el mismo problema de aquel entonces y hoy, como ayer, surge el interrogante: ¿Podrá el hombre liberarse del atavismo secular y caminar hacia una ética natural que lo haga artífice de su propio destino?

#### IV. — HISTORIA DE UN GRAN SILENCIO (COPERNICO)

El 19 de febrero del ya remoto 1473 fué un día memorable para la pequeña ciudad polaca de Torun (Thorn). Había nacido Nicolás Copérnico. Desde ese año, hasta el 1543 en que muere el genio y surge al mundo su libro «De Revolutionibus Orbium» un gran silencio rodea la vida del poeta del sistema planetario. De las brumas de Polonia emerge el más potente taladro para la fiereza dogmática de la Iglesia Romana, obtusa y política. Un gran silencio y una gran verdad.

Del cúmulo de explicaciones fantásticas surgidas de los caletres científicos de los sabios babilónicos y egipcios quedó la teoría griega de Ptolomeo expuesta en su Almagesto, por sobre las prudentes de Epicuro y Demócrito: La Tierra era el centro del Universo. Las escrituras lo decían y la Iglesia lo apoyaba aunque fuese con leña verde. He aquí el gran silencio de un hombre: el temor a la intolerancia. Tal parece como si la vida de este ser humano sirviera como pantalla cándida para el posterior estallido de una idea revolucionaria.

Examinar su figura con el extraño atuendo del medioevo; el Renacimiento aflora ante sus asombrados ojos de adolescente. La tierra pródiga de Virgilio indica al joven de las tierras brumosas que el Mediterráneo es hervidero de pasiones e ideas. Aprende mucho y de todo. Estudia en Padua y Bolonia. En Roma le dan una cátedra de Matemáticas en la Universidad, donde tiene un discípulo que más tarde será Papa: Alejandro Farnesio. Es consultado para la reforma del calendario en 1514 y su notable capacidad se pone de relieve al dar al año una duración de 365 días, 5 horas, 55 minutos, 57 segundos. Se había equivocado (sobre los cálculos modernos) en sólo 22 segundos. El Papa Gregorio lo tendrá en cuenta para la reforma del calendario en su forma actual.

Los osos y zorros de sus tristes bosques natales, se transforman, por arte de la mundana alquimia, en graves caballeros que visten con galas purpúreas, adornan sus cabezas con el capelo de príncipes de la Iglesia y tienen, algunos, una singular debilidad por la mandolina, el florete o el puñal florentino, la pócima mortal o el quiebre gracioso de las muchachuelas romanas.

El joven Nicolás oye serenatas de amor, lee a Plauto y descubre a los humanistas. Descubre también el límpido cielo de Italia y las estrellas que en él cintilan. En éstas, sus primeras y serias incursiones hacia la bóveda celeste (lo fundamental se lo dió Brudsewsky en Cracovia) es dirigido por el célebre astrólogo María de Novara.

El mundo latino, fantástico y sugerente se estremecía a impactos históricos de sensacional calibre. Roma se volvía, de nueva cuenta pagana, bajo el efecto de las horribles orgías de Rodrigo Borgia, que asume el Papado bajo el nombre de Alejandro VI. En las calles de la capital del mundo cristiano, conjuras tenebrosas, asesinatos políticos bajo la cómplice mansedumbre del Tíber. Pero Italia tenía compensaciones maravillosas. ¿Quién, entre los mortales, osará no admitir a Miguel Ángel? ¿Quién no rendirá pleitesía a Leonardo da Vinci? Estos talentos de multifacética pureza son hombres tallados para la eternidad.

Los quince años de maremagnum itálico hicieron de Copérnico un pensador y también un eminente científico que domina variadas y notables disciplinas: Matemáticas, Medicina y Jurisprudencia. Este conjunto de sabiduría generará en Nicolás, junto con su conocimiento del mundo de entonces, la firme y muy prudente determinación de no inmiscuirse en asuntos que pudieran, por su índole, interferir en la tranquila vida del jalisco episcopal de Heilsberg donde, bajo la protección de su tío el obispo Watzelrode, funge como secretaria y consejero de ciencia particular. Existen indicios para afirmar que, en alguna reunión particular en ese palacio, Copérnico expusiera las primicias de sus estudios del sistema heliocéntrico. Mas ¿a quién interesaría lo tratado en la prudente reserva de Heilsberg? Fuera de los muros del viejo palacio episcopal gobernaba, rey y señor, un legendario astrónomo del siglo II A.J.: Ptolomeo. La Tierra era el centro del Universo; Roma el centro político de la Tierra, aun cuando acababa de surgir en Witenberg un ex fraile de endiablada

personalidad: Martín Lutero, el cual logró la mayor división del poder religioso en Europa. Los reinos insulares de Inglaterra y Escocia y los del continente: Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania del Norte y la tierra de Juan Huss, Bohemia, se separaron del poder pontificio. ¿Sucedería algo similar en lo referente al mundo científico sostenido, firme, férreamente, por los doctores de la Iglesia.

El orgullo, el egocentrismo se genera, fundamentalmente, por la ignorancia.

¿Qué hacía Nicolás en Heilsberg? ¿Por qué ese silencio?

A los cuarenta años Copérnico es sacerdote en una pequeña ciudad a orillas del Báltico. Allí se dedica a estudiar, comprobar y madurar su gran reto al mundo de la ciencia astronómica. Piensa en los vagos sentimientos, convertidos ahora en certidumbre, que asaltaron al joven Nicolás en Cracovia y en Florencia; se acuerda de las estrellas y de María de Novara.

En esos años un profesor de Witenberg (la sede de Lutero), Bheticus y un grupo de amigos, entre ellos el colega de su tío Tiedemann Giese, escuchan el canto profético de un nuevo adalid de la ciencia. Copérnico les ha leído su sensacional libro. Era el más tremendo ariete científico surgido en latín. Por medio de él, el mundo se enteraría de que un viejo canónigo nacido en Thorn tenía extrañas ideas acerca del mundo y los mundos que nos rodeaban. La Tierra giraba sobre sí misma y dependía del sol, centro y nervio motor de todo el sistema planetario. Los amigos obligan al polaco genial a salir del tranquilo anonimato. Con todo mantiene sus fundados recelos; al dar a la imprenta el revolucionario manuscrito lo coloca bajo la protección de su viejo amigo el Papa Paulo II, y en previsión de las enconadas polémicas, le dice:

— Vuestra autoridad y amor a las ciencias en general y a las matemáticas en particular, me servirán de escudo contra los malvados y pérfidos detractores, no obstante el proverbio que dice que no hay remedio contra la mordedura del calumniador.

Como un símbolo al silencio que ha rodeado su vida, no verá, sino a punto de expirar, el primer ejemplar de su libro, el cual quedará entre sus manos yertas como honroso compañero de tránsito. Al principio, las altas autoridades eclesiásticas guardarán silencio. Se difundían tan lentamente las noticias; era tan confusa la noción que el pueblo tenía en lo concerniente a los problemas astronómicos. Pero repentinamente la Iglesia, horrorizada y admirada a la vez, estigmatizará el libro, y al hombre que lo hizo le aplicará la excomunión postmortem. Por fin, el mundo sabe lo que ocultaban los muros de Heilsberg.

Pasarán dos largos siglos para dar la razón, en forma oficial al oscuro polaco que osó transformar los fundamentos de la ciencia astronómica discrepando de Aristóteles y Ptolomeo. Quizás, de haberlo sabido, el espíritu sardónico de Sócrates se divirtiera.

Y he aquí, cómo de un gran silencio surge una

gran verdad. La tranquila comedia iniciada en Thorn y seguida en Cracovia, Bolonia, Florencia, Padua y Roma, tornada en drama de Heilsberg y el Báltico, conviértese finalmente en tragedia de siglos, con un último acto victorioso. Los detalles que intuyó Copérnico tienen lugar en forma sensacional. En el año 1600 la Iglesia se estremece al oír las doctrinas de Giordano Bruno y es un monje italiano que inmortalizará su nombre al ser convicto de herejía y quemado públicamente en Roma. Galileo probará, en forma científica las teorías de Copérnico; por ello fué vejado y murió en una pequeña casa de campo designada como confinamiento cerca de Florencia. Johannes Kepler dijo que los planetas se movían en curvas elípticas y no en círculo, y, naturalmente, fué declarado apóstata. Newton finaliza, con su teoría de la gravedad y los cursos de la Luna, la Tierra y el Sol, con la incertidumbre científica, que lo era más política que otra cosa.

Y así, doscientos años después de la salida de «De Revolutionibus Orbium caelestium Libri VI. Norimberae 1543» la verdad alumbró el triste sol de Thorn y una tumba sencilla en Polonia.

La marcha de la ciencia astronómica ha proseguido después de sus básicos prolegómenos aquí mencionados, pero el nombre de Copérnico quedará inscrito como una de las conjunciones más geniales de la Humanidad y como uno de los retos más directos a la intolerancia de los hombres.

Fué, a no dudarlo, una de las más notables luchas contra el ficticio mundo de los dogmas, que sigue dominando, aún con fuerza, al mundo del pensamiento. Más adelante, para completar la fase principal del drama, hablaremos de Galileo.

Si hemos escogido para completar la trilogía fundamental de la marcha del hombre hacia el hombre, la figura de Galileo Galilei, es porque, concordando con varios escritores e historiadores, vemos en la vida del ilustre hijo de Pisa la unidad más sublime del hombre con el científico; es el sociólogo quien aparece en forma inspirada en la serie de razonamientos con que Galileo esmalta la época de su vida y sus experimentos científicos. Son las exigencias de un ser con criterio independiente y fervoroso partidario de Bacon las que hacen del insigne astrónomo y mecánico una luminosa conjunción de objetividad y sensibilidad humana insobornable. Su drama es tanto más grande, puesto que procede del tormento de una conciencia genial, que no pudo permanecer silenciosa ante la estúpida caducidad dogmática de una Iglesia que sólo supo agrilletear, no liberar.

\*\*

Observad esta escena. Se desarrolla en la iglesia del convento de la Minerva y ha sido ordenada por el Tribunal del Santo Oficio o Sagrada Congregación cardenalicia de la Inquisición Romana y Universal, culta institución fundada por el sapientísimo Papa Pablo III. Reparad en la fecha: es el día 22 de junio de 1633. Hace, pues, 90 años que Nicolás Copérnico duerme el sueño eterno; hace 90 años que surgió su libro inmortal. Han trans-

currido 23 años desde que Giordano Bruno fué quemado por tener ideas. Solamente tres median desde la muerte de un hombre sabio y desgraciado, Johannes Kepler, discípulo de Ticho-Brahe. Si, éste es el famoso Kepler que amplió el descubrimiento de Copérnico al comprobar que los planetas describen elipses en torno al sol. Repetimos: Observad la escena. En ella, una muchedumbre seglar donde las ricas vestiduras nos advierten la presencia de gente de capelo. Soberbia escena. En el centro del salón, un anciano de porte venerable está arrodillado y en camisa (es un hereje que va a abjurar). Oid su voz para vergüenza de las bestias que lo rodean y que aún existen. ¡Oh mundo!

«Yo, Galileo Galilei, hijo del difunto Vicente Galilei, florentino, de setenta años de edad, personalmente en estado de ser juzgado y arrodillado ante los eminentísimos y reverendísimos jueces, los cardenales inquisidores generales contra los crímenes de herejía en la Universidad de la República Cristiana, teniendo bajo los ojos los Santos Evangelios que toco con mis manos...»

No oigamos. Shakespeare proyecta con la figura de un príncipe melancólico un reto: ser o no ser. Ese pobre hereje que abjura, tiene un rasgo inmortal... Al incorporarse, flotantes las barbas, y el desprecio hacia los capelos torvos e ignorantes, surgirá una frase, a media voz «Pero se mueve».

No sabemos si los sapientísimos doctores de la Iglesia advertirían el gesto, pero lo que no perdonaron a Galileo Galilei, hijo de Vincenzo, gentil-hombre de Pisa, fué la reclusión. Ni su amistad con gente de la Iglesia, ni la influencia del duque de Torcana, que lo protegía en Florencia. La Iglesia romana, ofendida, quería castigar la osadía de un hombre que violaba las Sagradas Escrituras y repudiaba las ideas de Ptolomeo.

Galileo nace en 1564 en la ciudad de la torre inclinada: Pisa. Descubre que odia el fanatismo en las aulas de la propia ciudad. La forma dogmática con que se pretende enseñar las ideas de Aristóteles y el sistema de Ptolomeo, le producen indignación. Las doctrinas de Copérnico, que circulaban libremente en todos los centros culturales conquistados, en forma secreta, con creciente número de adeptos, le impresionaron en su doble aspecto de astrónomo y matemático. Esclavo de la observación científica constante, Galileo se revela como una mente polifacética. Inventa uno de los primeros termómetros, crea el compás de proporciones, y es el primero que crea un pequeño telescopio para ahondar en la inmensidad del Siderio. Estudiando las fases cambiantes de Venus, afirma las ideas de Copérnico; cuatro satélites de Júpiter (a los cuales llamó «Planetas de los Médicis») son descubiertos por el sabio. Los primeros trabajos científicos le granjearon los primeros enemigos en Pisa; gran parte de su vida, quizás la más placentera, transcurre en Padua, donde enseña matemáticas. En el 1610, bajo la protección del gran duque de Toscana, marcha a Florencia. Todo iría bien si Galileo, al descubrir las manchas solares, comprobara la rotación sobre su eje del astro máximo de nuestro sistema planetario. Roma se estremeció.

Como una advertencia de que la Iglesia no per-

dona, el profesor Castelli, en su natal Pisa, es obligado a suspender sus cursos heréticos, por medio de los cuales sostenía las ideas de Copérnico. Merced a una denuncia del padre Caccini al Tribunal de la Inquisición, tiene en 1616 que defenderse. Sale absuelto, pero no así el glorioso «De Revolutionibus Orbium» de Nicolás Copérnico, ni «El libro de Job» de Diego Zúñiga, los cuales son considerados como satánicos por la Congregación del Index. (Esta misma Congregación tiene condenados a los más brillantes autores mundiales actualmente y en España organizó piras con los libros excomulgados. Las llamas fundieron a Víctor Hugo con Emilio Zola).

Su famoso libro «Diálogos», donde explica las dos teorías en pugna sobre el sistema planetario, es excomulgado en el juicio de 1633, cuyo final hemos visto al principio del presente artículo. La sentencia incluía párrafos como el que sigue, modelo de cerrilismo: «...te has hecho, para este Santo Oficio, vehementemente sospechoso de herejía en cuanto has creído y sostenido una doctrina falsa y contraria a las santas y divinas escrituras, a saber: que el sol es el centro del orden terrestre; que él no se mueve de Oriente a Occidente, que la tierra se mueve y no es el centro del mundo...»

..

Confinado en su granja de Arcetri, cerca de Florencia, manifiesta a un amigo: «...las pocas «Arpens» (1) de mi granja me van habituando a las tres brazas de la tumba». Pero afirmando, que todavía tenía pensamientos libres y dignos de un hombre.

Confiaba en el juicio de la posteridad, porque estimaba que la Humanidad evolucionaría hacia un grado de temperanza donde pudiera estudiarse bajo el cartabón de la inmensa ignorancia y humildad humana. Despreciaba los dogmas por lo que tienen de afirmación incontrovertible. Gustaba del libre examen y discusión de los problemas que se plantean diariamente. La sabiduría es la medida de la acumulación creciente y diaria de los conocimientos humanos. El mundo se ensancha en la mente del hombre, al mismo tiempo que la conciencia. Mayor grado de conocimiento requiere mayor temperanza y por lo tanto mayor perfección. Sólo un clima de libertad puede otorgar la libertad de adquirir más conocimientos.

..

Ciego e insultado, Galileo Galilei muere el 8 de enero de 1642. Tres días antes había nacido Isaac Newton. Un coloso sustituye a otro coloso. El legado máximo de Galileo constituye, pese a la Congregación del Index de los sapientísimos doctores de la Iglesia, una inmensa fe en el porvenir humano, libre de tuteladas molestas y frenadoras. En la conciencia de los hombres, en su marcha por auto-conocerse, Galileo ocupa un lugar destacado. Siempre estará presente.

México, D. F.

(1) Se trata de una medida gala equivalente a media hectárea, poco más o menos.

## LAS VIDAS AGITADAS

## RUBENS

**N**ACIO Pedro Pablo Rubens en Siegen, pueblo de Westfalia, el 29 de junio de 1577. Era hijo de un sabio jurisconsulto, hombre galante y apasionado, que murió en la cárcel, preso por Guillermo de Nassau a causa de los amores que tuvo con Ana de Sajonia, esposa de ese príncipe. Este drama amoroso no lo percibió Rubens, ya que desarrollóse durante su niñez. Sin embargo, de su padre, tan sabio como humano, heredó la sensualidad sana y tiente; de su madre, Maria Pypelinx, la seriedad y la voluntad que caracterizó durante toda su vida.

Muerto su padre a consecuencia de aquellos amores al margen del matrimonio, quedó Rubens con su madre y sus hermanos. Maria Pypelinx dedicó su existencia, turbada por el drama pasional de su esposo, a educar a sus hijos. Desde muy niño, manifestó Rubens sus aficiones al dibujo. No obstante, su madre lo destinaba a la magistratura; pero como era aun muy joven, lo puso de paje en casa de Margarita de Ligne, viuda del conde de Lalaing, antiguo gobernador de Amberes. Su apostura y gentileza, su instrucción y la facilidad con que se expresaba en varias lenguas, le granjearon las simpatías de aquella dama; pero su carácter independiente y su inclinación hacia el arte, le llamaron por otro camino. Logró imponerse a su familia, entrando como aprendiz en casa del pintor paisajista Tobias Verchaecht, del cual pasó al de Van Noorf. En el de éste permaneció cuatro años, transcurridos los cuales, ingresó en el de Veenius, que fué su verdadero maestro. En mayo de 1600 se trasladó a Italia.

Rubens vivió ocho años en Italia, empleado la mayor parte de este tiempo por el duque de Mantua. Pasó varias temporadas en Florencia, Génova y Roma, em-

papándose de todo el espíritu del Renacimiento. Misiones encomendadas por Vicente I de Mantua, obligaron a Rubens a hacer su primer viaje a España. Las misiones eran unas diplomáticas y otras... singulares. Parece ser que la principal misión del pintor en su viaje a España era alcanzar retratos de bellezas españolas, para una galería secreta de desnudos que deseaba poseer el duque de Mantua. En la carta que Vicente I escribió a su representante en Madrid, Iberti, presentándole a Rubens, le invita a que busque medios para que el pintor haga retratos de damas bellas y de calidad. Parece que la misión de Rubens fué satisfactoria. Numerosas obras compuso durante su estancia en España. Su ingenio, su apostura varonil, su cultura múltiple, su tacto, le valieron numerosas simpatías y limaron asperezas lógicas, ya que el temperamento ruidoso y libre de este artista lleno de la luz de Italia e influenciado por la Grecia que a través del Renacimiento revivía, tenía, como dijo Gillet, mucho más de pagano que de cristiano y había de chocar necesariamente con la sombría corte española, habitada aún por el tétrico espíritu de Felipe II, que era el espíritu de toda la casa de Austria.

La misión, en cierto modo indigna que le recomendaba el duque de Mantua, ya que se trataba de utilizar los bellos rostros de púdicas beldades españolas para pintarlos sobre cuerpos desnudos que no eran los suyos y sin el consentimiento de las dueñas de los rostros, repugnó a Rubens. Y cuando el soberano de Mantua le recomendó que abandonara España y se trasladase con pinceles y bagajes a Francia para realizar la misma comprometida misión, Rubens pretestó respetuosamente de aquel «pretexto bajo», solicitando su libertad.

Rubens estaba impregnado de Leonardo, Rafael, el Veronés, Tintoretto, Julio Romano, deslumbrado por la grandeza terrible de Miguel Angel. Esta educación y repercusión artística le hubieran condenado a no ser más que un artista de reflejos pasados, si su genio espontáneo y su enérgica y vigorosa personalidad no le hubieran dado la virtud milagrosa de absorber los resultados del Renacimiento y hacer revivir con sus pinceles una antigüedad joven, llena de gracia y de originalidad.

La obra más antigua que de Rubens se conserva es quizá el tríptico pintado en 1602 para la iglesia romana de Santa Cruz de Jerusalén. El cuadro más hermoso de los que ejecutó el artista durante su estancia en Italia, es el «San Jorge», que se conserva en el Museo de Grenoble, ejecutado bajo la influencia de Correggio, Rubens, que tenía entonces treinta años, se manifiesta en él como el primer pintor flamenco que asimiló con naturalidad el espíritu del Renacimiento.

Rubens no sólo estudió en Italia la pintura, sino que cursó humanidades y allegó un verdadero caudal de conocimientos científicos. Además, Rubens, como dice Gillet, adquirió lo que nunca tuvo un artista del Norte: la noción de la forma, la del arabesco y la frase melódica, ese arte del **bel canto**, que constituye el encanto perenne de las grandes obras de Italia. Volvió a su país cargado de ciencia, de recuerdos y de estudios, pero este bagaje inmenso no estorbaba su libertad ni retardaba su marcha. Su educación erudita no lo enfriaría: Alma generosa, cordial, entusiasta; tiene treinta y dos años. Ha hecho el viaje de las ideas pintorescas. El es el heredero de muchas razas y de muchas esculturas. Los maestros, lejos de oprimirle, le inflaman en

deseos de rivalizar con ellos. Pocos nombres han reunido en sí mayor riqueza, genios más diversos, aptitudes de tal amplitud, imaginación más noble y temperamento sensual, un alma más ardiente, una sensibilidad más viva.

Vuelto Rubens a Flandes en 1609, se estableció en Amberes, siendo nombrado pintor de los archiduques el 23 de septiembre y contrayendo matrimonio el 3 de octubre con Isabel Brant, cuya imagen nos dejó en el célebre grupo de la Pinacoteca de Munich. En 1610 le encargaron un cuadro que le dio ocasión para pintar su primera obra verdaderamente genial. Tomó por asunto la erección de la cruz, que ya había tratado ocho años antes en el cuadro que pintó para la iglesia de Grasse. El lienzo se conserva en la catedral de Amberes. El cuadro, austero y magnífico, evoca el vigor y la grandeza de Miguel Ángel dentro de una tonalidad nueva, personal e inconfundible.

Sería imposible ir señalando una por una las obras múltiples que pintó Rubens. Pocos artistas han sido de una fecundidad tan asombrosa. Producía con una naturalidad y una rapidez que dan una medida de su inspiración y de su genio.

Aparte de sus obras de asuntos religiosos, los retratos que pintó y la famosa colección de lienzos que le encomendó la reina María de Médicis, sobre paisajes de la vida, abordó los asuntos paganos y puramente artísticos con la misma audacia, con más colorido, más gusto y más alegría. Su pasión por el desnudo, heredada del Renacimiento, chocaba con los gustos de los mecenas puritanos y se dificultaba por los asuntos que la necesidad económica le obligaba a trabajar. Así se ve cómo Rubens, pintor sacro, es el más irreverente, pagano y sensual de los pintores.

Y es preciso reflexionar en lo que era la corte española bajo los reinados de los Austria, para comprender el efecto que en ella habían de hacer las obras de Rubens, que llegó a ser pintor de cámara de Felipe IV. Su célebre cuadro «El juicio de París» una de sus últimas y mejores produc-

ciones, escandalizó a la corte española. Y como se quejara el infante don Fernando, hermano del rey, «de la excesiva desnudez de las tres diosas», replicóle el artista que era precisamente en eso en donde se veía el mérito de la pintura. «La Venus situada en medio —escribió el gobernador de los Países Bajos a un amigo— es un retrato de la mujer del pintor, la más bella de todas las damas de Amberes». Esta mujer del pintor a que hace mención la carta era ya la segunda, sobrina de la primera. Cuando se casaron, ella tenía 16 años y Rubens 53. «La deliciosa niña, dice Gillet, dio a su esposo una segunda juventud. Jamás hubo mujer tan amada y amada con menos discreción». En efecto, después de su matrimonio con Elena Fourment, Rubens pareció obsesionado por la belleza y juventud de su esposa y multiplicó los besos que no eran más que confidencias de su amor. Entonces fue cuando se manifestó con toda su fuerza su temperamento sensual, el ardor amoroso que había heredado de su padre. La primera mujer fue la pasión sencilla, tranquila y casta. La segunda fue un florecimiento potente y borrascoso, feliz también, porque Rubens, fuerte y sano aún, supo nacerse amar de Elena. Todas las mujeres de los cuadros que pintó después de su segundo matrimonio eternizan la seductora imagen de Elena. Vestida o desnuda, con lujosos trajes o sólo con un abrigo de pieles, sola o en brazos de su esposo o con el primer hijo que de la unión naciera, más de veinte lienzos de los museos de Viena, París y Munich han conservado su imagen. En los cuadros de asuntos bíblicos o mitológicos en que debe aparecer una mujer hermosa, es ella siempre. Es Susana, Diana, Euridice, Dido, Andrómeda, Venus.

Los viajes de Rubens y sus gestiones diplomáticas en Francia, Italia, Inglaterra, España, fueron intermedios que no alteraban su trabajo continuo. Dejó una cantidad de grandes obras verdaderamente fabulosas: se elevan a unos 1.200 trabajos, sin que en ellos haya ninguna obra incompleta, inconcluida, mediocre. A pesar de lo que viajó, de su actividad al margen del arte, de las

intrigas cortesanas en que se vio mezclado en España y en Inglaterra, laboraba sin descanso y sin fatiga.

Este hombre, como sus antecesores y maestros italianos, siempre llamado por reyes, príncipes y magnates; este hombre, pintor religioso en numerosas obras fue, ante todo, un hombre de temperamento individualista y libre, de personalidad poderosa y rebelde a toda coacción; voluntariamente más pagano que católico. Gillet dice: «Tiene la cabeza formada como todos los grandes nombres de la época: fieles y serios en la vida privada, humanistas por la cultura y los hábitos de la razón. Este gran pintor de la iglesia es poco cristiano en el fondo...»

Esta vida tan intensa y tan fecunda fue, hasta el último instante, digna de un artista por temperamento, por obra y plena manifestación vital. Para su última voluntad, testamentariamente, un cuadro en el que se representaba con sus dos esposas: la primera, Isabel Brant, en figura de Virgen María; la segunda, Elena Fourment, en María Magdalena.

El 27 de mayo de 1640 extendió Rubens su testamento, disponiendo el destino de sus cuadros, señalando los que habían de ser para la venta y los que destinaba a su esposa, la Elena tan amada, y a los hijos que hubo de las dos mujeres. Los dibujos trazados e incuertos los destinaba para aquel de sus hijos que quisiera ser pintor y para aquella de sus hijas que se casara con un artista. Tres días después del que redactó su testamento, murió tras violentos dolores que le producían frecuentes ataques de gota, dejando a Elena encinta de un niño que nació el 3 de febrero de 1641. En 1645 Elena volvió a casarse, renunciando al nombre ilustre que hasta entonces llevara, para trocarlo por otro vulgar y desconocido, y olvidando, por ley ineludible y justa de la vida, la memoria del hombre que le dio una inmortalidad que pocas mujeres pueden alcanzar por medio de una belleza efímera, pero que en ella fue prolongada eternamente por el genio y el amor supremo del gran artista.

SOLEDAD GUSTAVO

# El pensamiento vivo de José Prat

(Conclusión)

«Demoler, eso hace el amigo Prat; demoler, eso es necesario que hagamos muchos. Para construir de nuevo, es preciso derribar antes con mano dura el vetusto caserón de las históricas instituciones.»

RICARDO MELLA

De todas las farsas utilizadas por la maldad humana para tener sujetos a los pueblos en la esclavitud económica, ninguna tan odiosa y repugnante como la farsa religiosa.

Dios, autoridad del sacerdote; monarquía, autoridad del monarca y de sus favoritos; república, autoridad de sus ministros; socialismo de Estado, autoridad de los que lo representan; capitalismo, autoridad del patrono; autoridad y siempre autoridad...

Los fabricantes de dioses son la peor de las calamidades públicas.

El catolicismo, que ha quemado millares de herejes — sin tener en cuenta que el primitivo cristianismo era también una herejía —, que ha desparramado a medio mundo para hacer respetar e imprimir la cruz — la cruz del hombre que se dejó arrebatar la vida para no predicar la matanza —, que ha excolmulgado a media humanidad — sin querer acordarse de las catacumbas —, este catolicismo intolerante, inconsciente, fanático y despótico, ¿qué es lo que enseñó del cristianismo a los hombres?

Con el catolicismo no ha triunfado la tolerancia ni el espíritu de justicia, ni la bondad, ni la fraternidad, ni la igualdad; ha triunfado la mansedumbre, la humildad y la resignación: tres palancas distintas y un solo embuste verdadero, con el cual ha venido perpetuándose la desigualdad económica, la tiranía de la fuerza material, el desprecio del derecho colectivo y el escarnio de toda justicia.

«La leyenda de la humildad!... Yo no he visto nada tan bajo, tan cobarde, tan abyecto como esta humillación del misero ante las arrogancias de la soberbia que tiene la ridícula pretensión de dirigir al rebaño humano.

«La leyenda de la mansedumbre!... Yo no he visto nada tan bajo, tan cobarde, tan abyecto como esa mansedumbre del abofeteado que aún presenta el otro carrillo.

«La leyenda de la resignación!... Yo no he visto nada tan embrutecedor, tan estúpido, tan antinatural como esa resignación ovejuna del despojado eterno que no reivindica sus derechos a la vida material, moral e intelectual.

«Cree en Dios, en la otra vida, en sus goces — predica el religioso —; déjate guiar por mis consejos y en justo pago de mis servicios, ¡oh pueblo sumiso y obediente! aliméntame y vísteme.

«La autoridad es de origen divino — dice el monarca —; soy su representante en la tierra y debéis prestarme obediencia; en cambio de mis servicios vísteme, cázame y deja que me harte.

«Respetad la ley — dice el legislador —; porque es la expresión de la justicia, y conformaos con vuestra condición de siervos; pero yo debo estar exento de ella porque soy superior a vosotros».

«Sed religiosos, respetad las leyes, trabajad resignados, y el trabajo será el pago de vuestros desvelos; pero yo cobro la renta», dicen el propietario y el capitalista.

Y el magistrado: «Al que no obedezca todo esto, que tiene su origen en tan alta esfera ultraterrena, le echaré encima la policía y el soldado, para hacerle entrar en razón, cuando no, dejaré que se pudra en la cárcel».

No hay razas superiores ni razas inferiores, potencialmente son todas iguales; son los regímenes económicos y políticos lo que las hunde y las eleva alternativamente.

Si el hábito de ver siempre una misma cosa no nos hiciera familiarizarnos con ella hasta el extremo de considerarla absolutamente necesaria, imprescindible para nuestra vida; si en lugar de ser la estúpida rutina fuera la constante observación lo que determinara nuestros actos, muchas creencias, hoy arraigadísimas, irían a parar, arrojadas por nuestra propia voluntad, al cesto del olvido.



En nombre de la sociedad se imponen a los individuos, desde el nacer, determinadas nacionalidades, leyes, prácticas y costumbres... Y yo pregunto: ¿en virtud de qué? A lo cual responden los pontífices de la ciencia económica: «Porque los derechos de la sociedad son primero y superiores a los del individuo, y éste tiene que estar forzosamente subordinado a aquélla, porque es un sér sociable». El argumento, a primera vista, parece que no tiene vuelta de hoja; pero, a mi juicio, la tiene, y es conveniente echar por los suelos respuesta tan doctoralmente emitida, y que tiene mucho de metafísica.

¿Quién fué primero, el individuo o la sociedad? Creo ocioso responder. Si la sociedad es, pues, la resultante de una asociación de individuos, mis derechos todos sobre ella son innegables y no le debo sumisión ni respeto. ¿Por qué, pues, la sociedad me exige esto, lo otro o lo de más allá, desde el nacer, y sin esperar a consultarme a que tenga uso de razón?

La idea de sociedad y su consiguiente explicación arranca, como se ve, de lejos: Dios, monarquía, sociedad... y esclavos, siempre esclavos, nada más que esclavos.

El hecho de que el individuo sea sociable no dice absolutamente nada en apoyo de la pretendida superioridad de la sociedad sobre el individuo.

Las células se asocian también para formar organismos y no dejan por eso de ser libres.

Al nacer encuentro un cúmulo de leyes que no contribuí a formar, pero que, llegado a los veinte años, me conducirán al cuartel o al campo de batalla: ¿dónde está mi libertad?

Nazco al azar, pongamos por ejemplo, en España y la ley me hace español; bautizarme los que me dieron el sér y héteme cristiano: ¿dónde está en esto mi libertad?

Mi razón se da cuenta del peligro individual; ¿habla en mí el instinto de conservación y protesto con todas mis fuerzas? La cárcel, cuando no el pelotón de ejecución, me enseñarán a obedecer: ¿dónde está mi libertad?

Me siento con suficientes aptitudes para estudiar esto, aquello o lo otro y ser un sabio; pero

como ni mis padres ni yo tenemos medios económicos y el estómago no tiene espera, he de malograr todas mis aptitudes: ¿dónde está mi libertad?

Me siento débil físicamente, el trabajo manual me enferma por excesivo; pero como el susodicho estómago no tiene espera, la tisis del taller o el grisú de la mina acabarán, dándome cuenta de ello, con echarme a la fosa prematuramente: talla: ¿dónde está aquí mi libertad?

Si soy hombre y el organismo no tiene espera, hallo el lupanar a mi disposición, y entonces ¡apur pureza! Si mujer, sacrificaré exigencias fisiológicas y me consumiré en la castidad: ¿Dónde está en esto mi libertad?

Siento que en mí sube lozana y pura la primavera de la vida; hallo un individuo del otro sexo, simpatizamos y nos amamos; pero el nido no hay modo de hacerlo, porque apenas si entre los dos ganamos para la vida de uno: ¿dónde está mi libertad?

La sociedad-organismo está basada en un error; es la esclavitud material, moral e intelectual del individuo en beneficio de los menos (clases privilegiadas).

Los hechos dan la razón a Montesquieu: «La corrupción rara vez empieza por el pueblo». Y ¿cómo podría empezar por el pueblo si aún está habituado en creer en supuestas y sugestivas virtudes de los que lo dirigen?

Madame de Pompadour decía que «todo el secreto de la política está en saber mentir con oportunidad».

Por algo decía Napolón que «la libertad política bien analizada es una fábula de convención, discurrida por los hombres que gobiernan, para adormecer a los gobernados».

«El que hace crecer dos espigas o cañas de trigo donde antes sólo había una, es más útil a la humanidad — ha dicho Sterne — que todos los diplomáticos del mundo reunidos». Y Sterne tenía razón, pues es el trabajo lo único que puede y debe hacer feliz a los pueblos.

Selección de V. Muñoz



MEDITACIONES

Yo no sé si ese mundo de visiones vive fuera o va dentro de nosotros, pero sé que conozco a muchos a quienes no conozco!

BECQUER



# La literatura de la guerra y la era nueva

## I

### INTRODUCCION

**U**NA investigaci3n crtica, en el sentido severo, y en cierto modo, absoluto de la literatura consagrada a ese complejo y trágico fen3meno estrictamente humano que se llama «guerra», es imposible ahora, cuando apenas hemos salido de su actualidad febril y dolorosa. La crtica necesita, en primer término, una documentaci3n cuanto más detallada, la perspectiva hist3rica — el tiempo que selecciona y clasifica, la correlaci3n con realizaciones anteriores y con aspiraciones que empiezan a vislumbrarse en el porvenir cercano. Necesita también ese apaciguamiento de las pasiones o, por lo menos, ese principio de cristalizaci3n de la cultura general en una fase nueva, ese encauzamiento de varias corrientes hacia metas mejor coordinadas bajo la luz de los ideales comunes.

No intentamos, pues, hacer un estudio crtico en estas páginas. Sin embargo, creemos que existen posibilidades de investigaci3n, aun para los que no son especialistas en crtica literaria. La literatura de la guerra no es tanto un «problema» a estudiar, como una interrogante que se impone de por sí a cualquier conciencia preocupada por muchos otros grandes problemas de nuestro tiempo. Esta interrogante surge de un modo natural de realidades vividas, sentidas profunda e imperiosamente. Nuestro tema no es limitado a ciertas formas literarias, a manifestaciones específicas; es orgánicamente entretelado con los problemas vitales de una sociedad agitada, trastornada por derrumbes y renovaciones. Y la respuesta no puede aplazarse so pretexto de que no ha llegado el tiempo de una «crtica objetiva».

Ahora, cuando los hombres comienzan a levantarse de las ruinas de la guerra, dispuestos a emprender la construcci3n de una nueva organizaci3n social o — según las esperanzas de los tradicionalistas — a regresar a los estados anteriores; ahora, despues de haber experimentado toda la tragedia de la existencia, con los implacables castigos por nuestros desvíos de las leyes de la naturaleza y de las condiciones de progreso de la cultura y la civilizaci3n, — ahora debemos contestar a nuestra pregunta. Y la respuesta no es tan s3lo una clarificaci3n o un enderezamiento moral para los que buscan su «salvaci3n»; ella constituye aún una manifestaci3n creadora del espíritu, incluida en la vida integral de este tiempo. La respuesta puede ser la postrera señal que advierte a muchos que se encaminan, sin saberlo, hacia un nuevo precipicio; puede ser el lúcido y voluntario refrenar ante un extravio colectivo, ante una falsa revoluci3n intelectual, moral y psiquica (y, por consiguiente, ante una revoluci3n social, politica y econ3mica) opuestas a los ideales proclamados por los Grandes Hombres — por los buenos y justos, creadores de valores éticos, esteticos y cientificos.

Este temor no es exagerado. Ya hemos sentido, durante el entrevero sangriento de los pueblos, los efectos «subterráneos» de estos extravios personales y colectivos, confundidos, empero, con las desgracias provocadas directamente por la guerra. La influencia reciproca de nuestro tiempo y su literatura es demasiado evidente. Y entre los dos, el individuo no es más que una minúscula unidad, un pobre sér pensante, perdido en las tormentas artificiales, desencadenadas por los monstruos de la destrucci3n y de la muerte, pero que debe mantenerse, salvar su vida y su persona, y vencer finalmente a sus tiranos...

## II

No es tan fácil el tratar de definir desde el principio lo que es la literatura de la guerra. Nos limitamos a descartar, en estas páginas, la grande, la verdadera literatura humana (denominada también «universal») anterior a la guerra, de la producci3n literaria determinada por la guerra misma. Las separa un abismo, del mismo modo que la realidad creadora es totalmente distinta de la realidad destructora.

Lo confesamos: no podemos escribir sobre la literatura de la guerra con tanta revuelta humanitaria, lleg3o a miento de repulsi3n difícil de refrenar. La esquivamos, cual una selva llena de fieras al acecho, de miasmas mortiferos y horrendas visiones. Acerca de ella, no podemos utilizar esas expresiones que tienen cierto sentido cuando se trata de la verdadera literatura; expresan estados del alma y conceptos sobre la vida y el mundo. concretan situaciones y plantean los problemas de siempre del destino humano.

Incluimos en la literatura de guerra todo lo que se public3 en los años de matanza y en los siguientes bajo su influencia directa: poesia, novela, teatro, memorias, estudios, sin olvidar los relatos de los diarios y los incontables folletos — el alud de impresos circunstanciales y tendenciosos. Al que pudo leer esta literatura, oponi ndole constantemente su propia humanidad, digna y libre — con el empeño de no ceder a la sicosis colectiva y de conservar, intacta, la conciencia moral, la perdurable herencia cultural y espiritual — esta literatura se le aparece más horrorosa que la guerra misma. Esta afirmaci3n, algo parad3jica, es demasiado evidente. No necesita pruebas y documentos. Por cruentas que sean las batallas de los ejércitos; por agobiador que sea el sufrimiento de los heridos, los hambrientos, los desterrados, los huérfanos y viudas, de las almas genuinamente humanas y pacificas; por muchas que sean las ciudades y aldeas arruinadas, las obras de arte pulverizadas, las vidas inocentes percidadas en el torbellino de la guerra

— esta tragedia de los pueblos nos parece más vasta, más dolorosa, más catastrófica a través de su literatura.

Mediante la escritura, todo *hecho* adquiere una nueva realidad, una realidad distinta, que perdura después del cumplimiento del hecho mismo. La memoria registrada, materializada y multiplicada por la imprenta, parece otra cosa que el recuerdo fugaz, incierto, inconstante. Todos los sucesos de guerra, localizados en ciertos lugares y vividos por un número limitado de individuos, consiguen otra amplitud y significación si están relatados en diarios, descritos en cuentos y novelas, evocados en poemas, dramatizados en obras de teatro. Ellos se difunden en todas partes; se vuelven permanentes y sobrepasan, por así decirlo, sus proporciones naturales, aún si están relatados de un modo sencillo y exacto, sin destrezas estilísticas. El mundo entero está abrasado y obsesionado por la guerra *escrita*, sea descriptiva, apologética, polémica o solamente «literaria». Sus libros y folletos, sus revistas y varias colecciones ilustradas, siempre a nuestro alcance, mantienen en toda la humanidad una tensión psíquica y cerebral, diferente de los esfuerzos físicos y técnicos de los ejércitos. Por otra parte, porque tampoco los ejércitos están a salvo de la influencia epidémica de esta literatura — puesto que muchos escritores son también militares, manejando igualmente el arma y la pluma — se agrega a la guerra de hecho la guerra que se lleva con palabras y la tinta de imprenta. Así, la guerra en sí es transformada por su propia literatura.

Sin embargo, persistimos en separar la guerra de los ejércitos de la literatura de guerra. Esta discrepancia es plenamente justificada, si pensamos en lo que representaba una guerra, aún «grande», hace mil o dos mil años. En aquel entonces, no se imponía esa despiadada y absurda solidaridad *negativa*, es decir, homicida y destructora, de los pueblos, en su integridad, de países y continentes, de toda la humanidad. La guerra no hacía entonces tantos estragos — no porque le faltaban los medios científicos y técnicos de los inmensos ejércitos de nuestros días, sino porque estaba limitada a ciertos territorios y aún a ciertas capas de la población. No estaba intensificada por la Propaganda forzada, bien organizada hoy por la imprenta, la radio, el cine, y tampoco por los «rumores» públicos que, contrariamente a la opinión corriente, no penetraban hasta los confines del mundo con la fuerza del pánico, de la incitación odiosa o de la exaltación suicida.

Antes, la guerra era llevada por guerreros profesionales, que soportaban personalmente todos los riesgos. Para el resto de la población, la guerra era, en la mayoría de los casos, algo así como las luchas ignoradas de las bestias que se persiguen en un bosque. En algún lugar, la fiera humana mataba a su «enemigo» — pero el campesino seguía labrando su tierra, el artesano no cesaba en su trabajo metódico, la vida continuaba con sus leyes naturales, sus normas humanizadas, sus penas y sus tareas de todos los días, y con sus aspiraciones más elevadas que triunfaban finalmente, generación tras generación. El hombre de otros siglos oía, quizás, la lectura de la Biblia o entonaba sus cánticos y serenatas mientras en algún lugar cercano peleaban hordas armadas, bajo el mando de bandidos llamados caballeros, barones, príncipes o reyes. El soportaba su destino y *veía* que el mundo no temblaba en sus cimientos cuando pasaban como una tormenta los «jinetes del Apocalipsis».

o cuando la «guerra de la patria», como suele decirse hoy, aullaba sus consignas y sus terrores.

Una cosa es la guerra, con su infierno; otra cosa es la vida — la de siempre — con su *lucha* pacífica. Los deberes para con el Estado, los imperativos nacionales, religiosos, raciales o los «intereses» falsificados por los políticos no agobiaban al hombre de antano, tal como sucede con nuestros contemporáneos que llevan las cargas aplastantes de las ficciones colectivas, de las ilusiones engañosas, llamadas leyes y mandatos. La moral social, forzada, de hoy día es más inmoral y malhechora que todos los males individuales de otros tiempos. La solidaridad impuesta en la guerra a toda la población, so pretexto de la defensa contra los enemigos de afuera, es la máscara hipócrita de los dirigentes y «protectores» que explotan a su propio pueblo. La única solidaridad aceptable por la conciencia esclarecida es la de las comuniones humanas, buenas y creadoras. La guerra va más allá de los confines del bien, en la muerte aniquiladora. Los guerreros, voluntarios o forzados, salen del círculo vital de la humanidad. Tienen su «solidaridad» en el odio, la codicia y la destrucción, y arrastran en su torbellino de fuego a los inocentes. Los cabecillas del Estado, bien abrigados, hablan de la Justicia, la Libertad y la Civilización; y millones de ingenuos, los rebaños de esclavos imbecilizados, deshumanizados, perecen para «la mayor gloria de la Patria» y aún de la Humanidad. No perecen tan sólo los que niegan los designios pacíficos del hombre, los que se apartan de la naturaleza sana, fructífera y progresiva. La selección *al revés* de la guerra destruye las obras necesarias y extermina a los mejores individuos, perdidos en la locura sangrienta de los tiranos y sus verdugos en uniforme militar. Los más de estos últimos sobreviven, y prestan sus servicios infaustos a los nuevos amos, en los viejos o los «nuevos órdenes sociales» surgidos a menudo bajo lemas revolucionarios.

Con firmeza idealista, tenemos que rechazar las tentaciones del Poder y la Violencia, con sus argumentos «realistas» o «lógicos» que no son más que lucubraciones verbales. La mentira es lenguaraz, retórica, emperifollada de falsos adornos. La verdad es sencilla, callada, pero constante en su realidad. Y, penetrando en el mundo de *nuestra* verdad, personal e individual, podemos convencernos de que este «egoísmo» — como lo llaman los malos pastores — es, al contrario, natural; es solidario con los intereses vitales, creadores, de nuestra propia humanidad y de todos nuestros semejantes, genuinamente iguales en su destino y misión.

Si la literatura de la guerra se limitara a registrar directa y cronológicamente los acontecimientos — tal, por ejemplo, los «comunicados» más o menos oficiales —, si fuera solamente informativa y descriptiva como los reportajes de los corresponsales de diarios, no se volvería de un modo tan evidente una *realidad distinta* a la guerra en sí. La crónica de los sucesos «históricos» en los siglos remotos, es una cosa muerta, como una lápida enterrada en polvo y olvido. Leamos algunas páginas de una antigua crónica de las guerras: datos, lugares, nombres a los que sólo los especialistas pueden localizar en tiempo y espacio, todos mezclados en un lenguaje anacrónico, casi elemental. Este lenguaje parece tener cierto «sabor» peculiar y hasta conmueve a algunos lectores de actas y documentos — pero no porque entiendan algo de su sentido original, sino porque las

anticuadas palabras están animadas por su imaginación perturbada, galvanizadas por sus ideas» de pitecantropos evolucionados. La crónica de las guerras mundiales del siglo XX será para la humanidad de los próximos milenios el más absurdo, más embrollado y monstruoso monumento gráfico. Tal una mina repleta de fósiles y residuos heterogéneos, será para el hombre del porvenir un estupendo motivo de búsquedas y vergüenzas. Y como los pocos clarividentes de hoy, verá en el «pasado glorioso» de tantas naciones, de tantos Estados y reinos desaparecidos, nada más que un caos de misterios bárbaros y de horrendas vanidades.

En efecto, no nos dejemos engañar por el romanticismo histórico. La crónica de la guerra es como una piedra funeraria, corroída por los años, con inscripciones incomprendibles. La crónica de la vida, pacífica y generadora, es diferente: es una cosa viva, una fuente de fuerza y luz, ya que los elementos y muchas formas vitales son permanentes y comunes, los mismos en todas partes y en todos los tiempos. Pero lo que es más doloroso, si pensamos con la mente del hombre que vendrá mil años más tarde, es la literatura y no la crónica de nuestra guerra.

La literatura, la verdadera, que no pertenece a un solo pueblo, sino a la humanidad entera, expresa, resume, sintetiza la vida y los ideales humanos. En ella se halla todo lo que es más precioso: los sentimientos que luchan entre innumerables tentaciones; los deseos impulsados hacia fines siempre renovados; los tormentos que purifican y fortalecen; los terrores de la decadencia, los oasis de las virtudes trágicas — todas las aspiraciones que elevan de una cumbre a otra; los sueños que anticipan las nuevas verdades y realidades—, todas las grandes ideas que llevan a acciones y creaciones; la filosofía que concentra el mundo bajo la frente del pensador; el amor que sublima los sufrimientos y las dichas en el corazón del poeta, del idealista, del precursor...

¿Quién puede afirmar sin vacilación alguna que esta literatura, hondamente humana, se halla también en la literatura de guerra? Podemos vislumbrarla, si lo queremos, detrás de las apariencias. Del mismo modo que podemos adivinar un rostro de virgen en un espejo convexo deslucido: una cara deformada, con ojos de camaleón, con jeta de hipopótamo, con colmillos de jabalí, con cuello torcido, con orejas de elefante. Y la sonrisa rechina, la dulce mirada derrama indecibles pavores, y el cutis blanco y sedoso es tosco y violáceo... Es así como se nos presentan ahora lo bello, el bien y la verdad de la literatura. Todos los valores psíquicos, intelectuales y morales están trastornados y mezclados. Hemos tratado de ajustar en moldes monstruosos todo lo que constituye el espíritu, la realidad interior del sabio y del artista creador. Hemos utilizado en la guerra — igual que a las máquinas de esclavitud y las herramientas de matanza— a los ideales milenarios de la conciencia libre, los conceptos universalistas, los sentimientos comunes pero constantes de la especie. Todo y todas se nos aparecen, a través de la literatura de la guerra, aborrecible, insostenible; son realidades surgidas de emparejamientos antinaturales, híbridos plasmados en un infierno de lujurias y destrucciones.

En nuestros días se puede sentir, más que nunca, cuán frágil, cuán unitaria es la constitución espiritual del hombre, su progresión moral, anímica e intelectual; cuán

*absoluta* es ella: ni una concesión vulgar, ningún acomodamiento con la fuerza bruta, temporal — sino una pureza de cristal, de éter y de sol... La humanidad tiene su reino encantado — en cierto modo limitado — en el que cada cual puede penetrar con sinceridad y anhelo de perfección. Cada cual puede respirar su aire saludable, que insufla sentimientos puros e ideas elevadas. Inagotables energías de realización, si viene con la fe en el alma, con fraternal honradez. Esta hombría de bien no necesita defenderse de ladrones, de matarifes, de embusteros, de viciosos, ya que ella no puede ser empobrecida, pervertida ni destruida. La esencia de la humanidad es imperecedera porque es universal. Surge como un límpido manantial de profundidades virginales y si la arrastra el azar o la fatalidad, ella atraviesa los lugares infectos, entre ruinas y cadáveres, se ensucia con podredumbre y sangre, pero su esencia es inalterable. Y el río de la humanidad corre más lejos, a través de tierras floridas o regiones devastadas, y desemboca finalmente en el océano que todo lo recibe en su vastedad, y en el que todo lo que es feo, sucio e inútil en el orden de la naturaleza se disuelve en la unidad de su armonía triunfante...

Es así que el espíritu humano está contaminado y falsificado por la guerra, que trata de cortar la ruta de su evolución. Y su literatura pone de manifiesto, fantasmagóricamente, esta absurda violación del espíritu. El mal lleva siempre la máscara del bien, lo feo la careta de la belleza, la mentira las apariencias de la verdad. Así se nos muestra la literatura de la guerra: es falsa, horrenda, malvada bajo todos los disfraces que la adornan. Está basada en realidades que no pueden perdurar porque no tienen justificación ni designio natural; me-

## Inteligencia

**U**NA de las más nobles aspiraciones de la civilización es poder reunir en el hombre esas cualidades. Raramente van juntas. Hay gentes de conciencia a quienes la ignorancia las conduce al error y a la injusticia. Las hay inteligentísimas que manchan su diario vivir con acciones e intenciones notoriamente execrables.

¿La inteligencia es una facultad intelectual, y la conciencia una facultad moral? ¿En qué grado corresponden la una a la otra? O mejor aún, ¿hasta qué punto se desarrollan paralelamente o no en la intimidad del ser humano? Si requerimos a la pedagogía nos dirá que con la actividad cultural florece la inteligencia y con la educación el sentido moral del bien y del mal. Muchos filósofos y moralistas han cifrado su esperanza en que el desarrollo potencial de la cultura traería fatalmente como resultado la adquisición de una ética social que elevaría al pueblo a las cimas felices del progreso y la libertad. Sólo era una creencia. Prácticamente han existido pueblos cultos (el alemán) capaces de gestar y venerar nuestros políticos como el nazismo. De otra parte, el pueblo español, de un viejo y bajísimo nivel cultural, asombró al mundo con sus



dante su literatura, la guerra que arrasó tantos países y sigue todavía con sus desastres en todos los continentes *¡se espiritualiza!*

Si, ¡la guerra, por sus fanáticos o inconscientes servidores, quiere espiritualizarse! Si no tuviéramos la convicción de que esto es imposible — considerando en las lejanías del pasado y del porvenir el desenvolvimiento del espíritu humano —, entonces proclamaríamos, en nuestra desesperación, la condena definitiva de nuestra especie. Pues ¿qué es más peligroso que esta espiritualización de la guerra, que resulta sobre todo de su literatura? Si la guerra entre pueblos, razas y colectividades sociales sometidas a ciertas minorías todopoderosas arraigara fuertemente también en las conciencias de las cuales emanan todas las potencias creadoras del hombre, estaríamos en la última pendiente de nuestra existencia.

Involuntaria o inconfesablemente, la literatura de guerra tiende hacia este aniquilamiento de la humanidad y su cultura. Si no creemos que pueda lograrlo, creemos empero que puede sujetar por mucho tiempo a los pueblos en el infierno de la guerra — tan perfeccionada mediante la ciencia y la técnica, tan idealizada por la verborrea patológica y la sicosis colectiva —. Ella puede detener durante muchas generaciones el adelanto de la humanidad, paralizando sus fuerzas de pensar y crear, o encaminándola hacia metas que llevan de una ilusión a otra, de una ficción atrayente a otra ficción mortífera: — es el ciclo de la destrucción, que construye sobre ruinas un «mundo nuevo» para volver a destruirlo.

La «espiritualización de la guerra» no es una mera expresión verbal. Cualquiera puede convencerse de esta tendencia — repito: más bien inconsciente — si lee hu-

manamente algo de los escritos de guerra. No importa de que autor, célebre o desconocido. Una poesía, en la que el homicidio, en contienda individual o en asaltos macizos, motorizados — el crimen calculado, dirigido desde lejos — es glorificado como una nazana victoriosa. El «heroísmo» del bruto armado, del *golem* desencadenado por demiurgos satánicos, es exaltado con las mismas palabras con las cuales honramos a los que se sacrifican por nobles designios: al idealista que se afana hacia las cumbres, para conquistar una verdad que abra nuevos horizontes; al sabio que descubre el remedio de una enfermedad o un secreto de la naturaleza, después de largas investigaciones. Una pieza de teatro. El drama de los hondos sentimientos, las luchas de la conciencia que quiere mantenerse por encima de las negaciones y esclarecer a los extraviados, se desarrollan en aposentos donde están complotando los otros, los dirigentes criminales, deificados por la falsa «Opinión» — o en salones donde los vicios personales son aureolados por virtudes colectivas. Los deberes sociales, las solidaridades supranacionales, los ideales universales son dominados por una cata armada, y los mismos criterios morales sirven para justificar acontecimientos repudiables por la lógica y las normas sanas, incompatibles con las nobles aspiraciones humanas. Una novela. Y, muy a menudo, la vida de los individuos, de las familias, de los pueblos se nos aparece, en sus páginas densas, como un desfile de monos, de hienas, de leones y plesiosaurios: como un amasijo de serpientes y escorpiones, como una arena atestada de pobres imbéciles que aclaman a los toreros diestros igual que a los toros furibundos; como rediles repletos de ovejas estúpidas que se dejan degollar por las fieras rabiosas, salidas de la noche de las selvas ancestrales. Todos estos seres, agolpados en ciudades o en campos de matanza, llevan máscara humana, articulando en el delirio de la «Guerra santa» palabras robadas de las Enciclopedias humanistas. ¡Y las gacetas! Pletóricas de noticias adulteradas, unilaterales, tendenciosas; de los llamados a la «Salvación pública», los proclamos del «Poder supremo», las arengas de los jefes de Estado, los comunicados de la «Defensa nacional». Y parece que todas estas exhortaciones nos llegan desde algún lugar, de una cueva dorada o desde quién sabe qué dosel celeste... De allí, como los antiguos sacerdotes que vaticinaban, ocultos en la boca de los dioses, hablan ellos — los «Elegidos», en nombre de la Patria, de las madres, de los hijos y de los trabajadores —, en nombre de algunas ficciones que se llaman Libertad, Justicia, Fraternidad—, en nombre de la Humanidad a la que pretenden representar, ellos, los amos de millones de anónimos, aterrorizados, mantenidos en ignorancia, extenuados en innobles y forzadas tareas.

La literatura de la guerra, no importa si bien o mal escrita, es la misma por la influencia negativa de su contenido antinatural e inhumano. ¡Y cuánto debe sufrir el lector que quiere permanecer libre y digno! Hay que creer que este sufrimiento íntimo persigue también a algunos de los que han escrito tales libros de guerra. Por lo menos en las horas en que recobran su lucidez y su sentido de responsabilidad para con los lectores.

Y debemos evocar cuanto más a este tormento moral —*post bellum*— para insinuar lo que no puede lograrse mediante la mera documentación, por verídica y abundante que sea.

E. RELGIS

## y conciencia

espontáneas realizaciones económico-sociales y el admirable sello humanitarista y libertario que quiso imprimirle a la revolución de 1936.

En esto de la cultura y la moral hay fenómenos que sorprenden. Yendo por los campos soleados de Castilla, Fernando de los Ríos y un escritor inglés, se detuvieron ante un corral de humildes labriegos que estaban comiendo unas gachas manchegas. Las toscas manos cortaban diestramente a navaja las finas rebanadas de pan, pasando de la boca a la sartén con una natural e ímpoluta elegancia.

— «Mire — exclamó de los Ríos — qué inteligentes son esos analfabetos —.» Sancho Panza, que pasaba por tonto, haciase admirar de su maestro por sus ciertos refranes y discretísimos consejos.

De todas formas el ideal consiste en que el hombre reúna el mayor grado posible de conciencia e inteligencia. En sus raíces latinas la palabra conciencia tiene una evidente similitud con los valores intelectuales del conocimiento, de la intuición y la razón. Lo que es afín etimológicamente mejor puede y debe serlo humanamente.

CONRADO LIZCANO

(Continuará)

## Los franceses y el exilio

# Cortesía superpuesta

por Felipe ALAIZ

EN ciertas zonas de la vida francesa de relación, hay un repertorio abundante de fórmulas de urbanidad; pedir perdón, decir con frecuencia: *Excusez-moi, je vous en prie, si ça ne vous dérange, merci d'avance, s'il vous plaît, merci encore une fois*, etcétera.

En algunos labios españoles, estas fórmulas se repiten de manera más exagerada hablando con franceses de lo que se repiten entre franceses evolucionados.

La evidente tendencia española a exagerarlo todo no puede dar sugestión al empleo constante de fórmulas, vengan o no a cuento. Las fórmulas correctas de convivencia son como la sal. Basta un grano para sazonar la comida; pero nadie come sal a puñados.

La cortesía francesa exagerada, no es francesa. Procede de Oriente, de las Cruzadas, del contacto con los reyes de bastos, lo mismo que la pompa asiática de los palacios. El francés evolucionado no imita tales maneras y se desentiende razonablemente de la pedantería del siglo XVIII, influyente después hasta en el estilo literario. Según Paul Valery, aquella influencia subsiste todavía, lo mismo que la abundancia de cumplimientos en la etiqueta oficial, coplada por los nuevos ricos analfabetos, no por las mentalidades francesas originales, de vida laboriosa, horizonte abierto y cultura elaborada.

En los diálogos que podríamos llamar de exploración y hasta de envite, es decir, cuando una española frívola quiere, por ejemplo, atraer la atención de un francés del sexo contrario, las fórmulas en tromba significan en realidad que ella no piensa absolutamente nada. Lo que desea en primer lugar es causar efecto delirante para que se produzca el flechazo, el *coup de foudre* que se dice en francés. Para ello cuenta con ciertas pretendidas cualidades personales. — pelo ondulado, caída de ojos, indumentaria premeditada para asombrar, etcétera — y un constante y empalagoso empleo de la mimica.

Estas demostraciones de mimica y adorno requieren algo así como la huelga de la mente. Nada como la abundancia de fórmulas convencionales aprendidas de memoria para observar el físico del dialogante, mientras se tiene la ociosa atención mental para dedicarla entera a la atención visual, a la fotogénica.

Es un juego que tiene mucho de inquisitorial y policiaco. Generalmente se combina con la manía de hacer más preguntas que un juez de instrucción, preguntas que, naturalmente, obedecen también a una serie de fórmulas convencionales, lo mismo que las frases de cortesía disparadas en ráfaga y las de llevar el pelo a los treinta años como una niña y no peinarse cuando no hay que deslumbrar a nadie.

Hay españolas que se visten de manera airosa, incluso con cierto garbo personal. Pero la naturalidad queda a menudo destruído cuando el traje es demasiado *cherché*, retocado, rebuscado, deliberado en detalle y conjunto, destinado a producir efecto y causar impresión más que a vestirse con naturalidad y sencillez. Cuando se quiere impresionar

«Cada español podrá tener una conciencia trabajada y profunda. Pero falta en nosotros esa obra de siglos que consiste en conectar entre sí las conciencias de los ciudadanos formando las grandes líneas estructurales que en los países adultos orientan silenciosa, pero firmemente la marcha de la política de acción».

MARAÑÓN

con la indumentaria queda demostrado que no se tienen grandes ilusiones para producir otras impresiones, y que se espera en los demás una correspondencia similar de maniquí.

El cine, que es un escaparate en rotación constante, acostumbra a estimular imitadores y también imitadores de mimica tanto como de indumentaria. No solo demuestran los imitadores que carecen de originalidad. No se dan cuenta de que lo hecho por ellos y por ellas consiste, además, en repetir mal en la vida de relación lo que los artistas hacen bien, no en su vida de relación, sino sólo frente al objetivo de la cámara, por oficio o profesión.

Estos temas pueden parecer insignificantes a primera vista. Tal vez lo sean. Lo son sin duda alguna respecto a buen número de casos opuestos. Pero no se puede negar que acaparan hoy en gran parte la mentalidad del exilio juvenil y no juvenil, a veces hasta extremos delirantes, y que responden a los más bajos prejuicios burgueses de parecer sin ser y de hacer arrumacos de colegialismo a la edad de pasear a los nietos.

La grosería del instinto burgues prende en mentalidades ociosas por lo mismo que tiene por modelos el ocio y la incultura, empeñada por tener la cabeza hueca, en que la frivolidad más hueca reine sobre la tierra. Y cuando reina la frivolidad, todos los efectos puros, todas las ideas elevadas y todos los sentimientos nobles quedan brutalmente postergados. No está, pues, de más, registrar los estragos de la cortesía superpuesta, de la palabrería vana, de la mimica acotorrada y de la indumentaria de caza, plagas filisteas que las graves vicisitudes del exilio, es decir, lo serio de este tiempo, habían de aventar lejos. Que las mentes despiertas, incapaces de hacer carnaval, que los millares de seres que toman la vida en serio, contrarresten aquellos estragos, o que éstos tengan por escenario la España entregada al oprobio y al carnaval de Franco.

# Nepotismo criollo

**H**EMOS explicado ya alguna vez cómo se hace la repartija de las prebendas entre los canónigos y beneficiados de los cabildos políticos de todo pelaje y catadura. En ese rancho van incluidos, entre otras muchas pizcas, los llamados momios, enchufes, chambas, botellitas, gotas de buena y mala leche y toda la lira de la polilactancia, multimamancia y biberonización maternopatrióticas.

El que tiene la sartén por el mango, hace primeramente dos porciones de lo que se frie; y en seguida sentencia: «La mitad *pa* mí». Traza una raya por el medio de la otra mitad, y dice: «Una parte *pa* la familia y otra *pa* los amigos». Los amigos son el que lleva el portamantas al preopinante; el que cepilla, aunque sea con la lengua, la chaqueta y lo que por detrás y por abajo tapa; el que hace de niñera de los crios del prohombre; el que le saca a mear a la calle a la suegra o al chucho; el que coge al vuelo los cuescos que el padre de la patria se tira y los papa como si fueran de monja del convento de Benabarre.

Yo empecé a traducir el *romanus sermo* en Barbastro, con las biografías de Cornelio Nepote. El latín cornellonepótico no llega a macarrónico, pero roza el tomate de la pasta italiana. Y sus Historias pueden apenas enternecer el casco duro de los ciruelos que en las aulas se dedican a evirar chicos como quien capa potros. No todos los clásicos Cornelios eran Nepotes. Pero, todos los que aguantamos hoy a los Nepotes que nos violan la conciencia en griego o gringo, somos Cornelios. Sabido es que, en la *Polis Méter* rómuloaugústula, al nieto se le llamaba *nepos nepotis*. Y de ahí le viene la música a la corruptela oficial conocida por nepotismo.

El amor de los políticos españoles de todas las tierras a la familia, ha sido siempre frenético. Montero Ríos no esperó a que lo agüelaran, para repartir entre los suyos el flete del «Vita». Fincó ya a sus yernos antes de que lo fueran efectivos, para irlos desbravando e inclinando dulcemente al santo yugo. Como la inmensa mayoría de nuestra picaresca

gubernamental, Montero Ríos era un garduño de terribles grifas. Una vez iba en simón a la Audiencia a enredar informando no sé en qué lite. Hojeaba en el coche los autos sobre la mesa de las rodillas, cuando una ventolera le arrebató la papiracea balumba. «Es el único pleito que he perdido — decía luego con sorna el canonista falaico —. Los demás los han perdido mis clientes».

Entre otras muchas sanies o tabes, que los españoles hemos traído a América, y que hemos inoculado por el óculo a esta novia nuestra, dicen que figura la del nepotismo. En perforar a estas tierras de promisión, pero no de dación, y en abrirles cancha por esa vía de agua o de desagüe, se nos habían adelantado otros «seis mil pesetas». España les debe a los dos bacalaos, prendidos el morro del de abajo a la cola del de arriba; les debe, digo, a estos terranovas, en que sirgamos, el maíz galináceo, la papa sin pelos, los puritos de a real, el cacao presbiteriano y el episcopal guajolote. En cambio, a esta hija de nuestras entrañas, le hemos dado nosotros de dote el vino, el azúcar, el café, los cereales, el garbanzo, el vacuno, la caballada, las comadres de corral y otras muchas olorosas esencias animales y vegetales. Casi todas las marinerías de la primera expedición de Colón volvieron, en pago, a la metrópoli sifílicas. A los indios les metían miedo los corceles. Pero, los

jinetes no espantaban a las indias.

El nepotismo o reparto del suelo, el vuelo y el cielo públicos entre la amante familia, como manda la democracia, no fué práctica ajena a caciques e hijos de su padre, el Sol, en estos tostaderos tropicales. Los tiranuelos criollos, más malos en general que arrancados, al poner un chupete en la boca de cada uno de sus 200 mil vástagos, no asimilan contagios de nuestra administración, sino que hacen lo que es moneda corriente entre Atahualpas y Moctezumas de todos los tiempos. Esto es: hacer de las propias patrias las muncanas de sus pindongas.

Juan Bisonte o Vicente Ferrado Gómez, el hijo tiempo mandamás de Venezuela, que tenía descendencia en colaboración con más de 400 mujeres, les había dado a todos sus bordes gomitas aspiradoras en los despachos oficiales, para que sinfonizasen sinfónicamente los Llanes y Caracacras.

Augusto B. (¿Búfalo) Leguía, el guarán del Perú, tenía echada sobre los medios de la vida de la Nación una langosta de 200 mil parientes al menos.

Las bancas de la Cámara, los altos puestos burocráticos, militares y diplomáticos, todos estaban copados por los Leguías: cuñados, primos, sobrinos y tíos del presidente. Tres cuartas partes de la orfandad peruana, desde Chuquibamba a Chachapoyas, podía llamar tío a aquel Faraón, que era en verdad un tío judío y «jodio».

---

Parece que el héroe sale de un solo oficio, que es el de las armas, y que el gran hombre es de todos los oficios: de la toga, de la espada, del gabinete o de la corte; pero uno y otro juntos, es decir, el gran hombre y el héroe, no pesan un hombre de bien».

LA BRUYERE

---

En este avorazamiento de Apocalipsis, quizá nada desarrolló tan desvergonzada hambre como el actual dictador de Santo Domingo y su parvada. Trujillo nombró coronel, con mil dólares al mes para alfileres, a un hijo de su mujer, que apenas tenía 13 años. Ese dragón de Capadocia, que se merienda en compañía de sus cuchilleros a la Dominicana, es otro Sam; quiero decir, otro *Uncle* u *Oncle* de bragas. El mundo novel y el viejales están llenos de cabrío mayor y menor, que a cualquier Nuestra Señora pueden llamar tía.

ANGEL SAMBLANCAT



# Larra y el periodismo

**F**IJA el siglo XVIII el ocaso del feudalismo, la disolución de la nobleza con sus leoninas prerrogativas. Paralela a la acción disolvente de los enciclopedistas, acción de fondo cultural y emancipador a la par, anda la actividad, no menos iconoclasta y corrosiva para el régimen, de quienes usan de la crítica satírica, de la burla, de la jocosidad, para decir la verdad; para clavarle, a toda una sociedad corrompida, un venablo derecho al corazón.

Entre los escritores de la época que tuvieron dignidad, talento y valentía para asertar certeros golpes a un execrado régimen absolutista, como era el de Francia, destaca Beaumarchais. Y lo hizo con donosura. Se valió del teatro para criticar, para burlarse de un sistema social que más tarde fué demolido, como se demolió, con la piqueta insurgente de las masas laboriosas, la que se consideraba fortaleza inexpugnable: la tétrica Bastilla.

Dos obras fueron las que dieron a Beaumarchais nombre y notoriedad; dos obras fueron las que le valieron el honroso denominativo de «precursor» de la Revolución Francesa. Son estas obras «El Barbero de Sevilla» y «Las Bodas de Figaro». Han pasado los años, y, por su belleza, por la fina, por la aguda crítica e ingenio que en ellas destaca, son apreciadas hoy, como se apreciaban hace dos siglos, al ser estrenadas.

Carón de Beaumarchais, hizo la crítica de su país y de su tiempo recurriendo a las costumbres y régimen de otra nación. Pensó en España, que alguien ha llamado, desgraciadamente con acierto, «la de los tristes destinos». Conocida es la trama de las dos obras citadas. Sabido es que en ellas está representada la nobleza y el pueblo, los que medran sin trabajar y los que trabajan sin poder vivir apenas. Están representados los desheredados de la fortuna y los que piensan con alteza de miras, en la figura del simpático y chistoso barbero que responde al nombre de Figaro; quien, burla, burlando, dice verdades que cortan más que su navaja de afeitar. En «Las bodas de Figaro», dice éste con ironía: «Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta la imprenta; y con tal de que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puede imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión de dos o tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad, anuncio un periódico...» Esto se escribía en Francia por el año de 1874, antes de que destumbraran al mundo los resplandores de la gran revolución.

En la añeja rueda del tiempo se ha ido devanando el

hilo de los días y los años. El pensamiento fluye libre y atrevido, plasmado en hojas impresas. En libros, revistas y periódicos se exponen ideas que son, que representan anhelos de progreso y libertad. Pero hay un país — ya adivináis que es España — donde a la expresión del pensamiento se le ponen cortapisas. Traspone el primer cuarto del siglo XIX. Hay en Madrid un escritor de talento, joven, inquieto, saturado de noble idealidad. Se llama Mariano José de Larra. Tiene fibra de periodista, de gran periodista, pero naturalmente, odia las trabas, las mutilaciones, la tiranía de la censura. Y, evocando a Beaumarchais y las disolventes y cáusticas expresiones de aquel barbero, que es alma de sus dos inmortales obras, Larra decide usar como seudónimo el de «Figaro». Y unas veces a manera de broma, y otras muy en serio, arremete contra todos los anacronismos e imposiciones.

Ha escrito Azorín: «El estilo de Larra es suelto, fácil, fluido, flexible; sabe expresar en su prosa nuestro autor el matiz de las cosas y las reconditeces espirituales». Y agrega: «Fué su vida una interminable y tenaz batalla contra la censura ejercida en su tiempo; la sutileza y finura de su espíritu hizo que escaparan al lápiz del censor conceptos e ideas indiferentes en apariencia, pero tremendos en el fondo».

El escritor costumbrista Mesonero Romanos, que fué gran amigo de Larra, decía de él que poseía una innata mordacidad. Se ha dicho que, en lo satírico, tuvo puntos de contacto con Molière, y que en el fondo, intensamente humanitario, de cuanto escribía, latía la bondad de corazón de Cervantes.

Ya es sabido que en las antologías literarias de la lengua castellana, Larra, o «Figaro», destaca con acusado perfil de escritor y de él suelen reproducirse algunos de sus artículos más conocidos, artículos de un gran valor perdurable por la elegancia de estilo y por la aguda crítica moralizadora que en ellos se atesora; crítica que era adecuada ayer, como lo es en nuestros días. Así, en «Todo el año es carnaval» se pone de relieve la hipocresía, la vanidad, la ridiculez que predomina en la humana convivencia.

En «Yo quiero ser cómico» y «Ya soy redactor», destaca la recia petulancia de quienes quieren saberlo todo y nada conocen; siendo aún lo peor, su pereza mental en lo que se refiere a esforzarse en aprender y superarse. En «Vuelva usted mañana», se ataca el indolente parasitismo de la burocracia. «El castellano viejo» es fiel retrato de la torpe ostentación de los «nuevos ricos», y de la llaneza del palurdo que llega a la grosería.

En «La planta nueva o el faccioso» y «La Junta de



Castelo-Branco», pone graciosamente en solfa el sentido ultramontano y la retrógrada obsesión conspirativa de los que en nuestros días, la pluma maestra de «Heliófilo» adjetivó de cavernícolas, o sea los reaccionarios de sotana y de levita. Y en todos sus artículos, que fueron muchos, supo justigar de un modo admirable, las arbitrariedades de uno o de otro matiz.

Un biógrafo de Larra, C. Cortés, escribe: «Sábese que tenía un atento maravilloso para encontrar el lado ridículo de los hombres y de las cosas; que sobresalía en hacer resaltar los contrastes de todo género; que no le igualaba nadie en el arte de decir lo que quería y como quería; que su estilo flúido y castigado, era todo lo ligero y agradable que la sátira política requiere; que, sin dejarse arrastrar de la causticidad natural del escritor de su clase, sabía contenerse dentro de los límites de la moderación y el buen tono para hacer una crítica chistosa pero decente de todo lo que le parecía merecerla. Esta última circunstancia, juntamente con la de no acostumbrar seguir en sus más punzantes censuras por otras inspiraciones que las de la justicia más estricta, es la que le distingue principalmente de todos los escritores que después han marchado por sus huellas. Jamás dictó sus juicios la pasión o el espíritu de partido; siempre le impelió a tomar la pluma el interés de un gran principio violado, o la defensa de una gran verdad desconocida. Supo, en una palabra, guardar la distancia conveniente entre la sátira y la diatriba. De este modo se granjeó una grande y merecida popularidad. He aquí por qué durarán sus obras, y es muy posible que las de aquellos otros, que no han sabido elevar después la crítica a tal altura, no sobrevivan a los partidos bajo cuyo espíritu han sido escritas.

Rica, enjundiosa, es la prosa de Mariano de Larra. Tiene maduras reflexiones de filosofía que cala hondo en el fondo de los problemas. Rehuye la conformidad y el encasillamiento entre las cosas sabidas, entre lo gastado por el uso y la rutina. Así cree que hacen falta hombres nuevos para cosas nuevas. Su anhelo universalista le induce a declarar: «El escritor no es el hombre de una nación»; el filósofo pertenece a todos los países; a sus ojos no hay límites, no hay términos divisionarios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia».

Al trazar yo estas líneas, tras releer buen número de escritos de Larra, para aquellos lectores que desconocen sus artículos, muchos de los cuales andan recopilados en volúmenes que han publicado distintas editoriales, uno quisiera transcribir fragmentos y más fragmentos; pero todo trabajo periodístico es necesario ceñirlo a límites de espacio adecuado para que no parezca interminable.

Al hacer la presentación de uno de los periódicos que fundó, decía el escritor citado: «De nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas, por casualidad, se parecen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato,

aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecersele». Cierta escritor engreído le pregunta qué tal le parecen sus escritos. Y «Figaro» responde: «Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen». El otro, amoscado, replica: «¡Siempre ha de decir usted cosas!...» A lo que «Figaro» objeta de un modo concluyente: «¡Y usted nunca ha de decir cosas!...»

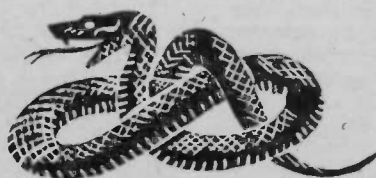
En un trabajo que lleva por título: «Lo que ha de ser el periodista», pone irónicamente al desnudo las características de la profesión. Así dice del que escribe en los periódicos que ha de tener similitud con los tres reinos de la naturaleza: o sea el animal, el vegetal y el mineral. «Del animal precisa la pasta del asno, para caminar sin caer en un sendero estrecho y agachar, como el asno, las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Ha de tener la velocidad del gamo para huir en un apuro. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar a los pobres, y ha de saber dónde hace presa. Se ha de hacer, como el topo, el mortecino mientras pasa la tormenta. Ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando ha andado demás. Ha de mudar de camisa en tiempo y lugar como la culebra. Ha de poner cara de risa, como la mona».

En lo que afecta al vegetal: «Como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella. Ha de medrar, como el junco y la espadaña, en el pantano. Ha de pinchar como el espino y la zarza, los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso. Ha de volver la cara al sol que más calienta, como el girasol. Ha de servir para comer como para quemar...»

Por lo que hace al mineral: «Parece el periodista a la piedra, en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo. Ha de tener tantos colores como el jaspe. Ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate. Ha de tener los pies de plomo. Ha de servir, como el bronce, para inmortalizar hasta los dislates de los próceres. Lo ha de soldar todo, como el estaño. Ha de tener más vetas que una mina, y más virtudes que un agua termal...»

Fué Larra modelo, verdadero maestro, de periodistas con dignidad. Llevó a cabo una intensa y razonada crítica social, y supo censurar también a quienes, con su comportamiento, eran en España deshonra de la profesión. Periodistas adulones, cobardes, cretinos. Pero más, mucho más que aquellos contra los que dirigió Larra su sátira mordaz, en distintas ocasiones, merecen la repulsa y el desprecio todos los periodistas que en nuestros días y en España, escriben al dictado de una híbrida y repugnante mezcla fascista como es la formada por clérigos, militares y falangistas.

FONTAURA



# Libros viejos, ideas nuevas

**A** la puerta de una librería hay un montón de libros a precio único rebajado; son restos de editoriales y rincones de comercios que salen a la luz a prestar su utilidad, y ofrecer su sitio en los estantes a obras nuevas y caras, generalmente fuera de la órbita de los presupuestos populares. Un grupo de gente joven rodea el montón de libros y escoge entre ellos los títulos que más seducen. Son casi todos ellos españoles los que ansian leer, y, el que esto escribe, que ya está muy lejos de la juventud, busca también con ellos. Surge en seguida la filiación idealista y surge el ofrecimiento generoso, y los pulmones empiezan a funcionar a placer como en la cumbre de una montaña. Hemos adquirido varios libros y folletos, todos — pensamos — contienen su gota de saber, y, a veces, manantiales inmensos. Bien venidos sean todos a aumentar nuestro modesto haber intelectual, y con ellos, vamos al laboratorio de nuestros amores donde nos esperan otros libros, y otra voluntad, y otra inteligencia, la de la compañera, débil y enfermiza en este caso, pero con lucidez sobrada para estimularnos y ayudarnos en la degustación de los ricos manjares impresos y en la apreciación de su valor moral, artístico, histórico o científico, según su género.

Esta vez hemos tenido suerte en la clase de lote: Títulos atrayentes y autores ilustres Calderón de la Barca, Samaniego e Iriarte, Smiles, André Bellessort, Ph. Delord. Un comediógrafo y dos fabulistas españoles, un escritor escocés, y dos franceses, uno erudito y otro descriptivo, escribiendo, respectivamente: «El Alcalde de Zalamea», «Fábulas escogidas y fábulas literarias», «El carácter», «Voyages de St. François Xavier» y «Une histoire extraordinaire... et pourtant vraie». Escalonándose por el orden de fechas, respectivamente, en los siglos XVII, XVIII, XIX, y la actualidad.

Como ya sabéis, el que esto escribe no es exclusivista ni avaro, y se complace siempre en hacer partícipes de sus buenos momentos a sus amables lectores que le son tan indulgentes como queridos; por esto se atreve a pasar una rápida revista a los cinco documentos de referencia, la que quizás sirva de estímulo a unos, de solaz a otros y de invitación a todos para más importantes empresas de cultura.

El libro de Calderón de la Barca, es pequeño (14 x 9 centímetros) y pertenece a aquellas ediciones españolas económicas llamadas populares, compuestas de multitud de obras cuyo importe por tomo sobrepasaba poco, generalmente, la media peseta. Este libro, además de «El alcalde de Zalamea», contiene cuatro piezas cortas llamadas *Entremeses*. No puede pedirse más género por menos dinero; ¡y qué género! Quizás en la actualidad, no armonizase con los gustos del público la representación de estas obras; pero no es esta la misión de las llamadas clásicas, sino su lectura y estudio reflexivo; tal es la cantidad de ideas ingeniosas y soluciones de problemas, al parecer irresolubles que ellas contienen. Además son cantera de carácter, de rectitud y de entereza, virtudes hoy relegadas a segundo o a tercer orden, cuando más, en las producciones a la moda. Por esto aquellas se titulan ejemplares.

Calderón fué uno de los escritores más fecundos: ochenta *autos*, ciento veintidós *comedias* y una veintena de *entremeses* constituyen un buen haber, si a esto se añade, que forma parte de este número obras del cali-

bre de «La vida es sueño», «La dame duende», «No hay burlas con el amor», «El médico de su honra» y la que nos ocupa: «El alcalde de Zalamea», que no es otra cosa (nada menos) que el enaltecimiento de la Justicia popular y de la Razón ante el poder arbitrario y el abuso.

El tomo de *Fábulas* de Samaniego e Iriarte corresponde a una colección de autores clásicos para la enseñanza del español en las escuelas francesas. No vamos a comentar este libro que tanto nos honra y satisface por su objeto, y que tan familiar nos es su contenido. Sin embargo, nos permitiremos recomendar las *Fábulas* de Iriarte, especialmente para que sean consultadas con gran atención por cuantos tengan aficiones literarias y quieran dedicarse a escribir para el público, y que se fijen en el comentario de cada fábula; muestra de los cuales, es, por ejemplo, el siguiente:

Perdonadme, sutiles y altas Musas,  
Las que hacéis variedad de ser confusas.  
¿Os puedo yo decir con mejor modo  
que sin caridad os falta todo?

O este otro:

...Y español que tal vez recitaría  
Quinientos versos de Boileau y el Taso,  
Puede ser que no sepa todavía  
En qué lengua los hizo Garcilaso.

El libro del escocés Smiles es de edición española y forma parte de la conocida serie de este admirable autor que comprende «El carácter», que reseñamos, «El ahorro», «El deber», «¡Ayúdate!», «Vida y trabajo», «Viaje de un joven alrededor del mundo», «Vida de Jorge Stephenson», «Inventores e industriales», etc., etc.

Cuanto se ha dicho en favor de las obras de Smiles siempre es poco, pues no es posible imaginar la influencia bienhechora que en la juventud ejercen éstas. Ellas ayudan a pensar, a luchar y a vencer mediante el carácter y la voluntad; tanto es así, que se ha dicho por críticos imparciales, que especialmente «El carácter» y «El deber» constituyen por sí solos como el Credo Cívico de la Humanidad libre y progresiva. De este autor famoso ni de este libro que acaricio entre mis manos y aprieto contra mi pecho, no cité ni lo más mínimo; sería menester copiarlo todo para no ser injusto en la elección del trozo. Es todo él magnífico.

Sin embargo, lo que si reproduciremos son unas palabras de Martín Lutero, que, entre otras encabezan el mencionado libro. Estas palabras son: «La prosperidad de un país consiste, no en las fuerzas de sus defensas, ni en la belleza de sus edificios públicos, sino en el número de sus ciudadanos cultos; en sus hombres de educación, ilustración y carácter; en esto estriba su verdadero interés, su principal fuerza, su verdadero poder».

El otro libro está bien ilustrado; cuadros primorosos de los mejores artistas lo adornan. Dibujos del siglo XVI y XVII, y mapas, y las firmas de Rubens, Zurbarán y Poussin. En los cuadros se imponen el Arte y la fantasía; pero los dibujos son notas informativas interesantes. Idolos indios, y costumbres de aquel país. Cómo viajaban los portugueses en las costas de las Indias. La vida de los portugueses en las Indias. Son documentos de un valor extarordinario para los que todo lo quisí-

ramos var a través del prima de la Fraternidad y de la Libertad.

Por lo demás, la vida de Francisco Javier es la vida de la mayoría de los señoritos malfatanes de aquella época, principios del siglo XVI, que se casaban jóvenes y juntaban fortunas enormes que las derrochaban en seguida, liquidaban los castillos, enviudaban generalmente y tomaban las de Villadiego a través de tierras y de mares.

Javier era navarro; pero a pesar de su dorada cuna, tuvo una juventud azarosa y confusa; habiendo sido soldado, estudiante pícaro, desenvuelto y atrevido, quizás por lo que, deseoso de salir del caos en que se hallaba su país en aquel momento lleno de reyes, de cardenales, de inquisidores y de brujas, no se anduvo con viajes cortos y se fué a cristianizar las islas de Oceanía, saliendo de Buena Esperanza, Mozambique, Sokotara, Goa, Ceilán, Malaca, Borneo, Célebes, fué a morir en las más remotas islas del Pacífico, sin haber llegado al Japón donde se proponía. Mezclado en el relato se habla de las casas reinantes entonces; de las luchas entre franceses y españoles por cuestión de terrenos de una y otra vertiente del Pirineo; de la fundación de la llamada Compañía de Jesús; del bravo levantamiento de los Comuneros de Castilla; en fin, un curso de Historia sencillamente expuesto y una información interesantísima del estado precario de la cultura en casi todo el mundo; de los reyes y la intromisión del clero por todas partes. de los dimes y diretes de la aristocracia y del fandango.

Yo doy por bien empleada esta adquisición, de la que os regalo un resumen demasiado escueto, pues merece mayor comentario.

Y vamos al último libro del lote. Esta es harina de otro costal. Se trata de un folleto en el que el fundador del Sanatorio de Valbonne (Gard) para leprosos y enfermedades tropicales, detalla su odisea. Nada tan edificante; nada tan admirable; nada tan magnífico y aleccionador. Ante la idea humanitaria y generosa, todos los ojos cerrados, todos los oídos sordos, todas las voluntades perezosas cuando no adversas. Así es la Humanidad por regla general, insensible al dolor ajeno, sórdida, egoísta, cruel. Cuarenta páginas de gran tamaño emplea el autor para explicar las dificultades que tuvo que

vencer para llevar a efecto su obra, que es un consuelo y un alivio para todos los pacientes en general sin distinción alguna de ideal, de color ni de raza.

Dificultades de orden legal, de orden económico, de todo orden que pueda dificultar una realización; tuvo montañas que subir y cauces impetuosos que vadear; pero, por otra parte, encontró ayuda en elementos desconocidos, anónimos, imponderables, que le permitieron, después de años de lucha, realizar su ideal.

Léese este folleto con encanto y con embeleso a pesar de la pena; es la realidad dando cuerpo al egoísmo y al desdén, y al mismo tiempo demostrando la fuerza de la buena voluntad y de la constancia contra todas las formas de la maldad, tanto exteriores como la codicia, la maledicencia y la censura, como las ocultas y solapadas como la envidia, el despecho y la hipocresía.

Aún existe y funciona el Sanatorio de leprosos de Valbonne; a él dedicamos nuestra más ferviente admiración. En cambio, sabemos que hace un año murió su fundador heroico, desgracia que nos ha privado del placer inmenso de dirigirle nuestro saludo y nuestra felicitación por su condición de hombre bueno, de ejemplar ciudadano del mundo, de hermano desinteresado de los desgraciados.

He aquí las cinco gotas de saber que suponíamos que contenían los cinco libros adquiridos del montón de la puerta de la librería rodeados de amantes de leer y de superarse, la mayoría españoles. Estos libros viejos nos han remozado y llenado de optimismo; han hecho reaccionar nuestro cerebro y producido en él ideas nuevas. Es la renovación constante de la vida que se refleja en el espíritu; es la floración de las plantas que también tiene lugar en nuestros cerebros si se les riega y se les abona con las lecturas y la meditación.

La filosofía de la vida es hacer pasar el vendaval del tiempo por el filtro de la cultura, y el impetuoso torrente de las pasiones por la estrecha rendija de la voluntad. La libertad de pensar es un fruto de la Naturaleza que nadie podrá substituir, suplantar, ni anular. Pase lo que pase. El pensamiento es una chispa que va del cerebro al infinito a través de muros y rejas. privaciones y trabas; es el Todopoderoso de cada ser; la fortaleza suprema de nuestra resistencia. A. CARSI

## VIDA DE «CENIT»

La simplicidad solidaria del hombre libre se manifiesta como antídoto a los males que provoca la arbitrariedad. La intransigencia frente a lo arbitrario, la inadaptación y el inconformismo contra lo que constituye un atentado a la libertad, son prendas morales, éticas, incomprensibles para quienes ejercen la dictadura como sistema o credo político. Que lo negativo se estigmatice sin cesar en toda circunstancia necesaria y posible. Es lo que hacen los compañeros, amigos y lectores de nuestra revista.

Las aportaciones que nos han llegado no nos es posible publicarlas de una sola vez. El espacio de que debemos disponer nos obliga a publicar periódicamente las listas de donantes.

García A. ....	N F	Ayuda José .....	5 —	Amigos de París .....	21 25
Odina F. ....	25 —	Bernardo Amancio .....	3 —	F. L. de C. Ferrand (P. de D.)	
Peña de lectores de «Tierra y Libertad» .....	5 —	Llorens José .....	2 80	Castro .....	2 —
Atanasio J. ....	45 —	Llop Agustín .....	2 20	Aurelio Miguel .....	3 —
F. L. de Montereau	4 —	Salinas Santiago .....	3 —	Langa .....	5 —
Uno de la F. L. ....	2 —	Aguilar Miguel .....	3 —	Pallé .....	5 —
Pedro Pozo .....	2 —	Aguilar Alberto .....	5 —	Valerio .....	3 —
Guillermo .....	2 —	Ronda Ricardo .....	5 —	F. Gómez .....	5 —
Campos .....	2 —	Tronchoni Bautista .....	2 —	Molina .....	5 —
Jesús Martín .....	2 —	Lamiel Valero .....	5 —	Señer .....	3 —
Valero Aznar .....	2 —	Prades Miguel .....	2 50	Naranjo .....	5 —
F. L. de Caussade (T.G.)	3 —	Soler Antonio .....	3 —	Zarza .....	5 —
Ayuda Julián .....	5 —	Moreno Angel .....	5 —	V. Gómez .....	1 —
Aguado Pascual .....	5 —	Albera Emilio .....	5 —	Lamela .....	3 —
		Vallespi Lucien .....	5 —		
		Espino Francisco .....	3 40	Total .....	232 05

# Leyendo a Ramón Cabanillas

*poeta de la Galicia martirizada*

*«Dichosa edad y siglos  chosos aqu ellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas  os palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes.» — CERVANTES.*

Cuando España necesita del poeta que azote el rostro del veruugo con latigo de estrofas, nos encontramos con los mejores poemas de Cabanillas, que en lengua vernácula supo cantar la libertad y sugiere estos comentarios en torno del alma y sentimiento de Galicia, el pueblo avasallado, como dijera el poeta.

En todos los géneros y bajo todas las formas artísticas, el alma regional hizo derroche de fantasía, de colorido y reciedumbre. Agobiado el pueblo por el peso de las cadenas, ha tenido numor y arrestos como para hacer frente a la situación y tratar de desquitarse de sus sufrimientos. Desde la unificación de España hasta nuestros días, todas las generaciones se han colocado en el derecho de vapulear a su placer a los sicarios que le atormentaban. Para ello recurrían a los más variados procedimientos, haciendo derroche de ingenio. Y ya sea en forma jocosa, pero no por ello menos caustica y lacerante, ya en forma de vilipendio, marcaron a fuego a los tiranos. Infinidad de testimonios literarios acerca de esta particularidad, son orgullo, no sólo de Galicia, sino que también exti ndese al resto del pueblo ibérico.

Es este un presente, que, con los más vivos colores, la juventud española ofrece al mundo, como un grito de dolor de la raza, el genio de una nación vilipendiada por una Europa en decadencia. Valiéndose de una lengua, cuyas modulaciones son asequibles a todo hombre de mediana condición, trata Galicia de hacerse comprender.

La literatura vernácula tiene por fin esta misión. A través de sus poemas y canciones, de sus cantos y leyendas, vive fresca y lozana la esperanza. En ella se alimenta el fuego de la liberación, no como una independencia del resto de los pueblos ibéricos, sino como entidad de una federación de comunidades libres. Galicia sabe mejor que ninguna otra región española qué es la esclavitud. El pacifismo de sus hijos, transmitido a generaciones posteriores, hizo que la soberbia de los nombres que desde Madrid mandaban y ordenaban, a sable y tercerola, no tomaran en cuenta para nada las aspiraciones populares. El  nico lenguaje que entienden es el de las ametralladoras; pero Galicia no pudo pelear debidamente en la última guerra contra las mesnadas fascistas.

No por ello sin embargo, el ideal ha quedado marchito. El dolor de la mujer gallega que debe deslomarse sobre el surco y la convierte en esclava formal; del niño que llega al mundo con el signo proletario, pero también con la rebeldía si en estado pasivo, de tránsito poético, son el orgullo de la grandeza moral de un pueblo que reclama su lugar en el terreno de las conquistas modernas. A solas con su alma, frente a la naturaleza,

expresa este af n en todos los ámbitos de una tierra esclavizada, donde, pese al acento lírico que la distingue, apenas deja huella el paso breve de su tierna vida. Pese a todo ello, en el fondo, más fuerte la autoridad, que la dura ley del hierro, aparece en la entraña popular el influjo de las constantes históricas que continúan ejerciendo una innegable acción cívica sobre el espíritu ceita, ramificado a lo ibérico.

La poesía europea se ha saturado de modernismo y de ello devino en nuevos estilos y estados de emoción que volco sobre el alma contemporánea. El estado an mico, aletargado, en que permanece la poesía gallega dentro del paisaje, fuertemente aprisionada por tentáculos que arrancan del pasado remoto, no por ello deja de ofrecer un estado menos contemplativo de expresión lírica, que se dibuja con rasgos peculiares. Tal manifestación es el exponente gráfico de su vida y costumbres identificadas con el paisaje dulce y rumoroso, con su melancólica añoranza y la saudade. El paisaje ha formado al hombre y le ha humanizado. Nuestra juventud, como nuestra poesía, son el paisaje viviente que se perfila en las manifestaciones de la vida ciudadana, ejerciendo una influencia poderosa hasta sobre los órganos vitales del medio físico.

Este grupo humano, cuyas expresiones se manifiestan a través de emociones líricas, entraña simultáneamente un pensamiento en abstinencia; trasunta al exterior, toma contacto con la civilización, creando una impermeabilidad que perdura. Esta influencia acompaña al gallego desde la cuna y le hace recorrer el universo de su vida entre canciones e ideas; vive con él y se desarrolla. Todos los poetas gallegos desde Macías hasta Cabanillas fueron presa de esa emoción, víctimas del mar agitado, a veces expresado en una queja humana; el rumor de los bosques, apretados de encinares milenarios; los juegos de luces y el espectáculo viviente de montañas que confinan con el mar y el cielo y en cuyas cumbres nevadas celebran concilio con los dioses olímpicos.

El paisaje es el único agente físico que no ha traicionado al gallego. Es su más cara expresión que le hace vivir en permanente rejuvenecimiento porque le hace intervenir en este drama heroico de la historia humana. Intentar modificar artificialmente el carácter melodioso de nuestro paisaje literario, más poderoso que la razón misma, equivaldría a la supresión de este pueblo como medio habitable sobre la tierra. El paisaje es para nosotros una especie de regazo amoroso, alucinante. En nuestra grandeza espiritual traducida por algunos como angustia cuando, en realidad es sólo reciedumbre sin fatiga, ánimo preparado siempre a la aventura en la contemplación espasmódica de escalofriante emoción por su pureza. Difícilmente existen dos conglomerados en el mundo que ofrezcan una característica tan íntima, completada en figura corpórea cuyas resultantes son hombre y paisaje.

Este agente modela su alma, le identifica y dignifica con asombros extraños. El hombre surge del paisaje que le tramite todos los elementos y estados emotivos necesarios a su desenvolvimiento posterior. Tenemos testimonios hist ricos de siglos remotos, que se bifurcaron posteriormente a la poesía castellana en la que hoy recogen frutos sabrosos. El gallego se siente bien en este rega-

# EL FILOSOFO Y EL GATO

**E**N un pueblecito del lejano oriente — su nombre no lo recuerdo — cada semana tenía lugar una feria muy concurrida. De cerca y de lejos venían los tratantes con sus caballos, toros, cerdos, ovejas, etc.

Los campesinos que provenían del vasto alrededor, llevaban para la venta gallinas, huevos, mantequilla, queso y legumbres. Los dueños de los bazares hacían grandes esfuerzos por medio de bellos pregones y muchos buscaban para vender toda clase de artículos, los cuales no necesitaban; acróbatas e ilusionistas hacían demostraciones de sus artes, esperando que también para ellos los monederos se abrieran.

Sin embargo, no solamente el negocio y diversiones dominaban el ambiente de la feria; también la seriedad frente a la vida, tenía la palabra; cada semana venía un respetable anciano para esparcir su sabiduría sobre el objetivo de la existencia, sobre la verdadera felicidad y referente a la mancomunidad espiritual de todos los hombres.

zo, aun cuando no emplee el lenguaje vernáculo para expresarse. Sabe expresar la morriña en castellano, lengua civilizada, aunque no siempre cultivada por civilizados. Sabe transmitirle la angustia y la melancolía tan suya; su acento cívico, sus arrebatos rebeldes a través de la melodía. Su pasado le dice filosóficamente hablando qué es y para qué necesitamos la vida. Los quiebro y tropezones son meros accidentes en el camino de la historia por la libertad que no constituyen un entorpecimiento ni lograrán retrasar o interceptar el curso de los hechos.

Nosotros aceptamos al hombre como «la medida de todas las cosas», razón y guía de nuestra existencia. Hijos del paisaje al que nos entregamos de cabeza y le hacemos nuestro pensamiento, interpretamos por su conducto el futuro de paz, y no sabríamos discurrir de otro modo aunque ello entrañe un defecto.

La imperfección es manifiesta y hasta cierto punto particular. Quizás lo imperfecto del gallego, que ostenta este defecto como una condición de orgullo porque es sincero hasta lo increíble, no tenga algo que ver con nuestro medio ambiente. Tenemos como lastre de los siglos mucho de bárbaros y de esto tenemos que ir expurgándonos, pero sólo podemos hacerlo mediante cultivos permanentes. Galicia ha logrado perder parte por lo menos de su carácter belicoso para transformarse en agente pacífico, fecundo, resultado del trabajo creador, cuyos muslos retorcidos en más de una oportunidad han hecho tiritar y temblar un pedazo de la tierra.

Hoy Galicia se reconcentra con su alma tierna en el paisaje al calor de ideas nuevas que recorren el mundo, a manera de torbellino, y como indica el poema de Cabanillas, va de puerta en puerta «encendiendo los corazones. Lo céltico confundido con lo ibérico que es todo lo español, llevan en sus entrañas el foco de un volcán. A este calor rie todo el país porque no puede llorar, y canta. Sus melodías son el prólogo de un drama que emerge de la historia como una promesa de fe, de pasión y de libertad.

CAMPIO CARPIO

Figura notable era ese hombre de cabellos grises, cuando estaba de pie predicando sus ideas referentes a los asuntos actuales y eternos, referentes al saber y vocación, sobre la voluntad libre y destino, sobre la suerte y fatalidad.

Su larga barba blanca le daba un aspecto un algo profético. El hablaba convencidamente y con autoridad, pero con su voz humilde, la cual se atraía a los visitantes. Ninguna pasaba sin detenerse para escucharla.

Esto, sin embargo, no era la sola causa del interés del público. Todavía había algo más que atraía su atención; el nombrado anciano, siempre venía acompañado de un gato, al que llevaba sujeto con una cuerda, al igual como otros hombres tienen un perro. Durante su discurso, el gato, pacientemente, estaba sentado a su lado, y cuando terminaba, siempre sujeto con la cuerda, se iba a pastos con su maestro hasta llegar a casa.

Muchos años el viejo filósofo dió discursos al público de las ferias según la memoria de los hombres más viejos no faltó una sola vez. Ya varias generaciones escucharon sus sabias palabras y sacaron de ellas ánimos y consuelo. Era ya una figura conocida, apreciada de toda persona.

Pero un día el hombre de pelo gris no apareció; sorprendidos y desilusionados, sus fieles miraban el lugar donde él de costumbre hablaba, pero que ahora estaba desocupado. Tampoco vino las semanas siguientes. Según dijeron y que más tarde se confirmó, se había muerto...

Sin embargo, en la memoria de todos cuántos un día pertenecieron a su auditorio, el sabio de la barba blanca quedó viviente. Todavía ahora, decenas de años después de su muerte, ellos hablan a sus hijos y nietos del predicador de la feria, que cada semana hablaba al público para atraerlos a sus ideas. Pero cuando los jóvenes preguntaban, sobre qué clase de ideas él hablaba, se hacía un profundo silencio. ¿Sobre qué clase de ideas hablaba él cada semana? Esto los viejos lo olvidaron... En su memoria quedaba solamente la presencia del hombre con la barba blanca, que siempre iba acompañado de un gato, al cual tenía con una cuerda...

Habiendo escuchado la narración de su abuelo, referente al sabio de la feria, un muchacho disimuladamente fué a la cocina, puso una cuerda alrededor del cuello del gato, y sujetando la cuerda se fué con la bestia por la calle.

Los viejos vecinos, viéndole, sonreían.

«En ese muchacho, late el filósofo», dijo uno.

«Efectivamente, dijo otro, solamente le falta la barba blanca».

«Yo os predigo que alguna vez nos hablará en la feria, dijo un tercero, recordad mis palabras».

F. F.

(Traducido del Esperanto por J. Fortea)

# \* CONCEPTOS \*

## NO TE VENDAS NI TE RINDAS

**C**ON grandes titulares subrayados, vociferaba cierto vocero: «Un jerarca asesinado cobardemente».

Inútil decir que el matutino era portavoz del gobierno, de un gobierno que había sistematizado el asesinato y monopolizado la cobardía, única fórmula para entronizar sus jerarquías. Por otra parte, el vocinglero editorialista encabezaba su artículo con este sobado estribillo vengativo: «Ojo por ojo y diente por diente».

En fin, que llovía sobre mojado. Furia del lobo contra el merino; pues se le había atragantado un hueso de la víctima.

Esto hizo que divagara sobre el valor positivo de ciertos preceptos jurídicos, y en primer lugar, los enmarcados en el vejistorio principio denominado «pena del Talión».

¿Sería un matemático legislador quien pariera tal dilate empírico? ¿O sería una divinidad sádica la madre de tal monstruosidad jurídica? ¡Vete a saber!

El caso es que mi mente, fervorosa partidaria del análisis, complaciase evocando escenas frías de venganza — macabras unas, truculentas todas — que me disgustaban sobremanera.

Y soportaba el cataclismo que había de producirse si, tomando como medida tal vara, un día las víctimas de nuestra modernizada Femis trataran de equilibrar el ebrio fiel de su simbólica balanza.

Figuráaos los latigazos que se pierden con tanto verdugo encubierto como menudea, las horcas impacientes que aguardan su reo, cuando tantos Lanuzas fueron ajusticiados por defender sus fueros, los miles de piadosos asesinos que la guillotina espera, habida cuenta de los millares de impíos que en sus cadalsos perecieron. En cuanto al rescate de latrocinios y despojos, que cotidianamente somos víctimas los obreros, inútil ajustar cuentas. Con tanto burgués, agotado por la gota, como dados corre, y con tanto funcionario sanguiuja como funciona, precisaríamos ejércitos de Diegos Corrientes, es decir, que más que correr volaran, en el deporte del toma y daca justiciero.

Nada diremos del zángano de rancio abolengo, extenuado por el ocio y anonadado por la pereza; ni de sus sonoros títulos debidos a la sordera de sus súbditos, ni de sus dorados escudos brindados por anónimos escuderos. Condenado a estajanovismo perpetuo difícil le sería saldar con crecidas como añejas deudas.

Y ¿qué decir de la repulsiva anemia anímica de tanto Harpagón como merodea? Estos que cuando de dar se habla aún con los buenos días niegan. Usureros, sólo los prestan y a crecido rédito.

Y ¡pobre de ti, Astrea la Cortesana!, tú que sólo flirteas con fuertes y poderosos — que has hecho de tu alcoba un mercado y de tu lecho un lodazal —, si nos metemos con tus fieles servidores. Estos ratones con toga y birrete que devoran el requesón de la loba romana y que por misión se han dado retorcer todo derecho.

Abogacia removiendo infolios a tanto el renglón, pre-

parando defensas de cartón, haciendo que pleiteen los conejos y a quienes suele prodigar caros — por costosos — consejos. Prestidigitadores de manga ancha y burdo truco. En cada pliegue de sus ampulosos hábitos llevan tramado mayúsculo enredo, y en los pliegues de su menuda letra hállase la intriga e, implícitamente, taimada condena. Abogacia de abultada verborrea como su cartera, pero huera como su mollera.

¡Justicia! ¡No te vendas ni te rindas!

¡Arroja tus balanzas de mercader fenicio, tus pesos fraudulentos y tu sacra diadema inmerecida!

¡Que yo te vea desnuda de estos atuendos y libre de pasiones punitivas o vengativas!

Que si la delincuencia es una enfermedad, enfermos deben estar los delincuentes. Troca tus cárceles por clínicas y que los doctores desplacen los cancerberos. Y que tus templos los vea transformados en cátedras de ciencias naturales y éticas.

El delito será incurable en tanto el microbio que lo origina no se localice y se extirpe.

## DE LA LIBERTAD



**Q**UE yo intentara analizar y definir el concepto Libertad, después de los vallosos tratados, ensayos y antologías que sobre tal sujeto circulan, sería un tanto peregrino. Más apropiado a mis endeble facultades analíticas pareceme la definición del despotismo. No olvidemos que el sol, para marcar la hora con precisión precisa de la sombra. Y para mi toda negación es una afirmación en potencia. Así, decir que el tirano odia la libertad, genéricamente hablando, es decir, sin hacer las puntualizaciones de rigor, es un mayúsculo contrasentido. Como lo sería pretender que el capitalista avaricioso es un enemigo de la economía, y que el loco es un enfurecido adversario de la razón. No hay tal antinomia. Muy al contrario. El tirano suele distinguirse por su voraz apetito de libertad. No le basta con la suya, mejor aún, para saciarla se traga la de los demás. De este abuso de la libertad nace la tiranía. Como del abuso acumulativo de valores nace el financiero capitalista, irreconciliable enemigo de la economía socialista, pero defensor a ultranza de la suya propiamente dicha.

**Y, en muchas ocasiones, por abusar de sus facultades racionales, en búsqueda inquietante de razones absolutas, o perdidas en disquisiciones metafísicas, malogran el juicio de hombres de alta filosofía.**

Ocurre que cuando políticos rezagados — y zagueros lo son incluso los de vanguardia izquierdista — oyen hablar de libertad integral para todo quisque, salen con frases estereotipadas como la que sigue: «¿Decir y hacer todos, todo lo que nos dé la gana? Esto es el desorden, el libertinaje... la anarquía».

Ahora bien, que hagan cuanto les venga en capricho

unos cuantos jefes o líderes, respaldados por leyes y decretos, cuerpos jurídicos y policíacos, y otras mil garantías similares, ¿qué es sino el monopolio de este desorden tiránico y liberticida por parte de una minoría?

Cierto que para usar armónicamente de la libertad todos los hombres, se precisa que éstos estén sujetos a unos principios éticos que entrañan ciencia y conciencia, y provistos de voluntad y dominio de sí mismos; pues que la línea fronteriza que deslinda el uso del abuso pasa por regiones muy complejas y sensibles, para cuyo delineamiento sobran topógrafos y faltan moralistas. Pero quede bien entendido: para mantenerse la libertad en equilibrio, lo básico es que sea integral, social y sin exclusivismos. Nada más eficaz que esta simple receta para provocar la evacuación de tanto empuje liberticida.

Cuando girondinos y jacobinos rivalizaban en la Convención para establecer y defender el régimen que había abierto las Bastillas en brecha, que había abolido la infame pena de muerte, que había desalojado de sus grandes privilegios a la nobleza, que echó a rodar por tierra las coronas primero, luego las testas, del pusilánime Luis y de la soberbia Antonieta, hallaron como fórmula eficiente la instauración del terror. El triunvirato de corto reino — Dantón, Robespierre, Marat — creyó haber hallado la piedra filosofal.

Y como los alquimistas de la época, lo que hicieron es cubrirse de ridículo. Ved las paradojas de tal engendro: abiertas de par en par las Bastillas, se cerraron con doble llave las conserjerías; de bote en bote, repletas de monárquicos y republicanos, de religiosos y ateos.

Abolida la pena de muerte, jamás las carretas, llenas hasta los topes, en sus idas y venidas fatídicas, tuvieron tal apogeo; sus fauces de acero siempre dispuestas, la guillotina confundía y devoraba verdugos y reos.

Y en tanto la nobleza era desposeída del hurto secular que hiciera al pueblo sufrido, la burguesía se alzaba con su herencia, y cargada de títulos y riquezas empezaba a formar las oligarquías funestas.

Muerto el Capeto, acosada Francia republicana por la realeza europea, para defenderse apeló al emperador corso, entonces sólo ambicioso artillero, y que luego revelóse político lerdó. Esta revolución malograda debía abrir de nuevo las puertas a la monarquía borbónica. Y así pudo decirse: «Le roi est mort. Vive le roi!».

Y todo ello porque el primer derecho, el derecho de todos a ser igualmente libres, fué un soberano infundido.

PLACIDO BRAVO

## Una carta de la hija de Miguel Bakunin

*Un gran amigo de la revista nos ha proporcionado la siguiente carta que, como verán nuestros lectores, da detalles de la vida privada de Bakunin, sobre la que se ha escrito poco.*

*En ella quizá descubra una novedad: que el gran revolucionario dejó descendencia y que la firmante, Marusia, aún podría ser que contribuyese a la búsqueda de más detalles respecto a la vida, la obra y la personalidad de Bakunin.*



Università di Napoli. — Istituto Chimico. — Napoli, 13 agosto 1958, Via Mezzocannone, 4

Egregio señor:

He recibido su carta del 27 de julio y deseo agradecerle muy vivamente por su consideración y también por el envío de la fotografía de mi pobre padre. He recibido también el cupón-respuesta, que agradezco, pero que se lo devuelvo porque no veo necesidad alguna para que yo lo emplee.

Por lo que respecta a la información que me pide sobre la familia de mi padre, estoy en situación de darle las precisiones siguientes:

Del matrimonio de mi padre, Miguel Bakunin, y mi madre, Antonia Kwiathowska, nacieron tres hijos:

- 1.º Carlos, nació en el año 1868, murió en Ginebra el 1943.
- 2.º Sofia, nació en Orselino (Muralto), Suiza, el 15 de enero de 1870, murió en Nápoles el 19 de febrero de 1956.
- 3.º La que suscribe, Marusia, única superviviente, nacida en Krasnoyarski (Siberia), el 2 de febrero de 1873.

Espero que esta información corresponda a cuanto era su deseo, quedando de todos modos a su disposición para cualquier otra información que yo pueda dar.

Le agradezco a usted y a su compañero el cuidado que tienen de la tumba de mi padre y les será reconocedora de darme toda clase de noticias para poder mantener y consolidar el monumento el tiempo más largo posible. Me dirán también de qué manera podría desde aquí contribuir a sufragar los gastos.

Ruégole aceptar mis más distinguidos saludos.

Profesora Marusia Bakunin (firmado y rubricado).

Ilustre señor Willy Widman. — Suiza.



# LA VIDA Y LOS LIBROS

«JUAREZ», por Pere Foix. Editorial Trillas, México, cuarta edición.)

**I**DEAS viejas renovadas y readaptadas cada día a su hora, viejas como el mundo y jamás aplicadas integralmente: equidad para todos, justicia, bondad, pan y libertad para cada uno... Tales fueron las premisas de lo más selecto de la prehistoria y éstas son las que han presidido a cada uno de los hombres que han intentado oponerse a los tiranos y a la tiranía.

Desde Buda a Cristo, desde Espartaco a Gandhi, desde el cura Hidalgo a Bakunin, todos los revolucionarios, los inconformistas y los rebeldes se han inspirado, a su manera, no siempre eficaz ni prudente, en la premisa de Libertad y Pan para los productores.

Pere Foix, esta otra honra del exilio español, que también sufre sus vicisitudes por querer más pan y más libertad para su pueblo, ha escrito un hermoso libro —hermoso desde todos los puntos de vista— sobre el gran luchador, el gran hombre que fué Benito Juárez García. Al divulgar dicho libro se contribuye a desenmascarar la prostituida intelectualidad que, cediendo a los poderosos y al dinero, se encargaron de vilipendiar y desvirtuar la verdadera acción y el verdadero pensamiento, la gran alma en fin que, a la cabeza de su pueblo, supo hacer frente a la barbarie de la Casa de los Austrias representada por Maximiliano de Habsburgo, proclamado en Europa, a espaldas de los mexicanos, emperador de México.

«Juárez» de Pere Foix es un riquísimo libro de historia cuyo relato, muy alejado de la literatura huera, de la perifrasis complicada, no tiene desperdicio alguno, así socialmente como políticamente. De paso —por eso es libro de historia— no solamente biográfico — alude a la diferencia que separaba a México de los Estados Unidos de Norteamérica, de la cual resultó la anexión por éstos de importantes territorios mexicanos tales como el Texas, hoy tan rico.

Según Pere Foix, cuyo atrevimiento en definiciones políticas va de par con su pasión liberal y republicana, nos dice de Juárez que «no era de esos gobernantes que se van por las ramas, filosofan, discursen y nada práctico realizan».

Uno no puede evitar el paralelismo que puede hacerse con los de nuestra época y de nuestra España, los cuales no conciben que haya más pan que el que permite y da el fusil, ni más libertad que la que reposa en la punta de su espada, roja aún.

Gobernantes como los que describe Foix, hoy no se conocen ni se vislumbran. «Un gobernante sin violencias ni impetuosidades» sería una maravilla si no fuese un contrasentido. Claro que, no es raro

que este escritor describa así a los gobernantes, pues, tomando como ejemplo a Juárez no podía ser de otra manera. Mas hay una diferencia entre el gobernante por profesión y el gobierno ejercido por el indio de Guelatao. La acción desplegada por Benito Juárez no era para eternizar a los poderosos en el poder sino para impedir que poder, poderosos y castas gobernantes ejercieran su yugo contra el pueblo laborioso. Juárez no representó nunca a los poderosos, representó al pueblo contra éstos. Luchó contra el clero, luchó contra el militarismo y contra los reyes. A su lado se encontraban los campesinos y los trabajadores.

Hace pensar Pere Foix con su libro en la política practicada por los grandes de la hora actual cuando antes de dialogar procuran enseñar sus armas para que, a priori, escuche el adversario la invencible razón de la fuerza. Ahora, como entonces, como siempre, la principal garantía política es la de hacerse temer por el contrario. Bien lo supieron los dioses de la Biblia cuando inventaron el terror del infierno.

El pueblo indio, como todos los pueblos — incluso los de nuestros días — era un pueblo profundamente religioso. Particularmente los indios de raza zapoteca — de origen muy incierto — elevaba, ya antes de la llegada de Hernán Cortés, monumentos y templos a sus ídolos. Hay muchos documentos que se refieren a los antiguos pobladores del hoy México. Algunos de los cuales cayeron en poder de los españoles, de los que se han servido mayormente para comerciar, pues que los más importantes no pararon mucho en la península, lo que constituye doble robo y deshonor. Sobre el origen étnico de los pueblos mejicanos, un libro reciente de un conocido político contemporáneo significa y emite juicios de alto valor histórico que, tiempo mediante, pensamos comentar para CENIT.

Los zapotecas, dice Foix, eran y son valientes, pero no agresivos. Este es el contexto moral y el carácter de Benito Juárez. En Oaxaca se dieron cita los aztecas, los zapotecas y los mixtecas, tres tribus y tres religiones. Los aztecas, especie de prusianos, guerreros a lo cosaco, habrían acabado con sus adversarios si no hubiese mediado a menudo la belleza femenina, que tantas veces ha conseguido del enemigo lo que anteriormente no han podido obtener ejércitos enteros. No obstante, quienes más se opusieron al imperialismo español fueron los zapotecas, que continuaron la resistencia hasta 1551, año en el que fueron dominados por los conquistadores. No obstante, en cuanto podían, los zapotecas se enfrentaban con los españoles. Hoy aún existe esta raza, de la que es descendiente sin mezcla alguna, dice Foix, Benito Juárez García.

«Hijo de indio» en aquellos tiempos es tanto como decir «hijo de rojo» en la España actual: mi-



sería, humillaciones, esclavitud. A este triple yugo hay que agregar que Benito quedó huérfano a los tres años — como tantos españoles de hoy cuyos padres fueron fusilados por culpa de los militares españoles —. Su primer oficio: guardador de ovejas. A los quince años los piecitos del muchacho aún no se habían calzado.

Gueletao era un pueblo sin escuela, el muchacho no había visto más mundo que sus ovejas, sus montañas, el zumbido de los insectos, viento y sol. Un día unos arrieros le quitaron una oveja y ante el temor del castigo marchó de casa de su tío — en donde al quedar huérfano se refugió — dirigiéndose a campo traviesa hacia Oaxaca, andando catorce leguas a pie y descalzo.

¡Cuántos niños españoles habrán hecho lo mismo para huir de Franco el cristiano!

En Oaxaca tenía una hermana y allí fué a parar. Aquí oyó hablar por primera vez de los nombres de Hidalgo y Morelos.

Y sobre ellos fundó sus primeras meditaciones. Deambulando por las calles dió con un franciscano, Antonio Salanueva, el cual gestionó para que el muchacho pudiese frecuentar la escuela. «Este muchacho puede ser un buen sacerdote», dijo Salanueva. Su primer oficio fué el de encuadernador. Su vocación por el sacerdocio no era muy grande. Su obsesión era la justicia, la sociedad, el hacer felices a todos los seres. Todo en él contribuía a ser lo que fué. La ciudad le agradaba, pero le provocaba desasosiego. Veía aquellos magníficos edificios y pensaba en la miseria que dejó allá en su pueblo de Guelatao; en las chozas construidas con caña y barro. ¿Qué harán las pobres gentes de Guelatao? se preguntaba a menudo. Su religiosidad consistía en amar al Cristo-Hombre más que al Cristo-Dios. En la escuela, a donde lo llevó el franciscano, los hijos pobres estaban separados de los hijos ricos, la instrucción no era tampoco la misma, y el trato más cruel. Esto le exasperó a Benito y decidió no acudir. A partir de entonces aprendería en perfecto autodidacta. Acudía mucho a la iglesia y se interesaba por la vida de sus santos. Leyó por fin la de Torquemada. Sin grandes ánimos entró en el seminario más conmovido que convencido, cuando héte aquí que cae en sus manos una traducción de «Essai sur les mœurs» de Voltaire, lo que acabó de ponerlo en la más espantosa duda respecto a lo que le enseñaban los frailes en materia de religión cristiana. Por fin renunció a vestir la sotana. Al saberlo, Antonio Salanueva dijo a sus allegados: «No pretendan ustedes llevar al altar al que carece de vocación. Cristo sería el primero que se pondría de parte de Benito. Ya que no puede ser un buen sacerdote no hagan de él un mal católico».

Qué lejos está el catolicismo de respetar estas premisas. En la actitud del franciscano Salanueva brilla un sublime respeto para con la conciencia del individuo, respeto de conciencia muy raramente observado por ningún católico español.

Fué, pues, Voltaire, quien colmó el vaso rebelde del joven indio, haciendo de su religiosidad, no un pretexto para perpetuar y justificar la maldad del clero, sino para ver en Cristo al hombre que arrojó del templo a los mercaderes. En esto, y en

su deseo de ver una sociedad de equidad moral y económica, fundó su acción política.

Los años 1828 y 1829 fueron de gran agitación política en Méjico, algo así como el quinquenio de la segunda república española. Benito Juárez tenía 22 años, era estudiante aún, pero ya participaba en las manifestaciones de calle al lado de la plebe. A los 25 años fué elegido miembro del ayuntamiento de Oaxaca. Ya era muy popular. El partido liberal tenía en él a un gran defensor. Poco después fué elegido diputado. Las situaciones no siempre fueron favorables. Siendo Santa Anna dictador de Méjico, Juárez fué desterrado a Cuba, en donde fué acogido, protegido y ayudado por la masonería, opuesta entonces a la reacción. Poco tiempo estuvo en La Habana. Instalóse en Nueva Orleans, desde donde trabajaba con ahinco, como ahora lo sespañoles desterrados, con la esperanza puesta en los suyos y convencido de que los buenos mejicanos terminarían por rebelarse contra la tiranía que reinaba en su país. Terminada la tarea diaria, en Nueva Orleans se reunían los exilados mejicanos de no importa qué tendencia para concertar sus esfuerzos hacia la liberación de Méjico. Poco a poco crecía la agitación y se organizaba la oposición a Santa Anna. Benito Juárez secundó el Plan de Ayutla, que dió al traste con el régimen dictatorial. Ignacio Comonfort, que fué el inspirador del plan, se hizo cargo del gobierno no sin proceder a elecciones generales. Pronto se dió cuenta Juárez de que Comonfort no daba ni podía dar satisfacción al pueblo. Sus relaciones fueron poco cordiales. El primero luchaba por la libertad, mientras que el segundo se esforzaba en congraciarse con los militares, importándole poco la situación cultural y social del país. Pronto se dividió la nación en dos campos: los conservadores, con quienes estaban los militares, y los liberales, entre los que se contaban la mayoría de los hombres de los cuerpos legislativos. Nueva sublevación, resultas de la cual cae Comonfort y es elegido Juárez como presidente de la República (enero de 1858).

Cabe comparar aquí la semejanza de actitudes que hay entre la sublevación del 19 de diciembre de 1857 llevada a cabo en Tacubana por el asesino de los trabajadores mejicanos, general Félix Zuloaga, y la sublevación que tuvo lugar en España el 18 de julio de 1936, a raíz de la cual Franco fué nombrado jefe de la tristemente célebre Junta de Burgos. Los mismos motivos, las mismas actitudes, los mismos objetivos. Libertad, paz y pan por un lado; yugo, hambre y flechas, por otro. La única diferencia que existe es que Zuloaga tenía a su lado a Comonfort, presidente sublevado contra su gobierno y su pueblo, y Franco, sobre sublevarse contra su pueblo no tenía a su lado a Azaña.

Durante el tiempo en que Juárez fué presidente debió afrontar varias sanjurjadas, la reacción se sublevó varias veces. Su grito principal era «Viva el Ejército!», lo que quiere decir que la República debió defenderse contra sus militares a fuer de sangre y de pechos obreros. Como en España.

Cuando Zuloaga se sublevó contra el pueblo,



# MICROCULTURA

232. — *Un protozoo que vive en el intestino de las vacas puede alcanzar la fabulosa cantidad de cincuenta mil millones en un solo animal.*

233. — «*Sun, Sea and Sky*» (Sol, Mar y Cielo) es uno de los mejores libros sobre meteorología existentes ahora. Aparecido en 1954 (Nueva York y Filadelfia).

234. — El 29 de abril de 1803 Francia vendió la Luisiana a los Estados Unidos.

235. — Un «jorfe» es un muro para sostener tierras.

236. — El «lamaismo» es una secta budista del Tibet.

237. — El 2 de agosto de 1880 murió el dramaturgo español Juan E. Hartzenbusch.

238. — La «necrobiosis» es la muerte lenta de los tejidos con apariencia temporal de vida.

239. — Al matemático alemán Juan Enrique Lambert se debe la teoría de los ángulos imaginarios.

240. — Un «lebrato» es una liebre nueva o de poco tiempo.

Juárez y éste ganaron, gracias a su tenacidad, pero también a la ayuda que recibieron de Norteamérica. La de Roosevelt, el año 1936, referente a España, nos salió, demócrata y todo, duro sevillano.

Así va pasando, cual una película documentada y magistralmente reproducida, la historia mejicana que guarda relación con el pequeño indio descalzo de Guélatao.

En todos los acontecimientos, la religión, representada por el alto clero y la ignorante beatería siempre estuvo del lado de la reacción, con los militares y los grandes terratenientes. Indigna pensar con qué maldad y con qué sadismo, los malhadados representantes del Papa, y el mismo Papa, hacían causa común con lo más odioso de la alta sociedad mejicana, detrás de la cual se encontraba la de Europa.

Juárez estuvo a la cabeza de Méjico doce años. Pudo mantenerse porque el pueblo laborioso y buena parte de la intelectualidad estaban a su lado. Su labor fué inmensa, su sacrificio enorme. Bien es cierto que Lincoln, al que se parece por su origen, por su capacidad y por sus concepciones políticas, como una gota de agua a otra gota de agua, le ayudó mucho. Tanto es así que sin él, cuesta creer que Juárez hubiese podido resistir a la oposición reaccionaria y castrense.

Conociendo lo que Pere Foix escribe en su libro sobre Méjico, uno se explica mejor por qué Méjico es el más fiel amigo de la España exilada y por qué siente repugnancia a entablar relaciones con la traición erigida en gobierno.

M. CELMA

241. — Se entiende por «invrecundia» a la desvergüenza, desfachatez, etc.

242. — Con el steamer «Filadelfia» llegó a Porto Bello el gran geógrafo y pensador Eliseo Reclus, en sus exploraciones por América.

243. — El «papamiento» es una mezcla de palabras holandesas y españolas que se habla en algunos lugares de las Antillas.

244. — Juan José Morato tradujo al español la más hermosa de las utopías libertarias: «Noticias de Ninguna parte» (News from nowhere) de W. Morris.

245. — El «Calsi Crete» es un nuevo hormigón para construcciones que puede ser serrado, cortado y esculpido sin que pierda su resistencia.

246. — Se entiende por «señolear» cazar con señuelo.

247. — El 2 de marzo de 1784, se elevó Blanchard en París en un globo con remos.

248. — El «cananguche» es una palmera silvestre de Colombia.

249. — La ópera «Doña Juana la Loca» fué compuesta por Emilio Serrano, compositor español.

250. — La «dacriodienitis» es la inflamación de la glándula lacrimal.

251. — El primer grito de «Independencia» en América Central se dió en la ciudad de San Salvador, el 5 de noviembre de 1811.

252. — El gran pensador norteamericano Thoreau vivió en la célebre laguna de Walden Pond, dos años don meses y dos días.

253. — La «septicemia gangrenosa» es síntoma de edema maligno.

254. — Los dieciséis verbos que se usan en Inglés Básico son: be, have, do, seem, come, go, put, take, give, get, keep, let, make, send, see y say.

255. — El «colodión» fué descubierto por el químico alemán Cristian Federico Schonbein en 1845.

256. — El 15 de octubre de 1582 quedó establecido el calendario gregoriano que nos rige actualmente.

257. — Se entiende por «elucidación», declaración, explicación.

258. — Los medallones de marfil son los objetos de arte de mayor antigüedad.

259. — Hombres de ciencia de los laboratorios de Westinghouse han desarrollado una cortadora mecánica de luz que puede cortar un rayo luminoso de sólo unos pocos milmillonésimos de segundo en longitud.

260. — La mayor profundidad de hielo medida hasta ahora en el Antártico da un espesor de cuatro mil doscientos metros.

261. — Los «Kindergarten» (Jardines de niños) fueron la creación del pedagogo alemán Federico Froebel (1782-1852), amigo de Pestalozzi.

262. — El 6 de octubre de 1866 circuló por los Estados Unidos el primer automóvil.

SUNO



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# Himno al Sol

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo  
Y extático ante ti me atrevo a hablarte:  
Ardiente como tú mi fantasía,  
Arrebatada en ansia de admirarte.  
Intrépidas a ti sus alas guía.  
¡Ojalá que mi acento poderoso,  
Suplime resonando,  
Del trueno pavoroso  
La temerosa voz sobrepujando,  
¡Oh sol, a ti llegara  
Y en medio de tu curso te parara!  
¡Ah! si la llama que mi mente alumtra  
Diera también su ardor a mis sentidos;  
Al rayo vencedor que los deslumbra,  
Los anhelantes ojos alzaría,  
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,  
Mirando sin cesar, los fijaría.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡Con qué sencillo anhelo,  
Siendo niño inocente,  
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,  
Y extático te veía  
Y en contemplar tu luz me embebecía!  
De los dorados límites de Oriente  
Que ciñe rico en perlas Oceáno  
Al término sombroso de Occidente,  
Las orlas de tu ardiente vestidura  
Tiendes en pompa, augusto soberano,  
Y el mundo bañas en tu lumbre pura,  
Vívido lanzas de tu frente el día,  
Y, alma y vida del mundo,  
Tu disco en paz majestuoso envía  
Plácido ardor fecundo,  
Y te elevas triunfante,  
Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del cénit dorado  
Al regio trono en la mitad del cielo,  
De vivas llamas y esplendor ornado,  
Y reprimes tu vuelo:  
Y desde allí tu fúlgida carrera  
Rápido precipitas,  
Y tu rica encendida cabellera  
En el seno del mar trémula agitas,  
Y tu esplendor se oculta,  
Y el ya pasado día  
Con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
En su abismo insondable desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
De imperios populosos disiparse!  
¡Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío  
Secas y leves hojas desprendidas,  
Que en círculos se mecen

Y al furor de Aquilón desaparecen.  
Libre tú de la cólera divina,  
Viste anegarse el universo entero,  
Cuando las aguas por Jenová lanzadas,  
Impelidas del brazo justiciero  
Y a mares por los vientos despeñadas,  
Bramo la tempestad retumbó en torno  
El ronco trueno y con temol crujieron  
Los ejes de diamantes de la tierra:  
Montes y campos fueron  
Alborotado mar, tumba del hombre.  
Se estremeció el profundo;  
Y entonces tú, como señor del mundo,  
Sobre la tempestad tu trono alzas,  
vestido de tinieblas,  
Y tu faz engreías,  
Y a otros mundos en paz resplandecías.  
Y otra vez nuevos siglos  
Viste llegar, huir, desvanecerse  
En remolino eterno, cual las olas  
Llegan, se agolpan y nuyen del Oceano,  
Y tornan otra vez a sucederse;  
Mientras inmutable tú, solo y radiante  
¡Oh sol! Siempre te elevas,  
Y edades mil y mil huellas triunfante.  
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,  
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
Pierda su resplandor, siempre incansable,  
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,  
Hundirse las edades contemplando  
Y solo, eterno, perennial, sublime,  
Monarca poderoso, dominando?  
No; que también la muerte  
Si de lejos te sigue,  
No menos anhelante te persigue.  
¿Quién sabe si tal vez poore destello  
Eres tú de otro sol que otro universo  
Mayor que el nuestro un día  
Con doble resplandor esclarecía?...  
Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día  
Llegue que el orbe estalle y se desprenda  
De la potente mano  
Del Padre soberano,  
Y allá a la eternidad también descienda,  
Desnecho en mil pedazos, destrozado  
Y en piélagos de fuego  
Envuelto para siempre y sepultado;  
De cien tormentas al horrible estruendo,  
En tinieblas sin fin tu llama pura  
Entonces morirá: noche sombría  
Cubrirá eterna la celeste cumbre:  
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!...

José de Espronceda

# POR FIN

la colección de los ocho primeros años de «CENIT»  
**¡Una verdadera enciclopedia ecléctica!**

Solicitado insistentemente por algunos lectores, nos hemos decidido a encuadernar la colección de la revista tal como el gráfico que reproducimos :



Textos variados y selectos de sociología, ciencia, literatura. La enciclopedia que no debería faltar en ninguna sala de estudio. Una obra que, por ser de exilados, y en el periodo de dificultades en que ha visto la luz, reviste mayor importancia. Ella sola marca ya un jalón interesante de los muchos del exilio español y revolucionario.

Cuatro magníficos tomos encuadernados en cartón y tela-registro, color verde oliva, grabados en oro.

Precio de un tomo .....	3 000 francos
— dos tomos .....	5 500 —
— tres tomos .....	8 000 —
Los cuatro tomos .....	10 000 —

Descuento de 15 %. Franco de porte.  
Pedidos a nuestro Servicio de Librería.



# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura

Sumario

Floreal Ocaña: Criterio y consecuencia anarquista. — H. Plaja: Sobre la pretendida crisis del anarquismo. — J. Peirats: Hacia un plan de realizaciones propias. — E. Relgis: La literatura de la guerra y la nueva era. — Soledad Gustavo: Petrarca. — V. Muñoz: El filósofo de Walden. — Dr. Augusto M. Alerudo: El desnudo y el vestido. — Fontaura: Tres cartas a una mujer. — Precisiones sobre el héroe. — Juan Goytisolo: La opinión de un escritor español. — Plácido Bravo: Variaciones sobre la sensibilidad. — Microcultura. — Conrado Lizcano: Concebir y escribir. — J. O. Picón: La prueba de un alma (novela completa).

112

ABRIL · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4º P 5523



## NUESTRA PORTADA

# WALDEN

Por fin te he visto, oh magnífico tesoro de bosque,  
Asentado en las pendientes de las colinas en donde feliz vivió Thoreau,  
Aquel sabio, aquel indio blanco, aquel visionario, aquel viviente,  
Aquel maravilloso profesor de existencia humana.  
(De más humanidad que lo que por ella se entiende).  
Aquel iniciado es-naturaleza, que accedía a sus más profundos arcanos.  
Que poseía la clave de su más secreto orden,  
Que demostraba ser la agitación humana una especie de locura,  
Llevando la gran vida, calmo y perfecto observador,  
Serenamente dichoso, satisfecho, poético,  
Equilibrado y sano, a pesar de Harvard y Boston,  
Que pensaba los más hermosos pensamientos y para nosotros componía  
Libros elocuentes, a fin de que en ellos beban los siglos,  
Como yo bebo, oh Walden de aguas claras,  
En la copa de tu laguna toda saturada por el olor de los pinos,  
Y que un agua cristalina llena hasta los bordes.  
Tú rebotas, oh Walden — como rebosaba el pensamiento de Thoreau —  
De manantiales inagotables, profundos, subyacentes, llenos de vida interior  
Surgidos en línea recta desde la fuente universal que sin cesar se expande,  
Musicales, soñadores y burbujeantes de secretos desconocidos.  
Reflejando el pensamiento del cielo y las colinas circundantes,  
Sin tener necesidad del socorro de ningún afluente.  
Pozo de los Inmortales, baño de los Ilustres,  
Oh Walden, lago de belleza, repleto de una individualidad pura.  
Resplandor entre los bosques que imagina mi memoria,  
Bosque de mis ensueños en donde mi pensamiento se mece.

WILLIAM LLOYD

## CENIT

### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

#### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

#### *Colaboradores:*

José Feirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Abril 1960

Nº 112

## Criterio y consecuencia anarquista

**T**ENER criterio o, mejor dicho, poder formarse un juicio aproximado de lo que nos rodea, sin que la voluntad se doblegue por el peso de influencias extrañas, es quizá la más imprescindible de las virtudes que han de adornar al anarquista. Es su deber opinar sobre todos los problemas económicos, políticos, pedagógicos que la vida social plantea de acuerdo con su íntimo sentir, con la energía, con el entusiasmo de los que las ideas se han hecho carne, pero también con el ojo observador y frío del físico, aceptando la responsabilidad plena del resultado de su estudio y análisis, sin importarle cuanto los demás digan. En su conducta ha de pesar sólo lo verificable, lo que cree bueno y realmente el fiel reflejo de la verdad.

Hombre anarquista o amante de la libertad integral, sin cadenas de hierro formadas por eslabones denominadas leyes, no menos opresivas: lucha, batalla, por ser armonía de vida. Eres un compuesto de haz de instintos, de razón, de corazón, de conciencia, de inteligencia, de voluntad y ninguna de estas facultades y potencias superiores que, concordantes, constituyen la entidad humana, ha de abdicar en favor de otras ni a las de otros individuos, porque así atentaría contra tu ser orgánico sensorial y mental.

Hombre anarquista: jamás te sometás ni obedezcas dictados exteriores. No ahogues nunca tu propio caudal de iniciativas, de conocimientos, de deducciones, de sentimientos, de tus más nobles y sentidas pasiones, únicas que pueden inventar, crear...

Es necesario que el hambriento de saber y de libertad, de pan y de luz, al discurrir sobre sus necesidades físicas, intelectuales, morales, etc., sepa descubrir en ellas el derecho a que sus semejantes también las satisfagan de acuerdo con las características de cada uno para que puedan cumplirse las particulares leyes de conservación y expansión de la vida.

Tener un norte propio es algo primordial en la ideología anárquica. Cuando no se posee, se titubea y se pierde tiempo en la marcha hacia la emancipación integral.

El criterio, o la justa interpretación de las ideas anarquistas, necesita ser secundado por la consecuencia, es decir, por la práctica de cuanto se piensa, en la medida que los sistemas de gobierno o de autoritarismo permiten. Poca influencia, poco radio de acción abarcará una idea más o menos bien expresada y justa si el propagandista no tiene la sinceridad y el valor de obrar de conformidad con la misma, aceptando todas las consecuencias.

Es una aberración, por ejemplo, decirse enemigos del militarismo o de la patria chica y servirla con las armas en la mano, pasando por el servicio militar; hablar de buenos hábitos, exponer la necesidad de la higiene, y ser un perfecto vicioso en todos los órdenes; despotricar contra la Iglesia y contra el Estado, y acabar casándose como Dios o el Estado mandan o bien llevar el hijo a la pila bautismal; decirse antipolítico y votar, o peor todavía, dar la mano a los que hacen política o contraer compromisos con los mismos perfectos simuladores de amistad y buenos propósitos, adoptando con ellos una posición ambigua de doblez con asomos de vanidad, simples reflejos de su cobardía.

Mantengamos con firmeza las ideas anarquistas y practiquémoslas. Así seremos una garantía para el proletariado, que siempre ha sido engañado por unos y otros aspirantes a gobernar. Para inspirar absoluta confianza a los oprimidos, es preciso que los actos de los anarquistas sean la materialización de las palabras. Vivimos la hora en que solamente los buenos ejemplos se abren paso. Defendamos y vivamos la anarquía. ¡Viva la anarquía, ideal de justicia humana!

FLOREAL OCANA



# Sobre la crisis del

Hemos creído siempre que el sindicato es nuestro principal lugar para el proselitismo. Los sindicatos son la plaza fuerte de nuestros predicados ideales de libertad y justicia. Y esta postura, adoptada a veces de mala gana por intérpretes del anarquismo, demasiado específico, excesivamente aferrado a la teoría moral de la misma, por miedo a «dejarse algo en el camino», ha producido en diversas épocas muchas y prolongadas discusiones.

Recordamos a Prat y Bonafulla, y a ciertos compañeros franceses, mirando con cierto desdén las organizaciones proletarias. Más tarde, algunos de ellos, como Prat, convencieron de que las ideas hallan mejor campo de cultivo en los sindicatos obreros. Tanto es así que en su folleto «Necesidad de la asociación», hallamos el canto adecuado a la labor soñada. ¿Dónde mejor que en los núcleos humanos, puede esparcirse el grano que ha de fructificar, sino en los conglomerados organizados donde palpitan constantemente, y se generan, ansias nuevas de redentora libertad en todos los órdenes? ¿Y dónde mejor que en estas humanas agrupaciones, poder sembrar el espíritu de solidaridad humana? ¿Y en qué parte mejor que en estos colectivos núcleos se puede lograr infiltrar una mayor cultura social y humana que facilite y acelere la llegada a puerto?

Ahora bien; sobre la eficacia para lograr mayor amplitud, mayores áreas de asimilación y de prosélitos de nuestro ideal, nos permitimos algunas apreciaciones que son dignas de tenerse en cuenta por haberse olvidado en la práctica su ejercicio normal.

Nuestras ideas necesitan ejemplo. Y el ejemplo ha de ir acompañado también de una regular y definitiva afirmación de la teoría, hermanando con los hechos, con la conducta ejemplar del anarquista en ejercicio.

De nada nos habría de servir la prédica de la libertad si nos convirtiéramos al mismo tiempo en alguaciles o jueces. De nada nos habría de servir entonar endechas contra la explotación del hombre por el hombre, si al mismo tiempo ejercíamos estas prácticas en beneficio únicamente personal. De nada nos habría de servir aconsejar una repulsa y una acción contra la Iglesia y sus jerifaltes, que esparcen la ignorancia en los cerebros vírgenes, si practicáramos todas las costumbres, bautizar, casar y comulgar, como hacen los católicos. La contradicción entre la teoría predicada, y la práctica ejercida, no pasan desapercibidas a la intuición de los más romos cerebros proletarios.

Para el anarquista no puede existir dualidad en la conducta, en las relaciones entre humanos. La teoría de sus ideas, debe ser constatada por la práctica, sin subterfugios ni convencionalismos justificativos de ningún género, ni de ningún orden. O ser, o no ser.

Entremos ahora en el terreno de otras posibilidades proselitistas. Se cree necesario «ensanchar la base». Perfectamente. Y algunos de los amigos nuestros interpretan el ensanchamiento haciendo concesiones de orden especial y circunstancial. El camino no es, para nosotros, el más claro.

Se habla también de remozar el anarquismo. Y la catilinaria se nos antoja absurda. Nos suena a vacío. Nos parece como si oyéramos decir que es necesario escuchar las campanas de las doce para saber efectivamente que es mediodía.

Nosotros creemos, hemos creído siempre, que a la idea anarquista no le ha faltado jamás el frescor lozano y agradable de su juventud. Es siempre actual y prome-

tedor. Un ideal que lo contiene todo, y que puede realizarlo todo, es un ideal de juventud, no de la juventud. Y la juventud no se concibe por los años de existencia de un ser, de los seres, sino por la expresión y contenido de confianza, de posibilidad de realizaciones y de contenido ético en las aspiraciones humanas.

¿Se os podría indicar qué es lo que hay que remozar del anarquismo como ideal de justicia y como contenido ético? Tal pretensión nos está sonando a hueco. Parece decirnos que la fatiga de algunos remozadores halla su salida en este recurso dialéctico o verboso.

¿Qué es lo que hemos de remozar de un ideal cuyo contenido ofrece cuanto el ser humano, cuanto la sociedad entera apetece para ser feliz?

¿La forma de exposición? ¿La forma de propagarlo? Algo hemos ya referido al respecto.

¿Es que ha habido alguien que haya superado a Kropotkin, a Reclus, a Malatesta, a Fabre, a Rocker, a Mella, a Bakunin, a Proudhon, y tantos otros, en la exposición de la objetividad anarquista?

¿Es que hay algo nuevo que decir sobre lo que tan bella y lógicamente han expuesto nuestros teóricos, empujando por Godwin?

Que han advenido al palenque de la pública discusión y examen, algunos nuevos valores de la intelectualidad internacional a desempolvar estas nuestras concepciones, agregándoles sus puntos de vista particulares, complementarios? Es algo que no podemos negar. Pero tampoco podemos aceptar la novedad explosiva y fundamental que algunos pretenden atribuirles. Para nosotros ello constituye afortunada y valiosa coincidencia. Estimable aeración.

Porque, en definitiva, no hay nadie que pueda descubrir lo que no existe. Podrá ser desconocida la existencia de algo que el hombre no ha podido hallar, pero que, en base a antecedentes étnicos o geológicos, se sabe que existe. Pero de lo que no existe, ni hay idea de ello, no puede ser nadie portavoz si no en el terreno de la suposición. Los sueños de ayer fueron la base, en todo momento, de las realidades sucesivas. Pero los sueños son base de algo que la realidad no puede ocultar al examen minucioso del ser humano. Lo contrario, sería entrar en el reino de la quimera. El antecedente puede ayudar a las realizaciones utópicas o así consideradas. Y el antecedente puede contribuir grandemente a las concepciones de un nuevo sentido ideal de la vida. Pues bien: Esta última parte la han revelado ya los maestros del anarquismo, sin que esencialmente, básicamente, se haya aportado nada nuevo sobre el concepto de la anarquía.

«Homo sibi Deus», ha dicho un filósofo alemán. El hombre es el dios de sí mismo. Es el todo, lo reúne todo. Lo puede realizar todo.



# pretendida anarquismo

(Continuación)

Se ha dicho y afirmado, que el hombre no debe ser esclavo del hombre. Se ha dicho y demostrado que nada abona el derecho de ejercer soberanía despótica ni benévola sobre el hombre. Se ha afirmado que la justicia social es la base de una fraternal convivencia entre los humanos. Se ha dicho que el amor no debe ser prostituido por el interés vil del dinero, o del soborno. Se ha demostrado hasta la saciedad que todos los defectos morales del hombre son originarios del sistema de injusticia presente, y de la desigualdad humana intolerable. En compensación, se ha demostrado que un nuevo concepto ético, basado en el amor a la humana especie, y al respeto de la personalidad, facilitarían el arribo al reino de la felicidad para todos.

Se ha afirmado que los privilegios son injustos. Y que el privilegio de poseer una cultura que beneficie a una clase determinada de la sociedad, constituye otra fase de la injusticia social presente. Y se ha mantenido el criterio de que la cultura debe ser accesible a todos los seres humanos sin distinción, con lo cual se lograría no crear las castas «superiores» que ejercen las tiranías de todo orden contra los desheredados.

Se ha tronado, diseccionando su papel histórico nefasto contra la existencia del Estado. Y previendo cualquier otra forma de sustituirlo, o ponerle antifaz a otro aspecto de conglomerado estatal, nuestros pensadores se han anticipado contra el peligro afirmando que el Estado, llámesele burgués, socialista o proletario, y hasta anarquista, no deja de ser el Estado, encubridor de toda la injusticia contra los que lo han de soportar, y beneficiador de los que lo representen como clases «selectas» de la humanidad.

Por último, la triple expresión de Libertad, Justicia y Fraternidad, engloban cuanto apetecer pueda el hombre para lograr su felicidad.

¿Hay algún partido, sector, expresión social o política, que pueda ofrecer en sus programas o contenido «ideológico», amañados siempre, que se parezca, ni de cerca ni de lejos, a la concepción humana anarquista?

Entonces, ¿qué es lo que hemos de airear, remozar, revisar o vitalizar?

Si para el anarquismo el hombre lo es todo, y sin el hombre no puede existir nada, ¿en qué se apoyan los que disienten de esta concepción, para mejorarla?

¿Brown, Rusell, Read, Sousa Ferraz y algunos otros, coinciden con nuestros teóricos? Bien venidos a la arena de la exposición subjetiva y objetiva a la vez, de las ideas y admirablemente estimadas sus aportaciones valiosas al progreso de las mismas. Ello contribuirá indudablemente al aceleramiento del advenimiento del ideal.

Hace pocos meses nos hablaba el amigo Relgis de las posibilidades que en la Universidad se 'ban abriendo para introducir el pensamiento anarquista en la cultura

de cuantos estudiaban los fenómenos de la sociedad humana, desde el punto de vista moral, social y económico. Y apuntaba, al mismo tiempo, los progresos que se percibían acercándose un poco cada día a los núcleos impacientes y ávidos de escrutar en el porvenir de las concepciones sociales de ayer para cotejarlas con las posibilidades realizadoras de un porvenir no lejano. Todo ello es esperanzador. Y es sintomático porque demuestra la quiebra de lo caduco del sistema que nos envuelve, y abre las puertas a los reductos de la investigación moderna. Y lo aplaudimos y nos llena de gozo. Y ayuda a nuestra tarea expositiva. Y nos inclina a estudiar con mayor interés la exactitud interpretativa de nuestras ideas, para que nuestra exposición, ante el adversario, no sufra merma ni aparezca falta de razón y de lógica.

Pero hemos de confesar que en ninguna de las expresiones apuntadas, hemos visto la novedad y la frescura de pensamiento, y de ampliación, que algunos han apuntado con inexplicable gozo y con euforia injustificada. Tal vez para hacerse los «novedosos».

Y es que la anarquía es la anarquía, y las interpretaciones individuales o personales son otra cosa. El clima, el ambiente, y cincuenta factores más, determinan que nuestros puntos de vista sobre ciertos problemas, o interpretaciones de los mismos, sean de un cariz o de una calidad desemejantes.

Por otra parte, y ello es muy importante tenerlo en cuenta, hemos olvidado una de las principales labores a realizar. En nuestra emigración, por las circunstancias que sean, nuestras actividades, nuestro trabajo en pro de la consecución de prosélitos, se ha limitado al círculo de los que ya estábamos convencidos y formábamos la militancia activa de nuestro movimiento anarquista y confederal. No hemos acudido a extender la propaganda a los centros de producción, a las obras, a los talleres, a las oficinas. Y es ahí donde el fruto de nuestros esfuerzos había de hallar verdadera compensación moral e ideológica.

Ciertamente, el progreso contingente o personal, de adeptos, no ha sufrido alteración perceptible en las filas de nuestras ideas. Pero, con todo, nos afirmamos en que quisimo.

Hermanemos, pues, los deseos de llegar pronto con la serenidad y el entusiasmo que nos habrá de permitir contemplar el panorama lentamente, que trae aparejado el proceso de evolución y elaboración hacia el ideal deseado, concebido como el mejor a realizar para asegurar al mundo el disfrute libre de sus derechos y libertades.

Pero no olvidemos, a la vez, que, junto a nuestro deseo y a nuestra serenidad para esperar con ansia y reflexión, hemos de acompañar la inagotable fuente de nuestras energías personales, y con todos los medios a nuestro alcance. Y nuestros medios alcanzan hoy mucho más volumen del que se quiere aparentar. Tenemos prensa, mucha más de la que algunos conocen; periódicos y revistas, pero no irradiamos con ellos las esferas susceptibles de impresionar, ni otros núcleos donde abrir brecha. No es delicado ni coherente, lamentarse, y contagiar con el pesimismo que nos sacude, a los demás. Es necesario, ineludible y urgente que cada uno según sus propios medios, y según sus aptitudes, que contribuya a centuplicar la labor de propaganda, de expansión del ideal. Cuando se quiere, y nosotros hemos hecho siempre lo que hemos querido y nos hemos propuesto, se logra lo más difícil; lo que otros no son ca-

**A**UN a trueque de pecar de monótonos y de reticentes, no nos cansaremos en insistir sobre uno de los aspectos más fundamentales que ofrece la presente y caótica situación internacional. Vale la pena redundar en el tema. Va en ello, no sólo el prestigio y vida de nuestro movimiento, sino lo que está por encima, la posibilidad de hallarle una salida a este laberinto trágico en que se debate, por todo lo que va de siglo, nuestra angustiada humanidad.

Hubo un tiempo en que grandes sectores del proletariado, y que la mayoría de los países, avanzaban decididamente por la ruta de su liberación. Se había llegado a la evidencia de que al margen de los intereses capitalistas, al margen de las consignas patriotas de los Estados, al margen del señuelo de las religiones, existía una causa suprema: la causa de los oprimidos, la causa de la humanidad.

La humanidad había encontrado su norte y recuperado su rumbo. Las capas sociales sobre las que pesaba directamente el estigma de la injusticia, concertaban un pacto de solidaridad y de lucha teniendo por objetivo finalista la emancipación de todo el género humano de las supersticiones de la religión, de los convencionalismos sociales, de la dictadura de los Estados y su confluencia en el conflicto armado; de la ley de bronce del asalariado y de las contradicciones del capitalismo. Se establecían de una forma clara, evi-

pacas de hacer, por ausencia total de esta gran fe que siempre nos animó para demostrar la justicia de nuestros ideales, con la tenacidad de los indómitos.

Terminamos con una machacona afirmación sobre el tema y su aparente o supuesta crisis.

Desde la muerte de Mella, Tarrida, Prat, Lorenzo y tantos otros como nos prepararon el camino, y cuya significación como exponentes del ideal no puede ser negado, nuestro medio anarquista, ciertamente, ha carecido de elementos intelectuales de altura. No obstante, el área de exponentes de menor altura ha ido creciendo enormemente. Tanto, que en todo el mundo tenemos compañeros que laboran y que levantan la voz de la anarquía, y cuya influencia aparentemente imperceptible, se deja sentir en todos los lugares y en todas las actividades locales de cada país. ¿Los resultados? Ya hemos dicho antes que es preciso, aun deseándolo mucho, que no nos atosigue el ansia desmesurada por llegar, pues las precipitaciones no son demasiado deseables si han de dar resultados incompletos.

Despacio y firme. Sin arranques de potro cordobés y paradas de burro manchego, como decía algunas veces nuestro querido Alaiz.

Finalicemos este engorroso trabajo recordando que las llamadas a los elementos intelectuales se hicieron siempre. En todas las épocas de nuestra historia reciente. Y reafirmo una vez más, según la experiencia, que la fallida de nuestras intenciones ha tenido como base, en todo momento y siempre, las causas enumeradas. Mucho hacer pinitos anarquistas, al estilo de Camba, Baroja, Lugones y tantos otros, pero a la hora de la verdad... pasaron el rubicón sin pena ni gloria.

H. PLAJA

## Hacia un plan de

dente, comprensible para las inteligencias más rezagadas, cuáles eran los verdaderos intereses de los hombres frente a los sofisticados intereses de clase, de linaje, de raza y de nacionalidad.

El choque de esta corriente de ideas contra el conglomerado de prejuicios, de intereses y de instituciones afincadas, hubo de ser enorme. El omnipotente aparato del Estado empleó a fondo para romper el cerco de muerte o de asfixia lenta formado por los trabajadores organizados y por la intelectualidad liberal. Se inició la era de las persecuciones, de la puesta al margen de la ley de los organismos de lucha del proletariado, de las masacres y de las deportaciones. Y el Estado tuvo que vivir la pesadilla de ver levantados mil por cada uno que caía. Los mártires hacían milagros que no hicieron nunca los santos. Las represiones convertían en monstruos a los ejecutores ante los ojos del pueblo. Las instituciones en que se amparaban, caían en bochornoso descrédito. Y los claros abiertos en las filas de los victimados eran cubiertos con creces por nuevos prosélitos, más ardientes y más activos en su fe revolucionaria.

Todo esto ha desaparecido. La línea divisoria moral que hacía distinta una causa de otra causa, la causa de unos pocos de la gran causa de todos; los intereses de irreductibles minorías de los intereses del conjunto; el rutinarismo y el convencionalismo de casta, de familia y de dinastía de los ideales profundamente humanos; lo accidental y transitorio de lo fundamental y permanente, ha sido desbordado por las argucias maquiavélicas de la política. Lo que no pudo conseguir el hierro y el fuego, los asesinatos masivos de un Thiers y los verdugos que sucedieron a Thiers, lo han logrado los aventureros de la política. Lo consiguieron plenamente quienes cayeron en el pecado original de la colaboración del apaciguamiento, del **evolucionismo** impotente y claudicante.

Desde que se inició la era de los partidos obreros, de la colaboración en las instituciones del Estado, de los ministros proletarios, del corporativismo y del arbitraje, la sagrada causa de los humildes y desposeídos, la causa de la verdadera justicia y del verdadero progreso, se confundió plenamente con la causa de la **nación**, del **interés público** a recaudo de la patria y del Estado. Pero el Estado, la patria, la nación, no confundieron nunca su causa con la del verdadero pueblo. El conglomerado reaccionario agrupado en torno del Estado conservó siempre una clara concepción de sus intereses y objetivos. La política tuvo la virtud de provocar la confusión más absoluta más

## realizaciones propias

allá de las trincheras del Estado, aumentando la lucidez en las mentes de los potentados.

Y fueron posibles las guerras cada vez más horribles y devastadoras. Los regímenes de fuerza, respondían más que a una necesidad de seguridad interna de los Estados, a las exigencias planteadas por las querellas internacionales. No nació el fascismo y el nazismo para aplastar a los pueblos italiano y alemán, sino para situar a dos Estados imperialistas en condiciones de competir por el chantaje de la fuerza y por la fuerza misma, con otros Estados también imperialistas. Las necesidades internas fueron un simple camuflaje de otras ambiciones o temores.

La toma de las fábricas por el proletariado italiano sirvió a Mussolini de pretexto como sirvió a Hitler de excusa el predominio comunista o socialdemócrata. Es cándida pretensión la creencia de que el ciclo totalitario respondía a una medida heroica del Estado para aplastar la revolución desbordante. En Italia y en Alemania, la revolución había quedado castrada como consecuencia de la guerra que sacrificó millones de vidas pertenecientes a la clase obrera y como consecuencia del colaboracionismo político que desvió a esta clase obrera de la ruta de sus verdaderos intereses. El fascismo era un recurso del Estado para hacerse más fuerte con vistas a las apetencias imperialistas, con vistas a los grandes ejércitos, a la concentración necesaria de poderes para la aventura de una guerra moderna y totalitaria.

Desaparecidos los regímenes de Hitler y de Mussolini, desaparecidos en medio de la deshonra y el fracaso absolutos, estigmatizado el totalitarismo por todo el mundo de Occidente, la revolución, el gran coco que sirvió de trampolín a los dictadores y a sus dictaduras, la argüida amenaza contra el principio de autoridad y de propiedad, no aparece por ninguna parte. El fascismo no fué la última carta arrojada sobre el tapete por los detentadores del privilegio. No nació el fascismo por presión de los acontecimientos sociales, sino de cara a los Estados rivales y como una diversión llamada a aumentar la confusión y desviar más en el pueblo la noción de sus verdaderos intereses.

La confusión se deduce de que haya Estados de una u otra denominación; de la inclinación constante a tomar posiciones por parte de los candidatos a ser víctimas propiciatorias de la nomenclatura estatal. De las simpatías más o menos circunstanciales por ésta o aquella concentración política; de la implícita adhesión hacia las potencias «antitotalitarias» durante la pasada contienda; de las actuales simpatías por todo lo antibolchevique. Adhesiones circunstanciales en me-

dio de una circunstancialidad invariable. Y como resumen de todo ello, la pérdida más completa de la noción de la propia causa, del propio rumbo, de las propias finalidades, propias en el sentido universalista y humano de la palabra.

La situación a que nos ha conducido la veneración política no puede ser más trágica. Es imposible atacar al comunismo sin favorecer, más o menos indirectamente, a quienes hacen del comunismo un tópico de diversión; es imposible arremeter contra la democracia sin hacer el juego a los comunistas. Falto de una orientación propia y con capacidad combativa suficiente para determinar en los acontecimientos nuestro papel del verdadero pueblo, no puede ser más bochornoso. Y, sin embargo, no debemos, no podemos en tanto que revolucionarios, hacer el juego a nadie. Debemos precisar una línea de conducta propia, elaborar un plan de realizaciones capaz de sumar, sin desdoro para los fines de nuestra elevada empresa, la mayor cantidad posible de voluntades. Un plan de realizaciones de cara a realidades posibles, desprovisto este plan de arrogancias, de consignas vacías, de fraseología hueca, de estrechez dogmática, de autosuficiencia localista y de demagogia tronada.

Debemos hacer un esfuerzo para ensanchar nuestra base dentro de nuestras posibilidades. Estas son inmensas si somos capaces de proceder con sinceridad y con inteligencia. Acostumbrémonos a la idea de que empezamos de nuevo. Sepamos ser modestos, pero firmes y constantes en nuestros propósitos. El volumen de la empresa no debe asustarnos. Nuestros padres y abuelos partieron un día de cero y llegaron a la cumbre. Analicemos las causas de nuestros contratiempos. Sepamos aprender de nuestras derrotas. No nos estaquemos viviendo de nuestras glorias pasadas. Miremos al presente y hacia el porvenir. Sólo los viejos viven del pasado. Que los detalles pequeños, las pequeñas discordias, no nos hagan perder de vista la inmensidad de nuestra empresa. Unamos cuanto sea susceptible de unirse. Miremos hacia fuera y hacia todos los lados. Por encima de la clase busquemos al hombre. No hagamos montañas de simples montículos. Hay que hacer un esfuerzo para superar esta crisis y recobrar la personalidad perdida. No debemos resignarnos a ser determinados y a aceptar fatalmente cualquier acontecimiento. Reorganicemos nuestro frente y seamos capaces de atacar con armas propias de cara a nuestros propios objetivos.

J. PEIRATS

### LA VIDA Y LOS LIBROS

En esta rúbrica comentamos todos los libros de los cuales los autores o editores nos hacen llegar dos ejemplares.

## III

ALGUNOS «DOCUMENTOS»: POTENCIA DE LA  
PALABRA; LOS MISTICOS DE LA GUERRA  
«AL PRINCIPIO FUE EL VERBO»

La literatura de la guerra es tremendamente abundante. Quien quiere documentarse, tiene sólo la dificultad de elegir. Es un fenómeno que se puede explicar también por la aparente tensión general de la vida durante la guerra, por la aparición de los escritores circunstanciales, en los que se ha despertado el sentido poético, el retoricismo patriótico o el orgullo de narrar los acontecimientos excepcionales que les hicieron olvidar un poco la «monotonía rutinaria» e insípida del trabajo pacífico.

Desde el soldado que apenas sabe escribir hasta el más renombrado académico, se puede descubrir toda una serie de valores «negativos» en la moral, la política, la religión, la economía, el arte. Todos estos falsos valores impregnados por la actualidad inmediata, pareciendo surgir de sentimientos que sobrepasan las normas sanas, de mentes excesivamente excitadas, de sicosis colectivas cuyo irracionalismo ostenta una lógica torcida, adaptada a los imperativos del momento.

Para el sociólogo, psicólogo y moralista, más que para el crítico profesional, esta literatura constituye un inagotable material de investigaciones. «Material humano», que ofrece la respuesta sorprendente, a menudo definitiva, a ciertos problemas muy viejos, y a otros de nuestros días: las correlaciones insospechadas entre realidades económico-políticas y el psique individual, las manifestaciones del YO instintivo que se agita en un guerrero tosco, o de la Conciencia compleja de un pensador; fenómenos patológicos de las masas, las ilusiones que arrastran a las muchedumbres en el torbellino del odio y de la destrucción, y también los entreveros furibundos de los ejércitos, los «deberes» que engañan aún a las inteligencias más escépticas y anulan el valor moral de los ideales heredados desde siglos. Y tantas necesidades artificiales, que resultan más bien de estos estados de pánico y terror que de realidades naturales; y tantas situaciones absurdas, tantos monstruosos acoplamientos «ideológicos», tantos sinsentidos que desalientan todo empeño de clarificación y equilibrio en el caos de las tormentas sociales y políticas...

Preferimos una sencilla incursión documental a una exposición teórica. Podemos dejar de lado a la multitud, dócil material amasado por líderes y dirigentes, empujada por sus malos pastores hacia los mataderos ocultos tras atrayentes praderas. Sus producciones anónimas — algunos las llaman folklore — son la expresión directa de su primitividad acosada por instintos y anhelos, segada por el hambre y las epidemias. Desoímos también a los escritores sin personalidad propia, sin potencia creadora: formidable sedimento de mediocridad idealizada; estribillos y retórica; aguas estancadas, infectadas por todas las cloacas de las ciudades, que se escurren luego, lentamente, entre riberas desiertas, con sus manchas grasientas, sin reflejar el sol, ni las nubes, ni los paisajes terrestres. Nos detenemos en algunos escritores, en cierto modo consagrados, porque su caso nos parece característico; expresan a la vez un estado general y, en contraste con su obra anterior a la guerra, ponen de manifiesto cuán frágil es la conciencia humana y cómo se pueden trastornar totalmente los

# La literatura

conceptos elevados de la cultura y las conquistas tan penosas de la civilización.

Entre estos grandes escritores se destacan los escépticos, dotados de una estructura intelectual superior, que contemplan a los seres y las cosas con complacencia, con indulgente ironía y hasta con una compasión que todo lo comprende y lo disculpa. Y, no hallando en este mundo ninguna consistencia moral, tampoco pueden tener lo que se llama carácter; están, pues, pre dispuestos a fracasar en la primera tormenta y dejarse arrastrar por la corriente como cualquier hombre común. Anatole France, por ejemplo, no necesitaba las inuletas de las «circunstancias atenuantes». Era y es todavía muy conocido. Pero el autor que, en su «Abad Coignard» y «Señor Bergeret», se ha expresado acerca de la guerra con tanta revuelta humanitaria, llegó a renegar su obra y lamentar que, ya viejo, no estaba en condiciones de llevar un fusil, pero, escribiendo artículos y manifiestos, que puede firmar cualquier chauvinista vulgar, ha glorificado hazañas de guerra que condenaba antes con amargas palabras. Sus invocaciones (recordamos a su «Juana de Arco» también) se volvieron fervorosamente patriotas: «Oh, fuego sagrado, desciende sobre los combatientes en las trincheras», etcétera. Estos saltos — no los llamamos «de conciencia» — los encontramos en muchos escritores destacados y no los explicamos, ya que ellos tampoco se tomaron la molestia de justificar sus virajes.

(Los ejemplos que señalamos datan de los comienzos de la primera guerra mundial. Si predominan los de un solo campo, es porque no se podía conseguir entonces las publicaciones adversas. Más tarde, en otros trabajos, hemos utilizado varias fuentes documentales. Pero no nos parecen imprescindibles en esta versión española.)

Con dolorosa vacilación nos referimos aquí al autor de la «Evolución Creadora» — de cuya filosofía se afirmaba entonces que representa un momento culminante, comparable al de Platón o de Kant. Durante la guerra, Henry Bergson trató de aplicar su filosofía con meras polémicas políticas. Esbozó una teoría del espiritualismo en lucha con el materialismo, pero restringiendo a este último a la coalición enemiga, es decir, a los invasores de su patria. La universalidad de un pensamiento como el de Bergson tuvo que fracasar, en su intento de aplicar «prácticamente» criterios forzados y unilaterales. Es, en verdad, muy penoso comprobar que la razón más sutil y más amplia se extravía siempre, si penetra en los dominios donde rigen el delirio de las pasiones y la locura sangrienta de la guerra.

Numerosos son los que, no pudiendo romper con el pasado y sus convicciones humanitarias, quieren adap-

# de la guerra y la nueva era

tarse a toda costa a la actualidad bélica y, naturalmente, a favor de su patria y de sus aliados. Al lado de teorías más o menos filosóficas, abundan las de orden económico, político, étnico, religioso y aun cultural. En su mayoría, éstas no son más que meras torsiones a la dialéctica y el buen sentido. La falsa fusión entre los ideales humanitarios y los horrores de la matanza patriótica es, en realidad, palabrería salpicada de todas las grandes expresiones abstractas. Aun si alguien trata de ahondar su significado, debe saltar finalmente, sin más explicaciones, el implacable abismo entre antítesis. El profesor Carlos Richet, miembro del Instituto Francés, sabio de grandes méritos, descubridor de la anfilaxia y luego investigador de la metempsiquica, fundador de sanatorios y laboratorios, el defensor del *Homo sapiens* contra el *Homo stultus*, y autor también de páginas a veces sorprendentes de índole filosófica y literaria, nos dió en algunas estrofas firmadas por él mismo, el ejemplo — digámoslo: clásico — del forzado compromiso entre la cultura y la guerra:

*Maudite sois-tu, guerre infâme  
Qui sèmes l'horreur et le deuil,  
Qui donnes les haines à l'âme  
Et l'adolescent au cercueil!*

*Maudite sois-tu par les mères  
Dont les sinistres désespoirs  
Vont dans les foyers solitaires  
Rêver sous de vêtements noirs!*

*Soit maudite, ô guerre cruelle  
Par qui tant d'êtres ont pleuré...  
Mais parfois tu brilles si belle  
Que parfois le mal est sacré!*

*Alors, alors, guerre sanglante,  
Quand ces martyrs tombent pour nous,  
Tu rayannes, étincelante,  
Et je t'adore à deux genoux»...*

(«La guerre», Rev. hebd., 14, 1915)

(Entonces, entonces, guerra sangrienta, / cuando esos mártires caen por nosotros / tú destellas resplandeciente, / y yo te adoro de rodillas.)

La poesía es prolífica también en tiempos de guerra. Y es igualmente pervertida, como la filosofía aplicada a la «ideología» bélica. De este modo se utiliza el material constituido de todos los valores morales de la humanidad, de sueños e imágenes armoniosas, de idealizaciones supraterráneas... El fetichismo chauvinista, ciego e insaciable, la glorificación hiperbólica del heroísmo sangriento, las culminaciones extáticas de las ilusiones y ficciones que envuelven en sus oropeles los horrores

de la matanza colectiva, todas estas lucubraciones constituyen el rico pasto de los poetas de toda laya.

*«Belle France délicieuse,  
Tantôt grave, tantôt rieuse,  
Nous te garderons de mourir  
O, paisible fille des Gaules,  
Et nous déploierons tes grands saules  
Sur les rives de l'avenir.»*

*Aujourd'hui tremblent nos frontières  
Notre sang se mêle aux rivières,  
Nos laboureurs sont demi-dieux  
Et tant d'âmes te sont rendues  
Que les étoiles éperdues  
Vacillent dans des milliers d'yeux».  
La ceinture de nations  
Regarde, autour de la mêlée,  
Tu n'est plus la frêle isolée:  
Et toute l'Europe enflammée  
Contre une bestiale armée  
Leve des coalitions»...*

(G. Aymot: «France», «La Nouvelle Revue», 70, 1915)

Para mantener el impetu de los ejércitos, la confianza de los que esperan «la victoria final», para fortalecer la «sagrada unión» (eufemismo que oculta el sagrado egoísmo de los privilegiados), esta literatura nunca es demasiado abundante: entusiasmo, glorificación, exaltación, hipertrofia del orgullo nacional en detrimento de la dignidad genuinamente humana, etc. El doloroso ridículo o la grandilocuencia insoportable en la mayoría de estas poesías de guerra son evidentes, desde luego, sólo para los «traidores» y «derrotistas», para los miserables enemigos de la patria, de fuera y de adentro. La medida, la lógica, el sentido común, la hombría de bien son para otros tiempos.

Muchos, muchísimos, son los poetas ocasionales. No podemos ignorarlos. Ni dudar de su sinceridad. Pero ésta, precisamente, reviste lo más grave: la sinceridad, aun esporádica, en los instantes de «inspiración», cuando el poeta está poseído por las ilusiones colectivas, la hipnosis ultranacionalista, la chachareria desaforada, el idealismo disfrazado que trata de ocultar o ennoblecer las realidades infernales de la masacre, el saqueo y la destrucción.

Preferimos la otra sinceridad, de la bestia desnuda y rechinante — la «fiera literaria» que puede arrojar palabras duras, hirientes como el acero, aplastantes cual mazadas en la testa. Preferimos su terror desafiante, su odio persistente, patológico, el «santo odio», contrapeso de la «sagrada unión», con todas sus exacerbaciones aniquiladoras. Esta expresión directa, sin rodeos estilísticos, del salvajismo bélico no es tan frecuente, ya que el «bárbaro civilizado» conserva cierto pudor entre sus virtudes especiales:

A tí te odiamos con odio inextinguible,  
Nunca abandonaremos nuestro odio,  
Odio en la tierra, odio en los mares,  
Odio de la mente y odio de la mano,  
Odio de los martillos y odio de las coronas,  
Despiadado odio de los cientos de millones  
Que aman juntos, que odian juntos  
Y tienen, todos, un solo enemigo: ¡Inglaterra!»

(Ernst Lissauer: «Hassgesang gegen, England»)

Tales aullidos en versos — ¿hay que llamarlos poesías? — pueden despertar más intensamente en alguno el sentido contrario, hondamente humano; pero tam

**E**STE ilustre poeta italiano, el primero de los humanistas y el que inauguró esa hermosa florescencia humana conocida con el nombre de Renacimiento, nació en Arezzo el 20 de julio de 1304. Hijo de una distinguida familia de Florencia, que hubo de huir de la ciudad a consecuencia de las legendarias luchas entre güelfos y gibelinos, pasó su primera infancia en Incisa, pequeña villa del Arno, separado de su padre, fugitivo y perteneciente al partido de los güelfos. Su nacimiento coincidió con el movimiento güelfo capitaneado por Dante y otros distinguidos florentinos, levantados contra la tiranía de los gibelinos, o «negros», naciendo la misma noche en que el gran poeta y sus amigos entre ellos Petrarco, padre del Petrarca, intentaban entrar a viva fuerza en Florencia.

Fracasado el intento y perdida toda esperanza inmediata de regresar la familia a Florencia, trasladáronse a Pisa, cuando Petrarca contaba unos siete años. Pero no encontrando Petrarco ambiente para sus funciones de jurista, dirigiéronse a Aviñón, donde afluan muchos italianos, desterrados unos, descontentos otros. La carestía de la vida hizo que Petrarca y sus hijos se trasladaran a una pequeña aldea, en la que había un viejo maestro, algo poeta, el cual se encargó de la educación de Francisco Petrarco, o sea el Petrarca, como más tarde fué conocido el insigne humanista que nos ocupa.

bién pueden excitar hasta la rabia a regimientos enteros, avalanzados en sus asaltos repetidos contra el enemigo.

En cuanto a las descripciones y narraciones en prosa sobran en demasía. Puede ser que la mitad de los combatientes «cultos» tengan su cuaderno o diario de guerra, por lo menos sus cartas a los familiares, sin contar a los que supieron arreglarse detrás del frente peligroso, en la «parte sedentaria». Esta epidemia gráfica hace verdaderos estragos durante y después de la guerra; relatos, apuntes, cuentos, novelas, memorias, etc., se derraman en los jardines ya devastados de la cultura. Todos estos autores describen lo que habían experimentado y vivido en carne propia, o por lo menos lo que habían «visto y oído». Es como un alud irresistible, como un aturridor derroche de orgullo y vanagloria heroica. Aquí también preferimos a la bestia alegre y terrible, que no sabe de discursos y peroraciones, pero sí sabe aullar y obrar, tal como la incitan sus instintos desnaturalizados.

Hay ciertas páginas de guerra incomprensibles en nuestros días. Sólo con la mente depurada del hombre consagrado al trabajo pacífico — con los anhelos espirituales realizados en algunas conciencias libradas de todos los viejos obscurantismos y mentiras convencionales — podemos comprenderlas y abarcar todo lo absurdo y horroroso que encierran. Para el conocimiento del alma y la mentalidad individuales y también de las aberraciones colectivas, los escritos auténticos, sinceros, de la bestia humana «culturada» constituyen pruebas más determinantes que las demás obras literarias, impecables en su forma, estéticamente acertadas, pero carentes de la consistencia brutal y cinica de la «verdad realista».

**E. RELGIS**

## LAS VIDAS AGITADAS

Petracco se empeñó en hacer del Petrarca un excelente jurista, pero el mozo tenía más afición hacia las lenguas clásicas y la poesía, que hacia los libros de leyes. Enviados por su padre a Montpellier, Petrarca y su hermano Gerardo, el primero, lejos de estudiar, se abismó en la lectura de los clásicos latinos y griegos, gastándose cuanto dinero conseguía en la adquisición de libros. El propio poeta ha contado cómo un día su padre, descubriendo una colección de libros clásicos que Petrarca había trabajosamente logrado reunir, se los quitó, condenándolos al fuego, como si de libros heréticos se tratara, salvándose sólo del auto de fe unos volúmenes de Virgilio y Cicerón, cuya vida concedió el iracundo padre al ver el desconsuelo del mozo. La muerte de Petrarco libró al Petrarca de la esclavitud a que le tenía sujeto el autor de sus días, en su empeño de hacer de él un magistrado, cuando el muchacho no tenía la más mínima afición hacia la magistratura. Sin la tiranía del padre y libre de hacer su voluntad, dedicóse Petrarca con entusiasmo a la literatura y a la poesía...

Pero poco después de la muerte de su padre falleció su madre, y a vuelta de pleitos y enredos jurídicos, quedaron los dos hermanos completamente en la miseria, no quedándoles más remedio que adoptar la solución de aquella época: tonsurarse y vestir el hábito clerical.

Mas las negras vestiduras no habrían de impedir al poeta que una de las más grandes pasiones de la historia derramara sobre su vida el resplandor que la iluminó, prolongándola a la posteridad. Porque lo cierto es que toda la obra del poeta, la mejor y la más humana, la que verdaderamente coronó su frente con los laureles de la gloria, fué la que supo inspirarle Laura.

El viernes santo, 6 de abril de 1327, asistiendo Petrarca a los oficios divinos en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, vió por primera vez a Laura de Noves, hermosa y joven dama provenzal. El más profundo trastorno que esta pasión, nacida rápidamente y no extinguida jamás, produjo en la vida de Petrarca, él mismo lo ha contado en sus obras, particularmente en el «Cancionero», cuya lírica armoniosa, desbordante de ternura y plétórica de imágenes, no ha sido aún superada.

Laura estaba casada con Hugo de Sade y sus relaciones con el Petrarca no traspasaron los límites de una amistad ardiente y tormentosa por parte del poeta y serena por parte de la mujer, que había de inmortalizarse por medio del amor inspirado.

Algunos autores han sostenido que Petrarca jamás habló con Laura, limitándose a verla en la iglesia o paseándose bajo los tilos desde las venta-

# PETRARCA

nas de una casa que compró cerca del palacio donde vivían los Sade. Sin embargo, parece probado que se introdujo dentro del hogar de su amada, y que Laura fué asediada por el poeta, más humano que sacerdote, aun cuando los avances de éste se estrellaron contra la firmeza, recato o desamor de la hermosa provenzal. Entonces, la pasión no satisfecha se desbordó en sus obras, y todos los «Triunfos» son un canto apasionado a la belleza, inteligencia y virtudes de Laura y un poema de dolor cuando la muerte le arrebató la mujer adorada.

¿Amó Laura a Petrarca? Es lo más probable suponerlo, pero el misticismo amoroso de la época y su condición de mujer casada, pesando sobre su espíritu, impidieron que aquel amor se convirtiera en pasión carnal, conservando la espiritualidad que había de inmortalizarle.

La situación de Petrarca, sacerdote, si bien al estilo mundano de aquel siglo, y enamorado de una mujer casada, era en verdad excepcional en los usos y prejuicios de la época. Por esto quizá, más que por la trascendencia universalista de sus obras, mereció el título de «primer hombre moderno», ya que en realidad este amor estaba desplazado del tiempo en que vivía.

Otras mujeres, rivales indignas de Laura, surgieron más tarde en la vida pasional del poeta, pero ninguna ocupó sitio importante en su obra ni en sus sentimientos. Fueron las imágenes vulgares de su amor, empequeñecido por la gran pasión sublime que una supo inspirarle, más sublime al ser imposible y desgraciada. Menéndez y Pelayo dedica a este amor, base fundamental de la vida y la obra de Petrarca, páginas bellísimas y afectos gentiles y tiernos, de éxtasis intelectual, un estudio detenido y claro. Dice que sus versos, del poeta «reflejan la llama misteriosa de su pasión, muy humana sin duda, pero mezclada de vaga tristeza y deseo, antes ahogado que nacido, pero pronto a renacer siempre. El carácter ilícito de esta pasión, puesto que no se trata de una doncella, sobresalta y alarma su conciencia con escrúpulos que jamás ha tenido la liviana poesía de los trovadores, le hace fluctuar entre la esperanza, la duda y el remordimiento, le persigue en las locas visiones del sueño, le arrastra a la soledad y le hace huir de ella, aterrado de sí mismo. La pasión del Petrarca, a pesar del velo candidísimo que la envuelve, a pesar del sereno ambiente que la circunda, es pasión tormentosa y trágica, pasión enteramente moderna y romántica.

La pasión que por Laura sentía, no le hizo, sin embargo, descuidar su afición a los estudios clásicos,

ni impidió que se mezclara en aventuras políticas, como la de Rienzi, el famoso tribuno que hizo revivir la República de Roma. El mismo deseo insatisfecho, la misma pena amorosa, que llevaba en su alma, le precipitó a viajes insólitos en aquella época, convirtiéndole en pleno siglo XIV, en un infatigable viajero propio de nuestros días. Visitó París, Bélgica, parte de Alemania, Suiza, el Rhin, y la selva de los Ardennes, trabando amistad con los hombres más ilustrados y copiando manuscritos de autores clásicos. Cultivó, no sólo la literatura, sino las ciencias y la retórica, siendo triunfos ruidosos para él las veces que tomó la palabra ante el foro o ante las multitudes. Su verbo, brillante y florido como su poesía, deslumbró y eclipsó la fama de los grandes oradores de aquella época.

En 1337 hizo un alto en sus viajes y se instaló en el valle de Vaucluse, cerca de Aviñón, lugar delicioso, en el cual aún se conservan las ruinas del castillo que habitó el Petrarca. Allí, enfrentado con la Naturaleza, y parece que con la vida, pues aquel mismo año una mujer, cuyo nombre se desconoce, le dió un hijo llamado Juan, no legitimado hasta 1347, que murió a los veinticuatro años, después de haber ocasionado a su padre continuos disgustos, escribió el Petrarca varias obras y gran parte de las canciones y poemas que su amada Laura le inspiraba. Resulta singular la situación del poeta, viviendo con una mujer, que fué madre de un hijo suyo y a la que no dedicó ni una línea, y continuando el culto fervoroso de la pasión que no había de abandonar en toda la vida.

Tres años después, el Senado de Roma y la Universidad de París ofrecieron al poeta la doble corona de laurel que ciñó su frente. La gloria del poeta estaba ya cimentada y su nombre legado a la posteridad y no precisamente por las obras de filosofía y refundición del clasicismo, sino por la gran pasión que le inspiró lo que hay de más personal, inconfundible e insuperable en la obra del Petrarca.

En 1346 le fué ofrecido el puesto de secretario del Papa, siendo éste el primero de los cinco ofrecimientos que en tal sentido se le hicieran. Ofertas siempre rehusadas firmemente, ante el temor de que aquel puesto coartase su libertad y pusiese trabas a su vida, en la que es estudio alternaba con los cantos amorosos.

Cuando en 1347 Cola de Rienzi realizó la extraordinaria revolución que quería liberar a Roma de la tiranía del Papado, Petrarca aclamó el advenimiento del liberador. Su corazón arrastrábase hacia Roma, y a fines de noviembre emprendió el viaje a Italia, pero al llegar a sus oídos los extravagantes excesos a que se había entregado el tribuno, abandonó sus propósitos, instalándose en Verona, en donde el Papa le había conferido un beneficio el año anterior. Allí estaba cuando recibió la noticia del fallecimiento de Laura (6 de abril de 1348), muerta a causa de la peste que asolaba a Aviñón, de la cual murieron muchos de sus amigos y entre ellos el cardenal Colonna.

La muerte de su amada produjo una profunda transformación en la vida interna del Petrarca: tuvo el pensamiento de retirarse a una especie de

convento de humanistas. Aunque nada se llegó a realizar de tal proyecto, se observa un cambio notable en las composiciones literarias del poeta. Las poesías escritas «In morte di Madonna Laura» son más graves y para sus escritos en prosa escoge temas de más profunda meditación. Al propio tiempo, su fama, siempre en aumento, le abría nuevas relaciones, entre los patricios italianos. Las nobles casas de los Gonzagas de Mantua, de los Carrara de Padua, los Estes de Ferrara, los Malatestas de Rimini, y los Visconti de Milán, competían en agasajar al ilustre literato. La explicación de la discrepancia entre su celo por la libertad de Italia y su estrecha amistad con los déspotas que destruyeron las libertades de las ciudades lombardas, hay que buscarla en la tendencia, que se iniciaba ya, a honrar a sus literatos y patrocinar las artes, que distinguió a los príncipes italianos del Renacimiento.

En 1350 anudó una estrecha amistad con Boccaccio, del que tradujo algunas obras, escritas en italiano vulgar, al latín. El senado de Florencia, por esta época el rectorado de la Universidad, pero él lo rechazó, prefiriendo su retiro de Vaucluse, en el que evocaba a Laura, y empezó aquel curioso fragmento de autobiografía conocido por «Epístola a la posterioridad».

Después de otra época de agitación política en su vida, que no podemos seguir porque haríamos el artículo interminable, se retiró a un monasterio cercano a Milán, en donde escribió el «Triunfo d'amore», también dedicado a Laura, retiro del que le sacó Galeazzo Visconti, enviándole a París y recorriendo en aquel viaje varios países. A su regreso a Milán, recibió la noticia de que su hijo había muerto, víctima también de la peste. Huyendo de ella, marchó a Venecia, a cuya ciudad, poco después de su llegada, donó su biblioteca. En el verano de 1370 se estableció en la aldea de Arquá, junto a Padua, en cuya parte más alta mandó construir una casa, única que se conserva de las varias que ocupó el poeta en las distintas poblaciones en que vivió. Allí, en compañía de una hija que tuvo, tampoco se sabe con quién, casada con Francisco de Brozzano, continuó con nuevo ardor sus estudios y trabajos literarios.

Pero la muerte ya le cercaba. Muy debilitado y consumido por la fiebre, escribía su última obra de humanista, que dejó inconcluida. El 18 de julio de 1374, uno de sus servidores le encontró muerto en su despacho, con la cabeza apoyada en un libro.

Menéndez y Pelayo dice que «fué el patriarca de las humanidades, el último romano providencialmente redivivo, el poeta laureado del Capitolio, el primero que contempló cara a cara la antigüedad latina, ya que sólo de lejos pudiese saludar a la griega. Esta visión del mundo clásico, incompleta sin duda, falsa a veces, fué en él tan intensa y avasalladora, que se sobrepuso a la realidad en

que vivía, y merced a ella encontró el secreto de rejuvenecerse en las fuentes antiguas, no sólo por imitación directa, que es lo de menos valor en su obra, sino por asimilación y transfusión, creando en sí un tipo de hombre nuevo, para quien la Naturaleza tiene la belleza femenina no es sólo infimo peldaño de la escala de Jacob para subir al cielo, sino que atrae por sí misma los ojos y los corazones de los hombres y se hace adorar de ellos con cierta manera de culto apasionado. Lo que hay de vivo y de Perenne en las rimas de Petrarca, lo que le ha puesto a la cabeza de todos los poetas del amor en la literatura moderna — sigue diciendo el ilustre crítico — son las perlas que sacó del fondo de su alma y engastó con arte supremo en el anillo de su rica pero ingenua cultura; es riquísimo el contenido psicológico del cantor de Laura, el cual mostró con su ejemplo que toda alma individual puede tener su historia; que en cada hora de la vida puede desarrollarse un poema. Las descripciones del Petrarca, tan imitadas y profanadas luego por la turba servil de sus discípulos, tienen en su libro un verdadero y primaveril encanto. La imagen gentilísima de Laura parece desprendida de una tabla de Giotto. La naturaleza que la circunda está como penetrada del rayo de su belleza, y la sirve y acaricia con lluvia de flores y con rumor de fuentes.»

«Un alma — continúa — y sin duda de las más selectas, a quien sus mismas debilidades hacen simpática, se reveló plenamente en sus versos, los cuales iniciaron al mundo, no sólo en un género nuevo de poesía, sino en un modo nuevo de sentir. Y como en el alma del Petrarca trababan fiera lucha el hombre nuevo y el viejo, la pasión y el deber, lo sensible y lo ideal, el naturalismo y el ascetismo, su fe cristiana y las inquietudes morales que le hicieron rebelarse contra la Iglesia, y esta discordia interior fué en su vida una fuente inagotable de placer amargo y de dulce tristeza, el Petrarca, agitador y consolador de tantas almas, encontró antes que ninguno la expresión suave y cadenciosa, pero a veces intensamente elegiaca, de la melancolía romántica, que se ceba en sí misma con doloroso deleite y complacencia.

»Sin embargo, el Petrarca no fué más que un pesimista muy relativo; ni podía ser otra cosa con su amor a la Naturaleza y a la vida, a la poesía y a la ciencia».

Hasta aquí el juicio de Menéndez y Pelayo.

El Renacimiento, que tantas grandes figuras ostentó y tan magnífica e inmortal obra legó a la posteridad, inauguróse soberbiamente en este hombre inquieto, atormentado y generoso, de amplias visiones humanas, «apóstol de paz y de cultura», poeta del amor y de la belleza, que resucitó, sobre la desolación del cristianismo, la luminosa sonrisa de la Grecia rediviva.

SOLEDAD GUSTAVO



# El filósofo de Walden

Thoreau was the most sagacious and wonderful Worthy of his time, and a marvel to coming ones.

A. Bronson Alcott



THOREAU era el más sagaz y maravilloso Valor de su tiempo, y una maravilla para los venideros, escribía a un amigo el original A. Bronson Alcott, luego de la muerte de Thoreau, animador de la comunidad «Brook Farm» y pedagogo de avanzada, padre de la poetisa clásica norteamericana Louisa May Alcott, la conocida autora de «Mujercitas» (Little Women), «Hombrecitos» (Little Men), etc.

El mismo Thoreau escribió una vez que «Mi vida ha sido el poema que hubiese escrito; pero no he podido a la vez expresarlo y vivirlo». Modestia aparte, uno de los más grandes especialistas de Thoreau en América, Walter Harding comenta: «Mas a pesar de su protesta humilde, pudo en verdad vivirlo y escribirlo».

A casi un siglo de su muerte (murió el seis de mayo de mil ochocientos sesenta y dos) Thoreau es aún más perdurable que en su propio tiempo, porque la esencia de su filosofía es tan vivificadora que alentará en el pensamiento de muchos hombres en el rodar de los siglos. Baste decir que, por el momento, en una mecanocracia como el gran país estadounidense, es el autor clásico que sobresale y, en cuanto a los otros países, recordemos a la India de Gandhi, que se liberó del colonialismo inglés gracias al pamfletito de Thoreau «Desobediencia Civil», la Biblia de Gandhi.

«Tiene hoy Thoreau —escribe Townsend Scudder—, un atractivo especial. En nuestro presente inseguro, ansioso y nervioso, cuando la mitad del mundo cree en la teoría esclavista de que el individuo debe ofrecer su cuerpo y su pensamiento al Estado, es reconfortante encontrar en Thoreau la opinión opuesta. Cuando por todas partes los gobiernos tienden a pisotear la libertad individual, bueno es encontrar en él a un hombre que cree que la conciencia y la libertad de los hombres deben seguir sus propias convicciones. Mientras los trabajos hábilmente tecnológicos aumentan de hora en hora la complejidad de la existencia, vale la pena recordar la determinación de Thoreau en hacer su vida tan práctica y sencilla como fuera posible, para gozar mejor así de los valores de la vida. Y cuando nuestro mundo crece tan artificialmente, gran alivio es visitar con Thoreau los bosques, los lagos y los arroyos que tanto amaba el explorar».

Desaparecido el hombre ante la fatalidad de la muerte, queda la obra, una obra que es el reflejo exacto de una vida y, por lo tanto, una vida que se proyecta más allá de la muerte debido a su perdurable obra. Los escritos de Thoreau no son «grafomanía» (una manía como cualquier otra), sino

pensamiento en acción. Por eso no yacen arrinconados en el rincón de las viejas lunas, como tanto escrito que está sepultado en los cementerios de ciertas bibliotecas. Además al contacto con Thoreau, cautiva enseguida el hombre, pues presentimos que nos hallamos ante una de esas personalidades que ensalza Ingenieros: «Los caracteres excelentes —escribe el gran sociólogo argentino—, ascienden a su propia dignidad nadando contra las corrientes rebajadoras, cuyo influjo resisten con tesón. Frente a los otros se les reconoce de inmediato, nunca borrados por esa brumazón moral en que aquellos se destiñen. Su personalidad es todo brillo y arista, firmeza y luz como cristal de roca».

«La obra de Thoreau! Quien desciende a un sótano con aire acondicionado de una biblioteca neoyorkina (Pierpont Morgan Library) verá allí un rústico armario, hecho con tablas de pino por el propio Thoreau, que contiene todos los volúmenes de su monumental Diario, manuscritos y encuadernados por él mismo. Más de tres millones de palabras que cubren un cuarto de siglo. Empezó Thoreau a escribir su Diario en 1837, a los veinte años de edad y lo continuó hasta pocos meses antes de su muerte. Del Diario extraía el material para sus libros y folletos, era su «materia prima» y lo sigue siendo siempre para todos los amantes de la filosofía del gran filósofo, redactando nuevos libros que son como luceros del alba en la mediocridad de la prosa contemporánea.

De una familia de origen francés y escocés nació Thoreau el 12 de junio de 1817 en el pueblo neoinglés de Concord «pueblo de nombre tranquilo —al decir del filósofo— y que tiene fama de tranquilo», situado a escasas millas de Boston, la ciudad pionera de Estados Unidos. Famoso además por haberse dado allí el primer grito en pro de la independencia contra el colonialismo inglés y, más famoso aún, por haber sido sede de los grandes pensadores trascendentalistas de la época, entre los que descollaba el gran Ralph Waldo Emerson. Baste decir que ningún lugar de América ha podido igualar a esa «Nueva Atenas» que a la sazón contaba unos dos mil habitantes.

«Thoreau —me escribe mi amigo Louis Tort desde París (carta del 3 de enero de 1959)— es un ejemplo magnífico siempre de actualidad. Para mí, es el gran continuador de Diógenes y de La Boetie. Su superioridad sobre todos los constructores de sistemas (y son numerosos) reside en el hecho de que supo poner su filosofía en acción, ante el asombro de todos sus amigos y del propio Emerson». Thoreau, hombre virtuoso, «quiso vivir su vida». En oposición a las ansias monetarias de sus contemporáneos que soñaban con un «futuro dorado» por el metal áureo, pensó que sería

posible realizar lo que Emerson idealizaba en su libro «La Naturaleza», porque este autor era un gran idealista, pero avezado en los dolores del mundo, no pasaba la cerca que separaba la idealidad de la realidad. Si Thoreau, al decir del mismo «no pudo realizar el poema de su vida» ¿qué se podría decir de los otros escritores que escriben por grafomanía o con miras a posibles mercados? La historia ha demostrado que en verdad Thoreau fué uno de los pocos hombres libres que han pasado por la faz del mundo.

Luego de pasar cuatro años estudiando en la universidad de Harverd, de donde vino al pueblo con un diploma «gratuito», pues no quiso pagar los cuatro dólares requeridos por dicho papel (no valía la pena, según él), sus amigos esperaban que emprendiera una «carrera» lucrativa. Pero cosa rara en un joven de apenas veinte años, ya conocía la «vida de los hombres a fondo». En su ensayo **Vida sin Principios** que Rudolf Rocker considera «entre lo mejor que se haya escrito jamás» escribe Thoreau: «Este mundo es un lugar para los negocios. ¡Qué infinito despilfarro! Casi todas las mañanas me despierta el silbido de la locomotora, interrumpiendo mis sueños. Parece que no hay ni un sólo día de descanso. Sería glorioso de ver ya de una vez por todas a la humanidad reposando. Por todas partes trabajo, trabajo y más trabajo. Ya no se puede comprar un cuaderno en blanco para escribir en él nuestros pensamientos, pues casi siempre están rayados para asentar dólares y centavos. Un irlandés que el otro día me vió descansando en el campo, pensó enseguida que estaba calculando cuánto dinero podría extraer allí. Si un hombre se cae de la ventana o se cayó cuando era niño, viéndose así lisiado para toda la vida, o fué asustado por los indios, etc., se siente lástima de él, principalmente, ¡por su incapacidad para los negocios! Me parece que no existe nada, ni el mismo crimen, que sea tan opuesto a la poesía, a la filosofía y a la misma vida, como ese incesante ansia de negocios».

Abrió una escuela particular y con su hermano John enseñó en el pueblo, con un método «naturalista» que era toda una innovación. El amor de Thoreau por la infancia ha fructificado luego en obras como las del Dr. Edward Emerson, hijo del gran escritor, en el testimonio que nos ha legado con su libro **Henry Thoreau, recordado por un joven amigo**. Pero a la prematura muerte de su hermano, Thoreau dejó la enseñanza. El impacto sufrido por su desaparición fué tan grande que Thoreau no pudo resistir el enseñar allí de nuevo. Los dos hermanos eran antes amigos que hermanos, cosa por demás rara en todos los tiempos. El testimonio de este gran amor fraternal está grabado en letras de molde, en la hermosa poesía que sirve de umbral al primer libro de Thoreau: **Una semana en los ríos Concord y Merrimack**, relato de una excursión cuya semana fluvial sirve de marco a este gran libro. «Por fin — escribe Thoreau en el capítulo Sábado— un sábado del último día de agosto de 1839, nosotros dos, hermanos, y nativos de Concord, levantamos el ancla en este puerto fluvial», con un bote que ellos mismos habían construido. ¡Qué delicia seguir a los dos her-

manos río abajo y luego río arriba, de nuevo hacia Concord! Este hermoso libro contiene además fragmentos de las literaturas griega, hindú e inglesa y es todo un poema a la Vida y a la Naturaleza. Con la buena fe de la juventud pensante. Thoreau editó el mismo **Una semana**, pero, escribe I. Hoover «más de setecientos volúmenes le fueron retornados por el impresor, enfrentando este desengaño con valor. En su modo característico recuerda así el episodio «Tengo ahora una biblioteca que contiene unos novecientos volúmenes, de los cuales he escrito yo mismo más de setecientos». Casi toda su vida tuvo que ir pagando poco a poco esta deuda de juventud. Hoy un ejemplar de esa primera edición, alcanza en el mercado bibliófilo elevados precios. Se han editado muchas ediciones de **Una semana** y en Europa se puede adquirir la publicada recientemente por Mac Millan en Inglaterra (Open Air Library).

El nombre de Thoreau estará asociado siempre a la laguna de Walden, a la cual fué a vivir el día 5 de julio de 1845, permaneciendo en ella dos años, dos meses y dos días. Construyó una cabaña, cuya imagen se conserva debido a un dibujo que hizo su hermana Sofia Thoreau, pidiendo prestada un hacha a Bronson Alcott para talar algunos pinos. Lo que nosotros pudiéramos decir aquí sobre lo que hizo Thoreau en Walden, sería un pálido reflejo de la realidad. Que el lector interesado medite el segundo libro de Thoreau: «Walden o la vida en los bosques» cuya primera edición apareció en 1854 y del cual existen más de setenta ediciones posteriores. La mejor actualmente es la que ha redactado el naturalista norteamericano Edwin Way Teale: «Al añadir otro libro a la larga lista de los «Walden», he intentado producir el libro que siempre hubiera querido tener en mi biblioteca: un volumen con el texto completo de Thoreau, junto a una información sobre «Walden» actualmente y sobre el hombre que lo escribió, todo combinado con una colección amplia de fotografías que me hubiera permitido ver — a través de los ojos de la cámara — los lugares donde Thoreau vivió, por donde caminaba y pensaba, alguna de las cosas que él mismo había creado, algunos de los objetos naturales que tenía y, algo de la belleza, vida silvestre y variedad que aún permanecen en los lugares que tan apasionadamente amaba». Sobre «Walden» este mismo escritor naturalista comenta: «Es el solo libro que ya haya leído y que quiera releer en seguida que he terminado la última palabra», añadiendo que se trata «del libro más original de la literatura norteamericana y uno de los clásicos más grandes». Por suerte para los lectores de lengua castellana existen dos buenas traducciones publicadas en Argentina y aún no agotadas.

En la parte de la laguna más cercana a Concord, conocida por Deep Cove construyó su cabaña. El lugar exacto fué descubierto en estos tiempos por otro naturalista y se encuentra exactamente detrás del montículo de piedras que los inspirados por la filosofía de Thoreau en el mundo entero, depositaron allí, costumbre que se cree inició la gran poetisa Luisa Alcott. Desgraciada-

mente, como decía Han Ryner en «El Autodidacta», «la vulgaridad de la tierra parece tener un nombre que se llama hombre», ese hombre mediocre que fustiga el gran Ingeniero en «El Hombre Mediocre», los *homo vesanus* posteriores han afeado con su artificialismo la hermosa laguna de Walden. El andariego que quiera ir allí de visita, de espíritu reclusiano, debe hacerlo como cuando Reclus se fué hacia la montaña, puro de mente y con gran amor hacia la vida natural. Llegar allí en pleno verano es observar un balneario en la parte oriental y en el mismo Deep Cove comenta Teale que vió allí, por el arbolado, más de treinta autos a la vez, la gente llevando los vicios de la ciudad al campo (llevando su vaciedad mental por doquier, cual diría Schopenhauer), con sus radios portátiles gritando y afeando así a uno de los lugares más inspirativos del mundo. Otra barbarie de los modernos ha sido la de talar numeroso arbolado para establecer otro balneario más. Los trabajos han sido sin embargo detenidos ante la protesta de los amigos de Thoreau y está por ventilarse si la laguna de Walden ha de pasar a ser un parque de reservación natural u otro lugar artificializado. Actualmente (1959) la «Walden Campaign» lucha en el sentido de poder preservar a Walden para la posteridad.

«Fuí a los bosques (léase a Walden) — escribe Thoreau — porque quise vivir deliberadamente, enfrentar solamente a los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que debería enseñar, no fuera que al morir, descubriera que no había vivido». Los que amen la bioestética de la naturaleza, los que comprendan la gran belleza que contienen los puros panoramas naturales, los que entiendan que las ciudades «son plagas de las enfermedades de la civilización» como decía el gran navegante solitario Alain Gerbault, los que quieran vivir una vida sencilla y mentalmente rica, etc., encontrarán en «Walden» de qué inspirarse. Y lo más importante de «Walden» es que no se trata de un libro imaginado, como lo son el noventa y cinco por ciento de los libros, sino del relato real de una experimentación. Dos son las enseñanzas capitales que pueden extraerse del ejemplo waldiano: vida sencilla y pensamiento elevado. «Los museos, decía Thoreau, son las catacumbas de la naturaleza», queriendo expresar que se debe amar a la naturaleza en la naturaleza misma. «He comprendido, añadía, que el hombre más rico es el que menos necesita», y, pasando del verbo a la acción vivió una vida sencilla y armoniosa.

Su amor por la vida natural surge en su librito póstumo «Caminando» que empieza así: «Deseo pronunciar unas palabras sobre la naturaleza, en favor de la libertad absoluta y de la vida silvestre». Haciendo en seguida el elogio de los peregrinos de la antigüedad que vivían siempre caminando y no anquilosando las piernas a la manera moderna. La vida de Thoreau siempre fué extra-muros. «Mide tu salud, escribía, por la simpatía que hace nacer en tí el amanecer y la primavera. Si en tí no hay ninguna respuesta ante el despertar de la naturaleza, si la perspectiva de una hermosa mañana no te saca de la cama, si el trino del primer

pájaro azul no te emociona, es que la mañana y la primavera de tu vida ya han pasado. Esto es lo que puede hacer sentir tu pulso».

Por supuesto, Thoreau amaba también al hombre, una de las criaturas más admirables de la naturaleza. Pero criticaba con altura la existencia «antinatural del mismo». «Veo a hombres jóvenes, a mis conciudadanos, cuya desgracia es el haber heredado tierras, casas, establos, ganado vacuno y herramientas agrícolas; porque es más sencillo proveerse que despojarse de ellas. Cuanto mejor sería que hubieran nacido en campos abiertos, amamantados por una loba, para que pudieran haber visto con más claridad, a qué tierras habían sido llamados a trabajar». Y añade: «En todas partes, en tiendas, oficinas y campos, los habitantes me han parecido estar haciendo penitencia en mil formas extraordinarias».

Nadie podía explicarse «cómo Concord había empollado un ave tan rara». Porque el ejemplo de Thoreau es verdaderamente de «generación espontánea». El círculo de los intelectuales de Concord empezó a mirar con recelo a aquel pensador que, en vez de sentarse en un cómodo sillón y divagar sobre mil sutilezas, recorría todos los rincones de la naturaleza, escribiendo en su interminables «diarios» las observaciones reflexivas que hacía de ella. Los representantes de la autoridad empezaron a mirar a Thoreau como a un original sospechoso, pues sus meditaciones le hicieron pensar que no debía pagar ningún «impuesto» al Estado. Hasta que estalló la guerra con Méjico tales «extravagancias» fueron toleradas, pero ya el país en guerra, viniendo un día desde Walden con un zapato para remendar, antes de llegar a la zapatería fué arrestado y encarcelado. Aunque Thoreau actuaba así de acuerdo con su conciencia y para satisfacer su propia dignidad, no haciéndose grandes ilusiones sobre el despertar de sus conciudadanos, «la condición gregaria de los hombres, escribía, es lo más descorazonante y odioso de su aspecto», con su ejemplo iluminó el verdadero camino para la liberación del individuo acorralado por el dominismo imperante. No poco fué el estupor de sus paisanos y el asombro de familiares y amigos, al ver que el filósofo había acabado entre los gélidos muros de la cárcel local. Sobre todo los intelectualoides, rebeldes si se quiere en el papel o en el palabreo para «asombrar a la galería», pero raramente en la práctica, se extrañaron mucho de tal «audacia». Se cuenta que, por otra parte, el mismo Emerson al visitarlo en su mazmorra le dijo: «Pero, Henry, ¿por qué estás aquí?» A lo que contestó el filósofo: «Y tú, Waldo, ¿por qué no estás aquí?» No se sabe con exactitud y al caso poco importa quién fué el que pagó la multa requerida por las autoridades, se supone que fueron sus tías, pero aunque Thoreau solamente estuvo preso un día con su noche, no vaya a creerse que salió asustado o acobardado. Su protesta contra tal vejamen fué el ensayo «Resistencia contra el gobierno civil», publicado ulteriormente con el título de «Desobediencia civil», panfleto que no debe faltar en ninguna biblioteca que se precie de culta, y uno de los libritos que más ha influenciado en los acontecimientos del mundo, pues ya

se ha dicho, ayudó a la liberación colonial de la India. Así que, escribe Thoreau: «Cuando a la mañana siguiente, salí de la cárcel, hice mi encargo y, luego de que mi zapato estuvo listo, me fui al monte a reunirme con unos amigos que estaban recolectando bayas silvestres, que estaban impacientes debido a mi conducta; y en media hora — pues me costó poco ensillar el caballo —, estuve en medio del campo de bayas, situado en una de nuestras más altas colinas, a dos millas de distancia, y en donde el Estado no puede ser visto».

«Desobediencia civil» apareció en 1849, en el primer número de la «Revista Estética», redactada por Elisabeth Peabody, la cuñada de Hawthorne. Puede decirse que fué la tercera publicación en orden de importancia que vió Thoreau en vida. He aquí un extracto: «La mayoría de los hombres sirve al Estado, no principalmente como seres humanos, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército permanente, la milicia, los carceleros, la policía, los somatenes, etc. En la mayoría de los casos se excluye el ejercicio libre del juicio o del sentido moral y los seres humanos se colocan por sí mismos al nivel de la madera, de la tierra y de las piedras; y podrán, tal vez algún día, producir hombres de palo, para llenar ese cometido tan bien como los de carne y hueso. No exigen más respeto que los espantapájaros o un terrón cualquiera de la calle. Sin embargo, son comúnmente estimados como buenos ciudadanos, aunque tengan el mismo valor que los caballos y los perros. Otros — como la mayoría de los legisladores, los políticos, los juristas, los ministros y los funcionarios —, sirven al Estado principalmente con sus cabezas, y como raramente hacen algunas distinciones morales, son tan apropiados, sin proponérselo, para servir a Dios como al Diablo... Un sabio verdadero solamente será útil como hombre y no se someterá a ser «arcilla» y «a cerrar un agujero para tapar al viento», sino que dejará esa tarea a su polvo al menos: «He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control o para ser un servidor útil e instrumento de un Estado soberano en el mundo». Con esta declaración, el lector se dará fácilmente cuenta de que Thoreau se alinea con los grandes pensadores libertarios que registra la historia. Pues fué más lejos que Jefferson, para quien «el mejor gobierno era el que gobernaba menos». En «Desobediencia civil» dice Thoreau: «Reconozco de todo corazón el lema: el mejor gobierno es el que gobierna menos; y sólo desearía verle obrar rápida y sistemáticamente en este sentido. Pero llevado a la práctica, ese principio conduce a otro en el que también creo: el mejor de los gobiernos es el que no gobierna de modo alguno; y si los hombres están preparados para ello, ésa y no otra será la forma de gobierno que tendrán». Thoreau arremete contra la política, las leyes, los diarios corrompidos, etc. Ha sido este aspecto uno de los grandes pensadores libres y su influencia en Europa se ha dejado sentir, especialmente, a través del gigante Tolstói.

Una de las injusticias humanas que más lo inquietaron fué la esclavitud de los negros y la caza de los indios. En lo más íntimo de su corazón



Thoreau fué un abolicionista (contrario a la esclavitud) aunque no perteneciera a ninguna organización antiesclavista. Cuando vivía en Walden, ayudó a escapar hacia el Canadá a más de un negro perseguido y defendió la causa de los esclavos con una emoción que aún repercute en nuestro tiempo. En la entrada que hizo en su «diario» correspondiente al 1 de octubre de 1851 escribía: «Acabo de poner a un esclavo fugitivo en el tren que lo conducirá a Canadá, con el nombre de Henry Williams... Vivió en casa y esperó allí hasta que se recogieron los fondos suficientes para que pudiera viajar. Al mediodía intenté hacerle viajar por Burlington, pero cuando fui a comprar su billete, ví a uno en el depósito cuyas maneras se parecían a un policía de Boston y, por lo tanto, no quise aventurarme».

Cuando Thoreau conoció al original John Brown en casa del vecino Sanborn, quedó altamente impresionado. Brown había ganado en Virgilia la batalla en contra de la esclavitud, habiendo hecho con su acción un «estado libre». Cuando también Wendell Phillips quiso hablar en Concord contra la esclavitud, los timoratos del pueblo se lo prohibieron, pero Thoreau defendió la libertad de palabra de Phillips y logró que diera su conferencia, escribiendo luego un brillante resumen de la misma para el «Liberator» el gran periódico antiesclavista de entonces. A pesar de que era un artesano pobre, pues vivía de la agrimensura y de la fabricación de lápices, Thoreau aportaba su óbolo para la causa de los negros. También engrosó con lo que pudo los fondos que recolectaba Brown para una nueva empresa liberadora, de la que no tenía noticias. Cuando el país supo lo de Harper's Ferry, Thoreau se electrizó. Había tratado Brown de rebelar a todos los negros de ese nuevo lugar y a tal efecto, se había apoderado del pueblo, proclamándolo libre, con sus hijos y un

puñado de valientes. Pero la gente de color no estaba aún preparada para tal acción. Fracasada la insurrección, Brown fué ahorcado por el gobierno federal, uno de los más grandes crímenes que tiene en su haber el gobierno de los Estados Unidos. Por todas partes ante la reacción esclavista del gobierno, los abolicionistas más o menos timoratos, enmudecieron. No así Thoreau, que pronunció su conferencia «En defensa de Jhon Brown» en varios lugares de Massachussets (el Estado a que pertenecía Concord), como asimismo en Boston. La misma complacencia de las gentes de la región en donde vivía en cuanto a la esclavitud, le sugirió otra brillante protesta: «Esclavitud en Massachussets», que como la precedente, también se conserva. Aprovechó también entonces para decir a los hombres cuatro verdades válidas en todos los tiempos: «Se ha dicho que América ha de ser el campo en donde se librará la batalla de la libertad... Incluso si convenimos en que el americano se ha librado de un tirano político, es todavía esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república — la **res publica** — ha sido establecida, es hora de preocuparnos de la **res privada** — la condición privada — para que como encargaba el senado romano a sus cónsules la **condición privada no reciba daño**».

Apaciguado un poco el país al finalizar la guerra mejicana y calmados un poco los ánimos, Thoreau volvió con más fervor que nunca hacia su naturaleza amada. Por entonces es cuando escribió también ese otro estudio suyo de gran trascendencia social titulado «La Reconquista del Paraíso», que es una brillante crítica a un libro de un mecanicista alemán. La filosofía libre de Thoreau es ruralista y, en este aspecto, tiene un parentesco con la que defendía la pensadora brasileña Maria Lacerda de Moura; en la multiplicidad de su obra se destacan también mil facetas, pues Thoreau es multiforme como la vida misma. Todos los problemas están allí tratados en su esencia. Por ejemplo, escojamos el de la soledad: Al preguntarle uno de sus conciudadanos si no se sentía siempre muy solo, vagando por los campos, especialmente en los días de lluvia, respondió que «cómo habría de sentirse solo estando nuestro planeta como está, en el hormiguero de la Via Láctea»...

«Mirando hacia atrás — escribe Edwin Way Teale —, la vida en los tiempos de Emerson y Thoreau parecía sencilla. Con el transcurrir de los años los problemas se han multiplicado. Pero, no obstante, fundamentalmente la vida es la misma. Los problemas de la esclavitud y de la libertad están presentes en cada época. El valor, la sinceridad la vergüenza y la cobardía, pueden funcionar de modo diferente. Y es por lo que Thoreau trata de cosas universales y eternas, que sus páginas siguen siendo frescas, de aplicación inmediata y tan comprensibles como el día en que las escribió. No habrá nunca un tiempo mientras que la humanidad exista que los problemas que el enfrentó no sean los mismos que enfrentan los que leen sus páginas.»

Pero dejemos que el mismo Thoreau finalice es-

te estudio, con un fragmento de su obra que, no dudamos, agradará a todos los naturalistas.

«21 de julio de 1851. — Ahora añoro uno de esos viejos, sinuosos, polvorientos y desiertos caminos que salen de los pueblos, nos alejan de la tentación y nos conducen tierra afuera, sobre su costa más externa; donde uno puede olvidar el país que está recorriendo; donde ningún campesino puede quejarse de que le esté arruinando el pasto ni caballero alguno recién establecido en el campo de que haya penetrado en su propiedad; por el cual uno puede marcharse antes del alba y decir adiós al pueblo; que uno puede recorrer como un peregrino, sin rumbo fijo; donde uno tropieza con poca gente; donde mi espíritu se encuentra libre; donde no existen tapias ni cercas; donde la cabeza está en mayor grado en el cielo que los pies en la tierra; donde hay largos trechos que permiten divisar a media milla de distancia al que marcha en dirección contraria y prepararse para el encuentro; tierra no tan exuberante como para atraer a la gente; en la que hay unas cuantas cercas de raíces y troncos que no es preciso reparar; donde la gente no tiene oportunidad para detener el paso, sino que sigue de largo y lo deja a uno a solas con sus pensamientos; donde lo mismo da esta dirección que aquella y no importa que uno se vaya o venga, que sea de mañana o de noche, mediodía o medianoche; donde la tierra es barata por ser pública; donde uno puede caminar y pensar sin obstáculo alguno, sin que haya nada susceptible de medir el avance; donde uno puede ir de un lado para otro cuando su pecho está que estalla y ceder a sus antojos; donde uno no está en relaciones falsas con la gente, no come ni conversa con ella; por el cual uno puede ir hasta el confín del mundo. Es un camino suficientemente ancho; amplio como los pensamientos que invitan... Un camino por el cual no desfilan ni silban los gansos, sino que tan sólo lo sobrevuelan, de vez en cuando, en lo alto, sus hermanos silvestres; encima del cual trinan la moscaveta y la golondrina, y el gorrión gorjea posado en las cercas; donde la pequeña mariposa roja se mece sin temor en la milenrama y ningún muchacho la acecha para aprisionarla con su sombrero. Allí puedo caminar, vagar y correr a mis anchas... Donde el

Sin velas sería estéril la pujanza del viento; sin viento de nada servirían las lonas más amplias. La mediocridad es el complejo velamen de las sociedades, la resistencia que éstas oponen al viento para utilizar su pujanza; la energía que infla las velas y arrastra al buque entero, y lo conduce, y lo orienta son los idealistas. Los rutinarios aprovechan el progreso de los creadores. El progreso humano es el resultado de ese contraste perpetuo entre masas inertes y energías propulsoras.

«El Hombre mediocre», de José Ingenieros

poste indicador de caminos está derribado y significativamente señala la dirección del cielo, a un camino de Sudbury y de Marlborough en las alturas. Tal es el camino por el cual yo puedo caminar, y el camino particular de Sudbury al que yo me dirijo, a razón de cuatro millas por hora, o de dos, como ustedes gusten; y que sean pocos los que lo recorran. Allí podré caminar y encontrar a la criatura extraviada que soy, sin que doble campana alguna».

V. Muñoz

### BIBLIOGRAFIA

#### En inglés :

Se da a continuación la traducción literal de los títulos para facilitar la búsqueda.

En vida de Thoreau aparecieron numerosos artículos, ensayos, poemas y poesías en diferentes revistas de Nueva Inglaterra, y los libros:

«Una semana en los ríos Concord y Merrimack». — 1849.

«Walden o la vida en los bosques». — 1854.

A la muerte de Thoreau, su hermana Sofia y su querido amigo Channing extrajeron del «diario» los siguientes libros:

«Los bosques de Maine». — 1862.

«Cabo Cod». — 1864.

Por su parte Emerson seleccionó el libro:

«Cartas a varias personas». — 1865.

Se ignora quién redactó el hermoso libro:

«Un yanqui en Canadá», con ensayos antiesclavistas y reformistas. — 1866.

El día 7 de octubre de 1876 moría en Bangor (Maine) Sofia Thoreau, legando el «diario» al entrañable amigo del filósofo, Harrison G. O. Blake, quien seleccionó los siguientes libros:

«Primavera temprana en Massachusetts». — 1881.

«Verano». — 1884.

«Invierno». — 1887.

«Otoño». — 1892.

Franklin B. Sanborn, vecino de Thoreau, seleccionó:

«Cartas familiares de Henry David Thoreau». — 1894.

«Misceláneas». — 1894.

Sanborn y el admirador inglés Henry S. Salt publicaron:

«Poemas de la naturaleza». — 1895.

Ignoro quién redactó:

«Primeros y últimos viajes». — 1905.

Las obras completas de Thoreau en veinte volúmenes fueron publicadas por los naturalistas Bradford Torrey y F. H. Allen, de las cuales el solo «diario» comprende catorce tomos:

«Diario». — 1906.

F. H. Allen, por su parte, compuso:

«Notas sobre los pájaros de Nueva Inglaterra». — 1910.

«Hombres de Concord». — 1910.

Numerosos han sido luego los libros de Thoreau. extractados por los amantes de su filosofía. Citaremos tan sólo algunos. Bartholow V. Crawford produjo su interesante:

«Henry David Thoreau». — 1936.

Brook Atkinson su:

«Walden y otros escritos». — 1937.

La obra maestra de Thoreau ha sido editada numerosas veces. La mejor edición actualmente es la de Edwin Way Teale:

«Walden o la vida en los bosques». — 1946.

Junto con Carl Bode, Walter Harding ha redactado el libro que contiene toda la correspondencia conocida de Thoreau:

«Henry David Thoreau. Correspondencia». — 1958.

Consúltese sobre Thoreau:

El ensayo de Emerson:

«Thoreau». — 1862.

La biografía de William Ellery Channing:

«Thoreau, el poeta naturalista». — 1873.

La biografía del hijo de Emerson, Eduardo Emerson titulada:

«Henry Thoreau recordado por un joven amigo». — 1917.

La mejor biografía de nuestro tiempo es la escrita por H. S. Canby:

«Thoreau». — 1939.

Consúltese sobre el pueblo de Concord, el libro de T. Scudder:

El pueblo americano de Concord. — 1947.

«El pueblo americano de Concord». — 1947.

Sobre Walden, el volumen publicado por H. B. Kane, que contiene más de ochenta biografías de Walden y contornos:

«Registro fotográfico de Walden». — 1946.

Por último, para conocer en detalle la bibliografía contemporánea sobre Thoreau, consúltese toda la sección bibliográfica de los boletines trimestrales que edita la Sociedad de los Amigos de Thoreau, con sede en Estados Unidos.

#### En castellano:

Mencionamos también junto a los títulos, el nombre de las casas editoras, para facilitar la búsqueda. Libros de Thoreau aparecidos en Argentina:

«Un filósofo en los bosques». — Imán, 1937.

«Walden». — Emecé, 1945.

«Walden». — Austral, 1949.

El libro de selecciones debido a Teodoro Dreiser: «El pensamiento vivo de Thoreau». — Losada, 1944.

Informan sobre Thoreau:

Walt Whitman en:

«Días ejemplares de América». — Argonauta, 1944.

Rudolf Rocker en:

«El pensamiento liberal en los Estados Unidos». — Americalee, 1944.

Henry Seidel Canby en:

«Thoreau», Poseidon, 1944.

COMO OPINABA UN MARTIR DE LA IDEA

# EL DESNUDO Y EL VESTIDO

**H**E oído decir a un hombre de carrera que se dice avanzado: «Las revistas desnudistas no deberían tolerarse; los grabados las hacen impropias para la gente joven, sobre todo para las muchachas... No digo que cuando se practique — que nunca llegara — el desnudismo, puedan publicarse esas estampas, pero hoy las considero impropiedades...»

Pero ya lo he dicho:

«Para que pueda llegar aquello, se hace esto. Queremos que no tenga esto ninguna importancia. Cuando llegue a no tenerla ¿no le habremos suprimido a usted una preocupación?»

Acaso tiene el concepto de que el desnudismo es retrógrado; que los hombres nuevos, por paradoja, prefieren el primitivismo cavernario a la civilización presente. Esto es un equívoco piramidal. No se trata de preferencias, sino de simultaneismos. Precisamente lo que no se desea es la civilización, antítesis del primitivismo, sino como continuidad natural del origen. No es una oposición, sino un acorde de todos los principios, con los medios de la civilización, para el fin de la felicidad universal.

Deseamos que los hombres sean para vivir y para crear, no para aparentar y para perecer. Para conocer y no para ocultar. Para la naturalidad y no para el artificio. Para la bondad y la belleza, porque la maldad es fea.

No diremos que el hombre que se desnuda sea bueno. Sí que decimos que es bueno que el hombre se desnude. Sí que es bueno conocernos al desnudo. El ir vestido no ha de impedir conocer naturalmente el desnudo.

En la actualidad, el amante o marido vincular quiere librar el cuerpo bello de la amada de la mirada ofensiva de los otros hombres que les sienta como puñales... Y con la indumentaria esclavizante no le importa hollar la talla divina de su carne.

La mujer que se siente halagada por un vestido continente antiestético de su cuerpo, renuncia a la admiración de la estética natural de su línea.

El vestido ha de ser funda para la belleza viva del cuerpo. Por admirarlo bello y sano hemos de buscar el estuche apropiado. No hemos de ser tan necios de dar interés secundario a la joya que encierra, ni creernos tan sabios de conocer el interior de lo hermético.

Ni el desnudo intemperante, ni el vestido permanente.

La racionalización de la indumentaria, para libertad natural; salud del cuerpo.

Ya supongo que usted, burgués, habrá pensado en el problema económico del desnudismo. La fi-

bra sensible de las modistas y de los sastres la siento llegar a sus labios para argumentar en contra.

Pero usted es accionista de los ferrocarriles y nada le importó que se arruinaran los postillones.

Y el magnífico automóvil que disfruta le ha hecho olvidar seguramente a los viejos aurigas.

¡Qué tristeza y qué color; qué catástrofe irreparable para la economía de los pueblos ver a todos los seres alegres y sanos, **pero las farmacias sin trabajo!**

¿Para qué intentar vivir bien si no podrían vivir los que viven del mal? Es poco más o menos lo que quiere decirme.

El trabajo se precia para vivir. La confección de la indumentaria es un trabajo; pero no es imprescindible vivir de la confección indumentaria, ni mucho menos, que procure el sustento la confección de una mala indumentaria y lo prive el trabajar bien el perfecto vestido.

El trato social sería imposible con antifaz; si lo hacemos hoy a cara descubierta, no es absurdo realizarlo naturalmente mañana a cuerpo desnudo.

La piel respira; la piel nos nutre de radiaciones; la piel elimina productos de desintegración orgánica, productos muertos de la vida celular primaria individualizada...

El vestido cubre la superficie enorme de respiración y nos asfixia; nos aísla de la atmósfera radiante que debería envolvernos y nuestras células han de privarse injustamente de la vida a que tienen derecho. No es de extrañar, pues, que con todo el golpe actual de civilización el primitivismo celular se rebele y viva a costa de todo, y allí, el epiteloma, el cáncer, diga bien claramente el poder de lo pequeño para vencer el dominio injusto; por muy grande, fuerte, poderoso y civilizado que sea.

La verdad original, la naturaleza al desnudo, no han de estar sometidas a la falsedad creada por el hombre nesciente. La ética no puede principiar con el principio ocultista de la belleza humana, que es tanto como dificultar el conocimiento de la encarnación de lo bueno. La ciencia no puede menos de rechazar los principios falsos de vestido. La justicia natural iguala a los hombres en el desnudo; la especie crece y se multiplica en el desnudo. Muere por el vestido; se mata y se ajusticia por el artificio y la mentira del apellido y de la indumentaria.

Sin meternos en la exégesis del vestido, la indumentaria representa en la civilización actual aquellos elementos de producción natural dérmica, dedicados a proteger nuestro organismo de los agentes exteriores que pudieran alterarlo. Parece

que el conocimiento del hombre ha redimido del trabajo de procurarlos fisiológicamente a las células propias. La unidad individual por el progreso universal de la especie, protege al conjunto celular con los medios de producción natural, transformados por la civilización.

Por una civilización superior también, los productos naturales transformados para la protección del cuerpo humano, no deben alterar la vida del tegumento, para que lo que comenzó en defensa nunca pueda llegar a convertirse en sudario.

La primera manera de defenderse, naturalmente, fué la caverna. El hogar lo consideramos anterior a la indumentaria. El vestido viene a continuar la protección de la vivienda en los momentos del desplazamiento fuera de ella. Si el hogar nos defiende y nos cubre, lo lógico será que en él nos desnudemos.

La educación social arbitraria de nuestros días suprime el sombrero de manera definitiva, cuando se convive en los interiores; se construyen prendas de interior y de exterior, de calle y de casa.

Pero hemos dicho que el vestido era para cubrir y defender el cuerpo fuera del hogar, en el que se tiene la máxima protección contra los daños externos. No hay por qué redundar en una protección mínima cuando la mayor se tiene. La convivencia de las habitaciones debe ser en buena educación sanitaria al desnudo, como en buena educación actual se hace destocado.

En las frecuentaciones sociales, en el trato de amistad bajo techumbre ajena, hemos de reconocer que la presentación al desnudo es una demostración delicada de confianza y de seguridad; de que bajo la protección hospitalaria del hogar amigo no se siente ningún recelo por el daño posible y por eso nos descubrimos enteramente.

El vehículo moderno, veloz y confortable para los desplazamientos fuera del hogar, ha simplifi-

cado el vestido bastante. Ya se ven las mismas telas en todas las estaciones del año, porque el «confort», obra de la civilización, protege mejor que el vestido complicado de cada solsticio. Si en realidad la temperatura exterior es más baja, lo que pretendemos con el abrigo, es neutralizar este desequilibrio con la normal temperatura orgánica; aislar la atmósfera fría de la superficie tegumentaria conservando el calor preciso para nuestras transformaciones, para nuestra vida, en resumen.

Si nosotros hacemos una atmósfera artificial de temperatura adecuada, la envolvente gaseosa sustituirá más naturalmente al abrigo de pieles en la protección de los daños causados por el frío.

La ciencia del «confort», la máquina perfecta de vivir, eliminará de los hogares el uso del vestido inútil, y por tanto perjudicial. El «confort» no se pasa de moda, ni exige una medida para cada uno, ni crea diferencias odiosas por la emulación y la suntuosidad, origen de tantos dolores y lacras sociales. La obra de misericordia, vestir al desnudo, los hombres de las nuevas generaciones lo sustituirán por el derecho al «confort», por la justicia de la defensa de la vida, por los medios de la civilización.

El objeto de la civilización es procurar la mejor vida de los hombres.

La nación civilizada es la que tiene menos ciudadanos que sufren.

Esos hombres, que sufren en su vida mala, son desposeídos de la civilización. Los hombres dichos son generalmente los más vestidos y los que no quieren desnudarse. Los desgraciados carentes de «confort» y de vestido, ni pueden desnudarse, ni les dejan vestirse. Son las víctimas de la social-burguesía que les priva de la civilización. Son los esclavos del vestido. Son los **desnudos públicos**, de los que nadie se escandaliza ni se conduce.

Dr. AUGUSTO M. ALCRUDO

## Vida de CENIT

Continuamos dando a la publicidad la relación de aportaciones solidarias hacia nuestra revista. Otras listas seguirán hasta la totalidad de donantes — colectividades, Locales e individualidades — participantes en esta cruzada de defensa y solidaridad con nuestra revista. Los comentarios se ofrecen por sí mismos y huelga que nosotros los hagamos.

En los últimos días del mes de abril nos será dable conocer hasta qué punto es considerada la colaboración a nuestra revista y los juicios de los colaboradores acerca de hombres y problemas que en la misma se enjuician. Y del resultado de la apreciación que la justicia formule no dejaremos de tener al corriente a nuestros lectores, amigos y compañeros.

<i>Lista de donantes correspondiente al número 42 (en NF)</i>		G. Azcona, Nemours . . . . .	5 —	F. L. de Béziers . . . . .	45 —
Iguacel, de Sarlat . . . . .	5 —	F. L. de Nantes (L. A.) . . . . .	60 —	Bañón, de Verfeil . . . . .	5 —
Calero, de Evreux . . . . .	53 —	F. L. de la Grand'Combe (Gard) . . . . .	250 —	Moreno, Maureilhan . . . . .	5 —
Magdalena, Castellsarrasin . . . . .	6 —	García Sarlat (Dordogne) . . . . .	7 —	F. L. de Pau (B. P.) . . . . .	51 70
Castillo, St Jean de R. . . . .	2 —	Liberto Virgili, Fresnes . . . . .	4 —	F. Valero, St. Jean de Valerisque . . . . .	2 —
<i>F. L. de Fermín</i>		J. Rigal, St. Symphorien . . . . .	2 —	Serrano, Laon . . . . .	8 —
Hernando . . . . .	5 —	Villagrasa José, Eysines . . . . .	10 —	D. Esteban . . . . .	1 20
Aguilar . . . . .	2 —	Olza, St. Paul (Drôme) . . . . .	10 —	F. L. de St. Eloi les Mines . . . . .	52 —
Jacinto . . . . .	3 —	Pasamar, de id. . . . .	5 —	F. Palomar, Orléans . . . . .	3 —
Alonso . . . . .	5 —	J. Monzón, Le Condry . . . . .	7 —		
Fernández . . . . .	5 —	Montilla, Domont . . . . .	1 70		
Temblador, Izeaux (Isère) . . . . .	2 —	F. L. de Castelnaudary . . . . .	15 —		
				TOTAL . . . . .	637 60



Paris, abril de 19...

**D**ILECTA AMIGA OLGA :  
En estas tardes de primavera, doradas de sol, es agradable el paseo, orillando el Sena, por los alrededores de l'Île de la Cité. Los árboles lucen la hoja nueva, de un verde lustroso; entre las ramas, se agitan vivaces los pajarillos. Destaca, imponente Notre Dame. En el pretíl que bordea al río, atrae la nota abigarrada de las «boîtes», en que exponen volúmenes, litografías, monedas, sellos, y mil chucherías, los libreros de los «quais».

Los libros, he ahí lo que cautiva nuestra curiosidad. Lo que alcanza a dominar toda nuestra atención, logrando alejarnos, si quiera sea por unos momentos, del «mundanal ruido». Tú, que eres también ferviente amiga de los libros, conoces ese placer espiritual que se experimenta yendo de acá para allá mirando unos volúmenes, examinando otros, acariciando, con tacto suave, el tomo que estimamos selecto, más que por la presentación, por su contenido.

Tú lo has dicho en más de una ocasión: «Yo no podría acostarme sin antes haber leído unas páginas. En efecto, para ti, como para cuantos amamos los libros, creemos que ha sido jornada perdida la que hemos dejado pasar sin haber leído algo. ¡Cuánto se ha dicho y cuánto no se podría decir en torno a los libros! Ya conoces aquella repetida frase de Bernardin de Saint Pierre: «Un buen libro es un buen amigo». En efecto, es así, con la particularidad que podemos dejarlo cuando nos place, cosa que no ocurre así con ciertos amigos, a quienes, por condescendencia, tenemos que aguantar su compañía, que alguna vez nos resulta bien poco agradable.

Sé que guardas en la memoria buen número de esas lacónicas opiniones que, en torno a los libros, han expresado eminentes pensadores. Tú sabes también que para aquél que es indiferente a la lectura; para el que todos los libros son iguales, en razón de que no los mira, nosotros, los que comprendemos lo que ellos representan, nosotros, que hemos pasado y pasamos horas enteras enfrascados en la lectura, para los que de los libros se desentienden, somos unos seres bien raros, algo así como maniáticos. Perdonémosles, amiga, no saben lo que es un libro.

Tú, que has leído bastante, sabes que, leyendo, evidentemente, autores selectos, se percibe una

## TRES CARTAS A UNA MUJER

convergencia en lo que podríamos llamar «temas vitales». Autores de distinta época, y de países diferentes, coinciden en los mismos aspectos fundamentales de lo que en sí es la naturaleza humana, de lo que representa para la sensibilidad la belleza de las cosas, etc. De ahí que quizás estén en lo cierto personas que han envejecido, y que han leído muchísimo en el curso de su larga vida, al decirnos, con respecto a la lectura, que se llega a un extremo que podríamos llamar de «saturación». Se llega al extremo de que ya nada nuevo se encuentra en los libros. Me refería en cierta ocasión un anciano, buen conocedor de los libros, que los «temas vitales» le eran tan conocidos y que habiendo asimilado el sentir de tantos autores, de ayer y de hoy, no alcanzaba a captar nada que en verdad pudiera considerarse como original. Es posible que sea así, pero, hasta tanto llegue la edad proveya, susceptible de poder comprobar con la propia experiencia lo que el anciano me decía, creo nos falta un buen trecho. Además, ¿no te parece que con los libros puede ocurrir algo análogo al sentir de quienes aman la música y el teatro? Podrán conocer una obra por haberla oído o presenciado innumerables veces, mas siempre les resulta grato admirar y diferenciar las interpretaciones de unos y otros. De ahí que para nosotros, fervientes enamorados de los libros, es también posible pueda complacernos el observar la forma de abordar un mismo tema diferentes autores. Además existe el placer de releer. Una página, saturada de bellos conceptos, o de bien vertebadas apreciaciones de carácter filosófico, es de un efecto agradable releerla de vez en cuando. Manifestaba un escritor que, al ser flojo de memoria, releer le daba la sensación de que leía

por primera vez el libro que ya tenía leído.

Una biblioteca selecta y variada, tú sabes, amiga, que puede muy bien responder a cada uno de los diferentes estados de ánimo dominando nuestro ser en momentos determinados. No siempre se halla uno predispuesto para la lectura de tal o cual libro; no en todos los momentos se tiene el deseo de entrar en contacto espiritual con la forma de pensar y decir de aquél o del otro autor. Ahora bien, entre los libros, siempre es posible encontrar alguno susceptible de acoplarse al estado mental predominante. Y aun en el caso de tener que renunciar por cierto tiempo, por unos u otros motivos, a la lectura, después, al volver a los libros, la sensibilidad capta con intensa delectación como satisfacción de un placer recuperado, lo que nos van diciendo las páginas del volumen escogido.

En torno a algo de lo que acabo de exponerte en las líneas que preceden iba pensando al deambular, en deliciosa tarde abrilena, a lo largo de los muelles del Sena, curioseando, como tantos otros que, como tú, y como yo, deben sentir afecto por los libros, las «boîtes» de los libreros.

Con toda cordialidad, te saluda tu amigo,

\*\*

Aviñón, junio de 19...

Apreciable amiga Olga:

Me hallo en esta ciudad desde hace unos días. Ya sabes que tiene un carácter medioeval, por sus murallas, por el imponente Palacio de los Papas, por sus iglesias, y por esas vetustas mansiones que hallamos acá y acullá, recorriendo las arterias principales de la villa o su dédalo de callejuelas.

Tenia una idea de Aviñón, antes de visitarla, por recordar algunas lecturas de carácter literario. Mistral situó en Aviñón el argumento de su poema, «Nerto». De Daudet creo haber leído igualmente páginas que hacen referencia a la misma ciudad. Y, sobre todo, no podemos olvidar que era de Aviñón el esquisito poeta próvenzal Aubanel, como también lo era la dama que él amó, y que inmortalizó en su obra «La granada entreabierta».

La leyenda tiende siempre a amplificar las cosas. Tal ha ocurrido con los amores del poeta Aubanel, como los del Petrarca con su Laura. Hoy el ritmo de la existencia, nuestra formación

psicológica es de tal suerte que esa pureza mística en el amor nos hace el efecto de un vago ensueño.

Bien sabes que el amor es uno de esos temas perdurables, en torno a los cuales se han dicho muchas cosas y al respecto de los que siempre se puede hablar. Y es que el amor resulta algo tan subjetivo, tan distante de una apreciación psicológica de tono unilateral, que no ha de extrañarnos el que cada uno parezca sentirlo y expresarlo a su manera.

El amor con propensión acentuada al contacto sexual, es raro que alcance también un sesgo de la pureza espiritual análogo al que parece ser debió de existir entre Aubanel y su amada. Con seguridad, al poeta le ocurriría algo semejante a la pasión amorosa que ponía Don Quijote en Dulcinea: poner estimación en una mujer idealizada hasta lo inverosímil; un ser desconocido o a penas lograda una efectiva relación. Es posible que de haber llegado un contacto asiduo, la decepción, más o menos acentuada, se hubiera presentado para ambos, o para uno de los dos en particular. Recuerda aquella «rima», de Bécquer: «¡Ba! Mientras callando — guarde oscuro el enigma...» La sensualidad, el temperamento, difieren, y si no existe un amplio y sereno espíritu de mutua tolerancia, la conveniencia se hace difícil, ya que en uno, o bien en el otro, cuando no en ambos, la decepción se atornilla poco a poco, como un cáncer.

No obstante, el aceptar, el vivir la relación sexual libre de coyundas, natural, no pocas veces el dolor moral es inevitable: El y ella se relacionan; llega un día en que la intensidad del afecto experimenta un cambio que se va haciendo más y más ostensible. La separación puede ser un tácito acuerdo, mas ello no quita que en uno de los dos, él o ella, persista, en mayor o menor grado algo del efecto que un día nació. En los seres de temperamento apasionado y de escaso control mental, el exacerbado egoísmo engendra la violencia al producirse los efectos de la manifiesta separación. Los susceptibles de razonar, o sufren en silencio, o buscan el olvido en pos de un nuevo afecto.

En lo que atañe a la relación sexual, incluso por buena parte de quienes presumen de estar emancipados de conceptos gregarios, se vive atado por el yugo de los prejuicios. De no ser así; de

obrar con libre discernimiento, tanto por parte del hombre como de la mujer, habría que aceptar, como propiciaba Han Ryner, la concepción del amor pluralista.

Yo no estoy en el caso de situarme psicológicamente en el lugar de la mujer. Tú, que eres inteligente y posees fina sensibilidad, has de saber a qué atener-te. En lo que al hombre, en tanto que individuo consciente se refiere, puede decirse que se ama a un tipo de mujer porque en ella se nota inteligencia, descolando por encima de lo común. En otra se percibe el destacar lo sensual; se ve en ella a la hembra que incita al deseo. Está la que posee una sensibilidad exquisita que nos hace sentir las cosas con acentuada acuidad; que afina nuestra percepción. Hay la que es de un natural sencillo, sin complicaciones psicológicas, toda bondad. Y así otras características que diferencian de un modo bien notorio a una mujer de otra.

La variedad de condiciones es muy raro, por no decir imposible, que se encuentren reunidas en un mismo ser. De ahí que, en amor, exista esa concepción pluralista que, se confiese o no; se afirme o se busque eludir, es una realidad. Ello explica que haya hombres o mujeres que, en virtud de esa diferenciación apreciativa, tengan relación íntima, o busquen tenerla, con otra u

otras personas, además de aquella con la que conviven en la vida cotidiana. Y alcanza más visos de necesidad cuando en el hogar hay una enrarecida atmósfera de incomprensión. No es ello lo malo; lo nefasto estriba en no estimar aconsejable confesarlo con miras a evitar disgustos, escenas sensibles, por no dejar de ir tirando con la rutina de cada día, que crea víctimas de la incomprensión y de los ancestrales prejuicios.

Posiblemente tú, que no tienes del amor apreciaciones rutinarias, hayas notado, tanto o más que yo, cuanto en estas líneas esbozo. Podrás diferir más o menos en apreciaciones, pero estoy seguro de que lamentas, como cuantos estimamos la libertad en todos los aspectos de la vida, el tremendo peso de prejuicios que existen al respecto del amor.

Te saluda afectuosamente,

..

Marsella, octubre de 19...

Estimada Olga:

He pasado la tarde vagando por el puerto. Estos domingos de otoño en que la vida del trabajo ha acallado su ritmo normal; en que todo tiene un aire silente, hacen que se adentre en el ánimo una vaga melancolía, una tenue tristeza que no se sabe definir; que viene y se va sin saber por qué.

## PRECISIONES

**H**ASTA las palabras más bellas necesitan clarificarse, a fuerza de deformaciones y deficiencias de interpretación. Quizás la sabiduría consista precisamente en eso: en ir definiendo paño a paño una realidad caótica y oscura, en ir dando perfil nítido a esa vaga masa de ideas y cosas — amorfas casi siempre — que componen nuestro mundo.

Y tal ocurre con el heroísmo. Tanto se ha abusado del término, tantos gestos y actitudes ha querido designar, que mal puede hoy valorarse su justo alcance. ¿Qué es un héroe, qué significa heroicidad, dónde empieza y termina el heroísmo? He aquí una tarea que se impone: la de precisar el sentido de un vocablo, difuso ya por obra de repeticiones sin fin.

El héroe es — y empezamos por lo que, en rigor, debería ser conclusión — todo aquél que logra elevar una cualidad de hombría a un grado excepcional. Es decir, aquél que alcanza lo extraordinario por el afianzamiento y el desarrollo de un atributo simplemente humano: partiendo de una base común a la colectividad y construyendo con ella una cima sobrehumana (sobre el hombre, por encima del hombre, pero no ajena a él).

Y heroicos son entonces el amor, la bondad, el sacrificio, la cultura, la fraternidad; y héroes los sabios, los rebeldes, los justos, los amantes, los artistas; y heroísmo toda obra por la que el

Descansan, anclados en la dársena, numerosos buques mercantes, entre algunos destinados a pasajeros. El agua es de un color turbio, azul verdoso. Todo un bosque de mástiles destaca en una y otra dirección. El puerto de Marsella creo que tiene ocho o diez kilómetros de extensión, los muelles lo dividen en diversas zonas. Se ven grandes trasatlánticos, lujosos, imponentes, como ciudades flotantes. Están los barcos mercantes, proletarios del mar; desgarrados, achacosos, sucios por el infatigable trasiego de mercancías. Destaca acá o acullá alguno de esos lindos barquitos veleros, que son como golondrinas del mar. Surcan el azul de las aguas con graciosa celeridad. Hay rincones, como en todos los puertos importantes, donde diríase, yacen amodorradas, embarcaciones que dieron ya de sí cuanto podían. Costrosas, derrengadas, como esos seres acogotados por el peso de los años, ellas también, pacientemente, toman el sol.

Los barcos parecen despoblados. Seguramente que la marinería, en su mayoría, andarán por los barrios bajos de la ciudad. No obstante, se ve algún marinero que distrae el tedio leyendo sentado en la cubierta con un libro entre las manos. No falta algún solitario que desgrana las conceptos que le son conocidos.

notas sentimentales de un acordeón.

Andando de acá para allá, me ha llamado la atención observar que junto a la entrada de un panzudo buque mercante de nacionalidad sueca, había un marinero, rubio y musculoso, como suelen serlo los hombres del norte. Sentado en un taburete; leía un periódico. Ello no hubiera tenido nada de particular al no tratarse de la naturaleza del periódico en cuestión. Leía Brand, periódico anarquista que, desde hace años, vienen publicando los ácratas de Suecia.

Para quien es nada más que un mediano observador, la expresión del rostro de alguien que lee revela buena parte de su modo de ser. Cosa que no puede causarte extrañeza si tienes en cuenta que el escritor italiano Edmundo de Amicis intuía los rasgos psicológicos de las gentes sólo con mirar su modo de andar.

No leía el marinero con esa atención intensa, sostenida, como si absorbiera las palabras, del novato que va descubriendo conceptos, nuevos para él. Tampoco leía con la desgana del individuo que se aburre. Se notaba en él la serena expresión inteligente del que, más que por aprender, lee para percatarse del estilo, de la forma expositiva de

¿Adivinas, amiga, la sensación que se experimenta al notar que un desconocido, que alguien que viene de lejanas tierras, es afín en ideas? ¡Cuánto me hubiera complacido el conversar con él, cambiar impresiones referentes a nuestros respectivos puntos de mira!

Existen por ahí, como decía Littré de Pompeyo Gener, «amigos desconocidos». Ya sabes que soy imaginativo de natural. Por la expresión que tenía leyendo, he deducido que ese marinero, que considero ya jamás volveré a ver, era un «amigo desconocido». Seguramente, anarquista también, llevará en lo recóndito de su ser «un mundo interior». A él acoplará su vida, ajeno a las influencias ambientales que absorben a la mayoría de las gentes.

El anarquismo, evidentemente, de naturaleza subjetiva, se siente; se le tiene como diluido en toda la sensibilidad, que vibra con intensidad ante lo que denota evidente injusticia; que ama el bien, ampliamente concebido, por lo que en él existe de bueno, de conveniente para todos los humanos. Que pueda o no llegar a tener efectividad lo que es forma y contenido de la ideología anarquista, quien la siente es porque halla una íntima satisfacción en ello. La convicción templó la voluntad. Y con voluntad firme, inquebrantable, se hace frente a cuantas vicisitudes se pueden presentar por el hecho de amar el ideal.

Malatesta concedía singular importancia al «factor voluntad». De ella, sin, evidentemente, nexo de relación con la metafísica religiosa, hacía derivar la «fede», la fe. Ella conduce al placer de actuar, de luchar, gracias a la satisfacción producida por la lucha en sí. He ahí lo que estimo es fundamental para ser anarquista. Y serlo equivale a perseverar; aunque el individuo tenga la sensación de ser islote en un océano de gregarismo, de incompreensión, de hostilidad inclusive.

Es así, querida amiga, como concibo el anarquismo, como considero lo han sentido cuantos en difundirlo han puesto, o ponen, los medios posibles. Es así como estimo se vive y se muere en anarquista.

Y doy fin a la presente, expresándote en ella mi afecto sincero.

## SOBRE EL HEROE

hombre se justifica ante sí mismo, elevando y significando su vida. Todo ello excepcional, todo ello por encima de la rutina cotidiana.

Vemos así al heroísmo cobrar amplitud. No es ya la admirada valentía de un gesto que se enfrenta con la muerte — cara o cruz, todo o nada, silencio o aplauso —, sino el diario, el lento y laborioso esfuerzo que no se juega la suerte en un instante solemne y teatral, pero sí a cada instante de una tarea larga y difícil. No ya desafío a la muerte — con la esperanza del laurel inmediato — sino desafío a toda una vida.

No basta morir para ser héroe. Y diríamos casi que no cuenta para el heroísmo, esa valentía de guerrero medioeval, hecha de orgullo y jactancia, que sonríe el último instante. Poca cosa es vencer el miedo a la muerte, si no se ha tenido antes la hombría — heroica ésta, sin aplausos — de haber vencido una existencia mediocre. El heroísmo no se juega en una sola carta; y quien no ha vivido heroicamente, no tendrá laureles a la hora de morir.

Tal es la única valentía, la única hazaña que admiramos: labor de una vida entera, consagrada a forjar un destino alto. Y ése ha de ser el héroe, el nuestro; aunque muera en silencio, apaciblemente, sin buscar la posteridad a cara o cruz en su último suspiro.

## PIEDRA SOBRE PIEDRA

# La opinión de un escritor español

CON ocasión de la detención en España del joven escritor español Luis Goytisolo, su hermano Juan ha publicado un escrito en «L'Express» del 24 de marzo, cuyo texto, traducido al castellano por M.C. es el siguiente:

«Como réplica a la protesta de gran número de intelectuales de Europa contra la detención de mi hermano Luis Goytisolo, el diario madrileño «Pueblo» ha aprovechado la ocasión para manifestar su descontento por la amable consideración que el público y los críticos franceses reservan a la joven literatura española. Según el editorialista en Francia, «si la literatura española suscita interés, no es por razón de su calidad, que casi nunca suscitó... El interés para con lo que viene de España no es a causa de la obra como tal obra, sino al escritor como tema. Al escritor, del que complacientemente se le imagina luchando heroicamente para aportar al mundo un testimonio de sufrimientos...» Después de haberme atribuido la halagadora «responsabilidad» del interés que los críticos y editores franceses se toman por el joven romance español — aunque mi nombre, según el citado periódico, sea menos conocido en los medios literarios que en los comisariados de policía — «Pueblo» denuncia la vasta broma urdida alrededor de la nueva ola española, obediendo a consignas y fines políticos» y se queja de que sean traducidos únicamente los escritores que pagan «tributo de adhesión al aparato de la Internacional marxista de las letras».

Pues bien, la casa editora que ha lanzado al joven romance español es la R. F.; los «peligrosos» autores publicados — entre los que se encuentran cuatro Premios Nadal, tres Premios de la Academia, tres Premios Nacional de Literatura, etc., viven en España; sus obras se venden libremente en las librerías de

Madrid: las acusaciones del editorialista de «Pueblo», precisando lo que antecede, no merecería más comentario. Pero en la medida en que reflejan la opinión de ciertos medios literarios españoles opuestos a la actual orientación de la literatura en nuestro país, conviene que lo examinemos más ampliamente.

¿Qué reprocha «Pueblo» a los autores — jóvenes o no — últimamente traducidos en Francia? La respuesta es sencilla: el tema de sus obras, el contenido de sus poemas — publicados, recordémoslo, en España — alimentan la campaña de la prensa extranjera contra el régimen español.

Si fuese verdad — lo que queda por probar — la responsabilidad no incumbiría a los romanceros ni a los poetas, tampoco a las casas editoras francesas que las publican. Las obras en cuestión no tienen carácter político. Sencillamente se limitan a describir la realidad. Que esta realidad no sea del gusto del editorialista es otra cuestión. Nosotros, escritores, le responderemos que no somos nosotros quienes la hemos creado. «Somos satíricos — escribía nuestro gran Larra hace más de un siglo — porque queremos criticar los abusos, porque quisiéramos contribuir en la medida de nuestras débiles (1) fuerzas al perfeccionamiento de la sociedad de la que tenemos el honor de formar parte».

Que el editorialista de «Pueblo» lo quiera o no la literatura española actual es profundamente realista. Y este realismo no demuestra solamente la fidelidad de su espíritu a las obras de nuestros clásicos — desde el arcipreste de Hita y Fernando de Rojas hasta Cervantes y Quevedo, pasando por el romance picaresco, la más alta expresión del genio realista

(1) Para que no sean tan débiles, entre todos hemos de formar el *Haz de voluntades* que acabe con las fuerzas retrógradas. — N.D.L.R.

español — responde también a una exigencia íntima de la que es necesario sacar las consecuencias.

En el transcurso del Coloquio Internacional del Romance que tuvo lugar el año último en Formentor, los escritores españoles presentes unánimemente defendieron el arte realista contra el formalismo de tal o cual romancero extranjero invitado. El resumen de dicho Coloquio puso bruscamente al día un hecho aparentemente paradójico: los representantes del país considerado como el más «reaccionario» eran los partidarios más encarnizados del arte realista. De hecho, no hay en ello paradoja alguna, y un vistazo rápido sobre las condiciones de vida y de trabajo del escritor en España basta como explicación. En una sociedad en donde las relaciones humanas son artificiales, el realismo es una necesidad. Desde la hora en que se acuesta hasta el momento en que se levanta el escritor español cree vivir soñando. Todo lo que le rodea contribuye a apartarlo del tiempo en el que vive y acaba por tener la sensación de ser el habitante de otro planeta, caído en éste por error. Este apartamiento provoca un vacío que hay que colmar, que cada uno colma a su manera. *Para nosotros, escritores españoles, la realidad es nuestra evasión.*

En estas condiciones, fácil es prever que, en los años venideros, vamos a asistir en España a un desarrollo más amplio todavía de la literatura realista. Juicios como los expresados por el editorialista de «Pueblo» contribuyen cada día a darle más fuerza. En las sociedades en las que las relaciones humanas son menos artificiales que en la nuestra, la evasión se manifiesta como una reacción contra el medio ambiente. Nosotros no corremos el riesgo de llegar ahí. En España, tomar la pluma para escribir lo que se ve es todavía soñar despierto.

JUAN GOYTISOLO

# Variaciones sobre la sensibilidad

## I. — SENSIBILIDAD PRIMARIA

**H**ARTO difícil resulta para la ciencia moderna, definir y catalogar los fenómenos de la sensibilidad humana. Esquemáticas teorías, plagadas de lagunas, repletas de acuciantes interrogantes que chocan contra el muro de nuestra ignorancia y repiten el eco sincero del sabio asombrado por el misterio circundante: «¿Qué sé yo!»

Este mismo sabio, apurado, nos dirá: Parece evidente que el hombre comunica con el exterior mediante sus nervios. Esta red inmensa se desparrama por todo el cuerpo, moviliza músculos, glándulas, órganos. Central receptiva y de emisión en el cerebro y cerebelo con cables de alta tensión que pasan por la médula. Los filamentos neurónicos, compuestos de células infinitesimales recorren todo el espacio interno del cuerpo, sus vibraciones llegan inclusive a la superficie epidérmica. Por ellos captamos las sensaciones exteriores y emitimos reacciones interiores. Gracias a ellos somos capaces de captar sensaciones físico-químicas, las que, previa síntesis en el misterioso laboratorio intelectual-psicológico, nos permitirán registrar mensajes de elevado orden, como éticos y estéticos, artísticos y filosóficos.

¿Qué se puede deducir de este esbozo científico?

En primer término, que a todo hombre medianamente equilibrado debe responder un sistema nervioso en equilibrio. Que la facultad sensible es inherente al ser humano, pero que esta facultad tiene múltiples formas de expresarse y reviste mil matices de registro. Y ello pese a los unitarios que suelen complacerse en presentarnos groseras divisiones; por un lado los ardientes, por otra los frígidos, unos pasionales, otros insensibles.

El hombre, aun cuando se manifiesta con sus bajos instintos de animal primario — inerte como el peñasco o vegetativo como la yedra, con la dureza del alcornoque o la tosquedad del pedernal — es siempre sensible. Esto es, capaz de estremeerse y echar chispas.

Producto amalgamado por herencias directas e indirectas — el ambiente, el clima, la educación, etc., — es siempre un ser de extrema sensibilidad más o menos grosera, virtualmente más o menos aguda o fina.

¿Dónde situaríamos los polos más sensibles?

Si nos dejáramos guiar por la ciencia primitiva de los marxistas, sin pestaeo, abogáramos por el aparato digestivo. Y es cierto que el hombre, acosado por el hambre canina, ha soñado con banquetes pantagruélicos; festejado el bote de calducho infecto, cual si se tratara de suculentas salchichas. Sensibilidad nacida de una necesidad ineludible. En este orden de cosas hemos observado sensibilidades agudísimas. Al zape que oye afilar el cuchillo en la cocina, lo hemos visto ponerse frenético, escurrirse la baba intuyendo el cárneo banquete con sólo el siniestro ruido. Y a toda una compañía de zapadores, perder los calzones haciendo proezas atléticas con sólo oír la trompeta tocar a rancho.

Pavlov dió el nombre de reflejos a estas reacciones agudas de la sensibilidad, podríamos decir que son de las más bajas « simples puesto que la conciencia no entra en juego. Menos aún los sentimientos, son de orden puramente instintivos y materialistas.

Pongamos por caso que otro polo muy sensible sea el sexo. Con ello no pretendemos alinearnos a las teorías freudianas que todo lo reducen al libido. Pero cabe no olvidar algunas escenas vividas muy gráficas.

Régimen concentracionario. Malévola separación, no de razas, de sexos. Abstinencias forzadas pobladas de sueños eróticos. Masturbaciones bajo la manta. Amaneceres con rocío de esperma. Perversiones que, siendo descriptibles, por pudor preferimos callarnos. No se precisaban relatos osados como los de Margueritte, pongamos por caso, ni la presencia de majas más o menos vestidas o desnudas, para enardecer las imaginaciones, poner en vilo los deseos sexuales y envilecerse en relaciones homo-sexuales. Un palo vestido con sayas habría sacado de quicio a varios reclusos.

De las conversaciones también emanaban vahos de prostíbulo entre los más refinados, insinuaciones epitalámicas. Como debe suceder en los centros monásticos, en donde los tonurados evocan la belleza del Cantar de los Cantares; exutorios de elocuencia por el cual trasudan las obsesiones de la carne.

Cuadro dantesco aquel. La pesebreira andaba floja, y la anemia calaba hasta los huesos.

Allí conocimos a un joven vigoroso, recién casado en España, militante antifascista responsable de no sé qué y no sé cuánto, y a cuya cabeza había puesto buen precio el verdugo triunfante.

Por aquellos arenales andaba con los pies a rastras, y muy ensimismado. Había dejado tras los Pirineos a su Dulcinea desconsolada. La foto de su media costilla era objeto de varias contemplaciones diarias. Ni que se hubiese tratado de un chef d'œuvre del Louvre o del Prado.

Muchos temían por su razón. Y en esto que llega una misiva de la adorada. Adjunto iban avales firmados y sellados. El juez, el sargento de la guardia civil y el párroco, se responsabilizaban de su seguridad. De nada valieron los avisados consejos de otros camaradas que oían la estratagemma, la emboscada y el reclamo. Pocos días después se embarcaba en la galera creyéndose en góndola veneciana. Que también por Capri se va al cadalso.

¡Trifulcas furiosas por unas faldas o unas pepitas dureas! he ahí los símbolos más característicos de unas sensibilidades y mentalidades primarias.

## II. — LOS SENTIMIENTOS

¿Habrá que convenir, empero, en que el punto neuralgico de la sensibilidad es el corazón?

¿Es este órgano el centro emotivo por excelencia, en cuyo recinto andan las sensaciones más densas y en cuyos repliegues se opera la eclosión de los sentimientos más extensos?

Podríamos optar por la afirmativa y así ponernos en regla con la opinión generalmente aceptada, aunque para ello tuviéramos que enfrentar-

nos con la ciencia, cuya reserva o poca vulgarización permite tales creencias.

De hecho, la fisiología raramente analiza las funciones y características diversas de esta viscera motriz, si no es para definirla como el motor propulsor de la sangre a través de arterias, venas y vasos. Por estas canalizaciones el líquido sanguíneo se desparra por el cuerpo. Permite la irrigación de los tejidos orgánicos, así como la reparación de muchas de sus averías, pero la finalidad de mayor trascendencia es la de nutrir el enorme sistema celular y procurar la evacuación de sus residuos tóxicos.

Ahora bien: son fenómenos observados por todos, las aceleraciones del ritmo cardíaco originadas por una fuerte emoción. Y viceversa, otras emociones pueden llegar a detener los latidos inclusive. De ahí que ciertos actos ridículos o delictivos con respecto a nuestra conciencia tengan la virtud de sonrojarnos ante otros testigos, y que el miedo justificado ponga lívidos hasta a los héroes legendarios.

La alteración del flujo y reflujo cardíaco puede tener orígenes físicos exclusivos, pero no cabe duda que este ritmo puede ser modificado por complejos psicológicos. Son estas observaciones incontrovertibles las que han dado visos de realidad a la teoría que hace del corazón el punto neurálgico de toda la sensibilidad. Pero lo que no se tiene en cuenta al propalar tal creencia es la intervención del sistema nervioso como único regulador del movimiento cardíaco.

En efecto, es un hecho científico comprobado que las pulsaciones del corazón se deben a la doble innerva-

ción que cada órgano necesita para funcionar. Estos nervios proceden todos del sistema nervioso autónomo y automático. De ahí que nos sea imposible, por voluntad propia, acelerar los latidos del corazón. Este sistema autónomo se subdivide en simpático y parasimpático. Los nervios procedentes del primero son los de flujo, es decir, que aceleran. Los del segundo son de reflujo o contracción, mejor dicho, los que relentizan. Este sistema regulador de los órganos viscerales es el que produce los actos reflejos, sin conciencia. Estos fenómenos se reproducen respecto a la pupila, el estómago, los intestinos, etc., y determinan, en parte, el temperamento de los individuos.

Ahora bien lo que no se debe olvidar es que este sistema autónomo se halla sometido al sistema voluntario, cuya sede radica en el cerebro. De ahí que cualquier lesión en este sistema provoque un estado patológico grave de la afectividad general. Con ello queda bien probado que es el cerebro el nido de nuestros sentimientos profundos. De aquellos que tienen por base conceptos éticos o filosóficos, estéticos o artísticos.

Adquiridas estas nociones científicas, fácil nos será atalayar con hechos, la tesis que definiremos así: Sin negar que la viveza intelectual o la sensibilidad aguda de un individuo son cuestiones de semilla en su origen, es decir, trasunto hereditario, luego innato; no podemos pasar por alto otros factores importantísimos. Todo puede ser hipotecado de mediar un medio ambiental adverso, o ser frustrado por un clima inclemente. Pero más que todo, no pueden lograrse óptimos frutos sin terciar un es-

merado cultivo, es decir, científico e íntegro. Tanto es así que para difundir y captar los mensajes de mayor voltaje y trascendencia no basta tener al alcance de sí mismo una sensibilidad superaguda; hay que poseer además una conciencia perforante, con irradiaciones múltiples, o lo que es igual, poseer una cultura amplia, profunda, universalista.

Figuráos un individuo sin cultura pero de una potencialidad sensible en bruto muy aguda, frente a «La Cena» de Da Vinci. Sentirá emoción ante este conjunto de hombres que pintados viven, y aún es posible que su emoción sea superior a la del académico senil y a la del crítico roído por la envidia. ¿Pero cómo captará, sin conocimientos psicológicos profundos, las expresiones tan verídicas de aquellos rostros humanos más que apostólicos? Y los detalles anatómicos de aquellas manos ¿cómo analizarlos sin tener siquiera los rudimentarios conocimientos científicos?

Ignorará los detalles y fórmulas históricas del autor, o sea las características de su técnica. Poco sabrá del simbolismo histórico allí pintado y representado. No tendrá erudición para comparar, enjuiciar o criticar. La belleza multiforme de la obra no podrá jamás saborearla pese a sus condiciones propicias. Se marchará lleno de grata admiración pero en fin de cuentas gratuita.

En tanto que poseedor de todos estos atributos juntos habría experimentado goce más denso; y enriquecido de mil conocimientos, la gratitud por Da Vinci más ferviente y sentida hubiera sido.

FLACIDO BRAVO



# MICROCULTURA

263. — El «cascol» es una resina de un árbol de las Guayanas, usada para fabricar lacre negro.
264. — La «dactilología» es el arte de hablar con los dedos o con el abecedario manual.
265. — El «hidrógeno» fué descubierto por Henry Cavendish, físico y químico inglés, en 1766.
266. — Se entiende por «ecuanimidad» la imparcialidad serena del juicio.
267. — Benvenuto Cellini, el mago de la orfebrería, nació el 1º de noviembre de 1500.
268. — La sesera es la parte de la cabeza del animal en donde están los sesos.
269. — La «casia» es un arbusto leguminoso de la India.
270. — El 31 de diciembre de 1520 llegó el imperialista Hernán Cortés a Texcoco.
271. — La «efebología» es el estudio y doctrina de la pubertad, en ambos sexos.
272. — Todos los verbos ingleses, en infinitivo, van precedidos por la palabra «to».
273. — La «daguilla» es un árbol silvestre de Cuba.
274. — Sin necesidad de refrigerar totalmente al enfermo, se interviene ahora quirúrgicamente en el corazón.
275. — «El sol está salpicado de pequeñas y estables manchas solares», acaba de informar J. Bahng, del observatorio de la universidad de Princeton.
276. — La personalidad que luchó más en pro de la liberación de los negros en EE. UU., fué el original John Brown, ahorcado por el gobierno federal, después del fracaso de la intentona de Harper's Ferry.
277. — El primero de junio de 1898 tuvo lugar la sangrienta batalla de Caney, en la cruel guerra hispanocubana.
278. — El artículo determinado inglés «the» sirve para los dos géneros y para los dos números gramaticales.
279. — Martín de Sesé y Lacasta, naturalista español, fundó en 1788 el Jardín Botánico de México.
280. — Una «seudocalucinación» es una alucinación debida al ejercicio de la imaginación y de la memoria.
281. — La «acetonemia» es la presencia de acetona en la sangre, en cantidad superior a la normal.
282. — El novelista español Felipe Trigo murió el 2 de septiembre de 1916.
283. — Los jueces entienden por «setenado» el castigo con pena superior a la culpa.
284. — La composición para piano «Estudios sinfónicos» fué escrita por Roberto Schumann, compositor alemán.
285. — La «balanitis» es la inflamación de la membrana mucosa del bámano.
286. — El «cacaito» es una planta dileniácea, propia de tierras calientes.
287. — Los diccionarios lingüísticos más pequeños del mundo que ahora se venden, son los «Langenscheidt Lilliput» editados en Berlín.
288. — Para defenderse de los guerreros invasores, los helenos inventaron «el fuego griego», que era una mezcla muy inflamable de petróleo crudo, azufre y salitre.
289. — El último libro del humanista Engen Relgis se titula «Espíritu activo» y apareció en enero de 1959.
290. — Para ser considerado inoxidable, un acero debe contener por lo menos un 11 por 100 de cromo.
291. — Harlow Shapley, de la universidad de Harvard, cree «sólo una estrella en un trillón de astros soportaría nuestra vida planetaria, pero que son tantas las estrellas que existen que por lo menos en el universo conocido se podrían encontrar cien millones de astros análogos al nuestro».
292. — Los últimos cálculos dan un grosor al sol de trescientas treinta mil tierras.
293. — Los ocho metales que se consideran más preciosos son: platino, paladio, rodio, rutenio, iridio, osmio, oro y plata.
294. — Se entiende por «inmutable» a lo no mudable.
295. — Las primeras monedas que se conocen hechas con aleación cobre-níquel fueron acuñadas unos 170 años antes de Cristo, en Bactria, India.
296. — El 1 de abril de 1948 los rusos iniciaron el bloqueo soviético de Berlín.
297. — El «jabirú» es un ave zancuda del Brasil, parecida a la cigüeña.
298. — El ácido tartárico fué descubierto por Carlos Guillelmo Scheele, químico sueco, en 1770.
299. — Muchos de los problemas mundiales de la mala nutrición se producen en zonas en las que el arroz y el maíz, pobres en uno o más aminoácidos esenciales, constituyen la fuente principal de proteína.
300. — La «kinestesia» es lo relativo a las reacciones musculares y al método de educarlas.
301. — Los «ecos espurios» que comienzan a plagar a los operadores de los aparatos de radar a medida que éstos se tornan más potentes se considera actualmente que son causados por los pájaros.
302. — En el estómago de un pez se encontraron alrededor de treinta y cinco mil caracoles pequeños.
303. — La zarzuela «La mazorca roja» fué compuesta por José Serrano Simeón, compositor español.
304. — Se entiende por «lagoquilo» al labio leporino o quilósquisis.
305. — La «maicena» es la harina muy fina de maíz.
306. — La «narceína» es un alcaloide que se obtiene del opio.
307. — La novela «El Diluvio» fué escrita por el escritor polaco Enrique Sienkiewicz.
308. — La «ñapinda» es una zarza americana muy espinosa.
309. — La «manaca» es una palma de la América central.
310. — El aire atmosférico está compuesto por los gases siguientes: nitrógeno, oxígeno, argón, neón, criptón, helio, hidrógeno y xenón.
311. — La atmósfera se compone de cuatro partes: troposfera, estratosfera, ionosfera y exosfera, que es la más alejada de la tierra.
312. — Se estima que un alga fósil encontrada en las rocas de Africa del Sur data de dos billones de años.
313. — El 7 de mayo de 1947, un cohete norteamericano retrató la parte occidental de los Estados Unidos, apareciendo en la fotografía la curvatura de la tierra.

**D**URANTE el verano de 188... la concurrencia de banostas fue en Saludes mayor que nunca: desde la fundación del balneario no se había visto allí tanta gente ni tan bulliciosa.

Los enfermos graves eran pocos, y, como por razón de su estado se hallaban recuados en sus habitaciones, no molestaban a los que querían divertirse: los cuartos eran limpios, la comida, si no muy delicada, abundante y sabrosa, las camas aceptables, el campo delicioso, y las excursiones salían baratas; de suerte que todo el mundo estaba contento, sin acordarse el bolsista de sus negocios, ni el empleado de su oficina, ni la mujer hacendosa de los quehaceres de su casa, ni mucho menos el estudiante de sus libros: las niñas en estado de merecer disfrutaban bastante libertad para dejarse galantear a sus anchas por los muchachos; y, según malas lenguas, de igual libertad se aprovechaban algunas casadas, si no para permitir que allí mismo fuese invadido el cercado ajeno, a lo menos para demostrar que no lo defenderían con tesón extraordinario cuando, de regreso en la corte, fuesen menor peligro de la murmuración y las ocasiones más seguras.

A que resultara grata la permanencia en Saludes contribuía mucho el director facultativo, hombre de treinta o pocos más años, simpático, muy inteligente, y en quien se daban reunidas raras circunstancias y envidiables prendas.

El doctor Ruiloz era el primogénito de un banquero, socio principal de la casa Ruiloz y Compañía, de Madrid. Desde muchacho se empeñó en seguir la carrera de médico, dejando a su segundo hermano el cuidado y la gloria de continuar amontonando millones. En un principio la familia trató de quitarle de la cabeza aquel propósito tan resuelto y decidido le vieron, que no hubo sino dejárselo lograr. «Aunque le falten enfermos — cuentan que dijo su padre —, no ha de faltarle dinero, teniendo yo tanto como tengo.»

Con la tenacidad mostrada al elegir carrera, y con la conducta que observó al estudiarla, quedaron probadas la energía y la fuerza de voluntad puestas en el alma de Juan Ruiloz, el cual, sin mermar a la juventud sus fueros ni dejar de divertirse durante aquella edad en que la alegría es media vida, fué primero modelo de estudiantes y luego espejo de médicos.

Trabajando mucho, prescindiendo de la influencia y riqueza de sus padres, verdaderamente obstinado en deberlo todo a su propio esfuerzo, se hizo hombre y comenzó a labrarse la reputación, logrando verla consolidada en pocos años con algunos buenos escritos referentes a su facultad y con unas cuantas curas y operaciones tan sabias como afortunadas. Su estancia en Saludes fué puramente accidental. El médico en propiedad del balneario, que era un íntimo amigo y compañero suyo, cayó enfermo; pidió licencia, concediéndosela; necesitó prórroga, se la negaron, y cuando se hallaba a punto de perder la plaza le dijo Juan:

—No te apures; para estas ocasiones son los amigos de mis padres; yo haré que me nombren director de Saludes, como supernumerario, en comisión, sin sueldo, de cualquier modo...; y en paz;

# La prueba

por J. O.

te curas, y cuando puedas trabajar me retiro modestamente por el foro.

De esta manera llegó a ser médico del humilde balneario el doctor Ruiloz, a pesar de que por entonces ya su nombre corría de boca en boca, seguido de tales alabanzas, que nadie pudo comprender cómo ni por qué aceptó destino tan poco lucrativo. Pero los que estaban en el secreto y conocían íntimamente a Juan no se sorprendieron, sabiendo que, a más de ser amigo de hacer favores, había en él cierta innata tendencia a buscar en lo anormal y extraordinario el encanto de la vida. ¿Y dónde cosa menos vulgar y más desacombrada, para un médico rico y mimado por la suerte, que ir a encerrarse en un balneario de tercera clase, en el cual no había de ganar honra ni provecho, sólo por servir a un compañero?

Tal es la excelencia de las buenas acciones, que, a veces, el favor que se hace en obsequio de uno redundan en provecho de muchos, y así sucedió en este caso; porque cuando su clientela adinerada y elegante de Madrid supo que Ruiloz iba aquel año de médico a Saludes, allá se fueron tras él muchas familias de la corte; unas por tener cerca a su doctor favorito, y otras esperanzadas en que, no hallándose tan cargado de trabajo, podrían consultarle más despacio, con lo cual acudió tanta gente que todo el verano fué agosto para el humilde lugarejo.

Iba ya vencida la temporada y Ruiloz estaba, aunque no arrepentido del favor hecho a su amigo, cansado de tener más trabajo que en Madrid, cuando llegó a Saludes un matrimonio joven, acompañado y servido por una doncella y un ayuda de cámara; albergáronse amor y criados en la mejor casa del pueblo, y en seguida el marido, que se llamaba don Javier Molínez, se presentó a Ruiloz diciéndole que su esposa venía enferma, y que sólo para que él la asistiese habían hecho el viaje. Fué el doctor a visitarla, preguntó cuanto creyó conveniente, hizo los reconocimientos propios del caso, infundió ánimo en el abatido espíritu de aquella señora, que, además de joven, era hermosa, y luego, llegada la noche, y en vista de las reiteradas súplicas que Molínez le hizo para saber el verdadero estado de su mujer, le habló de este modo, mientras paseaban por el jardín del balneario:

— Ya que usted lo exige y tiene valor para escucharlo, le diré la verdad. El caso no es desesperado, pero poco menos. Aquí no deben ustedes



# COMPLETA

# de un alma

## PICON

permanecer más tiempo que el preciso para que recobre fuerzas; vuélvanse ustedes pronto a su casa. Ni sé cómo ha podido soportar el viaje en las condiciones en que está.

Hizo luego una breve explicación científica, y terminó diciendo:

— Puede vivir unos cuantos meses..., tal vez años, aunque, desgraciadamente, no lo espero..., y cualquier contratiempo en la marcha de la enfermedad puede también ocasionar un desenlace fatal en pocos días. Acaso la saquemos adelante; pero, hoy por hoy, su estado es muy grave. Si mejorase algo, lo más juicioso sería llevársela a Madrid.

— De modo que... ¿no hay esperanza?

— Eso... nadie lo sabe.

— ¿Y cree usted que debo avisar a mi suegra para que venga?

— Indudablemente; con tal de que halle usted pretexto para justificar su llegada, porque la enferma no está para soportar emociones fuertes.

Sin duda, Molinez tenía modo de justificar el viaje de su madre política, pues le telegrafió para que acudiese a Saludes, donde llegó a las treinta horas, acompañada de una mujer entrada en años, que era su ama de llaves y de una señorita de gracioso rostro y gentil figura a quien llamaba Julia.

Pocos días bastaron para que los Molinez y el doctor simpatizaran; entre las cualidades personales de éste y el agradable trato de aquéllos, que se esforzaban en atraerle y agasajarle en beneficio de la enferma, pronto se hicieron amigos. Ruiloz y Javier daban juntos largos paseos, jugaban al ajedrez y, con frecuencia, comía el primero en casa del segundo; de suerte que los forasteros siempre tenían cerca al médico, y éste se complacía en el afable trato de la familia madrileña.

Esto sucedía a principios de agosto.

Transcurrido un mes, todos los habitantes del balneario sabían que la señora de Molinez estaba muy aliviada y que, sin embargo, el doctor cada día pasaba más tiempo en su casa; con lo cual hallaron fundamento las suposiciones de los malévolos y ocupación las lenguas de los murmuradores. «Las enfermedades del corazón deben de ser contagiosas — cuentan que dijo un chusco —, porque desde que llegó esa señora de Molinez el médico está muy grave.»

Realmente, la variación sufrida por Ruiloz en poco tiempo era tal que sólo un ciego podía dejar

de observarla. De alegre, decididor y bromista, se hizo triste, callado y serio; algunos días hasta se mostraba desabrido y seco con los enfermos; en el salón del balneario apenas ponía los pies; negóse a recibir fuera de las horas marcadas para la consulta y, por último, su semblante adquirió una expresión de melancolía que hubiese justamente alarmado a sus padres y amigos si de improviso llegaran a Saludes.

Este cambio, casi repentino, y las constantes visitas a la familia de Molinez, daban cierta apariencia de verdad a la suposición de que al doctor no le preocupaba única y exclusivamente el cuidado de sus enfermos. La mejoría de Clotilde Molinez valió a Ruiloz muchas enhorabuenas; pero a espaldas suyas dió pábulo a grandes murmuraciones. Todo el mundo, pasándose de listo y sin recordar que en aquella casa había dos mujeres, una soltera y otra casada, creía o fingía creer que el médico estaba enamorado de la segunda. Sin embargo, el marido de ésta podía dormir tranquilo. Quien ocasionaba las cavilaciones del doctor era la joven que llegó a Saludes con la suegra de Molinez.

Representaba Julia más de veinte y menos de veinticinco años; tenía la mirada inteligente y expresiva, las facciones delicadas, el andar airoso y el cuerpo bien formado; pero su principal encanto estaba en su manera de expresarse, y no sólo en lo que decía, sino en el modo de decirlo; porque, además de gran claridad de entendimiento y mucho ingenio, descubrían sus palabras superior bondad de alma y sinceridad extraordinaria. Era ilustrada sin afectación, recatada, sencilla, honesta sin hipocresía y franca sin descaro. La única condición que pudiera deslucir algo, estas cualidades consistía en cierta dureza y acritud en las frases cuando en la conversación salían a plaza determinadas flaquezas humanas: la mentira y el engaño, el disimulo y la astucia le eran aborrecibles.

Su tía doña Carmen, madre de Clotilde y suegra de Molinez, parecía fiar y descansar en Julia para todo lo referente al cuidado de la casa; tratándola como a hija y siendo por ella considerada con grande amor y respeto. El cariño que tía y sobrina se profesaban era prueba indudable de la buena indole de ambas: las atenciones y el mimo que Julia prodigaba a doña Carmen contribuyeron mucho a que Ruiloz descubriese en la primera las cualidades que, hábilmente dirigidas, pueden ser la base de un hogar dichoso.

Pero el médico fué observando que entre Julia y su prima y el marido de ésta no reinaba la misma cordialidad. Para doña Carmen era toda mansedumbre y cariño; respecto de Clotilde y Javier parecía vivir en sumisión forzada: les dirigía la palabra cortés y casi afectuosamente, mas con tal circunspección y mesura, siempre con tan escasa confianza, que la reserva robaba espontaneidad a su lenguaje; diríase que media y pesaba las palabras, evitando cuidadosamente todo lo que pudiese ocasionar piques y roces. La frialdad que reinaba entre aquellas tres personas era evidente; en vano se esforzaban por cubrir con frases pulidas y mentidos halagos aquella tirantez; inútil era

también la habilidad desplegada por doña Carmen para ocultar tanta hostilidad mal contenida. Nada de esto escapó a la penetración de Ruiloz.

El primer sentimiento que Julia le inspiró fué la simpatía; después, notando su rara situación en el seno de aquella familia, no pudo librarse de una sospecha en que iba envuelto un desencanto. Imaginó que entre Julia y Javier «había algo y que, por encubrirlo, fingían; luego creyó que si entonces no estaban unidos por afecto culpable, acaso lo habrían estado tiempo atrás, substituyendo después el rencor a la pasión; por último, se aferró a la idea de que la aversión que los separaba obedecía a sentimientos de índole opuesta, porque él mostraba bajeza y apocamiento ante Julia, y ésta, por el contrario, le miraba entre despreciativa y soberoia. Ruiloz se dió cuenta también de que doña Carmen vivía, al parecer, siempre atormentada por aquel drama íntimo, esforzándose en limar asperezas, evitar disensiones y alejar conflictos; pues ya intervenía en los diálogos para variar la conversación cuando corría peligro de agriarse, ya entraba oportunamente en las habitaciones estorbando que Julia se hallase sola con Javier o con Clotilde, ya, por último, y esto era lo que hacía con más gusto, mimaba y acariciaba a su sobrina, cual si quisiera recompensarla por algún sacrificio o indemnizarla de alguna grande e inmerecida injusticia.

La criada de doña Carmen también parecía querer mucho a Julia, mirando, por el contrario, a Clotilde y su marido con respeto, pero sin cariño; todo lo cual indicaba que en la existencia de aquella familia había un secreto: según las trazas, Julia era o había sido víctima de alguna infamia.

La triste situación de esta mujer y sus gracias naturales, aumentadas con el novelesco encanto del misterio, hicieron que Ruiloz se apasionase por aquella víctima de no sabía qué injusticias. A su amor contribuyó, tanto como la figura de Julia, la facilidad con que su propio ánimo se dejaba influir y dominar por todo lo extraordinario y anormal, llegando a sentir un afecto formado de simpatía y de piedad, robustecido por la prudencia forzada, y, finalmente, poetizado por aquella aureola de dignidad y desgracia en que veía envuelta a la mujer querida. No le seducían sus ojos por expresivos, ni su boca por fresca, ni su talle por esbelto, sino toda ella por cierta atmósfera de melancolía que, circundándola como un ropaje ideal, daba a sus ojos apacible tristeza, a su boca sonrisa resignada y a su cuerpo entero una dejadez y laxitud en mayor grado poderosas y excitantes que la más espléndida hermosura o la más astuta coquetería.

A pesar de todo, Ruiloz ocultó cuidadosamente su amor, pensando que ni la situación de aquella familia ni el poco tiempo que en su amistad llevaba le permitían por entonces otra cosa; pero este mismo forzoso secreto sirvió de incentivo a su deseo.

Entretanto, la enfermedad de Clotilde volvió a agravarse, precisamente cuando el balneario se iba a quedar desierto. La fecha de la clausura estaba cercana, y el médico no decía palabra de volver a la corte; si alguien le hablaba del regre-

so, respondía con evasivas; pero, como nadie se engaña a sí mismo, harto persuadido estaba él de que Julia, únicamente ella, era quien le retenía. Por fin se marcharon de Saludes hasta los criados y camareros; no quedaron en el lugar más que la familia Molínez y el doctor. Entonces éste, temeroso de que aun a sus nuevos amigos pareciese sospechosa tal conducta, mortificado por la suposición de que pudieran creer que prolongaba su asistencia para hacer pagar más caros sus cuidados, y, sobre todo, aguijoneado por el amor, determinó salir de dudas.

Una noche vió que Julia tenía los ojos como puños de haber llorado. No se atrevió a preguntarle; pero al día siguiente, que era domingo, esperó muy de mañana a la criada vieja de doña Carmen y, acercándose a ella cuando salía de la iglesia, le rogó que le siguiese hasta su despacho del balneario, donde, primero con astucia y luego con ofertas, trató de averiguar lo que tanto deseaba saber.

Aquella buena mujer le dejó hablar cuanto quiso, sin interrumpirle; oyó sin chistar los inocentes y mal rebuscados pretextos en que fundaba sus preguntas, y luego, sonriendo, como diplomático que no se resigna a darse por engañado, le dijo con la respetuosa franqueza propia de algunos sirvientes viejos:

— Mire usted, señor doctor, hace muchos días que esperaba esto..., vamos, que me buscase usted.

— ¿Usted lo esperaba?

— Tan seguro lo tenía, que antes de venir he hablado yo de todo esto con mi ama doña Carmen.

— ¿Y qué le ha dicho a usted? ¿Y por qué lo sospechaba usted?

— ¿Me da usted permiso para que hable claro?

— ¡Se lo ruego!

— Pues usted está enamorado de la señorita Julia; usted ha comprendido que en la casa pasa o ha pasado algo muy gordo, como vulgarmente se dice, y quiere enterarse... Naturalmente, un hombre tiene derecho a saber lo que tanto puede importarle.

## CONCEBIR

La función mental de concebir es, respecto de la literatura, lo que el verbo en la historia del hombre: la primera y más augusta función. Puede uno ser pensador sin ser escritor brillante. (Einstein, Cajal, Meila), pero no hay escritor que no tenga levadura de pensador notorio (Pi y Margall, Ortega, Reclus, Camus). En efecto, cuando nos ponemos delante de las cuartillas, pluma o máquina en ristre, el vientre de nuestro cerebro he recibido ya el óvulo que va a «concebir», a preñar, a engendrar la idea que ha de nacer después, y que vestirá cada uno con los albos pañales o vistosas puntillas de su estilo personal.

Cervantes confiesa en una de sus memorias que ciertos trozos de la vida del héroe manchego fueron concebidos mientras hacía sus deposiciones y en los ratos que preceden al sueño en el duro camastro de todas las posadas de España. el mejor novelista del mundo tenía el peor de los oficios. Era una especie de recaudador de

— Y esto que usted dice, ¿lo sospecha también doña Carmen?

— A mi señora no se le escapa nada.

— ¿Y doña Clotilde y su marido?

— La enferma, usted lo sabe, no está para nada; el señorito Javier no sé si se habrá fijado; pero ése... lo mejor que le podía suceder era que la señorita Julia saliera de casa.

— ¿Y ella?

— Doña Carmen dice que sí, que la señorita ha comprendido que usted la quiere; yo, a decir verdad, no losé. ¡Ojalá le hiciese a usted caso! Todo se lo merece..., aunque no sea más que por lo que ha sufrido.

— Veo que con una mujer como usted no hay que andarse por las ramas, y menos estando doña Carmen enterada...

— Pues pregunte usted lo que quiera. Soy vieja, llevo veinte años al lado de doña Carmen, y ya he dicho que estoy aquí con su consentimiento. Lo que usted desea saber es... la situación de la señorita Julia en la casa, el porqué no se lleva bien con la señorita Clotilde y con su marido; en fin, todo lo que pasa.

— Cabal.

— Va usted a salir de dudas. La señorita Julia es sobrina carnal de doña Carmen, hija de una hermana suya que murió hace quince años. La ha criado como a su propia hija, que es de la misma edad, poco más o menos. En vez de una hija han sido dos... y, la verdad, la señorita Julia es de mejor indole, más cariñosa y dulce.

— ¡Eso un ciego lo ve!

— Hace tres años comenzó con Javier a seguir las por todas partes: a teatros, conciertos, paseos... en fin, lo que hace un enamorado.

— ¿De quién?

— De la señorita Julia. Por fin, le presentaron en la casa; ella no le puso mala cara, y entuvieron en relaciones... cosa de seis meses.

— Pues no comprende...

— Mis señoritas tienen costumbre de salir de Madrid todos los veranos, y se encontraron con que aquel año no podían. Verá usted por qué. La

casa donde vivimos en Madrid es de doña Carmen; un caserón viejo, a la antigua. La señora quería hacer obra, obra grande: tirar tabiques, reformar muchas cosas, tapizar luego habitaciones... un trajín de todos los diablos; y, por otra parte, no quería renunciar al viaje: cuestión de salud. Tenemos un administrador viejecito, un buen señor; pero con tantos años sobre sí, que no sirve para nada. En una palabra, hacia falta que se quedara alguien con él. En fin, quedamos en Madrid el administrador, la señorita Julia y yo, pasando todo el verano vigilando a los operarios. La señorita Julia comprendió que debía dar este gusto a doña Carmen..., y de ahí nació todo.

— ¿Y qué tiene eso que ver?...

— ¿No lo adivina usted? Doña Carmen y la señorita Clotilde se fueron con una doncella; nosotras nos quedamos, y... aquí entra lo feo. Doña Carmen, que había autorizado los amores de la señorita Julia con don Javier, prohibió, naturalmente, que éste entrase en la casa durante su ausencia, y ella, más buena que el pan, para evitar toda clase de habladurías, pidió a su novio que se marchara también de Madrid durante el verano. Y él se fué, sí, señor; pero se fué donde estaban ellas: primero a San Sebastián, luego a Biarritz, quince días en París... y donde fué no lo sabemos, pero...

— ¿Clotilde le robó el novio a Julia?

— Sí, señor; robado, ése es la palabra. Parece que la cosa comenzó con bromas y coqueteos; no sé lo que sucedería, pero a mitad del veraneo dejó de escribir a Julia. El administrador y yo creímos que la señorita se moría; doña Carmen llegó a Madrid enferma del disgusto, porque se traía tragada la infamia. ¡Qué cosas le dijo a su hija! No hubo medio de evitarlo: él amenazó con sacarla depositada, y, ante el escándalo, hubo que ceder. Este es el secreto de todo. Como usted puede imaginar, se acabó la tranquilidad.

No hay palabras con que decir el asombro de Ruiloz; asombro mezclado de pena, pues su primera suposición fué que Julia seguía enamorada de Javier. Trató, sin embargo, de coordinar sus pensamientos, y preguntó a la vieja:

— Pero dígame usted: después de todo esto, ¿cómo sigue la señorita Julia viviendo en la casa?

— Viven y no viven juntos. En Madrid, la señorita Clotilde y su marido tienen el bajo, que es independiente; doña Carmen, Julia y yo, el principal. En Madrid, ellas dos apenas se veían. Por eso han sido aquí los rozamientos en cuanto se han acercado. Además, ella quiso meterse a monja... ponerse institutriz... ¿Cómo había de permitirlo la señora?

— Todo está explicado.

— ¡Claro! Aquí han sido los disgustos gordos. Cuando usted mandó llamar a mi ama, la señorita Julia no quiso que viniera sola; pensó que tendría calma para ver a la otra, para verle a él... y no ha habido tal calma. Esta es la situación.

— ¿Y no hay más?

— Nada más.

— ¡Pobre mujer!

— ¡Figúrese usted! Está colocada en la alternativa de tener que abandonar a doña Carmen, a

## Y ESCRIBIR

contribuciones. No es ocioso decir aquí, de pasada, que en cierto lugar de Castilla los mozos más aguerridos le dieron una buena reprimenda. (¿No le inspiraría este suceso el famoso manteo que sufrió Sancho Panza en la venta de Maritornes?); porque ayer, como hoy, como mañana, los agentes del Fisco son enemigos subrepticios del pueblo.

Hay quienes afirman garrulamente que existen páginas hermosas completamente huecas de ideas. Es una puerilidad. La idea forma parte intrínseca de la propia literatura. Es lo que la yema al huevo, la luz al día, el beso al amor. Se trata en realidad de que esa idea que se muestra o se esconde los pliegues de un párrafo impecable, no place a nuestra sensibilidad, no cuadra con nuestro concepto, nuestra formación, nuestra aspiración; pero la idea existe, está ahí, porque existe la madre noble que la parió que, en este caso, es la literatura o el arte de escribir. *CONRADO LIZCANO*

quien todo se lo debe, o soportar la presencia de los otros. Y ahora comprenderá usted también la influencia que han de tener ciertos sacudimientos morales en la enfermedad de doña Clotilde; porque, a mi no me cabe duda, también ella ha de sufrir..., ¡y bien castigada está! Sabe que Julia la desprecia, y al mismo tiempo está celosa de ella.

— ¡Si Julia quiere yo la haré feliz! — exclamó Ruiloz en un raptó de indignación mezclada de ternura.

Y en aquel momento comprendió que la amaba de veras. No, no era sólo la atracción de lo misterioso y anormal; era que aquella mujer se le había metido en el alma. Hizo un esfuerzo por serenarse, y dijo:

— Pues bien; sólo dos cosas deseo saber ahora; primera, ¿cree usted que Julia quiere todavía a Javier?

— Me parece demasiado altiva, demasiado digna...

— Segunda: ¿cree usted que doña Carmen apoyará mis deseos?

— Cuando me ha permitido venir aquí es que ha visto en usted un hombre honrado para su Julia.

— Pues si es así, yo aprovecharé la primera ocasión que se me presente propicia para hablar con Julia. ¡Con tal de que su antiguo amor no sea una verdadera pasión!

— Se me figura que no; eso, usted lo averiguará. Y ahora, para concluir, yo también tengo que hacer a usted una pregunta, por encargo de mi ama, y claro está que repetiré con la mayor prudencia lo que usted diga. Vamos a ver: ¿cual es el verdadero estado de la señorita Clotilde?

— Creo que de esta crisis saldremos adelante; pero de las que vengan luego no respondo; en uno de esos ataques tiene que quedarse. De modo que si ahora se alivia, lo antes posible a Madrid con ella.

.....

Desde la mañana en que Ruiloz habló con la criada confidente de doña Carmen, subieron de punto sus quebraderos de cabeza. Ya sabía cuanto deseó saber; ya conocía el secreto de aquella familia, el motivo de las tristezas de Julia, y, sin embargo, sus dudas eran más dolorosas que antes. Ella en nada desmereció a sus ojos; siguió pareciéndole tan digna de ser querida como antes; nada vituperable halló en su conducta; había amado a un hombre que la despreció por otra, ni más ni menos.... Allí, la mala, la digna de censura era Clotilde. Para Molínez no encontraba calificativo bastante duro: era un miserable vulgar, que, sintiendo inclinación hacia una mujer, la dejó dándole por rival a su prima, prolongando luego una situación en que la infeliz había de sufrir doblemente con mortificaciones de amor propio y... acaso, acaso con dolorosísimos celos. Porque ¿quién podría decir si Julia no amaba todavía a Javier? ¿En qué consistiría su tormento? ¿En la postergación sufrida o en el desengaño experimentado? ¿Quién era capaz de saber lo que pasaba en su alma? El haberle quitado el novio ¿significaría para ella la simple humillación del orgullo femenino, herida hecha en la vanidad que escuece, pe-

ro se cura, o sería tal vez el robo de sus ilusiones y la muerte de sus esperanzas? Aquel odio hacia Clotilde, que Julia no podía encubrir, ¿era expresión más o menos exagerada de desprecio y superioridad, o era el rencor de un alma a quien se habían cerrado las puertas de la dicha? En una palabra ¿habría Julia sentido por Molínez un amor tibio y pasajero, ya extinto, o una de esas pasiones que en la adversidad se exageran y llenan toda la existencia.

Ruiloz necesitaba saberlo, pues una cosa era para él pretender a quien sólo fué requerida de amores consintiendo en ello, y otra cosa, muy distinta, sería aspirar a enseñorearse de un corazón que tenía dueño, tanto más adorado cuanto más imposible era poseerlo. Finalmente, comprendió que le era indispensable averiguar si Julia odiaba a Clotilde tan sólo por su pasada perfidia, o si estaba celosa de ella porque seguía queriendo a Javier.

Las circunstancias le favorecieron, y él las aprovechó empleando medios conformes a su índole soñadora a recursos en que tal vez la fantasía superaba al raciocinio.

Cualquier otro hombre hubiese comenzado por galantear a Julia hasta esperanzarse con algún fundamento para seguir después enamorándola a fuerza de sinceridad y prudencia: él comenzó a discurrir, ante todo, la manera de salir de dudas; lo demás suponía que se haría solo. Pronto se le presentó la oportunidad de poner su imaginación al servicio de su propósito.

A los pocos días de hablar con la criada de doña Clotilde, a quien velaban alternativamente una noche su marido con la doncella, y otra, Julia con doña Carmen, la cual solía echarse en un sofá mientras Julia pasaba el rato leyendo y pronta al cuidado de la enferma.

Para una de estas noches concibió y dispuso Ruiloz su plan, ideado acaso con no muy sólido fundamento, por suponer al prójimo capaz de afectos tan vehementes como los por él experimentados; pero que, a juicio suyo, había de darle inmediata y plena certidumbre de los sentimientos de Julia.

Por la tarde tomó en su casa dos frascos, uno de cabida como para treinta gramos y otro muy pequeño; llenólos ambos de agua clara y, sin añadir nada al primero y mayor, vertió en el segundo una materia inofensiva, que dió al agua transparente un color amarillo, tan brillante, que puesto el vidrio al trasluz, parecía contener oro líquido. Luego tapó cuidadosamente ambos frascos y esperó a que llegase la ocasión deseada.

.....

Las habitaciones que servían de albergue a los Molínez eran espaciosas y estaban amuebladas a estilo de pueblo, contrastando con la vetustez y modestia de cuanto había en ellas el aspecto moderno y la riqueza de los utensilios, ropas, neceseres y estuches de los madrileños: un saco, una manta de viaje, valían más que todo lo puesto a su disposición por el huésped.

Ocupaba el centro de la casa una sala grande con dos dormitorios, uno a cada lado: el de la

derecha, para doña Carmen y Julia; el de la izquierda, para Clotilde y su marido.

La enferma, casi privada de poder acostarse, pasaba muchas horas sentada en una gran butaca, junto a un ventanón, al través de cuyos cristales, pequeños y emplomados, se descubría un hermoso y pintoresco valle. Cuando quería dormir se extendía en aquella misma butaca, y, apoyada en varios almohadones, lograba conciliar el sueño. Una lámpara muy lujosa, llevada de Madrid, iluminaba el gabinete, mientras Clotilde estaba desvelada, encendiéndose en su lugar, cuando quería dormir, una bujía puesta en el suelo y ocultada con una manta colgada entre dos sillas.

Tal era el aspecto de la estancia una noche en que doña Carmen y Julia devían velar a Clotilde.

Ruiloz procuró entretenerse un rato con doña Carmen, hasta que Javier se retiró a descansar: luego fué dejando decaer el interés de la conversación que sostenía con ella hasta verla dar cabezadas, y cuando se hubo dormido por completo fué acercándose hacia Julia, que estaba leyendo junto a un velador encima del cual lucía la lámpara cuya pantalla arrojaba toda la claridad sobre su gentil figura, dejando los extremos de la habitación en sombra. Tenía puesto un traje de lanilla gris, liso y muy ceñido; la respiración pausada y tranquila imprimía a su hermoso pecho un movimiento regular, y un rizo sedoso y negro, escapado de entre las horquillas, le ocultaba parte de la frente.

No parecía interesarle gran cosa la lectura; había instantes en que los ojos se le quedaban inmóviles, fijos, cual si entre ellos y el periódico se interpusiese algo que abstrajese su alma de cuanto la rodeaba, dibujando en su rostro una sonrisa de hastío y de tristeza; pero otras veces, al menor ruido que procediese de donde estaba Clotilde, aquellos mismos ojos se animaban de pronto, como si en ellos fulgurase la llamarada de un impulso indomable. Si Clotilde respiraba fuerte o se movía, haciendo crujir levemente sus ropas, Julia, alzando súbito la cabeza, quedábase mirándola, con las pupilas incendiadas por un relampaguear indefinible y extraño, que nadie hubiese podido decir si era expresión de odio o muestra de terror. En aquellas miradas, imposibles de descifrar, estaba retratada su situación. ¿Qué afecto agitaría su alma? ¿La soberbia de un perdón desdenosamente otorgado? ¿La indiferencia del desprecio? ¿Tal vez la compasión que, aun merecida, inspira la desgracia, o acaso el rencor involuntario y hondo que con ningún infortunio ajeno se apacigua?

Al llegar Ruiloz al lado de Julia, ésta dejó caer el periódico sobre el velador, disculpándose de haber seguido leyendo.

— Creí que se había usted marchado.

— ¿Sin despedirme?

— Usted ya es de casa.

— ¡Ojalá!

— ¿Por qué?

Ruiloz, sin contestar a esta pregunta, siguió :

— Me he quedado para hablar con usted.

— ¿Conmigo?

— Sí, usted es aquí, tal vez, la única persona

con quien se puede hablar claramente del gravísimo estado de esa pobre señora. ¿Para qué mortificar más a su madre y a su marido?

— ¿Cree usted que hoy está peor?

— Sí; y quisiera hacer una prueba con ayuda de usted. Si usted no se hubiese quedado hoy a velarla, habría esperado; porque para lo que intento no puedo fiarme del marido, a quien la emoción quitaría serenidad, ni menos de la madre...

— Usted dirá lo que se debe hacer.

Ruiloz miró acia doña Carmen para convencerse de que seguía durmiendo, y sacando del bolsillo los dos frasquitos, el del agua clara y el del agua teñida de amarillo, dijo enseñándoselos a Julia y refiriéndose al segundo:

— Este es un medicamento de una violencia excepcional; hay que emplearlo con la mayor precaución; no hay veneno que se le iguale.

— ¿Y cómo se da eso?

— Ahora lo sabrá usted. Clotilde habrá tomado est atarde poco alimento...

— Muy poco.

— Probablemente se despertará, y entonces le da usted dos cucharadas de lo contenido en el frasco grande. Tal vez siga tranquila, y en ese caso, nada. Pero lo casi seguro es que sobrevenga una excitación muy fuerte, y entonces le da usted cuatro o seis gotas de lo del frasco amarillo. Muchísimo cuidado: es absolutamente necesario que la excitación sea indudable, porque si tomara el segundo medicamento sin haberse producido la alteración, en situación normal... la muerte sería rapidísima. ¿Me ha comprendido usted bien?

— Creo que sí — repuso temblando.

— Al ponerse agitada, nerviosa, seis gotas del frasco amarillo; y, no lo olvide usted, si esa excitación no viene, dárseles es matarla.

En seguida Ruiloz se despidió, dejándola con los dos frascos sobre el velador y llena de sobresalto el alma.

Realmente aquello era un engaño sólo posible con una persona ignorante en cosas de medicina; mas la situación de Julia no dejaba por eso de ser tremenda. La casualidad, o la fatalidad, ponía en sus manos la existencia de Clotilde: su vida pendía de un hilo, y ese hilo ella podía cortarlo con completa irresponsabilidad... Sí; aquélla era la hora de la venganza; tan fácil como nunca pudo soñarla un espíritu rencoroso. Además, ¿quién iba a sospechar de ella, cuando el médico sería el primero que la justificara?

Ruiloz lo calculó todo de un modo diabólico. Las dos supuestas medicinas eran agua: ni la primera había de causar agitación, ni la segunda podía producir la muerte; pero si Julia daba la última, su intención no ofrecería duda de ningún género: habría mentido al decir que vino la excitación, y habría demostrado para él solo, el deseo de abreviar la vida de Clotilde. En una palabra, Ruiloz iba a penetrar en el alma de Julia: si ésta procuraba la muerte de Clotilde era señal de que seguía enamorada de Javier, o de que, sin amarlo, era rencorosa hasta la perversidad e indigna de ser querida; si lo contrario, demostraría, primero, que su corazón era incapaz de venganza, y



tal vez que su amor a Julia era sentimiento extinguido.

De esta suerte quedaron ambos al separarse, lleno de confusión el pensamiento: Ruiloiz, porque aquella prueba había de revelar el temple y la indole de la mujer querida, y Julia, porque a solas con su conciencia, imaginaba ser juez en causa propia.

.....  
  Qu  noche tan larga... y qué ideas tan negras! Pero su voluntad no vacil , ni la entereza de su virtud desfalleci  un instante; mas a la imaginación..., a ésa  quien le corta las alas?

Al través de los vidrios y visillos de las ventanas se veían lucir las estrellas, turbaban el silencio los ruidos caracteristicos del campo, ya el campanilleo de una recua, ya el rechinar de un carro, ya los graznidos de las aves rapaces que buscaban nidos entre la espesura del ramaje.

A las tres de la madrugada la enferma pidió agua; Julia se la dió. La tentación no había hecho presa en su alma, y, sin embargo, todo su cuerpo temblaba, no por miedo al delito, sino sólo ante la facilidad de poder ejecutarlo.

— Te tiembla la mano — dijo Clotilde con voz débil al tomar el vaso.

— Tengo frio — repuso Julia.

Y llena de espanto pensó en cuál otro y cuán distinto sería su temblor si hubiese aceptado la idea del crimen. Clotilde, apurando el agua, mir  con precaución en torno, bajando cuanto pudo la voz, pregunt :

—  Estamos solas?

— S .

Entonces dominada por uno de esos impulsos misteriosos que hacen pensar a dos almas en una misma cosa al mismo tiempo, atrajo a Julia hacia sí, diciendo con acento de súplica:

—  A n me guardas rencor?

— Calla y duerme — repuso aterrada, pareciéndole que evocar lo pasado era incitarla al delito.

A las cuatro y media, cuando empezaba a despuntar el día, Clotilde llam  otra vez. Julia, con mano firme y pulso seguro, le dió la cantidad que debía del líquido contenido en el frasco grande, y esperó...  Vendr a la agitación esperada y temida por el doctor?

Clotilde qued  inmóvil y adormilada, como en reposo absoluto de espíritu y de cuerpo; apenas se notaba su respiración. De pronto se apagó la lámpara y Julia, sin llamar a nadie, la sacó fuera para que no diese tufo, yendo a dejarla en uno de los cuartos inmediatos.

Ya era día claro. Avida de ambiente puro, abrió un balcón que daba al huerto, y apoyada de pechos en la barandilla, respir  con fuerza, larga y deleitosamente, el aire fresco del amanecer.  Qu  sol tan hermoso!... Y en su alma,  qu  dulcísima paz!

.....  
 Ruiloiz hall  a la enferma igual que la víspera. Julia le dijo que había pasado la noche sin novedad, y le devolvió el frasquito del líquido amarillo, diciendo con la mayor naturalidad:

— No ha hecho falta.

Aprovechando una pasajera mejoría de Clotilde, se decidió la vuelta a Madrid, pero sin esperanza; ella misma, convencida de su próximo fin, murmuraba tristemente al salir del pueblo:

—  A morir a casa!

Ruiloiz les acompa n  hasta la estación, donde llegaron mucho antes de la hora de la salida.

El día era hermosísimo; un airecillo manso y saturado de aromas campestres movía lentamente los árboles; los andenes estaban casi vacíos; ne se oían más ruidos que el rodar del  mnibus que regresaba al pueblo y el alegre piar de una bandada de gorriones que venía revoloteando a posarse en los alambres del telégrafo. Doña Carmen y Javier estaban al lado de Clotilde, para quien se había dispuesto en la sala de descanso una butaca; Julia y Ruiloiz paseaban calladamente, yendo y viniendo desde los almacenes de mercancías hasta el depósito de agua que servía como abrevadero a las locomotoras. De pronto ella, dando sin saberlo, pie al médico para que dijese lo que tenía pensado, le pregunt :

—  Estar  usted aquí todavía muchos días?

— No; ir  a Madrid muy pronto.

Al mismo tiempo, fijando en Julia la mirada, se permitió cogerle familiarmente una mano, y como quien está resuelto a no callar, continuó:

—  Por lo que usted más quiera en el mundo!...  igame usted un instante. S  lo buena que es usted... lo que usted merece, lo que ha sufrido... Le ofrezco a usted un nombre honrado, una posición independiente... y un tesoro de cariño.  Quiere usted ser mi mujer?

Ella call  un momento entre absorta y halagada, pero sin mostrar sorpresa; después baj  los ojos, y alz ndolos luego y mirándole cara a cara, repuso:

—  Est  usted seguro de que lo siente?  Es que me quiere usted..., o que me compadece? Porque usted sabe algo... No, no será amor..., es lástima.

—  Cree usted que se casa nadie por lástima?

—  Sabe usted que soy pobre?  Que no tengo absolutamente nada?

— Y me alegro con toda mi alma.

Entonces, inundado el corazón de una felicidad tanto más intensa cuanto menos prevista, le dijo:

— Debemos pensarlo mucho. Venga usted pronto a Madrid... y hablaremos.  No le parece a usted que debemos conocernos más?

— La conozco a usted mucho más de lo que imagina.

Pocos minutos después partieron los viajeros.

Doña Carmen y su criada cuchicheaban a un extremo del vagón; Javier iba contando un puñado de monedas de plata; Clotilde, reclinada sobre un montón de almohadones, tenía impresas en el semblante las señales de un dolor intenso.

Ruiloiz qued  solo en el andén, al borde de la vía, triste y cabizbajo; pero pronto abrió el alma a la ventanilla hasta perderse el tren de vista en una curva que comenzaba junto a la salida de agujas. Luego se oyeron lejanos los resoplidos del vapor, rasgó los aires un silbido y en el espacio flotó una nubecilla blanca.

FIN

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### DEBER

Rimar una canción,  
Poetas,  
que diga de los pobres  
las ansias y las penas,  
los duros sufrimientos,  
las continuas dolencias,  
los zarpazos del hambre  
dejando sus huellas  
en tiernos chiquillos  
de caras famélicas...  
¡El vacilo de Koch que pulula  
como un anatema  
esperando el momento propicio  
en esas viviendas  
tan negras,  
tan sucias,  
tan húmedas!...  
La tisis... tejiendo y tejiendo  
sus redes siniestras.  
Rimar una canción,  
Poetas,  
y exaltar la gesta noble,  
la sacrosanta gesta,  
de los Cristos que anuncian

La paz en la tierra,  
y la gesta de los Espartacos  
que se rebelan  
y ofrecen su sangre  
cálida y fructífera  
en magno holocausto  
por la nueva era...  
Los Espartacos  
de ojos que reflejan  
pasiones rotundas  
ansias como hogueras  
penas cual volcanes  
— ansias rojas rojas, penas negras negras —  
Manne-Thecel-Phares  
para la miseria.  
¡Y los Cristos!...  
Los Cristos que pasan  
diciendo poemas,  
sembrando perdones,  
forjando cadencias  
de amores sublimes, incommensurables  
como las flores, cual las estrellas,  
como el perfume  
de un alma ingenua.

JAVIER ELBAILE

### Primavera

Un parque. Niños que corren.  
Flores en todas macetas.  
Unos soldados. Los coches  
empujados por niñeras...

La banda municipal  
bajo una dulce glorieta  
pone en el aire los trinos  
que iniciara Filomela.

Sentado al sol hay un viejo  
que sueña pasadas fiestas  
— polison, minué, bordados  
y almidonadas pecheras —

En el cielo un avión  
deja tras de sí una estela...  
Dan las dos... Dos mariposas  
vuelan, se paran... y tiemblan.

# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 1,50 N.F.  
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 2,00 N.F.  
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 1,30 N.F.  
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 1,50 N.F.  
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 1,50 N.F.  
«Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 1,00 N.F.  
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 1,50 N.F.

### COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 2,50 N.F.  
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 1,30 N.F.  
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 1,30 N.F.  
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKIN, Cristian CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 1,30 N.F.  
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 0,60 N.F.  
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 0,60 N.F.  
«Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 0,50 N.F.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 16,50 N.F.  
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 6,00 N.F.  
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 5,00 N.F.  
«Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 6,00 N.F.  
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 6,30 N.F.  
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 22,00 N.F.  
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 12,00 N.F.  
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 10,00 N.F.  
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 9,00 N.F.  
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 13,60 N.F.  
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 7,50 N.F.  
«La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 3,50 N.F.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El alma y el amor» Magnus HIRSCHFELD, 9,60 N.F.  
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 9,60 N.F.

### BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 4,50 N.F.  
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 4,50 N.F.

- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 4,50 N.F.  
«La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 4,50 N.F.  
«Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 4,50 N.F.  
«El hombre que hace fortuna»: S. ROUDES, 4,50 N.F.  
«La lucha por el éxito»: J. S. SUBIRATS, 4,50 N.F.  
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 4,50 N.F.  
«Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 4,50 N.F.

### COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Tácito», por Gastón BOISSIER, 4,20 N.F.  
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 4,20 N.F.  
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 4,20 N.F.  
«Stuart Mill», por H. TAINE, 6,00 N.F.  
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 2,80 N.F.

### COLECCION SOPENA

A 3,50 N.F.

- «El capitán veneno»: ALARCON.  
«El sombrero de tres picos»: ALARCON.  
«Historia de la filosofía»: BALMES.  
«El criterio»: BALMES.  
«Lógica y ética»: BALMES.  
«Metafísica»: BALMES.  
«La cabaña del tío Tom»: B. STOWER.  
«Leyendas», BECQUER.  
«Papá Goriot»: BALZAC.  
«Cumbres borrascosas»: E. BRONTE.  
«Fábulas completas»: CAMPOAMOR.  
«Tartarin de Tarascón»: DAUDET.  
«Safo»: DAUDET.  
«Port Tarascón»: DAUDET.  
«Prosas profanas»: Rubén DARÍO.  
«Fábulas completas»: ESOPHO.  
«Tratados»: B. GRACIAN.  
«Cartas de mi molino»: DAUDET.  
«Casa de muñecas»: IBSEN.  
«La iliada»: HOMERO.  
«El príncipe»: MAQUIAVELO.  
«El avaro»: MOLIERE.  
«El tempe argentino»: M. SASTRE.  
«Abajo las armas»: B. SUTTNER.  
«Humo»: TURGUENIEV.  
«Ana Karenina»: TOLSTOY.  
«Aventuras de Tom Sawyer»: M. TWAIN.  
«Nana»: ZOLA.  
«La taberna»: ZOLA.  
«El ingenuo»: VOLTAIRE.  
«La importancia de llamarse Ernesto»: WILDE.  
«El retrato de Dorian Gray»: O. WILDE.  
«El ruiseñor y la rosa»: O. WILDE.  
«El ingenio»: VOLTAIRE.  
«Norte contra Sur»: J. VERNE.  
«Poesías completas»: J. A. SILVA.  
«Edipo Rey»: SOFOCLES.  
«El carácter»: S. SMILES.



15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)





# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Felipe Alaiz: Primero de Mayo. — E. Relgis: La literatura de la guerra y la nueva era. — Conrado Lizcano: Del dicho al hecho. — Angel Samblancat: Bastardía de linajes. — Adolfo Hernández: Un hombre en la sierra. — Juan Ferrer: Tolerancia. — Multatuli: El comercio. — José Alberola: De mi diario en la revolución española. — J. Ruiz: Ideas sobre educación. — Javier Elbaile: Ex-libris. — Un documento elocuente. — El pensamiento vivo de Eduardo Boulard. — M. Celma: La vida de los libros. — Suno: Microcultura. — M. Rama: Revoluciones sociales del siglo XX (folleto encuadrable)

# 113

MAYO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



4 P 5523

## NUESTRA PORTADA

Famélica, gesto cansino, mirada triste, labor rudimentaria, extremadamente rudimentaria y agotadora, signo de pobreza, y más que de pobreza de miseria. Tal es la expresión de esta imagen de mujer española, de mujer de la España caudillesca, de la España de la Iglesia y del Cuartel, de la España colonizada y martirizada por los servidores de Dios, de la Patria y del Dinero.

Alguien creerá que, puesto que está hilando, ésta debe ser una foto de la Edad Media. Nada de eso. Es de hoy. Es de hoy y de España, región de Andalucía.

Se preguntará el lector, ¿pero acaso en España no hay industria textil? ¿No hay de esas máquinas con las que una sola mujer hila más de trescientos kilos de hilo cada ocho horas? Sí, las hay, pero en España hay muchos ladrones y la producción está acaparada por unos cuantos, quedando el pueblo privado de lo más esencial. Por eso, esta mujer está obligada, demacrada y todo, a extenuarse todavía más si quiere retardar un poco la muerte que por hambre le ha de llegar.

Ni Dios, ni Política, ni Teorías, ni Orden, Ni Paz, pueden tener audiencia en las personas — y son muchas que se encuentran en esta situación.

Sólo la repartición justa de las riquezas, sólo el respeto al derecho de vida de cada uno, sólo la Revolución Social, puede dar solución a los problemas que no resuelve ni puede resolver la sociedad tiránica que padece el pueblo español.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

#### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

#### *Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Mayo 1960

Nº 113

## PRIMERO DE MAYO

**G**ENERALMENTE, la fiesta del Primero de Mayo se reduce a discursos y meriendas. El hecho se ha visto suficientemente criticado para que insistamos en la crítica. Nada resuelve criticar lo que a pesar de la crítica se reproduce periódicamente. Las generaciones se van sucediendo sin que veamos ningún cambio de mentalidad en el panorama; ni siquiera vemos la vehemencia que a fines del siglo anterior y a principios del actual, galvanizó las muchedumbres atacadas por los Estados policíacos porque celebraban el Primero de Mayo con propósitos y realidades activistas.

Todo esto pasó. Las ocho horas quedan alteradas en todo el mundo, de la misma manera que el trabajo a destajo priva en cualquiera latitud. Incluso entre quienes celebran la jornada del Primero de Mayo, con grandes concentraciones y mítines, la jornada de diez y más horas es cosa corriente.

¿A qué hablar, pues, de los héroes de Chicago, si su memoria está deshonrada? Cuando el maquinismo podría reducir todavía la jornada de ocho horas, resulta que se bajan diez y once.

¿A qué se debe esta contradicción? En primer lugar, el sacrificio de las víctimas de Chicago fué tal sacrificio por la inhibición del mayor número. De nada hubieran servido todas las maniobras del terror oficial si más de medio millón, o un millón, de trabajadores de Chicago y de fuera, hubieran hecho respetar el derecho a la vida de los asesinados. La inhibición de millones de trabajadores que seguían su vida normal mientras los cuerpos se columpiaban trágicamente, fué causa de que pudiera consumarse la ignominia de Chicago y las que han seguido y seguirán.

Dejemos, pues, de repetir con gesto automático cada año la burla del Primero de Mayo, que viene a ser una fiesta mística, una comilona extra, un discurso de disco y el mismo manifiesto estereotipado de todos los años.

El que quiera divertirse que lo haga sin tomar por pretexto los cadáveres de unos mártires. El que trabaja diez horas, que no hable de aquellos valientes de Chicago y, por el contrario, procure aprender la lección.

El que quiera y pueda merendar un poco fuerte, que lo haga. Pero ¡por todos los dioses del Olimpo! dejad tranquilos en sus tumbas a los mártires de Chicago.

No bailes sobre ellos. Tened esa consideración. Y si algo podéis pensar, tened la absoluta seguridad de que si las muchedumbres siguen permaneciendo inhibidas, dejando que sólo un pequeño grupo muera por la causa de todos, los mártires de Chicago y los de otros países, seguirán siendo colgados, ametrallados, agarrotados y masacrados, mientras las muchedumbres se preparan a pasar nuevos días de jolgorio y a burlarse de los que murieron titulado una dignidad que las muchedumbres no quieren tener.

Prefieren aplaudir a los oradores que truenan contra los individualistas y dejan que la acción la acometan éstos exclusivamente. Prefieren aplaudir al orador que habla constantemente de colectivismo, pero sin que el oyente quiera ser colectivista en la acción. Todas estas contradicciones han hecho del Primero de Mayo una danza ritual, una fiesta impuesta — para mayor burla — por el Estado, y una fecha que se espera para la diversión.

No podrá ocurrir otra cosa cuando se aprueba la inhibición general, causa UNICA de que las hecatombes se vayan sucediendo a lo largo de los siglos.

FELIPE ALAIZ

# La literatura de la guerra y la nueva era

(Continuación)

Asimismo, en el dominio politicomilitar, de la mal llamada «sociología práctica» y de la diplomacia que fomenta y dirige ocultamente la guerra, preferimos, por ejemplo, las declaraciones francamente agresivas del general Bernardi:

«Debemos decir y demostrar que la guerra es una necesidad vital, una exigencia social, un acto artístico... Una paz prolongada afloja los resortes del alma y debilita las cualidades viriles del carácter. Para evitar este peligro debemos destruir las utopías perversas que se multiplican en todas partes, y despertar y fomentar en el pueblo, por todos los medios, los instintos bélicos y el orgullo nacional». («Deutsche Revue», abril 1914).

Podemos reaccionar en contra de estas afirmaciones con más firmeza que en contra de las insinuaciones pérfidas de los dirigentes de Estado, que mezclan en sus arengas y discursos todas las expresiones sagradas de la humanidad, para disfrazar sus medios y ennoblecer sus fines, que, además, son tan poco justificados y dignos como los de sus enemigos. Habla ante los obreros ingleses el primer ministro Lloyd George:

«El discurso que se me ha pedido está dedicado al éxito de los Aliados. Si por algún motivo los Aliados no obtuvieran la victoria, tendríamos que vivir en un triste mundo. La lucha de hoy es la lucha contra el militarismo. Si suponemos que no logramos triunfar hoy, la civilización del presente descendería nuevamente a lo que fué en las más oscuras épocas del pasado. Pagamos un precio elevado y doloroso por nuestra victoria. No obstante, la suma de todas las desgracias humanas, que tenemos que pagar para esta victoria, no alcanza el valor de los fines para los cuales estamos luchando. Vivimos días llenos de angustias. Es como si estuviéramos contemplando una persona amada, que lucha con una grave enfermedad, y nosotros no podemos hacer otra cosa que esperar que pase la crisis. La crisis no ha pasado todavía, pero gracias a la firmeza de nuestras almas, venceremos. No podemos permitir, nadie puede permitir que se apague nuevamente la vida de millones de hombres y se destruyan tantos hogares» (Junio 1918).

Así relata una gaceta el discurso tan insípido como hipócrita de un dirigente de Estado. El papel de los diarios durante la guerra es demasiado evidente para que insistamos aquí. Sorprende, sin embargo, el encontrar en sus hojas tantos nombres de grandes literatos y sabios que se pusieron al servicio de los «ideales» (¡oh, siempre los ideales!), no haciendo más que propaganda obra de aliento y exaltación, llamada educación cívica y nacional, etc. El literato pierde muchísimo de su hombría de bien y de sus dones creadores si escribe novelas y poesías de guerra; pero decae de un modo lamentable si hace también periodismo de guerra, sea o no movilizándolo. Entonces, él no interpreta todo a la luz de su propia conciencia, sino según los intereses momentáneos, la

situación en los frentes, los mandatos de la «voluntad nacional», que debe mantenerse y vencer, pero que sólo ocultan los privilegios de una minoría gobernante. Este turiferario lo ve todo en falsos aspectos y exageradas proporciones. Y resuelve los problemas sociales y políticos con una sencillez estupenda, a la vez absurda y cinica. El soplo amplio de la vida colectiva, la tragedia común de los pueblos en armas, solidarios en su antagonismo forzado, todo lo que es positivo, real y permanente en el destino de esta humanidad engañada y sacrificada, se reduce generalmente, bajo la pluma del escriba o del patriota exaltado, a meras destrezas de estilo y a fraseología rutinaria.

Los ejemplos están al alcance del más desprevenido lector. No queremos cargar estas páginas con citas que, en el fondo, evidencian esa «borrachera de palabras» que caracteriza la grafomanía de guerra, más o menos disfrazada bajo apariencias lógicas y solemnes mientras la «realidad» de la guerra sigue con sus extragos de un país a otro, acosando a las muchedumbres que buscan su salvación, agotando a los rebaños de refugiados que avanzan y se desploman en el torbellino de nieve o perecen de hambre, amontonados en los campos de destierro por los invasores o los supuestos defensores de la patria...

La grafomanía de guerra no es solamente un fenómeno casi general, de la psicosis colectiva. Es la prueba

## Del dicho

**U**NO de los más grandes problemas que el hombre se ha planteado a sí mismo es el de ajustar su conducta a las exigencias morales del pensamiento. Hablamos del hombre, no del ex hombre. Para muchos obcecados, o meros simples de espíritu, este problema es sencillísimo mirando siempre al vecino (dechado de todos los defectos) y haciendo la vista gorda para los suyos propios que suelen ser, por victada naturaleza, irremediables.

El pensamiento (y con mayor motivo el ideal) es un fruto directo de la imaginación y, aunque se asiente en la piedra del racionalismo más depurado, su amasijo se hace al margen, muchas veces a contrapelo de las realidades de la vida cotidiana, que son las que, en última instancia, se quiere renovar o revolucionar. El poeta, el filósofo, el revolucionario, son seres éticamente superiores que sueñan mundos nuevos sobre las ruinas del viejo; ruinas que sólo los hombres de acción son capaces de producir. Soñar es creer pero no crear. Y cuando el pensamiento «indefectible» del arquitecto pasa a entendedérselas con la realidad del terreno, con los ladrillos, con el cemento, con los hierros y los bra-

evidente de las turbias manifestaciones espirituales e intelectuales, de las cuales no pudieron salvarse sino muy pocos de los que debieron permanecer por encima de la contienda sangrienta.

El grafómano más característico es el «místico». Este es un tipo — no muy raro — especialmente entre los poetas, los predicadores y los políticos, que no se encuentran todos entre los combatientes del frente. Es un producto de la época, predispuesto también por una exaltada sensibilidad a crearse un mundo ficticio, sin vinculos orgánicos con las realidades primarias de la existencia humana, biológicas y económicas. La literatura del «místico», pletórica de misterios, de sombras divinas y de resplandores gloriosos, busca a ciegas, al margen de la conciencia, si es que no cae más allá de la misma, adornada con mágicas expresiones, con adornos verbales de una retórica patética.

«... Nosotros esperamos (escribe uno de los apologistas de la guerra) el beso de los disparos, cual virgen temblorosa ante el amor desconocido»...

...Lo que no impide al autor describir el desenlace de esta espera: un terrible y ridículo pánico, la fuga ante el enemigo «numéricamente superior» — para proseguir después:

«Para mí, la guerra no es más que una especie de grande riña; los soldados muertos por el enemigo son diferentes de los «cadáveres» que yacen después de un accidente. La batalla se ha espiritualizado... Como los gestos de un albañil que construye una catedral exteriorizan el sentimiento divino, existen nobles estados del alma: honor, devoción, espíritu de sacrificio, patriotismo... (Jean de Vignes Rouges: «La mystique de la guerre»).

Otro poeta glorifica así a su madre patria:

«Como en un banquete de la vida, nos alimentamos con su sagrado dolor. He aquí nuestra sangre que corre a raudales, y la muerte que siega. Es la hora del sacrificio... Adoramos tu rostro severo, tus manos insaciables,

## al hecho

*zos que consruyen; sufre no pocas modificaciones y hasta supresiones tan dolorosas y aleccionadoras como «le barrage» de Fréjus o el epílogo de la revolución española.*

*Lo que es un hueco natural entre el pensamiento y la acción se atribuye fiscalmente a la incapacidad sempiterna del hombre para asimilar, en su vida diaria, los ideales que se forjaron para el porvenir. Hartos ya de combatir los falsos valores en pie, se llega a negar los valores positivos que el idealismo (anarquismo) quiere y debe levantar. Don Quijote, aunque soñando siempre, no dejaba nunca de bregar. Inmerso en la época que le tocó vivir supo armonizar su conducta estrafalaria, episódica, absurda (Cervantes precedió a Camus en la filosofía existencialista del absurdo) a la grandeza de un ideal, a la sencilla y luminosa grandeza del ideal que lo ha inmortalizado. Lo mismo, y en el plano real, les ha ocurrido a Epicuro, a Jesús, a Rclus y a Alaiiz.*

*A mi juicio el mayor mérito de estos hombres excepcionales fué el de saber que «entre el dicho y el hecho media un buen trecho».*

CONRADO LIZCANO

tus pies ante los cuales agonizan tantas vidas jóvenes. Tú nos traes el hambre, la sed, la angustia, el hierro que desgarrar el vientre, el fuego que arde. Toma, toma, más todavía... Un grito de indecible amor surge de los labios de los que expiraan... (Roberto Durable, en «Revue Hebdomadaire», núm. 33, 1915).

Conocido es el caso de Ernesto Psichari, nieto de Renan. Un intelectual que se desliza en la maraña del misticismo religioso, pese a su profesión de militar. Participa en las expediciones de Africa y se convierte, luego, en miembro de la orden dominicana, obsesionado por la divinidad de su misión. Encuentra en fin su muerte gloriosa en la guerra de 1914:

«Me voy — escribía — a esta guerra como a una cruzada... No me hago reproche alguno por haber anhelado siempre la guerra, que era necesaria para el honor y la grandeza de Francia. Ella llegó a tiempo y tal como debía suceder. Que la Providencia no nos abandone en esta grande y magnífica aventura... (Citado por H. Massis en «Revue Hebdomadaire», Ginebra, núm. 1, 1916).

«¡Honneur, bonheur!» — ¡Honor, felicidad! — exclamó también Carlos Péguy, quien a pesar de su inteligencia crítica, a pesar de su implacable lucidez con la cual combatió la política en sus formas odiosas, partió en 1914 a la guerra, con la exaltación de un visionario. En los primeros choques con el enemigo, pereció de una bala en la frente.

(Romain Rolland, que ha consagrado — en la segunda guerra mundial — dos volúmenes a la vida y obra de este compañero de su juventud, demuestra que esos místicos son, de hecho, víctimas de la política: «Si alguna vez la política se ha introducido en la mística, igual que un gusano, para roerla y marchitarla — y eso ha sido el objeto de las furias convulsivas de Péguy durante toda su vida — esta intromisión ocurrió en las nuevas guerras así llamadas del Derecho, donde las ideologías más puras son colocadas en el lecho de los más sucios intereses»).

Si Péguy se hubiese salvado de la guerra, hubiérase despertado; habría reconocido el «desequilibrio moral de la nación», la prostitución de la juventud en la embriaguez de los placeres y del dinero, incluso «la degradación inmundada que siguió después de la victoria». Jean de Vignes Rouges, ya citado, tuvo suficiente tiempo para reflexionar, porque después de haber «espiritualizado las batallas», agregó:

«Posiblemente, más tarde, desearía analizar estas perturbaciones, estas exaltaciones, para reducirlas a determinadas «leyes». Vería entonces en ellas los efectos de los contagios mentales — «excitaciones nerviosas», cuya intensidad no puede ser medida y cuyas consecuencias no pueden ser previstas. Hasta es posible que tuviera la torpe ilusión de no ver algo misterioso en ellas»...

Esta «torpe ilusión» no es más que la pura verdad, a la que los místicos de la guerra no la vieron a tiempo para no difrazar también con los derroches verbales las catástrofes de la realidad — y cuyas consecuencias las sienten no solamente la «generación de sacrificio», sino también los que se empeñan en levantar sobre ruinas el mundo nuevo, el mundo de la Paz.

En efecto, la literatura de guerra expresa de un modo realista o refleja fantásticamente los estados generales del espíritu humano. Si la consideramos en su conjunto, debemos renunciar, finalmente, a los criterios de juicio aplicados a las verdaderas obras de cultura. La leemos doloridos, con mucho pavor, inhibidos, ensimis-

mados. No dejamos que penetre en nosotros nada de este desbordamiento turbio, ponzoñoso, de pasiones borrascosas.

Con la dignidad de nuestros anhelos de bien, templados en los horrores de la matanza, mantengámonos erigidos y firmes. En las profundidades esenciales del corazón y de la conciencia, no debe infiltrarse esa realidad artificial, ajena a nuestros grandes designios, del asesinato en masa y del aniquilamiento de tantas obras de arte y civilización. Ya que existen, no obstante, causas, condiciones de manifestación de esta realidad militarizada que rige en todos los países, tenemos que reconocer — «in extremis» — que pertenecen a un mundo distinto, a «deyes» arbitrarias y antihumanas.

Contemplamos este mundo trastornado, convulsionado en espasmos de odio y locura, derrumbándose en llamaradas y escombros, bajo un cielo fulminado por explosiones. Oímos sus voces: — rugidos de monstruos, retumbar de cañones, extrañas vocalizaciones mecánicas. Y fórmulas, consignas, mandatos que no parecen concebidos por cerebros; y sentimientos que no surgen de razones humanas. Sin embargo, estas mismas palabras son, con frecuencia, idénticas a las que pronuncia el hombre normal, de sano razonamiento. Y nos damos entonces cuenta del tremendo vuelco de todas las nociones mentales y valores morales, del «sentido vital» incluido en palabras, en las grandes expresiones verbales que sintetizan los milenarios empeños de los pueblos. A los desastres materiales en los campos de guerra, les corresponden los desastres psíquicos e intelectuales; los tesoros vivos del alma y la mente quedan pulverizados por los choques incendiarios, entre ruinas y cadáveres. Podríamos limitarnos a señalar esta trágica verdad y expresar la convicción en el retorno victorioso del hombre. Agregamos sólo algunas líneas. No es una mera afirmación. Esta será confirmada por otros también, cuando sea posible estudiar el fenómeno de la guerra de un modo sistemático, objetivo:

«El fenómeno de la guerra no se puede comprender plenamente, si no está considerado como un fenómeno de la vida colectiva».

El párrafo que sigue completa la sencilla indicación que queremos ofrecer, en vez de una sentencia crítica:

«Tal como ocurre con el carácter y el comportamiento de un individuo poseído por un delirio violento, la mentalidad de un pueblo en la guerra cambia desde el principio, de tal modo, que ya no la reconocemos. Lo que se puede decir, es que este pueblo se vuelve crédulo, supersticioso, receloso, pero incapaz de algún espíritu crítico, y presentando todos los signos colectivos de lo que

sería, en el individuo, una idea fija; es el delirio de grandeza unido al delirio de persecución, la locura compleja y clásica del «perseguido-perseguidor». Los países neutrales saben ahora que es tan imposible entenderse con un beligerante como con un delirante, si no aceptan previamente su delirio, después de lo cual todas sus demás ideas son bastante lógicas» (Carlos Lalo, «L'Art et les institutions politiques», Revue philosophique, número 7).

Grave, doloroso, es este diagnóstico: locura colectiva. Pero la literatura de guerra no se esfuma como ésta última, y se puede investigar detenidamente: ella confirma el diagnóstico. Nosotros desearíamos insistir acerca de la confusión verbal, la devaluación del lenguaje, la desnaturalización de las grandes expresiones vitales del espíritu humano. En estas «palabras vivas» vibran los efluvios de ciertas existencias superiores, vastas y múltiples en su unidad. Son palabras a las cuales llamaríamos mágicas, y que expresan nuestra humanidad que aspira hacia realidades más altas. Pero en tiempos de guerra estas palabras están pervertidas por cualquier farsante y estafador de los «ideales nacionales», falsificadas por fabricantes de literatura patriótica, profanadas entre monstruosidades que no tienen siquiera un nombre en el idioma universal de lo humano.

Y en esta confusión verbal — que actualiza la leyenda de la Torre de Babel con sus lenguas entremezcladas — vemos una causa que intensifica las desgracias de la guerra. Sobre todo por las palabras «humanas» de las que usa y abusa, la literatura de guerra ha podido ejercer tanta influencia sobre las multitudes y aun sobre muchas mentes ilustradas, arrastrándolas más hondamente en el infierno del delirio colectivo y de la destrucción en nombre de algunas ficciones y consignas idealizadas.

Es ésta una convicción inquebrantable: la palabra viva del Hombre («¡Al principio fué el Verbo!»), es sagrada y creadora. Y quien la desnaturaliza, utilizándola sin prudencia, sin su sentido real y positivo, la transforma en un arma peligrosa, igual que la bala y el fuego.

Que todos aquéllos que no habían «pensado» cuando falsificaron el habla humana, mediten en fin estas palabras atribuidas a un emperador (que podía, pues, tener menos escrúpulos que un académico moderno) y que se llamaba Tiberio (tantos siglos ya, antes de nuestra orgullosa civilización):

«El César romano tiene el poder de hacer en esta tierra todo lo que quiere, pero no tiene el derecho de cambiar el sentido de una palabra»...

E. RELGIS



# Bastardía de linajes



AJO el franquismo, la Grandeza española ha llegado al supremo grado de vildad. Con la decadencia de las coronas vino el desastre de las libreas. Lacayos y «valetalla» corrieron la triste suerte de sus patronos, tronados en las salas del crimen de los balnearios de moda. La pobreza degrada. Y en las casas de lustróideos apellidos, hay actualmente más oropel que oro. Oropel quiere decir latón u hojadelata, con un baño rubio de orin.

En las raras ocasiones, que el Duque de Alba utiliza los servicios de un barbero o de un cochero de punto, paga la rapada o carrera, extrayéndose de las entrañas el importe. Y, al dar la propina, se saca con mora una peseta del bolsillo, se la mira de cara y de canto y se la larga al maestro de fustas o rizos, diciéndole: «Toma. Devuélveme 3 reales». Y, después que el gran señor cuenta el cambio, le friega por los hocicos la roñosa dádiva al que la ha recibido con este chiste de sacristía: «¡Hala, galopín! Que de éstas no caen muchas. Mi padre no daba más que una perra gorda». «Tu padre —le retrucan a lo mejor— descendía de un bastardo inglés. Eso lo saben hasta las hacas de la cademia».

En cierta función de gala del Real, la orquesta, que había llevado a la cumbre de la vibración cuerdas y metales, dió un parón en seco; y dejó colgada en el aire la voz del heredero de uno de los más grandes patrimonios de Castilla, que decía a los que le rodeaban, esforzando la voz para que entre el pandemonio de timbales y de trompas se le oyese: «Pues en mi casa, no tira tocino a la olla más que los domingos». El repentino cese de soplidos y rasquidos armoniosos, hizo que el teatro entero se informase de la novedad, que rugía a sus amigos el león de escudo a que se alude. Lo que se celebró con carcajadas, en que repimpolludas marquesas echaron repolludamente los dientes postizos y se deshicieron el torreón de las pelucas; y hasta Alfonso XIII se le iba el raro seso de las narices medio bloqueadas por el pólipo que le cuidaba el bordelés de marca Moure.

A Eugenio Noel, hijo de una sirvienta de la Condesa de Bornos y duquesa de Sevillano, se lo llevaba de chico a misa la aristócrata, todas las festividades. Al regreso pasaban por la lechería. La Conde-duquesa, muy paquetona y dueña de 80 pueblos en el Guadalquivir, tomaba un vasito de agüado suero vacuno, de no más de 15 céntimos: sin bollo, porque decía la estrecha prójima estar «inapetente». Y no convidaba jamás al pequeño de su doméstica, de quien abusaba hasta en su sangre.

Pareja con la tacañería, va entre nuestros blasonados la incultura, aunque a alguno lo hayan desasnado en el colegio inglés de jesuitas de Beaumont. No hacen ya de mecenas de las artes. No comprenden una pintura; lo que hacen es venderse las que han heredado y son producto de estafas a artistas inedentes o ponemos. No pensionan poetas que los hagan «de» reir como bufones. Sólo alternan con toreros, palairereros y mucamos de chaquetilla. Medinacei se echa de amantes a sus cocineras, porque son las queridas que están a su altura intelectual y le salen más baratas que las fregonas que presumen de «exotismo» o se han tirado al cuplé. Son nuestros duques, sin un ducado en la bolsa, sólo hombres de 3 tes sin pastas: título, tenis, traje. La Santa Sede, para abatir el orgullo de los patricios de la Urbe y de todo el Orbe, abrió, tiempo ha, una quincallería, en la que se expenden, entre otro cagafierro, toisones de oro, cruces de Calatrava, hábitos de Santiago, pergaminos, lises e indulgencias para todos los gustos. Quien tiene dinero y no se nombra archipámpano, es porque no quiere. Las baronías y los vizcondados van más baratos en la Ciudad Eterna que mitras y capelos y hasta que los solideos de payesía. De estas cachuchas aún hay yanki o peruano que da alguna perra. Que porque lo hagan primo de rey, nadie se sacude un cuatrin.

A Franco no le interesa la ascendencia de los próceres sin «cumquibus». Escucha no más a los que llevan las riendas de poderosas Compañías de industrias clave, como los condes de Albiz y Sta. Ma. de Paredes y los marqueses de Zuya, Zurgena, Perijaa y Espejo; y a los que acaparan las acciones del Banco de España y tienen vara alta en su Consejo y en el Banco Hipotecario, como los duques de Bailén y Sotomayor; los marqueses de Aledo, Amurrio, Haro y Urquijo; y los condes de Limpías, Gamazo, Gaitanes, Heredia Spínola y Real Agrado. El Caudillo ha añadido a esta patulea otra de archiduqueses falangistas que han acabado de poner en ridículo a la clase en las 5 partes del geo. A todos los «papanautas» les alarga Vagamundi la bombolla de puchero. Pero él se toma el caldo y se pela la gallina. Que le toquen o no a su mujer, hecha un bringuño, la Marcha, Real, al entrar en un espectáculo, es como si a él le menearan los borlones del fajín, que tarda en subirle al cuello. La cuestión es no soltar el mango de la sartén, en que se frie a España. Rey el que rige. Monarca, el que está sobre todo y sobre todos. Monarca, el que es único y tiene las llaves del arca. Y todo eso ¿quién como él, desde Bermudo el Gotoso hasta nuestros «dies dierum»?

Angel SAMBLANCAT

A mi querido maestro F. C. prisionero de Franco y sometido a proceso.

### BREVE INTRODUCCION A UNA BREVE Y GRAN HISTORIA



U RGE saber por qué mataron a ese hombre; tenéis que saberlo, es indispensable. Ante todo, sabed que era un hombre que no temía la muerte, porque amaba la vida. Por eso ingresó en la eternidad serenamente, pues era ineludible hacerlo. Quizás pensara como nuestro triste poeta: «Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera...» Y como Machado, él se encaminó hacia la inmensidad del sueño eterno.

Hace unos días Radio Madrid anunció en su boletín noticioso de la noche dirigido a América que: «...al oponer resistencia a un destacamento de la guardia civil, resultó muerto un bandido en la Sierra de...» Es necesario que sepáis que ese «bandido» era un hombre y ese nombre no era un «bandido». Mas, ¿qué importa mentir un poco más? ¿No es España una gran mentira desde hace dos lustros? ¿No es la farsa hispana una noche convertida en pesadilla interminable? Y ¿podía importarle algo al mundo lo que en esa nación sucedía...?

### HE AQUÍ LA HISTORIA

Oprimió convulso la pistola. No era un héroe, pero la orden hiriente de la guardia civil, lo había enardecido, dándole nuevos bríos; pensó que su fin tendría algo de clásico. La noche cubría la serrería y bajo el dosel estrellado se encontraba él, en un altozano rocoso nabido en un claro del bosque; una tregua del árbol a la tierra, noradada por miles de tentáculos en busca del sustento vital, generador, a su vez, de savia recunada.

Una sonrisa emergió a sus labios; aquella pequeña prominencia, postrer baluarte de su idealismo, tenía algo de cátedra; pero desde allí no se oiría su voz admonitoria que otrora diiera:

—Esos caballeros tricorniados que os amenazan con la pistola; esos guardadores del «orden político» que no saben lo que es orden público, viven y actúan confundidos como las alimañas. Somos nosotros los que tenemos que decirles que el único orden público es el del pueblo, cuya voz, de resonancia cósmica, pide simplemente los derechos que le han sido otorgados por su nacimiento y condición humana. Si les preguntáis: ¿En nombre de quién gobiernan? ¿En nombre de quién apalean? Os responderán que en nombre del orden instituido, y entonces será cuestión de preguntarse y ¿qué es el orden instituido? El abracadabra escrito e impuesto por los ingeniosos leguleyos, dispuestos a justificar el capricho de unos, por sobre las necesidades de muchos...»

Interrumpió sus pensamientos al observar que el destacamento enemigo estrechaba el círculo so-

# Un hombre

bre el montículo y rápidamente echó un vistazo al cargador. Le quedaban cuatro balas.

Su voz surgió rasgando las tinieblas:

—¡No subáis o disparo!

La contestación no se hizo esperar:

—Estás rodeado y por lo mismo perdido; recuerda que somos buenos tiradores...

He aquí una observación dramática, pensó: «Esas gentes que me rodean son los halcones del absolutismo, y no por sabido menos curioso, el absolutismo se ampara en los cánones cristianos, los cuales desprecia olímpicamente (preguntarles por Jordano Bruño). Bien interpretado el verdadero sentido cristiano se encuentra en el humanismo de izquierda. Y la izquierda no pide canonjías al cielo, como no las pidió para nacer. La lucha, en ese aspecto, es secular en España.

Hizo un brindis mental (era afecto a esos juegos ingenuos) «...brindémos por esa bella dama esquivada, la libertad en pos de la cual orientamos nuestro sentido imperfecto de la sensibilidad.

Se trata, en todo momento, de una meta de perfección y un sentido de fraternidad humana, que desplace el escepticismo en el hombre. Bien dijo Don Quijote a su fiel e inseparable Sancho Panza:

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos. Con

T  
O  
L  
E  
R  
A  
N  
C  
I  
A

**P** ALABRA hermosa, de porte cadencioso, capaz de producir agradables resultados cuando no sirve de biombo a la intolerancia, precisamente.

¿Tolerante? Cuando lo soy para con otro es que no comparto su punto de vista, o no creo en la viabilidad de sus acciones. Pero por grado de civilización — que es cultura — lo escucho en sus manifestaciones, las cuales, por el inconformismo que en mi originan, motivan mi réplica. La doy y el otro me califica de salvaje, en cuyo caso adiós tolerancia, y que lo pase bien la conlevancia.

Quien se interprete sabio por estar convencido de la ignorancia de los demás, no enseñará nada, a no ser la oreja de la so-



# en la sierra

ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida...» También recordaba que Blasco Ibáñez afirmó, en alguna ocasión, que España no es melancólica, es triste, con tristeza hurana, a veces brutal. Corroborando esta afirmación, algún escritor francés había declarado que España es, en la actualidad, una nación sin juventud. Donde no hay esperanza en el porvenir, mal puede haber juventud. El rodeado como una fiera comprendía, ahora más que nunca, aquellas caras juveniles que había tenido delante, en la clase; no es que no estuvieran alegres, es que dentro de aquellas conciencias sin sazón, se ocultaba, en escala terrible, el alma de la nación venida a menos por la intolerancia y la opresión. Una ráfaga de república inconcreta entre dos tinieblas, rasgadas de vez en cuando, por los relámpagos cárdenos de los cuartelazos, inútiles para la nación...

Al recapitular sus pensamientos, se sintió imbuído de un sentimiento de confianza en este pueblo de España, mosaico de individualidades exaltadas, pero unidas en un común denominador de redención. En efecto, era y es España una nación

berbia. Al que no sabe se le enseña en lugar de darle pública repulsa. Porque al más sabio le puede ocurrir que funda «década» con «decenio» el día menos pensado.

Un maestro intemperante, ignora tanto como cree saber.

Tolerante lo es el profesor sencillo, cordial, amigo de los amigos. Certero o no, equivocado o acertado, este hombre gozará siempre de la estima de sus alumnos.

Predicar tolerancia y no tenerla, sentir irritación ante una O colocada detrás de una N, es un caso de patología y no un exceso de saber.

Discutir para aclarar, para dilucidar, para resolver, ésto es lo buena. Hablar o redactar para

complicar y confundir, o para insinuar que todo cristo nos debe un real, esa conduce al gabinete de neurología.

En las lides formales es la discusión lo que importa, no la disputa. Sin tolerancia de ti a mí, y de mí a ti (es una figura), no hay posibilidad de diálogo. Los que tienen la exclusiva de la razón deberían mantenerse en monólogo persistente, hasta llegar al abofeteamiento de sí mismos.

Exponer un ideal, un propósito, un punto de vista; discutirlo todo, incluso calurosamente si el temperamento lo exige, pero sin salirse de los límites de la camaradería; argumentar, recrearse en el léxico, exprimir el magín hasta la última gota de esencia, sin enfado, sin exigir acatamiento :

que ha estado muy por encima de los gobiernos que han regido sus destinos. Le recordaba al incisivo y melancólico de Larra, el cual comparaba la historia de España con el tema de una comedia que presenciara, en la cual la novia siempre se quedaba compuesta y sin novio. Y cabe preguntar: ¿Ha variado un ápice la España de 1840 a ésta de 1951? La respuesta sería desoladora pese haber transcurrido un siglo; al confirmar esta aseveración, muchos españoles se han vuelto revolucionarios, porque es axiomático que en España todo aparato oficial es regresivo; hablar de ejército o de policía o de guardia civil es hablar de mesnadas de lobos a sueldo para espoliar y tiranizar al pueblo, por tanto cierto es aquello de que: «...vivimos en perpetua guerra civil».

Pensaba en su fin y pensaba también en España y se decía: ¿Cómo no va a ser triste España? Mística y recogida, la nación española semeja un enorme rosario en una gigantesca catedral de aspecto medieval; sus duros muros parecen decir a los escasos lucernarios, orlados de ventanales multicolores: «Cuidad, cuidad no penetren más rayos de luz en el templo, que los que dejan traslucir, reformados, los cristales de colores. Que nada turbe la penumbra regresiva. Recojámonos en la obscuridad; si el mundo dice que todo es luz, nosotros diremos que todo es negro...

Se inició un avance rápido por todos los lados; varios fogonazos irrumpieron en la tiniebla; las balas silbaron, siniestras, alrededor del sitiado. No perdió la calma, todo lo veía claro, su espíritu se mantenía extraordinariamente lúcido; sabía que se acercaba su epílogo, pero tenía cuatro balas... Una sombra surgió temeraria, por uno de los lados del montículo; apuntó y un grito siguió la detonación: un hombre había muerto. Volvió a ex-

he aquí tolerancia. Cuando no se procede así, la tolerancia no pasa de ser un vocablo engañoso.

Un criterio no se tolera: se admite, o se rechaza razonadamente. Un despecho, imposible de responder y aguantar.

El problema no es de palabra, sino de buenas intenciones; de sinceridad y de humanidad. Sin eso último en las entrañas, con sequedad de corazón, con desprecio hacia quienes no gustan de subordinarse a ningún cabo ni general del intelecto, con la soberbia anulando el sentido de hermandad, no se va por los caminos de la tierra a recoger palmas y laureles, sino abrojos y desengaños.

Tal verá quien a tiempo no se corrija.

JUAN FERRER

perimentar una rápida sensación, era un sabor acre y doloroso, el mismo que experimentara en otras ocasiones similares; había matado un hombre, el que no se creyera capaz de hacerlo no por convencimiento, sino por sentimiento.

El círculo se estrechaba; un círculo de jadeos contenidos y de furia; de sea de venganza. El revolucionario iba a caer y los peñes de la bestia babeaban de placer, ...las detonaciones se sucedieron, la sierra respondía con un eco tenue; no quería hacerse complice. El nombre acorralado hizo dos disparos en la oscuridad. Sus atacantes cuerpo a tierra, permanecieron en silencio. El nombre pontemplo su pistola; sabía que en la recámara del arma solo quedaba una bala y «esa» debía ser para él. El instrumento mortífero asumía un papel insospechadamente liberador. Sus compañeros le habían dicho: —«Mira «maestrillo» no te dejes agarrar por «esos» ...ya sabes como las gastan ...no les des ese gusto... ¡Pero él siempre había considerado esa posibilidad como remota y, además, amaba la vida con delirio y aspiraba a apurar el caliz vital hasta el fondo. No temía la muerte, pero él era un ser palpitante que quería vivir. ¡Dramática confrontación de pasiones! — «Esos» estaban ahí, a unos pasos, dispuestos a terminar la cacería. Pensó en los miles de conciencias suprimidas en toda la Península. Sí, era una cacería interminable...

Alguien le había dicho en broma, ¡Mira, no se te ocurra nacer liberal en España, porque pierdes...! — Pero él esperaba ganar. Oía las palabras del historiador «...en el instinto ibérico pongo mi esperanza. Llegado el momento, él actuará y nos salvaremos...»

Una detonación aislada provino del montículo e hizo vibrar al grupo acusador. Habían comprendido; la sierra impassible, también ...pero como del caos surgió la vida; del desastre del hombre, surgiría el hombre.

Al amanecer, los arrieros que pasaban por el camino carretero de la Sierra, se cruzaron con un destacamento de la Guardia Civil, los cuales llevaban dos camillas. Vieron y esperaron en silencio hasta que el grupo se alejó; en España no se habla mucho en estos casos, es mejor estar callado, muy callados. Demasiado lo sabían ellos.

Si hubieran visto una de las camillas, levantado el capote militar que cubría un cuerpo, se habrían encontrado con una faz que, no por desfigurada, era menos conocida. La del maestro de un pueblo cercano.

Antes del movimiento todos sabían que tenía extrañas ideas acerca de la libertad; ideas que habían puesto muy inquieto al cura del lugar. Las inquietudes del buen párroco habían sido transmitidas, en innumerables ocasiones al Cuartel de la Guardia Civil. El movimiento sorprendió al pueblecillo. ¡Sorprendió a tantos ingenuos...! La sorpresa inicial motivó la rápida evacuación del pueblo, por parte de los elementos liberales que en él moraban. Los muchachos de tendencias izquierdis-

tas lograron huir, y el profesor con ellos, motivo de hondo pesar por parte del pastor de almas.

Durante algunas noches, los muchachos vieron el caserío del pueblo natal y experimentaron algo así como la angustia de abandonar a la madre amorosa que nos ha criado. Días después, posesionados los fascistas de esa región, tuvieron que adoptar la decisión de acudir a las primeras líneas antifranquistas, donde los pequeños fueron llevados a retaguardia y los mayores recibieron armas, de las cuales, dicho sea de paso, no había en abundancia. El maestro estuvo con ellos hasta el fin de la «guerra oficial». La muerte, en aquella ocasión, lo rondó, pero no logró apresarlos.

Al ocurrir el desastre, nuestro hombre hizo un balance en su conciencia y decidió proseguir la dura senda del combate. A partir de entonces la lucha adquiriría proporciones de epopeya; era el batallar continuo a través de los breñales, de las montañas, de las cañadas; era un jirón de conciencia ibérica. El aparato opresor soportó, con rabia mal contenida, el aguijón del grupo de guerrilleros. Los pueblos comentaban en voz baja, a veces el tono de voz era más alto, las incursiones y los guardadores del «orden» entraban con gesto preocupado a cubrir las rondas de vigilancia en la serranía colindante. Necesario era indicar que nuestro amigo reanudó su actividad bélica en los mismos lugares de donde saliera y que tan bien conocía.

Se habló de la captura de varios ricos propietarios reaccionarios, uno de ellos conspicuo falangista de una de las localidades del rumbo. Se efectuaron trueques que indignaban a la oficialidad del Ejército; los guerrilleros (léxico oficial: bandidos) recibieron armas y dinero. Los altos círculos de la capital estaban alarmados, incluso se hablaba de algunos «sustos» perpetrados por los «bandidos» a los turistas de la España oficial.

Pero un día, la Comandancia cercana, recibió órdenes de la superioridad en el sentido de reforzar los destacamentos y eliminar a los guerrilleros que cubrían la región; Madrid lo exigía.

Con gran aparato de fuerza, iniciaron batidas inútiles, ya que no lograron desorganizar el nudo central del movimiento de resistencia; empero el maestro fué sorprendido cuando llenaba algunas cantimploras (¡cuántas derrotas humanas ha producido el agua!) en principio, logró escabullirse hacia unos matorrales, eludiendo la primera andanada de balas, pero la cacería, de incierta, tornóse segura; le pisaron los talones con furia y encontró rodeado en el montículo del claro. Fué su última clase; quizás la mejor de su vida. Era un epílogo donde se dialogaba con la dignidad humana y ésta quedó satisfecha.

Y, he aquí que la vida, efímera, conviértese, de pronto, en trasunto de eternidad. Porque ¿no es acaso la libertad y la lucha por ella, un destello inmortal?

Cuando un muerto proyecta vida; ese muerto no ha muerto, no podría morir, ya que es un asunto que atañe a la esperanza, eterna musa de la Humanidad.

Adolfo HERNANDEZ

# EL COMERCIO

Hassan vendía dátiles en las calles de Damasco, o más bien no vendía, porque sus dátiles eran tan pequeños que nadie los quería.

Miraba, triste y celoso, a todo el mundo comprarlos a su competidor, el rico Aouled, que vivía a su lado en una estera. Pues se vivía sobre esteras en Damasco y la habitación era muy elevada porque faltaba el techo.

La fortuna de Aouled se componía principalmente de inmuebles de ese género, pero poseía además un huerto cuyo suelo era tan fértil que los dátiles que cosechaba eran gruesos como tres dátiles ordinarios.

Un día llegó a Damasco un derviche que tenía mucha sabiduría y muy poco que comer.

— Dame de comer — dijo a Hassan — y haré por tí lo que un califa sería impotente para hacer. Obligaré al pueblo a comprar tus dátiles haciéndolos más gruesos que los de Aouled. ¿Cuál es su grosor?

— ¡Ay!, derviche, enviado de Alá, yo te beso los pies. Los dátiles de Aouled son tres veces más gruesos que los dátiles ordinarios. Entra, pues, y siéntate sobre mi estera; cruza tus piernas, sé bendecido y enséñame a engordar mis dátiles y a obligar al pueblo a comprarlos.

Hassan habría podido preguntar por qué el derviche, si era tan sabio, carecía de víveres; pero Hassan no ergotizaba jamás. Sirvió a su huésped un pedazo de piel hervida. Era todo lo que le quedaba de un cabrito que había robado.

El derviche comió, y cuando estuvo harto dijo:

— ¿Qué grosor quieres tú dar a tus dátiles, Hassan, hijo de no sé quién.

— ¡Alá te dé mujeres y ganado! — exclamó Hassan —. Yo querría que mis dátiles fuesen tres veces más gruesos de lo que tu podrías hacerlos.

— Muy bien — dijo el derviche —. ¿Ves este pájaro que he traído de la India? Dile que tus dátiles son tan gruesos como tres dátiles.

— ¡Te deseo huries y camellos, derviche! Tú me embalsamas como el aceite de oliva. Pero ¿para qué servirá que yo diga a este pájaro lo que no es cierto?

— Haz lo que digo — añadió el sabio hombre —. Yo soy derviche. Por eso no me comprendes.

Hassan deseó al pájaro largas plumas y le llamó rock (pájaro gigante de la mitología oriental). Pero no era un rock. Era un pájaro que se parecía mucho al cuervo, y que tenía la lengua muy suelta. El derviche lo había traído de Sumatra, a donde había sido llevado por mercaderes europeos.

Era para adular al pájaro por lo que Hassan le llamaba rock.

— Yo soy tu esclavo — le dijo —; mis dátiles son gruesos como tres dátiles.

— Está bien — dijo el derviche —; continúa así y teme a Alá.

Hassan continuó. Temía a Dios y no cesaba de decir a su pájaro que sus dátiles eran gruesos como tres dátiles.

La recompensa de su fe y de su virtud no se hizo esperar.

Pronto el pájaro gritó a su vez:

— ¡Temo a Alá! Los dátiles de Hassan son tres veces más gruesos de lo que son.

La voz del pájaro traspasaba los aires, su acento tenía algo de profético, y los dátiles engordaban a la vista de todos los transeúntes.

El pájaro no cesaba de gritar, y las gentes acabaron por encontrar los dátiles tan gruesos que se desencajaban las mandíbulas al morderlos.

Aouled adelgazó. Pero Hassan compraba muchos cabritos y corderos. Construyó un techo encima de su estera. Llegó a ser muy probo y se indignaba cuando, de tiempo en tiempo, se le robaba un cordero.

Continuó viviendo en el temor de Alá.

Todo el mundo encontraba que los dátiles de Hassan eran los más gruesos, todo el mundo los comía... excepto Hassan mismo, que se proveía a escondidas en casa de Aouled, del cual era ahora el único cliente.

por MULTATULI

**Relato de las atrocidades cometidas por los fascio-comunistas, en la retaguardia del frente de Aragón, contra los verdaderos y probos revolucionarios de la C.N.T**

**D**IAS antes de la ocupación de Fraga por la división Carlos Marx, que es la que ha llevado a cabo la contrarrevolucionaria represión y asesinatos de probos antifascistas y veraces revolucionarios en tierras del Cinca, fui al frente de Huesca y me entrevisté con el sonado Carrascal, en que tan aferrada lucha se estuvo sosteniendo por nuestras columnas confederales, con el comandante de la «Roja y Negra», que era el compañero Máximo Franco, y después de dialogar sobre la persecución que se nos estaba haciendo por parte de las fuerzas militares con signo comunioide, le expresé la posición doctrinal que debíamos mantener por encima de todo compromiso con no importa qué partido o qué fracción política al amparo y medro del Frente Popular, antifascistas superficialmente; pero de urdimbre y fines totalitario-estadistas por provenir del marxismo y en resumidas vueltas abocarnos a su inquisitorial impace, finalmente, si es que se llegaba a triunfar contra la militarada y los falangistas hispanófilos con todo y su grotesco imperio. Por indicación de Alaiz, le manifesté que yo ya no quería escribir en ninguna publicación confederal o específica del movimiento libertario que estuviese entregada a la política, por cuya consecuencia convinimos en darle toda la ayuda económica posible para que se dedicase de firme a la edición de la biografía de Salvochea, que tiene en preparación y que será una cosa seria y de gusto muy depurado, ya que la austera moral y proba conducta pública y privada del anarquista gaditano, es materia de mucha consistencia y belleza para una pluma tan estilizada como la nuestro cincoño Felipe.

Al regresar del frente y después de visitar en Lérida a la compañera de Alaiz, a quien hice entrega de los primeros gastos de la edición del libro mencionado, por estar ausente Felipe, me dirigí hacia Fraga, y al pasar con el auto frente a las oficinas del «Casal d'Etat Català», vimos a un sujeto fragatino que hacía señas al chófer para que parase el coche allí mismo. Al entablar conversación los dos, oí algunas expresiones sospechosas que me hicieron temer alguna mala partida por parte de aquel fulano que sin saber por qué había desaparecido del pueblo al iniciarse la colectivización del comercio de las panaderías de uno de cuyos expendios era dueño, y así fué, pues acto seguido me vi rodeado de guardias de asalto y «escamots» del local político catalanista que teníamos enfrente, los que, pistola en mano, me querían llevar a viva fuerza al campo de aviación, situado en los alrededores de la población y en donde la cacicada de la ribera del Cinca tenía su guardia y amparo, acogidos a la protección del partido comunioide leridano formado por toda la escoria y despechados de todos los demás sectores políticos y sindicales. De modo que bien puede de-

## De mi diario en la

cirse que la casi totalidad de los burgueses y chupacirios huidos de los pueblos ribereños en los primeros momentos de la sublevación, al ver que el pueblo vencía a los tricornos, se emboscaron en la titulada «legión roja» comunioide que tenía en su poder la mencionada base aérea. En vistas a esos precedentes comprendí en el acto la criminal intención que acariciaban aquellos esbirros y rápido como el pensarlos y en uno de esos prontos que tan súbitamente me dan en trances semejantes, salté a tierra y clavándome en medio de la Rambla en que estábamos, les grité a la cara y a todo pulmón que si querían asesinarme como ya lo habían hecho con varios compañeros nuestros, tendrían que hacerlo allí mismo y a la vista de todo el mundo, ya que yo no iría al campo de aviación mientras estuviese con vida, puesto que sabíamos muy bien los asesinatos que habían cometido en dicho lugar convertido en la «Morgue» leridana por las «chekas» del partido comunista.

Para despistar al público que se arremolinó en torno nuestro empezaron a llamarme fascista a gritos desaforados los muy granujas, pretendiendo restarme simpatías entre aquella masa de curiosos que de vez en más iba en aumento y que pasados los primeros instantes de expectación y duda, comenzó a exteriorizar su disconformidad por el atropello que se me estaba haciendo. Como sea que no querían soltarme y arreciaban en sus insultos, me revolvi airado contra el que me gritaba «fascista» con más cinica y provocativa insistencia, gritándole yo con no menos atrevimiento y coraje que me pegase dos tiros a la cabeza i quería; pero que no cometiese la vileza de llamar fascista a un hombre que llevaba más de treinta años de lucha y propaganda anarquista y en defensa de los explotados y oprimidos, reivindicando sus derechos; que si querían identificar mi personalidad y actuación, sólo había que llevarme ante el compañero Páramo, alcalde de Lérida, el cual podría decirles lo hecho por mí en Fraga cuando las rondas volantes de incontrolados del barrio chino barcelonés hicieron de las suyas asaltándolo todo durante la noche y madrugada en que cometieron sus desmanes y fechorías conocidas de todos, con la única y sola oposición mía. en cuyo trance también se me había insultado llamándome fascista y encarado los fusiles porque me oponía con tanta pasión y energía a que se fusilase a los que teníamos presos. Al no salirles bien la «parada», optaron por llevarme a la Jefatura de Policía con la intención reflejada en sus siniestros visajes, de hacerme alguna tratada, seguramen.

Una vez en dicho centro policíaco, insistí en que se me dejase hablar con el comisario Vila; pero éste se escabulló sin que dejase aclarado m<sup>e</sup> caso. Al capitán Montoro, que estaba de guardia, recla-

# revolución española

mé el arma y correspondiente licencia que se me había arrebatado en la calle, valiéndose de ser veinte contra uno, exigiéndole, asimismo, la devolución de mi documentación personal y el auto del Consejo Comunal de Fraga, que los «escamots» del Casal Català y los guardias de asalto querían hacerse suyo so pretexto de que lo habíamos requisado en Lérida, mintiendo como bellacos, pues su legítimo dueño era el mismo chófer que lo conducía y el cual prestaba sus servicios en el citado Consejo. El capitán, por no comprometerse, después de revisar mi licencia de arma y persuadirse de que era legal, de que asimismo toda mi documentación estaba en regla, optó por cerrarme la puerta de su despacho y tantas cuantas veces traté de abrirla para hacer prevalecer mi derecho. insistió él en no dejarme pasar ni atender mis protestas.

Sin que se procediera a levantar atestado alguno, ni se me tomara la filiación, ni tampoco me dejasen en libertad, iba trascurriendo el tiempo, en espera de que anocheciese para sacarme de allí sin que la gente que había quedado estacionada en la puerta de la Jefatura se apercebiera de ello, trataban de conducirme a viva fuerza a las afueras de la población para «liquidarme», según me espetó a la cara, a modo de intimidación, uno de aquellos asesinos uniformados.

Aguzando el oído pude oír cómo el capitán pedía por teléfono le mandasen un auto y acto seguido daba instrucciones a sus esbirros para que me sacasen ya oscurecido sin que quedase constancia alguna de mi paso por la Jefatura. Trascurridos unos cuantos minutos me ví rodeado por unos sujetos uniformados con el «infamado» mono azul que usaban los de asalto y poco después se oyó el ruido del motor del auto que iban a utilizar para cometer el crimen que ya estaban paladeando con sádico y repulsivo regocijo.

Al oír chirriar una puerta corrediza me dí cuenta de que sacaban de un cuarto varios fusiles y cartucheras bien repletas a la par que unas bombas de mano y una ametralladora de plato, como si se aprestaran a repeler quién sabe qué temible y furibundo ataque. Al pasar junto a mí uno de aquellos guardias que portaban el armamento hacia el auto que se oía estacionado en la calle, me insultó groseramente e hizo ademán de golpearme con uno de los fusiles que llevaba en las manos; pero yo desvíé la cabeza y les increpé a todos por la vil cobardía y mala entraña con que iban a asesinarme, ya que no se necesitaba tanto fusil, bombas y ametralladoras para matarme, pues con una bala era bastante, sin que precisasen todo aquel arsenal de artefactos de combate que tanta falta estaba haciendo en el frente para batir a los facciosos y no en la retaguardia para asesinar a revolucionarios probados, cómo lo habían hecho con nuestro inteligente y bondadoso

compañero Camilo Berneri, cobardemente asesinado por los viles y sanguinarios chequistas al servicio de Moscú.

El que actuaba de capitoste de la cuadrilla de verdugos, mostrándome un enorme cargador repleto de balas hasta los bordes, me dijo con feo ademán, que todo aquello me lo iba a meter en el vientre. La escena se ensombreció más y más al pasar y traspasar delante de todo aquel hatajo de canallas que a cualquier gesto que yo hacían me dirigían los más soeces insultos y amenazas, reflejando en sus torvas miradas el siniestro deseo de hacer sangre...

Al hacerme violentamente a un lado por ver un gesto sospechoso en uno de los guardias que tenía más próximo, todos se precipitaron a cerrar el depósito de armas, temiendo, seguramente, que me fuese a apoderar de alguno de aquellos explosivos y que me hiciese fuerte en aquel cuarto. Esa misma suspicaz prevención de los esbirros que me vigilaban, fué mi salvación. Puesto que aprovechando el tenerlos todos de espaldas y cerrando los cerrojos del depósito del armamento, me deslicé como una sombra hacia la puerta de salida a un patio contiguo en cuyo extremo opuesto al que ellos tenían el auto, hay una escalera que da a la parte trasera del edificio, y sin que lo notasen ni unos ni otros de los que me guardaban y llevaban las armas al coche, gané la puerta de la calle y pasé como una exhalación por delante de la guardia apostada en aquella puerta, que de momento no supo a qué atribuir aquella fulminante escapatória.

Torciendo en dirección opuesta a la que supuse tomarían los guardias al darse cuenta de mi fuga, me fui a refugiarme en una entrada de una casa que tenía la puerta medio entornada y allí permanecí hasta que transcurrieron unas cuantas horas. Horas que fueron de suprema angustia dentro de aquel portal, ya que pasaron varias veces delante de él, hasta con perros rastreadores, sin que por fortuna descubrieran mi providencial refugio. Por fin, cuando la oscuridad era absoluta y después de dar un vistazo a la calle para asegurarme de que no había nadie en mi busca, eché a andar con todo disimulo hacia la redacción de nuestro periódico «Acracia», en cuyas oficinas encontré al compañero Almagro, y con el consiguiente nerviosismo le referí lo que me había sucedido, y lo peor que estuvo a punto de sucederme de no haber tenido la repentina decisión de aprovechar el descuido de los guardias que me custodiaban, para escaparme. Llamó al Comité de la C.N.T. y les informó de lo que pasaba y acto seguido fueron a pedir informes a la Delegación de Orden Público; pero en dicha Comisaría no quisieron saber nada y alegaron ignorancia de todo lo ocurrido, por lo que llegamos a temer no hubiesen asesinado al chófer que conducía el auto en que yo viajaba al ser asaltado en plena Rambla de San Fernando, pues no se nos daban referencias de lo que habían hecho con él ni a dónde lo habían conducido al darse cuenta de que yo me había escapado de sus garras de fascistas camuflados y con la sola obsesión derrotista de elimi-

nar a los verdaderos revolucionarios y más fieles amigos y defensores de la causa del pueblo.

A cosa de media noche empezamos a descubrir que lo habían conducido al campo de aviación y que lo retenían allí hasta nuevo aviso, pues se hallaba encamado de resultas del susto recibido al simular su fusilamiento en la carretera que conduce al indicado campo. Horas después y ante nuestras apremiantes insistencias en la Comisaría, supimos que el pobre chófer, por ser de complejión muy débil estaba muy grave y que tenía que ser reanimado con inyecciones y asistido por los médicos de aquella base aérea, en cuyo lugar quedó encamado hasta que un hermano suyo, sargento en la supradicha base aérea, y su mujer, consiguieron rescatarlo y tenerlo convaleciente en Fraga.

En nuestro vocero «Acracia» apareció lo acaecido con grandes titulares, en los que se daba cuenta del «Intento de asesinato del compañero Alberola y secuestro del chófer Vilasaña». Motivo por el cual quiso querellarse el comisario Vila, pero ante la declaración jurada que presté yo y lo evidente de su propia complicidad en la criminal fechoría que trataron de perpetrar con nosotros, desistió de su denuncia judicial.

Al día siguiente del suceso, y en las primeras horas de la mañana, nos pusimos en comunicación con el Consejo Comunal de Fraga, y a eso del mediodía arribaron dos coches con compañeros armados, quienes nos protegieron hasta nuestro retorno a las tierras fragatinas.

La salida de Lérida fué bastante accidentada, por la persecución que se nos hizo al llegar a las afueras de la población. Del campo de aviación desplazaron a unos cuantos fascistoides para que nos diesen alcance en la misma encrucijada de la carretera en que con anterioridad se nos quiso asesinar después de realizado el mitin de Almacelles que ya he relatado. Pero como sea que nosotros conocemos muy bien los caminos que desvían hacia las vertientes en las que sólo la pericia de los que conducen diariamente los camiones por aquellos parajes puede atreverse a manejar sin que se atasquen o precipiten por las torrenteras y barrancos. Y así fué cómo pudimos despistar y burlar la persecución de los que a toda velocidad pasaron rozando nuestro auto con los suyos para ver cuántos compañeros íbamos dispuestos a repeler la agresión que nos tenían preparada unos cuantos kilómetros más adelante, como posteriormente supimos.

Después de esta última aventura ya no hubo hora de tranquilidad en Fraga, pues los comunoides contrarrevolucionarios de Lérida, envalentados con el apoyo de los guardias de asalto y los tricornos huidizos de la ribera cinqueña, nos amenazaban constantemente con asaltarnos las colectividades y deshacer nuestra obra revolucionaria en los pueblos limítrofes, en los que también se habían establecido condiciones económicas igualitarias y similares a las nuestras.

En Belver, Albalate, Oso y Zaidín, procedieron a cumplir la drástica amenaza aprovechándose de la circunstancia de estar ausentes la casi totalidad de los compañeros, dedicados a las tareas de

la siega en las tierras de monte en sus respectivos términos municipales, consiguiendo así realizar su fascistoide hazaña sin llevar su merecido castigo. Destruyeron todo lo que les vino en gana, aprisionando previamente a los compañeros que había al frente de la administración comunal, de las colectividades y las cooperativas, y, finalmente, se llevaron algunos de los más destacados en calida dde rehenes y como trofeo de su cobarde y contrarrevolucionaria fechoría.

En Albalate y Zaidín quemaron las bibliotecas, las banderas de la F.A.I. y los retratos de los valerosos luchadores antifascistas Ascaso y Durruti; simultaneando su reaccionario auto de fe con brutales y despiadados apaleamientos a unos indefensos compañeros que no pudieron escapar a campo traviesa, como los demás que se salvaron de aquella razia al estilo de las que realizan sus pariguales falangistas y requetés de otro lado, contra todo lo que huele a avanzada y antecedentes genuinamente revolucionarios y progresivos.

Los jefes militares de la división Carlos Marx, que fueron quienes se jactaron de estar reconquistando por la retaguardia al Aragón colectivista para la República burguesa, escudados en su fuero de guerra, destrozaron todo aquello que era la base fundamental del desarrollo económico de nuestras colectividades y municipios libres, procediendo además contra los compañeros que más se habían destacado en cada pueblo haciendo obra expropiadora a los fascistas y dando la cara en la calle desde los primeros momentos de mayor peligro e indecisión de toda la taifa politiquera ante la facción sublevada.

En Aragón la razia ha sido criminal, pues son muchísimos los compañeros asesinados y los que tienen que andar huidos por los montes para no ser víctimas de las chekas comunistas que gozan de toda suerte de impunidad para cometer sus deprecaciones y clandestinos fusilamientos de cuantos verdaderos revolucionarios y auténticos antifascistas caen en sus garras carniceras. Los burgueses y tragahostias se relamen de gusto al ver el acosamiento y destrucción de los nuestros por la superioridad numérica y el formidable armamento de las fuerzas gubernamentales y reaccionarias cien por mil que les manda el gobierno «frentepopulista» para rehacer la propiedad privada de sus privilegios y con ella todo el armatoste de dominio de las gentes laboriosas y desheredadas.

Tal es el pago que reciben los cenetistas de parte de los neofascistas con gorro morado, en trueque de las muchas concesiones y apostasias de sus principios ideológicos en aras de su necio empeño de servir de base de sustentación proletaria a la inconsistente y ramplona política al uso, de lo que da en rubricarse con el marchamo izquierdista, y la cual política sin recato alguno a la hora de la mera verdad, tan probablemente y con tanto ensañamiento se conduce con los mismos que desde sus sindicatos tan prestos se hallan siempre a servirles de peana y dárselo todo hecho a esas pandillas de demagogos que solamente conjugan el embaucador «prometer y no dar».

José ALBEROLA

pleados mismos del gobierno, por ambiciosos vulgares, que no aspiraban a otra cosa que apoderarse de los puestos públicos para continuar la tiranía que trataban de derribar. O para sustituir en el poder a gobernantes honrados como Juárez y Lerdo de Tejada, a cuya sombra los bandidos no podían medrar. Una Revolución como aquéllas que encabezó Porfirio Díaz, o como antes de la guerra de Tres Árboles se siguieron una después de la otra en nuestro desgraciado país.

Una Revolución sin principios, sin fines redentores, la puede hacer cualquiera en el momento que se le ocurra lanzarse a la revuelta, y bastará con apresar los que hacen de cabeçillas para destruir el movimiento. Pero una Revolución como la que ha organizado la Junta de Saint Louis de Missouri del Partido Liberal, no puede ser sofocada ni por la traición, ni por las amenazas, ni por los encarcelamientos, ni por los asesinatos. Es lo que ha podido comprobar el dictador y de ello proviene su inquietud. No está en presencia de un movimiento dirigido por aventureros que quieren los puestos públicos para entregarse al robo y a la matanza como los actuales gobernantes, sino de un movimiento que tiene sus raíces en las necesidades del pueblo, y que por lo mismo mientras esas necesidades no estén satisfechas la Revolución no morirá, así perecieron todos sus jefes, así se poblaron hasta reventar todos los presidios de la República, y se asesinaron por millares a los ciudadanos desafectos al gobierno.»

Que esto no era simplemente una opinión de estos dirigentes, resulta, incluso, y es curioso, de ciertos escritos de los colaboradores del propio Porfirio Díaz. El dictador encargó a un adicto suyo, el doctor Sales Enriquez, que estudiara con precisión cuál era la situación del pueblo de México en el momento que comienzan a producirse estos primeros síntomas. Entonces, este doctor Sales Enriquez — que naturalmente no fué escuchado — informó lo siguiente: «No hay que equivocarse, el movimiento actual no es aislado, ni está circundado a la clase obrera, por el contrario, está muy generalizado, y en él toman participación ya directa, ya indirecta, individuos de todas las clases sociales, de las ricas una proporción mínima, de la burguesía una proporción mayor, de las masas en cantidad creciente arrastrada por las otras dos. Los primeros por ambición, los segundos por necesidad y para satisfacer anhelos, y los últimos acosados por la miseria, y porque siempre, y en todas partes, son propensos a las sediciones. Con verdadera habilidad se da a este movimiento carácter de socialismo, pero la verdad es que, si por su parte social ataca al industrialismo, no al capitalismo, hay que tenerlo en cuenta, pues

Mao-Tse-Tung, el líder del comunismo chino, ha dicho — tal vez con exageración — «que los chinos conocieron el marxismo cuando fué aplicado por los rusos. Hasta la Revolución de octubre no sólo no conocían los chinos ni a Lenin ni a Stalin, sino que tampoco conocían a Marx ni a Engels. Las salvas de la Revolución de octubre nos trajeron el marxismo-leninismo».

Para los chinos la Revolución rusa fué una revelación en el aspecto ideológico y en otros ciertos aspectos parecía ser una respuesta a los problemas de China. La Revolución rusa fué ante todo una revolución agraria, y el 90 por 100 de la población de China es campesina, de los cuales 75 por 100 son agricultores. A esa fecha nada menos que 18 millones de campesinos no eran propietarios, y trabajaban como peones y medianeros de los grandes terratenientes, de los templos o del gobierno.

En segundo lugar, el nacionalismo, que desde las guerras del opio, de los bóxers, y de los incidentes de principios del siglo XX, ha ido exacerbándose en China por primera vez vió la posibilidad de lograr una recuperación, y reorganización de su país, y hasta un ejemplo para inspirarse en Rusia.

Los chinos fueran o no comunistas, incluso siendo anticomunistas, pensaron que el caso de Rusia, librándose de la intervención extranjera, de las inversiones del capitalismo extranjero, organizando su industria pesada, convirtiéndose en una gran potencia, era un ejemplo que ellos debían seguir.

La actitud del gobierno revolucionario ruso respecto a China fué una enorme habilidad, y la orientó el propio Lenin. En 1923 manifestó, con un sentido augural del porvenir la siguiente: «El desenlace de la lucha (de la lucha mundial) depende en resumidas cuentas del hecho de que Rusia, India, China, etc., constituyan la mayoría de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años con inusitada rapidez a la lucha por su liberación. De modo que, en este sentido, no puede haber ni sombra de duda con respecto al desenlace definitivo de la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada».

Consecuentes con esta política los rusos van a practicar una diplomacia, respecto a China, de una gran eficacia. En 1920, en Shanghai, la ciudad más importante y cosmopolita de China, se funda la Juventud Socialista. Lo de Socialista está tomado en el sentido más general, porque allí había anarquistas, social-demócratas, y comunistas propiamente dichos, y recién en julio de 1921 se funda el Partido

Comunista Chino, por doce intelectuales que representaban en total cincuenta adherentes.

Entre los primeros están dos estudiantes: Chu-En-Lai, que estudia en Francia, Chu-Teih, que estudia en Alemania y un tal Mao-Tse-Tung, entonces en Yenan, una provincia del sur. Estos tres jóvenes, cuya edad fluctúa entre los veinte y treinta años van a ser a lo largo de una generación, los líderes de la China contemporánea.

En el año 22 Moscú reconoce al Partido Comunista Chino, y envía a Pekín y Shanghai una misión diplomática y militar de la cual los nombres más famosos fueron Joffe, Borodin y Blucher, que hacen un acuerdo con Sun-Yat-Sen por el cual los comunistas chinos le declaran su apoyo. Este es tan efectivo que, por primera vez la República china tiene un ejército propio, que fué puesto bajo las órdenes de un joven que es enviado a estudiar estrategia y cuestiones militares a Rusia donde largos años se llama Chiang-Kai-Shek, y dirige una escuela militar en una pequeña ciudad cercana a Cantón.

Estos años del 23 y 24 son los de la luna de miel entre China nacionalista (de Sun-Yat-Sen y Chiang-Kai-Shek) y Rusia. En mayo del 24 se hace un tratado con la Unión Soviética, por el que ésta renuncia a todas sus prerrogativas y derechos sobre China y favorece una fuerza independiente en el Oriente capaz de contrabalancear al Japón y a las propias potencias occidentales colonialistas.

En mayo del 25 fallece Sun-Yat-Sen, y su muerte amplía el colapso de esta alianza, y se crea una situación que hará de 24 a 27 años importantísimos para China.

Para los comunistas entonces se libra «la segunda Revolución», y para los nacionalistas se produce su divorcio, y finalmente, su choque frontal contra los comunistas.

La primera ley obrera que conocen los chinos es recién de enero de 1923, y no se hace en China, sino en Hong-Kong. En 1925 se registran las primeras huelgas obreras de cierta entidad, en Shanghai en las grandes empresas textiles de propiedad de los japoneses. De esta época es esa obra tan interesante, «Los Conquistadores», de Malraux, justamente ubicada en el ambiente de esa huelga de los textiles.

Mientras tanto aquel ejército que creó Sun-Yat-Sen al mando del general Chiang-Kai-Shek, realiza «la gran marcha del norte», partiendo de Cantón va venciendo sucesivamente a los «señores de la guerra». En otras palabras, la República china se va haciendo dueña del territorio de la República China, ya que hasta ese momento estaba reducida a la costa. Entran al Valle del Yang-Tse-Kiang, se apoderan en Shanghai, pero no de las concesiones internacionales, y marchan hacia el norte, llegan a Pekín, que hacen

mente espontáneos, de los cuales el más famoso e importante será el «zapatismo», corriente encabezada por Emilio Zapata. Es un movimiento originalmente local del Estado de Morelos, del Sur de México, cuya principal producción típica de un clima tropical es la caña de azúcar. En este Estado los grandes propietarios, los políticos importantes, recurriendo a interpretaciones falaces de las leyes de la época, habían ido quitando tierras colectivas a los pueblos, los llamados «ejidos», así como las que correspondían a campesinos modestos que no tenían otra salida que convertirse en peones y medianeros al servicio de sus poderosos vecinos.

La irritación, odio y tensión creados encontró su canalización y exponente en la figura y actuación de Emilio Zapata, auténtico líder popular que sin mayores luces, pero con la fuerza que le daba su entusiasmo y sentido de la justicia, encabezó guerrillas que se apoderaron de las tierras de los grandes propietarios, las dividieron entre ellos, se pusieron a trabajarlas y las defendieron con las armas en la mano. Es un ejército típico campesino, que no salía de la zona donde actuaba. Zapata, incluso, se negó a tener un ejército permanente, porque decía que eso era cambiarle de oficio a su gente, y que si él los ponía de soldados se iban a olvidar de ser campesinos. El ejército se turnaba, durante una época estaban en las armas y durante otra trabajando en la tierra.

Estos movimientos fueron madurando el ambiente, y a propósito de la pretensión de Porfirio Díaz de ser reelecto una vez más, (ya tenía ochenta años), estalló un movimiento de carácter político y antirreeleccionista que culminó con las rebeliones que, casi simultáneamente estallan en las localidades de Chihuahua y Puebla, el 20 de noviembre del año 1910. En Puebla, un zapatero, Aquiles Serdán, lanza un manifiesto de tono socialista, y con unos vecinos inicia la resistencia.

Se abre el período revolucionario, y es una Revolución y no un simple movimiento campesino, o de algunos fanáticos del extremismo. Convulsiona todo el territorio, cambia su estructura social, reordena sus clases, y trae la transformación total del país. Sus protagonistas tuvieron conciencia de esto. En 1907 Ricardo Flores Magón, en un fragmento que vale la pena leer, decía que: «La Revolución que se inició a fines de septiembre del año pasado (es decir, en 1906, en una de las citadas intentonas) y que está próxima a continuar, es una Revolución popular, de motivos muy hondos, de causas muy profundas, y de tendencias bastante amplias. No es la revolución actual del género de las Tutapex y de La Noria, verdaderos cuartelazos fraguados por em-



Dice: «Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que poseen, cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva la recobrará el Estado y la empleará conforme a los artículos siguientes: «A los mexicanos residentes en el extranjero que lo soliciten los repatriará el gobierno pagándoles los gastos de viaje, y les proporcionará tierras para su cultivo. El Estado dará tierras a quien quiera que lo solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terreno que el Estado pueda ceder a una persona, para que este beneficio no sólo aproveche a los pocos que tengan elementos para el cultivo de las tierras, sino también a los pobres que carezcan de estos elementos; el Estado creará o fomentará un Banco agrícola que hará a los agricultores pobres préstamos con poco rédito y redimibles a plazos».

Pasando de la propaganda a la acción el Partido Liberal Mexicano organizó una serie de sublevaciones aprovechando el descontento general del país, agravado por las represiones sangrientas que se habían hecho en varias huelgas y el problema latente de la falta de tierra de los campesinos pobres, peones y medianeros.

Estos movimientos tuvieron la técnica del «putsch», o lo que en Europa se conoce con el nombre de «blanquismo». Es decir, grupos de conjurados, diez, veinte, cien a lo sumo, en una hora y día convenidos trataban de apoderarse de alguna población, atacaban a las fuerzas policiales o del ejército, y una vez triunfantes lanzaban un manifiesto, invitando a la población a adherirse a ese movimiento. La más importante de esas tentativas se va a realizar, ya iniciada la Revolución, en 1911; es la conquista de la Baja California, en que cien hombres se apoderan de la ciudad de Mexicali, su capital, instauran allí el gobierno o la administración de los Estados Unidos Socialistas Mexicanos, e intentan crear una especie de unidad política orientada de acuerdo a los principios del socialismo-anarquista.

En general, estas tentativas no tuvieron mayor eco en la población, pero sirvieron para incrementar los elementos rectores más audaces, despertar en la juventud energías escondidas, y nuclear alrededor de la tendencia antiporfirista a la mayor parte de lo que será después el equipo revolucionario.

Simultáneamente, e independiente incluso del «magonismo», se desarrolla en México un importante movimiento obrero que especialmente tiene que ver con los obreros de las minas, fábricas textiles, ferroviarios y en general los obreros urbanos.

En tercer término, hay movimientos agrarios relativa-

suya y se ponen en contacto con los japoneses dueños de Corea.

Se han discutido las razones por qué Chiang-Kai-Shek, después que conquista Shanghai y Pekín inicia la lucha armada contra los comunistas. Los esposos Lattimore, sugieren una razón de carácter internacional. Dicen éstos que «si los chinos entraran en conflicto con los japoneses, estando el gobierno aliado con los comunistas, a los japoneses les sería fácil encontrar o lograr la alianza de los occidentales que, a la postre, se convertiría en una especie de gerente de la intervención extranjera anticomunista en el año 25. Los chinos prefirieron perseguir a los comunistas, y tener a su favor a los Estados Unidos, Inglaterra y Francia frente a los japoneses, como realmente tuvo y como tiene Chiang-Kai-Shek hasta nuestros días.

Otra razón puede estar en una cuestión de clases. Chiang-Kai-Shek ha representado y representa a la clase capitalista china, a los comerciantes, navieros, banqueros, a los ricos chinos de ultramar, mientras que los partidos de la extrema izquierda se apoyaban en la pequeñísima clase obrera de los puertos — sólo tres millones de hombres — los intelectuales, y muy especialmente al campesinado pobre del interior.

Una tercera causa todavía sería la curiosa situación de los comunistas divididos en su interior por las tendencias stalinistas-trotskistas. El pleito entre Trotsky y Stalin va a tener una batalla en China, donde justamente la segunda novela de Malraux, «La Condición Humana», muestra de qué manera los trotskistas chinos fueron abandonados en la lucha por el gobierno ruso. Perdieron la batalla frente a los nacionalistas al no contar con la continuación de la ayuda rusa, que en ese momento era tan capital.

En marzo de 1927 Chiang-Kai-Shek, primero en Shanghai y después en Cantón se declara violentamente anticomunista, adopta una serie de represalias que significan la muerte de millares de militantes comunistas, un verdadero terror blanco. Los comunistas que pudieron huir organizan la retirada de esta zona de la costa, de Cantón y Shanghai, que se conoce con el nombre de «la larga marcha», 12.500 kilómetros. Formando una columna militar estas gentes marchan al norte y se instalan en las fronteras de China con Manchuria y Mongolia, lejos del alcance de los nacionalistas, en las provincias de Sen-Si, Kan-Su, y Min-Sia, que se van a convertir en una especie de feudo comunista. Estas regiones, que eran de las más pobres y atrasadas, fueron reorganizadas por los comunistas, colonizadas con sus dirigentes y su política, se formaron ejércitos e industrias como una especie de país comunista independiente de hecho. Los

60.000 soldados rojos dominan en un territorio poblado por 50 millones de habitantes.

Desde el año 27 al 36 se vive una guerra civil, confusa, difícil de estudiar, pues es de los comunistas contra los nacionalistas, de ambos contra los «señores de la guerra», y de todos ellos contra los japoneses y los demás intervencionistas extranjeros. El más grande de los problemas que tenían por entonces los chinos, no era sus divisiones interiores, sino el que planteaban los japoneses. En el año 1931, en un episodio que fué llamado — si se quiere con ironía — «el incidente de Manchuria», los japoneses se apoderaron de toda Manchuria, territorio tan grande como la Argentina y partiendo desde Corea y Manchuria comenzaron a avanzar sobre la propia China. Creyeron llegado el momento, en esa crisis, de apoderarse de China entera.

En el año 1934, ya dueños del Jehol — región del norte de China — entraron en la región de Kuantung, y finalmente intentaron apoderarse de Shanghai. Pero el nacionalismo chino a la fecha exacerbado, tremendo con toda la potencia que le pueden dar cientos de millones de individuos, declaró el boicot de las mercaderías japonesas, en una operación similar a la que Ghandi — por esos mismos años — hacía con respecto a la mercadería inglesa. Los japoneses empezaron a tener gravísimos problemas, porque su negocio — como país industrial — era vender a China sus productos. Además los chinos resistieron exitosamente con las armas en la mano a los japoneses, especialmente en Shanghai.

El gobierno de Chiang-Kai-Shek se hizo popular, y en el año 36 — exactamente el 25 de agosto del año 1936 — un incidente muy curioso fué que fuerzas armadas nacionalistas se negaron a atacar a los japoneses. Los comunistas hicieron todavía algo más, lo raptaron a Chiang-Kai-Shek, lo adoctrinaron y convencieron, y finalmente se hizo un pacto y volvieron todos a formar un frente único contra los extranjeros como en los años 22 y 27.

Se libra una espantosa guerra — de la que tenemos pocas noticias — que va desde 1937 a 1945. Ha sido posiblemente más sangrienta ella sola que todo el resto de las guerras del siglo XX. Los japoneses trataron de exterminar a los chinos con medidas como la importación del opio, medidas militares tremendas y la división dentro de los propios chinos. En Manchuria se creó un gobierno títere gobernado por un hijo de la última emperatriz manchú, para darle cierto viso de legalidad, y en cada una de las demás provincias se encontraba siempre alguien — como después los Quisling en Europa — al servicio de los japoneses.

Los chinos siempre que podían peleaban, cuando no podían retrocedían a las montañas y practicaban la guerra

en cuenta que este salario no es más que para salvar de la miseria al trabajador.

Otros puntos son la reglamentación del servicio doméstico: el trabajo a domicilio; adoptar medidas para que con el trabajo a destajo los patronos no burlen la aplicación del trabajo máximo y del salario mínimo; prohibir en absoluto el empleo de niños menores de 14 años; obligar a los dueños de minas, fábricas, talleres, etc., a mantener en las mejores condiciones de higiene sus propiedades y a guardar los lugares que ofrezcan peligro en un estado que preste seguridad a la vida de los operarios. Obligar a los patronos o propietarios rurales a dar alojamiento higiénico a los trabajadores cuando la naturaleza del trabajo de éstos exige que reciban albergue de dichos patronos o propietarios. Obligar a los patronos a pagar una indemnización por accidente de trabajo. Declarar nulas las deudas actuales de los jornaleros del campo para con sus amos. Adoptar medidas para que los dueños de tierras no abusen de los medianeros. Obligar a los arrendadores de los campos y casas a que indemnicen a los arrendatarios de sus propiedades por las mejoras necesarias que dejen en ellas.

Prohibir a los patronos, bajo severas penas, que paguen al trabajador de cualquier otro modo que no sea en dinero efectivo. Prohibir que se impongan multas a los trabajadores, o se les hagan descuentos en su jornal, o retarde el pago de «raya» por más de una semana, o se niegue al que se separe del trabajo el pago inmediato de lo que tiene ganado. Y suprimir las «tiendas de raya».

La expresión también existe en Uruguay: «tiendas de raya», comercios del interior de establecimientos industriales importantes, o estancias, en que, con el primitivismo de estos países, en vez de apuntar los gastos individuales que adelanta cada uno, van haciendo una rayita a cuenta de las unidades monetarias que consumen y a fin de mes suman las rayas que tiene cada uno.

Obligar a todas las empresas u organizaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores sino una minoría de extranjeros. No permitir en ningún caso que el trabajo de la misma clase se pague peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague en otra forma que a los extranjeros. Hacer obligatorio el descanso dominical».

El programa éste no era estrictamente revolucionario, era de vasta reforma social, pero resultaba revolucionario en las condiciones del medio. También este programa tiene capítulo de tierras, problema por excelencia en un país cuya población campesina es tan numerosa y cuyas demandas tan grandes.

En esos primeros diez años del siglo XX las figuras por excelencia son los integrantes del llamado Partido Liberal Mexicano. El liberalismo había sido la divisa que agrupaba a la gente de Benito Juárez y en cierto sentido el partido en que surgió y de que renegara Porfirio Díaz. So pretexto de la restauración de los auténticos valores del liberalismo, se organizan clubes de un extremo a otro del país formando el Partido Liberal, pero en el cual alrededor de 1905 prácticamente se producirá un vuelco de «liberal» a «libertario», de meramente liberal-progresista, a anarquista. Bajo la intervención de un ingeniero, Camilo Arriaga, comienzan a difundirse en círculo de los dirigentes de este partido las obras de los teóricos anarquistas y socialistas. La dirección corresponderá a dos hermanos de gran pujanza, vigor intelectual y valentía: los Flores Magón, hijos de indio y mestiza, uno de ellos (Ricardo) abogado y los otros estudiantes de Derecho adelantados. Estas gentes se convirtieron al anarquismo, y junto a ellos se agruparon otros individuos de la misma extracción social como por ejemplo, el profesor Librado Rivera, Juan Saravia, Práxedes Guerrero, que formaron un núcleo relativamente pequeño pero cuya actuación tuvo inmensa resonancia en el país.

El Partido Liberal Mexicano publica un periódico llamado «Regeneración», muchas veces cerrado por la dictadura, perseguidos y aprisionados sus dirigentes repetidas veces, debió publicarse en buena parte en los Estados Unidos, apoyado por los emigrantes, braceros mexicanos, instalados en los Estados meridionales.

No solamente vinculó entre sí los miembros de este grupo sino que suscitó un movimiento de opinión en el interior de México. Fué leído por los hombres de mente inquieta de la juventud de la época y constituyó la base de una transformación general del país.

Aun cuando la ideología de estos individuos fuera anarquista, por razones de táctica y comprendiendo que más perjudicarían a sus ideas que las beneficiarían al declarar el fondo de su pensamiento, agitaban programas e ideas propias del liberalismo: contra la perpetuación de Porfirio Díaz, a favor de las libertades, de la instrucción pública, contra la intromisión del clero. Pedían reformas constitucionales, se referían a los problemas planteados por los extranjeros, a los impuestos, pero, además, por primera vez lanzaron una serie de ideas de carácter social. En el programa que el Partido Liberal publica en el año 1906, se reclama establecer un máximo de 8 horas de trabajo y un salario mínimo de acuerdo a cierta proporción, teniendo



que ellos llamaban «a la española», la guerra de guerrillas, que significaba la muerte de los destacamentos pequeños que se aventuraban en los pueblos, guerra que iba contra los abastecimientos, líneas de comunicación, productos japoneses, guerra de desgaste, que ocasionó al Japón tremendos males. En cuanto a China le dió un ejercicio de su fuerza y poderío, una tremenda conciencia de sí misma y además fué, por primera vez, una guerra nacional.

Los guerrilleros — como sucede siempre en los guerrilleros, como sucedió con Zapata en México, en España más adelante — son campesinos, gentes del lugar que pelean cuando no están labrando sus tierras. Esto significó un entrenamiento bélico y político, porque se hizo conciencia de los problemas nacionales.

La segunda parte de esta guerra contra los japoneses se empalmó con la guerra mundial, y después del desastre de Pearl Harbour en el año 47 los chinos comenzaron a recibir abastecimiento por la famosa ruta de Birmania de parte de los americanos y de Rusia, por una carretera de Mogolia que tenía tres mil doscientos kilómetros. Basta decir esto, y que la ruta de Birmania estuvo cortada muy pronto, para explicar que los chinos tuvieron que pelear casi solos.

Su capital la llevaron a las montañas del interior, a Chung-King en el alto curso del Yang-Tse-Kian, y de sus méritos, lo más importante que se puede decir es que resistieron y sobrevivieron.

Los comunistas combatían con sus ejércitos propios, que una literatura abundante hacía populares, como por ejemplo, el «octavo ejército» y el «cuarto ejército».

El gobierno nacional no podía impedir que los comunistas, o los grupos que combatían, hicieran reformas. Así cuando terminó la guerra en 1945 había gente que hacía ya casi veinte años que vivían un régimen diferente del capitalista. Habían dividido las tierras o vivían en cooperativas que adquieren enorme importancia, especialmente entre los refugiados.

Cuando la guerra termina estalla casi automáticamente la guerra civil. Los japoneses se entregan, y los dos grandes de la vispera (EE. UU. y Rusia), casi inmediatamente, comienzan a ayudar a los dos bandos. El ejército y la flota norteamericanas proporciona a los nacionalistas elementos de transporte y pertrechos para dominar los puertos y ciudades importantes. A su vez el ejército ruso que habían ocupado Manchuria — en los últimos días de la guerra — la deja en manos de los comunistas y les permite su introducción en todas las provincias del centro y norte.

Las fuerzas de estas dos grandes agrupaciones, ya que

todas las demás se habían ido reduciendo, y tenido que ple- garse a ellas, son tremendas, explicables en China. El ejér- cito de Chiang tenía entonces cuatro millones trescientos mil soldados y el «ejército popular de liberación» de los co- munistas tenía un tercio solamente. Del 46 hasta el 50, aproximadamente, se libra una guerra civil que después de comenzar por victoriosas ofensivas a favor de los naciona- listas terminan por triunfar rotundos, cada vez mayores, de los comunistas. La explicación del triunfo comunista, re- lativamente fulminante, parece haber acuerdo general que se debía ,en buena parte, a la descomposición de lo que se llamaba «la camarilla de Chiang». Buena parte de los ar- mamentos pagados por los americanos y dados a los nacio- nalistas, a veces pasaba directamente vendido, por los sol- dados de los mismos generales a los ejércitos contrarios. Los ejércitos existían en el papel y había una red de espe- culación con la guerra. En el Parlamento norteamericano había un «lobby», grupo de presión, a favor de la China nacionalista, que ha promovido verdaderos escándolos en la investigación parlamentaria norteamericana.

El 21 de abril de 1949 cae Nanking, la gran ciudad ca- pital de Chiang-Kai-Shek, y en 1950 son conquistados por los comunistas el Tibet, hasta ese entonces bajo el protec- torado inglés y la isla de Hainán, prácticamente bajo el protectorado francés. Es decir, se ha llegado a la frontera con Indochina y la India. Sólo le queda fuera de sus ma- nos la isla de Formosa, defendida por la séptima flota nor- teamericana, por lo que los comunistas han acusado a los norteamericanos de intervenir abiertamente en esta gue- rra civil.

Lo demás es demasiado reciente y se viene desarrollan- do. Los comunistas en el poder han adoptado una serie de medidas que tienden a hacer pensar que este régimen, si bien es cierto que es un producto marxista-leninista, es pre- parado o aderezado al paladar o a la conveniencia de los chinos.

La medida más importante que se ha adoptado es la llamada Reforma Agraria, que consiste en dividir las gran- des propiedades entre los campesinos. Ha hecho de cada fa- milia china campesina una propietaria. Es un poco discuti- ble que esto constituya el Socialismo, o que esto tenga que ver con sus ideas más extremistas pues en el fondo es una medida simplemente progresista. Lo que la hace revolucio- naria es la cantidad, la cifra en que se aplica. La ley agraria del 28 de junio de 1950, según el art. 2º: «Las tierras y animales de trabajo, la maquinaria agrícola, los excedentes de grano y de edificios enclavados en las regiones rurales y pertenecientes a los terratenientes serán confiscados».

el detalle es significativo — están en relación con los obre- ron de Montevideo organizados en las mismas tendencias y tipos de entidades y son contemporáneas de la introduc- ción del socialismo y de la agremiación obrera en el Río de la Plata.

México—dicho por el más grande de sus historiadores— ha tenido sólo dos Revoluciones», sin perjuicio que sea el país por excelencia de los golpes militares, de las asona- das, de los generales. Estas dos Revoluciones fueron: la de la Independencia — episodio que participa todo el resto de América — y la llamada Reforma. La Reforma es un movi- miento de tipo liberal y progresista, contemporáneo de la instauración del Imperio extranjerizante que presidió Ma- ximiliano, que, protegido por las tropas francesas y espa- ñolas, en la década del 65, ataca México con la complicidad del partido reaccionario, conservador y católico y con la oposición del pueblo mexicano representado por su presi- dente, Benito Juárez. La resistencia victoriosa de Benito Juárez a la invasión le dió el prestigio necesario para impon- ner un conjunto de reformas realmente revolucionarias, consistentes, especialmente, en disposiciones tendentes a li- mitar la influencia e importancia de la Iglesia, poner en venta los vastos bienes que poseía, instalar una enseñanza reformada, al estilo de la que José Pedro Varela instala en Uruguay por esos años, renovar todo el estilo de vida y de administración del país. En una palabra, modernizar a Mé- xico y ponerlo a la altura de los países adelantados

Uno de los generales surgidos de la Reforma será Porfirio Díaz, que a comienzos del siglo XX se encuentra ya en su sexta presidencia. Episodio desgraciadamente tan común en América Latina exime, por cierto, de comentario.

Bajo el gobierno de Porfirio Díaz se realiza un vasto movimiento alentado por sus partidarios, llamados por los mexicanos, «científicos», pues eran en filosofía positivistas, que procuran la organización material del país, impulsan la instalación de las primeras fábricas, el tendido de ferro- carriles, el desarrollo de la minería, no directamente ellos, ni por ciudadanos mexicanos, sino a través de compañías extranjeras. Como ha dicho R. Barrett, en cierto sentido, Porfirio Díaz era una especie de síndico de una empresa económica en la que tenían interés todos los países capita- listas, con excepción de los mexicanos, que ponían sus bra- zos y su país, pero no participaban de sus beneficios.

El país, simultáneamente, se encuentra sometido a una ignominiosa dictadura militar. Ese es el ambiente donde co- mienza en el año 1900 una agitación vastísima, simultánea en varios extremos del gran país, que en 1910 estalla en la Revolución Mexicana.

por 100. Esto nos muestra cómo la Colonia, y después el episodio de la Independencia desde Morelos e Hidalgo hasta 1910, ha ido sumergiendo el factor blanco que significó la Conquista, y aquella base indígena, primigenia, de México he terminado por imponerse.

México es, entonces, por definición un país de indios y de mestizos, herederos de la tradición cultural, representada por la vieja sociedad precolombiana, descendiente de las antiguas y extraordinarias civilizaciones que existían en aquel país a la llegada de Cortés. A lo largo de la Colonia, y luego en la época de la independencia han continuado siendo el sustentáculo humano del país, especialmente como agricultores.

Si examinamos todavía hoy, la distribución de la población en urbana y rural, encontramos que hay solamente doce millones de habitantes en las ciudades contra dieciséis millones de habitantes en los campos y que ésta es rigurosamente autóctona mexicana. Debe ser uno de los países del mundo, especialmente en América, donde menos señales se encuentran del mundo exterior, pues hay solamente cien mil extranjeros en todo el país, de los cuales la mitad están en la capital.

Esta población con base india, es señaladamente rural ya que en la actualidad tenemos cien mil localidades en todo México, pero de ellas sólo 323 son ciudades, es decir, más que noventa y ocho mil son pueblos, villas, lo que ellos llaman «congregaciones», es decir, villorrios. Esta población campesina de raza indígena, aferrada a viejas tradiciones da la impresión que sobre ella ha pasado la conquista blanca sin vencerla y ha seguido una línea, relativamente recta.

Ya por 1869, es decir, una época relativamente temprana, no sólo para América sino para el mundo, en la localidad de Chalco hay un curioso intento de un movimiento social de tipo revolucionario que se hace bajo la divisa de «Viva el Socialismo» y, a partir de esa fecha, habrá numerosos intentos en las ciudades vinculados a la Sociedad Internacional de los Trabajadores, y en los campos a la tendencia de Reforma Agraria, que muestran cómo las ideas sociales más extremas del mundo occidental se adentran en la sociedad mexicana.

Bajo la dirección de un traductor de Proudhon, de origen griego, Plotino Rodakanaky, en México en la década del 70, se organizan las primeras federaciones de sindicatos y se estructuran agrupaciones, algunas de ellas muy curiosas, por ejemplo, un Partido Comunista Mexicano, lo de comunista como sinónimo de anarquista, anarco-comunista, por oposición a socialista—reformista. Estas federaciones —

Art. 3º: «Las tierras pertenecientes a los santuarios, a los templos, a los monasterios o a las iglesias, a las escuelas y otras edificaciones enclavadas en las regiones rurales serán requisados». Y el Art. 10 dice que: «Todas las tierras y todos los otros medios de producción confiscados o requisados, con excepción de aquellos que deban ser nacionalizados conforme a la presente ley, deberán ser remitidos a las federaciones campesinas de las comunas rurales, y distribuidos de una manera unificada, equitativa y racional entre los campesinos pobres que no posean tierras, o que posean muy pocas, y carezcan de otros medios de producción».

¿Este reparto de tierras a qué cantidad de gente alcanza? Como siempre sucede con China las cifras tienen oscilaciones tremendas, que no sabe uno de qué dudar, si de la estadística o de la propaganda. En un folleto oficial se habla de este programa de tierras para 430 millones de individuos. Una autora chilena, la Profesora Poblete, que ha escrito unos trabajos muy interesantes sobre China —también comunista— dice que «más de trescientos diez millones de chinos son, hoy día, propietarios gracias a esta ley». Naturalmente que, entre 430 y 310 hay la pequeña diferencia de 120 millones.

Este plan se realiza en etapas. Se empezó por cumplir en las provincias, digamos de tradición socialista o comunista, y luego se ha ido extendiendo a las regiones periféricas. Incluso también Valey dice que no se aplica en las regiones mahometanas, es decir, a las provincias del Turkestán chino, y posiblemente con ese ritmo que es más chino que ruso con que se hacen las cosas, ellos esperan hacerlo en una próxima etapa.

La importancia histórica que tiene una medida como ésta es inmensa, porque podrá suceder que el comunismo sea desplazado, y en la China podrá pasar cualquier cosa, pero la experiencia dice que cuando hay estos repartos de tierras nadie deja la tierra que recibió, y más en un pueblo de agricultores. En las novelas de Pearl Buck, por ejemplo «Madre Tierra», se percibe el sentido casi religioso que tiene la tierra para el pueblo chino.

Un segundo aspecto del nuevo régimen en China ha sido la realización de grandes obras, a propósito de las inundaciones, también un problema de carácter nacional.

Los chinos —males de las grandes civilizaciones— a lo largo de los siglos han ido desforestando el territorio, como sucede en países de gran agricultura. Es difícil encontrar árboles en China central, salvo un árbol enano, que crece para los jardines o el bambú y esto ha traído como consecuencia un clima que va desde los excesos de las sequías a las inundaciones más tremendas.

Los ríos Yang-Se-Kián y Huang-Ho cambian de curso y arrasan provincias enteras. El nuevo régimen ha puesto el acéto en el control de las inundaciones, y tal vez esto le va a dar prestigio suficiente para subsistir. Se ha dicho que los Faraones egipcios tal vez fueron capaces de establecer un régimen de cierta firmeza porque dirigieron los trabajos de organización hidráulica del Nilo, como los sacerdotes en la Mesopotamia. Con ese mismo criterio práctico los comunistas chinos han comenzado a ocuparse de este problema, que seguramente les va a dar más popularidad que las cuestiones de carácter ideológico que, a un pueblo iletrado en su inmensa mayoría, no les pueden llegar.

Un informe oficial dice que las áreas sujetas a estas inundaciones entre 1949 y 1952 han disminuido en un 80 %. Puede ser que eso dependa del año, pero de todas maneras la diferencia es sugestiva, y se han emprendido una serie de obras de contención, canalizaciones, represas, etc.

Por otra parte —con la colaboración de Rusia—, hay un plan quinquenal para industrializar al país. China tiene recursos fabulosos en materia de carbón y de hierro que nunca habían sido explotados, y ésta sería la oportunidad de convertirse en un país industrial. Seguramente esa industrialización de China se hará a costa del bajo nivel de vida de los proletarios. Ha sucedido en el caso de Rusia, pero a la larga el país estará dotado de una industria propia y se transformará la estructura social. Podrían citarse asimismo las nuevas disposiciones en materia de nacionalidades (imitada de Rusia), sobre organización de la familia que procura la dignificación femenina e higiene, que podrían modernizar al país.

Políticamente el gobierno central y las administraciones locales son el monopolio del llamado «Frente Único de las Cuatro Clases» en que interviene el Partido Comunista, necesariamente con un 51 % de miembros y el resto dividido entre nueve pequeños partidos no marxistas y algunos incluso burgueses.

Para conocer la conciencia que tienen los propios chinos de la importancia histórica de este momento leamos un párrafo de un miembro del comité central del partido comunista chino, celebrando los treinta años del Partido Comunista Chino: «Con la victoria de la Revolución China la población de los países socialistas y democráticos populares es hoy de ochocientos millones de habitantes, es decir, las dos quintas partes de la población del globo terráqueo, que representa políticamente un todo único. Todos comprenden que al triunfar la Revolución China se produjeron grandes cambios en el mundo. La victoria de la Revolución Popular China tiene una clara superioridad de la fuerza en el campo

de la paz y de la democracia, sobre las fuerzas del campo imperialista de la agresión. Ha llegado la hora en que la situación cambie patentemente en contra del imperialismo, en que todos los caminos conducen al comunismo».

Es decir, que a juicio de los estrategas de la política internacional del Comunismo, el triunfo de China puede ser la llave del triunfo final de este sistema. Naturalmente, todo esto no se ve exactamente cuando puede dar sus frutos, pero las cifras son elocuentes. Los que no están conformes con esto, tal vez, no tengan otra solución que la preconizada por los ingleses, y algunos norteamericanos, contra la política oficial del partido Republicano, en el sentido de obtener que China cobre conciencia de su personalidad, de su característica propia, y que deje de ser una servil aliada de Rusia, que haga su Revolución.

Otra variante termina de sugerirla Bertrand Russell, el Occidente, inclusive Rusia, se uniría contra la China revolucionaria.

Hipótesis aparte, lo evidente es que en el futuro de la Humanidad China ha de representar un papel mucho más considerable que hasta la fecha.

#### CAPITULO IV

#### LA REVOLUCION MEXICANA DE 1910

La Revolución Mexicana de 1910 es una vasta crisis social que pone en movimiento a uno de los países más importantes de nuestra lengua, tiene una gran significación en el conjunto de América Latina, y repercute en forma directísima en nuestra sensibilidad y costumbres.

México presenta el entendimiento de dos características bien distintas, cuya mezcla se ha revelado explosiva. Por una parte, una estructura social inestable muy particular, y por otra las ideologías extremistas de carácter social de Europa, que surgidas en aquellos países, lo mismo que han llegado al Lejano Oriente llegan a América Latina.

Por 1910 el total de la población de México, si examinamos los cocientes relativos a las razas, encontramos que la raza blanca solamente tiene un 9 por 100 del total de la población; aun sumado a extranjeros de raza blanca, y los desconocidos, apenas alcanza al 11 por 100 del total. Los indios puros son el 30 por 100 del total de la población, es decir, uno de cada tres mexicanos, en aquella época, era un indio puro. Los mestizos dan el total restante con casi 60

# Ideas sobre educación

## I

**L**A civilización que disfrutamos hoy es en extremo compleja. Formada de diferentes contribuciones, pequeñas y grandes, venidas de pueblos e individuos conocidos y desconocidos los más, sería difícil, si no imposible, trazar sus verdaderas fuentes de origen.

Si bien es verdad que esta civilización nuestra o del Oeste ha sido precedida por muchas otras originadas en el Este, tales como las persas, las egipcias, las chinas, las hindúes, las fenicias, etc., etc., de las cuales ha extraído gran parte de su armazón incluyendo el alfabeto y el sistema de números por si fuera poco, no podemos detenernos a enumerar lo que en sí arrastramos perteneciente a cada una de ellas, ya que sus preceptos morales y las más veces sus teorías filosóficas aplican a todas por igual cuando son estudiadas individualmente. Por tanto, hemos de dar marcha atrás y referirnos a lo que han sido fundamentos y puntos de partida, con una pauta de continuidad, de nuestra cultura: las civilizaciones griega y romana.

Estas civilizaciones, con ciertas alteraciones sufridas en su desarrollo interno debidas a las intromisiones, la mayoría efímeras, de pueblos erráticos, han traído hasta nosotros esa mezcla de ideas que, emanadas de pueblos e individuos, al querer nosotros trazar las huellas de ellos, se pierden en el concierto de la historia. De forma que, al examinar las ideas sobre educación, que sustentaron muchos grandes hombres, queremos dar una ojeada aunque sea somera, a la vida y sistema de educación que gozaban estos pueblos en los tiempos en que estas ideas hicieron su aparición, pues hemos de tener en cuenta que casi siempre las nuevas ideas fueron acogidas por la generalidad del pueblo, y especialmente por las clases dirigentes, como meras teorías utópicas. Y cuando llamaron la atención de la mayoría, hasta el extremo de amenazar la preponderancia de las ideas convencionales, sus defensores eran perseguidos, escarceados y aherrojados.

En Europa el pueblo griego fué el primero en alcanzar un grado elevado de educación, pues como decía Platón, todo lo que los griegos heredaron de otros pueblos, era convertido, o mejor dicho, transformado, en algo más noble.

Grecia se hallaba dividida políticamente en pequeños Estados, cada ciudad era uno. Estos, constituidos en clases dominantes, formaban el poder, y, a pesar de que el gobierno, en muchos de ellos, evolucionó en sentido democrático, no todo el mundo que lo componía llegaba a ser ciudadano de la república. Los componentes de ésta se hallaban divididos en ciudadanos, extranjeros y esclavos. Estos últimos excedían en número a las otras dos clases juntas.

La ciudadanía se adquiría por nacimiento y era mantenida por medio de cierta educación, y sólo esta ciudadanía daba libre acceso a todas las actividades privadas,

públicas y sociales de la nación. La situación de esclavo también era hereditaria o por caída accidental de gentes, de otros pueblos en manos de los griegos bien en acción de guerra o piratería. La de los extranjeros la componían todos aquéllos que por circunstancias de comercio u otras razones residían en el país. Por tanto, la participación en las actividades públicas incluyendo ritos, solemnidades, fiestas religiosas, etc., estaba reservada a aquéllos que se hallaban en posesión de la ciudadanía; extranjeros y esclavos no tenían acceso a ella.

Aunque no en todas las ciudades griegas se aplicaban las mismas reglas a los extranjeros, generalmente éstos eran considerados sospechosos. En definitiva se puede decir que la educación en Grecia era la educación de los hijos de las clases gobernantes, lo cual cabría interpretarse también como el aglutinante para la perpetuación de una casta en el gobierno y administración de la nación.

Platón describe el sistema de educación para la juventud griega de la forma siguiente:

«La educación y la admonición comienzan en los primeros años de la niñez y dura hasta el final de la vida. Madre y nodriza, padre y tutor, discuten sobre los progresos del niño desde el momento en que éste es capaz de comprenderlos. El niño no puede hacer o decir una palabra sin que aquéllos (padres y tutores) le digan que esto es justo y aquello injusto; que esto es honroso y aquello deshonesto; que esto es sagrado y aquello profano; haz esto y abstente de hacer lo de más allá. Si el niño obedece, bien, si no, se le corrige por medio de amenazas y golpes, se le trata como a un trozo de madera pandeable. Más tarde lo mandan a los maestros, a quienes les recomiendan de cuidar la conducta y maneras del niño, más, incluso, que de sus lecturas y música, y los maestros obran de la forma en que se les ha dicho que obren. Cuando el muchacho ha aprendido su abecedario y está empezando a comprender lo que se escribe, ponen en sus manos las obras de los grandes poetas, las cuales lee en la escuela. En estas obras se hallan contenidas muchas fábulas, cuentos y amonestaciones, elogios y encomios de hombres famosos, los cuales es preciso aprender de memoria a fin de que estos grandes hombres puedan ser imitados o parodiados por el muchacho, y así llegue a aspirar a ser como ellos. A continuación el maestro de la lira pone igual cuidado en que sus jóvenes discípulos tengan templanza, que no sean belicosos, y cuando les ha enseñado el uso de la lira les presenta poemas de poetas líricos; y a estos poemas les dan música, haciendo la armonía y ritmo bastante familiar al alma del niño para que de esta forma aprenda a ser apacible, armonioso y cadencioso, preparándolo para la palabra y a la acción, pues la vida del hombre necesita armonía y ritmo.

Después lo mandan al maestro de gimnasia a fin de que su cuerpo pueda auxiliar a la mente virtuosa y para que no se vea obligado por debilidades corporales a hacer el cobarde en la guerra o en otra ocasión cual-

quiera. Esto es lo que hacen aquéllos que tienen medios, y aquéllos que tienen medios son los ricos. Sus hijos empiezan la educación más pronto y terminan más tarde.

Cuando han terminado los maestros, el Estado les fuerza una vez más, a que aprendan leyes y a que vivan de acuerdo con el patrón que les provea éste y no de acuerdo con sus gustos o inclinaciones, y lo mismo que aprendiendo a escribir el maestro de escritura, con un estilo, traza las líneas primero para el uso del joven principiante, le entrega la tablilla y le hace seguir la línea, de igual forma la ciudad-Estado formula las leyes que fueren invención de antiguos legisladores. Estas leyes las da al joven para guiarle en su conducta bien como gobernante o como gobernado, y aquél que las viole será corregido, es decir, traído a razón, pues éste es el término usado en su país y en muchos otros.»

Las mujeres no participaban de esta educación. Hasta la edad de siete años niños y niñas formaban parte de la familia permaneciendo en casa al cuidado de las madres o nodrizas y gozando de la vida que a esta edad gozan los chicos de ambos sexos en todos los lugares del mundo. Después las niñas quedaban en casa recluidas bajo el cuidado de las madres, quienes les enseñaban e instruían en las labores de la casa; los niños eran enviados a los maestros a que aprendieran diferentes disciplinas. De esta forma quedaban separados por sexo.

Muchas chicas, al mismo tiempo que a coser, tejer, bordar y otros menesteres, aprendían a leer y a escribir, siempre ayudadas por sus madres o nodrizas, pero sin salir de casa. De hecho las mujeres no gozaban de los derechos del ciudadano aunque los varones de casa fueran ciudadanos libres; podría decirse que el género femenino formaba otra clase aparte. Las mujeres vivían una vida de recluso, sin tomar parte en la vida pública, y, al igual que los árabes, cuando el marido traía algún amigo a casa, las mujeres tenían que retirarse y no aparecer ante él.

Jenofonte, por boca de Sócrates, nos da buena información sobre la educación de las muchachas griegas. «Ah, dice Sócrates a Iscómacos, eso es lo que yo quería preguntarte y aprender de tí. ¿Educaste a tu mujer para que fuera lo que debe ser una esposa, o cuando la recibiste de manos de sus padres poseía ya la habilidad y presteza apropiadas para llevar a cabo los deberes de una esposa? Bien instruída... respondió ¿Qué perfeccionamiento o presteza podía tener si contaba 15 años cuando nos casamos y durante el periodo previo de su vida había sido cuidadosamente educada a ver y oír lo menos posible y a hacer cuantas menos preguntas mejor ¿O crees tú que uno no debe darse por satisfecho si a la hora de su puesta en estado todas sus experiencias consistían en saber preparar la lana, hacer un vestido y ver que las criadas de casa realizan debidamente las labores asignadas?»

Los maestros de escuela por su parte, a pesar de que la educación era uno de los puntales básicos que sostenían al ciudadano griego, no contaban con el prestigio y respeto que podría esperarse de un pueblo como el que nos ocupa. A la inversa, se les miraba con irritación y cierto desprecio hasta el extremo de considerarse un insulto el que le llamaran a uno maestro de escuela. Así, cuando Demóstenes ataca a Esquines, trata de denigrarlo por el hecho de que su padre fué maestro de enseñanza primaria, diciéndole: «De niño te criaron en la abyecta pobreza, esperando a tu padre en la escuela pulverizando la tinta, lavando los bancos, barriendo el

local y haciendo el trabajo de un lacayo más bien que el del hijo de un hombre libre». Pero no debemos extrañarnos, este «achaque» seguirá a los maestros a través de la historia hasta nuestros días.

Los maestros, siendo particulares, adquirían su medio de vida cobrando una cuota a los alumnos, por lo que su posición dependía también de sus cualidades y por tanto de la clase de alumnos que podían agenciarse dada su especialidad y grado alcanzado en la disciplina que enseñaban.

Entre los siglos tercero y cuarto anteriores a la era vulgar apareció una nueva escuela a cuyos componentes se les llamó sofistas. La palabra sofista no significaba otra cosa que maestro o profesor. El sofista era un hombre que se dedicaba a la enseñanza de todo lo que creía que era necesario para la vida práctica; por tanto su sistema de enseñanza no se ajustaba a programa alguno y ésta se hallaba limitada al número de aquellos que podía pagarla. Sobre esto tenemos el testimonio de Sócrates, entre otros, cuando dice: «Soy el primero en confesar de que nunca he tenido un maestro, aunque desde mi niñez he deseado tenerlo. Pero soy demasiado pobre para darle dinero a los sofistas que son los únicos profesores con un perfeccionamiento moral.»

Los sofistas, al aceptar dinero por los servicios que prestaban, hicieron levantar críticas acerbas contra ellos, pues esto implicaba el que todos aquellos que tuvieran medios para proveerse de la instrucción que éstos les ofrecían adquirirían una superioridad definida sobre sus conciudadanos.

Los sofistas dieron vida también a la filosofía individualista de la sociedad. De acuerdo con éstos el hombre, el individuo, es la medida de todas las cosas y basándose en estos principios anteponían los derechos del individuo a las reivindicaciones de las leyes y de las costumbres. El impacto de esta escuela y de su enseñanza en la vida del pueblo griego podíamos darlo a conocer citando a varios de los contemporáneos de ellas, pero cerremos con la opinión que le merece a uno de los filósofos contemporáneo nuestro; a mi parecer, el más grande de todas las épocas: Bertrand Russell. «Lo que los sofistas tenían que enseñar no estaba según ellos, en consonancia con la religión ni con la virtud. Ellos enseñaban el arte de argumentar y todos aquellos conocimientos que pudiera ayudar a este arte. Hablando abiertamente estaban dispuestos, como los abogados modernos, a enseñar la forma de argumentar en pro y en contra de cualquier asunto, sin interesarse en sacar conclusiones propias. Aquellos para quienes la filosofía era un paso en la vida íntimamente ligado con la religión, naturalmente, quedaban defraudados, para éstos los sofistas aparecían ser frívolos e inmorales.

«Hasta cierto punto, imposible de concretar, el odio que se crearon los sofistas no solamente con el público en general, sino con Platón y subsiguientes filósofos, era debido a sus méritos intelectuales.

«La verdad cuando es sincera y de corazón, debe dejar de lado las consideraciones morales; no podemos saber de antemano en que consideración constructiva se convertirá la verdad en una sociedad determinada. Los sofistas se hallaban dispuestos siempre a proseguir argumentando hasta no importa donde el argumento pudiera conducirles.»

Aunque sin método ni principios propiamente establecidos sobre educación ya que lo que conocemos de sus ideas nos ha llegado a través de sus contemporáneos Pla-



tón y Jenofonte particularmente, Sócrates merece ser citado siempre que se hable o escriba sobre ideas de educación, pues a mi parecer, con su método sistemático basado en principios generales, llega a tocar en lo vivo más que nadie. La educación, a pesar de los sistemas que han tratado de aplicarles hombres geniales de todas las épocas, sigue expuesta a toda clase de especulaciones.

Según Aristóteles hay dos cosas que se le pueden atribuir a Sócrates sus discursos inductivos y sus definiciones generales. Por el método inductivo llegaba a la definición, y aunque los resultados alcanzados de esta forma no fueran rigurosamente exactos científicamente, sin importarle un bledo la crítica de los demás, pues en todo momento declaraba de que su saber consistía en saber que no sabía nada, es decir, que sabía medir el alcance de su propia ignorancia. Se jactaba de que sin conocimientos, poseía la virtud de descubrir la presencia de éstos en los demás y la fuerza o poder de ayudarles a sacarlos a luz.

Yo creo que su gran aportación a la educación está en ese empeño que pone en arrancar al hombre de esa posición falsa que crea la satisfacción de sí mismo, la cual creía él ser la causa de sus desgracias, y llevarlo a conocerse y a criticarse a sí mismo.

«Aquí está», dice Sócrates, «el mal de la ignorancia, que aquel que ni es bueno ni culto se halla satisfecho de sí mismo, sin ambiciones por aquello que no posee».

Esta era la misión que se proponía llevar a cabo, o mejor dicho, se creía predestinado a realizar: hacer sentir a los hombres esta necesidad; enseñar a los otros lo que él sabía, reconocer los límites de sus conocimientos. Se proponía hacer sentir a los hombres una eterna insatisfacción de sus conocimientos y educación. En este sentido obraba Sócrates, incluso con los gobernantes. He aquí lo que dice en uno de los párrafos de su defensa dirigiéndose a los jueces que le juzgan y le condenan a beber la cicuta: «Soy el tábano que Dios ha agregado a la república y en todo el santodía y en todas partes estoy siempre imputándoos, incitándoos, reprochándoos y tratando de persuadiros.»

Esta forma de incitación a la búsqueda de conocimientos tan característica del procedimiento socrático, requería siempre la presencia de una segunda persona, fuera la que fuera, ya que Sócrates poseía mil artimañas para atraer a los hombres al terreno que se proponía en persecución de la verdad, por lo que de continuo y hasta que fué detenido y acusado de corrupción de la juventud ateniense, se le veía en calles, mercados, plazas y reuniones íntimas como decía él, imputando, incitando, reprochando y tratando de persuadir, al mismo tiempo que haciendo despertar en todo el que le escuchaba «l ansia y deseo de superación».

Platón en las «Leyes» nos ha hablado extensamente de educación (en todos sus escritos hace referencia a este importantísimo tema) y, sin ocuparnos de la misión que según él ésta debía realizar en el individuo, vamos a tratar de exponer lo que fueron sus ideas principales sobre educación empezando por la tierna infancia.

«Lo primero que debemos obtener», dice, «es que los niños sean bien conducidos porque todo depende del empezar. El ser humano puede crecer hasta la edad de veinte años, pero la mitad de su crecimiento se realiza en los primeros cinco años. Ahora bien, crecimiento implica nutrición y la nutrición de los niños, en proporción con su talla, es de necesidad imperiosa. De aquí se deduce que éstos han de realizar una gran cantidad de

ejercicios corporales hasta la edad de cinco años. La forma más simple para exponer lo que antecede sería diciendo que los niños deben vivir como si de continuo estuvieran en el mar. Incluso las niñas, por pura experiencia, saben eso, pues cuando quieren dormir a los niños emplean la acción y no el reposo. Ellas balancean a los chicos, los mecen y no usan el silencio para dormirlos, sino el canto.

«Lo que hemos de observar a continuación es que los niños pequeños lloran y patean, mientras que los que son un poco mayorcitos chillan y saltan de su sitio para otro de una forma desordenada. Pues un niño de tres años o menos no puede expresar sus necesidades más que llorando y como tres años es una porción considerable de la vida humana para gastarla bien o mal, la educación debe de empezar de este hecho y construirse sobre él. Dolor y placer son las únicas sensaciones que conocen los niños y podríamos considerar que lo justo sería darles todo el placer posible y evitarles todo el dolor que podamos. Eso no es así. Lo que queremos enseñarles es que el estado de calma está tan separado del placer positivo como del dolor. Para llevar a cabo esto hemos de aprovecharnos del hecho de que desde la más tierna edad los niños toman apego y cierto interés a tonos y compases. Estas dos cosas, por tanto, deben ser nuestros instrumentos principales para los tres primeros años de la vida; pues por el desarrollo de estos instintos podemos transformar gradualmente los gritos y chillidos naturales, en cantos, y las patadas y saltos, en bailes. Si se les castiga hemos de tener cuidado no emplear formas de castigo que produzcan ira y hosquedad. Por lo que toca a los juegos, por instinto los chicos inventarán de una forma espontánea y voluntaria. Vale más dejarlos solos.»

En cuestión religiosa Platón decía que los chicos deberían atender a los servicios religiosos a la edad de seis años. Por lo que respecta a la coeducación, seguía la corriente de su tiempo, considerando que niñas y niños deberían ser separados en la escuela a la edad de seis años ya que a esta edad unos y otros, habrían de emprender métodos de educación física e intelectual distintos.

«La gimnasia debe figurar en el plan de educación del infante como principal tema, pero no debe darse toda la vida a este ejercicio, «pues todo aquel que no hace otra cosa más que esto, termina siendo un ser incivilizado, igual que una bestia, todo violencia y animalidad ya que no conoce otro medio de comportarse. Vive en la ignorancia y en condiciones desagradables, sin noción de la corrección ni de la gentileza.»

Otro importantísimo medio en la educación es la música. Según Platón ésta tiene dos funciones, «una el acompañamiento de las bellas palabras de los grandes poetas, la otra, el acompañamiento de las danzas y ejercicios de todos los miembros del cuerpo humano.» Pero advierte que no se debe enseñar a los niños nada elaborado o profesional, sino simples ejercicios físicos y canciones sencillas.

«Los juguetes y los juegos a esta edad», dice Platón, «son importantísimos». «El mayor revolucionario es aquel que inventa nuevos juegos y produce los juguetes más bellos, pues el chico que ha jugado a juegos diferentes y variados durante sus tiernos años llegará a ser un hombre diferente de aquellos otros que en su niñez se han desarrollado en medio de juegos rutinarios.»

Nunca es demasiado temprano para empezar el ejer-

scio de la educación. «El principio de no importa qué obra», nos dice Platón, «es la parte más importante especialmente en el caso de seres tiernos y jóvenes.» El medio ambiente lo considera como un factor poderoso que puede moldear el carácter del niño en un sentido u otro con suma facilidad y sobre esto nos dice Platón: «No podemos dejar al niño desarrollarse en medio de imágenes con deformidades morales, como en ciertos apacentaderos nocivos, y herbajear y alimentarse de yerbas y flores nocivas, día tras día, poco a poco, hasta que silenciosamente reúne una ponzoñosa masa de corrupción en su propia alma. Procuremos que nuestros artistas sean aquellos que tengan la capacidad de discernir la verdadera naturaleza de lo bello y de lo elegante; que nuestra juventud viva en un terreno saludable, en medio de vistas despejadas y sonidos agradables y que reciba lo bueno de todas las cosas, y la belleza, la afluencia de las buenas obras, volarán a sus ojos y oídos lo mismo que una brisa saludable viniendo de la región más pura, e insensiblemente llevará al alma desde los más tiernos años a la armonía y relación con la belleza de la razón.»

De acuerdo con los que hemos leído ni qué decir tiene que Platón no podía estar de acuerdo con la creencia de mentes retardadas y existentes aún que hacen suyo el dicho de los proverbios judaicos de «la letra con sangre entra». «Los ejercicios corporales cuando son forzados dañan al cuerpo, y los conocimientos adquiridos bajo presión no toman asiento en el cerebro. Luego, no presionemos sino dejemos que la educación primaria sea una clase de juego, de esta forma seremos capaces de descubrir las inclinaciones naturales del niño.»

He aquí como colofón a este picoteo mío en el método de educación primaria platónico, un resumen de lo que él entiende por tal. «Por educación quiero decir ese primer entrenamiento que le es dado a los instintos y virtudes en los niños por medio de hábitos apropiados, cuando el placer, la amistad, el dolor o el odio son llevados directamente a las almas aún incapaces de reconocer la naturaleza de ellos y que después de haber alcanzado razón, los encuentran en armonía con ellas. Esta armonía del alma, considerada en su conjunto, es la virtud; pero el entrenamiento particular en lo que se refiere al placer y al dolor, que lleva a uno a odiar lo que debe odiarse y a amar lo que debe amarse desde el principio de la vida hasta el fin puede ser separado, y esto en mi opinión, será llamado justamente educación.»

El objetivo de la educación superior no ha de ser tampoco la mera extensión de los conocimientos, sino la conversión de un alma del estudio del mundo sensible a la contemplación de la existencia real.

«Así, si no estoy equivocado», dice, «muchos profesores deben no estar en lo cierto cuando dicen que pueden llevar al alma conocimientos que no existían allí anteriormente, como la vista a ojos ciegos. Pues nuestros argumentos demuestran que la fuerza y capacidad de aprender existen ya en el alma y justamente lo mismo que el ojo no podría pasar de la oscuridad a la luz sin el conjunto del cuerpo, sólo haciendo vibrar al alma puede el niño llegar a ser hombre en el más alto y buen sentido de la palabra.»

J. RUIZ

## VIDA DE CENIT

La relación de donantes individuales y aportaciones colectivas en pro de nuestra revista continúa. Y continuará hasta la publicación de la última cantidad recibida, para satisfacción particular de todos los participantes en esta cruzada solidaria y para la general de todo nuestro Movimiento.

Hoy os ofrecemos la lista siguiente:		C. de Relaciones del Núcleo de		Fermin Aula .....		5 —
De la F. L. de Macon		Provenza .....		20 —	Antonio Gómez .....	7, 50
M. Blasco .....	10 —	Secretariado de la F. L. de		Pedro García .....		3, 50
F. Perelló .....	10 —	Marsella .....		30 —	XXX M. ....	1 —
José González .....	10 —	Donantes de la F. L. de		José Campuzano .....		10 —
Ramón Mascarilla .....	10 —	Marsella		Martina Pérez .....		2, 50
Ambrosio Marcos .....	10 —	Raimundo Gómez .....		3 —	Manuel Viñes .....	10 —
Miguel Cortés .....	2 —	Antonio Alorda .....		2, 50	Juan Serra .....	10 —
Domingo González .....	4 —	Salvador Blasco .....		10 —	Antonio Nogüero .....	5 —
Manuel Giménez .....	5 —	Joaquín Pascual .....		5 —	Ismael Planas .....	5 —
Marcos Toledo .....	5 —	Ladislao Saiz .....		5 —	Antonio España .....	5 —
José Bernard .....	10 —	José Alfonso .....		1, 30	Diego Moreno Oca .....	5 —
Alberto Pelegrin .....	3 —	Andrés Martín .....		4 —	Alejandro Rodríguez .....	5 —
José Martínez .....	5 —	Raquel Castro .....		5 —	Felipe García .....	5 —
Celio Durán .....	5 —	Antonio Signes .....		5 —	Pablo Vega .....	2 —
Vidal González .....	5 —	José Crespo .....		5 —	Joaquín Triplana .....	5 —
Martín Bueno .....	3, 50	Miguel Torres .....		5, 30	José Sanjuán .....	2 —
Ángel Cabrero .....	8 —	Ricardo Corrachar .....		2 —	Diego Rodríguez .....	3 —
F. L. de Valence sur Drôme		Ramón Pérez (H.) .....		4 —	Fabián Cuello .....	4 —
(Drôme) .....	64, 50	J. Torres .....		5 —	Total (en NF) ....	377, 60

## DESDE LA CARCEL

## EX - LIBRIS

**F**RAGMENTADA va mi vida en estos pobres versos... No pretendi al escribirlos (¡pobres versos míos que no obedecen a ninguna ley gramatical, puesto que las ignoro todas!) que lleguen hasta nadie. Los escribí para mí y para mi compañera.. He soñado que una tarde — quizá esa tarde del poema — se los leeré; ansioso de recordar lo que jué ante la puerta cerrada del porvenir. Buscando entre esos retazos del pasado emotividad con que intrigar y dar color al erial, a falta de esperanzas, tan... tan desierto en la vejez, que es el vivir. La emoción no ha de faltarnos buscándola aquí, pues yo veré las ansias rotas, las esperanzas truncadas, los anhelos acallados por la brutal realidad que se impuso, y una lágrima vendrá a humedecer mis párpados... Y mi compañera, silenciosamente llorará. Porque, aun sin llegar a comprenderla del todo, se emocionará de mi emoción; por la única — y para ella sagrada — razón que a mí me conmueva.

Y, así, espéro... ser feliz, quizá... Otros ahorran dinero; yo guardo emociones, para la vejez.

Si entre verso y verso se intercalara la voz de una nietecita de ingenuos y pícaros ojos, arriesgando preguntas ingenuas y pícaras, como un contracanto a mi voz senil... ¡qué dulce la pausa en espera del tránsito que nos lleve a otras formas en otros horizontes con otras vidas!... Que en el vórtice de ideas y conceptos, ansias y creencias que es mi cerebro, parece que se alza con trazo perfilado, como a manera de suma de creencias, ansias, conceptos e ideas, la Esperanza de que detrás de la pálida sensibilidad mía, ha de seguir siendo... ¿En la majestuosa quietud de una palmera? ¿En la exquisita belleza de un lirio? ¿En un álamo altísimo? ¿De nuevo en el reino animal? ¿En el agua de un arroyo que susurra poemas, que dice primores, que canta amorios?... ¿De qué forma? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Qué más da!... Lo importante es que para Cain el Ganges sea el verdadero Jordán.

Prisión Provincial de Lérida. — Abril de 1947.

## BALBUCEO

Con la lira dulcísima de Bécquer  
y con notas que salgan de mi alma  
formaré una rima triunfante  
para tí, mi amada.

Y pondré, entre las notas de seda,  
como perlas, rubis y esmeraldas,  
con un brío brillante y sonoro,  
notas rubenianas.

Y tus besos serán contracanto  
a esa rima creyente y romántica,  
sensual y gentil, a esa rima  
gigante y extraña.

## AMAR

Yo sé un verbo...; nada: cuatro letras;  
cuatro letras que son todo un verso,  
un verso que es todo un poema,  
un poema que encubre un misterio.  
¡Un misterio que guía a los hombres,  
un poema que auna el universo,  
un verso que rima la vida,  
cuatro letras que forman un verbo!

## A MI HIJO JAVIER

¡Es tan pequeñito...!

Botón o capullo de rosa que se abre,  
tallo que se asoma cara al infinito,  
pájaro con ojos de asombro  
en el dulce nido...

¡Es tan pequeñito, y lo quiero tanto,  
que quiero —tontadas— labrar su destino!

SALUTACION A MI HIJA ANA MARIA AL  
CUMPLIR TRES AÑOS

Que el Hada Armonía  
inicie tu aurora,  
chiquitina mía;  
que escancie fragancia  
con su arpa sonora  
en tu alma sutil;  
que te dé elegancia  
cual la sueña en Francia  
el mancebo Abril;  
que marque una estela  
de versos y lirios  
y olor de canela  
y cera de cirios  
de aquí al más allá;  
estela o camino  
que oriente tu sino  
donde Amor está.

## TE LO DIRE UN DIA

Yo sé un poema como el mar, inmenso.  
Un poema que han ido tejiendo los siglos  
con su paso lento.

Un poema que canta las gestas  
de Espartacos y Cristos a cientos;  
de Espartacos y Cristos que a sangre  
marcaron al paria un sendero.

Te lo diré un día...  
cuando sea viejo.

## SI PUDIERA

Si pudiera...  
volver a la primavera  
de la vida.

Si pudiera...  
ser tan niño como cuando  
a hablarte no me atrevía.

Si recobrarán tus ojos  
los fulgores de aquel día  
que fuimos juntos al campo  
y tu risa cantarina  
ponía una nota clara  
y cadenciosa en la brisa...

Si pudiera...  
volver atrás.

Si pudiera...  
te diría...

## UNA TARDE

Recuerdo tanto la tarde aquella...  
la tarde aquella de un abril claro...  
de un abril claro lleno de rosas...  
de rosas rojas como tus labios.  
La luna en pleno daba en tus ojos,  
tus ojos negros fijos en mí...  
Trémolo suave vibró en tu boca  
y yo y la luna oímos: ¡Si!

## LLEGO LA PAZ

Estamos en la edad que delimita  
el sueño y lo real.

Pasaron las quimeras, mi Jovita,  
pero llegó la paz.

Llegó la paz con el cariño suave  
que envuelve al alma de bondad...

¡Qué dulce este querer tan grave  
que es querer y querer y... nada más!

## HE DE IR

He de ir a buscarte algún día  
y tomarte en mis brazos riendo  
y llevarte entre besos y arrullos  
a un país de flores, al país de un cuento.

Al país de un cuento, que escribí una tarde  
pensando en tus ojos y en tu boca en flor,  
donde no hay palabras, ni cifras, ni signos,  
donde sólo hay besos, sonrisas y amor.

Iremos desnudos por entre los lirios  
sin miedo al pecado, pues no hay dios allí,  
ni dogmas, ni leyes, ni códigos,  
ni capas siniestras de Guardia Civil.

He de ir a buscarte algún día...  
He de ir a buscarte. He de ir.

## ¿CALMA?

Recostada en mi lecho.  
de besos manchada,  
entreabiertos tus labios  
rojos cual la grana,  
—entre los que asoman tus dientes chiquitos  
de lobezna brava—  
poniendo en mis ojos  
el enigma verde  
—color de esperanza—  
que fluyen tus ojos  
mostrando tu alma,  
pasando tus manos por mi cabellera  
con caricias lánguidas...  
Cuando así te tengo, qué dulce es el tiempo  
y qué de prisa avanza.

## ALUCINACION

Con el volar de deslumbrada mariposa  
en torno de la luz que ha de quemar sus alas  
así voy, inconsciente, en torno tuyo  
sin saber por qué causa.

Y presiento la tragedia que me espera  
porque veo el fondo oscuro de tu alma  
a través del cristal limpio, azulado,  
de tus pupilas claras...

Porque veo en tu sonrisa, de apariencia dulce,  
un no sé qué de siniestro que me espanta,  
y algo entre sarcástico y perverso  
cuando caen tus carcajadas.

Y... te quiero. Te quiero por eso, por perversa.  
Pero cuidado, que soy un aguilucho  
y quemándome te desharé en mis garras.

## OBSTINACION

Con la fatal obstinación del marinero  
que se interna, hasta perderse, en alta mar  
así me obstino e interno en el abismo  
de tu querer fatal.

Como la nube que nace en occidente  
y se agranda y se agranda más y más  
así va creciendo este amor mío,  
cual una enfermedad.

Como la brisa que nace susurrante  
y crece en fuerza hasta trocarse en huracán,  
así aumenta esta pasión suicida  
que al fin me perderá...

Pero... ¿qué importa? ¿No es acaso heroico  
el empeño insano del marino audaz?

¿No es hermosa la tormenta que se cierne  
terrible cual volcán?

¿No es horriblemente bello el gesto poderoso  
del tifón que arrastra y deshace al arrastrar?

Pues mi amor es bello, es hermoso y es heroico  
por su ímpetu, por inmenso, por audaz.

## OBSESION

Yo te buscaba. He pasado mi vida  
persiguiéndote como a una sombra vaga.  
Por fin te he encontrado y, al hacerlo,  
siento que se abre el horizonte a mi alma.

Ha sido nuestro encuentro cual chispazo  
que ha encendido mis muertas esperanzas,  
y en el fondo recóndito de mi mente  
siento el germinar de ideas áureas.

Tu amor será mi numen, y mis versos  
te envolverán como una rociada  
de flores o de besos o cual puro  
batir de suaves y dulcísimas alas,  
que a cada beso tuyo ha de nacer airosa  
una rima carnal, sensual, profana  
como un grito del fauno que persigue  
a una ninfa en el bosque una mañana...

Una rima carnal... pero dulcísima,  
tejida con aromas y fragancias,  
una rima que será la quintaesencia  
del amor natural del alma humana.

## PALPITO

En esta dulce inquietud con que te espero,  
en el sabor paradisiaco de tus húmedos besos,  
en el trémulo temblor de tus pechos desnudos  
cuando rozan mi pecho,  
en el desmayo de nuestra conjunción suprema  
encontré el cielo.

Cuando pasen los años, cuando sea viejo,  
cuando la impotencia fluya por mis gestos,  
cuando sea un ente al pie del sepulcro  
sin ansias ni versos.  
y tú solo seas, un vago y lejano recuerdo  
será mi infierno.

Mi purgatorio... son los instantes  
que pienso en esto.

## ESTERILIDAD

¡Cuántos días estériles pasados  
esperando que surja la idea feliz!  
Y la siento que vibra, aquí, dentro del alma,  
como inmensa hoguera que germina en mí.

Es un canto, es plegaria, es un rito;  
es grito de guerra gigante y triunfal,  
es toque de arrebató llamando a los parias,  
es himno en la lucha por la libertad.

Es camino recto de trazos exactos  
en la trayectoria del vivir mejor,  
es perdón inmenso, es el fin del odio,  
es amor sin límites... Amor, mucho amor.

Y es también un verso galante y pagano  
melodioso y rítmico, como una oriental  
que dice de féminas suspiros y besos  
y ojos entornados y risas de cristal.

## SERA UN ATARDECER...

Será un atardecer... Tendrán las nubes  
perfiles y contornos bermellón.

Allá en un monte lejano y oscuro  
fingiendo incendio se ocultará el Sol.

Tendrán mis sienes los cabellos canos;  
habrá en tus labios un rictus de vejez,  
será mi frente un raro pentágrama;  
tu cara será un lirio de triste palidez.

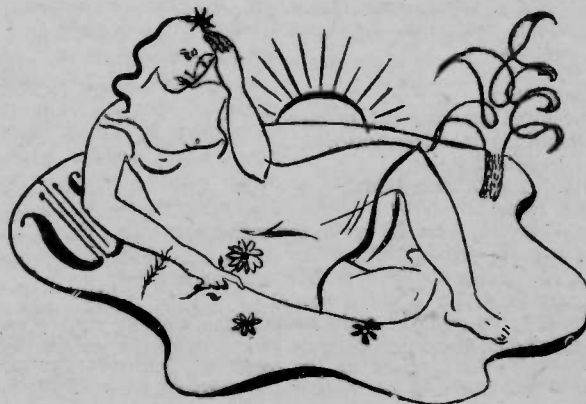
Iremos caminando silenciosos...  
Tus labios un suspiro exhalarán  
y, dentro, en nuestras mentes, las imágenes  
de lo ido lentamente pasarán...

Y al mirarnos a la cara recelosos,  
y sentir que nos tenemos que morir,  
pensaremos mutuamente, estoy seguro:  
¡Si hubiese un dios que nos juntase allí!

## A TI, UNICA

Trémulo, como el creyente que se inclina  
implorando perdón ante el altar,  
así vengo a inclinarme en tu regazo.  
¡Déjame llorar!

JAVIER ELBAILE



# Un documento elocuente

## EN ESPAGNE : LE CATECHISME QU'ON ENSEIGNAIT EN 1837

Les moines exaltèrent à l'envie les Espagnols par le sentiment de l'indépendance ou par le fanatisme religieux. Voici le catéchisme dont les prêtres faisaient usage:

- Dis-moi, mon enfant, qui est-tu?
- Espagnol par la grâce de Dieu.
- Quel est l'ennemi de notre félicité?
- L'Empereur des Français.
- Combien a-t-il de natures?
- Deux: la nature humaine et la diabolique.
- Combien a-t-il d'empereurs des Français?
- Un véritable en trois personnes trompeuses.
- Comment les nomme-t-on?
- Napoléon, Murat et Manuel Godoi.
- Lequel de trois est le plus méchant?
- Ils le sont tous les trois également.
- De qui dérive Napoléon?
- Du péché.
- Murat?
- De Napoléon.
- Quel est l'esprit du premier?
- L'orgueil et le despotisme.
- Du second?
- La rapine et la cruauté.
- Du troisième?
- La cupidité, la trahison et l'ignorance.
- Que sont les Français?
- D'anciens chrétiens devenus hérétiques.
- Est-ce un péché de mettre un Français à mort?
- Non, mon père; on gagne le ciel en tuant un de ces chiens d'hérétiques.
- Quel supplice mérite l'Espagnol qui manque à ses devoirs?
- La mort et l'infamie des traîtres.
- Qui nous délivrera de nos ennemis?
- La confiance entre nous et la force des armes.

(Livre d'Histoire, Classe de Quatrième des Cours Complémentaires et des Collèges Modernes. — Fernand Nathan, Editeur)

## Versión al castellano:

*El Catecismo que se enseñaba en España el año 1837*  
«Los monjes exaltaron a los españoles apelando al sentimiento de independencia o explotando el fanatismo religioso. He aquí el Catecismo que usaban los curas:

- Dime, hijo mío, ¿qué eres?
- Español por la gracia de Dios.
- ¿Cuál es el enemigo de nuestra felicidad?
- El emperador de los franceses.
- ¿Cuántas naturalezas tiene?
- Dos: la humana y la diabólica.
- ¿Cuántos emperadores de los franceses hay?
- Uno verdadero en tres personas falsas.
- ¿Cómo se llaman?
- Napoleón, Murat y Manuel Godoy.
- ¿Cuál de los tres es el peor?
- Los tres son igualmente malos.
- ¿De quién desciende Napoleón?
- Del pecado.
- ¿Y Murat?
- De Napoleón.
- ¿Cuál es el espíritu del primero?
- El orgullo y el despotismo.
- ¿Y del segundo?
- La rapiña y la crueldad.
- ¿Y del tercero?
- La codicia, la traición y la ignorancia.
- ¿Qué son los franceses?
- Antiguos cristianos que se han vuelto herejes.
- ¿Es pecado matar a un francés?
- No, padre; se gana el cielo matando a uno de esos perros herejes.
- ¿Qué suplicio merece el español que no cumple con su deber?
- La muerte y la infamia de los traidores.
- ¿Quién nos liberará de nuestros enemigos?
- La confianza entre nosotros y la fuerza de las armas.

# El pensamiento vivo de Eduardo Boulard

El cada uno para sí, que es la regla en todas las agrupaciones estatales individualistas no deja a ningún individuo la posibilidad de desarrollarse libre y armónicamente. El todo para cada uno y cada uno para todos, que será el principio fundamental de la organización colectivista integral, dará a todos, sin excepción, la mayor suma posible de emulación y de facilidades para su libre y armónico desenvolvimiento.

★

Tienen interés en la transformación social, lo más rápida posible, del Estado social individualista, no solamente quien se encuentra espoliado y víctima, sino también quien acapara todas las ventajas el muerto de hambre y el millonario; los individuos que se oponen a esta transformación urgente son ignorantes.

★

La vida actual de las sociedades humanas, está basada en el egoísmo; es preciso que sea transformada y llegue a hacerse inalterable por la Solidaridad.

★

La Solidaridad es indispensable para la armonía general, la cual no puede existir sin la justicia igual para todos; pero esta justicia es solamente realizable donde exista la igualdad social.

★

Es indudable que, hasta el presente, los pueblos han sido inducidos al error y explotados, en todos los tiempos y en todos los países, porque se les ha agobiado siempre bajo organizaciones sociales, reflejos de hipótesis empíricas, dogmáticas y místicas, entonces predominantes, presentadas como verdades científicas o reveladas.

★

En el espacio y en el tiempo nada es independiente, nada es absolutamente libre, todo está coordinado y unido por la solidaridad y todo tiene sus límites de individualidad; nada es semejante, pero nada es desigual, y todo es del mismo valor, pues todo es necesario al funcionamiento general.

★

No hay fenómeno o efecto sin causa, causa que destruya su contraria, efecto que manifieste lo que su causa no posee, al menos en potencia, ni causa que produzca en sus efectos más lejanos lo que no tiene en sí misma.

★

Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma y combina.

★

Lo que es compuesto es momentáneo, se descompone, se recompone, se transforma cambiando de formas, de aspectos y de volumen.

★

Los caracteres esenciales y universales de la vida son: la individualización, un principio, un crecimiento, una actividad interna que se desarrolla y resiste exteriormente, y por fin una desorganización.

★

Todo lo que existe en la actualidad, ha sido, primordialmente, un conjunto en estado de extrema difusión y en todo idéntico; un conjunto compuesto de unidades elementales, imponderables, absolutamente semejantes, que poseían en potencia, una infinidad de posibilidades parecidas; de este conjunto es del que resulta todo lo que se ha manifestado, se manifiesta y se manifestará.

★

Todas las aspiraciones de un ser viviente no tienen más que un foco: el amor, en una de sus innumerables gradaciones, desde la forma infinitamente limitada y negativa del egoísmo, hasta la infinitamente perfecta del amor universal.

★

Cuanto más los seres se asocian entre sí de un modo fraternal, íntimo y prolongado, más fáciles y ventajosas les son sus adquisiciones; cuanto más se aíslan más retrasados quedan.

★

Cada ser viviente tiene siempre una atmósfera, influencia exterior sensible y radiante en relación con su estado síquico; cuanto más desarrollado está, más resplandece, por su atmósfera, en influencias vivificantes, diversas, penetrantes y universales.

★

El bien es todo acto de solidaridad; tiene por fin el desarrollo vital y el perfeccionamiento incesante del individuo para la satisfacción de sus necesidades reales, y sus efectos son beneficiosos e ilimitados.

★  
La bondad, es necesaria al mayor bien de todos los seres, y toda evolución de uno de éstos, necesita para llegar a su término, una cantidad de bondad que es la resultante de todas las cualidades que ha adquirido.

★  
Los esfuerzos de un ser para hacerse bueno, le sirven, eficazmente, para adquirir las cualidades que le son útiles para elevarse en su existencia ascensional.

★  
Un individuo consciente que por error comete un mal contrae una obligación reparadora, a la que estará sujeto, tanto y tan largo tiempo sean las consecuencias de ese mal perjudiciales a otro.

★  
En el tiempo y en el espacio no hay hechos sobrenaturales; no hay sino efectos más o menos raros de causas y de procesos acerca de los cuales la ignorancia humana es todavía casi absoluta.

★  
Misterio es lo que todavía desconocemos; otra significación dada a esta palabra induce a la duplicidad de afirmaciones interesadas y sin pruebas, a la existencia, absolutamente intangible, de causas y efectos, cuya posibilidad sería contradictoria a las enseñanzas de la naturaleza.

★  
La existencia, es la continuidad eterna de todo lo que es realmente uno e indescomponible en el tiempo y en el espacio.

★  
La idea es la representación psicológica que por medio de sus adquisiciones anteriores y por su facultad sensitiva cada individuo se hace, más o menos exactamente, de lo que existe y de lo que siente.

★  
El derecho y el deber son las dos fases de una misma obligación querer enérgicamente para todos, lo que se quiere para sí; conquistar para sí y para todos, la mayor suma posible de ventajas que tolera el medio en que uno se mueve.

★  
La verdad es la expresión fiel de la realidad.

★  
El bien es el amor a la solidaridad, traducido en actos y sus efectos, que son siempre ventajosos, permanentes e ilimitados.

★  
La bondad es la palanca más potente de la voluntad; es esencialmente amor y justicia, energía e independencia, indulgencia y firmeza, sin debilidad ni exageración.

★  
El amor sexual es altruista y virtuoso cuando quiere la felicidad del otro ser; en el caso contrario es egoísta y vicioso.

★  
Los celos son el despotismo más o menos disimulado que tiene por causa el orgullo, siendo éste una forma perniciosa del egoísmo.

★  
El pensamiento es el atributo característico y esencial de cada ser y con el pensamiento se está en perfecta concordancia con el estado síquico.

★  
El suicidio es uno de los actos más monstruosos del amor a sí mismo, un acto compuesto principalmente de egoísmo, de orgullo y de cobardía.

★  
Las evoluciones y revoluciones hechas progresivamente y con eficacia para todos, realizan el acuerdo y la solidaridad; obtenidas sin transición y por actos de violencia, son superficiales y estériles para la mayoría, desastrosas para los egoístas y peligrosas para el progreso social.

★  
La afirmación astutamente científica de la «ducha por la vida» representa una negación, consciente o no, de que sean posibles la libertad, la igualdad y la solidaridad sociales.

★  
El disimulo es la costumbre astutamente mentirosa; manía psicológica que se crean los orgullosos que quieren servir su egoísmo por artificio, pareciendo sinceros.

★  
La felicidad es el uso perfecto de todo su derecho y de todo su deber.

★  
Los esfuerzos de los amantes verdaderos de la humanidad son desnaturalizados, calumniados y escarnecidos por seres que tienen la faz humana pero que son de un bestial egoísmo.

★  
La humanidad tiene todavía sus parásitos, sus zánganos, sus zorros, sus lobos, sus reptiles, autores o cómplices beneficiarios de todas las espoliaciones sociales.

★  
Los espoliadores existen con insolencia a la espoliación, contra las reivindicaciones legítimas e imprescriptibles de los despojados.

★  
Los egoísmos, las hipocresías, las suspicacias, los fraudes, las astucias, las luchas y los odios, que dividen a todos los hombres, son las causas de todas sus enfermedades, sus miserias y sus errores.

★  
El capitalismo es el resultado de acumulaciones individuales de productos del trabajo, sustraídos a los verdaderos productores; un pulpo insaciable; una forma disfrazada y páfida de la dominación del hombre; una potencia desmoralizadora y cruel que va aumentando de más en más.

★  
El capitalismo es la forma moderna del feudalismo, es una de las producciones bárbaras y antihumanas del egoísmo, ese móvil artificial y despótico del «cada uno para sí».

★  
La solidaridad es la obligación de todos; nadie puede hacer o dejar de hacer actos contra ella sin que, en un momento o en otro, no lo tenga duramente que sentir.



# LA VIDA Y LOS LIBROS

## LAS AMISTADES DE MIRON

por E. RELGIS

(Ediciones Humanidad, Montevideo)

**D**ESPUES de «Mirón el Sordo» en el que nos describe a la persona principal, la primera, aquélla que lo es en todas las acciones y conjugaciones, viene «sus amistades», que son, de cierta manera, una prolongación de la persona misma.

La persona moral y hasta física, pues ya se sabe que el sufrimiento de los amigos parece sufrirse en las propias carnes. Esto es, pues, lo que contiene el librito titulado «Las amistades de Mirón». Vela tanto Relgis por la moral del mundo que sólo hace caso de lo que le une con las demás personas. Raramente se entretiene en informar de lo que les separa, de lo que les distancia, ¡le duele tanto! que sin duda piensa, ¿para qué comunicar el dolor propio a los otros, si cada uno ya debe llevar su cruz? Pero, en «Las Amistades de Mirón» nos da una definición del valor de la amistad en su más alta esencia. En cuatro, en seis, en diez ocasiones nos revela la influencia que la amistad ejerce sobre los hombres y sobre la conducta de los humanos. Cita a Alain quien coloca a la amistad por encima de todo, «por encima de las pasiones, de los intereses, de las rivalidades y de los azares». Pero Alain no lo presenta como constatación de una continuidad de hechos acaecidos de forma segura y continua, antes al contrario, lo hace a título de proposición. ¡Que la amistad reine! Tal debiera ser la premisa más elemental de todo ser social. Tal será, tendrá que ser, lo que más importe de las cualidades humanas: una amistad sentida y sincera. Sincera hasta, y sobre todo, ante concepciones opuestas. «Estoy dispuesto a contestar sin vacilaciones, a todos sus temores e incertidumbres, muy amistosamente», dice dirigiéndose al que encontrase sus apreciaciones «inconvenientes o absurdas».

Que ve en sus semejantes la prolongación de su persona misma no lo decimos por deducción, aunque por eso podría ya decirse, sino porque, categórico, así lo afirma en el mismo libro cuando dice: «¿Dónde está el alma, la mía, que abarque y cobije tantas almas?» Desea que un «hálito acaricie la mejilla» como promesa de reconocimiento fraterno y merecido. «Esto, dice, hasta el más rudo luchador anhela después de sus hazañas». ¿Cómo no iba a anhelarlo un hombre tan sensible como Mirón?

Busca en todos tiempos y números la afinidad de almas, no la convencional ni la mal llamada de la sangre: «Hice por la tarde algunas de esas visitas familiares de donde uno se va más aburrido de como vino». Estas son las que podríamos llamar «amistades obligadas» hacia las que ninguna ver-

dadera amistad te lleva. Nada le acongoja más que la pérdida de un amigo, de un verdadero amigo y, como tal, insustituible. Y cuando a fuer de ingratitudes la desgana lo invade su cuarto es un refugio «como una gruta iluminada, con su alivio y su amparo...» Solitario, para meditar, para recobrar fuerzas y embestir de nuevo contra la adversidad, tras reconciliarse con su pasado, con los recuerdos de su adorada madre, «a pesar de lo indócil que fui cuando se hallaba a mi lado», que así es de justo el pulcro protagonista. Hasta que por fin, en forma ya, recobrados los ánimos... «Ya eres un combatiente... Sigue adelante...» Tal es el flujo y reflujo del estado anímico de los idealistas, de los que sufren y penan no solamente sus penas y sus sufrimientos sino que también las penas de los otros y los sufrimientos de todos.

Y la amistad tiene como colofón un retrato que dimana de la atracción sexual que no debe ser «caza» ni «tráfico».

La amistad a distancia se continúa, claro está, por carta; la carta es el único vínculo de unión y el respeto que Relgis observa a este género de relaciones obedece a que es el más frágil y vulnerable, siendo además el último que les queda a los amigos domiciliados a distancias grandes. Le da tanta importancia a la práctica epistolar que, dice: «pido disculpas. Intenté escribirle más a menudo. Pero, al quedarme inclinado, con la pluma sobre el papel, llegué a convencerme que es más fácil escribir una novela que una carta».

Y, tiene razón Eugen Relgis. Una carta es algo muy grave para escribirla a tontas y a locas. Una carta puede romper, ello es frecuente, cincuenta años de afinidad y de amistad acrisoladas.

No cabe duda que en esta época de pasión y de odio, la fe y la propagación del ideal de amor tan caro a Relgis es más que provechoso y más que saludable: ES LA SALVACION. Bien acertadamente lo dijo Falaschi en «La cura del odio», bien científicamente quedó demostrado por Kropotkine en «El apoyo mutuo», bien patente queda con el ejemplo dado por el incomparable Gandhi.

Lo trascendental del escrito de Relgis es que todo y permaneciendo atado al ideal es realista, en el más honrado concepto de la palabra. La salud del cuerpo como la social es producto de una armonía. «La excesiva espiritualización es tan negativa como el materialismo bestial». Tras lo cual pide «armonización entre la libertad y la necesidad, entre lo ideal y lo real». «Sea el hombre como un árbol con las raíces clavadas en las fatalidades terrenas, y anhelando con sus ramas las alturas ideales». Y no es que Relgis sea fatalista, no, pero admite como fatal lo no reparado o invencido. «En verdad estoy en un torbellino; en torno mío, ya que el eje se halla en mí mismo. Todo mi esfuerzo es: mantenerme, conservar mi unidad, seguir la línea del destino, línea que tantos se ima-

# MICROCULTURA



314. — Sigue la hipótesis de que la vida es ilimitada tanto en el astro como en el átomo.

315. — En el idioma inglés los adjetivos van siempre delante de los nombres.

316. — Los dos pequeños libros más grandes del mundo son: la Apología de Sócrates escrita por Platón y las Máximas de Epicteto, redactadas en Arriano.

317. — En el año 425 A.C., moría el gran historiador griego Herodoto.

318. — El famoso cuadro nudista de Renoir «Les Grandes Baigneuses» acabado de pintar en 1887, está en una colección privada de Filadelfia.

319. — A, es el artículo indeterminado inglés, que sirve para todos los géneros y números, escribiéndose «an» cuando la palabra que sigue empieza por vocal o hache muda.

320. — Actualmente existen en Latinoamérica tres dictaduras: la de Nicaragua, la de Santo Domingo y la de Paraguay, sin contar con la de la «madre patria»: España.

321. — En los verbos del idioma inglés nunca debe omitirse el sujeto.

ginan trazada por su propia voluntad». De buenas a primeras parece como si Relgis negase la influencia y la fuerza del que se conduce con voluntad férrea. Sin embargo no es así. El hecho de que la voluntad sea a veces, y muy frecuentemente, impotente ante tantos obstáculos, frenos e imponderables de la vida y de la sociedad, no quiere decir que no valga la pena entregarse al vivir cotidiano con decisión, con voluntad y con brío. Maltrecho... quizá. Vencido... una sola vez cuando la guadaña te lleve... a la vuelta de la esquina. Así se lo afirma a su compañera en una carta cuando en un canto a la «voluntad de amor» define que éste ni ha de ser romántico ni bruto, sino esclarecido, voluntarioso, limpio «capaz de embellecer las fatalidades naturales y las necesidades sociales, prestándoles un sentido suprapersonal, en este planeta rebosante de pueblos y cementerios, y no obstante iluminado por las armonías cósmicas».

Así iríamos pasando uno por uno todos los temas que tienen como punto de coincidencia el hombre y como campo de desarrollo la vida y el mundo y que Relgis roza breve pero conscientemente, de una conciencia superior y elevada, a través de «Las amistades de Mirón» que son las suyas mismas. Acopio de estampas de la realidad vivida; apología del respeto como principio de toda relación entre los hombres; tónica social en todas sus manifestaciones; profesión de fe, cueste lo que cueste; examen somero de la religiosidad del ser humano, etc., etc., tal es la riqueza que se encuentra en esta mina inagotable de pensamientos y de dignidad como son todos los escritos del gran peregrino.

M. CELMA

322. — El metabolismo anaeróbico es el proceso por el cual los tejidos pueden existir con escasez de oxígeno.

323. — El «campilán» es un sable recto, con puño de madera.

324. — A medida que el maíz dulce madura el contenido de azúcar del grano aumenta hasta llegar a un nivel máximo después de alcanzado el cual declina con rapidez.

325. — Se entiende por «descerar» despuntar las colmenas, sacar de ellas las ceras vanas.

326. — Cuando se administra en forma endovenosa la fibrinolisisina — derivado de la sangre humana — ataca y disuelve la fibrina, sustancia esencial de un coágulo sanguíneo.

327. — El cloro fué descubierto por C. G. Scheele, químico sueco, en 1774.

328. — Las aceleraciones son responsables de casi la mitad de la gasolina consumida por un automóvil.

329. — Angel Ganivet se suicidó a los 33 años de edad.

330. — Un «sereni» era uno de los botes más pequeños que llevaban los antiguos bajeles.

331. — El benadryl, uno de los primeros antihistamínicos, ha demostrado ser eficaz en el tratamiento de adultos picados por las hormigas.

332. ... Se entiende por «eborario» lo que es de marfil o relativo al marfil.

333. — Se ha desarrollado un proceso que permite soldar hojas metálicas cuyo espesor es el de la mitad de un cabello humano, a fin de obtener fuertes paneles estructurales para embarcaciones aéreas.

334. — La abdicación de Napoleón y su partida para el destierro tuvo lugar el 11 de abril de 1814.

335. — La guerra de España, 1936-1939, es el acontecimiento más importante del siglo XX. Lo ha dicho el profesor Carr, de la Universidad de Oxford.

336. — Los meteorólogos pueden lograr informaciones satisfactorias de sólo el cinco por ciento de la superficie terrestre, ya que el resto carece de estaciones meteorológicas.

337. ... El «canabismo» es el envenenamiento crónico de los que fuman o comen el haxix.

338. — Mondrino, el más famoso de los anatomistas europeos del siglo XIV, creía que una herida intestinal debía cerrarse haciendo morder sus bordes por hormigas a las que luego se cortaba la cabeza para que quedaran adheridas.

339. — La zarzuela «La Reina mora» fué compuesta por José Serrano Simeón, compositor español.

340. — El sesenta y tres por ciento de la población peruana vive a una altura de mil ochocientos metros sobre el nivel del mar.

341. — Se entiende por «descompagnar» descomponer, desordenar.

342. — Las «sergas» son hechos, proezas, hazañas.

343. — El 5 de agosto de 1835 asesinaron al general Pedro Nolasca Bassa.

344. — La «ectasia» es el estado de dilatación de un órgano hueco.

SUNO

## LEYES DE AYER Y DE HOY

### Los fueros aragoneses

Recopilados por Samblancat

**SEDE DE LA PROCURADORIA.** — No sesionaron jamás las Cortes en las capitales, con carácter exclusivo. Celebrábanse en las urbes de más mal aparejar del reino. Las hubo en Cariñena — arrimadas al vino —, en Monzón, en Borja, en Ejea, en Tamarite, en Alcañiz, en Tarazona, en Maella, en Barbastro, en Alagón, en Valderrobles, en Binéfar, en Calatayud, en Caspe y en Daroca.

**RESPECTO AL «PACTUM FOEDERIS».** — Como los catalanes se negaban a acudir a cabildos celebraderos lueño de su territorio, se convocaron no pocos congresos en Fraga y en Monzón, que están a la orilla exterior del Cinca, por considerarse este río la divisoria de las dos grandes entidades federadas y por hallarse Cataluña en esa misma banda fluvial.

**EL JUSTICIAZGO.** — Era, como nadie ignora, una especie de Supremo Tribunal de amparo y garantías constitucionales. Cuando el absolutismo desbocado y desmandado no lo acataba, intervenía el chuzo o mallo de Riglos del pueblo, sacando por la fuerza a los presos de las cárceles inquisitoriales y reales — caso de Antonio Pérez —; y hasta arrastrando y matando al virrey — caso del Marqués de la Almenara —. Grandes Justicias aragonesas: Juan de Lanuza, decapitado por Felipe II; Martín Díaz de Aux y Ximén Pérez de Salanova.

**INVOLABILIDAD Y ESTATUTO DE LA PERSONA HUMANA.** — Veto el más absoluto al tormento. Prohibición de enjuiciar secretamente. Interdicción a abates y señores de llevar a sus vasallos a las prisiones privadas de conventos y castillos. No es debida ni pagadera ninguna exacción no consentida por el pueblo. Ni al rey le es lícito atentar contra la potestad del Justicia. Los acuerdos de las Cortes obligan lo mismo al soberano que al súbdito. La defensa del bien público obliga a todo bicho viviente a empuñar las armas, cuando la necesidad lo impone y contra quien sea. (Derecho, mejor dicho, deber de insurrección).

**PADRE DE HUERFANOS.** — Regidor municipal, encargado de la tutela de menores, quedados en abandono.

**JUEZ PADRON.** — Supervisor de la comunidad de Albarra-cín y Teruel, adscrito a vigilar estrechamente la rigurosa observancia de los fueros. Entendía en última instancia, en las respectivas apelaciones.

**TRIBUNAL DE LOS VEINTE.** — Propio del concejo de Zaragoza. Con facultades extraordinarias para desfacer entuertos, arrasando campos y baluartes y hasta casas solariegas, y colgando de un cajigo y mainates y mesnaderos, que destacaban a los magistrados más humildes de la ciudad.

**AQUI ESTOY.** — Lo dice el pueblo por primera vez en Europa y a través de los siglos en las Cortes de Zaragoza de 1163, convocadas por Alfonso II, donde al tercer estado lo representan procuradores de la capital, de Huesca, de Jaca, de Daroca, de Tarazona y de Calatayud.

# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 1,50 N.F.  
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 2,00 N.F.  
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 1,30 N.F.  
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 1,50 N.F.  
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 1,50 N.F.  
«Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 1,00 N.F.  
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 1,50 N.F.

### COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 2,50 N.F.  
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 1,30 N.F.  
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 1,30 N.F.  
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKIN, Cristian CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 1,30 N.F.  
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 0,60 N.F.  
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 0,60 N.F.  
«Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 0,50 N.F.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Teatro argentino de Alberto GhiraIdo» (2 tomos), 16,50 N.F.  
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 6,00 N.F.  
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 5,00 N.F.  
«Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 6,00 N.F.  
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHA-RAVIGLIO, 6,30 N.F.  
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 22,00 N.F.  
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 12,00 N.F.  
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 10,00 N.F.  
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 9,00 N.F.  
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 13,60 N.F.  
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 7,50 N.F.  
«La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 3,50 N.F.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El alma y el amor» Magnus HIRSCHFELD, 9,60 N.F.  
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 9,60 N.F.

### BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 4,50 N.F.  
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 4,50 N.F.

- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 4,50 N.F.  
«La educación de si mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 4,50 N.F.  
«Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 4,50 N.F.  
«El hombre que hace fortuna»: S. ROUDES, 4,50 N.F.  
«La lucha por el éxito»: J. S. SUBIRATS, 4,50 N.F.  
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 4,50 N.F.  
«Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 4,50 N.F.

### COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Tácito», por Gastón BOISSIER, 4,20 N.F.  
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 4,20 N.F.  
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 4,20 N.F.  
«Stuart Mill», por H. TAINE, 6,00 N.F.  
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 2,80 N.F.

### COLECCION SOPENA

A 3,50 N.F.

- «El capitán veneno»: ALARCON.  
«El sombrero de tres picos»: ALARCON.  
«Historia de la filosofía»: BALMES.  
«El criterio»: BALMES.  
«Lógica y ética»: BALMES.  
«Metafísica»: BALMES.  
«La cabaña del tío Tom»: B. STOWER.  
«Leyendas», BECQUER.  
«Papá Goriot»: BALZAC.  
«Cumbres borrascosas»: E. BRONTE.  
«Fábulas completas»: CAMPOAMOR.  
«Tartarín de Tarascón»: DAUDET.  
«Safo»: DAUDET.  
«Port Tarascón»: DAUDET.  
«Prosas profanas»: Rubén DARÍO.  
«Fábulas completas»: ESOPO.  
«Tratados»: B. GRACIAN.  
«Cartas de mi molino»: DAUDET.  
«Casa de muñecas»: IBSEN.  
«La iliada»: HOMERO.  
«El príncipe»: MAQUIAVELO.  
«El avaro»: MOLIÈRE.  
«El tempe argentino»: M. SASTRE.  
«Abajo las armas»: B. SUTTNER.  
«Humo»: TURGUENIEV.  
«Ana Kafénina»: TOLSTOY.  
«Aventuras de Tom Sawyer»: M. TWAIN.  
«Nana»: ZOLA.  
«La taberna»: ZOLA.  
«El ingenuo»: VOLTAIRE.  
«La importancia de llamarse Ernesto»: WILDE.  
«El retrato de Dorian Gray»: O. WILDE.  
«El ruiseñor y la rosa»: O. WILDE.  
«El ingenio»: VOLTAIRE.  
«Norte contra Sur»: J. VERNE.  
«Poesías completas»: J. A. SILVA.  
«Edipo Rey»: SOFOCLES.  
«El carácter»: S. SMILES.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

*sociología*  
*ciencia - literatura*

9  
*Sumario*



**Germinal Esglesas:** Firmeza de posición. — Selección de **V. Muñoz:** El pensamiento vivo de Han Ryner. — **Felipe Alaiz:** Teoría y experiencia del disparo nervioso. — **E. Armand:** El contrato anarquista. — **Puyol:** Isla Cristina. — **J. Peirats:** Cortina de humo. — **Juan Goytisolo:** Campos de Nijar. — **E. Relgis:** La literatura de la guerra y la nueva era. — **Alberto Carsi:** Túneles y canales. — **Francisco Pi y Margall:** Del trabajo. — **Eusebio C. Carbó:** Las minorías en los movimientos revolucionarios. — **Fontaura:** El eterno maquiavelismo. — **Plácido Bravo:** Milagros e imponderables. — **M. Celma:** Las dos Españas. — **B. Milla:** Los intelectuales. — **Suno:** Microcultura. — **M. Rama:** Revoluciones sociales del siglo XX (folletón encuadernable).

# 114

JUNIO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4º P 5523

## NUESTRA PORTADA

Por sencilla que sea su arquitectura, sobrias las líneas y modesto el conjunto, el Centro Pedagógico de Toulouse ha de constar en los anales de la cultura española, de la verdadera, de la noble.

Sito en la rue Roquelaine, este Centro se dedica desde hace un año a un género de actividades culturales que, tanto por su forma como por el contenido, así como por la audiencia que le reserva el auditorio español e hispanista de Toulouse, merece ser tenido en cuenta por nosotros, los exilados españoles.

En efecto, se propone dar a conocer al público mediante veladas de lectura aquellos escritos y escritores que, por un motivo u otro, son poco conocidos en la propia España. Es decir: Los escritos y los escritores prohibidos, boicoteados o molestados por los dueños de la nación.

Por ahora se ha presentado en escena «El Vendaval», de García Lora, refugiado en Londres, «El labrador de más aire», de Miguel Hernández, poeta, muerto ignominiosamente por los tratos recibidos en la cárcel franquista, «Can», de Orozco, y otras obras de mucho valor también.

De esta forma, al lado de la obra cultural y de regeneración, llevada a cabo por la emigración española, viene a sumarse la que permite el profesorado francés, animando las actividades citadas del Centro en cuestión.

En reconocimiento y gratitud de la cultura hispana perseguida y martirizada, la de Machado, de Ramón Jiménez, de Alai, de Lorca, de Acín, etcétera, CENIT ofrece esta mención a sus lectores para general consideración.

En nombre de todos, deseamos larga vida al Centro Pedagógico, progreso en sus actividades y fuerza para resistir a los que, según parece, — «franquismo habemus» — traman algo contra él.

# CENIT

### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alai, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# GERMINAL



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Junio 1960

Nº 114

## FIRMEZA DE POSICION

**C**OMO Movimiento Anarquista, no hemos sido nunca vencidos ni capitulamos. Ni en las horas encarnizadas de lucha, ni en las de calma relativa, que paz no puede haberla mientras queden en pie el Estado — no importa su denominación — y el capitalismo, bajo todas sus formas.

Pero la lucha reclama de nosotros toda la abnegación, toda la energía y toda la inteligencia. La sugestión de la victoria no es suficiente para alcanzar el objetivo. Aquellos que vienen a nuestro Movimiento creyendo en las panaceas y en los milagros, se equivocan. Sin esfuerzo y sin trabajo no se hace ni se construye nada, ni se adelanta camino. Es progreso obra de los hombres, lo es de las voluntades e inteligencias activas, del esfuerzo común y solidario universal, aun en medio de las luchas que desgarran y desolan a la Humanidad.

El camino es largo, y su inmensidad ha de ser tenida en cuenta para prever futuros desengaños. El mundo no se transforma en dos días, en un lustro ni en cien años. El ideal sostiene a los hombres, solidariza una generación a otra, los vincula en la continuidad de una obra. Y un Movimiento, como el nuestro, que ofrece soluciones a los problemas humanos, que aspira a penetrar de su influencia ética y espiritual a los hombres, a ganarlos a la buena causa, a convertirlos en voluntarios y partidarios de ella, debe tener muy en cuenta eso: la continuidad de su obra.

No desperdiciemos ninguna energía nuestra. No desperdiciemos ningún valor nuestro, y aprovechemos, dentro de nuestro Movimiento, todo el caudal de puras voluntades que lo animan. Pero pongamos siempre atención máxima a la condición del militante y principalmente en lo que se refiere a su conducta ética y a su integridad ideológica. En la etapa larga a recorrer, entre los que vienen a nuestro Movimiento sin hondas convicciones y movidos de sus simpatías, el desfallecimiento del militante, su deserción, su falla, pesa mucho. Tengamos siempre el buen sentido de comprender a los compañeros, aun a aquellos que discrepan de nuestro punto de vista o de nuestra opinión personal — que no es ni más ni menos que una opinión, como la de un compañero cualquiera, acertada o equivocada — pero demostremos en nuestros actos consecuencia. La exige la parte constructiva de nuestro Movimiento, las etapas a recorrer, el propio prestigio colectivo.

No somos nosotros un partido político que se propone mandar. Nuestro Movimiento no quiere mandos, ni nuevas jerarquías, ni nuevos privilegios. No quiere ejercer autoridad, porque la autoridad anarquista es un contrasentido y sería tan funesta como todas las demás manifestaciones autoritarias. Y con finalidades de libertad, con métodos de libertad, con prácticas de libertad, expresando la conciencia moral de un mundo nuevo y de una humanidad más perfecta, queremos edificar y construir, acelerar la marcha hacia adelante, asegurar el máximo de libertad y de bienestar para todos.

No hay para la humanidad más salvación ni salida que la Revolución. Y la Revolución — nos lo confirman las experiencias de 1788-93, de 1848, de 1917 y de 1936-39 — será libertaria o no será Revolución.

El ideal por encima de todo, el Movimiento manifestándose con toda la vitalidad y el ímpetu de que es capaz, hoy y mañana, la sugestión de España, de una España libre, abierta a nueva vida, obra nuestra, el trabajo cotidiano, tesonero e incansable en las etapas larguísimas y duras a recorrer, he ahí, compañero militante anarquista, la obra digna de nosotros.

Aprovechemos el tiempo, que la libertad sufre constantes eclipses, y en las entrañas de un mundo en descomposición, nosotros hemos de afirmar todo lo que nos es querido, para que las finalidades opresoras y las fuerzas negativas, lo mismo en Iberia que en el mundo entero, se batan en retirada.

GERMINAL ESGLEAS

# El pensamiento vivo de Han Ryner

No existe el cosmos ni existe Dios: ninguna sabiduría y ningún amor fuera del corazón del hombre; ninguna unidad más que en nuestro espíritu; y el cielo y la belleza son una creación de nuestros ojos.

★  
El individualismo es para mí la doctrina moral que, sin apoyarse en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, solamente se orienta por la voluntad individual.

★  
Se ha dado a menudo el nombre de individualismo a apariencias de doctrinas destinadas a cubrir con una máscara filosófica, al egoísmo cobarde o al egoísmo conquistador y agresivo.

★  
Amo a Sócrates porque no enseñaba ninguna verdad exterior a los que le escuchaban, sino que les insinuaba el encontrar la verdad en ellos mismos.

★  
Epicuro liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el comienzo de la locura.

★  
La gran virtud de los epicúreos fué la temperancia; sabían distinguir entre las necesidades naturales y las necesidades imaginarias, enseñando que bien poco se precisa para satisfacer el hambre y la sed, para defenderse contra el calor y el frío; librándose de este modo de casi todas las otras necesidades y de casi todos los temores que esclavizan a los nombres.

★  
Nunca se es culpable de la tontería o de la perfidia del prójimo.

★  
Toda palabra de verdad, si es escuchada por muchos nombres, es transformada en mentira por los superficiales, los hábiles y los charlatanes.

★  
Jesús murió perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial y crucificado por la soldadesca; junto a Sócrates es la más célebre víctima de la Religión y el más ilustre mártir del Individualismo.

★  
Los sacerdotes han crucificado la doctrina de Jesús como su cuerpo; han transformado en veneno la bebida refrescante; y de las palabras falseadas del enemigo de todos los cultos exteriores, han organizado la más pomposamente vacía de todas las religiones.

★  
El estoico Epicteto soportó valerosamente la pobreza y la esclavitud; siendo perfectamente feliz en las situaciones más penosas para los hombres ordinarios.

★  
Si una religión puede contentarse con la adhesión verbal y con algunos gestos de adoración, una filosofía práctica que no se practica no significa nada.

★  
Para merecer realmente el nombre de individualista debo poner todos mis actos de acuerdo con mi pensamiento.

★  
El esfuerzo para poner la vida de acuerdo con el pensamiento se llama virtud.

★  
La virtud es la recompensa de sí misma.

★  
Si pienso en una recompensa ya no soy virtuoso, la virtud tiene por primer carácter al desinterés.

★  
La virtud desinteresada crea la felicidad.

★  
La felicidad es el estado de conciencia que se siente perfectamente libre de todas las servidumbres extrañas y en perfecto acuerdo con sí misma.

★  
La alegría es el sentimiento del avance desde una perfección menor a una perfección más grande; la alegría es el sentimiento de que se avanza hacia la felicidad.

★  
Llamo tirano a cualquiera que, presionando sobre las cosas indiferentes, como mis riquezas o mi cuerpo, pretende dominar mi voluntad; llamo tirano a cualquiera que trata de modificar mi conciencia por otros medios que no sean los de la persuasión razonable.

★  
Amarás al prójimo como te amas a ti mismo.

★  
No tengo el derecho de considerar nunca a una persona como un medio, pues cada persona es un fin; sólo puedo pedir a los otros los servicios que de buena gana quieran hacerme, por benevolencia y a cambio de otros servicios.

★  
No hay razas inferiores: el individuo noble puede florecer en todas las razas.



★  
 Exceptuando al demente, todo hombre es capaz de razonar y de tener voluntad; pero muchos solamente escuchan a sus pasiones y a sus caprichos, siendo entre éstos donde se encuentran los que tienen la pretensión de mandar.

★  
 Una orden sólo puede ser el capricho de un niño o la fantasía de un loco.

★  
 La sinceridad más necesaria es la proclamación de las virtudes morales.

★  
 Las relaciones entre el hombre y la mujer deben ser, como todas las relaciones entre personas, absolutamente libres por ambos lados.

★  
 Toda obra común será buena si, por amor mutuo o por amor de la obra, accionan todos los obreros libremente y si sus esfuerzos se agrupan y se sostienen en una coordinación armoniosa.

★  
 El sabio se da cuenta de que los sabios son raros en toda época y de que no existe progreso moral.

★  
 La locura de las necesidades imaginarias del hombre ávido, se engrandece a medida que se las satisface; contra más cosas superfluas tiene el insensato, más quiere tener.

★  
 El sabio se da cuenta que las reformas cambian los nombres de las cosas, pero no a las mismas cosas; el esclavo se volvió el siervo, más tarde el asalariado; la única cosa que se ha reformado es el lenguaje y el sabio es indiferente a las cuestiones de filología.

★  
 La sociedad ha agravado el trabajo dispensando arbitrariamente a un cierto número de hombres de todo trabajo y cargando su parte del fardo sobre los hombros de otros hombres; empleando muchos hombres a trabajos inútiles y a funciones sociales; multiplicando en todos y especialmente en los ricos las necesidades imaginarias e imponiendo al pobre el odioso trabajo necesario a la satisfacción de esas necesidades.

★  
 El trabajo es una necesidad natural porque mi cuerpo tiene necesidades naturales que sólo podrán satisfacer los productos del trabajo.

★  
 Yo sólo considero trabajo al trabajo manual.

★  
 La única necesidad natural de nuestras facultades intelectuales es el ejercicio; la mente siempre es un niño feliz que necesita movimiento y juego.

★  
 El espectáculo de la naturaleza, la observación de las pasiones humanas y el placer de las conversaciones son suficientes para las necesidades naturales de la mente.

★  
 No condeno ni al arte, ni a la ciencia, ni a la filosofía; placeres que semejantes al amor, sólo son nobles mientras son desinteresados.

★  
 Del sabio y del artista, como del enamorado o de la enamorada, la naturaleza exige un trabajo manual; ya que les impone, como a los otros hombres, necesidades materiales.

★  
 El gran instrumento del trabajo natural es la tierra.

★  
 El individualista se abstendrá de toda función de orden administrativo, de orden judicial o de orden militar; no será gobernador o policía, oficial, militar, juez o verdugo.

★  
 Ningún individualista puede engrosar el número de los tiranos sociales.

★  
 Además de las funciones retribuidas por el gobierno, el individualista se abstendrá del robo, la banca, la explotación de la cortesana o la explotación del obrero.

★  
 El superior social es de ordinario un niño vanidoso e irritable.

★  
 Volverse el instrumento de la injusticia y del mal, representa la muerte de la razón y de la libertad.

★  
 El sabio se opondrá por todos los medios nobles a la injusticia y a la crueldad.

★  
 Todo apóstol dogmático es un tirano, pues trata de substituir a las otras conciencias por la suya.

★  
 El sabio nunca acudirá a los tribunales para defender su causa.

★  
 Ir a los tribunales, por intereses materiales e indiferentes, es sacrificar al ídolo social y reconocer la tiranía.

★  
 Si el sabio es acusado, según su carácter, o dirá la verdad o se opondrá a la tiranía social mediante el desdén y el silencio.

★  
 Ningún hombre tiene el derecho de condenar a muerte a otro hombre o de encerrarle en la cárcel.

★  
 Los ídolos proclaman como virtudes a las bajezas más serviles, quieren disciplina y obediencia pasiva, exigiendo el sacrificio de mi razón y de mi voluntad.

★  
 Los ídolos varían con el tiempo en otros tiempos, se me pedía de suprimir mi razón y de matar a mi prójimo por la gloria de ya no sé que Dios extraño o por la gloria del rey; hoy, se me piden los mismos abominables sacrificios por el amor de la patria; mañana posiblemente me los exijan por el amor de la raza, del color o de tal parte del mundo.

Selección de V. Muñoz

# Teoría y experiencia del disparo nervioso

**T**ODOS sabemos lo que es un disparo. Pero no todos sabemos lo que es un disparo nervioso. Y, sin embargo, el disparo nervioso rige casi toda la vida privada y pública.

Ahi está el espectro de Hitler. ¡Qué locuras se hicieron en su nombre! El mundo estuvo pendiente de él; es decir, pendiente de un loco de atar. Completamente loco. Locura sangrienta, de disparo nervioso, de epiléptico.

En los hombres no evolucionados el disparo nervioso se da siempre y sin excepción como contrapeso de la ausencia de vida interior, como expresión de epilepsia en los casos graves. Napoleón era epileptoide. Ante cualquier problema, Napoleón reaccionaba como lo que era: un epiléptico en potencia.

Se asimiló la táctica guerrera epiléptica de Federico de Prusia, táctica demoníaca, que era ésta: concentrar la máxima fuerza ofensiva sobre un punto dado, destrozando la línea por el centro y prescindir de las alas o formaciones laterales, de uniforme densidad generalmente.

El epiléptico hace lo mismo en la vida privada. Su furia carece de matiz. La concentra contra un objetivo que podríamos llamar frontal, que es él mismo, elige su punto flaco — su cabeza, de la misma manera que Napoleón elegía el centro de ataque — y se aporrea con violencia.

El epiléptico que no está en el manicomio, como no estuvieron Napoleón ni Hitler, el epiléptico-tipo, el que al parecer hace vida normal pero es un epiléptico, o por lo menos un epileptoide, va pasando la vida deprimido por el propio vacío interior y se obstina en decir cosas desafortunadas y desorbitadas, a consecuencia del complejo de inferioridad que siente y para contrariarlo. Sus disparos nerviosos menudean tanto, que necesita repetirlos en períodos más cortos. Y su vida se pierde entre disparos nerviosos. Los toros, el «music-hall», los mítines de matadero, todo eso obedece a la necesidad que tiene el no evolucionado de recibir impresiones fuertes en su papanatismo de rumiante.

**R**ECUERDESE la política de Hitler. Cada discurso era un disparo nervioso. Goering y Goebels, sus primeros ayudantes, no eran epiléptoides. Eran cínicos. El cínico es un complemento del epileptoide para dar a la epilepsia pública cierta organización que el epileptoide no alcanza, ni capta ni es capaz de iniciar. Así, Hitler, en completo estado de epilepsia delirante, decía en un discurso que tenía la victoria cuando la vic-

toria se le escapaba de las manos. Goering y Goebels eran reemplazantes para concretar la actividad de la aviación alemana y la propaganda, en plena desorganización ambas, pero por lo mismo llevadas las ofensivas al paroxismo con miras exterioristas y bullangueras.

La masa militar de Hitler no obedeció a Hitler más que en los tiempos iniciales de la guerra. Cuando las unidades motorizadas de Rommel llegaron cerca de Egipto, el desierto se tragó a los alemanes, que según Nietzsche siempre llevan un cocido retrasado. Empezó la dieta entre los alemanes y prácticamente acabó la guerra. La epilepsia de Hitler, muy capaz de contagiar a los alemanes afectos en un salón o en una cervecería, era incapaz de hacer combatir a los alemanes en un desierto sin Intendencia. Todo esto no lo comprende el epileptoide ni el cínico.

Igual ocurrió en Rusia con la desbandada del ejército de Napoleón, hambriento y haraposo. Igual ocurrió en Rusia en 1918 con las huestes de Denikin, batidas por un ejército de paisanos ucranianos, que se apoderaron de la Intendencia. Igual ocurrió en España cuando Napoleón se las tuvo que entender con las guerrillas, que dejaban sin viveres a los sacrosantos ejércitos imperiales.

Cualquier disparo nervioso de los conquistadores es inútil ante la dramática situación del combatiente que no puede comer. Ni robando la producción a los países ocupados podían comer los alemanes, a consecuencia del enorme despliegue de sus conquistados, tan fáciles al principio. Querer dominar Alemania todo el territorio continental desde el Báltico a los Pirineos y desde Kiel al Asia no es más que el sueño de un epiléptico deslumbrado por el resplandor de sus disparos nerviosos. Si se añade el proyecto de dominar también los desiertos africanos, nos encontramos con el epileptoide modelo, de base. Que un hombre así haya llevado el mundo al precipicio y que los alemanes le dieran el voto para eso, no es más que un caso de epilepsia contagiada y una ignorancia de la ciencia del psicoanálisis.

**R**ECUERDESE que Hitler era pintor de puertas y ventanas, y bastante malo. Cuando quiso ingresar en una Escuela de Bellas Artes, demostró tan completa ineptitud, que no pudo entrar. Y entonces se dedicó — como todos los seres inútiles a fundar un partido. Padecía un grave, un resentido complejo de inferioridad por sus fracasos acumulados. El hombre razonable se prepara concienzudamente para ingresar en un cen-

tro de enseñanza. El epileptoide es incapaz de tarea metódica y recurre a procedimientos demoníacos para imponerse. Pero los tribunales que juzgan a los candidatos de ingreso en una Escuela de Bellas Artes o en otro centro por el estilo, eliminan generalmente a los incapaces.

El mundo no germanizante tuvo que movilizarse para nacer con Hitler lo que hicieron los profesores que suspendieron al futuro dictador. Esto prueba que es más fácil imponerse a millones de alemanes no evolucionados, propicios a la abstracción dictada por la epilepsia, que a un grupo de profesores expertos en materias concretas que se fueron asimilando mediante trabajo metodizado y no mediante ataques de epilepsia.

**E**L epiléptico privado arremete desafortunadamente contra el adversario o contra el no adversario. Necesita la pelea porque él no pelea interiormente contra sí mismo. Los honores que han adquirido una experiencia directa luchando contra el propio instinto de caverna, contra el despotismo ancestral que vive en ellos, contra el vicio arraigado, contra los hábitos autoritarios, contra la incultura, sabe que tal lucha interna fatiga, pero sabe también que la reacción que se produce inmediatamente contra los mismos vicios que los demás es saludable, comprensiva y eficiente. Es entonces cuando el ejemplo ocupa el lugar de las palabras y cuando cesa el disparo nervioso. Pero si no hay autoeducación, los disparos menudean llegando a constituir una necesidad imperiosa. El traumatismo y el personalismo substituyen al razonamiento y la serenidad. Todo lo que ocurre después es fatal.

**T**ENEMOS el caso del maldiciente. El maldiciente gusta de murmurar contra no importa quién, pero ausente. Es decir, que dispara sobre un blanco invisible y con la certeza del que sabe que no va a encontrar al punto zapato de su medida, sino oídos complacientes, que siempre los hay contra cualquier ausente. Y esto es trágico. Ningún país donde abundan los maldicientes avanzará en ningún sentido.

El maldiciente arma su instinto con bala y dispara. El blanco, lejano, permanece inmovible. ¡Qué sabe él! Pero que el maldiciente emplee las horas bien y dejará de maldecir. Siempre el disparo nervioso del maldiciente se da en individuos no evolucionados, que necesitan cargar y descargar su inferioridad, de la que el mismo instinto les da convencimiento. Siempre el maldiciente sistemático es un ocioso. Su sistema nervioso está vacante y no es posible llenarlo o cargarlo con el aburrimiento manso. Hay que amenizar con más fuerza el desierto interior. Para ello, nada mejor que el disparo nervioso, oasis de plantas parasitarias en el secarral íntimo.

Se ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la decencia, pero entendiéndose la decencia como tal y además como tiempo bien ocupado.

**E**L disparo nervioso es la ociosidad de choque. El disparo nervioso es la manera de odiar por motivo determinado y grave, que no se quiere exteriorizar. Se busca entonces una táctica de diver-

sión, exteriorizando una disidencia que nada tiene que ver con la verdadera disidencia separatista, profunda. Si hay un envidioso que no puede ni quiere exponer pública ni privadamente los verdaderos y vergonzosos motivos de antagonismo con otro, lo que hace el envidioso es meterse con este otro, con su manera de vestir, con su pueblo. De buena gana se metería con su madre, pero eso no es fácil. El verdadero motivo de separación queda en la gazarera del rencor y casi nunca se exterioriza. Lo que se hace es escalar una serie de pequeños disparos nerviosos que alivian el dolor terrible que hay en la gazarera del rencor. Las antipatías instintivas son las más violentas por lo mismo que carecen de motivo.

**H**AY también ráfagas de metralla nerviosa, disparos a granel. Seguramente habréis ido alguna vez a cualquier lugar público, a un restaurant por ejemplo, convertido en tertulia. Allí hay siempre un catequista de tal o cual partido que habla en todo momento de su tragedia interior. Su tragedia interior es que no sois de su partido y que sus consignas os tienen sin cuidado. Pues el catequista las lanza sin descanso, una tras otra. Vais al restaurant a comer; sencillamente, a comer. Preferís discutir la sazón del plato de pescado que os sirven o hablar del tiempo, porque estáis cansados de vuestro trabajo. Y lo que preferís sobre todo es dialogar sin ruido con vuestro afin que come frente a vosotros.

El catequista os amarga la comida. Un aparato de radio se somete a silencio tocando un botón. Al catequista no hay manera de reducirlo al silencio. Como cree poseer la verdad integral y quiere ser catequista a destajo, os coloca pequeños discursos. Todos estos discursos son de tesis, naturalmente, y todos son disparos nerviosos con metralla, en ráfagas. Dice, por ejemplo, el catequista laico dirigiéndose a su vecino de mesa, que supone desafecto al partido: «Nunca seréis nada». En realidad se dirige a todos los que comen para amaestrarlos en la incapacidad de que no serán nunca nada, de que no serán ni siquiera comisarios de Puertas y Ventanas ni alcaldes de barrio.

Pero como los oyentes forzosos no quieren ser habitualmente más que lo que son, el catequista se indigna y repite sus disparos. No concibe la vida sin ser catequista. Las cuestiones públicas le apasionan hasta el delirio. No tiene camisa, pero la cuestión del Irán está a punto de hacerle mugir. Se ve apurado para pagar la comida, pero la reunión de los grandes le frie la sangre. Anda de medio lado porque come poco, pero ¿qué me dicen ustedes del discurso de Fulano? Comiendo, andando por la calle, en el café, en todas partes, el catequista se entrega al soliloquio, a vocear en el desierto. Y no sabe hablar de nada más que de lo que no le afecta, de lo que hacen sus jefes sin contar con él.

Esta es la tragedia del catequista espontáneo, que hace méritos toda la vida para ser al menos gobernador y acaba alguacil. El verdadero catequista de un partido no va por cafés ni tabernas predicando y en cambio tendrá todos los enchufes. Pero este proletariado delirante de los parti-

**D**ESAPARECIDO el Estado ¿cómo se regirán las relaciones entre las personas aisladas o asociadas? Por una entente; un acuerdo libremente propuesto, discutido, aceptado y cumplimentado. Dicho en otros términos: un contrato.

Designese como se quiera el término importa poco, lo que interesa es saber la naturaleza del contrato que se puede concluir entre anarquistas.

Si está fuera de duda que las cláusulas de un contrato deben ser propuestas, examinadas y discutidas en condiciones que aseguren toda libertad de espíritu y de acción de los contratantes, está fuera de duda también que las citadas cláusulas no podrían estipular nada contrario a la concepción anarquista de la vida humana dejando libertad absoluta al que no quiera o no pueda ejecutarlas.

Es posible que un individuo no haya medido todo el alcance del acuerdo suscrito por él o que en el curso de ejecución su estado de espíritu se haya modificado bajo la influencia de circunstancias nuevas. Es posible que una emoción, un sentimiento de cualquier especie que sea lo invade, lo domine, se aúne de él, momentáneamente quizá, colocándolo en el momento de adoptar el acuerdo. Por todas estas razones el contrato concluido entre anarquistas debe ser rescindible.

Uno de los contratantes — por ejemplo — puede estimarse perjudicado o reducido a una situación desfavorable, inferior o indigna de él, respecto de los otros contratantes. Estos, a su vez, tras cierta experiencia, pueden apercibirse que no es-

dos, este famélico catequista de café se cree un ciclón, es el que realmente no llega nunca a ser nada más que una plaga para el sufrido auditorio.

Los disparos nerviosos escalonados por la manía del catequista espontáneo tienen depresiones horribles, pero pasajeras. Tal personaje o cualquier otro grande pone en la línea de fuego de nuevo al catequista gratuito. Los partidos viven por él, pero no le dan más que huesos en el festín político. Los animadores del partido callan y obran, maniobran en altas esferas, hacen como que riñen con el gran rival, pero acaban por pedirle dinero y comen con él opíparamente en un salón espléndido. Y el catequista, partiéndose el pecho con su metralleta por tabernas y cafés, consumiendo su energía en fuegos de artificio, en disparos nerviosos cada vez más violentos que acaban por desengañarle, trasladando entonces su afición el catequista al patetismo astral o a la afición a los solitarios, refugio de la misantropía y del aburrimiento cuando la metralleta se quema por uso inmoderado y el mundo sigue dando vueltas sin que los catequistas remedien sus vergüenzas ni sus oprobios.

## El contrato anarquista

tán calificados para cumplimentar las cláusulas por haberse aventurado más allá de sus aptitudes o de sus posibilidades, arriesgándose a un compromiso que les une aunque sólo sea temporalmente. Es precisamente por cuanto precede que una de las condiciones previas para la conclusión del contrato entre anarquistas, exige de los interesados un examen serio de sus capacidades y de sus medios.

Y el contrato, siendo rescindible, debe serlo con preaviso. Es de un compañerismo elemental el que ninguno de los participantes sufra dificultades, retardos ni perjuicios nacidos de la ruptura de contrato y susceptibles de ser evitados.

Incluso en caso de brusca ruptura de contrato no puede admitirse, entre anarquistas — so pretexto de hacer respetar sus términos — la intervención de terceras personas o autoridades, ajenas por completo a los interesados. Tampoco debe prevérse sanciones disciplinarias o penales bajo el manto de elucubraciones li-

terarias. Nada de eso sería anarquista. Lo que se puede hacer no obstante, en caso de litigio en el curso de la ejecución del contrato es prever el recurso a un árbitro experto, un técnico, por ejemplo, con la condición primordial de que el elegido fuera del agrado de ambas partes discordantes y de bastante confianza para que con su decisión se termine el litigio.

Todo contrato que implique obligación, sanción o intervención administrativa exterior no es ni individualista ni anarquista. Por otra parte, el contrato tal como le concebimos nosotros, y tal como lo interpretan los anarquistas de todas las tendencias no puede ser concluido más que entre unidades humanas de un temperamento y una mentalidad adecuados y si esta mentalidad falta, no hay contrato posible entre anarquistas, por lo que — incluso admitida esa mentalidad determinada — los anarquistas afirman que para asociarse es indispensable conocerse bien, y no adoptar ninguna actitud de compromiso más que para un período y un trabajo bien definidos, una actividad o acción bien determinada como sea posible.

Teóricamente el contrato se rompe a partir del momento en que perjudica a uno de los interesados. Esta fórmula presenta el defecto previsto en sus aplicaciones si no se tiene en cuenta las circunstancias, vida y temperamento individuales. Prácticamente se puede constatar que el contrato entre anarquistas cesa en el momento que la entente que presidió a la conclusión del mismo, se halla de nuevo para examinarlo.

Efectivamente, el contrato entre anarquistas, ni aun entre no anarquistas, para un objetivo cualquiera, no puede ser firmado a la ligera. Su base estará exenta de reservas mentales, disimulo, fraude y al margen de cualquier interés mezquino, sórdido, señalados con el índice acusador incluso en el concepto jurídico de la sociedad capitalista actual. Los compromisarios se conocen, han sopesado virtudes y defectos, reflexionado acerca de las consecuencias, previsto los diversos peligros, etc., y determinado las concesiones que eventual y mutuamente deberían hacerse.

Cuanto antecede es suficiente para comprender que un compromiso leal no puede cesar por simple capricho, por una fantasía o por un momento de mal humor de cualquiera de los que constituyen el grupo o la colectividad y la ruptura no puede hacerse sin reflexión; sin examen profundo y serio de daños, perjuicios y consecuencias que de tal actitud puedan descollar.

Desde luego, ningún anarquista podría oponerse a la voluntad formulada por uno de los interesados de romper el contrato. Pero ello no implica el que los otros compañeros no puedan objetar nada a tal ruptura, existiendo además la posibilidad de que, en el momento en que el descontento pide la ruptura de la asociación, los otros colectivistas expresen sentimientos parecidos. Un anarquista puede objetar, pedir reflexión, exponer razones, marcar ciertas consideraciones de orden muy particular cuando se trata de sentimiento muy bien comprendido por quienes viven una vida sentimental intensa.

FELIPE ALAIZ

*Un anarquista podrá resistir más o menos tiempo a la ruptura de un contrato si posee la convicción profunda de que su compañero obra al influjo de influencias perniciosas. Por lo que no se debe invocar la in-consecuencia. Según sea su temperamento podrá sufrir y lamentarse.*

*A menos que existan motivos excepcionales, el anarquista que de forma incoherente impone la ruptura de contrato, así, a rajatabla, me parece un compañero inconsecuente, si no de mala fe. Un anarquista no aprovecha de la facultad de romper el compromiso sino después de haber obtenido adhesión sincera de su compañero o del grupo de compañeros a los que está unido.*

*El compañerismo es contrato tácito concluido entre seres unidos por ciertas afinidades intelectuales, sentimentales o de otra categoría, tendientes al aporte de bienes materiales, morales, susceptibles de hacer la vida más agradable. Por ello es imposible aceptar la ruptura impuesta a todo evento, sin ton ni son, infligiendo sufrimientos y trastornos renidos con un mínimo de comprensión del concepto de camaradería.*

*Se ha formulado a menudo la pregunta sobre la diferencia que existiría entre la humanidad actual y una humanidad anarquista o de tendencia anarquizante. Francamente hablando yo lo ignoro; no estoy en condiciones de dar detalles sobre el particular. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el contrato no será impuesto ni políticamente ni en otras formas de la vida humana. Ni por una casta ni por una clase social. Actualmente, la unidad humana se halla frente a un contrato social impuesto. En una sociedad humana impregnada del espíritu anarquista no existirá más contrato (compromiso) que el contrato propuesto. Es decir, que en sociedad anarquizante no se puede tolerar una cláusula cualquiera de un acuerdo que no haya sido previamente discutido antes de ser suscrito a los interesados. En una sociedad anarquista o anarquizante no puede existir el contrato unilateral, es decir obligando a quienquiera que sea a cumplir un trabajo, una actividad que no haya sido aceptada personalmente y con entera responsabilidad, ya que ningún grupo, ninguna mayoría económica, política, religiosa, etc., ningún conjunto social — sea cual fuere — puede obligar a una minoría o a una sola unidad humana a ceñirse, contra su voluntad, a sus decisiones ni a sus órdenes.*

E. ARMAND

Traductor. F. FERRER

# ISLA CRISTINA

**D**OS jornadas a pie desde Huelva. El primer pueblo que se encuentra es Gibraltón. El domingo llegué yo a Gibraltón, dominio antaño del duque de Béjar y no sé si hogaño de alguno de sus descendientes: el atún inmortalizado por Cervantes con la dedicatoria de la primera parte del «Quijote». Me vi con aptitudes para coger higos, por entonces faena en todo su apogeo, y pedí trabajo. Al día siguiente, de madrugada, salía para el «jigueral» con la peonía, la hogaza y el bocado de tocino gordo del ajuste, los cuales vivires resistí a poner en mi bar-juleta, entre las cuartillas de la «kilométrica» novela que estaba escribiendo, y en la mano los llevaba. El «jigueral», donde Cristo lanzó el postrer suspiro. Entregáronme una caña como la de la doctrina de larga a fin de realizar el trabajo. Tan mal me las compuse que tiraba al suelo los higos crudos y dejaba en el árbol los maduros. Hice un destrozo, verdaderamente. Acudió el amo: desarmóme: intentó tundirme con la caña de la doctrina, poniéndome por buenas composuras en el almijar, que fué como darme carta blanca para atracarme de almibarados higos. Acabé con el agua de las alcarrazas, y a poco más el cólico que me dió acaba conmigo. No me pagaron. No volví al pueblo con la cuadrilla a la caída de la tarde. Echéme a costas las cuartillas de la novela por entregas y, hala hala, a Isla Cristina, más comúnmente llamada La Higuera.

★  
Otro Finisterre, a la parte Sur. Marina descolorida, fea: trasciende a légamo. En un cielo de disgusto un sol con telarañas. Hay más gris que azul. La humedad se hace barro, y la luz, cociendo en este gran cuenco, humea. Aire salino que escuece. Huele a marisma. Todo el mundo anda ocupado: en estibar, en salar, en conservar, en rematar la pesca

que en los panzudos galeones viene. Suenan la campana de la Lota, y el grito del mostranquero tiene tanto de pregón andaluz como de musulmán azalá. Corre el dinero. Hay muchos hombres y mujeres empleados en las importantes salazonerías. Abundan las tascas. Este gran saladar es un pequeño Potosí, donde el picaro y el trashumante, el mendicante y el trapajoso arriman el hombro al trabajo. Muchos naufragos rehacen aquí su vida. En este rincón no preguntan a nadie de dónde viene. Unos chavos bastan para comer. Yo ahorré dinero ocupándome en trabajos livianos. Tanto me especialicé en el rodaje de barriles que los encarrilaba como el aro los niños, y de muchos almacenes me buscaban. Tenía siempre faena.

★  
Nuestras conservas fueron muy codiciadas por los diferentes invasores de España, cuanto más de la parte de Andalucía. En los pocos textos antiguos se habla de ellas con elogio. Andaluza, onubense, es La Higuera. Parece que ha venido a menos, que ahora lleva más ruido Barbate, emporio almadrabero, lo que Zahara en otros tiempos. Barbate, cerca de Vejer, próximo al lago de la Janda, la batalla de este nombre, erróneamente llamada del Guadalete, la derrota del último rey goda...

★  
Regresé a Huelva, y al pasar por Gibraltón caí en la cuenta de que no fueron los higos los que me hicieron daño, sino el duque de Béjar, marqués de Gibraltón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos, que lo tengo estomagado, siendo bien cierto que todos sus títulos juntos no valen lo que la dedicatoria de la primera parte del «Quijote» otorgada por Cervantes a tan ruín señor, harto inmerecidamente.

PUYOL

# CORTINA DE HUMO

**U**NO de los factores más relevantes de la tragedia ibérica ha venido escurriéndose de la visual de los críticos, disimulándose cautamente tras una espesa cortina de humo. Apenas alguna que otra salpicadura ha dado de lleno en el blanco del personaje central del patético argumento de la sublevación y represión que jalonó y colofonó salvajemente nuestra contienda. Sin embargo, se han escrito extensas y bien meditadas monografías contra los protagonistas de los latifundios y cacicatos, contra la alta y la mediana burguesía, contra nuestra nobleza implume y cacareante, contra los capitalistas e imperialistas extranjeros, contra los cucos y amojamados políticos de vieja escuela y contra la casta de los arrastrables, colonizadores corsos patentados en nuestro país.

La ejecutoria del clero español no ha sido ni lo suficientemente sobada ni puesta en la vitrina pública con la prioridad y relieve merecidos. Dos razones de peso han determinado ese privilegio de intocabilidad. Primero, la mixtura de antifranquismo y proclericalismo del republicanismo andante; segundo, la contrición subconsciente y hasta consciente hacia la labor insecticida llevada a cabo por nuestro pueblo durante la apertura y primeros compases de nuestra sinfonía revolucionaria.

**E**N la mayoría de los acontecimientos revolucionarios históricos, no se había dado un caso de audaz atrevimiento equiparable al gesto vapuleante del pueblo español contra la cucarachería y chinchería campante por los sucios y malolientes desvanes eclesiásticos y conventuales. La vasta e infecta humanidad de los hábitos y sotanas, estaba acostumbrada al juego de pegar y esconder la mano, a orar y encender la mecha, y a flotar después como un corcho por encima de todas las inundaciones, desde la diluvial torrentada de los bárbaros del norte hasta las encrespadas marejadas del nazifascismo. Los furibundos césares del esplendor y de la decadencia, los germánicos neanderthales invasores de nuestros potrereros, y los mismos demagogos de la revolución francesa, atenuaron sus bríos y pararon su caballería a la vista de esos islotes rematados en su cúspide por la cruz de Cristo. Constantino, Carlomagno y el mismísimo Mussolini acabaron abrevando en la pila del bautismo.

El clero español es un caso único. Empezó éste a montar sus bochinchas y tenderetes en las postrimerías de la era romana, frente a los bien nutridos bazares de judíos y paganos, y acabó por eliminar a su concurrencia mediante coqueteos, genuflexiones y lenguatazos a las botas de los conquistadores armados de pica en blanco.

**C**UANDO la avalancha árabe cruzó el estrecho para coronarnos con el álgebra, la astronomía, la brújula, el papel, la literatura, la agricultura, la medicina, la acequia de riego, el baño público, los buhoneros y chamarileros de Cristo quedaron anonadados ante tanta luz y tanta agua. Los árabes olvidaron pronto el korán y hasta el Islam para fundirse con los nativos. Los cristeros continuaron apartados de la fraternal ablución, conservando pies y manos, ingles y sobaqueras barnizadas con conchas de roña. El cristerismo es la religión de la oscuridad y de la roña. Entre los obispos de Cristo y los califas de Mahoma se interpo-

nía una cascada de agua y de luz. Y la conspiración contra estos saludables elementos se tramó en una oscura cueva del norte cantábrico, urdida por los ensotados en contubernio con toda la tiña de los bajos fondos europeos.

La cruzada fué una verdadera crucifixión. Y la depuración por la hoguera y el tormento, una juega aquelárrica, seguida de la violación de nuestra madre tierra por la lepra vaticanista, sujeta aquélla de piernas y brazos por los lanzones y arcabuceros al servicio de las mitras empolladoras de liendres.

**A** partir de aquellas fechas, España ha sido una especie de remonta dedicada a la cría de novicias y seminaristas. Y la acción liberadora del pueblo español, cuando le fué permitido diagnosticar y operar, estuvo enfocada hacia esos nidos bacilares de infección, aplicando a los cristeros la ley tallonesca de los combustibles como réplica a los fumiguesos y chamusquinas recibidos durante siglos de manos de la negra legión de los peroboters.

Los que se preguntan el porqué de esa unción popular por la socarrina de incensados garitos prostibularios — en días de fiesta ofrecidos de claro en claro — y por el suministro de requiescat-in-paces en nalgas y riñoneras de los trabucaires mitrados, hallarán cumplida explicación a través de tan lustrosos antecedentes. Y los que inquietan el porqué de tanto sadismo y ferocidad falangista, encontrarán el hilo de sus preocupaciones estudiando la historia de nuestra torturada península, víctima secular de los achicharraderos cristeros.

J. PEIRATS

## PARA EL EXPEDIENTE QUE APLASTARA A FRANCO ANTE LA HUMANIDAD Y ANTE LA HISTORIA

Carta del general Franco a Hitler :

26 febrero 1941.

Querido Führer:

Su carta del 6 me ha incitado a responderle rápidamente, porque creo necesario aclarar algunos puntos de vista y de aportar confirmación de mi lealtad.

Yo considero, como usted mismo, que el destino histórico le ha unido a mí y al Duce. (1)

Comparto también su opinión según la cual el hecho de que España esté situada a ambos lados del estrecho de Gibraltar provoca la más grande animosidad de parte de Inglaterra que desea mantener en dicho punto su control.

(1) No para morir (N.D.L.R.)

## DE LA ESPAÑA QUE RENACE

# Campos de Níjar

por Juan GOYTISOLO



ABIA dicho a la patrona que me despertase de alborada con el sano propósito de ver despuntar el sol sobre la sierra, pero las sábanas se me pegaron más de lo debido. Los felices trabajadores a domicilio hemos abandonado la costumbre de madrugar para ganar el pan y el autor de estas líneas se levanta a la hora en que el guadapero lleva el serillo del almuerzo a los segadores.

—Ha perdido usted el autocar —dice la mujer, algo escandalizada—. Salió hace ya mucho rato y hasta mañana no hay ninguno.

El perezoso paga cena y cama bajo su mirada desaprobadora y, una vez en la calle, se mete en la primera barbería. Si tuviera que caracterizar el sur en tres palabras citaría seguramente a las barberías junto a los niños y a las moscas. Todos los pueblos de Murcia y Andalucía rivalizan en número y, a juzgar por mi experiencia, su horario es muy elástico. Una noche, en Guadix, conté dieciséis y entré en la décimoséptima cuando eran las once tocadas. La de Níjar es más mísera aún que las guardijeñas y, mientras el barbero me enjabona la cara me entretengo mirando el mosquero. los frascos vacíos y un ventilador que luce en la rinconera, de adorno.

—¿A cuántos kilómetros queda Lucainena?

—A diez, debe estar...

—¿Y Carboneras?

—Lo menos a veintisiete. Como no tenga usted auto...

Yo digo que voy a pie y el barbero explica que Lucainena, Carboneras y Turrillas son pueblos sin interés y no vale la pena visitarlos.

—Además no encontrará un alma por allí. mejor que dé usted media vuelta y tire hacia el Cabo de Gata.

—Queda lejos también.

—Lejos, sí está. Pero es más curioso que Carboneras y le será fácil parar algún auto.

El barbero se expresa con el acento cantarín que tienen a menudo los hombres de la provincia y, al acabar su trabajo, me pone un poco de talco en la barba.

—¿Cuánto es?

—El señor me debe seis reales.

El sol castiga duro a aquella hora y, como el

domingo no hay camiones, ni carros, sigo los consejos del barbero y echo a andar en dirección a Gata.

El camino es el mismo que tomé al venir, pero en lugar de seguir la calle hasta el surtidor de gasolina y continuar por la carretera comarcal. tuerzo a la izquierda por la antigua entrada del pueblo y serpenteo entre los muros de piedra seca hasta la puerta del camposanto.

A la derecha, las montañas se entrelazan hasta perderse de vista en el horizonte. A la izquierda, son las tierras alheras del llano, cultivadas a trechos y esfumaads por la colina. Por poniente bogan nubecitas vedijosas. Las cigarras zumban en los olivares. Encampanado en el cielo, el sol brilla sobre el campo de Níjar.

La carretera se ciñe a la forma caprichosa de los balates y, al llegar al cruce, repecha la cuesta, deja atrás el poste de gasolina, aterriza en el llano. La pareja de civiles que está de facción en el teso me contempla mientras me alejo del oasis de verdor que varios siglos de trabajo silencioso y anónimo han logrado crear junto al pueblo y me interno en el desierto que lo rodea, por un paisaje rudo, sin hombres, árboles, ni agua.

El camino es recto, parece que no tenga fin. El arbolado ralea poco a poco. Los últimos acebuches son aparrados y canijos y, al desaparecer ellos también, me encuentro solo en medio de un mar de arcilla, sin más brújula que el encegador reverbero del sol sobre la carretera.

Al cabo de media hora de marcha el calor se hace insoportable. La llanura se cuece entre espirales de calina. Las cigarras zumban amodorradas. El propio viajero —que, desde que vive en el norte se ahila y desmedra como las plantas privadas de luz y es un apasionado del sol— siente el agobio del trayecto y empieza a buscar un trocito de sombra donde tumbarse.

No hay ninguno y continúo todavía un buen rato. A lo lejos se divisa la carrocería brillante de un automóvil, parado al borde de la cuneta. Debe estar a poco menos de un kilómetro y el chófer camina por el alquitranado.

En la tierra barda, los henequenes suceden a las chumberas. Un culebrón asoma su astuta cabeza entre las zarzas y luego se desvanece. Ala izquierda hay un cortijo en alberca con la consigna del Instituto, MAS ARBOLES, MAS AGUA, escrita con alquitrán sobre el muro.

El automóvil está ahora a trescientos metros y parece esperarme, apoyado en el guardabarros. Al poco, descubro que no va solo y veo otro, sentado al pie del talud. En el campo de henequenes, un mozo desmocha terrones con la azada. Un tordo alirrojo se posa en las chumberas del camino. Las nubecillas condensadas en la sierra se aborregan. La calma ondea sobre el llano.

El coche es un «Peugeot 403» y lleva matrícula de París. Su conductor —hombre rubio, de una cuarentena de años— va vestido como explorador de película, con pantalones cortos de color caqui y camisa blanca. Sólo le falta el casco.

—Pardon, señor. Est-ce que vous savez «dónde agua» —dice cuando llego junto a él.

—Je ne sais pas; c'est la première fois que je prends cette route.

El hombre amugsa la vista con cierta sorpresa. El sudor le chorrea por la cara.

—J'ai oublié de mettre de l'eau dans le réservoir et je suis en panne —añade al cabo de unos instantes—. Il n'y a aucune fontaine aux environs?

Je ne sais pas mais ça me paraît un peu difficile. De l'eau, ici...

—C'est embêtant. Voilà plus d'une heure qu'on attend et encore on n'a pas vu de bagnole.

Por la ventanilla del coche asoma una cabeza de mujer, colérica, con la nariz despellejada.

—Je te l'avais dit quarante fois. Toute cette région là c'est le désert. Maintenant essaie de trouver de l'eau. Cela t'apprendra a m'emmener dans des pays pauvres.

—Veux-tu la fermer —dice exasperado el hombre.

Junto al talud hay un viejo con una chaqueta raída y, al oírle, el corazón me da un brinco en el pecho. Aunque tiene la cara medio oculta bajo el ala del sombrero, barrunto que es el mismo que, la víspera, me ofreció las tunas en el mercado.

—Explíqueme que hay un pozo a dos kilómetros de aquí — dice sin reconocerme.

—Il dit qu'il y a un puits à deux kilomètres d'ici.

—¿De quel côté?

—¿Hacia qué dirección?

El viejo se incorpora y veo sus ojos azules, cansados. Son los mismos de ayer, pero ahora ya no imploran nada.

—¿Ve usted aquel cerro detrás de las chumberas?

—Sí.

—Al otro lado hay un cortijo donde encontrará agua.

Traduzco las indicaciones del viejo y el turista abre la puerta del coche.

—Il paraît qu'il y a un puits là-bas.

La mujer hace como si no lo oyera y se abanica furiosamente con el periódico.

—Au revoir — nos dice el hombre —. Muchas gracias.

El viejo y yo continuamos por la carretera. El sol aprieta fuerte y mi compañero lleva un cenacho enorme en el brazo.

—Habla usted muy bien el español —dice al cabo de cierto tiempo.

—Soy español.

—¿Usted?

—Sí, señor.

El viejo me mira como si desbarrara.

—No. Usted no es español.

—¿No?

—Usted es francés.

—Hablo francés, pero soy español.

El viejo me observa con incredulidad. Para la gente del sur la cultura es patrimonio exclusivo de los extranjeros. Un francés hablando perfectamente diez idiomas sorprende menos que un español chapurreando un mal gabacho.

—Mire —digo echando mano al bolsillo—. Aquí está el pasaporte. Lea. Nacionalidad: española.

El viejo da una ojeada y me lo devuelve.

—¿Dónde dice que vive usted?

—En París.

—¡Ah!... lo ve... —exclama triunfante. Entonces es usted francés.

—Español.

—Bueno. Español de París.

Su conclusión es irrefutable y renuncio a la idea de discutir. Durante unos minutos caminamos los dos en silencio. La carretera parece alargarse indefinidamente delante de nosotros. El viejo lleva el cenacho cubierto con un trozo de saco y le pregunto si aún le quedan tunas.

—¿Tunas? ¿Por qué?

—Ayer por la tarde ¿no estaba usted en Nijar

—Sí, señor.

—Es que me pareció verle allí en el mercado.

—¿Y todavía dice usted si me quedan tunas?

El viejo se detiene y me mira casi con rabia.

—Las que usted quiera. Tenga. Se las regalo.

—No le había dicho eso...

—Pues se lo digo yo. Cójalas. Y, si no le gustan, escúpalas. No me ofenderé.

Ha quitado el saco de encima y me enseña el cesto lleno de chumbos hasta los bordes.

—Quince docenas. Se las doy gratis.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—No debe agradecerme nada. Nadie las quiere. Tengo mi mujer en la cama, con fiebre. Necesito ganar dinero y ¿qué hago? Coger varias docenas de tunas e irme al pueblo. ¡Imbécil que soy! La gente prefiere que le pidan limosna en la cara.

El viejo deja caer las palabras lentamente, con voz ronca, y se vuelve hacia mí.

—¿Las sabe usted cortar?

—Sí.

—Entonces, venga. Le daré un tenedor y un cuchillo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Estarán un poco calientes, pero es igual. Frías, tampoco tientan a nadie.

En la linde de la carretera hay una higuera amarilla y raquítea, pero da alguna sombra. Nos sentamos en el suelo y el viejo me tiende el cuchillo y el tenedor.

—Coma usted las que quiera. Igual tendría que echarlas.

Yo digo que saben distinto que en Cataluña y el viejo calla y se mira las manos.

—Prefiero éstas. Son mucho más sabrosas.

—Lo dice usted para ser amable y se lo agradezco.

—No. Es la pura verdad.

Con el cuchillo corto los extremos de la tuna



y rajo la corteza por en medio. Al levantarme sólo había bebido un mal café y descubro que tengo hambre.

—Cuando era niño, en casa, las tomábamos por docenas.

El viejo me observa mientras como y no dice palabra:

—Mi padre nos prohibía mezclarlas con la uva porque creía que las pepitas malcasaban en el estómago y provocaban un corte de digestión.

El viejo ahora se mira atentamente las manos.

—Tengo dos hijos que viven en Cataluña —dice.

La música monocorde de las cigarras pone sordina a sus palabras. En la llanura el sol brilla como un tumor de fuego.

—Cuando era joven, mi mujer quería que tuviésemos muchos. La pobre pensaba que estaríamos más acompañados al llegar a viejos. Pero ya lo ve usted. Como si no hubiéramos tenido ninguno.

—¿Dónde están?

—Fuera. En Barcelona, en América, en Francia... Ninguno volvió del servicio. Al principio nos escribían, mandaban fotografías, algún dinero. Luego, al casarse, se olvidaron de nosotros.

El viejo sonríe con gesto de fatiga. Sus ojos azules parecen desteñidos.

—El mayor no era como ellos.

—¿No?

—Desde pequeño pensaba en los demás. No en su madre, su padre o sus hermanos, sino en todos los pobres como nosotros. Aquí la gente, nace, vive y muere sin reflexionar. El, no. El tenía una idea de la vida. Su madre y yo lo sabíamos y lo queríamos más que a los otros, ¿comprende?

—Sí.

—Cuando hubo la guerra se alistó en seguida a causa de esta idea. No fué a rastras como muchos, sino por su propia voluntad. Por eso no lo lloremos.

—¿Murió?

—Lo mató un obús en Gandesa.

Hay un momento de silencio, durante el que el viejo me observa sin expresión. El viento levanta remolinos de polvo en el llano.

—En su país debe llover. Siempre he querido ir a un país donde haya lluvia, pero nunca lo he hecho y ahora... Está ya duro el alcacer para zampoñas.

Las palabras salen difícilmente de sus labios y mira absorto a su alrededor.

—Aquí han pasado años y años sin caer una gota, y mi mujer y yo sembrando cebada como estúpidos, esperando algún milagro... Un verano se secó todo y tuvimos que sacrificar las bestias. Un borrico que compré al acabar la guerra se murió también. No se puede usted imaginar lo que fué aquello...

La llanura humea en torno a nosotros. Una banda de cuervos vuela graznando hacia Níjar. El cielo sigue imperturbablemente azul. El canto de las cigarras brota como una sorda protesta del suelo.

—Nosotros sólo vivimos de las tunas. La tierra no da para otra cosa. Cuando pasamos hambre nos llenamos el estómago hasta atracarnos. ¿Cuántas dijo que se comía usted?

—No sé, docenas.

—En casa hemos llegado a tomar centenares. El año pasado, antes de que mi mujer cayera enferma, le dije: «come», haz igual que yo, a ver si reventamos de una vez», pero los pobres tenemos el pellejo muy duro.

El viejo parece verdaderamente desesperado y, como hace además de escapar, me incorporo también.

—¿A cuánto las vende usted?

—No se las he vendido. Se las he regalado.

Torpemente saco un billete de la cartera.

—Es una caridad —dice el viejo enrojeciendo— Me da usted una limosna.

—Es por las tunas.

—Las tunas no valen nada. Déjeme pedirle como los otros.

Por la carretera pasa una motocicleta armando gran ruido. El viejo alarga la mano y dice:

—Una caridad por amor de Dios.

Cuando reacciono ha cogido el billete y se aleja muy tieso, con el cenacho, sin mirarme.

★

El coche de línea de Carboneras sale de Almería a las cinco y media de la tarde. Don Ambrosio me había dejado en el cruce de Níjar y San José, y durante cerca de una hora permaneci al borde de la cuneta, aguardándolo. La tempestad se condensaba sobre los picos de la sierra de Gata y, paralelamente, sentía dentro de mí una saturación extrema... la conciencia de haber llegado al límite como una cuerda que se rompe por haberla estirado demasiado. Sentado en la linde del camino acechaba las nubes foscas. El cielo era como un océano embravecido y en el campo había uno de esos silencios expectantes que preceden a la explosión de la tormenta bandas de pájaros volaban a ras del suelo, el aire estaba embebido de luminosidad. Todo anunciaba la inminencia del estallido y, a medida que el tiempo transcurría, aumentaba también mi necesidad de desfogarme.

Revivía los incidentes de mis tres días de viaje y la idea de lo que no había visto todavía —o me había pasado inadvertido tal vez— me abrumaba. Había comenzado a bajar alegremente la pendiente y descubría de pronto que no tenía fin. Don Ambrosio, el viejo de las tunas, Sanlúcar, Argimiro, la lista podía alargarse aún. En cada pueblo encontraba gentes parecidas. Unos me hablarían alzando la voz y otros bajándola. Y el escenario siempre sería el mismo... y mi cólera y su desesperanza.

Quando el autobús apareció en el horizonte, empezaba a llover. Me incorporé de la cuneta agitando los brazos y el chófer frenó y abrió la puerrecilla.

—A Carboneras.

—Sí, señor.

—Suba.

Me acomodé en uno de los asientos de atrás y el coche arrancó de nuevo. Los viajeros me observaban con curiosidad. Eran diez o doce, y sus rostros me resultaban vagamente familiares, como

visto ya en otros autobuses de la provincia, camino de otros pueblos.

—Se ha salvado usted de milagro.

—¿Decía?

—¿No ve usted cómo llueve?

El turbión se desencadenaba con furia y lo contemplé a través de los vidrios salpicados de barro. El cielo era de color jalde, los pájaros habían desaparecido y el agua convertía la llanura en una inmensa charca crepitante.

—Fijese de qué color viene la lluvia...

—Al que le pille fuera lo pone perdido.

—Es el polvo que hay. ¿Se da usted cuenta?

Yo continuaba con la nariz pegada a los cristales... temía llorar también y que mis lágrimas resbalaran por la mejilla, sucias y polvorientas. El coche se detuvo a la entrada de Nijar. Dos días antes había recorrido el camino a pie con José y sus camaradas y me parecía que desde entonces habían transcurrido dos siglos. Miraba al puesto de los civiles, el surtidor de gasolina, las mieses acamadas por la tormenta, y tenía la impresión de haber soñado.

—¿Ve usted esta hoyita? —señaló mi vecino—. Hace unos años el coche volcó allí al dar la vuelta y hubo un montón de muertos. Dicen que el conductor iba bebido.

El autobús avanzaba prudentemente y el paisaje se desliza triste y lívido, iluminado a trechos por el resplandor de los relámpagos. Entre Nijar y Carboneras hay varios kilómetros de tierras rojas. de las que se extrae la granatilla. Lavado y cribado, el mineral pasa a unos depósitos que de lejos recuerdan, a causa del color, esos campos de Murcia y Levante donde en verano ponen a secar los pimientos. El chófer había frenado para recoger al capataz de la mina y el viaje prosiguió, más irreal que nunca, a través de montañas lunares y grises, parameras y canchales.

—¡Los Arejos!

No se apeó nadie. El autobús parecía el Buque Fantasma; un Buque Fantasma que flotaba entre los picos de la sierra, prisionero del karro y de las nubes. La radio estaba encendida a toda potencia y emitía una extraña baráunda de sonidos que cubrían —hasta ahogarla— una aria de ópera italiana. Transcurrieron varios minutos.

—Bueno. Ya llegamos.

En Almería, cuando se menciona Carboneras, la gente toca madera y se santigua. Supersticiosamente muchos evitan pronunciar el nombre y hablan del pueblo en perifrasis: «Este puerto que queda entre Garrucha y Aguas Amargas». «Este sitio que no se puede decir» y otras frases por el estilo.

Como para mantener lo bien fundado de la leyenda, la estampa que ofrecía después del turbión se ajustaba exactamente a la que la imaginación popular le atribuía. La mayoría de las casas estaban cerradas, los habitantes se escurrían por las calles como sombras y el mar embestía contra la playa, negro y enfurecido.

El autobús bordeó el cementerio y el monumento a los Caidos por Dios y por España. Una pareja de civiles rondaban con el mosquetón en bandolera.

Vi a una mujer con bocio con un chiquillo panzudo y a un muchacho espigado que daba la mano a un ciego. Había cesado de llover y algunos viejos se asomaban a mirar a las puertas de las casucas.

El chófer se detuvo en la plaza, frente al Dispensario Antitracomatoso. Contorneando los muros del Castillo me acerqué a ver el mar. La playa estaba desierta y el viento azotaba el casco varado de las trañías. La costa se alejaba en escorzo hacia los acantilados de Playa de los Muertos y Punta de Media Naranja. En dirección a Garrucha los farallones emergían festoneados de espuma. El pueblo parecía replegado sobre sí mismo, como un caracol dentro de su concha y, al volver a la plaza, busqué una taberna y pedí un litro de vino.

—¿Jumilla?

—Sí, Jumilla.

En el lugar había sólo dos hombres de mediana edad, pequeños y como arrugados y al oírme hablar con el patrón se habían acercado a mi mesa y se presentaron en seguida. El uno era aguador y el otro aperaba carros, y querían saber a dónde iba y si tenía familia por allí y cuanto tiempo pensaba quedarme.

—El país es pobre, pero hermoso —decía el aperador.

—En España no hay el adelanto de otras naciones, pero se vive mejor que en ningún sitio —decía el azacán.

—Los extranjeros, en cuanto pueden, se vienen aquí.

—En Andalucía, con el sol y un poquito de na, se las arregla usted y va tirando...

Hablaban monótonamente, como si salmodiaran una letanía y yo tenía que hacer un esfuerzo para escuchar. Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era ser también feos; que la belleza nos servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la tentación de sentirnos tarjeta de postal o pieza de museo.

—Por esto me gusta Almería. Porque no tiene Giralda ni Alhambra. Porque no intenta cubrirse con ropajes ni adornos. Porque es una tierra desnuda, verdadera...

Pero ellos seguían hablando de cante y toros, de sol y gacnics, y agarré la botella de Jumilla. La tempestad había desfogado su cólera y yo seguía a cuestas con la mía, y el corazón me latía con fuerza y la sed me quemaba la garganta. Bebí un vaso y otro y otro y el dueño de la taberna me miraba, y, al acercarse a servirme otra botella, me enjugué la cara y le dije:

—Es una gota de lluvia.

Toda la tarde estuve vagando por el pueblo sin saber a dónde me llevaban los pasos. El cielo era de color gris, las calles parecían vacías y recuerdo que permanecí varias horas, sin moverme, acostado en la playa.

Unos niños rondaban alrededor mío a respetuosa distancia y, al levantarme, oí decir a uno:

—Parece que se le ha muerto alguno. Mi madre lo ha visto llorando.

existencia nominal, y a lo sumo procura encauzar, orientar o legalizar las realizaciones revolucionarias, espontáneamente conquistadas por el proletariado armado.

En algún sentido la situación recuerda el periodo de marzo a octubre de 1917, durante la Revolución Rusa con la dualidad de poderes entre la Duma y el Soviet. La inevitable competencia de poder por los diferentes sectores sociales que representaban ambos centros españoles, y muy especialmente las necesidades de la defensa frente a la ofensiva militar, obligó a una pronta definición.

La CNT, en un pleno realizado en Madrid en septiembre de 1936, propuso una salida revolucionaria por la Constitución de un Consejo Nacional de Defensa, presidido por el líder ugetista Francisco Largo Caballero con representación equivalente de las dos grandes centrales sindicales. Esta salida «sovietizante» del problema político del poder fracasa por no poder contar con el apoyo de los partidos socialista y comunista, en cambio se crea un nuevo gabinete — siempre dentro del aparato constitucional republicano — con la intervención de ministros representantes de la CNT-FAI.

Era la primera vez en la historia que participaban en un gobierno representantes de una organización sindical, y de una federación anarquista.

La dualidad de poderes desaparece y se desmontan los organismos populares de poder, como el Comité Central de Milicias de Cataluña. El gobierno legal absorbe en su mayor parte el poder revolucionario, que sin embargo, se sigue manifestando a través de los comités locales, las columnas militares, la posesión de armas por los sindicatos, las colectividades organizadas autónomamente, etc.

Hasta mayo de 1937, sin embargo, la causa popular española contaba con un pilar fundamental: la Alianza proletaria a través de las fraternales relaciones de la CNT-FAI con la UGT y el Partido Socialista Obrero Español, que orientaban figuras como Francisco Largo Caballero, Luis Araquistain, Rodolfo Llopis y otros, así como el POUM, también marxista. Las tentativas tendentes de la fusión de ambas sindicales en un pacto de íntima alianza, y la existencia de un planteo revolucionario común entre los clásicos polos ideológicos españoles era un hecho que aseguraba el triunfo de la revolución social.

Se había pasado de la divisa «La revolución primero», a «Primero la guerra y después la revolución», pero defendiendo y consolidando las conquistas realizadas por las masas en los primeros meses de lucha.

Vista con cierta perspectiva histórica esa posición que

por su parte política ataca al gobierno. En casi todos los Estados reina el descontento, el que emana de la perdurabilidad de algunos gobernantes de los Estados y del grupo que rodea a cada uno de ellos, lo que abate las aspiraciones legítimas de los demás ciudadanos que se creen con derecho a tomar participación directa en la gestión de la cosa pública, y los que no tienen tales aspiraciones, al menos desean el cambio creyendo que lo que venga después será mejor que lo que tienen».

Bastarían estas dos transcripciones, para probar hasta qué punto estamos ante una verdadera Revolución, y a medida que se incrementa resultará que tiene un valor y dimensión de una Revolución mundial. Hay una curiosa carta que dirige Emiliano Zapata a uno de sus generales en 1918, cuando ya han llegado a México y al lejano Morelos, las noticias de la Revolución Rusa de 1917, en que Zapata hace el paralelo de la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana, diciendo que «mucho ganariamos, y mucho ganaría la humana justicia si todos los pueblos de nuestra América y de todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México Revolucionario, y la causa de Rusia la irredenta son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los oprimidos. Mister Wilson, presidente de los Estados Unidos, ha tenido razón al rendir homenaje en ocasión reciente a la Revolución Rusa calificándola de noble esfuerzo por la consecución de libertades». Y sólo sería de desearse que este propósito recordase y tuviese muy en cuenta la visible analogía, el marcado paralelismo, la absoluta paridad, mejor dicho, que existen entre este movimiento y la Revolución Agraria de México. Uno y otro, van dirigidos a lo que León Tolstoi llamara «el gran crimen», la infame usurpación de la tierra que siendo propiedad de todos, como el agua y como el aire, ha sido monopolizada por unos cuantos poderosos apoyados por la fuerza de los ejércitos, y por la iniquidad de las leyes. No es de extrañar por lo mismo que, el proletariado mundial aplauda y admire a la Revolución Rusa, del mismo modo que otorgará toda su adhesión y su simpatía y su apoyo a esta Revolución Mexicana al darse cabal cuenta de sus fines. Es preciso no olvidar que en virtud por efecto de la solidaridad del proletariado, la emancipación del obrero no puede lograrse si no se realiza a la vez la liberación del campesino. De no ser así la burguesía podrá poner estas dos fuerzas, la una frente a la otra y aprovecharse de la ignorancia de los campesinos para combatir y refrenar los impulsos de los trabajadores urbanos del mismo modo justos, que si en el caso se ofrece podrá utilizar a los obreros poco conscientes y lanzarlos contra sus hermanos del campo».

El desarrollo de la Revolución es relativamente complejo y su complejidad reside, en primer lugar, en que la mayor parte de esos esfuerzos de carácter revolucionario, no estuvieron coordinados entre sí. El Partido de la Revolución — digamos así — nunca presentó un frente unido, y por lo contrario, lo que se aprecia son tendencias, movimientos aislados, no siempre coincidentes, y en ocasiones contradictorios.

El «magonismo» a partir de 1911 tiene una relativa importancia. Ha servido como levadura o fermento a la Revolución, y ha dotado de un pensamiento orientador a muchos de los que serán dirigentes revolucionarios. Así, por ejemplo, el vicepresidente del Partido Liberal, el licenciado Soto y Gama, tendrá la idea extraordinaria de dirigirse a Morelos en sus primeros momentos, y se convertirá en el inspirador del programa social del «zapatismo». Por otra parte, ideas del «magonismo» se encuentran en muchos grandes líderes populares posteriores como Pancho Villa, Venustiano Carranza, Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, etc.

El movimiento «zapatista» aliado con el «villismo», movimiento de Francisco Villa que representa a los rancharos del norte, a la gente que tiene pequeñas explotaciones ganaderas, y pequeños cultivadores de los Estados de Sonora, Chihuahua, California, etc., van a hacer una conjunción que resultará decisiva: la Convención Revolucionaria. Esta Convención está en auge hacia 1915, y convierte en ley nacional los principios agrarios del «zapatismo». De acuerdo a esta disposición se restituyen a las comunidades e individuos los terrenos, montes y aguas de que fueron despojados, bastando que aquéllos posean los títulos legales con fecha anterior al año 1856 para que entren inmediatamente en posesión de sus propiedades.

«La nación reconoce el derecho tradicional histórico que tienen los pueblos, rancheríos, y comunidades de la República a poseer y administrar sus terrenos de común repartimiento y sus ejidos, en la forma que juzguen conveniente. La nación reconoce el derecho indiscutible que asiste a todo mexicano para poseer y cultivar una extensión de terreno, cuyos productos le permitan cubrir sus necesidades y las de su familia, en consecuencia, y para el efecto de crear la pequeña propiedad serán expropiadas por causa de utilidad pública y mediante la correspondiente indemnización todas las tierras del país, con la sola excepción de terrenos pertenecientes a los pueblos, rancheríos y comunidades, y de aquellos predios que por no exceder del máximo que fija esta ley deben permanecer en poder de sus actuales propietarios. Los propietarios que no sean enemi-

Especialmente se recogió de la tradición popular agraria española, la forma de **colectividades**, aunque su interpretación varió en cada una de las regiones. En Cataluña, Aragón y Levante predominó un sistema que tendió a la abolición de la propiedad privada, e incluso en muchos casos de la moneda como forma de distribución económica.

En las ciudades las transformaciones revolucionarias impuestas directamente por el proletariado en armas, fueron igualmente importantes. En casi todos los pueblos catalanes se municipalizó la vivienda. Empresas de importancia como el transporte ferroviario, el transporte marítimo, el transporte urbano de la capital catalana, y los grandes servicios de comunicación, energía, servicios sanitarios, etcétera, pasaron a ser administrados por los sindicatos obreros.

En el terreno fabril, y esto fué refrendado en octubre de 1936 por la Generalidad de Cataluña, todas las empresas de más de 100 obreros, e incluso las menores de propiedad de fascistas, fueron colectivizadas y puestas en manos de los comités de obreros de fábrica y de los sindicatos.

En pocas semanas un amplísimo sector de la economía española pasó a manos de los productores, lográndose un alza en la productividad, especialmente en la agrícola.

Esta transformación que se cumple simultáneamente con la lucha militar antifascista, se vive en un clima típicamente revolucionario, y es respaldada por la transferencia del poder a manos de los trabajadores.

La situación del gobierno republicano en julio de 1936 era singular. Por una parte había perdido las fuerzas represivas a su servicio, por haberse éstas sublevado al servicio del fascismo internacional. Por otra parte su defensa y supervivencia dependía de las milicias de los sindicatos y partidos y grupos políticos de la extrema izquierda, que sin embargo, no participaban efectivamente del gobierno leal.

Durante varios meses hay en España al margen del gobierno leal surgido de las elecciones de febrero de 1936, un segundo poder revolucionario más extremista, y que detenta las armas y los hombres que habían derrotado la intención militar. Los «comités locales», «las patrullas de control» popular de vecinos o de sindicatos, ejercen las tareas policiales, vigilancia de fronteras, administración de justicia, etc. En improvisados frentes de guerra a cargo de Comités de Milicias, Comités de Salvación Pública, o juntas de Guerra, se lucha en Aragón, Baleares, Málaga o el norte, frente a los efectivos de las fuerzas regulares sublevadas.

El gobierno legal, durante los primeros meses tiene una

pitó un «pronunciamiento» de las guarniciones militares, apoyadas por el alto clero, el carlismo, falangismo y otros sectores minúsculos. Pero el 18 de julio de 1936 inició al mismo tiempo que una muy cruenta guerra civil, una experiencia social totalmente original en la historia de los movimientos sociales.

El «pronunciamiento» de las guarniciones militares españolas triunfó en Marruecos, y en ciudades como Valladolid y Sevilla, pero fué ahogado en Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, etc., por las milicias de los sindicatos y partidos políticos. Este episodio es uno de los más gloriosos de la historia social, pues los militantes obreros derrotaron a las fuerzas regulares, con armas improvisadas y prácticamente sin dirección técnica. Pero el golpe de fuerza estaba combinado con las potencias fascistas europeas e inmediatamente Alemania e Italia enviaron aviones, armas, técnicos, y finalmente contingentes numerosos y adiestrados de sus fuerzas regulares. La prensa fascista italiana pudo celebrar como triunfos propios la conquista de Málaga y Bilbao, y debió más tarde admitir su derrota en el cerco de Madrid, y especialmente en la batalla de Guadalajara.

Estas circunstancias explican la «guerra civil española», un conflicto sangriento, (solamente en muertos un millón de personas), y que durante casi tres años enfrentara a los oficiales del Ejército sublevado, apoyados por el Alto Clero y los latifundistas, pero sostenidos por tropas marroquíes, italianas y alemanas, frente al gobierno de Frente Popular respaldado fervorosamente por el pueblo en armas. Esta heroica lucha concitó la admiración de todos los hombres libres del mundo, e incluso muchos participaron de la lucha junto a los españoles; pero más importantes que los hechos militares fueron las transformaciones que vivió en esos escasos tres años la España leal.

En primer lugar se cumplió la primera reforma agraria que conocía España desde la época de la Reconquista contra los musulmanes, pues a partir de julio de 1936 se expropiaron unas 4.500.000 hectáreas, en cifras redondas, lo que contrasta con las escasas 800.000 hectáreas a disposición de los trabajadores en los cinco años precedentes. Pero lo original es que ahora se trata de ocupaciones directas que hacen los vecindarios de las grandes propiedades latifundistas, de las pertenecientes a los sublevados o simplemente de las abandonadas improductivas. Lo más interesante es que mientras en el período anterior se procuraba formar pequeños propietarios dotando a jornaleros sin tierras, ahora son los sindicatos de labradores o municipios los que manejan y explotan económicamente las tierras en forma colectiva.

gos de la Revolución conservarán sus terrenos no expropiables; porciones que no excedan a la superficie que como máximo fija». El art. 6 indica: «Se declaran de propiedad nacional los predios rústicos de los enemigos de la Revolución». Art. 11: «Los actuales aparceros, o arrendatarios de pequeños predios se les adjudicarán éstos en propiedad con absoluta preferencia que cualquier otro solicitante, siempre que estas propiedades no excedan de la extensión que cada lote debe tener conforme a lo dispuesto por el artículo anterior».

Estas disposiciones coinciden con una disposición legal del gobierno de Venustiano Carranza, y la llamada «ley de restituciones y dotaciones» del 6 de enero de 1915 para restituir a los campesinos pobres y a los pueblos los terrenos que les fueron quitados en forma dolosa. Segundo: «Dotar de tierras propias a todos los peones, medianeros o desposeídos de la propiedad agrícola». Tercero: «Dotar a todos los pueblos, rancheríos, agrupaciones, congregaciones, de terrenos propios de común repartimiento, y ejidos». Esto significa toda una trasmutación de la propiedad agraria y coloca en situación de propietarios a millones de familias.

De estas disposiciones, muchas pudieron llevarse a la práctica. No sólo porque fueron consagradas más tarde por la Constitución de México de Querétaro de 1917, que ha sido llamada — con razones bastante atendibles — la primera «Constitución de Weimar, y de las Constituciones. porque antes de la Constitución de Weimar, y de las Constituciones rusas, incluye entre los derechos individuales, el derecho al trabajo, la reglamentación de la jornada obrera y el derecho a la tierra.

Tuvo aplicación, especialmente, porque se realizó prácticamente. Una vez que los campesinos «zapatistas» se apoderaron de las tierras no hubo manera de quitárselas, y lo mismo los campesinos que actuaban en la llamada «División del Norte» de Villa. Más tarde los gobiernos siguientes y muy especialmente el de Lázaro Cárdenas, ya en la década del 30, van a realizar extensísimas distribuciones de terrenos.

Como en esta Revolución no existe una dirección única, ni los elementos progresistas y revolucionarios integran la misma corriente, se explica el saldo o el balance que deja. Por ejemplo, uno de los episodios más interesantes de la Revolución es la presencia de los llamados «batallones rojos». En la ciudad de México, en la capital, se había fundado en 1912, un organismo llamado la «Casa del Obrero Mundial», especie de central obrera, creada por elementos anarco-sindicalistas, en su mayoría de origen español, con una mentalidad avanzada, pero posiblemente malos cono-

cedores del país. Consiguen no solamente organizar en sindicatos a los gremios más representativos de la capital, o de las ciudades importantes, sino además federarlos nacionalmente en esta «Casa del Obrero Mundial». Cuando el gobierno representado por el general Venustiano Carranza se ve amenazado por el avance de Francisco Villa y la División del Norte y por otra parte por el campesinado del Sur «zapatista» se hace un acuerdo entre el gobierno y la «Casa del Obrero Mundial» que constituye el primer documento en que una federación obrera de América Latina, trata en pie de igualdad con un gobierno, a los efectos de constituir una fuerza militar propia.

El acuerdo, especie de tratado, dice en su Art. 1: «El Gobierno Constitucional reitera su resolución expresada por decreto de fecha (tal) de mejorar por medio de leyes apropiadas la condición de los trabajadores expidiendo durante la lucha todas las leyes que sean necesarias para cumplir esa resolución».

Art. 2: «Los obreros de la Casa del Obrero Mundial, con el fin de acelerar el triunfo de la Revolución Constitucional e intensificar sus ideales en lo que afecta a las Reformas sociales evitando en lo posible derramamiento innecesario de sangre, hacen constar la resolución que han tomado de colaborar de una manera efectiva y práctica, por el triunfo de la Revolución, tomando las armas ya para guarnecer las poblaciones que están en poder del Gobierno Constitucional, ya para combatir a la reacción».

Entonces se forman los «batallones rojos», por ejemplo los sastres, los carpinteros, etc., y con esta fuerza militar será derrotado el ejército de Francisco Villa, y el «zapatismo», y se impondrá el gobierno de Carranza. Este cumple con el art. 1 y expide una serie de disposiciones, como la Ley de Dotaciones y Restituciones, y la propia Constitución del 17 en que hay manifestaciones de legislación social bastante avanzadas. Queda siempre la idea de que hubiera sido interesante que los «batallones rojos» se hubieran puesto en contacto directo con los campesinos revolucionarios, y hubieran hecho un frente común obrero y campesino.

Este equivoco choque entre obreros y campesinos revolucionarios, buscando unos sus tierras y otros leyes sociales, sirvieron, en definitiva, para detener la Revolución e impedir que su saldo definitivo no fuera más grande como correspondería al esfuerzo desarrollado por sus clases proletarias.

Zapata fué muerto traidoramente pocos años más tarde, y el «zapatismo», bajo la dirección de Soto y Gama, del general Giraldo Magaña, y de otros líderes, pasó a acompañar al gobierno nacional mexicano. Francisco Villa de-

bierno de Luis Companys da un golpe de Estado, pero, privado del concurso de los sindicatos cenetistas es inmediatamente reprimido por la guarnición de Barcelona. En cambio, en Asturias, donde la UGT y la CNT, con el concurso de los partidos populares, han hecho una alianza, se produce el episodio llamado muy justamente de la «Comuna española». Como en Paris, en 1871, los obreros asturianos se hacen dueños del control político y económico de la región, derrotan a las fuerzas militares acantonadas en Oviedo, Gijón, y otras ciudades, haciendo derroche de heroísmo, y proceden a la instalación de organismos proletarios de administración económica. La alianza revolucionaria asturiana durante trece días, a través de sus comités locales, instala por primera vez en España un poder obrero revolucionario e impide por dos años el triunfo fascista en todo el país.

Cuando en 1936 se procede a nuevas elecciones, el recuerdo de los sucesos de octubre de 1934 y del bienio negro (1934-1936) será decisivo para volcar en las urnas a la masa obrera, que dará el triunfo a los partidos del Frente Popular representativos de la izquierda. La verdad es que a partir de los hechos de Asturias los sindicatos, ahora reorganizados pasan al primer plano de la vida política mostrando la madurez de la clase obrera y su decisión de actuar protagónicamente.

Su divisa podría ser la de los internacionalistas del siglo XIX: «La liberación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». Ya no se espera que leyes generosas provean a sus necesidades como en los años 1931-1933, sino que actúan en forma directa y revolucionaria. Ahora el nuevo gobierno republicano, cuyo sostén parlamentario principal está constituido por el Partido Socialista Obrero Español, actúa rectificando o regularizando la acción reivindicativa popular. En los meses de febrero a julio de 1936, aparte de desmontar la maquinaria progresista represiva del bienio anterior, se procede a una activa reforma agraria que distribuye 712.000 hectáreas a campesinos desheredados, como los yunteros de Extremadura. El nivel de salarios reales se eleva rápidamente, y los sindicatos negocian con éxito mejores condiciones laborales.

La extrema derecha, por su parte, no renuncia a sus posiciones, y libra verdaderas batallas callejeras con sus pistoleros a sueldo de la Falange Española, que al estilo del Fascio italiano, había organizado un hijo del general Primo de Rivera, el dictador de la década anterior.

Pero los sindicatos y grupos políticos populares resistieron esa agresión, y entonces la extrema-derecha preci-

La ley de Reforma Agraria se adopta recién en septiembre de 1932, y hasta 1934 da como resultado el reparto de solamente unas 150.000 hectáreas (es decir, la superficie de un par de latifundios de gente de nobleza, como hemos visto), donde se asientan unas escasas 10.000 familias.

En el terreno sindical el gobierno se empeña en controlar, reglamentar, orientar a las fuerzas sindicales, retaceando su derecho a la huelga y sus aspiraciones a mejorar sus salarios y controlar el mercado laboral.

Como consecuencia de todo esto, la República se verá atacada por la derecha y abandonada por las fuerzas populares de la extrema izquierda. Primero, la Confederación Nacional del Trabajo, y después la Unión General de Trabajadores, pasarán a la oposición, e incluso a la organización de movimientos revolucionarios tendentes al triunfo de una «segunda revolución», una etapa social que supere y trascienda las insuficientes reformas de 1931-1934.

El movimiento obrero se radicaliza y la CNT es orientada por militantes de la Federación Anarquista Ibérica, mientras crece la importancia del comunismo, el trostkismo y la izquierda socialista.

Cuando en noviembre de 1933 se realizan las elecciones de diputados a Cortes, la izquierda pasa de sus 291 bancos a solamente 98, mientras que la derecha asciende de 42 solamente que tuvo entre 1931 a 1933, a 212.

La verdad es que tampoco la derecha aumentó mayormente su caudal por cuanto sus 3.385.000 votos, (en los que se incluían cientos de miles de campesinos analfabetos, peones o medianeros de los latifundistas), eran inferiores a los 4.062.000 votos de la izquierda y el centro, a las cuales deben sumarse unos dos millones de abstencionistas.

Se ha dicho que mientras que en su primera etapa la República procura contemporizar con las fuerzas feudales, en los años 1934-1936 busca incorporárselas: De nuevo la Iglesia, el Ejército y los latifundistas dominan el gobierno, se procede a la anulación de las tímidas medidas del Gobierno anterior, se amnistia a los militares sublevados, se vuelven a pagar sueldos al clero, y se retacea la autonomía regional.

Desplazadas del poder las fuerzas políticas que habían implantado la República, se plantea la posibilidad de que la extrema derecha instale un gobierno dictatorial fascista.

Es en defensa de las libertades públicas, nacionales y regionales, que se produce el episodio de octubre de 1934, especialmente importante en Barcelona y Asturias. El go-

rrotado por el gobierno, tuvo un sonado incidente con el gobierno norteamericano, en que atacó una población de la frontera. El presidente Wilson envió una fuerza punitiva al mando del general Pershing, después jefe del ejército norteamericano en Francia, que invadió México. Villa se convirtió entonces en un personaje legendario, casi como Zapata, y representó de alguna manera la resistencia nacional mexicana contra el extranjero. Finalmente fué asesinado, y desaparecidos Villa y Zapata, unidos buena parte de sus partidarios a las fuerzas oficiales, la Revolución tomó un sesgo que podíamos llamar «termidoriano», quedando un saldo positivo: las reformas sociales, el reparto de tierras y el espíritu revolucionario del país.

Los mexicanos sostienen, todavía hoy, que la Revolución no está terminada, y todavía está en marcha. Para corroborar su aserto se refieren al hecho de que, en fechas tan alejadas de la década de los años 10, en que se inicia la Revolución, sin embargo, hay movimientos que mantienen la tendencia revolucionaria, como por ejemplo, el gobierno de Lázaro Cárdenas de 1934 en adelante. En él se activa la distribución de las tierras, especialmente de riego, y en marzo 18 de 1938 se decreta la expropiación de las compañías petroleras, nacionalizándose una de las riquezas más importantes del país, medida que para México tiene la importancia que para Uruguay tuvo la expropiación, a principio de siglo de las empresas de servicios públicos. La medida fué resistida, no solamente por los intereses de los grandes truts del petróleo del mundo entero, sino, incluso, por algunos de los gobiernos afectados por la medida.

Resumiendo, se trata del movimiento social más intenso que se ha producido en América Latina. En la misma escala nacional, en un país importante, con resonancias que si no son estrictas desde el punto de vista de la dinámica revolucionaria no pueden desconocerse, como por ejemplo, la multiplicación de la población, elevación del standard de vida, aumento de la cantidad de propietarios, disminución de la intervención extranjera, nacionalización de gran número de empresas, y el tono más nacionalista que culturalmente toma el país.

Recientemente el distinguido sociólogo mexicano Lucio Mendieta y Nuñez, haciendo «un balance objetivo de la Revolución Mexicana», distinguía entre los postulados revolucionarios en el campo político y los económico-sociales.

En los primeros señala el «sufragio efectivo» donde se ha llegado al 54,33 por 100 de votantes, pero a través de una maquinaria política oficialista. En cambio parece clara la obtención del principio de «No reelección» presidencial.

En los postulados económicos sociales, a su vez, señala: las garantías al trabajo y la Reforma Agraria.

Las primeras consagradas por la Constitución de 1917, viven en la medida que las respalda la organización sindical.

En cuanto a la Reforma Agraria, a la que ya nos hemos referido, se enfrenta con lo que otro ilustre mexicano, el doctor Silva Herzog ha denominado la «contra-reforma agraria», o sea el intento de anular o desvirtuar las disposiciones revolucionarias.

Termina Mendieta aseverando: «Una cosa sí nos parece cierta, y es que la revolución ha sido un estímulo, una especie de reactivo que despertó las energías del pueblo mexicano, salvándolo del marasmo en que vivía y que cualesquiera que sean las fallas de ese gran movimiento, a pesar de las falsificaciones y de las traiciones de que ha sido objeto, estableció en la vida nacional un clima de superación y una orientación que parece definitiva, hacia la justicia social». Esta es también la observación de quien conozca México.

la euforia de los intelectuales, están en el clima de las grandes transformaciones progresivas del resto de Europa. El país entero vive a partir de abril de 1931, y prácticamente hasta 1939, el clima de las grandes revoluciones político-sociales del mundo occidental.

Las grandes etapas de la revolución española son de 1931 a 1934, en que se ensayó un régimen político neo-liberal, al que sigue la reacción conservadora de 1934-1936, y que finalmente la revolución social española de 1936-1939 que se desarrolla en la zona llamada republicana simultáneamente con la guerra civil contra el Ejército, la Iglesia y la intervención fascista extranjera.

En el primer periodo, y como sucede en todas las revoluciones históricas, predominan las tendencias políticas de la burguesía y de las clases medias progresistas. Su programa es liquidar la monarquía, reducir la importancia del Ejército y separar la Iglesia del Estado. En la legislación de las Cortes Constituyentes, integradas en buena parte por los intelectuales más importantes con que entonces contaba España, aprueban la Constitución de la República de 1931, en la cual, a pesar de la solemne declaración de que «España es una República de Trabajadores», se consagraba un régimen constitucional neo-liberal semejante al que anteriormente tuvieron la República de Weimar, México, Uruguay, etcétera.

La aspiración de la autonomía de Cataluña fué atendida, pero se postergó la solución al problema de Vasconia y Galicia.

Durante el Ministerio de la Guerra de don Manuel Azaña se redujeron los exagerados efectivos del Ejército. En el terreno educacional se promovió una expansión muy significativa del sistema escolar y se redujo la importancia política y económica de la Iglesia católica española.

Estas realizaciones, que eran necesarias para asegurar el desarrollo del país, concitaron la oposición cada día más encarnizada de los sectores ultraderechistas del clero y las fuerzas militares. En 1932, el general Sanjurjo inicia la serie de los golpes armados contra la República que terminarán por hundirla en 1939.

Pero los republicanos de los años 1931-1934 no consiguieron atraerse firmemente las masas españolas que debían ser sus naturales sostenes contra la extrema derecha reaccionaria y golpista. En primer lugar porque no tuvieron en cuenta que sin una reforma agraria y sin asegurar a España las condiciones elementales de vida de un país civilizado no había posibilidades de una efectiva democracia política.



La socialdemocracia se organiza con la fundación del Partido Socialista Obrero Español en el año 1879, y la creación de la Unión General de Trabajadores (UGT), que alcanzará una sólida base obrera en regiones como Asturias y ciudades como Bilbao y Madrid.

El anarquismo alcanzará una difusión mayor, y terminará por identificarse —como incluso señalan sus adversarios— con la idea de la revolución hispánica. Un poco en todas partes, pero especialmente en Cataluña y Andalucía, arraiga profundamente apoyado en la misma psicología colectiva de España, su individualismo, sus tradicionales rebeldías y la situación política del país que no canalizaba de una manera pacífica el ascenso popular.

En la primera post-guerra el movimiento proletario revolucionario y la opinión pública de las clases medias progresistas son tan vigorosos que las clases privilegiadas recurren preventivamente a la dictadura. Entre los años 1923 y 1930 se instala un gobierno militar presidido por el Gral. Miguel Primo de Rivera que suprime las escasas libertades públicas existentes, procura dividir y reducir el movimiento obrero, deporta a los intelectuales, refuerza la importancia del ejército africano y del clero. Pero la Dictadura no solucionó ninguno de los grandes problemas de España, y terminó por ser impopular incluso para algunos sectores de las fuerzas sociales que representaba.

Finalmente el 14 de abril de 1931 se declaró la Segunda República Española, gracias a la concurrencia de aquellas fuerzas revolucionarias que venían luchando por la renovación del país.

La revolución estaba hecha en los espíritus, gracias al aporte de los intelectuales progresistas y se había producido un ascenso de masas populares sin precedentes en la historia de España. Los sindicatos obreros con su conciencia de clase, y las masas campesinas empobrecidas, se unían a la clase media de los empleados y técnicos industriales e intelectuales, en reclamar mejoras inmediatas que se asociaban al régimen republicano.

En los hechos la vieja estructura política con la monarquía, sus partidos dinásticos tradicionales, la Iglesia como rectora de la vida espiritual, y el Ejército impidiendo las libertades públicas se había arruinado. Por vez primera en la historia de España la opinión pública es decisiva. Las nacionalidades periféricas (catalanes, vascos y gallegos), encuentran en la República su expresión de autonomía, y participan activamente en su triunfo.

El entusiasmo de las masas, la confianza de las nuevas generaciones en una renovación de las estructuras sociales,

## CAPITULO V

### LA REVOLUCION SOCIAL ESPAÑOLA (\*)

Por 1930 España tenía los rasgos de los países atrasados o sub-desarrollados. A pesar de la potencia creadora de su pueblo y de sus grandes riquezas naturales, el país vivía al margen de los acontecimientos históricos, en condiciones inferiores incluso a nuevos países que había creado su esfuerzo en América Latina.

En efecto, el 52 % de la población vivía dedicada a la agricultura, los recursos minerales eran explotados por empresas extranjeras y la industria solamente había arraigado en algunas ciudades de las regiones catalana y vasca. La mitad de la población del país era analfabeta, las famosas universidades que databan de la Edad Media contenían alumnado minúsculo, los servicios de carácter público eran deficientes en todo sentido.

El país se veía enfrentado a problemas tan graves como los siguientes: las regiones periféricas imbuidas de nacionalismo local procuraban infructuosamente su autonomía o su independencia; millones de españoles vivían en condiciones sub-humanas o tenían que emigrar al extranjero para poder subsistir; el atraso cultural, sanitario, administrativo, etc., era pavoroso.

De esta situación eran responsables las clases y grupos privilegiados que en forma despótica y arbitraria explotaban al país en su exclusivo beneficio. Estas fuerzas eran por su orden, los grandes latifundistas agrícolas, el clero y la oficialidad del ejército. Un 1 % de la población campesina eran latifundistas propietarios del 50 % de todo el territorio nacional. En las provincias de latifundio apenas había 20 habitantes por kilómetro cuadrado mientras en las zonas de minifundio (Galicia, País Vasco, etc.) cada familia vivía con 1/4 de Ha.

Rutinarios, ignorantes técnicamente, ausentistas de sus mismos campos, las empresas agropecuarias tienen una productividad bajísima, que obliga a los latifundistas a obtener sus grandes ingresos sobre la base de salarios de hambre,

---

(\*) Este capítulo resume materiales del libro del autor *La Crisis Española del Siglo XX*, editado en 1960 en Fondo de Cultura Económica, y del folleto *Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea*. Mont. 1958.

Los grandes monopolizadores de la tierra (a menudo nobles herederos desde (1) hacia siglos), manejaban el gobierno con la complicidad del clero y el ejército. La Iglesia Católica había conseguido en España —al revés de toda Europa— mantener el exclusivo monopolio de la vida intelectual y cultural. La Inquisición todavía funcionaba a principios del siglo XIX. En 1930, la Iglesia era parte del mismo Estado. y la intolerancia religiosa era respaldada por medidas represivas.

El clero aseguraba la enseñanza de los ricos, la dirección de sus conciencias y les proveía de una ideología retardataria y medieval. Para el pueblo trabajador se confundía con la misma riqueza, y por esa razón el clero —salvo contadas excepciones— era impopular.

La oficialidad del ejército, tan abundante e innecesaria como el clero, había experimentado derrotas en América y Africa, y solamente se justificaba como órgano represivo del proletariado. Privilegios abusivos, una militarización del país, eran su retribución por la defensa de los intereses de la gran burguesía terrateniente.

Aplastada por estos grupos parásitos, enclavada en una vida espiritual intolerable, aislada de las corrientes intelectuales mundiales, España retrocedía en el concierto de los pueblos, e incluso dejaba de influir entre los países de su misma lengua.

Todos estos problemas no eran desconocidos a los grandes intelectuales españoles de la época, surgidos casi en su totalidad de la menguada clase media intelectual. Las ideas de Jovellanos, Larra o Francisco Giner de los Ríos se reavivaban en las manos de la generación de escritores de la llamada época del desastre de 1898, como Joaquín Costa, Angel Ganivet, Francisco Pi y Margall, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset. Algunos no fueron fieles a su ideario pero entonces coincidían en estigmatizar el Estado absoluto, teocrático y militarista; en plantear el peligro del militarismo africanista; en denunciar el hambre del pueblo y el atraso general del país.

Costa resumía este programa de su generación diciendo: «Debemos fundar una España nueva, es decir una Española y que coma, una España culta y que piense, una España

(1) Todavía en 1932, 14 personas (integradas por duques, condes y marqueses) eran dueñas de 383.062 has. Solamente el Duque de Medinaceli poseía como propietario unas 79.147 hectáreas.

ña libre y que gobierne, una España fuerte y que venza, una España en fin, contemporánea de la humanidad, que al transponer las fronteras no se sienta forastera como si hubiera penetrado en otro planeta y en otro siglo».

Tanto o más importante que estos escritores (que restauraron el respeto por la España culta) fué la acción efectiva de las clases medias de las regiones periféricas (Cataluña, País Vasco y Galicia), y más todavía de los campesinos y obreros revolucionarios.

A costa de inmensos y heroicos sacrificios el proletariado español desde 1864 se había incorporado al movimiento revolucionario europeo. La Primera Internacional de los trabajadores tuvo «secciones» y Federaciones Regionales en España, y a partir de entonces una corriente formidable de sindicatos, uniones, ateneos, periódicos y centros de estudios. Los obreros, y muy en especial los industriales de Cataluña, los mineros del norte, los campesinos andaluces, hicieron de los sindicatos su organización por excelencia, y supieron defenderla contra la reacción y el medio hostil.

Con su movimiento obrero escribe el proletariado español una de las páginas más brillantes de la historia de las luchas sociales de Occidente. Sin su conocimiento resulta incomprensible la historia contemporánea de España, pero asimismo la formación del pensamiento progresista en América de lengua española.

Aquel movimiento fué animado por obreros manuales, como por ejemplo Pablo Iglesias, Francisco Mora y Francisco Largo Caballero en el ambiente socialista; Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, Francisco Ferrer y Guardia y Federico Urales en el anarquista. En su conjunto el movimiento obrero español, adquirió conciencia propia, independiente de las ideas y preocupaciones burguesas ya en el siglo pasado.

En otra parte hemos señalado que «Se podría sintetizar todo esto diciendo que antes de cerrar su ciclo la vieja «España tradicional» la «España negra» de los adversarios republicanos-liberales o simplemente progresistas que heredan una «política de razón», ha surgido una «tercera España», la «España roja», de la clase obrera sindicalizada y revolucionaria, que busca extender su acción a través del campesinado».

Las divisiones ideológicas del movimiento obrero surgidas en la misma Primera Internacional se sienten inmediatamente en España, donde ya en 1864 Fanelli, un discípulo de Miguel Bakunin, lleva las ideas anarquistas; mientras el yerno de Carlos Marx, Paul Lafargue, propagaba el marxismo algo más tarde.

# La literatura de la guerra

## ~~~~~ y la nueva era ~~~~~

## IV

### DOS CLASES DE LITERATURA; HAY QUE ELEGIR... LOS CALLADOS

A algunos de los lectores, esta condena de la literatura de guerra puede parecerles algo unilateral: rechazarla de un modo absoluto, sería una revuelta más bien sentimental que no acepta ningún compromiso. No obstante, esta impresión general acerca de la literatura de guerra es verídica. El horror que nos insufla la guerra de hecho, se evidencia más intensamente a través de su literatura. Como hemos demostrado en las páginas anteriores, la guerra — por la tensión excesiva de los estados del alma, por la descripción realista de sus episodios, o por la magia del estilo que amplifica y deforma aún lo que es ya, monstruoso en sí — se nos aparece tan compleja y antinatural, tan inexorable y total en sus efectos catastróficos, que no podemos menos que reaccionar desde el principio con repulso, oponiendo enérgicamente a la guerra toda la reserva de sentimientos genuinamente humanos que perduran, y que reconocemos todavía en nosotros mismos.

Pero si perseveramos en estudiar la literatura de guerra, sorprendemos en su conjunto repelente, en su caos de violencias y destrucciones, algunos aspectos, algunas señales que despiertan otros sentimientos. Nuestra hombría de bien, siempre alerta, dispuesta a rechazar nuevas agresiones del Mal, se estremece en sus honduras. Estos sobresaltos interiores del Espíritu se parecen a los rápidos esfuerzos de la memoria a reconocer algo que surgió como un relámpago de las tinieblas en las que se arrastran los nubarrones de tantos peligros. Con ese apremio — impulsado a veces por emociones tanto más fuertes por su rareza, y otras veces por dudas provocadas por la tremenda confusión y alteración del lenguaje humano en esta misma literatura — nos empeñamos en reconocer en esas señales, en esos «otros» aspectos repentinos, nuestros pensamientos silenciados. En las pocas páginas luminosas de un «libro de guerra» — que aparecen como un claro en las sombras pesadas de un bosque, o como sueños serenos de un hombre atormentado por crueles obsesiones — reconocemos algo de nuestras aspiraciones, que tienden hacia los mismos ideales.

Reconocemos en aquellos que han escrito esas páginas, a nuestros verdaderos hermanos que se niegan a renunciar a la severa disciplina de la conciencia y a la dignidad de la existencia que quiere conocerse a sí misma y que «puede» seguir en sus designios buenos y creadores. Los reconocemos, a estos hombres, inquebrantables bajo el peso de los mismos sufrimientos co-

lectivos, y protestando — por la defensa, la conservación, la incesante afirmación de su humanidad — aun durante la guerra, en medio de sus estragos y terrores. Los reconocemos cercanos y en todas partes. Las escasas páginas verdaderamente humanas en la literatura de guerra son milagrosas llamadas de la vida, por la libertad, la justicia, la renovación. Ellas despiertan las comuniones que fortalecen, en aras de la perfección de sí mismo.

En esta solidaridad creadora — distinta de la otra, forzada, que aúlla por innumerables periódicos y folletos incitadores, por pérfidas bocas de oradores que pretenden representar a las naciones, y por fulminantes bocas de cañones que derraman las fuerzas ciegas del odio y de la muerte — nosotros incluimos a todos «los otros»: a los sojuzgados por vanas ilusiones; a los soldados anónimos que pueden ser hombres, pero son tan fácilmente convertidos en bestias enloquecidas de miedo y pánico; a los trabajadores que mantienen todavía el orden en tantos desórdenes y ruinas; a las madres que alumbran, alimentan y acarician a las tiernas criaturas para las cuales sueñan con un destino más dichoso; a los pacíficos pensadores, a los sabios y artistas, a los servidores de la cultura que buscan los secretos de la naturaleza y tratan de aliviar tantas necesidades y dolores, o realizar tantas visiones interiores, espirituales; a todos los fieles del progreso que quieren añadir algo al tesoro vital transmitido por las generaciones, salvar la luz de los ideales, vacilantes y fascinantes a la vez, por encima de las desgracias en las que se agita la humanidad desunida y enemistada por sus malos gobernantes...

Y se nos revelan, en estas páginas, las profundas reservas de vida, demasiado ignoradas, pero sanas y resistentes en los individuos y en las multitudes. Vemos que, más fuerte que la realidad desviada y devoradora del instante, es la otra realidad, eterna, del alma buena y amante del pensamiento que busca la verdad y abarca el mundo todo, de la acción que exterioriza los anhelos del corazón y de la mente. Más fuerte que las violencias destructoras de la materia, más potente que la dura opresión de las leyes y las «ficciones» organizadas por los Estados, por las autocracias y coaliciones privilegiadas, es el hombre sencillo, humilde, trabajador, que aspira hacia las milenarias metas humanas de cada uno y de todos.

Y nos revelan estas páginas las luchas silenciosas, ocultas en los combatientes forzados a matar a sus semejantes, las tremendas crisis morales, las agonías de la conciencia acosada por las obsesiones de la guerra.

Estos testimonios ponen también de manifiesto el hecho de que, bajo la máscara de la bestia mortífera, los hombres — cada vez más numerosos — se sienten hermanados por el absurdo, el atroz e insaciable sufrimiento común. Nos revelan cómo murmura la revuelta de los que despiertan en las cadenas de la esclavitud; cómo se reúnen las huestes del Espíritu; cómo se preparan estas, para la resurrección que significa renovación y conocimiento de sí mismo, y para volver a las verdades primeras de una sociedad justa, libre y pacífica, a «las leyes no escritas» de la solidaridad terrestre y universal, en la que todos los «intereses» antagónicos están buscando — todavía por las rutas erróneas de la dominación — su equilibrio armonioso y progresivo.

Estas páginas, publicadas en su mayoría en países neutrales — y algunas deslizadas, por quien sabe que descuidos o complicidades, entre las garras de la censura patrioterista y terrorista — nos hacen oír los gritos de los valientes que hablan para los silenciados, para los millones que no saben expresarse, pero también para aparecer luego, justicieras, en los primeros albores de la paz. (1) Sentimos en estas páginas a los grandes hombres que meditan en su silencio, a los trabajadores amordazados, a los hombres callados que aman pese a sus padecimientos. Por encima de ellos ruga la locura y la nada. Pero su silencio se oye mejor, porque habla dentro de los corazones y repercute en las conciencias.

¡Los silenciosos hombres! ¡No los olvidemos! El poder de callarse, mientras la guerra sigue en sus infernales desenfrenos, es más firme y digno que todos los compromisos, obediencias y conversiones alabadas por la química «Opinión pública», es decir, por los encumbrados, por los que arengan en nombre de una patria militarizada. El sufrimiento temple a los callados. ¡Oh, el sufrimiento de los que pueden salvar así a su propia humanidad! Es inmenso, ya que abarca los dolores de

(1) Acerca de estas obras no se necesita aquí una documentación especial. Las he analizado ampliamente en mi libro «El Humanitarismo» (Edición rumaná, Bucarest, 1921; edición aumentada, en español, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1956). Mencionemos, sin embargo, a Roman Rolland («Por encima de la contienda», «Los precursores») que, en su retiro de Suiza, se ha manifestado digno y firme, afrontando las furias chauvinistas de su país natal. En Austria, Etefan Zweig ha escrito durante la guerra el drama «Jeremías», estrenado en Suiza neutral. En la Alemania de Guillermo II encontramos, en su frenética y orgullosa literatura de guerra, los testimonios de las conciencias libres. Nombramos al valiente profesor Jorge F. Nicolai, autor de la «Biología de la guerra», a Albert Einstein, Fr. W. Foerster, M. Harden, Karl Liebknecht, a los escritores reunidos en las revistas «Forum» de W. Herzog y «Weltbüne» de Karl von Ossietzky. Y algunos círculos literarios, como el de Stefan Georg, aislados en su idealismo sereno o en contemplación pasiva de la actualidad, a la espera de la libertad de acción. Agregamos, en lo concerniente a los movimientos sociales y políticos, las manifestaciones internacionales de los intelectuales que no se dejaron engañar por una democracia oportunista o torpemente imperialista. Luego, la acción pacifista en países neutrales, (Suecia, Dinamarca, Suiza) y también en la Holanda y Bélgica invadidas — y en casi todos los países, la efervescencia, a veces irrumpiendo en revoluciones del socialismo genuino que — a pesar de los desmentidos agresivos de los regímenes totalitarios — no se había perdido del todo en el caos de las guerras entre clases y entre pueblos.

todos; es inapreciable, porque por él se ennoblecen las energías vitales, desparramadas vanamente en los campos de matanza. En este padecimiento se acumulan las buenas reservas, las fuentes balsámicas de la curación y de la victoria pacífica...

Y estas páginas nos recuerdan la grande, la imperecedera literatura de «antes» de la guerra. Despiertan reminiscencias de las lecturas de otros tiempos, en la fecunda quietud del hogar, del taller, del campo — de esa «lucha» de la vida que quiere mejorarse y superarse. Y nos acordamos de los genios que señalan a la humanidad las buenas metas; y de los libros que conservan las sabidurías milenarias de las razas. Nos acordamos de los Evangelios, en los cuales el hombre dejó el testimonio de su propia divinidad; de las biblias austeras de la conciencia moral, del perseverante empeño por la justicia; de los libros de Demiurgos que se elevaron en los mundos ilimitados de la Metafísica o avanzaron sigilosamente en los dominios de la Ciencia, para abrir la ruta firme entre las tentaciones y peligros de este planeta incesantemente enriquecido por la técnica y adornado por el arte; de los cuadernos de la Poesía soberana, que envuelve al universo en los mirajes, permanentes sin embargo, de los ideales; de todas las obras del Espíritu, consagradas al progreso humano y a la armonía entre las necesidades inevitables y las libertades creadoras...

Nos acordamos también de los que no abandonaron a estos libros de la Vida, hallando en ellos consuelo y fuerza de perseverar. Evocamos a los lectores que veneran estos sagrados tesoros de la humanidad. Los vemos en todas partes, en aposentos enlutados y aun en las trincheras fangosas, inclinados sobre las letras menudas, y escuchando la voz de Buda, Moisés, Jesús o Mahoma, de Sócrates o Kant, de Shakespeare o Goethe, de Giordano Bruno o Pasteur, de Rousseau o Tolstoi, de Ghandi y muchos otros. La voz de la solidaridad lúcida y voluntaria, que vibra en el corazón y señala las verdades de la razón. Ellos, los guías, alivian los dolores, templan las esperanzas de los hombres agobiados por las fatalidades de la naturaleza y los desastres de la guerra.

Y las pocas páginas de los que quisieron continuar en nuestros días las obras de los elegidos, y los blancos fragmentos — censurados — en la plétórica literatura de guerra, nos aparecen como las flores que brotan entre ruinas de pantanos envenenados. Estas páginas rescatan los pecados de nuestro tiempo, los extravíos de las naciones y sus horrendos sacrificios. El hombre de la paz venidera comprenderá solo estas páginas; reconocerá a través de ellas a los precursores y guardianes de su dicha. Y, conmovido, se quedará contemplando con gratitud los blancos fragmentos en periódicos y libros. Leerá los renglones «no» impresos — ¡sí! él sabrá lo que habían escrito aquellos predecesores, ya que llevará en sí mismo sus sentimientos purificados, sus pensamientos libres y activos, clamados en años tan difíciles. El verá también, a su alrededor, realizándose estos sentimientos y pensamientos. Pues lo que deseaban fervorosamente sus antepasados en aquellas páginas en blanco, se cumplirá en todos sus semejantes y en las nuevas obras que serán levantadas sobre las huellas de tantas destrucciones y matanzas vanas y absurdas...

LA HORA DE LAS  
VELOCIDADES

# Túneles y canales

**E**S motivo de gran admiración el arte de la Naturaleza en todos sus aspectos; pero, el más raro y complicado, sin duda, es el del dibujo geográfico de las tierras emergidas del mar en nuestro planeta. Creemos que ello es lo más natural y que no podría ser de otra manera, pero si miramos el caso con mayor detención, nuestro cerebro es impotente para comprender la variedad tan caprichosa de formas que las leyes severas de la Naturaleza han podido trazar sobre el esferoide que constituye nuestro mundo.

Quien estas líneas escribe se ha pasado largos espacios de tiempo acodado sobre la mesa a la vista de un planisferio terrestre, manera admirable de desarrollo de la superficie esférica que han ideado los hombres para poder, de un golpe de vista, abarcar el conjunto de tierras y mares.

He aquí a la izquierda el macizo de la América del Norte, con el enjambre de islas y tierras y por tanto canales que la separan del macizo bloque de Groenlandia, mientras por su remate occidental extiende un tentáculo que casi toca las tierras de Siberia, de las que sólo lo separa el llamado estrecho de Bering. Por el Sur termina este continente con un istmo estrechísimo y largo, llamado América Central, que lo pone en comunicación con otro continente, casi triangular cuyo nombre es América del Sur. Al oriente de estos territorios se extiende un mar tan ancho y largo como ellos, el Océano Atlántico, y a continuación la fachada inmensa que forman la Europa y el Africa, con algunos pequeños mares internos, y a continuación el macizo pétreo, en gran parte elevado, del Asia, cuyo extremo superior oriental va hasta las proximidades del territorio de Alaska, del que le separa el ya mencionado estrecho de Bering. Al sur observamos un continente aislado, Oceanía, llamada también, la quinta parte del mundo, según la nomenclatura clásica, cuyo orden es: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, cuyo monograma, o abreviación que ahora se estila mucho, sería gracioso: E.A.A.A.O.

Ahora bien; al construirse estos enormes continentes, parece que quedaron muchos materiales dispersos, y ahí tenemos la granizada incontable de islas, islotes y farallones que salpican los mares. Pueden contarse, que duda cabe, pero no es atrayente este trabajo porque inclina a creer que esa nebulosa, ese chisporreo de tierras y tierrecitas es la causa de los mayores males. Hablar de esto no es nuestro tema favorito, a pesar de lo cual esperamos ocuparnos algún día de este especial tema bajo el título de «Estudio de las tierras insulares de nuestro planeta». Pero hoy nos atrae más otro punto de vista, geográfico también.

Continuemos con los codos apoyados en la mesa contemplando fijamente el Mapamundi. Observe-

mos la forma triangular de casi todos los continentes y la punta de los triángulos de la Groenlandia, de las dos Américas, del Africa, y la misma Asia con Europa, que forman cuatro vértices; uno al norte, que constituye la península de Taimy; otro al sur, que forma la Indochina; otro al Este, que acaba en la punta de Siberia que asoma al Estrecho de Bering, y el cuarto al occidente, que termina en la península Ibérica; pues, exceptuados los dos vértices orientales del Asia, todos los demás miran hacia el Sur. Este hecho se explica por la teoría Tetraédrica, es decir, que se ha supuesto que el planeta, como toda masa esférica que es el cuerpo que a mayor masa tiene menor superficie, toma la forma de Tetraedro, que, como sabéis, es el cuerpo formado por cuatro triángulos, y que es el que a mayor masa tiene mayor superficie.

Pero vayamos más allá, veamos la desproporción enorme entre tierras y mares. Veamos la caprichosa forma de todas las costas. Los contornos terrestres parecen recortados en cartón por unas manos inexpertas, inseguras y vacilantes. Hay pasajes que parecen un cristal golpeado con un martillo. El Norte del Canadá, la parte occidental de Europa, el espacio entre las Indias y Oceanía, etc. Ahí está el culebrón que forman Suecia y Noruega queriéndose tragar a Dinamarca. La colección de mares interiores, bahías, lagos y golfos; las guirnalda de islas siguiendo las costas, o sueltas y en desorden como manada de cetáceos locos; las Británicas, Madagascar, las Neerlandesas, el Japón, Guinea, la Nueva Zelanda, etc., etc., y la silueta extravagante del territorio de Italia y la fragmentación a la que da nombre de Grecia.

Y el hormiguero inmenso ya mencionado de islas, que salpican los mares, con la rara particularidad de que en el Océano Atlántico son escasas, mientras en los demás mares, especialmente en el Pacífico y en los mediterráneos, son abundantísimas.

Quizás en ningún astro exista peor distribución de tierras y mares que en el que estamos mencionando. La Tierra algo ha de tener de extraordinario, y seguramente este algo es su geografía.

Se ha dicho que el carácter de los hombres es hijo del de la tierra que los vio nacer. A cada una de las regiones de nuestro planeta se le atribuye a sus habitantes un carácter especial; pero algún carácter medio ha de existir para los habitantes de este mundo, y éste, en caso de ser así, no sería nada de extrañar que fuere la extravagancia, ya que vivimos sobre un interrogante, sobre la dispersión de una especie de naufragio o sobre un cristal roto y desmenuzado a martillazos. La lucha por el agua o contra el agua nos es congenita, por el viento contra el viento, contra los terremotos y volcanes, contra el calor y contra el frío

alternativamente. El mar nos atrae y nos devora, como el monte, que nos llama para despeñarnos. El hombre ha de participar, forzosamente, de estas veleidades y su carácter no puede ser, precisamente, la barra de acero, recta e inflexible que algunas teorías nos aconsejan.

La observación atenta de la Geografía nos demuestra el fundamento de la inconstancia humana. Hemos visto enormes continentes macizos y elevados y tierras estrechas y bajas como recién nacidas de entre las olas. Hemos visto mares amplios y canales estrechos y tortuosos como culebras heridas. Puntos de roca sobre inmensidades marinas, y puntos y rayas de agua sobre inmensidades de piedras o de arenas. Y lo grande de todo esto es que el hombre, consubstancialmente unido a esta variedad, a esta diversidad, a este que bien pudiéramos llamar caos práctico, ha creado un caos teórico e ideado un plan de ordenación de lo inordenable, y fijémoslo bien: donde ha visto lo que él llama un istmo, lo ha cortado con un canal, como por ejemplo Suez y Panamá; y donde ha visto lo que se llama un estrecho, un paso o un canal, lo quiere suprimir con un túnel, como por ejemplo: el estrecho de Gibraltar y el paso de Calais. Con este programa se tiende a fragmentar más por la superficie, y a reunir por el subsuelo como hacen los topos. Tela de Penélope infinita, pues infinita es la serie de canales que existen y que se puede abrir, y por tanto infinita la serie de túneles profundos que habrá que perforar.

Por ahora, dos son los túneles que hay proyectados, e incluso empezados, que sepamos: el de Gibraltar y el de Calais. Tenemos sobre la mesa revistas y libros que hablan de estas obras, realmente estratégicas, o sea guerreras, pero por suerte, es enormemente más costoso en dinero y trabajo horadar la roca por debajo del mar, que surcar los aires y aun la superficie del mar mismo con aparatos adecuados. Pero como el hombre es testarudo, insiste, y realmente, produce maravillas de técnica, especie de fuegos artificiales de la inteligencia que, cuando menos, sirven para demostrar su poder y conseguir, de paso, reacciones y efectos que a alguien interesen.

Del túnel a través del Estrecho de Gibraltar se habló mucho en España, en las ocasiones y momentos que quizás a alguien convenía. Que sepamos, los trabajos realizados no pasaron de estudios, sondeos, pequeñas excavaciones en ambos lados, y cálculos de rendimiento económico.

Del túnel a través del paso de Calais tenemos noticias más recientes. Artículos de propaganda actuales que al mismo tiempo lo son de información interesante.

Dos aspectos bien distintos, podemos decir, sin embargo, que diferencian estos dos túneles estratégicos tan próximos debidos a la constitución geológica. El del Estrecho de Gibraltar, que es una ruptura geodinámica que presentaría grandes dificultades para su construcción por precipitación del mar por la formidable grieta, mientras que el de Calais se abriría en una formación uniforme de capas superpuestas de arcilla y de caliza casi

horizontales y sin grietas ni fallas probables.

No deben correr, sin embargo, mucha prisa estas construcciones, por cuanto su característica es la lentitud, pues aunque la idea es mucho más antigua, hasta 1802 no se divulgó en Europa el proyecto de comunicación de las islas Británicas con el continente por medio de un túnel, y hasta 1855 no se tomó en serio la cuestión. En 1885 se empezó por ambos extremos simultáneamente a abrir la galería submarina, que alcanzó unos dos kilómetros por cada parte antes de que se suspendieran los trabajos. En 1929 se removió de nuevo lo del túnel oficialmente, pero no se llegó a ninguna consecuencia práctica. Aparte el primer plazo, que desconocemos, véñese, entre las fechas indicadas, tres plazos respectivamente de 53, 30 y 44 años, cuyo promedio es de 42 un tercio, que pudiéramos decir es la pulsación política o financiera de este asunto, la cual no indica una gran actividad ni un gran entusiasmo, a pesar de haberlo pintado de color rosa sus proyectistas.

Las características técnicas de este túnel son: 35 kilómetros de extensión el túnel propiamente dicho más de 10 kilómetros de rampa a cada extremidad. Se compondría de dos galerías gemelas de 5'60 de diámetro cada una. La profundidad del túnel sería de unos 45 metros por debajo del lecho del mar y de unos 110 metros por debajo del nivel del mar. Su coste se cuenta por millones de millones, y en consecuencia los ingresos se dice que serían inmensos. Pero lo chocante son los argumentos de sus defensores; anteriormente lo titulaban «El gran elemento de guerra», y ahora lo titulan «El gran elemento para asegurar la paz». Entretanto, un artículo recordatorio publicado recientemente en una Revista lleva el siguiente encabezamiento: «Un proceso, un inspector y un matrimonio de guardianes octogenarios «vigilantes» los trabajos desde 1934». No hay que decir que la referida pareja de túneles paralelos serían circulares o en forma de tubos, que es la que resiste mejor las presiones exteriores. También en el proyecto se dispone la construcción de una estación en medio del Estrecho, para registro y aireación, y salida en caso necesario, fundamentada en un islote artificial en forma de navío anclado, con sus luces y sirenas de aviso, dada la abundancia de niebla en aquellos lugares.

Estos hechos, como todos los que podemos observar acodados en la mesa sobre un planisferio, y los que podemos recordar de la Historia de la Humanidad, que son consecuencia, en gran parte, de aquéllos, ponen de manifiesto las veleidades de los hombres. De esta manera, cortando los istmos, se aumentarán los estrechos o canales por un lado, y se suprimirán por otro, con los túneles, los canales y estrechos que existen y los que las costas artificiales realicen.

Esta labor geográfica del hombre tiende a acortar distancias y a desplazarse con seguridad a través de las tierras y por el subsuelo; el mismo objeto que se persigue con la navegación aérea por el medio opuesto o superpuesto. Es la lucha del topo y el águila, del halcón y la gallina, del pez y la gaviota, que refleja el hombre en sus obras de piedra, cuyo único resultado será la complicación

de la Geografía y el empleo de tiempo en los trabajos no constructivos ni prácticos para el plácido desarrollo de la vida y de las industrias que realmente son el sustento de ésta.

Recuerde la Humanidad a lo que han quedado reducidos los castillos-fuertes, las ciudades, los fosos de agua y los puentes levadizos, así como las líneas defensivas separatorias de las naciones litigantes.

Es muy hermoso en París, en Londres, en Hamburgo, etc., pasar por debajo del río o de un brazo de mar, sentado con comodidad leyendo un impreso; pero pensemos que velocidad no es felicidad y que el interés de esas obras extraordinarias se paga carísimo. Pensemos que los transportes rápidos son, generalmente, para la inquietud, la impaciencia y el ocio del potentado y no para la colonización y el establecimiento de la riqueza positiva, pues el Progreso siempre es lento y costoso

para quien, en efecto, lo produce. Colón tardó meses en atravesar el mar que hoy se cruza en horas; los descubridores y colonizadores van a pie o utilizando medios primitivos; el buque de vela se sostiene y convive con el paquebot y el avión. Vísteme despacio que voy de prisa. Sobrepassar la velocidad del sonido costará, seguramente, más que producirá. La vegetación tiene su ritmo y el hombre debe contentarse con el que le pertenece. Si el planeta Tierra participase de la locura de la velocidad, en vez de dar una revolución sobre sí mismo en 24 horas, podría darla en una hora o en un minuto; pero entonces la fuerza centrífuga nos proyectaría a todos y a todo en el espacio infinito como polvo inútil en el dominio del sosiego y de la calma natural transformada en vértigo, no por un ideal noble y generoso, sino por un interés mezquino y miserable.

Alberto Carsi

## DEL TRABAJO

**E**l trabajo es para todo nuestro linaje condición de vida. El que no lo ejerce es indigno de vivir entre sus semejantes. Agrava el de los demás con la falta del suyo: oprime, veja. Con el trabajo se ha de atender, ante todo, a la satisfacción de las necesidades comunes a todos los hombres: alimentos, vestuario, vivienda. A ellas deberíamos, en realidad, contribuir, sin distinción, todos los ciudadanos con salud y fuerzas. Ganaríamos individualmente todos, porque robusteceríamos con el trabajo material el cuerpo y llenaríamos con escasas horas de ejercicio la común tarea; ganaría la sociedad, porque se vería libre de los vicios que la corrompen y perturban.

En el trabajo podría establecerse fácilmente el comunismo. Aplicado lo tenemos ya a los talleres, a las minas, a la construcción, ya de casas, ya de monumentos, ya de vías públicas. El trabajo individual va de día en día reduciéndose y el social ensanchándose. Como que el trabajo de cien individuos que obren aisladamente, no es de mucho lo rápido ni lo productivo que el de un grupo de igual número de hombres; y no en todos los órdenes de la producción puede ser individual el trabajo.

... Fuera de esto habría de ser individual la vida. Individual, sobre todo, la de la inteligencia. Concluidas las horas del común trabajo, cada hombre habría de desarrollarse en su hogar, según su aptitud y su gusto. Leería, escribiría, pintaría, esculpiría, compondría prosa, verso o música, razonaría o inventaría soltando la rienda, ora al entendimiento, ora al corazón, ora a la fantasía. Viviría en el seno de su familia como quisiera, y podría dejarse llevar de sus aficiones y su capricho como no menoscabase la ajena libertad ni ofendiese el general decoro.

Cortapisa alguna para esa vida individual, condición necesaria de progreso. Sin la iniciativa de un individuo, no hay en la Humanidad adelanto ni evolución posibles. Es preciso respetarla, aun cuando contrarie ideas universalmente recibidas en siglos de siglos. Nos presenta la historia repetidos ejemplos de hombres que en momentos dados han tenido razón contra las pasadas y las presentes generaciones. Ha de tener el individuo la plena libertad de emitir sus ideas y la sociedad de discutir las, y, si son viables, elaborarlas. El individuo y la sociedad son, respecto a las ideas, lo que el varón y la hembra respecto a los seres. El individuo, engendra; la sociedad, concibe. El individuo, da el germen; la sociedad, le da forma.

Francisco PI Y MARGALL

# Las minorías en los movimientos revolucionarios

**A** L producirse el choque entre un ordenamiento decrepito que se obstina en conservar el equilibrio a toda costa y las potencias de transformación que se agitan en su seno, al núcleo de los precursores, tanto si lo han sido principalmente en la esfera del pensamiento como en los dominios de la acción, les incumben tareas de altísima responsabilidad.

Todos aquéllos cuyo esfuerzo perseverante contribuyó a vertebrar las ansias de vida nueva que siempre palpitan en las entrañas de lo viejo, a fin de que el presente odioso se hunda para siempre en las catacumbas de la Historia dejándole franco el paso al futuro soñado por nuestra mente, único que, haciéndoles libres e iguales en derechos, hermanará a los hombres, tienen sagrados derechos que cumplir.

Convertidos por imperativos de las circunstancias en causa propulsora de los desbordamientos populares, han de confundirse, sin estar por debajo ni por encima de él, con el factor único y eterno de todas las realizaciones: el Pueblo.

Han de estimularle en todos los sentidos. Han de sacudirlo sin tregua. Han de poner al desnudo ante sus ojos los dos aspectos fundamentales del magno problema: el que se refiere a cómo podrían vivir los individuos, y al de las sangrientas aberraciones que consagran su servidumbre y su tormento, y que todas las escuelas autoritarias — algunas veces cubriéndose con tónicas muy vistosas — se proponen mantener.

Del mismo modo que la denuncia permanente de ese contraste abominable formulada por los extremistas que tentan plena consciencia de él y de sus funestas derivaciones, contribuyó de manera positiva a que los sometidos volcaran un día en la con-

tienda por el rescate de su bien el formidable potencial de energías de que son depositarios, repetida al infinito mientras el gran pleito se ventila en la calle con las armas en la mano, dará lugar a que no disminuya el impulso inicial, a que se mantengan vivos los propósitos del primer momento y a que se acentúe el afán de suprimir para siempre aquellas contradicciones en que naufragaban los atributos individuales.

..

Las minorías selectas están llamadas a que el gesto gallardo y justiciero en que se concretan los más vivos afanes de cuantos arrastran miserias infinitas entre cadenas, con el brillo de una superación que se extiende a todas las manifestaciones de la vida social, por encima de las telarañas, del moño y de los conceptos arcaicos que inhabilitan a los partidos políticos para ser intérpretes de las aspiraciones multitudinarias.

Han de poner su empeño más vivo en que el esfuerzo común sea algo nuevo en cualesquiera de sus variados aspectos. Explosión y serenidad. Luminaria y crisol. Acicate vigoroso para los de abajo y forja de las coteras de hierro para sus enemigos. Voz que analiza y demuestra, y después niega y afirma. Llama que calcina y palanca que levanta de la pira humeante de lo viejo estructuras nuevas. Piqueta que destruye y esfuerzo que edifica. Arado que abre el surco y mano diligente que deposita en él la semilla.

Pero todo ello al mismo tiempo. Simultáneamente. No hay medio de demarcar esas diversas funciones que, por ser igualmente necesarias, se complementan. Lo equilibrado, lo racional, lo que da base firme a to-

das las esperanzas, estriba en tener la seguridad de que la labor constructiva no sería posible sin ir precedida de las destrucciones que ella reclama.

La construcción de un edificio en el mismo solar que ocupa otro, obliga a destruir el viejo y a recoger y seleccionar los escombros para ser nuevamente empleados los que sean utilizables. Y el trabajo se simplifica en sus dos aspectos si los combatientes alternan sus tareas negativas con sus actividades constructivas.

Lo natural y lo saludable es que en las treguas que deje la lucha contra los enemigos del pueblo, se reanude ese esfuerzo constructivo con los instrumentos de ataque y de defensa junto al torno, junto al banco, junto a la caldera o junto al surco, en espera de que el combate llame una vez más...

..

Y así en todos los órdenes. Y así desde el primer momento. El esfuerzo creador, en sus infinitamente variadas manifestaciones, no puede ser interrumpido sin graves riesgos. El instinto, reforzado por una clara visión de las conveniencias de todos y cada uno y del único modo de salvación posible de nuestra obra, ha de impedir que se interrumpan.

Y si en un momento dado, a pesar de todos los esfuerzos, de todas las abnegaciones, llega a perderse todo, es preciso, necesario, indispensable, que las minorías selectas sepan darse cuenta de que nada se ha perdido, proclamando que urge más que nunca volver a la carga.

Sin este distintivo del ánimo y de la mente no mereceríamos el honroso título de revolucionarios, y si tan sólo el de revoltosos, que dista mucho de ser lo mismo.

Eusebio C. CARBO





ERA EL AÑO 1950

# El eterno maquiavelismo

CON machacona insistencia, señalando hechos, repitiendo los ejemplos aleccionadores, se ha hablado de lo que es la política y de cuanto cabe esperar de los políticos. Y es forzoso volver sobre lo mismo en las ocasiones propicias, ya que con todo y ser los razonamientos claros, contundentes, chocan con una densa capa de ignorancia, y de rutinas que diríase permanecen anquilosadas, desgraciadamente en no pocos cerebros.

Importa destacar, al curso de los días, las argucias de la política, ya que el Estado, representación máxima de la política al uso, tiene sus «razones» que se inspiran en el clásico maquiavelismo, esa especie de «cocktail» compuesto de: amoralismo, insensibilidad, hipocresía, engaño, crueldad, demagogia y el más exacerbado egoísmo. El maquiavelismo que aun siendo empleado, por supuesto, antes de nacer Maquiavelo, supo éste definirlo de un modo magistral, sin tapujos, dando a conocer crudamente el proceder de cualquier príncipe o de cualquier Estado.

Prosigue el problema de España sin resolverse; y seguimos observando cómo «razones de Estado» hacen que se pongan paños al asunto, unas veces fríos y otras calientes. Indudablemente, con el deliberado propósito de no resolver nada; que todo quede en lo de «dejar hacer, dejar pasar». Mientras, Franco y su camarilla, imitando al baturro de la copla, que decía: «En siendo de Zaragoza, que me llamen como quieran», ellos deben pensar: «En dejarnos hacer lo que queramos, que nos digan lo que quieran».

Se ha hecho mención en la prensa, como se sabe, no hace muchos días, de la carta enviada por el secretario de Estado norteamericano. Deán Acheson, a Tom Connally, presidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado. Se refiere a España. Según manifiesta, los Estados Unidos están dispuestos a otorgar créditos al gobierno franquista por intermedio del Export Import Bank. Justifica este señor la posición gubernamental norteamericana alegando que está basamentada en determinados «hechos esenciales», los

cuales, a su juicio, estriban en el «considerable» apoyo interior con que cuenta Franco. Dice también que la propaganda y la controversia, al respecto de la cuestión española, se ha extendido demasiado, tomando excesivo volumen. Claro está que por aquello de dar una de cal y otra de arena, Acheson ha dicho también que los Estados Unidos prosiguen sus esfuerzos con miras a persuadir al actual gobierno español a que tome medidas tendiendo al restablecimiento de un régimen democrático y un amplio respeto a los Derechos del Hombre y a las libertades cívicas.

Lo de siempre: el apoyo al tirano, hecho en forma más o menos velada, y la justificación con la consabida fraseología de tinte democrático. Esta vez, como tantas otras, no han faltado publicaciones que han censurado un proceder que tan poco dice con los blasonados sentimientos liberales. Así, por ejemplo, «Franc-Tireur», señalando el carácter fascista del régimen que oprime a la nación española, ha dicho que lo que sea apoyar al Estado franquista es situarse en flagrante contradicción con todo cuanto se ha dicho al finalizar la pasada contienda, en relación a la libertad de los pueblos y a la acción antifascista, desarraigando aquellos factores fomentadores del fascismo. Noblemente, lo dicho y repetido tantas veces. Las razones que rebotan en la fría «razón de Estado».

Es en vano tratar de presentar a la comprensión de los hombres que rigen los Estados la situación del pueblo español. Han tenido y tienen pruebas, documentación suficiente para haber podido obrar en consecuencia. Pero entonces hubieran dejado ya de ser lo que son...

Pese a los múltiples factores que tienen al embrutecimiento de los pueblos, hay una parte sana, con anhelos de justicia, entre los obreros manuales e intelectuales. Quedan, por supuesto, en todas partes, gentes con dignidad. De ellos, y no de los políticos, puede conseguirse un apoyo incondicional para luchar contra la más abyecta de las tiranías: la del fascismo español.

FONTAURA

PARA EL EXPEDIENTE...

## PROTOCOLO SECRETO ENTRE EL GOBIERNO ALEMAN Y EL ESPAÑOL

«En esta hora en la que el gobierno alemán tiene la intención de dotar al ejército español, en el más breve plazo posible, de armas y material de guerra moderno en cantidades suficientes, el gobierno español, a petición del gobierno alemán, declara que está decidido a resistir a toda incursión de las fuerzas anglo-americanas en la península ibérica o en el territorio español dé fuera de la península, es decir, en el Mediterráneo, en el Atlántico y en Africa, lo mismo que en el protectorado español de Marruecos, y de luchar contra tal incursión con todos los medios a su disposición.

Las dos partes se comprometen a conservar absolutamente secreta esta declaración escrita en alemán y en español.

Madrid, 10 de febrero de 1943.

Por el Gobierno alemán :  
Von Moltke

Por el Gobierno español :  
Gómez Jordana

# Milagros e imposibles

**E**XPONED a los hombres ideas futuristas, ácratas, originales-atrevidas; podréis inclusive recurrir a lo gráfico, y con la ayuda del lápiz y la pluma, del martillo y el cincel, de pincel y la paleta, presentarlas en croquis, bajo-relieves o aguafuertes. Infalliblemente hallaréis la eterna criada responsoña que os espeta: «¡Esto es imposible!»

Frase de estereotipia disparada por los labios del más lerdo o irrumpiendo de la boca del supino impaciente. Tanto monta. A lo sumo hallaréis acentos estridentes, de atolondrado en el primero, en tanto en el segundo los captaréis burlescos, al soltar su sentencia.

Mas preguntadles las causas de tan inapelable fallo; de este imposible que no deja lugar en el espacio ni hora en el tiempo. Y veréis que, incapaces de conciencia propia, sin átomo de razón ni ápice de ciencia, descubrirán solamente su credulidad: magia providencialista, en la que creen a pies juntillas, se milagrera a la que se entregan con los ojos cerrados.

Y, sin embargo, cuanto les decimos nada tiene de misterioso.

¿Acaso intentamos hacerles tragar picas de cruzado o arcabuces verticales?

Jamás les hemos propuesto comuniones espirituales a base de almuerzos simbólicos, de antropofagia sintética, quintaesenciados, servidos en bandeja por sacerdotes, y en los que tragando y sorbiendo carne y sangre de un cristo cualquiera, hallasen súbita redención. Tampoco les hemos invitado a confundir en la misma manada al cordero tímido y al lobezno temerario. Ni siquiera amasar en un mismo recipiente elementos antagónicos y adversos como el agua y el fuego.

Nunca nos dió por recitar versículos fantásticos como aquéllos que se refieren a las proezas de Josué: el que logró la admirable faena de parar las cuádrigas astrales en su veloz carrera — aquéllas que jamás dieran paso adelante ni atrás — para permitirles comer su pienso tranquilamente al son de clarines y trompetas victoriosas.

Decimos cosas sencillas, no para que atraviesen anchos gatzates; para que las comprendan cerebros medianamente abiertos. Como éstas:

No hay comunión espiritual posible y redentora fuera del amplio marco de la comunidad humana y

libre. Y es en ella donde hallaréis succulento desayuno.

Que entre los hombres, semejantes sin ser idénticos, no los hay dotados de afilados colmillos y garras por la naturaleza. Mas lo cierto es que sois vosotras, mansas ovejas, las que fabricáis cuchillos y levantáis banquetas, y que luego, inconsciente y generosamente las ofrecéis a vuestros verdugos para el colectivo degüello. ¿Tanta es vuestra sordera que no acertáis a distinguir entre el balido y el aullido? ¿Es mucho pedirnos que frente al insulto no bajéis la cerviz vilmente? Veamos, un poco de lucidez. Al lobo, aun disfrazado, por sus inconfundibles andares le conoceréis a la legua.

Cuando hablamos de comprensión y tolerancia, tampoco hablamos de humillaciones y mezclas raras. El agua y el fuego se pueden coordinar como elementos activos. Con ellos aseguraréis la cocción de vuestros alimentos, produciréis el vapor que centuque vuestras fuerzas, condensa-

réis esencias, extraeréis substancias; en fin suponeros deseo el fuego, el agua, voluntad. Deseos para amar y voluntad para no odiar, cúspide de la conciencia. El día que sepáis manejar estos elementos que lleváis consigo, ¿dónde estará el imposible? ¿Nada os dice lo dicho por Galileo y lo descubierto por Copérnico para que sigáis por estos despeñaderos de la biblia o estos desfiladeros del evangelio?

Será preciso el ejemplo. Pues ahí tenéis: el Fuero de Sepúlveda, las ciudades libres de la Edad Media, la vida equitativa establecida en la fragua de Donatello; todo lo que calla la Historia oficial, dice y afirma lo que nosotros gritamos hace tiempo.

Los precursores, estos seres utópicos según vosotros, son los únicos profetas. La realización de estos imposibles es cuestión de hombres, y la vida misma del hombre no será posible si en breve no se realizan.

PLACIDO BRAVO



Advertimos a los lectores y amigos de «CENIT», que en el próximo número continuaremos la inserción de las listas de donantes que ayudan a nuestra revista.

# LAS DOS ESPAÑAS

**Q**UIENQUIERA que se asome a España, si piensa y siente deseos de saber, si intenta comprender el carácter español, se extrañará por el contraste casi absoluto que ofrece la península ibérica, o mejor dicho, sus hombres.

En España se encuentra desde lo más genial hasta lo más insulso y animal que el hombre ha dado; desde la bondad más inmensa rayana con el sacrificio, hasta la maldad más cruel equiparable a la criminalidad más perfecta. Por algo su Estado tiene como emblema el yugo y las flechas: porque España es prisión elevada a la enésima potencia, simbolizada por la yugo, porque allí nadie tiene la vida segura, porque allí el crimen, símbolo del cual son las flechas, acecha a la vuelta de cualquier esquina. Ya no es bastante con la tétrica silueta de la cruz, ha sido necesario que la imagen del yugo y de las flechas complete el decoro que recuerda la muerte y mantenga permanentemente el temor al castigo en la mente de los españoles. ¡Cruz, Flechas y Yugo! ¡Ah, bárbaro entre los bárbaros! Ni los gusanos te comerán después de muerto de miedo a que seas tú quien te los comas. ¡Ruín personaje, malhadado e inmundo lobo, hiena que te has tragado lo mejor de los corazones españoles! Si, te has tragado lo mejor, sembrando odio y vertiendo sangre, y te has tragado los mejores — a millón y medio ascienden — y todavía continúas con la boca abierta por si la posibilidad te llega de tragarte otro millón más.

Alma odiosa envuelta en un fajín, tu recuerdo será el espanto de pequeños y grandes y al apercebir tu silueta, un kepi o un uniforme como el que tú llevas, los corazones humanos se estremecerán sacudidos por el grito de dolor de los millones de muertos que tu bota asesina provocó. Hoy dedícamos estas líneas a otra de tus víctimas—muerta en tu cárcel—tu antipoda, el que formaba parte de tu enemiga secular, otro poeta, no menos enjundioso, no menos glorioso y no menos mártir que un Machado, que un Lorca, que un Juan Ramón Jiménez: nos referimos a Miguel Hernández.

## LA OBRA DE MIGUEL HERNANDEZ

Decimós la obra, mas no, no es ésa nuestra pretensión. Por mucho que nos esforcemos, no llegaremos a describir ni una décima parte de la inmensa creación de este otro hombre de la otra España, no de la de fajín, sotana y moneda, sino de la España laboriosa y genial, hidalga y noble, fraterna y solidaria, mártir siempre. La obra de Miguel es muy profunda para que pensemos que puede ser resumida en unas cuartillas. Nos limitaremos a reseñar algunos aspectos de ella, aquéllos que la memoria ha conservado con fidelidad a la primera lectura de las poesías de este inmortal de la civilización y del progreso, de éste que, víctima del hombre del fajín, acusa desde su tumba a su verdugo, al que, se ponga la mitra, hongo o kepi, sabe que lo llaman por su nombre cada vez que una voz grita: ASESINO.

## CONCEPTO SOCIAL DE LA POESIA DE HERNANDEZ

No es huera la poesía de Hernández, es recia y toca en ella lo más actual y característico de la hora, siéndolo además, problema de todos los tiempos: el problema de la libertad y de la fraternidad, ligado y hasta precedido del de la justicia económica. Candente problema de todos los días, inseparable como es del resplandor del individuo en tanto que dios de sí mismo cuando no de todo. Y Miguel visa al espíritu de propiedad y de señoría, campante en España con terror consiguiente:

«Recuerdo que me contó un caso de tal tamaño, que me lo contó hace un año y nunca lo olvido yo. Fué este el caso: le dió a cierta rapazuela candorosa por cosechar una rosa cada día en una huerta.

La huerta pertenecía al dominio del señor,

que advirtió lo de la flor de la niña cierto día.

Y cuando llegó al siguiente ella de un modo sencillito al rosal, salió un cuchillo colérico y reluciente al encuentro de su mano; y con los dedos partidos quedó, pegando alaridos y desangrándose en vano.»

¡Canalla!, concluye Hernández. Más adelante, en la obra titulada «El labrador de más aire», como quiera que alguien pensase en abandonar una fiesta del pueblo «por si al señor le molesta hallarla tan concurrida» — que así y ahí llega el terror del señor español — Hernández escribe:

«¿Teméis a vuestro señor, hombres de arrastrada vida, que os marcháis a su venida?»

Con lo que el poeta quiere decir que no basta con maldecir a la propiedad y al propietario, hay que hacerle frente. Siembra para ello una rebeldía digna y

leal. Como en todas las situaciones de la vida, Juan, el labrador de más aire, se encuentra solo frente a la docilidad que manifiestan sus hermanos de clase. Estos le recomiendan prudencia en todo lo que afecte a don Augusto, señor de la aldea. A los consejos de paciencia, Juan responde:

«No admito, amigos, no quiero ese consejo prudente.

Paciencia la suficiente, pero no la del cordero.»

«No puedo aceptar un daño, aunque me llegue del rey, ni con corazón de buey ni con alma de rebaño.»

Y aquí sale a relucir ante el lector avisado, la persecución de que fué objeto el poeta por parte del franquismo, encarnación suprema del señor de horca y cuchillo que era don Augusto (para mayor contraste Augusto) de su libro citado.

Actitud orgullosa pide Hernández a los españoles frente a la tiranía, frente a la animalidad:

«No se puede ser paciente ante nadie ni ante nada que nos trate atropellada, torcida y villanamente.»

Su poesía se traduce en acción incesante e irremediable so pena de parecerse y sustituir a la hipocresía. No se crea que Hernández apelaba a la guerra por gusto de guerrear. Antes al contrario, su acción, su acción violenta, no va más allá de lo que la razón y la verdad permite. No justificará jamás los medios fundamentándose en los fines:

«Cuando se nos muestra un [diente

de malicia o de maldad, abramos con claridad las bocas y las quijadas, para pegar dentelladas de razón y de verdad.»

Eso es, «para pegar dentelladas de razón y de verdad». Es así como Hernández interpreta la obra. Envuelta de razón y verdad. Proscribe de esta forma la mentira, como sistema de vida y la sinrazón en tanto que argumento o doctrina. Mas, ello no quiere decir que admita la sumisión — ¡cuánto debieran leerle los intelectuales españoles, de los que algunos, dicho sea de pa-

so, lo elogian y lo veneran! — Quiere establecer entre los españoles una actitud de la rebeldía permanente, razonada, serena y decidida. Sabe que aguardar hasta estar hartos de penas, es provocar el advenimiento de la hora de los desafueros, de la ruina moral y de la ruina material:

«Merece un nombre villano quien, por cobarde temor, de un dolor mucho mayor que el que al presente le apena, se conforme en su cadena y se duerma en su dolor.»

Tiene tanta fe en el hombre que predica el diálogo hasta con el propio tirano, no con mucha confianza en el resultado, pero sí con muchísima decisión. Prueba y recurre a todo antes que al empleo de la fuerza bruta. Mayor lealtad de conducta no podía concebirse:

«Habemos de retraer al señor a la razón: ésta es hoy nuestra cuestión y no hay más cosa que hacer. Si él ampara en su poder sus ambiciones feroces, y no escucha nuestras voces por conducirse a lo avaro, buscaremos nuestro amparo, si es preciso, en puestras hoces.»

Socialista, en el más socialista

sentido de la palabra, en el ocio ve la gran deshonra y en el ocio, el ladrón de la existencia:

«Arrogante y aldeano, me honra extremadamente decir que mi pan lo gano con el sudor de mi frente.»

Honra que trasluce de una interpretación social del cristianismo en lo más anticlerical de la palabra.

«El labrador de más aire» es la imagen de un hecho acaecido a millares por toda España, en la que surge, por un lado la entereza del pueblo y por otro, la falsedad y codicia del burgués y de uno de sus perros, todo odio e instinto criminal, pues que éste es el que, por indicación de D. Augusto, mata al labrador.

Vive Miguel Hernández el verdadero problema social de España de una manera como de muy pocos se puede decir. Hace suya la idea de la Primera Internacional respecto a la propiedad. Bien demostrado queda en los versos siguientes de la obra citada:

«Por ella (la tierra) soy un [arroyo de sudor amargo y lento, ella es mi solo sustento, Y tan de mi sangre es que debajo de mis pies

Hay una categoría de «intelectuales» que pudiéramos definir como una especie de hombres frustrados y que, no siendo aptos para ningún oficio ni función concreta, se quedan clasificados en ese término híbrido. Y he vacilado mucho tiempo antes de perderle el respeto a esa clase, — ya son una clase —, por respeto precisamente a algunos hombres crecidos entre ellos. Ahora creo saber que esos que crecieron eran algo así como islas descollando entre la uniformidad ululante que se extendía a su alrededor, pero que también despreciaban el murmurante oleaje que lamía sus playas — o sus plantas.

No sé en qué libro de Unamuno lei las más caústicas ironías contra ese hombre «raté» que es el intelectual. Pero creo que en aquel tiempo esa clase no había dado todavía toda la medida de su íntima e inmensa corrupción. Han tenido que sucederse los desastres humanos para que vieran hasta la última prueba de su cobardía, de su camaleonismo, endosando careta tras careta. Hoy, que ya los hemos visto de todos los colores,

## Los intelectuales

podemos juzgar con acritud, pero sinceramente.

«Los intelectuales — decía Antonio Machado por boca de Juan de Mairena — son ciertos VIRTUOSOS de la inteligencia, — médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos —, que no siempre son los más inteligentes...» Y casi siempre son los peores, añadimos nosotros. Todos ellos ignoran aquello de «escribir con sangre», que decía Nietzsche, y han convertido el entendimiento en una máquina sacaperras. Esa idea bastarda del provecho material de la inteligencia opera corrosivamente en la blanduzca pasta con que está formado el espíritu de un intelectual, disolviéndolo en la corrupción utilitaria que lo convierte en un tránsito constante.

En Francia, donde la fauna intelectual es tan espesa, es donde surgió

rodar sus árboles siento.  
¿Cómo me viene a decir  
que no es mía, si es tan mía  
que ella no me dejaría  
aunque me quisiera ir?»

Y con acento y ademanes muy dignos y valientes, dirigiéndose al amo continúa:

«No lo vuelva a repetir  
por si se viene a pedazos  
la tierra sobre mis brazos  
con raíces irritadas,  
a ofenderle a dentelladas  
y a defenderme a zarpazos.»  
«Salga de mi tierra, si,  
que me pertenece a mí.  
Y ahora, si aprecia su vida,  
vaya saliendo de aquí.»

El labrador que nos describe Hernández es de tan recia personalidad que aun ante la hija del burgués de la cual se había enamorado apasionadamente, no puede fingir el odio que siente contra su padre por ser tirano de los trabajadores:

«Porque en tu alma prendiera  
el amor en que me hundo,  
haría de todo el mundo  
y de tu padre una hoguera.»

Y no es que vislumbrara y predicara una rebeldía sin consecuencias ni participación populares, no, antes al contrario, de-

la boga de los intelectuales «engagés». ¿Comprometidos a qué? Pocos hombres de letras — hombre de letras, escritor, escribano — dejan de seguir, en política, el movimiento del péndulo. Por eso en Francia, tantos intelectuales que ayer todavía aparecían como comunistas rabiosos, figuran ahora en las reuniones de propaganda de la extrema derecha... ¿Y el compromiso?, se preguntarán muchos. Era un ensayo de pose para la última fotografía.

La inteligencia es, al fin y al cabo, un ejercicio modesto. Los intelectuales no la comprenden así cuando no son inteligentes. Los que lo son miran y pronuncian la palabra justa en la hora requerida. También suele suceder que esos pongan detrás de la palabra, el bulto. El Verbo es vida, acto inmediatamente, o de lo contrario resulta el son de un organillo ajeno y desvenecado. Además hemos llegado a un tiempo en el que las actitudes son la única rúbrica precisa para las palabras, tan desacreditadas por los intelectuales de Congreso y ágape.

B. MILLA

seaba que el pueblo defendiese sus derechos hasta el máximo; como lo hizo por ejemplo el español el año 1936. Parece que le hubiese seguido su prédica.

No cabe duda que la poesía de Miguel Hernández, sin menospreciar a la de Lorca, lejos de ello, abarca con más rigor y crudeza el lado social de la vida:

«Hace días merodea,  
amenazando la aldea,  
el hambre casa por casa,  
y la gente labradora  
su protesta no levanta  
como una sola garganta  
viva y amenazadora.»  
«Labradores castellanos,  
enarbolad la cabeza  
desterrando la pereza  
del corazón y las manos.  
En pie ante todo verdugo  
y en pie ante toda cadena:  
no somos carne de arena,  
no somos carne de yugo.»  
«¿No tenéis alma en los huesos  
ni sangre en el corazón?  
¿Campará el pájaro malo,  
y tendréis siempre a su antojo  
sonrisas para su ojo  
y espaldas para su palo?»

Rebelión mayor que la que piden estos versos ¿dónde podrá encontrarse? Este hijo de Orihuela que es Hernández deberá ser honrado y dado a conocer como merece. Dice que «los muchos siglos de catolicismo han dado al español un furioso y triste sentido del amor». Indica con ello que a pesar de que su inconformismo y su rebeldía no puede ser más radical ni pronunciarse con más decisión, tal actitud es impuesta, prefería una vida sosegada y fraterna a una vida agitada, de celos y luchas.

No nos detenemos a comentar su obra desde el punto de vista estrictamente literario, a pesar de lo rica que es, o precisamente por eso, pues si quisiéramos hacerle nos exigiría un trabajo demasiado largo para la rúbrica que aseguramos. Significaremos no obstante que el dominio del idioma se demuestra con gracia y castizamente por los muchos y muy acertados silogismos que encontramos. Examina la hipocresía, el sentido del elogio, el amor exaltado magistralmente repetidas veces. Le hace un canto a Castilla, otro a Mayo; la natura-

leza con la que describe el papel de la mujer pule a ésta de tal forma que sólo un alma de poeta del pueblo puede hacerlo. También un diálogo del odio y del amor muy aleccionador y digno, tan digno y aleccionador que merece sea estudiado por cada español y por cada trabajador.

Ahora se dice que el franquismo le prepara un homenaje. Después de haberlo tenido encerrado y después de matarlo, sí, matarlo, pues que matarlo es dejarlo morir en la celda, maltratado, apaleado y abandonado a la tuberculosis, un homenaje del verdugo es asesinarlo dos veces. Esto lo registrará la historia como una mancha más de los que han colocado a España en peor situación que cualquier país asiático y medioeval.

En cuanto a su fin doloroso y cruel, Miguel Hernández, aunque lo viese venir, nunca le produjo desasosiego. No es en el saber morir en donde fundamentaba la razón de su existencia sino en el vivir. En vivir con dignidad. El mismo nos lo dice:

Si yo salí de la tierra,  
si yo he nacido de un vientre,  
desdichado y con pobreza,  
no fué sino para hacerme  
ruiseñor de las desdichas,  
eco de la mala suerte,  
y cantar y repetir  
a quien escucharme debe  
cuanto a penas, cuanto a pobres,  
cuanto a tierras se refiere...  
Aquí estoy para vivir  
mientras el alma me suene,  
y aquí estoy para morir  
cuando la hora me llegue,  
en los veneros del pueblo  
desde ahora y desde siempre.  
Varios tragos es la vida  
y un solo trago la muerte.»

Como Góngora, como Quevedo, como Calderón, Lope y tantos otros del Siglo de Oro, Hernández es el que refleja el arte poético de España y la Revolución Social que necesita el pueblo español. La Revolución que, desde luego, llegará, poco a poco, paso a paso, cada día y por cada uno pero llegará. No seríamos dignos de tanto sacrificado si así no fuera.

M. Celma

# MICROCULTURA

345. — En la fábrica de Corby, Northamptonshire, Inglaterra, está la excavadora ambulante más grande del mundo.
346. — El mejor libro sobre Sócrates actualmente es «Socrate ou la conscience de l'homme» de la universitaria francesa Micheline Sauvage (Ediciones du Seuil).
347. — En el año 399 A.C. tuvo lugar el proceso y la muerte de Sócrates.
348. — En el siglo sexto antes de J.C. vivió en la Grecia asiática el sabio Tales de Mileto.
349. — El mejor libro actualmente sobre los estoicos es «Le Stoïcisme» de J. Brun, publicado por las Presses Universitaires de Francia, en la popular colección «Que sais-je?».
350. — Al helenista francés Victor Brochard se deben magistrales estudios sobre la filosofía griega.
351. — La superficialidad de Gran Bretaña es aproximadamente igual al Estado de Oregón de los Estados Unidos de América, pero la población británica es casi un tercio del total de los Estados Unidos.
352. — Se entiende por «subintrar» entran uno después o en lugar de otro.
353. — El 7 de enero de 1927 tuvo lugar la primera comunicación telefónica a través del Atlántico.
354. — El «tártago» es una planta herbácea anual de la familia de las euforbiáceas.
355. — Se entiende por «umbroso», lo que tiene sombra o la causa.
356. — La geognosia fue fundada por Wagner, en 1875.
357. — La «vacuola» es un hueco, lleno de jugo celular, en el protoplasma de la célula.
358. — La «xenografía» es el conocimiento y estudio de las lenguas extranjeras.
359. — La ópera «El hombre milagroso» fue compuesta por Ignacio Javier de Seyfried compositor austriaco.
360. — El «yal» es un pájaro pequeño del orden de los conirostros.
361. — Se entiende por «atasación» el justiprecio, avalúo de las cosas.
362. — El dictador cubano G. Machado fue derrocado el 12 de agosto de 1933.
363. — Dicese «unalbo» a la caballería que tiene calzado un pie o una mano.
364. — Generalmente se admite que no hay vida en la luna, pero por lo visto, la ciencia ahora no tiene completa seguridad.
365. — Los jonios, efesios, eleatas y pitagóricos fueron los pensadores presocráticos.
366. — El doctor Erikson, de Stanford, Suecia, ha hallado que las distintas sustancias químicas que existen en las lágrimas, se presentan en proporciones variables según el estado de salud de la persona.
367. — Una estadística norteamericana reciente sobre accidentes de trabajo, muestra el alto grado de seguridad alcanzado en la industria del transporte (0,99 accidentes por millón de horas de trabajo).
368. — Los pensadores escépticos principales fueron Pirro y Timón.
369. — Quinientas treinta mil casas de campo, de explotación agrícola, existen aproximativamente ahora (1959) en Gran Bretaña.
370. — Aristóteles y Teofrasto, fundadores del Liceo, fueron los principales pensadores peripatéticos.
371. — Chile tiene una población censada de seis millones de habitantes.
372. — Los principales pensadores jónicos (o milesios) fueron Tales de Mileto, Anaximandro y Anaximenes.
373. — El neoplatonismo de Plotino (205-270) dio paso al cristianismo.
374. — La Academia fue fundada por Platón y la Nueva Academia por Arcesilas y Carneades.
375. — La mayoría de la gente supone que todos los habitantes de las Islas Británicas son ingleses, cuando son ingleses solamente los habitantes de Inglaterra, pero no los de Gales, Escocia e Irlanda.
376. — Los megáricos más sobresalientes fueron Euclides, Eubulido, Diodoro y Estilpón.
377. — El francés Th. Collardeau escribió un magnífico libro estoico rotulado «Etudes sur Epictète» Paris, 1903).
378. — La hipnosis puede ayudar a personas con afeciones de la piel.
379. — Los sofistas primordiales, anteriores a Sócrates, fueron Protágoras, Gorgias, Hipias, Pródicos, Calpistenes y Trasmaco.
380. — El publicista libertario español Federico Urbes escribió una autobiografía en tres tomos titulada «Mi Vida».
381. — Los pitagóricos principales fueron Pitágoras, Timeo, Leucipo, Anaxágoras, Empédocles y Demócrito.
382. — La figura cumbre de los efesios fue Heraclito.
383. — La edición de «Noticias de Ninguna Parte», publicada en Argentina, contiene un extenso prólogo biográfico sobre W. Morris, debido a la pluma de Max Nettlau.
384. — El 10 de marzo de 1923 murió asesinado en Barcelona el sindicalista catalán Salvador Seguí, popularmente conocido como «Noi del Sucre».
385. — Los cínicos esenciales fueron Antistenes, Diógenes, Crates e Hiparco.
386. — Heriberto Spencer, el gran sociólogo inglés, fue quien escribió «El origen de las profesiones».
387. — Schopenhauer dió en Parerga y Paralipomena, su libro más difundido, una eudemonología «para hacer la vida lo más agradable y feliz posible».
388. — En todo momento, pensaba Unamuno, existe un afán de inmortalidad, nadie quiere morir, y en esto consiste su «sentimiento trágico de la vida».

SUNO

## POETAS DE AYER Y DE HOY

# Voces de España



### A UN AMIGO

Ramón Cambor, amigo; la palabra más bella  
te doy: amigo. ¿Miras solitario tu mar?  
Violento partidario del pobre y de la estrella,  
¿Guardas la misma forma de pensar?  
¿Recuerdas que decíamos: «El mundo está mal hecho»,  
Tú desde la violencia, yo desde el alma triste?  
Con tu bomba de mano y el dolor de mi pecho,  
¿No hemos soñado un mundo que no existe?

★

De allá, de San Lorenzo, vendrán las brisas leves  
buscando la montaña de Santa Catalina.  
Y tú estarás en medio, corazón que te atreves  
a gritar tu verdad en cada esquina.  
Y tú irás por las olas de tu Gijón nativo  
con alguien que remando se gane su dinero.  
Y volvería más solo, amargo y pensativo.  
Y dirás las tristezas del barquero.

★

Llueve sobre Madrid. La tarde muere ahora.  
Ramón, estoy pensando que nada nos separa.  
Esa mujer que pide y ese niño que llora  
buscan mi corazón que les ampara.  
¿Y qué voy a contarte que no sepas de mí?  
Anduvo triste un tiempo mi alma enamorada.  
Algo he sacado en limpio: llegué, besé y perdí.  
Pasa la vida, y no me pasa nada.

★

En mi amistad te quedas con tus sueños diversos,  
mientras los otros — ¡déjalos! — por sus miserias luchan.  
Con tus libros de química y mis libros de versos,  
nuestras almas mirándose se escuchan.

★

Todos aquí aguardamos a que regreses. Mira  
a tu cielo nativo, espera un poco, no temas  
a la vida; no es mala, después de todo. Mira,  
mira cómo me nacen los poemas.

RAFAEL MONTESINOS



## Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama .....	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios .....	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure .....	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny .....	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Rocker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau .....	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentin Camp .....	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:

« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse



# GENIIT

sociología  
ciencia — literatura

9  
Sumario

- Danielle Hunchelle: Franco acosado.  
J. Aumente Baena: Libertad y Justicia burguesas.  
E. Relgis: La obsesión de la guerra.  
J. Ferrer: Cataluña popular.  
W. Muñoz: El pensamiento vivo de Han Ryner.  
A. Samblancat: Peladanes.  
F. Farfias: Honor a dos desterrados.  
Una conferencia de Felipe Alaiz sobre integralismo.  
J. Ruiz: Ideas sobre educación.  
C. Iscar: Glosas a «Definiciones inexactas».  
Suno: Microcultura.  
J. Elbaile: Estío.  
M. Rama: Revoluciones sociales del siglo XX (folleón encuadernable).

115

JULIO - 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

409.5523



## NUESTRA PORTADA

¡Ojalá fuera cierto que 1960 es el año del refugiado! El año del refugiado, para los refugiados, significa reconocimiento de todos los derechos. ¿Cuáles son? no muchos: *el derecho a vivir que se adquiere al nacer*. ¿Es esto lo que se pretende hacer este año? Lo dudamos. Aun a pesar de nuestro deseo no podemos sonreír con satisfacción. Algo inquieta al refugiado, particularmente al español, de cuya nacionalidad una estadística reciente indica que hay cerca de 150.000 tan sólo en Francia.

El dibujo de la portada que nos ofrece el lápiz de Montserrat no es la imagen del año del refugiado. No celebramos, al publicarla dicha conmemoración solemne. Nuestros motivos tenemos.

Al mismo tiempo que mundialmente se honora, oficialmente, al refugiado, por doquier, y oficial también, surgen nubarrones se pronuncian palabras, se hacen gestos, que nada bueno presagian para el refugiado.

Sin embargo, refugiado es un título, que a pesar de todo y de todos, honra. Es una promesa y una garantía no solamente para el futuro sino para el presente.

Para el hoy, nos lo dicen los millones de refugiados que pueblan la Tierra; para el mañana nos lo indica este niño todo un prometeo de salud y vida... a condición de que la humanidad lo respete.

# CENIT

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

### Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

### Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Hector R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Julio 1960

Nº 115

## FRANCO ACOSADO

España crucificada reza para  
que termine el mundillo de  
Don Caudillo

Un artículo de Danielle Hune-  
belle publicado en «Réalités».  
Versión al castellano por Celma



U N país donde un coche es signo exterior de corrupción. Donde Sagán, Descartes, Bardot y Kant están en el índice. Donde tal campesino no sabe leer, pero va cada semana al cine. Donde 70 % de la maquinaria tiene setenta años de edad. Donde se edifica para los muertos criptas que cuestan varios miles de millones, pero los vivos se alimentan tan sólo de garbanzos. Donde hay menos de la mitad de periódicos que en el año 1936. Donde algunos ciudadanos ignoran todavía el nombre de la capital. Donde para interpretar la vida se recurre exclusivamente a Santo Tomás de Aquino. Donde el policía armado, «defensor de la civilización occidental y cristiana», es cobrador de gas por las tardes y portero por la noche. Donde el exprés pone tres horas más que en 1935 para hacer el recorrido Barcelona-Madrid. Donde los futbolistas son los más pagados de Europa. Donde se compra en la epicería una peseta de azúcar, o de café, cuando se puede. Donde el duelo por la muerte de Pío XII se prolongó tres veces más que en Italia, pero se censuran los discursos del Papa cuando éste habla de la libertad. Donde un ministro de comercio se hace millonario en algunos meses. Donde el periódico de deportes tira más ejemplares que el principal diario de información. Donde los militares son acomodadores en las salas de cine. Donde es imposible encontrar un asalariado que sepa el nombre del ministro del trabajo, o del jefe de los sindicatos. Donde faltan oficialmente 26.000 escuelas primarias. Donde las universidades destinadas a los trabajadores son tan lujosas que los americanos declaran «no tener ellos los medios para hacer tanto», pero el nivel cultural es el más bajo de Europa. Donde los obreros pasan trabajando sus diez días de vacaciones anuales. Donde los generales son miembros de los consejos

de administración. Donde hay cinco veces más de sirvientas que de automóviles. Donde el precio del kilogramo de carne equivale a tres jornadas del salario de un obrero. Donde las hijas de la alta sociedad, cuando se casan, exponen su ajuar que, en sábanas bordadas, manteles, vestidos y vajilla de plata se evalúa en varios millones. Donde las mujeres del pueblo depositan el lunes en el Monte Pío, para retirarlo el sábado, el pantalón de mudar de su marido. Donde el terrateniente posee decenas de miles de hectáreas. Donde se venden por las calles cigarrillos partidos por la mitad. Donde 300 nombres acaparan los consejos de administración de todas las sociedades y cinco bancas dominan el comercio y la industria. Donde se fabrican los coches más caros del mundo, el acero más malo y el más caro y donde la renta por habitante es la más baja de Europa. Breve, un país donde se ha sacrificado a la mitad del proletariado, la otra mitad se ha paternalizado y el resto de la población oscila entre algunas clases medias, inquietas del futuro, y una oligarquía multimillonaria con las mismas preocupaciones que ya tenía en el siglo de Oro: tal aparece España a sus veinte años de franquismo.

**Penetremos en cualquier lugar de Andalucía,  
donde vive un español sobre cinco**

Descubrimos bajo un cielo rebosante de alegría, la arboleda verde-azul de los olivos desde donde se eleva, cada diez kilómetros, la fachada blanca, el techo inclinado de teja redonda de una hacienda, sobre una tierra negra que parece brincar de contenta. Dejamos pasar los burros trotando, cargados de viejos instrumentos de trabajo y de estiércol. Por diez en el horizonte, en medio del trigo verde, alineados como la barra de una T, los hombres y las mujeres arrancan la mala hierba. Entre ellas, Dolores, diecisiete años, un pañuelo en la

cabeza, pantalón de lienzo. Dientes blancos, piel quemada por el sol, grandes ojos castaños. ¿De dónde es? Nos señala el campanario del pueblo vecino de 30.000 habitantes. ¿Sabe leer? Un poco. ¿Escribir? No. Ha oído hablar de Madrid pero no lo conoce. ¿De Francia? No. Trabaja en el campo desde su niñez, gana 25 pesetas diarias. Por la noche hace haciendas en casa de una familia, por lo que cobra mensualmente 100 pesetas. Los domingos también va al campo, después al cine si su novio guarda fiesta. Esta muchacha se casará dentro de siete u ocho años, cuando haya podido comprar ropa. Lo que más desea es poderse comprar una máquina de coser para hacerse sus vestidos.

Pablo, trece años trabaja con su padre para un rico terrateniente, no ha frecuentado la escuela nunca, sus cinco hermanos tampoco. Calza unas botas viejas y agujereadas, chaqueta apedazada, guantes que en tiempos fueron de cuero forrado, boina sobre la cabeza, parece un viejo. Cada diez días va a casa, distante de 7 km., a pie, para cambiarse y ver a su madre. Fuma veinte «ideales» por día. Ni su padre ni él son protegidos por nadie ni por nada: ni Caja de Socorro, ni Sindicato, ni Seguro Social. Su única relación la tiene con el mayordomo. Y la mano de obra es pletórica. Si no se les paga el salario estipulado, y protestan, los obreros son expulsados pura y simplemente y su nombre inscrito en la lista negra que tienen los propietarios. Comen garbanzos y una naranja, de vez en cuando compran por 3 pesetas un billete en la Quiniela (pronósticos del fútbol, beneficio: 18 millones de pesetas por semana).

El abandono del pueblo refleja perfectamente el del hombre. El pueblo de C..., 4.000 habitantes, se compone de casas pequeñas, blancas, pegadas unas con otras (entre ellas quince establecimientos), hay tres automóviles, ningún camión; seis motos y una cuarentena de bicicletas. La nobleza se compone del propietario, el cura y el cabo de la Guardia Civil con tricornio charolado y capa verde. En la epicería todo el mundo compra a crédito. Las deudas de 2.000 ó 3.000 pesetas se liquidan en dos veces: a la trilla y a las olivas. Carne no se come. En este terreno un huevo vale 2 ptas. 25, el trozo de jabón 7. El agua potable se extrae de un pozo, hay cinco máquinas de coser, cada una pertenece a una soltera vieja que hace de costurera. Pero, como en el resto de España, hay muchas más viejas solteras que máquinas de coser. Baila una vez por año, con ocasión de la feria de San Pedro; día tras día guardan la esperanza de casarse, mientras, van cosiendo trajes: pantalón, chaqueta y chaleco, por 50 pesetas, lanzando una mirada de vez en cuando al manojó de flores envuelto en papel colocado entre náyades desnudas, de tierra cocida, color azul y rosa que hay sobre la cómoda.

Hay cuatro escuelas en C... y numerosos aparatos receptores. El maestro gana 1.250 pesetas al mes. Una vez estuvo en Madrid durante veinte días, para seguir un curso de formación política. En cuanto al cura, joven, con gafas, estima que los campesinos están abandonados, que las leyes son violadas, que es imposible el progreso del cristianismo sin base social justa, pero que la autoridad

no debe ser juzgada ni criticada. Una vez por año, un misionero pasa por este pueblo para decir a los campesinos que Dios ama a los pobres.

### Creo que en España la mentalidad es más reveladora de lo que parece

Sin la complicidad casi inocente (a fuer de inconsciencia) de los poseedores, jamás Franco no hubiera mantenido veinte años su aparato. Terminemos nuestra encuesta aquí con don Felipe, el propietario, un mozo alto, de 27 años, cabellos negros que invaden su frente pequeña, ademanes simples, de visible desconfianza, un poco brutal como se encuentra en ciertos cuentos viejos. Lleva botas y chaqueta de piel. Su panoplia ornamenta el dorso de la puerta de entrada sobre la que se muestra en mayúsculas la inscripción siguiente: «Dios te ha dado la lengua para bendecirlo y no para blasfemar». Encima de las mecedoras, en juncos ovoides, las perdices grises y pico rojo que sirven de cebo para la caza. Don Felipe no ha salido jamás de España. Después de sus estudios en las escuelas de los jesuitas ha seguido un curso en la Escuela de Comercio. Posee poco más de 2.000 Ha., no tiene tiempo de leer porque del alba al anochecer vigila sus tierras, se ocupa de la contabilidad y controla el trabajo de los obreros. Posee acciones en la industria, cuatro tractores y continúa adquiriendo tierras. He aquí lo esencial de nuestro diálogo:

—¿No estima usted que los salarios agrícolas son un poco bajos?

—No, los salarios son normales. Es el coste de la vida que está muy alto. Por otra parte, las gentes no trabajan, hacen la huelga de brazos.

—Y, de manera general, el nivel de vida de los españoles ¿le parece suficiente?

—Las cuestiones económicas no me interesan. Yo soy feliz así. Además, si el nivel de vida sube, los obreros reclaman más.

—¿Piensa que la situación social está mejorándose?

—Con Franco, la situación es mejor que antes. Las gentes viven en orden. Todo el mundo come y va al cine.

—¿Le parece a usted que el pueblo está suficientemente instruido?

—El nivel cultural debe elevarse, pero en el buen sentido. Quiero decir que el punto más importante es la religión. Hay que comenzar por ella.

—¿Por qué no instala en sus dominios un maestro de escuela?

—Entonces, ¿quién guardaría los rebaños? Los chicos dejarían el trabajo para irse a la escuela...

### En principio, la instrucción es obligatoria y gratuita en España

De hecho, el analfabetismo alcanza al 70 por ciento de la población en Andalucía, y en cada pueblo decenas de miles de niños hacen los novillos a falta de plaza en la escuela. Los maestros están tan mal pagados que en octubre de 1958. 6.000 de éstos pidieron el retiro, mientras que en los pueblos pequeños, el maestro se arregla con el cura o el comerciante para dar lecciones particulares, y que en Madrid mismo se admite que los niños paguen

al maestro para ayudarlo a subsistir (en ese paraíso económico cada uno vive de la caridad del otro: el personal, de las propinas; el obrero, de la generosidad del amo y el maestro de la comprensión de los padres de familia). El nivel del segundo grado es peor. En Sevilla (500.000 habitantes) existe en total dos liceos, uno de muchachos, declarado en ruinas por el arquitecto, otro de muchachas para lo cual se acondicionó el pavellón de Argentina en la exposición ibero-americana. Todo el resto, privado (85 % de la enseñanza está en manos de los religiosos) cuesta muy caro. En cuanto a la calidad, depende de los maestros y de los métodos. Los maestros murieron durante la guerra civil o están en exilio. Hará falta aún una o dos generaciones para que los nuevos puedan ocupar los puestos. Cada año se inspecciona muy escrupulosamente el espacio de las clases y la ventilación de los w.c. pero desde hace veinte años nadie ha visto inspeccionar un profesor. En cuanto a los métodos... fundados exclusivamente en la memoria, desarrollan el siticismo de los loros a falta de inteligencia. Todo se reduce a unas pocas cuestiones numeradas. La reflexión está proscrita, el razonamiento prohibido, la crítica es un sacrilegio. Durante dos años de filosofía, los colegiales no hacen ni una sola disertación. Se puede leer en el catecismo de los más pequeños la lista de catorce errores que hay que evitar: darwinismo, liberalismo, socialismo, positivismo, etc. Los cursos y exámenes de religión y formación política son obligatorios, incluso en los cuatro años de facultad. Como todo libro puesto en el índice por Roma es prohibido por el Estado, la filosofía puramente escolástica se enseña en los manuales tomistas. Osar hablar de Heidegger, por ejemplo, es perder para siempre el acceso a una cátedra. Respecto a las lenguas extranjeras, el francés es obligatorio pero tan mal enseñado generalmente, que los exámenes se hacen con el diccionario a la vista, y que en Andalucía un estudiante por 300 es capaz de seguir un diálogo en idioma galo. Erigida en la antigua manufactura de tabaco la Universidad de Sevilla, con sus escaleras monumentales de mármol rosa, sus espaciosas salas, sus pasillos interminables, sus bóvedas y sus arcadas, sus puertas y ventanas de roble guarnecido de clavos, se parece al castillo de Versalles. Ha costado más de mil millones. Perdidos en este suntuoso laberinto (que como el Ministerio del Aire en Madrid o el monumento del Valk de los Caídos denota la «enfermedad de la piedra—cálculos— propia del régimen), algunos millares de estudiantes, se preguntan perplejos con qué créditos pagarán las revistas técnicas internacionales necesarias a sus estudios.

Se dirá que en este mundo al revés, los obreros son favorecidos, que benefician de ventajas sociales, son cuidados gratuitamente y generalmente doblan su salario cuando tienen hijos. Pedro, 35 años, cinco hijos, trabaja a relevo en una fábrica de corcho en Cataluña. Gana 325 pesetas por semana más 150 por horas suplementarias más 1170 pesetas mensuales de subsidio familiar, en total 3.070 pesetas por mes para siete personas, en una ciudad en la que el pan cuesta 6,70 pesetas el kilo,

el ternero 90, el par de zapatos 300. Pedro pasa sus diez días de vacaciones anuales a trabajar en la fábrica. Vive en un piso de dos habitaciones y una cocina minúscula, sin agua corriente, en un callejón repugnante, toda su paga se invierte en comida. La fábrica le da una prima de 500 pesetas a fin de año con la que compran ropa hasta la Navidad. ¿El calzado? La familia lleva chancletas. ¿Ambición? Pedro se pone a reír: «Ganar el premio gordo». En una fábrica de tejidos de los alrededores de Barcelona (la ciudad más industrial y más rica de España), cuyos edificios en ladrillo rojo datan de 1869, Paloma, 24 años ayuda a la tejedora a vigilar los telares. Pequeña, regordeta, con tenacillas y rizos en sus cabellos negros, chata, de franca sonrisa, un reloj de pulsera dorado, trabaja en la fábrica de las 6 de la mañana hasta las 2 de la tarde. Gana 315 pesetas por semana, después va 4 horas a una fábrica de imágenes religiosas a frotar con lijas las reproducciones para avivar el tinte; le pagan 6 pesetas por hora. Vive con su madre, su hermana, su cuñado, sus sobrinos y su prima. Como hay varios salarios se despabilan. Nunca como carne «no le gusta» ¡cuántos hay en España que dicen no gustarle la carne! Su madre le prepara la sopa y un huevo. No ha estado jamás de vacaciones. Para el día de Reyes, pudo ofrecer a su madre un viso de seda artificial. Novia desde hace algunos meses, todavía no se ha paseado sola con su novio, pero gracias a lo que economiza desde hace cinco años, ya puede comprarse el ajuar: una docena de toallas (la mitad de buena calidad), dos manteles (uno corriente y otro de lujo), seis toallones, dos visos en nilón y doce pañuelos. No sabe escribir, no ha estado jamás en la peluquería ni ha salido de Barcelona.

Olvidaba señalar que sobre las hojas de pago, la rúbrica más sobresaliente se titula: «gratificación voluntaria del patrón». Esto es costumbre. El mínimo vital no permite vivir, entonces se hace la caridad. Conozco en Barcelona un director que cada mes, sin recibo, de su dinero personal, dobla el salario de sus 50 empleados. «Sin esto se irían a otra parte», dice. Métodos copiados de los Tuareg. Franco el africano ha hecho escuela, la mentalidad de los españoles no ha sido nunca más trivial. La ley es violada, el sindicato ignorado; uno se arregla como puede, en todo reina el «poco más o menos», las noticias son «poco más o menos», pero nadie sabe la hora que es. Ni siquiera los patronos. Su mundo no comunica con el de los obreros (¿quién comunicaría con los vencidos de 1939?) pero el desorden y la confusión dominan. La penuria de divisas (cuyo tráfico es origen de una buena parte de las fortunas colosales acumuladas en veinte años y la prohibición de despedir personal<sup>(1)</sup>) han podido más que las tibias veleidades de modernización. ¿Para qué empeñarse en renovar el utillaje cuando se está seguro de vender sin control en el mercado interior el 90 % de la producción? Las estructuras no han sobrepasado el artesanado de principios de siglo. 95 % de las 2.500

(1) Actualmente esta prohibición ya no existe. N. del T.

fábricas de algodón catalanas tienen menos de treinta telares. En este país no se lee («Los cipreses creen en Dios», tirado a 40.000 ejemplares, es lo que más se ha vendido, la mayor parte en hispanoamérica; los cotidianos de más tirada hacen 100.000 ejemplares), 500 casas de edición sacan cada año 4.500 títulos con un material que data de 1919. Reglamentados por *numerus causus*, se compran las farmacias como los recargos de notario, pero existen 1.200 laboratorios farmacéuticos, etc. Digamos para terminar que en un país donde el albano gana 5 pesetas por hora, el empleado de almacén 600 por mes, el encargado de cursos en la universidad, 1.500, y en donde se da al profesor 300 ptas. por ocuparse de las experiencias científicas, bien ha sido necesario poner en marcha un sistema. Cada uno lleva pues varios juegos y trabaja 15 horas diarias. Entendámonos. Bajo el clima de España, no se puede exigir de un hombre que vive de sopa y sardinas un trabajo efectivo de 15 horas por día. La labor del español se divide pues en dos tiempos: a) empleo oficial: ocho horas de presencia, durante las cuales se reposa y recupera fuerzas; b) empleo privado, competidor en el cual trabaja como un loco con objeto de reclamar mayor remuneración. El obrero hace de camillero, sirve en el café, toca la trompeta en el baile, arregla grifos o instalaciones eléctricas, el almacenista es portero en el campo de fútbol; el director del metro es abogado y jefe del personal; el agrimensor hace planos para la alcaldía y da lecciones de dibujo en el colegio; el director de una fábrica controla la contabilidad de otra y la parte administrativa del fútbol; el profesor de filosofía trabaja en una casa de ediciones; el de derecho es abogado; el de literatura enseña en la universidad, da lecciones a las muchachas del segundo grado y hace traducciones. El conjunto se resume en un rendimiento catastrófico, una excitación de nervios generalizada y un embrutecimiento que reduce seriamente las posibilidades de oposición constructiva.

Si los elementos de primera necesidad están, con relación a los salarios, inabordable, y el deseo más corriente en la clase obrera es «no verse obligado a comprar la bicicleta, o un par de zapatos de trabajo, a crédito», por contra los artículos de lujo son baratos. Todos los ricos del mundo deberían vivir en España. No es raro el encontrar 5, 10, 15 sirvientes por casa, 3 chóferes, 2 maestras-las, 1 cocinera, 2 camareras, una pareja de porteros, 2 criados, una gobernanta, una lavandera, una planchadora, una costurera, la nodriza para los niños, 1 señorita para los grandes y el mayordomo y su ayudante para las fincas. El pueblo lleva sus vestidos al Monte Pío (he visto prestar 20 ptas. por una camisa de hombre usada), pero no se ve una camarera sin bonete blanco, un chófer sin gorra de plato, los sirvientes sin pechera, ni lazo al cuello, ni chaqueta sin hombreras galonadas. Salvo en los pobres (70 % del país), las mujeres no trabajan. Tres abogadas ejercen en Barcelona, seis en Madrid. La única arquitecto fué diplomada el año 1930. En un país donde sólo las religiosas tienen influencia, nadie se preocupa por ser marisabidilla. La mujer existe para obedecer al marido, reprimirla si se tercia y mantener la tradición

familiar (aunque se ahogue en su joven marido toda clase de veleidades rebeldes ante la injusticia social.) Las burguesas españolas, educadas por las monjas han sido, sin duda alguna, las auxiliares más preciosas de Franco. Para matar el tiempo se juega al bridge o a la canasta, sus labores una vez por semana (Acción católica y las obras parroquiales dan a confeccionar canastillos) el patinaje, el deporte náutico, la caza al ciervo en Toledo, el golf en Puerta de Hierro, los tres o cuatro aperitivos cotidianos, las vacaciones en la Sierra o en el país vasco, adonde se lleva durante dos meses familia y personal, los viajes al extranjero, las recepciones, los casamientos. Se prepara el baile de presentación de las señoritas, el ajuar. En cuanto a las clases medias, siempre acechadas por la proletarianización rápida, se esfuerzan, con un heroísmo verdaderamente español, de salvar la fachada. ¡Cuenta tanto la fachada! Se tiene una camarera y se envía el hijo con los jesuitas, pero se suprime una comida cada dos. Los hombres están tan delgados que se diría pasados por una secadora. Usados hasta el extremo, cepillados, zurcidos y limpios, los vestidos son un milagro de ingeniosidad y paciencia.

Este estado de cosas que me esfuerzo de pintar objetivamente es voluntariamente o no, ignorado por casi todos. Los turistas ven cada verano millares de coches sobre las carreteras (es en invierno que la España vacía, letárgica, sufriente, aparece tal como es) y el orden público reinando gracias al caudillo, pueden, lejos de las juergas engañar en las tierras amarillas de la vieja Castilla, o sobre las riveras tentadoras de la Costa Brava. Los americanos, engañados primeramente por Franco, cuyo reino han prolongado sacándolo de su atasco económico, viven en las ciudades, prudentes, desconfiados, y prefiriendo ignorar lo que pasa. Por otra parte, en Oriente han visto peor que todo eso. Los españoles no viajan salvo para buscar trabajo en la periferia industrializada, es decir, en el país vasco y Cataluña, o para expandirse. La mitad de la juventud — estudiantes, sirvientes, empleados — no piensa más que en poder aprender una lengua extranjera para marchar fuera. «Si supiese un poco el francés o el inglés, seguro que yo no estaría aquí», es la frase corriente. Todos los elementos de este país despojado, subalimentado, subdesarrollado, explotado, desertan.

Los catalanes, cuyo separatismo nunca se ha sentido con tanta fuerza, conocen Perpiñán mejor que la capital de España. Privado de prensa, (se censuran incluso los pequeños anuncios y las cartas al editor), incapaz de dar curso a la opinión o de captar la de otro, sin estadísticas controlables, sin encuestas, sin medios de vida, sin transportes y sin vínculos de unión hacia nada, ni al Estado, ni al Sindicato, ni a la Corporación, ni al patrón; no teniendo confianza en nadie y desprovisto de la mínima esperanza, el español de la era franquista puede impunemente entregarse a su deporte favorito: el individualismo. Se ha replegado sobre sí mismo, sobre su familia, sobre su diminuto mundo de miseria como es él y su ho-

gar, de tal forma que el resto del mundo y en primer lugar España, le escapa en su totalidad.

### ¿LOS OTROS?

#### ¿LOS DIRIGENTES?

#### ¿LOS RESPONSABLES?

A los vencedores de la guerra civil, Franco ha distribuido los despojos, no como economista, sino como jefe de banda: el monopolio del orden a los militares, el de la enseñanza a los religiosos, la tierra a los propietarios, el comercio y la industria a los banqueros. Los beneficios realizados desde hace veinte años en este pequeño mundo de Don Caudillo, que vive en economía intrínseca y sin control, sin arbitraje, sin autoridad, sin escrúpulos, sobrepasan todo lo que se puede imaginar. El Ministerio del Comercio es un bastión. Desde el patrón que acumula una fortuna colosal traficando sobre la importación de trigo, de aceites vegetales, de máquinas, con intermediarios por todas partes, hasta el detallante que roba en el peso, pasando por los inspectores de contribuciones que cobran 1.500 pesetas por mes y viven, sin embargo, una vida de señores, las casas de importación afiliadas a los ministerios y traficando con las licencias; las empresas de construcción, de cuyos presupuestos se emplea la mitad para comprar al adjudicador; los distribuidores de abonos que alimentan las regiones más favorecidas para revender después a las autoridades de las provincias pobres la misma mercancía tres veces más cara; los militares que compran el dólar a 10 pesetas para revenderlo a 62 y 63; los aduaneros, que se cotizan; los visados que se compran; las cátedras universitarias, montería del Opus, de Falange, y de Acción Católica; los empleos en los sindicatos, las Cámaras de Comercio, etc., designados por el nombre de enchufados; el tráfico de importación de automóviles (un millón la licencia de 50); los escándalos financieros, como el de la unión de Bancas suizas, de reciente fecha, donde una lista de 1.300 personas, que habían sacado varios miles de millones, han revelado los nombres de generales, altos funcionarios, eclesiásticos, médicos, abogados, etc. ¿Cómo este mundillo puede tener mala conciencia o conciencia a secas? Es extremadamente característico que si algunos centenares de españoles pertenecientes a lo que a falta de mejor calificativo se dicen élite de España, empiezan a perder el estribo ante las consecuencias de tipo económico de la gestión de Franco, y sienten la necesidad de una transformación política, nadie, excepción hecha de un puñado de curas casi clandestinos y de algunos intelectuales «laboristas», nadie, repetimos, ve la necesidad de una transformación social. Y sin embargo, la oposición existe. Se habla en los periódicos.

#### LA OPOSICION...

El pueblo es antifranquista, y unas elecciones libres, por lo menos en Cataluña y en el país vasco, darían a Franco tan sólo el 10 por 100 de votos. Mas, el pueblo no está representado en la oposición «oficial». Franco ha comprendido que la coerción no da buenos resultados desde el momento que hay que contar con el extranjero y se permite el lujo de una oposición. Esta, recrutada casi

únicamente entre la burguesía (por consiguiente más o menos culpable), va de los monárquicos carlistas a los comunistas, pasando por toda una nube de pequeños partidos y fracciones tan anacrónicas como el régimen: monárquicos liberales, falangistas disidentes progresistas, grupo de la democracia social, funcionalistas, democristianos de derecha y de izquierda, socialistas, anarcosindicalistas. La mayor parte de los conspiradores viven temiendo a la revolución popular nihilista, que amenaza a fuer de tensión entre la oligarquía y las clases trabajadoras (aunque opinión nuestra es que ese pueblo, subalimentado y sin formación alguna no tiene la fuerza ni siquiera de odiar), y desean meter a Juan, que ya le llaman «El Breve», en el trono, a fin de dar lugar a la transición ordenada y transformar el poder. Es evidente que la situación actual, en la que lo cómico se codea con lo trágico, cosa que constituye un peligro, no puede durar. La peseta no vale gran cosa, los empréstitos públicos, calculados en vista a una tercera guerra mundial, han sido inútiles y sin rendimiento (como el Pegasso, que cuesta siete millones), los industriales no pueden exportar por lo elevado de los precios (cuando la mano de obra es la más barata de Europa), y la penuria de divisas ha alcanzado el límite en el que un país se hunde en el caos.

Franco y las clases poseedoras no son las únicas responsables. Sin intervención extranjera, la guerra civil no hubiera durado tres años y los vencidos no pagarían una deuda monstruosa que dura ya casi un cuarto de siglo. Es a Europa a quien incumbe la tarea de sacar a la nación española de su atasco.

#### ¿COMO?

Hay quien afirma que con una economía moderna un país deja de ser la estampa de la Edad Media y que por tanto la puerta debe abrirse por este lado. Ahora bien, la falta de cuadros, la mediocridad y la mentalidad de las élites permiten pensar que una ayuda económica si no se hace bajo condiciones rigurosas, no aprovechará más que a unos cuantos, como hasta ahora. Haría falta ayudar a España para elevar su nivel de vida. Exigir la separación del jefe del Estado y del jefe del Gobierno, abrir un poco la prensa a la opinión y vencer la corrupción. Los movimientos de los estudiantes, la evolución lentísima de ciertos industriales, la toma de posición del cura de Montserrat o del obispo de Valencia, la acción limitada del clero joven, las manifestaciones como la del banquete del Menfis es significativo. Pero la verdadera transformación que exige España para ser democrática continúa escapando a los opositores románticos. Los economistas, los técnicos, saldrán del pueblo, uno de los más despiertos y más intuitivos de la tierra, para que se le conceda el derecho de la condición de hombre y de ciudadano. Europa no debe contentarse con ser un proveedor de capitales. De acuerdo con las élites europeas, es necesario y urge formar los cuadros que tomen en manos las responsabilidades de la España de mañana.



O se intenta una crítica por la crítica, sino en cuanto ésta es esencial, como primera fase, para que se oigra una posibilidad real de crear «lo nuevo». Sólo con este criterio se pretende tomar una conciencia de la estructura burguesa-capitalista, y desenmascarar después los artefactos mentales que les sirven de apoyo.

Como es sabido la sociedad está estructurada y funciona según determinadas condiciones objetivas. Estas condiciones son los métodos de producción y distribución. Ellos fijan «de qué viven» los individuos que la forman, cómo se procuran pan y vestidos, cómo obtienen beneficios para sus lujos. Primera observación en este sentido: unos viven de su trabajo, o, mejor dicho, trabajan para no morir de hambre, para medio vestir y seguir tirando; otros, viven de su capital, de sus acciones y sus dividendos; son los que dan brillo a la ciudad y se encuentran en todas partes; proclaman las ventajas del «mundo libre» y están muy decididos a defender la «civilización occidental cristiana». Se pasan por alto los múltiples aspectos de las zonas intermedias.

La existencia de clases resulta, pues, una realidad y configura a los hombres. Es una consecuencia inevitable del orden social vigente. Junto a ella, está latente un implícito caos. Un enorme maquillaje — intelectual, moral, y emocional — pretende cubrir, sin embargo, la desintegración social. En amplios sectores de nuestra juventud reina la apatía. Nuestros mejores intelectuales tampoco se percatan de las verdaderas fuerzas de la realidad social, entretenidos en superestructuras secundarias. Habría que formar una «Inteligencia socialmente desligada (la Freischwebende Intelligenz que llamó Weber), relativamente desclasada».

Los rasgos típicos de la estructura social burguesa son los siguientes: Libre competencia y propiedad ilimitada. Relación de producción montada sobre la venta de la fuerza del trabajo al propietario de capital. Regulación por un mercado libre que fija el valor de la mercancía.

Ahora bien, este orden burgués montado sobre tales supuestos, lleva en su propia entraña el germen de la contradicción.

1º. — El principio implícito que se considera motor de toda actividad humana es el afán de lucro; o sea, se juzga el egoísmo como algo sustancial a la misma naturaleza humana. Nada más alejado, pues, de una supuesta civilización cristiana que vive y se nutre — incluso se halla estructurada — sobre la base del egoísmo humano.

2º. — Una libre competencia montada sobre una estructura de tipo «clasista» apenas es otra cosa que un simple principio formulado. Si el individuo ocupa como punto de partida un previo lugar en el sistema social; si el haber nacido en el seno de tal o cual familia condiciona la cantidad de cualidades y esfuerzos para triunfar, el juego tiene muy poco de justo y limpio. Entonces, la discriminación de clase tiene más valor que la libre competencia, no sólo para elegir la profesión sino para triunfar en ella. La competencia se deja influir más que por las cualidades en litigio, por el terreno de las condiciones sociales en que tiene lugar. Una cosa es las capacidades objetivas, y otra, las habilidades sociales; y son estas últimas las que, en un orden social burgués, determinan que un valor sea reconocido, aceptado, convezna o impresione. El ejemplo de nuestras «oposiciones» es manifiesto.

3º. — Esta desproporción entre el esfuerzo y los resultados, entre el trabajo y la consideración social, entre

## VOCES DE ESPAÑA

# Libertad y Justicia

los méritos y su compensación económica, tiene como consecuencia una evidente desmoralización. Significa una desvalorización de todo trabajo serio, y de los esfuerzos y cualidades reales que tengan los hombres. Que es así lo tenemos delante de los ojos.

4º. Si la ganancia es el móvil rector de toda actividad humana —ganancia económica, de prestigio, etc., pero ganancia al fin y al cabo — quiere decir que ocupa un lugar muy secundario la utilidad social que esta actividad representa y, mucho menos, las satisfacciones que el trabajo, por sí mismo, puede producir.

5º. — La famosa libertad burguesa que «hay que defender» sólo se traduce en términos de poder, y no de ser; poder sobre personas y cosas. Es decir, libertad de invertir y especular en empresas rentables; libertad de explotar a los asalariados; libertad de poseer el máximo de propiedades privadas. El resto de las otras posibilidades de ser y elegir — incluso todas las libertades civiles — se hallan casi anuladas.

Pero además, este tipo de libertad burguesa sólo está monopolizada por una reducida minoría. Es el tipo de libertad plutocrática reservada para un grupo de privilegiados. Y es que la libertad sólo existe para los burgueses allí donde ellos son libres. Para el resto, la inmensa mayoría, la libertad se convierte en una fórmula o un ritmo vacíos de realidad, desde el momento en que apenas pueden hacer el menor uso de ella. Se trata de un evidente sarcasmo decirle al individuo que vive bajo un puente que es libre. ¿Libre de qué y para qué cosas? No puede haber libertad real sino en la justicia.

6º. — No puede negarse que en el orden burgués se permite el uso del hombre por el hombre, desde el momento en que un patrono compra la fuerza de trabajo que un obrero es capaz de realizar. El capital, sustancia muerta, emplea la fuerza y la vitalidad de un trabajo aún por hacer; se hipoteca la actividad de un hombre. Por lo tanto, en nuestro mundo burgués de valores las cosas acumuladas superan a las manifestaciones de la vida. La persona que tiene capital controla a la persona que sólo tiene su vida, su productividad creadora. Las cosas están, pues, por encima del hombre. Y sin embargo, aún se sigue pregonando que se defienden los «valores de la persona humana». Seguimos con las contradicciones y los mitos.

7º. — En la estructura burguesa el obrero se encuentra deshumanizado respecto a su trabajo. No sabe ni le interesa saber, por qué produce tales o cuales mercan-



# burguesas

## Breve crítica de un mito

cias; mucho menos, qué relación tiene lo que produce con las necesidades reales en general. El trabajo se convierte así en algo antinatural, desagradable, sin sentido; algo exclusivamente dirigido a conseguir un jornal vacío de dignidad humana. Por lo tanto, un hombre sirve a otro hombre para fines que no son los suyos propios ni los de la sociedad en que vive. Sus fines son, exclusivamente, los del patrono a que sirve. Esto significa que el trabajador deja de ser fin en sí mismo, pierde su dignidad humana, y se convierte en medio para los intereses de otros. Aparte de que es una triste realidad que todo aquel que controla la subsistencia económica de un nombre, controla también su voluntad.

8º. — La propiedad privada también se va progresivamente deshumanizando. El propietario de acciones sólo tiene unos cuantos «papeles» guardados en el armario y, con ellos, los derechos e intereses de una empresa. Le queda sólo un símbolo de propiedad, mientras que el poder y la responsabilidad de la misma — que en el pasado fueron parte integrante de la misma — son ahora trasferidos a un grupo independiente en cuyas manos está la dirección.

9. — Hay que aceptar — nos guste o no — que habrá de existir un antagonismo entre los intereses del capital y el trabajo; los beneficios de uno se forjan siempre a expensas de la mayor explotación del otro, un más alto salario del obrero repercute en el menor margen de beneficio por parte del patrono. Difícilmente puede explicarse, pues, una armonía o conciliación allí donde los intereses son contrapuestos. Como igualmente son los fines que persiguen. Porque mientras para el obrero se trata de ganar un salario que le libre del hambre, para el patrono importan los beneficios que rinda.

10º. — Finalmente, sabido es cómo en la sociedad burguesa la ley del valor de los productos tiene un papel regulador de la producción. De tal modo que, si la fabricación del coñac, por ejemplo, es más rentable que tales o cuales máquinas, los capitalistas invertirán en la primera, independientemente de que ello sea o no útil a la sociedad. No importa entonces saber qué es lo justo, y qué lo injusto, o qué lo bueno y qué lo malo; sólo importa saber que las cosas marchan bien y el margen de beneficios puede incrementarse.

JUNTO A ESTAS REALIDADES, la burguesía, más negativa que conquistadora, intenta defender sus ventajas. Su visión del mundo ha de ser — necesita ser inmanente, estática, conservadora porque mucho le importa el «status quo» reinante. Y aunque es verdad que le que-

dan muy pocas razones realmente válidas para defenderse, hay muchos intereses en juego, y es mucho lo que pueden perder. De aquí que elaboren toda una serie de superestructuras mentales que cubran aquella otra realidad. Incluso, algunas veces, estas superestructuras se convierten en una enorme fuerza activa, que utilizan cuando se ven amenazados en sus privilegios. Y entonces, toda la precaria libertad que el orden burgués permite, así como la propia legalidad y el orden que con tanto ardor defienden, están dispuestos a subvertirlo, en nombre de la Religión, la Patria, el Espíritu, o lo que sea. Y entonces sabemos el resultado: la dictadura de la burguesía capitalista. Porque no hay sólo dictadura del proletariado; hay también dictadura de la burguesía capitalista cuando la llamada democracia burguesa — por lo demás puramente formal — no puede ya garantizar el dominio del capital sobre los trabajadores.

La burguesía muestra también una gran tendencia a ocultarse tras un florido idealismo. Montan y elaboran una serie de ídolos tras de los cuales se sienten bien protegidos. Tales son la Civilización, la Cultura, la Paz, la Libertad, etc., todos con mayúsculas.

El arte es usado también como un eficaz estupefaciente para que los mejor dotados no se preocupen de otras realidades más «peligrosas».

Es curioso por otra parte, el uso reaccionario que de algunos conceptos como «naturaleza humana» o «derecho natural» suelen hacer. De tal modo que, a partir de una supuesta naturaleza humana, se hace del capitalismo el régimen que corresponde perfectamente a ella. Se le pone fuera del alcance de toda crítica. Si las cosas son así por ley natural, todo está justificado. Se le endosa a la Naturaleza, cuando no a Dios, todas las responsabilidades. El fatalismo y la resignación imponen su dominio. Hay que predicárselo así a los desposeídos: han tenido mala suerte en el reparto. Dios lo ha dispuesto, hay que resignarse.

Algo similar ocurre con la «propiedad privada» como derecho natural. Y sin embargo, no existe para las nueve décimas partes de los hombres. Incluso existe precisamente para estos pocos, porque se excluyen de ella a la inmensa mayoría. Nos encontramos, pues, con la paradoja de un derecho natural usado sólo por unos pocos, pero que defienden en nombre de todos.

En resumen, la mentalidad burguesa elabora un convencional «nivel de realidad», en el que sólo han de realizarse las discusiones y acciones posibles. Fija el clima mental en que ciertos hechos y sus relaciones se consideran reales. Y fuera de él, toda otra cualquier idea se considera utópica, poco realista, cuando no subversiva o maligna.

Como punto final, juzgo que si se desea realmente conseguir un orden social en que la libertad y la justicia sean reales, no de palabra, hay que ir a la raíz de los hechos, y no quedarse en la superficie, limitándose a paliar ligeramente los síntomas más llamativos.

No se puede pues, intentar remediar el malestar social, con sólo transformar la mentalidad de los hombres empeñados en él. La armonía social que se pudiera conseguir así, sería más ilusoria que real, expuesta a quebrarse en cualquier momento, puesto que la vida real contradice continuamente sus postulados. Todo lo que no sea modificar las condiciones burguesas de producción y transformar en su esencia las relaciones del capital con el trabajo asalariado, es sólo intento de paliar los síntomas, dejando la estructura intacta. Existen relaciones sociales que son irreductibles. Abordarlas lúcidamente, implica transformar la estructura social vigente.

J. AUMENTE BAENA

# La obsesión de la guerra

Escritor y lector

## La «CENSURA» de la paz

por E. RELGIS

V

Si, debemos recogerlos a veces, evocando el porvenir. Interrogemos a nuestra conciencia, y alejemos a los fantasmas del Mal, que anidan en los escondrijos del corazón; animémosnos en el balsámico aire de los recuerdos y las esperanzas y unámonos con nuestros semejantes, con todos los seres del mundo, anhelando — si no podemos sentirla desde ahora — la paz fecunda de la Tierra que gira entre las supremas armonías astrales... Debemos soñar, debemos idealizar, glorificar la vida, aun por el simple hecho de nuestra existencia. Nos fortalecemos entonces con nuevas energías morales y espirituales; sustentemos la fe en nosotros mismos y el amor fraternal para con los hombres, expiando los errores y justificando, por el trabajo individual y solidario, las aspiraciones hacia una sociedad más justa y libre.

Volvamos, no obstante, a la literatura de guerra. Es siempre presente, aumenta en sus múltiples formas, nos solicita, se insinúa, nos persigue como una obsesión.

¡La obsesión de la guerra a través de su literatura! No está demás insistir acerca de la influencia nociva de esta literatura. Después de años que parecían siglos, cesó la matanza entre los pueblos. Los sacrificados están reemplazados con los recién nacidos; sobre ruinas se levantan nuevos hogares, nuevas fábricas. En cierto modo, el recuerdo de la guerra en sí, con sus hechos y los sufrimientos soportados, va atenuándose: su terror, como una larva en su crisálida, se envuelve en sentimientos purificados y apacibles, en pensamientos que buscan nuevas posibilidades de mejoramiento y progresión. Y, lentamente, el olvido se extiende con su indulgencia y sus consuelos, sobre las heridas del alma y de los cuerpos maltrechos.

Pero la literatura de guerra nos acosa. No nos deja olvidar. Aun si contemplamos con toda confianza e porvenir, avanzando por la ruta de la reconstrucción social: aun si oponemos a la guerra nuestra hombría de bien, no dejando deslizar en nosotros sus sarcásticos desmentidos y negaciones, estamos sin embargo perturbados. Los hombres fuertes moralmente se cuentan uno a uno. Son los que habían vencido primeramente a sí mismos, para elevarse por encima de su feo y malo pasado. Y con ellos están los pocos que siguen en su recto camino, sin haberse dejado desviar por las hordas de asesinos y los horrores del saqueo.

¡Oh, los millones de anónimos! Las muchedumbres, las naciones de la Tierra... También ellas están dispuestas, después de las despiadadas pruebas de la guerra, para la regeneración: para la libertad, justicia, hermandad. Pero, entre sus esperanzas, en sus instintos alterados por milenios de servidumbre, destrucciones y matanzas. Son como la gleba fecunda y paciente que hace madurar el trigo, pero en la que sobran los yuyos ponzoñosos.

Las multitudes — campesinos y ciudadanos, trabajadores manuales e intelectuales, hombres y mujeres — están ahora en estado de incandescencia, por así decirlo, listos para las formas que les darán los forjadores. El viejo mundo, de la guerra, no ha desaparecido. Puede urdir nuevos desastres. El viejo mundo está atrinchado en sus instituciones políticas, militares, económicas, religiosas, culturales. Su resistencia básica y eficiente, su fuerza de perdurar se manifiesta a través de su «ideología», vale decir, de sus palabras y escritos. Esta es, en nuestra época más que en las anteriores, la característica de cualquier orden social, bueno o malo, activo o parasitario.

Por la palabra escrita. Pues ella es constante y generalizada. Repite y repite. Penetra en la mente y el corazón. Sugestiona y domina a las multitudes ingenuas, crédulas. Desvía el idealismo innato, rudimentario, del hombre común. Demasiado a menudo reemplaza el pensamiento propio del individuo perdido en la masa. Altera los impulsos de la hombría de bien o desencadena las furias bestiales. Está hurgando sin cesar en las minas inagotables de los pueblos; calma y revuelve las olas de la sociedad; encamina las generaciones en la tierra firme o hacia los abismos...

Cualesquiera sean los extremos de sus oscilaciones, los ideales, positivos o negativos, son presentados bajo apariencias atrayentes y hasta hermosas. Todos los dirigidos pretenden ofrecer únicamente la verdad, la justicia, el bienestar, la libertad. Todos utilizan «las mismas» grandes expresiones verbales, «las mismas» palabras vitales y sagradas, «los mismos» medios lógicos y psicológicos. Y más que nunca, usan y abusan de la literatura de guerra — ya lo hemos demostrado — para mantener la confusión en los espíritus. Junto con los que constituyen la vieja sociedad — jefes de Estado, militares, eclesiásticos, diplomáticos, capitalistas, políticos demagogos y los demás privilegiados encaramados en el Poder — contribuyen a esta obsesión de la guerra; los

poetas, novelistas, dramaturgos, artistas, periodistas, profesores... Todos creen — algunos con las mejores intenciones — que relatan objetivamente los acontecimientos, que expresan los sentimientos, que aclaran, interpretan y defienden la «ideología», es decir, las aspiraciones y los intereses de los pueblos respectivos, pero enemistados los unos contra los otros. Su obra, no obstante, no es, en el fondo, humana en sentido permanente y universal; la guerra descrita — épica, política o «estéticamente» es tan inhumana como la guerra real.

Y eso es precisamente, lo que tememos. Denunciamos el peligro oculto bajo apariencias alentadoras. Lo repetimos sin miramientos. Evocamos la «última» guerra, tan cerca de nosotros, «vívida» por todos, soportada por las muchedumbres con sacrificios y dolores que no acabaron todavía. Sus huellas persisten en nuestros días: las ruinas, los mutilados, los enlutados, los huérfanos, los empobrecidos... y los innumerables sepulcros.

Pero la vida continúa. Debe renovarse en una atmósfera pura, bajo un cielo despejado, sobre la tierra fructífera. ¿Cómo podríamos recomenzar esta vida, en la obsesión de la guerra perdura sobre todo mediante su literatura? ¿Cómo renovaremos las energías agotadas, las esperanzas desengañadas? ¿Dónde hallaremos el estímulo para seguir en nuestras tareas, la canción que alienta el trabajo, la sonrisa del perdón, el amor que consuela y fortalece?

La literatura de guerra — la existente y la que brotará ¡quién sabe cuánto tiempo!, será estorbo del progreso, una «inhibición» nociva, insospechada ahora, en los primeros años de postguerra y de paz vacilante. Esta literatura podría engendrar otros odios, otras sicosis catastróficas. Un velo de duelo cubriría nuestra existencia: una tristeza subterránea, obstinada, agotadora: un descorazonamiento enfermizo, un pesimismo lúcido o irracional, que arrastra hacia el renunciamiento definitivo o las exasperaciones aniquiladoras, hacia la degeneración senil o las perversiones irrefrenables, hacia esa lúgubre esclavitud que se desvive sin saber por qué y para qué — o hacia la cínica avidez de los poderosos que pelearán para las últimas voluptuosidades terrenales.

¿Exageramos? Puede ser. Puede ser. Pero la verdad susurra en lo hondo de la conciencia. No podemos menos que clamar y advertir: ¡Alerta! ¡El peligro está al acecho en tí mismo, hombre, y en torno tuyo! Está en lo que escuchas, en lo que te ofrece la «sociedad» astuta y tiránica, cuya expresión es, más que la violencia organizada, la palabra oral o impresa. Por más que volvamos al problema inicial: la regeneración individual, no olvidemos que existen manifestaciones sociales que pueden alterar, impedir o anular la liberación del individuo. Persisten influencias que se infiltran a través de la más severa vigilancia de la conciencia. La guerra nos ha mostrado cuán frágil es la conciencia del hombre, cuando la acosan las ilusiones, la sugestión de la propaganda o los impetus colectivos.

Por eso insistimos acerca de la causa y no de sus efectos. Porque los escritores son, de cualquier manera, superiores a sus lectores medianos, porque son más capaces de discernimiento crítico y pueden penetrar hasta las raíces de los peligros que presentimos, es a ellos que dirigimos nuestra angustia y nuestra advertencia. Tienen la gran responsabilidad, ya que ellos escriben.

Y son tanto más culpables, si lo que escriben — su literatura — fomenta la guerra y encubre o «espiritualiza» sus desgracias.

La literatura de guerra debe ser controlada según los criterios más rigurosos de la paz y la humanidad. Debe ser refrenada, en vez de dejarla derramándose hasta que una nueva guerra le conseguirá abundantes temas y motivos de «inspiración». Recordemos que en las viseras de la primera guerra mundial se publicaban todavía estudios, memorias, novelas y versos inéditos, en Francia y Alemania por ejemplo, acerca de su guerra de 1870, y aun sobre otras guerras de odio «secular».

Los escritores deben elevarse por encima de las ficciones «ideológicas» y resistirse a los imperativos momentáneos de los dirigentes oficiales. Antes que todo, deben servir a la verdad, como precursores realistas y también como visionarios idealistas de su pueblo y de la humanidad entera. Humanizar y universalizar su literatura, particularmente en lo que atañe a los trágicos trastornos de la guerra. Tienen que cuidar y valorar sus palabras. Que sean dignos de su misión y guías espirituales de las multitudes. Y sean sus palabras immaculadas como el oro y fructíferas como los granos de trigo. Su primer deber es el de respetar «el sentido» de cada palabra. Sepan que el sentido de una palabra es, en el fondo, único. Y que también en sus palabras el bálsamo del corazón dolorido, y la llave que abra la puerta de los secretos a la razón que quiere saber y conocer. Sea su obra una piedra que acreciente el templo de las generaciones. Duradera sea su palabra, como todo elemento vital, ya que el espíritu es también verbo, sustentándose con él y exteriorizándose por él. En esta fase de la evolución humana, más que en las anteriores, predomina la escritura, el libro, la palabra transmitida y difundida por la imprenta, la radio o la imagen. Y el libro puede ser criadero de todos los males o el evangelio de salvación.

No olvidemos, empero, al lector. El también debe renovarse, compenetrarse de la misión y la responsabilidad del escritor. Si no escribe, que sepa por lo menos «qué» y «cómo» debe leer. Debe elegir alimento sano, aire puro, jardín florido, hogar tranquilo para sus necesidades diarias. Así también debe ser su lectura: sana, pura, instructiva — y todo lo que pueda hacerle mejor: más justo, más libre y bienhechor en el círculo de su existencia.

La literatura en general puede cumplir con su papel y progresar por la selección esclarecida de los lectores, y no solamente de los críticos más o menos profesionales. El éxito de librería — los famosos «best seller» — han sido y son, lamentablemente, tentadores tanto para el lector como para el escritor, extraviando y engañando a los dos, en la mayoría de los casos. El verdadero escritor no «produce» para la tirada ni para el comercio de papel impreso; escribe para sí mismo, y para su amigo, su hermano desconocido. Escribir es para él lo que el recogimiento es para el creyente: empeño de realizarse y perfeccionarse a sí mismo en las necesidades y coacciones del mundo, anhelando los ideales, a los que siente siempre, como esencias vivas.

Agregamos a lo que parece una profesión de fe, esta exhortación «práctica».

Sabemos que cualquier progresión se cumple por los esfuerzos individuales, de cada uno y de todos juntos; sabemos también cuántos peligros amenazan al indi-

# CATALUÑA POPULAR

por Juan FERRER

## ANECDOTAS QUE HAY QUE SACAR DEL OLVIDO

**T**RANSCURRIA nada apacible el año 1872. Los carlistas se habían echado al monte en defensa de los derechos inquisitoriales, y disfrazados con el uniforme de los «soldados de la fe» varios bandidos saltaban de una «masía» a otra cometiendo fechorías. Uno de éstos, Carlos d'Espoia, cayó en una celada siendo entregado a una tropa carlista. Juzgados sumarísimamente el bandido y varios de sus cómplices, fueron llevados en procesión al fusiladero (emplazamiento actual de la estación ferroviaria de Igualada); mas, al pasar frente a la taberna instalada en los bajos de un caserón llamado «La Carraca», el condenado principal recabó de sus guardianes el cumplimiento de una de sus últimas voluntades: tomar una copa de aguardiente en aquella tasca de la cual, en tiempos mejores, ha-

vido aislado o perdido en la multitud; sabemos que en una sociedad amaestrada, acostumbrada con la «organización» forzosa y con el dirigismo de algunos pocos, no es suficiente solamente la incitación interior, de la conciencia personal. Así sucede en nuestros días, con tantas cosas grandes o pequeñas. Y por estas razones es menester coordinar y fortalecer el control de ese fenómeno específicamente humano que es, en su doble aspecto, escritura y lectura. Desde luego, no de un modo autoritario y absolutamente «legal». Es mucho más eficaz el control directo, persistente, del lector y del escritor independiente.

Si pensamos en lo que ha sido durante la locura bélica la censura oficial en todas las manifestaciones públicas y hasta privadas, podemos preguntarnos — sin querer estorbar en lo más mínimo las verdaderas libertades de pensamiento, de prensa y de difusión — si este auto-control ¿no será más necesario, más imprescindible ahora, cuando está por iniciarse una «nueva época» social y política? Auto-control, vale decir, revisión de la propia conciencia y del propio comportamiento, fundado en la regeneración moral, en la firmeza lúcida y activa del espíritu. Y, con relación a nuestro tema, esto significa una doble selección de parte de los lectores y de los escritores que deben vigilar y refrenar esa epidemia, insinuante e invasora a la vez, que es la literatura de guerra. Porque solamente esta literatura puede exaltar e idealizar a la guerra, en estos tiempos en que la palabra, escrita u oral, es un elemento vital y la expresión tan multiforme y seductora de la cultura universalmente humana. (1)

(1) No desconocemos las causas políticas y económicas, ni el nacionalismo, el imperialismo y las demás fuerzas agresivas que fomentan la guerra. En este capítulo nos limitamos a un solo punto de vista.

bía sido parroquiano. Conseguido su deseo, entabló el siguiente diálogo en el mostrador:

- Hoy de la más fuerte que tengas, Madrona.
- ¿Falla el ánimo, Carlos?
- No, pero tu aguardiente calienta más que una garibaldina.
- Lástima de eso, Carlos.
- Ninguna importancia. En total, que unos ladrones van a matar a otros.

Madrona la tabernera no era otra que la madre de Manuel Ars, el compañero fusilado en Montjuich en 1893, y abuela de Ramón Ars, el compañero cobardemente y atrozmente asesinado por orden del general Arlegui en una delegación de la policía de Barcelona.

\*\*

Juan Moles, peón de albañil y a mucha honra. Era un mocetón grande, desbordante de vida. De muy joven se le hallaba en todas las protestas y encabezando motines contra consumidores, curas, esquiroleros o lo que fuera. En una pelea vulgar puso en fuga a dos grandullones de su misma estampa, pero un tercero, menudo y taimado, estuvo en un tris de acuchillarlo a traición. Advertido a tiempo, Moles se deshizo a mandobles de su peligroso enemigo, el cual, tiempo a venir, cumpliría 36 años de presidio por asesinato de tres personas. Este sujeto murió en mendigo, y sangrando a quien se descuidaba un poco, según era su especialidad.

Moles pasó a Barcelona por ley de quintas. Cornetín de órdenes en el ejército, quebraba la gravedad de las ordenanzas persiguiendo perros por las calles con marciales sonidos. Luego afinó su conducta y fué anarquista de provechoso. Lo prueba que fué fusilado por el enemigo.

\*\*

En la noche del 24 de septiembre estallaba una bomba en la platea del Teatro del Liceo de Barcelona, como represalia al fusilamiento del anarquista Pallás. El guardia civil Isidro Castro fué el primero que entró en la ensangrentada platea para prestar auxilio a las víctimas del famoso atentado. Como premio a su comportamiento, la comandancia del cuerpo le concedió al número Castro un mes de permiso, que el favorecido fué a pasar a su casa, sita en un pueblo de la comarca de Graus (Huesca). Para emplear sus ocios, el guardia Castro acostumbraba a echar una partida de naipes todos los días en compañía de unos amigos de infancia. Terminado el permiso, el favorecido regresó a Barcelona para reincorporarse a su puesto. Pasadas unas semanas, Castro compró, como de costumbre, el diario, esta vez para leer una noticia que le dejó perplejo: el verdadero

autor del atentado del Liceo, Santiago Salvador, había sido detenido, y él, guardia pundonoroso, él, la primera autoridad que penetrara en el Liceo después de ocurrida la terrible explosión, había jugado a las cartas, durante treinta días, con su antiguo amigo, el terrorista Santiago Salvador, con toda la inocencia de este mundo...

\*\*

El compañero Mauro Bajatierra, madrileño cien por cien — también Salvador Seguí fué barcelonista diez por diez — tuvo el buen acuerdo de conceder colaboración para el diario confederal «Catalunya», colaboración que el firmante pasaba del castellano al catalán. Terriblemente enojado, Mauro cortó sus envíos aduciendo que la Cataluña revolucionaria era poco menos que un «bluff» y que incluso la columna de socorro iba a Madrid dirigida por Durruti, de catalana sólo tenía el nombre. El motivo de este cambio repentino era la supuesta traición de un grupo de veinte catalanes alistados en nuestras filas por quintas. Como se trataba de un puñado de reaccionarios, como tales se pasaron al enemigo, disparando, en su fuga, ocho tiros contra el confiado Mauro. Le aduje que en todas partes hay gente buena y mala sin que Castilla pueda librarse de esta ley. Le hablé del bakuninismo impulsado y desarrollado en Barcelona, del hogar libertario que siempre ha sido Barcelona; y de las gigantescas luchas sindicales sostenidas en Cataluña, anarcosindicalista siempre frente al Madrid al Bilbao y al Oviedo socialistas y ante los yermos humanos que maculaban una parte importante del panorama social español. Le recordé la filiación de los catalanes que habían acudido a Madrid a saludar por dos veces a Alfonso XIII y una a Dato, y el entusiasmo y sacrificio de los compañeros que en olvido de la Barceloneta, de las cepas del Vallés, de los pinos de la Segarra y de los avellanos de Tarragona se descrismaban en la Casa de Campo para serles gratos a la Cibeles...

Sensible como era, pobre Mauro, le faltó tiempo para darme la razón, con promesa de interceder para un feliz casamiento entre «el Colón anarquista de los barceloneses y la Cibeles libertaria de los madriles».

### CON EL FEDERALISMO METIDO EN LA SANGRE

El mérito del pueblo catalán está en haberse anticipado siempre a «sus conductores», en haber ilustrado, con su conducta y sus aspiraciones, a los preclaros intelectuales que se han puesto a su servicio. Prototipo de raigambre popular fué el ciudadano Bernat Xinxola, barricadista inveterado, siempre presto a acaudillar la rebeldía de su barrio en pos de una República de horizontes no concretos por lo ilimitados. Galardón ennoblecedor de la «chusma» lo fué el propulsor del federalismo, Abdón Terrades, cuya trayectoria prosiguiera el proudhoniano Pi y Margall. Cuentan igualmente en la pléyade de hombres representativos del alma popular, Valentin Almirall, el músico Clavé (su hermano fué otro Bernat Xinxola), el antideísta y revolucionario ferviente Francisco Suñer y Capdevila, los guerrilleros federales Xic

de la Barraqueta. Palét de Rubí, Juan Deu y muchísimos otros; pero lo interesante es insistir en que el pueblo despertó por sí mismo, que el dolor de siglos no pudo embrutecerlo, que reacciono contra el sistema de esclavitud mantenido por la Iglesia y por el capitalismo desde tiempo inmemorial pegando fuerte, puesto que la legalidad de entonces era la jornada de trece horas, el pan y el arenque, la amenaza de despido y el encierro formulario con vistas a la perdición absoluta. En el suplemento de «Tierra y Libertad», que se publicaba en tiempos de la II República hemos descrito cómo una huelga de tejedores habida en 1854 terminó con 16 hombres llevados a la cárcel y de ésta a los trabajos forzados del canal de Urgel, sin que jamás se haya tenido noticia de ellos a pesar de que la condena se reducía a dos años de castigo penal.

El impulso de los trabajadores en plan de dejar de ser esclavos los llevaba frecuentemente al abandono del trabajo por una reclamación o por una merienda, «pues no solamente deben merendar los ricos». Carros cargados de telas producidas por esquirols (1) eran implacablemente quemados y muertas sus caballerías por los huelguistas «sobrados de razón y miseria». Frecuentemente, una huelga perdida se saldaba con el asesinato del patrono que más regocijo había demostrado por la humillación sufrida por los obreros. En síntesis, la lucha social llevada «a la catalana» es nada menos que eso: el instinto de vida del pueblo que trabaja contra la cerrazón y el orgullo de los que abusan de todo sin producir nada.

Sucedió, para bien de España y del porvenir de los pueblos, que la inquietud nativa del trabajador industrial catalán fué canalizada por teóricos incipientes primero, por sociólogos certeramente orientados después. El pueblo ha sentido honda estima por Pi y Margall hasta cierto punto: el de su probidad de conducta y pensamiento, siendo indiscutible que Pi y Margall es considerado como emblema de libertad y no como hombre de gobierno, del cual nadie se acuerda. Lo magnífico del pueblo catalán es que carece de ídolos y cuando éstos han sido — por ley de circunstancias — lo fueron pastados al barro para ser pasto de la lluvia corrosiva del dictorio popular, casi siempre justificado. ¿Qué fué del «barra» Lerroux? ¿Qué de Marcelino Domingo? ¿Qué de Francisco Maciá? Flores de un día aceptadas en el jardín del deseo colectivo que no hay que confundir con el de renunciación. Y no es que haya orgullo en el alma de los obreros catalanes, sino un instinto — que viene de viejo — más o menos definido que lo impele hacia un atrevido más allá. Cuando un productor vota «izquierdas» en nuestra tierra, los po-

(1) «Esquirol, persona oriunda del pueblo de Santa María de Corcó, llamado vulgarmente El Esquirol a causa de la abundancia de ardillas albergadas en sus bosques. Varios vecinos de El Esquirol trabajaban como reientahuelgas en Manlleu, partiendo de aquí el apodo que generalmente se da en España a los obreros que traicionan a sus compañeros.

liticos hacen mal en fraguarse ilusiones, puesto que en el fondo el ciudadano de tercera clase es anarquista a contar de la Revolución Francesa. A partir de 1835 nuestro hombre de la calle no cesa de quemar templos, de faltarle al respeto al «amo», de pelearse con las autoridades, de ciscarse con la ley, a la cual considera fundadamente letra enemiga. Por eso en cada corazón obrero late un reconocimiento, vago o encendido, según cada estado síquico, hacia Anselmo Lorenzo, Prat, Tarrida del Marmol y Mella (casos de superación absoluta comparados con los casos de superación relativa de Juan Peiró, José Negre y Salvador Seguí, aunque no por ello menos estimados). Vamos a mencionar igualmente la influencia ejercida por escritores del exterior al ejemplo de Kropotkin, Bakunin, Gori, Malatesta, Fabbri, Rocker, Max Nettlau, Most, Barret, Bonafoux, Zola, Victor Hugo, barón d'Holbach, Büchner, Malato, Grave, S. Faure, Darwin, W. Morris, Gorki, Gogol y muchos otros hoy más conocidos de los españoles que en sus respectivos países de origen.

Lo fuerte, lo visible e imperecedero del trabajador catalán — sin negar la misma condición a sus compañeros peninsulares — es su valor autonómico, su personalidad consciente, su cordial desprecio a cuantos sistemas, leyes, entidades o personas opongan cortapisas más o menos descaradas a su libertad. Lo que precisa es que esta hermosura de sentimiento sea desarrollada y pulimentada constantemente por los anarquistas, por los idealistas antes que por los pirotécnicos explotadores de la revolución. El hombre del taller, la mujer de la fábrica, la gente que trabaja fuerte en el campo, en los momentos caldeados y álgidos se estiman representados por la organización obrera confederal, la que no exige sumisiones, la que ha reducido la jornada semanal de 78 horas (de noche a noche) a la más pasable de 40, la que está presente en las calles, en los lugares de trabajo, en las cárceles, en todas partes menos en el Parlamento, en las imposiciones de medallas y en los restaurantes de lujo.

Por eso en Cataluña, mayormente, ni la reacción ni el republicanismo burguesista tienen consistencia, como no lo tendrá el bolchevismo dada su característica furiosamente estatal, trituradora de voluntades. El proletariado de Cataluña será libertario y nada más, puesto que la actual y las futuras dictaduras carecen de base autóctona y no podrían mantenerse más que por la fuerza artificial suministrada desde el extranjero. Del pasado, ni hablar, puesto que lo que han perdido la religión, el capitalismo y los partidos políticos en crédito moral, es incalculable.

Generalmente hablando, sólo el acratismo acodado por el sindicalismo que se concreta en la CNT ha salido indemne del chubasco torrencial de estos últimos tiempos. No negamos capacidad reactiva en los sectores que pueden establecerse en concurrencia; lejos de nosotros tal idea. Vueltos a la tierra que nos obsesiona, los partidos reharán sus sedes respectivas e incluso sufriremos la competencia y la apetencia de entidades extranjeras con casa matriz en Moscú y Washington. Pero lo

cordial, lo animico, lo valedero, estará, como siempre, vinculado en la Confederación Nacional del Trabajo y en el acratismo, esencialmente populares.

La torpeza del liberalismo tradicional de Cataluña estuvo en no haberse sabido adaptar a la ley evolutiva de «su» pueblo, en haber permitido que el bolchevismo lo hiciera quedar atrás. El prejuicio burgués de la clase media, sabiamente explotado por la reacción roja, determinó que las colectividades populares (superación de las Germanías de Valencia) fueran atacadas con toda suerte de armas a fin de desacreditar una revolución anarquista que, de afirmarse, habría derrotado a la luz de los hechos a una dictadura del proletariado que después de 31 años de ensayos y contraensayos no puede desprenderse de la dictadura ni de la existencia de proletariado. De 1936 al 1939, el liberalismo catalán abdicó lamentablemente, negó su procedencia y su historia al convertirse en apéndice de un partido totalitario, delito que no hubiesen cometido los menos modernos Pi, Salmerón, Vallés y Ribot y Martí y Julià. Si la esencia autonomista y libertaria está en la CNT (cuya sangre y cuyo aliento radican en las multitudes trabajadoras que la nutren a centenas de miles), por ley de historia, por deber de sinceridad, la intelectualidad de izquierdas debía figurar, en 1936, al lado de Comas Solà, de Carsi y de otros valiosos elementos, en los laboratorios, en las oficinas, en las aulas en las colectividades y en todos los lugares en donde se trabajaba en positivo para el triunfo de la causa del pueblo.

Franco no triunfó por sus armas, sino merced a los espíritus desvencijados.

### LA PICARESCA

Por regla general, los derechistas de Cataluña no tienen picaresca pública por ser, sus gracias, eminentemente pornográficas, válvula de escape a las cohibiciones que la iglesia católica les impone. Para sus hijos han contribuido a la publicación del «Patufet» mientras que para ellos se reservaban las gracias lascivas del «Papitu», redactado por ex-seminaristas, falangistas militantes que actualmente comulgan a diario.

La burguesía liberal tiene su picaresca acaudillada por Llanas, Rusiñol, Gener, Burgués, etc., al extremo de que el tradicionalismo se ve obligado a echar mano de ellos cuando trata de apoderarse del tipismo popular.

De Rusiñol y Casas se cuenta — entre otras muchas anécdotas — que en una feria de montaña adquirieron una parada de loza y vidrio a los efectos de la reventa. Una mujer se les acercó para contratar una jicara ruin a quince céntimos, exigiendo ellos cincuenta pesetas. Escandalizada, la mujer se largó, oyendo como la jicara se hacia añicos a la vera de sus pies. Siguió el mercadeo con otros montañeses, y ahora un porrón, ahora una olla, todas las existencias de Rusiñol y Casas quedaron hechas trizas por desavenencia con el público. Risa cara que Rusiñol y su amigo podían pagar.

En 1915 la comisión de huelga de Curtidores visitó, entre otros, al patrono Castellort para pedirle que firmara la base de las 8 horas. Muy cortés, el visitado invitó a los comisionados a entrar en el interior de su casa, para, una vez en ella, decirles: «Ya ven ustedes: mobiliario estilo Renacimiento, algo usado, pero en buen estado. Escojan la parte que les corresponde e indiquen cual es la mía. Después iremos al tejado a repartirnos las tejas».

Hace cosa de cuarenta años que en la casa Godó y en las casas godonistas se infiltró la distinguida manía de hablar privadamente en castellano, trascendiendo al pueblo, por las ventanas, la abundancia de inevitables barbarismos. Así los niños de casa rica se llamaban **Cunitu** (Juanito), **Caimitu** (Jaimito), **Paricu** (Perico), **Roquito**, y **Tanasia** (Atanasia). A un muchacho de mi edad hijo de un joyero, le llamabamos aviesamente **Perrito Navidad** por traducción contrahecha de Pedrito Nadal. Con un mínimo de descuido, a las damas de mi tierra Gómez les resulta **Gomes** (gomos), Pérez **Peras**, López **Llòpas** y Menéndez **Manendas**. A cada uno de estos apellidos (?) antepóngaseles el título de Señor.

El fabricante de almidones Clarasó, llegado a un puerto de la China contrató mediante signos un cocnecito tirado a mano para dirigirse al hotel. Abrumado por la carga (Clarasó pesaba 105 kilos) el chinito que arreaba se reposó en mitad de una cuesta, exclamando en catalán puro, seguro de no ser comprendido: **Quant pesa aquest fill de Tuta!** («Cuanto pesa este hijo de...!»)

A los componentes del Grupo «Jóvenes Libres» la vox populi nos designaba con el denominativo de «Cóbense» etcétera; como si dijéramos: «Cúevanos Libres».

A la pubilla del mas Guixé le ocurrió un delicado percance sin que su familia lograra arrancarle el nombre del macho que le robó la honra. Interviéndolo el cura le preguntó el cómo y el quién a la cuitada. «Venga usted conmigo» — convidóle esta. Y lo llevó a las afueras. Y le rogó que se quitara pantalones y calzoncillos, y en vista de lo ya visible señaló la causa, al tiempo que de un empujón derribaba al reverendo de popa sobre unos zarzales. Ayes y juramentos más o menos eclesiásticos, interrumpidos por una pregunta de la moza: «¿Qué pinchazo le ha hecho más efecto, señor cura?» — «Ay, no sé, hija; han sido tantos y tan variados, que me dejan confundido». — «Pues lo mismo me ocurre a mí» — aseguró la muchacha pensativa.

La picaresca popular es densa, intuitiva y esperanzadora. Véanse estos versos tradicionales en el Entierro de la Sardina:

**que si avui som pobres demà serem rics;  
Carnestoltes no estiguis trist  
que els qui ara afaiten remullaràn  
i els qui remullen afaitaràn.**

A señalar: que la situación actual del pueblo español es la del Carnestoltes, presintiéndose, sin embargo, la transformación que promete la copla.

Al festero sin seso, al ciudadano que huele a prosa eterna, o a **carn d'olla** de siglos, la mordien-

te musa popular le ha reservado una de sus más gráficas quitetas antipascuales

**Tu que has fruit eixes festes — fas una fetor que empestes — puix que n'estàs enfiat; — tens la faç esgrogueïda — i el sulls et surten del cap.** (Tú que nas gozado estas fiestas nides que te las pelas por estar indigestado. Tienes el rostro amarillo y el mirar desorbitado).

1919. Hallandose mi amigo S. en el ejército, un asturiano y un madrileño le pidieron que cantara «Els Segadors». Ignorando tal cantar (que es lo que, aproximadamente, nos ocurría al 92 % de los catalanes), el amigo S. les dió satisfacción engarzando notas de su invención con unos compases del «Frou-Frou» y de «La Paula en té unes mitges», tras cuya capriciosa audición ambos solicitantes se desataron en furibundeces contra el maldito nimno separatista de los catalanes.

El comediógrafo Enrique Tubau quiso sacar una revista teatral a base de tipos populares, contándose entre ellos Carrió el gordo y Tano el transparente. Para el número de ambos Tubau dispuso un desafío a sable, dando el Tano, con demasiada frecuencia, en el vientre de su rival sin que éste, en ninguna ocasión, acertara a pinchar a Tano. Tal circunstancia hizo vociferar a Tubau que «este Carló es tan pelma que jamás dará en el blanco», a cuya inectiva el aludido replicó enojado: «¿Cómo voy a tocar a mi enemigo si está tan estrecho que apenas existe? ¿Y cómo no va a tocarme a mí si mi barriga llena medio escenario?»

Los curas lugareños rivalizaban en la celebración de angélicos cuan domingueros espectáculos consistentes en la representación de una pieza de teatro católico (a la Castidad solía representarla un feligrés del tercer sexo), en la emisión de versitos celestes y en un discurso convocatoria del sueño. Colofón a uno de estos pios actos lo puso la siguiente nota inserta en la «Oca (Hoja) Dominical de Tous»: «El éxito de la fiesta fué brillantísimo. Lástima que parte del público estuviera colocado de espaldas al escenario susurrando amor en parejas, o claqueando avellanas o masticando cacahuetes con visible desafuero».

## LA MUSICA

Sería una torpe osadía que un país cualquiera se atribuyera la exclusiva de la música bella, de esta inefable caricia de los sentidos. Ni el pueblo germánico, el más educado musicalmente, puede recabar para sí el mérito de poseer la sensibilidad más despierta. Así como hay literatos excelentes que no perciben el aliento del paisaje humano ni el de la Naturaleza, así hay músicos por educación, por preparación, incapaces de gozar las excelsitudes de la música, para ellos materia de especulación y análisis. ¡Pobres profesores en frío!

Beethoven, Wagner, Mendelssohn, Bach, Mozart, Schubert, Schumann, Liszt y Brahms no hicieron patria, sino arte y universo. Como Tárrega, Chapi, Albéniz, Granados, Falla, Morera y Pahisa. Hay, cierto, música ambiental, anímica, como hay colores infinitos, como hay belleza y armonía considerada un tono terrenal. El arte, para serlo, no puede sufrir mutilaciones. Lo que es hermoso o su-

blíme, todos los ojos, todos los oídos, todos los sentidos no pueden gozar. Ponerle ironías a la música sería un crimen ejercido contra la música misma. La obligación nuestra es extender toda la riqueza melódica que anida en el corazón del hombre a todos los espacios conocidos.

La música comienza por la canción de cuna y no acaba nunca. La «Marcha Fúnebre» de Chopin — la más fúnebre de todas las marchas — ha sido concebida para apartar despojos. Tras el arrullo de la madre, es el piar de los pájaros lo que recoge nuestra atención infantil. Luego el murmullo del bosque y el canto de los trilladores neutralizado por el viento. Influyen igualmente en nuestro ánimo el despertar del día y la tristeza del crepúsculo; y la presencia de la muchacha que nos es querida sin saber si ella nos quiere... Música son las impresiones duraderas (hoy se plasman ya en discos de cera) y las caricias de los niños. Música es, también, la posesión de ideas nobles, de sentimientos elevados.

El poeta busca en la rima la música que no puede escribir por ignorancia de las seis claves.

El cantor espontáneo da salida armonizada a las penas o a los goces aprisionados en su pecho.

El «sí» de la muchacha ambicionada equivale a una Oda musical de valor eterno para el galán favorecido.

Música lo es todo, sin que los pasodobles, los couplets, el vino, la pobreza, la ignorancia, la avaricia, la fiesta nacional, la ruindad y la estupidez permitan, a veces, que lo veamos.

Sentir la música es facilísimo compulsando los latidos de la Naturaleza y los de la humanidad en ansias de dicha. Ser filarmónico es ser bueno.

Hemos conocido en Marsella a un muchacho catalán llamado Fernando. Parecía vulgar, al extremo de que un amigo lo interpretaba «un cerdito con tirantes». Y no era verdad. Sin preparación alguna, vibraba ante un estremecimiento de los pinos, o recogiendo un aire dulce o sentimental. No se lo llevaba el ripio musicalero, y un inicio beethoveniano (nada sabía del mago de Bonn!) lo sumía en éxtasis repentino. Cuando improvisaba un aire, éste era siempre candoroso y emotivo, tanto, que su mujer, chabacana y braguetera, no lo podía resistir. ¡Podía reventar esa criatura insulsa! Pero no; reventó él, que aún estamos en la sociedad en la que los sensibles son los que llevan las de perder.

Por mi parte, ruego a cada compañero, a cada compañera, que se recobren anímicamente, que íntimamente regresen a su estado de niñez para percibir los colores, los sonidos y las sensaciones con la nitidez y la candoridad de antaño. Es así como conseguirían soslayar su desvío — los que lo sufrieren — y comprender esa riqueza de sonidos que hace dormir porque el sentido de la percepción hace años que está dormido.

—Y de la música catalana ¿qué? — preguntáis. Pues que ella está mezclada en la sinfonía universal del Arte, como una cromática más, como un sol anaranjado entre miriadas de soles tan hermosos como él. Afortunadamente, el Arte es más anarquista que los hombres.

## LA LITERATURA

Nuestra literatura antigua es cansina y fastidiosa, salvo rarísimos casos. Historia entretrejida de leyendas, con guerreros que rajan y santas que vuelan. Hay versitos épicos dignos de su época, leibles hoy en día por curiosidad.

El libro catalán fué privativo de los benedictinos y las publicaciones pasto de curas fracasados. La prosa y el verso catalanes sufrieron largo vasallaje, vil entrega a feudales y frailes traqueros. Las crónicas laudatorias del señorío son incontables y las cantatas al poder celestial innúmeras y fastidiosas. El pueblo, siempre desecado, permaneció hundido en la ignorancia y en el envilecimiento hasta que el aldabonazo de la Revolución Francesa rompió el cristal de su milenaria somnolencia. El primer sindicalista catalán se descubrió atentando contra la vida de su amo. He aquí el primer libro escrito por la Confederación Nacional del Trabajo con la sangre de un pertinaz, de unos pertinaces amigos de la esclavitud. El triste vasallo, con la lejana revuelta de los romances, tuvo su primer conato de espartaquismo. Pero la espada y la horca dominantes acallaron y la sangre fué olvidada. Y las generaciones de esclavos volvieron a nacer y a perecer en el más desesperante de los olvidos.

Quisiéramos ver un libro antiguo que se ocupara de la causa de los oprimidos. No lo hay, o no se ha divulgado. Entelequias de sabios, o sabios en potencia, han producido letra para su blasón, para su casta, para su peculio. Falto de alimento espiritual, condenado a sufrimiento perpetuo, el paria catalán, al abrir los ojos, no podía ser otra cosa que CNT.

Los Gremios artesanales fueron notables por el espíritu de independencia manifestado ante la nobleza. Pero en los Gremios artesanales no cabía la **púrria**, la **pobrissalla**.

Cuando los literatos libres aparecieron, ya el sindicalismo revolucionario estaba en pie; incipientemente, pero ferozmente en pie. A un presidente de Tintoreros lo estranguló la autoridad en Barcelona en 1850 acusado indignamente de acaudillar una pandilla de bandidos del ramo cortapechos. Mentira sangrienta que aún se repite en nuestros días y que volveremos a replicar.

Hay que descubrirse ante el monumento literario de libertad e irreligión erigido por los Benot, Sunyer Capdevila, Pi y Margall, Clavè, Salmerón y otros, que tanto contribuyeron en el siglo pasado a levantar el espíritu y la inteligencia de los oprimidos. Aprovechable, lo es en todo o en parte la obra teatral de los Rusiñol, Iglesias, Pous y Pagés, Guimerá, Cortiella y pocos más. La obra anticlerical en sátira también ha sido provechosa. Pero cuando los republicanos se decidieron a escribir en catalán, los católicos ya habían atraído la indiferencia de los obreros a causa de lo mucho que en catalán se había escrito en pro de la rutina y contra el Progreso.

**La sardana es la dansa més bella...**

Verso que atribuimos por error a Guimerá siendo de Maragall.



- Sola Canizares, F.* — «El Moviment revolucionari a Catalunya». Barc. C.
- Souchy, A.* — «Colectivizaciones». Barc. ETYL.
- Sorre M. y Sion, J.* — «Trabajos geográficos». Paris. Colin.
- Thoryo, J.* — «La independencia de España». ETYL. «Joaquin Costa», precursor de la revolución española». Barc. Tim.
- Torrent, Jean.* — «La presse catalane depuis 1641». Barc. APP.
- Trend, J. B.* — «The origins of modern Spain». Cambridge. UP.
- Treves y Ayala.* — «Una doble experiencia política». Méx. Col.
- Trotsky, L.* — «Leçons d'Espagne». Par. Pio.
- Unamuno, M.* — «Ensayos»: tomo III, «La cuestión vasca», IV, «La crisis actual del patriotismo español»; VI, «El individualismo español»; VII, «Más sobre la crisis del patriotismo».
- Urales, F.* — «La evolución de la filosofía en España». Barc. R. B.
- Vilar, P.* — «Espagne et Catalogne», (inédito), «Histoire d'Espagne».
- Villar, M.* — «El anarquismo en la revolución de Asturias».
- William C. Askem.* — «Italian intervention in Spain».
- Xifuguera, R.* — «La represión contra los obreros de Cataluña». Paris.
- Zulueta, Luis.* — «Ideario Español». Mad. Nue.

triunfa entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, era viable para su momento, como también pudo haberlo sido la anterior del «poder revolucionario», de contar con la cooperación y el apoyo de los militantes de todas las grandes tendencias revolucionarias.

Pero el stalinismo ruso hizo imposible la perduración de esta revolución social española que muchos observadores reputaron más prometedor que la misma Revolución Rusa de 1917.

Desde noviembre contribuyeron eficazmente a la defensa de Madrid voluntarios extranjeros, en buena parte reclutados por los partidos comunistas europeos. México primero, y después la URSS contribuyeron con armamentos y técnicos a contrarrestar las ofensivas militares fascistas, mientras las «democracias occidentales» paralizadas por la quinta columna y el quinglismo, que aflorarían públicamente pocos meses más tarde, declaraban la «no-intervención». Dependiendo entonces militarmente de la ayuda rusa la República española debió aceptar progresivamente sus dictados políticos. A fines de 1936 José Stalin se dirige por carta a Largo Caballero definiendo una política interna para España que significa el abandono de las conquistas revolucionarias, auspiciando a la mediana y pequeña burguesía, los inversores extranjeros y los partidos republicanos que los representan.

Este programa termidoriano, cuya propaganda y defensa ocupará al partido comunista español, lleva al confuso episodio de mayo de 1937 en que se combate en la retaguardia republicana, incluso con barricadas. Millares de militantes revolucionarios son asesinados o desaparecen, mientras cae el gabinete Largo Caballero, sustituido por líderes socialistas de derechas aliados con el comunismo. El nuevo gobierno utiliza la fuerza pública para asegurarse el control de la UGT y del PSOE, hace un proceso al POUM y crea un aparato represivo para destruir la obra revolucionaria.

El gobierno republicano, ahora revitalizado por el aporte de los sectores moderados o anti-revolucionarios, se orienta en el sentido de anular las libertades locales de vascos y catalanes, los poderes proletarios revolucionarios, y controlar la opinión pública de la retaguardia. En España se ensaya la fórmula de las «democracias populares» de Europa Oriental en la reciente post-guerra.

La guerra por «la defensa nacional frente a la agresión extranjera», es ahora la divisa de las fuerzas políticas dominantes.

Estas soluciones fueron impuestas sobre la base de una

incontrastable fuerza militar superior en mandos de los efectivos oficialistas, aunque reducidos mejor armados y municionados. También influyó la desesperación de muchos antifascistas que, ante el avance constante de las fuerzas fascistas, estaban dispuestos a aceptar un «gobierno fuerte», de tipo jacobino, que organizara fuertemente el país y fuese capaz de dar triunfal batalla a la agresión italo-alemana.

Los acontecimientos de la historia militar muestran que en España «se ensayó» la guerra total, que caracterizaría la contienda mundial de 1939-1945. La Luftwaffe alemana utiliza la localidad vasca de Guernica como «banco de ensayo» de sus nuevos aviones Stukas; la población de Madrid resiste la guerra psicológica como pocos meses más tarde hará Londres; la batalla de Bilbao es «una batalla de material» y en el episodio de Brunete luchan 100.000 hombres, alcanzando las bajas aproximadamente a 30.000.

La más reciente documentación permite comprobar que la Legión Cóndor (alemana), tenía órdenes de Hitler de bombardear Marsella y Burdeos desde sus bases españolas de iniciarse la guerra mundial antes de marzo de 1939. Los franceses — que muy tardíamente comprendieron la gravedad que estos hechos tenían para su misma seguridad — proveyeron material de guerra para la batalla del Ebro a fines del 38, e Inglaterra obtuvo de Italia el retiro de su flota de submarinos piratas en la costa española republicana.

Mussolini esperará el triunfo de Franco para iniciar su invasión de Albania y Hitler para entrar en Praga.

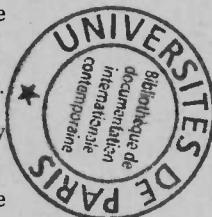
Es comprensible entonces que los españoles republicanos procuraran resistir hasta lo último en la esperanza de empalmar su guerra civil con la guerra mundial antifascista que se sabía inminente. Pero como la guerra española significaba, aparte de ser un episodio de la lucha antifascista, una auténtica revolución social, los dirigentes de la burguesía occidental dejaron desangrar a España en 1936-1939 y después en 1945 no tomaron efectivas medidas para devolverle su libertad.

Vencedor el fascismo en España realizó una de las represiones de «terror blanco» más sangrientas que se conocen en la historia, y que dura hasta nuestros días. Unos 300.000 españoles republicanos debieron exilarse en Francia, y entre ellos destacados intelectuales, los profesores de las Universidades, científicos, técnicos, en una palabra, los estratos ocupacionales más valiosos del país.

España — derrotada una vez más en su esperanza revolucionaria — vuelve a caer en un régimen medioeval, in-

- Peirats, J.* — «La C.N.T. en la Revolución española».
- Pérez, N.* — «La constitución española». Madrid. Re.
- Pestana, A.* — «Sindicalismo», «¿Debe disolverse el partido sindicalista?»
- Picard-Moch.* — «L'Espagne républicaine». Par. Rie.
- Peiró, J.* — «De la fábrica de vidrio de Mataró al ministerio de Industria», «Perill a la retaguardia». Mataró. Lib.
- Pla, J.* — «Historia de la segunda República». Barc. Des.
- Pou B. y Magrñá.* — «Un año de conspiración».
- Prat de la Riba.* — «Doctrina Popular y la nacionalidad catalana». Barcelona.
- Posada, Adolfo.* — «La crisis del Estado y el derecho político». Madrid. — «La nouvelle constitution espagnole». Paris.
- Pi y Margall.* — «Las nacionalidades». Bs. Amer. — «La reacción y la revolución». Madrid.
- Prats, Alardo.* — «La Generalidad de Cataluña en el banquillo». Madrid. — «Vanguardia y retaguardia de Aragón». Montev.
- Portela, Arturo.* — «En las trincheras de España». Cádiz. Cer.
- Prieto, H.* — «El anarquismo en la política». Paris. — «Marxismo y socialismo». Paris.
- Prieto, I.* — «Cómo y por qué salí del ministerio de Defensa». México.
- Primo de Rivera, J. A.* — «Obras completas». Madrid.
- Rabassaire, H.* — «Espagne, creuset politique». Par. Fus.
- Ramos Oliveira, A.* — «La revolución española de octubre».
- Renouard, Y.* — «La notion de génération en histoire». Paris.
- Ribard, A.* — «L'Espagne». Par.
- Rieger, Max.* — «Espionage en Espagne». Par. Den.
- Risco, V.* — «El problema político de Galicia». Par. Den.
- Rojo, V.* — «España heroica». Bs. As. Amer.
- Romanones.* — «El ejército y la política». Madrid.
- Rotvándg.* — «L'Espagne reste y restera espagnole».
- Rovira y Virgili, A.* — «El nacionalismo catalán». Bar. Min. — «Catalunya i la República». Barc. Cat.
- Rocker, R.* — «Nacionalismo y cultura». Bs. As. Im. — «El socialismo y el Estado». Paris. «Soli».
- Royo Villanova.* — «La descentralización y el regionalismo en España». Zar. Re. Nac.
- Ruiz Vilaplana.* — «Sous la foi du serment» («Doy fe»). Paris. Flo.
- Sánchez Albornoz, C.* — «Orígenes del feudalismo». Mend. «España y el Islam». Bs. As. Em.
- Sánchez Agesta, L.* — «En torno al concepto de España». Madrid. At.
- Santillán, D. A.* — «Por qué perdimos la guerra». Bs. As. Im. — «La revolución y la guerra en España».
- Sarrailh.* — «El problema español», Cahiers du Cercle Descartes. 4. Par.
- Serrano Serrano.* — «El fuero del trabajo». Vall.
- Serrano Suñer, R.* — «Entre Hendaya y Gibraltar». Madrid. Pub.
- Sieberer.* — «Espagne contre Espagne». Genève. Jeh.
- Schulz-Wilmersdorf, B. A.* — «Spanien: Politiken und generale». Berlin. H.
- Soto de Cangoti, J.* — «Relaciones de la Iglesia católica y el Estado español». Madrid.

López Silveira. — «Las guerrillas en España». Montevideo. P.U.  
 Lorenzo, Anselmo. — «El proletariado militante». Méx. Vértice.  
 Llorente, Aniceto. — «El federalismo integral». Tortosa. Marelus.  
 Madariaga, Salvador de. — «España. Ensayo de historia contemporánea». Bs. As. — «Anglais, Français, Espagnols. Gallimard.  
 Madrid, Francisco. — «Constitución Agraria de España», «Las últimas horas de Francisco Layret», Bs. As. — «Companys de Ossorio y Gallardo». Bs. As. Losada.  
 Malaparte. — «Primo de Rivera y Pilsudski».   
 Marañón, G. — «Liberalismo y comunismo». O.Y.P.R.E. Montevideo.  
 Marcotte, V. A. — «L'Espagne nationale syndicaliste». Bruselas.  
 Marion J. Newbiggin. — «Europa del sur», «Geografía económica y regional de los países del Mediterráneo». Barc. Omega.  
 Martín Echevarría. — «Geografía de España». Barc. Labor.  
 Marty, A. — «Douze mois sublimes», «En Espagne on se joue le destin de la liberté et de la paix», «L'Espagne, bastion avancé». Paris.  
 Malraux, A. — «L'espoir». Paris. NRF.  
 Marvaud, A. — «L'Espagne au XX siècle», «La question sociale en Espagne. Paris. Alcan.  
 Maurice Legendre. — «Nouvelle histoire d'Espagne». Paris. Hachette.  
 Maurin. — «Révolution et contre-révolution en Espagne». Paris. Rieder.  
 Mella, R. — «Obras completas». Gijón. La Victoria.  
 Méndez Calzada, Luis. — «Joaquín Costa, precursor doctrinario de la República española». Bs. As. PHAC.  
 Menéndez y Pelayo, Marcelino. — «Historia de los heterodoxos españoles. Mad. Maroto.  
 Menéndez y Pidal. — «La España del Cid». Espasa Bs. As.  
 Miratvilles, J. — «Crítica del 6 de octubre».   
 Mirkine-Guetzevitch. — «L'Espagne». Paris. Delgrave.  
 Mola, Emilio. — «El pasado, Azaña, el porvenir». Madrid. Bergua.  
 Montseny, F. — «Mi experiencia en el ministerio de Sanidad».   
 Nettlau, Max. — «M. Bakunin, la Internacional y la alianza en España», Bs. As. — «La protesta». «Documentos inéditos sobre la Internacional y la alianza en España». Idem. — «Socialismo autoritario y socialismo libertario»  
 Nin, A. — «Les problèmes de la révolution espagnole».   
 Oñate Pico, J. — «El POUM y la colectivización». Barc.  
 Orobón Fernández. — «La C.N.T. y la revolución». Mad. Liberta-rias.  
 Ortega y Gasset. — «Meditaciones del Quijote», «Vieja y nueva política», «España invertebrada», «La rebelión de las masas».   
 Orwell, George. — «Omaggio alla Catlogna».   
 Otero Pedrayo, R. — « Historia de la cultura gallega » Bs. As. Emecé.  
 Oyazun. . . «Del manifiesto del pretendiente Alfonso Carlos».   
 Pabón, J. — «Cambó», Mad. Alf.  
 Pabón y Lessafre. — «Le problème national de la Catalogne et sa solution par le statut de 1932. Mont. Ma-LA.  
 Palacios Solano. — «Revolución de octubre» .  
 Pascacio. — «Analisi della Spagna». Roma.  
 Paris Eguilez, H. — «El Estado y la economía». Madrid. Fe.



creiblemente arcaico, entregada a la Iglesia, explotada por el latifundismo ausentista y rutinario, y gobernada en forma dictatorial por los militares profesionales.

Así el problema español sigue en pie, y espera — como en 1808 y en 1930 — ser resuelto.

Referencia bibliográfica sobre la Historia de España que el profesor Carlos M. Rama nos ofrece en su interesante libro: « La crisis española del siglo XX », (de reciente aparición)

Aguado, Emiliano. — «Ramiro Ledesma en la crisis de España». Madrid. (Programa de la JONS).  
 Aguirre, J. A. — «Entre la libertad y la revolución». Bilb. Verd.  
 Alamo, Juan del. — «Gibraltar ante la historia de España». Madrid, S. O.  
 Albornoz, Alvaro de. — «El gobierno de los caudillos militares». Madrid.  
 Alcalá Zamora. — «Régimen político y de convivencia en España».   
 Altamira, R. — «Historia de España». Bs. As. Suda. «Historia de la propiedad comunal», «Los elementos de la civilización y del carácter español». Bs. As. Los., «Sicología del pueblo español». Barc. Miner., «Problemas urgentes de la enseñanza». Madrid.  
 Ansaldo, Juan A. — «¿Para qué?». Bs. As.  
 Aranzadi. — «Índice progresivo de legislación de los años 30 a 49. Pamp.  
 Araquistain. — «España ante la idea sociológica del Estado». Paris.  
 Aristimano, J. de. — «La democracia en Euzkadi». Bs. As. Ek.  
 Asensio, José. — « La rebelión militar y el pueblo en armas », «Nuestra España».   
 A. V. . . «Lessons of the spanish revolution». Londres.  
 Ayala, F. — «Ensayo sobre liberalismo». México.  
 Azaña, Manuel. — «La velada de Benicarló». Bs. As. Los., «Mi rebelión en Barcelona». Mad. Calp., «En el Poder y en la oposición». Bs. As. Esp. Calp., «Discursos en campo abierto». Madrid. E. C.  
 Barea, Arturo. — «La ruta». Bs. As. Los. «La forja de un rebelde».   
 Barthe, Andrés. — «Las grandes propiedades rústicas en España». Madrid.  
 Benavides, M. — «La escuadra la mandan los cabos».   
 Baneito Pérez, Juan. «El nuevo Estado esañol». Cádiz, Bib.  
 Bernardo de Quirós, Carlos. — «El espartaquismo agrario andaluz». Madrid.  
 Bernanos, G. — «Les grands cimetières sous la lune». Paris. Plon.  
 Berneri, Camilo. . . «Entre la revolución y las trincheras». Paris.  
 Bloch, J. R. — «Espagne, Espagne». Paris.  
 Borkenau, Franz. — «The spanish cocpit. Londres.  
 Bosch Gimpera, P. — «La formación de los pueblos de España». Méx. Imp. Univ.  
 Braslach y Baedeché. — «Histoire de la guerre d'Espagne. Paris. Plon.

- Bravo Martínez, F.** — «Historia de la Falange Española y de la JONS». Mad.
- Buenacasa, Manuel.** — «El Movimiento obrero español». Barcelona. Costa. «La C.N.T., los treinta y la F.A.I.». Barcelona. Alfa.
- Canó, Francisco.** — «Discursos parlamentarios». Barcelona.
- Camp, A.** — «L'Espagne libre».
- Canals, Salvador.** — «Los sucesos de España en 1909». Mad. Alem.
- Capdequí, Ots.** — «Estudios de historia del Derecho español en las Indias». Bogotá.
- Carrión, Pascual.** — «Los latifundios en España». Mad. G. R.
- Castro, Américo.** — «España en su historia». Bs. Ae. Losada.
- Civera, Marín.** — «El sindicalismo». Valencia. P. Qu.
- Codovila, V.** — «Pepe Díaz, líder de la era stalinista». Montevideo.
- Comes, Simone.** — «L'organisation corporative de l'industrie en Espagne». Paris. Chapny.
- Costa, J.** — «El colectivismo agrario en España», «Oligarquía y caciquismo». Mad. Fortanet.
- Chalmers, sir Peter.** — «My house in Málaga». Londres.
- D'Ascoli, Carlos.** — «La constitución española de 1931». Paris. Bossuet.
- D'Atoll, duquesa.** — «Projecteurs sur l'Espagne». Paris. Cancel.
- Davy, G.** — «Eléments de sociologie». Paris. Vrin.
- Del Arco y Gary, Ricardo.** — «La idea del imperio en la política y la literatura esp.». Mad. Esp. Calp.
- Díaz del Corral.** — «El liberalismo español». Mad., Ins. Est. Pol.
- Díaz de la Moral, Juan.** — «Historia de las agitaciones campesinas andaluzas». Mad.
- Díaz, José.** — «Tres años de lucha».
- Dimitrof.** — «Deux années de luttes heroïques du peuple espagnol». Paris.
- Bolléans, Ed.** — «Histoire du Mouvement ouvrier».
- Domingo, Marcelino.** — «La revolución de octubre». Mad.
- Dos Passos, John.** — «Hombre joven a la deriva». Bs. As. Suda.
- Elorduy, Eleuterio.** — «La idea del imperio en el pensamiento español». Mad. Esp. Calp.
- Fabri L.** — «Dictadura y revolución». Barc. ETYL. «Gli anarchici e la rivoluzione spagnuola». Ginebra.
- Fernández Almagro, Melchor.** — «Historia del reinado de Alfonso XIII». Barc., «Histoire de la revolution nationale espagnole». Paris.
- Fernández Cuevas, Valentin.** — «La gesta del Alto de León». Madris. P. E.
- Ferrándiz Alborz.** — «La bestia contra España». Montevideo.
- Fischer, Luis.** — «La guerre en Espagne». Paris. Etoile.
- Florence, Yves.** — «Mes Espagnes». Paris. Gallimard.
- From Zrich.** — «El miedo de la libertad». Bs. As.
- Friedel, V. H.** — «Traitement des instituteurs et des institutrices à l'étranger». Paris. Imp. Nationale.
- Galíndez, J. de.** — «El derecho vasco».
- Ganivet, P.** «Epistolario», «Ideario», «Tempête sur l'Espagne».
- García Morente, J.** — «Mi gestión al frente del ministerio de Justicia».
- García Veronom.** — «Historia del nacionalismo vasco». Bs. As.

- Ekin.** «La aportación vasca al Derecho internacional». Idem.
- Gerald Brenan.** — «The spanish labyrinth», «An account of de social and political background of civil war». Cambridge. University Press. «The face of Spain». Londres. Tunstitle.
- Giménez Solar, A.** — «La Edad Media en la corona de Aragón». Barc. Labor.
- Giner de los Rios, F.** — «Estudios jurídicos y políticos». Madrid. Suárez.
- Galonet y Morales.** — «Rojo y azul en Granada». Granada. Prie.
- Gonzalo de Reparaz.** — «La constitución natural de España». Barcelona. «Política española en Africa». Barc. Mentora. «Diario de Cortes. «La tragedia ibérica». Bs. As. Ipeán.
- Gorkin, J.** — «Canibales políticos».
- Granados, Martano.** — «España y las Españas». Méx. Almendros.
- Gromponz, A. M.** — «Filosofía de las revoluciones sociales». Montevideo.
- Gueil, Bertrand.** — «Caudillos, profetas y soldados». Barc. Juventud.
- Guillaume, J.** — «L'Internationale». Paris. Stch.
- Guzmán, Ed. de.** — «Madrid rojo y negro». Barc. ETYL.
- Hernández, J.** — «Yo fui ministro de Stalin». Méx. «Le développement de la révolution démocratique en Espagne».
- Hernández y Fernández, J.** — «Cómo se vive en los pequeños pueblos». Guadiz.
- Iberruri, D.** — «Articles et discours». Paris. E.S.
- Ins. Nac. de Estadística.** — «El trabajo y la acción social en España». «Constitución agraria de España». (Decreto de expropiación de 15-9-32).
- Jackson, Gabrie.** — «Joaquin Costa et les problèmes de l'Espagne moderne». Toulouse (inédito).
- Jellinek.** — «L'Etat moderne et son droit». Paris. Giard. «Traité de science politique». Paris. L. G. D. J.
- Jiménez Asúa, Luis.** — «Espagne». Paris. Delagrave. — «Proceso histórico de la constitución de la República». Mad.
- Joaquín Sánchez de Toca.** — «Regionalismo, municipalismo y centralización». Madrid.
- Jobit, Perre.** — «Les éducateurs de l'Espagne». Paris. Bocard.
- Jover.** — «Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea. Madrid. Ateneo.
- Jupin, René.** — «La question agraire en Andalousie». Paris.
- Kästler, A.** — «Testament espagnol». Paris. N.F.
- Klein, Julio.** — «La meseta». Madrid.
- Kaminki, H. E.** — «Ceux de Barcelone», Paris. Denoel.
- Karl Marx.** — «La révolution espagnole. Paris. Costes, t. VIII «Oeuvres politiques». 1924-1939.
- Krvitsky.** — «Yo fui jefe del servicio secreto militar soviético». Mad.
- Labrousse, Roger.** — «Essai sur la philosophie politique de l'ancienne Espagne». Paris. Sirey.
- Largo Caballero.** — «Discursos a los trabajadores. Mad. Graf. — «La U.G.T. y la guerra».
- Last, Jef.** — «Lettres d'Espagne». Paris. Gallimard.
- Lerroux A.** — «La pequeña historia». Bs. As. Cimera.
- Leval, G.** — «Ni Franco ni Stalin». Milán.
- López, J.** — «Seis meses en el ministerio de comercio».

# El pensamiento vivo de Han Ryner

Los ídolos principales de la actualidad son: en algunos países, el rey o el emperador; en otros, no sé qué fraude denominado voluntad del pueblo; y por todas partes, el orden, el partido político, la religión, la patria, la raza y el color; sin olvidar a la opinión pública con sus mil nombres, desde el más enfático llamado honor, hasta el más trivialmente bajo del qué dirán.

★

El color blanco es un ídolo peligroso que ha hecho de África un infierno, que ha destruido a los indios de América y que hace linchar a los negros.

★

Cuando el color blanco exige un crimen, llaman a ese crimen una necesidad de la civilización y del progreso.

★

Cuando la raza se alía con la religión es un ídolo de los más peligrosos.

★

Hoy el ídolo más exigente y más universalmente respetado es la patria.

★

Las exigencias particulares de la patria son el servicio militar y la guerra.

★

El individualismo no es la moral absoluta; es solamente el más fuerte método moral que conocemos, la más inexpugnable ciudadela de la virtud y de la felicidad.

★

Hay hombres a quien la austeridad aparente del individualismo inevitablemente asusta; éstos deben escoger otro método moral.

★

Si luego de un ensayo leal de individualismo se siente uno infeliz, presumiendo que uno no ha encontrado su verdadero refugio, y dice me compadezco o compadezco a los otros,, debe dejar el individualismo.

★

De lo contrario, este método demasiado fuerte para nuestra debilidad, nos conduciría al egoísmo y al descorazonamiento.

★

Si se es demasiado débil para compenetrarse con el método individualista, deberá seguir al método altruista, al del amor o al de la piedad.

★

Todo ser moral respeta la vida de los otros hombres y ningún ser moral se preocupa de ganar riquezas materiales.

Yo pongo orden en mis pensamientos, para que el lector o el auditor puedan seguirme, pero no para que deban seguirme.

★

Yo trazo una ruta, pero hay ya otras rutas y se pueden construir hasta el infinito; quien por un momento haya penetrado en mi camino, no está obligado a seguirlo hasta el fin.

★

Siempre es prudente de tener los ojos abiertos, aun cuando se me da la mano.

★

La sabiduría es la risa.

★

El «Conócete a ti mismo» es bien anterior a Sócrates, que lo encontró esculpido en el frontispicio de algunos templos; pero nadie parece haberle dado antes que él toda la riqueza de su significación, toda su fuerza negadora y liberadora: «No te preocupes por los otros conocimientos».

★

La ciencia y la libertad son las dos grandes aspiraciones humanas.

★

Buscar en la metafísica la regla de la vida es pedir al espejismo el agua de que se está sediento.

★

Dios, yo no estoy seguro de tu existencia y, si tú eres, yo no sé lo que eres ni lo que quieres; pero ¿por qué tus intérpretes habrían de saber más que yo?

★

Obedecer es siempre fealdad y cobardía; que retrocedan, pues, las morales esclavistas y todos los servilismos.

★

La meditación valiente debe expulsar a todas las doctrinas de establo.

★

El servilismo no tiene ninguna justificación ante el sabio que no padece la cobardía de inclinarse ante los amos.

★

Amor y Sabiduría, fraternismo y subjetivismo; o si queréis nombres antiguos, cristianismo y estoicismo; o si os gustan mejor nombres de hombres, Jesús y Epicteto.

★

Jesús como Epicteto quieren que sea libre, independiente, despreciando los bienes exteriores y a los que los adoran, césares o ricos, con su turba lacayuna de sacerdotes, jueces, soldados, doctores, oradores y poetas.

Expulsa de tí las palabras extrañas; que enmudezcan en tu seno las afirmaciones de los partidos, las religiones positivas o los pensamientos de rebaño; que en tí callen la voz de tu país o de tu siglo, pues todo eso no eres tú.

★

Evádate de la prisión del hoy y de la prisión del aquí; pero no te encierres en ninguna patria de elección; tú no tienes más patria que tú mismo.

★

Considerate en el aspecto de la eternidad, al margen de toda época y fuera de todo lugar.

★

Lib raros del frío de las cosas si queréis con un amor verdadero amar el calor de los corazones; cuando todo eso que el vulgo llama bienes os sea indiferente, venid a decirme que me amáis y os creeré.

★

A veces tengo la impresión de crear el camino que yo sigo, entre los arbustos espinosos y floridos del bosque que asciende; pero a menudo siento que otros hombres ya pasaron por allí y, en los troncos de los árboles, veo luego nombres grabados: Sócrates, Aristipo, Epicuro, Diógenes, Zenón y Epicteto.

★

Para subir hacia su propia luz, todo amigo de la sabiduría abre un sendero de zarzales y corolas que se obstruye detrás de cada andariego, y que sin embargo es el más glorioso de los caminos históricos.

★

Sólo se aprende de uno mismo y de las circunstancias de la propia vida: la experiencia directa es la verdadera educadora.

★

La felicidad del prójimo no puede ser obra de la violencia; por mucho que mi voz grite, no hará el prodigio de que los otros escuchen su voz interior.

★

Movido por la esperanza y la alegría de ayudar a los que quieren buscarse a si mismos, me prometo de no injuriar con el absurdo pretexto de convencer al prójimo.

★

A mi alrededor apercibo las sonrisas heroicas de Zenón, Cleanto y Epicteto.

★

Nuestro esfuerzo útil es siempre interior y subjetivo.

★

Recomiendo a los hombres de buena voluntad la lectura asidua del «Manual de Epicteto», pues en él, mejor que en otros sitios, se encuentra la respuesta a nuestras inquietudes y a nuestras dudas.

★

La verdad, nube múltiple con las metamorfosis del capricho, el dogmático la ve como un sistema de bloques que sus manos pueden agarrar.

En no importa qué siglo o en no importa qué región vive el sabio, parece que siempre el perfume de la sabiduría emane de él.

★

Depende del manantial dar el agua que vivifica; lo que de ella hacen los hombres del llano ya no es de su incumbencia.

★

La moneda produce más males por si sola que todos los torrentes que bajan de las montañas.

★

La muerte no puede cambiar el carácter de las cosas que hemos hecho en vida.

★

Yo no soy de los que se descubren ante los ataúdes.

★

Cuando hablo es para expresar mi pensamiento, no para atraer o evitar una respuesta.

★

No te preocupes del pensamiento de «dos otros», pues las opiniones comunes son la justificación ridícula de los movimientos del rebaño.

★

Un trabajo decente nunca se llama una carrera.

★

Las necesidades físicas solamente pueden ser satisfechas mediante un trabajo manual; ninguna obra intelectual producirá un grano de trigo.

Selección W. Muñoz

El Chipote (Chipote, en México, chichón). — ¿Me cedés una aparcería, ¿jemes de sembradura a tu lado, Chimueta, mi mariachi? ¿Guá que sí? Te pago con media gordita (tacuelo) caliente.

La Chimueta (mellada del buz). — No hago tianguis (mercado) con lo que no es mío. ¡Chipote, chipotle o cipote! ¡Chipotudo! Ahí tienes tu campico gratis, tu milpa. La Tierra es de Campsa géntibus. Chucho el roto nos abandonó gentil a la pobraína los muladares en Belén.

Chip. . . No seas vaquiburra. ¿También te emboquillaron a ti como toficos (caramelos) el pacaje de postas eclesiástico? Las virgenes coronadas, resplandecientes de muselinas no paren en pesebres. En la establiza no hay más que deposiciones de pollinos; bollos y buñolería, en que mi los alados de canalera acuden al picotón, como hacen con los del libre tránsito de la itineraria.

Chim. — Al respectivo de piquetes y el Picón. Diez agujas de radio me hurgonean a mi ahoritita en cada uña ociosa.

Chip. — Pues acciónalas. Cláveselas en los ojos al 1er. banquero de la banquetta, con quien no hagas pachoca. Nos asesina esta noche puñalera. Ni con acondicionamiento de colillas se puede contar. Por hambre, los fumadores se las embañan, después de mascarlas como chicle. El dalle de la luna afeitada. Si quisiera un alma de Dios sacarme charol a los dientes con un beso de trompita...

Chim. — ¿Retortijoteano; no, cariño? Impelente-repelente y, ripollenese o propulsional a chorro? Pero ¡para bombar ciénagas petro químicas estamos, hijo de Santa María y su ribera! ¡Y para extemporáneos leperales escalientos! ¡Con un recuelo o cazabe que se cena!

Chip. — ¿No le echaste las galgas a algún 4 de conejo, a algún alerón de zopilote de los restauramientos del «86»? ¿Ni raspa de saráneta se apio-la, mi estufa?

Chim. — Nj clavo. Negra como obsidiana perspiro. El pinche de coquis, con quien en mutuidad nos socorremos, me hizo moros; se picureó, se peló, el muy guaje. Me ha hecho el salto con la Musquí, una oji-hendida arrastrada, con un belfo como un samovar. Pero, en esa chocolatera, capota el bizcocho a nubes. Además, los restoranes chiquis, no chancas, venden las sobras de los menús para perros-policías de bodega a los almaceneros; y para engorde del cerdocio a la escasa ceba de viudonas desesperadas.

Chip. — El cristo desnudo del callejerto en cruz, cada día se vuelve más criminal. Es muy democrata: predica, pero no se suda.

# PELADANES

Retando al nuevo ángel de la noche de invierno, en un quicio del Portal de Mercaderes

Chim. — Desde que mal naci, me apedrea hereje esa guña. Nado ahogada, a medio sobreaguar, en el chapopote edilicio. Me revuelven las madres del vinagre los alguacilazgos.

Chip. — Se comprende. El patear loseta no es ningún servicio descentralizado, con que te puedas caramelar el pringue, como en los que por ahí nos lo ahúman. ¿Qué le pareciera a la mitra, si los sin un tostón, le diésemos el idem de centralizarnos y hacer pella para ir a la bola, y de una vez y para siempre desaterirnos y desentelerirnos? Ahora mismo me puedo alquilar para refrige. ¿Quién presta presión y calorías a mi desolada paila, vacuoma de desenfriol? ¿Quién nos vitamina, san Hacedor del boño?

Chim. — ¿Qué atropellaplato y eufemio está el amanecer! Va a la cargada volado, como un Flecha Roja. Hacen sus llantas al peatón pastis. Nos brega a cadenasos.

Chip. — En una «suite» del hotel Emperador no chirimian así los sangrones que lo hediondan. ¿No se ha de parchar y desponchar uno, si lo hemorroída la ruta?

Chim. — Pero, si aun no dan en el los gines las perladas 3 matuteras. Y ya viene la requincalla de pelliz, tocando a misa. Oye, tú. No te propases con peladeces. Te desintegras; o de un punteón, te mando al atío de la Confesa, con las beatas de la limosna.

Chip. — No te me enjaguares, cunaguara. Es que en la sobretarde, me colé por el techo en un cine de las colonias prolezoarias, y me he cosido de pulgas, que no me dejan tartir.

Chim. — ¿Pulgoncico trajelas, mi amor? Estarán de piata los púlulos Sobrenütrelos, que han de proveerte de un caviar del Volga celestaire para enchiladas. Repito que no te me acohetes, que atortugas como el ciclón Elsa.

Chip. — Los de la Redonda, le hemos salido al Creador «reondos»; en cuanto a rādars, retroimpulsivos, ventoleros y mulengues.

Chim. — Pues las de Bonjodito tampoco gansean en la carlinga.

Chip. — Conozco el olán o percal. Sois flacas como alambón, pero apretáis como mecates. Bajo la parrilla

os burbujea un cocedero de despojo, un tanque de benzol.

Chim. — Las hay gamo-reofóricas: de electrónica relojería; de membrana fotofluorescente. ¿Aun pichinchas? ¿Qué excavonas?

Chip. — Nada. El gato galo, que maulla va a poner las baterías en posición, porque a la plaza enemiga se le arrufó la borra del sobrelabio.

Chim. — La casa de la Troya costó 10 años tomarla. Y no hay politécnico que no pretenda siflarse el venter cubens del Ixtaccihualt (la rorra traspuesta) como un pocillo de chocomilk.

Chip. — Por lo resuave, eres un Milo.

Chim. — Y tú un mirlo por lo cantarranas; y las intenciones Pascuachas u obscuras, que embutiflinflan tu buche.

Chip. — No rehila tampoco tu piquín con desafino, flor de maicena chulibrechada.

Chim. — ¡Estás tú mal reitán!

Chip. — ¡Reitana! Eche el Corpus pecho al balcón, que yo lo rocojo con una ranchera charreada, de alarido.

Chim. — De mugido querrás decir. ¡Aidiós, Lucho Reyes! Tú lo que quieres es dormir las guardias del castillo y minarte un excelsior hacia Perote por la poterna. ¡Te guipo, cunao!

Chip. . . Pero ¿no despego solo y sin banderín para la yonosfera?

Chim. — ¡Ah, mañoso, fulaire! ¡Prietusco delegatista!

Chip. — ¡Coyota!

Chim. — ¡Qué «piolet» te traes por nariz!

Chip. — ¿Hinca perhínca?

Chim. — Rechicha, regacha.

Chip. — Cuando os ponéis sabrosas, échais la iglesia encima del campanario. Enrolláis como croqueta, como chalupa el infinito de la sabana orinoca.

Chim. — Lisadas como torta de papa y tortilla de frijol, que los 7 sacramentos nos tienen. ¡Y para la roto-traslación; que te hacen savoneta!

Chip. — ¡Rollona! ¡Roldana! ¿No te sabe la huella a canelito, reventante y todo como es?

Chim. — ¡A mil moles! Sola ¿cómo se amaña una Mecapadetadnos, terragueros. A ver si le fundimos al coro seráfico la malicia. Y confundimos a Teotrasto, a Zorrapastra y a doña Pomposa kioskada del demon. que no nos dan para taparnos el postigo en esta intemperie otro poncho y ruana, que tiras de cartelera de mitin y pingos de periódico ratonero; arrancados ambos pasteques a la valla de un inquilinato en construcción.

Enero del sexaginta. México.

Angel SAMBLANCAT

La revista «La Torre» de la Universidad de Puerto Rico, ha publicado — seleccionadas y comentadas por Ricardo Gullón — las cartas de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez. Se pretende exaltar, con ello, la estimación literaria y humana del autor de «Campos de Castilla» hacia el autor de «Animal de fondo». Sin embargo, esta selección de cartas, interesantísimas sin duda, no acaban de perfilar exactamente las relaciones que existieron entre los dos grandes poetas. No fué ésta una amistad sin tropiezos, una estimación sin altibajos. Grandes los dos, buceadores de lo recóndito, artífice de una obra purísima, había en sus mundos divergentes caminos, creos estéticos diferentes para la consecución de un fin común: la obra perdurable. Haría falta, para poner en su punto esta amistad que ya es historia literaria, conocer el epistolario completo, las respuestas de Juan Ramón sobre todo, y, más aún, las cartas escritas a partir de 1915, fecha en que la clara amistad comienza a ser minada por recelos más o menos justificados.

Se conocieron hacia 1902. Antonio venía de París y traía un sedimento verleniano y espeso y un sentido generoso y amplio de la vida. Juan Ramón — veintiún años, barba incipiente, — venía de Moguer, de su casa de mármoles, y traía ya el tremendo empeño de perfección que había de presidir toda su existencia. Los unió la aventura de «Hellos», una revista «seria y fina, algo como el «Mercurio de France»; un tomo mensual de 150 páginas, muy bien editado». Formaba la trinca lírica, aparte de ellos dos, Manuel Machado, Martínez Sierra, Salvador Rueda, Rusiñol, «Azorín» — todavía Martínez Ruiz —, Pérez de Ayala, Benavente, González Blanco y otros. El más joven era Juan Ramón, pero por esas fechas daba a las imprentas su cuarto libro. Los Machado, mayores que él, darán su obra después que el moguerense. Manuel publica su primer libro en 1903, coincidiendo con el cuarto de Juan Ramón; Antonio, un año después.

La amistad comienza con buenos augurios: lecturas de los poetas franceses, pasión rubeniana y paseatas interminables por el parque del Sanatorio del Rosario donde Juan Ramón vivía «retraído», mitad como muchacho pudiente dado a soledades y silencios agudos. La revista la capitaneaba él y allí, en sus habitaciones del sanatorio — alcoba y saloncito — se seleccionaban los trabajos, se corregían pruebas y se soñaban imposibles líricos. Juan Ramón estaba encantado con aquel poeta sensible, reconcentrado e inefable. Antonio veía en Juan Ramón el «paladín» del futuro poético de España. La aparición de «Arias tristes» confirmó sus esperanzas. ¡Admirable! exclamó Machado. Admirable era «la palabra alta de la época». Admirable, hasta entonces, no habían sido para ellos más que Verlaine, Rubén y muy pocos más. Y aquel libro era ¡admirable!, con admiración y todo. Gran triunfo para el benjamín del grupo. Desde entonces fué Juan Ramón para Machado, a pesar de su juventud, su mejor confidente en materia lírica, su consejero mayor. Mientras Antonio viajaba o tenía que resolver problemas familiares o económicos, Juan Ramón echaba su ancla melancólica en más firmes y refinadas orillas: Sanatorio del Rosario con estatuas ciegas; casa del doctor Simarro, con biblioteca confortable; Moguer, de calles espejeantes bajo el sol; otra vez Madrid, Residencia de Estudiantes, colina de los chopos cortada por el canallito... Don Antonio iba y venía, con su «francés cludicante», en trenes de tercera, trenes polvorientos; o vivía en Soria en pensiones baratas, o bajaba a Baeza, o se detenía en su casa de Madrid, «segundo piso de un gran caserón viejo y destartado, con un gran patio lóbrego, donde el sol se perdía y el frío del invierno se encontraba de pronto».

## Honor a dos

# Juan Ramón Jiménez

La aparición de «Arias tristes» es un suceso lírico. Don Antonio escribe al poeta retraído: «Su libro de usted es sencillamente «admirable». Con el alma que usted ha puesto en sus «Arias tristes» se hubieran llenado infinitos volúmenes de inmortales. Poco después, en otra carta, escribe Machado: «Tiene usted razón: mis versos asonantados tienen cierto color y fuerza de consonante como sus versos de usted aconsonantados suenan lo mismo que sus romances. Usted ha dado con la forma de su poesía y yo creo que también.» Y añade: «¡Qué bellísimas son las «Arias tristes»! He de hacer todavía algo más extenso sobre ese libro. Creo que todavía ninguno hemos dicho lo que hay en él.» Por entonces publica un artículo sobre los versos juanramonianos en «El País» y le envía a su autor un poema, inspirado en las páginas de «Arias tristes», que comienza:

*Era una noche del mes  
de mayo, azul y serena...*

En «Jardines lejanos» coloca Juan Ramón el nombre de Antonio Machado en la lista de sus poetas preferidos. El poeta de «Soledades» le escribe, emocionado: «Gracias mil por su dedicatoria y por haberme incluido entre sus poetas favoritos. Mucha gloria es para mí: demasiada. Debo confesarle, no obstante, que el sacrificio que usted comete al colocarme al lado de Jorge me halaga en extremo.» Y, más adelante: «Su libro es sencillamente «admirable»... Una tan fina sensibilidad como la de usted no existe, creo yo, entre poetas castellanos; tal dulzura de ritmo y delicadeza para las armonías apagadas, tampoco... Usted continúa a Bécquer, el primer renovador del ritmo interno de la poesía española, y le supera en suavidad.» La palabra «admirable» sigue siendo para Machado la expresión más exacta de los valores poéticos juanramonianos. De «Poemas mágicos y dolientes» dice, en carta del 8 de febrero de 1912: «Sus poemas son «ad-



## desterrados

# y Antonio Machado

por Francisco GARFIAS

mirables» y por ellos veo que su lira se enriquece con nuevas cuerdas como un árbol con ramas nuevas...»

Desde estas fechas se tutearán. La amistad ha entrado en una fase más entrañable. Don Antonio sigue confiando en su amigo como en el mejor consejero: «Mira tú — le dice en carta de 1912 — si el verso «¡oh huerto!, ¡oh casa!», etc., no estaría mejor «¡o huerto! ¡o casa!, siguiendo al maestro fray Luis (¡o monte!, ¡o fuente!, ¡o río!) prefiriendo el ¡o! afectivo al ¡oh! admirativo. Son detalles que tienen su importancia. Si la publicas, te ruego que me corrijas las pruebas...»

¿Pero qué contestaba Juan Ramón a estas cariñosas, íntimas, confiadas epístolas? He aquí lo que falta en el bello epistolario publicado por la Universidad de Puerto Rico. Las cartas del autor de «Platero» se perderían, como tantas cosas, en el último, trágico viaje de don Antonio hacia la muerte. Sin embargo, entre los papeles de Juan Ramón hemos encontrado algunos borradores de interesantísimas cartas, algunas de ellas dirigidas al autor de «Campos de Castilla». Desde Moguer, en una época de alejamiento y desgana de todo, escribe: «Queridísimo Antonio: No ha habido tardanza en el envío de mis libros. La edición, en pequeña velocidad, llegó hace unos veinte días; en Madrid se puso a la venta antes de recibir yo mis ejemplares. Yo estoy bien aquí. No es que sienta nostalgia de la vida literaria de Madrid, que bien sabes que nunca la he hecho, pero aquí me faltan ciertos elementos de arte de los que no puedo prescindir: la música — conciertos —, ciertos aspectos de suntuosidad y jardín... Desde lejos, aunque parezca paradójico, se sabe, en cambio, más de todo. Y nos comprendemos mejor, y es menos literaria nuestra poesía. Y sobre todo, ¡qué bien se ven y qué sucias parecen las pequeñeces de compañeros nuestros! Madrid, desde aquí, me hace el efecto de una gusanera. Yo, en

cambio, aquí me siento limpio, sueño alto, toco el mismo cielo con las manos. No me extraña lo que me dices de la casa «Renacimiento»; con «Pastorales» me pasó lo mismo. Sin duda Gregorio tiene en más hoy — ¡qué pena! — a X y a X, que tanto están desbarrando, que a ti y a mi. Antonio, ¿tú has sentido alguna vez el anhelo de la popularidad? Yo cada vez lo comprendo menos. Deploro — tú sabes cuánto — la enfermedad de tu mujer, y deseo vivamente su salud y tu alegría. Me dices que no me olvidas. Bien sabes que a mí me sucede lo mismo. Podrán olvidarse los que se pasan la vida en la balanza. Nosotros, los honrados, los nobles, los verdaderos, no podemos olvidar nunca. Te abraza J. R.»

Tres cartas más de esta época han aparecido entre los papeles íntimos de nuestro premio Nobel. El poeta da cuenta a su amigo de sus luchas, vacilaciones y apartamientos súbitos. La última de esta época lleva el ruego de que Antonio recomiende a un amigo en unas oposiciones: «Ortega y Gasset, «Azorín», Valle-Inclán, Zulueta, Bello y yo te rogamos que escribas sin pérdida de tiempo a dicho señor recomendándole a Alomar.» Y en la postdata: «Estuve la otra noche en tu casa y te habías ido ya. Te dejé mi «retrato». Mándame el tuyo. La perfección de la forma artística no está en la exaltación, sino en su desaparición; no en hacer una prosa mala o desaliñada, sino en hacerla tan buena que parezca que no existe.

La publicación de «Estío» trae a la amistad serena alguna nubecilla. Juan Ramón se ha propuesto comenzar una nueva etapa más misteriosa y exigente, y se va reduciendo poco a poco a un puro, gozoso anhelo de eternidad. Lo que él cree un acercamiento a la Belleza, como en un rito religioso o fatal, no es apreciado de una manera justa por su amigo, que en una ocasión se lamenta de este cambio lírico de Juan Ramón hacia nieblas inminentes y laberínticas. Al poeta de Moguer le duele aquella incompreensión inesperada en un espíritu tan señero y ardiente. Y comienza el alejamiento. Aquella amistad, tan cruzada de poemas y dedicatorias efusivas, parece venirse abajo. Juan Ramón, dolorido, morado, receloso ya, comenta que Antonio se va saliendo de sus espejos y galerías «para cantar los campos de Castilla con descripción excesiva, anécdota constante y verbo casticlero», o tal vez para pasar «de la inmensa minoría a la castuoria inmensa». La brecha estaba abierta, y Juan Ramón, ya cerrado y aislado por cuatro muros de belleza propia y chorreante, no perdonaba fácilmente. Don Antonio intenta rectificar, y en 1924 le envía sus «Nuevas canciones» amablemente dedicadas. Juan Ramón le escribe a vuelta de correo: «Te agradezco mucho el ejemplar de lujo que me mandas de tus «Nuevas canciones», valorado por los manuscritos de las poesías olvidadas de imprimir en él, y tu dedicatoria; pero razones superiores me obligan a no cometer contigo la falta de aceptarlo, y te lo devuelvo rogándote que me dispenses. Tu antiguo amigo, J. R.»

Caminos distintos andarían después los dos grandes poetas: aferrado a la tradición, soleado y tranquilo, el de Machado; íntimo, introvertido, desasosegado, el de Juan Ramón. Pero entre los dos siempre, como un perfume que era más que un recuerdo, la disimulada y crecientemente admiración. Antonio ironiza sobre la excesiva pureza juanramoniana mientras permanece en su credo; Juan Ramón avanza por sus secretas galerías, insatisfecho siempre, buscando en el cambio de postura estética su propia verdad iluminada. Pero Antonio, en sus últimos días, le llamará «nuestro gran lírico» y «claro timbre español». Y Juan Ramón dirá de Machado que es «fénix lírico del espíritu, volador mágico de lo encantado». Sobre la amistad rota revolaba como una mariposa el sentimiento verdadero de la mejor poesía de España.

## PAGINAS SELECTAS

## Una conferencia de Felipe Alaiz sobre integralismo

## COMPANERAS Y COMPANEROS:

**C** Yo mismo me siento asombrado por mi atrevimiento de orador después de mi fama de enemigo, casi de apisonadora de los oradores. Huyendo sin embargo de la exageración, hemos de convenir en que el arte de hablar, como el arte de escuchar, no son tan catastróficos cuando se lleva a cabo racionalmente. El mismo orador es muchas veces responsable de que el público no sepa escucharle. Si no sois capaces de escucharme esta noche, será sin duda alguna por culpa mía, por no haber conseguido despertar vuestro interés y mantener vuestra atención. El público es también responsable de la plaga de malos oradores. A la salida de este acto os preguntará mucha gente: «¿Cómo estuvo el orador?», en vez de preguntaros: «¿Qué es lo que dijo el orador?» En mi caso tendréis que conformaros en lo que os diga, tal como sea capaz de expresarlo.

Vivimos en una época de violencia. Violencia de arriba y violencia de abajo. Violencia por todos los lados. Vivimos bloqueados por los gobiernos, por los partidos y por las academias. Vivimos en una época estúpida, atómicamente estúpida. Vivimos en una época de violencia y de pánico. ¿Podemos superar esta época estudiando los valores sociables, no sociales. Lo sociable tiene más valor que lo social. Lo sociable es funcional; lo social es doctrinal, abstracto, dogmático. Existen valores sociables variados en la vida que nos rodea: valores integralistas. Existen incluso fuera de nuestros medios, de eso que se llama «nuestro campo». En toda la redondez de España, de cara a las Américas a través del Atlántico; de cara a Francia, a través de los Pirineos; de cara a Marruecos, a través del Mediterráneo y del Estrecho, ha habido una expansión de desertores del cuartel. Muchos de esos hombres no eran anarquistas, no sabían qué es la anarquía ni siquiera qué cosa era un sindicato. Y, a pesar de ello, no iban al cuartel; preferían emigrar. No eran integralistas del todo, pero lo eran en huir del cuartel. Hay integralistas doctrinarios que no huyen del cuartel. Este integralismo parcial puede bien «integrarse» con otros integralismos parciales. Uno de los aspectos del integralismo ha sido rehuir el cuartel.

Surgió un fenómeno maravilloso. La mayoría de estos integralistas surgían en nuestros medios rurales. Nuestra población rural permanecía aislada, no disfrutaba del privilegio de la cultura, no leía periódicos, no asistía a las asambleas, no había resonado en ese medio el eco profundo de la C.N.T. Sin embargo, se negaban los campesinos a la ignominia cuartelaria.

Hicieron más. Un día se preguntaron: «¿Y si trabajáramos la cuarta parte de lo que trabajaban nuestros padres y abuelos? Podríamos castigar de ese modo a la burguesía que regatea nuestro salario.» Y pusieron en práctica este principio, que no era doctrinario sino funcional: «A mala paga, mal trabajo». Y la burguesía rural, los grandes propietarios, señores feudales de la tierra, vieron disminuir sus ganancias y arruinarse sus haciendas. Lo que cobraba un propietario por un vagón de trigo lo había tenido que desembolsar en jornales. Este movimiento, ¿no representaba una expropiación invisible? Los propietarios que antes de la República vivían

de la tierra, se encontraban con que esta tierra no producía ganancias.

Hubo otro movimiento complementario de la dosificación del trabajo: la dosificación de la renta. El rentero no pagaba la renta y el bracero dosificaba el trabajo trabajando menos. He aquí otra lección de integralismo parcial que nos viene de los analfabetos. Hay múltiples casos en que la acción ha precedido a la doctrina. Como decía Bakunin, es preferible muchas veces la espontaneidad popular a la teoría.

La espontaneidad popular arruinó a los propietarios y los expropió visiblemente a pesar de la curia y de la guardia civil. Pero los campesinos seguían trabajando las tierras expropiadas, eliminando al intermediario rentista o propietario, suprimiendo entre ellos la explotación y el jornal. Y esto se llevaba a cabo con anterioridad a Bakunin o sin conocer a Bakunin.

Imaginaros lo que podrían representar estos dos movimientos practicados, sin romperse la cabeza hablando de la guerra que viene y de las comedias de la ONU. Ningún Estado del mundo podrá subsistir. La revolución no se hace sólo con metralletas. Si los pueblos no lo entienden así a causa de la política, peor para ellos y mejor para la política.

Otro ejemplo de integralismo. Todos los sistemas del mundo se fundan en el voto, en el llamado sufragio universal. En España, los analfabetos del campo desertaban también de las urnas. La aversión al voto es más universal en España que el sufragio llamado universal. Y se nos quiere hacer entender que, ante el voto, un ministro, un cura, un militar o un burócrata es igual a un picapedrero. El sufragio no se emplea para elegir un régimen, un proyecto, una obra de canalización, de urbanización; se utiliza el voto para elegir diputados, consejeros y ministros de un régimen que destruye y no construye, lo que es lo mismo. Debemos de conceptualizar al que vota como un esquírol. Emplazad a los políticos a que empleen el sufragio en este sentido integralista. No lo aceptarán.

Ya véis cuántos casos de integralismo se pueden dar en gentes que si no están con nosotros en todo, lo están en parte. ¿No podrían sumarse todos estos integralismos parciales hasta producir un conjunto integral?

Sin embargo, no se quiere comprender así. No se quiere comprender las verdades sencillas y sí las verdades de procurador, metidas en papel; las verdades falsas.

Sufrimos un empacho de frases hechas y nos obstinamos en mirar las cosas desde nuestra cuadrícula; de la cuadrícula hacia adentro, no de la cuadrícula hacia afuera. Estamos analizando ejemplos de los analfabetos y vemos que los analfabetos nos dan lecciones de integralismo. Nos las dan hasta los niños. Muchos pretendidos revolucionarios demuestran una solemne ignorancia de los problemas recitando aquellos versos:

«¡Haya paz, pero con daño,  
miserables disolutos;  
lloviendo pólvora un año  
y fuego cinco minutos!»

Otro ejemplo nos viene del malthusianismo funcional. No asustaros. La huelga de vientres con vistas al cuartel es un nuevo caso de integralismo. El que da la materia prima para la guerra es el pueblo; el rico va a las

academias militares, a los estados mayores, no a las trincheras. ¿Quién hace posibles las guerras? El que va al cuartel. Y el que va al cuartel, el que va a la guerra, no es un mártir que va a morir, no es un inocente que va al sacrificio. No se va a la guerra a morir, se va a matar. Y el que va a matar es lógico que encuentre la contrapartida. El que a hierro mata a hierro muere.

En la guerra de 1914 hubo magníficos casos de integralismo: los llamados objetores de conciencia. Y los objetores de conciencia se negaban a pelear, no porque no querían morir, sino porque no querían matar. «No vamos a la guerra porque no queremos matar», decían. Y los objetores no eran sólo anarquistas, había hasta curas entre ellos. Un caso de objeción de conciencia al alcance de todos los trabajadores, capaz de hacer imposibles las guerras, consiste en negarse a fabricar armamentos.

En la vida común existen casos de integralistas que en la práctica, no en teoría, van más lejos que nosotros. La teoría no sirve para nada sino en la medida en que la contrastamos con la práctica, con la realidad.

Existe una corriente universal de deportismo. No niego la eficacia del deporte. En la antigua Grecia, el deporte era una especie de religión en el buen sentido de la palabra; un culto para todo ciudadano. Gracias al deporte, se vigorizaba, armonizaba y embellecía el cuerpo humano. Gracias a esta práctica del deporte, de la cultura física, los griegos nos legaron las maravillas de sus esculturas. Pero era aquél un deporte directo. El verdadero deporte es el deporte directo, sin público y sin taquilla. No denostamos al público que paga por asistir a una sesión de deporte espectacular, pero un espectáculo no puede confundirse con el verdadero deporte. ¿De qué sirve a un país un campeón de natación si nadie sabe nadar? ¿De qué serviría en un barco a punto de naufragar, la existencia a bordo de ese campeón de natación si los demás tripulantes o pasajeros, no supieran nadar? El campeón de natación se salvaría, pero los demás se ahogarían. No concebimos al deportista como un devoto que va a la iglesia a postrarse ante los ídolos.

Los Estados y las guerras las sostenemos los pueblos. ¿Qué sería de las guerras si los obreros se negaran a trabajar? ¿Qué sería de las guerras si los mineros se ne-

garan a bajar a la mina? El Estado se desplomaría si los transportistas abandonaran el volante.

Armonicemos todos los casos de integralismo. O dejemos al integralista en paz con su trabajo si no queremos superarnos nosotros. A una pareja que está bailando o jugando a los naipes en una mesa, nadie los molesta. Pero todo son obstáculos e impertinencias con el que está leyendo. Dejemos en paz al que se instruye y al que trabaja aprovechando el tiempo, al que siente algo íntimo que le punza, que le incita a superarse. Escojamos nuestras propias afinidades. Una afinidad sin predominio cerebral sobre los sentimientos ni viceversa. Una afinidad que sea un equilibrio. Los judíos y los árabes se entendían en los problemas concretos durante la dominación musulmana en nuestro país. Las cuestiones abstractas de religión les separaban, pero la realidad de los problemas, de los problemas vivos, les unía. Urge estimular, coordinar todos los integralismos, hacer un conjunto fraternal sobre la base funcional. La función crea el órgano y no lo contrario. Lo funcional no será nunca una cosa estática como lo orgánico. El apoyo mutuo, la solidaridad, importan por la función. En doctrina, en sistema, en el papel, no significan nada. Es la práctica funcional lo que hace vivir el mundo. Se podrían unir todos los pueblos en un integralismo que no fuese totalitario. Que no se llamase ni fuese totalitario, porque basta la palabra y el sentido integralista. Tendría este integralismo una fuerza tan expansiva que no habría Estado ni fusil capaz de detenerlo.

Hay que buscar lo integral aunque sea parcial. Tratar de comprenderlo, unir nuestro esfuerzo al esfuerzo ajeno. Repetimos: lo sociable no es lo social sin que sean contrarios. Lo sociable no puede volver atrás, como no puede volver atrás la Universidad de Bruselas que abrió el Canal de Suez, impulsó la cartografía y el conocimiento del mundo. Al fundarla, Reclús buscó integralistas en gentes a quienes supo hacer agradable la idea integralista; por la bondad que él tenía, por la cordialidad y no por la rabia. Porque con ser tan grande la sabiduría de Reclús, era todavía más inmensa su bondad. Y la obra de la Universidad Libre de Bruselas es una obra tan grande, tan inmensa, tan fructífera, tan integralista, que para concebirla en toda su inmensa grandeza hay que pensar en Prometeo.

He dicho.

## Vida de CENIT

F. L. de Fourques (P. O.)	30	—	Brugues J. ....	2	—	Ferrándiz .....	4	35
Quillan ( <i>Aude</i> ) <i>segunda lista</i>			Local de S.I.A. de Mont de Marsan (Landes) .....	30	—	Barber .....	5	—
Felipe Tiñena .....	5	—	F. L. de C.N.T. de idem ..	54	—	Pepe Luis .....	10	—
Fernando Sinfreu .....	5	—	F. L. de <i>St-Eloi les Mines</i>			F. L. de Fumel (L. et G.)	148	50
José Manuel .....	5	—	Naranjo .....	5	—	F. L. de Istres (B. du Ro)	60	—
Tomás Granado .....	10	—	F. L. de <i>Burdeos (segunda lista)</i>			Estrella, de P. de Bouc .....	5	—
Valeriano Gracia .....	2	50	Juan Luis .....	2	—	F. L. de Lille, segunda lista	10	—
Jesús Orus .....	2	—	P. Alonso .....	3	—	Muliterno .....	1	—
Manuel Marchante .....	5	—	Faus .....	3	—	Crespo .....	1	—
Ángel Tarragó .....	5	—	Bruna .....	2	—	Porro .....	1	—
Felipe Buil .....	5	—	Enfadaque .....	2	—	Espinola .....	2	—
F. L. de Perpignan (P. O.)	92	—	Aranda .....	5	—	Espinosa .....	1	—
F. L. de Salies (H. G.) .....	5	—	Batalla .....	3	—	Hazas .....	2	—
Murciano .....	3	—	Pastor .....	5	—	Mas .....	5	—
J. Cacho .....	10	—	Mur .....	2	50	Ferrán .....	3	—
R. Manero .....	3	—	Nacarino .....	3	—	F. L. de Sète (Hérault) .....	10	—
L. Boneton .....	3	—	Domingo .....	2	—			
Calvera .....	2	—				Suma y sigue .....	585	35

## II

**C**ASI al mismo tiempo que los griegos en los Estados-ciudades llevaban su civilización a un grado de florecimiento máximo, otros pueblos salidos de la misma raza aría y establecidos en la península italiana, habían empezado la formación de otra civilización, la cual estaba destinada a extenderse a todas partes del mundo. Unas cuantas tribus de esta raza se establecieron en varias puntos de la península en los primeros albores de la historia y de éstas, la romana, se fué expansionando poco a poco en todas direcciones y gobernando sobre las demás, hasta alcanzar los confines del norte y del sur de la península, quedando así toda ella sujeta al gobierno de Roma.

Los romanos, una vez conquistados los dominios de los demás grupos se hacen dueños de las voluntades de éstos por la fuerza de la persuasión, de la reconciliación, de la tolerancia y de la asimilación. Contrariamente a los Estados-ciudades griegos, los latinos parecen poseer un don natural en el arte de absorber a los pueblos que conquistan llevándoles la ciudadanía romana, concediéndoles gobierno propio e interfiriendo lo menos posible en la forma de conducta, costumbres y maneras de ser de éstos.

El pueblo romano era un pueblo práctico, compuesto de campesinos, pastores, comerciantes, soldados y líderes de una visión nada singular. Esto lo demuestra el que en un periodo más avanzado de su historia sus dominios alcanzarán vastísimos territorios y de lo más heterogéneo en raza, cultura y civilización para cuya coexión hacía falta más que fuerza, una combinación de toda: visión, entereza de carácter y de acción y más que nada un conocimiento psicológico de los diferentes grupos humanos que se iba anexionando continuamente.

Sólo un pueblo con iniciativa y con el sentido práctico del pueblo latino pudo hacer uso y esto en forma tan efectiva como él lo hizo, de la oportunidad que se le presentó a Roma de crear un vasto imperio.

Si Roma hubiese intentado imponer sus leyes y sus costumbres así como su forma de pensar sobre los pueblos conquistados y reducirlos a sujeción completa como los imperios alemanes y austriacos de hornadas modernas intentaron hacer con los pueblos que caían bajo sus férulas, el imperio romano no se habría creado nunca. Tratando a los pueblos que conquistaban como a amigos y no como a vencidos, les hacían ver que los intereses que perseguían eran los de aquéllos propios; dándoles amplio control del gobierno e independencia en los asuntos generales de sus pueblos y ciudades, daban confianza de tratar de igual a igual. Ofreciéndoles sus leyes, sus experiencias comerciales, los servicios del Estado y el trato que recibían o daban a sus propios ciudadanos, estos pueblos quedaban prisioneros de la raza, de las costumbres, de la religión, de las instituciones políticas y sociales y por lo más importante de todo: por la lengua, pues, como se sabe, las lenguas vernáculas fueron desapareciendo o cuando menos quedando relegadas a uso de las clases inferiores. Donde encontraban pueblos con una lengua culta en uso, como por ejemplo encontraron entre los helenos, los romanos tuvieron el buen sentido de no forzar la suya propia. A la inversa hicieron por absorber la cultura de estos pueblos superiores, contentándose con llevar a ellos sólo sus formas de gobiernos y de leyes.

**P**OR lo que respecta al sistema de educación, los primeros pasos en la historia del pueblo romano, no se encuentran indicios de que éste tuviese ninguna clase de escuela. Las primeras noticias que se tienen de éstas se remontan allá al siglo tercero antes de nuestra era. De todas formas la educación del individuo

---

# IDEAS SOBRE

---

en esta época era simplísima y ésta la recibía en casa o en el campo. Particularmente la casa era el centro de enseñanza: la religión, la virtud, la prudencia, la modestia y la autoridad se les hacían llegar a los chicos por medio de ejemplos y preceptos.

El padre se consideraba la máxima autoridad, con derecho a vida y hacienda sobre la esposa e hijos. Pero contrariamente a los griegos, por ejemplo, la madre ocupaba un lugar de privilegio en la casa, era un factor determinante en la educación de los hijos y en sociedad su posición era respetable también.

Por regla general el padre iniciaba a los hijos en los servicios prácticos del hombre y les instruía como ciudadanos, la madre enseñaba a las hijas a que fueran buenas amas de casa, buenas esposas y buenas madres. En casa se les inculcaban a los chicos las virtudes de la moral, del carácter y de la obediencia a los padres, y al Estado.

El padre enseñaba al hijo a leer, a escribir y a contar, al mismo tiempo por medio de cuentos y anécdotas les daban a conocer la vida y hazañas de hombres célebres y con canciones y cantos patrióticos y marciales llevaban a su espíritu el orgullo de patria y raza.

Cuando el niño era un poco mayor éste acompañaba a su padre al campo y a la plaza pública y allí escuchaba las conversaciones de los hombres.

«Entre nuestros antepasados uno aprendía no solamente por los oídos sino por los ojos también. Los jóvenes, observando a los mayores, aprendían lo que ellos mismos deberían de hacer y lo que tendrían que enseñar a sus propios hijos y sucesores. Cada cual era instruido por su propio padre y aquéllos que no tenían padres, el mayor de sus parientes más cercanos ocupaba el lugar de estos», nos dice Plinio.

Si se trataba del hijo de un patricio, naturalmente aprendía más ya que su padre por regla general tenía un número mayor de relaciones que cualquier plebeyo. El ejercicio físico lo recibían los muchachos en los juegos infantiles y en el campo siguiendo las huellas de sus padres.

**S**IENDO ésta una educación adquirida en el ejercicio de la función y en el seno familiar, el individuo estaba llamado a llegar a ser buen soldado, campesino, comerciante, etc., según la casa de donde viniera.

Después de este periodo, final del siglo tercero antes de nuestra era, se empezaron a sentir sobre el pueblo romano las influencias de sus contactos con las ciudades griegas del sur de la península, con la Sicilia y las de las grandes conquistas del Este del Mediterráneo (334-323). La lengua griega se iba convirtiendo en la lengua del comercio y de la diplomacia, en cuyo terreno el interés despertado para conocerla fué inmenso, siempre perseguido o mejor dicho aguijoneado por la necesidad impuesta por el practicismo romano. La afluencia continua de comerciantes y profesores griegos hacia Roma: la necesidad de embajadores y de personal auxiliar que representará a la nación en los pueblos helenos, etcéte-

---



---

# EDUCACION

---



---

ra, llevó a los romanos, con su plan de expansión continua, a dar paso a la lengua y literatura griegas. Muchos abren escuelas (303) para ayudar a la educación de la casa, y aunque al principio sólo son patrocinadas por unos cuantos poderosos, después intervinieron otros, y poco a poco se fueron extendiendo. Para ayudar al desarrollo de esta nueva demanda en lo que respecta a personal docente y bien preparado, se aprovechó la presencia en el país de profesores griegos y también el concurso valioso que podían prestar muchos ilustres prisioneros de guerra. Muchos por este medio noble llegaron a ganarse la libertad. No obstante, por el año 250 antes de la era vulgar, las escuelas aún se hallaban en el estado de rutina del siglo precedente: lectura, escritura, declamación y las Leyes de las Doce Tablas.

Pero la invasión de la cultura y costumbres helénicas siguen avanzando hacia Roma aunque lenta no por eso menos segura y en el decenio 230-220 (a.e.v.), Livio Andrónico, traído a Roma como esclavo por haber sido hecho prisionero en la caída de Trento, tradujo la «Odisea» de Homero al latín y llegó a ser profesor en Roma. La «Odisea» se convirtió en el libro de texto principal en las escuelas latinas, hasta llegar a suplantar a las Doce Tablas.

**D**ICEN que el pueblo romano tomó contactos con el pueblo griego o mejor dicho con su civilización cuando ésta se hallaba en un estado avanzado de decadencia y que en cierto modo esto fué una ventaja, ya que el romano práctico no habría podido comprender el refinamiento del pensamiento filosófico de los mejores tiempos, pero este pueblo fué capaz de absorber de una forma u otra la cultura diluida que vino del sur de Italia.

En el siglo 2 antes de la era vulgar Roma va tomando proporciones de imperio con la conquista de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, de un confin a otro. Con sus barcos dominando los mares y sus ejércitos la tierra, y con la facilidad de tanta riqueza, vino la relajación de las costumbres. A un cambio de situación tal, correspondía otro en la educación que los romanos o no supieron o no quisieron crearse, tal vez porque les fuera más fácil adoptar el ya creado por los griegos con su lengua, escuelas y maestros. Escuelas griegas podemos decir, con la sola variante de abarcar las necesidades romanas.

La infiltración entre los romanos de la lengua y de la literatura griegas, así como de las ideas que acompañaron a éstas no dejaron de encontrar gran oposición. Contra esta corriente se creó una reacción inmensa a la cual se asociaron representaciones de las más nobles familias romanas. Algunos filósofos griegos fueron expulsados y en las primeras décadas del siglo primero antes de la era vulgar, muchas escuelas fueron clausuradas bajo el pretexto de que la enseñanza que se daba en ellas no se ajustaba a las viejas costumbres. Entre los mayores opositores a la infiltración griega se en-

contraba el viejo Catón, quien no permitió que su hijo frecuentara escuela alguna temiendo el contagio de los tiempos, tomando a su cargo la educación del chico. Pero a pesar de la tremenda y terca oposición de hombres como Catón, la gran corriente de cultura griega que inundaba a Roma sumergió en ella a la vida primitiva romana. Era una lucha perdida, una oposición de principios y de añoranza a un pasado en el que los mismos que lo defendían no creían. Escipión por boca de Cicerón llega a decir: «Escúchame como a uno que no desconoce por completo las costumbres griegas y que sin embargo no las prefiere a nuestra propia situación. Gracias a mi padre, adquirí una educación liberal, y desde la niñez he buscado con todo afán instruirme. Sin embargo, la experiencia y la educación en casa han contribuido mucho más que los libros a hacer de mí lo que soy.

**E**STA oposición a las corrientes de la cultura griega, es la que impulsa a muchos a establecer escuelas de gramática latina en los primeros años del siglo I antes de la era vulgar, las cuales condujeron a la institución del estudio de la literatura y retórica latinas, sin abandonar el estudio del griego. El producto de estas escuelas, nos dice un autor, fué un sistema de educación que era griego en la forma, pero romano en su contenido.

El sistema escolar romano comprendía tres grados. La escuela elemental, la única en Roma desde los primeros tiempos, a la cual asistían niños y niñas de todas las clases, desde la edad de seis o siete años acompañados por su pedagogo que al igual que su prototipo griego, era un esclavo. La calidad de la educación recibida era de un valor mínimo, limitada a escribir, leer y contar. Los maestros como antes en Grecia y después en todo el mundo, se les estimaba en muy poco, por lo que su remuneración iba apareada a esta desconsideración pública. La escuela en sí era más bien un centro de horrores y martirios para los chicos por el trato cruel que recibían en ellos, que en lugar de expansión intelectual, moral y física. Eran la concepción bíblica de la educación.

A la edad de trece años los hijos de las clases pudientes pasaban a la escuela de gramática (las chicas que continuaban su educación más allá de la primaria lo hacían en casa. Dicho estudio comprendía dos partes: el arte del discurso correcto y la interpretación de los poetas, es decir, gramática en el sentido que la interpretamos hoy, y la literatura.

Al terminar su educación literaria los muchachos que ambicionaban entrar en la vida pública, emprendían el estudio de la retórica, ésta les ejercitaba en el uso de la palabra, etc.

Este es a grandes rasgos, el sistema de educación romano y sin menoscabo a la verdad podría decirse que nunca, en ningún período de la historia de la educación, estuvo la educación primaria peor representada que en Roma en estos tiempos. Un escritor romano condena todo el sistema de educación y sus resultados de esta forma: «En general, nos vemos forzados a admitir que en los momentos de más gloria del imperio, las escuelas fallaron totalmente en cumplir su cometido tal y como esperamos de las escuelas hoy día. Estas socabaron, en vez de reforzar, la moral de los chicos y si consiguieron llevar a sus mentes cierta clase de información, no estaban planeadas para realizar una tarea más alta y más noble. Los alumnos dejaban la escuela con un pesado fardo de nociones prácticas y vulgares laboriosamente adquiridas y de tan poco valor que Vegecio no podía confiar en que los reclutas para su ejército fueran capaces de llevar la contabilidad de sus unidades...»

**R** CMA, si no produjo hombres comparables a Sócrates, Platón, Aristóteles, etc., si puede decirse que en educación hubo quienes avanzaron ideas que tanto por su originalidad como por la universalidad de las mismas y la concepción profunda que reflejan de los instintos humanos, han sido y serán consideradas permanentes, eternas como la humanidad. Catón, Cicerón y otros tuvieron mucho que decir y dijeron sobre educación, pero ninguno de ellos de una forma tan ejemplar, tan original y al mismo tiempo con tanta valentía como lo hizo Quintiliano. Decimos valentía porque la voz de Quintiliano, tratando de educación, fué la voz disidente contra unas concepciones y convenciones de siglos establecidas, abierta o tácitamente aceptadas por toda la sociedad romana de su tiempo. Yo creo que Quintiliano ha sido uno de los teóricos más preclaros, más lúcidos que han tenido las ideas sobre educación en todos los tiempos. Sus teorías derraman una fuerza psicológica arrolladora, producto a mi parecer más que del maestro innato que había en él, de un padre que vivió la vida íntima de sus hijos y alumnos guiándoles y al mismo tiempo aprendiendo en esa cantera de los instintos humanos que es el niño desde que nace.

Marcos Fabio Quintiliano era español, de Calahorra, provincia de Logroño: Nació en el año 53 de la era vulgar; su padre era profesor de oratoria. No cabe duda que Quintiliano fué educado en España, pues por entonces España era uno de los centros culturales del imperio romano y por tanto este riojano invitado puede ser considerado como una de las principales lumbreras de su tiempo y del imperio. Quintiliano se da a conocer por primera vez allá por el año 50 en Roma cuando se hallaba ayudando a Domicio Afer, el más célebre abogado de la época. Cuando murió Domicio por el año 58, Quintiliano volvió a España a practicar como profesor de retórica. En el 68 el emperador Galba lo lleva con él a Roma nuevamente a donde en el año 79 fué nombrado por Vespasiano a la primera cátedra de retórica.

Quintiliano no sólo fué un buen maestro sino un gran abogado también, y en esta capacidad tomó parte en grandes pleitos. Alrededor del año 90 se retiró de sus cargos oficiales y empezó a escribir su famosa obra «Instituto Oratoria». Este libro encierra las experiencias y conocimientos que había acumulado en los veinte años y pico que actuó como maestro y como abogado y puede ser considerada como uno de los tratados de educación más importantes que produjo el imperio romano. La «Instituto Oratoria» no es solamente un cúmulo de una libada experiencia en la enseñanza, es producto de un corazón horriblemente atormentado por la tragedia.

**Y** A en edad avanzada Quintiliano casó con una muchacha que no contaba más que diecisiete años, pero a pesar de la diferencia de edad, se consideraban un matrimonio feliz. Esta felicidad no fué duradera; la muchacha murió a los diecinueve años. Dicen que poseía todas las cualidades y virtudes que pueden esperarse de una mujer, por lo que al morir dejó a Quintiliano sumido en el pesar y dolor que nada en el mundo era capaz de calmar; en una soledad que ni riquezas ni prebendas podían matar. La pérdida de su joven esposa no fué más que el principio de una cadena de desgracias que asoló su hogar. Esta al morir dejó dos niños pequeños; el menor de ellos murió a la edad de cinco años. El golpe de esta pérdida lo describen estas palabras del propio padre:

«¿Cómo puedo olvidar el encanto de su cara, la dulzura de su habla, su primer destello prometedor y la real posesión (aunque parezca mentira) de un cerebro fuerte y calmo»? Pero aquí no termina la mala fortuna de Quintiliano. Gran parte de su «Instituto» la escribió como legajo para el hijo que le quedaba, un niño, «cuya habilidad era tan palpable que demandaba la instruc-

ción más urgente de parte del padre». Pero aún no había terminado de escribir el libro cuando murió el niño. «Lo he perdido a él, de quien me había formado grandes esperanzas y en quien depositaba toda la confianza que había de solazar mis últimos años», exclama Quintiliano desolado.

La «Instituto Oratoria» es el método para el perfecto orador, pero éste no influye para que sea uno de los libros más brillantes y de más validez que se hayan escrito sobre educación; particularmente el principio del libro que describe la educación primaria.

Ahora, ¿qué es lo que Quintiliano tiene que decirnos sobre los primeros pasos de la educación? Quintiliano creía que la enseñanza nunca es demasiado pronto para empezarla. Esta debe de empezar desde la misma cuna, lo que quiere decir que se debe prestar cuidado en la selección de la persona o personas que han de cuidar del niño.

«Por encima de todo, que la nodriza hable correctamente. Lo ideal sería, de acuerdo con Crisipos, que ésta fuera un filósofo; pero de no poder ser así, quería que se escogiera lo mejor. Sin duda alguna la cuestión más importante es que sean de condición y carácter buenos, pero además deben de hablar correctamente. La primera persona que escucha el niño es la nodriza y las palabras que imitará primero serán las de ésta. Por naturaleza somos más tenaces con las impresiones recibidas en la niñez, tal y como persiste el primer sabor absorbido por una vasija cuando es nueva, el color impartido por el teñido a la primera blancura de la lana es indeleble. Más aún, las peores impresiones son las que más perduran. Pues si lo que es bueno pronto se deteriora, el vicio no puede convertirse en virtud.»

**R** EFIRIENDOSE a la posición de los padres respecto de los hijos y la educación de éstos dice Quintiliano: «Yo me supongo que un padre debe concebir las mayores esperanzas en sus hijos desde el momento en que nacen. Si hace esto pondrá gran cuidado en los rudimentos de su educación. Pues no existen fundamentos algunos en las lamentaciones de que sólo una minoría tiene las cualidades de absorber los conocimientos que se le administran y que la mayoría es tan lenta en la comprensión hasta el extremo de que la educación sería una pérdida de tiempo y de trabajo. Al contrario, se hallará que la mayor parte es presta a razonar y dispuesta a aprender. El razonamiento es tan natural en el hombre como el volar en los pájaros, la rapidez en los caballos y la ferocidad en los animales de presa: nuestro cerebro está dotado por la naturaleza con tal actividad y sagacidad que se cree que el alma procede del cielo. Los que son simples e intocables son tan anormales como los nacidos prodigios y monstruosidades, y son pocos en número. Una prueba de lo que digo puede encontrarse en el hecho de que los niños, por regla general, prometen varias facultades y cuando al crecer el niño las promesas van muriendo es porque no se les ha prestado la debida atención, no por la falta de don natural. Pero se preguntará o se dirá que existen grados de talentos. Sin duda alguna, y habrá la correspondiente variante en los resultados de éstos; pero lo que yo niego en absoluto es que pueda existir alguien que no saque algún beneficio de la educación. El hombre que mantenga esta convicción, debe, tan pronto como llegue a ser padre, dedicar el mayor cuidado a desarrollar las cualidades que manifiestan sus hijos.»

La cuestión de cuándo el niño debe o no empezar a frecuentar la escuela se ve que era discutido en aquél entonces como lo fué después y como lo es hoy día, no ya en un sentido internacional sino en lo nacional.

«Algunos sostienen, dice Quintiliano, que al niño no debe de enseñársele a leer hasta la edad de siete años; siendo ésta la edad más temprana en que pueden sacar algún provecho de la instrucción y soportar el esfuer-

zo de aprender. Hay muchos que sostienen este punto de vista; pero los que sostienen la opinión de que la mente del niño no debe dejarse descuidada ni un momento siquiera, son los más sabios. No desperdiciemos los primeros años: para esto no debe de haber excusas ya que la enseñanza literaria elemental es solamente cuestión de memoria, la cual no sólo existe en los pequeños, sino que es especialmente retentiva a esta edad.»

«El método de aprender jugando que hoy parece una novedad a los padres, lo razonaba Quintiliano con una intuición y conocimiento profundo, en el siglo primero de la era vulgar.

«No estoy tan ciego, decía, en lo que se refiere a la diferencia de edad para pensar de que los muy pequeños debe forzárseles prematuramente o dárseles algo formal a hacer. Ante todo hemos de tener cuidado de que el niño que no tiene la edad suficiente para interesarse en el estudio, llegue a odiarlo y a tener la amargura que una vez ha experimentado, incluso cuando los años de la infancia han quedado bien atrás. Sus estudios deben presentárseles como una diversión; debe preguntársele y alabársele, y enseñársele a regocijarse cuando lo ha hecho bien. Algunas veces también, cuando rechaza la enseñanza se le debe dar a otro para despertar e incitar su amor propio...»

«Estas instrucciones no pueden parecer más que trivialidades en vista de que yo estoy tratando de escribir la educación de un orador. Pero los estudios, igual que los hombres, tienen su infancia y como el entrenamiento del cuerpo que está destinado a crecer hasta el total desarrollo de sus fuerzas empieza cuando el niño está en la cuna y en el pecho de su madre, así hasta el hombre que está destinado a elevarse al pináculo de la elocuencia una vez también fué una débil criatura, trató de hablar en una forma indecisa y se vió confundido ante las formas de las letras.»

**D**ESPUES de un estudio critico de los métodos empleados para enseñar las primeras letras a los chicos, los cuales consideraba erróneos por lo pesado y nada fácil que resultaban a las jóvenes inteligencias, dice: «Apruebo completamente, por otra parte, la costumbre que se ha puesto en práctica para estimular a los chicos a aprender el nombre de las letras, dándoles letras de marfil para que jueguen con ellas; como también apruebo cualquier otra cosa que se descubra para deleitar a los muchachos, cuya presencia, trato, etc., es un placer.»

Otras de las cuestiones que Quintiliano plantea con la valentía que le es característica es la de la enseñanza privada y la de las escuelas; la primera sienda la preferida en sus días tanto porque las escuelas no gozaban de muy buena reputación como porque la costumbre de la educación en casa y privada se hallaba muy arraigada aún.

«Este es el lugar de discutir la cuestión de si es mejor educar a los chicos en casa o entregarlos a una de esas grandes escuelas o a los que yo podría llamar instructores públicos. Esto último, sé muy bien que ha ganado la aprobación de las autoridades más eminentes y de aquéllos que han formado el carácter de los Estados más famosos. Sería idiota, y sin embargo, cerrar los ojos ante el hecho de que hay algunos que no están de acuerdo con la educación pública debido a ciertos prejuicios en favor de la privada. Estas personas parecen estar guiadas por dos principios. En interés de la moralidad ellos evitarían la compañía de un número de seres humanos a una edad en que especialmente se está propenso a adquirir graves faltas: sólo quisiera poder negar la opinión de que tal educación a menudo ha sido la causa de las acciones más desacreditadas.»

Quintiliano se extiende en consideraciones sobre las opiniones en pro y contra de cada una de las ideas com-

batiendo unos puntos, aceptando otros y termina de esta forma: «Habiendo refutado estas objeciones, permítidme ahora exponer mis propios puntos de vista. Es necesario, por encima de todo que nuestro futuro orador, que tendrá que vivir en la mayor publicidad en el sentido más amplio de la vida pública, deberá acostumbrarse desde su niñez a moverse en sociedad sin temor y habituarse a una vida bastante alejada de la del pávido estudiante, el solitario y recluso... «Cuando el fruto de sus estudios tienen que ser expuestos a la vista del público, nuestro recluso queda ciego por la luz del sol y todo lo encuentra nuevo y extraño, pues aunque ha aprendido lo que hay que hacer en público, sus conocimientos no son más que las teorías de un ermita. No digo nada de las amistades que perduran hasta la vejez habiendo adquirido la fuerza aglutinante de un deber sagrado: pues la iniciación en los mismos estudios tiene toda la cantidad de la iniciación en los mismos misterios de la religión.»

Sobre los maestros, o mejor dicho, sus cualidades psicológicas, comenta: «El maestro hábil tomará como objetivo principal, tan pronto como se le haya confiado un niño, el asegurarse de la habilidad y carácter de éste. La indicación más segura en el niño es su poder de memoria. Las características de una buena memoria son de dos formas: debe ser rápido en asimilar y fiel en retener las impresiones de lo que recibe...» «Una vez notadas tales indicaciones el maestro a continuación debe considerar qué tratamiento se debe aplicar a la mente de su alumno. Hay niños que son lentos si no se les alienta; otros intolerables al control; algunos dóciles al miedo, mientras que otros quedan paralizados por éste. En muchos casos la mente requiere aplicación continua para llegar a formarla, en otros este resultado se consigue mejor por la concentración rápida...»

«El maestro debe adoptar una actitud hacia sus alumnos y considerarse a sí mismo como el representante de aquéllos que le han encomendado a sus hijos. Debe estar libre de vicios y no admitirlos en los demás. Debe ser estricto pero no austero, genial pero no muy íntimo: la austeridad le hará impopular, mientras que la intimidación produce menosprecio. Sus discursos deben siempre ir encaminados hacia lo que es bueno y honroso; mientras más amoneste, menos tendrá que castigar. Debe controlar sus impulsos sin por otro lado cerrar los ojos a las faltas que requieran corrección: su instrucción debe estar libre de afectación, su laboriosidad, grande; las demandas sobre su clase, continuas, pero sin que sean extravagantes...»

Por fin veamos lo que pensaba Quintiliano sobre el castigo corporal en las escuelas.

«Yo desapruébo el castigo corporal, aunque es la costumbre regular y tiene el ascendiente de Crisipos, porque en primer lugar ésta es una forma de castigo vergonzoso y sólo apropiada para los esclavos, y de cualquier manera es un insulto, como se comprenderá si uno imagina su aplicación en una edad más tarde. En segundo lugar, si un niño es tan indiferente a la instrucción esa reprobación es inútil; como el peor tipo de esclavo, se haría insensible a los golpes... Aunque uno puede forzar al niño a fuerza de porrazos, ¿qué se hará después cuando sea mozo y no ya dócil a tales amenazas y enfrentado con motivos de mucha mayor dificultad? Además, cuando el niño es azotado, el dolor o el miedo frecuentemente tienen resultados de los cuales no es agradable hablar y que posteriormente son una probable fuente de vergüenza, una vergüenza que enerva y deprime la mente y conduce al niño a detestar y esquivar la luz... No voy a persistir sobre este asunto; es más que bastante si he conseguido exponer claramente una opinión. Me contentaré con decir que los niños son indefensos y fácilmente sacrificados y por tanto a nadie debería dársele poder ilimitado sobre ellos.»

J. RUIZ

# GLOSAS

A

## «Definiciones Inexactas», de *Elías Pierbarg*

La vida es una serie de saltos y sobresaltos. No necesita el hombre hacerse preguntas sin contestación universal, ni divagar con angustia en los procesos de su imaginación fantástica.

Vivir con intensidad, sin embriagarse. Estoicismo en los goces y en los dolores. ¿Eugenesia y eutanasia? ¡Sí! Deberían practicarse legalmente.

No me agobia mi incredulidad «total». No necesito creer ni me declaro optimista sobre la reivindicación futura de los que trabajan y sufren.

No puedo ni quiero admitir ilusiones que se suelen plasmar en decepciones.

La alegría es subjetiva y no se da como resonancia general. Cuanto más se expande más adquiere los síntomas de la embriaguez, que se hace colectiva.

Si hemos querido liberarnos de los mitos, no podemos reducirlos a la «realidad de la fe como un modo de vida»... Otra hermosa mentira, en la cual no todos pueden hallar la serenidad para existir.

Acuciar la inteligencia y ver con claridad el panorama subjetivo, desfigurado por las influencias sociales, nos llena de plenitud.

Vivir en rebeldía latente es no aceptar las ideas dominantes que escarnecen a esta humanidad monstruosa.

Evitar el peligro de una rebeldía libertaria consciente y manifiesta es prudente, pero hacernos una coraza de insensibilidad ante el dolor universal evitable es adoptar la actitud del hombre petrificado en sus goces, en su digestión y en su estúpido egoísmo social.

Amor, sí, pero selecto y no para todos. Es una afinidad, un ritmo compartido, energías de un mismo signo positivo, que proporcionan placer entre los pocos que de ese amor participan.

Todos los errores pueden tener justificación, mas la maldad, la perversidad, la crueldad, como factores sociales, no pueden ser justificados y menos perdonados.

No bastan las buenas intenciones si los actos no corresponden a una conducta lúcida.

Estar en guardia para la violencia defensiva y jamás emplear la violencia ofensiva e hiriente en sus proyecciones homicidas.

Cada individuo consciente, esclarecido en su intelecto analítico de lo suyo y de su ambiente, tiene que haber adquirido una conducta para conducirse en la vida con discernimiento.

Ser fiel consigo mismo es no querer defraudar a los demás en las relaciones sociales.

«La vocación de vivir es constante» y no es constante en los principios doctrinarios.

El caos y la confusión acogotan al hombre social y sociable.

La curiosidad por conocer impulsa a pocos hombres. La «santa rutina» es la norma a la que la inmensa muchedumbre rinde pleitesía, y se regocija o entristece por mandato.

Existen las excepciones con reacciones a la rutina, y son equivalentes a las explosiones atómicas. ¡Cuidado!

Presencia, escepticismo, amor entre afines, dejarse vivir sin compromisos sociales, tal posición puede convenir a algunos temperamentos.

Todo lo debemos, nada es propiamente individual. Las exigencias pueden ser justas o injustas, de acuerdo con la interpretación del derecho natural, esclarecido por la razón y no por las trampas legales.

La vida no es un regalo para todos. Para la mayoría es un martirio, un sufrimiento constante. una pesada carga... Son pocos los afortunados y muchos los desgraciados.

Y el amor sexual, con sus extravagancias, sus vicios, sus fantasías y sus sublimaciones, o sencillamente en su aspecto de placer bipolar, es verdaderamente humano, demasiado humano. la fantasía lo degenera y las bestias nos muestran un equilibrio aun en sus crueldades. Se denomina bestialidad a los excesos humanos... ¡Pobres bestias a las que continuamente denigra el hombre, y las explota además!

¡Qué ditirámico es calificar de «milagro» lo que es natural! Belleza, amor, gozo, cuando el hombre se enajena voluntariamente de los opuestos: fealdad, odio, dolor. El milagro entero de la conciencia es una divagación subjetiva en la que no interviene la razón.

La vida no regala nada. Toda actuación es de



lucha, de compromiso, de contratos «leoninos» (otra injuria a los animales «inferiores»). Digamos, pues, **tramposos**.

«La hipocresía bien vestida» jamás cobijó al escepticismo irónico. La primera usa hábitos fraltescos y el escepticismo no es necesariamente irónico; se muestra desnudo y resplandece en las realidades del mundo humano.

La ironía es un bisturí que disecciona todos los tejidos de falsedad en que se plasma la vida monstruosa del hombre. Pocos son los capaces de manejar este instrumento anatómico y quirúrgico.

La ironía es la elegancia natural de quienes llegaron a esa cima tras largos esfuerzos desinteresados. Nada tiene que ver la ironía con la cobardía. Esta es una defensa ante peligros reales o imaginarios.

La burla fina o burda es una aptitud que nada tiene de miedo, ya que los hombres «temibles» también distinguen las alusiones de los irrespetuosos, de los rebeldes y de los «revolucionarios».

La fe religiosa es creer lo que no se comprueba en los hechos universales.

Hay también la «fe racionalista», que los laicos sostienen como los creyentes, en una vaguedad metafísica. No hay sino cálculo de probabilidades.

La sociedad se compone de sectas de malhechores, charlatanes y burladores. Son más los malos que los buenos en sentido estrictamente humanista. Así, los más modestos cálculos fallan y sólo casualmente se consigue realizar lo que se desea.

La fe no salva a nadie y es un concepto parasitario que roe las mejores intenciones.

Tener fe en la propia capacidad resulta muchas veces una hipertrofia de la sensibilidad fantástica o exacerbada.

**Hacer**, porque a ello impulsa la existencia, mas hay que saber los motivos y los productos que ha de procurar toda actuación.

Triunfo o frustración, tal es el resultado de los esfuerzos individuales.

La vida es indiferente a los anhelos del hombre y de la humanidad.

La fe es gratuita y nos la inyectan los mandamás y los sábelotodo. No hay que olvidar que también en tal sentido obran los curalotodo.

En lo biológico no hay fe posible.

Sólo hay posibilidades y no certidumbres.

Cada uno no capta lo que quiere, sino lo que puede.

La vida es una promesa de muerte cierta y casi siempre accidental y no por natural agotamiento.

El hombre: Nace por un accidente sexual de los padres, que muy raramente piensan en el hijo que pueden engendrar.

Crece en círculos antiológicos.

Crea, cuando puede, y no siempre cosas útiles.

Se desintegra en el comercio social, en el que dominan las autoridades «solemnas» y los autoritarios.

Muere con las estúpidas exequias del beato imbécil de una sociedad moribunda ella misma y que no acaba de reventar y opone tenaz resistencia.

El hombre se convierte en hediondo gusanera, en vez de ser «purificado» por la cremación.

Mas hay que sostener el comercio de las pompas fúnebres y mantener los prejuicios malsanos del culto a la muerte.

El hombre acepta la resignación en su estado degenerativo. Para darse el gusto de hombría se enjuaga con frecuencia con el «mito de la libertad» para dulcificar el amargo trago que debe beber uncido a los yugos esclavistas.

La rebelión consciente y deliberada no es jamás ilusoria. Si no fuese por la minoría rebelde que ilumina al mundo, éste no sería más que una pocilga.

Todo es cuestión de temperamento y ambiente. Ambos pueden transformarse para recrear al hombre esencialmente biológico.

COSTA ISCAR

«En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes; el estudio que los advierte, los amotina. Vasallos doctos, más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan; en entendiéndole, osan despreciarle; en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina y aquí empiezan a reinar sobre su príncipe.» QUEVEDO.

POR ALGO ¡ABAJO LA INTELIGENCIA! FUE EL GRITO DE GUERRA DEL FRANQUISMO.

# MICROCULTURA

389. — A Descartes no le importaba la antigüedad, pues afirmaba que «no quiero ni quisiera saber si ha habido hombres antes que yo».

390. — Las dos figuras cumbres de los cirenaicos, fueron Aristipo y Teodoro el Ateo.

391. — Gassendi, Galileo, Descartes, Locke, Kant, Spinoza, Leibnitz, Boyle, Cavendish, Dalton, Hume, Macaulay, Pit, Leonardo, Rafael, Miguel Angel, Haendel, Mendelssonhn, Meyerbeer, etc., permanecieron solteros toda su vida.

392. — Los principales estoicos fueron Zenón de Citio, Crisipo y Epicteto.

393. — La tercera persona singular del presente de indicativo de todos los verbos regulares ingleses, termina con una s.

394. — El gran poeta Lamartine sostenía que odiaba la aritmética, porque según él era «la negación de todo pensamiento».

395. — Hace veintitrés siglos que Sócrates bebió la cicuta en una prisión de Atenas.

396. — El día 16 de diciembre de 1958 apareció de nuevo en Argentina, la gran obra de Eliseo Reclús «Evolución y Revolución» (Revista de Ideas y Cultura).

397. — La democracia de Pericles duró desde 449 hasta 429 A. C.

398. — En el último trimestre de 1957 se publicaron en Francia, de nuevo, las máximas estoicas de «El Manual de Epicteto».

399. — En 1855 Eliseo Reclús se fué a América con el intento de establecer una colonia agrícola en el territorio de Nueva Granada.

400. — El prototipo de los grandes amantes es el de Orfeo y Euridicia en la antigua Grecia y el de Romeo y Julieta en nuestro tiempos.

SUNO



## ESTIO

Sol de julio. Están los niños  
durmiendo, en casa, la siesta.  
El parque solo. Las flores  
se inclinan hacia la tierra

agobiadas por el Sol.  
que da su luz más intensa.  
En la fronda un ruiseñor  
callado revolotea.

Pasa un soldado corriendo...  
La fuente de piedra vieja  
canta un murmullo...  
El silencio en la glorieta

es tan denso que da sueño,  
da cansancio, da pereza.  
La campana del reloj  
da dos campanadas lentas.

J. ELBAILE

## PROSA DE AYER Y DE HOY

### Sobre el estilo

**S**E que hay hombres que, no teniendo nada que decir y nada que escribir, están, sin embargo, tan enamorados de la oratoria y la literatura, que se deleitan con repetir cuanto pueden entender de lo que los otros han dicho y escrito antes. Sé que los trucos cómodos que su falta de convicción les deja libres de ejecutar con una idea diluida y mal digerida, les proporciona una agradable habilidad de salón que llaman estilo. Puede inspirarme lástima su necedad y, con todo, simpatizar con su capricho. Pero digo que un verdadero estilo original nunca se crea para sí mismo. Un hombre podrá pagar desde un chelín a una guinea, según sus medios, por ver, oír o leer una producción genial de otro hombre; pero no sacrificará toda su vida y toda su alma por llegar a ser un mero «virtuoso» en literatura, ostentando una perfección que ni siquiera le proporcionará dinero como tocar el violín. La afirmación efectiva es el alfa y el omega del estilo. El que no tenga nada que afirmar no tiene estilo ni puede tenerlo; el que tenga algo que afirmar alcanzará un poder de estilo tan grande como la importancia de su afirmación y la fuerza de su convicción lo permitan. No esté usted conforme con su afirmación; de todos modos quedará su estilo. Darwin no destruyó el estilo de Job ni de Handel, lo mismo que Martín Lutero no destruyó el de Giotto. Todas las afirmaciones llegan más pronto o más tarde a ser negadas, y así encontramos el mundo lleno de magníficas reliquias de fósiles artísticos, despojadas de la evidencia simplista que les daba vida, pero conservando aún el esplendor de su forma.

Y ésta es la razón por que tanto gustan los antiguos maestros y encantan nuestra sensibilidad. Un pintor de la Real Academia cree que puede adquirir el estilo de Giotto sin compartir sus creencias religiosas y, encima, corregir su perspectiva. Un literato de nuestros días se figura que puede lograr el estilo de Bunyan o de Shakespeare sin identificarse con su modo de ver las cosas, especialmente si se cuida de no descomponer sus infinitivos. Y así pasa con los doctores en Música, que, si sus colecciones de discordancias son debidamente preparadas y disueltas, o retrasadas o adelantadas, a la manera de los grandes compositores, se imaginan que pueden aprender el arte de Palestrina por el tratado de Cherubini. Todo ese arte académico es mucho peor que el comercio de muebles antiguos imitados, porque el hombre que nos vende un arcón de roble jurando que data del siglo XIII, cuando sabe que él mismo lo ha fabricado, por lo menos no pretende que ese arcón tenga algunas ideas modernas. En cambio, los copiadotes académicos de fósiles nos ofrecen sus copias como la más reciente emanación del espíritu humano, y, lo que es peor que todo, acaparan a los jóvenes como discípulos y los persuaden de que sus deficiencias son reglas, perfecciones sus malas artes, buen gusto sus timideces y purezas sus vaciedades. Y cuando declaran que el arte no debiera ser didáctico, todos los que no tienen nada que enseñar y todos los que no desean aprender los aplauden entusiasmados.

BERNARD SHAW

# ¡OBRERO!

Tú que te interesas por la historia de los trabajadores y de sus luchas, si quieres adquirir conocimientos sobre los hechos más sobresalientes ocurridos en España durante los últimos cincuenta años,  
adquiere los tres volúmenes de



En ellos te enterarás de la obra revolucionaria llevada a cabo en España gracias a la victoria de la C.N.T.-F.A.I. contra el fascismo, del desarrollo de la guerra civil, de las incidencias políticas, errores, aciertos y desaciertos cometidos en el campo social, etc., etc.

LA OBRA MAS COMPLETA DE LA GUERRA Y DE LA REVOLUCION

MIL CIENTO OCHENTA PAGINAS DE TEXTO.  
NUMEROSOS GRABADOS

Precio:

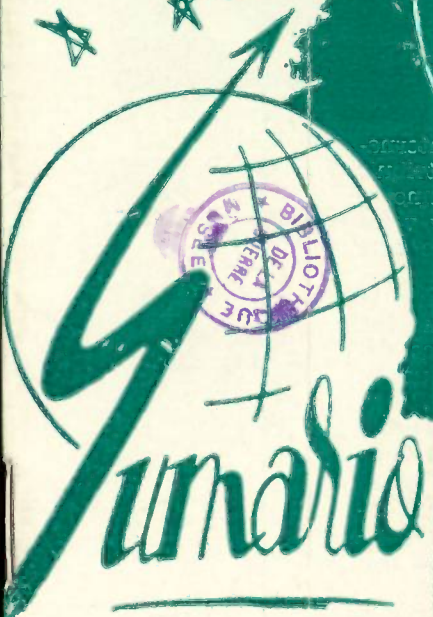
En rústica ..... 22 NF

Encuadernado en simili ..... 50 NF

Pedidos a nuestro Servicio de Librería

# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Germinal Esgleas:** Hombres seguros. — **Hem Day:** Para comprender al bolchevismo. — **José Peirats:** Las individualidades en la Revolución Española. — **Federico García Lorca,** el poeta y su pueblo. — **E. Reigis:** La literatura de la guerra y la nueva era. — **Felipe Alaiz:** Positivismo integral. — Selección de **W. Muñoz:** El pensamiento vivo de Han Ryner. — **Conrado Lizcano:** Mito y Meta. — **Costa Iscar:** Justicia y derecho. — **Angel Sambiancat:** Serranilla Graya. — **Henry Bouyé:** El miedo a la denominación exacta. — **Denis:** Cain y Abel. — **Floreal Ocaña:** La pena de muerte. — **Alberto Carsi:** Baudelaire, el García Lorca francés. — **J. M. Puyol:** Cervantes: soldado, escritor y mártir. — **Suno:** Microcultura.

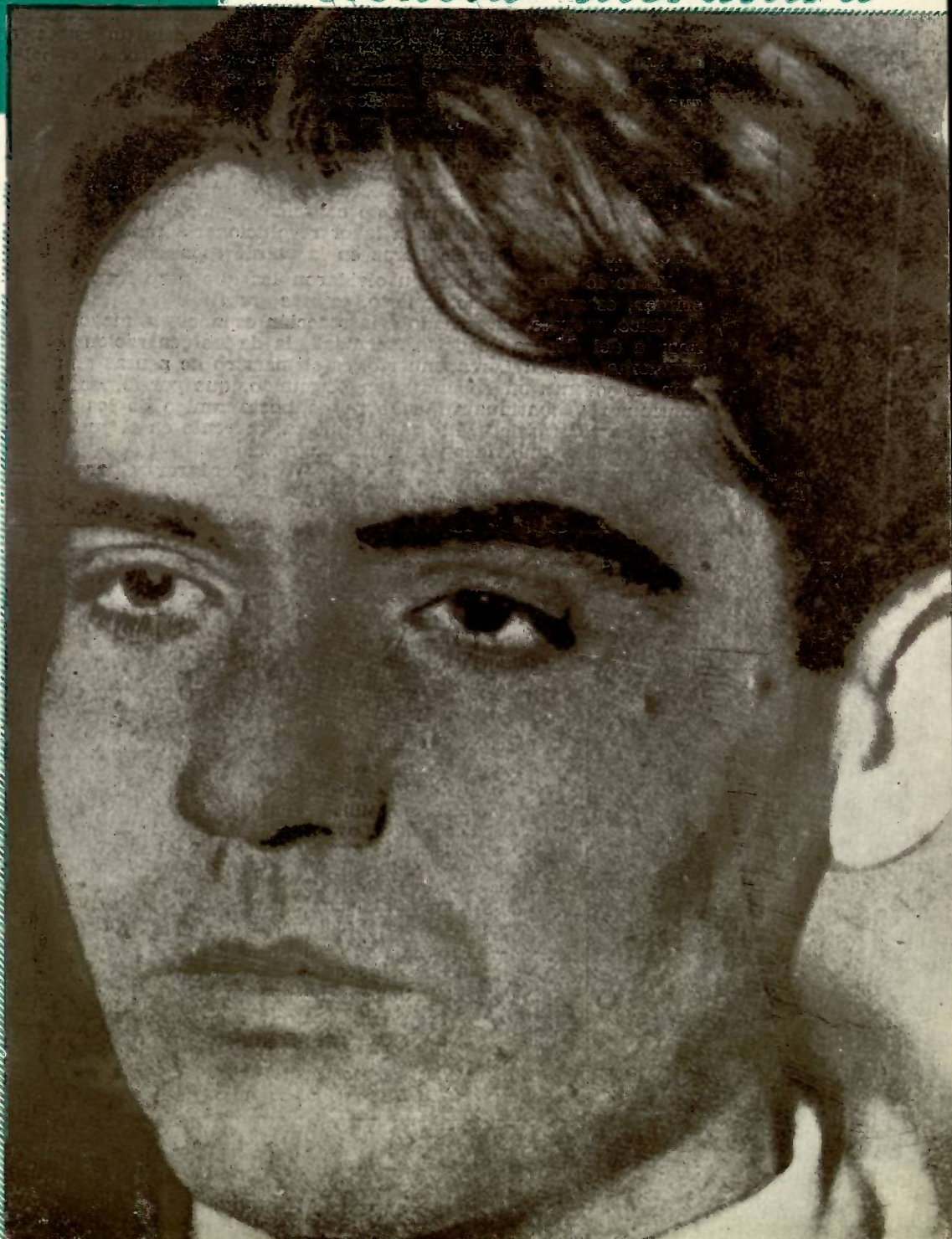
# 116

AGOSTO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

40 P. 5593



## NUESTRA PORTADA

### FEDERICO GARCIA LORCA

El gran poeta sacrificado por el franquismo ha ganado hoy internacionalmente el combate contra la reacción. El, que tanto deseó contribuir al progreso social y político de España, que con tanta fe y entusiasmo se esforzó en llevar al pueblo la cultura, y el pueblo a la cultura, hoy vería su nombre convertido en sinónimo de afirmación de arte libre, de arte social, de arte humano.

Porque el mérito de García Lorca — que destaca acertadamente la profesora María Laffranque — es que no fué jamás un esteta; que fué un hombre profundamente interesado en el drama social y político del pueblo español. Que creyó fervientemente, sinceramente, en el pueblo; que presintió, como pocos intelectuales españoles, los tesoros del alma popular y que en ella residían las fuerzas renovadoras de España, que sólo cuando estas fuerzas se pusieran en movimiento, España marchar a decididamente por el camino del Progreso.

No. La muerte de García Lorca no fué un «error», como ha pretendido el franquismo. Fué un acto consciente y deliberado: al matarle sabían lo que mataban en él: la labor revolucionaria realizada por «La Barraca»: lo que era García Lorca en la poesía española.

Pero lo que no sabían u olvidaron los que perpetraron el horrendo crimen, es que Federico, muerto, es más grande todavía que vivo: es que Federico, muerto, ha ganado a la reacción española la mayor de las batallas: la del tiempo, la de la eternidad, la de las generaciones presentes y venideras. García Lorca, muerto, es el maestro de pensar de una generación de jóvenes en España y en el mundo, que por él, en él y para él continúan y continuarán su obra de poeta amigo de los humildes; de poeta, partidario de la libertad; de poeta, creyente en el pueblo; de poeta, hecho rima, ritmo, ideal, pasión, sangre...

En suma, todo lo que se necesita para perdurar y para fecundar.

# CENT

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evello G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Hector R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año IX

Toulouse, Agosto 1960 N° 116



## Hombres seguros



L hombre no ha de adaptarse a las circunstancias, sino que ha de luchar con ellas, ha de hacerlas frente cuando están en desacuerdo con sus necesidades, con su manera de pensar y de sentir. Los que se amoldan no son los que renuevan y transforman. Crear un orden nuevo basado en la libertad y en la equidad social, dar cima a algo mejor que el Estado, que el capitalismo, que el totalitarismo dictatorial de no importa qué color, crear algo, que no sea lo de hoy, que no sea la continuidad histórica de la injusticia y de la tiranía, implica una voluntad tesonera individual y colectiva, la constancia de todas horas, una irreductible resolución, un empeño inquebrantable. Sólo los hombres convencidos de la bondad del Ideal anarquista y de su razón, los anarquistas por convicción, por temperamento, por estudio, por reflexión y por sentimiento, aquellos en que la llama del Ideal ha prendido en el propio ser, los que sienten la inquietud y la impaciencia de la realización de la Idealidad soñada y querida y no nublan su serenidad íntima ni lejanías, ni nebruras de horizonte, ni tormentas que se desencadenan a lo largo del camino a recorrer — senda siempre cruenta cuando es de lucha, y aun en el goce que la lucha significa, para los anarquistas — sólo esos, si, se mantendrán firmes.

Los hombres seguros, como los militantes, no se improvisan. Como no se improvisan cerebros. Como no se improvisan corazones. Como no se improvisan vidas. Y sería absurdo pensar que aspirando a la igualdad, todos somos iguales. No hay hombre igual a otro hombre a pesar de todo lo huma-

no común, y anarquía no querrá decir jamás entes cuadrículados ni seres fabricados en serie, tipos «standard» o «sanwichs». Somos iguales en derechos o debemos serlo, somos iguales en deberes, o debemos serlo, los tratos de hombre a hombre y la consideración de hombre a hombre los establecemos de igual a igual; pero sin privilegios para nadie, hay que saber distinguir y diferenciar.

Una Organización no se ha creado por arte de encantamiento. No se sostiene porque sí. Perder la base militante, es decir, el elemento activo que la anima material y efectivamente, en todos los órdenes, bajo todos los climas, no importa en qué circunstancias, perder el elemento sano, íntegro en sentido ético e ideológico, empobrecerse en voluntades conscientes, en luchadores idealmente preparados, capaces, es debilitar a una Organización.

No hay ni debe haber preferencias para lo que se llama vieja guardia o nueva guardia. Los hombres de las generaciones jóvenes, las nuevas promociones pueden hacer aportaciones tanto o más valiosas que las viejas y curtidas en las luchas. Recuerdo que en mis años mozos veía a algunos veteranos fallar en circunstancias duras y la muchachada probábamos nuestro temple. Y a lo largo del tiempo de lucha transcurrido, cuando hacemos recuento mental de los que estaban en la brecha y no lo están, podemos apreciar mejor, con amplia perspectiva y objetivo criterio, de la consistencia y de la solidez de las voluntades militantes. Y nuestra experiencia nos hace llegar a la conclusión que, donde ha habido base ética sana, ha habido militante de garantía, hombre seguro para la Organización.

La filoxera de esa época para las organizaciones revolucionarias, es el material de aluvión o el material averiado. Nunca como ahora todas las organizaciones antifascistas y revolucionarias han sufrido filtraciones impuras. Nunca el enemigo común, el adversario político, el servicio corrosivo ha trabajado tan fina e inteligentemente como ahora para desorganizar, para paralizar, para perturbar, para desarticular la potencia de las organizaciones de oposición. Y en pocos periodos históricos como lo que va de cinco lustros a esta parte — y sobre todo en estos últimos quince años — las organizaciones obreras y las organizaciones revolucionarias, los propios partidos políticos de oposición, han ofrecido pasto tan favorable al virus corrosivo inferior a través de hombres venales y maleables.

No se necesita ser lince para comprender que el clima moral — y el real — para los refugiados políticos españoles en esta hora de ahora y en la zona geográfica que actualmente ocupamos ha variado sensiblemente en sentido desfavorable. Y evoluciona constantemente hacia un enrarecimiento de atmósfera cada vez más denso. Serenamente debemos observar el fenómeno. Son infinidad de factores que lo determinan. La reacción internacional se da la mano. Las demagogias totalitarias favorecen el desarrollo de esa base de eclipse de la libertad y de la tolerancia, aunque se ofrezca en forma discreta. De nada sirve gritar ni hacer aspavientos ante el peligro, compañeros. A mayor dificultad, más tesón, a mayor peligro más serenidad y sangre fría. Pero la cosa ha de estar segura, es necesario que lo esté. El hombre que no teme, es el que confía en sí mismo. La Organización que no ha de temer, es aquella que puede estar segura de sí misma. Hombres seguros precisan en todas partes; lo mismo en los cargos de responsabilidad, que en los cuadros militantes, que en la raíz y base de la Organización. Elemento sano y capaz. Hombres **hombres**. En los que se puede confiar. En los que uno pueda respaldarse. En los que jamás haya de temerse una deslealtad, una traición, una inmoralidad. Reciedumbre moral, reciedumbre ideal, hombría, sentido de dignidad militante, conscientemente demostrada, sin apelación a sanción ni obligación alguna, por imperativo de la propia conciencia individual.

La dignidad es inalienable. No se transfiere. Es de cada ser. No se delega. Se mantiene, se afirma o se pierde en la prueba de todos y cada uno de los días para el luchador. Y al especificar sus propios valores, cada Organización debe ser justa para con sus propios hombres. Nuestra Organización debe saber con quién y en quién puede contar.

Ni todos los que tienen más fama ni más renombre ni más prestigio son los mejores. Ni todos los anónimos, son los que tienen menos valor. Lo mismo generalizaciones que excepciones pueden in-

ducir a error. Sano criterio, claro juicio para apreciar compañeros, prescindiendo de pequeñeces, de quisicosas. Las horas que se avecinan van a ser duras y de mayores responsabilidades que nunca quizás. Que haya clarividencia donde debe haberla. Buscando la seguridad de nuestra Organización, que el criterio más justo nos anime e inspire siempre; que ningún rencor ni odio personal nos lleve a perjudicar moralmente al compañero. De todos y cada uno de los buenos y de los sanos, opinen o no como podemos opinar nosotros individualmente, compartan o no nuestro criterio, el Movimiento tiene necesidad. Lo que necesita el Movimiento es la garantía de sus hombres. En ella radica su propia seguridad en las etapas difíciles que se inician y ante las perspectivas inmediatas y mediatas.

Es necesario que el Movimiento se afirme en sí mismo, en su idealidad inspiradora, que no se desvíe de su propio norte, que **cada día sea más él mismo** y haga sentir mayormente su penetración, irradiando por todas partes como expresión y esencia de lo que le caracteriza. Sólo la fidelidad del militante al propio Ideal, sólo su voluntad indomable, sólo una ética insobornable y un trabajo cotidiano perseverante, tenaz, inteligente, abnegado, orientado en la persecución de nuestros claros objetivos, puede contribuir a ello. Y aún a través de las zonas oscuras y de tinieblas, el luchador, el anarquista, el hombre que ama la luz y la claridad, el sol vivificante, el horizonte ilimitado, debe sentirse dueño de sí y seguro de su marcha. Ello imprimirá ritmo más potente al propio esfuerzo colectivo.

Negros nubarrones apuntan en el horizonte, compañeros. No presagiamos el mal. Constatamos, sin ninguna pretensión de adivinos, y ojalá los hechos vinieran a desmentir nuestros asertos. El clima político y real se ha enrarecido. Un desarrollo favorable a todo lo peor para la emigración española irá en creciendo. Sería ridículo presumir de seguridades infantiles o hacerse ilusiones, agachar la cabeza bajo el ala, como el avestruz. Cara a la realidad la actuación se impone. Y la inteligencia ha de saber superar la etapa sin ninguna concesión al enemigo y sin que el impulso del combate disminuya, antes al contrario, se intensifique. No descuidemos nuestra preparación en ningún orden. El vehículo de la prensa puede desaparecer al instante menos pensado. El de relación normal también. El eclipse puede ser de duración. Ninguna desorientación debe haber. Ninguna confusión. Ninguna deserción. Nuestro Movimiento se mantendrá potente si sabe concertar el pensamiento, la voluntad y la acción de sus hombres más seguros. Creemos haber dicho lo bastante para ser más que comprendidos.

**Germinal. ESGLEAS**



# Para comprender al bolchevismo

LOS regimenes totalitarios, sean fascistas, nacionalsocialistas o bolcheviques, expresan la exaltación, la deificación, la idolatría del jefe.

Por todas partes: en los muros, en la escuela, en el estadio, en las plazas públicas, en el teatro; por todas partes, en Italia el Duce, en Alemania el Führer, en la U.R.S.S. Lenin y Stalin hasta hace poco.

La Prensa y la radio repiten hasta la saciedad la fórmula sacramental que confunde al Duce o al Führer con Dios mismo, y esta beatificación llega a no reconocer límites, hasta el punto de perderse en el ridículo.

Los temas que ilustran esos elogios hiperbólicos nos son demasiado conocidos en lo que respecta al Führer o al Duce. Además, esos dioses han terminado su carrera: uno ha muerto en una plaza pública, donde una multitud nueva ha ido a escupir sobre su cadáver expuesto; el otro ha desaparecido misteriosamente, dejando planear sobre su muerte la duda que alimenta la leyenda.

Pero mientras que en Oriente se hundía el vasto imperio japonés, arrastrando en su ruina el prestigio de otro dictador, emperador y dios, en otra parte un hombre no dejaba de aumentar su crédito e inflaba desmesuradamente su personalidad: he nombrado a Stalin.

No hay que imaginarse, sin embargo, que sea únicamente la guerra la que ha dado su prestigio a Stalin. Ya antes el hombre era exaltado, idolatrado, deificado. Es lo que vamos a examinar, tratando de explicar cómo semejante cosa llegó a ser posible en un país que se jactaba de haber realizado la liquidación de todos los dioses.

G. Michaud, en un folleto muy poco conocido: «*Verités et Mensonges du Bolchevisme*», ha dado una explicación de este extraño fenómeno. Escribe:

«Psicólogos profundos y cínicos, los militantes bolcheviques han puesto al servicio de su voluntad toda su ciencia del «yo» y de la «multitud». Han «utilizado» la multitud adulándola. Para seducirla, se han llamado los mandatarios de su soberanía. Han creado una multitud homogénea el Partido Comunista. Han asegurado una misión de inspección, de dirección de las masas, de autoridad en la producción, y privilegios en el ocio. Han roto los ídolos que encadenaban a la masa al pasado y le han ofrecido un nuevo dios: ¡Lenin! ¡Su mausoleo! ¡En la Plaza Roja, donde mediante manifestaciones incesantes, han creado, en la juventud y en los delegados extranjeros, esa psicosis de multitud en que el individuo pierde su facultad de observación, enlazado por una sugestión hábil, minuciosamente preparada, que le arrastra detrás de los tiranos, los cuales viven en nombre del jefe, muerto y deificado!»

Después, Lenin, un poco abandonado en su mausoleo, fué reemplazado por un dios viviente. El «padrecito» fué adorado tanto como el zar, en tiempos del cual todo un pueblo estaba encorvado bajo la tiranía más brutal. El zar era invocado como el bienhechor por una multitud piadosa y devota. Ciento ochenta millones de súbditos, modelados y amasados, se arrodillan hoy, como ayer, ante el señor pleno de sabiduría, el glorioso, el jefe, el camarada se añade a veces.

La previsión de Plakhanov se ha realizado.

«Al fin de los fines, todo dará vueltas alrededor de un solo hombre que, ex providentia, reunirá en sí todos los poderes...»

Esta previsión ha sido aún rebasada en la vulgaridad.

He recogido, para edificación del lector, algunos fragmentos de discursos pronunciados por los delegados de los diputados, de los obreros, de los campesinos y del Ejército rojo de la U.R.S.S. al VIII Congreso extraordinario de los Soviets. Sus terminologías, casi todas idénticas, reflejan la monotonía de ese género de informe recitado para las circunstancias. Se prestan a la sonrisa de los escépticos, como nosotros..., y sin duda no somos únicos.

Dejaremos los discursos de jefes privilegiados: Kalinin y Molotov, para dar las primeras líneas del discurso de Litvinov, comisario del pueblo en los *Affaires Etrangères*.

«Esta seguridad, se refuerza aún en nosotros por la conciencia de que la dirección de esta fortaleza y sus jefes se encuentran en manos de un comandante tal como nuestro glorioso y gran jefe, el camarada Stalin.»

Después de la diplomacia, he aquí el ejército en la persona de V. Khhripin, comandante de cuerpo de ejército: «¡Viva el organizador de nuestras victorias, el gran guía y el maestro lleno de juicio, nuestro amigo, el camarada Stalin!»

V. Orlov, que dirige las fuerzas navales del Ejército rojo obrero y campesino, comandante de escuadra de primera clase, continúa la serie:

«Nuestra flota roja obrera y campesina, por las indicaciones del camarada Stalin, continuará igualmente, en el porvenir, desenvolviéndose con éxito; seguirá siendo igualmente, en el porvenir, una de las principales fuerzas de la inepugnable defensa de nuestro Estado socialista de los obreros y de los campesinos.»

El 15 de noviembre de 1917, bajo la firma de Lenin, era publicada la declaración de los derechos de los pueblos de Rusia. Veinte años después, se vota la constitución staliniana. Es un documento, nos dirá Liubtchenko, «donde es contada la historia del mundo nuevo, de la nueva sociedad que se ha creado en la U.R.S.S.» Poco después Sulinov

confirmará las palabras de confianza de su predecesor en la tribuna y terminará: «Los sentimientos de amor y de afecto se elevan hacia el que es el inspirador y el organizador de todas las victorias que hemos alcanzado, el creador del más grandioso de los documentos históricos, el continuador de la obra de Lenin, nuestro grande, nuestro querido, nuestro muy amado Stalin.»

Sin duda, diréis que eso son sentimientos nobles expresados con fervor por admiradores de un régimen «fraternal e indisoluble». Yo no querría contrarrestar tan fervientes pasiones, pero compruebo que todos los regímenes totalitarios encuentran para sus Congresos los mismos aduladores interesados, que van a saludar a la asamblea de los creyentes y de los fanáticos con las mismas fórmulas de muy amado, de grande, de querido, de creador de la dicha y de la prosperidad de los pueblos en adoración ante los dioses elegidos, de padre de todos y de todas.

He aquí al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la República Soviética Socialista autónoma de Kazakhie, que adorna ya sus sartas de una atmósfera poética y orientalista:

«Bajo la dirección del gran Stalin, los trabajadores kazakhs transformaron su país en una república federada floreciente, en un aro comunista, levantado en la frontera oriental de nuestro país de los Soviets. ¡Viva el gran amigo de los pueblos, nuestro jefe y nuestro padre, el creador de la nueva Constitución, el camarada Stalin!»

El secretario del Comité Central y de los Comités de la región y de la ciudad de Leningrado del Partido Comunista de la U.R.S.S., es más exaltado aún cuando invoca la genial y juiciosa dirección del partido y, engreído, hace alusión a Arquímedes, que soñaba con encontrar el punto de apoyo para levantar el mundo. En la sexta parte del globo se ha encontrado este punto de apoyo: la dictadura, el poder, la dirección del partido bolchevique, pero todo eso no sería nada sin el camarada Stalin: «Y si hemos acertado ya a defender el socialismo contra todos sus enemigos es porque no existe ninguna fuerza en el mundo capaz de extinguir la antorcha del comunismo encendida en el corazón y el cerebro de millones de trabajadores por el gesto de Lenin y ed Stalin.»

Carlos Marx y Federico Engels parecen bien olvidados por el camarada Jdanov.

El secretario de la región de Moscú proseguirá sobre un tema idéntico, mientras que el secretario del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania invocará «la dirección del sabio estratega de la Revolución y del grand organizador de las victorias del Socialismo, el camarada Stalin».

Cuando se desciende la jerarquía burocrática y se escucha a la masa, se permanece confundido ante la suma de alabanzas prodigadas.

A veces eso se adorna de expresiones miserables dirigidas a los militantes caídos en desgracia; sirva de muestra este final de discurso de Nazai, fundidor de acero en la fábrica «Ilitch» (Mariupol):

«Una palabra para terminar, sobre la banda Trotski-Zinoviez. Con esas gentes, los discursos son

inútiles; hay que ahogarlas en el acero en fusión, destruirlas como perros rabiosos.»

Todo esto con, por conclusión: «¡Viva nuestro muy amado!»

V. Bogdanov es un mecánico de la Liga «Octubre», un hijo de la patria soviética que «repite las santas palabras del Manifiesto Comunista» y añade, dirigido a Stalin, «que viva para alegría de toda la clase obrera y para espanto de sus enemigos».

He aquí a S. Smetain, obrero de la fábrica «Skorohod», de Leningrado, exaltando el desarrollo del movimiento Stakhanov y convencido de que bajo la dirección del partido y del grande y sabio Stalin, su «país llegará a ser aún más bello, aun más radiante».

G. Wemberg, secretario del Consejo Central de los Sindicatos de la U.R.S.S., desea larga vida a ese querido y muy amado camarada Stalin.

Se pensaba que la sección escritores, sabios, profesores y artistas habria aportado una nota menos apagada, más independiente, liberada de esa constante adoración del jefe, del maestro. Era engañarse sobre la atmósfera que preside a la etiqueta de ese género de Congresos y más aún sobre el carácter de los invitados autorizados a expresarse ante los fieles.

A. Tolstoi, escritor, saluda a su jefe en Stalin; A. Komarov, vice-presidente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., proclama a Stalin gran inspirador de las victorias, genio del mundo nuevo; N. Burdenko, profesor de Cirugía, invoca al inspirador de la actividad creadora, el maestro y amigo, Vychinski, procurador de la U.R.S.S. saluda al jefe genial del Partido, del pueblo, de los trabajadores del mundo entero; mientras que Iakovlev, presidente de la Comisión de Mandatos, termina hablando del fiel discípulo de Lenin «creador de la Constitución, el gran hijo del pueblo soviético, el padre de los trabajadores».

Pero no hay sólo los Congresos que permitan esas exaltaciones de encargo y muy interesadas, por otra parte. Toda la literatura está llena de trozos escogidos en honor del jefe, del creador, del genio, del padre de todos los pueblos.

Canciones y leyendas «maravillosas» se transmiten de boca en boca. He aquí una de Ucrania:

**En el viejo Dniepr  
no hay tanta agua  
como hay en Stalin  
espíritu luminoso.**

**Jamás, en la tierra, el sol  
nos ha tanto iluminado.**

**Preciso es creer que ha estado  
con Stalin, en el Kremlin.**

Lejos de tratar de luchar contra este espíritu, de una ingenuidad primitiva, cuyo misticismo recuerda los más bellos días de las santas adoraciones de los iconos y de los Rasputin, se exaltan con una publicidad escandalosa e intempestiva esos sentimientos de veneración del jefe, del dios nuevo, cerca del cual el sol no es nada, y del que el agua del Dniepr no alcanza el espíritu luminoso.

¡Pobre pueblo, pobre socialismo, pobre sociedad!

¡Y decir que no se había cesado de denunciar el poder de los zares, que no se había cesado de desarmar los ídolos y las glorias, aún de la socialdemocracia! ¡Y decir que se habían escrito y difundido libelos contra los Papas!

Pero he aquí al cantor popular: Djambul, condecorado con la Orden de Lenin (y ¿por qué no puesto que nuestros académicos son condecorados con la Orden de Leopoldo o con la Legión de Honor?), que va a elogiar a Stalin. Los juguetes, a falta de talentos, placen a los genios de las musas y enriquecen su equipo vestimentario.

**Mi país es inmenso, ¡sus estepas son tan vastas!  
Sus fronteras están muy alejadas unas de otras.  
y nuestro afecto, nuestro amor por ti,  
son inmensos como mi país, extensos como sus  
[estepas.**

En la «Pravda» del 28 de agosto de 1936, se encuentran estos versos consagrados a Stalin:

**¡Oh, tú el gran jefe de los pueblos,  
que has llamado al hombre a la vida...!  
Tú eres el sol que se refleja  
en millones de corazones humanos...  
Me faltan palabras para expresar mi alegría,  
pero digo: Stalin,  
y con eso lo expreso todo.**

¡Ay!, sí, con Stalin se expresa todo, y eso es lo que ilustra tan tristemente un régimen que una pandilla gubernamental dirige a su capricho y según sus necesidades.

En el VII Congreso de los Soviets de la URSS, enero-febrero de 1935, un delegado del Ural, Avdeenko, gratificó a la asamblea con un discurso que creo único en la colección de los documentos de este género.

«Al jefe genial juicioso, sonriente, afectuoso, prodigiosamente simple» — todo el diccionario sigue —, se añade una descripción del talento oratorio de Stalin, mezclado a una prestancia incomparable que seduce literalmente a nuestro Avdeenko, encantado, divinizando a Stalin por su fuerza, por su grandeza, y eso le da deseo de cantar, de gritar, de clamar su dicha y su entusiasmo, porque el antiguo «bandido» que él era, está en la tribuna ahora en compañía de los mejores y de los más juiciosos, y eso le trastorna, pues todo lo que le sucede no es posible sino gracias al gran educador Stalin.

Amor, afecto, honradez, abnegación; desinterés, para no citar sino algunas de las nuevas cualidades adquiridas, todo eso lo debe a Stalin.

Si Avdeenko escribe, si sueña con hacer una obra inolvidable, si ama a su mujer con un amor nuevo, si continúa su raza, si está contento de vivir, si siente en él un valor inmutable, si vive cien años, si puede volar a la luna, todo eso es por la gracia de Stalin, y, en agradecimiento, se lo da todo: «amor, afecto, fuerzas, corazón, heroísmo, vida». Todo está a disposición del gran Stalin, el jefe de la gran patria. Y he aquí el final de su discurso: «Tu nombre es y será ágrabado en cada fábrica, en cada máquina, en cada puñado de tierra, en el corazón de todos los hombres. Cuando mi amada mujer me dé un hijo, la primera palabra que le enseñaré será: Stalin».

Eso corresponde a la psiquiatría, o yo me engaño. Pero, sin duda, yo no estoy en la nota. Me guardaré bien de ello: he conservado aún cierto respeto por las cosas humanas.

Se permanece literalmente confundido ante tal alud de expresiones: gran jefe glorioso, maestro lleno de sabiduría, gran guía, inspirador, creador, querido y muy amado, sabio estratega, gran organizador, genio del mundo nuevo, hijo del pueblo, padre de los trabajadores, espíritu luminoso, etc., ¿Qué debería pensar Lenin que se lamentaba de la suerte de los grandes revolucionarios perseguidos toda su vida por los enemigos del pueblo, cuando decía: «Después de su muerte, se trata de convertirlos en iconos de canonizarlos por decirlo así, de rodear su nombre de una aureola de gloria para consuelo de las clases oprimidas y para su engaño»?

No se ha esperado la muerte de Stalin para realizar esta conversión en iconos. El gran jefe habrá visto y oído durante su vida una burocracia rodearle de esa aureola de gloria que consuela a los oprimidos de sus miserias y les engaña.

Y ¿qué diferencia hay entre esas alabanzas y las pronunciadas en otros países por los defensores y aprovechadores de los regímenes totalitarios?

¡Qué extraño y triste parecido entre esas palabras y las de un Goebbels dirigidas al Führer! No cito sino las últimas, pronunciadas algunos días antes de la derrota total y completa del régimen nacionalsocialista:

«El milagro alemán.

»La guerra no ha dejado ninguna huella, en él, pero su alma está removida a la vista de las pruebas de su pueblo y de las del mundo entero. Ningún ser humano despliega mejor el arte de esperar el momento venido, sabiendo cuándo debe tener el aspecto pasivo y cuándo debe ser activo. Puede permanecer silencioso durante meses, cuando los demás querrian hacerle hablar para adivinar sus intenciones. El pueblo alemán se agrupa alrededor de él, como una muralla. Es el milagro alemán.

»Hitler se ha asignado como objetivo rescatar a su propio pueblo y modificar el destino del Continente. Posee un sexto sentido, el de ver lo que está oculto a los ojos de los hombres.»

Esta exaltación del «jefe» merece ser meditada. Muestra hasta qué punto el «servilismo» puede corromper al cortesano que se abriga a la sombra del señor y que se encarga de rellenar el cráneo a las ovejas de la iglesia que defiende.

Si esto hace comprender el fanatismo de los últimos resistentes alemanes, confiados en el eterno poder de su dios Hitler, se puede comprender igualmente el fanatismo que animaba a ciertos combatientes rusos. Aquí y allá, la misma mística sirve designios idénticos o próximos, que para un espíritu es difícil aceptar.

No era menester ser gran letrado para percibir que un espíritu semejante iba a conducir a ciertos individuos a una degeneración total del espíritu revolucionario. Así es como un escritor — antiguo guardia blanco — adherido al bolchevismo, ese corresponsal de guerra citado a cada instante por la Prensa francesa, el autor de la «Chute de Pa-

# Las individualidades en la Revolución Española

**D**ICE un acreditado aforismo que «el genio, tarde o temprano se revela». En la Revolución Española, si hemos de rendir tributo a la diosa Verdad, no hubo más genio que el Pueblo. La Revolución Española fué rica en hechos heroicos y en ideas luminosas. Pero fué pobre, sumamente pobre, en individualidades de relieve. A todo lo largo de los tres años de lucha, no se registra la presencia de uno solo de esos fenómenos históricos o de leyenda capaz de electrizar, hipnotizar a todo un Pueblo. La ya creciente literatura inspirada en el caso español, dispersa en cronologías y glosarios, se halla inundada de nombres rimbombantes de los cuales no guardará memoria la Historia. Los ejemplares más logrados lucen una sola dimensión. No se trata de personalidades polifacéticas o multidinámicas.

La personalidad no es propiamente el héroe. El héroe se halla limitado, demasiado limitado por el sacrificio. Este sacrificio puede ocurrir al principio o al final de su carrera. En ambos casos, el héroe aparece y desaparece como un meteoro. El héroe tiene una misión definitiva: buscar el peligro, enfrentarlo, vencerlo o caer vencido. Si logra sobrevivir, está obligado a repetir la suerte hasta la consumación de su sacrificio.

La Revolución Española popularizó a Ascaso y a Du-

ris», he nombrado a Ilhya Erhenburg, que se había complacido en escribir: «Sólo son buenos los alemanes que han muerto», nos ha presentado una poesía de la que yo me reprocharía no recordar lo esencial para edificación de las generaciones venideras.

Es que era muy grande la tierra rusa.

Casi sin aliento, rogaba por todos.

Y todos los pueblos estaban seguros de que traía la cruz del mundo.

Y, lanzando sus miradas hacia el Oriente mudo, el Oriente pleno de angustia, de nieve y de primavera,

decían, llenos de lágrimas y llenos de fe:  
¡Avanza, tierra de Cristo!

Ha vivido, ha crecido, ha rogado y nada ha sido más grande que ella...

.....  
El sol de oro va a salir  
y resucitarán las iglesias blancas, las cúpulas [azules,

la piadosa Rusia.

Por Rusia, roguemos todos al Señor.

El culto del jefe es el embrujamiento en breve plazo de todo espíritu crítico, la puerta abierta de par en par a todos los compromisos, a todas las traiciones, a todas las negaciones. Es la quiebra de la revolución, de la ideología, y la liquidación, en el seno de un movimiento, de lo que tiene de respetable la dignidad del individuo.

Hem DAY

rruti, dos ídolos populares. Ascaso cayó fulminado ante los muros de Atarazanas durante la primera jornada. Durruti encontró la muerte en el frente de Madrid, unos meses después. El héroe siente la obsesión del sacrificio, es suicida por naturaleza. Su puesto está en la primera línea de combate. Su más grande imperativo es la acción. O mueren o se apagan.

La revolución asturiana popularizó también dos héroes: José María Martínez y González Peña. José María Martínez dejó la vida en el campo de batalla; González Peña sobrevivió a la derrota y a la represión. Ahora bien; el ciudadano González Peña vive todavía; el héroe González Peña yace enterrado. El héroe español tiene que morir, o no será jamás héroe.

Junto a estos héroes de un día, tres semanas o cinco meses, incapaces de sobrevivir a sus hazañas, existe una pléyade de héroes ignorados. Sus nombres no fueran nunca del dominio público; las necrológicas periodísticas y las órdenes del día militares no consignaron sus hazañas.

Pero no son éstas las individualidades que buscamos inútilmente en los anales de nuestra odisea. Reclamamos no al personaje de tragedia o de ópera, sino al genio creador, al artífice de pueblos y circunstancias, al cuerpo de múltiples dimensiones, al taumaturgo de carne y hueso, pródigo en recursos, capaz de resumir en sí a toda una época y forjar un destino.

Escojamos el ejemplo más saliente de nuestra lucha: la defensa de Madrid, y busquemos al personaje central. Llamémosle por su nombre. Este nombre tendrá que ser colectivo. Se llamará Pueblo. El Pueblo, y siempre el Pueblo, es el genio de los tres años de resistencia. Una resistencia a la que da realce moral el aislamiento, el bloqueo, el sabotaje, la indiferencia desdeñosa, la calumnia y el odio del mundo. Una resistencia empeñada contra todas las leyes de la estrategia militar, quizá contra las propias leyes de la lógica. Una causa sin más aliados que la razón, sin más armas para defenderla que el amor propio, sin más garantías de éxito que el milagro. ¡Cómo resplandecen estas verdades a estas alturas de la postguerra, cuya única virtud ha consistido en descubrir el rostro a la incontable cantidad de duendes, encantadores y gigantes a quienes se propuso hacer frente el Quijote español!

Frente al perfil maravilloso del Pueblo palidecen todas las personalidades de relumbrón, los llamados hombres públicos, los caudillos y los intelectuales.

Largo Caballero, el hombre fuerte del socialismo, sucumbió protocolariamente ante una crisis ministerial. El «Lenin español», el Júpiter tonante de los discursos incendiarios, el paladín antimoscovita, se inclina en acatamiento de la disciplina del partido.

Existe un estrecho paralelismo entre la personalidad de Negrín y la del «Dr. Llaunes». El «Dr. Llaunes» fué un tipo popular barcelonés que sirvió en su día de grotesca mascota a los estudiantes. Privado de su ascenso al doctorado a causa de una grave avería mental, ejercía una especie de cátedra ambulante en los patios universitarios y en las escalinatas de las Facultades. Sus ma-

nicomiales discursos eran subrayados por los fingidos aplausos de sus falsos discípulos provocando un alboroto de risas y chacotas que obligaba a intervenir a las autoridades. Llegado este caso, el infortunado «doctor» veía-se llevado en andas en procesión callejero, exhibido y vitoreado como un trofeo ridículo.

Los discursos de Negrin eran el hazmerreir de la famélica retaguardia. Su consigna de resistencia provocaba un ataque de risa en toda la línea del frente. El Pueblo reía y resistía. Reía porque la risa mitiga el dolor. Resistía porque estaba en su alma la resistencia. Pero como el «Dr. Llaunes», Negrin tomaba en serio la broma. Teníase por mestas cuando no era más que un bufón.

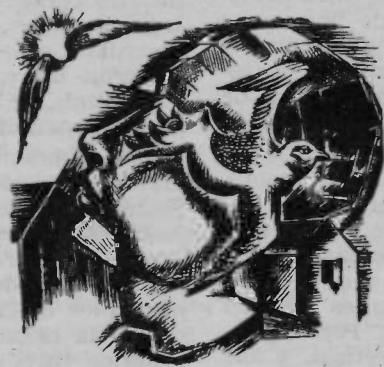
Indalecio Prieto fué siempre el estratega de las retiradas sin lucha. De estar en su mano la guerra no hubiera durado tres semanas. Sus actividades y discursos siempre estuvieron impregnados de una moral de derrota. Don Inda es uno de aquellos jugadores de ventaja que no pueden seguir jugando si tienen la certeza de perder. Antes de lanzar la primera parte calculan todas las jugadas, y si el cálculo les es funesto rinden inmediatamente la baraja. Es hombre no dado a creer en milagros ni en la importancia de los factores imponderables alteradores de todas las matemáticas.

Ningún político español ha podido ser objeto de tantas reverencias y adulaciones como Azaña. Su entrada en la escena política fué señalada como la aparición del

lucero del alba. En justa reciprocidad, el engrandecimiento de Azaña supo dejar en pañales al coro de sus aduladores. Los acontecimientos del 19 de julio, el espectáculo del Pueblo dueño de la calle, el béarru, la pública subasta de lumbreras y santones, acrecieron hasta el paroxismo su natural y concentrado rencor antipopular. El odio morboso de Azaña hacia el pueblo se basa en el caso omiso hecho por éste a su ungida personalidad. Herido en su soberbia y exento al mismo tiempo de virilidad para asumir la responsabilidad de un primer plano en una situación dirimida a cañonazos, consumió lo que habían de ser últimos años de su vida entre concentradas acumulaciones de bilis y epilépticos estremecimientos de miedo. Su vergonzoso testamento, «La velada de Benicarló», es la mayor pieza difamatoria que se haya podido escribir contra un pueblo.

La conducta de los hombres públicos, de los intelectuales, de los figurones en general, brilló constantemente por el defecto de abnegación, inteligencia, personalidad y dominio de las circunstancias. Si descartamos a un pequeño número de hombres de acción, entes dotados de una ola dimensión, en continuo forcejeo con el Pueblo, todo lo demás son apariencias, ficciones, ídolos fabricados por la propaganda, sin vida ni dominio propio, siempre medrosos y vacilantes, sin más perfil ni textura que el orgullo estéril y la vacua frivolidad.

JOSE PEIRATS



### REFLEXIONES

La rebeldía por la rebeldía es poco. A veces, la rebeldía mal usada, como la libertad mal empleada, conduce a aumentar por oposición el número y la fuerza del antagonista.

ALAIZ

# Federico García Lorca

## el poeta

## y su pueblo

### SEÑORAS Y SEÑORES:

**S** ENORAS Y SEÑORES: Ante todo quiero nombrar esta mañana a uno de los primeros miembros del Ateneo de Toulouse, que con tanto entusiasmo y de muchas maneras se esforzó para dar a conocer en este país la obra de Federico García Lorca. Me refiero a la persona de Albert Camus, y a su hermoso trabajo, casi anónimo, en la edición francesa de las Obras Completas del poeta.

Voy a hablarles en español, confiando en su indulgencia. No quisiera hablar de Lorca ni citar su obra en otro idioma que el suyo. Sobre todo porque creo que así se establecerá más fácilmente, entre el poeta y ustedes, su público de hoy, como decía el mismo Federico, «la comunicación de amor con otros en esa maravillosa cadena de solidaridad espiritual a que tiende toda su obra de arte, y que es fin único de palabra, pincel piedra y pluma».

El mismo buscó esta «comunicación de amor», esta «solidaridad espiritual». Recordándola es como se explica la unión entrañable que deseó entre el artista y su pueblo, y el cordial intercambio que logró personalmente en tantas ocasiones. Digase de una vez, Federico García Lorca no es hijo del pueblo, ni es escritor neo-popularista. Pero sí conoce, admira y ama las riquezas poéticas y las fuerzas creadoras de su pueblo; se inspira en él, discreta y conscientemente, al realizar su obra de escritor culto; quiere, por fin, hermanarse con él y ayudarlo diariamente con su trabajo, y en primer lugar a través de su labor teatral.

Su familia pertenece a la clase media granadina, por lo menos desde principios del siglo XIX. «Mi familia hizo crac en el siglo pasado — dice en una entrevista —. Ahora resurge otra vez». Efectivamente, don Federico, padre, se enriquece como muchos labradores de la vega con el cultivo de la remolacha, uno de los llamados cultivos industriales que se inician hacia los años 1890, por esa parte de Andalucía Alta. Vive primero en el campo, con su esposa y sus hijos. Luego se traslada a la capital de la provincia, a Granada, y, por fin, a Madrid; desde allí, como buen cabeza de familia, sigue administrando sus fincas. Este último he-

cho puede darnos idea de los recursos económicos crecientes de la familia Lorca.

«Mi infancia es aprender letras y música con mi madre — dice el poeta —, y ser «un niño rico en el pueblo, un mandón». Como niño mimado del pueblo, alterna con todo el mundo dentro y fuera de su casa. Se familiariza y compenetra con el habla y sensibilidad de los campesinos, abiertos, finos y relativamente cultos del Soto de Roma, antiguo latifundio del duque de Wellington, donde se sitúan las tierras familiares. Gracias a ellos, y a su padre, conoce muy pronto, y de modo ingenuo, el folklore y la tradición oral andaluza. Pero tiene otro contacto con el pueblo granadino, más íntimo, aunque en un plan de completa igualdad: recordará más tarde el importantísimo papel que tuvieron las criadas de la casa en su formación emocional, como en la de todos los hijos de la burguesía española.

Cabe subrayar, además, el espíritu, no digamos militante — ¡de ninguna manera! — pero sí hondamente liberal de la familia y especialmente del padre del poeta. Este se situaba en la gran tradición del liberalismo andaluz que sobrevivió al hundimiento de los movimientos republicanos de principios del siglo XIX, y cuyo símbolo granadino era la hermosa figura de Mariana Pineda. Don Federico tuvo, también, como íntimo amigo a un viejo y entusiasta militante republicano, don Antonio Rodríguez Espinosa, a quien tuvo la inmensa suerte de conocer en los últimos años de su vida. Este fué maestro de primera enseñanza del futuro poeta, y hasta lo tuvo en casa, en Almería, mientras cursaba el primer año del bachillerato en el Instituto de aquella ciudad. Hombre sencillo, generoso e inteligente, de clara y auténtica cultura, y enfrentado con los problemas materiales más punzantes del pueblo andaluz, tanto en su vida personal como por su labor de maestro.

En Granada, terminando el bachillerato, estudiando música y luego letras y derecho en la Universidad, Federico García Lorca entra en contacto con la burguesía más avanzada, artísticamente y, también, por sus ideas político-sociales. En el Centro Artístico, conoce a los jóvenes inquietos y vivos que están al tanto de la mejor literatura mo-

*He aquí el texto de la conferencia pronunciada por Mademoiselle Marie Lafranque, en el Ateneo Español de Toulouse.*

*Mademoiselle Lafranque, profesora, mujer de letras, gran hispanista, admiradora de nuestro García Lorca, no vaciló en trasladarse a España para estudiar de cerca la vida, la obra y la muerte de Federico.*

*En su estudio directo, fundó la magnífica conferencia dada en el «Cine ABC» de la ciudad Rosa cuyo texto ofrece gentilmente a los lectores de CENIT, en nombre de los cuales queda sumamente agradecida,*

LA REDACCION

derna española y extranjera, y que muchas veces critican la vida estancada y mezquina de la misma burguesía a que pertenecen. Los anhelos renovadores de estos muchachos cuajan en primer lugar en torno al gran periódico «El Defensor de Granada», ya famoso en tiempos de Ganivet. En segundo lugar, se agrupan espontáneamente alrededor de un joven profesor de derecho de la Universidad: el futuro líder socialista, Fernando de los Ríos, que pronto se hizo muy amigo de Lorca y de su familia.

Muy temprano, hacia los diecinueve años, Federico manifiesta en su obra escrita, su interés por el pueblo español y a veces su rebeldía ante la injusticia social. Al mismo tiempo, expresa quizá con cierta torpeza, pero con palabras muy claras, su concepto de la poesía.

Su primer libro en prosa, «Impresiones y Paisajes», reúne con algunas estampas granadinas, los apuntes de un viaje universitario de estudios artísticos que hizo por la alta Andalucía, Castilla y el norte de España. Habla con mucha piedad y tristeza de la gente misera del Albaicín: ojos melancólicos, caras demacradas, pena imborrable; y nadie puede dudar de su sinceridad, aunque no se libra del pintoresquismo y de un lirismo muy convencional. Describe la pobreza y el amodorramiento del campo castellano, de estos «atónitos palurdos sin danzas ni canciones», a los que se refirió años atrás en sus poesías, el sevillano Antonio Machado. Sobre todo, suena de modo inconfundible la pena y la indignación que le causa la visita que hizo a un hospicio en Galicia. Lorca recuerda la puerta del antiguo edificio y los niños que encierra:

«Esta puerta achatada y enorme de la entrada ha visto interminables procesiones de espectros humanos, que pasando con inquietud han dejado allí a los niños abandonados... Me dió gran compasión esta puerta por donde han pasado tantos infelices... y es preciso que sepa la misión que tiene y quiere morir de pena, porque está carcomida, sucia, desvencijada... Quizá algún día, teniendo lástima de los niños hambrientos y de las graves injusticias sociales, se derrumbe con fuerza sobre alguna comisión de beneficencia municipal, donde abundan tanto los bandidos de levita, y aplastándolos haga una hermosa tortilla de las que tanta falta hacen en España... Es horrible un hospicio con aires de deshabitado, y con esta infancia raquítica y dolorosa. Pone en el corazón un deseo inmenso de llorar y un ansia formidable de igualdad...»

Por la misma época, en uno de sus primeros poemas conocidos, escrito a mano, a modo de prólogo, en un ejemplar de las Poesías de Antonio Machado, Federico explica lo que representa para él la poesía: Es obra de amor y de piedad para con todas las penas y la insatisfacción del mundo; resulta, pues, dolorosa por naturaleza, ya que trata de expresarlas:

«... El poeta es un árbol  
con frutos de tristeza  
y con hojas marchitas  
de llorar lo que ama.  
El poeta es el médium  
de la Naturaleza  
que explica su grandeza  
por medio de palabras.»

Llega a una comprensión más honda y cordial que la puramente lógica e intelectual:

«... El poeta comprende  
todo lo incomprendible  
y a cosas que se odian  
él, amigas las llama.  
Sabe que los senderos  
son todos imposibles,  
y por eso de noche  
va por ellos en calma.»

Pero, además, la poesía es expresión y realización milagrosa, a su manera, de los anhelos momentánea o definitivamente irrealizables:

«... Poesía es lo imposible  
hecho posible. Arpa  
que tiene en vez de cuerdas  
corazones y llamas.»

Así expresa Lorca su tendencia de origen no teórica, sino concreta, personal y poética, a hermanarse con todos los seres, especialmente los más débiles, oprimidos u olvidados, para darles la voz y la vida real que merecen.

Su caudal poético se alimenta de dos fuentes estrechamente emparentadas, la infantil y la popular; pero siempre conserva el tono culto que le es más natural y trata de expresar anhelos y preocupaciones que él siente y conoce. Estas preocupaciones asoman, por ejemplo, en el humorístico poema primerizo «Los encuentros de un caracol aventurero». El ingenuo caracolillo, paseando entre las hierbas, da con un grupo de hormigas muy alborotadas que van zarandeando y maltratando a una compañera. ¿Cuál ha sido su culpa? Sencillamente contemplar las estrellas.

«... La hormiga medio muerta  
dice muy tristemente:  
«Yo he visto las estrellas.»  
«¿Qué son las estrellas?», dicen  
las hormigas inquietas.  
Y el caracol pregunta  
pensativo: «¿Estrellas?»  
«Sí — repite la hormiga —,  
he visto las estrellas,  
subí al árbol más alto  
que tiene la alameda  
y ví miles de ojos  
dentro de mis tinieblas.»  
El caracol pregunta:  
«¿Pero qué son las estrellas?»  
«Son luces que llevamos  
sobre nuestra cabeza.»  
«Nosotros no las vemos»,  
las hormigas comentan.  
Y el caracol: «Mi yista  
sólo alcanza a las hierbas.»

**Las hormigas exclaman  
moviendo sus antenas:  
«Te mataremos; eres  
perezosa y perversa,  
El trabajo es tu ley.»**

Este es el destino de los soñadores y los poetas en la sociedad de tipo burgués, utilitaria y cerril, simbolizada por el mundo de las hormigas.

En cuanto a la utilización de las fuentes infantiles y populares, no deja de ser discreta y alusiva, como se ve, por ejemplo, en «La balada de un día de Julio». El poema está hecho a base de diálogos parecidos a los de las ruedas de niños. Hasta lleva versos de canciones infantiles. Pero no es ninguna canción infantil, sino un símbolo de amor, trágico en medio de su fragante y melancólica poesía granadina, entre el tintineo de los esquilones que se oyen al principio y al final de la balada.

**«Esquilones de plata  
llevan los bueyes  
— ¿Dónde vas niña mía  
de sol y de nieve?  
— Voy a las margaritas  
del prado verde.**

Y para terminar:

**«Adiós, mi doncellita,  
rosa durmiente,  
tú vas para el amor  
y yo a la muerte.  
Esquilones de plata  
llevan los bueyes.  
Mi corazón desangra  
como una fuente.**

En 1918, Federico García Lorca, aconsejado y protegido por don Fernando de los Ríos se va a Madrid. Ingresará en la Residencia de Estudiantes, bajo el pretexto de estudios universitarios que pronto abandonará para dedicarse exclusivamente a la tarea de escritor. Durante diez años, hasta su marcha a los Estados Unidos, vive en parte allí y en parte en su casa de Granada. En este segundo periodo de su vida también se preocupa por el arte y la condición penosa del pueblo español. Al mismo tiempo, en el ambiente moderno y lúcido de la Residencia de Estudiantes, va completando su formación artística y ensanchando sus horizontes intelectuales. Aprende también a convivir de modo activo y cordial con los jóvenes intelectuales de izquierda. Allí se roza con el espíritu nuevo de los estudiantes de ciencias. Conoce ya directamente el arte culto y los artistas de su país, así como de toda Europa. Por la Residencia pasan no sólo los intelectuales, literatos y artistas más destacados de España, sino que también la visitan, por ejemplo, el famoso historiador alemán Frobenius, el joven y gran arquitecto suizo Le Corbusier, el poeta francés Paul Valéry y varios representantes de la última poesía parisina, desde Max Jacob hasta el joven surrealista Louis Aragon. En Madrid, además, Federico comparte las ansiedades de las capas burguesas liberales del país. Estamos en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera.

Para demostrar cómo sigue fundiendo en su poesía lo culto y lo popular, no pienso acudir a ningún poema de sus dos libros más famosos, escritos por aquellos años: «El Poema del Cante Jondo» y «El Romancero Gitano». Esos libros son muy conocidos, por lo que no hay necesidad de referirlos. El mismo Federico García Lorca, al dar una conferencia sobre su Romancero Gitano, ilustrada por la lectura de varios poemas, ya se negaba tarminantemente, por el mismo motivo, a leer su hermoso y conocidísimo romance de «La Casada Infiel». En cambio, escuchen ustedes dos poemas cortos más o menos contemporáneos de las dos obras citadas, sacados del libro «Canciones».

El conjunto está dedicado a un amigo de la Residencia, que por entonces estudiaba historia natural y pronto llegó a ser el famoso cineasta Luis Buñuel. El segundo poema va dirigido a Irene García, criada. Noten ahora, al mismo tiempo que la huella de la poesía popular andaluza, el desenfadado en el tono, la forma libre y flexible, y el humorismo discreto que señalan de modo inconfundible al poeta culto.

El primer poema dice:

**«RIBERENAS»**

**«Dicen que tienes cara  
(balalín)  
de luna llena.  
(balalán)  
¿Cuántas campanas oyes?  
(balalín)  
No me dejan.  
(ibalalán!)  
Pero tus ojos... ¡Ah!  
(balalín)  
... perdona, tus ojeras...  
(balalán)  
y esa rosa de oro  
(balalín)  
y ésa... no puedo, ésa....  
(balalán.)  
Su duro miriñaque  
¡Oh, tu encanto secreto!... tu...  
las campanas golpean.  
(balalín)  
lin  
lín  
lin...)**

**Dispensa..»**

La segunda poesía canta, con alegre ritmo de columpio:

**«A IRENE GARCIA» (criada)  
«En el soto,  
los alamillos bailan  
uno con otro.  
Y el arbolé  
con sus cuatro hojitas  
baila también  
¡Irene!  
Luego vendrán las luvias  
y las nieves.  
Baila sobre lo verde.  
Sobre lo verde verde,**



que te acompaño yo.  
 ¡Ay cómo corre el agua!  
 ¡Ay mi corazón!  
 En el soto,  
 los alamillos bailan  
 uno contra otro.  
 Y el arbolé,  
 con sus cuatro hojitas  
 baila también.»

Efectivamente, Lorca se apasiona por el arte y la sensibilidad popular, pero siempre situándose fuera de ellos. Esto hace al colaborar en 1922, en la fiesta del Cante Jondo de Granada, organizada por su gran amigo Manuel de Falla y otros artistas españoles para honrar y fomentar «el primitivo canto andaluz». Lo dice en la conferencia que da en Granada, unos meses antes, para preparar el acto. La poesía popular y especialmente la andaluza, es un gran ejemplo para el arte nuevo:

«Todos los poetas que actualmente nos ocupamos, en más o menos escala, en la poda y cuidado del demasiado frondoso árbol lírico que nos dejaron los románticos y los postrománticos, quedamos asombrados ante dichos versos.»

Pero no se trata de imitar el estilo del pueblo:

«Los poetas que hacen cantares populares enturbian las claras linfas del verdadero corazón; y ¡cómo se nota en las coplas el ritmo seguro y feo del hombre que sabe gramáticas! Se debe tomar del pueblo nada más que sus últimas esencias y algún que otro trino colorista, pero nunca querer imitar fielmente sus modulaciones inefables, porque no hacemos otra cosa que enturbiarlas. Sencillamente por educación.»

La labor artística y cultural de Federico García Lorca se desarrolla al mismo tiempo en el ambiente liberal de Granada y en el de Madrid. En Granada colabora con el grupo más avanzado del antiguo Centro Artístico, que crea en 1925 el Ateneo Artístico, Científico y Literario, bajo la presidencia de Fernando de los Ríos. El poeta da allí gran parte de sus primeras conferencias, reproducidas acto seguido por «El Defensor de Granada». Se esfuerza por publicar (y lo logra al fin, al cabo de dos años, en 1928) dos números de una revista literaria de vanguardia, «Gallo». Estos lozanos y elegantes ejemplares de «Gallo» se dirigen especialmente a una minoría intelectual y artística. Sin embargo, ya es un signo de trascendencia social y de sentido liberal, como fenómeno de cultura, por el mero hecho de salir fragante y «olorosa a tinta de imprenta — dice Federico —, perfume que temen los muertos de espíritu y odia la burguesía.»

En cambio, su teatro se enfrenta resueltamente

con el problema de las relaciones entre el artista y su pueblo y con las preocupaciones político-sociales más candentes. Por los años 20, Federico, al parecer, escribe casi todo su teatro para titeres al que a mi juicio cabe añadir, como perteneciente al mismo ciclo dramático, «Los amores de Don Perlimplín» y «La Zapatera prodigiosa». El argumento de este conjunto de obras tiene una finalidad concreta. Los protagonistas se casan — o los casan — por dinero, y por una apariencia de seguridad burguesa y van al fracaso completo, cuando no se rebelan en nombre del amor libre, espontáneo y total. Y ¿qué dicen los muñecos? Que en el teatro para el pueblo es donde ellos mismos se encuentran libres y pueden expresar la más honda realidad. He aquí el prólogo de «Los titeres de Cachiporra». Suena el tambor y habla el Mosquito, aéreo personaje de cuento de hadas que representa la compañía:



«...Yo y mi compañía venimos del teatro de los burgueses, del teatro de los condes y de los marqueses, un teatro de oro y cristales, donde los hombres van a dormirse y las señoras... a dormirse también. Yo y mi compañía estábamos encerrados. No os podéis imaginar qué pena teníamos. Pero un día vi por el agujerito de la puerta una estrella que temblaba como una fresca violeta de luz. Abrí mi ojo todo lo que pude — me lo quería cerrar el dedo del viento y, bajo la estrella, un ancho río sonreía surcado por lentas barcas. Entonces yo avisé a mis amigos, y huimos por esos campos en busca de gente sencilla, para mostrarles las cosas, las cosillas y las cositillas del mundo; bajo la luna verde de las montañas, bajo la luna rosa de las playas.»

La realidad más viva y poética, la que parece o es más bella, sorprendente y milagrosa, no puede vivir bajo el yugo del dinero y del miedo: lo dice el autor en el prólogo de «La Zapatera prodigiosa»:

«... El poeta no pide benevolencia, sino atención, una vez que ha saltado hace mucho tiempo la barrera espiritual de miedo que los autores tienden a la sala. Por este miedo absurdo y por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo o de que tres peces, por amor de una mano y una palabra, se conviertan en tres millones de peces para calmar el hambre de una multitud.»

(Continuará)

# La literatura de la guerra y la nueva era

## VI

### EL ARTE Y LA GUERRA; LOS VALORES MORALES

Consideremos ahora la literatura de guerra — a la que podemos añadir la pintura, la escultura, el teatro, el cine y la música de guerra — desde el punto de vista del arte, de su valor estético. Es sólo una tentativa, porque no encontramos una base firme para un debate acerca de este problema, si no queremos tratarlo tangencialmente o jugar con paradojas. No podemos «discutir» ni cuando un pensador, sociólogo y artista como Ruskin afirma bruscamente que «la guerra es el fondo de cualquier arte grande»; o «que el arte es casi siempre vinculado a las manifestaciones de la fuerza» y que sus temas preferidos son todas clases de luchas, las fantasías de los príncipes, las leyendas de los héroes» (Sorel); o cuando se afirma que la música «es el arte de los pueblos sojuzgados y favorece a los despotismos» (Laprade); o que «la aristocracia ejerce su influencia sobre el arte especialmente en su calidad de potencia económica» (Lalo). Se puede hallar en estas opiniones un grano de verdad, pero desde puntos de vista muy restringidos, y sobre todo, a través de ciertas ilusiones más bien dialécticas.

Nuestra convicción es que el arte y la guerra constituyen dos realidades distintas, sin correlación normal, puesto que tienen sus leyes y manifestaciones absolutamente opuestas. Si el arte — al que no definimos aquí — hubiera tenido alguna influencia buena sobre la mentalidad bélica, entonces no podemos explicarnos de ninguna manera por qué — a medida que el arte se elevaba desde una cumbre a otra, desde la belleza de las formas naturales a la belleza que exterioriza las intimidades espirituales más refinadas y complejas; a medida que se desarrollaban sus progresiones, rodeando al hombre con su mundo de creaciones idealizadas y exaltando en él los anhelos y comuniones universales — la guerra «progresaba» también en sus medios y fines, pero inversamente a los medios y fines del arte. Sólo podemos decir que las culminaciones creadoras del arte coinciden, es decir, se manifiestan casi simultáneamente con las culminaciones desastrosas de la guerra.

Tampoco podemos reconocer una buena influencia de la guerra sobre el arte. Por abundantes que nos parezcan las producciones artísticas en literatura, teatro, pintura, escultura, música, etc., después de una guerra, no podemos considerarlas como efectos directos, inherentes de la guerra misma. Salvo sus temas, no hallamos en esas producciones algo que pueda comprobar que la guerra ha contribuido con el despliegue de sus fuerzas, con sus terrores y sus «revelaciones místicas» al progreso del arte. La guerra no proporciona al arte una técnica superior; no insufla a los artistas grandes conceptos y visiones creadoras; no fomenta esas aspiraciones hacia la maestría formal y las conquistas supramateriales, ni pensamientos que abarcan las armonías universales. El «arte» que surge después de una guerra es, de hecho, la expresión alterada, prolija, disfraczada y verdaderos designios de la humanidad.

Igual que la literatura de guerra, que usa y abusa

de las palabras genuinamente humanas, falsificando su sentido, las demás manifestaciones artísticas que ostentan temas relacionados con la guerra utilizan los medios de expresión del arte original; de su técnica, que tanto contribuye a concretar y evidenciar los aspectos fugaces de la vida, animar las imágenes, las formas de la naturaleza y las visiones del artista en su afán de crear mundos superiores, mediante sentimientos e ideas que constituyen el fondo de la herencia transmitida de una generación a otra, pese a los destrozos periódicos de la guerra. Esta estorba al arte, refrena sus impetus le impone sus temas «extraordinarios», «gloriosos», pero convencionales y estériles. Solamente cuando el arte pueda desembarazarse de cadenas de la guerra, recobra su vitalidad, su potencia de clarificar las latentes y confusas aspiraciones humanas, retenidas en el corazón y la mente de los artistas durante los años negros de opresión política y constricción militarista.

Si buscamos a toda costa el valor artístico de la literatura de guerra (o de las plásticas «inspiradas» por la guerra) podemos estar tentados a menudo por ciertos aspectos grandiosos, deslumbrados por los espejismos de la técnica o por la tensión excesiva de la acción, y por los detalles insospechados de la pobre «condición humana». Puede ocurrir que nos estremezca el trágico de tantas hazañas individuales y los choques gigantescos entre ejércitos, el «heroísmo» que adquiere sentido y grandeza más bien por la interpretación del escritor o de los artistas que por su propia realidad. Volvemos a encontrar en estas obras algunas cualidades del arte anterior a la guerra: sus procedimientos formales, sus reglas y normas en la estructura y construcción, aplicadas en imágenes y escenas en las cuales el papel del hombre se reduce, en última instancia, a la derrota o la victoria, es decir, a la destrucción y la matanza del enemigo.

Si nos dejáramos arrastrar por las ilusiones estéticas, por la sugestión y hasta por el embrujo de estas obras, tropezaríamos entonces con la fórmula demasiado ostentada hasta ahora del «arte por el arte». Por sí misma, esta fórmula es un sinsentido, pero pone de manifiesto una grave confusión: muchos aprecian la literatura y las artes plásticas de guerra por su valor estético. ¡Es bastante refinada esta «estética pura», aristocrática, alógica y amoral! Pese a esta fórmula, las obras de arte inspiradas por la guerra ejercen, consciente o inconscientemente, su nociva influencia. Bajo bellas y grandiosas apariencias, persisten todos los horrores de la guerra, su infierno abrasado y ensangrentado, todo lo absurdo y lo inhumano de sus manifestaciones y los nuevos peligros que amenazan a las generaciones venideras.

Sería más conveniente aplicar al arte y literatura de guerra la fórmula contraria: «arte con tendencia», que parece tan arbitraria como el «arte por el arte», pero explica en cierto modo la finalidad de las mismas. Pues ¿cuál es el chauvinista o militarista, el demagogo o moralista oficial que no esté agradecido por el servicio, consciente o involuntario, prestado por literatos, artis-

tas, mediante sus obras consagradas a la guerra, obras abiertamente expuestas, alabadas y difundidas en todas partes por la propaganda temática, que facilita el «trabajo» pérfido e infausto de los dirigentes políticos y nacionalistas.

En efecto, la tendencia en esta clase de obras literarias y artísticas es demasiado evidente, por variados y diestros que sean los «trucos» del arte que las envuelven; y la tendencia, en estas obras, es mucho más peligrosa que su pseudoestetismo. Es desde este punto de vista que debemos juzgarlas y evaluarlas. Por sí mismo, por sus apariencias, el arte no ofrece criterios objetivos de evaluación, o, según la jerga de los filósofos, «juicios de valor». Los colores y las formas de una flor no pueden ser admirados sino como efectos o reflejos de realidades más profundas. Debemos observar también el tallo que la sostiene, las raíces que sorben la savia, la tierra nutricia; debemos pensar también en la semilla para la nueva generación, considerar la planta en su conjunto y descubrir las correlaciones con el medio ambiente — y dejarla cumplir su «ciclo» en el cuadro vivo de la naturaleza, y no arrancándola brutalmente, «marándola», y conservándola por algunos días en un vaso de agua o a lo más en un herbario, para una falaz admiración póstuma.

La literatura de guerra y aun toda la literatura y obras de arte no tienen otro valor que el que le atribuimos nosotros, el valor de nuestra propia reacción ante sus apariencias. Valen en la medida en que expresan o reflejan no solamente la realidad externa — imitación fría, belleza muerta — sino también nuestra realidad interior, personal, tan compleja en sus misterios y manifestaciones; en la medida en que hacen vivir, por doquier y en todo momento, el mundo siempre cambiante, siempre anhelante de nuestra alma; en la medida en que prestan voz a nuestros pensamientos callados; y en la medida en que, por el empeño vital que representan de la misma, nos ofrecen la oportunidad de elevarnos, de superarnos y aun de enriquecer la herencia del espíritu humano de la cultura universal.

La literatura — igual que todas las formas de «producción» cultural y artística — tiene antes que todo un valor «creador» para sus autores. Para el público — lectores, oyentes, espectadores — su valor es también moral. Por relativo y depreciado que sea este vocablo no podemos evitarlo. Lo afirmamos aquí en su sentido profundo, realista y de siempre. El valor moral está correlacionado a los valores humanos, a los anhelos de creación y progresión. Este es, en efecto, el primer criterio de juicio acerca del valor y la validez de las obras culturales y artísticas. Si lo aplicamos a la literatura de guerra, podemos convencernos de que ella es falsa, ajena a las condiciones de creación de una obra «viva». Esta literatura carece de valor artístico y moral — no es ni humanitaria, ni contribuye al avance de la cultura y el perfeccionamiento del individuo. Es sólo un reflejo artificial y generalmente alterado de la guerra, que trata de «espiritualizarse» de este modo.

Precisamente por esta falta de valor intrínseco — genuino, esencial — esta literatura es tan perniciosa. Porque no tiene valores propios, los toma de otra parte: de la humanidad real, que trabaja, padece y anhela entre tantas penurias, pasiones y errores; de su arte, del grande y verdadero arte, de sus obras geniales que la expresan, la superan o la idealizan. Y de este injerto

forzado resulta una literatura ambigua. Es un engendro híbrido, horroroso y prolijo, envuelto en apariencias nobles, dramáticas y cuyos artificios de forma y estilo, pueden satisfacer a menudo los caprichos enfermizos de los «decadentes» y «estetas». Por otra parte, con sus alardes educacionalistas, con sus arengas y prédicas políticas, nacionales y aun humanitarias (¡Justicia! ¡Libertad! ¡Fraternidad!), con sus disfraces y mimos patrióticos, cívicos, religiosos (¡La patria en peligro! ¡Unión sagrada!), puede atraer también al número, a las masas. Dóciles, empujadas por el rebenque de los malos pastores, las muchedumbres se dejan llevar hacia «los campos de honor», hacia los mataderos y cementerios de todas las venidades y todos los desengaños...

La guerra y el arte son, pues, dos realidades distintas, antagónicas, irreconciliables. El arte tienen en sí mismo, es decir en sus artistas, la «razón de ser», sus condiciones de creación y evolución que tiende a la perfección, pese a los impedimentos de una sociedad injusta y a los forzados compromisos y aberraciones en tiempos de guerra.

El arte, aún si se llama nacional, no puede ser restringido y opuesto de un modo agresivo a otro arte «extraño». Eso ha sido, sin embargo, una de las manifestaciones más penosas y vergonzosas del chauvinismo durante las últimas guerras. El arte es unitario: el color, las formas, los detalles son como la variedad de las flores armonizadas en un gran jardín. El nacionalismo en el arte parece más bien una mera etiqueta de procedencia. El verdadero arte no tiene capillas, celdas, tertulias aisladas. Su universalidad es la primera condición de su desenvolvimiento. Los grandes designios de la especie, los elementos del alma y la razón, de la unidad humana y cósmica — en el incesante flujo y reflujo del misterio y el conocimiento, de la vida y la muerte — constituyen la esencia común e imperecedera de todos los siglos, de todos los países y continentes. Lo nacional — mejor dicho: lo telúrico y étnico — puede diversificar y acentuar con los dones específicos de una colectividad o de una región, la belleza de las obras de arte, que nunca está separada de la «utilidad», la «tendencia», la «moral» o como sea que llamemos a su *valor vital*.

No vacilamos en la creencia de que el arte — que es a la vez ensueño, pensamiento y acción — volverá a su recto camino, aunque no vemos todavía, en estos años de confusión y violencia, una profunda y unánime renovación del hombre, en el sentido elevado de la creación estética. ¡El mismo, el individuo humano, debe convertirse — física, intelectual y espiritualmente — en obra de arte! No olvidemos el pasado. Perduran los recuerdos de algunos grandes siglos de realizaciones artísticas. Aparecerá, y no demasiado tarde, el genio de nuestro siglo, el Hombre-Artista, no en uno sólo, sino en muchos individuos (¡el *Homo faber* esclavizado, automática, robot y golem a la vez, ya existe, por desgracia, en millones de ejemplares!) Vendrá el Hombre-Artista que pueda concretar en sí mismo y expresar mediante sus obras estéticas las aspiraciones de esta humanidad tan puesta a pruebas, y que implantará, en el incesante correr de la eternidad, el testimonio de una nueva victoria de la creación lúcida, voluntaria y libre.

E. RELGIS

(Continuará)

# POSITIVISMO INTEGRAL

por Felipe ALAIZ



¿QUÉ es positivismo? Lo positivo es un concepto deducido de hechos, concepto opuesto y contrario a lo que llamamos negación en un sentido igualmente deducido de hechos. ¿Qué referencia segura puede servirnos para calificar con criterio de certeza lo positivo y lo negativo? Ninguna referencia como la realidad misma tiene valor probatorio. La referencia a la realidad es comprobable siempre.

Tenemos, por ejemplo, un ateo y un creyente. Los dos están infinitamente alejados en lo que se refiere a la convicción respectiva. Pero uno y otro han de estar de acuerdo acerca del horario calculado de un eclipse, de la influencia de la luna sobre las mareas y la circulación de la sangre.

Estos fenómenos naturales son perfectamente comprobables. La ciencia del experimento, única solvente, pone al alcance de los entendimientos estudiosos aquellos fenómenos. No hay persona de juicio que pueda ponerlos en duda, negarlos ni falsificarlos.

El creyente desearía atribuir a su fe — que no se funda en hechos comprobables, sino en suposiciones gratuitas, caprichosas y para él reveladas sin tener certeza de cómo ni a quién — el mismo valor de prueba que ofrece al alcance de todos lo que, igual ateos que creyentes, no pueden negar, falsificar ni poner en duda, esto es, los fenómenos comprobados.

El empeño del creyente es de imposible curso entre gentes razonables, como es fácilmente circulante entre las opuestas, creer lo que no se ve ni se puede comprobar.

No nos detendremos apenas en contradecir al fanático que cierra los ojos a la razón y afirma su creencia en misterios. Sabemos que los ojos son instrumentos maravillosos, que la técnica ha trabajado victoriosamente siglos y siglos para ensanchar el radio de visión aumentando la potencia de la mirada, hasta el punto de que ésta llega a escudriñar el sol con ayuda de la óptica. La espectografía marca en el cliché de un observatorio la calidad de un metal que arde en el sol y se analizan las manchas de éste para deducir preventivamente los más extraordinarios sucesos del sis-

tema. A ningún astrónomo se le ocurre encomendar su trabajo a las potencias supuestas, que según la teoría mágica todo lo disponen y regulan sin el menor esfuerzo ni el menor saber.

Nadie puede negar que el estudio de la física solar, y en general de la astrofísica, está en vías de conseguir, de manera comprobable también, la previsión del tiempo, la manera de reducir el rigor de las estaciones y el aprovechamiento de la energía solar, que revolucionará al mundo. Todo ello, coordinado con la Geología y la Meteorología, que llegan a calcular la clave de un torbellino y los temblores de tierra.

Pues bien: el sentido experimental de prueba que tienen los fenómenos apuntados, como la desintegración de la materia, que aplicada a la vida y no a la muerte podría suprimir de inmediato todas las injusticias humanas, es el mismo y «el único» que cabe atribuir a las cuestiones sociales, las cuales se debaten en una interminable discusión demencial porque generalmente no se estudian con referencias a la realidad, sino con referencias a la magia y a la abstracción, a la teoría sin experimentar.

En todo conjunto humano hay negadores y descontentos, resistentes y refractarios. Esto es evidente.

Su negación no tendría sentido si no se apoyara en la experiencia. El ser víctima de una injusticia no descubre esta injusticia como un capricho, sino como caos que nadie puede poner en duda. El patrono multiplica el rendimiento de un obrero por el número de obreros que tiene y el producto es un producto de cosas. O lo que es igual, que el trabajo forzado de hombres se convierta en un montón de cosas producidas. Como hombres no tienen para él la menor importancia. Antes y después de producir las cosas el operario no tiene intervención en la iniciativa, ni en la calidad ni en el destino de las cosas.

El hombre razonable que ve transcurrir su vida como una cosa y no como un hombre, se rebela contra la mentalidad adversa y trata de contrarrestarla. Bien. Está en su derecho. Más que derecho, lo que tiene es deber de ser antagonista irreductible.

Pero la rebeldía por la rebeldía es poco. A veces, la rebeldía mal usada, como la libertad mal empleada, conduce a aumentar por oposición el número y la fuerza del antagonista. La rebeldía efectiva ha de ser integral y racional, congruente y metódica, sin vuelta atrás.

La inmensa mayoría de los rebeldes que han formulado normas y programas que ellos creen congruentes con la propia rebeldía, lo han hecho en forma abstracta, en términos abstractos y con argumentos abstractos, teóricos.

Por un lado maldicen a los burgueses en ausencia de éstos y sin que a éstos mismos les importe nada la maldición. Entre ellos mismos se maldicen los burgueses y se atacan constantemente. Traman guerras para disputarse predominio y favor. Las dos contiendas mundiales últimas, han producido unos 20 millones de muertos, más un volumen de víctimas no combatientes. ¿De qué sirve maldecir a quien dispone de 50 o 60 millones de forzados para la guerra?

Después de la maldición, a la hora de procurar el remedio, a la hora que podríamos llamar de la verdad, se dividen y subdividen los maldicientes en tantas fracciones que cuesta trabajo contarlas.

La mayoría se acumula en el Estado abstracto, es decir, teórico. Millares de fórmulas se propagan entonces por los ideólogos para renovarlo todo. Luego resulta que el Estado no renueva nada. No maneja los instrumentos de trabajo para construir una carretera. Los manejan precisamente los que no tienen intervención en la iniciativa de la obra, ni en su destino o finalidad, ni siquiera en su solidez. Y así ocurre que el Estado tiene el control absoluto de todas las obras, incluso de las inútiles.

¿Por qué el Estado consigue su designio? Por la servidumbre voluntaria de los más, que han trocado su rebeldía en obediencia. Ya lo demostró La Boetie.

¿No hay, aparte de la servidumbre voluntaria y pasiva de los más, una resistencia de experiencia coordinada que sigue en la brecha con su pensamiento integral, capaz de conseguir avances tan evidentes que puedan sumarse a otros definitivamente conseguidos?

Hay casos aislados, pero no coordinados. Hay pequeños círculos evolucionados que se mueven con impulso positivo, pero en medio de la indiferencia general. ¿Por qué?

En primer lugar porque para un entendimiento descontentadizo y positivo, es decir, para quien no se deja sugestionar por los llamados acontecimientos culminantes — guerras, régimen que cambia de nombre pero no de mentalidad, informaciones de relumbrón, táctica alarmista de la prensa y de la radio, grandes reuniones de la diplomacia, que constituyen la más desvergonzada profesión de mala fe, etc., — para el hombre avisado, lo primero del mundo es el hombre. Lo más valioso, lo más importante que sale de una mina de oro, no es el oro, sino el minero. Y en general, interesa más que el hombre como tal, el profesional. El interés adverso a la cualidad del hombre como tal se ve compartido a menudo por el minero mismo o por

sus líderes, lo cual produce, al abandonarse la rebeldía integral, este hecho escandaloso: a medida que sube el precio del carbón disminuye el valor del minero en la vida corriente, es decir, disminuyen las ocasiones de aprovechar para la capacidad humana del minero el tiempo sobrante del trabajo porque no queda tiempo para lo que no sea extraer carbón.

En segundo lugar la expansión de ideas sociales no puede concebirse como eficiente más que de ser a ser, de conciencia a conciencia. Se va desvalorizando el hombre como tal, que todos los sistemas autoritarios dan importancia exclusiva a un conjunto de hombres «standard», en abstracto, como los consideran la ley electoral, que dice: un hombre un voto, dos hombres dos votos, todos los votos iguales, todos los hombres iguales, el fundador y el banquero, el sabio y el ignorante. Por ello la propaganda electoral no se dirige a hombres distintos, sino a hombres inventados, todos iguales y cortados por el mismo patrón, a hombres en teoría.

La expansión de las ideas ha de seguir camino opuesto, porque no hay hombres iguales. Uno es prioritario para la comprensión, otro retardatario. Uno posee un grado reducido de conocimientos, otro lo posee más extenso. Uno está deformado por el profesionalismo y el corporativismo, lo que supone emplear un tiempo precioso en demostrarle que hay siempre un más allá y que precisa partir de cero cuando se confundió el número 2 o el número 16 con el infinito. Otro está poseído de tan incommovible suficiencia, de tan susceptible y vanidosa credulidad, que se cree de vuelta de todo, suponiendo que su aldea y su oficio, su nacimiento o su raza, están por encima de todo, más allá del bien y del mal y en una montaña olímpica.

Todos los hombres, sin embargo, pueden ser sensibles a la relación individual con otro hombre. Esta relación (de tú a tú) es eficaz para que las ideas sean compartidas, pero con previa deliberación y contraste de referencias positivas y no por contagio, como pretenden los argumentos «standard» que frecuentemente se oyen a los oradores, los cuales cuentan a menudo con el oyente «standard», que sólo piensa en tal o cual fórmula ajena y poco menos que milagrosa para salir del paso.

En la intercomunicación de conciencia, no hay un hombre «standard» y junto a él otro hombre «standard», en serie con otros, sino que hay dos hombres distintos, que se complementan, se ayudan, se contradicen o veces se hermanan trabajando juntos en vez de oponerse el uno al otro con ferocidad. Y sobre todo, la sensibilidad de cada cual se meteoriza y tonifica con la experiencia común, de la que jamás se puede ni se debe prescindir. Las dos conciencias influyen cada una en otra recíprocamente con método y constancia. Lo que no consigue la propaganda «standard» de uno a tres mil oyentes «standard», queda conseguido de conciencia a conciencia en un sentido igualitario y ascendente. Las conciencias captan otras conciencias, éstas otras y la progresión partiendo de cero se establece de una manera congruente.

El ejercicio saludable de conciencia a conciencia, puede ser un diálogo del hombre con el libro. Pero hay que tener en cuenta el gusto de selección en la lectura, gusto que no puede adquirirse sin método para asimilar lo leído.

A este respecto, podemos aducir una opinión ajena, verdaderamente valiosa: «En España — dice el autor, como podría decir refiriéndose a otros países — de todo quiere hacerse pretexto para eludir el deber social. Ningún pretexto más pernicioso que el de fundar en el talento o en el saber un privilegio contrario a la regla común. El talento es don natural, que por sí mismo a nadie cualifica. La sabiduría está al alcance de quien la quiera o pueda tener. Basta estudiar para ser sabio, aunque el estudioso, larva de sabio, sea tonto. El talento y el saber se califican por la probidad o la honradez de su empleo. Consiste esta honradez en reconocer la deuda con la sociedad y abnegarse para servirla. Porque sin su apoyo y socorro, imperfecto el apoyo cuanto se quiera, muchos que se engríen de ser talentos, sabios o técnicos, y toman ocasión de ello para infringir las reglas elementales de la decencia pública, estarían destripando terrones. En España, las cosas de la cultura suelen tener pobre arraigo, aire de advenedizas, de ropilla dominguera, como en país colonial y desvanecen a los espíritus ligeros que con ella se adornan. La sabiduría, o lo que pasa por tal, corrompe a veces más que el dinero.»

Estas palabras condensan acertadamente el punto de vista de un observador inteligente. Cierto que la cultura presenta una base desordenada y separatista. Es una cultura superior inasequible para la generalidad, o bien tiene un aire de vulgarización apresurada, prendida con alfileres, sin principio verdaderamente metódico. Se dedica al hombre «standard» para que se la asimile automáticamente como otro hombre cualquiera, sin contradicción ni contraste, sin aporte de dudas ni de sugerencias, ciñéndose a lo escrito o dicho antes, también en sentido «standard». Refiriéndonos concretamente a la Historia, podemos decir que los historiadores se plagian y cuando no se plagian se contradicen. Pero en la contradicción no hay referencias a la realidad sino a un sentido frontal y oficial, uniforme y caprichoso, rebelde a veces a los textos que podríamos llamar legales, pero no deducido de hechos innegables.

Por ejemplo, si se escribiera la Historia de la Rueda, la evolución de este elemento civilizador, sus servicios a la vida del conjunto, sus aplicaciones al transporte, a todas las industrias y a todas las artes, tendríamos una visión parcial pero integral y positiva, sin vuelta atrás, de la rueda. La intervención de dinastías, pleitos y guerras veríamos que fué nula en la evolución de la rueda desde la sección cortada de un tronco a la dinamo, al exprés, al caucho, a los instrumentos de precisión. En todos los textos históricos la rueda figura episódicamente, superficialmente.

Es preciso, pues, aniquilar el sentido desorde-

nado y separatista de la cultura al uso para dar importancia máxima a la primera base de aprendizaje de mirar, de observar, de mejorar, de hacer, de completar, de analizar.

Los obreros tienen como una convicción de inferioridad en el terreno de la cultura, cuando si cada operario evolucionado se aplicara a describir o explicar lo que hace, resultaría un conjunto escrito de experiencias y razonamientos equivalentes a los textos de una carrera universitaria. Tiene el operario la base de **hacer**. Le falta la base de libertad para **seguir haciendo** con más eficacia y más ayuda ajena.

Esto puede conseguirse adaptándose a un esfuerzo de congruencia, más que entre su labor profesional y lo que puede inquirir, entre sus deseos de capacitación como hombre y el camino abierto por él mismo para seguirlo con fruto y estimulante rendimiento.

Siguiendo sus propias huellas, afirmándose en sus pasos para transitar por la ruta que él mismo despeja y hace atractiva la buena compañía, lo que hará es aficionarse y entusiasarse en pro del positivismo integral, que no necesita más aperitivos ni más estímulos que el avance conseguido por personal esfuerzo. La obra bien hecha, la obra de la propia capacitación humana, referida a realidades que dan ideas y no al revés (porque un hombre produce ideas pero las ideas no son capaces de hacer nacer un ser) consigue, rehuyendo todos los procedimientos «standard», adaptarse al estudio de la experiencia continuada y no de la ideología sin experimentar.

En la complejidad del mundo moral y del mundo físico, todas las ideas están experimentadas en principio en la realidad; y **posteriormente**, después, **no antes de la experiencia**, convertidas en normas ejemplares. Este es el sentido verdadero del positivismo integral.

Podemos decir que creemos en un mundo fraternal y pacífico. Podemos enunciar o emitir los propósitos más nobles de vida solidaria. Pero si no **nemos realizado** en nuestra intermediación, en nuestra familia, en nuestro medio de relación, trabajo y amistad un principio **comprobable** de avance, nos moveremos en el vacío, sea cual sea la etiqueta con que nos adornemos. No hay nada tan fértil como el positivismo integral, razonador, nivelado y congruente, que exige implacablemente atenerse a los hechos para deducir teorías fraternales. Podemos ser tolerantes con los hombres equivocados o embrutecidos por el ejercicio o el deseo de ostentar autoridad o dominio, pero no cabe flexibilidad de fondo con los hechos que están ahí a dos pasos para la interpretación fiel y que en definitiva, conservan y mejoran el mundo, que no vive de teorías sino de hechos coherentes, de trabajo útil, de fraternidad dispersa y de moral comunicativa. La cultura bien entendida, la base metódica, establece el vínculo más apropiado por sí mismo para aprender y enseñar, para mejorarse y ser indulgente sin perjuicio del integralismo.

# El pensamiento vivo de Han Ryner

No seas el oficial o el guardia al servicio de los demonios que viven del trabajo ajeno; no seas tampoco el prostituido cuyas gentilezas intelectuales mendigan al rico ladrón algunas migajas de su mesa; sé, por el contrario, valerosamente el hombre que trabaja para comer y que come para pensar y soñar.

★

Nadie debe obedecer más que a su propia conciencia.

★

La finalidad suprema de la vida es ser uno mismo, con sencillez e ingenuidad.

★

Nada se aprende en verdad más que de uno mismo.

★

La educación oficial es una apropiación de lo que no debería ser apropiado, la conciencia individual.

★

Si no lo vigilo, el amor por mis hijos cae en un despiadado egoísmo; pues me amo en ellos y, en ellos veo una manera de sobrevivir.

★

El crimen paternal siendo reemplazado hoy por el crimen social, infinitamente más completo y destructor; se roba al niño y se le roba al padre; y así la sociedad ladrona entrega el niño a los seres más nulos, más amorfos, a aquéllos cuya individualidad está absolutamente muerta, al profesor y al sacerdote, esos montones asfixiantes de tradiciones y prejuicios.

Si yo quiero arrancarte a los otros no es para conducirte a mí, sino para entregarte a ti mismo.

★

Escapa al gregarismo social, no seas un ser relativo, un instrumento, un engranaje, un rol en un drama que tú no has escrito; sé un todo y entonces podrás ser tú mismo; de lo contrario, la educación comenzada por los artificios del liceo será comenzada y agravada por lo artificial de la profesión y de la carrera.

★

Yo no puedo decir más de lo que Apolo dijo a Sócrates; el solo precepto real y positivo, y que yo no he inventado, es el que se encontraba esculpido en el templo de Delfos: Conócete a ti mismo.

★

Felizmente cada hombre no tiene que vivir más que su propia vida.

★

En el mundo hay muchos Sanchos de grueso vientre, que siempre cierran los ojos y van subidos en su asno, la opinión común.

★

Nada hay superior al hombre que tú eres; sé útil a ti mismo, hombre de quien conoces mejor las necesidades y sobre quien tienes más influencia.

★

Cada uno solamente puede construirse a sí mismo.

★

El amor es solemne y sencillo como todo lo que es natural, el gesto que transmite la vida es hermoso como los gestos que conservan la vida; sí, es hermoso y solemne amar en la juventud, como es hermoso y solemne recoger un fruto cuando se tiene hambre, como es solemne y sencillo llevar, en el beso de la cuenca de las manos, el agua a una boca que tiene sed.

★

No te arrodilles nunca y mantente siempre de pie con firmeza.

★

La belleza es interna y no externa y para ser gozada no tiene necesidad de ser vista.

★

Las máximas de Epicteto son más hermosas que los Evangelios; su buena nueva no se basa en esperanzas insensatas; el reinado que nos ofrecen es el de nuestra voluntad, no el de los cielos hipotéticos; están exentas de todo charlatanismo y no tratan sobre milagros.

★

Cuando hablo me esfuerzo en decir mi pensamiento con exactitud; me aplico en hablar justo y no en hablar fuerte.

★

Vivir como debes es la sola manera de enseñar a vivir.

★

Yo hablo para los que tienen orejas, aunque sepa bien que las orejas son raras.

★

Seducir, es siempre engañar.

★

El sabio carpintero no es el sofista que con elegancia habla del cepillo y de la sierra, de la madera cepillada o de la madera serrada; el que sepa cepillar y serrar puede balbucear o ser mudo: pero es más sabio carpintero que todas las elocuentes sirenas.

★

El sabio escultor no era aquel Górgias que con palabras ritmadas podía elogiar al cincel y a la obra del cincel, cantar a Fidias y a su Júpiter Olímpico; al contrario, era el mismo Fidias que podía esculpir al Júpiter Olímpico.

# MITO Y META

**A**UNQUE al autor de estos breves ensayos no le gusta meterse en camisa doctrinal de once varas va a hacerlo ahora a la intención de unos compañeros que le señalan carentes de facultades y de gusto para afrontar resueltamente los arduos problemas críticos que plantea nuestra ideología en el plano filosófico y social.

Más que de facultades (que tampoco abundan) es sobre todo cuestión de voluntad. ¿Para qué va uno a meterse en el terreno que siempre hubo viejos labradores que con la pluma y la palabra hicieron de las ideas magníficos planteles que nadie ha logrado superar hasta hoy? Para pisotear los surcos y tronchar las espigas más vale quedarse quietecito en la linde. Porque hace más daño el ignorante metido a filósofo que el filósofo que, por inversión, se convierte en tirano. Aquél es susceptible de sorprender la buena fe de millares de gentes sencillas que terminan despreciando la hermosa desnaturalización, y por no creer en nada mientras que el tirano no engaña a nadie, durando su euforia tanto como le permitan el iracundo esplendor de sus crímenes y vilezas.

Y vamos al grano; un grano pequeño como es el cuadro asignado deliberadamente a estos ensayos y porque, además, alguien dijo, con mucha pupila que «lo bueno y breve dos veces bueno».

★  
El sabio filósofo no es el que habla con elocuencia de la virtud y no la practica.

★  
La buena voluntad es la sola virtud y la sola victoria; el ejemplo es la sola lección eficaz.

★  
La sabiduría es el arte de vivir como un Hombre.

★  
Si comer es una necesidad, producir el equivalente del alimento que se come es un deber.

★  
Desprecia a la ciudad (1) gracias a la cual el hombre sigue siendo una bestia mala; desprecia a la ciudad, que impide al individuo armonizarse consigo mismo.

★  
Hay quien se imagina que el trabajo manual, es decir, el trabajo natural, el que no es esclavo de máquinas esclavizadoras, el que ignora los juguetes reclamados por los grandes niños en nombre del lujo y de lo confortable, pero que siembra y cosecha los solos productos indispensables, es hostil al pensamiento.

(1) Entiéndase este vocablo en el sentido que le daban los griegos antiguos.

El mito es una especie de obsesión, de idea fantasmagórica que anida en la mente del hombre desde que el hombre no era hombre. Los mitos cavernícolas, los mitos religiosos, los patrióticos, los mitos sociológicos. Paralelamente a la evolución de la especie humana se ha ido desarrollando la idea del mito cubriéndose con el tinte más apropiado a cada estadio de civilización. En nuestro tiempo se ha hecho «progresista», obrerista, revolucionaria. Grandes multitudes sugestionadas por la entusiasta demagogia del siglo creían indiscutiblemente que la revolución manumisora estaba detrás de la puerta. Los poderes anacrónicos se hundían. El Estado, la Iglesia, la burguesía eran cosas decrepitas fatalmente condenadas por la historia a desaparecer ante nuestros ojos. Y sólo faltaba dar la orden de insurrección en todos los países para que sobre las ruinas de la sociedad autoritaria se elevara la maravilla soñada por los grandes precursores de la humanidad. A Godwin, a Kropotkin, a Stirner, a Malatesta y a Mella se les atribuyen conceptos y lirismos que no habían concebido nunca. Era la fiebre del sueño mítico. La multitud pisoteaba, con razón, los milagros divinos pero admitía, sin pestañear, los del hombre convertido en santo nihilista. La acción y el deseo eran suficientes para alcanzar todos los fines por altos que estuvieran. ¿La Ética? ¿La Cultura? ¿La Técnica? ¿La Reflexión? ¿La Ciencia y la Conciencia? Eso vendría después. Y lo que llegó fué el fenómeno autoritario del bolchevismo ruso, el fascismo, el nazismo, y la pérdida irreparable de la Revolución Española, que era la esperanza postrema del siglo en un mundo auténticamente mejor.

El mito había puesto alas a la voluntad de los hombres, pero les privó de los elementos naturales precisos para alcanzar y vivir en las cumbres. O mejor dicho: el mito les había desviado de la meta... La meta de los idealistas, de los revolucionarios de corazón y cerebro estará lejos, muy lejos, pero ellos la acercan más que nadie en las dilatadas planicies de la evolución histórica. Una meta no se alcanza antes por ir más deprisa sino por haber dado pasos certeros y por la circunstancia de saber escoger inteligentemente, serenamente, reflexivamente, el camino más recto.

Es evidente que el complejo mundo de hoy es más reactio que ninguno a las altas conquistas sociales y morales proyectadas hacia el mañana. Su entraña estadística, multitudinaria consecuencia natural del fenómeno ruso triunfante, representa un obstáculo inédito de extraordinarias proporciones. La necesidad de vencerlo exige un doble esfuerzo que quizás no tuvieron que desplegar las ilusionadas generaciones que nos precedieron. Pero a juicio mío cuanto más lejos de nosotros se halle el mito más cerca estamos de la meta, ide nuestra meta!

CONRADO LIZCANO



# JUSTICIA Y DERECHO



A expresión de estas ideas heréticas ha de chocar con las ideas tradicionales que son aceptadas por la rutina pseudo legalista.

Sin autoridad se aborda este tema que parece estar reservado sólo a los juristas.

No obstante, todos sufrimos la norma y estamos sometidos a las leyes que promulgan los que se sientan cómodamente en los sillones de los congresos nacionales e internacionales... para mal de todos.

Hay quienes disertan doctoralmente sobre «Filosofía del Derecho» y sobre el comportamiento del hombre ante las leyes.

No se puede negar la influencia de lo económico en el origen del Derecho para regular el teje-maneje de los negocios.

Desde que los hombres se conglomeraron en ciudades más o menos extensas, desarrollaron su tendencia a la rapiña y a la explotación de sus semejantes bajo el manto del comercio, que es el robo legalizado por la justicia codificada y simbolizada por la balanza y la espada.

Quiere decir que no hay justicia que acabe sin violencia y menos equidad. Entiéndase bien que si justicia y equidad parecen ir juntas, lo cierto es que la justicia legalista se funda en el derecho de reconocer a cada uno lo que le pertenece, «dar a cada uno lo suyo».

Así, ya se entra de lleno en el galimatías de los intereses encontrados, de las luchas del egoísmo y de la tendencia de los «fuertes» a preponderar, para despojar a los «débiles» del derecho natural de vivir sin coyundas.

Los astutos e inteligentes para su propio provecho inventaron los símbolos de la mística bajo la apariencia de un origen teológico, a fin de que la masa acatase la magia de los dirigentes y de los aprovechadores de la riqueza natural y de la creada por los artificios de la industria creciente.

Esta es la justicia que, a través de las vicisitudes, no ha hecho más que los horrores y errores en que estamos sumidos todos los que caminamos en esta tierra amojonada por los mandones que, a fuerza de látigo y de represión, han obligado y siguen obligando a los resignados a construir esta máquina absurda de la civilización y el progreso.

La equidad raramente se invoca, porque ella presupone igualdad económica y respetar las posibilidades de todos para vivir y prosperar aisladamente o en colaboración.

«Vivir y dejar vivir», tal es el incentivo racional que naturalmente debería acatarse, puesto que en él está la verdadera armonía posible a la que se oponen tenazmente, por la sugestión y por las armas, todos los «maestros» de este estridente des-

concerto que nos hace perder la razón y nos muestra claramente que el mundo es un manicomio suelto, en el que se cometen las mayores atrocidades.

## No es necesario enumerar los crímenes y las aberraciones sociales.

Basta con acusar a la desigualdad económica y a la autoridad de cualquier forma de ser los principales fautores del desorden existente en la convivencia.

Mas este desorden real se enmascara con todas las apariencias de un orden perfecto. Y así desfilan en el macabro espectáculo social los hombres uniformados de todas las clases que guardan el aparente equilibrio por la represión.

Para los que razonan imparcialmente, no son precisamente los uniformes exteriores los que degradan a la especie. Lo grave es evacuar lo que se lleva en la inteligencia averiada: uniforme de prejuicios, mentiras, hipocresías, convencionalismos, intereses contrapuestos, que forman el caudal contraproducente transmitido por la educación, la instrucción y el medio ambiente.

No es extraño, por tanto, que las inteligencias moldeadas por las peores tradiciones autoritarias, antivitales, se expresen en todo lo uniforme y rutinario de la existencia social, que se afirma más y más con el desarrollo de la violencia organizada para conservar ese orden que tanto se parece al orden de los cementerios.

Contra los que obedecen, sin análisis, norma social, basada en el derecho sancionado por la justicia leguyesca, se levanta la razón para afirmar que los elementos naturales, en todos sus aspectos telúricos, influyen en el modo de comportarse el hombre consigo mismo y con los demás.

«Dime lo que haces y te diré quién eres». Siempre valieron más los hechos que muestran la conducta humana, acendrada en la ética individual que todas las prédicas y admoniciones doctrinarias. En la dialéctica del absurdo convivir, por la sugestión se moldea a los temperamentos débiles y obedientes a la norma jurídica y a las funestas normas sociales:

El hombre se desenvuelve en un círculo muy reducido de ideas flotantes en el ambiente; es muy difícil que salga del mismo cuando no tiene un propio interés para intentarlo.

Por ejemplo, el rico no acepta que se aprovecha de una flagrante injusticia, aunque jamás haya trabajado útilmente para adquirir y acrecentar su fortuna.

El sentimiento de justicia es muy débil o nulo cuando tiene que enfrentarse con el interés particular dominante, que quiere a toda costa conservar su privilegio.

Es un error afirmar sincera o solapadamente que hay «una justicia inmanente» y que ella ha de realizarse por la sola fuerza objetiva y aun contra el deseo de los hombres injustos.

El ideal de la ley sería la exacta expresión de la justicia. Mas la ley, en su esencia, no puede ser justa, porque es general y su aplicación se refiere a casos particulares de gran complejidad.

La oposición entre el derecho legal y el derecho natural es evidente. ¡Cuanto más grande es el derecho, tanto mayor es la injusticia!

En la práctica, las leyes representan el interés de los fuertes y en modo alguno el interés general.

El siniestro aparato de la justicia es, sobre todo, una máquina para engranar o aplastar a los desheredados del poder, en el que pululan ladrones y asesinos en potencia. El rico raramente se sienta en el banquillo de los acusados.

Las ideas de justicia y libertad han presidido la constitución de los estados democráticos y en nombre de ambas se han hecho y se siguen haciendo las tramas revolucionarias y aún las guerras.

Hasta ahora, la justicia ha sido derrotada y la libertad continúa siendo un mito que se aviene a la scomponendas de lo que se tiene por «libertades políticas».

#### **Los fuertes y los astutos siguen organizando la injusticia en su propio provecho**

La joven burguesía considera caduco el débil respeto que antes se tenía por las ideas de libertad y justicia, clasificadas hoy como románticas.

Exacerbada la lucha de clases, se mantienen los privilegios y se sigue explotando a las masas, ya no en virtud de un derecho falaz, sino por la fuerza desenfrenada, sin escrúpulos y con el escamoteo de las leyes de previsión social que, en su aplicación, resultan de real imprevisión.

Está en pleno auge la mística del fascismo, del totalitarismo estatolatrá, de las dictaduras descaradas y cínicas y de las encubiertas por el pingoso hábito de las democracias, incluso la soviética que quizá ganará a todo el mundo para uncirlo a su carro triunfal de bárbaro imperialismo.

Este triunfo de la filosofía de la fuerza, escarnio de la verdadera filosofía, es un desastre que se extiende a toda la humanidad supercivilizada, que conducirá a la guerra total de estas guerras parciales que acaecen y que terminarán por las más atroces depredaciones, trasladando acaso el cetro de la infelicidad a manos de los grupos más salvajes que aún existen en esta tierra que se hace inhabitable. Pudiera ser que por esta razón de la sinrazón, el hombre de la técnica siga explotando y avanzando en la conquista del cosmos para ver si descubre otro mundo en que pueda sobrevivir, o para llegar, sin otra alternativa, al suicidio colectivo de la especie enloquecida o enajenada.

Nada de profecías apocalípticas y si la realidad de la angustia actual. No hay condenación ni salvación inapelable; nadie sabe las fuerzas imponderables que pueden influir en bien o en mal para que la humanidad siga existiendo.

La verdad relativa parece hallarse al lado de los

escépticos, que no son ilusos, ni creyentes y escudriñan las causas y los efectos de los conflictos. El mayor escepticismo es de observación imparcial ante los fenómenos, con amplio horizonte racional no autoritario, antidogmático y desobediente a todas las doctrinas metafísicas y también a las que pretenden encauzar a la humanidad por medio de la técnica impuesta para la automatización social, que sería un nuevo pináculo de la esclavitud del hombre.

El tema del Derecho se presta a la erudición, después de haberse desojado escudriñando una accidentada montaña de tratados especiales sobre la historia real y la imaginada por los filósofos antiguos y modernos.

Un análisis desinteresado, desprejuiciado y, por tanto, libertario, puede contradecir, con razones invulnerables todo lo que contribuye a hacer malas las relaciones humanas.

Hay esta declaración de principios: «El derecho universal, inmutable, origen de todas las leyes positivas, es la razón natural que sirve de gobierno a los hombres».

Los juristas distinguen el derecho natural por oposición al derecho positivo. Las lucubraciones al respecto son múltiples, como los filósofos que las han concretado. Y sigue la dificultad de determinar lo que es o no conforme al derecho natural.

Las concepciones filosóficas y morales obedecen en gran proporción a las transformaciones sociales en las diferentes épocas históricas. Se producen grandes divergencias por razones económicas y de ahí la confusión de tantos proyectos y reformas en los que no es posible hallar el derecho natural. Tampoco ha sido posible, en condiciones tan accidentadas, redactar un «Código de leyes naturales» para guiar a todos los legisladores de todos los tiempos y de todas las naciones en su aplicación jurídica.

El concepto de «leyes naturales» es arbitrario y se basa en prejuicios. Sólo hay condiciones variables de fenómenos, que se repiten y no son eternos y se modifican por otras condiciones igualmente relativas y no absolutas.

Así actúan las fuerzas de la vida acciones, interacciones y reacciones.

Negar el derecho natural no es negar a la razón, sino reconocer la imperfección de ésta. Es asimismo negar los presuntos principios naturales sintetizados en el «derecho divino», en el derecho monárquico, en el derecho de los pueblos y, en suma, en todos los derechos autoritarios, en cuyo nombre se arrastró y se lleva a los hombres a matarse, después de luchar en el cúmulo de sus contradicciones. A la vez se repudia la legitimidad de las tiranías, de los despotismos, de las dictaduras que se apoyan sobre la idea divina o sobre un supuesto consentimiento de individuos, de grupos o de sectas.

Los juristas, como buenos enredadores, afirman que existe una ciencia moral con muy estrechas relaciones con el derecho. Sin entrar a definir la moral y menos tratándola como ciencia, se la pue-

de considerar como el conjunto de ideas, prejuicios y pasiones que conciernen a la conducta de cada uno ante sí mismo y ante los demás.

Los partidos que dicen defender el orden, la moral, la fe debida a los pactos contractuales de la nación en que viven, se creen obligados a proteger con toda su fuerza a la horda de aventureros y de especuladores capitalistas que se amparan en el derecho consuetudinario.

Lo más elemental de la moral llamada social se hace chocante; el público observador, ante este inno-ble espectáculo de subversión de la norma jurídica, se acostumbra a pensar que ya no hay ni leyes morales, ni leyes sociales que puedan evitar las más cínicas especulaciones; cada individuo se esfuerza por obtener una parte del botín, con mayor hipocresía que hace miles de años, pero con un egoísmo y una brutalidad acrecentados en esta lucha por la riqueza. El derecho que protege esta acción perenne es todo lo contrario a lo que dice la moral.

Todas las reformas del derecho en una sociedad de clases se estrellan ante la muralla que resguarda los juicios de los tribunales.

Si el observador desinteresado e imparcial aborda el derecho positivo, comprobará que derecho y utilidad social, en todas las legislaciones antiguas y modernas, no se confunden y hasta se oponen entre sí.

Las reglas del derecho han sido creadas frecuentemente por el interés de una pequeña minoría; o de uno solo, y no por la utilidad general; han servido como medio de opresión a los sacerdotes de todas las religiones y a los monarcas.

Antes y ahora, los prejuicios religiosos y sociales, traducidos en leyes, van contra el bien general y hasta contra el orden público.

#### **Las sociedades antiguas no tuvieron noción del derecho individual**

Los grupos familiares y sociales obedecían a ciertas reglas transmitidas por la tradición que tenían carácter religioso. Toda rebeldía contra estos principios se consideraba antídívina y era castigada con la muerte, asegurándose así la dominación de casta, familia o jefe. Esta dominación es absoluta en la familia antigua y el jefe tiene sobre todos los miembros del grupo el derecho de vida y de muerte. La mujer y hasta el hijo mayor no tienen derecho alguno.

El ramaje del frondoso árbol del derecho, que ensombrecen todas las actividades sociales, demuestran que hoy, al igual que hace dos o tres mil años, siguen en vigencia las costumbres, rutinas y prejuicios como obligaciones que imponen las leyes.

Bajo una forma más atenuada, con la hipocresía de una civilización menos brutal en apariencia, el cerebro humano conserva la noción bárbara de la autoridad en sus diversas formas.

Las costumbres hacen leyes y también las leyes forman las costumbres, o la moral. Y siempre el ser humano sigue sometido a imposiciones inexplicables e injustificadas por los sentimientos de justicia y de utilidad general, que tienen su ori-

gen en la voluntad del más fuerte, en el temor, o en el misterio de las fuerzas naturales que engendraron la superstición religiosa.

De la moral vigente, que cohabita con toda clase de prejuicios antibiológicos, nacen las costumbres del sometimiento individual a la función de las leyes... ¿Para qué sirven, si no, los textos legales que no se imponen por las costumbres?

Los juristas pueden afirmar doctoralmente que las leyes pueden ser aplicadas con estricta justicia, mas los parlamentarios legisladores desmienten los hechos, ya que sus proyectos legislativos no buscan el bien general y sí la satisfacción de los intereses de una u otra categoría de sus electores.

No obstante, todos los esfuerzos de conciliación y todas las previsiones indican la confusión del bárbaro sistema jurídico, que no pueden evitar las solemnidades académicas con todas sus brillantes disertaciones en que el sofisma impera por excelencia. El legislador es impotente frente del caudal de hipótesis que pueden presentarse en la interpretación práctica de las leyes, en cuya aplicación de deberes y derechos cunde la más oscura incertidumbre.

En todo caso, es la costumbre la que rige en la reglamentación jurídica, porque la interpretación literal de los textos es el pretexto para adoptar soluciones provenientes de los prejuicios del medio social.

Por encima de las leyes escritas existen principios, que son los «adagios del derecho» y se consideran vigentes en jurisprudencia, ya para interpretar los textos o bien para completarlos.

La autoridad de estos anacrónicos principios jurídicos forman la base de lo que se considera «cultura jurídica» y de la enseñanza en la Facultad de Derecho.

El derecho escrito, el «promulgado», parece que no puede separarse de tales principios caducos... La costumbre y la tradición gobiernan al mundo, es decir, lo des gobiernan.

Es abrumador todo el fárrago de leyes, códigos, reglamentos y decretos que forman esa selva en que se pierden los hombres de leyes.

Para el hombre racionalista, que busca la claridad y el análisis que convenga a toda la humanidad, es incomprensible cómo puede haber aficiona-dos a seguir esta carrera en que se pierde el juicio crítico.

Sin la menor intención de ofender, cabe señalar esta extraña vocación a los estudios laberínticos de la jurisprudencia para obtener un título y poder actuar en los lios sin fin de las contradicciones sociales, que las leyes complican más cada día.

El hombre que maneja las leyes se nos aparece como un ente «solemne» que pierde la sonrisa irónica, que es la sal de la vida, para enfrascarse en el derecho humano que procede del derecho divino.

Esta espontánea digresión afirma y no contradice estas glosas desenfadadas, que sin duda merecerán la repulsa de los «sensatos» que no se separan teóricamente ni un ápice de la norma que rige las pésimas relaciones humanas... ¡Monumento de

monstruosidades que las leyes sancionan para mal de todos!...

Y volviendo a la selva del derecho escrito, que establecen las «malas costumbres», se puede aludir muy someramente a las divisiones o clasificaciones de los diversos derechos.

**La primera de estas divisiones se refiere al concepto nacional y al internacional**

En lo nacional rigen las reglas legislativas fundamentadas en la tradición y en los preceptos religiosos. En lo extranjero no existe otra regla que la del más fuerte, o sea el estado de guerra permanente.

Con la evolución económica se forman los principios jurídicos aplicables al extranjero, sin los cuales todas las relaciones comerciales y todo el intercambio no hubiesen sido posibles.

Lo que concierne a los intereses de los individuos pertenece legislativamente al derecho privado. En relación existe el derecho público que reglamenta o pretende reglamentar las relaciones entre naciones por sus intereses generales. No obstante, todas las organizaciones legales e internacionales no han podido impedir que unas naciones se lancen contra otras para matarse y hacer triunfar de este modo funerario el «buen derecho» invocado por los gobiernos civiles o militares, monarcas absolutos o parlamentarios.

El derecho internacional público codifica las leyes de la guerra, que son violadas indistintamente por los bandos beligerantes. La barbarie cambia de forma y busca pretextos falaces. La guerra de antaño oponía hombre contra hombre, como en la selva primitiva donde la bestia buscaba su alimento. La guerra de nuestros días supercivilizados organiza y autoriza el degüello y el aplastamiento en masa por todos los medios que la ciencia ha podido hallar para hacer respetar, ¡oh, sarcasmo!, el presunto derecho de los pueblos.

El derecho nacional se ramifica también en derecho público y privado. El derecho público comprende el constitucional, que es la organización general del Estado; el administrativo, que dice regular los intereses particulares con los que establecen las leyes, y el penal, que condena al que contradice con hechos y aun con palabras al orden público y viola las disposiciones del engranaje autoritario, por cuya conservación y mantenimiento velan los que viven del presupuesto, en el que pululan todos los parásitos sociales y devoran las energías de los que trabajan en algo útil para el humanismo acendrado por la razón, del que todos deberían participar para la verdadera cooperación biológica, que se define como una participación total de la producción de la riqueza y de su distribución igualitaria.

Se distingue así esta proposición del dualismo tan en boga de dividir al hombre en cuerpo y al-

ma, materia y espíritu, que, en vez de solucionar los conflictos, los agranda y los hace vitalicios. Se alude a la verdadera riqueza que armoniza y hace más sano y más razonable al individuo, lo que se lograría suprimiendo muchos artificios y aplicando la ciencia y sus técnicas al mejoramiento y a la extensión de la vida individual y social, sin los terribles choques a que eponen los intereses contrapuestos y sí con el interés común a nuestra especie.

Concretando es sabido que hay una acepción del derecho como ciencia. Sea arte o sea ciencia, siempre resulta funesto para la convivencia, que es lucha de intereses antagónicos dentro de los conceptos autoritarios, que no producen más que conflictos insuperables.

La conclusión de este esbozo es que la complejidad cada vez más grande de las relaciones sociales ha creado un derecho cada vez más complicado, menos formulista, quizá en ciertos aspectos y en su principio, que en el pasado; pero compuesto de un fárrago inaudito de disposiciones y de usos legislativos.

En un conglomerado de confusiones y de contradicciones, los ciudadanos no llegan a reconocerse. Una inmensa corporación privilegiada, más y más poderosa dentro del Estado, compuesta de escribanos, abogados, procuradores y toda la fauna legislativa y judicial adquiere su riqueza de la explotación de esta ignorancia inherente al hombre vulgar que desconoce los fundamentos del derecho y de los derechos.

En las luchas judiciales, frecuentemente triunfa el más hábil y no el que tiene poderosas razones para defender su derecho. Así se descubre un manantial de incertidumbre y desmoralización en las relaciones sociales.

La organización del Estado y de los servicios públicos se complica hasta lo inverosímil. Innumerables prescripciones y formalidades gobiernan las actividades individuales; es lógico que éstas traten de eludir todo lo que pueda impedir su independencia o sus combinaciones particulares.

Los fuertes, los poderosos consiguen sobreponerse a todas las restricciones legales. Los humildes deben soportar el peso de las leyes, que desgraciadamente y con harta frecuencia proceden de la más absurda iniquidad.

Después de estas apostillas intrascendentes, alguien puede deducir que mientras el hombre y sus sociedades sean de origen autoritario y defiendan intereses antagónicos entre sí, el derecho jurídico será indispensable, no para corregir, sino para hacer más pavorosa la injusticia social, que está a la vista y que ningún hombre sensato y razonable puede defender dentro de los engranajes del derecho en su más amplia acepción.

**COSTA ISCAR**

# SERRANILLA GRAYA

**E**l milagro griego —uno de los 2 ó 3, que exclusivamente han estupefiado y destepado la Tierra, desde que como una pulga se la sacudió de la abrasada clámide el corusco Helios— se le ha de buscar una explicación, que no nos astille y haga arroz. Tarea al corazón grata reharto, y que lo letifica como unas tarrañuelas; porque por la escalera de este discurrir ceari-ecélsior y anti-zorriondo, se sube hasta los fluideros más venozos de la humanal sustancia.

Las razones astrólogas, magicinas y sobrenaturales, con que hasta hoy abonóse el destipante acontecimiento, han ido a parar al rastro, con todo el surtido ferronal y de chatarra. Hemos de enderezar, pues, nuestra pesquisa, hacia los abrojos de lo físico inesturero e inmaulastre; partiendo de la evidencialidad de que el hombre es una pieza de cacharrería animada; de que lo amasan, construyen y edifican, el pan que come y los vinos divinos que bebe; y de que la Majestad más delirante, no es otra cosa que greda y limo, aunque se quiera hacer pasar sus vanos humos por la más áurea y envellocinada preciosidad cólquica.

Grecia no tiene ni el tamaño de Portugal. No alcanza la talla o el talle de la sexta parte de España. El Atica, con lo geniuda que los cíclopes la forjaron, cabe en el bolsillo de una provincia de Vasconia. Y, sin embargo, ahí llega a su apogeo y su cenit el sentimiento de libertad; por él que el hombre ha dejado el cascarón de langostino que lo revestia y desdignificaba; sin el dote de las sabrosas carnititas camaroneras delpreciado molusco. Y la gran maravilla del Helenión, es ese libertario o eleutérico trisque, como allí se decía; antes que el huerto frondoso de letras, artes y filosofía que lo corona.

Han obrado la fascinación, que aún hoy nos trae con el ojo vuelto, en primer o precipuo lugar, la chanfaina de etnia mescolanzante e híbrida, con el más impuro purriaje racial, de mil lactosas, de dorios, jonios, dánaos, aquivos, pelasgos, argivos, etc., que constituyen ese eolio bárbiton charresco; con el más bizarro de los abigarramientos o lodazales y luncheoramas sanguíneos, de que se tiene noticia, fuera del español, que igualmente es otra bazofia de pisto manchego. Y, en 2º término, aunque en función de 1º frecuentemente, soplan su gran alma al pequeño crío a quien damos baile, el potpurri u olla de pelos y colillas de su suelo anárquico, el caos de su simpaticona geografía de manicomio, o como la actual ciencia dice, edafoología. Quiero dar a entender el mosaico de aristas, picos hasta pardos, crestas, peines y peinetón, que ilustran su fisonomía serraniega y montaraz, casi cachafaz, en suma, toda ella cuajada de «ca-

seum» y miel en penca, por lo individualísima.

La Hélade no tiene formato de volumen geométrico libresco, alguno; ni menos de cuerpo orgánico o paraorgánico. La que cuentan creadora de medidas y se nos vende como extraordinario, es cardinalmente todo lo contrario en su casa solariega y en su natural más genuina. Vomita desenfado. Es la desproporción misma; lo asimétrico más irrepreso; un grito de protesta estridente y desodontologante, en el día y la noche geológicas.

La confederación y el conglomerado de Lacedemonia, Eleusia, Arcadia y Beocia; y el orfeón corintio, etolio, focídico, locriense, etc., forman una estrafalaria liga sin broche; un monstruo de figura y finuara inclasificables, muy *sui et únici generis*. Semeja un asistemático pedregal de bloques, rocas, cantiles, moles, macizos y otro bazar, que han escupido o proyectado lejanamente de sí los Cárpatos y los Alpes. Y tiento, porque las montañas es lo que tiene en Grecia lo enormísimo por esencia de la personalidad. Recordad algunos nombres: Pindo, Osa, Pelión, Olimpo, Himeto, Hellcón, Parnaso, Citerón, etc.

Mucho más excele el cerro sobre todo, que la hidrografía, que es otro rompecabezas, como la orografía o montuosidad. Es esa una jovial fluvialidad, pluri o multipluvie, que se enzarza en su celular tejido. Una chiquillería alborotadora de torrentes o corrientes insolidarias, infederables, irregimentosas, aunque de grandioso moler. Y átenme ustedes tanto enjambre de moscas por el rabo. Más de los 2 tercios de la helenidad son insulares o peninsulares. Lo continental consecuenciado es en ella, poco menos que un despreciable residuo.

Ahora bien: la civilización y la cultura, la estética y la dialéctica, florecerán «graciosamente» graciosas, en los espadados del despeñadero, en esos estoques del derrumbe. En la torta de la tierra firme y llana o panaz arriba, se agosta la mies, disgústanse los aliños, baja de estatura el titán encuejado. La altitud destelaraña las rinconeras del cerebro arácnidas; perfecciona los temples fieros, rudos y bravios. El mar en franquía da perlas. Si lo pasean piratas, expone en costas, puertos, playas y litorales, y bañaderos de ninfas, a todos los asaltos y atracos de la vigilancia estatal. Los ríos oceánicos se desmadran como la reacción. Oficinas nodrizadoras de cánceres teurgo-gladiosos fueron los imperios del Nilo, del Tigris, del Ganges, del Yang-zé, del Misisipi. Los ríos en abanico y destrenzados, que policroman y creman a Partenonia y a España, son disgregales, antiunitarios, destotalizadores; reparten sus aguas, como debiera socialmente estarlo la riqueza. La montaña aislacionista, es la verdaderamente autonomizadora. Engorda rebaños y piaras, pero no los pare. Gre-

**E**L miedo ha sido siempre un pésimo consejero. Es por él que los mejores deseos, con demasiada frecuencia contenidos, se pierden a causa de un silencio culpable.

El miedo a perder el empleo sume al asalariado en una inacción desastrosa. El miedo a la guerra es el arma que utilizan los dirigentes para apartar, del alma del pueblo, todo conato de acción emancipadora. El miedo a la violencia revolucionaria hace retroceder a buen número de militantes ante el temporal que provocará la expropiación pura y simple, a cargo de los trabajadores, de los medios de producción, reparto y distribución.

Al lado de lo que pueda contener de noble, en la personalidad humana encontraremos siempre un terreno más o menos abonado para el desenvolvimiento de las bajas pasiones. Y el desorden social de nuestro tiempo, favorecedor de la tendencia al mínimo esfuerzo, predispone agradablemente a los espíritus para las soluciones fáciles, perezosas, o sin riesgo aparente, cuando los actos viriles podrían acelerar la realización de un ideal elevado. Los políticos, profesionales de la mentira, saben aprovechar estas flaquezas humanas. Ellos se guardan muy bien de emplear ciertos términos en tanto éstos no adquieran un carácter inofensivo, a menos que los usen para malograr su significado profundo, que es precisamente lo que les ocurre a los vocablos federalismo y revolución.

Toda fracción política que se precia de ideas avanzadas se reclama de la revolución... sin precisar de cual. Por otra parte, los impostores, comprendiendo el descrédito del Estado, extremen la nota hasta llamarse federalistas, estropeando aún otras bellas fórmulas para mejor vaciar su contenido. Pero existe algo, no obstante, que estos enemigos naturales de la verdadera Revolución se guardan bien de reivindicar para sí: la Anarquía. Lejos de manifestar ternura hacia ella, tratan de convertirla en espantajo, en un símbolo de todo cuanto es contrario a la armonía social. El vocablo anarquía es utilizado

## El miedo a la denominación exacta

por Henry BOUYE

por ellos para evocar la ausencia total de organización, con todo lo que esto supone de desolación y ruinas.

Ahora bien; la Anarquía, que ciertamente es la negación más absoluta de toda forma de gobierno — por ser los gobiernos la base suprema de la autoridad constituida —, no niega de por sí la necesidad de la organización. Lo que ella rechaza, con el gobierno, es el mando, la autoridad, oponiendo la obligación contraída por el individuo con la colectividad libremente organizada, a la de la competencia. En Anarquía, la libre asociación, impuesta por las necesidades de la vida, conduce naturalmente a la conclusión de convenciones elaboradas por los interesados, por los mismos que deberían aplicarlas conservando la facultad de modificarlas, de anularlas, o de renovarlas. Aquí hemos de observar que lo que convierte a la ley en fuerza opresiva, es precisamente el defecto de ser elaborada aparte de las actividades que pretenden regular.

La concepción anarquista de las relaciones humanas hace tabla rasa de esta ciencia política con la cual se adornan los acróbatas de la escena gubernamental, puesto que ella ante todo tiene en cuenta la iniciativa popular, de la cual reconoce el valor. (¿Qué sería de esos señores si el pueblo, manual e intelectual, se persuadiera de que se puede pasar sin ellos?) Es por esto que a la voz anarquía, salida de la boca de los apro-

vechados, no evoca más que visiones apocalípticas.

Pero los trabajadores, aquellos cuya situación reclama una transformación completa de la estructura social ¿qué piensan de este vocablo? El sólo hecho de que aquellos que les engañan usen del mismo quitándose lo mejor de su contenido, ¿es indicado para el militante, cediendo al gusto del día, lo reemplace por unas atenuaciones del género libertario o socialismo libertario? Los políticos de izquierda, más pillos, jugando al mejor postor, se han apoderado ya de estos calificativos para darse un barniz de revolucionarios.

¿No será este punto suficiente para que sean considerados peligrosos tales apelativos? Si el carácter apriori negativo de la voz anarquía aleja aún a los espíritus sanos, pero mal informados, es porque, por lo visto, tienen necesidad de que se les informe. Es esta la labor que les aguarda a los militantes anarquistas y a sus organizaciones.

Es indispensable que luchando por la revolución (por la revolución anarquista), cada cual lo haga con armas dignas, que no le puedan abochornar, pues de lo contrario mal serviría el fin perseguido. Para que la acción efectivamente revolucionaria (dentro de los Sindicatos más que en otras partes) sea orientada en el sentido de la libertad, ella no puede inspirarse más que en el anarquismo, importando proclamar bien alto que es el sólo medio de evitar el confusionalismo que una pueril timidez de lenguaje engendraría fatalmente.

Sería trabajar contra la libertad el disfrazar el pensamiento anarquista con el empleo de un vocabulario tendiente a reducir su alcance, ya que urge preparar los hombres para el esfuerzo gigantesco que les reclamará la sola revolución verdadera: la anarquista.

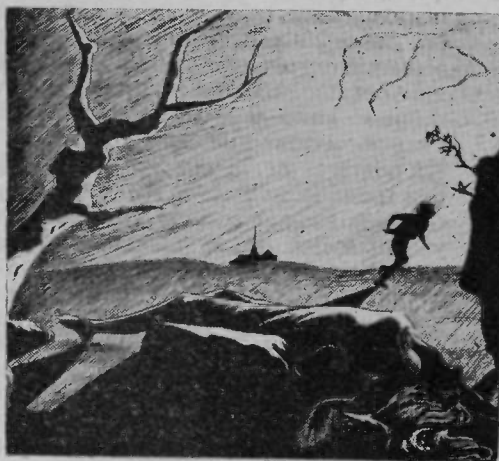
El miedo al exacto calificativo, como el abuso de ciertos términos, puede ser el inicio de los peores abandonos. Para evitar un tal escollo, tengamos el coraje de denominar las cosas por su nombre verdadero.

cia casi no conoce caminos. Todo el suelo, para ella es vuelo. Eso de enjalmar el paisaje con rutas y puentes no se ha hecho para ningún padre peregrino. Fué la soldadería Tiber la que tendió las vías legionarias y de intendencia. Los griegos se comunicaban por laderas, barrancas y vaguales. E hicieron pedazos la pavería de cuantos la visitaban en faetón o en la hamaca de empavesadas galeras.

Angel SAMBLANCAT

«Los hombres se dejan llevar por palabras y no por hechos. A la posibilidad de hacer tal o cual cosa, prefieren la posibilidad de hablar de tal o cual objeto...»

«Reflexiones de un caballo»



## VERSIONES

# Caín y Abel

por DENIS

**E**RASE un negro de cuento de hadas, viejo, viejo, e inocente como un niño.

Todas las desdichas habían pasado por él, y su inocencia perduraba intacta.

Adolescente aún, fué cazado, como una alimaña, en su bosque natal, llevado a la costa, metido en un barco, en montón con otros infortunados como él, y transportado al país en que vivía.

La madre, que había querido oponerse a su partida, fué, sencillamente, asesinada. En cuanto al padre, había sido cazado también hacía mucho tiempo, cuando él comenzaba a dar sus primeros pasos.

En el país en que vivía fué sometido, como esclavo, a trabajos para los que no había nacido. Duros, duros trabajos. Y una comida escasa, la suficiente para no morir. Y un lecho en común con los animales. Era toda su vida. Más los castigos. Implacables: por un olvido sin importancia, por una negligencia insignificante, por un descuido infantil, por un error explicable, por que sí.

Cuando tuvo veinte años, conoció el amor. Una adolescente, hija de un compañero de esclavitud, se complacía en su compañía. Y llegó a ser para él todo: el padre que no había conocido,

la madre que había sido asesinada, las hermanas que habían quedado en el bosque, el bosque mismo, sus árboles, sus fuentes, el canto de sus pájaros, sus altas hierbas y la tierra y el olor de la tierra. Se sentía transportado, junto a ella, a su infancia, y a los lugares donde su infancia, feliz, había transcurrido.

A un vecino del amo le gustó la adolescente. Y el amo se la vendió. No volvió a verla. Todos los campos que conocían sus sudores conocieron además, desde entonces, sus lágrimas. Era un llanto callado, dolorido, que conmovía hasta a los animales, sus compañeros de labor y de lecho.

No miró jamás a otra mujer. Atravesaba la vida solo, metido en sí, sin odiar a nadie: ni siquiera al amo que le castigaba. No pocas veces, por capricho. Le miraba, cuando le miraba, como desde otro mundo, con toda su inocencia. Lo que sentía por él iba mucho más allá de él. Era algo profundo, inmenso, pero confuso, que no sabía expresar. Y que se extendía, dando saltos en el tiempo, a todos los antepasados del amo y a todos sus descendientes. Y más aún: a todos los hombres de la raza del amo.

Con el paso de los años no soportó otra compañía que la de los adolescentes: recuerdo vivo de su

único amor. Y les hacía, para su gozo, dulces canciones de amor y de danza. Primorosas, inocentes canciones, empapadas de la nostalgia de su bosque natal. Las más inocentes eran tan trágicas — no hay tragedia sin inocencia —, que se las guardaba para sí. No quería añadir dolor al dolor.

Llegó un tiempo en que no pudo ya trabajar. Fué vendido por unas monedas. Y en lo sucesivo pasó de mano en mano, cada vez por menor número de monedas. Se le utilizaba para menudos quehaceres. Y hasta los más menudos quehaceres llegaron a fatigarle. Era viejo, viejo, y sus fuerzas se habían agotado. Afortunadamente, los días eran ya cortos, días fugaces de la ancianidad, no aquéllos más eternos de la infancia en los que había tiempo, desde el amanecer al crepúsculo, de descubrir el mundo.

Seguía no complaciéndose, dondequiera que se encontraba, sino junto a las muchachas, a las que procuraba endulzar, con sus canciones, la desdicha de su vida. Y a veces surgía de sus labios, con la pureza del agua de un manantial, el relato de sus amores, al que se mezclaba, con no menos pureza, el de su infancia, que traía tras sí el de su captura, el del asesinato de su madre. No sé

veía odio en sus relatos. Se notaba algo más grande, más poderoso, no se sabía qué.

A través del canto de los pájaros, y del murmullo de los árboles, y de la sonrisa de las fuentes, que habían hecho de su infancia una fiesta, se alzaba, como un viento de tempestad, el profundo, el inmenso sentimiento que había nacido en él frente a su destino y el de los suyos, y que no acertaba a expresar. Y ese sentimiento, no expresado, pero que estaba allí, en toda su grandeza, transfiguraba a las muchachas, las hacía otras, parecía arrancarlas de la existencia miserable que llevaban y transportarlas a no sabían qué regiones donde la vida merecía ser vida.

Por último, el viejo negro, que ya no servía para nada, fué regalado a un pastor, al que costó mucho trabajo admitir el regalo. Era una boca más en su casa. Porque no había que pensar que el pobre pudiera hacer ningún trabajo.

Supo, sin embargo, el viejo negro, que apenas podía ya moverse, ganar el pan que el pastor le daba. Educó a sus hijos. Con sus gestos, con sus palabras, con su inocencia. Pareció olvidarse de

que pertenecían a la raza que miraba desde lejos, y desde arriba, desde muy arriba, con aquel sentimiento no expresado y todavía inefable. La inocencia de los niños le ganó, a él tan inocente. Pareció olvidar que, cuando niño él, hombres de la raza de aquellos niños le habían capturado, y después esclavizado. Y no hizo ya distinción entre las muchachas negras, que acudían como siempre a escucharle y a aprender sus canciones, y los hijos del pastor.

El pastor, que había asistido a la transformación de sus hijos sin darse cuenta de a qué obedecía, acabó por descubrir a qué obedecía. No cambiaron, por ello, sus sentimientos respecto al viejo esclavo. No cambian fácilmente, ni en un pastor, sobre todo en un pastor, tales sentimientos. Solamente se dijo «Es un cristiano sin saberlo. Lástima que sea tan viejo. De otro modo, podría traerle al buen camino».

Intentó traerle, más tarde, a ese camino, viendo que el viejo no se moría.

Toda su vida, el pobre, había estado descarriado. No había hecho mal a nadie, no había capturado a nadie, no había esclavizado a nadie, pero había estado

descarriado. Los que le habían hecho mal, los que le habían capturado, los que le habían asesinado a su madre, los que habían vendido a la adolescente que amaba aún, seguían el buen camino.

Tal fué la conclusión a que llegó el desdichado después de las primeras explicaciones del pastor. Y aquel sentimiento que no podía expresar creció, creció, y se le salía ya del pecho.

El pastor, para dar más fuerza a sus argumentos, comenzó a leer la Biblia al pobre descarriado. Y un día, al llegar a la muerte de Abel, el negro se sintió como iluminado: acababa de encontrar la expresión de sus sentimientos.

—Ya sé, ya sé —murmuró.

—¿Qué sabes? —preguntó el pastor.

—Cain y Abel eran negros.

—No —protestó el pastor.

—Si, lo sé, lo veo —gritó casi el anciano—. Eran negros, eran negros, eran negros.

El pastor no se atrevió a interrumpirle. Y el anciano continuó:

—Y cuando Cain mató a Abel y Dios le preguntó: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?», de vergüenza que le dió se quedó blanco.

## Vida de CENIT

### F. L. de St-Chamond (Loire) (segunda lista)

Ruiz .....	3 —
González .....	2 —
Corella .....	2 —
Sánchez .....	2 —
Orensana .....	2 —
Tomé .....	2 —
Flores A. ....	2 —
López M. ....	2 —
López S. ....	2 —
Vidal .....	1 —
Pérez .....	2 —
Flores D. ....	5 —
Clavero .....	1 60
Zapata .....	2 —
Carol .....	2 —
Martínez .....	2 —
Verdu .....	2 —

### F. L. de St-Juery (Tarn)

Vispé y Vitals .....	10 —
F. L. de C. Ferrand (beneficio prensa) .....	4 25

### Nerondes (Cher) (segunda lista)

González .....	10 —
Pardo .....	10 —
Morellas .....	5 —
Santolaria .....	5 —
Ibars (padre) .....	7 50
Ibars (hijo) .....	7 50
Bernabeu .....	5 —
Bernabeu, de Alger .....	5 —
F. L. de Nancy —s. lista—	
Pardo .....	3 —
BG. Espinosa .....	3 —
Fuson .....	2 —
R. Melich .....	2 —
M. Pérez .....	3 —
A. Pérez .....	3 —
J. Martínez .....	10 —
V. Cuenco .....	3 —
J. Lindo .....	3 —
M. Barrios .....	2 —
C. López .....	3 —
R. Pérez .....	2 —

J. Diaz .....	5 —
J. Angulo .....	3 —
J. Barreto .....	3 —
A. Martínez, Colombes .....	5 40
F. L. de Orleans .....	391 50
F. L. de Bourges .....	30 —
F. L. de Vierzon .....	54 —
Rians .....	25 —
Ibars, Perpignan .....	5 —
F. L. de St. Henri .....	80 —
F. L. de Greasque .....	20 —
F. L. de Roanne .....	47 —
F. L. de Tarbes .....	60 —
Núcleo Bélgica .....	122 64
F. L. de V. de Rouergne ..	87 —
Casado, Tarascon d'Arie ..	50 —
F. L. de Marsella (2 lista):	
Miguel Lafuente .....	2 —
Honorato García .....	8 10
Juan Morata .....	5 —
XX. C. ....	5 —

Total ..... 1.153 49



# LA PENA DE MUERTE

**B**AJO todos los regimenes autoritarios, llámense demócratas, socialistas, republicanos o totalitarios se aplica la pena de muerte. Hasta entre sus propios representantes. Al fin de las mismas guerras entre los Estados, por la hegemonía política y económica, los vencedores ejecutan a los vencidos, a algunos de los mismos, para cargarles la responsabilidad del conflicto bélico odiado por los trabajadores, del conflicto provocado por todos los gobernantes, sin excepción. La justicia Histórica jamás satisfecha de crímenes, fría, brutal, ahorca, decapita y hasta hace taladrar, inexorablemente, cabezas y corazones de gentes incultas y desheredadas... Pero deja en pie, sin fusilar, la causa que provoca esos daños, la causa para la que los anarquistas pedimos la pena de muerte: la Injusticia.

De tiempo en tiempo les toca el turno a los libertarios que precisamente luchan para acabar con el bandidaje y el crimen en pequeña y gran escala. Sacco y Vancetti, Francisco Ferrer, Flores Magón, etc., etc., no eran bandidos ni asesinos y también fueron sacrificados por la Justicia Histórica.

Constatamos que no van al paredón banqueros ni generales, déspotas ni comerciantes — en el interior de un país — que se enriquece a costa de la miseria de los más, de los trabajadores, a los que hasta intoxican, por ejemplo, con leche adulterada que, además, les hacen pagar como de buena calidad. Sin embargo, a los desgraciados que matan por incultos, movidos por la desesperación del hambre, por verse suprimidos los medios de existencia, teniendo más excusa que los que nadan en la abundancia son sometidos a carecer de todo, a muerte lenta, violenta en las guerras o fusilados.

.....

El derecho a vivir es inviolable. Ningún individuo puede arrogarse el derecho de suprimir a otro. Somos enemigos que el hombre o el Estado maten... Por encima de todos los deberes colocamos el primordial que pedimos se practique en la convivencia social: ¡El respeto a la vida humana!

La muerte de uno ni de mil tiranos no resuelve el problema de armonía social que los anarquistas estamos empeñados en resolver. Este ha de ser previamente resuelto en las conciencias del mayor número de los miembros de nuestra especie. Por eso nos decidimos por la elevación moral del hombre, por despertar el amor al trabajo, por vivir del mismo y no del atraco desde arriba ni desde abajo, por el cultivo de la sensibilidad y de la inteligencia inspirados en la lógica biológica humana, en las necesidades de cada individuo y de todos los individuos pertenecientes a nuestra especie.

Queremos que el número de los seres evolucionados aumente hasta formar torrentes de activi-

dad evolutiva, revolucionaria, capaces de destruir todos los diques de prejuicios religiosos, políticos, de razas y de clases. Si en esa hora de incontenible avance revolucionario algún tirano intenta oponerse a su paso será inevitablemente arrollado por él. Los procesos evolutivos no pueden detenerse ante miserables ambiciones de privilegios personales. Por eso somos revolucionarios.

.....

Si estuviéramos convencidos que exterminando a un hombre sano de cuerpo, pero enfermo de espíritu la sociedad sanara y se moralizara, dudáramos del valor de nuestro criterio... Más el caso es que la pena de muerte aplicada por los Estados no suprime la inmoralidad ni el crimen... Al contrario, la primera aumenta y el segundo se multiplica.

Algún que otro Estado la suprime de sus leyes escritas... Pero en momentos de irritación vuelven a ponerla en vigencia... Al borrarla de sus códigos de justicia no lo hacen movidos por impulsos humanistas, sino convencidos que, manteniéndola, provocan más muertes de la misma clase que representan.

La existencia de la pena de muerte produce en el llamado delincuente un estado de pánico que le hace cometer monstruosidades. Ya no sólo se esfuerza por exterminar al que se opone a su huida, sino que a todos los que presencian su acción, sean ancianos, mujeres o niños. No quiere que queden testigos que puedan reconocerlo y acusarlo.

Victor Hugo, tenía razón. Hoy, en América, recuerdo que al visitar su casa, en París, que sirve de exposición, bajo la cabeza de un hombre, dibujada en una cartulina, leí el pensamiento siguiente escrito por él con éstos o parecidos vocablos:

«En esta cabeza del hombre abrid surcos amplios y profundos; depositad en ellos las mejores semillas del saber y de la sensibilidad seleccionadas cuidadosamente por el espíritu humano; irrigadla con las más puras corrientes de la sabiduría y de la bondad; cultivadla sin desmayos; cuidadla con cariño y no tendreis necesidad de cortarla.»

Confieso que la emoción que produjeron en mi ser esas palabras me hicieron llorar... Cuánta verdad encierran esas líneas que nunca olvidaré, que en todo instante debieron tener en cuenta mis semejantes. Los anarquistas hacemos nuestra la opinión noble de Victor Hugo.

.....

No pedimos la pena de muerte contra el bandido del camino ni de la ciudad; no podríamos pedirle porque tampoco seríamos capaces de ejecutarla. Ni contra el que roba fuera de las leyes escritas ni contra el que lo hace con creces amparado por ellas.

Pedimos que la Injusticia muera, que la Autori-

# Baudelaire, el García Lorca francés

A Francia de la Libertad clásica y de la Revolución, tuvo su Cervantes, pero fueron necesarios varios colosales del pensamiento, entre ellos Rabelais y Montaigne, para edificar, en la Historia, el monumento colosal que nuestro Manco de Lepanto, que nuestro Cervantes auténtico significa.

También Francia tuvo su García Lorca con Baudelaire; nacido éste en 1821, siéndonos aquél contemporáneo; cerca de cien años separan las fechas de los nacimientos respectivos del García Lorca francés y del Baudelaire español; pero un siglo que es mucho para las vidas materiales, es un soplo solamente para las vidas espirituales, que son eternidad.

Baudelaire y García Lorca, almas gemelas en el arte y en el sentimiento, libaron, como dos abejas afanosas, en la misma flor; en la flor del dolor humano; del eterno sufrimiento; de la constante tortura del vivir; de la miseria honrada.

El título de las obras de Baudelaire, es éste: «Las Flores del Mal», y la obra entera de García Lorca, no es otra cosa que una sabia anatomía del cuerpo enfermo, mejor diríamos infecto, de la parte

dad, el Comercio, la Política, la Religión y la explotación de un hombre por otro hombre sucumban, que no se mantengan en pie las causas que hacen desgraciada a la Humanidad.

Pena de muerte contra los regímenes que engendran la enemistad, el odio, el egoísmo, lo tuyo y lo mío, el privilegio económico y social, la desigualdad en el disfrute de las riquezas naturales y de las producidas por todas las generaciones de los humanos, del dolor social y de las guerras fratricidas.

La Injusticia, y no el hombre, es la que ha de morir. Ella es la que tiene enfermo al cuerpo social y engendra al ladrón y al asesino de abajo y de arriba, lo inmoral y lo cruel...

¡Injusticia!... ¡Al paredón! ¡De rodillas y de espaldas, con los ojos de la maldad vendados para no ver nada de tu horrible y fea faz que lleva impresa las huellas de la crueldad! Los anarquistas te condenamos a muerte. Que no os tiemble el pulso personas de buenos sentimientos. Que el fuego de los corazones y de las mentes evolucionadas la aniquilen.

Para que el hombre no mate más, deje de sentir impulsos exterminadores y se sienta el hermano y no el enemigo de sus semejantes ¡fuego contra la Autoridad, que es la Injusticia! Y... ¡Viva la Libertad y el Bienestar para todos!

Floreale Ocaña

de la Humanidad que desconoce la generosidad, la nobleza y el supremo goce de realizar el bien.

Las obras de ambos autores son sendos cauterios, sendas barras de hierro candentes que su visión preclara y su audacia aplican a las llagas ponzoñosas de ciertos y determinados ejemplares humanos que no debieran existir, pues sin ellos, la vida valdría la pena de ser vivida; pero, por desgracia, abundan demasiado las flores del mal.

No es nuestro objeto hacer biografías y comparaciones de los hombres, ni hacer paralelos de las antologías de sus obras; solamente pretendemos hacernos eco del sonido de sus voces de humanidad, y hacer constar la exacta coincidencia de sus sentimientos.

Tildaréis de atrevido al autor de estas líneas cuando os diga que es solamente su buena voluntad la que le guía en esta empresa de admiración. Carece de las obras completas de los autores. Solamente algunos trabajos sueltos, y su memoria, que es limitadísima, son los elementos de que dispone para desarrollar su tesis. No obstante, se atreve asegurar, que, una relación de todos los títulos de las obras de uno y otro autor bastaría para demostrar la identidad de su ideario.

Sumamente curioso es este caso de conciencia, máxime si se tiene en cuenta el ambiente en que desarrollaron su obra, tan fundamentalmente distinto; el uno en París, el París brumoso y húmedo, teñido de negro, como ahumado; bordeando un río de agua constantemente turbia y perezosa. El otro en Granada, apellidada la Bella, toda luz. cantares y perspectivas infinitas a través de su ambiente diamantino; con la caperuza blanca del Mulhacén siempre a la vista, como diciendo, que muchas veces, cuando en el corazón hay fuego en la cabeza hay nieve.

Pero, no es al ambiente y a las cosas exteriores; no es a las perspectivas físicas a lo que se refieren y lo que se refieren y lo que en realidad definen las elevadas poesías de estos preclaros autores, sino al alma universal dolorida y sedienta de consuelo; por esto, a través del tiempo y del espacio, sus dardos siguen la misma dirección y consiguen dar en el mismo blanco, el que, por antonomasia no es blanco, que nos creemos ser todo luz, y en realidad, somos, en gran parte, sombra y negrura.

Hemos querido decir que los títulos de las obras inmortales de Baudelaire y de García Lorca, armonizarían entre sí, como las sonatas de los autores eminentes en otros órdenes del arte, pero es necesario que no solamente los títulos, sino las palabras y los conceptos se repiten de manera asombrosa, constituyendo, pudiéramos decir, una

mentalidad única, a pesar de la diferencia de los idiomas en que escribieron sus pensamientos.

He aquí cuatro ejemplos:

Nuestro García Lorca escribe en « Lluvia » :

La lluvia tiene un vago secreto de ternura,  
algo de soñolencia resignada y amable.  
Una música humilde se despierta con ella  
que hace vibrar el alma dormida del paisaje.

Es un besar azul que recibe la tierra,  
el mito primitivo que vuelve a realizarse.  
El contacto ya frío de cielo y tierra viejos  
con una mansedumbre de atardecer constante.

Baudelaire escribe en « Le Jet d'eau »:

Dans la cour le jet d'eau qui jase  
Et ne se tait ni nuit ni jour,  
Entretient doucement l'extase  
Où ce soir m'a plongé l'amour.  
La gerbe épanouie  
En mille fleurs,  
Où Phœbé réjouie  
Met ses couleurs,  
Tombe comme une pluie  
De larges pleurs.

- García Lorca escribe en « Romance de la pena negra » :

Los piquetes de los gallos  
cavan buscando la aurora,  
cuando por el monte oscuro  
baja Soledad Montoya.  
Cobre amarillo su carne  
huele a caballo y a sombra.  
Yunque ahumados sus pechos,  
gimen canciones redondas.

Baudelaire escribe en « A une dame créole »:

Au pays parfumé que le solcil caresse,  
J'ai connu sous un dais d'arbres tout empourprés  
Et de palmiers, d'où pleut sur les yeux la paresse,  
Une dame créole aux charmes ignorés.  
Son teint est pâle et chaud; la brune enchanteresse  
A dans le col des airs noblement maniérés;  
Grande et svelte en marchant comme une chas-  
[seresse,  
Son sourire est tranquille et ses yeux assurés.

García Lorca escribe en « Prendimiento de Antonio el Camborio en el camino de Sevilla »:

— Antonio, ¿quién eres tú?

Si te llamaras Camborio,  
Hubieras hecho una fuente  
de sangre con cinco chorros.  
Ni tú eres hijo de nadie,  
Ni legítimo Camborio.

¡Se acabaron los gitanos  
que iban por el monte solos!

Baudelaire escribe en « La Fontaine de sang » :  
Il me semble que mon sang coule à flots,  
Ainsi qu'une fontaine aux rythmiques sanglots,  
Je l'entends bien qui coule avec un long murmure,  
Mais je me tâte en vain pour trouver la blessure.

A travers la cité, comme dans un champ clos,  
Il s'en va, transformant les pavés en ilots,  
Désaltérant la soif de chaque créature,  
Et partout colorant en rouge la nature.

García Lorca escribe en « Romance de la Guardia Civil española »:

Rosa la de los Camborios  
gime sentada a su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrian  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.

Baudelaire escribe en « A une mendiante russe »:

Blanche fille aux cheveux roux,  
Dont la robe par ses trous  
Laisse voir la pauvreté  
Et la beauté.

.....  
Tu compterais dans les lits  
Plus de baisers que de lys,  
Et rangerais sous des lois  
Plus d'un Valois!  
Et cependant tu vas gueusant  
Quelque vieux débris gisant  
Au seuil de quelque Véfour  
De carrefour.

Esta armonía sólo se encuentra en el clima del sentimiento; en el cercado de la Poesía; donde las vibraciones no van al ritmo de los hombres, sino al ritmo de los astros.

ALBERTO CARSI

# CERVANTES:

soldado,

escritor

y mártir



## I

**A** lo cuparme una vez más de don Miguel Cervantes Saavedra, quisiera yo decir algo nuevo sobre el particular, tanto de su vida como de su obra: difícil, casi irrealizable empeño. Acaso sea más lo esotérico que lo exotérico sobre Cervantes, lo que se desconoce que lo que se conoce; lo que escapa a la investigación — aun del ojo más zahorí — que lo que asoma a la superficie. Porque alrededor de esta vida, tan diáfana en sí mismo, vemos un halo perenne — el de la miseria que siempre le acompañó — tratando de oscurecerla. Desvelos enormes han costado los descubrimientos cervantinos, y hoy mismo seguirían varios pueblos disputándose por hijo a Miguel de Cervantes si el P. Haedo, arzobispo de Palermo, al describir las penalidades en Argel de los cautivos, mencionando a éste, no hubiera dicho de dónde era. Una incógnita menos que despejar, pero quedan todavía bastantes. Hasta aquí, a los biógrafos, a la profusión en todos los países de cervantinos con solvencia propia — Navarrete, Fitzmaurice Kelly, Rodríguez Marín, Cortejón, Menéndez Pidal, Amezúa, Asensio, Cejador, Pérez Pastor, Joaquín Hazañas, Alonso Narciso Cortés, Cotarelo, Sehevell, Icaza, Paul Grousac, Homero de Seris, Morell-Fatio, Cirot, Babinnger, Lollis, Hatzfeld, Klemperer, Américo Castro, etcétera —, les ha sido más fácil probar que Cervantes no tomó parte en la guerra de las Azores y que es pura leyenda lo relativo a su prisión en Argamasilla de Alba, de cuyo nombre, por **motivos distintos**, no quería acordarse, que esclarecer la verdad sobre los primeros años de nuestro ingenio hasta el cumplimiento de los 21. ¿Cursó estudios en la Universidad de Alcalá de Henares? En la de Sevilla asegura el señor Rodríguez Marín que sí: a su vez, Américo Castro niega el ingenio lego de Cervantes con que sus enemigos — los escolásticos, ni que decir tiene — le denominan. Ribetes erasmistas le notan entre otros, llegando a emparentarle culturalmente con las lumbreras universales de la literatura. «Desde sus más tiernos años mostró una gran afición por el estudio, y de muchacho, dice él mismo, recogía cuantos papeles encontraba en la calle». Cervantes columbró su destino de literato asistiendo a la representación de

una obra de Lope de Rueda, al pisar por primera vez un corral — en corrales trabajaban antes los farsantes —, siendo el batihoja o preparador de panes de oro su inicio. Miguel de Cervantes le llama «varón insigne en la representación y el entendimiento, afirma que fué admirable en la poesía pastoril, que ninguno le ha llevado ventaja en ese género entonces ni después, y que, en fin, vistió de gala y apariencia lo que hasta él anduvo pobre y en mantillas, el teatro». De modo, señores, que el P. López de Hoyos, maestro de Cervantes, encontró una mentalidad del todo propicia a la asimilación de conocimientos, si bien las circunstancias no le permitieron progresar lo que Lope de Vega, que a los doce años sabía tanto como sus maestros de primera enseñanza y mostraba las más diversas habilidades: sabía cantar, bailar y manejar la espada». Particularmente a mí todo lo de Cervantes me obsesiona, máxime los enigmas de su vida, batán que tanto grano moliese. Señalaré algunos.

## II

Más que las rebuscas de los eruditos acerca de Cervantes son, a mi juicio, los pasos para aproximarse a él de un lector cualquiera, los atisbos platónicos de cualquier lector al margen de la letra de molde. Pero no los sinuosos y mal intencionados de todo tiempo, mucho menos los descabellados con pretensiones de originales, como éste de un tal Montiano Luyando, criticaastro del siglo XVIII, que dice esto de la segunda parte del «Quijote», de otro tal Avellaneda: «No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes». Precisamente, con la segunda de su puño y letra desmiente Miguel de Cervantes el dicho «nunca segundas partes fueron buenas». Jamás este enigma ha podido esclarecerlo nadie, y como muy bien señala Babelón, «el bribón de Avellaneda queda dueño de la situación desde septiembre de 1.614 en que la susodicha segunda parte apócrifa del «Quijote» aparece. ¿Quién el Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, pueblo vallisoletano con 4.000 habitantes, «célebre en la historia por haber residido y muerto en él doña Juana la Loca, por el tratado de límites de 1777 entre las colonias de España y Portugal y por la derrota de los Comuneros»?... Induda-

blemente, la espina se clavaria en el magnánimo corazón de Cervantes, que, aunque ingenio lego, conocía su época y a sus hombres eminentes (por haberlos padecido), pero no dijo esta boca es mía. Que el bollo se coció en caletre escolástico lo prueban el estilo amanerado y el contenido sabihondo. «De Lope de Vega a Tirso de Molina — escribe Juan Babelon — pasando por el doctor Blanco de Paz, el renegado de Argel, el dominico Alonso Fernández, el valenciano Juan José Martí, el poeta aragonés Alonso Lamberto, Ruiz de Alarcón, Bartolomé Lupercio de Argensola, Cervantes **lui-même** (par un surcroît de ruse), tous les candidats proposés ont été évincés». Aquí hay una omisión: la del P. Luis Aliaga, confesor de Felipe III, caído en desgracia con Felipe IV y desterrado a Huete, que odiaba a Quevedo y a Cervantes. No quisiera, por poner las cosas en claro, enturbiarlas. Lope de Vega es enemigo nada recatado de Cervantes: Cervantes silencia el nombre de Tirso de Molina en el «Viaje al Parnaso» y saca a luz, no sólo a los poetas de primera fila, sino a los de última: los hermanos Argensola escogieron el séquito del conde de Lemos, nombrado virrey de Nápoles, sin que Cervantes formara parte de la expedición. También esto es peor meneallo.

Nunca segundas partes habrán sido buenas, pero sí socorridas. En el prólogo a «La Novela Picaresca», Federico Ruiz Marcuende dice a este respecto: «En 1555 Martín Nuvió imprime en Amberes una segunda parte del «Lazarillo de Tormes», sin nombre de autor; de 1620 es otra segunda parte de la expresada obra, impresa en español y en francés por el intérprete de lengua española llamado H. de Luna; en 1617 salió de Zaragoza una imitación, «Lazarillo de Manzanares», cuyo autor fué Juan de Tolosa. Del año 1602 es la falsa segunda parte de las «Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán, que publicó en Valencia el abogado Juan Martí, ocultando su nombre bajo el seudónimo de Mateo Luján de Saavedra. Vió la luz mientras Mateo Alemán se hallaba encarcelado (por deudas), quien al verse libre tomó cumplida venganza del falso Juan Martí llamándole ladrón, y bellaco en la verdadera segunda parte. Bastante después, el portugués Félix Machado de Silva publicó una **tercera parte** de «Guzmán de Alfarache». Alano Renato Lesage, francés (1668-1714), que conocía bien el español, tradujo el «Guzmán de Alfarache», el «Estebanillo González», el falso «Quijote» de Avellaneda y el «Diablo Cojuelo». Publicó además, como novela original el «Gil Blas de Santillana», audacia que produjo la indignación del P. José Francisco de Isla, el gran autor de la historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, quien en 1787 sacó a luz las «Aventuras de Gil Blas de Santillana robadas a España por Lesage, restituídas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación». Oculta Isla su nombre bajo el anagrama de Joaquín Federico Issalps y demostró que la obra más saqueada por Lesage era la «Vida del Escudero Marcos de Obregón» (del rondeño Espinel), entre otras muchas novelas del siglo XVII». Esto

mismo lo había dicho con ruda franqueza Voltaire.

### III

Interesante es todo lo que a Cervantes concierne, unas cosas más que otras, unos sucesos más que otros. El salto a Roma como camarero del cardenal Aquaviva igual pudo determinarlo una falta de juventud — Morán así la califica — que aquel espíritu andariego, a cuyos espolazos obedeció siempre. Cervantes no esperó que le fuese bien en los sitios que le fué mal: en todos. Cuenta entre los hombres desarraigados que ningún nido calientan y que en todas partes son forasteros, sobre todo en su tierra. Con esta tara homérica, de jugar, sino que la vida le disfracó de comisionado de apremio, vino al mundo. Cervantes llevó a cuestras a Cervantes, su único amigo. El músico Mascagni, en la portada de «Caballeria Rusticana», escribió esta dedicatoria: «A mí mismo». Esta dedicatoria debió ser la del «Quijote», que bien ganada se la tuvo el autor. Con relieves de mesa rica, tal vez con migajas de tinelo, donde la servidumbre come, está pagada. Este gran hombre pretendió hallar en la Naturaleza la expresión de su propio paisaje interior para gozarlo de manera concreta, físicamente. Más que pies tuvo alas con las que se remontó a las alturas, pues el peso de la moneda le estorbó poco. El rodar de Cervantes y el vagabundaje de San Pablo, teniendo distintos fines, se parecen: al uno lo lleva y lo trae la vida, al otro lo despaciencia e intranquiliza el Evangelio. «Hubiéranle soplado vientos de fortuna — dice Ricardo León —, y quizás no tuviéramos el inmortal «Quijote». El inmortal «Quijote» del inmortal Cervantes es un libro robado a las agonías del vivir, escrito por etapas de dolor en cárceles, mesones, cuarteles, hospitales, antecámaras y habitáculos de la peor laya. Vamos en seguida a detenernos en este enigma, de mucha más cuantía que su viaje a Roma por una falta de juventud, no obstante lo que de tal primera salida se desprende: una sentencia de los tribunales dictada en 15 de septiembre de 1569 contra miguel de Zerbantes, con zeta y be, condenándole anticipadamente a manquedad por heridas causadas a persona de gran supuesto: su alistamiento en el Tercio de Miguel de Moncada, compañía de Diego de Urbina, y en la batalla naval de Lepanto que tomó parte (en el navío «La Marquesa», mandado por Barbarigo) las graves heridas en el pecho y el destrozo de la mano izquierda; la cabeza de la goleta «Sol» en la que regresaba con su hermano Rodrigo a España, y, como consecuencia, el cautiverio de Argel, largo, penosísimo. Lo posterior a todo esto son sarcasmos de la vida que obligan a Cervantes a llorar por dentro y a sonreír por fuera. Dejemos ese probable episodio de su juventud, muy propio de la época. Un desafío, del que salió vencedor, obligó a Lope de Vega a abandonarlo todo, incluso a su esposa, para huir a Valencia; y Quevedo matando al hombre que abofeteó a una dama en la iglesia de San Martín de Madrid, expatrióse acto seguido. Cervantes tuvo una religión, una mística: el héroe, siendo él mismo, de grado y por fuerza, su propio héroe.

J. M. PUYOL



# MICROCULTURA

401. — En materia de Demografía, se anuncia que la población mundial se elevaba a mediados de 1956, a 2.737 millones de personas, contra 2.652 en 1954 y 1.810 en 1920.
402. — Los depósitos de uranio más ricos del mundo se calcula que son los de Agua da Plata, en el Estado de São Paulo, Brasil.
403. — Se entiende por «campaniforme» a lo que se parece a una campana.
404. — La URSS cuenta actualmente (1958) un poco más de doscientos millones de personas.
405. — En Cuba se coleccionaron lagartos que al parecer son inmunes a las balas, pues se encontró uno vivo que tenía 22 proyectiles en el cuerpo.
406. — El escritor W. M. Thackeray fué quien escribió «Feria de Vanidades».
407. — La diferencia entre un barco bien pintado y otro mal pintado puede significar medio nudo de velocidad para igual energía.
408. — Se calcula que viven en Asia 1.514 millones de personas.
409. — La velocidad de la corriente marítima de Humbolt es de 12 kms. por hora.
410. — Se llama elicio al animal que se alimenta principalmente de frutos.
411. — De los huevos de una especie de rana cubana, salen ranitas, no renacuajos.
412. — Las tres Américas tienen actualmente, 374 millones de habitantes.
413. — En Canadá, sobre el río de Peribonka, se está terminando de construir una fábrica de energía eléctrica subterránea, capaz de generar un millón de caballos de fuerza.
414. — Un número cada vez mayor de microbios, está desarrollando resistencia a los antibióticos tales como la penicilina.
415. — El 7 de mayo de 1833 nació el gran compositor alemán Johannes Brahms.
416. — El Brasil exporta actualmente grandes cantidades de té.
417. — Europa (1958) tiene, según las estadísticas demográficas, 412 millones de personas.
418. — Las pérdidas de vidas humanas por accidentes son anualmente mucho más numerosas, que el total provocado durante toda la guerra de Corea.
419. — Un «dauco» es una zanahoria silvestre.
420. — Africa tiene actualmente 220 millones de personas.
421. — Después de haber escrito poemas vibrantes contra la religión, el poeta lusitano Guerra Junqueiro, cantó en «Los Simples», la vida resignada de los campesinos cristianizados.
422. — Si se suministra un kilo de azúcar a un cerdo antes de sacrificarlo, es posible aumentar el peso del hígado en un 20 por 100.
423. — El monte Jurra (Navarra) es lugar de peregrinación anual para los fanáticos carlistas que pululan en España.
424. — Cerca de Portrush (Irlanda del Norte) está la famosa Calzada del Gigante (Giant's Causeway), maravilla geológica única en el mundo. El colorido de las rocas es magnífico.
425. — Jean Honoré Fragonard (1732-1806) fué el más grande decorador de su época. En el Museo de Arte de Londres se guarda su hermoso cuadro «El Columpión».
426. — Uno de los mejores narradores de Norteamérica fué sin duda N. Hawthorne, del que circulan en castellano sus hermosos «Cuentos de la Nueva Holanda».
427. — La segunda ciudad más populosa de los Estados Unidos es Chicago, con cinco millones y medio de habitantes aproximativamente.
428. — Ictiófago: que se alimenta de peces.
429. — El cometa más brillante observado en este siglo fué el de Halley, cuya última aparición ocurrió en 1910.
430. — Eddie Cantor ha dicho de Israel: «Si le tiras una piedra a un judío, la recoge y empieza a construir».
431. — El principal país minero de Sudamérica es Chile, que produce las dos terceras partes del total del continente.
432. — «La Venus del Espejo», hermosísimo cuadro de Velázquez (1599-1660), insuperado en la pintura de los delicadísimos tonos de la carne humana, se exhibe en el Museo de Arte londinense.
433. — El río más largo de Irak es el Eufrates, de 1.700 millas de longitud.
434. — El diámetro de la Tierra es de 12.740 kms.
435. — El Cabo de Buena Esperanza fué descubierto por el navegante portugués Bartolomé Diaz.
436. — Enrique Ibsen, dramaturgo noruego, fué la figura más importante del teatro europeo en la segunda mitad del siglo XIX.
437. — Las «icadas» eran unas fiestas que celebraban los epicúreos el 20 del mes de Gamelión.
438. — El río más largo de Birmania es el Salween, de 1.750 millas de longitud.
439. — La ciudad más cosmopolita de América del Sur es Buenos Aires.
440. — Ictino fué el arquitecto griego que construyó el Partenón de Atenas.
441. — El «Desierto de las arenas negras» es el de Kara Kum, en el Turkestan ruso.
442. — El mes lunar tiene 29 días.
443. — Leif Ericsson, navegante noruego, descubrió en 1001, la península del Labrador.
444. — Dinamarca es el país de Europa donde ocurre la acción de «Hamlet».
445. — Un icosaedro es un polígono de veinte lados.

## Sobre la sociedad

**E**s cosa generalmente reconocida que el hombre es «animal social», y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme a la opinión de los escritores malhumorados que han querido probar que el hombre habla por una aberración, que su verdadera posición es la de los cuatro pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hánse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, si no toda: pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concedemos a los abogados de la vida salvaje, es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión.

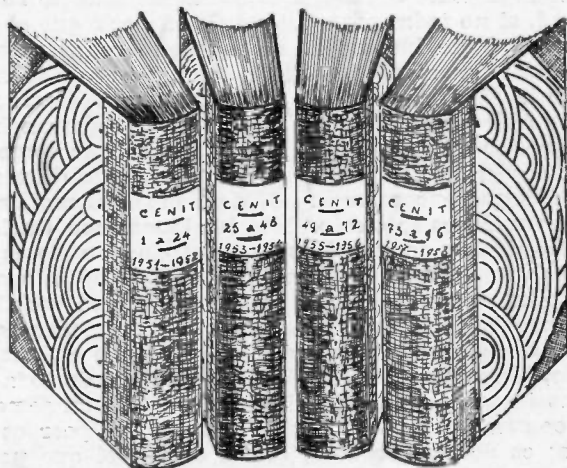
Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias trate de unir sus esfuerzos a los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la Naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque a su hermano (que así se llaman los hombres unos a otros, por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. ¡grave error! Es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo común donde acuden todos a sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecería destinado a disolverla; es decir, el egoísmo. Descubierta ya el estrecho vínculo que nos reúne unos a otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos a otros; segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos, y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer a nosotros mismos más que a los otros.

# POR FIN

la colección de los ocho primeros años de «CENIT»  
**¡Una verdadera enciclopedia ecléctica!**

Solicitado insistentemente por algunos lectores, nos hemos decidido a encuadernar la colección de la revista tal como el gráfico que reproducimos :



Textos variados y selectos de sociología, ciencia, literatura. La enciclopedia que no debería faltar en ninguna sala de estudio. Una obra que, por ser de exilados, y en el periodo de dificultades en que ha visto la luz, reviste mayor importancia. Ella sola marca ya un jalón interesante de los muchos del exilio español y revolucionario.

Cuatro magníficos tomos encuadernados en cartón y tela-registró, color verde oliva, grabados en oro.

Precio de un tomo .....	3 000 francos
— dos tomos .....	5 500 —
— tres tomos .....	8 000 —
Los cuatro tomos .....	10 000 —

Descuento de 15 %. Franco de porte.  
Pedidos a nuestro Servicio de Librería.



# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**J. Ruiz:** Ideas sobre educación. — **E. Armand:** De la religión y la paz. — **Plácido Bravo:** Del dicho al hecho... — **María Laffranque:** Federico García Lorca, el poeta y su pueblo. — **E. Relgis:** La literatura de la guerra y la nueva era. — **J. Peirats:** La psicosis del Estado. — **J. Esperanza:** La socialización del Ramo de Curtidos de Barcelona. — **Conrado Lizcano:** Don Quijote en Sierra Morena. — **Felipe Alaiz:** El impulso cooperativo entre españoles. — **M. Celma:** La vida y los libros. — **Juan Ferrer:** Caballeros y caballerías. — **J. M. Puyol:** Cervantes, soldado, escritor y mártir. — **Carlos M. Rama:** Prefacio del libro «La crisis española del siglo XX». — **Suno:** Microcultura

# 117

SEPTIEMBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



41P 5523

## NUESTRA PORTADA

Al pueblo español nos lo presentan de mil maneras, muy a menudo obedeciendo al capricho del que enjuicia. Así leemos tantos exabruptos y despropósitos, principalmente cuando de su historia y costumbres se trata. Y, obligación nuestra es sentar la verdad.

El dibujo de la portada simboliza la paciencia, el trabajo y la esperanza del pueblo laborioso de Iberia. Ese pueblo que tanto ha sufrido y penado para liberarse y ser mayor; ese pueblo que tanto ha hecho temblar a los tiburones de la finanza, del militarismo y del privilegio, no importa en qué forma; ese pueblo sabe que al fin saldrá triunfante de su empresa y, como el artista, cincela, labra, pule y armoniza su obra, lentamente pero con la certeza del que sabe lo que quiere y lucha para obtenerlo.

Ayer fué la política, la mala política, la que se ocupó de él, hoy es Oxford, es el profesorado, es el intelecto de todas las latitudes quien quiere saber, conocer y comprender al que, copiando a Camús, «es el último defensor de la libertad».

Pueden creerlo nuestros adversarios, el español está empeñado en su tarea de regeneración humana y, con esfuerzo constante, creará una sociedad más justa y más humanitaria.

## **CENIT**

### **REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

#### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

#### *Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée-Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# GENIIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Septiembre 1960

Nº 117

## Ideas sobre educación

### III

**N**O cabe duda que mentalidades como la de Quintiliano sentaban en Roma los cimientos de una educación elemental ideal sin rival en parte alguna; pero ésta nunca llegó a verse puesta en práctica. Estas ideas sobre principios básicos de la educación pasaron por el pueblo romano como pasan todas las ideas que se adelantan a su tiempo: aceptadas por una minoría, criticadas por algunos, vituperadas por otros e incomprendidas o completamente desconocidas por la gran mayoría.

Por lo que respecta a la actitud de emperadores y gobernantes hacia la educación en el siglo II de nuestra era, ésta se inspiraba mayormente en el deseo personal de aprender o en la ambición de la popularidad más bien que en una diáfana concepción de las necesidades culturales del imperio. Algunos de ellos tomaron con gran interés las aspiraciones que emanaban de varios puntos del imperio, tal como Hadriano por ejemplo que mereció el sobrenombre de el «Graeculus» por la apasionada inclinación que manifestaba por todo lo que fuera griego. Los filósofos y profesores griegos en todas partes fueron objeto de su consideración, confirmándoles y haciéndoles extensivos los privilegios e inmunidades que les habían sido conferidas por emperadores anteriores. No sólo esto sino que se tomaba gran interés en sus trabajos. En Roma estableció el Ateneo como lugar de reunión para los hombres de letras griegos y romanos, y como centro de elevada enseñanza. En Alejandria prestó su influencia y apoyo al Museo e hizo que muchos de sus amigos eruditos se asociaran al mismo. Pero Grecia sobre todo y particularmente Atenas absorbían toda su estima y consideración. Además de construir magníficos edificios para fines religiosos y culturales, dió tal estímulo a sus profesores que Atenas recobró una vez más su superioridad como sede de enseñanza. La obra emprendida por Hadriano la continuaron sus sucesores casi con el mismo celo y generosidad. Antonino con una visión mucho más amplia que su predecesor de las necesidades del imperio, impuso la obligación de pagar salarios y otorgar otros privilegios a maestros especializados, decretando el número de maestros, médicos, etc., que cada pueblo y ciudad había de nombrar. La elec-

ción de estos hombres quedaba a la voluntad de los concejos municipales, con la reserva de ciertos derechos de control sobre ellos por parte de la autoridad central, éste más acentuado en los municipios pobres que tenían que recibir ayuda del tesoro real.

Marco Aurelio contribuyó considerablemente también al progreso de esta corriente de educación. Fué un entusiasta de la cultura griega, pues desde su niñez había vivido en la más estrecha relación con eruditos griegos, y como Hadriano, su interés principal se centraba en las escuelas de Atenas. Con la amplia visión del filósofo instituyó en las antiguas escuelas de filosofía de esta ciudad, sin olvidar la oratoria. De esta forma Atenas se convirtió en la universidad del mundo romano.

Como resultado de este entusiasmo e interés desplegado por unos cuantos emperadores en apoyar la corriente cultural de la época nos encontramos con el impulso que dió auge a que las escuelas del imperio, especialmente en Grecia y el Asia Menor, se vieran concurridas por estudiantes llegados de todos los confines. Toda Grecia, nos dice un retórico del siglo tercero, llegó a ser un colegio de sabios.

Este estado de ánimo sobre la educación floreció por todas partes, dando un impulso al trabajo de las escuelas que perduró hasta la descomposición del imperio, es decir hasta la muerte de Alejandro Severo, año 235 de la era vulgar. La educación después se hizo difícil en medio de tantos desórdenes civiles y revoluciones militares como llevaban apareados el hacer y deshacer emperadores.

Pero hemos de considerar que incluso en los mejores tiempos de esta marcha expansiva de la educación, ésta careció de la profunda seriedad que le asegurase permanencia. El mejor producto de su elección era la verborrea de la ostentación retórica basada en modelos ornamentados y artificiales de la oratoria asiática la cual había suplantado a la seria oratoria de los grandes días de Atenas. El héroe de las escuelas y del público en todas partes no era ni el filósofo ni el erudito sino el retórico o «sofista».

No cabe duda que en tales circunstancias no podía florecer ninguna corriente literaria o filosófica con una sólida base intelectual. Un sistema de educación cuyo gran denominador era la elocuen-



cia verbal, estaba condenado a la decadencia y a la muerte, por su alejamiento de las realidades de la vida y por su propia esterilidad.

Ha de tenerse en cuenta también un factor poderosísimo que concurría a la descomposición no sólo de ese sistema de educación, sino con más fuerza aún del sistema social mismo. Nos referimos al cristianismo. No puede olvidarse que ya en esta fecha, última mitad del siglo tercero de la era vulgar, el cristianismo era una fuerza considerable dentro del imperio y que influía poderosamente en la opinión de un gran sector, del sector mayoritario podría decirse ya que su influencia se extendía casi por completo a las clases pobres e iletradas. Esta peculiaridad del primitivo cristianismo de atraerse o mejor dicho buscar el apoyo de los humildes le llevó a tomar una actitud muy especial hacia la educación y hacia la cultura en general. «Ni sabios, ni poderosos, ni nobles tuvieron parte en la vocación cristiana». Pero a medida que fué pasando el tiempo el cristianismo atrajo más y más gentes de las clases superiores incluyendo no pocos bien versados en todos los aspectos de la civilización de su tiempo, y esta nueva contribución a las filas cristianas daba un nuevo tono, un cambio psicológico, a esta masa que empezó repudiando todo: religión, arte, cultura; la civilización en una palabra en que había nacido y se había criado. Mientras que los primeros cristianos conllevaban el analfabetismo con orgullo y como un desafío y desprecio a toda cultura pagana, los venidos al cristianismo procedentes de medios educados, no estaban dispuestos a que sus hijos quedasen sin educación y sumidos en el analfabetismo. Además, la Iglesia veía la necesidad de combatir al paganismo con sus mismas armas y en su propio campo, por tanto se hacía imposible para ella sustraerse a la fuerza e influencia de la educación.

Así, vayamos por tiempo y ocupémonos de la actitud del cristianismo en sus varias etapas, respecto a la cultura pagana y a la concepción que se había formado del mundo.

El cristiano, no importa donde se encontrara, se consideraba extranjero, incluso en su país de nacimiento; siempre con la mira puesta en el milenio el cual le transportaría al cielo: su fin y pueblo natal. Pedro escribe sus epístolas dirigidas a los «extranjeros y peregrinos esparcidos por el Asia Menor» pidiéndoles se abstuvieran de la lujuria carnal. Pablo, escribiéndoles a los corintios, les aconseja se abstengan del matrimonio «porque el tiempo es corto y la forma de este mundo se va extinguiendo». «Vuestra ciudadanía, les dice, «está en el cielo». Marco Aurelio había dicho: «La vida es una lucha y una morada en un país extranjero».

Esta concepción de la vida cala hondo en el pensamiento cristiano. Clemente escribe «a la iglesia de Dios con residencia en Roma». «Este mundo y el próximo son dos enemigos», escribe el Segundo Clement. «El uno empuja hacia el adulterio y la corrupción; la avaricia y el engaño; el otro desprecia todas estas cosas. Nosotros no podemos ser amigos de ambos y nos cabe, por renuncia del uno, asegurarnos el otro. Debemos comprender que vale más despreciar las cosas presentes por frívolas, pasajeras y corruptibles, y amar las venideras por buenas e incorruptibles».

Estas son ideas generales de los primeros padres de la iglesia cristiana. Pablo en los Actos de Pablo y Tecla dice: «Dichosos aquellos que se despiden de este mundo, pues ellos complacerán a

Dios». Cipriano condena a todos aquellos que han renunciado al mundo sólo de palabra y no de hechos. «En el momento que hemos sido bautizados», dice, «hemos renunciado al mundo».

Tertuliano decía de la Iglesia cristiana: «Ella sabe que su función es la de un extranjero de la tierra que entre extraños fácilmente halla enemigos; mientras que en el cielo tiene su raza, su hogar, su esperanza y su honor».

Ni que decir tiene que la idea del cristiano en considerarse extranjero y peregrino en la tierra, estaba bien definida, de tal forma que parece operaba como un parachoques a la presión que sobre él ejercían la educación y civilización paganas en general, las cuales obstaculizaban su progreso y ridiculizaban al mismo tiempo su infantilismo dogmático. De esta impotencia contra principios que no podían combatir más que con un silencio arrogante, ya que sus doctrinas no las respaldaban más que una fe ciega en un poder sobrenatural, viene, a mi parecer, el que cristianismo recurriera al ostracismo y recomendará a sus adeptos la más ciega obediencia al dogma. Creó él también lo que hoy llamaríamos un complejo de inferioridad que le llevó a la más absurda aberración contra todos y todo lo que le obstaculizaba y más que nada contra todo lo que dejaba al descubierto sus fallos y sus debilidades.

Así la Iglesia no se cansa de repetir una y mil veces: «Está escrito que yo destruiré la sabiduría de los eruditos y reduciré a la nada la comprensión del prudente. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el controversista de este mundo? Los cristianos no necesitaban inquirir, dudar o dar satisfacción a nadie por sus creencias, y su grito de lucha era: «No examines, cree». «Tu fe te salvará». Y su grito continúa: «No indagues».

#### EL CRISTIANISMO ENEMIGO DE LA INTELIGENCIA

«Los cristianos rechazaban a todos los hombres inteligentes e invitaban a todos los ignorantes y groseros», decía Orígenes. «La palabra cristiana es», continúa Orígenes, «no permitas que nadie que haya sido instruido, o que sea sabio, o cauto, venga a nosotros, porque tales cualidades son consideradas un mal por nosotros; pero si hay algún ignorante, o insensato, o analfabeto, o idiota, déjalo venir con toda confianza».

Los cristianos no desmienten lo escrito por Orígenes en «Contra Celso», sobre esta ciudad de ellos, al contrario, la aceptan como una de las cualidades del ser humano que hace honor a la gloria de Dios. Justin Mártir proclama con orgullo que «entre los cristianos pueden oírse y aprenderse las cosas más profundas de hombres que no conocen las formas de las letras siquiera; que son ineducados y barbaros en su discurso, aunque sabios y creyentes. Algunos incluso son mutilados y hasta privados de la vista; así todo el mundo puede comprender que todas estas cosas no son el efecto del juicio humano, sino que son reveladas por el poder de Dios.»

Siendo ésta la opinión de la gran mayoría, es decir, la de que las escuelas y la cultura paganas no sólo no podían proporcionarle al ser humano una preparación física y moral, sino que lo llevaban a un estado de degradación escandalosa, quedaban aquéllos que, como dijimos antes, estaban dispuestos a que sus hijos no quedaran sin educación. Estos, ante el dilema de educación pagana o nada, obtenían por mandar a sus hijos a las escuelas aun a riesgo de que al «aprender literatura

tuvieran que escuchar los escandalosos cuentos de la mitología antigua y los atributos que se le asignaban a los dioses.» Algunos exclaman: «¿Cómo es posible que uno pueda adquirir sentido común o aprender a dirigir sus pensamientos y acciones? ¿No es la literatura un instrumento indispensable para toda la rutina de la vida?»

Esta condescendencia, impuesta o no, con los estudios de autores y filósofos seculares para la juventud cristiana procedía casi en general de los padres de la Iglesia del Este, tales como Orígenes, Clemente, etc., los padres latinos, fueron siempre más reacios hacia la enseñanza griega. Estos condenaban a los filósofos griegos tal vez por la concepción que los padres de la Iglesia tenían de que la naturaleza humana es esencialmente pecadora y la razón humana tal como va expresa en la filosofía griega falaz. San Agustín y San Jerónimo renunciaron al entusiasmo que en sus años de jóvenes sintieron por las letras seculares, aunque durante toda la vida se debatieron en vano en reconciliar el derecho de la erudición y la piedad y nunca pudieron evadirse de la confusión mental prevalente respecto al lugar en la vida de la literatura y la retórica.» El caso de Jerónimo es por demás instructivo. En su juventud estudió retórica y filosofía bajo el distinguido Donato. Después estudió teología y de ahí se dio a un nuevo tren de vida. A los cuarenta años, decidió aislarse del mundo y resolvió irse a los desiertos de Siria; pero incluso en su soledad tuvo sus libros con él y en sus remordimientos por sus pecados encontró alivio en la lectura de los clásicos. «¡Qué pobre hombre era yo! Ayunaba y leía a Cicerón. Después de pasar noches en vela y de derramar amargas lágrimas al pensar en mis pecados, cogía a Plauto. Si a veces volvía en sí, trataba de leer a los profetas, el estilo simple y descuidado en que estaban escritos me repelían inmediatamente.»

La teoría de los padres cristianos sobre la educación era la de negar los principios materiales y prácticos del curso de la vida y desestimar los principios de la vida intelectual griega. «Esto dejaba solamente los valores de una vida estrictamente moral mentalmente disciplinada contributiva a la salvación espiritual.»

Pueden encontrarse excepciones a esta generalización, por ejemplo, en los escritos de Crisóstomo, siglo cuarto. Crisóstomo insta a padres y maestros a que usen las estrellas, las flores y los campos como objetos de enseñanza, pero esto sólo lo tempera con la observación de que aunque los sentidos son las puertas del alma éstas deben guardarse cuidadosamente con preceptos morales y con la recitación de la poesía religiosa.

Clemente de Alejandría fué mucho más lejos proponiendo los ejercicios físicos para la concusión de la salud así como la música para el reposo. Ahora, Clemente y Crisóstomo eran griegos y en ellos se reflejaba el ideal secular griego de la personalidad bien formada, a pesar de ser ambos buenos cristianos. Desde luego las teorías sobre educación de los padres de la Iglesia latinos no abarcaban un panorama tan amplio como la de los padres de la Iglesia griegos.

En siglos venideros Ambrosio, Jerónimo y Agustín fueron mucho más influyentes que los padres del Este en lo que se refiere a los fundamentos y normas de la educación cristiana del Occidente de Europa. Para ellos el ideal místico llegó a ser importante como un medio de acallar los deseos del cuerpo y elevar el alma. La vida de la experiencia de los sentidos se consideró como perversa;

de forma que la educación física era peor que una pérdida de tiempo, pues mientras más ayudaba al desarrollo del cuerpo, más interfería con los progresos hacia la salvación. De la misma forma la música secular se la muraba como perniciososa porque desviaba las emociones del camino de los asuntos religiosos, mientras que la música de la Iglesia era de desear porque encaminaba las emociones por los verdaderos senderos de la religión.

Los conocimientos seculares debían rehuirse porque elevaban la razón humana de una forma indecorosa por encima de la fe religiosa. La naturaleza del niño en el pecado personificado y por tanto no podía prestarse confianza en ella. El niño debía sujetarse a una vigilancia constante y de ser preciso, a una severa disciplina con objeto de poder alcanzar de él la debida obediencia y sumisión. Por lo que se refiere a la educación de las niñas, para éstas se aceptaba la clausura, la reclusión y la severa vigilancia; se glorificaba la disciplina de los conventos de monjas, así como la virginidad perpetua.

Así, cuando los padres cristianos de Occidente rechazaban la gimnasia, la música, la retórica y la filosofía secular y cuando negaban el valor de la educación como preparación para una vida activa en los asuntos prácticos, reducían el ideal pedagógico greco-romano a los estudios religiosos y las artes liberales ajustadas a los moldes de la doctrina cristiana.

Con la invasión de los pueblos del norte de Europa, ostrogodos, lombardos, francos, etc., llamados bárbaros, en el siglo quinto de la era vulgar, vino la derrota y descomposición del imperio romano y con ello la destrucción casi de la civilización que por espacio de un milenio se había mantenido en todos los pueblos del Mediterráneo. En el transcurso de ese tiempo se habían desarrollado a través del imperio las escuelas municipales y del Estado, las cuales, en medio de estos trastornos sociales desaparecieron en el curso de dos generaciones; esto unido a la desaparición también de los maestros, llevó sobre la mayoría de los pueblos de Europa el manto impenetrable de la ignorancia.

Afortunadamente, estos pueblos bárbaros, si bien destrozaron a las fuerzas que se les opusieron, conquistaron pueblos y arrasaron tesoros, tanto culturales como artísticos, no fueron capaces de exterminar por completo el ambiente cultural de centenas de años, quedando un tanto prisioneros de la cultura de los pueblos que invadían, así como de su religión también.

La Iglesia cristiana, que tanto había contribuido a la debilitación de las fuerzas internas del imperio romano, así como de su sistema de educación, era dueña ya de la vida espiritual de los pueblos y por tanto a ella quedaba encomendada la tarea de continuar la obra educativa de aquellos pueblos por donde se había extendido y dominado. Pero la Iglesia no se tomó gran interés en suplantar a los municipios y al Estado en su empresa sobre educación; el espíritu de aquéllos que se habían interesado por la educación había muerto en gran parte y la Iglesia ni más ni menos, unía su voluntad, y con gusto, hemos de suponer, a ese estado de indiferencia general. La vieja literatura era en esencia y espíritu la desconfianza de la Iglesia desde siempre. Pero las circunstancias empujaban a ésta hacia algo que diera forma a los restos de la sociedad que acababa de desaparecer, viéndose forzada a crearse un sistema de

educación que aunque con características muy propias llenara las aspiraciones del momento. Para comprender el carácter de las escuelas de la Iglesia ha de tenerse en cuenta que ésta emprendió la tarea de la educación no porque la consideraba como buena, sino porque veía que no podía hacer nada bueno en provecho propio sin darle a sus adictos, especialmente al clero, unos estudios que les permitieran comprender los escritos sagrados y atender a los deberes religiosos. Aquí no se trataba de instruir a alguien para prepararlo en la rutina de la vida ordinaria, sino de la ambición de acaparar lo que quedaba de aprovechable aún del ambiente cultural de un pasado que le era repugnante, para hacerlo vivir en forma exclusiva para los fines de la Iglesia.

«¡De qué pocas ideas se nutre un siglo!», dijo alguien creó refiriéndose al siglo dieciocho; pero refiriéndose al milenio que siguió a la caída del imperio romano hasta el Renacimiento, creo deberíamos centuplicar el signo de admiración diciendo: «¿Cómo es posible llevar a los pueblos después de haber gozado de un alto nivel cultural, a vivir en la más densa de las tinieblas sin que éstos se muevan a producir una chispa de luz ni una idea que intente traspasarla por espacio de un tan largo periodo?» Esta fué la Edad Media, a la cual se arribó por un cúmulo de circunstancias. Por la descomposición de una civilización que no sabía producir ideas que dieran a los pueblos un motivo de continuidad en la vida; por el nacimiento de corrientes ideológicas que su objetivo principal era acabar con las instituciones que se oponían a su propio desarrollo, sin importarle qué iba a pasar después; por la ambición, el espíritu de aventura, el exceso de vitalidad de unos pueblos que se dieron a las correrías, a las invasiones de los puntos en que esa civilización se hallaba radicada, cruzándolos de un confín a otro, haciendo estremecer todas sus instituciones, dejándolos en la mayoría de los casos sumidos casi en la barbarie.

La Iglesia cristiana se apresta a morar bajo esta densa e impenetrable nube de ignorancia que fué el largo periodo que se llamó Edad Media, concentrando sus fuerzas y (por qué no decirlo) sus riquezas, en la vida monástica para desde allí dominar vida y hacienda de pueblos e individuos. La contribución que estas instituciones monásticas prestaron a la conservación y propagación de la cultura, ha sido exagerada por cronistas e historiadores, éstos últimos escribiendo basándose en la información de los primeros, los cuales, al fin y al cabo escribieron a dos o tres siglos de distancia de los hechos e influenciados y quién sabe si coaccionados al mismo tiempo, por las ideas religiosas de la época.

### EL MONASTICISMO

El monasticismo fué un movimiento que atrajo a infinidad de hombres de muy diferentes posición y carácter y la forma que éste adoptó estuvo en consonancia con las características de aquéllos. Pero aun admitiendo la posibilidad de que a él se acogieran hombres excepcionales, puede decirse que el espíritu ascético que dominaba al movimiento era adverso a la obra educativa. Hubo hombres en el siglo cuarto que después de renunciar a todas las cosas del mundo, conservaron sus libros como reliquias y sentían un placer en impartir la instrucción secular como parte de su deber religioso; pero aunque el ejemplo de estos hombres diera pie a que despertara el espíritu escolástico

de la vida monástica, la tendencia general del monasticismo del siglo seis era contrario a la enseñanza. El más grande personaje de este movimiento en la Iglesia romana, era San Benedicto, cuyas reglas fueron adoptadas por casi todos los monasterios del occidente europeo en los siglos siguientes. Benedicto, en su juventud, fué enviado a Roma a recibir la instrucción que le estaba reservada al pudiente romano; pero al darse cuenta de los malos efectos que los estudios literarios hacían sobre algunos compañeros, renunció a los estudios. En 529 fundó el famoso Monasterio de Monte Casino en el viejo emplazamiento de un templo de Apolo. De que en sus reglamentos hubiese previsión para la enseñanza de las artes liberales es más que discutible; teniendo en cuenta la aversión de Benedicto por la educación es muy difícil creer que la hubiera. En los reglamentos que él mismo escribió, no hay previsión para el estudio. «El ocio es el gran enemigo del alma», declara en uno de sus artículos, y por tanto a los allí reclusos se les asignaba un trabajo que les tuviera siempre ocupados, bien en trabajo manual o entretenidos en la leyenda de libros sagrados. Para ello se asignaban a los monjes siete u ocho horas de trabajo manual por lo menos y dos horas de lectura como parte de la vida rutinaria. Aquí se ve claramente que el trabajo que más tarde emprendieron los benedictinos en el camino de la educación, no era considerado por el mismo Benedicto como una parte necesaria del régimen monástico o que el monje se hallara en la obligación de impartir la educación a los jóvenes y a los legos. La inclusión de la lectura como parte del régimen del monje suponía la necesidad de hacerse de libros y también de la de saber leer. Esto en el transcurso del tiempo llevó a la necesidad de tener que copiar manuscritos y a la enseñanza de jóvenes cuyos padres los habían dedicado a la vida monástica, etc.; pero nada de esto implica que los monasterios instruyeran a nadie fuera de éstos, aunque los trabajos realizados por ellos fueran de algún interés a la educación.

El espíritu general de los monjes de los siglos seis y siete hacia toda clase de estudios a excepción de los estudios sagrados, está representado en la inclinación pedagógica del papa Gregorio el Grande (540-604), uno de los hombres más capaces y distinguidos que hayan ocupado la silla papal. Gregorio pertenecía a una familia romana distinguida. Y era versado en gramática, retórica y lógica, sobresaliendo siempre sobre sus compañeros de estudio. Pero aunque empezó con una carrera prometedoras en política, para la cual se había preparado, su vocación por una vida devota le llevó a abandonar su carrera y se hizo monje. El papa de esos días le hizo desviar de la vida monástica y a petición de él se ordenó para el servicio secular. Pero cuando llegó a ser papa, en esencia continuó siendo un monje, por lo que sus puntos de vista sobre educación y sobre la vida en general, fueron exactamente los de los monjes mismos, permaneciendo indiferente o contra toda clase de estudios superiores. Así cuando escribe expresa su aversión hacia los refinamientos de la instrucción literaria. «No me tomo la molestia de evitar los barbarismos. No condesciendo a prestar atención al lugar o fuerza de las preposiciones e inflexiones. Me indigna grandemente el pensar llevar las palabras del oráculo celestial a la sujeción de las reglas de Donato.»

El arremete con la misma fuerza contra la idea de crear una escuela de altos estudios, por el obis-

po de Viana, bajo el patronato episcopal. «Nos avergüenza el referirnos al hecho de una información llegada a nosotros de que su hermandad está enseñando gramática a ciertas gentes. Esto nos agrava más porque nos hace dar un cambio deplorable a la opinión que nos tenemos formada de usted. Una misma boca no puede cantar glorias a Cristo y a Júpiter al mismo tiempo. Considere cuán desafortunado es para un obispo hablar de lo que sería impropio para un laico piadoso. Si después de todo se aclarara de que la información que se nos ha dado fuera falsa y de que usted no se dedica a las vanidades del mundo de la erudición, daremos gracias a Dios para que le proteja de la profanación de las alabanzas blasfemas de hombres infames.» Los que sostienen que los estudios de la antigua literatura encontraron refugio inmediato en la Iglesia a la caída de las es-

cuelas municipales han tratado de interpretar lo que acabamos de transcribir como si Gregorio condenara al obispo de Viana, no porque enseñara literatura secular, sino por que lo hacía a expensas de la literatura sagrada. Pero esto no es así; lo cierto es que Gregorio consideraba la literatura y los clásicos paganos como contrarios al mismo espíritu del cristianismo.

Esta actitud de la vida monástica hacia la educación corre a través de toda la Edad media, y haciendo un estudio crítico de ésta, basándonos en las informaciones que hasta hoy tenemos disponibles, llegamos a la conclusión negativa de que los monasterios fueran centros de erudición de donde irradiaba la luz y la erudición hacia un mundo ignorante.

J. RUIZ

Recuerdo haber recibido hace ya unos diez años y leído con interés, dos volúmenes intitolados: «Mi testimonio a la causa de Cristo», cuyo autor, Raymond Marcand, objetor de conciencia, era no solamente un hombre de fe, sino más aún, de buena fe habiendo sufrido por sus convicciones, moral y físicamente. Marcand no fué comprendido por sus padres ni por el ambiente en que vivía ni tampoco por sus discípulos cuando seguía sus estudios en la Escuela Profesional de Fournes, a poca distancia de Lila. Y ese joven, que manifestaba horror por el alcoholismo, por la impureza sexual; su asco hacia las casas de juego, de bailes, de bebidas, de perversión; de la política, su odio hacia el militarismo, de la hipocresía religiosa — ese muchacho aparecía a los otros chicos de su edad — cual un insensato, cual un utopista peligroso. Su negativa a participar en cualquier guerra; su negación al porte de armas, le condujo ante los tribunales, por los que fué, naturalmente, condenado y luego a darse cuenta que, católicos como protestantes, salvo raras excepciones, no llegaban o no querían llegar a comprender su posición anacional, lo que le hizo volver sus miradas hacia las sectas que se afirman por su hostilidad a toda guerra y representaban el espíritu primitivo del cristianismo o lo que se ha convenido en llamar tal. La narración de Raymond Marcand es a menudo cautivante. Ha leído mucho y su obra está repleta de citas de autores de todos los horizontes del pensamiento humano creyentes o incrédulos, burgueses como revolucionarios, sin contar, desde luego, numerosas notas tomadas del Antiguo Testamento.

Pero, ese testimonio está doblado de una controversia. Marcand parte en guerra contra el ateísmo, al que declara responsable de todos los males que sufre la humanidad. «El

## De la religión y de la paz

ateísmo es destructor de la moral, de la verdadera moral cuya base reside en Dios. Y porque se vé libre del temor de Dios, de la Justicia de Dios, el hombre se entrega al desorden de sus pasiones... Ante el espectro de la muerte, de la nada, el hombre que ha perdido la Fe, es decir Dios, que ha rechazado o que desconoce. Cristo, el Amor o la Paz, el alma y su inmortalidad; el hombre caído hasta el estadio animal, materialista, en efecto, no titubea en satisfacer sus instintos groseros, egoístas, en perjuicio de sus semejantes, de su prójimo. Entonces es cuando empieza la carrera desenfundada hacia los placeres, el alcohol, el gozo y la perversión, etc. ¿Qué decir de esos ateos, de esos neo-paganos, que para mejor satisfacer sus instintos y quedarse tranquilos de conciencia, han rechazado la Fe bienhechora, reguladora y purificadora, la creencia en Dios... la religión verdadera, la de Dios verdadero, del Eterno, del Padre, es Amor y Paz. Verdad y Luz y está por encima de todas las religiones del mundo, de todos los cultos deístas o ateístas pues que ateos son todos los sistemas filosóficos, políticos o religiosos preparados por los hombres».

Dejo de lado los ataques dirigidos

contra el laicismo, en particular contra la Escuela Laica, contra la moral laica, etc. Pacifista como es Raymond Marcand no deja de asestar duros golpes a los desgraciados que recurren a la razón para obtener más luz. Para él no hay más que una verdad: Cristo, la Palabra de Dios. En resumen es porque los hombres han rechazado el verdadero Dios, el Cristo verdadero, que la guerra se perpetúa, permaneciendo suspendida sobre nuestro destino como una amenazante espada de Damocles.

### YO NO RECHAZO CON MALEVOLENCIA AL CREYENTE, «AL HOMBRE QUE TIENE FE»

Es su derecho de creer, de repudiar, como lo hace nuestro autor, las iglesias ortodoxas, organizadas, de preferir las sectas que se creen, cada una — dicho sea entre paréntesis — en posesión de la «verdad». Hay bastante espacio en este mundo para la expresión de todas las ideas, aunque sean parecidas a las de los Koreshistas, esta curiosa secta americana que cree que si la Tierra es redonda nosotros vivimos en el interior de la esfera y no en el exterior, etc. Pero, hay un hecho, es que *yo no creo* y que ningún creyente ha podido hasta ahora darme la menor prueba de la existencia de Dios. Se me ha definido a Dios de muchas maneras, pero ninguna que esté en relación con el poder creador de la imaginación humana. No conozco ninguna definición de Dios que no sea una «impresión del espíritu» igual tiene que esta entidad metafísica sea observada bajo forma de un dictador cósmico, de un super-hombre moral, de un dios de gente buena, de un vertebrado gaseoso o de un puro espíritu. Está claro que cuando se nos dice que Dios es bueno, misericordioso, justo, etc., etc., se le asemeja a un Hombre Ideal y esto es algo que no existe

más que en nuestra imaginación. El Dios omnipotente, que todo lo sabe, que todo lo prevé, no existe en nuestra capacidad cerebral de imaginación, más que como el Dios cruel, malvado, omnicelesto y omnivengativo, el Eterno de los Ejércitos, el del Antiguo Testamento. El Dios de Constantino y la Providencia de Hitler no han existido jamás sino en sus cerebros bárbaros. Cuando se me observa que no es necesario definir a Dios, de representárselo, porque él se revela personalmente al individuo por la Fe, todo ello significa muy sencillamente que siendo incapaz de resistir a la duda y de responder a los problemas que impone la vida, se busca, en la renuncia a la búsqueda o a la lucha una posición de abandono espiritual y de conformismo intelectual. A menos que no se trate de una auto-sugestión o de una alucinación.

Se me afirma que nosotros nos hallamos sobre un grano de arena perdido en una inmensidad que no tiene principio ni fin, universo situado en el seno de otros universos, los cuales comprenden planetas — sin duda, incluido el nuestro — donde, otros seres, más o menos semejantes a nosotros, o totalmente diferentes de nosotros, mejor o peor dotados, nacen, crecen, se desenvuelven y terminan siendo reducidos a polvo. Todo esto puede ser o no exacto, pero yo reconozco que cuando empiezo a pensar en esa eternidad sin principio ni fin, no llego a comprender nada. Debo confesarlo francamente, no puedo concebir una cosa que ni empieza ni termina. Si Ud. lo concibe *realmente*, mejor para usted.

En cuanto a Jesús, al Cristo, a sus declaraciones, se plantean muchos problemas por los cuales no parece interesarse mucho Raymond Marcand. Problema de la historicidad en cuanto a la persona de Jesús y de sus actividades. Problema de la autenticidad de los Evangelios y de las Epístolas de Pablo, de las interpretaciones que en ellos han tenido lugar, fraudes «píadosos», para las necesidades de la causa, etc. ¿Conoce nuestro autor los trabajos del abate Turmel? Por otra parte, unos consideran a Cristo como un mito; otros como «la conciencia humana revelándose a sí misma», es lo que me decía cierto día un pastor liberal; y no falta quien le considera como a un anarquista o por lo menos a un revolucionario religioso. Es evidente que desde los primeros siglos fué considerado como un personaje legendario y que la leyenda hace de él un personaje simpático. De origen modesto, educado en casa de un carpintero, quizá en una alquería, como apuntaba E. Crusby, compartiendo varias de las supersticiones y adoptando las teorías cosmogónicas de su época. Le representan dotado de una gran sensibilidad, de un vivo entusiasmo, desembarazado de prejuicios y concepciones mezquinas del ambiente en que vive, polemista y detestando el espíritu mercantil que hacia tan detestables a sus compatriotas. Reformador, no habiendo hallado eco entre las gentes acomodadas, salvo dos o tres burgueses liberales o rabinos,

Jesús, — el de la leyenda — se dirige hacia los «peajeros y gentes de mala vida», vagabundos, mendigos, prostitutas, neurópatas y otra gentuza, a quienes se unieron varios de los israelitas que esperaban la venida de un Mesías que los libraría del yugo de las legiones romanas. Al parecer, Jesús no dió mucha importancia a las leyes civiles, a la propiedad y el episodio de las dos hermanas que amó tiernamente, lo que indica un corazón afectuoso. Dos o tres mujeres que habia curado de enfermedades nerviosas subvenían a sus necesidades y a las del grupo que le seguía. En fin, mecido desde la infancia por la lectura del apocalipsis judío, creyendo en el fin del mundo, dotado quizá de facultades que actualmente se relacionarían con el hipnotismo (1), en fin, decimos nosotros, con la fuerza que le daban los fanáticos y gentes sin escrúpulos, Cristo se lanzó al ataque del eclesiasticismo, del formalismo y de la hipocresía israelita. Si le damos crédito a la leyenda, no se puede negar ese rasgo imborrable del carácter de Jesús su confianza en los que le siguieron, su paciencia respecto de ellos y, hay que decirlo también, su amor hacia ellos. Las cobardías, la ignorancia, las ambiciones mezquinas y las rivalidades pueriles no lo desalentaron jamás. Esto le redime de la debilidad que mostró cuando se le crucificó, debilidad causada probablemente por la caída de sus esperanzas y «la intervención de Dios. Su Padre que está en los Cielos» y la desilusión resultante del abandono

no de sus discípulos. Esta es, pues, la leyenda y en toda ella Jesús es y sigue siendo un «laico».

De la realidad, no se conoce gran cosa y si alguien cree hallar las trazas de la muerte del hombre de Nazareth, no se sabe, ciertamente de qué se trata, pues, en aquella época y en tierra judía habia muchos agitadores. No supongo que R. Marcand acepte un solo instante la idea de Jesús Hijo de Dios, de su nacimiento anormal (en aquellos tiempos no se conocía aún la inseminación artificial) y admita su sacrificio, recuerdo de una época en que se hacia pagar a un inocente la falta de un culpable. Y no quiero hablar de esa idea absurda de un Dios castigándose él mismo a muerte para pagar sin duda el haber creado el hombre a su imagen y semejanza.

\*\*

Desde luego yo no queria hacer de este artículo una critica de las convicciones de nuestro autor, sino dedicarme al problema de la paz que es mejor. Contrariamente a él, creo que si hay guerras no es porque los hombres sean egoístas, ni que dejen de estar bastante agitados por el instinto de conservación individual, o el deseo ferviente de mantener intacta su piel. El día que una propaganda bien orientada llevada a cabo en todos los países demuestren que la existencia es todo para el individuo, y que una vez que desaparezca, no habrá ni presente ni porvenir, ni pensamiento, ni acción, ni esperanza, ni gozo, y que el universo, el bien, el

## Vida de CENIT

Miguel Torres .....	4 30	J. Jover, Conqueiranne (Var) .....	10 —
Juan Ribas .....	2 —	Aquillino Gainzarain, Jegun .....	4 —
José Micas .....	10 —	Ballesta, Limoges .....	35 —
XX G. ....	5 —	F. L. Campareilhan (Isère)	
José Casteyó .....	7 50	(S. lista) José Castillo .....	10 —
Juan Serra .....	5 —	José Casal .....	10 —
XX M. ....	1 —	Isidro Pomon .....	10 —
F. L. Ganges (S. lista):		F. L. de Carcassonne (Aude)	50 —
José Unes .....	5 —	Mé Ripollés, Chaumont ..	3 —
Mariano Ferrer .....	5 —	F. L. de Prayssac (Lot) .....	40 60
Jaime Pérez .....	10 —	F. L. Romorantin (L.etCh.) ..	30 —
Miguel Fez .....	5 —	F. L. Castres (Tarn) .....	71 —
BGernardo Gabarros .....	1 —	México, G. Tierra y Libertad	50 —
F. L. de Carmaux (S. lista):		F. L. Montreal, Canadá .....	97 94
J. Molina .....	10 —	J. Callao, Torreón, México ..	19 32
J. Romero .....	5 —	F. L. C. Ferrand, Royo .....	5 —
J. Ruiz .....	5 —	Rigat, St. Simphorien .....	3 —
A. Giménez .....	4 —	Archs, Limoges .....	1 —
S. Fernández .....	5 —	Sánchez, Vierzon .....	4 —
M. Molina .....	5 —	F. L. Carcassonne (Aude) ..	13 50
M. Ruiz .....	5 —	Crivillé, Montpellier .....	10 —
T. Domenech .....	4 —	F. L. St. Etienne .....	101 —
R. Martínez .....	5 —	F. L. Tarbes .....	19 —
A. Vargas .....	3 —	F. L. Arles s. Tech. (s. lista):	
A. Domenech .....	1 —	Rodríguez (socialista) .....	5 —
E. Sanjuan .....	5 —	Marisol (sin partido) .....	5 —
Moreno .....	3 —	Josefine .....	1 —
Mas .....	1 —	Un republicano .....	1 —
P. García .....	2 —	Valentín Antonio .....	3 80
Romero .....	2 —		
D. Giménez, Alger .....	2 75		
		Total .....	741 71



# Del dicho al hecho...

¿Qué no podría escribirse sobre este adagio popular de vigencia permanente?

Según sea la distancia entre lo ahora dicho y luego hecho, hallamos la longitud histórica de la conducta humana. Pero esto no siempre es cierto. Si es permítida la divagación pronto vamos a verlo.

Pues sí, en este trecho que al final del subtítulo dejo en suspenso — porque de todos es harto sabido aunque pocos lo hayan calibrado — cabe cuanto al hombre afecta. Y como quiera que tras ensartar los mil ejemplos de conciencias retorcidas — que lo que sus bocas anuncian sus manos denuncian — no habría dicho de la misa la mitad; preciso será que cite, sin cifras pero con pruebas, la tragedia de aquellas conciencias limpiadas, que niegan quedamente y con elocuencia afirman, aunque sea tra-

mal, la moral, el no-conformismo, el ateísmo, la fe, el amor, las flores y los frutos de la tierra, y todo lo demás; no existen para él más que en la medida en que él esté en situación de percibirlos, es decir en vida. Aquel día será una realidad el advenimiento de la paz en la Tierra.

Yo opongo al mandamiento: No matarás, el grito del instinto de conservación: Yo no quiero que me maten! Para que no me maten a mí es necesario que mi prójimo se halle en el mismo estado de espíritu que el mío, que él tampoco quiera ser muerto. Es necesario que allende el océano, al otro lado de las fronteras naturales o artificiales, la misma voluntad domine en cada ser humano, emanando de las profundidades de su ser: «Yo no quiero que me maten», no porque ello está escrito en el Decálogo, los Mandamientos de la iglesia, los Evangelios o los Libros sagrados del Oriente, sino porque es natural el ir «hacia la vida» y el escapar de la muerte. Y no es solamente natural para mí, sino también para mi vecino, para mi prójimo y, en fin, para cada uno de los hombres.

La guerra es como el dominismo y el servilismo; su desaparición es cuestión de mentalidad. La adquisición de esta mentalidad está condicionada a la expulsión de nuestro pensamiento de todas las mentiras religiosas, sociales o laicas, espirituales o temporales que la escuela, el púlpito y la prensa destilan dentro de nuestros cerebros, en beneficio del Estado y de los privilegiados que lo sostienen y que él a su vez sostiene.

\*\*

casando, aunque sean vencidos en lides parejas.

Tal aquella ilusión acariciada con singular delicadeza. El escultor primerizo que, en su exiguo cuarto, tiembla ante el modelo de carne y hueso; porque en su imaginación desbordada ve la imagen más viva que el mismo modelo, pero que al tratar de dar formas al bloque pétreo, su diestra revela su torpeza. Y antes del último retoque, al contemplar su obra tan imperfecta, sin posible enmienda, sin vida, de piedra, destruye con su martillo, hace añicos, lo que considera malogrado bosquejo.

Sueños pertinaces. El poeta desvelado yace en su raído camastró; los ojos fijos al techo que no ve, en tanto por su mente pasan versificaciones raudalescas, afluyen las rimas, brotan asonancias y disonancias formando originales estéticas, y erguido, por

Y vamos ahora a la cuestión de la objeción de conciencia, a propósito de lo cual yo quisiera añadir dos palabras. Existe un cierto número de sectas cristianas que rechazan la obligación del porte de armas. Así ocurre en los países anglo-sajones y en algunos otros, donde domina el protestantismo, pues es corriente permitir a los miembros de estas sectas, cuando ellos insisten, de reemplazar el servicio militar por un servicio civil. Es mucho más difícil (a menudo casi imposible) de admitir ese hecho cuando no se invoca una convicción religiosa o por lo menos humanitaria. De aquellos que han dado, para explicar su repugnancia al porte de las armas el simple motivo que ellos pretendían salvar su piel y que para ellos esta objeción estaba por encima de todas las demás consideraciones, de éstos, ¿cuántos son los que han sido admitidos como objetores de conciencia? Y no hay duda alguna que este hecho consiste en la toma de conciencia de valor de su individualidad al querer evitar su anonadamiento... Pero, ¿se ha presentado alguna vez, en los países citados, un objetor de conciencia proclamando simple y llanamente que si no quiere usar armas es simplemente porque le repugna hacerse atravesar el cuerpo? Yo estaría muy satisfecho de saberlo.

(1) Sería curioso hacer una aproximación entre ciertos «milagros» atribuidos a Jesús el de la leyenda y las curas psicoanalíticas.

E. ARMAND  
(Traductor: F. Ferrer)

la emoción de este momento, coge veloz, pluma y cuartilla. Sobre el papel blanco traza arabescos negros. Ya está el boceto. En otra cuartilla ordena, en ésta corrige, en ésta rectifica, en aquélla vuelve a empezar de nuevo... Por fin rompe la pluma y rasga el producto de aquella noche, sobre la improvisa papelería; buena cosecha para el basurero. Por la ventana amanece en tanto obscurece en su torturada mente.

Súbita inspiración que el músico sublimiza en su constante devaneo. Por doquier oye arpegios, nuevos ritmos; notas fogosas, acompasadas, melódicas parecen bailar endiabladas zarabandas en su desorquestada cabeza. Y entonces, frente a su desventajado piano ensaya con una mano las teclas, en tanto con la otra transcribe los sonidos en el pentagrama a base de negras, blancas, corcheas; hasta que, agotado, en el «andante» tropieza. Y entonces, comprobada su impotencia, con estrépito cierra el noble instrumento y avienta insensato las páginas donde palpitaban sus ritmos y sonoros ensueños, trocando su inspiración en desesperación, levadura de otra lograda composición.

Deseos contrariados por no ser enteramente compartidos; tal el adolescente amoroso y consumido por la pasión no correspondida, y que acaba por encontrar indeseable la misma vida.

En fin, ¿a qué proseguir enumerando este trecho infinito! Voluntades tensas que se rompen, sacrificios que parecen revelarse vanos, esperanzas que se esfuman, luces que se apagan al intentar avivarlas con nuestro soplo, obras desmoronadas con columnas que se desploman y se tronchan, vuelos humanos sin orientación segura. Y, a veces, cuando todo parece haberse alcanzado, surge lo imprevisto, el imponderable que todo lo desbarata.

Complejo eterno de Sísifo, subiendo dos, bajando una, y agregándose tres, en la inmensa escalinata del progreso ambicionado.

Y es en este relativismo donde se demuestra su potencia e impotencia, base de toda evolución y de todo progreso, y lo que es más, la razón y tendencia indestructibles de sus aspiraciones libertarias y rebeldes.

Podréis alcanzar una, varias, casi todas vuestras aspiraciones, pero por ello la ambición continuará enmadrando el hilo eterno del deseo.

El hombre quiere mucho y sabe poco, de ahí su frágil poder, pero aunque supiera mucho jamás podría una cosa: alcanzar su infinito querer.

PLACIDO BRAVO

# Federico García Lorca

## el poeta y su pueblo



Ya sabe Lorca que para franquear los obstáculos del miedo, del dinero y de la falta de libertad, necesita la simpatía y las armas de la intelectualidad junto con la comprensión y las energías generosas del pueblo. Una de las obras para titeres, en efecto, se dirige al público ilustrado de Madrid, al mismo tiempo que al público popular andaluz, como lo demuestran respectivamente el prólogo y el epílogo que le añadió el poeta por los años 1930. Me refiero al famoso «Retablillo de Don Cristóbal».

En fin, esa época es la de «Mariana Pineda». Mariana, heroína de una conspiración republicana hacia 1830, es detenida por bordar la bandera de los liberales, y muere en el cadalso por no delatar a los conjurados, cuyo jefe es su amante don Pedro de Sotomayor. Drama de la libertad española; tragedia del amor indefenso y sacrificado, que representa lo más inocente, lo más puro de la vida y de las libertades humanas. En Mariana, la libertad de todos no se puede separar de la felicidad en el amor sin trabas. Así la siente, y la quiere el poeta.

Dice Pedro:

«No es hora de pensar en quimeras, que es hora de abrir el pecho a bellas realidades cercanas de una España cubierta de espigas y rebaños, donde la gente coma su pan con alegría, en medio de estas anchas eternidades nuestras y esta aguda pasión de horizonte y silencio. España entierra y pisa su corazón antiguo, su herido corazón de Península andante, y hay que salvarla pronto con manos y con dientes.

Y Mariana replica apasionadamente:

«Y yo soy la primera que lo pide con ansia. Quiero tener abiertos mis balcones al sol para que llene el suelo de flores amarillas y quererte, segura de tu amor sin que nadie me aceche, como en este decisivo momento.»

Aquí Lorca habla para su pueblo, y participa a través de sus personajes en la lucha común, esta lucha que oponía por entonces las fuerzas liberales a la dictadura de Primo de Rivera. Lo hace sin asomos de militarismo, pero con la mayor amplitud y la mayor claridad.

Y, por fin, en el momento de ir al cadalso, Mariana expresa el sentido último, universal de su sacrificio, desesperado y esperanzado a la par. Federico García Lorca, como poeta, le presta su voz más entrañable:

«¡Os doy mi corazón! ¡Dadme un ramo de flores!  
En mis últimas horas yo quiero engalarme.  
Quiero sentir la dura caricia de mi anillo  
y prenderme en el pelo mi mantilla de encaje.  
Amas la Libertad por encima de todo,  
pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre,  
que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas.  
¡No se podrá comprar el corazón de nadie!  
«Ahora sé lo que dicen el ruiñeñor y el árbol.  
El hombre es un cautivo y no puede librarse  
¡Libertad de lo alto! Libertad verdadera,  
enciende para mí tus estrellas distantes.  
¡Adiós! ¡Secad el llanto!

1929. Don Fernando de los Ríos dimite de su cátedra granadina a consecuencia de la opresión que la dictadura ejerce sobre la cultura. Las autoridades le habían quitado la cátedra a un compañero suyo de la Universidad, y él, como protesta, renuncia voluntariamente a su cargo. Pronto sale a dar una serie de conferencias por los Estados Unidos. Logra para su joven amigo una beca de lector en Columbia University, la Universidad de Nueva York, y Federico García Lorca embarca con él. Este escribe en una nota autobiográfica dirigida a un compañero neoyorquino:

«El viaje de Nueva York, puede decirse que enriquece y cambia la obra del poeta, ya que es la primera vez que se enfrenta con un mundo nuevo.»

Este mundo es el mundo norteamericano, y de modo más general el del gran capitalismo contemporáneo. Ya sabemos cómo lo vió, por un libro titulado «El poeta en Nueva York», y por los comentarios que hizo en sus interviús, o en las conferencias pronunciadas por toda España y la América del Sur, en las que presentaba dichos poemas.

Ver por un lado a los negros, por otro a los blancos, y en medio, «los pueblos orientales de ojos tristes», los sirios, los judíos, etc., con los que se siente más emparentado. Los blancos, son los estudiantes que llega a conocer en la Universidad, pero sobre todo, los hombres que ve por las calles, y cuya debilidad experimenta durante el famoso crac de la Bolsa de Nueva York, en el otoño de 1929. Hombres vacíos, sin raíces; prisioneros y dueños feroces, al mismo tiempo, de la industrialización inhumana. Prisioneros de sí mismos, aislados de la vida; «enajenados», según la gráfica expresión marxista; faltos de aliento, de sangre y de alegría. Los negros son todo lo contrario: llenos de vida, de nobleza y orgullo, rebosantes de una alegría ingenua y asimismo de una terrible energía; oprimidos y prisioneros de «los blancos del oro», víctimas del odio, del desprecio y de los absurdos prejuicios raciales del hombre blanco.

He aquí cómo Lorca, en una de sus conferencias, evocará la sociedad norteamericana. Empieza recordando dos barcos que por el siglo XVII navegaban rumbo a la misma costa: uno lleno de colonos puritanos de procedencia inglesa, otro — un barco pirata — cargado de esclavos negros, «madera de ébano», que van a cultivar la tierra americana a cuenta de los primeros. Y trasladándose al momento actual dice:

«... Los nietos de la tripulación del «Flor de Mayo» tienen ahora reyes. Unos ancianos muy afeitados, con suaves melenas blancas; unos ancianos que no beben, que no fuman, que leen libros para educar la voluntad y el carácter. Y que acaban suicidándose bobamente en un cuarto de su palacio, como ese Eastman. (1)

Los nietos de la carga negra del barco sin nombre, sin pabellón ni rol ni patente, tienen reyes también. Reyes de sangre de reyes. Ahora son, como antes, esclavos de los hombres blancos. Y el rey de Harlem lleva un levitón de conserje y unos guantes blancos de algodón barato. Este no se suicidará. Lo empaparán los benditos y evangélicos cuáqueros de nafta y lo prenderán fuego colgado de un tilo.»

Para el poeta, la música negra, la música de jazz que tanto admiraba y escuchaba por el barrio de Harlem, es, como el llanto andaluz, la única salida posible de tanta fuerza encerrada; es una forma de rebeldía. Federico García Lorca siente el llanto y el dolor de los negros oprimidos, de su

sangre ahogada por la selva mecánica de Nueva York, y no lo siente por casualidad, sino por ser granadino, y estar muy compenetrado con la vida de su tierra y de su pueblo. Además de la represión antirrepublicana del siglo XIX y del terco conformismo contemporáneo, Granada es, en efecto, un país en donde la represión católica, después de la Reconquista, se ejerció con una ferocidad y un encono extraordinarios en contra de los «herejes» musulmanes y judíos. Los granadinos cultos lo han seguido recordando a principios del siglo XX e incluso ahora. Por eso, descubriendo la condición inhumana de los negros norteamericanos, Federico entiende, naturalmente, su queja, su esfuerzo para sobrevivir sin desmentirse y explica:

«Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío, del morisco que todos llevamos dentro. Granada huele a misterio, a cosa que no puede ser y, sin embargo, es. Que no existe pero influye, o que influye precisamente por no existir; que pierde el cuerpo y conserva aumentado el aroma. Que se ve acorralada y trata de injertarse en todo lo que la rodea y amenaza para ayudar a disolverla.»

El viaje a Nueva York abre, pues, al poeta, las puertas de su propio mundo y del mundo entero. Le permite descubrir la solidaridad de todos los hombres frente a la opresión y hacia la «aurora de vida nueva» que buscan dolorosamente. Lorca ve cómo nace la «aurora de Nueva York». Aurora podrida. Aurora de soledad. Aurora sin amor ni esperanza:

«La aurora de Nueva York tiene  
cuatro columnas de cieno  
y un huracán de negras palomas  
que chapotean las aguas podridas.  
La aurora de Nueva York gime  
por las inmensas escaleras  
buscando entre las aristas  
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca  
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.  
A veces las monedas en enjambreres furiosos  
taladran y devoran abandonados niños.  
Los primeros que salen comprenden con sus huesos  
que no habrá paraíso ni amores deshojados;  
saben que van al cieno de números y leyes,  
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.  
La luz es sepultada por cadenas y ruidos  
en impúdico reto de ciencia sin raíces.  
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes  
como recién salidas de un naufragio de sangre.»

Oigan ahora el «Grito hacia Roma», el grito que Federico García Lorca lanza hacia la sede del mundo católico, desde lo más hondo de nuestros tiempos desolados: el rascacielo más alto de Nueva York. El mundo moderno desconoce el amor. Roma — templos imponentes, frías estatuas, ceremonias altisonantes — no es más que falsedad y artificio. Las muchedumbres no tienen otra cosa propia ni más arma que su grito de rebeldía, y deben lanzarlo sin desmayo, hacia el porvenir.

(1) El inventor de la película fotográfica, que acababa de suicidarse aquel año en 1932, en Nueva York.

«... Los maestros enseñan a los niños  
una luz maravillosa que viene del monte;  
pero lo que llega es una reunión de cloacas  
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.  
Los maestros señalan con devoción las enormes

[cúpulas sahumadas;  
pero debajo de las estatuas no hay amor,  
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.  
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,  
en la choza diminuta que lucha con la inundación;  
el amor está en los fosos donde luchan las serpientes  
[del hambre  
en el triste mar que mece los cadáveres de las ga-

[votas  
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las al-  
[mohadas.

Pero el viejo de las manos traslúcidas  
dirá: amor, amor, amor,  
entre el tisú estremecido de ternura;  
dirá: paz, paz, paz,  
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;  
dira: amor, amor, amor,  
hasta que se pongan de plata los labios.  
Mientras tanto, mientras tanto ¡ay! mientras tanto,  
los negros que sacan las escupidoras,  
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido

[de los directores,  
las mujeres ahogadas en aceites minerales,  
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,  
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el  
[muro,

ha de gritar frente a las cúpulas,  
ha de gritar loca de fuego,  
ha de gritar loca de nieve,  
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,  
ha de gritar como todas las noches juntas,  
ha de gritar con voz tan desgarrada  
hasta que las ciudades tiemblen como niñas  
y rompan las prisiones del aceite y la música,  
porque queremos el pan nuestro de cada día,  
flor de aliso y perenne ternura desgranada,  
porque queremos que se cumpla la voluntad de la  
[Tierra  
que da sus frutos para todos.»

◆  
Federico García Lorca vuelve a España al cabo de un año, tras una corta estancia en Cuba. Unos meses después nace la segunda República española. Ustedes conocen mejor que yo la historia de estos cinco años que terminan con la llamada guerra civil española: los dos años del bienio reformador, los dos años de represión del famoso «bienio negro», marcado por la represión sangrienta de los movimientos revolucionarios de Asturias y Cataluña; a principios de 1936, por fin, el triunfo del Frente Popular en las elecciones y los acontecimientos precipitados que terminan con el levantamiento de julio de 1936. Al cabo de un mes, en su Granada, ocupada por el ejército franquista, Lorca muere fusilado, o sea, como dice escuetamente el parte oficial de defunción, «a consecuencia de heridas debidas a la guerra».

Durante estos cinco últimos años de su vida, el poeta sigue manteniendo el contacto con dos ca-

*«Pero la guardia civil  
avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.»*

pas sociales. La clase media ilustrada en la que vive, es decir, la intelectualidad avanzada de gustos y generalmente de ideas (1), y por otra parte, las clases populares; además, conoce por primera vez un éxito de gran masa de público, tanto con su teatro como en sus conferencias y con la lectura comentada de sus poesías. En efecto, Lorca prosigue su tarea de escritor lírico y dramático, y da a conocer, entre aplausos y triunfos, casi toda su obra teatral publicada hasta ahora. Por otro lado, vive y lleva a cabo la gran experiencia de La Barraca, compañía universitaria ambulante de teatro popular; y, por fin, difunde, por medio de recitaciones, charlas e intervius, al mismo tiempo que sus poemas, sus ideas sobre su obra dramática y sobre el teatro y el arte en general.

Por esos años, la mayor parte y lo mejor de su trabajo de artista va dedicada a la labor teatral. El mismo dice cómo ve el teatro y por qué lo necesita. Es un modo de comunicar con los demás; es una forma activa, hecha carne y vida, de la poesía:

«... El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse habla y grita, llora y desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre. Han de ser tan humanos, tan horrorosamente trágicos y liados a la vida y al día con una fuerza tal, que muestren sus traiciones, que se aprecien sus dolores, y que salga a los labios toda la valentía de sus palabras llenas de amor o de ascos. Lo que no puede continuar es la supervivencia de los personajes dramáticos que hoy suben a los escenarios llevados de las manos de sus autores. Son personajes huecos, vacíos totalmente, a los que sólo es posible ver a través del chaleco un reloj parado, un hueso falso o una caca de gato de ésas que hay en los desvanes. Hoy en España la generalidad de los autores y de los actores ocupan una zona apenas intermedia. Se escribe en el teatro para el piso principal y se quedan sin satisfacer la parte de butacas y los pisos del paraíso. Escribir para el piso principal es lo más triste del mundo. El público que va a ver cosas queda defraudado y el público virgen, el público ingenio, que es el del pueblo, no compren-

(1) No olvidemos, sin embargo, que Federico García Lorca tenía muy buenos amigos de opiniones derechistas, entre los cuales, por ejemplo, el poeta falangista Luis Rosales y el mismo José Antonio Primo de Rivera.

**«Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.»**

**de cómo se le habla de problemas despreciados por él en los patios de vecindad.»**

Ya vemos a qué capas de la sociedad piensa y puede dirigirse.

Escribe o termina, por entonces, sus obras más famosas (exceptuando «Mariana Pineda» y «La Zapatera prodigiosa»). Da a conocer una tras otra «Bodas de Sangre», «Yerma», «Doña Rosita», y «La Casa de Bernarda Alba», que todos conocemos. Trata de publicar y representar íntegra o parcialmente sus llamadas «Obras irrepresentables» (por demasiado atrevidas de forma o de contenido): «Así que pasen cinco años» y «El público». Escribe, proyecta y empieza, además, varias obras: tragedias amorosas, dramas o tragedias político-sociales, piezas de inspiración lírica granadina, una obra «contra la guerra», según dice él mismo, etc.

El contenido de las obras conocidas de aquella época es muy claro. Plantean simultáneamente los problemas de la pequeña burguesía del campo o de la ciudad y los del pueblo que se roza con ella. La clase media es la del mismo poeta; pero es, además, la fuerza social menos equilibrada, más incierta y en crisis del mundo español, el elemento de peso decisivo en la vida social de la época. Sus problemas aparecen muy a las claras en este teatro, lo mismo que sus debilidades y los obstáculos con los que choca trágicamente: avaricia y amor al dinero; miedo desesperado al amor libre, al riesgo y al qué dirán; persistencia monstruosa de ideas, recuerdos y rencores fosilizados, ya fuera del tiempo vivo y real. El pueblo, por su parte, se enfrenta con los problemas vitales más sencillos, que son los del hambre y del amor, y es preso hasta cierto punto de los prejuicios de las clases acomodadas a las que está ligado en su vivir cotidiano. En estos conflictos dramáticos resaltan, al fin y al cabo, los elementos de una lucha más generalizada y más íntima a la par: la que Lorca siente hondamente, ya lo hemos visto, y que quiere hacer patente, con toda su vibrante gravedad, ante el público. Lucha de los anhelos humanos con los obstáculos, humanos también, que se les oponen. Lucha de la realidad con el sueño y el deseo. Defensa individual contra «la gente», las costumbres, los prejuicios fuera y dentro de uno mismo, contra las fuerzas opresoras disfrazadas de destino, pero muy fáciles de reconocer.

Los intereses creados rigen los casamientos. Esto se ve muy a las claras, por ejemplo, al principio de «Bodas de sangre», en la escena de peti-

ción de mano en la casa de la novia. Escuchen cómo empieza la plática. (1)

Al final de «Yerma» ofrece un ejemplo privilegiado de rebelión de los anhelos contenidos, el ansia de maternidad de Yerma en este caso, que luchan para llegar a la luz de la realidad, y se ven brutalmente rechazados por el campesino acomodado a quien la casaron. Estando en la romería, Yerma quiere alejar a su marido, el cual insiste: «También es hora de que yo hable...» (2). Sabemos que Yerma acabará matando a su marido.

La última pieza de Lorca, «La casa de Bernarda Alba», que quiere ser «un documento fotográfico», es la que da más importancia a las criadas del pueblo y al pueblo en general, así como a las injusticias que padece. El drama empieza en la casa de Bernarda, durante el entierro de su segundo esposo. Salen a la escena una criada y la Poncia, ama de llaves de Bernarda Alba. (3)

Ya ven ustedes cómo Federico García Lorca, en esta última obra presta voz hiriente y expresiva a los oprimidos.

◆  
Pero además de su obra personal y de la representación de la misma, se dedica a otra forma de labor teatral con La Barraca. Esa compañía, creada a principios de 1932, con el acuerdo y la ayuda del ministro de Instrucción Pública, que era por entonces don Fernando de los Ríos, debe dar a conocer el gran teatro español — y, especialmente, el teatro clásico — a las capas más desheredadas del pueblo español, tanto en el campo como en las ciudades. Es ambulante: Viaja en camión. Y se compone únicamente de aficionados: estudiantes que trabajan por amor al teatro, y para colaborar en lo que pueden a la obra de educación popular fomentada por el gobierno republicano. La dirige el poeta y Eduardo Ugarte. La Barraca tiene muchas facilidades al principio. Más tarde, en tiempos del «bienio negro», surgen las amenazas. Ya a principios de 1934, Lorca vuelve de Buenos Aires, antes de tiempo, por temor a que le corten los créditos. Luego vienen las restricciones a la libertad de acción del grupo, no menos acertadas por ser de tipo económico: en el verano de 1935 la reducción de los subsidios le impiden la actuación por los pueblos castellanos que cruza, camino de la Universidad internacional de Santander. Veamos lo que dice el poeta sobre el trabajo de la compañía. Le pregunta un periodista:

— ¿Y qué dicen los cómicos?

— ¿Qué van a decir? Son jóvenes, son estudiantes, son inteligentes, y con esto queda todo explicado. Han tomado el asunto con una vocación admirable, a prueba de

(1) La conferenciante lee un trozo del tercer cuadro del acto primero de «Bodas de sangre», páginas 1.106-1.107 de las primera, segunda y tercera ediciones de Aguilar, «Obras completas».

(2) Lectura: «Yerma», acto III, cuadro segundo; páginas 1.256-1.258. Ed. Aguilar.

(3) Lectura: «La casa de Bernarda Alba», acto primero, primera escena; páginas 1.349-53, Editorial Aguilar.

sacrificios. Uno está acabando su carrera, otro tiene que hacer el servicio militar, otro se prepara para unas oposiciones; no importa; lo que por el momento les entusiasma es la gloria del actor. Y lo cierto es que han conseguido su deseo. Resultan unos actores formidables. ¿Usted no les ha visto trabajar?... Ya quisieran los cómicos de profesión parecerse a ellos. Y es que para reproducir una obra teatral primitiva hace falta algo más que el amaneramiento y los recursos del oficio de los profesionales; se precisa, junto a la vocación, la cultura literaria y el hondo sentido profesional de esos muchachos universitarios.

— ¿Y cómo se las arreglan ustedes para los efectos de la jerarquía?

— ¡Ah! Muy bien. Aquí no hay ni primeras ni segundas figuras; no se admiten los divos. Formamos una especie de falansterio en que todos somos iguales y cada cual arrima el hombro según sus aptitudes. Si uno hace de protagonista, otro se encarga de distribuir los bastidores, otro se convierte en un organizador de los efectos luminosos, y el que parece que no sirve para nada está, sin embargo, haciendo a maravilla el oficio de conductor de camiones. Una democrática y cordial camaradería nos gobierna y alienta a todos. Y así vamos carretera adelante...»

La Barraca sólo representa obras clásicas, teatro del gran Siglo de Oro español: los entremeses de Cervantes, «El Burlador de Sevilla» de Tirso de Molina, una antología de «Fuente Ovejuna» (suprimiendo los trozos en que aparecen los Reyes Católicos), «El Caballero de Olmedo», también de Lope de Vega, una égloga de Juan del Encina. Todo esto delante de un público sencillo que escucha con la mayor atención y seriedad, y también en las funciones de gala, ante elementos de la clase media.

— ¿Le gusta al público? — pregunta un periodista.

Y Lorca contesta:

— Claro que le gusta al público. Al público que también me gusta a mí: obreros, gente sencilla de los pueblos, hasta los más chicos, y estudiantes y gentes que trabajan y estudian. A los señoritos y a los elegantes, sin nada dentro, a éstos no les gusta mucho, ni nos importa a nosotros. Van a vernos y salen comentando: «Pues no trabajan mal.» Ni se enteran. Ni saben lo que es el gran teatro español. Y luego se dicen católicos y monárquicos y se quedan tan tranquilos. Donde más gusta trabajar es en los pueblos. De pronto ve un aldeano que se queda admirado ante un romance de Lope, y no puede contenerse y exclama: «¡Qué bien se expresa!»

¿Cuáles son para Lorca, las enseñanzas de esta labor teatral? Le descubre o le confirma el sentido y la importancia vital del teatro.

Ya lo dijimos: permite una comunicación acti-

va y cordial y un intercambio de ideas y sentimientos, ya entre el autor y el público, ya entre los mismos espectadores. Lorca busca el mismo tipo de intercambios en el dominio de la poesía, con sus lecturas comentadas, y lo dice expresamente al principio de su acto organizado en octubre de 1935 por el Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona, que algunos de ustedes, a lo mejor, recordarán:

«Mi amor a los demás, mi profundo cariño y compenetración con el pueblo, como me ha llevado a escribir teatro para llegar a todos y confundirme con todos, me trae esta tibia mañana de Barcelona a leer ante un gran público lo que yo considero más entrañable de mi persona.»

El teatro es un trabajo colectivo que une desde el principio al poeta con los espectadores y a los numerosos colaboradores de la función.

Tiene, por fin, un papel social importantísimo, puesto que le corresponde airear en la escena los problemas candentes de la época, educar las clases receptoras del arte teatral — es decir, el pueblo y los individuos de la clase media ilustrada, y, por su intermedio la sociedad entera. Lo dice el autor de «Yerma» en su charla sobre teatro para los profesionales del espectáculo dramático:

«... Yo no hablo esta noche como autor ni como poeta, ni como estudiante sencillo del rico panorama de la vida del hombre, sino como ardiente apasionado del teatro de acción social. El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo; y un teatro destrozado, donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer a una nación entera.»

Finalmente, reflexionando sobre su experiencia lírica y teatral, Federico García Lorca llega a situar al artista frente a los problemas político-sociales de su tiempo. Explica su modo de ver repetidas veces los dos últimos años de su vida, a propósito de su obra personal, y especialmente de su teatro. Trabajar es un deber social para el artista, sobre todo en la época decisiva y dramática que estamos viviendo:

«A veces, cuando veo lo que pasa en el mundo me pregunto: «¿Para qué escribo?» Pero hay que trabajar, trabajar. Trabajar y ayudar al que lo merece. Trabajar aunque a veces piense uno que realiza un esfuerzo inútil. Trabajar como una forma de protesta. Porque el impulso de uno sería gritar todos los días, al despertar en un mundo lleno de injusticias y miserias de todo orden: ¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto!»

El artista consciente de su tarea, no vacilará en comprometerse socialmente, si no políticamente (aunque tenga derecho a esta última forma de acción, como lo demuestra, en la opinión de Lorca, el ejemplo de Rafael Alberti ingresando en el Partido Comunista español). Tiene que aceptar los sacrificios y los riesgos que impone dicha obligación. A los dos meses de la tremenda represión

de Asturias, Federico dice a un periodista, hablando en nombre propio y queriendo puntualizar, en general, las obligaciones de los artistas «en el ambiente de nuestros tiempos»:

«... Yo sé poco, yo apenas sé» — me acuerdo de estos versos de Pablo Neruda —, pero en este mundo yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros — me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases que podemos llamar acomodadas — estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí, tu dolor y tu sacrificio, y transito hacia un futuro que se presente pero que se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo.»

Por fin, su trabajo de escritor y su actuación teatral, sobre todo con *La Barraca*, descubren a Federico García Lorca las limitaciones de la acción social por el arte. Va por los pueblos y ve a los campesinos hambrientos, casi incapaces de preocuparse por otra cosa que por el hambre que los atormenta. Esta es, también, por la misma época, la experiencia de los jóvenes de misiones pedagógicas por la comarca de Ribadelago y Sabinaria. Lorca siente hondamente esta tragedia y no se resigna. Al contrario, extendiendo al mundo entero las conclusiones sacadas de tan tremenda experiencia, declara tres meses antes de morir:

«... El mundo está detenido ante el hambre que

asola a los pueblos. Mientras haya desequilibrio económico, el mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, otro es pobre. Uno lleva la barriga llena, y el otro pone sucio el aire con sus bostezos. Y el rico dice: «¡Oh, qué barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted el lirio que florece en la orilla.» Y el pobre reza: «Tengo hambre, no veo nada. Tengo hambre, mucha hambre.» Natural. El día que el hambre desaparezca va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución. ¿Verdad que te está hablando en socialista puro?»

Estos textos son rigurosamente auténticos. Yo misma los he leído y recogido de la prensa española de la época. Y hablan tan claro y tan fuerte que no necesitan comentario alguno.

Federico García Lorca, poeta culto, partidario de un teatro inseparablemente poético y actual, procede de la clase media. Pero se considera responsable frente a su pueblo, justamente por no pertenecerle. No vacila en decirlo, aún conociendo o presintiendo los riesgos que ello supone. Tampoco duda en admitir la realidad histórica del momento, y reconoce la dramática encrucijada en la que se encuentran España, y fuera de ella, todos los hombres de buena voluntad.

Esta es la gran lección de inteligencia y de amor que supo darnos con su vida y su palabra, y en cierto modo, hasta con su muerte.

Maria LAFFRANQUE



«Se le vió caminando  
entre fusiles  
por una calle larga,  
salir al campo frío,  
aún con estrellas, de la madrugada.»

A. MACHADO

# La literatura de la guerra y la nueva era

## VII

### EL ESPIRITU DE NUESTRO TIEMPO. — JUEGO Y ESFUERZO. — LA LITERATURA DE MAÑANA. — ALGUNAS PUNTUALIZACIONES

Y ahora, una mirada hacia el porvenir: ¿la literatura de mañana? Esta no es una mera pregunta de investigador que suele arreglarse un cómodo plan de trabajo. Es una pregunta de la vida misma, puesto que la literatura también —lo repetimos— es una vasta y múltiple manifestación de las fuerzas creadoras. Ella es la expresión espiritualizada de la vida, y la imagen directa o depurada que corresponde al estilo de cada época.

¿Cuál es la postrera significación de nuestra época? No podemos contestar a esta pregunta, sino permaneciendo en el torbellino del presente para abarcar, con todos nuestros sentimientos y en plena conciencia, a esta actualidad única, de trastornos planetarios, convulsiónada entre los dos extremos posibles: la guerra y la revolución.

Intentaremos explicarla —en estas líneas, si tenemos que expresarnos de alguna manera. Diremos que volvemos a sentirla —a esta época— con toda nuestra resistencia humana, incluso con todo el idealismo de que somos capaces. Queremos creer que todos podemos sentirla de este modo, que todos estamos agobiados por la trágica realidad de nuestro tiempo. Todos estamos respirando su atmósfera pesada, saturada de los gérmenes de tantos peligros y de la polvareda de tantas destrucciones. Todos estamos penetrados, como si fueran efluvios eléctricos, por los ecos de las tormentas desencadenadas a través de países y continentes; por los estremecimientos de los terribles sufrimientos de los pueblos enardecidos en sus entreveros, en choques gigantescos, empujados desde los picachos a los abismos por fuerzas irrefrenables, que parecen surgir de más allá de las posibilidades humanas, de más allá del bien y del mal... Multitudes poseídas por odios o ficciones, que se abalanzan a la búsqueda de una brutal y frenética conquista: ateneceadas por terrores que penetran hasta en los refugios más recónditos; embriagadas por las ilusiones que dominan con la sangrienta saña de monstruos apocalípticos; sobrecogidas por verdades, aplastadas por leyes que expresan las realidades elementales, las necesidades más inmediatas, las creencias más vitales o más mortíferas de millones de seres anónimos, unificados forzosamente —bajo el puño férreo de los autócratas, de los dictadores políticos, pero también bajo el imperativo momentáneo del «instinto de conservación»— en Patrias idealizadas, en Coaliciones inmensas, soberanas e irresistibles, por encima de todos los individuos que se creen «conscientes y libres». Despiadadas deidades, esas Patrias y Coaliciones se expresan por boca de los caudillos, por unos pocos privilegiados que se consideran elegidos entre los mortales, y exigen incesantemente todas las penas y los sacrificios, todos los horrores y las victorias de la vida

homicida y, sin embargo, insaciable, siempre anhelante por encima de los cataclismos de las guerras y las revoluciones.

¡Oh, época única, esta nuestra época, en la que culminan todas las tragedias de la existencia humana! En este tiempo cada individuo es un mundo en el que se agitan todas las flaquezas y firmezas; cada nación pone en tensión todas sus energías, para poder conservarse a través del crimen y la destrucción; todos individuos y pueblos, buscan su salvación en las fatalidades desatadas por sus propios extravíos... Tantos derrumbes, tantos trastornos totales, tantas depreciaciones y desnaturalizaciones morales, religiosas, culturales políticas, económicas... Estados en ruinas, multitudes exterminadas, dinastías depuestas, presidentes y cabecillas asesinados, gobiernos y regímenes barridos por la furia de las revoluciones populares, y otros levantándose en medio de la desesperación colectiva, que busca su faro en las aguas revueltas del odio, del miedo y del hambre.

Es también la insurrección de la conciencia iluminada por la verdad, es la reeblión del individuo. Y la revuelta horrible, a la vez que sublime, del pueblo contra sí mismo, — la sublevación de la nación engañada por los tiranos, impulsada a la guerra contra otras naciones, por los cálculos políticos, astutos y criminales de los amos temporarios. Son los huracanes patrióticos, las orgías sangrientas del terror y de la cobardía, las guerrillas de las clases sociales. El entrevero de tantas ideologías e intereses disfrazados bajo máscaras idealistas. Frenéticos despertares y febriles reconstrucciones. ¡Y se plantean tantos problemas vitales! Es el instante, con sus nuevas necesidades, sus nuevas ilusiones. Otras verdades y consignas surgen por doquier. En una tremenda eferencia, los pueblos —vencidos o vencedores— se empeñan en su trabajo planetario. Es la expiación y la renovación de la humanidad que se niega a perecer.

¡En medio de tantos desastres, otras tantas resurrecciones! De tantos mundos aniquilados, otros se preparan en un caos iluminado por los relámpagos de la revelación — de ese éxtasis del sufrimiento que, finalmente, *comprende* con la razón purificada en las luces eternas del Espíritu, y *siente*, por fin, con el corazón, henchido del amor que todo lo abarca y perdona siempre...

Es el amor creador, renovado en la tormenta de la guerra. Tanto los individuos como los pueblos se templarón en todas las pruebas del destino, soportando castigos e infortunios. Y ahora salen a la gran luz de la vida fecunda, consoladora, pero también implacable por sus mandatos de rehabilitación. Porque todo debe empezar nuevamente: las obras de la concordia, de la armonía que anhela hacia nuevos perfeccionamientos, deben levantarse sobre fundamentos sanos.

La ruta de la humanidad se construye por cada uno de los hombres y por cada pueblo. Cada uno es juez de sí mismo, su propio consejero, su propio creador. Cada



hombre debe justificar su existencia sobre esta tierra que nos soporta y nos alimenta a todos, en su inagotable fertilidad. Y cada uno tiene que pagar el tributo de su trabajo, sincero, generoso, infatigable.

Ahora, el hombre siente la cruenta seriedad del universo que centellea allá, arriba, a través de sus innumerales planetas, de esa suprema realidad que nunca desmiente sus leyes, sus necesidades, sus dones y misiones. Más intensamente que nunca, el hombre siente, en verdad, cuán grave, cuán grandioso y sagrado es también este mundo nuestro, de aquí abajo, con sus tierras llenas de tesoros vivos, con sus poblaciones que se multiplican por el milagro de la comunión creadora. Cada individuo siente ahora cuán delicado y frágil es su propio mundo interior, y también cuán duro y perseverante es él, por su voluntad combativa. Su ser está erguido como un templo, aparentemente simple, pero ordenado de un modo complejo y severo. Igual que el mundo circundante. Aún le queda mucho por descubrir. ¡Cuántos interrogantes hacen chispear sus enigmas bajo su frente de pensador! ¡Cuántas energías corren en su sangre, tan ardorosa en sus puros anhelos y, sin embargo, palpitando ante las nuevas tentaciones y los nuevos peligros! Porque cada uno siente ahora cuántas debilidades y no pocas astucias, cuántos desastres están al acecho en él mismo, en su fuerza humana que no es más que una onda en el océano universal de la vida.

¡El hombre nuevo de nuestros días! Permanece en medio de sus propias ruinas, y sobre las tumbas de los semejantes que mató... Erguido está, cual columna que respira y piensa, empapada por la savia de todas las reiniciaciones — y contemplando, con ojos en los cuales brilla el terror de los recuerdos, pero también la sonriente felicidad de la resurrección, el horizonte negro y rojo de la guerra. El horizonte en que, lentamente, penetran los rayos de la aurora siempre creciente, de una Nueva Era, anunciadora de la salvación por el amor y la libertad.

¿La literatura de la guerra? La respuesta, así lo creemos, está incluida en la evocación misma de nuestra época. Ella no puede ser diferente de esta actualidad trágica, única por su carácter y amplitud en la evolución de la humanidad. La literatura — que no es meramente un reflejo de la vida, sino una manifestación vital — fijará, igual que las demás artes, por el empeño sincero e incansable, inherente a toda creación, la realidad transitoria de nuestro tiempo. Sólo de este modo se confirma el advenimiento de una era nueva.

En efecto, la literatura nueva no es, como una flor o un objeto de arte, motivo o pretexto por «refinadas emociones estéticas». Ella es una evidente expresión de la conciencia creadora, diversificada en tantos individuos y pueblos, pero unitaria, en el fondo, en todas partes donde el hombre afirma su solidaridad con los designios y el destino de su especie. Ella será, luego, la gran prueba de penitencia: el postrero juicio, de cada cual y de todos. Será, como las Escrituras de los siglos remotos, síntesis de todas las sabidurías, recompensa de todos los sacrificios, fuente que alimenta las energías renovadoras. Las múltiples actividades y obras terrestres serán concentradas, como es un microcosmos, en esta literatura, continuadora de la verdadera literatura universal, interrumpida en los años de guerra.

¡Ella será!... Pero no olvidemos el presente. No olvidemos que los peligros están siempre al acecho en torno

nuestro; que nuestros pasos pisan al margen de precipicios abiertos o disimulados. ¡Estar siempre alerta! Hay que reaccionar en contra de cualquier tentación, de cualquier espejismo, de las *hipariencias* de lo «bueno» y de lo «mejor». Hay que convencerse paso a paso, y cada día. Remediar las llagas, las debilidades, los vicios secretos. Eliminar, en cada uno de nosotros, los residuos ponzoñosos de la exaltación guerrera. (1)

No podemos dejar sin examinar, por lo menos de paso, una opinión frecuentemente expresada acerca de la literatura de mañana. Se cree que la literatura y las demás artes tienden ahora hacia «el juego», más que hacia el esfuerzo creador; que ofrecen a las multitudes divertimientos fáciles y que, por otra parte, constituyen para los individuos «evolucionados» manifestaciones refinadas, el lujo superficial del «espíritu» que quiere desembarazarse de la obsesión de las ruinas y los cementerios de la guerra. Se cree, además, que este deseo de *detente*, esta huida ante el esfuerzo será tanto más evidente cuanto la coacción y el esfuerzo habían sido más duros, más aplastantes durante la última guerra.

Esta opinión pretende basarse en una ley de psicología. Partiendo de algunos casos individuales (por ejemplo: si uno está a salvo después de grandes peligros, experimenta una alegría excesiva y se olvida de todo) se trata de aplicar esta «ley» en todos los dominios sociales y éticos, y justificar de este modo el comportamiento de todas las colectividades nacionales o cosmopolitas. Esta aplicación nos parece demasiado simplista y forzada.

La vida, la verdadera vida la sentimos ya en nosotros mismos y en torno nuestro. Sus realidades están siem-

(1) Hemos aludido, en estas páginas, a los que tratan de explicar la guerra como un fenómeno patológico de la vida colectiva. Nos parece conveniente citar a Ch. Lalo, el mismo autor que describe cómo se manifiesta el regreso al estado normal, aunque esta analogía, pueda ser algo arbitraria o más bien cómoda:

«Terminada la guerra, es decir, cuando los productos de esta intoxicación colectiva han sido eliminados por el organismo social, la conciencia colectiva vuelve a lo que ha sido antes. Está asombrada por su propio delirio y, no pudiendo comprender sus estados anteriores, quiere explicarlos, apresuradamente, como fenómenos de inspiración suprahumana: ¿la guerra no es, acaso, de esencia mística y «divina», como la epilepsia considerada en otros tiempos «un mal divino», o como ciertos delirios interpretados por los exaltados de la fe cual una especie de «posesión»?

Por otra parte, la conciencia colectiva recobra «una sensibilidad, una inteligencia, una actividad normal; inclina nuevamente hacia lo moral, lo bello y la verdad: tres valores extrañamente alterados antes, en su espíritu, puesto que la astucia y el homicidio llegaron a ser deberes, y la verdad era considerada como error si se encontraba en el camino de una idea fija. Las obras maestras eran meras monedas de cambio o, mejor dicho, servían a los militares para el tiro al blanco. Esta depreciación de todos los valores ocurre en casi todas las guerras, aunque en grados muy diferentes. Es un pecado contra el espíritu, pecado que la humanidad no hubiera perdonado nunca a un pueblo si no hubiera sido la expresión de una crisis anormal contra la cual podemos esforzarnos solamente para prevenir las reincidencias». (Ch. Lalo, *idem*, *ibid.*)



pre presentes, nunca desmentidas, y no nos perdone ningún olvido, ninguna astucia o cobardía. Y la literatura no puede menos que «registrar» el pulso de su tiempo. No hemos visto todavía las obras que puedan justificar el escepticismo, el cinismo de los falsos epicúreos, el entretenimiento fatuo, depravado, el juego que no es más que un pasatiempo para los aburridos. Por el contrario, aparecieron, aún durante la guerra, bastantes testimonios de literatura y arte en su sentido universal.

No faltará, sin duda, la literatura que divierte, que apacigua las crisis dramáticas de la conciencia, que «juega» un poco o busca un encanto más sutil. Florecerá también esa literatura de la sana alegría (la que no es la misma que el «humor» artificial, que resulta de necios juegos de palabras o de situaciones escabrosas), una alegría del optimismo, espontáneo o voluntarioso. Una literatura de la risa sincera, a carcajadas, tónica, vivificadora. De una risa con lágrimas o entre lágrimas. Pues esta literatura será como la espuma delicada, florida y centelleante de las olas tempestuosas. Y tendrá que expresar la realidad entera de las sociedades humanas: severa, trabajosa, abrumadora, perseguida por necesidades, deberes, sufrimientos viejos y nuevos... Enfrentemos con seriedad las eternas fatalidades de la existencia: ya seremos en condiciones de «jugar», de reír — y descansar después de las tareas de cada día y de las grandes penas imprevisibles o inevitables.

No nos dejemos engañar por la literatura acicalada, emperifollada como una pobre danzarina de tabernas más o menos «aristocráticas». Que no sea, la nueva literatura, como la de antes de la guerra: falsa, prolija, vacía, frívola, inmoral. La tremenda verdad está siempre detrás de todas las apariencias. La vida exige su derecho: el esfuerzo. La guerra, el viejo mundo persiste en el subconsciente de la mayoría de los sobrevivientes, pese a la carrera frenética de recuperar las pérdidas, de reconstruir y renovar.

Si, también la nueva literatura sabrá reír: como el sol entre los nubarrones del huracán. Los rayos de la alegría — *de la sonrisa espiritual* — penetrarán, balsámicos, en las honduras todavía sombrías del nuevo Yo, poderoso y dispuesto a la *lucha* de la vida, que es otra cosa que la guerra con «armas muertas».

★

### ¿CUALES SERAN LAS FORMAS ESPECIFICAS DE LA LITERATURA DE MAÑANA?

También las formas exteriores, los procedimientos estilísticos están en relación con el carácter vital de la literatura. Ellas obedecen a las impulsiones, que son tan naturales como las que imprimen forma y color a una planta o animal. El fondo de la literatura determina su forma: las necesidades internas, igual que el medio, producen o adaptan los órganos. Sin entrar en detalles, y recordando tan sólo la ley de la evolución de los géneros literarios, podríamos vislumbrar las formas a través de las cuales se expresarían el material espiritual que constituye el alma y la conciencia del individuo y de las multitudes.

Progresará ese género de *análisis* de la vida interior, de las evoluciones hasta cierto punto ocultas, de esos incesantes desarrollos y conflictos del corazón henchido de revelaciones y, sin embargo, constantemente misteriosas, con sus horrores y grandezas. Le levantará el velo

de esas crisis tenaces de la conciencia, de esos trágicos juicios personales, de esos desgarramientos que arrancan la idea que debe realizarse, la verdad que abre nuevos horizontes.

La novela será la forma dominante; pero con otra dinámica, introspectiva la acción interior. Un héroe será el centro de la novela, un hombre que resumirá colectividades, hablará directamente a cada uno de los lectores y despertará sus intimidades activas. La novela psicológica (queremos evitar la palabra «psicológica», alterada ya por los fabricantes de éxitos literarios), la novela introspectiva que no especula, sino que expresa las nuevas realidades sociales; la vida como movimiento, y no en su estática descriptiva o en sus apariencias, con millares de falsas relaciones sociales. La sociabilidad se reduce al individuo solidario con el «Yo» con el individuo de cualquier parte, que lleva en sí mismo la sociedad, la humanidad, el universo — y que no se dispersa mediante vanas e inútiles manifestaciones; que vive unido a todos sus semejantes, en un aislamiento fecundo; que trabaja y realiza sus anhelos como una unidad consciente, como una humanidad en miniatura. Este «héroe» pertenece a la vida y no al novelista. Ya son muchos estos hombres nuevos; y ellos aumentan cada vez más. Precisamente las manifestaciones puramente sociales, los conflictos entre naciones y clases, las corrientes intelectuales y éticas, las *ideas-hechos*, serán expresadas mediante la «vida ejemplar» del individuo. Hasta las abstracciones colectivas aparecerán de otra manera en la novela de mañana: ésta es también una de las condiciones de la renovación. El Amor, la Fraternidad, el Deber, la Libertad, la Justicia, etc., no serán más expresiones verbales engañosas o quimeras materializadas, sino positivas y claras realidades que se afirmarán en cada uno de los hombres.

También el *ensayo* será fructífero. Es la forma más espontánea, más directa, podríamos decir; más orgánica, a través de la cual pueden exteriorizarse el espíritu y la conciencia de esta época. Merced a él se concretan los grandes interrogantes de la existencia, las actitudes ante tantos secretos y grandiosas realidades, las comuniones de los individuos y agrupaciones sociales. El ensayo es la forma mediana entre la ciencia y la filosofía puras y la vida entre ésta, con todas sus exigencias, y su moral, sus leyes y valores prácticos. (Para dar solamente dos ejemplos los ensayos de Montaigne y Emerson son valederos aun en nuestros días). El ensayo es una síntesis por la cual se evidencia la cultura general; las ideas pueden ser expresadas de un modo abstracto según la lógica fría de la razón, pero también con el calor de la atmósfera espiritual en que están envueltas. El sabio como el novelista cultivarán el ensayo para penetrar más hondamente en la multitud, ayudándola a aproximarse a las elevadas regiones del pensamiento y sentimiento, sin enajenarla del fecundo mundo del Trabajo, que debe ser una libre creación del espíritu, armonizada con las necesidades biológicas y sociales.

Puesto que todos sentimos en cierta manera esta época trágica, en la que la conciencia individual y el alma colectiva se fusionan como en una incandescencia general, es fácil prever también un desarrollo más amplio del teatro, que tendrá que expresar las acciones tan intensas y complejas de la sociedad moderna. El análisis de la novela (preferida por el lector que desea conocerse a sí mismo o reconducirse en los demás) puede ser variada,

para el espectador, mediante la exteriorización específica del teatro: por el encadenamiento de los hechos que tienen la virtud de despertar en el espectador su fondo animico e intelectual. La acción de esas piezas es como los apretones sobre el botón eléctrico que desata, agita y derrama, desde el escenario hacia la sala, los efluvios de la vida interior. Es, desde luego, discutible si este procedimiento de *sugestión* puede ser más adecuado únicamente para las generaciones de la guerra. Pero no queremos penetrar demasiado en el porvenir. Creemos que, por semejantes procesos dramáticos, las multitudes serán más susceptibles también para las obras en las cuales las ideas y los sentimientos colectivos están simbolizados o incorporados en destinos individuales. En este sentido, el teatro de Ibsen no nos parece de ningún modo anticuado. En lo que respecta al «teatro del pueblo», los conceptos y las obras dramáticas de Romain Rolland podrían ser consideradas desde ya como indicios preanunciadores de los grandes éxitos de mañana.

¿Y la poesía? Ella experimentará un profundo y definitivo cambio. No languidecerá ya en un mundo propio; los grandes aislados y soñadores pasivos. No se sentirá ya no será, hasta cierto punto, la obra inaccesible de satisfacción con un «material» imaginario, refinado a través de las ficciones y las alegorías; no se perderá entre los encajes, colores y juegos rimados; ella no abusará más de preciosidades y actitudes forzadas; no glorificará solamente a la mujer y su amor, apartándola de la humanidad. La poesía será atraída todavía por las hermosas ensoñaciones, por las aspiraciones suprahumanas; ella anhelará las etéreas regiones, los ideales absolutos. Pero bajará más frecuentemente también al mundo de abajo, tan grandioso en su sufrimiento, tan hermoso a pesar de sus horrores. Tendrá que cantar también los grandes ideales terrestres, de esta humanidad sometida a tantas trágicas pruebas. Y volverá a expresar la vida interior, la vida activa y abundante. El análisis, con la ayuda de las imágenes y la musicalidad, abrirá a todos un mundo más vasto, más positivo y más bello que los mirajes exteriores y la exaltación de las estériles imaginaciones. La poesía deberá dar derecho de entrada en su dominio a toda la vida. No prestará valor poético solamente a las flores, al cielo, a la bienamada sino también a las máquinas, a la ciudad, al trabajador, al pensador porque ella llegará a ser solidaria con las ideas y las necesidades consideradas «vulgares». Las abstracciones filosóficas, las concepciones científicas, las reivindicaciones sociales, las comuniones universales serán expresadas en formas poéticas imprevistas y, de este modo, las emociones estéticas, los impulsos creadores serán más intensos y lúcidos.

Sin duda, no formulamos estos pensamientos sin conocer las manifestaciones poéticas de los últimos tiempos: son ya muchos estos poetas del Hombre y de la Vida que confirman con sus obras estas esperanzas. La epopeya, que murió con Homero; los grandes poemas de las épocas históricas, de las razas, de las religiones y de las revoluciones — que raras veces tuvieron su Dante — creemos que encontrarán en esta época no tan sólo los cuadros grandiosos y los elementos propios, sino también la vitalidad con que han de ser alentadas. Porque todos hemos estado oprimidos por la atmósfera ardiente de la guerra: todas las clases sociales, todas las morales y religiones, todas las artes y ciencias, todas las in-

dividualidades y naciones, la humanidad entera pasó por el infierno de los desastres, de la locura sangrienta, para que merezca un renacimiento. Y entonces vendrán algunos — esos pocos individuos clarividentes, para hablar en nombre de millones de mudos — vendrán esos elegidos para incorporar, en su arte ejemplar la *humana* divinidad, trágica y, pese a todo, inquebrantable.

Precisemos que la edición original de este ensayo se publicó al fin de la primera guerra mundial. Ciertos críticos refutaban entonces esta previsión concerniente a la literatura y sobre todo la novela analítica de «la vida interior». La psicosis bélica seguía con sus estragos en la mentalidad de las jóvenes generaciones: es la época de la acción — se decía — es la gran aventura de la fuerza hacia las conquistas materiales, apenas disfrazadas con verborreas idealistas o espiritualistas. Es, más exactamente, la época de los fanatismos nacionales o racistas, del orgullo y del odio, la carrera hacia el Poder, autocrático o totalitario, que finalmente llegó al desenlace catastrófico de la segunda guerra mundial.

Hoy, 40 años después de haber escrito este ensayo constato que la cuestión es siempre la misma: que se presenta de nuevo casi de la misma manera. Con los mismos excesos de una «ideología» de la violencia, de la aventura, del éxito político, palpable e inmediato. Pero también con las mismas reacciones de la libre conciencia, de la inteligencia que no olvida su primer deber: la de salvar al hombre, humanizándolo...

Las pruebas son innumerables. Basta el citar un solo ejemplo, limitándonos a la cuestión de la literatura de mañana y de una de sus manifestaciones esenciales. Volvemos a encontrar nuestro punto de vista, y aun ciertas expresiones idénticas, en el artículo de André Maurois: «Los hijos del Medio Siglo» del cual reproducimos un extracto, según la versión publicada en el suplemento literario de «La Nación», de Buenos Aires, 2 de julio de 1950:

«Que la literatura de nuestro tiempo (novela, teatro, cine) sea más «negra» que la de 1900, y aun que la de 1925, no es nada sorprendente. Sus jóvenes maestros han sufrido larga y duramente. ¿Será duradero su pesimismo? Eso dependerá de los acontecimientos. Si se restablece una sociedad estable, si nos dan alguna esperanza de seguridad, la angustia irá cediendo. A las violencias de un erotismo mórbido sucederá un *renacimiento de la novela de análisis*. ¿Quién habría imaginado en tiempos de Brantôme, lo que habría de ser una «Princesse de Cleves»? Y en tiempos de la Restauración inglesa, ¿quién habría pensado que los sentimientos de Dickens encantarían un día a los biznietos de los libertinos? Las crisis de la humanidad son cíclicas. En ninguna parte se advierte mejor que en la historia de las artes plásticas. Primitivismo auténtico, clasicismo académico, realismo demasiado diestro, vuelve a un primitivismo artificial... Encontramos esta curva entre los egipcios como entre los incas, entre los griegos como entre nosotros. Dos hijos del medio siglo, del 1950, imitan conscientemente a los inconscientes. Ya volverá el reflujo... Logrará el hombre en la segunda mitad del siglo poner sus instituciones a la altura de sus invenciones? ¿Sabrá crear un estado planetario, apartar la guerra, que ya no es compatible con la supervivencia de la especie, y servirse de las sociedades de naciones para hacer respetar los derechos del individuo? Nadie puede responder a estas pregun-

tas. La solución depende de cada uno de nosotros... El porvenir carece de secretos; uno no puede interrogarlo, pero puede hacerlo. El único culpable de las desdichas del hombre no es el universo, que nada quiere; es el mismo hombre... Se nos habían dado grandes posibilidades. Diez veces los sabios cedieron la pelota a los políticos, pero no marcaron ningún tanto. El cuadro carece de fe, de esperanza y de caridad... Al siglo XX le quedan todavía cincuenta años de juego. A los jugadores, y singularmente a los pensadores, toca saber si quieren ganar.»

## VIII

## FINAL

...Si abarcamos ahora, con una sola mirada circular, esto aspectos de la vida que se desarrollan fuera de nosotros, en el vasto mundo, pero que hunde desde ya sus raíces en nosotros también, comprendemos en fin la guerra, sin justificarla — desde luego — o aceptarla en lo más mínimo.

Sus indecibles estragos y sufrimientos, todos sus terrores, sus furias, sus muertos y sus ruinas se nos apa-

recen como el precio — que, sin embargo, no tiene ninguna medida — de esta renovación, de esta resurrección unánime. Por cierto, este mundo nuevo hubiese aparecido de un modo normal, por medios pacíficos, en transiciones más lentas, quizás, después de muchas vacilaciones y aun de luchas difíciles, pero aceptables, porque hubieran sido llevadas con las armas vivas del espíritu.

La guerra, ha acelerado — debía impulsar y acelerar — esta renovación: Como el rayo que parte la roca, dejando surgir finalmente el chorro de agua caliente de las profundidades desconocidas de la tierra — así surgió, por los derrumbes de la guerra, pura y centelleante hacia el sol de la liberación nuestra Humanidad que se debatía, encadenada, en un mundo en el que la injusticia, la ignorancia y el crimen dominaban innumerables existencias; ¡a los seres humanos, a través de los cuales la Naturaleza halló su más alta expresión que puede encaminar hacia otras etapas de perfeccionamiento, todavía imprevisibles!

E. RELGIS

# La psicosis del Estado

**E**NTRE dos enemigos, el peor es el cobarde. Los crímenes más horripilantes fueron el fruto de deficientes mentales achacados del complejo de inferioridad. El hombre mentalmente sano es ecuaníme, sereno y, generalmente, valiente. Y el valiente es siempre noble, sentimental y generoso. Ello puede ser aplicado a las multitudes y a las instituciones; a los pueblos y a los gobiernos.

La institución del Estado es incapaz de sustraerse de la influencia morbosa y hereditaria de la violencia. La violencia forma la base y punto de partida de todo poder constituido. La violencia del Estado tiene su origen en un complejo de terror y de desconfianza ingénita.

Los pueblos, aun en sus trances de violencia desbordada, conocen las alternativas de la acción implacable y de la generosidad. Un pueblo está siempre propenso a trocar sus excesos por súbitas reacciones sentimentales. En los desbordamientos populares late el espíritu de justicia. Un pueblo puede desbordar los límites razonables de la justicia y llegar, in-

cluso, a la crueldad. En el fondo existirá siempre el espíritu justiciero como suprema garantía. El pueblo encuentra siempre su punto de partida tras el paroxismo de la crisis nerviosa; es decir, su estado normal.

El Estado tiene su origen en la guerra, en la rapacidad y en la violencia, antipodas de la justicia y del derecho natural. Querer justificar la violencia del Estado por los excesos del pueblo es un razonamiento amañado y falso. Lo que en el pueblo es exceso, en el Estado es normal; lo que en el pueblo es esporádico, en el Estado es sistemático; lo que en el primero es circunstancial, en el segundo es permanente.

El pueblo es confiado al extremo de reiterar su mandato en el Estado. El Estado vive bajo constante recelo, desconfiando de todo, de todos y particularmente del Pueblo.

El terrorismo del Estado es la consecuencia de su constante psicosis de terror. Los objetivos primordiales del Estado no son la cultura, ni la economía, ni la salubridad, ni la paz,

ni siquiera, el orden. El Estado es escéptico por naturaleza. No cree en la bondad del hombre ni en las virtudes de la sociedad. El Estado ve en todo hombre un enemigo, un espía, un conspirador; y en todo movimiento, un peligro sospechoso.

Todo gobierno vive bajo la obsesión del pánico. Y el pánico es el peor consejero de su serenidad, de sus nervios y de su gestión. Mientras el pueblo trabaja, el Estado vela en medio de un mundo de pesadilla poblado de monstruos y de fantasmas. Entre estos fantasmas figuran sus súbditos, las sectas, partidos y organizaciones de oposición; los Estados vecinos y los remotos; los enemigos reales y los imaginarios.

Esta psicosis del Estado le impide ser generoso, contribuyendo a que sus reacciones, hijas siempre del miedo, se conviertan en verdaderos accesos de histerismo.

Y el histerismo, la reacción del cobarde, es indefectiblemente la crueldad.

J. PEIRATS

## La socialización

# del Ramo de Curtidos

## de BARCELONA

**H**EMOS de procurar, de una vez para siempre, destruir la leyenda de que nuestra Organización es incapaz de emprender otra tarea que la destructiva. De nosotros, los militantes, depende dar un mentis adecuado a esta manifestación impropia.

Por mi parte acudo con mi grano de arena, relatando una realización práctica, aunque sea a grandes rasgos: La colectivización de las fábricas de curtido de Barcelona y su radio.

Julio de 1936. Vencida la sublevación fascista, mientras que un buen puñado de militantes de la sección Curtidos del Ramo de la Piel continuaba en armas, los que quedamos en los sindicatos dimos por vigentes las bases de 1934, que teníamos en litigio con la patronal. Convocada asamblea al efecto, salió una comisión destacada de la misma para entrevistarse (era la vez tercera) con el fin de comunicarle el acuerdo recaído, esto es, que sobre las bases aprobadas en la huelga de 9 semanas (1934) en la que se logró trabajar 44 horas semanales para facilitarles trabajo a los curtidores en paro forzoso, ahora habría que trabajar 36 con un salario de 80 pesetas según lo pedido en 1935 y en 1936. Como es natural, la burguesía no tuvo nada que objetar, a pesar de que en estas bases quedaba abolido el abuso del peonaje, es decir, que en adelante todo obrero mayor de edad sería considerado oficial a los efectos del cobro.

No contentos con estas ventajas, o dándonos cuenta de que en régimen revolucionario una solución cómoda y a medias era impropia, decidimos en asamblea general socializar el gremio, incautándonos de todas las fábricas grandes, medianas y pequeñas, colocándose en las mismas las inscripciones procedentes.

A los pocos días de este acuerdo y habiéndose de celebrar en Valencia un Congreso nacional del Ramo de la Piel de la zona libre (en el que por cierto se aprobó nuestra tesis y la aplicación general de la misma) se convocó a los patronos curtidores de Barcelona a reunión en nuestro local social. A ella acudieron todos menos los fugados, para notificarles que para la buena marcha del gremio era necesario reanudar las actividades de éste, previa socialización de la industria, a lo cual esa vez tuvieron mucho que objetar. En esta reunión los ex patronos curtidores recibieron unos impresos triplificados en los que deberían hacer constar el activo y pasivo de sus respectivas empresas, de los cuales se haría cargo la colectividad a fin de facilitar las operaciones industriales e igualitarias del gremio.

Inmediatamente los nombres y razones sociales de la burguesía fueron reemplazados por los de la C.N.T.

Tenería colectivizada número 1 (y así hasta 27 fábricas, las mejores y de mayor capacidad, cerrándose definitivamente 40 de ellas que fueron consideradas inservibles, entre otras cosas por incapacidad de utillaje. Los

obreros y utensilios aprovechables de estos lugares abandonados fueron acoplados a las fábricas utilizadas, pasando los locales inservibles para la industria a manos del Ramo de la Edificación. El resultado inmediato de esta operación fué una reducción considerable en el capítulo de salidas, a saber: transportes, teléfonos, alquileres, etc.

Disponiendo que los obreros de Sans por ejemplo, se quedasen a trabajar en la barriada, y así de Pueblo Nuevo, Pueblo Seco, Armonía de Palomar, Horta, Centro, etc., se les ahorra a éstos la molestia de los enojosos desplazamientos diarios.

Tres fábricas en abandono fueron convertidas en almacenes, una dedicada a material y depósito de recambio y dos para acumulación de materias curtientes y mercancías para suministro de las fábricas en activo. Otros tres almacenes fueron establecidos en Barcelona para productos elaborados, digamos para la venta al por mayor y al detalle. Mas, para simplificar y permitir en lo máximo el control de toda la industria, instalamos las oficinas generales de Tenerías Colectivizadas de Barcelona en el ex local de la Patronal del gremio, (sito en la Vía Durruti, las cuales se rigieron desde un principio según la ley de Colectivizaciones en perspectiva, y cito este caso para señalar que por nuestro avance de actitud los curtidores fuimos los primeros en aparecer en el «Diario Oficial» de la Generalidad) oficializando nuestra colectivización y haciendo saber que los 70 patronos (que se enumeraban) dejaban de existir como tales para dar paso a las «Blanquerías Colectivizadas de Barcelona».

Como es natural la estructura de la Comisión Administrativa y de Control de Teneduría fué muy distinta de la similar que tuvo establecida la burguesía. A las fábricas nadie tenía necesidad de ir a ofrecer producto alguno, ni a efectuar compras, ya que desde la oficina se llevaba el control general de materias entrantes y productos salientes, sabiéndose al día lo que necesitaba o poseía cada una de la 27 fábricas existentes, siendo el mismo sistema para los seis almacenes en funciones. Las compras eran efectuadas previo acuerdo entre los cuatro delegados de fabricación, los cuatro encargados de intercambio y los cuatro que llevaban la administración; luego se vendía, se pagaba y se cobraba también según este sistema. De acuerdo con el personal mercantil, aprovechado en oficinas generales y en las fábricas, se llevó un registro escrupuloso en cada una de éstas concerniente a los graneros ingresados y a los entregados por los almacenes de venta, siendo éstos igualmente fiscalizados al día de sus ventas al detalle y al por mayor, como así a las entradas de género proceden de la fábrica tal o cual resultando difícil perder detalle sobre cualquier operación que supusiera extorsión perniciosa para la buena marcha de las entidades colectivas. No diremos que nuestro sistema administrativo era un maravilla, pero si la Revolución hubiese

triunfado, los pequeños defectos fácilmente habrían sido eliminados y nuestras medidas de control habrían alcanzado la perfección. A esta suerte gananciosa se habría añadido la gran ventaja de la socialización del Ramo de la Piel de Cataluña y de toda España, si nos regimos por los acuerdos tomados en la Conferencia de Valencia. Pero al persistir la guerra y sobrevenir la pérdida de la misma no pudimos evitar ciertos errores y cortar defectos de detalles.

Aquí llegado, me interesa remachar que si la victoria guerrera nos hubiera sido propicia, el fundamento de la socialización de curtidores barceloneses ya lo teníamos construido, faltando solamente su estabilización, impedida por causas generales. Para el futuro, de esta experiencia salida de la práctica, podremos sacar gran rendimiento y recordar hoy a los que nos tildan de utópicos, que lo que presentamos nosotros son realidades vividas, hechos históricos absolutamente indimentables.

Otra de las mejoras introducidas fué en el retiro obreiro a los 55 años de edad vencida en el trabajo, percibiendo el afectado el 75 por 100 del salario en vigencia. A los inválidos e incapacitados para el trabajo se les distinguió con el mismo beneficio que a los viejos. A los compañeros que luchaban en el frente se les facilitó complemento de sueldo a tenor del que regia en la colectividad, sirviéndoseles además, equipos completos de vestir consistentes en chaquetilla de cuero, zapatos, pantalón, camisa, manta, etc, etc.

### FUE MUY COMUN DECIR DURANTE LA GUERRA QUE EN NOMBRE DE LA C.N.T.-F.A.I. Y A.I.T. NADIE NOS HARIA CASO EN EL EXTRANJERO

Por lo que respecta a nuestra industria puedo decir que con estos simbólicos anagramas, comerciamos con Francia y con Inglaterra. Necesitando un 70 por 100 de cuero procedente del exterior ¿cómo nuestra industria se habría podido desenvolver sin el extranjero? Con lo adquirido en Francia y por la carga de dos barcos ingleses que recalaron en el puerto de Barcelona, procedentes de Rotterdam, durante un tiempo nos quitamos de apuro pudiendo satisfacer las necesidades de guerra, esto es, que nuestros soldados pudieron ir calzados cual les correspondía, al revés de lo ocurrido después, cuando la intervención en el cuero por el Estado, ya que combatiente había que tenía que envolverse los pies en trapos. Expongo este dato para contrastar el practicismo de los utópicos con la incapacidad del positivismo estatal. Estaba dispuesto que las colectividades de trabajadores libres fueran combatidas y entorpecidas para lograr su fracaso, y en vista de que por la coacción legalista no se conseguía un resultado apetecido a causa de la férrea voluntad de los colectivistas, se llegó al abuso de fuerza destruyendo la capacidad de trabajo de los «utopistas» y facilitando por este medio descorazonador el triunfo de las armas de Franco. Marchando bien las Tenerías Colectivizadas de Barcelona, el Estado entendió entrometerse en ellas en plan perturbador y a la vez provocador. Ya hacia tiempo que la gente oficial, la que medraba y entorpecía en la retaguardia, estaba al acecho de nuestra colectividad y no con deseos de estimularla precisamente. Repetidamente, ciertas oficinas nos iban importunando con formularios y cuestionarios que no curtían nada pero que tenían la virtud de exasperar al personal, puesto que

llenar lo que se nos exigía era tanto como claudicar en nuestro empeño de trabajo libre y consciente, tal como se había hecho en otra provincia.

Creyendo que trabajando y cumpliendo con nuestra obligación de proveer el frente, y de desarrollar en trabajo de nuestra incumbencia con el máximo interés, había lo suficiente, resistimos a cumplimentar el pape-ramen que nos mandaba la tan exigente como pernicioso burocracia del Estado. Los señores comunicantes no se decidieron a aplicarnos una reprimenda militar. Pero había que echar la colectividad por tierra y establecer en su lugar, una red parasitaria militar a fin de enchufar protegidos que nada sabían hacer que mejor hubiera sido mandarlos al frente para que hubiesen rendido alguna utilidad. Por haber manifestado esa verdad, un grupo de compañeros — entre los que estaba el firmante del presente trabajo — fueron amenazados, ya que otros medios expeditivos, los estatales, conscientes de su delito no osaron emplearlos. Pero insistieron en que renunciáramos a la colectividad cediendo nuestros derechos al Estado, a lo que nuevamente nos negamos. Entonces la autoridad dispuso la requisa de las cantidades de pieles y extractos curtientes que teníamos depositados en la frontera y otras materias primas ya inexistentes en España, todo lo cual nos fué robado, introduciendo así la crisis de trabajo en nuestras fábricas. Ya nada podíamos, por imposición autoritaria, comerciar con el extranjero, y nuestro volumen de labor fué reducido a un 25 por 100, y a veces a cero, debido a que debíamos proveernos en el mercado español, prácticamente inexistente en aquel entonces.

En este medio de orden de conquista, de cuantas pieles y materiales almacenábamos en nuestros locales y fábricas — representando ello en empleo clásico de la fuerza bruta — la autoridad, siempre imperativa, nos abrumó con circulares y órdenes, disponiendo que nombrásemos uno o dos testigos para que en nombre de sus representados firmaran el acta de incautación de los bienes colectivos. Esto fué el caos. Imposibilitados los compañeros de trabajar, viéronse por encima la desagradable presencia de tropas que habían confundido cada una de nuestras 27 fábricas, y cada una de nuestros almacenes, con las trincheras del frente. Cerca de cinco semanas estuvo aposentado en nuestros locales noche y día, todo un batallón a los efectos de requisa «y de bailoteo», ¿cómo no, si los «guerreros» estaban ociosos y las mujeres no podían trabajar? Sustrayéndonos a beneficio del Estado, géneros y efectos calculados en seis millones y medio de pesetas, el todo sin valor militar alguno puesto que se trataba de manufactura para marroquinería, gamuzas, gorras, boinas y un sinfín de miles de docenas de desudadores, de tiras para sombreros y de aplicaciones para prenda de señora. Con todo lo cual no se beneficiaba ciertamente a la causa del pueblo, pero se conseguía destrozar la colectividad.

Con lo que se demuestra que el Estado hizo la guerra contra las realizaciones revolucionarias de la C.N.T. ¿Por qué? Porque los curtidores barceloneses no quisimos convertirnos en eunucos del Estado. Por ello fuimos ignominiosamente despojados e impedidos en nuestro trabajo, altamente beneficioso para la causa antifascista en general. Pero, a pesar de todo, no claudicamos; como pudimos, seguimos adelante hasta que la movilización general se nos llevó al frente, y la derrota a Francia, unos y otros a la cárcel, sin que nuestros entusiasmos mengüen y sin que regateemos esfuerzo a fin de derrocar el sistema fascista que oprime a nuestro país para después continuar y mejorar la obra socializante emprendida con tanto cariño durante la revolución de 1936.

J. ESPERANZA.

A Miguel Guerrero

El Caballero de la Triste Figura anduvo por todos los caminos de España, y como las garbosas codornices, al borde de todos los caminos dejó la huella simple y calurosa de una actitud ejemplar. ¿Por qué fué ejemplar la actitud de D. Quijote en Sierra Morena? Vamos a verlo.

Andalucía ha sido siempre una tierra de aventura y de ventura con sus sierras abruptas, sus bandidos generosos, sus campesinos anarquistas, sus señoritos depravados, sus toreros analfabetos, sus mujeres igneas, sus flores, su luz y su poesía. Por eso engendró a Séneca, a Boabdil, a «El Tempranillo», a Romero de Torres, a Salvochea, a Ganivet, a Lorca a Machado, a «Seisdedos» y a María Silva. Allí el hombre, viviendo por debajo o por encima (¡vete a saber!) de la historia se siente un poco niño. Y como los niños se pone a levantar castillos idealistas en el aire y se entrega al juego inocente de la pelea cotidiana, unas veces con sus propios amigos, otras con los representantes de la odiosa autoridad, otras con los elementos adversos que se le ponen al paso de su existencia anhelosa. El hecho de no tomar la vida en serio hace que aparezca todo, incluso lo más triste y luctuoso, con un matiz de alegría natural que se traduce en sus cantos y en sus danzas típicas, las cuales son de una belleza verdaderamente incomparable. Andalucía por fuera es lo que todos quisiéramos ser por dentro. De ahí que cuando D. Quijote y Sancho pusieron los pies en ella se sintieran, como quien dice, en su propia salsa.

A decir verdad no estaban en ese momento para jolgorios. Se sentían perseguidos por la Santa Hermandad. La Santa Hermandad llevaba ya en su vientre los espermatozoides clérigo-castrenses de la «guardia civil», que habría de nacer doscientos años más tarde. ¿Cómo aquellos esbirros iban a perdonar la humillación que les impuso el valeroso manchego, poniéndoles en vergonzosa fuga tras haber liberado a los Galeotes, gente de humilde condición, que iban a «cumplir galeras» para el resto de sus días?

Aunque el «Caballero de los leones» no era hombre que «chaqueteara» ante el peligro cierto o supuesto, optó esta vez por seguir los prudentes consejos de Sancho que, justo es decirlo, le temblaban las carnes pensando en la suerte que les esperaba si caían en manos de los de la «Santa».

Los recovecos, las encrucijadas, los caminos de cabras y el imponente aspecto pétreo de Sierra Morena han constituido siempre un refugio ideal para los hombres de ley que van hu-

## Don Quijote

en

## Sierra Morena

yendo de la inicua ley de los hombres. En rigor Don Quijote fué un inclito precursor de Diego Corrientes. «Pasos Largos», «El Raya» y los intrépidos guerrilleros antifascistas que jalonaron, con sangre e idealismo, los agrestes picachos de la sierra andaluza.

Llegados que fueron a la entraña de Sierra Morena D. Quijote y Sancho echaron pie a tierra, comieron sobriamente y se tumbaron a la batola. Los héroes estaban cansados. La batalla por la liberación de los galeotes y la paliza que éstos les propinaran después, en la más tremenda ingratitud que imaginarse puede, dejaron a Don Quijote y Sancho completamente extenuados. En efecto dar la libertad total a quienes ética y socialmente no están preparados para usufructuarla es como arar en el mar.

Tres horas más tarde, cuando Sancho abrió los ojos, empezó a dar gritos. El cretino de «Ginesillo de Pasamonte», uno de los galeotes liberados, le habla sustraído el rucio. La escena fué conmovedora. Sancho lloraba a lágrima viva como si hubiera perdido a un hijo de sus entrañas. Don Quijote trató de consolarlo ofreciéndole «teóricamente» dos de los cinco jumentos que habían quedado, ociosos y gordos, en la lejana cuadra manchega. El corazón de D. Quijote era tan pródigo en ofrecimientos altruistas como parco era la credulidad de Sancho en conseguirlos. El pensaba que «más vale pájaro en mano que ciento volando». A pesar de todo se resignó satisfecho. Esta vez a la oferta seguía el medio directo para obtenerla enseguida. D. Quijote le daba una misión trascendentalísima. Con carta expresa, dirigida a la sobrina, podía pasar por el pueblo a recoger los burros, al mismo tiempo que se dirigía al Toboso, patria chica de la gran Dulcinea, a la que debía entregar solemnemente el mensaje amoroso más singular de la historia de todo los amores del mundo.

«—¿Qué es eso de mensaje o breve? — preguntó Sancho Panza presintiendo, sin duda, el maldito purgante quijotesco que hacía echar las tripas al más pintado.»

«—La prueba escrita de los inmensos sacrificios, desvarios, necedades y lisonjas que un hombre es capaz de hacer para ser digna del corazón de su amada.»

Y el «Caballero de la Triste Figura», explicó a su compañero e por b el conjunto del plan sentimental que consistía esencialmente en quedarse en cueros, comer yerbas, recitar versos, saltar de árbol en árbol y de peña en peña «dándose de calabazadas» en todas ellas hasta que, con su regreso, confirmara la fidelidad, la admiración y la belleza incomparables de su señora Dulcinea.

Como todas esas y otras «razones» eran sin-razones para Sancho, que creía a pies juntillas que D. Quijote había perdido completamente el juicio, trató de disuadirle de semejante propósito, recordándole que Dulcinea no era otra que «Aldonza Lorenzo, una pobre labradora rústica y hombruna que tiraba la reja como el más diestro gañán, y olía a ajo que apesataba». Era absurdo que por ella (que nada sabía de esos amores) quedara en ese triste estado, con riesgo de herirse la cabeza o morir de hambre en aquellos solitarios parajes de piedra, de ladrones y de lobos. Al oírle hablar de esa manera Don Quijote montó en cólera, llamándole villano, incrédulo, necio y egoísta. Parecía mentira que siendo escudero viejo a su lado, no estuviera aún al nivel moral que requerían los hermosos principios y fines de la caballería andante. Para D. Quijote la realidad tangible era sólo una figura aparental, dibujada en la sombra por los duendes y malandrines del egoísmo humano enemigo del progreso universal. La verdad no es la que tiene delante de los ojos sino el fruto selecto elaborado por el cerebro y el corazón del hombre que no quiere dejar de serlo. Los grandes principios de la emancipación humana, la filosofía de la libertad, de la justicia, del amor, no fallan porque carezcan de impulso social, de espíritu adaptacional, como se dice ahora, sino porque los hombres se dejan seducir por las engañosas imposiciones de la «vida real» que es la antítesis de la «vida ideal» a que ellos mismos, por derecho natural, aspiran. La realidad no es la que vemos sino la que «deberíamos» ver.

Y bajo este prisma filosófico-social ve el autor de éstos, quizás terciados renglones, la ejemplaridad del paso por Sierra Morena del «Compañero de la Triste Figura» y su fiel amigo Sancho Panza.

Conrado LIZCANO

# CONTRA LA DESAZON DEL EXILIO

## El impulso cooperador entre españoles

**C**ONTRASTANDO con inexplicables desalientos impropios del carácter activista, parece renacer en nuestros medios el impulso cooperador. Hay síntomas ciertos. Y más que síntomas, principios de realización y hasta realizaciones en marcha avanzada de cara a la cooperación. Por lo que todo ello pueda servir de estímulo a los compañeros, conviene presentar los hechos con la misma probidad que se producen.

En poco tiempo — no más de cuatro o cinco meses — hemos presenciado buen número de casos distintos en el Midi francés. No podemos olvidar el tema de la cooperación ni postergarlo. Nos hemos formado en un ambiente favorable a la lucha solidaria y cooperadora. Todos nuestros propósitos, todo nuestro idealismo práctico — y no utópico ni irrealizable como aparenta creer el adversario — se funda en la cooperación por libre acuerdo, en la ayuda, en el apoyo de unos a otros, en la coincidencia de esfuerzos en pro de la obra común.

Tenemos la seguridad de que la excesiva desazón del exilio podría curarse planteando obras cooperadoras. Aun dentro de las obligadas limitaciones de nuestra vida, cabe superarlas con iniciativas apropiadas y constancia en la realización. Conocemos casos admirables de cooperación entre familiares y afines. ¿Por qué no extenderlos y mejorarlos? La cooperación metódica de familiares y afines ha conseguido suprimir o atenuar todos los inconvenientes. En el campo, en los pequeños conjuntos de trabajo industrial, en las manufacturas, en las mismas tareas de la mujer laboriosa, hemos visto siempre una tendencia cooperadora, inteligente y francamente generosa.

Las vicisitudes del exilio, la obligada dispersión y otras causas que están en la mente de todos, han podido impedir en parte que el movimiento cooperador tuviera más expansión, pero no estará de más dar por cancelada

la época inicial y acometer obras de envergadura.

Ya Reclus, en el último tercio del siglo pasado, expuso con toda claridad las ventajas del *crédit au travail*. No se refería exclusivamente al crédito monetario contante y sonante que requiere el principio de la empresa cooperadora. Se refería principalmente a la posibilidad de trabajar sin patrono, a la conveniencia de utilizar el crédito moral y material que el mundo atribuye al trabajo para esquivar la apropiación de beneficios privados, tanto del patronato como de los intermediarios. Precisamente los trabajadores representan de hecho el mayor número de usuarios respecto a toda realización laboriosa. Y en Francia, a pesar de los inconvenientes que se presentan o puedan presentarse, podrían funcionar unas cincuenta cooperativas agrícolas en distintos departamentos y con distintas características respecto a la índole del trabajo. Los patronos no tienen inconveniente en aceptar el hecho de que tres o cuatro familias trabajen en común en una misma tierra. Conocemos muchos casos que lo demuestran. No sería,

pues, difícil, conseguir una cooperación más amplia a base de la gran familia confederal.

Lo mismo puede afirmarse del trabajo industrial. Puede constituirse una Cooperativa con todas las garantías morales y legales, régimen interior enteramente federalista y solidario de asamblea abierta deliberante y acuerdo perfecto con la Federación Local.

Los componentes de las cooperativas aspiran a trabajar, a vivir del producto de su trabajo, a favorecerse mutuamente y a quedar a cubierto de las penosas alternativas del paro, mientras queda favorecida la lucha del interior, a la par que se favorece a la clientela que propiamente podemos calificar de adicta y se establece una escuela para el aprendizaje de la juventud y el perfeccionamiento de los oficios.

El campo de actividades es grande. En la horticultura del Ródano y otras comarcas, en modestos talleres y manufacturas, en los bosques para la faena de tala y carboneo, en fermes de buena producción, en granjas y prados hay millares de españoles, millares de compañeros interesados en completar iniciativas cooperadoras, muchas de ellas en marcha, pendiente otras de la legalización jurídica. Buen número de compañeros lo mismo en los comicios del Movimiento que en las columnas de nuestra prensa nos facilitan explicaciones, experiencias y evidencias estimables, dignas por todos conceptos de atención colectiva.

El camino de la realización no deja de tener inconvenientes. Sería una puerilidad no reconocerlo. Pero el estímulo más útil es y tendrá que ser la propia realización mediante el impulso de verdadera y auténtica fraternidad que anima a los hombres formados en el ambiente de la CNT. La emigración a través del mar y la desazón del exilio debe tener un destino distinto: el trabajo cooperador sur place.

¿Sabe usted, decía Napoleón a Fontanes, lo que más admiro? Es la impotencia de la fuerza para crear algo. No hay más que dos fuerzas: el sable y el espíritu. A la larga el espíritu vence al sable. Los conquistadores, como se ve, a veces son melancólicos. Precio necesario con el que se paga tanta gloria vana. Pero lo que fué verdad hace cien años para el sable no lo es tanto hoy para el tanque.»

«L'été»

ALBERT CAMUS

FELIPE ALAIZ



# LA VIDA Y LOS LIBROS

## «MEMORIAS DE UN VAGON DE FERROCARRIL»

EDUARDO ZAMACOIS

**¡C**UANTO hay de sí mismo en estas bellísimas páginas! Los rasgos biográficos del autor refuigen en todo el simbolismo que emplea para no mostrar al desnudo su propio temperamento, en el que resalta el hombre de carácter cabal para quien la vida no tiene secretos. Presiéntese al artista y al sabio, que pinta con maravillosa penetración todo lo que ha visto y vivido y cala hondo en las personas a quienes descubre la congoja de su intimidad, o en aquéllas que viven ingenuamente en la vulgar rutina. Desentraña el ritmo en que danzan las cosas y las gentes; éstas transmiten a lo que consideran sus posesiones todo el bullir de su propia existencia. ¡Sabia modesto, porque sabe mucho y su inteligencia, vivaz y exhaustiva en todos los detalles que capta y refleja con gran maestría, tiene el don y la gracia de transmitir, a los que se deleitan con sus obras, la transparencia de sus imágenes, los horizontes sociales que él divisa desde su atalaya de observador y de pensador con su vista clara, ¡sin las anteojeras de los prejuicios! ¡Qué estilo armonioso, qué cadencia verbal, cuánta hermosa verdad en sus conjeturas!...

Uno se pregunta: ¿Para qué enfrascarse en lecturas de árida filosofía, en tratados de sicología individual y social, desprovistos de sana ironía, solemnes y estirados como los académicos que los engendraron?... En las páginas de Zamacois está toda la vida, con sus posibilidades, sus sarcasmos, sus jargarretas, sus pasiones, sus exaltaciones, sus mentiras y... su muerte.

Algo extraño ocurre en Zamacois cuando su imaginación se exalta en descubrir el crimen, en mostrar la sangre que brota del ataque homicida y las posiciones de las víctimas y de sus victimarios. ¡Qué truculencia en las escenas! ¡Qué horripilantes situaciones! ¡Qué vendaval de locura arrastra la pasión en que el sexo domina y la razón enmudece!... Zamacois examina el crimen como «obra de arte» y jamás se muestra implacable y condenatorio para los que llegan a la tortura del asesinato cuando son mordidos por la rabia de las enagenaciones que exasperan a los seres embriagados por cualquier tóxico, de los que se llaman «inmorales» y de los otros que son estupefacientes.

En toda la obra de Zamacois, ¡tan extensa, tan penetrante y tan alta!, la emoción hace cadencia con el razonamiento. El sano viento del pensamiento anárquico aventa todas las «malas yerbas» que proliferan en este mundo autoritario

que ahoga la prístina vida del hombre que no acepta cadenas.

En estas «Memorias» hay páginas inolvidables, que se destacan en la belleza de toda la obra y merecerían continua reproducción: «Negro y blanco», «La mujer... los hombres», «De Castilla a Galicia», «España... Andalucía», «Caminos, aguas, árboles», «¡Oh, pueblo de España!»

No acierta Zamacois cuando sentencia que «el pesimismo es cobardía»... Quizá lo afirma como reacción a su escepticismo... que no participa de optimismo ni tampoco de pesimismo. Y bien lo demuestra cuando exclama, indignado: «¡Ah, qué asco!... ¡Cuando considero el mezquino valer de los hombres, sus falsedades, sus prejuicios, sus trapecerías y el eterno carnaval de su vivir!...»

Amigo Zamacois: ¡Muchas gracias por el deleite que a tus afines proporcionan tus obras enjundiosas!

COSTA ISCAR

## «LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX» POR CARLOS RAMA

**R**EFERIRME en las columnas de CENIT al libro de nuestro amigo, profesor Carlos Rama, me es sumamente agradable, pues los lectores de la misma ya conocen ampliamente a Rama, siendo como es colaborador de la revista. Y es infinitamente grato cuando tras la lectura de «La crisis española del siglo XX» uno constata la rectitud, la objetividad, la riqueza y la ecuanimidad de su texto. Desde luego, con tan sólo darse cuenta de la bibliografía utilizada (1), ya puede valorarse el caudal de información, el encadenamiento de los acontecimientos y la diversidad de paralelismos que las muchas fuentes de información, distantes unas de otras como de polo a polo, pueden ofrecer. Este libro, que indudablemente trata de la guerra de España, constituye una verdadera anatomía de la desgraciada tierra que nos vio nacer; anatomía política, pues que conlleva documentos pertenecientes a la F.A.I., por un lado, y al falangismo por otro, por no citar más que los dos extremos del abanico de los organismos hispanos.

Y, antes de meterme a la crítica del libro, habré de hacer una confesión: Temo ocuparme de ello por dos razones, porque una verdadera crítica exigiría más cuartillas de las que yo puedo permitirme y porque el mismo Rama escribe: «La seducción de la historia actual, que explica algunas de las obras más vigorosas del pensamiento científico, a menudo ha sido anulado a priori por los críticos».

Como es natural, no quisiera yo contribuir a dar razón al autor del libro sobre este caso concreto. De otra parte, me ahorro reproducir sus apreciaciones sobre la historia, la guerra de España y el alcance de su libro porque el lector encontrará las del autor adjuntas a estas páginas en el prefacio del libro.

Raro libro podrá abarcar temas tan vastos como son la España cultural, la España económica, la militar, el carácter español, la España política, la sindical, el mosaico de regiones que representa la Península Ibérica, los problemas que supusieron o suponen sus relaciones con otras zonas periféricas, como son el Marruecos, Gibraltar, Andorra, el mismo Portugal, etc.

Y no se para ahí. Filma, con una fineza y gusto en la selección que emociona, las diferentes personalidades que sobresalían por encima de lo común en la época estudiada. Tales: Menéndez Pidal, Primo de Rivera, Gani-vet, Ortega y Gasset, Costa, Layret, Largo Caballero, por no citar más que unos pocos.

«Una de las tesis implícitas a lo largo de toda esta obra es la existencia de una honda revolución histórica, que conmueve a España a partir de 1930, pero cuyas raíces más inmediatas deben buscarse en los treinta años anteriores», dice el profesor Rama en su libro y agrega: «La crisis en que vive España en los últimos años del siglo siguiente, es de una hondura y sentido únicos en el mundo europeo».

Con esta calibración, justipreciando cincuenta años de nuestra historia, Rama une su voz a la de los profesores de la Universidad de Oxford cuando a raíz de una visita efectuada por Federica Montseny a dicho centro docente (2), dijeron: «La guerra y la revolución españolas son el acontecimiento más importante en materia social acaecidos en el siglo XX».

No le han faltado a España hombres que han visto claro y han elevado su voz pidiendo y apuntando remedios a los males que la aquejaban, pero la inercia, la postración — que nosotros podemos apellidar católica — en las que la sociedad española ha dejado siempre pasar el tiempo, no han permitido poner en marcha ningún valor, ninguna acción que ofreciera garantías de renacimiento y de progreso. Así citamos un juicio de Gerald Brenan según el cual «en 1936 la situación de la agricultura española era idéntica a la denunciada por Jovellanos en 1787. Y que posteriormente, 1949, con ocasión de otra visita que hizo a España concluyó: la situación ha empeorado respecto a 1936».

Uno de los más preclaros observadores de la cosa española, Madariaga, escribe en «España», libro que debería ser leído por todos los españoles: «No sólo está en crisis el régimen. Lo está la nación, lo está la raza. No se ventila sólo la capacidad de los españoles para organizar una sociedad monárquica o republicana, sino su capacidad para organizarse en nación.» ¿Acaso Latra no dijo lo mismo allá por los años de 1820? Y sin embargo todos son unánimes en reconocer que el español como individuo y como pueblo es rico y lleno de virtudes morales, físicas e intelectuales. Albert Camus no vacila en decir en «L'envers et l'endroit» que el pueblo español es el más civilizado de Europa.

Rama, para confirmar el valor intelectual del español, cita por ejemplo el análisis que Federico Urales ha-

ce de los certámenes socialistas llevados a cabo en 1885 y en 1889.

Por la misma vía deductiva, más tarde Ortega y Gasset reconoce que una nueva España estaba naciendo cuyas más significativas raíces eran:

«a) la revolución en los espíritus que ya estaba hecha (1932);

»b) la vieja estructura política que se había arruinado;

»c) ascenso de masas populares sin precedente;

»d) adviene la opinión pública a régimen común para España.»

Toda la España laboriosa formaba un haz de voluntades de renovación y de progreso, toda la España digna e intelectual también. Pero, y Rama no lo silencia, la España militar, la adinerada y la clerical no habían dado un paso; mantenían el «statu quo» de dominio y de privilegio que tenían. El choque, el divorcio, que entre estas dos Españas había, quedaban reflejados en los artículos 25, 26, 27, 15 y 43, 48, 70 y 87 de la Constitución de la República. Dicha carta se atrevía a hacer legal y reconocer oficialmente el derecho de ciudadanía y de independencia a que aspiraba todo español principalmente en materia religiosa, política y económica. En cuanto al problema sindical el profesor Rama ve que el artículo 39 de la Constitución era de puro molde socialista en perjuicio de la central sindical C.N.T. ya que: «hace relación con la política del Partido Socialista desde el Ministerio de Trabajo, decreto del 8 de abril, tendente a favorecer la lucha de la U.G.T. contra la C.N.T.»

Mas, por importante que esto sea dada nuestra condición, preferimos aludirlo brevemente y ocuparnos de otras muchas cosas que el libro contiene.

La principal misión que se impusieron los militantes republicanos de no importe qué filiación que fueran, fué la de neutralizar la fuerza reaccionaria, a la cual temían, y crear en su lugar otra de marcada orientación y formación liberal adicta al régimen republicano que se había dado España en 1931. Claro que los hechos nos demuestran que no siempre siguieron esa política y que no todas las veces obraron con acierto. Aunque, queda bien evidente que dado el reparto y la influencia de las mismas, era tarea ardua y difícil de llevar a buen fin. Esta idea la fundamenta en la acción desplegada por Azaña desde el Ministerio de la Guerra lo mismo contra la oficialidad del Ejército que contra la tan poderosa como odiosa y odiada Guardia in-Civil.

Para acabar con todas aquellas intenciones de los republicanos, y para amedrentar al pueblo, vinieron los sublevados del 18 de julio que, naturalmente, hicieron todo al revés: promulgaron leyes anulando la libertad de la prensa, leyes de represión, ley de rebelión militar (1943), de los delitos de bandidaje y terrorismo (1947). Ley de responsabilidades políticas (9-2-39), represión de la masonería y el comunismo (1-3-49), de seguridad del Estado (29-3-1941), etc. Y sobre todo los crímenes cometidos sin que ninguna ley, ni aun la propia, los amparara; crímenes a mansalva, de todas las categorías, en todos los rincones de España y cometidos impunemente.

Y como conclusión sintomática a que llegó la evolución de tanta reacción, retrogradación y terror, seguros ya de que todo estaba conseguido para satisfacer la inmensa y múltiple avaricia del pulpo vaticanista, el 27 de agosto de 1953 España y el Vaticano firman el concordato que todos conocemos A.M.D.G.

(1) Ved el folletón encuadernable de CENIT número 116.

(2) CENIT número 107.

(Continuará)

M. CELMA

**C**ON mis zapatos de montañés se me ocurrió descender a la ciudad para, en concreto, pisarle el pie a una *mademoiselle*.

— *Mon Dieu, te cheval-là!* — oí murmurar a la chavala.

Si no incurro en equívoco fui tratado de caballo, asunto éste que no molesta considerando que nos pueden ocurrir cosas peores. Todo esto me recuerda cuando en Barcelona fui injustamente reprendido en un tranvía por una señora que vió profanados sus jamones por una mano que no me pertenecía. «¡Caballero!», me corrigió indebidamente. Y como sea que enrojece de inocencia, los demás viajeros interpretaron mi carmín como un signo de infalible culpabilidad.

La venganza me la facilitó Justo, un individuo propenso a los excesos. Con éste y otro amigo en luchas y en baile de segundo piso. Erase en pleno Carnaval, y nos llamó la atención la felicidad de una máscara femenina que danzaba tocada con un bicornio estudiantil. Injustamente, Justo apuñeó el sombrero universitario hasta lograr situarlo al nivel de la nariz de la cuitada, la cual, sin preocuparse de tomar puntería, disparó un bofetón que fué a dar en la mejilla de un inocente, que, ni corto ni perezoso, determinó armar un cisco que pronto envolvió a todos los circunstantes.

A todos, menos a nosotros, que a fuer de malos caballeros salimos sobre las puntillas de los pies con dirección a la calle.

Llegados a la misma sonó de nuevo el manubrio, lo que probaba que la paz había renacido en las alturas. «¿Subimos? — alguno propuso — Esa música es airosa.»

No subimos. A los tres mosqueteros mejor nos convenía el aire del paseo.

#### UNOS CASOS DE CABALLEROSIDAD VERIDICA

Voy a referir algo conocido, muy dramático y muy hermoso. Un joven compañero que acababa de intervenir en un atentado que costó la vida de un pistolero del « Libre », fué acusado en el mercado barcelonés de la Boquería. Tomándolo por un granuja, una carnicerita le dió con un peso en la cabeza. El muchacho — que ya venía herido — encañonó a la agresora con dos pistolas; mas al verla joven y guapa, abatió armas para obsequiarla con un guiño acompañado de una sonrisa.

Dos minutos después esté caballe-

## CABALLEROS Y CABALLERIAS

ro anarquista moría a la salida ramblera del citado mercado, contortado con los besos de su arrepentida enemiga.

Contaba Federico Urales que, en ocasión de la campaña seguida contra los martirizadores de Montjuich, un militar le desafió a pistola en lance de honor.

— No tengo honor — aseveró Urales.

— Pues te mataré como a un perro.

— Eso contando con que yo no te aplaste antes como a una cucaracha.

Por la misma causa Lerroux fué importunado, y, por ignorar entonces la forma de matar pulgas, se dejó abofetear.

También Santiago Rusiñol fué desafiado a raíz del estreno de su drama «L'Héroe». No habiendo recibido respuesta de Tiago, el bravucón acudió a su domicilio para reiterar personalmente la exigencia del duelo.

— Sepamos quién es usted — interesó el dramaturgo.

— El teniente Fulano de Tal.

— Pues yo soy capitán general de las Letras, y no puedo batirme más que con reyes y mariscales.

Nuestro dinámico José Canela en 1919 fué deportado de Barcelona a Canarias. Enterado de la importancia del preso, el capitán general de aquellas islas envió un caballeroso mensaje a nuestro amigo, cuando el barco que conducía a éste recaló en el puerto de Santa Cruz: «Muy señor mío: Desde este instante considérese mi prisionero. Pero, aparte las obligaciones inherentes a mi cargo, disponga usted de mi sincera amistad.»

Contestación de Canela: «Váyase usted a la Meca, y déjeme tranquilo.»

Reacción del capitán general: «Esta mancha usted me ayudará a borrarla en el terreno del honor. Sirvase escoger el arma de su preferencia.»

Réplica de nuestro compañero: «Escojo la piedra y el salivazo.»

El lector no extrañará que el sindicalista Canela fuese reexpedido a la cárcel de Barcelona a vuelta de correo.

#### MAS LECCIONES DE CABALLERIA

Después de una brega, un teniente de la Guardia Civil me pidió formalmente que descubriera el paradero de un compañero que yo mismo había escondido. «Va en ello mi carrera — asegúreme —. Usted me lo entrega, yo le encierro, y le empeño mi palabra que dentro de tres días sale a la calle con la situación resuelta.» Yo afecté ignorancia del caso, mintiendo caballerosamente. A pesar de ello, salí entero de la obligada entrevista. Creo que este militar habría mantenido su promesa.

A un g. c. que mintió para hundirme en un presidio, le hube de replicar convenientemente, y cuando me iba a deteriorar el físico a culatazos, un sargento del mismo Cuerpo lo contuvo con las siguientes y extrañas palabras.

— No se pelee con un hombre atado. Guarde la valentía para otra ocasión.

Al César lo que es del César...

Otro oficial de la G. C. requirió mi presencia, bajo palabra de honor de que nada malo me iba a suceder. En aquella ocasión tuve tiempo sobrado para meditar, entre cuatro paredes, sobre el relativo valor de la palabra juramentada.

Un jefe militar convocó a dos compañeros: «¿Conocen la magna noticia? ¿No? Pues el rey viene a I.; pueden propalarlo por ahí, porque yo lo he dicho. Pero digan: ¿Hay terroristas en vuestro Ateneo?»

— No, señor teniente.

— Y ustedes, ¿son capaces de arrojarle una bomba a uno? ¿No? Pues así me gusta. Aunque he de advertirles que si durante la visita del rey estalla un solo cohete les responsabilizo a ustedes. Yo estoy por el orden, y tanto lo defenderé en monarquía, como en república, como en anarquía.

A un delegado militar, durante la dictadura, fuimos a recabarle permiso para una reunión formularia.

— ¿Qué desean mis muchachos? — preguntó el hombre.

— Permiso para reunir el Ateneo de Cultura...

— ¿Con que reunioncitas, eh? Entonces ignoran lo mejor: he ascendido. Nada, una bicoca: en adelante, teniente coronel. ¿Les parece poco? ¡Vayan ustedes con Dios, y reúnanse con mi permiso!

— ¿Escrito? — arriesgué.

— Reuniones, las que quieran; pero papelitos, ¡no! JUAN FERRER

## IV

Leídos muchos libros de Caballerías, y acaso con mayor gusto que ningunos los de Feliciano de Silva, el de «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace», debió de ocurrírsele a Cervantes escribir contra esa clase de obras, tan en boga en sus tiempos como las novelas por entregas en los míos.

Don Manuel Fernández y González — justo es consignarlo — cultivó el género con decencia y hasta con ciertos primores de lenguaje. En «El Crítico» de Gracián — segunda parte, crisis primera —, encuentran a unos personajes leyendo libros de Caballerías; se los mandan quitar; piden ellos entonces que al menos se les dé la facultad de leer las obras de algunos otros autores que habían escrito contra estos primeros libros burlándose de su quimérico trabajo. «Respondióles la Cordura —añade Gracián —, que de ningún modo, porque era dar del lodo en el cieno, y habría sido sacar del mundo una necedad con otra mayor.» Anoto esto no para deducir lo que Azorin considerando los juicios emitidos sobre Cervantes y su «Quijote» por eminencias de la época — eminencias con mala baba —, sino para que se vea lo que entonces dichos libros de caballerías privaban. «Cervantes — escribe Babelón —, es el portavoz de toda una opinión decidida a abolir una detestable industria espiritual».

El comienzo más feliz de cuantos libros se han escrito es el de «Don Quijote de la Mancha». De manera genial arranca y genialmente continúa a través de los ciento veinte y seis capítulos entre las dos partes de la inmortal obra: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...» ¡Qué sabido de todos este comenzar del «Quijote», intraducible — al decir de un biógrafo de Cervantes —, a ninguna lengua extranjera, porque pierde su encanto! ¿Ese lugar es Argamasilla, como un Diccionario asegura? No parece que le fué bien en Argamasilla a nuestro personaje. ¿Pero dónde un alcahalero no está expuesto a contratiempos y disgustos? Dicese que influyó en el desvío del Guadiana para favorecer a unos fabricantes de pólvora, con perjuicio de las tierras regables del pueblo. ¿A tanto llegaba la influencia de Cervantes, comisionado de apremio con el haber de doce reales? También a cierto hidalguete le echan la culpa de sus sinsabores, asegurando que Cervantes, en venganza, le tomó como arquetipo del «Quijote». ¿Cómo un hombre así puede ser Don Alonso Quijano el Bueno? A la oposición que el cobrador de contribuciones encontró en la gente de la citada villa aluden otras historias, lo cual lleva más camino. Azorin se hace eco de dos leyendas o consejos relativos a Miguel de Cervantes. «Se refieren las dos a una bárbara — y supuesta — venganza que en el Toboso se tomaron con un recaudador de contribuciones o alcahalero llamado Cervantes. Dicho Cervantes no era otro que el autor del «Quijote». Habiendo llegado el alcahalero al pueblo, y hallándose durmiendo por la noche en el pajar de una casa, lo despertaron los mozos y medio arastrando, con una sogá a la cintura, le sacaron por las calles del pueblo. Afortunadamente, llegaron a tiempo los cuadrilleros y libertaron a Cervantes

# CERVANTES

de manos de la chusma. No era otro el propósito de los mozos tobosinos sino el de llevar a Cervantes a una laguna próxima y chapuzarlo en sus cenagosas aguas. En el Toboso son peritísimos en esta operación. Cuando arriba allí algún recaudador, lo sumergen en dicho navazo.» Y ya que se ha nombrado el Toboso: algunos sostienen que estuvo Cervantes en aquella cárcel por piropear a una mujer. «Donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación», dice de la cárcel, no de la cárcel de Argamasilla de Alba, no de la famosa casa de Medrano, señuelo turístico, de la que sólo queda lo que de la célebre venta del Cuadrillero el recuerdo.

El «Elogio de la Locura» de Erasmo, gran amigo de Carlos V — omito el I de España por ser Austria —, tiene las proporciones de un retrato al óleo el «Quijote» es la caricatura de la locura y una apología ingente de la misma. Según Heine, «la mayor sátira contra la exaltación humana». Probablemente, ni el propio Cervantes, desde lo circunscrito de la idea inicial de su libro (burlarse de los de caballerías), vislumbró a donde llegaría con la pluma. Cervantes escribiendo el «Quijote» diríase el amanuense del genio de Cervantes. Ya decaía la novela picaresca — fruto español de lo más enverado y sabroso, catado y por catar —, si bien al soberbio ramillete de flores faltaba la más pintada y odorante de todas: «Rinconete y Cortadillo». Creo que es Federico Ruiz Marcuende el que ha escrito esto: «El genio de Cervantes resplandece en «Rinconete y Cortadillo», la obra inmortal en que retrazó el hampa sevillana de su tiempo, enjoyando su magnífica descripción con las galanuras insuperables de su estilo. Supo el talento creador de Cervantes hacer de las aventuras de Rinconete y Cortadillo, y de la cofradía de Monipodio, a quien en sus andanzas por triste experiencia conoció en la vida real, una maravillosa y profundísima novela picaresca por excelencia, que como el «Ingenioso Hidalgo» no sé parece a ninguna otra». En efecto, el «Quijote» es un portento de concepción y un prodigio de ejecución: es el cometido de Cervantes en este mundo. Su obra no tiene límites: en el «Quijote» no queda interés divino ni humano que en sus páginas no resplandezca. Todo lo abarca, lo religioso, lo social, lo político, anticipándose a muchas preocupaciones absorbentes de esta hora. El «Quijote» se comprendió mal cuando vió la luz porque las obras perdurables, eternas, carecen de presente y escapan al conocimiento de los enjuiciadores, correspondiendo al tiempo, que da gusto a todos, de-

## soldado, escritor y mártir

por J. M. PUYOL

fenderlas y hacerles justicia. ¿Por ventura hubo quien dijese de Cervantes que puso una pica en Flandes escribiendo el «Quijote»? Nadie, y los juicios de categoría adversos son numerosos. Azorín cita los de fray Hortensio Félix Paravicino, Juan Gallo de Andrada, Esteban Manuel de Villegas, Cristóbal Suárez de Figueroa, Lope de Vega y Baltasar Gracián. Escribió para él, que fué escribir para la posteridad, cuando y como pudo, ya que a raya le tuvo siempre la pobreza. Pero la arrojó con tesonero heroísmo y no claudicó su condición seglar, porque el pan de la Iglesia no era para la boca de Cervantes. «Iglesia, o mar, o casa real», la mira de muchos, mas no la suya. A mí «Don Quijote» me parece la sombra del caballero Cervantes, águila. ¿Dónde lo escribiría? Al hilo de la vida en todas partes, cuando se rompía el hilo lo anudaba y proseguía el trabajo. Hijo de la existencia que arrastró, poco bienplaciente: del hambre no proveniente de la negra honra, fantasioso y estúpido, sino del sincero y descarnado: de agruras y acibares; de pullas y desaires; de empellones y atosigamientos... El «Quijote» es un fin logrado y hasta colmado: como la alegría crucial de Cervantes. Menos fecundo que Calderón de la Barca — autor de más de ciento veinte comedias y otros tantos autos sacramentales —, mucho menos que Lope de Vega — dos mil doscientas, entre ellas cuatrocientos autos —, y no tanto como Tirso de Molina, que tampoco se quedó corto: a Calderón bastárale con «La Vida es Sueño» para inmortalizarse, a Lope con «Fuenteovejuna» y a Tirso con «El Burlador de Sevilla». Yo no conozco más obra de Teixeira de Pascoes que su «San Pablo», y cuentan que tardó más de dos días en escribirlo — el tiempo que invertía Lope de Vega en escribir una comedia —, como «Madame Bovary» es una novela de varios años de pluma y «Salambó» — oro y púrpura —, producto de un lustro. Todo lo dicho sobre la escritura del «Quijote» — si Sevilla, si Argamasilla de Alba... — son conjeturas y leyendas. Cervantes obtuvo el privilegio real para la publicación de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» el 24 de septiembre de 1604, cuya primera parte vio la luz en 105, contando el autor cincuenta y ocho años. «El pueblo — afirma Herrero Miguel —, acogió la obra con entusiasmo delirante». En el transcurso de 1605 alcanzó seis ediciones: se repite en Madrid, dos en Lisboa y dos en Valencia. Siento no poder precisar el total de ediciones nacionales y extranjeras hasta la hora presente. Este libro, español y universal, al que siempre se le encuentra algo nuevo, y por eso en-

seña y deleita siempre, lo compuso don Miguel de Cervantes Saavedra, siendo la obra literaria que más lustre ha dado a España.

V

«La pobre mujer que tan poca huella moral dejó a lo que parece en la vida del glorioso ingenio...» Estas gotas de sentimentalismo proceden de Concha Espina, en «Las Mujeres del Quijote». Y yo me pregunto: Si Ana resbaló sobre la vida de Miguel, ¿supuso él algo en la vida de ella? Manuel Bueno en su novela «Corazón Adentro», señala la frecuencia con que las actrices se amanceban con autores y empresarios. Unen mejor la adocenada Xantipa y el filósofo Sócrates que Aurora Dupin y el músico Chopin, porque el diablo del talento no encisma. Casi todas las uniones de este tipo han conducido al fracaso: me desmentiría la segunda esposa de Dostoiewski, pero me darían la razón muchas mujeres intelectuales.

Esto no es una alianza de dos corazones: esto es una inteligencia temporal entre dos inteligencias. El capricho suele dar más hijos que el amor. ¿Será esta la razón de lo mal que marcha el mundo? «El que ha nacido de la carne es carne y el que nace del espíritu es espíritu» — dice el Evangelio. Significa que la carne destruye y el espíritu crea. El amor... cosa de poetas, según Schopenhauer. Aunque la frase de La Rochefoucauld no es completamente cierta, por curiosa la apunto: «curre con el amor lo que con los espectros, que todo el mundo habla de ellos sin haberlos visto». Ana de Rojas (a) Ana Franca tuvo una hija con el autor de «Los Tratos de Argel», llamada Isabel de Saavedra. Relaciones fugaces, amorios. Pronto, se arregló con el empresario Alonso Rodríguez, renunciando a su hija, siempre al abrigo paternal de Cervantes Saavedra.

Se ha hablado de otro hijo que tuvo Cervantes en Italia, siendo «soldado aventajado»... y gracias Deducen esto de expresiones del propio Cervantes en el «Viaje del Parnaso», de los siguientes versos:

**Mi amigo tiernamente me abraçaba  
y, con tenerme entre sus braços,  
que del estar yo allí mucho dudaua.  
Llamóme «padre», y yo llaméle «hijo»;  
quedó con esto la verdad en punto,  
que aquí puede llamarse punto fixo.**

El «Viaje del Parnaso» publicóse por primera vez en Madrid (en la imprenta de la viudá de Alonso Martín) el año 1614, antes de aparecer la segunda parte del «Quijote» (1615).

Contiene dicha obra esencias íntimas del autor y, como acertadamente señala Rafael Seco prolongando el poema, «rasgos autobiográficos que dicen hondamente del sentir de Cervantes, bello documento psicológico en que aparecen al desnudo aspectos de su espíritu...» Me resisto a creer que, teniendo un hijo, Cervantes, que de maravilla titulaba «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», «Novelas Ejemplares», «Persiles y Segismunda», etc, le pusiese «Promontorio» — «altura muy considerable de tierra, cosa demasiado abultada, que causa estorbo» — Sin duda, esto es lo menos enigmático de Cervantes.

Salir de Málaga y entrar en Malagón, eso hizo Miguel de Cervantes casándose. En una de sus novelas, Pedro Luis de Gálvez — ha sucumbido a los fusiles de Franco — escribe como epitafio un gran soneto a don Lope el Atrevido, personaje que, ya pasado de maduro, contrae matrimonio, cuyo postrer verso dice: «Más le valiera haberse ahorcado». A Cervantes ahorcarse no le valiera más, ni tampoco a los lectores de Cervantes: valiera más no casarse. Este compromiso compromete de distinto modo que el anterior con la farandulera Ana, porque obliga, ata, encadena, y aquél no. Si para algo hay que estar de acuerdo entre casados o abarraganados es para estar en desacuerdo. La alianza temporal de dos inteligencias difiere de la unión permanente entre la inteligencia y la ininteligencia. Algunas yuntas no labrarian la tierra si pudieran rechazar el yugo que les colocan. El matrimonio es lo más parecido al castillo de irás y no volverás de los cuentos de miedo. Nudos gordianos, y muchas veces por no poder desatar el de los cordones de los zapatos tiramos y se rompen.

¿Qué vale menos, psicológicamente hablando, el devaneo de Cervantes con Ana Franca o su casamiento con doña Catalina de Palacios Salazar y Voicediano, natural de Esquivias? Este casamiento, ¡ay que poco vale! Las cualidades de doña Catalina — egoísmo, vulgaridad y compañía — emparejaban mejor con las de Rodrigo de Cervantes, hombre sin cerebro, que con las de Miguel, todo substancia gris piernas y alas respectivamente. Hallábase cuando se casó — el 12 de diciembre de 1584 — sin empleo. Aún no había aparecido «La Galatea», pero si en esta boda hubo dulces, seguramente durarian cuando vió la luz. Buen estreno, porque la obra — dedicada a Ascanio Colonna, general de las tropas pontificias en la Santa Liga — mereció elogios, dejándole al autor un beneficio de mil trescientos reales.

Al compromiso sobre los bienes, más nominales que efectivos, cuya renta disfrutarán el hombre y la mujer que se casan se llama «hacer capitulos». ¿Y qué capitulos mejores que los de Cervantes no teniendo bienes de fortuna? ¡Bah! Ahora mismo tendría que ser una familia muy culta para no cambiar todos los capitulos del «Quijote» por un plato de lentejas. El dote de doña Catalina — tierras, útiles de campo, ropas, muebles, batería de cocina y gran número de vírgenes y santos — asciende a 182.297 maravedis (5.000 reales en números redondos): el dote, y de cuantía lo llevó Cervantes dentro de la cabeza, por eso no lo vió nadie. Precisaba tener cabeza y no patas para enterarse. Los ciegos del alma sólo perciben lo que cuenta y conocen al bote la moneda. ¿Cuándo hubiese quedado incorporado a la posteridad el duque de Béjar, sin duda otro «menu fretin»? Su nombre figura inmerecidamente al frente de la primera parte del «Quijote», pues aceptó la dedicatoria de mala gana. El consentimiento de esta familia acomodada para que Miguel de Cervantes contrajese matrimonio con Catalina de Palacios se parece al favor que al Príncipe de los ingenios creían hacerle los magnates accediendo a que les

dedicase sus obras. Sinceramente el braguetazo lo dió ella. Vivian de manera irregular, más tiempo separados que juntos. En los pollos y los conejos cifraba su amor esta mujer casera, a quien los brincos del inquieto marido le producían vértigos. Catalina ni madrastra quiso ser de la hija natural de Cervantes, a la que cerró las puertas de su corazón, como si prefiriera que el hospicio o algún convento le franquease las suyas. La bastarda hizo en la vida de la lugareña, a partir de su matrimonio, de insufrible ángel malo. Isabel de Saavedra quedó bajo la tutela de sus tías Andrea y Magdalena, hermanas de Cervantes, y cuando más tarde todos se trasladaron a Valladolid para asistir a la depuración del proceso contra el publicano Miguel — como Mateo el publicano —, la pequeña propietaria de Esquivias se llamó Andana.

## VI

Pasó para Cervantes la hora de ser capitán. Muerto don Juan de Austria, su protector... no sé hasta qué punto, la manquedad de Lepanto y el cautiverio de Argel merecieron la recompensa más mezquina. El 22 de Enero de 1588, el Soldado aventajado Miguel de Cervantes Saavedra, no pudiendo vivir de la pluma, tuvo que aceptar el cargo de abastecedor de la Flota con el haber de 12 reales diarios. Para que se vea en lo que tasaron una inutilidad heroica. Estaba entonces en candelero Mateo Vázquez, condiscipulo de Cervantes, el de la zancadilla a Antonio Pérez, primer Secretario de Felipe II, siendo el dicho Vázquez alátere: los tres, Felipe, Antonio y Mateo, inspiradores, inductores, causantes del asesinato de Escobedo, secretario particular de Don Juan de Austria. Once años antes, el cautivo en Argel escribió la famosa carta en verso al compañero de estudios, obteniendo la callada por respuesta. Sí, Mateo Vázquez estaba en candelero, pero suponía para Cervantes lo que un candelero sin vela.

Su adiós a Madrid y al mentidero de escritores y comediantes, en las gradas del templo de San Felipe, como antes el despotriqué fuese en las Puertas de Guadalajara, vale por una patética despedida. El autor de «La Galatea» no se abre camino con sus comedias, y hay que vivir, Cervantes vestía ropas talares, lo que suponía un inconveniente para brillar en el Teatro. Estrenaban preferentemente los curas y los frailes — Lope, Calderón, Tirso, Moreto —, y los de condición seglar — Miguel de Cervantes, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guevara, Francisco de Rojas — tenían que abrirse paso a codazos. Entonces explotaban los corrales las hermandades religiosas — por lo menos en tiempos de Lope de Rueda y luego en los de Naharro así era, so pretexto de mirar por los pobres. El misero autor de «La Confusa», extraviada como la mayoría de sus obras teatrales — tuvo que batirse en retirada.

Comienzan a lloverle contratiempos y disgustos al Comisario regio en los pueblos andaluces que visita. Su misión consiste en adquirir víveres corriendo destino a la Flota Invencible. Felipe II tiene decidido enviarla contra Inglaterra. El que había de mandar esta Armada, la primera del mundo, era

don Alvaro de Bazán, muerto inopinadamente. Al rey de España metiósele entre ceja y ceja la conquista de Inglaterra, y a sabiendas de que el duque de Medina Sidonia era un incapaz que en un vaso de agua se ahogaba, le confió el mando de la escuadra. «Porque yo pongo toda mi confianza en Dios y no en los hombres», esto es, que lo mismo le daba Medina Sidonia que Medina de Rioseco... A la Invencible se la tragó el mar, y Felipe II se consoló de esta hecatombe diciendo: «No la he mandado luchar contra los vientos sino contra los hombres». Contra la reina Isabel, que restableció en Inglaterra la religión protestante y ordenó la ejecución de su prima María Eduardo. En el ejercicio de su cargo, Cervantes ha ganado poco y perdido mucho. Habiendo ido a Ecija para incautarse del trigo que en los graneros particulares hallase y siendo la iglesia-colegiala un granero, el funcionario trata de hacerse con el rubión, conforme a su deber, y el Vicario terco en que no, lo excomulga. En 1592 ingresa en la cárcel de Castro del Río (Córdoba), inculcando de extraer grano del depósito oficial y venderlo sin la correspondiente autorización, no teniendo arte ni parte en el asunto. Un tal Nicolás Benito, del Puerto de Santa María, forzando los graneros reales, cometió el expolio. El trigo fué a Málaga y Antequera, y el confiado Cervantes a la cárcel, de la que salía bajo fianza. Hundida la escuadra otra vez se encontrará sin empleo: ¿Y si pasara a Italia? ¿Y si fuera a Indias, «refugio y socorro de los desesperados de España, iglesia de los renegados, salvoconducto de los homicidas, pasaporte de los tahures, cebo de las prostitutas, común decepción de la mayoría y remedio particular de un escaso número»?... Acaba de morir su madre. Su mujer no hace cuenta del marido. Sus hermanas y su hija natural luchan a brazo partido con la vida.

Dice Ricardo León: «Cervantes lo mismo peleaba contra el turco que cobraba contribuciones y escribía libros». Pelear contra el turco y cobrar contribuciones son cosas accesorias en su vida: escribir para alumbrar el «Quijote». El genio de Cervantes significaba la razón de ser de Cervantes, nacido es esencialmente ingenioso. «Pero no he podido contravenir la orden de la naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante...», de aquí que el inmortal hidalgo tenga su traza y que sea lo que con frase feliz señala Babelón: ingenioso por excelencia. Habrá estado ya en Córdoba, y en la Mezquita, donde Lope de Rueda, su incio, duerme el sueño eterno: basta con leer el prólogo de «Ocho Comedias» para no ponerlo en duda: «...me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda... de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Está enterrado en la iglesia mayor de Córdoba, entre los dos coros.» Quizá viniese también a Orán siendo aprovisionador de la Flota, y, de ocurrir esto, evocaría la caminata hacia esta población en la primera de sus escurribandas con otros cautivos. Poco a poco va creciendo el «Don Quijote de la Mancha», y «Rinconete y Cortadillo» ya se tienen de pie. La vida no le deja en paz un momento. Trabaja sin prisa, mas con la seguridad de alcanzar la meta. Pasan

los años: la continuación de «La Galatea» no aparece: tampoco ve la luz la segunda parte del «Quijote». Envejece, pero no para la pluma, porque «no escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años». A Cervantes — el clásico que más luz tiene de todos — el humor lo acompaña hasta la muerte: «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos que ya me voy muriendo, y deseando veros presto, contentos y en la otra vida». En ésta, para el poco bienplaciente, habrá sido ya cobrador de contribuciones.

Cuando más activamente vive. Recala en una Posada de la calle de San Nicolás, aunque tuvo otras alojaris en Sevilla. Este período Cervantino se parece mucho a una zarabanda. Conoce a bastante gente del trote. Trata a una gran cantidad de mercenarios. Frecuenta los cenáculos del hampa. Firma contratos con empresarios de corrales (uno leonino con Rodrigo de Ossorio). Acude a un Concurso de poesías organizado por frailes de Zaragoza con motivo de la canonización de San Jacinto, y su redondilla obtiene el primer premio. Va de un lado a otro, cobrando la alcabala... Tan cierto es esto como que no pisó jamás el estudio del pintor Pacheco. Yo no sé lo que constituiría la ropa de etiqueta de Cervantes (témome que no tuviera más que la puesta). A la tertulia de Pacheco acudía la buena sociedad sevillana — aristócratas y literatos que se parecían por serlo —, y Cervantes pertenecía a la mala. Si hubiesen sido videntes, si sospechasen el porvenir, la fama universal del alcabalero, ¿verdad que estas gentes hubieran perdido la parte magra que colocamos en los asientos para hacerse con él y le habrían, bajo palio, llevado a dicha tertulia? Las provisiones lo metieron en la cárcel de Castro del Río y las contribuciones en la de Sevilla. A los tres años aparece contra él un descubierto de 2.641 reales, y un juez de Sevilla ordena su encarcelamiento. «El verdadero culpable fué un tal Simón Freise de Lima que había sustraído dichos fondos». He preferido copiar esto que A. Herrero Miguel dice prologando una edición especial del «Quijote» que hablar por cuenta propia. Es todavía más expresiva la nota siguiente: «En cuanto a las órdenes de encarcelamiento de Cervantes, se fundaban en trámites burocráticos y no en hechos ciertamente delictivos, ya que después de su encarcelamiento volvía a ser nombrado para las mismas comisiones y cargos, y el propio Cervantes habla en sus escritos de la cárcel, sin asomo de amargura ni sonrojo». A la muerte de Felipe II, en todas las iglesias de España se celebraron solemnes actos religiosos. La pompa que revistieron los de la catedral de Sevilla, nunca más se ha vuelto a ver: Fué el pintor Pacheco el que dirigió la aparatosa puesta en escena. Lo mismo podía ser aquello un exponente de grandiosidad católica que un derroche de lujo pagano. Desde luego, Cristo no se halló presente en aquel teatral entierro, y estoy por decir que se apretó a la cruz y bajo los ojos. Penetra Cervantes en la basilica y junto al colosal túmulo, lee un soneto irónico, y hasta cáustico, considerado por él como el honor de sus escritos. Aunque pro-

dujo efecto, preferible hubiera sido emprender a latigazos a los mercaderes del templo, y acaso Cristo, desde la cruz, le diera las gracias.

## VII

Cierto, la vida de Cervantes es otra novela ejemplar. Leyendo a Cervantes acabamos por conocer su vida, la cual forma parte de sus obras y está escrita, en las mismas, entre líneas. ¿Qué móviles le indujeron a trasladarse (con Andrea, Constanza e Isabel) a Valladolid, de pronto Corte de España? Dos principales: la depuración definitiva de su proceso y su carrera literaria. La primera parte del «Quijote» no tardará en ver la luz. De la primera a la segunda habrán de pasar diez años, siendo menester que un «fresco» tome la delantera y la publique. De modo que esto hemos de agradecerle a Avellaneda; lamentando que otro vecino de cualquier parte, con la misma barra que el tal, no sacase una segunda parte falsa de «La Galatea», siempre y cuando Cervantes reaccionase como con el «Quijote». Entonces reinaba en España el piadoso Felipe III, mejor dicho, don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, quien a su vez se regía, por su antiguo paje, el intrigante Rodrigo Calderón, hecho de prisa conde de Oliva y marqués de Siete-Iglesias, con una bonita renta anual, pues el cuarto Austria tenía menos cacumen que su hermano el contrahecho Príncipe Carlos, ya difunto. Conocedor Felipe II de lo poco que de su hijo podía esperarse como rey, temía que no sirviendo para gobernar lo gobernasen. Si, su antiguo «écuyer» el duque de Lerma, y su confesor el P. Aliaga — cosa mala salida de Aragón, tierra noble —, y el patriarca de las Indias, y el alto personal palatino, y los juegos, y la caza. Tonto de remate, más que malos: sin voluntad propia. Después de su muerte, el mordaz Villamediana dijo que había expirado como Jesús, entre dos ladrones (el duque de Lerma y Rodrigo Calderón).

¿Se dice adiós, Madrid, que te quedas sin gente desde la decisión del duque de Lerma de convertir Valladolid en Corte de España? Madrid perdió entonces su categoría de capital, quedando casi reducido a la nada. Hasta Cervantes y sus familiares echaron detrás de la Corte. Llegan con sus penates a Valladolid y se instalan en la casa propiedad de un tal Juan de las Navas, en la que tanto de malo había de acaecerle a nuestro Ingenio. Esta reliquia histórica — cerca del desaparecido Hospital de la Resurrección — es hoy museo-biblioteca. Ocupaba la planta baja de la casa de una taberna, encima de la cual quedaba el aposento de Cervantes. Como de todo hay en la viña del Señor, en esta casa — parecida a la de tócame Roque — había desde lo decoroso y honesto hasta lo maligno y escandaloso. El cuarto frente al de Cervantes lo habitaban la viuda del cronista Ga-

ribay y sus dos hijos, uno de ellos sacerdote; después, la habitación de doña Juana Gaitán, viuda del poeta Láinez, protectora de unas jóvenes bastante agraciadas y un tanto llevadas en lenguas; la morada de doña Mariana Ramírez, de la que tan sordo se murmuraba por sus relaciones con don Diego de Miranda. Doña Catalina de Aguilera; doña María de Arganedo; doña Isabel de Ayala, que será Claudia de Astudillo y Quiñones cuando Miguel de Cervantes escriba «La Tía Fingida», y bien se le empleará por larga de lengua. Un hombre herido de gravedad da voces en la calle pidiendo auxilio. Acuden a socorrerle el humanitario Cervantes y el compasivo sacerdote don Luis de Garibay. Del navarro don Gaspar de Ezpeleta, paisano y amigo del marqués de Falces, se trata. En la misma calle de los Monteros vive. El caballero Ezpeleta acaba de llegar a Valladolid: son las gayas, sonadas fiestas en honor del recién nacido Felipe IV el Grande, de cuya reseña habrán encargado a nuestro don Miguel — si Góngora no miente —, y para tomar parte en los juegos a caballo ha venido. ¿Y para qué más sino para alterar la paz del matrimonio albán, no interrumpida hasta entonces? Todo hace creer que ha sido el escribano albán el que ha vencido en duelo a Ezpeleta. A los dos días muere en casa de la viuda de Garibay, rasgo de compasión originador de disgustos. Son reducidos a prisión todos los vecinos de la finca, «según aquel dichoso método de enjuiciar — ha escrito Aribau — que condenaba la compasión como un delito». Sacan ahora los trapos de la colada, lo cual corre a cargo de doña Isabel de Ayala, chismosa de suyo: dueña. No es Cervantes un hombre indigno que hace la vista gorda: tal cosa pugna con el carácter de Cervantes, por naturaleza caballero. Su hogar humilde pero honrado, no es lo que ha querido dar a entender la aviesa Isabel de Ayala en su declaración: poco menos que una casa de tapadillo. Esta mujer, esta víbora imputa a la hija de Cervantes ser la concubina de un cobrador de impuestos — ¡todavía el fisco! —, llamado Simón Méndez, de nacionalidad portuguesa. Por otro Simón, portugués estuvo preso Miguel de Cervantes... y aún colea. Isabel de Saavedra ha merecido de Méndez una prenda de vestir como regalo. En la casa reciben a ciertos empingorotados clientes de la taberna. Si, pero no en la habitación de doña Luisa de Montoya, viuda del cronista don Esteban de Garibay ni en la de don Miguel de Cervantes Saavedra, cuyas hermanas son dos viejas. El duque de Pastrana, el duque de Maqueda, el conde de Concentaina, cuervos duchos, se abaten a la carne joven. Por eso frecuentan la casa de doña Juana Gaitán y no la de Cervantes. Más doquiera que don Miguel esté y suceda algo malo, sabido es quien paga: él, no falla.

(Continuará)





**L** A seducción de la historia actual, que explica alguna de las obras más vigorosas del pensamiento científico, a menudo ha sido anulada a priori por los críticos.

Marc Bloch recuerda que uno de sus profesores liceales, «que era muy viejo, cuando yo era muy joven», opinaba: «Después de 1830, ya no es historia, sino política», y posiblemente, aunque no lo confiesen, esto impide a muchos historiadores interesarse en la vida del siglo que viven. Se exagera incluso el carácter provisorio de estudios basados en un material necesariamente parcial, pero se olvida de que es sobre ese tipo de «provisoriedad» que progresa la ciencia.

El tema que aborda este trabajo — el problema del Poder y el Estado durante la crisis española de la primera mitad del siglo XX — caracteriza en un grado superlativo lo que puntualizamos anteriormente.

En el caso de España las dificultades se incrementan por los hechos de su misma vida histórica. En estos años y en aquel país, han ocurrido hechos tan notables como los siguientes:

1) Una revolución político-social a lo largo de nueve años en pugna con una arraigada situación de statu quo;

2) durante casi tres años del proceso total, una guerra civil de una hondura única, al punto que puede calcularse que entre el 15 y el 20 por 100 de la población nacional ha muerto, ha sido herida, ha emigrado por razones políticas, o por lo mismo ha sufrido prisión, destierro y confiscación de bienes;

3) una evolución muy rápida en la ideología, usos y costumbres; evolución que aun terminada la guerra civil no se ha detenido.

Del punto de vista técnico de la investigación histórica — y esto lo comparten con España los países de su mismo tipo social y cultural — tenemos:

a) atraso de los estudios históricos nacionales, en especial sobre el período contemporáneo;

b) falta de trabajos monográficos sobre diversos temas básicos particulares;

c) falta de material estadístico y escasez de memorias, epistolarios y otras formas que demandan la estricta ortodoxa para elaborar una obra como la presente.

No es extraño entonces que, hasta la fecha, faltasen trabajos de conjunto que desbrozaran territorio tan rico y tantas sugerencias.

Estas páginas procuran historiar las concepciones del poder político y el Estado, cuya importancia histórica prueba su recepción en el

## PREFACIO DEL LIBRO

### «La crisis española del siglo XX»

mundo de la realidad social e institucional española del siglo actual.

Del material inmenso y, aunque parezca paradójico, a un tiempo escaso, se han buscado los textos originales y directos, establecer los hechos de acuerdo al testimonio de primeros actores, autores afines a cada una de las corrientes estudiadas, u observadores imparciales.

Finalmente, no he aventurado tesis generales, si no cuando hay coincidencia de testimonios de distinto origen, y lo prueban el análisis objetivo de los hechos conocidos.

Se dirá que éstos son los enunciados de la metodología histórica clásica, pero no es menos cierto que para quien la profesa cada libro de «historia aplicada» es un ejercicio de comprobación.

Digamos finalmente que si bien es cierto que el trabajo se inscribe en la historia de las ideas, se han manejado esquemas ya probados en la sociología, en la teoría del Estado, en la ciencia política y el derecho, que

«Pero ni Fabbri, ni los publicistas libertarios llegan a distinguir entre Gobierno y Estado, entre política y acción estatal, y lo que es más decisivo, entre poder estatal y poder político. La concepción de un poder político revolucionario no estatal, y por lo tanto no gubernativo no lo estudia la literatura anarquista».

(«La crisis española del siglo XX», página 255).

entendemos fecundos en manos del historiador.

Dispuse, entre noviembre de 1952 y abril de 1954, del tiempo necesario para este trabajo, gracias al concurso de la Beca Gallinal de investigación que en 1951 me asignara, en mi calidad de profesor, el Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo, y por otra parte el gobierno francés que, por intermedio del Ministerio de Asuntos Extranjeros, me honrara con la asignación de una beca de estudios.

Aunque se ha recurrido ampliamente — aparte de España — a la bibliografía de origen latinoamericano, y a los fondos de las bibliotecas italianas y del International Institut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam, no hubiera sido posible mi tarea en otra ciudad que París, no solamente por las razones políticas que resultan obviamente del tema, sino por las que derivan de su clima intelectual y de la colaboración múltiple y siempre valiosa de sus trabajadores intelectuales.

El ensayo fué presentado a la Facultad des Lettres de l'Université de Paris como tesis principal para el Doctorat de l'Université (Histoire-Sociologie), y preparado bajo la dirección del catedrático Pierre Renouvin. Deseo agradecerle nuevamente sus críticas y sugerencias, así como la confianza que depositara en el desconocido que emprendía obra tan considerable. Lo mismo de los profesores Ernst Labrousse y Georges Gurvitch, que integraron el jurado. Parte del material fué leído y discutido con los especialistas franceses en historia española contemporánea, profesores Pierre Vilor y René Lambert y el publicista Gastón Leval. A todos ellos mi reconocimiento.

He tenido oportunidad de tratar personalmente a buen número de los autores y personajes citados en la obra, y discutir con ellos muchos temas, recogiendo sus sugerencias, e incluso han tenido la gentileza de leer en forma crítica los capítulos del libro. Sin estos aportes no habríase jamás terminado este trabajo, y me resulta por tanto penoso no citarles cada uno de ellos; pero, si bien creo que para sus actores ha sido y es: tragedia, y todavía es prematuro citar reunidos a cincuenta españoles que actuaron entre 1930 y 1940.

Mis colegas y amigos uruguayos me han estimulado y han colaborado en la medida de sus fuerzas, especialmente en la preparación y presentación del trabajo. Sería injusto no citar en primer término, entre ellos, a Judith Dellepiane de Rama.

CARLOS M. RAMA



# MICROCULTURA

446. — Maca: señal que queda en la fruta por algún daño recibido.
447. — Macao es la colonia portuguesa en China.
448. — El diámetro del sol, se calcula que es de 1.392.000 kilómetros.
449. — La famosa novela «La Cabaña del Tío Tom» fué escrita por Harriet Beecher Stowe.
450. — El lugar que se conoce como «el techo del mundo», es el desierto de Gobi, en la Mongolia.
451. — El Titicaca (entre Perú y Bolivia), es el lago más alto del mundo, navegable para embarcaciones de vapor.
452. — Ecuador es el segundo país productor mundial de plátanos (bananas).
453. — En 1929 tuvo lugar la primera exhibición pública de la televisión en colores.
454. — La última edición castellana del libro de Spenser «El hombre contra el Estado», fué editada por «Yerba buena», Argentina, 1945.
455. — Los tres grandes troncos étnicos de la humanidad son: caucásico, negroide y mongólico.
456. — El Terates *Labiatus* es un insecto tropical que huele como las rosas, con lo cual atrae a las abejas y se las come.
457. — El río más largo de Alaska es el Yukón, con 1.979 millas de longitud.
458. — En 1911 los colonialistas italianos crearon el «imperio colonial de Tripolitania».
459. — Alfa del Centauro es, después del Sol, la estrella más cercana a la Tierra.
460. — En su tercer viaje, en 1498, Colón descubrió la isla de Trinidad.
461. — Chile es el país mayor productor de salitre o nitrato natural, en el mundo.
462. — El ibiyán es un ave nocturna argentina, de color pardo con mezcla de negro.
463. — La ópera «Pagliacci» fué compuesta por Ruggero Leoncavallo.
464. — La fórmula química de la aspirina es:  $\text{CH}_2\text{CO}_2\text{C}_6\text{H}_4\text{CO}_2\text{H}$ .
465. — Arles es la ciudad del sur de Francia donde pintó extensamente Van Cogh.
466. — Bariloche es el centro de veraneo argentino famoso en el mundo. Está enclavado en los Andes.
467. — La ciudad de Famagusta está en la convulsiónada isla de Chipre.
468. — Júpiter es el planeta que tiene once veces el tamaño de la Tierra.
469. — La ciudad de Vancouver se halla en la Columbia Británica en el oeste del Canadá.
470. — El pueblo que ha merecido el título de «los agricultores del mar» es el japonés, a quien se considera el pueblo que es más gran pescador del mundo.
471. — Antiguamente «escolástico» quería decir maestro de escuela.
472. — Los abencerrajes fueron una tribu mora, cuya rivalidad con los cegries, motivó la caída de Granada en poder de los cristianos.
473. — Pedro Simón Abril fué un gramático español, traductor de los clásicos griegos y latinos.
474. — Balaán fué, al decir del libraco llamado Biblia, «un profeta cuya burra, dotada milagrosamente de rabilidad, le increpó por su dureza contra los israelitas».
475. — Según Virgilio era Camila una «mujer que corría tan veloz que pasaba sobre las espigas sin doblarlas». A los poetas hay que leerlos y no analizarlos.
476. — Leviatán: un monstruo bíblico, relatado en el Libro de Job, cuyo nombre pasó a ser sinónimo de colosal.
477. — Madame Rolland fué una dama francesa apasionada por la literatura y las artes, autora de la famosa frase que pronunció al subir al cadalso: «¡Oh, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»
478. — Antonio Ulloa fué un famoso marino y sabio español del siglo XVIII, a quien se deben los primeros estudios de importancia sobre la América del Sur.
479. — Una espada es un arma y un «espada» es un torero. Desde luego, en una lidia taurina el animal más noble es el toro. El torero, un pobre diablo al servicio de la «verdadera bestia», el público.
480. — Gorgoritos: quiebros que se hacen con la garganta al cantar.
481. — El «expresionismo» es un movimiento artístico que aspira a expresar la esencia característica de las cosas.
482. — Boscán introdujo el soneto en España.
483. — Se llama oración copulativa aquella en que sus elementos están unidos por una conjunción o una negación.
484. — «El Dios Desnudo» se llama el último libro del escritor ex-comunista Howard Fast.
485. — La ciudad de Mayagüez está en la costa occidental de Puerto Rico.
486. — San Marcos, de Lima, fundada en 1551, es la universidad más antigua de América del Sur.
487. — Salvador Salazar Arrué, fué el pensador peruano que formuló la teoría del «pueblo-continente».
488. — El tulipán es la flor que ha dado celebridad a Holanda.
489. — Para 1975 se calcula que América Latina tendrá 275 millones de habitantes.
490. — La moneda de Andorra es la peseta.
491. — Se ha perfeccionado un martillo eléctrico portátil que da 1.600 golpes por minuto.
492. — Las ondas de radar son unas cien mil veces más largas que las de la luz.
493. — Un nuevo instrumento mide la temperatura de objetos muy calientes sin tocarlos.
494. — En el campo, el helicóptero se emplea para pulverizar y vaporizar los cultivos, para sembrar, fertilizar, y para control de insectos y enfermedades.

SUNO

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### Otoño

Octubre. Las hojas caen,  
cubren, cual manto, la tierra.  
El sol, cansado, entre nubes,  
como un disco opaco rueda.

El viento del norte silba.  
Volcada está una maceta.  
El parque solo. Las sillas  
Los árboles amarillos  
ya no cobijan niñeras  
plegadas en la glorieta.  
ni soldados, ni aquel viejo  
que soñó lejanas fiestas;  
sólo un perro vagabundo  
cruza por las callejuelas.  
El viento lleva en sus hondas  
dos campanadas inciertas.

J. ELBAILE

### L'automne

L'automne, le vent qui se balance,  
Transmet la plainte apeurée du gibier,  
Fait mourir les amours des vacances,  
Pendues sur les branches nues des gibets.  
Des sentiments étranges, foisonnent  
Dans nos cœurs, asile de nos charmes.  
La bise dans les jardins moissonne,  
Des fleurs échevelées, tout en larmes.  
La musique, partout, devient douce;  
De ses baigneurs, la plage s'est vidée,  
Les feuilles sont tomoées, toutes rousses  
Dans le bassin silencieux, ridé.  
L'automne, les nuits ne sont plus vertes,  
Le jour déjà, réduit sa randonnée,  
Dans mon corps, une plaie s'est ouverte:  
Le goût, la vie, semblent m'abandonner.  
Qui des beaux jours a expulsé ma vie,  
Qui dans l'été voulait rester baignée?  
Le nid s'est tu par le chasseur ravi.  
Le bois rouge, s'est éclairci, saigné.  
La pluie redouble, inonde les ornières,  
Près du fleuve, l'angoisse s'alourdit,  
Le vent rageur malmène la chaumière;  
En Automne, mon être s'engourdit.

R. ANTONIO

# ¡OBRERO!

Tú que te interesas por la historia de los trabajadores y de sus luchas, si quieres adquirir conocimientos sobre los hechos más sobresalientes ocurridos en España durante los últimos cincuenta años,

adquiere los tres volúmenes de



En ellos te enterarás de la obra revolucionaria llevada a cabo en España gracias a la victoria de la C.N.T.-F.A.I. contra el fascismo, del desarrollo de la guerra civil, de las incidencias políticas, errores, aciertos y desaciertos cometidos en el campo social, etc., etc.

LA OBRA MAS COMPLETA DE LA GUERRA Y DE LA  
REVOLUCION

MIL CIENTO OCHENTA PAGINAS DE TEXTO.  
NUMEROSOS GRABADOS

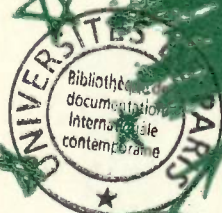
Precio:

En rústica ..... 22 NF  
Encuadrado en simili ..... 50 NF

Pedidos a nuestro Servicio de Librería

# CENIT

— sociología —  
— ciencia — literatura



## Sumario

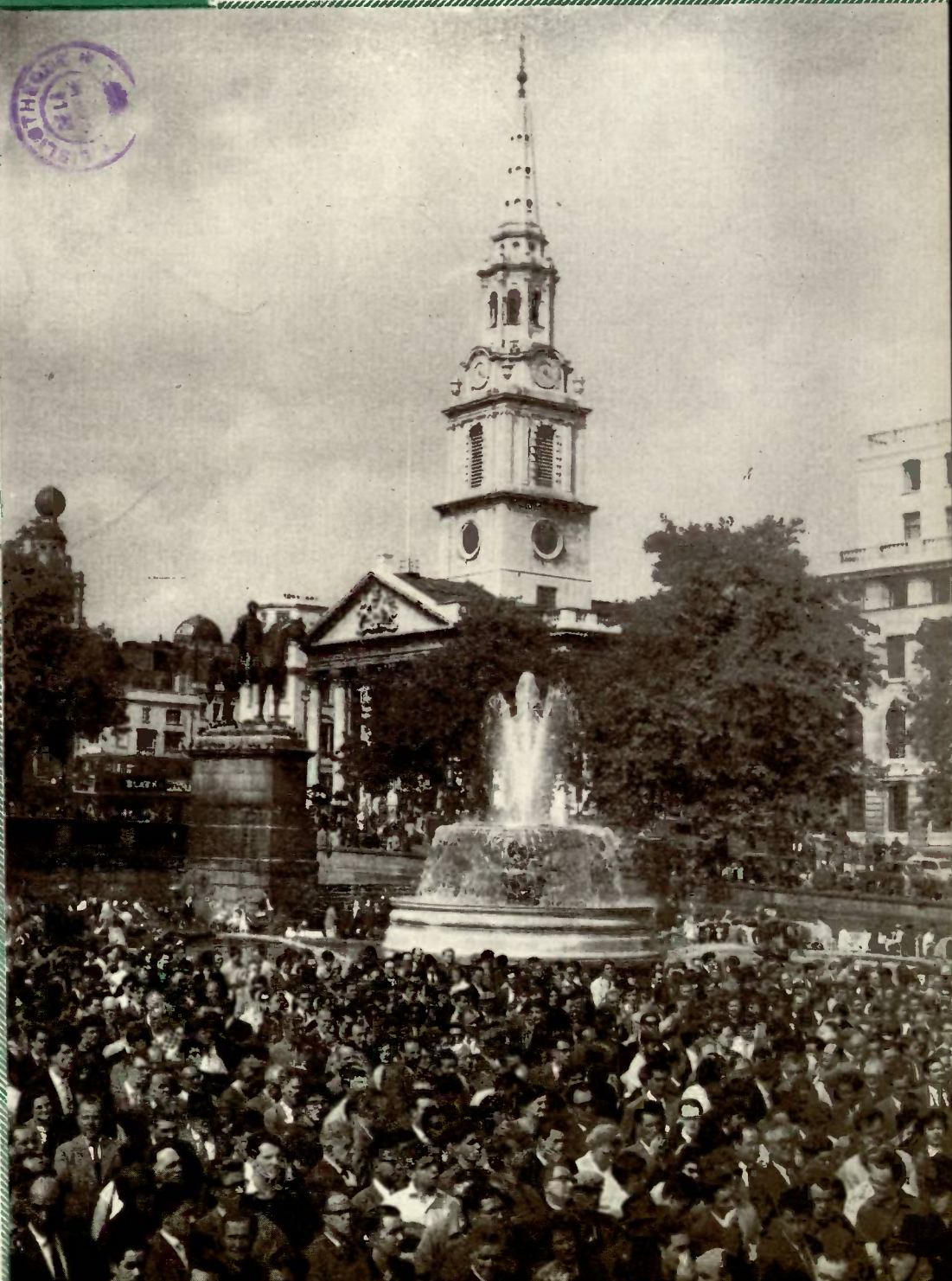
G. Esgleas: Valorizamos al Movimiento Libertario. — J. Schwartzman: Lucrecio, el teórico del contrato social. — G. Leval: Sobre poesía y otras cosas. — Feijoo: El hablador. — J. Peirats: Sobre nuestra neutralidad diplomática y otras garrambainas. — J. Ruiz: Ideas sobre educación. — F. Valera: Ante la tumba de Machado. — Dr. J. Lazarte: Superpoblación mundial y limitación eficiente. — F. Alaiz: Mi primer maestro: José Castellort. — P. Bravo: Hoja por hoja. — E. Relgis: Doce capitales. — C. Iscar: Alcohol, juego y otros vicios. — Angel Samblancat: Narcisismo del zapote. — M. Jiménez: Ateos de España. — Puyol: Cervantes escritor, soldado y mártir. — Denis: La reina. — H. Read: Anarquía y orden. — M. Celma y H. Plaja: La vida y los libros. — Suno: Microcultura.

# 118

OCTUBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



4 P 5523

## NUESTRA PORTADA

Es una imagen del mitin de protesta contra la visita oficial a Londres de Fernando Castiella, que, organizado por Spanish ex-Servicemens Association y la Spanish Democrat Defence Committee, tuvo lugar el 10 de Julio en Trafalgar Square.

Antes celebróse una manifestación por todo el centro de Londres, desde Marble Arch hasta la plaza célebre, con la bandera tricolor española izada junto a la inglesa, y con cientos de pancartas denunciando la tiranía franquista.

James Griffith abrió el acto denunciando la presencia en Londres del franquista Castiella; también denunció el pasado siniestro de este individuo y la relajación de moral de los gobiernos democráticos cuyo último signo es la invitación al ministro nazista.

Elwyn Jones, señaló que ayudar al pueblo español en su lucha por la libertad y la justicia es un deber de todo hombre.

Robert Edwards dijo que la libertad de los pueblos no se puede defender si empezamos traicionando a uno.

Estos tres oradores son diputados laboristas.

Después habló una mujer, Manuela Sykes, del Comité del Partido Liberal inglés, y cerró el acto el Dr. Donald Soper con un discurso que fué muy aplaudido.

Por la Asociación organizadora habló nuestro compañero Agustin Roa.

Los franquistas españoles tras destruir España y matar Un Millón de españoles en 1936, ayudaron al criminal Adolfo Hitler cuando éste destruía Londres y mataba a los londinenses con sus V1 y V2, de triste recuerdo.

Y, ciertamente, sabiendo esto y viendo a los franquistas como Castiella invitados de honor del gobierno inglés, obliga a decir que ni el nazismo podía llegar a más ni los ingleses a menos.

Por eso, CENIT se suma a la protesta de Trafalgar Square porque allí estaba representada toda la dignidad anglo-española.

**Cuando los tiranos parecen besar,  
ha llegado la hora de echarse a temblar.**

**SHAKESPEARE**

Otro que también hubiera estado en Trafalgar Square.

# CENIT

**REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



## REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Octubre 1960

N° 118

# Valoricemos al Movimiento Libertario

por Germinal ESGLEAS

Las corrientes ideales no nacen espontáneas. No surge tampoco por generación espontánea una Organización, un Movimiento. La evolución del pensamiento filosófico, ético, político y sociológico, la evolución científica, el desarrollo de las formas económicas, todo contribuye a posibilitar la formación de las nuevas corrientes ideales que tienen casi siempre un lento proceso de incubación.

El Movimiento Libertario no escapa a la regla. Se ha ido formando como una consecuencia de la evolución general de la conciencia libre humana.

Las teorías de Godwin, de Proudhon, de Reclus, de Kropotkin, de Grave, de Malatesta, de Mella, no habrían podido desarrollarse si antes una pléyade de pensadores y de hombres de ciencia no hubieran desbrozado el camino, hecho luz en los espíritus; si en el campo social, político y económico hondas transformaciones no se hubieran operado. La concepción anarquista se desarrolla porque el progreso humano la favorece.

Los anarquistas no podemos disociarnos de la Humanidad, vivir ajenos a sus luchas, encerrarnos en una torre de marfil. Los grandes problemas humanos, los problemas de nuestra época, deben preocuparnos hondamente a los anarquistas. Son también esos problemas nuestros problemas.

Nuestra doctrina tiene sentido práctico, sentido de realidad, como tiene contenido ideal. Nuestros pensadores más preclaros han buceado en el fondo de los sistemas éticos, políticos y religiosos, han estudiado profundamente los problemas económicos y sociales, han penetrado en la entraña de las teorías científicas más modernas, no por capricho ni por dilettantismo, sino con la noble preocupación de servir al pueblo, de ayudar a la humanidad, de defender la causa de la libertad y de la justicia, de la igualdad social, base y fundamento de toda civilización duradera.

La obra de un Platón, de un Aristóteles, de un Descartes, de un Newton, de un Espinosa, de un Kant, de un Guyau, de un Curie, de un Einstein, la de un Faraday, de un Fulton o de un Edison, para no citar otros, no es menospreciada por los anarquistas. Arte, Ciencia, Filosofía, valen para el desarrollo de la anarquía. No sería propio hacerles impermeables a nuestras ideas. Se

trata de saturarles de nuestra savia ideal. La corriente revolucionaria anarquista, presionará tanto más en el cuerpo social cuanto mayor sea el impulso de la mentalidad libertaria inspiradora.

Entre los trabajadores españoles la idea anarquista ha prendido grandemente. La lógica del razonamiento en materia social, la claridad de sus luces, ha hecho que asimilaran el espíritu de la concepción sociológica más avanzada. Antes que Bakunin y que Fanelli, probablemente, muchos obreros, en España, habían intuido la concepción anarquista. Pero los Ricardo Mella, los Fernando Tarrida, los Farga Pellicer, los Anselmo Lorenzo, los Llumas, los Urales, han contribuido a propagar y a abrir camino a la anarquía en España de una manera vigorosa, y a veces con mayor eficacia e influencia moral que las propias asociaciones obreras.

No debe existir en el campo anarquista el desprecio a la inteligencia. La inteligencia, inspirada de ética anarquista, contribuye a la emancipación humana. No han de crearse las banderías de intelectuales y de manuales, de teóricos y de hombres de acción. Eso sería hacer demagogia dentro del propio Movimiento. Preclaros teóricos han demostrado ser excelentes hombres de acción. Hombres de acción, han demostrado ser pensadores excelentes. El radicalismo de la acción es absolutamente negativo, degenera en autoritarismo cuando no hay una clara idea que lo ilumina.

Nuestro Movimiento debe preocuparse de sentar un principio: el de ayudarse a sí mismo, el de valorizar como Movimiento genuinamente anarquista vinculado a la especie en el esfuerzo general progresivo que la Humanidad en su conjunto realiza para alcanzar superiores formas de vida.

A la luz del Ideal, a través de la obra cotidiana, nuestra propia acción debe darnos fe, en nuestra propia fuerza. Esta fuerza ha de tener un valor ético. Los anarquistas no debemos emplear nuestra fuerza al servicio de ninguna causa contraria o antagónica a nuestras propias aspiraciones, justas.

Nuestra Organización, nuestro Movimiento — el Movimiento Libertario, síntesis anarquista responsabilizada — es distinto y opuesto a todo partido político bur-



gués u obrero que defienda las instituciones autoritarias, no importa su nombre, o que les apoye directa o indirectamente.

La eficacia de la actuación libertaria se demostrará en la medida que nuestro Movimiento sepa crear las condiciones favorables para que esta distinción resalte con real limpieza en el terreno de los hechos, ensanchando cada día mayormente su base y sus posibilidades propias.

Nuestra fuerza está en nuestros principios y en las cualidades éticas de nuestro propio Ideal. Nuestra fuerza está en nosotros mismos actuando con la energía y convicción que caracteriza al luchador inspirado de una gran idea. El único remedio al decaimiento, al vencimiento intimo es que ese manantial puro de la idea no se seque jamás dentro de nosotros.

Nuestro Movimiento corre graves riesgos. El peor sería el de que viera un día desnaturalizada su esencia por falta de consciencia anarquista. Nuestro sentido ético no ha de perderse ni ha de ser anarquista. El deseo de realización práctica de nuestro ideal ha de manifestarse con consciencia y voluntad anarquistas.

**E**S necesario tener de nuestro Movimiento una concepción amplia y elevada. El Movimiento Libertario no puede encerrarse en una mentalidad de caverna ni en el infantilismo de las peñas amigables o de las pipas curalotodo. Nuestro Movimiento, el Movimiento Libertario Español en plena madurez, con objetivos concretos, con claridad de conducta quiere influir e influir, como vanguardia social, en la vida del pueblo español al mismo tiempo que contribuye al desarrollo internacional de la corriente anarquista en el mundo. Esto entraña una gran responsabilidad. Pone a prueba las capacidades del anarquismo militante en todos los terrenos.

Sepamos, como Movimiento Libertario y como militantes anarquistas, demostrar que somos dignos de la obra que nos proponemos realizar de acuerdo con nuestras fundamentales aspiraciones y teniendo presentes las realidades de la hora y las del propio pueblo español.

### REFLEXIONES

La verdad es que para entender la libertad y su historia, es menester depurar todas las falacias materialistas y concebir la libertad como una necesidad y disposición espiritual y moral; y con la libertad, entender en su pureza la fuerza de la filosofía, y de la poesía y de todas las otras formas que Marx, en su grosería materialista, desconocía y bebaba.

BENEDETTO CROCE

## Lucrecio el teórico

**M**IRABA Lucrecio las legiones en marcha desaparecer entre el polvo. Pompeyo iba hacia otra nueva guerra.

Aburrido entró en su imponente mansión y se sentó para completar su dedicación a Memio. Así que aquéllo era el fin, el fin de todos los sueños y esperanzas hacia el futuro. Quien había buscado ofrecer libertad al mundo, ahora se retiraba de él. Sólo su poema quedaría: *apasionada defensa del racionalismo*.

Terminó de escribir y lentamente vació el filtro en la copa. Los patricios (su propia clase) contentos, lo encontrarían al día siguiente. «Era ya tiempo. ¡El día de mañana se volvía peligroso!

Cuánto detestaba sus estériles vidas y su constante ansia de dominar a las hordas plebeyas. «Mejor es conformarse en paz, escribió, que gobernar al mundo con un poder real».

¡Cuán insignificantes eran en el infinito del universo! Era el hombre sólo un diminuto fragmento evolucionando un poco y para siempre desapareciendo al vivir un segundo de eternidad. Sólo los átomos eran permanentes, de lo que todo estaba compuesto.

Fue para estudiar los ritmos naturales y ayudado por su amigo Memio que Lucrecio empezó *De Rerum Natura* (De la Naturaleza de las cosas). Diría al mundo «enfermo» la causa y la cura de sus males. «El hombre que comprende esto, escribió, dejará sus negocios de lado y antes que nada tratará de comprender la naturaleza de las cosas». ¡La fe de un racionalista!

¡Cuán urgente era que el hombre se conociera a sí mismo! Aquellas constantes guerras ponían un fin a la otrora potente república romana. Por todas partes había miseria. En Roma el brutal Pompeyo intrigaba con los políticos y, en las Galias, el cínico César sacrificaba a poblaciones indefensas ¡mientras escribía sus memorias! Se suponía que habría una guerra civil entre estos dos para decidir quién gobernaría al todopoderoso estado romano. El ciudadano diluido en conversaciones de «seguridad y libertad» nada tenía; habíase vuelto el instrumento del estado, quien tenía varios medios para mantenerlo ocupado y aplacar su descontento con un programa de «pan y vino» (panem et circenses).

Buen tiempo era cuando el hombre prehistórico vivía su ruda e independiente vida. «Aún no sabían trabajar las cosas con el fuego sin emplear pieles para abrigarse: pero habitaban en los bosques, selvas y cavernas montañosas, escondiendo sus robustos cuerpos en las oscuridades selváticas. No miraban el bien masivo, pues desconocían el gobernarse por la costumbre y la ley».

Al menos una cosa era cierta en aquellos primitivos tiempos. «...Ningún día enviaban a la destrucción a miles de hombres en los campos de batalla; ni barcos ni marinos se estrellaban contra la costa por las turbulentas aguas del mar... En aquellos días morían muchos desvanecidos por falta de alimento y ahora hay abundancia».

Entonces vino la civilización. «Cuando consiguieron cañas, pieles y fuego, y las leyes del himeneo fueron conocidas, percibiendo una nueva primavera en ellos, entonces la raza humana creció enclenque».

Y así vino el miedo, la lucha entre todos. En la defensa propia formaban, sin embargo, una masa social.



# del contrato social

«Los vecinos empezaron con avidez a apoyarse para evitar el daño, el sufrimiento y la violencia, pidiendo protección para sus niños y mujeres, significando por la voz y con el gesto de la lengua que era justo ayudarse del débil... Una buena parte, casi la mayoría se mantuvo incontaminada, pues de lo contrario la raza entera hubiese sido enteramente destruida».

Y así se originó la sociedad. No se tenía la intención de subyugar la unidad al todo, sino más bien de formar una coalición para proteger los derechos individuales.

Pero al querer saber Memio cómo se originó el estado Lucrecio respondió: «Empezaron los reyes a fundar ciudades y ciudadelas que para ellos significaban un baluarte y un refugio, parcelando rebaños y campos a cada hombre por su belleza, vigor o ánimo». Así el libre campesino de la Roma de antaño fué absorbido por los latifundia, los grandes dominios, y la miseria y las guerras cayeron sobre el país.

«Rodeados ahora en sus torres podrían vivir su vida mientras todo el país estaba parcelado y marcado; el mar parecía alegre con las volantes velas de los barcos, nuevos tratados se firmaban y habían auxiliares y aliados... Por lo tanto, la raza humana devino para siempre estéril y vana, malgastada su vida con sus perzozos cuidados, porque, estemos seguros, no se aprendió cuáles eran los límites de la posesión y cuanto puede aumentar el placer. Así, poco a poco, avanzó la vida a un «alto plano», surgiendo de las más bajas profundidades al terrible oleaje de las guerras».

Sólo con un retorno a la individualidad humana podría abolirse al estado, lo que podría hacerse en estos dos aspectos.

Primero, comprendiendo los ritmos naturales, deshechando la rigidez del dogma. «Enseño sobre grandes cosas y me apresuro a liberar la mente del velo religioso... Se inclinan al padecimiento terreno, por su ignorancia de las verdaderas causas, viéndose obligados a ligar las cosas en la ordenanza de los dioses».

Segundo, hay que buscar al placer, sola medida de los deseos humanos. Todo placer es naturalmente simple. Los excesos no son placenteros. «¡Miserables mentes humanas y corazones ciegos! ¡En qué oscuridad de vida y en qué peligros pasáis este corto lapso de vida! Pensar que no podéis ver que la naturaleza grita por todos sus poros para que el sufrimiento sea desterrado del cuerpo, y que alejados del miedo y del terror ¡se goce mentalmente el sentido del placer!»

Amargamente miró Lucrecio hacia afuera. ¿Qué contentan sus palabras al considerársele loco y a los otros sanos?

Vió la imagen de la Roma venidera: a un todopoderoso imperio, destructor de todas las libertades, aunqu' enviase expediciones militares para proteger la «democracia» en el mundo; finalmente su ocaso y muerte. Su poema recalca sombríamente la desaparición de aquella civilización.

Entonces ¿para qué vivir? «No es en verdad prolongando la vida que añadiremos algo substrayendo el tiempo de morir, ni restándole un poco estaremos menos muertos».

Y sonriendo, Lucrecio se acercó la copa a los labios.

JACK SCHWARTZMAN

(Trad. V. Muñoz.)

## REFLEXIONES

Los sofismas no pueden embotar el espíritu de reciproca ayuda de los hombres, porque este sentimiento se ha desarrollado en el transcurso de millares de años de existencia social consciente que cuenta la humanidad, y de los centenares de miles de existencia social prehistórica.

KROPOTKIN

## Vida de CENIT

Un republicano .....	1 —
Antonio Valentin .....	3 80
A. Gainzarain, Jegun .....	3 —
Mixe Mateo, Allen Park, Mich. USA. ....	121 25
Local 52 de SIA (USA) .....	37 —
A. Fernández, Sonora, USA .....	16 —
Amigos prensa, Canton Ohio .....	60 —
Melich, Castres (Tarn) .....	10 —
F. L., La Rochelle .....	25 50
Domingo, de Tours .....	5 —
F. L. de Riom (P. de D.) .....	
(S. Lista):	
Juan Rueda .....	5 —
José Casas .....	5 —
Juan Campos .....	5 —
Juan Alarcon .....	5 —
Ramón .....	5 —
F. Ridao, Vacarville, USA. .	50 —
Núcleo de Venezuela .....	167 75
F. L., de Niza (A. Maritimos)	117 —
F. L. de Cherbourg .....	25 —
Ygriaz, de Tarbes .....	5 —
J. Pons, de Melun .....	10 —
C. de Relaciones en Maroc	246 50
Muñoz, de Montluçon ....	3 —
A. Varas, de Saulce .....	4 50
F. L., de Agen .....	47 40
G. Cándido, de Montaubán ..	10 —
F. L., de Nimes .....	50 —
C. de Rel. Zona Norte ....	65 —
F. L., Ganges (omisión) ....	1 60
F. L. de Maureilhan .....	77 —
F. L. de Montauban .....	14 —
C. de Rel. en Marruecos ..	190 —
F. L. de Meyreuil .....	51 —
F. L. de Marsella .....	18 —
F. L. de Riom .....	25 —
Guerrero, Choisy-le-Roi ....	2 90
Total .....	1.488 30

Bien sé que hay buena y mala poesía. También hay buena y mala prosa. En todas las disciplinas intelectuales, en todas las creaciones del espíritu, existen valores auténticos, y falsos valores. Mucha gente escribe sobre sociología, que nada realmente interesante, original o propio expone. ¿Habremos de abominar a la sociología? Muchos son los que escriben para defender o propagar el anarquismo que han dicho o dicen al respecto las peores barrabasadas. ¿Habremos de rechazar al anarquismo? Yo puedo coger una cacerola, golpearla con un palo, y pretender que hago música. ¿Será motivo para que, sensatamente, quien me oiga condene las sinfonías de Beethoven, las fugas de Bach o la muerte de Isolda?

No basta superponer dos frases de doce sílabas cada una y terminando con idénticas sílabas para hacer poesía. Si yo escribo:

*Al llegar a casa me comí un huevo,  
por esto estrené un tenedor nuevo,  
he ofendido a las musas. No confundamos  
damos versificación con poesía.*

En el arte de rimar, que debe ser adorno, técnica embellecedora de la expresión poética, muchos dan gato por liebre haciéndose pasar versificación por inspiración. Pero la inspiración no tiene la culpa, ni los poetas de que haya poetastros, ni Kropotkin, ni Bakunin, de que cualquier atrevido proclame que la anarquía es la vida social sin método, sin orden, sin acuerdos que deban cumplirse.

La poesía existe en todas partes, en prosa y en verso, sin prosa y sin verso incluso. Hay poesía en la risa de un niño, en el beso de una novia, en la hermosura de una mujer, en la aurora y en la puesta de sol, en una cima nevada y en montes ásperos, en un vuelo de ave, en la lucha de los hombres para la lucha por la libertad. ¡Y en cuantas cosas más! La poesía es belleza y expresión de belleza, material o moral, sentimental y física.

Si tantos hombres, si tantas mujeres aman la poesía, es porque hay en ellos inclinación hacia esa belleza, porque existe en ellos una delicadeza de alma, un refinamiento humano o un esfuerzo hacia este refinamiento que les enaltece.

El pueblo español es al respecto un ejemplo. El pueblo campesino sobre todo. Toda la sabiduría popular expresada está en el Refranero, expresada en versos, siempre. ¿Por qué? Porque los versos añaden belleza a la expresión del pensamiento. Y los del refranero nunca son vulgares:

*Genio y figura  
Hasta la sepultura.  
A Dios rogando  
Y con el mazo dando.*

Claro, esto no es poesía pura, como lo son los poemas de Juan Ramón Ji-

## Sobre poesía y ~~versificación~~ otras cosas

*Y es que en este mundo traidor  
Nada es verdad ni mentira,  
Todo es según el color  
Del cristal con que se mira.*

CAMPOAMOR

ménez. Son preceptos expresados en versos, condensación de experiencia y meditación, pero donde lo más noble, lo más puro, lo que ha conservado su pristina pureza, se expresa. No carece de significado el que en casi todos los idiomas, la literatura haya empezado en verso, nada carentes de poesía, o por lo menos repletos de gracia.

Ni que a medida que la civilización de hierro, que mecaniza el alma de los hombres, la civilización mercantil, que la anula, el amor a la poesía vaya desapareciendo. Fijémonos en cualquier festival nuestro, cuando un rapsoda, una declamadora, dicen poesías hermosas, y veremos el alma de la mayor parte de los espectadores asomar a sus ojos. Pero serán sobre todo los campesinos de las regiones españolas donde más sentido humano, de sociabilidad, de bondad, de hospitalidad se ha conservado.

La poesía popular española no se expresa solamente en el Refranero. Se expresa en coplas, jotas, cantos regionales de todas clases. Pensamiento, donaire, amor, gracia, ironía, belleza pura, todo se encuentra en ella. Y la mayor parte de las veces, con una síntesis, un donaire, una profundidad, admirables dentro de la brevedad. No puede expresarse con mayor brevedad, exactitud y finura, la psicología honda de dos tipos fundamentales de mujeres de lo que lo hacen los siguientes versos:

*Si no me quieres, te mato,  
Dicen unos ojos negros,  
Y dicen unos azules:  
Si no me quieres, me muero.*

Esas coplas, esos cantos, han brotado a millares y millares del corazón, del alma, de los labios de los campesinos españoles. Y no son los campesinos franceses, hoscos, individualistas y duros la mayor parte de

las veces, que se conmoverán ante una poesía.

Esto dicho, sin pasar la mano por el lomo a los españoles. Que bien se sabe la franqueza, a veces poco diplomática con que acostumbro expresarme.

De acuerdo con que mejor es escuchar la música sin palabras. La música es más que la poesía, y la poesía, cuanto más musical, más bella es. Tampoco a mí me gustan las historias verbales que se mezclan a la música, y demasiadas veces la profanan. No sé quien ha dicho que todas las artes se elevan a la música, se resuelven en música. Pero esto no invalida lo que de bello hay en un poema de Rosalía de Castro, de Maragall, de Chamizo, de Gabriel y Galán.

No sólo hay rimadores que creen ser poetas porque escriben cencerro debajo de becerro, pero incluso hombres de talento, escritores afamados han sido buenos versificadores y malos poetas. Verbigracia. Voltaire tan admirable en prosa, que escribió tantos poemas, y tragedias, donde falta la música del alma y la presencia, la enjundia de los sentimientos. Pero cuando apostrofa, lo hace magníficamente. Y cuando satiriza, también. Pruébalo este epigrama contra un literato y gramático de su época al que atacó tal vez un poco excesivamente:

*Un jour, au détour d'un vallon  
Un serpent mordit Jean Fréron.  
Que pensez-vous qu'il arriva?  
Ce fut le serpent qui creva.*

No hay aquí poesía verdadera. Pero se vuelve a encontrar la síntesis y la gracia que tantas veces se advierte en la prosa versificada. Pero para que ésta tenga un valor, es preciso que lo tengan los autores.

Otro ejemplo de falsa poesía, es Campoamor, que fué más un filósofo versificador, muy talentoso, que un poeta. El famoso Tren Expreso me parece una letanía más aburrida que un viaje en un tren carreta. Pero estos cinco versos de Espronceda:

*Hojas del árbol caídas  
Juguetes del viento son;  
Las ilusiones perdidas,  
¡Ay!, son hojas desprendidas  
Del árbol del corazón,*

son un monumento de análisis psicológico, de belleza imaginativa y de expresión de dolor.

Puede decirse que este tono plañidero del romanticismo es ridículo. Pero se encuentra lo mismo en verso que en prosa, y la música de Chopin es en su mayor parte nostálgica y melancólica, como lo es mucha música de Beethoven. La expresión del dolor, en todas sus formas, ha inspirado e inspirará siempre a los artistas. Y conste que no soy de los que cantan el dolor: demasiado lo

DE ACTUALIDAD

# EL HABLADOR

**L**OS habladores son unos tiranos odiosísimos de los corrillos. En mi opinión, que concede cierta especie limitada de racionalidad a los más brutos, el hablar es un bien aún más primitivo del hombre que el discurrir. El que quiere ser oído, y no escuchar a nadie, usurpa a los demás el uso de una prerrogativa propia de su ser. ¿Qué fruto sacará, pues, de su torrente de palabras? No más que enfadar a los circunstantes; los cuales después se desquitan de lo que callaron, hablando con irrisión y desprecio de él. No hay tiempo más perdido que el que se consume en oír habladores. Esta es una gente que carece de reflexión; pues, a tenerla, se contendrían por no hacerse contentibles. Si carecen de reflexión, luego también de juicio. Y quien carece de juicio ¿cómo puede jamás hablar con acierto, ni qué provecho resultará a los oyentes de lo que habla un desatinado, exceptuando el ejercicio de la paciencia? Así, a todos los habladores se puede aplicar lo que Teócrito decía de la verbosa afluencia de Anaxímedes: que en ella contemplaba un caudaloso río de palabras, y una gota sola de entendimiento.

Los flujos de lengua son unos porfiados vómitos del alma; erupciones de un espíritu mal complexionado, que arroja, antes de digerirlas, las especies que recibe. Suenan a valentía en explicarse, siendo en realidad falta de fuerza para contenerse. Yo capitularia esta dolencia, dándole el nombre de relajación de la facultad racional. Otro dirá acaso que no es eso, sino que las especies se vierten porque no caben, a causa de su corta capacidad en el vaso destinado para su depósito.

Nadie se fie en que a los principios es oído con gusto. Este es un aire favorable para soltar las velas de la locuacidad. Aire favorable, sí; pero, por lo común, de poca duración. La conversación es pasto del alma; pero el alma tiene el gusto, o tan vario, o tan delicado, o tan fastidioso como el cuerpo. El manjar más noble, muy continuado le da saciedad y tedio. Así, el mismo que por un rato gana con su locuela la captación de los oyentes, si se alarga mucho incurre en su displicencia y aun pierde su atención. Las estrellas que se deben observar para engolfarse mucho o poco en los asuntos de conversación, permitir las velas a viento, o recogerlas, son los ojos de los circunstantes. Su halagüeña serenidad o ceñuda turbación avisarán de la indemnidad o riesgo que hay en alargar un poco más el curso.

Mas aun esta observación es engañosa en las personas de especial autoridad. Los dependientes, no sólo adulan con la lengua, sino también con los ojos. ¿Qué digo con los ojos? Con todos los miembros mienten, porque de todos se sirven para explicar con ciertos movimientos plausivos, con ciertos ademanes misteriosos, la complacencia y admiración con que escuchan al poderoso, de quien pende en algo su fortuna. A éste, entretanto, se le cae la baba y la verba. Vierte en el corrillo cuanto se le ocurre bueno o malo, persuadido de que ni Apolo ni Delfos fué oído con atención más respetuosa. ¡Ay miserable y qué engañado vive! A todos cansa, a todos enfada, y lo peor es que todos, a vueltas de espaldas se recobran de aquel casi forzado tributo de adulación con alternadas irrisiones de su necedad. Créanme los poderosos que esto pasa así, y créanme también que el poder al que es necio le hace más necio; al que discreto, si no lo es en supremo grado, le quita mucho de lo que tiene de entendido.

FEIJOO (muerto en 1760)

conozco para saber que no es recomendable.

En el fondo, cuando se reacciona contra la mala poesía, contra el snobismo que en ella se encuentra, contra el fingimiento de amor a la poesía que se advierte a veces en ciertos hombres, y en ciertas mujeres que parecen pasmarse ante los malos versos, y no son capaces de mirar una rosa ni amar a un niño, estoy de acuerdo. Pero no es culpa de la poesía.

Incluso creo que ya es algo fingir que se ama la poesía. Ya es esforzarse, o tener el pudor de no ostentar insensibilidad ante la belleza. Es

un pequeño paso. A veces, los otros vienen después.

Para terminar, voy a contar una anécdota que probará, según creo, que incluso cuando no son poesía pura los versos tienen superioridad sobre la prosa si el autor tiene talento.

Cuando Bretón de los Herreros vivía en Madrid, tenía por vecino a un médico llamado Mata. El poeta recibía muchos visitantes, que muy a menudo se equivocaban de puerta, y molestaban al galeno, doblemente furioso al ver que los que llamaban «no eran clientes».

Furioso de tanto molestar, el

hombre colgó en su puerta un cartelito en el que escribió los versos siguientes:

*En aquesta habitación  
No vive ningún Bretón.*

Salió de su casa el poeta, y vió el letrero. Ni corto ni perezoso, escribió enseguida y colgó otro que decía:

*Existe en esta ciudad  
Cierta médico-poeta,  
Que al pie de cada receta  
Pone « Mata »... ¡y es verdad!*

Tal es la diferencia no sólo entre buenos y malos poetas, sino entre buenos y malos versos.

Gastón LEVAL

**E**S corriente encajar amonestaciones concebidas de esta guisa: Ustedes, los españoles desterrados, no fueron vencidos en 1939 sino en 1914 y aun antes. Hay una evolución política de los tiempos que no perdona al rezagado. La política exterior de ustedes, su diplomacia neutralista, les ha perdido. Hubo siempre en Europa occidental, sobrepuerto a los egoísmos nacionales, un espíritu de equipo o una realización de bloque. Ustedes, los españoles, dieron siempre la espalda a Europa sin que se pueda decir que tiran verdaderamente al África. Y, sin embargo, no pueden zafarse de esta suprema realidad que comprendieron, sin embargo, sus hermanos portugueses: la geografía les situó en Occidente, en el más extremo Occidente. Forman parte del grupo de intereses que encabezan Inglaterra y Francia, están atados a su política, y por un Gibraltar más o menos, o por una pica más o menos en el Mogreb, no debieran haber quedado al margen de esta Santa Alianza. En 1914, su neutralidad ante el conflicto les abrió un paraíso. Pero vean cuán transitorio. Su oportunismo les permitió sanear su tesoro público y privado. El comercio exterior de España aumentó de un millón de millones, y las reservas en oro del Banco de España subieron de poco más de quinientos millones a más de dos mil millones. Y, sin embargo, en 1936, todas estas reservas se les fueron barranco abajo, por el que va de Cartagena a Odesa. La No Intervención de sus antiguos agraviados hizo posible esa justicia inmanente. En una palabra, su política de neutralidad tradicional les ha sido funesta. Contemplaron como espectadores la primera guerra mundial, y más que cruzarse de brazos explotaron como vulgares mercaderes a los que se desangraban, también por ustedes. En 1931 tuvieron gran oportunidad de rehacer el entuerto, y lejos de enmendarlo persistieron sosteniéndolo en la nueva carta constitucional. Y en 1936, las potencias que ustedes habían abandonado a su suerte en un momento crítico para la historia de la Humanidad, les devolvieron la oración por pasiva. La No Intervención no significa otra cosa. Y la No Intervención les hundió y continúa hundiéndoles. O peor, les hundió a ustedes su extrañamiento en Europa, su provincianismo, su espíritu solariego, su orgullo, su soberbia de hidalgo pobre, roto y hambriento.

**H**E aquí, pues, una teórica muy extendida. Los españoles sin tierra estaríamos purgando, más que una deuda de guerra, el desacato a las leyes de la Historia. Las duras capitulaciones del vencedor en la guerra civil serían un pálido reflejo de otras capitulaciones más hondas, más ceñidas a las constantes de la evolución de los negocios públicos internacionales. El mundo moderno, al parecer, tiende, por leyes íntimas de fácil detección, a rebasar los moldes estancos afinados por los primeros balbucesos del nacionalismo. Este nacionalismo, por lo que se refiere a su atrincheramiento en los fortines y aduanas fronterizas, habría resuelto su papeleta supranacionalista de acuerdo con un realismo amargo y trabajoso, pero de eclosión benéfica.

Este sutil argumento sobre el pecado original de la España sin tierra se amplía a la actitud oficial de nuestros gobiernos en épocas más o menos remotas. A saber: España provocó de cierta manera el primer estallido europeo serio de la serie de estallidos todavía sin solución de continuidad. Se refieren al conflicto franco-prusiano de 1870. Y España (la guerra civil española) ha-

## Sobre nuestra neutralidad diplomática

bria precipitado el de 1939. En cuanto al de 1914 existe la consideración peregrina de que habiendo quedado voluntariamente al margen de las verdades, nos atuvimos a las maduras.

**N**UESTRO ventajismo ha sido muy particularmente explotado en conexión con la «unión sagrada» planteada en 1914-18. Se nos sigue reprochando que entonces, mientras los adalides de la «civilización occidental» andaban a dentelladas contra el «bárbaro teutónico» nosotros sentamos plaza en el lucrativo cuerpo de Intendencia. Fuimos, pues, «croquemorts» de aquella gran carnicería. Nuestra neutralidad se habría sustanciado en un comodín lucrativo.

En 1931 cayó aparatosamente el símbolo de aquella política de introversión oportunista. España se proclamó República y estrenó una constitución flamante que rompía pomposamente con la guerra como instrumento de política internacional. Y con el pecado de 1931, esta vez imperdonable, llevamos la penitencia de la desasistencia internacional y ésta el justo pago a nuestro oportunismo diplomático en achaques de alianzas secretas.

Pero veamos más de cerca todo esto. Considerar a España (la de Prim) como «pressebouton» de la guerra francoprusiana resulta tan aventurado como echar a cuestras del magnicidio de Sarajevo la primera explosión mundial. Con o sin el estropicio inconsciente del conde de Reus, con o sin el magnicidio de Sarajevo, las explosiones que se les remiten se hubiesen producido inevitablemente. La atmósfera estaba cargada de electricidad y se pedía a gritos el chispazo, cualquier clase de chispazo, como agua de mayo.

Por todo lo que llevamos de siglo, por no remontarnos más atrás es patente el cambio de norte de la intelectualidad española digna de este nombre. Y no pocos

# ESTO

«El liberal español unia al defecto común a todos los liberales del mundo, a saber una ceguera de colores, que sólo le permitía ver el antiliberalismo negro, pero no el rojo, la vieja tradición anticlerical, que, como tantas veces se ha dicho, era más que un sentimiento, un tópico; pero capaz de todas las concesiones y debilidades. El liberal anticlerical era frecuentemente en su vida privada perfectamente ortodoxo. Una vez hice yo una estadística de los hombres que llevaban al cuello medallas religiosas (a favor de la indiscreción que es posible en una consulta médica) y comprobé que los portadores de medallas eran en su mayoría hombres afiliados a partidos burgueses de la izquierda. Publiqué estos datos en una re-

## y otras garrambainas

hombres públicos, espuma de nuestra grave crisis imperial, se han pronunciado por la panacea de la europeización. Nuestros próceres liberales del siglo pasado, el ariete de Graus en primer término, predicaron con ciencia y paciencia de carmelitas descalzas, el dogma de la europeización.

**P**ERO por supuesto no es la europeización lisa y llana lo que se nos echa de menos. Pues bien, ante la primera guerra mundial, quienes podían decidir en España desde el gobierno, desde el Parlamento, desde los partidos, desde la tribuna y desde los institutos armados (y desde Palacio) de nuestra intervención o de nuestra neutralidad, se neutralizaron. Y se neutralizaron más bien como belicosos que como pacifistas. Lo eran, bien entendido, por sus simpatías respectivas por uno de los dos campos. Los liberales, una pequeña parte del clero y una minoría de los cuadros subalternos del ejército eran francófilos «enragés»; eran germanófilos a machamartillo los conservadores, el alto clero y el grueso del ejército, muy especialmente los altos mandos. El resultado de este equilibrio de fuerzas fué nuestra neutralidad. Hemos hecho resaltar la actitud germanófila de la inmensa mayoría de los componentes de nuestro ejército porque habría mucho que hablar si la neutralidad de España lesionó los intereses militares del bando triunfante o la benefició. Y habría que hablar sobre si nuestro rango de intendentes del Alto Mando aliado no fué lo que éste deseaba precisamente. Según la opinión de un publicista aliadófilo y hasta intervencionista (Amadeo Hurtado) España fué neutral mitad por lo que queda escrito más arriba y mitad porque Francia e Inglaterra preferían una España neutral que

## DIJO...

*vista francesa y creyendo que era una errata, pusieron «derecha» donde debía decir, en efecto «izquierda». Pero estos mismos izquierdistas de la medalla se hubieran avergonzado de no considerar en público la quema de conventos como un suceso conveniente a la salud pública. La opinión fué injusta atribuyendo particularmente a algunos hombres la responsabilidad de aquella catástrofe, precursora de tantas otras. La responsabilidad fué del liberal español, que no supo darse cuenta de la gravedad y de la significación radicalmente antiliberal de lo ocurrido, a la vez que contribuía a su impunidad se desprendía lastimosamente de la autoridad política que le quedaba.»*

... Gregorio Marañón

trabajase para sus ejércitos. «España — dice — es una fuente de materias primas que produce de todo un poco menos petróleo y caucho. Por otra parte la intervención de España en la guerra planteaba sus históricas reivindicaciones de Marruecos y Gibraltar...»

Lo que valió para el conflicto de 1914 sigue en pie para con lo sucesivo. Nuestra segunda República declaró constitucionalmente su neutralidad tal vez por haber auscultado las palpitaciones populares entonces mucho más vivaces que tres lustros antes. Pero subsiste el valor del argumento del ejército. Esta vez sin lugar a especulaciones como veríase muy pronto a través de su pronunciamiento.

**E**N suma, que los historiadores tendrán que buscar por otros derroteros menos enigmáticos las verdaderas causas de la neutralidad democrática de 1936 con respecto a España. Porque si su neutralidad fué la revancha sobre la nuestra, habría que convenir que tal actitud adolece de consecuencia lógica con respecto, ya no a la neutralidad, sino a la beligerancia adversa apenas solapada del equipo del general Franco. En 1943 el más poderoso de los Estados Norteamericanos y líder de la Santa Alianza occidental, compraba a este general una neutralidad que no lo había sido nunca. Franco no ha dejado de ser la representación del ejército tradicionalmente belicoso y germanófilo. No sabemos que se haya intentado comprar la neutralidad de la España hoy desterrada, que en resumidas cuentas tampoco fué neutralidad sino la más épica, colosal y propicia beligerancia, en los campos de batalla propios durante 33 largos meses, en la resistencia «maqui» contra los invasores de Occidente, en las filas de los ejércitos de la liberación, en el infierno de la deportación y de los campos de exterminio. Puestas a precio, o como quiera llamarse, dos neutralidades que no lo habían sido nunca: la nuestra por fidelidad, por camaradería de armas y de sufrimientos; la del consabido equipo por aversión y perfidia (intervino en cuerpo y alma durante la pasada guerra del otro lado de la barricada), los maquiñones desdeñan la nuestra, nos censuran y nos repudian, y échanse en brazos del villano, del traidor, del hombre malo de la comedia.

No fuimos neutrales, fuimos aliados mal que pese, y a la hora de la verdad se nos dejó en la estacada. Todos los cubileteos y artificios de lenguaje son recursos lógicos «après coup». Con alianzas secretas también habríamos sido abandonados. Nuestro neutralismo constitucional no pinta aquí nada. Dejen, pues, de mesarse los cabellos quienes lamentan nuestra supuesta imprevisión diplomática de 1931 y aquéllos que se proponen enmendarla en un azaroso e incierto futuro. Los legisladores de mañana, los negociadores diplomáticos, podrán hacer en el futuro cuantas concesiones les dicte su europeísmo, su realismo o su maquiavelismo. Podrán estampar sus rúbricas en sendos documentos secretos, al pie de solemnes compromisos. Todo esto podrán realizarlo nuestros hombres públicos. Lo que no podrán evitar es que el diablo meta el rabo en ocasión de cualquier conflicto. Y menos podrán evitar que este diablo, el pueblo, acuñe los hechos con su sello revolucionario. A partir de entonces, si no somos capaces de salir del atolladero por nuestros medios, solos y tal vez contra los demás, de nada han de servirnos garrambainas parrafeadas, rubricadas y selladas.

Porque ésta fué entonces la madre del cordero.

JOSE PEIRATS

# Ideas sobre educación

## IV

A mayor laguna en las ideas sobre educación en la Edad Media parece hallarse en el siglo seis, pues si bien en ciertos puntos de Europa se encuentran algunos focos de cultura, éstos son aislados y oscurecidos por las sombras del gran orden que reinaba en los demás pueblos. Pero a partir de este siglo se empieza a notar una lenta resurrección en el espíritu educativo, y aunque parezca sorprendente, apoyado por hombres que estaban lejos de ser los más llamados a librar batalla en esta lid, pues se trataba de algunos reyes. Esta actitud de unos cuantos monarcas en una época donde la ignorancia reinaba señora, puede atribuirse a la influencia lejana de las tradiciones imperiales romanas. Como hemos dicho antes muchos gobernantes romanos pusieron gran interés en la educación y en las escuelas, e incluso algunos de los reyes «bárbaros» que sucedieron, siguieron la tradición de ayudar y proteger la instrucción.

La dinastía carolingia que sucede a este período prosigue con interés marcado y como cosa propia este despertar de las ansias del saber, apoyando reformas de todas clases y ayudando a las misiones de sabios llegadas de diferentes partes del mundo. La figura más sobresaliente de esta dinastía por lo que respecta a las ideas de educación y organización de éstas, fué Carlomagno. Este monarca fué digno de vivir en los grandes momentos en que Europa empezaba a moverse empujada por la germinación de ideas que habían permanecido enterradas por largo tiempo, pues no solamente acogió con amor el desarrollo de éstas, sino que hizo bastante para que hallaran terreno abonado donde expansionarse.

Carlomagno subió al trono cuando las fuerzas de que hablamos se hallaban en progreso, en 768, pero él supo no sólo seguir las sino darle más fuerte impulso y al mismo tiempo encauzarlas hacia los puntos álgidos que habían de mover y producir la explosión que esparciera la idea de educación por todo el imperio. Los biógrafos de Carlomagno lo retratan como a un gran hombre, de carácter atractivo, alto, fuerte, robusto y bien proporcionado, que él mismo en reposo como en movimiento llevaba a todas partes el sentido de autoridad y dignidad. Fué grande como jefe, como gobernante y como constructor; pero ante todo fué hijo fiel de la Iglesia, dicen, aunque su vida personal no siempre estuviera en consonancia con los ideales de aquella. Como hombre de Estado comprendió bien la fuerza de las opiniones de su pueblo, de la moral, de la educación, y aunque él, emperador, nunca aprendiera a escribir, fué siempre un gran estandarte de los ideales de la educación y un gran liberal patrocinador del arte.

En su corte reunió hombres de gran talento traídos de todas partes, de dentro y fuera del imperio, quienes les sirvieron de consejeros y ejecutores de los planes que se iba forjando con las ideas que recogía. En Roma pudo ver y apreciar los restos del arte antiguo y estimuló sus

ansias de emular la civilización antigua, por lo que a su regreso de Italia su ejército arrastró, a través de los Alpes, todas las obras de arte que encontró en su paso incluyendo en éstas, estatuas, columnas, mosaicos, etcétera. Esto le llevó a la empresa de construir, a imitación de Roma y otras ciudades italianas, edificios públicos, palacios, iglesias, valiéndose al mismo tiempo de la ayuda de profesores y arquitectos italianos. Por lo que respecta a la educación, el emperador convirtió su palacio en una escuela, a la cual acudían príncipes, princesas, hijos de grandes y él mismo, Carlomagno, cuando tenía tiempo libre también asistía como un simple alumno. Considerando que el imperio se extendía desde el Ebro al Elba, ocupando lo que es Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, gran parte de Italia y Checoslovaquia, y teniendo en cuenta también las funciones de un monarca de esos tiempos, pocos serían los ratos de asistencia a clases.

Volviendo a la Iglesia y al estado de educación en que ésta se hallaba, los esfuerzos que Carlomagno hizo por levantar al clero de la abyección y estado de ignorancia en que se encontraba, nos pueden dar una idea de los progresos realizados por esa sagrada institución en el plan cultural durante un período de ochocientos años. En el primer edicto que lanza a los obispos y cabezas principales de los monasterios, después de argumentar sobre la reinante falta de instrucción que se descubre en las cartas tan mal escritas que llegan de los monasterios, el monarca insta al clero a que se instruya para poder dedicarse al estudio por el amor a la comprensión de la Santa Escritura. «Os exhorto, les decía, no solamente a que no olvidéis el estudio de la gramática, sino a que os apliquéis a ella con perseverancia y humildad para que podáis más fácilmente y de una forma más expedita penetrar en los misterios de la Biblia. Pues siendo que ésta contiene un sentido figurado de las palabras, no cabe duda de que cuanto más instruido sea el lector mejor llegará al verdadero sentido de las mismas. Por tanto, escójanse para esta labor a hombres capaces y deseosos de aprender y al mismo tiempo que estén dispuestos a enseñar a los demás.» Este fué seguido de otros en parecidos términos. En uno dirigido a los monjes dos años más tarde se les ordenaba que cada monasterio y abadía debería tener su propia escuela donde los niños deberían aprender canto, aritmética y gramática. En otro dirigido a los curas se instituía que el clero estaría sujeto a sufrir un examen y aquellos que dieran prueba de no estar al nivel deseado, serían depuestos.

De estas ideas y predisposición del rey se aprovecharon los hijos de seglares que no estaban destinados a la vida monástica, y, a pesar de cierta oposición, las puertas de los monasterios se abrieron para admitir en sus escuelas a niños que no vendrían a engrosar las filas sacerdotales.

Estas ideas pueden leerse en Carlomagno ojeando

el decreto del sínodo de Vaison de 529 en el que se ordenaba a los pastores de la Iglesia a que «acogieran a todos los jóvenes en sus casas parroquiales para enseñarles a cantar y leer y los mandamientos de Dios.» Pero claro está, el español dice «que no es lo mismo predicar que dar trigo» y este decreto no pasó de ser letra muerta como lo fueron otras cosas. Fuera como fuera el emperador ordenó a los curas que abrieran escuelas en todas las aldeas y parroquias, que la enseñanza fuera gratis y que no se rechazara a nadie que viniera a ellos a buscar instrucción; imponiendo a los padres el estricto deber de «mandar a sus hijos a la escuela, bien al claustro o al cura de la parroquia para que aprendieran debidamente la fe católica y las oraciones del Señor y para que al mismo tiempo pudieran enseñar a los demás en casa.»

Así el nuevo sistema de educación en el que la Iglesia hubo de jugar gran papel por la fuerza de las circunstancias, fué obra de Carlomagno y de sus consejeros; y como consecuencia al desaparecer el emperador de la escena la influencia que éste ejerció sobre las instituciones todas del Estado tenían que sufrir grandes quebrantos. Como se sabe Carlomagno gobernó por la fuerza de su propio carácter, por lo que después de su muerte el imperio se desintegró con rapidez bárbara; no obstante su influjo sobre la educación nunca desapareció por completo.

Esto no quiere decir que todos los resultados de progreso que vieron la luz en los últimos siglos de la Edad Media, se derivaron del período carolingio. Al reinado de Carlomagno siguieron siglos de invasiones, de desórdenes civiles y religiosos, de feudalismo e inestabilidad en la vida e instituciones de los pueblos. Los sucesores de Carlomagno no fueron del todo débiles; pero de ninguna manera capaces de dominar y guiar a sus pueblos como él lo había hecho. Las invasiones escandinavas arrasaron ciudades, pueblos, monasterios y todo lo que encontraban a su paso de norte a sur y de este a oeste. En una veintena de años los escandinavos invadieron las cuencas del Rin, del Sena y del Loira y alcanzaron las costas del Mediterráneo. En muchos sitios quedaron estacionados formando reinos, en otros los invasores fueron absorbidos y asimilados por los pueblos que habían conquistado. La debilidad del gobierno central nos muestra la importancia de las ciudades que los invasores tomaron y destruyeron y la profundidad que alcanzaron dentro del país. Desde el momento que cada localidad tenía que improvisar su propia defensa, los intereses y autoridad locales se hacían sentir más fuertemente que la del rey. De esta forma, el sistema feudal, que la fuerte autoridad de Carlomagno había mantenido a raya, llegó a prevalecer.

Al mismo tiempo los árabes eran dueños de España y de todo el occidente del Mediterráneo incluyendo las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega. Los árabes saqueaban las costas de Italia y Francia y sus piratas asaltaban las expediciones italianas y controlaban los puertos más importantes. Saquearon y quemaron la iglesia de San Pedro en Roma y saquearon también el monasterio benedictino de Monte Casino. Este predominio árabe por el sur de Europa duró hasta finales del siglo once. Además de éstos, otros enemigos contribuyeron a la desmoronación del inestable imperio que mantenían los sucesores de Carlomagno. Los magiares, en el siglo nueve, empujados Danubia arriba por la presión de tribus asiá-

tiás, se unieron a los vaváros que se habían asentado en esas regiones hacía ya largo tiempo y moviéndose hacia el oeste rompieron las defensas del imperio e invadieron las llanuras del norte de Italia y del sur de Alemania e incluso llegaron al este de Francia. Con los golpes que se le asestaban en todas direcciones y con la lucha interna que acarrea el desarrollo feudal, el imperio de Carlomagno fué destruído y de esta forma se preparaba el terreno para el nacimiento de los estados nacionales modernos, los cuales con el tiempo, llegarían a ser de gran importancia en la historia de la educación.

No cabe duda de que con una ola de luchas internas y externas de esta naturaleza los hombres, los pueblos y las instituciones tenían que sufrir enormemente y la educación más que ninguno de ellos ya que ésta para su desarrollo requiere paz y armonía, y en tales circunstancias tenía que languidecer sin más remedio, en muchos puntos, morir por completo. Al final Europa vuelve a emerger de la dura prueba. Los invasores del norte se han asentado o han sido absorbidos por los pueblos que conquistaron; los magiares han sido rechazados; los árabes retenidos en bien marcadas líneas y atareados en sus brillantes realizaciones, no volverán a dar serias sorpresas. La prosperidad empieza a asomarse a la puerta y las ansias de dar impulso a un estado de civilización humana se asevera más que nunca.

Nos encontramos a principios del siglo once y asistimos a la muerte de un período de suma ignorancia y al nacimiento de otro que promete un despertar moral e intelectual formidable. Gran parte de este apreciable indicio de recuperación de Europa se debe a las reformas constitucionales y de educación de Carlomagno, las cuales llevaron a la vida europea un sentido de finalidad común. Pero la civilización del siglo once era completamente diferente a la del siglo ocho. La vida de la Europa occidental se había enriquecido directa e indirectamente a través de las prolongadas luchas que había sostenido; de un gran mal se había obtenido un gran bien. Las robustas hordas bárbaras del norte habían introducido en los pueblos que habían invadido una nueva tensión de hombría, con una mentalidad fuerte que respondía rápidamente a la influencia de la cultura. Los moros, con su fe mahometana y una cultura que le debía mucho a la filosofía y a la ciencia griegas, resistieron con éxito la absorción cristiana y obligaron al cristianismo a elevarse a un nivel intelectual más elevado en defensa de su propia fe. Incluso los magiares que tenían poco que dar en el sentido de conocimientos o inspiración, produjeron cambios de importancia en la vida social de la Europa central y particularmente de Italia por ser la causa de las ciudades fortificadas. Estas ciudades estaban destinadas a ser los lugares de nacimiento de las universidades.

Esto no quiere decir que las ciudades de Italia fueran las únicas en este sentido aparte de las circunstancias históricas que hemos mencionado; de hecho la formación de grandes ciudades defendibles se habían construído en todas partes y esta peculiaridad de la época lleva una transformación considerable en la actitud mental de Europa. Lo más sobresaliente del pensamiento y de la vida medioeval puede decirse que se debe al desarrollo de las grandes ciudades. En épocas anteriores, la empresa e iniciativa individual eran ahogadas casi por completa por la grandeza y alejamiento de las institu-

ciones bajo las cuales el hombre ordinario tenía que vivir, pues sólo aquéllos que ejercían una autoridad secular o religiosa podían decir que gozaban de una libertad real. Con el nacimiento de las grandes ciudades se cambió todo.

Dentro de las ciudades amuralladas los ciudadanos fueron creándose una independencia cada vez mayor, formando concejos para el gobierno de sus propios problemas y sociedades o hermandades para la protección y la reglamentación de sus respectivos gremios y profesiones. Estos gremios o hermandades fueron liberándose con una progresiva autonomía, pero de una forma segura, de las más pesadas restricciones que imponían sobre ellas los prohombres de la Iglesia y del Estado.

Este movimiento «popular» se hizo sentir inmediatamente en el círculo de las escuelas, y uno de los síntomas que revelan la presencia de esta fuerza en la sociedad, fué un aumento considerable en el número de éstas. Con la aglomeración constante de individuos en la atrayente atmósfera de las ciudades se produjo una formidable demanda, por lo que en un corto período relativamente, no hubo ciudad que no contara con escuela propia.

En muchos aspectos estas escuelas diferían en muy poca de las fundaciones más viejas asociadas con las catedrales y las iglesias colegiadas. En realidad, éstas estaban administradas y dirigidas por el clero y sus cursos de estudios seguían de cerca los métodos establecidos por la tradición; pero debido al hecho real de que el pueblo se tomaba gran interés en ellas y en muchas ocasiones llegaron a conseguir una parte activa en el mantenimiento y gobierno de las escuelas, llevó a ellas una atmósfera distinta a las demás. Por lo que a pesar del control clerical estas escuelas en sus características, fueron haciéndose más y más laicas, y muchas al final de la Edad Media, sacudiendo el control de la Iglesia, pasaron a ser puramente instituciones municipales.

El impacto formidable de los progresos realizados en educación en las ciudades medievales, está reflejado mejor que en ninguna otra institución cultural, en las universidades, primeramente llamadas «estudia generalia». Estas se originaron en las grandes ciudades por razones puramente lógicas de poder acoger a miles de estudiantes que esta época salían de las escuelas con un ansia de inquirir en los fundamentos de la cultura.

Las primeras universidades se constituyeron en el siglo doce y su desarrollo lo marca el fenómeno de independencia que reinaba en las partes del mundo en que empezaban a nacer. Las primeras de éstas brotaron del sur europeo donde las libertades municipales se manifestaban con verdadero vigor. En Italia se crean con rapidez sorprende; desde el principio del siglo trece al siglo quince, se forman una veintena de ellas. En España, donde la vida municipal gozaba también de personalidad y de gran influencia sobre las monarcas, establece doce universidades en los principios del siglo trece y sigue incrementando el número de ellas en los siglos siguientes. En el sur de Francia las ciudades tomaron una parte menos activa en este movimiento; pero existían algunas escuelas antiguas, y con la influencia de otras naciones se constituyeron unas cuantas más.

El norte de Europa sufrió suerte diferente. Allí el feudalismo amordazaba las libertades y progresos se los municipios, y por tanto las universidades echaron más

tiempo en desarrollarse. Así Alemania y los Países Bajos, aunque contribuían con un número considerable de estudiantes a las universidades de Bolonia y de París, no tuvieron universidades propias hasta el final del siglo catorce.

Si bien a través de los tiempos las universidades originales sacaron provechos de las experiencias mutuas y trataron de aproximarse a un tipo único, en sus comienzos se desarrollaron en sentidos completamente independientes. Desde un principio existían diferencias marcadas entre las que se constituyeron al sur y al norte de Europa. Las de Italia y las del sur de Francia siguieron el ejemplo de la universidad de Bolonia; las del norte siguieron por regla general a la universidad de París.

La educación del norte casi en todas partes estaba en manos de la Iglesia y la mayoría de los alumnos de sus escuelas la formaban jóvenes dedicados a la vida eclesiástica. Por otro lado, en Italia, la enseñanza secular se había mantenido firme defendiendo su terreno conquistado.

De aquí que aunque en Italia hubiese escuelas controladas por completo por la Iglesia, sus cursos seguían un ritmo bien marcado de secularismo y viceversa en las del norte de Europa.

La característica que da mayor importancia a las universidades, a mi parecer, es la independencia y autoridad que adquiere la enseñanza en sus privilegios de constitución. Las cédulas de las universidades otorgaban derechos y privilegios a las instituciones y a los estudiantes. Los derechos más importantes otorgados a las universidades eran los derechos de gobernarse por sí mismas. Esto les permitía controlar a sus miembros y a su propia organización; de esta forma los estudiantes quedaban sujetos a las leyes de las universidades en vez de a la ley del país. Las universidades tenían autoridad para detener a los delincuentes, juzgarlos en el tribunal de la universidad y castigarlos a multas o encarcelamiento, y las autoridades estaban llamadas a entregar a los estudiantes a la universidad por este fin. Los estudiantes se prestaban siempre a reclamar estos derechos porque frecuentemente eran extraños en la ciudad en que residía la universidad, y por tanto esperaban siempre un trato más benevolente de parte de ésta que de los tribunales municipales.

Las universidades tenían derechos también de suspender sus clases y a ir a la huelga contra la ciudad si los precios de alquiler o de los comestibles subían de una forma excesiva, o cuando los estudiantes eran molestados o como ocurría muchas veces muertos por la gente del pueblo.

Otros de los derechos de las universidades era el inalienable de examinar y licenciar a sus profesores y controlar sus propios grados; esto llevaba implícito el derecho de determinar los estudios y problemas que darían la propia calificación al estudiante para un determinado grado de estudio, una de las funciones más importantes para estas instituciones.

Las universidades preparaban a los hombres para las más diversas profesiones, estimulaban la enseñanza en todos los terrenos de los intereses y necesidades humanas y formaron a muchísimos de los primeros hombres del Renacimiento.



# Ante la tumba de Machado

*Organizada por el Ateneo Español de Toulouse, con la colaboración del Ateneo Hispano-Americano y de otras entidades culturales, tuvo lugar el 14 de agosto de 1960 una peregrinación a Colliure, para visitar la tumba del poeta Antonio Machado*

*A petición de la Junta del Ateneo de Toulouse, Fernando Valera pronunció en nombre de todos los congregados la siguiente alocución:*

**H**ERMANOS, más que compatriotas, permitidme que os llame así: hermanos en el amor a España, nuestra patria, más querida cuanto más inasequible y desventurada; hermanos en el culto a la lengua de Castilla, único florón inmarcesible de la corona de su imperio; hermanos en la devoción a los tres grandes poetas, mártires de la libertad, que en nuestro siglo las realizaron a ambas, patria y lengua: Federico García Lorca, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

Esta peregrinación acaece con extraña y providencial oportunidad. Hace pocos días que en un congreso de académicos de las diversas naciones en que se habla la lengua de Cervantes, convocado en Bogotá, se aprobaba por unanimidad, a propuesta del representante del Paraguay, una declaración pidiendo que esta tumba, ante la que hoy nos inclinamos reverentes, fuese profanada y que los despojos mortales de Antonio Machado se trasladasen a un lugar de la España irredenta donde sirvieran de escabel a su verdugo. ¿Por qué no al monstruoso cenotafio del Valle de los Caídos? El INRI clavado en la Cruz del Redentor por el odio teológico de los pontífices de Sión y por el cinismo cobarde de Poncio Pilatos, no alcanzó tamaña cumbre de escarnio, de sarcasmo, de afrenta. Todos habíamos oído hablar de la «razón de Estado»; en su nombre se han perpetrado los más espeluznantes genocidios de la historia. De lo que no habíamos oído hablar todavía es de la «sin razón de Estado». Sin razón, ausencia de razón, es decir, locura. Tenía que ser un cónclave de académicos, sabios oficialmente titulados como tales, el que consagrara «sin razón», al solicitar que las cenizas de un hombre bueno vinieran a quemarse como incienso de holocausto, ante las aras ensangrentadas de un Moloch implacable; a tales extremos llevan los convencionalismos de la política y la diplomacia.

Para que semejante declaración haya podido ser formulada, es menester pensar que los ilustres académicos no leyeron nunca a Antonio Machado, o que no lo comprendieron, o que si le leyeron y comprendieron, expresamente quisieron ofender y mancillar su memoria.

Machado no era uno de esos versificadores palabre-

ros, que él llamaba «aves del nuevo gay-trinar», tras cuyo vano campanilleo de alquitarados vocablos y rebuscados conceptos, se abre aquel «hueco lleno en el vacío» de que hablara Baltasar Gracián; es decir, la ausencia de condición humana. Machado era poeta, porque era hombre, y además, hombre bueno:

«Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;  
y más que un hombre al uso que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.»

Ser un hombre bueno significa voluntad de vivir una vida, en su caso una vida poética, y no mero contentamiento de cantar una estrofa bien rimada. La vida era para él el cuño de autenticidad de su poesía:

«¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso, como deja el capitán su espada;  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.»

Ser un hombre bueno que quiere hacer de su poesía, vida, y no sólo vano rumor de vocablos sonoros, ha equivalido siempre a tener la resignación o el coraje de afrontar la soledad, privilegio y ejecutoria de las almas grande; no incorporándose al rebaño humano cuando éste se precipita hacia los abismos de la violencia irracional se apacienta en las praderas de la abyecta servidumbre, por aquello que dijo nuestro gran Quevedo de que «el que sabe estar solo entre la gente, se sabe acompañar a solas». También Lope de Vega, a pesar de sus demasiados frecuentes momentos de frivolidad, había sentido la misma profunda verdad, cantando:

«A mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,  
porque para estar conmigo  
me bastan mis pensamientos.»

Nuestro Antonio Machado — porque es nuestro, aunque todas las Academias se conjuguen para arrebatárnoslo —, nuestro Machado, era hombre de tan altas so-

ledades que en ellas supo descubrir que era Dios lo que cantaba en la fontana de su corazón. Y en otro lugar:

«Converso con el hombre que siempre va conmigo,  
quien habla solo espera hablar con Dios un día.»

Mas, no temáis: las soledades de un hombre bueno, como lo era él, nada tienen que ver con los aislamientos egoístas de los genios deshumanizados y egocéntricos que buscan en los olímpos inaccesibles de su narcisismo intelectual, inmunizarse contra las grandes tragedias de la historia, desentenderse de la tierra en que nacieron y desvincularse del pueblo con que viven. Machado vivió su vida de poeta enraizado en el paisaje de España y sumergido en la entraña racial de su pueblo. En los días de paz y esperanza, bregó y soñó con su España, «la España de la rabia y de la idea», y por eso de sus cantos rezuma la nostalgia de su gloria pasada, la amargura de su decadencia presente, y la «esperanza del nuevo florecer de España» que, de muchacho, había vislumbrado en las enseñanzas de su maestro don Francisco Giner de los Ríos.

POETA NACIONAL, ha dicho con razón el Ateneo Español de Toulouse al tomar la feliz iniciativa de congregarlos hoy, aquí, en torno a esta tumba sagrada, para reiterar ante ella nuestro juramento de fidelidad a la España inmortal de la rabia y de la idea. El genio poético de Machado supo entresacar lo que había de eterno y entrañable en los hechos que constituyen la trama del ser y el acontecer de nuestra España: los ríos, las rocas, las crestas de los montes, los tomillos de sus parameras y la fruta de oro de sus naranjales, sus castillos roqueros desmoronados, su historia, sus leyendas, y sobre todo su pueblo; su pueblo trágico, a las veces heroico, las más desventurado; su pueblo que es el verdadero ser en quien se perpetúa una patria.

«... la estirpe redentora  
que muele el fruto de los olivares,  
y ayuna, y labra, y siembra, y canta, y llora

Por eso, por estar tan identificado con su patria y con su pueblo, sintió y cantó como nadie la magnitud eterna del drama nacional, cuando por miedo y odio a la estirpe redentora, al pueblo.

«Alguien vendió la piedra de los lares  
al pesado teutón, al hambre mora,  
y al italo las puertas de los mares.»

¡Qué congoja infinita encierra la evocación de su Sevilla mártir, desde algún vergel acogedor de la republicana Valencia, último albergue de las libertades españolas, en los aciagos días de la guerra fratricida!:

«Otra vez el ayer. Tras la persiana,  
música y sol; en el jardín cercano  
la fruta de oro al levantar la mano;  
el puro azul darmido en la fontana.  
¡mi Sevilla infantil, tan sevillana!  
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano;  
¡tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.  
¡No sabemos de quién va a ser mañana!»

¿No hay en este grito desgarrador una invitación no escuchada a su hermano Manuel también excelso poe-

ta? Porque ya la siembra del odio había florecido, y sobre el haz de la patria se había desencadenado la mayor de las calamidades que pueda conocer una colectividad humana: el maridaje de la traición y el fratricidio:

«Trazó una odiosa mano, España mía,  
— ancha lira, hacia el mar, entre dos mares —  
zonas de guerra, crestas militares,  
en llano, loma, alcor y serranía.  
Manes del odio y de la cobardía  
cortan la leña de tus encinares,  
pisan la baya de oro en tus lagares,  
muelen el grano que tu suelo cria.  
Otra vez — ¡otra vez! —, oh, triste España,  
cuanto se anega en viento y mar se baña,  
juguete de traición, cuanto se encierra  
cuanto acrisola el seno de la tierra  
se ofrece a la ambición, ¡todo vendido!»

No sé si los académicos congregados en Bogotá se han parado a sentir los tres sonetos terribles, cuya perfección marmórea puede sólo parangonarse con los momentos más sublimes de Góngora y de Quevedo; porque en ello está cincelado en bronce eterno el testamento literario y patriótico de Machado, y escrita para la inmortalidad la cláusula imprescriptible sin cuyo cumplimiento será profanación sacrilega de su tumba y agravio imperecedero a su memoria cualquier intento de trasladar prematuramente sus despojos mortales a la España mártir, todavía irredenta. De cómo esta España defendió su honra ante la traición interna y la invasión del extranjero, da idea el primero de los cuartetos de la compasión a que hago referencia:

«Mas tú, varona fuerte, madre santa,  
sientes tuya la tierra en que se muere,  
en ella afincas la desnuda planta,  
y a tu Señor replicas: ¡MISERERE!»

Y ahora habla España, la madre santa, la España de Machado. Habla a su Dios y le dice:

«¿A dónde irá el felón con su falsía?  
¿En qué rincón se esconderá, sombrío?  
Ten piedad del traidor. Parile un día,  
se engendró en el amor, es hijo mío.  
Hijo tuyo es también, Dios de bondades,  
Cúrale con amargas soledades.  
Haz que su infamia su castigo sea.  
Que trepe a un alto pino en la alta cima,  
y, en él ahorcado, que su crimen vea,  
y el horror de su crimen lo redima.»

No, todavía no se ha producido la restitución de España a sí misma. El traidor, hijo al cabo de ella y de Dios, como todos los españoles, querámoslo o no, buenos o malos, no ha sufrido todavía la purificación redentora de las amargas soledades, antes bien le acompaña la multitudinaria adulación servil de una humanidad abyecta y envilecida, regida por mercaderes y verdugos; todavía, la conciencia de su infamia no ha sido el solo castigo a la medida de su crimen; todavía no ha trepado al alto pino en la cima enhiesta, ni ha intentado ahorcarse en él, para buscar, como Judas, castigándose a sí mismo, la expiación de su inmenso patricidio. Hasta tanto, dejad ¡oh, mandarines e intelectuales del occidente! que las cenizas del poeta reposen en paz

# Superpoblación mundial y limitación eficiente

**D**URANTE la centuria pasada, el problema de la superpoblación se venía ventilando en círculos universitarios. Estudios en lo que va corriendo de nuestro siglo, le han dado una jerarquía primordial, por la amenaza de la avalancha reproductora humana.

La superpoblación mundial aumenta a pesar de todos los acontecimientos y catástrofes contrarias. Huracán que nadie detiene. Pronto superaremos, si así seguimos,

aquí, en esta tierra caliente y libre, que le ofreció eterno reposo, bajo este cielo azul que parece la mirada del Dios de las luces, cabe este mar de la civilización que le arrulle su sueño con el rumor de una lejana esperanza...

El llegó aquí, peregrino de la libertad, envuelto en la polvareda del éxodo más injusto que vieran los siglos pasados ni esperan ver los venideros, para compartir el destino de su pueblo al que tanto había amado, y para que, como dicen los Evangelios al relatar la Crucifixión del Cristo, se cumplieran en él los profetas y las Sagradas Escrituras. En este caso, el poeta había sido profeta de su propio martirio, y había previsto su destino; que es el destino inevitable y previsible de todo hombre bueno entre la estirpe de los Caines:

«Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontrarán a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.»

Día llegará en que la tierra de España haya sido purificada del patricidio que, hoy por hoy, la hace indigna de albergar los restos de su hijo predilecto. Aquel día, luminoso y sonoro, de la España fraterna y reconciliada en la libertad y la justicia, seremos nosotros los que pidamos el tránsito de sus cenizas a tierra hispana, y los que acompañemos el cortejo fúnebre de su regreso a la patria, entonando las estrofas que él mismo cincelara un día ante la tumba de su maestro:

«¿Murió?... sólo sabemos  
que se nos fué por una senda clara,  
diciéndonos: hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.»  
«Su corazón repose  
bajo una encina casta,  
en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas...  
Allí el maestro un día  
Soñaba un nuevo florecer de España.»

Colliure, 14 de agosto de 1960.

(Una coincidencia, que lamentamos, y trataremos de evitar en lo sucesivo, ha hecho que este texto se publique simultáneamente en «Soli» y en CENIT).

a los bacalaos, ratones, moscas, seres de fecundidad asombrosa. El hombre se adapta a las condiciones favorables a su naturaleza de la tierra y crea su nuevo ambiente. El salvaje lucha contra el ambiente: el moderno crea el suyo y lo enriquece, lo adapta a su vida animal y reproductiva. El hombre, en sociedad hominiza la tierra.

Ni las pestes de la Edad Media, ni las guerras hambrunas de los siglos XVII XIX, ni nada, han podido detener el aumento vegetativo de las sociedades humanas recién hoy lo considera el fenómeno con libertad e inteligencia.

El crecimiento de la población mundial es uno de los más brillantes problemas estelares de la constelación técnica que nos sumerge. Ocupó a muchos pensadores desde Raberto Malthus en el siglo XVIII hasta Fourier en el siglo XIX; el sabio autor del «Falansterio» se horripilaba al pensar que la humanidad llegaría a los 12.000 millones de habitantes en los próximos siglos. (1)

El crecimiento de la población mundial ha sido espantoso pero desigual. Desde el año 500 a. C. hasta 1000 de la Era actual el aumento fué razonable; pero desde éste último al año 2000, el crecimiento es desconcertante como lo demuestra el gráfico A-B (2).

La población del mundo era en el:

Población			
Año	(millones de hab.)	Año	Población
1688	500	1896	1.493
1804	640	1910	1.610
1816	704	1930	1.992
1859	1.281	1950	2.500
1868	1.375	1960	3.000

BOYD ORR CALCULA LA POBLACION  
MUNDIAL ACTUAL EN 4.000 A 6.000 MILLONES

Otro famoso estadígrafo, el australiano G. H. Knubbs, en un libro sustancioso y sugestivo: «The shadow of the world's future» (La sombra del porvenir del mundo) admite que la tasa actual del crecimiento es tal

(1) «Entre las consecuencias y aturdimiento de la política moderna nada más chocante que el olvido de reglamentar el equilibrio de la población». «Necesitase que la teoría de este nuevo orden (estado societario) facilite medios eficaces de prevenir el exceso de población, limitando el número de habitantes del globo a la justa proporción de los medios y necesidades, a 5.000 millones aproximadamente, sin peligro de verla elevarse a y2.000 millones, exhuberancia que sería inevitable bajo la organización civilizada». En «El Falansterio», págs. 173-75.

(2) En «Triángulo», vol. II, núm. 1, mayo 1955, página 11.

que la población del mundo se duplica cada 80,54 años y establece las siguientes cifras:

Años	Población (en millones de hab.)
1928	1950
2008	3900
2089	7800
2169	15600
2250	31200 (3)

Gaston Bouthoul en «La population dans le monde» da para Europa 180 millones en 1800 y 500 en 1930.

Lo exacto es que desde el año 1918 Europa crece más de 60 millones, ritmo que aumenta pues se calcula que en 1959 el crecimiento es de más de 30 millones.

Los muertos, devastaciones, destrucciones, gripes y hambrunas de la primera y segunda guerra mundial no han podido parar la avalancha; sólo la disminuyeron en algunos millones. El profesor Alexander Carr-Saunders decía que existían 1900 millones de habitantes en 1930; hace un siglo llegaban a 800. Con el índice de crecimiento actual, 1 %, es de presumir que en dos siglos llegarán a estar todos los lugares del globo hasta las cadenas del Himalaya con una población 100 veces más densa que la de Bélgica y ésta tiene actualmente 240 habitantes por km<sup>2</sup>. En este entonces podría tener 2.000 por km<sup>2</sup>. Hasta lagos y ríos estarían llenos y no habría tierras para cultivar» (4).

Es de suponer que ninguna persona normal ni iglesia aspira a semejante tempestad de procreación, como lo llama Wells. Según M. Eats y Fabre Luce aún suponiendo una disminución de la natalidad, con el ritmo actual, la tierra estará saturada mucho antes que la población se haya estacionado. Esto es lo que parecen confirmar los cálculos (bastantes arbitrarios) publicados recientemente por «Journal des Economistes».

No en todos los continentes y países el fenómeno es homogéneo. Las perspectivas demográficas en la India y China, son terribles; en general en toda Asia.

#### LA INDIA

De la India se supone que tiene en la actualidad una población de 380 a 400 millones con una producción alimentaria restringida y con un incremento anual de población que responde a su naturaleza cultural e histórica; principalmente motivado por los siguientes factores fundamentales: matrimonios precoces (las mujeres se casan a los 13 años), —acto de deber religioso— mores. No hay solteros y el número de mujeres es inferior al de los hombres. Pocas viudas se casan, no así los viudos que se unen a mujeres jóvenes. En los Vedas existen incitaciones u obligaciones para las mujeres «a tener 10 hijos». Para escapar de los tormentos de un infierno denominado «push» debe tener por lo menos 1 hijo. «En la India», antes de 1920 el índice de crecimiento anual fué del 1 %; después de este año creció al 11 %, hasta el año 1932. Desde aquí a 1941 la tasa subió al 16 %. De 1951 a 1961 el crecimiento será inferior al 1 % anual.

Sin embargo las cosas van cambiando, en el año 1951 hubo una conferencia nacional de planificación de la familia (control de nacimientos). Se formaron numerosos

(3) GALE, José G., «El problema de la población», pág. 121.

(4) CARR-SAUDERS, «The population problem», página 1922.

centros donde se aconsejaban los métodos de vinculación y cuando las delegaciones del Birth Central norteamericano llegaron a la India fueron recibidos por manifestaciones de mujeres jóvenes. Se establecieron centros que asesoraban gratuitamente en lo referente a dar consejos e instrucciones anticoncepcionales notándose constatación que más del 60 % de la población se interesa prácticamente por este problema. Se citan campesinos pobres que han realizado largos viajes a pie, hasta 15 kms. para recabar informes y elementos anticoncepcionales. «El gobierno dió al principio 1.500.000 dólares y contrató al Dr. Abraham Stone y Sra. de Nueva York (Birth Control) para organizar las campañas de difusión que se hacen principalmente sobre la base del método Ogino-Knaus.

De paso diremos que la India tenía en 1881, 259 millones de habitantes; en los 40 años posteriores la población llegó a 390 millones, a fines de 1941, con crecimientos irregulares debidos a pestes y hambres; del 17 al 18 murieron de epidemias, de 15 a 20 millones de personas, pero mejoraron su situación alimenticia en cuanto se incorpora a la red mundial de abastecimiento, con lo cual pudo atajar el exterminio en masa por hambre «agudo o crónico».

China es el país más poblado del mundo aunque certeramente no puede determinarse el número de sus habitantes, pues para uno es de 480 millones y para otros de más de 500 millones. Su población es densa y pobre y su producción no pasa de lo indispensable para la conservación de la vida. «El coeficiente de natalidad es muy elevado habiendo dado a luz la mayoría de las mujeres chinas casi tantos niños como fueran capaces de traer al mundo en el transcurso del periodo que va desde los últimos años anteriores a los veinte años de edad hasta el final de sus posibilidades de reproducción, a menos que murieran antes de llegar a la edad crítica consumidas, por el número excesivo de partos» (5). Practican el aborto y no se permite a los viudos que vuelvan a casarse. «El coeficiente de mortalidad es también alto, casi tanto como el de la natalidad; de otro modo en el curso de los 4.000 años de la historia china, aún en el caso de no haber habido ninguna anexión de territorios, la población no habría crecido hasta 400 millones, sino que ascendería a 4.000 millones». «La característica del coeficiente de mortalidad china no es su magnitud aterradora, sino su variabilidad de un año a otro y de un lugar a otro» (6).

W. S. Thompson presume que para 1990 la India tendrá 701 millones de habitantes y la China 609 millones, cifras extremadamente bajas, pues para un etnógrafo la India tiene más de 400 millones y la China 600 millones con un crecimiento del 2 % anual.

#### EN CHINA HA SIDO LEGALIZADO EL ABORTO

Se difunde ampliamente con la esterilización, para rebajar las tasas de crecimiento anual de población. China fué un país de hambre crónica y según sus habitantes desde el año 108 a.c. hasta 1911, se contaron 1828 períodos de hambruna. «Las cifras de muertos por inanición se calculan en cada caso en millones, llegando a veces hasta 20».

(5) KINGSLEY, Davis, «Corrientes demográficas mundiales», Ed. Fondo de Cultura, pág. 128/9.

(6) KINGSLEY, Davis, *op. cit.*, pág. 130.

Seiscientos millones de habitantes, cuyo aumento anual es del 2 %, sobrepasarán los 2.000 millones en el año 2000. En 1956 se pusieron en práctica, oficialmente, los métodos anticoncepcionales y se hace una intensa propaganda popular para dominar el coeficiente de crecimiento.

#### EL EJEMPLO DE JAPON ES ALTAMENTE SUGESTIVO.

En el año 1870 tenía 30 millones de habitantes practicándose desde tiempo inmemorial, como en toda Asia, el aborto y la matanza de recién nacidos. En el año 1940, era un país guerrero y abastecedor industrial del Asia. Su población sobrepasaba los 70 millones de almas. La guerra disminuyó su población en poca cantidad. Desde entonces aumentó en 20 millones hasta el año 1958, con una tasa de crecimiento del 1,3 %, una natalidad del 21 o/00 y una mortalidad en franca disminución semejante a la de los pueblos europeos, 8 o/00.

En lucha con la producción industrial europea y sobre todo china, su superpoblación es un fantasma terrible por lo que se han adoptado toda clase de métodos anticoncepcionales como dijimos y se ha desarrollado una amplia propaganda preparando miles de mentores especializados y clínicas anticoncepcionales. En el Japón existe el aborto legal por razones económicas lo mismo que la esterilización femenina. En 1953 se hicieron 800 mil abortos legales y 30.000 esterilizaciones con lo que hubo un decrecimiento de natalidad. Y en una estadística de más de 1.000 casos bien controlados hubo casos de complicaciones leves y ninguna mortalidad.

#### EN 1914 RUSIA TENIA 120 MILLONES DE HABITANTES

Sufrió la guerra, la Gran Revolución de 1917, las invasiones de los aventureros armados por los aliados, devastaciones y el hambre más espantosa. Sin embargo en 1925 el coeficiente de crecimiento era del 2,1 % y en 1932 tenía una población de 165 millones. En 1959 tenía una población de 220 millones y se ha cumplido una política estatal de nacimientos; se aplicó el contralor en un principio. Se establecieron clínicas anticoncepcionales donde se practicaba el aborto por técnicos y merced a causas justificadas por la mujer embarazada, ante un tribunal especial. Posteriormente se suprimieron estas clínicas y se siguió una política de aumento de población, con premios y prerrogativas. Seguramente se volverá al contralor en estos años pues el avance poblatorio es excesivo como tasa de natalidad y disminución de mortalidad.

#### AFRICA

El Africa, continente donde la gente vivía tranquila y no tenía problemas fundamentales de superpoblación más que los creados artificialmente por el imperialismo, también ha visto aumentar su población a saltos frente a los dos últimos cuya disminución se suponía.

Llega en la actualidad a 228 millones y se le presentan problemas serios como el de Egipto cuya economía y crecimiento está en peligro por un aumento desmedido del número de habitantes, habiéndose iniciado una campaña oficial para hacer conocer al público las medidas anticoncepcionales, que encuentran resistencia en el analfabetismo, la miseria y la ignorancia, triada infaltable en el continente negro.

#### TODA EUROPA ESTA SATURADA DE POBLACION

Inglaterra pasa en 110 años de 10 a 40 millones y la mortalidad general pasa de 22,4 o/00 en 1850 a 11,7 o/00 en 1928. Hoy las tasas de natalidad continúan oscilando alrededor de 35 o/00. Entonces la población se ha triplicado en este periodo de 135 años; en Inglaterra, la vida media aumenta en un 34 % en los niños. Hace 20 años se realizó en Italia una conferencia nacional para estudiar el problema de la hiponatalidad, preocupación del fascismo; llegándose a la conclusión de que en la península el límite de la natalidad alcanzaba el 32,35 % para Basilicata, Calabria, los Pulio, Liguria, Piemonte, Lombardia y Venecia Julia... y que en muchas grandes ciudades italianas el número de los nacimientos no es absolutamente inferior al de los grandes centros rurales. Valga el ejemplo de Roma, Bari, Venecia y Palermo.

UNA natalidad de 270.000 y otra mortalidad del 16,5 %, demuestra que en Noruega ha llegado al 5 %. Llegando a la conclusión de que tal crecimiento se duplicará en 20 años y se agotará la capacidad alimenticia de la tierra italiana para nutrir a sus habitantes.

#### EN ITALIA

En 1920 el Estado hizo propaganda por la disminución de la población frente al desmesurado crecimiento demográfico, posteriormente la «inflación» fascista estableció leyes y planes estimuladores al aumento acelerado de la población con fines guerreros, impuestos a los solteros y premios a la procreación numerosa bajo el signo del nacionalismo, el imperio y el Estado totalitario. «Se reconoce que el verdadero gran problema es aquel de equilibrar la población con los medios de alimentación y mientras subsista en Italia el actual desequilibrio debido a una población ascendente de 10 a 15 millones de individuos en aumento de cerca de medio millón al año, no habrá gobierno, partido, programa, plano, reforma o revolución capaz de resolver o de atenuar la miseria crónica de los trabajadores italianos». «Contra toda propaganda por el contralor de los nacimientos se oponen todos los «moralistas» la así llamada «gente bien» que por su cuenta limita la propia familia a dos o tres hijos, pero que se escandaliza si se habla en público del modo de tener sanas relaciones sexuales con la propia compañera y reservar a las deliberaciones conscientes la venida de un hijo» (7).

El fascismo tuvo 4 grupos de leyes para apoyar su política multiplicacionista: a) Leyes para facilitar y excepciones tributarias a favor de familias numerosas, b) Impuesto a los célibes, c) Instituciones del ente moral denominado «Unión fascista entre las familias numerosas». d) Concesiones de empréstitos familiares y premios a la nupcialidad y natalidad» (8).

Posteriormente el 27 de noviembre de 1953 se presentó en el parlamento italiano un proyecto de abrogación del artículo 553 del código penal relativo a la propaganda antiprocreativa que dice: «Cual quiera que públicamente incite a prácticas contra la procreación o haga propaganda sobre ella será castigado con la reclusión hasta de un año». Firmaron el proyecto parlamentario diputados pertenecientes a los partidos comunistas, liberal, republicano, socialista y socialdemócrata.

Dr. Juan Lazarte

(7) BERNERI, G. Zaccaria, «Controllo delle nascite», Milano 1954; N° 8; Edit. Silhos, pág. 13.

(8) Ibidem, pág.



A LA BUENA MEMORIA DE UN LUCHADOR

## Mi primer maestro: José Castelltort

Las guerras coloniales de España terminaron, como se sabe, en 1898. El siglo se extinguió con luz mortecina. Alumbraba esta luz caediza un ejército de esqueletos andantes que volvían de la guerra vestidos con harapos. Las familias y no el Estado, tuvieron que proveer lo necesario para salvar miles y miles de vidas que se debatían trágicamente al borde de todos los precipicios: fiebre colonial, desnutrición, nervios embotados, mentes expirantes, ánimo decaído, miembros retorcidos, piel y huesos, España repatriaba los restos de su juventud agonizante después de tragársela con avidez de monstruo.

El pueblo acudió a remediar, en lo posible, a fuerza de sacrificios y generosidad, la catástrofe promovida por los monstruos, agravada y desencadenada por ellos. Aún recordamos los relatos de aquellos soldaditos pálidos, que hablaban a nuestra niñez con menos elocuencia que sus ojos calenturientos y su expresión de momias chupadas. En el ambiente aldeano, en aquella ribera ibérica de flora espléndida, los soldaditos tomaban el sol cubiertos de mantas. En cada corro del carasol, un repatriado temblón y macilento, hablaba de la manigua, de la traición de los gobernantes, de las enfermedades tropicales. Las madres se desvivían para que el hijo se salvara. A veces lo salvaban hogares, heroísmo sin lloriqueo. Las abnegadas con un heroísmo callado, repetido en infinidad de matronas merecen el recuerdo más puro. Con su toca negra y su traza maternal supieron ser heroínas y santas de una santidad sin cielo.

La galdrufa era nuestra diversión, la diversión de los crios que vivíamos al aire libre como los gorriones. La galdrufa y el cantalazo bereber, o más bien prehistórico, para pelear sin saber por qué con los chicos del pueblo vecino, con los del propio y con cualquiera que nos provocara sin saber nadie el motivo. Recuerdo que cierta tarde, un mozalbete que no tendría veinte años, acudió a disolver dos grupos de combatientes.

—No seais brutos— nos dijo mientras se apoderaba de las hondas de liza trenzada que servían para combatir.

Una vez desarmados, tuvimos que dispersarnos para buscar hondas nuevas. Pero yo quedé intrigado oyendo decir al mozalbete que nos había separado:

—Estos crios también están en guerra. Como los que vuelven de Cuba. Ni estos crios ni los soldaditos que vuelven, saben por qué se quieren matar.

Aquellas frases me quedaron grabadas para siempre en la cabeza. ¿Quién las profería? Un mozueto avisado y ágil, de Albalate de Cinca, con alpargatas miñoneras, pantalón labrador de patén, blusa suelta y boina de vuelo grande: José Castelltort,

hijo del podador más entendido del pueblo y buen discípulo de su padre. Con el mío iba su padre a podar a la viña de Ballobar.

Desde aquel momento consideré al mozueto como hombre distinto de los demás. Fui creciendo a fuerza de dar y recibir cantalazos en el tozuelo, en el pecho, en las piernas, a fuerza de nadar sin guardar la ropa y de trepar por los árboles. Siempre miraba con respeto a aquel mozueto silencioso y estudioso, fundador, con Mur, Corruello y otros labradores, del Centro Obrero del pueblo, primer núcleo de resistencia contra la propiedad y el mando. Me infundía temor y afecto, tanto temor y afecto como interés de curiosidad. Algo inexplicable me parecía su pacifismo. ¿Para qué habrá tantas piedras en Aragón si no podían servir de proyectiles? Si vivir es pelear, había que pelear. Las ciudades nos parecían despreciables porque tenían las piedras *enganchadas* unas a otras en pavimento geométrico. El adoquín no es una categoría bereber.

A las hondas sucedieron los cachorrillos. Eran armas de fuego, armas cortas que nos hacía un vecino carpintero. La culata se empuñaba con fuerza. La parte horizontal del arma en posición de apuntar tenía sujeto con liza un cartucho amarillo de tercerola con orificio trasero para aplicar la mecha ardiendo. Se cargaba con sal, perdigones menudos y pólvora, embutiendo el taco correspondiente de papel, muy apretado hasta la boca. Cada estampido era un triunfo y una ejecutoria de hombría. A veces nos quemábamos las manos. ¿Y qué? Eramos unos hombres. Nos gustaba oler a pólvora y continuábamos la tradición bereber sin saber una palabra de ella.

Castelltort cazaba a los cachorrillos. Nos aconsejaba la paz y la escuela. Nosotros le teníamos por un reformista sin saber, naturalmente, lo que era la revolución ni el reformismo. Pero nos chafaba los cachorrillos y por este hecho nos parecía un tirano.

El tirano Castelltort hablaba en el Centro Obrero años después. Los crios acudíamos, entre juego y juego, a escuchar al tirano. Se expresaba en tono reposado. Y, cosa curiosa. A pesar de su palabra mesurada, a pesar de expresarse en tono de conversador inteligente y popular, producía entusiasmo en las reuniones. Al revés de otros oradores, que gritan como desesperados y en vez de estimular al oyente lo sangran y achican, Castelltort le daba confianza y horizonte mental. Era más agudo que el cura y que el escribano.

En sucesivas conversaciones con él, a veces por el camino del soto, fui comprendiendo que era un carácter enterizo, generoso y activo, despierto como el que más, enemigo de la demagogia y del alarido, bien dispuesto siempre para ayudar a los demás.

Tenia una conversación persuasiva. Huía de cualquier personalismo. No hablaba más que lo justo y prefería que hablaran los demás. Ante él, la verborrea tenía que enmudecer y también los tricornos.

Sembró en un cuarto de siglo largo la buena semilla. La generación luchadora, los jóvenes despiertos, le tenían por un hermano mayor. Se imponía al adversario con un razonamiento íntegro. Sabía como nadie desembarullar un problema y ver sus motivos esenciales. Los caciques le temían, los oradores de fiebre se le repudian. Su palabra breve era, además de breve, clara. Prisa vital de labrador, de hombre magníficamente evolucionado y cordial, con todas las rabetas enfundadas, como su podadera iba a la viña.

Este hombre murió ciego en un rincón del Cantal, en el Barrage de l'Aigle, asistido por la Federación Local y por todos los españoles con el sentimiento más doloroso. Su amigo Mur succumbió a las balas falangistas. Otro inseparable, Currullo, murió ya. De la vieja generación quedaba Castellort con otros pocos, perdidos por los sen-

deros del mundo. Todos van desapareciendo en las encrucijadas ásperas del exilio, muchos ante los pelotones de ejecución de Franco en el pueblo y en otras tierras. Un sobrino de Castellort, Manuel, joven compañero inolvidable, fué fusilado en Huesca y tantos otros en distintas guardias del Santo Oficio. Para todos nuestro dolor, qué no podíamos creer llegara como llega a carecer de medida y tregua.

En todos los pueblos aragoneses había un impulsor abnegado de las ideas, un Anselmo Lorenzo podador, maestro de injertos y labrador. Castellort fué eso, nada menos que eso. A las puertas de la vejez, perdida la excelente compañera de su vida, quedó ciego después de abrir los ojos a toda una generación y de educar a los hijos con el ejemplo. Fué mi primer maestro y mi mejor amigo. En nuestro último abrazo de despedida, meses antes, en el Cantal, presentí dolorosamente que la muerte rondaba ya cerca de él. La muerte se lo llevó. Pero quedó la semilla fructificada que él esparció a los cuatro cuadrantes.

FELIPE ALAIZ

*Los bolsillos exhaustos, sin gorda: obsesionadas aún nuestras mentes por las exigencias verbales del casero y las amenazas escritas del recaudador... acreedores impacientes, que no incipientes — decidimos, mi amigo y yo, dar un rodéo por la ciudad. Cuestión de alejar pesares y despertar inquietudes.*

*Deambulando, pues, sin rumbo fijo, dimos en conversar, sin intentos de milagrosa conversión, sobre los signos que el Estado estampilla para regular la vida material de los hombres, y que tanto influyen para trastornar la existencia moral de hombres y mujeres.*

*Nada de particular, pues, que dada nuestra angustiosa angostura monetaria, achacásemos no pocos excesos al cheque, divagáramos de lo lindo en cuanto al verdadero valor del tan manido y manoseado papel moneda, prosiguiésemos echando pestes sobre la pretendida preciosidad de ciertos metales sedicentes preciosos, por el precio, mas no por su intrínseca belleza, y llegásemos a versar inclusive sobre la inflación monetaria que iba imponiéndose por doquier. Especie de enfermedad crónica que, aun implicando sería dilatación de carteras, no impide extremados encogimientos de estómagos. Hubo alguna que otra alusión respecto a la posible especulación de la afanzada finanza yanqui, en la apertura de macabros mercados, e insinuaciones sobre la conclusión que tal estado caótico podría acarrear. Por cierto nada halagüeñas.*

*Pero pronto nuestras álgidas inquietudes filosóficas submergieron estas bajas, aunque inquietantes, especulaciones económicas. Y entonces,*

## HOJA POR HOJA

*ya en el plan de concreciones, es cuando surgieron profundas divergencias.*

*Para mi amigo, pese a lo dicho, no había duda. En resumidas cuentas, el dinero era un simple medio. Ni bueno, ni malo en sí. El hombre, dueño de él, se podía permitir alcanzar no pocas finalidades: buenas unas, malas otras, medíocres las más. Dócil vehículo que, guado según el deseo del hombre, permitía simplificar situaciones, acortar distancias y — ¿por qué no? — objeto de estímulos mil. Y citame, en términos elogiosos, y en apoyo de su tesis, las obras de ricos mecenas y de solícitos filántropos, sin olvidar la caricatura de ricos avaros y empedernidos usureros. Ciertamente que el vehículo en cuestión tenía varios defectos, pero con algunas transformaciones técnicas, obraría milagros. Y ni que decir tiene que la adquisición del mismo era un desafío hecho a la equidad.*

*Hubo réplica. Así, en estos términos: «Ya volvemos a las andadas con tus sutiles distinciones. Archisabido es que los medios — tú mismo lo has pregonado — median no pocos fines y aún, si se tercia, adulteran y substituyen la finalidad misma. Tú conoces el caso del chofer — puesto*

*que de vehículos hablas — que ebrio de velocidad, a la postre, acaba contra el poste. Que el hombre débil, o el Estado inseguro, se arman para su defensa, y una vez fuertes y seguros, sus armas, les incitan a la ofensa.*

*En cuanto a mecenas, filántropos y otras hierbas, confiesa que son los menos. Rarísimas excepciones de una milenaria y rígida regla.*

*Prodigar consuelos irrisorios luego que se han pasado la vida sembrando cruentos duelos, pareceme un juego, es decir, un doble juego».*

\*\*\*

*Cortó el debate esta escena: Frente a la vitrina de una pastelería unos esmirriados zagales. Pegados al telón cristalino, empañándolo con su ardiente vaho. Las golosinas las devoraban con los ojos; se les escurría la baba. La gente pasa sin hacerles caso. Rebuscamos en nuestros escudidos bolsillos; ¡en vano!*

*Detrás se oye una risa burlona. Los zagales se van melancólicos. ¿Quién se reía así? Volvemos el rostro, y ¡oh sorpresa! Era el tacaño de la esquina, vecino nuestro. Haraposos, mugrientos, enjuto de carnes, barbisucio y dedos en garfio; estaba espionando nuestra impotencia.*

*Era hombre de perras y vivía en perrera.*

*El otro día le abordé y dióme esta definición respecto a su avaricia:*

*«Sólo me siento satisfecho de mi riqueza, cuando puedo comprobar que los demás no pueden adquirir aquello que vehementemente desean y sólo yo podría... si me viniese en gana».*

*He ahí lo que había hecho, de este sujeto, el dinero: un repudiable objeto.*

Plácido BRAVO

# DOCE CAPITALES

## PRELIMINARES A UN ITINERARIO EUROPEO

**S**ON las seis de la mañana. Cierro las dos valijas; la más grande, pesada como un bloque de piedra, está llena de libros, folletos, carpetas y manuscritos. Toda mi carga de jornalero de las ideas. Son las herramientas y los frutos de mi diario esfuerzo en este hormiguero recién modernizado, que cuenta con casi un millón de hombres para los que la civilización es todavía apariencia, y cuya cultura, si no es nula, es solamente alfabética. Algunos miles de intelectuales — más exactamente, letrados — son remolcados por unos patronos barulleros e impertinentes: los politiqueros, que cierran y abren las canillas del Dinero en las ciudadelas de la industria, las finanzas y el comercio.

La soledad ha crecido a mi alrededor, a medida que mis relaciones con los que creen en un ideal, con los servidores de la paz, con los espíritus libres cuya lucha es al mismo tiempo pensamiento y creación, se desarrollaban de país en país, a través de los continentes y por encima de los océanos. Como a un buzo, el aire que necesitaba (el alimento moral y espiritual) me llegaba desde lejos: cartas y publicaciones en las que les vibraba la hermandad y palpitaba la comunión, con sus gritos trágicos, con sus llamados de salvación... Donaba todo lo mío a aquéllos que me rodeaban: mi trabajo, tenaz cual una obsesión; mi pensamiento, al que siento siempre en deuda, impregnado por la savia de los frutos recogidos en los jardines de la cultura universal; mis escritos, a los que abrigaba en la estrecha celda de mi revista «El Humanitarismo», o entre las columnas de algunos diarios que condescendientes, permiten que resuene, de vez en cuando, la voz del idealista entre la gritería multiplicada por los altoparlantes de la actualidad. Como si la actualidad no fuera otra cosa que la revuelta pólvora de los «hechos diversos», de los «acontecimientos sensacionales», de las glorias tarifadas — de las catástrofes sociales o naturales que caen cual bólidos, desde lo desconocido, sobre los rebaños de la ignorancia humana.

La soledad crecía sin cesar alrededor mío: — indiferencia que, sin embargo, hacía brotar en mí nuevas energías; cobarde prudencia de los excamaradas, mordidos por la serpiente del arribismo o paralizados en la rutina del «esfuerzo mínimo»; curiosidad parasitaria de los «admiradores» que me robaban horas de trabajo, buscando entre los papeles amontonados sobre la mesa; intriga mezquina, de comisionistas-viajeros o de espías benévulos, que acechaban los pretextos de la calumnia o de la denuncia. El desinterés, es una posición sospechosa dentro de una sociedad en la que cualquiera lo puede tomar a uno de las solapas y preguntarle, con una

desvergüenza policial: «¿De qué vives?» La idea no se pesa como el azúcar o la carne — y una concepción social, ética o científica no cubre la desnudez, como una capa que el hombre práctico puede ganar con un golpe de astucia, para la dama que sabe esgrimir su sonrisa prometedora... Solamente algunas figuras timidas, de provincianos atraídos por los espejismos de la capital — apenas algunas almas jóvenes que comenzaron a rebelarse y a sufrir, algunas manos que se tienden amistosas, pero impotentes.

Eso es todo, en este aislamiento que, empero, bullia en mí como una colmena. En vano regalaba mi trabajo: la sonrisa amable, el elogio hiperbólico eran el rechazo disimulado de aquéllos que representan una editorial o un diario, una sociedad comercial o una institución cultural. «La crisis financiera» constituía una fácil excusa. Más aún: era un argumento sin réplica:

— Si hasta los comerciantes con sus tiendas llenas de mercaderías, los agricultores con sus graneros desbordantes, los industriales que no pueden vender lo producido, ya no tienen asegurada su existencia; si los obreros y los empleados esperan meses y meses un salario cuyas tres cuartas partes están roídas por los impuestos y adelantos, temblando ante el peligro de la desocupación, ¿cómo quiere usted que encontremos dinero para ideas generosas, para lejanos ideales? Cuando la situación mejore, entonces...

En ese momento interrumpía yo es discurso estereotipado e hipócrita de estas personalidades bien conceptuadas:

— ... Entonces el pan va a crecer en los árboles y el dinero pasará de mano a mano, como los juguetes de los niños inocentes. En efecto, ¿a quién le hacen falta ideales cuando la lucha por la vida es, en la actualidad, elemental, como en los bosques llenos de fieras? ¿Para qué «sirven» la fe en la hombría de bien, el sacrificio para la justicia y la libertad, el esfuerzo en pro de la cultura y el arte, si los malos pastores han llevado a las muchedumbres hacia los abismos del hambre y de la locura homicida? ¡Tenéis razón, señores economistas! El decálogo de la moral social está sustituido ahora por los tableros de la Bolsa... Sin embargo, la verdad no está en las cajas que guardan el dinero ni en los registros de pérdidas y ganancias. La verdad se encuentra en el alma que se solidariza con los corazones dolientes, en la razón que permanece lúcida en el remolino de las pasiones sociales. No olvidéis: los profetas

(1) Título de la versión completa de las «Peregrinaciones Europeas» de Eugen Relgis, en preparación y a aparecer en un solo tomo.



surgieron en tiempos de desgracia, sobre las ruinas de la injusticia y gritaron, en la c.ega contienda de los sometidos y los opresores, palabras que despertaron y dirigieron las conciencias. Si, vendrían tiempos mejores — pero «otros», muy distintos a estos periodos engañosos, de abyectos compromisos y de «abundancias» desastrosas...

Parto, por quinta vez, más allá de la frontera. ¡No con una libreta de cheques!, sino con la. Quiero quebrar la inercia del medio; quiero evitar este «punto muerto» que prepara la descomposición del idealismo — esa disipación de las fuerzas creadoras en el pantano de las «obligaciones cotidianas». Estoy en la mitad del camino de mi vida. No estoy seguro de la otra mitad. Pero el «instante» es mío. Quiero realizarlo, sin tregua, con todas mis posibilidades. En la actualidad creadora se funde — síntesis fructuosa — el firme pasado con el futuro vaporoso. Me es necesario, ahora, aquel viraje de la existencia, que arranque del estrecho cerco de lo doméstico, de la sujeción al trabajo — de las relaciones impuestas por el empecinado reloj de las costumbres. Viraje hacia otros horizontes, que pone en movimiento la sangre, endurece los músculos, ensancha los pulmones, da a los nervios vibraciones frescas y limpia el cerebro del hollín de los días idénticos y de las vigiliias nostálgicas. Es necesario este cambio: que me purifique de la roña mercantil de la sociedad, de las cáscaras mugrientas de la promiscuidad, de la mediocridad con rostros amistosos o indiferentes.

¡Tantos llamados me han llegado desde lejos, insistentes, repetidos! Tantas horas de comunión o de discusiones decisivas — que se refieren a una acción positiva o a una crisis de conciencia — fueron aplazadas en momentos de apuro o en los rodeos impuestos por el itinerario de los viajes precedentes. Son los hondos motivos que reúnen las almas dispersas en el mundo, las inteligencias encerradas, año tras año, en sus celdas de forjadores de la Poesía o de la Ciencia, Hermanos que se ignoran o se presienten — y que se reconocen en un congreso, en una reunión íntima, en la mesa de una cena fraternal o en una esquina, en la calle... Y existen todavía algunas de aquellas mentes geniales, que vigilan en frías alturas, por encima del torbellino humano — aquellos conductores cuya espada es la Palabra, cuya autoridad reside, al mismo tiempo, en la verdad y el amor; aquellos creadores de valores morales, estéticos, científicos, y a quienes quiero pedir que me enseñen, a quienes (como el creyente que se va en peregrinaje hacia los santos lugares), quiero traer el testimonio de una fe, para adquirir después nuevas fuerzas y nuevas esperanzas...

## II

### FILARET, GIURGIU O «DESPACIO, DESPACITO»

Abandono la capital en esta fresca mañana con presagios de otoño. Beso la frente del hijito aún dormido. (Dos semanas más tarde comenzará la escuela). Desde el balcón del tercer piso, en la mano de la esposa aletea el blanco pañuelo: el único saludo de despedida. Y, en la esquina, el automóvil de vuelta, bruscamente, por la calle que recién despierta, rumbo a la estación Filaret. Atravieso arrabales que me parecen nuevos, con bloques y manzanas surgidos hace algunos meses. Durante un año y medio he recorrido tres o cuatro calles — al escritorio, a la redacción y a casa — como un prisionero voluntario. Cuando me encontré de pronto en el an-

dén, en espera del tren, me pareció que me hallaba en una estación provinciana, donde hay bastante tiempo para escribir algunas postales y leer, inconscientemente, los carteles coloreados. Me parece evadirme, por la puerta de atrás de una usina, hacia las campiñas tiernas, salobres... Y les busco, desde la ventanilla del vagón, por encima de este prolongado pasillo periférico, con callejuelas de barro, con muros enmohecidos, con casuchas proletarias y los ojos ahumados, geométricos, de las fábricas. El tren pasa a través de un cementerio. Si, a través de un nuevo cementerio que, con su hierba en la cual el ganado paca todavía, espera las generaciones humanas que serán llevadas para podrirse al lado de los viejos y repletos cementerios, de todas las religiones, reunidos en ese barrio Bellu. Pero la capital crece también, con su industria, con su tráfico y sus inmensos depósitos de mercancías, encarnizada protesta de la vida frente a la fatalidad devorante.

Y el horizonte se amplifica finalmente, se purifica, vuelve a la línea simple, horizontal, del campo, quebrada a menudo por bosquecillos. Aspira el aire, profundamente, como un fluido tónico, después de todo el polvo y las miasmas de una actividad sedentaria, allí, en el conglomerado de hierro y cemento de la capital. Los trigales, ya segados, los amplios maizales ondeantes, surrurantes en su pleno crecimiento, se muestran como gigantescas mesas del festino popular, adornadas aquí y allá por el amarillo vivo de la colza, las calabazas color de naranja, y bosquecillos de sauces o vergeles de ciruelos.

Pero he ahí que una silueta grisácea, de fortaleza, se vislumbra a lo lejos, en una curva de la línea. Parece que se oculta, medio enterrada, encorvada, en acecho con sus garras y colmillos. Es Jilava. Nombre con resonancia de terror y tortura. La fortaleza se convirtió en cárcel para los «traidores de la patria» y los «enemigos del orden del Estado». Bajo sus casamatas, en sus húmedos sótanos yacieron y yacen centenares de desertores, de rebeldes, de inocentes; mártires involuntarios, embrutecidos en su mayor parte, de la política y del militarismo. En esas celdas infectas han sido arrojados también verdaderos idealistas, conductores de masas, visionarios del mundo socialista — mezclados, empero, con la turba de matadores fanáticos, de los espías, agitadores y agentes provocadores. Aventureros que prostituyen las ideas sociales, creyéndose precursores cuando, en realidad, no son más que los instrumentos de otros gobiernos que tienen, en su país, idénticas cárceles para los traidores, los espías y revolucionarios de otra nacionalidad o de otra clase social... El estruendo de las ruedas del tren parece entremezclarse con el triquitraque de cadenas, con desesperados golpes en las puertas de implacable cerrojo, con gemidos de dolor, con rechinar de odio y de rabia.

Se suceden las estaciones: Sintesti, Vidra, Gradistea — donde los bucarestenses, torturados por los días caniculares, encuentran el domingo, en la playa primitiva del Arges, otra canícula que desolla su fina piel de ciudadanos y, a menudo, entorpece para una semana los músculos no acostumbrados con el deporte sistemático o con el trabajo manual. — Comana. Después de la imagen fugitiva de un monasterio de muros ennegrecidos y el revoque caído, y que — por falta de fieles o por falta de rubro en el presupuesto estatal — alberga ahora una «escuela profesional» de muchachas, hacemos un alto en la estación, en espera del tren contra-

rio. Como en toda línea secundaria, la espera es larga, pero grata para los que quieren probar las frutas frescas y la leche recién ordeñada por las jóvenes campesinas. Por la carretera, con varias pугadas de polvo, llegan los carros con remolacha blanca que será descargada sobre los montones ya viejos. Se ve, sin duda alguna que esperan allí desde hace tiempo, en el lodo negruzco de carbón y aceite, para la fábrica de azúcar de esta comarca. Del otro lado de la línea, en el andén encuadrado por un pequeño y rústico jardín, algunas decenas de turistas pasean y platican en su barato veraneo.

El tren, por fin, reemprende la marcha. ¿Pero a quién busca este capitán seguido por su sargento, en los vagones medio vacíos? Examina los papeles de los soldados con licencia, y de los jóvenes que le parecen «sospechosos». Me acuerdo de la obsesión de la Comandancia, durante la guerra, cuando cada uno tenía que pertrecharse con todos los documentos, si no quería ser enviado al Consejo de Guerra y de allí a la cárcel o al frente lejano. Doce años después de la firma de la «paz», el nombre es cazado todavía por los potentados galoneados, arriesgando su libertad (tanta que le queda en esta sociedad policiaca) a la mínima sospecha de un «representante del orden público»... Por la ventanilla, yo contemplo el paisaje, asqueado por el terror de la violencia organizada. Pero los uniformes son cada vez más numerosos, a lo largo del sendero paralelo a la línea férrea. En el campo, rebaños de ovejas, tropas de bueyes. Y los hombres en uniforme se contienden con los rebaños que pacen, ignorando el destino que les llevará hacia los mataderos.

En la estación Mihai Bravu, el campo está cercado: nuevos cuarteles fueron construidos al lado de los otros. En frente, soldados sin chaqueta trabajan en un portal monumental: dos columnas con garitas de guardia, unidas por el arco que será adornado con insignias y banderas. Y tuve la visión de los arcos de triunfo, levantados en honor de los Césares de ciudades hoy desaparecidas o arruinadas. Arcos bajo los cuales desfilaron los ejércitos victoriosos (los muertos fueron abandonados en «el campo de honor», presa de los cuervos, de los chacales y los gusanos). Arcos que no son sino unos yugos simbólicos sobre los hombros de millones de esclavos, de ayer y de hoy. Arcos que persisten, truncados, en Roma; modernizados en Berlín y otras capitales. Bajo el arco napoleónico de París, palpita la llama del Soldado Desconocido. Una llama de simple gas de alumbrado o de cocina... La verdad de la tragedia humana se nos evidencia de este modo, como un mentis al «homenaje» que la oficialidad rinde, hipócritamente, bajo la forma de una llama perpetua, a la víctima, multiplicada millones de veces, al crimen sin expiación: la Guerra. Y hay otros arcos también, levantados precipitadamente por los orgullosos vencedores, que olvidan que ellos no son más que afortunados que se salvaron del naufragio europeo de 1914-1918. Arcos de yeso, corroídos en algunos años hasta el esqueleto de alambre, con estatuas decapitadas. (Si, conozco a un escultor que mutiló su propia obra — ya colocada en un arco de triunfo de Bucarets — cuando se dió cuenta que el arte no está destinado a forjar soldados de opereta para monumentos públicos).

Estoy solo ahora, en el vagón, con mis pensamientos

corrosivos como el moho y la podredumbre de las tumbas, con la amargura de tantas vanidades, de tantas dura enseñanzas de la historia — y que los hombres tardan en reconocer, que no quieren o no pueden reconocer todavía. Los maizales ondean suavemente, apenas soleados. Busco imágenes vivientes como escudos contra las obsesiones que llevan a los pueblos a la matanza. En la estación Fratesti (los Hermanados: ¡qué nombre consolador!) subieron dos adolescentes: un colegial de vacaciones, y una muchacha fina, delgada. Están de pie, un poco inclinados en la ventana abierta. Contemplan el paisaje, mostrando uno al otro la pequeña colina, las mieses, el pozo rústico con el brazo levantado. — A veces, se miran fijamente. Veo los movimientos de sus labios: palabras que no oigo, pero las siento — ingenuas, puras. Los brotes del amor palpitan bajo la blusa de la joven; él, con gesto torpe, roza a veces la melena de ella: los cabellos dorados se agitan al viento, como una aureola deshilachada. Juventud que ignora la vida y, no obstante, la respira, la saborea, escucha sus voces, la contempla en sus aspectos siempre renovados. Juventud que vive sin preguntarse — y que sonríe ante esta naturaleza henchida de cadáveres, pero disfrazada con sus espejismos y fertilidades...

He allí, el primer centelleo, nacarado, acerado, del agua es sólo un canal del Danubio. El puerto de Giurgiu aparece con algunos elevadores, tanques y remolcadores. En el muelle, los granos — amontonados como cerros — se escurren, riachuelos de oro, en las bodegas flotantes. Pronto van a zarpar hacia el Mar Negro o río arriba a través de otros países. En verdad, la abundancia se puede ver allí, en las carretas de los campesinos que llegan sin cesar, para descargar la rica cosecha de los campos, del trabajo humano. «La política económica» dicta el precio en escritorios con puertas acolchadas y blandos sillones: una orden lo hace subir, otra lo hace bajar según las ocultas fluctuaciones de los mercados mundiales... Pero la realidad está aquí, en los montones de granos, comprados aún antes de cosechados, para países industriales. ¿Quién lo sabe? — en invierno, los hijos de los labradores que descargan ahora, tan alegres, los frutos de sus campos, pedirán en vano un pedazo de pan... ¿Quién lo sabe? — los secretos de los amos son impenetrables, como los de Dios. Ya se ha visto, en Argentina, que montañas de trigo han servido de combustible para las locomotoras o fueron arrojadas en el océano, sólo para mantenerse el alto precio de los cereales... Y pensamos que todas esas «inútiles» cosechas podrían calmar el hambre de millones de hindúes, de los que murieron en los años terribles de la posguerra, en las estepas rusas y en los pequeños países vencidos, — de las decenas de millones de chinos que perecen de inanición aún en su nueva República, azotada por los bandos de los generales con la cola recién cortada... ¿Quién lo sabe? — la verdad de la naturaleza es, sin embargo, sencilla, directa: ella tiene de sobra, para alimentar también los pájaros del cielo y las fieras en el bosque. Sólo el hombre, que sabe centuplicar los frutos de la naturaleza, posee también ese diabólico don de arrancar el pan de la boca de su semejante, y dejarlo morir, pese a que los graneros están repletos — mientras el jazz aulla su alegría en la noche eléctrica de las capitales lujuriosas...

EUGEN RELOIS

# Alcohol, juego y otros vicios

**A**LUDIR a los vicios es también hacer referencia a las virtudes. Se entra de lleno en el terreno de las morales y de la conducta individual y social.

Las ideas de virtud y vicio podrían ser comprendidas y aceptadas universalmente si se basaran sobre el funcionamiento fisiológico del individuo.

Biológicamente, todo acto que acrecienta el goce de vivir, sin perjudicar a los demás, es virtuoso, como es vicioso todo lo que aminora o destruye ese goce instintivo.

Hay conquistas ventajosas para el género humano y hay otras que le son perjudiciales.

La conquista tradicional del tabaco es un vicio, al parecer inocente; una inmensa mayoría lo ejerce sin el menor escrúpulo.

Por eso, quizá en el tema propuesto no se nombra al primer tóxico, por haber entrado definitivamente en las costumbres sociales.

Fuman los chicos, los higienistas, los médicos, los clérigos, los profesionales de toda la cultura universitaria, la mujer y el pueblo, soberano de nombre y esclavo irredento siempre.

El alcohol altera las funciones vitales, como está probado en múltiples experiencias de laboratorio, y lo mismo el tabaco.

La forma en que se diluye el alcohol no modifica su nocividad en las infinitas clases de bebidas espirituosas. En éstas hay una diferencia de producción y de graduación, pero su naturaleza es la misma.

La lógica elemental sabe que si se ingiere una solución de sublimado corrosivo al diez milésimo, esta proporción homeopática no deja de producir sus efectos.

En cambio, los sectarios de la intoxicación pública se sonríen o se rien a carcajadas cuando se les dice que ingieren alcohol puro en los diferentes mejunjes que saborean muchas veces acompañados del infaltable cigarrillo.

El juego es otro signo de degeneración y envilecimiento. Los desgraciados que se entregan a él, son los sucedáneos de las creencias mágicas. Estos débiles mentales esperan del azar tramposo lo mismo que puede pedir al dios imaginario. Reseñar otros vicios menos comunes es casi entrar en el fuero privado.

Las plagas sociales se concretan en el tabaco, el alcohol, los deportes, en que se acaloran las multitudes y las llamadas gentes cultas, y los juegos de dinero en que se disipan fortunas y esfuerzos del trabajo útil y del inútil.

Si los pueblos mueren intoxicados por los vicios, los gobiernos tienen en ellos un medio

eficaz de sometimiento y una fuente inagotable de recursos para sostener el sistema de las sacrosantas mentiras apuntaladas por la Iglesia, el militarismo y todo el engranaje de la explotación capitalista, simbolizada en los suntuosos edificios bancarios, que son las cloacas receptoras de los signos contantes y sonantes de las vilezas sociales en las grandes urbes especialmente. Claro que, en una sociedad mercantilista, sin los bancos, la gente no podría subsistir. Este es uno de los males que la gente «sensata» cree necesario.

Ya es archisabido que de nada sirven las palabras sensatas para que el hombre deje sus vicios. La mujer lo imita y este contagio es la mayor desgracia humana.

Cuando la mujer pierde su gracia pristina y natural y se degrada con los extravíos del otro sexo, bien se puede afirmar que comenzó la pendiente de la decadencia irrefrenable, que se plasmará en guerras militares y civiles para ahogar la tendencia humanista libertaria de una minoría consciente.

Los esfuerzos de esta minoría se estrellan contra la cobardía colectiva de una humanidad degradada por los tóxicos que alteran especialmente la función cerebral del pensamiento y de la acción coordinados en vitales propósitos de regeneración.

Fuera de los periodos de exaltación embriagadora, la gente intoxicada, que es la mayoría, se muestra pusilánime, temerosa e inadapada a las reacciones defensivas.

Así, no es extraño que ante la debilidad colectiva se afirmen las más tremendas injusticias, que son la herencia de las servidumbres seculares: largas y extenuantes jornadas de trabajo, salarios insuficientes cuando no miserables, viviendas insalubres, servicio militar, bendiciones de la Iglesia explotadora y, por fin, la guerra que todo lo arregla en una sociedad fundada sobre la violencia y la explotación, la sumisión y el engaño.

El capítulo queda abierto y no puede agotarse; merecería una amplia exposición.

No hay que moralizar a la gente; que cada uno siga su camino y, si quiere perderse en la embriaguez de los vicios, allá él.

Hay que incitar a los amigos esclarecidos, a los que escuchan y dicen verdades que a muchos duelen en el mundo:

¡No mantengáis los vicios, no colaboréis inconscientemente con un régimen que detestáis!

¡Demostrad vuestra voluntad para saber elegir lo que conviene individual y socialmente. ¡Que vuestra conducta privada y pública sea

# \* Narcisismo del zapote \*

**L**OS americanos no sólo enferman muchos de énfasis o flato y de insustancial garrulería, sino también de narcisismo y umbilicocentrismo. Este último «voquible» reclama un centavito de azafrán o parafraseo. A la teoría geocéntrica de astronomía, que reputaba a la tierra ojito u ojete del cosmos, corresponde en moral la ilusión egocéntrica, consistente en fijar la nata y flor del ramillete unáverso en el blanco de los tiros de Azaña, o sea, en la barriga.

No cabe duda que ésa es una de las formas más hilarantes del narcisismo y con la que se peligra menos de espichar de hipocondría. Y nadie que tenga meda onza no más de juicio, pondrá en tela de tal que América es de los 5 gajos de la naranja telúrica el que más asombra damasceno de sí mismo padece.

Los desculadores de hormigas de este Hemisferio, que radioaullan en Emisoras y cuevas de publicidad, dividen la zoología en dos etapas: la anterior al desvirginamiento de estas selvas y el póstea de ese ante. «De Colón atrás — vienen a cigarronear esos organistas — no se otea más que bosques de repugnantes barbas judeobabilónicas. Con la «gillete», que el rascacielos se trae, ábrese para el mundo una Perspectiva de Newski inédita. una Era novísima. Sí, la era del Mico y del makakikus, respondo yo. La era del destoisnamiento a rape y en masa, de la vainica por la base y por la cúspide.

un ejemplo vivo de ecuanimidad! De este modo, ganaréis en salud, en economía y en comprensión de una convivencia racional que embellezca la vida de todos.

¡Sueño y poesía utópica!... ¡Mucho importa!... Aunque no seamos creyentes, ni siquiera optimistas, quizá se realice un día sobre la tierra, que ensucia el hombre, el jardín florido en que todos se alimenten y se deleiten. Sin perder de vista esta hermosa idea, luchemos todos los días para mejorar y ennoblecer nuestra vida, en seguida, aquí y ahora.

Los que se aferran a las compensaciones de un más allá están jugando con cartas falsas. Tengan la seguridad de que así se les estafa este mundo posible de bienestar por otro que sólo existe en la imaginación metafísica y que explotan a maravilla todos los que viven de la credulidad ingenua e irracional tan extendida en la tierra envilecida...

Sólo con individuos sanos será posible hipotéticamente reconstruir un mundo sano, razonable y bello en el que ya no se puedan entronizar los vicios sociales imperantes.

La ambición racionalista es recrear al hombre en su mundo. De este modo se acabaría con los falsos valores que hacen de la actual humanidad una evidente y constante monstruosidad.

Costa ISCAR

En la misma línea de los que engorda de placer la invención del «jezp», y de los reclamistas que no vendían la flor de la inocencia con versículos tan de la Sabiduría como el de que «en su futuro hay un Ford», se coloca un biógrafo venezolano de Leonardo de Vinci, que se hace cruces de que la Lisa Mona o la mona de la polka lisa del planeta, ni siquiera se diesen por enterados de hecho tan caudal y tan cumbre, tan cumbreadino.

A propósito del tomo de Metafísica y óculo-ocultología, con que se acostaba Francisco del Giocondo. En cierta ocasión, me preguntaron cómo describía yo el enigma de la célebre sonrisa gata. «La charada y el crucigrama — contesté — se explican por sí mismos. La Joconda se ríe jocondudamente de los cuernos del que la recibió del cura en propiedad; y de la sebicie de los que sitúan sus ansias de gloria en los canales por que ella se purga».

El Vinci pintaba de verde y oro los pañales, cuando Colón remontaba los 16 reventones de la flor del cerezo, como dicen en el Yamato. Y le sobrevivió docena de fraile de nieves en sus alturas. Docena de fraile: 11, cuando da; 13 cuando recibe. Al zarpar de Palos el Almirante, rayaría Leonardo en las 40 primaveras de Boticelli. Se carteaba con el Vespucio. Y era amigo del cosmógrafo florentino Toscanelli, que no creía que tuviese en la mollera más que una serrería el que por casualidad se encontró estos tigrales, digo trigales.

¿Cómo se comprende que la gran aventura no diese ni frío ni calor al genial Eneas de todos los Acates y Dorianos de su tiempo, siempre con la bota de Asti itala al pico? La pregunta se la hacen en Caracas. A nosotros, ha días que nos desgarraron la ingenuidad. Y con el pulgar no tocamos el pito. Nos explicamos, por tanto, perfectamente que el advenimiento de nuevos fovismos no espatarrase a un hombre inteligente, como era el hijo de la mucama Catalina. Esta buena paisana, hija de aldea, pero con una Babilonia en la cintura, había asaltado el lecho de su amo, quien campiranamente se la endosó a un hidalguete de bambolla lusa, con un nombre de este tenor: Ser Acattabriga di Fiero di Vaca di Vinci. Se llamaba Vaca. Y le encacaban una, harta de ir al ordeño. Ya estaba bien. En tal establo nace el Verbo divino de la pintura renaciente.

La existencia de Jauja, el Potosí y el Perú tiene en Eurapa sin cuidado a los que que no han de salir de allá estilo exprés, para rehuir el servicio militar o la cárcel por quiebra fraudulenta, como los ultrapatriotas que abundan entre los gachupines de México. Los refugiados políticos estamos aquí porque por la fuerza ahorcan. No vinimos a enriquecernos plantando un abarrote, ni poniendo un empeño, ni fabricando leche con agua y almidón, revueltos con el mango de la escoba en una lata. Hemos conocido indianas novicias y caciquess novales, cosa poco de admirar, boy-scoutaje sin alicientes. Convénzanse de ello nuestros infaringables Narcisos. Y vál-gales este santo horror y terror de las moscas.

Angel SAMBLANCAT

# Ateneos de España

**B**ELLA cosa, admirable y mirífica por demás, aquella obra de las personas de alto y libre sentir, de inquietudes nobles y hermosas, fundando escuelas racionalistas y círculos enciclopédicos, ampliamente populares. Si el camino de la manumisión y del progreso se halla sembrado de innumerables obstáculos, siendo necesaria la viva unión y potencia para abrirse paso; una empresa segura, firme y dilatación positiva es la de la superación de la personalidad humana, a fin de que el individuo no desfallezca, se concierte y vea bien, no siendo posible de que ningún poder extraño, de la índole que sea, dogmático, prejuicinal, consignista, sofístico y dominante, presente ni futuro, pueda, ni aun difícilmente, obscurecer su sentido analítico, reducir sus justos deseos ni doblegar su voluntad conciente. Digno empeño ése de exaltar convenientemente el entusiasmo, el amor al trabajo, la actividad y el dinamismo de la juventud, cantera preciosa e inagotable; cultivar, fortalecer y desarrollar en todo instante el propio valor; sugerir y procurar extensa y eternamente las individualidades, al efecto de que vibren con impulso, atentas, tesoneras, con soberanía de criterio, limpio proceder y claro juicio, sabiendo respetar, entenderse, aquilatar conductas y no dejarse llevar, en las relaciones como en las actividades y en la lucha azarosa del pastoreo, del gregarismo, de las discusiones estériles, de los oropeles y de las falsas demagogias. A todo renacimiento sindical le ha acompañado un establecimiento por doquier de centros culturales. El Ateneo ilustra, forja, temple. Modestos Ateneos, como el del Carmelo, en Barcelona, tuvieron su escuela. En la línea de los Ateneos de importancia estuvo el del Clot, al que tanto contribuyó el grupo « Sol y Vida », que desplegó una continua y acertada actividad. Asimismo, entre ellos el de Sans, muy apreciado de la juventud y que se destacó por sus animadas charlas. Y el de Barcelona, obra de los grupos de afinidad que acogió la idea de unir los varios centros culturales en un Ateneo de tipo local, para mejor estrechar

los lazos, concertar la acción y hacer frente a las necesidades de la propaganda.

La Biblioteca, como es natural, resulta indispensable en este predio de cultura, y entra dentro de lo posible aunque él sea más o menos pequeño. Un sencillo Ateneo, y todo Ateneo al comenzar puede hacerlo, si parece, con la sola Junta compuesta de presidente, vicepresidente, secretario general, secretario de libros, secretario de actos, secretario de adquisiciones, secretario de fondos y cuatro vocales, encargados éstos, uno por semana, con esmero, de la permanencia, de los aportes y de la atención a las preguntas, ideas y propuestas, de todos los compañeros.

Localmente, el Ateneo Cultural Libertario, simple en puntos pequeños o a tenor del contenido, y amplio, conforme a las necesidades, en las poblaciones mayores, con su Junta Local Informativa. Como anexo, el Círculo Difusional Libertario, donde se den barriadas extremas y pueblecitos agregados con posibilidades. El Ateneo dividido, si existen probabilidades, en corporaciones de actividades instructivas (racionalistas, gimnásticas y pre-aprendicistas); juveniles (ideológica, excursionista y profesional, práctica (mecano-dactilográfica, corte-confecionadora y trofológica); estudiantiles (preparatoria, geográfica e histórico-naturalista; técnicas (geometría, físico-química y matemática); literarias (retórico-poética, histórica y lingüística); artísticas (plásticas, armónica y fotográfica); deportivas (recreativa, atlética y varia, y sociológicas (orgánica, económica y artesánica), con la pertinente comisión seccional y, por los arrabales y agregados, si es viable, para la entente y relación de los cuerpos de actividades, correspondiente subcomisión auxiliar. El Ateneo subdividido, si ha lugar, en conexiones elementales racionalista, ideológica, etc., y subcomisiones consultativas, escuelas racionales y los distintos medios del Ateneo Cultural Libertario, en instalaciones especiales, y subcomisiones gestoras. Más las Juventudes Libertarias, equipos de afición, coros, rondalla, estudiantina, etc., y los grupos de afinidad.

MIGUEL JIMENEZ

## REFLEXIONES

El individuo que con sus palabras tuerce o deforma nuestro espíritu, nos hace tanto daño como el que nos da un puñetazo en un ojo; la señal podrá ser menos visible, pero el perjuicio es más duradero.

G. SANTAYANA

# Cervantes escritor, soldado y mártir

Por poco en este ambiente ve la luz la primera parte del «Quijote». El 24 de septiembre del año 1604, hallándose Cervantes en Valladolid, obtuvo el privilegio real para publicar su obra. Imprimióse en Madrid, a principios de 1605, en la imprenta de Juan de la Cuesta y la editó Francisco Robles, «librero del rey Nuestro Señor». Desde la aparición del «Lazarillo de Tormes», ningún libro — incluso la «Vida de Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán — alcanzó un éxito tan rotundo como el «Quijote». Llovían de todas partes las solicitudes para reimprimirlo. Francisco de Robles tenía la exclusiva de la obra limitada a Castilla, exclusiva que Cervantes — detestable hombre de negocios — hizo extensiva al librero del Rey Nuestro Señor sobre Portugal, Valencia, Cataluña y otras regiones. «Una batalla de intereses — afirma Juan Babelón — se libraba alrededor de este libro, que iba a hacer prodigiosamente su camino». «Lo extraordinario es que Don Quijote y Sancho Panza pasan incontinenti a la leyenda, y diríase al folklore». El triunfo de Cervantes suscita envidias, juicios malévolos, burlas sangrientas... Esto se llama dar coces contra el aqujón. Lo más triste es que Cervantes no sale de pobre con el «Quijote».

## VIII

El desfile de estos hermanos hacia la eternidad lo inicia Andrea (1609), tres veces viuda, a quien sigue Magdalena, soltera, dos años después, no haciendo cuenta de Rodrigo, muerto mucho antes en Flandes siendo teniente abanderado, ni de Luisa, monja Carmelita, que con más de setenta años fallece. En el drama de los Cervantes, Constanza es una racionista e Isabel de Saavedra la dama joven. Debilidad del padre: su clavo... Sale de una aventura y se mete en otra más peligrosa. Doña Catalina de Palacios no comparte los riesgos de estas personas que viven como bohemios. ¿Es ella la primera actriz de la obra? Sí, por la mímica más que por las expresiones. Una mujer no para un hombre que había de forjar en el yunque del genio el «Don Quijote de la Mancha». ¿Por ventura lo ha leído doña Catalina? ¿Está orgullosa de que el autor sea su marido? A favor de su hermano, sacerdote, acaba de testar: no está dispuesta a que sus bienes pasen de los Palacios a los Cervantes. Estos, los Cervantes, levantando la casa de Valladolid — la de los lios por el suceso donjuanesco Ezpeleta, seductor de oficio —, de nuevo se instalan en Madrid, adonde ha vuelto la Corte. Miguel de Cervantes es abuelo: Isabel ha tenido una hija de su matrimonio con Diego Sanz del Aguila, mucho más viejo que ella, quien en

1608, a los pocos meses de casarse, expira. La hija es la cruz del padre en los últimos años de su agitada existencia. Cervantes pende todavía del alcance, objeto del célebre proceso. Isabel, que vive en la calle de Jardines, va a contraer segundas nupcias con un tal Luis de Molina. Tal vez se preste a salir fiadora del dote doña Catalina de Palacios e incluso a actuar de prónuba. Pudiera ser que las aguas volvieran así a su cauce... Isabel de Saavedra ha escogido mal: Molina es un vulgar estafador, un sinvergüenza de tomo y lomo, que se hace con el dote de su mujer y sale de estampía, dejando económicamente comprometido a Cervantes.

Con haberse escrito tanto y tan bueno sobre el «Quijote», y lo mismo sobre Cervantes Saavedra, quizá hay mucho que decir todavía. Hasta aquí ha hablado la inteligencia, y yo quisiera oír expresarse al corazón. Menos sabiduría y más sentimiento. Lo que haga llorar acerca de Cervantes, figura en sí misma, conmovedora — un libro, una conferencia, un simple artículo — ilustrará más que palabras eruditas. La razón de la simpatía cervantina dimana de sus sufrimientos. Cualquier español está en condiciones de trazar la silueta de Cervantes, por ser el clásico que mejor percibe. Confunde a Quevedo, pero a Cervantes no. El «Quijote» tiene una medida justa: la de su creador. Escrito por otro de más capacidad — por Quevedo, que sabía más que Cervantes — el «Quijote» no sería la obra que tanto nos gusta; se diferenciarían en lo que se diferencian «El Buscón» y «Rinconete y Cortadillo»: «El Buscón» es la obra de un escolástico, «Rinconete y Cortadillo» la obra de un artista. Merecen reproducirse las siguientes palabras de Alaiz: «Leed el «Quijote» y veréis que por su texto se tiene la sensación de vivir en el siglo que se escribió. Las gentes hablan, se mueven, viajan, tienen una vida de relación, piensan, dialogan, discurren, bromean, se burlan, trabajan, sufren, mueren. Las halláis dentro de su margen, las conocéis tal como eran». Dice Unamuno: «No puedo representarme a Don Quijote si no al pie de una encina, con las bellotas en la mano». Yo no puedo representarme al Caballero de la Triste Figura sin ver la mala figura que en esta vida hizo el Caballero Cervantes. «El ansia de gloria y renombre es el espíritu íntimo del quijotismo — observa don Miguel de Unamuno —, su esencia y su razón de ser. El toque está en no morir». De un buen trabajo de Azorín titulado «Posición de Cervantes» («ABC» del 17 de junio de 1946): «Don Quijote es por su natural, por su misión, un enlace, en determinado momento histórico, entre la aristocracia y el pueblo, en una sociedad en que

lo intermedio, es decir, la mesocracia, no existe todavía. Y Miguel de Cervantes, creador de Don Quijote, asume el mismo papel, la misma misión». — «...Es ahora, gracias a Cervantes, cuando el pensamiento de unidad, de coherencia española, de trabazón íntima entre todos los componentes de España, encuentra en lo espiritual su plena realización. Don Quijote en casa de los duques es tan aristócrata como los mismos duques.» Nunca pusiera los pies en tal casa. De ella dimanan las desgracias de Don Quijote. Donde la estrella de la buena suerte dejó de brillar y ya no vió redor suyo más que sombras. Oíd lo que Unamuno dice de los duques en su libro «Vida de Don Quijote y Sancho»: «Lo llevaron a su casa para regocijarse con él y burlarse de su heroísmo». «Bellaquería y sandez de los próceres que creían, sin duda, nacidos los héroes para divertirlos y servirlos de juguete y zarandillas». «Ornato de la mesa, como una fruta rara o el último ejemplar de un pajaraco que se extingue». «Vistiéronle a usanza caballeresca y le llevaron a comer». «El canónigo, todo prosa el sentido común que titulaba bobo a Don Quijote».

La segunda parte del «Ingenioso Hidalgo» mejoró la primera. Sin embargo, los coetáneos de Cervantes siguieron considerando a éste un escritor chocarrero, un peripatético, un profano (lego), aunque el más alegre de España. Es la mentalidad fascista de entonces. De Tomás Tamayo al P. Niseno hay poca diferencia. Quevedo sólo tuvo al P. Niseno por enemigo: a Cervantes los Nisenos le llovían y no le dejaban a sol ni a sombra. Pero lo alaba Calderón en «Casa con dos puertas mala es de guardar» y en «El Alcalde de Zalamea». Quevedo — amigo de Cervantes — en su «Perinola», y Ruiz de Alarcón se inspira en un cuento de don Miguel titulado «Ganar Amigos» para escribir una de sus mejores comedias. Un hombre de pocas luces me preguntó ha poco si Cervantes tuvo enemigos. «Muchos y de fuste», le respondí. «Entonces, verdaderamente, valía» ¿Qué le habría costado a Lope de Vega, al referirse a los mejores poetas de su época, citar en la «Conquista de Jerusalén» a Miguel de Cervantes? Lope formó parte del Jurado para premiar las tres mejores poesías en el concurso celebrado con motivo de la beatificación de Santa Teresa. El primer premio, consistente en una copa de plata, lo obtuvo Cervantes, y Lope de Vega, que leyó la composición en la citada obra, ni siquiera lo nombra. Yo quiero ver en esa copa un cáliz: de plata y de oro son los cálices, pero no quitan a lo amargo.

«Con el pie en el estribo» saca a luz «Persiles y Segismunda». ¿Su hija habrá ingresado en un convento? El valeroso Miguel de Cervantes Saavedra, místico del heroísmo y héroe por grado y por fuerza, expiró en Madrid en la calle de León, el 23 de abril de 1916 — el mismo día muere Shakespeare — teniendo a Catalina de Palacios a su vera. ¿Donde está enterrado? Hasta la hora presente no se ha conseguido aclarar este enigma.

## IX

¿Qué más podría decirnos sobre Cervantes. Pero...

¿he dicho algo nuevo que valga la pena de echar a volar campanas? ¿no habría sido preferible callar y recogerme en este culto de mi corazón, tan acendrado y tan íntimo, dejando el puesto a otro, no con más sentimiento, pero sí con más inteligencia? No sé si por mi ignorancia, he llegado a tenerles miedo a los sabios. Se dice que no hay valores, y yo no veo actualmente cosa que más abunde. Es por eso tal vez por lo que vale nada cuanto encierra algún valor. El valor se tasa hoy a ojo de buen cubero. Cría fama, dice un refrán. La buena fama de hogaño es cubista. Poco entiendo de metales, pero se me antoja que estamos en la época del peltre. Perdonad, amigos, que tengo la boca un poco amarga. Me doy cuenta de lo que Cervantes debió sufrir escribiendo las dedicatorias de sus libros: esto lo he censurado yo y ahora me pesa, porque a la postre he comprendido que es lo más heroico de Miguel de Cervantes. Muy mal había yo de querer a una persona para deseárselo que le amparasen. La caridad sabe siempre a sopa de convento. Dije antes que he llegado a tenerles miedo a los sabios, pero no revelé el miedo que me causan los protectores. Sobre la tragedia de Cervantes cae el velo de su sonrisa. Detrás de esa sonrisa no se sabe lo que hay: puede haber mala leche. Pienso si no sería para él menos duro que le ofendieran — mucho y muchos le ofendieron — que le ayudaran... a caer. Las amarguras cervantinas se hacen miel hiblea, mas no pocas veces su miel sabe a retama. Lució poco, como todo el que ha de brillar después: el que ha de alumbrar luego es ahora una estrella apagada que se enciende con la muerte. No se busquen sus cenizas, sus restos: polvo diluido en la inmortalidad. Esto engarzado en una constelación, siendo un lucero entre un ramo de astros. Aquí fué un penitente sin cogulla. Cervantes, de frente, sugiere una figura del Greco: el cuerpo es el tallo y la cabeza la flor: alrededor la gorguera rizada una cerca. Todo espíritu, hasta la carne. Por eso, por lo bien que sabía, le ladraron y le mordieron. Creó el quijotismo, que no es un concepto pasajero, sino un sistema eterno. Han desfilado muchas filosofías, el quijotismo queda: han pasado muchos escritores de aquellos siglos, Cervantes perdura. Sesenta y nueve años duró su crucifixión, después de la cual hay silencio de cien. La primera biografía de Cervantes la escribió Mayán en el siglo XVIII. Basta ya, amigos, que estoy triste. En estos momentos, el destierro me pesa como nunca. Ayer, en la Cueva de Cervantes, en el acto memorable de la colocación de la placa, por iniciativa del Movimiento Libertario proscrito, ya era uno y hoy no soy el mismo. Las ilusiones que ellas mismas no se mustian en mi rosál me las arrancan. Puede que este lenguaje no sea razonable: ajustado a la premisa de Cervantes «lo que no es absurdo no es verdadero». Miguel de Cervantes Saavedra a levantar el corazón invita.

¡Gloria a los españoles caídos en defensa de la libertad!!

¡¡Gloria a Cervantes!!!

J. M. PUYOL

Fin de este trabajo

**E**RASE una reina guapetona, flamenca y sin seso, pero colmada de sexo. Le sucedió, dada esta circunstancia, lo peor que podía sucederle: la casaron con un hombre que no era un hombre. Como era la reina, se buscó otros. Proceder, de su parte, gracioso. Así lo reconoció su pueblo. Ningún otro hecho le habría ganado tantas simpatías. La reina era, antes que reina, mujer.

Los hombres que escogía, y que dejaba de lado en cuanto se cansaba, si no tenían rango, se lo daba. Otro proceder gracioso. Hacia de ellos lo que la placía. Si eran capitanes, los ascendía a coroneles; si coroneles, a generales. Y si eran diputados, los hacía ministros. En cuanto a los sacerdotes de que estaba rodeada, los más complacientes para su conducta no tardaron en ser obispos. Poder tan juiciosamente administrado, merecía elogios unánimes. Sólo algunos descontentos, que nunca faltan, se los regateaban. Pero nadie hacía caso de los descontentos.

De su misión de reina, apenas se ocupaba. Para eso estaban los ministros, presididos, casi siempre, por un general, su amante de turno.

Los ministros, y el general, se ocupaban, más de lo necesario, de sus propios asuntos. No había reina en el país, ni rey: ésa era la realidad. Y no se notaba. Se vivía perfectamente sin ellos. O no se vivía. Pero si no se vivía no era porque no hubiese reina ni rey; era porque había ministros, presididos por un general, ocupados, muy ocupados, de sus propios asuntos.

Claro está que se ocupaban también de otras cosas — ¡no faltaba más! —: de la política, que es ocupación absorbente, y de la guerra, estado casi normal en el país, cuando no con el extranjero, o en alguna colonia, entre los mismos habitantes del país, muy dados a ese género de lucha.

Los descontentos hacían responsable de todo a la reina. Con una reina normal, poseedora de un marido normal, no habrían sido descontentos. Era, su descontento, pequeño, aunque ruidoso. Generalmente es así. Se está descontento de algo que no es peor que aquello a que se aspira.

Para los ministros, y el general que los presidía, sus censuras eran menos ásperas. Es que querían ser ministros, o presidir ministros. No podían desear el puesto de la reina. Habría sido un deseo vano. Y no estaban seguros, sin duda, de hacer, como ministros, cosa distinta de la que hacían los ministros.

A la reina no llegaban, si no muy atenuadas, las críticas. Le dolían. No creía hacer mal a nadie. Creía, al contrario, derramar el bien sobre cuantos se le acercaban. Y no se engañaba. Los colmaba de bienes, después, o antes, de hacerles el regalo de su persona. Espléndido regalo.

Hizo, en más de una ocasión, que le trajeran algún descontento irreductible. Toda la irreductibilidad quedó en la antecámara. No había persona que se acercara a la reina y continuara censurándola. Una sonrisa suya bastaba para producir el milagro. Era simpática, simpática. Y tan simple, que no había modo de guardarle rencor.

Habría podido acallar a todos los descontentos, puesto que su descontento era pequeño, pequeño. Le deses-

## VERSIONES

# LA

peraba que los hubiera, y toda su voluntad tendía a que tuvieran, si no aquello a que aspiraban, algo que les hiciera desarrugar el ceño y poner sordina a sus decires. Los ministros no dejaron madurar ese propósito. Eran ya muchos los que participaban en el reparto de lo por ellos considerado como propio. Acabaron por no permitir que la reina tuviese eco de rumor alguno. Casi la enclaustraron.

Como era tan simple, no se percató de ello. De ese hecho insignificante había de provenir la tormenta que lo echó a rodar todo.

Nada, al parecer, había cambiado en la vida de la reina. Pero, salvo a su amante del momento, y a los ministros, en raros concejos, no veía otras personas que algunos sacerdotes y algunas monjitas simples como ella. De los cortesanos y cortesanas, se vigiló constantemente a los aficionados a conspirar, o se les hizo partícipes de aquello que deseaban: forma de acabar con su afición.

Pronto el aislamiento, que tardó mucho en notar, hizo adquirir a la reina nuevas costumbres, sin perder las que tenía. Se confesaba más que antes, para quedar li-

# Anarquía

«Afirmamos nuestra superioridad sobre la mera existencia porque nos atrevemos a crear: y por creación no significamos construcción. La construcción es la hábil manipulación de elementos dados; la creación es la expansión de la conciencia, la conquista de nuevas zonas de comprensión. La creatividad es la ampliación sensible de la realidad; es la percepción de lo nunca percibido hasta entonces; la invención de conceptos nuevos y la elaboración de nuestro concepto del universo (la progresiva conciliación de lo singular con lo universal, según definió Hegel este proceso). Porque la libertad



# REINA

bre de sus pecados y poder repetirlos, y hacía confidentes de sus inquietudes a las monjitas, incapaces de aconsejarla. Hasta que el cielo le envió una que sí podía aconsejarla, y que, especie de conquistador con faldas, revolvió toda la Corte. Que pudo llamarse, desde entonces, la Corte de los milagros. Porque la reina fué la primera en creer en ellos. Con fervor. Con tanto fervor como ponía en el regalo de su cuerpo.

Todo lo que siguió a ese acontecimiento fué algo de sueño, vivido por personajes de sueño. Los ministros, los generales, el tejer y destejer de los cortesanos, la política, la guerra, el eco de lo que el país sufría o soportaba, el descontento de los descontentos, todo era como irreal. Na había más que una realidad: la reina estaba en manos de una monjita milagrera, y esta monjita era la que regía a la nación: a su capricho. Con un despotismo que para si hubieran querido los déspotas orientales. Despedía ministros y generales, desterraba cortesanos, dictaba leyes, rehacía la constitución, todavía esbozo de constitución. Era una maravilla de actividad, de energía y de ignorancia. No hay maravillas de actividad y de energía sino aparejadas a la ignorancia.

## y orden

carece de sentido sin unidad, sin mutualidad. Soy libre hallándome en medio del Sahara, pero mi libertad es inútil porque no puedo comunicar mi conciencia de ella a otros, y continuar así el «hilo metamórfico». La conciencia es social, fenómeno colectivo. La raza humana evoluciona en virtud de su colectividad, como un rebaño. Pero el rebaño genera en sí mismo puntos más agudos de conciencia, que son los espíritus de los individuos; éstos envían a la comunidad sus actos creadores de percepción. Se produce un gradual, muy gradual cambio de conciencia en todo el cuerpo.»

Herbert READ

Por primera vez, empujada por la monjita, la reina parecía ocuparse de su pueblo. Era un desastre. Se estaba mejor cuando dejaba ese quehacer a los ministros. al fin y al cabo no vitalicios. ¡Mientras los principales cuidados de éstos eran enriquecerse, gran mal, no perpetraban males mayores. La reina, que no tenía por qué pensar en la riqueza — todo era suyo —, llevaba el país al caos.

Se logró alejar a la monjita, para evitar ese peligro. Siguió, desde su convento, pero no ya tan escandalosamente, haciendo y deshaciendo ministerios. Caían unos y surgían otros como fantasmas. Y como fantasmas hacían los generales la guerra, los políticos la política, los embajadores la diplomacia. Y hasta los descontentos proclamaban, como fantasmas, su descontento.

La reina tomó gusto a disponer, porque en su simpatía, creyó ser ella quien disponía. Sus propios amantes, ante los que en otro tiempo era pasta moldeable, no tuvieron ya su respeto. De señores, pasaron a lacayos. No había más voluntad que la de la monjita: ésta era ahora la que poseía; no como ellos, pero más absolutamente que ellos.

El sueño tuvo fin: tragicómico. Los descontentos aumentaron — y sucede alguna vez —, fueron escuchados. Para facilitarles su tarea, la reina, ya muy inclinada a la superstición, se hizo en todo supersticiosa. Su pueblo también lo era. Pero se soporta mal en los demás aquello que se es. Todos los caminos están abiertos para quien sabe aprovechar circunstancia pareja. Los descontentos, sin clara conciencia de ello, supieron aprovecharla. Cundió el deseo de librarse de la reina, que no había perdido su simpatía, pero que no se juzgaba tan simpática. Muchos de los que habían recibido sus favores la traicionaron. Y en un instante, inesperado, insospechado, como terminan los sueños, terminó el sueño: la reina fué destronada.

Partió para el destierro, con algunos de sus fieles, que fueron disminuyendo poco a poco. Reconquistado el reino, aunque no para ella, volvieron al país, para seguir participando de lo que quedaba, o de lo que se creaba.

En el destierro, la vida de la reina se prolongó años y años. Pasaba su tiempo — el tiempo que le dejaban libre las aventuras, a las que no había renunciado —, en rezos y oraciones — no se creía nunca perdonada de sus pecados —, o con una baraja en la mano tratando de interrogar al Destino.

Su simpatía no había disminuido. Cuantos se acercaban a ella quedaban prendados de ella. Era vieja, vieja, pero conservaba los rasgos de su antigua belleza, del antiguo esplendor de su cuerpo, tan generosamente prodigado.

Murió un día triste, al anochecer, bajo un cielo plomizo, añorando el sol de su pueblo.

Un escritor ingenioso, compatriota suyo, y desterrado, como ella, al leer, horas después, la noticia de su muerte, resumió su existencia en una frase, sin ningún propósito de ofenderla.

— Es la primera noche — dijo — que duerme con las piernas cerradas.

DENIS

# LA VIDA Y LOS LIBROS

## «LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX»

por Carlos Rama

(Continuación)

### UNA SOCIEDAD REPUBLICANA CON UN EJERCITO MONARQUICO

Tal era la situación de España el año 1931 cuando el advenimiento de la República. No es de extrañar que semejante paradoja coloca a los republicanos en una situación extremadamente delicada. Uno de ellos, Azaña, desde el Ministerio de la Guerra usó de toda su audacia y de todos sus poderes para conseguir un cambio. La República se proclama el 14, y el 23 del mismo mes y año ya aparece un decreto que inicia el alejamiento de los oficiales monárquicos. «De 26.000, dice Jiménez de Asúa, la plantilla quedó reducida a menos de 10.000. Diremos de paso que en todos los cambios políticos de todos los países se ha observado la misma situación que en España y se han tomado medidas parecidas para neutralizar al ejército. Azaña no innovó nada.

Hoy, a casi 30 años de aquellas fechas, los españoles nos preguntamos: ¿Es posible o no es posible gobernar sin barrer de la nación a las castas militares? No; no puede ser. La historia viene a darnos razón a los anarcosindicalistas cuando afirmamos que el poder político no es nada, es impotente, si la Banca, la Iglesia y el Ejército no desaparecen mediante una acción popular; mediante una fuerza, auténticamente del pueblo, que sepa hacerles frente. La intención de los republicanos, por buena que fuera, no dejó de ser una inocentada. Perdonable entonces, si para el futuro aquello les ha servido, nos ha servido de lección.

Carlos Rama abarca en su libro aspectos de todo orden que encadenan los acontecimientos y los hombres. Así nos dice, refiriéndose a otro siglo, mientras «el Estado se ajusta a la defensa del «statu quo», sin actuar en un sentido de progreso positivo, o simplemente favorecer una evolución, «el mundo de las ideas sigue las líneas de la vida del espíritu del mundo».

Determinista, concluye: «De ahí que el ideal revolucionario que procura dar soluciones a los problemas del país sea prudentemente liberal monarquista en 1812. ¡Y tan prudente!, «republicano federal en 1868, y a partir de entonces, demoliberal o socialista.»

Dice una gran verdad, que debería hacer reflexionar a todo español, cuando afirma que «el Estado español mantenía las grandes líneas arquitecturales de la Edad Media y había pasado sin graves transformaciones toda la época moderna». En los siglos en que los demás Estados europeos sufrían hondas transformaciones (Italia, el Renacimiento; Alemania, la Reforma; Inglaterra, las Revoluciones del siglo XVII; y Francia, la Gran Revolución) España en cambio, se ha ahorrado ese trance al precio de su decadencia.»

Exacto, la pata católica no ha soltado presa en España. Después de la expulsión de los moriscos, en la sociedad española se pararon hasta los relojes.

No es el primero en decir que España ha obrado casi siempre a destiempo. «¿El mal de España? Es el reflejo de la psicología individual enfrentada al Estado, pero antes de intentar corregir al individuo corresponde renovar y transformar al Estado... En una palabra, se trata

de incorporar a España al concepto europeo del Estado y nación.» Si esto quiere decir que como nación y como conglomerado social, España no ha marchado jamás al unísono de las otras naciones, hace bien con remarcarlo. Nunca, el español, ha sido oportuno. Muchos ejemplos nos ofrece la historia para poderlo decir. La última acción oportuna, no por eso menos noble y justificado, fué el guantazo que se le dió al fascismo el año 36, el primer guantazo que éste recibió; cuando el mundo ya empezaba a acostumbrarse a ver solamente victorias fascistas (se merendó a Italia sin casi resistencia, siguió Alemania con la tolerancia de las multitudes y de las naciones, después Austria, etc., etc.), debió ser España quien le hiciera frente. Y si perdió, sólo a la falta de una verdadera solidaridad internacional hay que culpar. Aquel guantazo tres años más tarde habría tenido otra resonancia.

Las causas de la psicología colectiva española, deduce Rama, hay que buscarlas en «la estructuración de su sociedad de acuerdo con su economía atrasada y en la *actitud del Estado* (subrayamos nosotros). Maritain dice lo mismo si se tiene en cuenta que Estado y Clero en España son la misma cosa. Este escritor francés escribió: «Todo observador de España sabe que la relación psicológica del pueblo y de su clero y el resentimiento de aquél es la herida profunda de la historia española.» Sobre todo en estos últimos tiempos en los que el clero se ha portado peor que nunca al confabularse y animar a la matanza de tantos españoles.

Temerosos del militarismo no han sido solamente los republicanos. También le han temido los propios monárquicos. Al efecto Rama reproduce de Romanones: «Como consecuencia de los hechos que quedan expuestos, la política estuvo supeditada al elemento militar y la dirección suprema de ella puesta en manos de los militares». Sigue afirmando que «en su actitud no siempre eran los ideales quienes primaban, a veces también el apetito personal». Indudablemente, España ha sido prisionera del apetito personal de la oficialidad del ejército y del alto clero. Más aún que de la Banca, más, mucho más, que de la propia burguesía.

En cuanto al carácter individualista e indisciplinado de los españoles dos ejemplos nos cita que contrastan con ello: «No hay que olvidar, dice, que algunos de los organismos mundiales más férreos han surgido en España (la Compañía de Jesús y la Guardia Civil).» No obstante, no esconde el hecho del carácter individualista y rebelde del español, cuyo mejor intérprete en nuestros días ha sido Pi y Margall. Para éste, «todos los hombres son ingobernables.» Esto como principio.

En el hermoso libro de Rama no podía faltar toda una serie de citas del gran maestro del federalismo, principalmente en aquello que se refiere a estructura social e independencia de individuo, grupo y territorio.

Las mismas ideas encuentra en Costa, y el mismo afán de renovación en el no menos querido Ganivet. Síntesis de todos ellos, según Rama, es Ortega y Gasset cuya principal preocupación es España. Una tortura moral, su decadencia.

Como con Costa y Pi y Margall, leyendo «La crisis española del siglo XX», Rama nos hace pasear en conversación íntima, calurosa, ilustre y provechosa, con

Ortega y Gasset, con Menéndez Pidal, con Layret, con Largo Caballero, con Primo de Rivera, etc.

Desde luego, en política, como pueblo, el español ha sido un dormilón. Será rebelde como individuo, pero su rebeldía es intuitiva, sin cálculo, sin norte, y por ende, sin consecuencias. El pueblo español habla por su conducta y ésta es concluyente: «Despierto un día, dormido cien años». De ahí que Madariaga diga que el español en un «espectador» y que Altamira estudiando la sicología de los españoles aluda a «su indiferencia».

Indiferencia, por otra parte, muy original a veces cuya muestra nos la ofrece el propio Azaña en las siguientes líneas: «A travesaba yo una villa castellana. Era un día de fiesta o de feria; la plaza estaba llena de gente. Es claro: pasa el presidente del Consejo de Ministros, y ¡qué se le va a hacer!, la gente se agolpa al coche, grita, saluda, nos cuesta trabajo abrirnos camino. ¡Ah! Pero todo esto que, agradecido, a veces es penoso, nos hace salir de la plaza, y en la esquina había un hombre magnífico, un hombre de gran estatura, atezado, seco, que debería ser, supongo yo, curtidor, con un enorme mandil de cuero que le caía desde los hombros hasta los talones. Apenas reclinado en un poyo de piedra, me vió pasar. Yo iba de pie. Me reconoció, me di-

rigió una mirada de desprecio sublime y no se movió. Desde entonces tengo por este hombre una admiración tal, que digo: éste es el hombre castellano que yo quiero. Pasa el presidente del Consejo de Ministros y él está con su mandil de cuero, quizá con su hambre, y con su olímpico gesto castellano dice: «Somos dos iguales». Desde luego, si pensamos en algunos hechos acaecidos en España durante el gobierno de Azaña, no podemos evitar una mueca de duda al leer esta anécdota, y gritar con cierta severidad: ¡oh, lirismo! Porque, ¿quién sabe si aquel curtidor era vecino de Casas Viejas! ¡Quién sabe!

Mas, y precisamente por ello, citasiones de éstas no le quitan valor al libro de Rama, antes al contrario, le aumenta el valor por la riqueza de detalles y por los contrastes que surgen presentando aspectos verdaderamente históricos de la pobre España. Esa España en la que, al decir de Costa, Costa el Grande, llamariamos nosotros al autor del «Colectivismo Agrario», «se debe poner fin a este hecho monstruoso... que más de la mitad de los españoles se acuesta todas las noches con hambre.»

M. CELMA

(Continuará)

**¿QUE ES LA VIDA?**

Un animalculo puesto en circulación por un espasmo, y ya estamos en vida.

Un microbio puesto en movimiento por un miasma, y ya estamos muertos.

A. DUMAS

## «EN MI HAMBRE MANDO YO»

«En mi hambre, mando yo»; así contestó un labriego andaluz al que instaban, en unas elecciones, a que votara a favor del candidato reaccionario. «Tú tienes hambre», le repetían, «y nosotros podemos darte lo que necesitas».

Era cierto; él tenía hambre, pero era dueño de ella, mandaba en ella y no estaba dispuesto a venderla. Tenía razón; no podemos negociar con nuestras hambres.

He aquí la justificación de las páginas que siguen, por mí trazadas, las que deseo hacer llegar a quienes por su hambre han sufrido.»

Isabel de Palencia

**E**STE es el título y la presentación del libro que hace unos meses, en forma de novela, dió a la luz pública una escritora de fuste, que supo dar a la tragedia de España, una interpretación poco común.

La autora, la señora Isabel de Palencia, ha escrito este libro con la vista y la emoción fijos en la tragedia de España provocada por los esbirros de las castas militares y clericales.

La lectura de este libro ha producido en nosotros una sensación de nostálgico deseo del ayer venturoso en el que cifrábamos tantas y tan soñadas esperanzas de una era de grandes y prometedoras venturas y libertades para nuestro pueblo.

Esta narración en forma de novela, escrita con tanta emoción, no es una novela pura y simplemente como las que se escriben para un público acostumbrado a lo espectacular y truculento de las narraciones humanas. Es un libro vibrante, emotivo, pasional. En sus páginas flota un realismo capaz de poner en conmoción las más adormecidas fibras de nuestros sentimientos.

Los tipos y lugares que en sus páginas se destacan, son tan vivos, tan reales, tan exactamente característicos de nuestros rasgos políticos y sociales, que uno se siente transportado a los rincones que le fueron bien conocidos por sus luchas, por sus anécdotas, por sus hechos y por las condiciones tan acentuadas de indomable oposición a la tiranía ejercida por los caciquismos de todos los tiempos.

Las escenas, los tipos, son tan vivos, son de una humanidad y

de una firmeza de carácter tan sustantivos en los hombres dignos, en los seres todos, que se hace difícil errar el camino de la interpretación diciendo que es un dechado de psicología de nuestro pueblo, de la España sufriente, aherrojada.

El prólogo de nuestro movimiento, provocado por el fascismo español, da paso a la profunda y emocional tarea de nuestro pueblo en la defensa de sus derechos y en el aprovechamiento de sus fuerzas y de sus ideas que las impulsan, para lograr el firme asiento de las libertades públicas.

Lo épico, lo trágico y lo sentimental, unido al fondo moral de los impulsos que mueven al pueblo español para lograr la derrota de esta nueva tiranía que quería sumirlo en el más negro de los abismos, de las esclavitudes modernas, campea de forma tan clara, y con una comprensión tan humana en sus descripciones, que uno se ve forzado a no alejar su vista de estas páginas tan crudas, pero tan ciertas, en las que la tragedia de España aparece en toda su extensión, su crudeza y su verdad.

Los tipos, los lugares, las escenas tormentosas, dan una tónica de realidad tan pura, tan sentida y tan auténticamente histórica, que se hace bastante difícil superar.

El concepto arcaico de lo absoluto, la tradición del principio de autoridad feudal de que se jactaban los caciques y los poseedores de la riqueza territorial, con la cual esclavizaban al campesino y al obrero, adquieren una calidad tan acentuada de los atropellos que soportaba el pueblo, que uno se siente transportado a aquellos lugares de miseria y de triste vivir de los campos de Andalucía, del agro español todo.

Pero también, como natural contrapartida y reacción al concepto arbitrario, aparece vibrante, firme, decidido y acometedor, con sentido exacto de la consecuencia y de la perennidad humanista, el tipo del hombre que no se doblega ante la injusticia, ni ante la miseria a que lo someten las clases privilegiadas que detentan la riqueza del agro, indebida y criminalmente.

Se conjuga en algún momento, el estado de conciencia del que goza de todos los privilegios económicos, rebelándose contra la injusticia, y el ansia de reivindicar su derecho a la vida de aquellos que carecen de todo. Y sur-

ge, con conciencia y sentimiento de la justicia, que debe imperar en la tierra, el deseo y la decisión hecha firmeza de propósitos, en el corazón de los hombres a la negra noche actual, y que solamente les apartan, como hermanos en desgracia, el privilegio de haber nacido en cuna dorada unos, y en cuna de esparto, otros. ¡El gran Drama!

En el libro, va discurriendo el proceso de nuestra hecatombe, con los accidentes propios de toda contienda en la que la justicia reclama y se esfuerza por lograr e imponer sus sagrados fueros; y la injusticia que apela a todo cuanto constituye el crimen para abatir el ansia de libertad de un pueblo que —como el nuestro— no hizo otra cosa que defender las conquistas de un siglo de luchas en pro de tales prerrogativas superiores para enaltecer a todo un mundo libre, justo y humano.

Este libro, nos ha recordado lo vivo de aquellas jornadas en que los hombres no conocían el peligro, y en los que cada luchador era un baluarte de la libertad hollada.

Los días del Madrid heroico, las colaboraciones traidoras, desde el interior mismo de la zona leal a la contienda, la abnegada labor de los que surtían a los frentes de lo necesario para su defensa, y por último, las vicisitudes, las horrorosas escenas del vencimiento, en el que colaboraron, consciente e inconscientemente, todos los Estados de la Europa llamada democrática, y los seudo defensores de los intereses de las clases trabajadoras, imponiendo sus tácticas que habían de conducir —y condujeron— inevitablemente de la España revolucionaria, a la negra noche actual van desfilando por el libro como cinta cinematográfica que se clava en los sentidos, en el alma no insensible al dolor humano.

Las épicas y horrorosas escenas del puerto de Alicante, las ejecuciones en masa de los «vencidos», el tormento, el terror y el horror impuesto por los «vencedores»; el desprecio, el escarnio, y la burla a los caídos en la red franquista, son notas que campean con escafofrío en las páginas de este libro que con gra n imparcialidad comprende la razón de los que luchaban por un mayor grado de libertad. Libertad que les habría de arrancar definitivamente con su triunfo el nuevo «imperio» de la traición y de la ruín venganza.

Y, por último, la constatación



de que un pueblo no quiere vivir encadenado, simbolizado por el sacrificio postrero del que, aún viendo perdido el pleito, intenta reemprender la marcha por todos los medios imaginables, para recuperar las libertades, aún cuando la vida quede truncada por las balas del triunfador asesino.

«Hambre de libertad, hambre de pan, hambre de tierra, hambre de justicia», son el símbolo al que se entrega íntegramente el hombre del campo, de la fá-

brica y del taller, para lograr tan bellos sueños, tan indispensables atributos sin los cuales la vida no tendría objeto; para que esta vida humana cumpla una misión; vivirla consciente y justamente, plenamente, como corresponde al ser humano cuya vida es útil a la sociedad, y que no pide otra recompensa que la reciprocidad y la abolición del parasitismo secular.

«Hambre de amor, hambre de trabajo, hambre de cultura», que permitan al hombre ser digno de

sí mismo. Este es el verdadero sentido a que se acerca íntimamente, el sentido auténtico de la narración de la escritora que supo, con su sensibilidad y su comprensión, situar el problema de la lucha contra el fascismo, en su verdadero plano y realidad.

Señora de Palencia, ha prestado usted un gran servicio a la Historia y al pueblo español, haciéndoles justicia.

H. PLAJA

## Agradecimiento a los libros

por STEFAN ZWEIG

Aquí están, resignados y callados. No instan, no llaman, no piden. En su estante están, y esperan silenciosos. Una somnolencia parece envolverlos y, sin embargo, de cada uno de ellos mira un hombre como un ojo abierto. Al acariciarlos con la vista, con las manos, no nos llaman suplicando, no se dan importancia. No piden. Están esperando que nos entreguemos a ellos; solamente entonces se ofrecen. Primero, tranquilidad alrededor de nosotros, tranquilidad en nosotros; luego estamos dispuestos para ellos: una noche, al regreso del camino fatigoso; un medio día, cansados de los hombres; una mañana nublada que se abre entre sueños visionarios. Deseamos platicar con alguien y, sin embargo, estamos solos. Deseamos soñar; pero con música. Con el gusto epicúreo anticipado de la dulce prueba, nos acercamos a la biblioteca; cien ojos, cien hombres clavan la vista en nuestras miradas escudriñadoras, silenciosas y pacientes como las esclavas de un serrallo a su dueño, esperando con devoción la llamada y felices de ser elegidos, de ser gozados. Y de hallar luego, como cuando el dedo pasa tanteando sobre las teclas del piano, el sonido exacto de la melodía interior; flexibles se sujetan a la mano de este ser blanco, taciturno, este violín silencioso del que emanan todas las voces del universo. Lo abrimos, leemos un renglón, un verso; pero no sueña en consonancia con la hora. Desilusionados, casi sin delicadeza, lo devolvemos a su sitio. Hasta que encontramos el presentido, el propio, el justo en el mundo. Y de repente sentimos la emoción de lo sublime, de lo divino, de lo único... La magia ha obrado; fantasmagorias suben desde las suaves nubes del sueño. Calles y avenidas se abren de par en par, y extrañas lejanías recogen tu sentimiento que se va extinguiendo.

Un reloj hace oír su tic-tac no se sabe dónde; pero no alcanza hasta este tiempo ya escapado de sí mismo. Aquí las horas se miden con otro compás. Tenemos aquí libros que transcurrieron muchos siglos antes de que sus palabras nacieran en nuestros labios; tenemos aquí libros jóvenes, nacidos sólo anteayer, engendrados por la perturbación y el capricho de un niño imberbe; pero hablan una lengua mágica; tanto el uno como el otro, elevan, meciendo nuestra mente. Y emocionando, consuelan simultáneamente; seduciendo, apaciguaron los sentidos abiertos. Y paladinamente nos sumergimos, nosotros mismos, en ellos, por sereno vuelo de sus melodías, por un mundo más allá de nuestro mundo.

¡Qué horas más puras pasamos alejados del tumulto terrestre!  
¡Libros, compañeros fieles, silenciosos, cómo agradecemos vuestra perpetua compañía, el aliento e infinito estímulo de vuestra presencia!



# MICROCULTURA

495. — El 12 de enero de 1773, en Charleston, Estado de Carolina del Sur, se inauguró el primer museo público en Norteamérica.
496. — *Cambul* es el nombre local que se da en Yucatán al faisán.
497. — Demócrito, en el año 420 (A.C.), enseño la indestructibilidad de la materia.
498. — W hler, en 1827, fué quien aisló el aluminio.
499. — Fotografias de huesos humanos, hechas sin necesidad de rayos X, han sido obtenidas por un registrador ultrasónico.
500. — El dieldrin es 20 veces más tóxico para los insectos que el DDT.
501. — Existe más de un millón de ciegos en la India, donde un médico filántropo americano realiza hasta cien operaciones diarias de cataratas.
502. — Papel hecho con fibras metálicas, en vez de pulpa de madera, es conductor del calor y la electricidad, resiste temperaturas extremas y tiene propiedades magnéticas.
503. — Cientificos de la universidad americana de Columbia, consiguieron hacer nervios a través de la médula espinal seriamente dañada de animales.
504. — Lo que mantiene a un s telite en su órbita es el hecho de que la fuerza centrifuga sobre él está equilibrada por la fuerza de la gravedad.
505. — Se calcula que la mitad de la población de la América Latina es analfabeta.
506. — Enrique Scheliem n (1822-1890), fué un arqueólogo y helenista alemán, c ebre por su descubrimiento de las ruinas de Troya en 1871.
507. — El planeta Saturno ocupa el sexto lugar en nuestro sistema, en el orden del distanciamiento al sol.
508. — El primero que llegó a la cima del Monte Blanco (Suiza), fué Horacio de Saussure, físico y geólogo suizo (1740-1799).
509. — El 5 de junio de 1783 ascend  el primer globo de los hermanos José y Esteban Montgolfier.
510. — Francisco Madero, fué un patriota mejicano que traicionó a Emiliano Zapata y que luego murió asesinado.
511. — La máxima latina «Trahit sua quemque volupta» significa que cada cual tiene una afición que le arrastra; es decir, cada cual tiene sus inclinaciones. Pertenec  a Virgilio.
512. — El primer europeo que descubrió Alaska fué Vito Behring, un navegante danés al servicio del ruso Pedro el Grande (1660-1741).
513. — Benjamin, en hebreo, significa «hijo de mi diestra».
514. — El que tiene aversión al trato humano es un misántropo.
515. — Conticinio es la hora de la noche en que todo est  en silencio.
516. — Alaska en esquimal quiere decir «Las Grandes Tierras».
517. — Las tres partes componentes de la Tierra son: la atmósfera, la hidrosfera y la litosfera.
518. — La mont a más alta de los Estados Unidos de Norteamérica es el monte Whitney, situado en California.
519. — El más grande poeta de América se estima fué Rubén Darío, nicaragüense (1867-1916).
520. — Hans Christian Andersen fué el cuentista danés autor de «El patito feo».
521. — Se entiende por «lavacaras» a la persona adulatora.
522. — Por medio del sismógrafo se determina la ubicación e intensidad de un terremoto.
523. — El historial médico más antiguo que se conoce es el escrito por Imhotep, médico egipcio hace unos tres mil años.
524. — Los monos más pequeños del mundo son los tities; son tan pequeños que una pareja puede sentarse en la mano de una persona sin ocupar mucho espacio.
525. — Por término medio, un automóvil tiene unas quince mil piezas.
526. — Las letras escritas en el aire por un aeroplano son aproximadamente de un kilómetro y medio de largas y de un kilómetro de anchas.
527. — El avestruz ruge como un león; a cierta distancia no puede distinguirse entre el rugido de ambos animales.
528. — En Irak es donde hay un puente que se baja para dejar pasar los barcos.
529. — Juan Christian Oersted fué un físico dinamarqu s, que se inmortalizó con el descubrimiento del electromagnetismo (1777-1851).
530. — Las islas más grandes del Mediterráneo son Sicilia, Cerdeña y Chipre.
531. — El apellido más común en los países de habla inglesa es Smith; le siguen Johnson, Brown, Miller y Jones.
532. — En agosto de 1619, un barco de guerra holandés vendió a los colonizadores norteamericanos, los primeros esclavos negros.
533. — Catorce toneladas y media pesa el gran reloj de Londres llamado «Big Ben».
534. — El ave que viaja más lejos cuando migra es la golondrina de mar ártica, que pasa el verano en el círculo polar  rtico y el invierno en el antártico. Recorre unos 35.000 kilómetros en un año.
535. — Un indigena australiano puede lanzar el bumerang a noventa y un metros y cuatro centímetros, antes de que regrese a las manos del que lo lanza.
536. — El corazón de la ballena, por término medio, pesa 363 kilos.
537. — El lago artificial más grande del mundo, es el embalse formado por la represa Grand Coulee, en el Estado de Washington (EE. UU.), que mide doscientos cuarenta y un kilómetros y medio de largo.
538. — Los  rabes llaman al dromedario «mehari».
539. — La formación de las islas coralinas fué explicada por Carlos Roberto Darwin, naturalista inglés, en 1836.

## PARABOLA

### El perro que supo perdonar

Cielos de luz arriba y tierras de verdor abajo. Unos y otras, orgía de rumores y matices, paisaje de fiesta, en permanentes galas domingueras para solaz de los cinco sentidos. En el cielo, en la amplitud azul de la inmensidad, un águila planea, dorándose en el incendio del sol mediterráneo. Y en la tierra, por camino bordeado de arrozales en flor, un hombre a quien sigue zaguero un hermoso perro de aguas. La belleza de aquel cielo y la bondad de aquella tierra no bastan para apartar del pensamiento del hombre una idea bárbara. Diríase que cruza por un erial. Y es que el hombre va a matar. En cambio, el perro, su víctima, solazándose en la epifanía vernal de los campos, se detiene, respira, escucha, olfatea y corre, cuando el hombre traspone un recodo o desaparece en una cañana.

Llegan al río. El perro, ajeno a la intención del hombre, salta el primero a la barca y con ladridos de impaciencia insta a su compañero a que se embarque. Este se ha quedado en el guijarral del cauce buscando algo. El perro, las orejas enhiestas, mira al hombre, se impacienta y ladra. Pero el hombre ha hallado ya lo que buscaba: una enorme piedra redonda que aupa hasta el vientre, sujeta con los dos brazos y trae a la barca. El perro, al verlo llegar, gruñe cariñoso, como reconviniéndole por la demora.

El hombre, a quien la idea de matar no abandona, rema en busca de la mayor hondura del remanso. El perro se ha colocado ahora en la proa, ansioso de abordar la opuesta orilla. Pero, cuando la barca llega al centro del río, se para. El perro, extrañado por la detención, vuelve la cabeza al hombre; éste le llama, y el perro se le acerca con coleteos de júbilo. ¡Es la primera vez que el hombre le ha hablado aquel día!

Y el hombre, a quien el júbilo del can no dice nada, ata al cuello de su perro una cuerda con la que previamente ha sujetado la piedra. Después... toma al perro en brazos y lo echa al agua; detrás arroja la piedra, asiste impasible a la agonía del perro que se hunde y empuña los remos para volver a la orilla.

Pero el perro en sus forcejeos con la muerte se libra de la cuerda mal anudada al cuello y sale a flote. Trata de acercarse a la barca y el hombre que lo ve agarra un remo, se pone en pie y descarga sobre la cabeza del animal un golpe que el agua amortigua; levanta de nuevo el remo, pero con el esfuerzo la barca pierde el equilibrio y el hombre cae al agua.

Ahora es el hombre quien se debate en una lucha a muerte con el río. No sabe nadar y bracea en vano por mantenerse a flote. Llama desesperado al perro y éste, al oírse invocado en aquel grito apremiante, acude hasta el amo, lo agarra con sus colmillos por la ropa y nada, remolcándolo, hasta ganar la arena de la orilla. Una vez allí, lame la cara del hombre. Este se hurta a la caricia hasta que, ganado por la insistencia, acaba por abrazar al perro.

El hecho es auténtico. Ocurrió en tierras de nuestro Levante, de aquella Valencia que, por un gracioso favor de los dioses y de los hombres, es huerto de Ceres y jardín de Dionisios. Pues, allí, en aquel jardín de nuestra España, pudo haber un hombre capaz de matar a su «mejor amigo», pero —consolémonos— habrá siempre perros capaces de olvidar tan monstruosa ingratitud.

Mariano Viñuales

## Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama .....	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios .....	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure .....	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny .....	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Rocker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau .....	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentín Camp .....	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:  
« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse

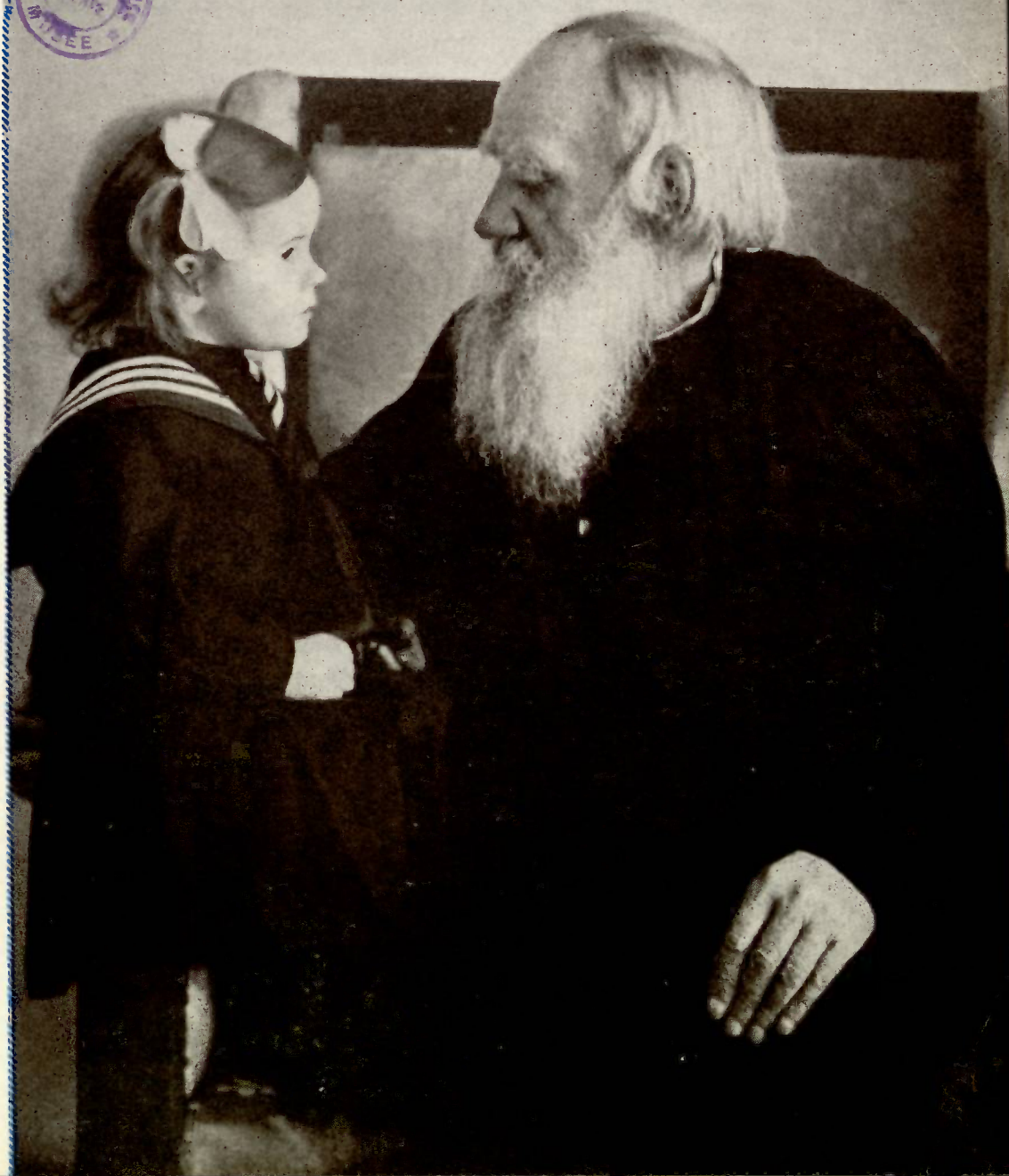


# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



G. Esgleas : Impulso anarquista. — Marc Slonin : Una reunión de Oriente y Occidente. — Juan Lazarte : Superpoblación mundial y limitación eficiente. — Alexandra Tolstoi : Yo vi morir a Tolstoi, mi padre. — A. Samblancat y T. Salvador : Payeses de remensa. — J. Ruiz : Ideas sobre educación. — Opiniones sobre Tolstoi y detalles de su vida. — Mariano Viñuales : El abuelo Carafles y la muerte. — Denis : El naturalista. — Alberto Carsi : Reclusiana del agua. — José Peirats : El anarquismo científico de Kropotkin. — Puyol : Aquella vieja... — J. Alaudó : El Tolstoi que yo conozco. — M. Celma : La vida y los libros. — Suno : Microcultura.



# 119

NOVIEMBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4' P 5523

## NUESTRA PORTADA

Lev Nicolaevich, conde León Tolstoi. Nació el 8 de septiembre de 1828 y murió el 7 de noviembre de 1910.

Actualmente se conmemora por todo el mundo el cincuentenario de su muerte.

La vida de Tolstoi es un caso. Un caso universalmente comentado aunque no muy analizado y detallado. Es, desde luego, una vida extraordinaria, sin par en la historia moderna. En los anales del Movimiento Libertario merece un lugar al lado de Bakunin y al lado de Kropotkin, triptico inseparable por muchos conceptos, principalmente por el origen, el carácter, el ideal y la conducta.

Tolstoi, por ser hijo de la princesa Volkonski pudo verse en trance de ser zar de Rusia. Conde y gran propietario de tierras, gran creyente, reniega de la religión, de los títulos, de los bienes y, viendo en la familia los mayores opositores a la realización de su ideal, viejo ya, rompió hasta con la familia.

Electo para el primer premio Nobel lo rechazó. A medida que iba adentrando en la vida, le desesperaba su impotencia para romper las cadenas de la falsa moral reinante y de la iniquidad de los hombres y de los estamentos.

«Los Cosacos», «Infancia», «La potencia de las tinieblas», «Qué es el arte», «Resurrección», «La sonata a Kreutzer», «Ana Karenina» y sobre todo «Guerra y Paz», han sido perlas de oro legadas a la humanidad.

En la portada se le ve entretenido con su nieta, mirándose e interrogándose mutuamente. ¡Es el porvenir consultando al pasado! ¡Ley del kronos eterna... diferente siempre... y siempre la misma!



# CENT

### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Noviembre 1960

N° 119



## Impulso anarquista

por Germinal ESGLEAS

A anarquía no puede realizarse al margen del individuo, de la Vida, de la Ética, de la Ciencia — resumen y compendio de todos los conocimientos humanos en su ritmo ascensional ilimitado — no puede pasarse de la Realidad.

El primitivismo o infantilismo mental podría hacernos creer en milagrerías. Los sueños más maravillosos no pasarían de sueños si no pudieran estar en íntima conexión con la Vida.

El ideal anarquista no es una abstracción, entelequia pura. Es realidad en el individuo y en el núcleo social; es energía espiritual, consciencia humana, ética aplicada, savia psicológica viviente, sangre en el ser o no es nada en el hombre.

Cuando los anarquistas hablamos de revolución no nos pagamos de palabras. Sabemos que la revolución no es ni puede ser obra de prestidigitación. La taumaturgia política puede hacer caer a las multitudes en ilusionismos que han de producir más tarde profundas decepciones, tremendos desengaños. Nosotros, anarquistas, hemos de despertar en los hombres el sentimiento de su propia responsabilidad individual. Sin consciencia libertaria y sin preparación anarquista suficiente la marcha del mundo hacia una transformación social efectiva se verá constantemente retardada.

La mejor forma de batir al fascismo es el de oponerle una sólida consciencia individual libertaria. La energía que ésta es susceptible de desarrollar en el combate por la libertad supera a la de todas las bombas bikinazantes. Haced que las formaciones de hombres libres se sucedan vigorosamente y la revolución saldrá triunfante de todas las pruebas, las fuerzas brutales, las fuerzas del mal, la barbarie, no podrá imponerse a la Humanidad. Para ello es indispensable preparar el terreno, el clima propicio para que el hombre libre se desarrolle. Y el terreno de la libertad no puede prepararse haciendo concesiones al fascismo, a las co-

rrientes autoritarias, totalitarias, reaccionarias. Los anarquistas hemos de procurar anarquizar al mundo sin caer en el simplismo de creer que el mundo va a marchar enteramente de acuerdo con nuestras concepciones.

### ES UN PERIODO IDEOLOGICO QUE ENCIERRA LA LARVA DEL FASCISMO EL CREER EN LA UNILATERALIDAD DE LA REVOLUCION

El querer imponer esa unilateralidad engendrará siempre la tiranía.

La revolución social preconizada por los anarquistas que somos partidarios de ella, respetando las opiniones de los que discrepen de nuestro sentir, debe ser una revolución sustancial, que remueve realmente las bases de la sociedad, que destruya cuanto en ella hay de malo, de carcomido, de defectuoso y no una revolución simplemente verbalista, con declaraciones impecables de derechos prescriptibles, de libertades proclamadas con fraseología altisonante, traducido todo en la realidad a cero. Y el estallido de la revolución con esa concepción anarquista de amplio horizonte y de perspectiva histórica ilimitada, tendrá múltiples expresiones. El papel de los anarquistas, en este caso, es el de procurar que cada una de ellas esté impregnada de savia libertaria, que en medio de su vasta gama de matices conserven un fondo esencial libertario coherente, hijo de la consciencia individual anarquista, fruto del sentido de responsabilidad directa, de la participación activa de cada uno en la obra común de transformación social y de renovación del mundo.

Las defensas de la libertad están en el ideal y en el individuo, están en la propia vida y están en la naturaleza. Pero hay que ampliarlas, que desarrollarlas a base de la preparación individual consciente. Sin formación intelectual, sin formación cultural, sin formación ética, el individuo va a la deriva. Sería necesidad insigne

figurarse que por el hecho de llamarse anarquistas y de proclamar que perseguimos como finalidad la Anarquía, hemos resuelto ya todos los problemas. El mundo se pasaría tranquilamente sin nosotros si no fuéramos capaces de ofrecerle las formas de convivencia social más acordes con el sentir y con la naturaleza misma del hombre, con sus necesidades de libertad y de bienestar, que tienen raíz biológica.

### **NO HAY QUE CAER TAMPOCO EN EL PREJUICIO DE UNA UNILATERAL CONCEPCION DE LA EVOLUCION HUMANA**

No podemos creer como los marxistas, en la hegemonía casi exclusiva de los factores económicos y técnicos ni como los cristianos u otros idealistas más o menos sinceros, en la fuerza que emana de los conceptos espirituales puros. Materialidad e idealidad no pueden dissociarse de la vida individual humana. La anarquía ha de tenerlas en cuenta en sus bases sociológicas.

Al Capitalismo y al Estado ha de combatirselos en todos los terrenos con inteligencia. El Movimiento anarquista Internacional no debe malgastar sus energías en actividades estériles y ha de procurar orientar su acción en el terreno de las máximas realizaciones prácticas de carácter netamente anarquista en todos los tiempos y latitudes, interesando a todos los hombres en ellas.

Si es la acción la que transforma al mundo, esa transformación es efectiva cuando es obra consciente de un ideal aplicado a la vida. De lo contrario, el hombre se ve sometido a nuevas formas de esclavitud.

Por ello es sumamente interesante dar el ejemplo viviente de las ideas, en la conducta individual y colectiva. Saber presentar las ideas vinculadas a la vida. La misma forma de exposición de nuestro ideal, su claridad de presentación, su coherencia, puede ayudar a que los hombres lo asimilen y se lo hagan suyo. El anarquista no debe ni puede serlo por reflejo. La libertad es inalienable. Está en nosotros o no está. Si el hombre no tiene consciencia de ella, difícilmente le podrá hacer una aportación eficiente en el terreno social, en la esfera colectiva.

### **NO DEBEMOS PAGARNOS DE PALABRAS NI ESPECULAR CON ELLAS**

Anarquía es anarquía, no Estado, no Gobierno, no autoridad bajo ninguna de las formas que puedan presentarse; libertad en su más integral, amplia y elevada concepción.

Por la misma razón el anarquista no puede presentarse en el terreno de la lucha deficiente en ningún sentido. No es sabio el que se cree sabio ni fuerte el que se cree fuerte. Se es sabio porque se reúnen condiciones de sabiduría, porque el hombre ha penetrado en los secretos del universo y de la vida, porque el hombre se ha formado una cultura y le ha sido posible obtener conocimientos; se es fuerte, porque se posee fuerza, energía y se tiene consciencia de ella. Al toro bravo el hombre le vence y lo lleva a donde quiere. Al hombre libre, el tirano podrá torturarlo, matarlo, pero jamás le hará hacer lo que no quiera. Se es hombre porque se tienen los atributos de tal y se es anarquista porque hay fibra y formación anarquista.

### **LAS IDEAS HAN DE PRESENTARSE SIN DEFORMACION EVITANDO LAS PALABRAS MAL DEFINIDAS, LAS QUE LLEVAN A INTERPRETACIONES ERRONEAS**

Hay en nuestro propio campo quien pretende dar vuelo al Movimiento Libertario con una diferencial de matización distinta de Movimiento Anarquista. Ese fondo intencional, que es un repliegue ante la coacción moral del medio burgués, autoritario y capitalista, los anarquistas debemos combatirlo como una nueva desviación que inicia en el Movimiento Internacional Anarquista y que, de prosperar, no haría más que dañarlo.

No son las palabras, es su fondo sustancial el que cuenta. Pero en el juego de palabras y en el equívoco queda a veces sacrificado el fondo esencial. La experiencia histórica es aleccionadora en este sentido. No debemos avergonzarnos ni sentir el temor de llamarnos anarquistas, aunque esto suene mal a algunos oídos que tienen de la Anarquía la concepción más desfigurada. No hay que abandonar la palabra de definición inequívoca, antes al contrario, procurar hacer luz en los cerebros que no nos comprendan ni comprendan a nuestro ideal. Los que han muerto en las horcas, en el patíbulo o ante los piquetes de ejecución gritando: «¡Viva la Anarquía!» han condensado en una sola palabra y en un gesto la expresión de dignidad de una vida entera. Se puede emplear el vocablo libertario como una redundancia, no como una diferencial de interpretación más anarquista. Más anarquista que la Anarquía sólo puede serlo la misma Anarquía. El más y el menos está en los hombres, en la expresión de la propia vitalidad ideológica y son éstos los que deben estar a la altura del ideal y de las circunstancias cuando sienten en sí la seguridad de sí mismos y de sus propias ideas.

Trabajemos incansablemente, compañeros anarquistas, si queremos influir en la marcha del mundo como corriente impulsora de las nuevas formas de vida social. No perdamos tiempo. Ahorremos discusiones inútiles y estériles, de pequeñeces nadarias.

### **DESTERREMOS DE NOSOTROS EL VICIO DE LAS REUNIONES VACIAS DE CONTENIDO, TAN CALAMITOSAS COMO EL PARLAMENTARISMO**

Prepáremos bien nuestras bases de cultura individual; intensifiquemos nuestra preparación intelectual y ética. No despreciemos o descuidemos las ciencias experimentales, las ciencias físicas y matemáticas, la ciencia técnica, las ciencias sociológicas y, sobre todo, la Ética. El conocimiento humano ha de permitirnos adquirir consciencia de la libertad y asegurar las bases de la libertad. A la luz del ideal lo más ampliamente e integralmente concebido, asimilado y definido la acción anarquista militante obtendrá la mayor eficacia.

La insuficiencia en el terreno ético, cultural, científico, técnico y de acción activa, humana, en el terreno sustancial del hombre sometido a la prueba de capacidades efectivas, nos sería fatal y lo sería para la libertad. No descuidemos, bajo ningún concepto, la formación anarquista. El esfuerzo individual consciente es necesario al impulso de la corriente libertaria que tiende a destruir a fondo todas las manifestaciones locales e internacionales del fascismo y a transformar el sistema social autoritario y capitalista.



Tolstoi con su secretario.

## MEJICO EN LA CULTURA

## EN HONOR DE TOLSTOI

# Una reunión de Oriente y Occidente

**E**STE año marca el quincuagésimo aniversario de la muerte de León Tolstoi. Es una ocasión que será conmemorada en grande, y uno de los actos más significativos de los muchos que se han celebrado fué la Conferencia Internacional sobre León Tolstoi que se llevó a cabo a principios de verano en Venecia. Organizada por la *Fondazione Cini*, con la cooperación de la *Fundación Ford*, la conferencia se realizó en la isla de San Giorno, uno de los lugares favoritos de Byron. Unos cuarenta escritores y maestros de Europa, América y Asia se reunieron en la magnífica Sala de Palacio; entre sesiones formales los participantes pasearon por los bellos jardines y patios del siglo XVI del antiguo monasterio benedictino.

El comité que promovió la conferencia incluía muchos personajes conocidos, entre ellos E. M. Foster, Isak Dinesen, Aldous Huxley y François Mauriac. Tuvieron éxito al llevar a Venecia los puntos de vista de prominentes intelectuales y especialistas literarios. Los representantes del país anfitrión, Alberto Moravia, Ignazio Silone, Riccardo Bachel-

li (autor de novelas épicas a la manera de Tolstoi), Franco Venturi (historiador) y otros, estaban sentados junto a John Dos Passos, George Kennan, Ernest Simmons (biógrafo de Tolstoi) y otros escritores y maestros norteamericanos, mientras que Herbert Read, Iris Murdoch, Lord David Cecil, Sir Isaiah Berlin y Oxford se hallaban detrás de hindúes descalzos en su pintoresco atavío y el abate Pierre, líder del movimiento social católico romano de Francia.

Lo que dió especial realce a la reunión de Venecia fué la presencia de delegados de la Unión Soviética. Fueron enviadas invitaciones a dieciséis rusos, incluyendo a los secretarios de Tolstoi y algunos prominentes escritores soviéticos. No llegó ninguno, y sólo Nikolai Gusev envió un emocionante mensaje, que fué leído en la sesión inaugural por el doctor Serge Tolstoi, nieto del gran escritor, que vive en París. Pero entre los que llegaron a Venecia estaba Nikolai Gudzy, viejo maestro y editor de las obras de Tolstoi; Vladimir Ermilov, crítico comunista y autor de un libro sobre Dostoiéwski, y George Markov, secretario del Comi-

té Ejecutivo de la Unión de Escritores soviéticos. El cuarto miembro del grupo nada tenía que ver con Tolstoi, pero sirvió de guía e intérprete.

A pesar de todo, la delegación soviética fué, con mucho, el centro de la atención general, y el largo escrito de Ermilov sobre las novelas de Tolstoi causó reacciones fuertes y frecuentemente polémicas. Algunos miembros de la conferencia, y en particular quien escribe estas líneas, sintieron que el énfasis de Ermilov en la significación social de Tolstoi no era del todo justificado. También resintieron la tendencia obvia de la crítica soviética en el sentido de «corregir la historia», de «modernizar» el pasado y retratar al gran novelista de acuerdo con las exigencias de la ideología comunista, al citar constantemente a Lenin como suprema autoridad, en general tratando al autor de «La Guerra y la Paz» como a un miembro de la Unión de Escritores Soviéticos.

Mientras exaltan al genio artístico de Tolstoi, Moscú critica y aun los maestros lo presentan sólo como a un precursor de la revolución, y prefirieron pasar en silencio su credo

cristiano, su anarquismo religioso y su repudio al estado y su política. Descartan su actitud negativa hacia gobierno y sociedad como «debilidad reaccionaria».

Docenas de trabajos sobre temas varios, que iban desde los puntos de vista religiosos de Tolstoi hasta su actitud para con la muerte, a los prototipos de Ana Karenina y coincidencias literarias menores y correspondencias, fueron ofrecidas en esta conferencia durante sus ocho intensas sesiones; lo que emergió con toda claridad de todo este material variado fué el antagonismo entre dos tendencias. Un gran número de participantes estaba interesado principalmente en Tolstoi como artista, y no pensaba mucho acerca de sus actividades como maestro y lo que llamo su «maximalismo moral». Otros, discutieron en contra de una separación artificial del artista y el moralista.

Varios oradores, entre ellos el crítico norteamericano Georges Steiner, y Lord Cecil, señalaron que La Guerra y la Paz, Ana Karenina, La Muerte de Iván Ilich y aún Resurrección (escrito por Tolstoi a la edad de 70 años) son obras maestras universales, no sólo porque logran una perfecta ilusión de vida y presentan una variedad de caracteres realistas, casi tangibles, sino porque están iluminadas por un calor interno, por un deseo de verdad y significación de la existencia, lo que les da una perspectiva profundamente espiritual.

Tolstoi, el amante de la vida, quien también quiso ser un hacedor de leyes, el artista que celebró el fino deleite de ser, pero que fué atraído por la renunciación y el sacrificio, el novelista que anhelaba la santidad, el rebelde que rechazó todas las instituciones sociales, el cristiano excomulgado por la Iglesia, fué un fenómeno humano único. Su grandeza residía en parte, en sus contradicciones. En su discurso de clausura de la conferencia, George Kennan dijo que éstas no estaban resueltas en las obras de Tolstoi (opinión también compartida por Isaiah Berlin y George Adamovich, crítico ruso emigrado). El investigador de la época presente, continuó Kennan, no puede por ello tomar este u otro punto de vista de Tolstoi y tratar de aplicarlo a nuestras necesidades y posibilidades. La agonía de Tolstoi, el drama y tormento de sus años últimos, muestran cuán lejos estuvo de una afirmación final de cualquier doctrina, muy poco semejante a sus segui-

dores. No debemos olvidar que Tolstoi mismo dijo: «No soy un maestro. Sencillamente, soy un hermano de los hombres en su sufrimiento y su búsqueda de la verdad».

Raja Rao dijo a su auditorio sorprendido que ni Dante ni Shakespeare ni ningún otro gran occidental tenían influencia en la India como Tolstoi. Pero los hindúes no leen La Guerra y la Paz o Ana Karenina (aunque ambas novelas hayan influido grandemente sobre Rabindranath Tagore, el gran escritor de ficción de la India contemporánea). R. K. Narayan, otro delegado de la India, afirmó que el Oriente —al contrario de Occidente— respeta y admira en Tolstoi no al artista, sino al fundador de una religión universal de pacifismo y la no violencia al mal. Gandhi se llamaba un humilde seguidor de ese gran maestro, de ese guía espiritual, y fué el folleto moralista de Tolstoi «El Reino de Dios está dentro de Ti», el que dejó gran huella en su mente. En Occidente, insistió Narayan, Tolstoi, como creador literario, sigue teniendo gran significación, pero su prestigio como filósofo social y religioso ha sufrido mucho. Su mensaje tiene que ser descubierto de nuevo y vuelto a interpretar en función de las realizaciones y fracasos de la civilización occidental contemporánea. En la India y muchos otros países asiáticos, su dominio en las masas brota de sus predicas, y es adorado como un Maestro, un Apóstol, un filósofo social y religioso.

¿Hasta qué medida es verdad que el sitio de Tolstoi como artista ha permanecido intacto en Occidente durante los últimos cincuenta años? Alberto Moravia se preguntaba si los escritores de ahora siguen el modelo tolstoiano de narración épica y pretendió que el camino de la ficción contemporánea ha sobrepasado a Tolstoi, excepto en la Unión Soviética, en donde aún sirve de modelo, y que autores como Cholojov y Fadeyev han continuado su tradición literaria con bastante evidencia. En el resto de Europa el novelista mira a Tolstoi como a Homero o Shakespeare. Y ¿quién se atrevería a imitarlos? Sin embargo, existe una diferencia entre el impacto directo del arte de Tolstoi sobre los escritores y su popularidad nunca menguante entre el público en general. Es verdad que se ha convertido en un clásico, pero ningún otro novelista ruso, incluyendo a Dostoyevsky, es tan leído en todo

el mundo.

Los delegados rusos confirmaron que sigue siendo el autor más leído en la Unión Soviética. Y el académico Nikolai Gudzy dió algunos datos acerca de la publicación de las obras escogidas de Tolstoi bajo la supervisión de un comité editorial del Kremlin. Entre 1928 y 1959, el comité, al cual pertenecía el profesor Gudzy, publicó una edición de noventa volúmenes: cuarenta y cinco tomos con las obras literarias de Tolstoi; trece, sus diarios y libros de notas; treinta y uno, sus cartas. El último volumen incluye escritos omitidos en los ochenta y nueve anteriores. No sólo textos definitivos, sino también un gran número de borradores y variaciones convierten a esta empresa monumental en única, aunque tenga sus defectos y errores.

En noviembre, mes de la muerte de Tolstoi, la conmemoración tomará proporciones impresionantes en la Unión Soviética, de acuerdo con un programa leído por George Markov. Reuniones académicas, mítines públicos, conferencias y lecturas, así como la puesta en escena de las obras dramáticas de Tolstoi durante un festival de diez días, miles de emisiones radiofónicas y de televisión, exhibiciones en librerías centrales y regionales, viejas y nuevas películas, una nueva edición de veinte volúmenes de las obras escogidas del escritor (300.000 ejemplares) y unas cuarenta y nueve ediciones de libros separados de Tolstoi o sobre Tolstoi (edición de 4.000.000 ejemplares) marcarán el aniversario.

La Conferencia de Venecia reunió a intelectuales soviéticos y emigrados rusos, entre éstos cinco descendientes de Tolstoi que llegaron de Norteamérica, Suecia, Francia e Italia. A pesar de cierta frialdad inicial y una aguda diferencia de opiniones y actitudes, no hubo animosidad alguna y los participantes encontraron luego un terreno común de discusión y de entendimiento parcial. ¿Podrá ser interpretado como buen presagio de futuros encuentros culturales entre Oriente y Occidente? Los organizadores de la reunión de Venecia parecían de acuerdo en esto, aunque expresaron que esperaban que en el futuro Moscú mostrara más generosidad y comprensión al enviar a reuniones internacionales cierto número de escritores a quienes los literatos y maestros de Occidente les hubiera gustado encontrar en una mesa redonda.

Marc SLONIM

# Superpoblación mundial y limitación eficiente

## EN ALEMANIA

Hasta la época del nazismo existía un clima de limitación de la natalidad; más en el año 1933, cambia la política demográfica supeditándola a la idea del dominio del mundo. La bandera del aumento de fecundidad se hace un credo sagrado nacional.

Se dictan leyes contra el aborto y medidas económicas de estímulo del matrimonio, premio a los nacimientos—planes oficiales de acción demográfica: «Se estipuló la concesión de préstamos (hasta 1.000 marcos) para la compra de mobiliario y equipo doméstico a favor de las parejas de recién casados con la disposición que se cancelaría la cuarta parte del préstamo inicial al nacimiento de cada hijo. Se creó un impuesto oficial sobre los ingresos de las personas solteras que tuvieran de más de 9000 marcos por año. Vino posteriormente la implantación de un sistema de pensiones constantes o por una sola vez en favor de las familias numerosas que tuvieran necesidades económicas. Se tomaron medidas especiales para aumentar la colonización de la tierra, incluyendo préstamos para las parejas jóvenes que estuviesen de acuerdo en permanecer cultivando la tierra. En 1938 vino el reconocimiento de que la infertilidad prematura o el uso de medios «injustificados» para la prevención de los nacimientos eran la base suficiente para la disolución del matrimonio. Se idearon medallas para las madres de tres categorías, empezando para las que dieran a luz cuatro niños nativos. Algunas comunidades acordaron otorgar premios especiales en metálico y honoríficos en favor de los hijos nacidos de padres selectos que ya hubiesen tenido dos o más descendientes» (9).

Esta política contribuyó directamente a lo que 5 años más tarde desencadenó la segunda guerra mundial y 17 millones de muertos para Alemania. Es decir que el nazismo, el militarismo y el nacionalismo habían preparado el gran Crimen de la Guerra, cuyas consecuencias se hacen sentir 15 años después y cuyos líderes siguen permanentemente por su posición estatal pregando la preparación y el clima bélico.

En Alemania se crea el Ministerio de Asuntos Familiares, idea del canciller Adenauer. «Las estadísticas prueban que para 1980, habrá en Alemania un 60 % de población de más de 65 años, en tanto la parte que trabaja y más produce quedará estacionada en un total de 23 millones». «Por otra parte en la Alemania de hoy, el número de mujeres es cinco veces superior al de los hombres y aunque nacen más varones que mujeres, ese equilibrio se mantendrá en los próximos 30 años». «Estamos en peligro —dice el ministro— para llamar la atención sobre el índice de divorcio que se ha elevado a 106 por mil matrimonios contra 25 por mil en 1914 y 76 por mil en 1928. En los últimos tres años más de 200.000 niños fueron desposeídos de una vida familiar normal y entre los años 1946 y 1952, más de 480.000 matrimonios terminaron en divorcio». Evidentemente sobre estos fenómenos actúan todavía la política demográfica y las consecuencias de la pos-guerra.

## EN AMERICA

El aumento de la población ha sido pavoroso como lo demuestran las estadísticas publicadas por las Naciones

Unidas. América del Sur tenía en 1950 más de 125 millones de habitantes, número en rápido ascenso con el fenómeno de la concentración en las capitales estatales. Por ejemplo, Lima tiene un incremento del 54 % entre 1940 y 1950. «Venezuela, que vive del petróleo, vió aumentar su población en el 29 % en tanto que en Caracas, su capital, el incremento fué del 84 % en 9 años.

## ARGENTINA

La Argentina tenía en 1940, 14.500.000 habitantes; en 1950, 16 millones y en 1960 se aproxima a los 20 millones. Buenos Aires contaba en 1940 con 2.600.000 habitantes, en 1950 con 3.194.000 y en 1960 con más de 4 millones». Hoy el crecimiento anual es de 350.000.

La mortalidad general ha disminuido en todo el mundo; la mortalidad infantil ha disminuido tanto en Francia como en Argentina, del 87,2 % en 1933 a 65,1 % en 1953.

En 1869, la tasa de mortalidad fué, en la ciudad de Buenos Aires de 35,2 por mil y en 1932 fué de 12. La mortalidad infantil en el primer año de vida en 1875 fué de 21,7 por mil y en 1932 de 6,4 por mil.

Asimismo aumenta la vida media; en Inglaterra en 50 años aumenta en 39 %. La reducción de la mortalidad, el aumento de la duración de la vida merced al desarrollo de la industria y la agricultura y sobre todo a los programas de higiene, medicina del trabajo, de niños y mujeres, mejoras en la alimentación y vivienda, hacen que la población aumente alarmantemente lo que obliga a decir a un sabio inglés, estas palabras: «Este es a mi juicio el hecho fundamental que hemos de reconocer y que exige, imperiosamente, con absoluta necesidad, la limitación de los nacimientos» (10).

Hecho notable es la disminución de la mortalidad. Fueron vencidas en pocos años numerosas enfermedades y atacadas en sus causas todas las epidemias; «el standard» de vida ha mejorado algo. Dentro de 20 años habremos llegado a un 25 por mil de mortalidad y se elevará el término medio de la existencia humana. El siglo XIX se caracterizó por la lucha contra la muerte: guerra a la mortalidad. El siglo XX se caracteriza por el aumento de la salud y vitalidad (conquista de inmortalidad), vale decir se cumplen el lema de: «La vida humana merece ser prolongada».

Causas sociales más que biológicas determinaron el aumento de la población: Nacionalismo, guerra y el sistema que los engendra en última instancia; el primero por su imperio, la segunda por las enormes pérdidas de vidas que han de reponerse y el sistema capitalista que no encuentra periódicamente otra salida para sortear sus crisis fatales o cíclicas.

Los nacionalistas (religión de las naciones) necesitaban, para chocar unos contra otros, conquistarse mutuamente y vale decir destruirse, imponer su poderío. Era urgente tener grandes masas de hombres en reserva, material humano a disposición del ministerio de guerra y de los empresarios de ella.

(9) KINGSLEY, Davis, *op. cit.*, pág. 374.

(10) INGE, «The declin birth rate its causes and effects», Londres, 1917.

El egoísmo del sistema nacional imponía un aumento al infinito de habitantes. Este aumento o deseo de proliferación humana tenía su relación con la económica estatal capitalista, porque la lucha era por razones económicas de producción y enriquecimiento de explotación de mercados y continentes.

Hoy, internacionalmente, la situación ha cambiado; el horizonte habla mucho y su color es algo subido. Aunque el mundo se divide en dos blocks la destrucción está a la vista; el Departamento de Defensa Civil y Movilización de los EE.UU. anunció las pérdidas que podrían sufrir 70 ciudades norteamericanas ante un ataque de 224 blancos militares o civiles de hidrógeno de un poder en total de 1446 megatones... morirían en el mismo día del ataque 18.556.000 seres humanos; 16.825.000 sufrirían lesiones necesariamente fatales a corto plazo y 1.009.000 sobrevivirían con graves lesiones... por contaminación radioactiva morirían instantáneamente 1.095.000, más tarde morirían 5.354.000 y dejarían 6.182.000 sobrevivientes inválidos» más de 60.000.00 de víctimas. Además una serie de problemas internos hace que se comience a mirar el crecimiento actual como medida lógica que no debe sobrepasarse. Las cifras altas de la desocupación actual no dejan de llamarnos la atención al respecto.

#### LOS PAISES DE GRANDES EXTENSIONES Y MUCHA POBLACION EMPIEZAN A TENER UNA OPINION DE LIMITACION

La economía mundial sobrepasa los límites nacionales y a pesar de las barreras deviene internacional como la política y hay un serio esfuerzo para liquidar las guerras si es que antes no nos liquidan los imperialistas en aventuras sangrientas colosales.

Los pueblos no pueden contemplar aislados prisioneros individualmente, sino desde una faz internacional y unitaria. No están lejos los días de los Estados Unidos de Europa y del Asia. Con estos conceptos América del Sur no puede encontrar un peligro en su despoblación, desde que su porvenir está ética y humanamente ligado al resto del mundo. El problema demográfico es uno. Paso felizmente la época de las conquistas coloniales. La lucha por los mercados se transformará en colaboración, en un verdadero socialismo.

No hay en la actualidad razones nacionales y extranacionales para llegar a todo motor hacia una superpoblación a «grosso modo» de materia o bulto.

«Ningún espíritu abierto puede oponerse a esta solución de controlar. Nadie puede negar la necesidad de controlar la población humana. Si la población de la tierra continuara avanzando como en el quinquenio de 1906 a 1911, al cabo de 10.000 años no habría, tomando sólo un pie y medio de terreno, como indispensable para cada hombre puesto que 60.570 (cifra seguida de treinta ceros) serían los pobladores del globo. Esto como puede comprenderse es imposible. Algo sobrevendrá que lo evite. La cuestión está en saber cuál será el obstáculo. No cabe duda que hay que limitar la población. No cabe otra cosa que elegir entre los cuatro escogidos y cuál es el preferido y el que mejor se adapta al temperamento individual y el «birth control» presenta las máximas ventajas.» «Limitación de la responsabilidad sin restricción del placer conyugal.» «Prevención de la reproducción de los degenerados y enfermos. Hacer que los hijos vengan al mundo tan sólo cuando sean deseados por contar con medios suficientes para mantenerlos.» «La

elección no ofrece dudas, la limitación de la población es hoy la única solución.» (1)

\*\*

Los más antiguos amigos del superaumento de la población fueron los guerreros. Moisés y otros jefes judíos la desearon vivamente; ese pueblo de pastores eran minúsculos. Alejandro, César, Gengis-Khan, Federico, Napoleón y Bismarck se valieron de todos los medios con el objeto de tener soldados para sus ejércitos y conquistas, material humano para sus guerras. Estos peligrosos sujetos consumieron cientos de miles de vidas inútilmente; la humanidad no sacó en limpio ni ganó con tanto matanza.

La ciencia ya hace milagros y puede conservar las vidas buenas que se inician casi con seguridad absoluta, pero si viene una guerra como la última y produce más de 30 millones de muertos durante la contienda y otros tantos tras la misma por hambre y miseria su labor se inutiliza.

Además la guerra destruyó y destruye grandes riquezas, inmensos ahorros, sin que pueda ser posible repoblarlos de inmediato. La humanidad se empobrece y este fenómeno está intimamente ligado a la población y su sustento. Arruina posibilidades y economías que si las clases trabajadoras tardaron en reservarlas, ahora es difícil crearlas de nuevo. El nuevo mundo no se ha puesto del despilfarro 1939-45.

Suprimase la guerra (por sus causas) que periódicamente ensangrieta a los pueblos creando condiciones de miseria y muerte para los sobrevivientes y la población tendrá un aumento enorme aún con baja natalidad.

¿Se quiere que las madres paran para entregar sus hijos a los cañones, gases o ametralladoras?

Las perspectivas de nuevas contiendas debieran ser tenidas en cuenta por las madres, declarando un boicot a la maternidad hasta que no tuvieran seguridades suficientes de que sus hijos no marcharán a la masacre.

Las mujeres están llamadas a mezclarse en verdaderas campañas pacifistas, de oposición activa a la preparación material y al espíritu guerrero.

En este capítulo se ha chocado con tres reductos formidables del pasado, del cual los hombres aún no han escapado. Las dictaduras en Europa iniciaron persecuciones contra los medios anticonceptivos e Italia es un ejemplo, en este orden, de una psicosis especial.

Primo de Rivera, y posteriormente Franco en España, cuyas vidas no tenían nada de santas, persiguieron, encarcelaron y procesaron. El clero fué siempre enemigo de todo progreso, necesitaba fieles y la fuerza del sexo aconsejó, sin embargo, lo que los teólogos llaman los tiempos agénicos y la castidad. Los gobiernos en general necesitaban ciudadanos buenos o malos, pero sus razones son de explotación. Para los argentinos no se trata de poblar sus tierras con 100 ó 200 millones, sino de la calidad de los habitantes y sus condiciones biológicas y culturales.

El aumento de población no puede ser ni el ideal ni el progreso de un pueblo. De serlo así, China sería el país más avanzado del mundo, el mejor y el más progresista; y en la Historia no pesarían Grecia ni todo el Occidente.

JUAN LAZARTE

(1) Hildegart Rodríguez, «Maternidad consciente». — (Madrid, 1931).





# Yo vi morir a Tolstoi, mi padre

**M**AS de 85 años de edad, cansado de preocupaciones y del mundo, León Tolstoi hacía muchos años que quería dejar a su familia y abandonar su propiedad de Iasnaya-Poliana, Rusia, donde había escrito «Guerra y Paz», «Ana Karenina», «Sonata a Kreutzer» y algunas obras más. Entre todas las razones que le hacían desear la soledad, se encontraba la incompatibilidad de humor y de ideas que se había creado entre él y su esposa Sofia Andreievna (S. A. en su diario). Tomó por confidente una de sus hijas más jóvenes, Alexandra, llamada Sacha. A fines de octubre de 1910, ésta supo que su padre estaba decidido a marcharse. Iba hacia la muerte, cuyo centenario se celebra este mes por el mundo entero.

*Despertada en sobresalto, yo no comprendía lo que pasaba. Alguien daba golpes redobladados en mi puerta que me parecían dados con brutalidad.*

—¿Quién va?

*En el portal vi la persona que golpeaba y reconocí en seguida que era mi padre. Estaba vestido, llevaba blusa y calzaba botas.*

—Me voy... En seguida, para siempre... Ayúdame a hacer los paquetes.

*Sin ruido, no pronunciando más que algunas palabras en voz baja, el doctor Duchán Makovitski, mi prima Varia y yo nos apresuramos a preparar las prendas y efectos de primera necesidad. Yo me encargué de los manuscritos, Duchán de los medicamentos, Varia de la ropa y prendas de vestir. Mi padre colocaba las cosas en cajas que él mismo ataba con gran cuidado. Una parte de los manuscritos habían sido atados ya por él.*

—Guárdalos, me dijo.

—¿Y el diario?

—Lo cojo conmigo.

*Sus movimientos eran seguros; sólo su voz entrecortada descubría su emoción. La puerta que conducía al pasillo y a la habitación de mi madre, que en los últimos tiempos siempre dejaba abierta, había sido cerrada.*

—Tú te quedarás aquí, Sacha. Dentro de unos días, cuando haya decidido el lugar definitivo de mi retiro, cada minuto que pasaba crecía su nerviosismo y su

*prisa. Nos daba prisa y nuestras manos temblaban, las correas deslizaban y las maletas se negaban a cerrarse.*

—Bajo a las cuadras para enganchar, dijo.

*Por fin todo fué preparado. Duchán, Varia y yo, chapoteando en el barro viscoso, transportamos los paquetes hasta la cuadra. Al llegar percibimos una luz. Era mi padre que venía a nuestro encuentro. Me cogió de las manos una maleta y marchó delante alumbrando el camino.*

*Pronto estuvo todo presto. Un palafrenero, que llevaba una antorcha deslumbrante en la mano, metió en varas uno de los caballos.*

«¡Adelante!» El coche arrancaba cuando yo salté al estribo para darle un beso.

—Hasta la vista, querida hija, hasta pronto.

*Contornando la casa a una distancia prudente, el cabriolé atravesó el manzanal a lo largo de la estancia. A través de los árboles desnudos vi centellear la llama de la antorcha, alejándose, para después desaparecer a la vuelta del camino que conducía al pueblo.*

*Un sentimiento de vacío horrible me invadió. Eran más de las 5. El tren no salía más que a las 8. Me dejé caer en un sillón, arropada en una manta.*

*te haré venir; probablemente iré a Chamordino, a casa de Macha (1).*

(1) Hermana de Tolstoi.

### PRONTO SE DIFUNDIO LA NOTICIA EN LA CASA

Los sirvientes comentaban el acontecimiento entre ellos en voz baja. Mi madre, que casi no había dormido durante la noche, se despertó tarde, hacia las once. A pasos ansiosos entró en el comedor.

—¿Dónde está papá? me preguntó.

—Se ha marchado.

—¿A dónde?

—No lo sé.

Le di la carta de mi padre. La recorrió con los ojos muy deprisa, la cabeza agitada de espasmos, la cara se cubría de placas rojas.

«Mi salida te hará mucha pena, le escribía mi padre, y yo lo lamento, pero créeme y comprende que yo no podía hacer otra cosa. Mi situación aquí, se hacía, ya era, insostenible. Además de otras cosas, yo no podía continuar viviendo en condiciones de lujo como en el pasado, y hago lo que acostumbro hacer los viejos de mi edad dejando todo para pasar en silencio y en la soledad los últimos días de su existencia.

Te ruego creerme y no seguirme si acaso un día sabes mi paradero... Tu llegada no haría más que agravar tu situación y la mía, pero nada cambiaría a mi resolución.

Te agradezco de los cuarenta años de vida honestamente vivida conmigo y te ruego perdonarme todo lo que de grave pueda imputarseme como yo te perdono de todo corazón las faltas que has podido cometer hacia mí. Te aconsejo aceptar el cambio que mi marcha constituirá para ti y te pido que no me guardes rencor. Si tienes algún mensaje a comunicarme, remítelo a Sacha, ella sabrá donde encontrarme y me transmitirá todo lo que haga falta. Pero no puede decirte donde me encuentre, porque se lo prohíbe la promesa que me ha hecho de no decirlo a nadie. — León Tolstói.»

No pudo terminar la carta. La tiró por tierra lanzando un grito desgarrador.

—¡Lev se ha marchado! ¡Se ha marchado para siempre! Adiós, Sacha, me voy a ahogar.

Tras lo cual salió fuera de la sala.

Le llamé a Bulganov y le indiqué que la siguiera, mientras que yo me marchaba por la estancia central. Vestida con ropa ligera corría como una loca siempre adelante. Llegó antes que yo al pontón que servía a las lavanderas; acababa de poner el pie en el momento en que ella empezó a deslizar sobre las tablas sebosas de humedad, perder el equilibrio y caer al agua.

Por suerte, el agua, a lo largo del pontón, era de poca profundidad; un instante después yo estaba en el agua y la cogía de la ropa. Bulganov corría para darme una mano, la sacamos del agua, el cocinero Simione y el lacayo Vania, que se habían precipitado detrás de nosotros, la llevaron hasta el pontón.

Ya no la dejamos en toda la jornada. Aún varias veces, intentó escaparse de casa, amenazó con tirarse por la ventana o ahogarse en uno de los pozos del patio.

Telegrafíe a mi hermana mayor, Tania, y a todos mis hermanos para informarles y rogarles que vinieran en seguida. Llamé un psiquiatra de Tula. Aquel día y la noche siguiente monté la guardia cerca de mi madre.

La visita del médico de Tula no sirvió para animarnos

la moral. Me dejó entrever la posibilidad de una crisis de nervios, en la cual mi madre conseguiría matarse. Cuando vi llegar por fin mi hermano Andrés seguido de los otros miembros de la familia sentí un sentimiento de alivio.

Ninguno de ellos, ni siquiera Tania, que estimaba que mi padre debía, en buen cristiano, llevar su cruz hasta el fin, aprobó la decisión tomada por mi padre; estimaron que debía entrar y estarse al lado de mi padre. Mi hermano Sergio fué el único en comprenderlo y le escribió en este sentido. En cuanto a mi madre, escribió así:

«Liovichka, querido mío, vuelve a casa, sálvame de un segundo suicidio. Liovichka, consuelo de mi vida, haré todo, todo lo que quieras, renunciaré, de una vez para siempre, a toda clase de lujo, seré la amiga de tus amigos, me dejaré cuidar, seé dócil...

Todos mis hijos están reunidos aquí pero son incapaces de ayudarme con su despótica firmeza de carácter; yo no tengo necesidad más que de una cosa, de tu amor, me es indispensable volverte a ver. Compañero mío, permite al menos que te diga adiós, decirte por última vez cuanto te amo. Llámame o ven tú mismo. Hasta vernos, Liovichka, yo no ceso de buscarte y llamarte. ¡Qué suplicio para mi alma!»

La familia suponía que mi padre había ido a buscar asilo a casa de su hermana en Chamordino, y mi madre rogó a Andrés de ir a su encuentro e intentar traerlo.

El 28 de octubre, llegado al monasterio de Optino, mi padre describió su fuga en estos términos.

«Me eché a las once y media. Dormí hasta pasadas las dos. Me desperté y, como las noches anteriores, o abríse las puertas y un ruido de pasos.

Las otras noches no miré en dirección de la puerta; ésta lo hice y vi a través de las junturas una luz muy viva en mi despacho. Y oí un ruido de movimiento de papeles. Era S.A. buscando algo, leyendo, sin duda. La vispera había pedido, exigido, que no cerrase con llave mi puerta. Sus dos puertas se quedan abiertas de forma que oye los más pequeños movimientos.

Todos mis gestos, todos mis propósitos deben ser conocidos y vigilados por ella día y noche. Nuevamente se oyen pasos, una puerta que se abre con mucha precaución, ella que pasa. No sé por qué, todo esto sublevó en mí una ola irresistible de disgusto y de indignación. Quise dormirme y no pude. Pasé una hora dando vueltas de un lado y otro, después alumbré la vela y me senté. La puerta se abre y S. A. entra «preguntándome si me encontraba bien», extrañado de ver la luz en mi dormitorio... El disgusto y la indignación me invaden, me ahogan, cuento mis pulsaciones: 97.

No pude continuar echado y bruscamente tomé la resolución de marchar. Le escribo una carta y empiezo a empacar los enseres más indispensables para marcharme cuanto antes. Despierto a Duchan, después a Sacha. Me ayudan a empacar. Tiemblo de que ella nos oiga, tenga una crisis de nervios y haga una escena...»

Describía a renglón seguido la salida, el temor de ser seguido, la espera temblorosa en la estación... en fin el

tren que se mueve y los temores que se desvanecen. Viaje en tercera clase abarrotados los vagones de gente del pueblo... y la llegada a Optino.

#### A CHAMORDINO

Dejando a mi madre para los cuidados de la familia, yo salí en busca de mi padre vía Chamordino. Varia me acompañó.

Mi padre sintió pena cuando recibió las cartas de sus hijos. Comprendió en ellas que no podía contar con su complicidad ni ayuda. La carta de Sergio fue la única que le dio cierto confort.

—¿No recibiste mis cartas? me preguntó al verme llegar.

Le respondí que seguramente han llegado después de haber salido yo.

—Yo quería que explicases a Tania y a Sergio que hay que excluir absolutamente la posibilidad de mi vuelta junto a ella.

Cuando le pregunté si no sentía remordimientos por su acción me respondió:

—¿Pueden sentirse remordimientos cuando no es posible hacer otra cosa?

Lo que le conté le hizo comprender que la familia sospechaba el lugar en donde se encontraba retirado y que de un día para otro peligraba de que se presentase mi madre.

Mi tía María y su hija Lisa, que se encontraba a su lado en ese instante, lo habían recibido con afectuosa comprensión. Se sentía libre a su lado. Sin duda, no es por azar que en el instante, quizá, más crítico de su vida, buscó instintivamente refugio en una persona de su propia sangre.

La paz y la vida de los conventos había tenido siempre cierto atractivo hacia él. Se había entretenido con los monjes de Optino y las religiosas de Chamordino.

No le hubiese disgustado continuar en esta ciudad. Había incluso encontrado un alojamiento, una pequeña isba alquilada por tres rublos al mes. Pero las noticias y las cartas que yo le llevé lo alarmaron.

Charlamos en la apacible y templada habitación de tía María. Mi padre seguía la conversación sin intervenir. De repente, las manos crispadas en los brazos de su sillón, se levantó, se puso derecho con gesto decidido y pasó a la habitación contigua. Una resolución importante había madurado en él. Al cabo de un momento me llamó.

—Envía esta carta a tu madre, me dijo.

He aquí lo que le escribió:

«Es absolutamente imposible que yo te vea, con mucha más razón que vuelva a ésa ahora. Para ti, según opinión general, te sería nefasto al más alto grado; para mí sería atroz porque por el presente mi situación, a consecuencia de tu estado de irritabilidad y de sobreexcitación morbosa, aún sería peor, si es que esto es posible. Te aconsejo que cojas tu determinación respecto a lo que ha ocurrido, de organizarte como mejor puedas y, por encima de todo, de cuidarte.

Tú deberías ponerte en mi plaza, no fuese más que un instante. Si lo haces, lejos de censurarme procurarías ayudarme a encontrar la paz, la posibilidad de llevar una vida poco más o menos humana; ayudarme esforzándote tú misma y no desear mi vuelta hoy por hoy. Tus disposiciones actuales, tu deseo y tus tentativas de suicidio, de-

muestran mejor que nada que has perdido todo dominio de ti misma, cosa que me prohíbe volver cerca de ti por ahora.

He pasado dos días en Chamordino y en Optino y me voy más lejos... No digo a donde porque estimo que es indispensable una separación, tanto para ti como para mí. No pienses que me he ido porque no te quiero: te quiero y te compadezco con toda mi alma, pero no puedo obrar de otra manera...

...Que Dios te ayude, querida Sonia. La vida no es un juego y no tenemos derecho de quitárnosla a nuestro gusto. No es tampoco razonable de medirla con el tiempo. Los pocos meses que quizá nos quedan por vivir tienen más importancia que todos los años pasados y hay que vivirlos con todo el conocimiento.»

#### A NOVOCHERKASK

Al día siguiente por la mañana ya estábamos nuevamente en camino. Mi padre no pudo despedirse de su hermana; no esperó ni siquiera la llegada del segundo coche que había sido encargado para llevarnos a la estación de Koselsk con el equipaje. Igual que tres días antes en Iasnaia-Poliana, un apresuramiento febril se amparó de él.

Dejó a su hermana una esqueta escrita de prisa a las cuatro de la mañana. Le agradecía su acogida cordial. «La precipitación de nuestra salida obedece al temor de ver S. A. sorprendarme aquí, y sólo hay un tren que sale a las ocho.»

Varia y yo subimos al tren ya en marcha, sin saber a donde íbamos, apenas con tiempo para subir las maletas. En el tren, Duchan me informó sobre nuestro destino: Novocherkask, casa de los Denisenko (1), de ahí, si nos daban pasaportes, iríamos a una comunidad de tolstoianos de Bulgaria; si no, hacia el Cáucaso.

En el vagón mi padre fue rápidamente reconocido. La noticia de su presencia en el tren se divulgó como un reguero de pólvora. Los empleados dieron prueba de grandes obsequios. Nos procuraron un compartimiento especial, me ayudaron a preparar los copos de avena para mi padre y montaron una guardia para apartar a los impertinentes.

Poco después de las tres de la tarde, mi padre me llamó. Temblaba. Lo cubrí, le tomé la temperatura y constaté que tenía fiebre. Yo me sentí agotada y me vi obligada a sentarme, hundida en la desesperación.

Me veía en este asfixiante vagón de segunda, rodeada de viajeros indiferentes o curiosos, en un ambiente de humo insoportable, conducida sin saber a dónde al ritmo del ruido obsesionante de las ruedas, y delante de mí, acurrucado bajo un montón de ropa, la cabeza oculta en la almohada, un hombre desgraciado, anciano y enfermo, gemía dulcemente. Hubiese sido necesario desnudarlo, echarlo, darle de beber algo caliente... Pero el tren continuaba implacable...

Mi padre adivinó mi angustia. A palpón encontró mi mano y me la apretó.

—No te desanimes, Sacha. Todo va bien, todo está muy bien.

En la primera parada fui a buscar agua caliente. Du-

(1) Lena, la hija más joven de María Tolstoi, se casó con Denisenko, presidente del tribunal de Novocherkask.

chán me aconsejó darle té con vino. Pero los escalofríos no cesaron y la fiebre subía.

Pronto debimos rendirnos a la evidencia: no podíamos continuar el viaje. Hacia las ocho de la noche el tren entró en la estación, vivamente alumbrada, de Astapovo. Decidimos bajar. Duchán fué a ver al jefe de la estación a fin de encontrar un refugio. En dicha localidad no había hotel. El jefe de la estación nos ofreció su casa.

Sosteniendo a mi padre atravesamos el andén de la pequeña estación en medio de una multitud de curiosos que pronto se acumularon. Los espectadores se descubrían ante el paso de mi padre y lo saludaban. Apenas podía tenerse derecho pero respondía a los saludos haciendo esfuerzos para levantar la mano hasta la altura del sombrero.

En cuanto pudimos, en fin, desnudarlo y meterlo en la cama se desmayó. La mitad izquierda del cuerpo —cara, brazo, pierna— se encontraba enteramente en convulsión. El desenlace nos pareció inminente. El médico local fué solicitado con urgencia, para sostener el corazón le dieron algunas inyecciones.

Por fin, al desmayo reemplazó el sueño. Después de dormir dos horas, mi padre me hizo signo de aproximarme. Había recobrado su lucidez.

—¿Qué, Sacha, qué?

—Que... esto no va bien.

—Animos. ¿Qué es lo que podemos desear? ¿Acaso no estamos juntos?

La noche la pasó bien. La fiebre había caído y mi padre dormía un sueño reparador. Yo respiraba.

A pesar de su debilidad quería volver a coger el tren. Duchá y yo nos opusimos formalmente. Esto le afligió pero, por fin se resignó.

Mi padre no sospechaba que el lugar de su refugio era ya sabido por todos, que desde la víspera, 31 de octubre, el suboficial de la policía (es decir, de las fuerzas de la policía política) había telefonado a su capitán diciendo que el escritor conde Tolstoi viajaba en el tren n° 12, que había caído enfermo en el camino y había sido albergado por el jefe de estación Ozoline en su casa misma. El diario «La palabra rusa» bombardeaba ya Ozoline con telegramas pidiendo noticias directas.

Ese día por la mañana mi padre me dictó para su carnet de notas:

«Dios es un todo infinito; el hombre no es más que una manifestación limitada. Dios es el todo infinito del cual el hombre se piensa ser una parcela acabada. Dios solo existe verdaderamente...»

Un poco más tarde me llamó de nuevo para dictarme una carta dirigida a Tania y a Sergio. Apunto un lápiz y me siento en su lecho. He aquí el texto:

«Astapovo 1 de noviembre de 1910.

Mis queridos hijos Tania y Sergio, espero, de ello estoy seguro, que me perdonaréis por no haberos llamado a mi lado. Lllamaros solos sin mamá, sería entristecerla mucho como así también a vuestros hermanos. Comprenderéis que Chertkov (1), a quien le he rogado de venir, (al efecto, mi padre me encargó ese mismo día de enviar un telegrama a Chertkov) se encuentra referente a mí en una situación muy particular. Ha consagrado su vida al servicio de la obra que he servido yo también es-

(1) Amigo de Tolstoi detestado por su esposa.

tos últimos cuarenta años de mi vida. Esta obra la realizo con todo mi corazón, pero sobre todo, la es-timo importante para todos los hombres, incluso vosotros mismos.

Os agradezco vuestra actitud bondadosa hacia mí. ¿Es un adiós? No lo sé pero he sentido el deseo de informaros de todo esto... Adiós, esforzaos por calmar a vuestra madre para que yo goce de un sentimiento sincero de conmiseración y de amor. Vuestro padre que os quiere. — León Tolstoi.»

## LA AGONIA

—Les remitirás esta carta después que me haya muerto.

El 2 de noviembre, al alba, la temperatura montó. Mi padre se puso a toser y escupir sangre. Era la pulmonía. Telegrafíe a Sergio: «Estado grave. Deseaba advertirnos, también a Tania, teme la llegada de los otros.»

En la jornada del 2, Duchán fué informado por telegrama que llegaba a Tula mi madre, con Andrés, Miguel, Tania, un médico y una enfermera, había pedido hacia las cuatro de la tarde un tren especial en dirección de Astapovo.

Yo me aterroricé. ¿Cómo proteger a mi padre? Sorda y ciega a más no poder; la familia no quería comprender la situación. Felizmente Sergio les cogió la delantera. Comprendió que la menor emoción sería fatal a mi padre, cuyo corazón se debilitaba.

El mismo vaciló largo rato antes de entrar. Por la puerta abierta lo miró un momento desde la habitación de al lado, por fin se decidió:

—No, necesito entrar. Le diré que supe por casualidad que se encontraba aquí y he venido a verlo.

De hecho mi padre se mostró alarmado e interrogó ansiosamente a Sergio. ¿Cómo había descubierto el refugio? ¿Qué sabía de su madre, dónde se encontraba y con quién? Sergio respondió que venía de Moscú, que su madre estaba en Iasnaia con un médico, una enfermera y los demás hermanos.

—No puede dejarse entrar a mamá, dijo al salir. La emoción sería demasiado fuerte para él.

Sergio salió y mi padre me indicó que me acercara.

—¿Qué dices de Sergio?

—¿Cómo dices, papá?

—¡Ha logrado encontrarme! Estoy muy contento de haberle visto. Me ha sido muy agradable... Me ha besado la mano...

Los médicos se pronunciaron declarando que no podía admitirse al lado del enfermo más que a Sergio y a Tania.

Cuando Tania entró, mi padre la abrumó de preguntas. ¿Cómo había descubierto el lugar en donde se encontraba, qué era de su madre, quién estaba con ella? Tania perdió la serenidad y debió buscar un pretexto para salir de la habitación.

El 3 de noviembre llegó el doctor Nikitine. Después vino el editor Gorbunov y Goldenweiser. Mi padre expresó el deseo de verles. Discutió en detalle con Gorbunov de la publicación de su último libro «El pensamiento de la humanidad». Al momento de despedirse, Gorbunov le dijo:

—¡Bien, bien! León Nicolaievich, aún aguantaremos el golpe por esta vez.

Mi padre le echó una mirada severa y replicó:

— A vosotros es a quien os toca aguantar el golpe, no a mí.

Esa misma tarde Sergio envió un telegrama a sus hermanos, indicando en substancia, que el estado del padre mejoraba un poco pero que el corazón lo tenía muy débil y que la presencia de mi madre le sería fatal al enfermo.

Mi padre estaba a cien leguas de imaginarse que la noticia de su enfermedad había sido divulgada por todo el mundo y que toda la familia se encontraba reunida en Astapovo. Un ejército de fotógrafos acampaban alrededor de la estación y los periodistas iban a la caza de una brizna de frase que procediera de la casita del jefe de estación.

Para nosotros, día y noche, en el lecho de Tolstoi, no escuchábamos y no seguimos más que los latidos de su corazón y el respirar de su pecho.

«La noche fué penosa después de dos días de fiebre. El 2 llegó Chertkov. El 3, Tania. Por la noche, Sergio, que me ha emocionado profundamente. Hoy 3, Nikitine. Después, Goldenweiser e Ivan Ivanovich (Gorbunov). He aquí mi plan... Haz lo que digo, venga lo...»

Todo esto sirve al bien del prójimo, y sobre todo al mío.»

Tales fueron las últimas palabras de su diario.

Los momentos de angustia y de esperanza se sucedían. Una baja de la temperatura hacia la confianza, una subida de fiebre nos hundía en la desesperanza. La inflamación le llegaba ya al otro pulmón. El corazón funcionaba mal y la baja de temperatura que sobrevino no era más que testimonio de la débil resistencia del organismo. La respiración se precipita, el pulso marcha intermitente.

Se hizo venir oxígeno, se pidió a Moscú una cama más confortable, organizamos turnos para que siempre hubiera uno en su cabecera, asistido de un médico.

— A los campesinos hay que ver morir, a los campesinos... suspiraba cuando le arreglábamos las almohadas.

Pasó la jornada del 4 en un estado casi inconsciente. Deliraba, procuraba explicarnos alguna cosa o permanecía sin movimiento alguno. Sólo los dedos de su mano esquelética palpaban febrilmente la sábana con gestos incansables. La mirada de sus ojos abiertos parecía vuelta hacia el interior, severa, perdida en una contemplación que nos era inaccesible...

— Buscad, buscad siempre, pronunció repentinamente con claridad.

De Moscú acababan de llegar algunos médicos. Pero ya no había ninguna esperanza.

El 6 de noviembre se mostró especialmente afectuoso hacia todos los que le rodeaban. «Querido Duchán, querido Duchán», dijo cuando éste le hizo un pequeño servicio. Al cambiar sus sábanas sentí su mano que buscaba la mía. Creí que buscaba un punto de apoyo, pero

apretó mi mano con mucha fuerza por dos veces. Yo cubrí la suya de besos, dominando con gran pena mis lágrimas.

El mismo día, Tania y yo estábamos sentadas una a cada lado de su cama. Bruscamente, con gesto energético, se levantó y se sentó. Yo me aproximé y le pregunté si quería que le arreglásemos sus almohadas.

— No, replicó con claridad y con voz ronca. No, yo quiero solamente recordaros que en el mundo hay muchos seres humanos además de León Tolstoi. No tenéis ojos más que para León...

Fueron las últimas palabras que dirigió a Tania y a mí.

Al atardecer su estado empeoró. Se le hizo respirar oxígeno, se le dió una inyección de alcanfor. Se calmó y llamó a Sergio.

— Sergio... La verdad... me gusta mucho... como ellos...

Se adormeció y su respiración era más regular. El peligro parecía haber desaparecido. Cada uno fué a acostarse, salvo los que les tocaba el turno de velada. Hacía media noche todo el mundo fué despertado.

Se llamó a Sofía Andreievna y a todos mis hermanos. En la mañana misma del 7 de noviembre salía yo hacia Iasnaia-Poliana.

## EL ENTIERRO

El 9 de noviembre antes del alba, el tren funerario se paró en la estación de Zaseka. Trenes enteros de gente se apeaban en Moscú. Millares, quizá decenas de millares, de personas insistieron para seguir el convoy. El cortejo se alargó sobre varias verstas. (1)

El ataúd lo llevaban en brazos los hijos de Tolstoi y los campesinos de Iasnaia-Poliana. En cabeza de la procesión se veía un cartel con estas palabras: León Nicolaevich, el recuerdo de tu bondad no morirá nunca entre los campesinos agradecidos de Iasnaia-Poliana.

En el aire glacial de esta mañana de noviembre un «De Profundis» cantada por millares de pechos se elevó majestuosamente.

El féretro fué colocado en la biblioteca donde había instalado mi padre su despacho. Un interminable desfile comenzó.

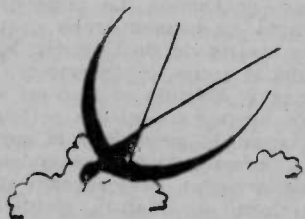
En el bosque de Zakaz, entre los robles, cerca del arroyo, una tumba fué cavada por un antiguo alumno de mi padre, Mikhailo Zorine.

A poca distancia, en el bosque, una hilera de policías de a caballo observaban la escena.

Lentamente, el ataúd fué colocado en la fosa. La multitud, de rodillas, cantaba el himno fúnebre.

Alexandra TOLSTOI

Medida lineal rusa, equivalente a poco más de un kilómetro.



# Payeses de remensa

por A. Samblancat

por T. Salvador

## SAL DE CARDONA

**C**ATALUNA era, en el siglo XIX y mitad primera del que cursa, el cloruro de sodio, que impedía que el cochino racional, ya medio en cecina, se pudriese. Cifremos lo que decimos: huelgas generales y bombas de Barcelona, tormentos de Montjuich, Semana Trágica, proceso Ferrer. Pero, Cataluña no obra de catártico y clister nuestro solamente en la Edad contemporánea, sino que también hace vomitar toda su maldad a la Edad Media cien-negroide a fines del siglo XV.

## PRESTIDACTILOS

Los hombres no se dividen en Sanchos y Quijotes, como cervantistas cerebralmente desvitaminados y en exceso caloriados a lo caló o calé, pretenden, por estas guacamayerías americanas; sino que nos dividimos en ladrones y robados, en divisores o dividendos y en divididos. Los romanos de las agullas (gentiliceos), precursores del felino católico, se nos llevaban a los españoles la plata de nuestras minas, el trigo de nuestros horreos y las andaluzas o gatitanas de buen ver para hacerlas bailar en sus banquetes. Los godos se quedan con los dos tercios más fértiles de nuestro solar; y dejan la parte de él que nada vale, al indígena, no para que viva partiéndose el pecho contra la roca hostil, sino para que saque de ella sustancia, para pagarle al conquistador las gabelas personales y estatales; lujo, taberna, serrallo, armamento asesino, etc. Arnaldo de Vilanova escribe con razón que los nobles de su tiempo eran brutos menos nobles que sus caballos. Los de su tiempo y los de todos los tiempos son unos innobles bascos. La casa catalana de Cardona — su duque Juan Ramón Folch — vió aumentado su patrimonio con los allegos recibidos de las confiscaciones hechas a los parciales de Carlos de Viana; sobre todo, con el condado de Pallars, que se le arrebató a Hugo Roger, uno de los defensores más tenaces de la libertad del Principado.

## NOMBRE PROPIO

Al payés y al rabasaire de la época se le llama Nombre propio, porque no es siquiera nombre común, porque es apropiable como un apero

**E**S curioso comprobar cómo puerilidades históricas logran estar en boca de todos y, en cambio, hechos importantes ni siquiera figuran en la Historia esa, tan voluminosa, de los señores Pirala, Lafuente, Valera y alguno más que no recuerdo. La bofetada a Calomarde, las lágrimas de Boabdil, las infidelidades de Antonio Pérez, etc., han motivado literatura de todas clases.

¿Cómo es posible que el significado de la condición remensa, las enseñanzas del pleito remensa, las consecuencias de la guerra remensa lo tenga uno que estudiar acudiendo a los eruditos, a los investigadores esforzados y solitarios? Obviamente, gran parte de la culpa la tiene el falso modo que se ha tenido de explicar la historia, donde por halagar a reyes y magnates ésta se convertía en poco más de una cronología real, con el añadido de batallas, conquistas y matrimonios. Afortunadamente, el estudio social de la historia o geopolítica o interpretación de la historia a través de los hombres se está imponiendo entre los nuevos historiadores.

Es necesario, por ejemplo, aclarar la cuestión remensa, o «remença»; fuera de Cataluña el desconocimiento es total; en Cataluña misma, fuera de un núcleo muy reducido, se tiene una ligerísima idea. La enciclopedia Espasa publica una inefable nota naturalmente, ya dentro del afán; es sencillo acudir a Hinojosa, Montsalvatge, Serra y Ráfols, Prat de la Riba, Angeles Masiá de Ros, Vicens Vives, etc., que son una extraordinaria fuente de información histórica. El pleito remensa en la baja y alta Edad Media fué uno de los hechos más significativos e importantes de la historia española. De hecho, me atrevo a considerarla como la primera revolución social de la época moderna: de derecho, fué una revolución humanística, una revolución agraria.

«Remença» o «remensa» para elegir vocablos ya aceptados, viene del latín «reminentia» y según el diccionario de Pompeu Fabra, significa «redeptió» personal. O lo que es igual, hombre de remensa significa el que es susceptible de redimirse en metálico. Interpretando modernamente lo antedicho viene a dar que existían hombres que necesitaban redimirse. Geográficamente, de toda la geografía española, la condición remensa cristalizó únicamente en Cataluña la Vieja (Gerona y parte de Barcelona, hasta el Llobregat).

¿Por qué necesitaba redimirse el payés catalán? ¿Qué anomalía le llevó a tal servidumbre? ¿Cuándo y de qué forma se entendía la remensa? ¿A quién beneficiaba la remensa? Son tantas las preguntas que el glosador, que quiere tan sólo divulgar un punto interesante de nuestra historia, está a pique de abandonar. Pero, veamos. Punto primordial es la condición rural. Cataluña, antes de ser la Marca Hispánica, durante la colonización romana, era una tierra totalmente repartida. Prácticamente, en torno a la «Mesa» o «Mensa», se extendía una poderosa colonia rural. Durante la época romana. España estaba mucho más poblada que en la actualidad. De los cuarenta a cincuenta millones de habitantes de entonces, se pasó, en la baja Edad Media, apenas a una décima parte. Lo mismo que se corrompió el latín, se corrompieron las instituciones romanas. Las rurales, aunque enteras, quedaron desamparadas.

En los tiempos del Rey Martín el Humano (tiempos del Papa Luna, de San Vicente Ferrer, tiempos asombrosos) la población de Cataluña se calculaba en 78.000 focos, unos 400.000 habitantes. De ellos, eran remensas la tercera parte. ¿Por qué? El problema rural no fué en Cataluña igual al resto de España. La caída de Roma no fué brusca; duró siglos y fué corrupta. La invasión árabe sí que destruyó la estructura social española. En los lugares donde la guerra se eternizaba, donde la tala de árboles provocaba la ruina, el desierto era total. Para poblarla, los reyes concedían privilegios. Castilla se hizo así, en torno a los municipios, las famosas villas que apenas conocieron el feudalismo. Pero Cataluña, la Marca Hispánica primero, el condado y la monarquía catalano-aragonesa, apenas conoció los horrores de la Reconquista. De hecho, no se llegó a destruir la organización social. Pero sucedió algo: los colonos, los dueños libres de la tierra en torno al «mansí», estipularon un tratado libre con los señores de la

de labranza; y le dicen de remensa, porque remanece perpetuamente en no ser suyo o porque se le redime y rescata como un objeto empeñado. El remensa es siervo porque sirve; algo más que los que se lo denominan de Dios, teniendo una codicia,

un orgullo y una lujuria de diablos. El glebario está indisolublemente adscrito al terruño como un trozo más de su pella. La parcela no es suya, sino que él es de su partija. El arrendatario, el censatario, el aparcerero y el mediero de nuestros

días, son ilegalmente tan trastos como los súbditos de Otger Catalón, que no era en su vico más emperador que un propietario de nuestro rus.

### MALOS USOS Y ABUSOS

De las 600 criminalidades, con que se vampirizaba al labriego cuando Carlomagno recibía bendiciones del Papa a cambio de dinero o equivalencias suyas, se han hecho célebres seis, de las que por lo ominosas son tres singularmente típicas: la Arcia, la Cugucia y la Firma de Espolio forzada. La Arcia era el derecho de quitarle a un niño pobre el pecho de su madre, para dárselo aunque fuera al perro del señor. La Cugucia o cocucia — de «cocú», en francés Cornelio Alávide — es el despojo que cometía el feudal, robándole al siervo la margen dote de su mujer, con la que el mismo ladrón había consumado adrede y «vulgus no vulguis» adulterio. La Firma de Espolio era la penalidad del derecho de pernada o de pernil de la moza recién nupciada, simplemente.

guerra, los capitanes de entonces. Se entendía que los nobles, con castillo o plaza en la región, o los clérigos, con abadía o monasterio, protegían a los colonos a cambio de que éstos, en caso de necesidad, acudieran a su llamada. Estos tratados se llamaban alodiales, de «alodia», propiedad libre. Los principales señores alodiales eran los eclesiásticos; la Iglesia fué el gran poder que heredó la estructura romana. Cabe la «mensa» o renta a la Iglesia, comenzó un vasallaje libre, que bajo los «malos usos», degeneró en «remensa».

¿Cuánto tiempo duró esta situación? De hecho, claro, hasta que aparece la remensa, o redención, que fué en los albores del siglo XI. La dependencia alodial no era gravosa: señores y payeses se complementaban. Cuando la amenaza de la guerra o perturbación se fué alejando de los «mansis», los payeses intentaron desembarazarse de los señores alodiales. Pero éstos, afincados ya en un derecho, en unos «Malus Usos» (los malos usos fueron cinco: cugucia, exorquia, instestia, arcina y remensa) se resistieron a este abandono. El juego de tira y afloja, que duró tres siglos, es lo que constituye el pleito y la guerra remensa.

Pero, por ahora, tenemos únicamente la intención de explicar la condición remensa. ¿Qué era, pues, un payés de remensa? Tomando ya, sobre el paso del tiempo, la degeneración del derecho alodial en derecho feudal, «payés de remensa» era el siervo de la gleba, o sea, el campesino que tenía opción a redimirse pagando un metálico al señor. Empero, tampoco esto es cierto. Los payeses catalanes de la Baja y Alta Edad Media no eran, ni fueron nunca, siervos. La condición de «remensa» se puntualizaba en el «mas», masía o manso. El payés era un propietario libre; pero representativo de una unidad productiva: el «mas», cuya adscripción al señor alodial estaba establecida por usos antiguos. No siendo cierto, lo que tenía valor para el señor natural era la tierra. Pero la tierra, sin cultivo, tampoco valía nada. Ergo: el colono, el campesino o trabajador de la gleba, es libre cuando trabaja en su «mansis», pero si quiere marcharse, necesita redimirse. Naturalmente, nace la tendencia abusiva de los señores alodiales a retener en los predios al elemento humano, única forma de sostener su valor. Poco a poco, nace el concepto de considerar a los payeses como vinculados a la tierra, adscritos a ella, y por tanto sujetos a transacción y vasallaje; si querían redimirse, debían pagar un precio. Nace y se extiende el remensa. En tiempos del Rey Martín, existen 20.000 hogares remensa.

Este pleito, por si grave, empeoró al no estar conforme los payeses y estar dispuestos, incluso, a abandonar la tierra que era, en principio, la señal de vasallaje. Abandonaban las tierras y se iban a otras nuevas o a municipios, favorecidos entonces por la realeza. Aparece entonces un nuevo elemento: la fuerza. Los señores alodiales, en uso feudal, sujetan al payés al «mas» mediante castigos, y los eclesiásticos, mediante excomuniones y toda la gama de la autoridad religiosa. Remensa, entonces, no es sólo «redención», sino también «residencia» obligatoria. Conviene fijar este extremo: la redención en metálico no era particularmente onerosa, si lo era la obligación de una familia de estar adscrita al manso.

La Edad Media, que fué una curiosa época, mezcla de libertades y tiranías, está llena de pleitos remensa. Los payeses, antes de aceptar la situación de los «Malos Usatjes», pleitearon muchas veces. Las Cortes, generalmente, fueron dando fuerza de ley a lo que era costumbre. Entonces, los trabajadores de la gleba, volvieron sus ojos a los reyes, los cuales, contraponiéndolos al poder feudal para acrecentar el suyo, central, los apoyan. Estos pleitos, y la guerra remensa, llenan el siglo XV, cuando Colón estaba a punto de descubrir América. Por su extensión e interés, merecen otro comentario. Baste, por ahora, fijar dos extremos. De la condición «remensa» ha quedado en el fuero y la costumbre catalana la institución del «he reu» o la «pubilla», que deben quedarse en el «mas» como cabecera legal de la situación. Y que, como se dijo: la emancipación remensa fué la primera revolución agraria y social de la época moderna. Concurrió en ella todo lo que hoy día es fermento social: liberación de un mal uso, revalorización de la dignidad humana y transición de una a otra época.

### GUERRA DE LOS REMENSAS

Todo el bajo Medievo trepida del estropicio de la Marca Hispánica en motín contra la bandolería y vandería baroniales. Con los «buscaires» de Barcelona, el jollin empieza a ponerse serio. Simón Tort Martorell subleva en 1457 a los «forenses» baleáricos. El suspenso Verntallat agita, sin embargo, al labradío gerundense, durante todo el reinado de Juan II. En 1474, Pedro Juan Sala, al frente de un millar de espartaquistas, baja del Ampurdán al Vallés y toma a Tarrasa y a Caldas de Montbuy. Entra en Granollers luego y cuelga de las almenas de sus castillos a una porción de caballeros de la tenaza. Hasta que se han de movilizar con sus motilonos los obispos de Urgel y de Vich inclusive, para derrotar en Lerona a Sala. Los caballeros del gancho y de la rueda de molino eucarística, se llevan al caudillo remensa al Born, con uno de sus lugartenientes, Parellada de Montornés. Allí los degüellan, los descuartizan y exhiben sus cabezas cortadas en la Puerta Nueva.

### DESBARRANQUE FEUDAL

A pesar de este revés grave, no hace crac la causa sagrada de los remensas. Por el contrario, los derechos señoriales, que Alfonso el Magnánimo no se había atrevido más que a suspender, tienen que ser para siempre abolidos por Fernando el Católico en 21 de abril de 1486, con el Laudo arbitral de Guadalupe, que es un instrumento como un monumento. De suerte, que Sala, a los 12 años de cadáver, logra éxito de alarido.

# Ideas sobre educación

V

COMO todas las corrientes ideológicas, de evolución en no importa qué sentido, nacidas en un momento cualquiera de la historia, el llamado Renacimiento no tiene fecha específica en la cual podamos fijar de una forma terminante su « principio o su fin ». Todo periodo histórico que entraña reanimar una civilización que le precediera, crea nuevas ideas, desarrolla nuevas actividades, da vigor a nuevas formas de vida y mantiene en tensión el espíritu de renovación; por lo que repasando la historia vemos que ésta ha tenido infinidad de « renacimientos » los unos enlazándose con los otros en fechas y momentos imprecisos, no bien definidos cronológicamente, y por tanto difíciles de determinar. Y por este motivo La Renaissance o Renacimiento, así con mayúscula, que nace, nos parece, sacudiendo el manto polvoriento en que se envolvió aquel periodo oscuro que se llamó Edad Media, no podía escapar a esta « ley » de confusiónismo cronológico que crean corrientes que se sobreponen las unas a las otras. Las voces de protesta contra esta edad que lo enturbia todo: ciencia, filosofía, arte y conciencias, claman por la cultura que resplandeció en una época de la historia que precedió a estos siglos de confusión, pero que aun desde puntos y fechas no bien marcados. Ahora, el impulso de este movimiento no iba dirigido a resucitar las formas de pensar y métodos antiguos, sino que iba encaminado contra el oscurantismo medioeval y al mismo tiempo hacia un horizonte donde el individuo encontrase una vida más activa y con más alicientes, aunque los hombres que más sobresalieran en este movimiento pareciesen indicar que aspiraban más bien volver al pasado que avanzar hacia el futuro, ya que las artes en todas formas buscaban basarse en modelos clásicos.

El estilo de arquitectura que aparece en esta época afecta las formas griegas y romanas, así las artes, y los prohombres de las letras, tales como Dante, Petrarca y demás predecesores de los grandes escritores de la Europa Moderna, fueron los primeros en asociarse a los estudiantes de la literatura clásica, que se iba descubriendo en aquellos días. Y en el mismo sentido obraban filósofos, artistas y hombres de ciencia, quienes después de haber roto con las doctrinas aristotélicas, en vez de abrirse camino por sí mismos, se aferraban a las doctrinas de antiguos maestros. La teología, donde la diferencia con el pasado se hallaba más acentuada que en ningún otro campo de las especulaciones humanas, los reformadores que se habían visto empujados a crear nuevos sistemas de fe y aspiraciones que representaban una separación un tanto revolucionaria con el pasado, trataban de ocultar los hechos queriendo presentar su movimiento como una regresión a la posición de la Iglesia Apostólica. El grito universal de «vuelta al pasado»,

de vuelta al arte, a la literatura y a la religión del pasado remoto y clásico, a pesar de lo que se diga, era más bien el resultado de una repulsión a las sombras del largo y oscuro periodo que iba desapareciendo, que el miedo a un futuro incierto. El entusiasmo por todo lo que representaba civilización antigua comprendiendo el establecimiento inclusive de ésta, no podía crear una sociedad como en la que había nacido. El largo periodo de más de un milenio, había producido grandes cambios en los pueblos, y en los hombres como individuos, así la adopción de la vieja cultura tenía que producir un mundo tan diferente del pasado remoto como del pasado inmediato.

## La mayoría de los manuscritos literarios griegos que quedaban habían sido traducidos en los dominios del imperio bizantino.

Pero antes de la dispersión de los manuscritos, la cual se produjo con la caída de la capital en manos de los turcos en 1453, los griegos habían sentado pie en Italia y habían enseñado allí su lengua. Uno de los más eminentes de éstos fué Manuel Crisóleras (1350-1415) que vino a Italia como embajador del emperador y la ciudad de Florencia consiguió persuadirlo para que se quedase allí a enseñar griego. Este acontecimiento, hay quien afirma, sentó las bases del futuro griego en Europa. Crisóleras empezó a enseñar en 1396, durando su cátedra en Florencia tres años durante los cuales tuvo como alumnos a Fífelfo, Guarino, a Leonardo Bruni, etc. De Florencia marchó a Pavia, donde enseñó hasta 1400.

Su obra fué de suma importancia para el estudio del griego y para la correcta interpretación de los autores latinos, y por tanto para el desarrollo de la enseñanza en el mundo occidental.

Al comienzo del siglo catorce llegaron a Italia otros griegos eminentes tales como Plethon (1355-1450). Plethon nació en Constantinopla y al llegar a la península fué a Florencia, donde enseñó griego y estableció una escuela platónica, la cual afectó no sólo a la cultura italiana sino a la alemana también. A estos nombres pueden sumarse los de Bessarion (1403-1472), cuya colección de manuscritos griegos fué la base de la famosa biblioteca de San Martín en Venecia; de Teodoro Gaza (1400-1475); Trebizonda (1424-1511), etc. Gaza y otros enseñaron griego y aprendieron latin con Vittorino, y escribieron muy buenas gramáticas de la lengua griega.

Este movimiento prosperó y fué sostenido no sólo por la corriente de personalidades venidas del Este sino por la gran aportación que un buen número de profesores italianos dieron al mismo con el movimiento que emprendieron en dirección opuesta. Infinidad de profesores italianos se dirigieron a Constantinopla, donde residieron por largo tiempo para aprender la lengua y re-



coger manuscritos. Entre éstos fué Guarino de Verona (1370-1460). Guarino vivió en Constantinopla cinco años con la familia de Crisóleras, casándose con la hija de este. Cuando volvió a Italia, fué a enseñar a Venecia, donde tuvo por alumno a Vittorino; después a Florencia y a Verona y por último a Ferrara. Aurispa (1370-1459), que era natural de Sicilia, visitó Constantinopla y volvió en 1423 con más de doscientos manuscritos. Así Filelfo, que perteneció al cuerpo diplomático, trabajó durante siete años en la gran librería del Bósforo y retornó a Italia con gran número de libros griegos. Después viajó de un sitio para otro enseñando literatura clásica en las grandes ciudades italianas.

Una vez en posesión de las obras de gran parte de autores antiguos, la gran labor estaba en la reproducción de las mismas copiándolas o imprimiéndolas y reuniéndolas en grandes bibliotecas que estuvieran al alcance del mayor número de estudiantes posible. Estas bibliotecas clásicas se desarrollaron mucho antes de que naciera la imprenta, por lo que la tarea de copiar manuscritos estaba encomendada a una clase de escritores profesionales que se distinguían por su cultura y su preciosa letra. A pesar del esfuerzo y el coste fantástico que la producción de unos cientos de ejemplares de cualquier manuscrito representaba, el siglo quince vió la formación de colecciones considerables, reunidas claro está por gobernantes, grandes, ricos comerciantes, banqueros, etc., de la época, no obstante éstas dieron servicios formidables tanto a instituciones culturales como a individuos.

#### Paolo Vergerio.

Uno de los grandes escritores de la época que abogaba por la nueva cultura y como objetivo proponía una educación libre fué Paolo Vergerio. Vergerio nació en 1349 y fué profesor en Padua y en Florencia. Cuando Crisóleras vino a Florencia a enseñar griego, Vergerio tenía ya cuarenta y siete años, pero el entusiasmo que sentía por esta nueva disciplina era tan grande que no tuvo el menor reparo en sentarse entre los niños que aprendían declinaciones para escuchar al gran maestro. En 1404 Vergerio escribió un libro titulado «Carácter y Estudios Liberales», un libro digno de un hombre noble y ejemplar que había dedicado todo su tiempo y entusiasmo a los estudios liberales. Por algo, este pequeño grande libro, habría de ser usado, durante dos siglos, como guía, por los grandes educadores humanistas.

Vergerio escribió el libro para un niño de uno de sus amistades. Le empieza diciendo: «Tus distinguidos progenitores decían que un padre debe a su hijo tres prerrogativas: un buen nombre, un país del cual sentirse orgulloso y una educación. La última de éstas es la más importante, el fracaso en ella es irreparable.»

Consideraba que hasta que el niño alcanzara la edad normal de positiva comprensión, era necesaria la rivalidad que espolease el deseo de aprender. Las inteligencias difieren y aquéllos con sólo una modesta capacidad tienen una mayor necesidad de la educación a fin de que sus defectos puedan ser corregidos. La definición que Vergerio hace de una educación se expresa en el trozo que citamos: «Llamamos estudios liberales a aquéllos que son dignos de un hombre libre; aquéllos estudios por medio de los cuales llegamos a alcanzar y practicar la virtud y el juicio; esa educación que levanta, ejercita y desarrolla las más altas dotes del

cuerpo y del cerebro, las cuales ennoblecen al hombre y que con gran acierto han sido juzgadas para alinearse junto a la virtud y a la dignidad solamente, pues para un temperamento vulgar ganancias y placer son su sólo objetivo en existencia, para una naturaleza elevada, valor moral y fama.»

Vergerio sigue muy de cerca a Quintiliano en sus concepciones sobre educación cuando dice: «Tal educación debe empezar temprano, pues más tarde no llegaremos a alcanzar madurez al menos que en nuestros tiernos años vayamos con sinceridad a su búsqueda. Poder hablar y escribir con elegancia es una ventaja grandísima tanto para la vida pública como privada; y el conocimiento profundo de la literatura nos permite emplear nuestro ocio de una forma agradable y provechosa. Piensa, por contraste, en Domiciano, quien, aunque era hijo de un emperador, no encontraba nada más entretenido para sus ratos de ocio que matar moscas. La literatura hemos de pensar, consiste no sólo de hechos sino de pensamiento y estilo también. Yo no creo que los pensamientos sin estilo, y seguramente sólo los hechos, serán capaces de atraer mucho la atención o agenciarse una segura supervivencia. ¿Qué mayor atractivo puede ofrecer la vida que este poder de hacer el pasado, el presente y el futuro nuestros medios de la literatura? Podemos decir con Cicerón: «¡Qué brillante familia es la familia de los libros!»

El tema principal del Renacimiento sobre qué disciplinas habían de seleccionarse para una educación liberal, fué cosa que preocupó a Vergerio grandemente. La primera y principal de estas disciplinas era la literatura y una parte importante de la literatura, la historia, la cual atrae y es de gran provecho. A ésta debe seguir la filosofía moral y la elocuencia. Por medio de la filosofía aprendemos lo que es verdad; la elocuencia nos enseña a decirlo de una forma convincente, y la historia aporta la luz de la experiencia. A esto debe agregarse la música, la poesía, la lógica, la aritmética y la geometría, y si fuese preciso un estudio profesional, tales como la medicina o la ley.

#### Quien mucho abarca poco aprieta.

Refiriéndose a la forma de enseñar y aprender decía que debería ponerse gran cuidado en no abarcar demasiado de una vez y de no pasar de una disciplina a la otra de una manera precipitada, pues sólo siendo sistemáticos y poniendo toda nuestra voluntad en un solo tema a un tiempo tenemos la esperanza de salir airosos. Cuidado y trabajo deben ser adaptados a las facultades del niño. Dada una buena predisposición, pueden ser de utilidad tres métodos: un repaso sistemático cada noche de lo que se ha estado haciendo durante el día; la costumbre de discutir cada lección con otro estudiante o con varios; y la enseñanza a otro estudiante más joven de lo que hemos aprendido recientemente. Por encima de todo, la perseverancia es esencial, pues nada ayudará más a la adquisición de conocimientos no importa en qué rama del saber, que la constancia en la búsqueda de datos que ayuden a esclarecer la senda que conduce al objetivo que nos hemos propuesto alcanzar.

Muchísimos de los componentes del nuevo movimiento favorecían la educación de las muchachas de las clases superiores. Entre ellos, Vittorino puso en práctica la admisión de muchachas en sus clases, y Leonardo

Bruni, un año después de la publicación del libro de Vergerio «Sobre la Educación de los niños», publicó un panfleto dirigido a Baptista Malatesta, hija de la casa ducal de Urbino, sobre la educación de las niñas. El panfleto se componía de sólo unas cuantas páginas, pero en éstas Bruni se dedica a seleccionar las disciplinas que Baptista habría de estudiar, recomendando un curso completo de literatura, historia y poesía. Bruni compartía la opinión de sus contemporáneos humanistas, o de la mayoría, de que la astrología había de ser descartada del programa de educación para las muchachas, considerando además que las matemáticas tampoco era una asignatura apropiada para éstas. Así, de la misma forma, la retórica y la oratoria debían quedar fuera de la esfera de sus actividades. De otra parte la religión y la ética eran consideradas de suma importancia en la educación de las muchachas.

Esta actitud un tanto reservada, de desconfianza, tal vez, en la capacidad femenina para desarrollar muchas de las disciplinas que se consideraban parte de una educación liberal, parece desconcertante viniendo de hombres llamados humanistas que afirmaban que la educación estaba llamada a encuadrar el cultivo del cuerpo y del cerebro, que era el motivo para la coordinación de la moral griega y cristiana y para el desarrollo del hombre como ciudadano. Que el cultivo de la ética, el buen comportamiento, el patriotismo, etc., saldrían de la educación liberal que todo humanista buscaba y defendía. Que las letras y la filosofía eran consideradas como la preparación ideal para el estudio profesional, y que para profundizar en los estudios del género humano era preciso tocar todas las disciplinas e ideas no importa de donde procedieran éstas. Sin embargo no hemos de olvidar que estos hombres eran el producto de su época, de una época que se debatía entre la luz y las tinieblas y que sus ideas eran hijas de un pasado que nunca hizo de la educación una necesidad en la cual habían de participar por igual el hombre y la mujer.

**Los humanistas de los siglos XIV y XV produjeron muchos tratados que en casi todos se hablaba de educación.**

Muchos de ellos se dedicaron sólo y exclusivamente a la enseñanza, sin dejar nada escrito, otros escribieron y enseñaron al mismo tiempo.

Entre los grandes maestros figuraba Guarino de Verona de quien ya hemos hecho mención como profesor de griego y colector de libros antiguos. Su escuela en Ferrara alcanzó fama europea hasta el extremo de que sus alumnos se reclutaban en todos los confines: en Francia, en Alemania, España, etc. Guarino hizo una traducción al latín del ensayo pedagógico atribuido a Plutarco el cual vino a alinearse con Quintiliano en las bibliotecas de los maestros humanistas. Su carácter, su moral y su influencia sobre sus alumnos, eran cualidades que le hacían acreedor de las mayores alabanzas. Este carácter excepcional, era un humanista en todos los sentidos y sentía una gran admiración por Cicerón y Virgilio. En una carta a uno de sus alumnos esboza un método de educación que atribuye a su suegro Crisolerias. Este método trata de la lectura y de su interpretación. Con la lectura en alta voz aumenta la comprensión; este ejercicio debe ir seguido de un análisis gramatical y de un estudio minucioso del sentido exacto de

las palabras, por la repetición y por medio de un resumen bien elaborado. La traducción de no importa qué no debe ser profusa, sino exacta. Los párrafos interesantes y bellos deben ser copiados en un libro de selecciones y aprendidos de memoria. Los libros que se lean deben ser discutidos con otros estudiantes y con los amigos.

Battista, hijo de Guarino, en su libro «Sobre el Método de Enseñar y Leer los Autores Clásicos», expuso doctrinas sobre educación que eran las de su propio padre. El libro contiene consejos importantísimos, consejos que ya habían sido adelantados por otros maestros, no obstante consejos al fin que la constante repetición de los mismos no mermará en nada su valor, al contrario, los incorporará al lenguaje y vida ordinarios. Al estudiante debe dejarsele pensar por sí mismo como si se preparara a enseñar lo que estudia, permitiéndosele la lectura no sólo de los libros de texto sino cualquier otro libro o comentario que halle. El debe determinar el preciso sentido y fuerza de las palabras; debiendo escribir sus notas como si éstas fueran para darlas a la publicación. Debe recomendarse al estudiante la costumbre de hacer extractos, tales como los de reproducir párrafos semejantes de varios autores. Como los pitagóricos, el estudiante debe repasar cada noche lo aprendido durante el día; cada mes, la lectura de las cuatro semanas precedentes. La lectura en alta voz es provechosa para el cerebro y para el cuerpo. Al estudio deben dedicarse horas marcadas, y el plan que se trace debe ser seguido sin interrupción; pues debemos de reconocer que un sistema regular en el estudio es de capital importancia, se puede decir que la regularidad en el estudio es tan importante como la armonía de compás y nota es al coro. Hablando de Cicerón, Battista Guarino le cita en literatura como la inspiración de la juventud, la alegría de la vejez, el adorno del éxito y el consuelo ante la adversidad.

De los libros no pueden expresarse juicios más ciertos ni más verdaderos que los emitidos por Battista. «Los libros», dice, «no ofenden ni reprochan, ni evocan vanas esperanzas o temores. Sólo por medio de los libros conversaremos con las mejores y más grandes inteligencias de los grandes hombres del pasado, y no habrá ocio más bien y noblemente empleado que aquel pasado entre libros.»

Vittorino fué maestro más estricto que los anteriores, ya que éste no escribió nada, ni coleccionó manuscritos, ni tomó parte en la vida pública. No obstante su popularidad y fama fué tan grande y tan duradera como la de los demás. Vittorino de Feltre nació en una aldea de la montaña del este de los Alpes en 1378. Su padre era pobre, pero era algo educado y aunque la aldea se hallaba bastante alejada de los centros de educación y carecía de recursos culturales, dió a Vittorino la oportunidad de adquirir los rudimentos de latín. A la edad de dieciocho años ingresó en la universidad de Padua con la cual había estado asociado el gran Petrarca. Allí estudió bajo uno de los discípulos de Petrarca y donde probablemente se encontró con Vergerio que era un profesor paduano. Siendo tan pobre hubo de abrirse camino dando lecciones de latín; no obstante, la falta de medios económicos no obstaculizó el interés que puso en el estudio de las matemáticas cuando éstas sólo empezaban a renacer.

Entre sus compañeros se contaban hombres tan famosos como Filelfo, Trebizonda, etc., y tuvo estrecha rela-

ción con Gasparino de Barzizza, con quien estuvo parando por cierto tiempo. Barzizza era considerado el latinista más grande de su tiempo. Vittorino estudió griego bajo Guarino quien a su vuelta de Constantinopla abrió una escuela en Venecia.

Por su actividad, su buena predisposición, sus simples costumbres en el vestir y en gustos, Vittorino era querido en los círculos sociales y universitarios. Durante veinte años había estado en Padua y Venecia como estudiante y como maestro. A sus escuelas acudieron los hijos de las más grandes familias de las dos ciudades; pero a pesar de esto, Vittorino no se limitó a enseñar a los hijos de los ricos solamente, sino que, haciendo honor a las dificultades que en su juventud había tenido que vencer para abrirse paso en la vida y en sus estudios, admitía gratuitamente en su escuela a algunos niños pobres mientras que los ricos tenían que pagar las contribuciones estipuladas,

#### La escuela de la corte de Padua.

Gianfrancesco Gonzaga, Marqués de Mantua, en 1423 invitó a Vittorino a que se hiciera cargo de la escuela de la corte paduana, para ello Gonzaga hubo de insistir acerca de él y ceder a las condiciones que exigía hasta el extremo de que el marqués lo dejaba en libertad de fijar su propio salario, de que tuviera dominio completo sobre la escuela y los alumnos, que continuara la costumbre de educar gratuitamente a algunos niños pobres que lo merecieran intelectualmente. Vittorino, aunque no de muy buena voluntad, aceptó la oferta y durante veintitrés años fué director de la escuela de la corte de Padua.

El conjunto de sus alumnos lo formaban los hijos del príncipe, los de la nobleza y ricos comerciantes, algunos extranjeros juntamente con niños de pobres que prometían intelectualmente. La edad de los alumnos era irregular; los había de seis, ocho y de ahí en adelante hasta más de veinte, aunque estos últimos al mismo tiempo que estudiaban ayudaban en la escuela. El gran Vittorino al mismo tiempo que como maestro actuaba

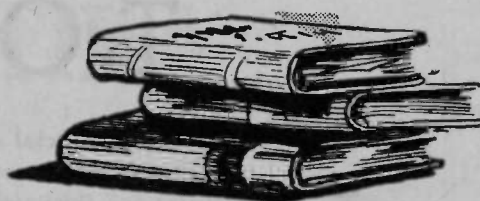
como padre y compañero de sus alumnos, interesándose de su salud, tomando parte en sus juegos y acompañándoles en sus paseos campestres. En el internado no se permitía lujo de ninguna clase, ni siquiera a los príncipes, y la disciplina de los juegos y ejercicios, las buenas maneras y buena conducta tenían que aceptarlos todos por igual.

En la escuela, los alumnos más jóvenes empezaban con letras de juego, deletreo y lectura. Después seguía el hablar y leer en alta voz poniendo gran atención en la articulación, pronunciación, etc. Como un medio de la elocuencia se enseñaba la declamación, y como base de la educación intelectual se hacía un estudio profundo de los clásicos, latinos y griegos. Los estudios no estaban limitados a la literatura, abarcaban un conocimiento de la historia y filosofía antiguas así como juegos y actividades físicas. La aritmética se enseñaba para uso práctico y para llevar a la mente del alumno un ejercicio de precisión. Para juegos, en sus primeras etapas seguían los principios platonianos, y la geometría (que tanto amaba Vittorino y en la cual adquirió fama como maestro), la astronomía y elementos de física, también formaban parte de los estudios. Entre las actividades de la escuela se contaban el canto, la música y el baile.

Una de las omisiones lamentable del programa era el estudio de la lengua vernácula, omisión poco normal en un humanista cuando éstos parecían no olvidar punto alguno en su programa de estudios que ayudara a descubrir más y más la naturaleza humana, y esto en un periodo de la historia cuando los pueblos iban adquiriendo conciencia de nacionalidad bien definida y las lenguas vernaculares empezaban a hacer su impacto, bastante considerable, en las letras y culturas nacionales.

Escuelas del tipo de la de Vittorino existían bastantes, pero en ninguna de ellas podía hallarse un conjunto de ideas tan completo y que al mismo tiempo encarnara tan bien los principios de educación del Renacimiento.

J. Ruiz



# Opiniones sobre Tolstoi y detalles de su vida

**R**ELATA Mauricio Kues en el prefacio de su libro «Vida de Tolstoi» que según dos o tres libros, infima parte de lo escrito sobre el gran ruso, Tolstoi era:

el escritor más grande de la tierra rusa;

un visionario no muy inteligente;

un hidalguete entregado a hacer literatura de propietario;

el restaurador de la verdadera doctrina cristiana;

un cristiano artificial;

un erotómano;

un santo;

el artista más fotografiado de su tiempo;

un apóstol de los tiempos modernos;

un anarquista peligroso;

el padre del bolchevismo;

un millonario que jugaba a zapatero;

un latinista muy malo y un mediocre filósofo;

un pensador inspirado por el espíritu profético;

un falso profeta;

un místico desviado;

un gran señor con gustos de aristócrata;

un artista de gran genio;

un sociólogo simple de espíritu;

el ingenio más atrevido de su tiempo;

un ignorante.

El propio Kues dice que no era nada de todo eso, que Tolstoi ha sido tan sólo un hombre.

Un hombre que vivía entre otros hombres, en los campos, entre las flores, en medio de un decoro terrestre y humano que ejercía, como para cada quisque, una influencia inexplicable, cuyo papel no se puede medir ni calcular.

Mis ojos, dice aún Kues, miraron fijamente la mancha que poco a poco iba creciendo, pasando alternativamente de la sombra que proyectaban los tileros a la luz resplandeciente del sol.

Venia lentamente apoyándose sobre su cayado, no como un anciano que necesita ayuda, sino como un cami-

nante algo cansado. No podía todavía distinguir sus líneas, pero reconocía su silueta, que me era tan familiar como a los millares de admiradores cuyo destino les condenaba a no verlo jamás. Salió por fin de la hilera de tileros, entró en la plaza de recreo, cuyo piso está cubierto de arena amarilla, completamente soleada. Súbitamente apareció grande, muy grande... era Júpiter en su Olimpia.

A Tolstoi no se le veía para desayunar porque tomaba el desayuno en su habitación. Se levantaba pronto y, una vez aseado, iba a vaciar sus aguas «a fin de no deshonrar a un sirviente con tarea tan baja». Era un gran hombre incluso para los criados.

Un día escribió la frase siguiente: «No creeré jamás en los sentimientos humanitarios de un hombre que hace vaciar su orinal a otra persona.»

Después de haber cumplido ese deber de humildad, el único que lo practicaba en la casa, hacía un paseo a pie y tan pronto de vuelta se encerraba en su gabinete para trabajar, a menudo con su hija Alejandra, que le servía de secretaria.

Pensando en Tolstoi uno recuerda que hay algo más que los bienes terrenales. No hay duda de que si

Tolstoi viviese todavía en un país cualquiera de Europa, estaría en la cárcel, en un campo de concentración o deportado a alguna isla. Además, le sería imposible escribir o publicar. Su pensamiento no puede ser reivindicado por ningún partido, ni por ninguna religión. Toda su vida es una profesión de fe anárquica.

Tolstoi condena al gobierno por la violencia que ejerce para mantener el poder, como condena también la violencia que emplean los que se entregan a la acción para sustituirlo. La violencia es el mal inicial que encadena a los hombres y los mantiene esclavos.

Se sabe que Tolstoi era vegetariano y se le servía cada día una sopa de sarraceno, la famosa «kacha» del campesino ruso. Este plato reemplazaba a la carne que figuraba en la comida.

Sofía Andreevna, su mujer, decía que Tolstoi era un niño; un niño que había que alimentar, vestir y proteger porque no sabía más que pensar, soñar y deslumbrar a los otros con sus sensueños.

Quien debió de tener buena opinión de Tolstoi fué Tomás Alva Edison, ya que como prueba de estima le regaló un fonógrafo, resultado de su propio ingenio y sabiduría.

## T O D O

**En la vida oficial es mentira todo:**  
**mentira el pacto constitucional,**  
**mentira las ficciones legales del sistema,**  
**mentira la ley fundamental del Estado,**  
**mentira la Gaceta,**  
**mentira la representación parlamentaria,**  
**mentira los votos de la mayoría,**  
**mentira el «Diario de Sesiones»,**  
**mentira las promesas,**  
**mentira los programas,**  
**mentira la adhesión,**

# El abuelo Carafles y la muerte

por Mariano VIÑUALES

**C** IEN años, y qué floridos en loanzas populares, aquéllos del abuelo Carafles! Hasta el alias en boca de las gentes era una expresión de cariño. Llamábanle así, porque el abuelo solía intercalar, anteponer o posponer esa palabra en sus periodos discursivos, sentencias o frases. Y con ella expresaba toda la polifacética diversidad de sentimientos: alegría, satisfacciones, asombro, indignación si es que el abuelo — cosa insólita — se indignaba alguna vez. Y con ella daba también rotundidad a una frase, a una idea, a un pensamiento. Cuando el abuelo añadía, a modo de rúbrica, su ¡carafles! a un parlamento suyo, se intuía que no admitía réplica. Aquello era así, porque lo decía el abuelo Carafles.

¡Y aquellos sus decires tan llenos de sapiencia unas veces que hacían pensar a los cascos más ligeros y tan llenos de ingenio otras que hacían reír a las testas más graves! El abuelo Carafles era consultado siempre a propósito de cualquier empresa doméstica por sus vecinos. A tanto llegaba su fama de hombre ecuánime, ponderado y otras yerbas. Y para todos tenía el consejo oportuno de su sabiduría, colmada como un troje, de conocimientos, avisos y experiencias de su larga vida de campesino labo-

rioso, cabal y experimentado. El abuelo barruntaba los cambios de tiempo con sólo otear el horizonte. Sabía del tempero de la tierra para la arada, la bima y la siembra. Y conocía las lunas propicias para los planteles, los trasplantes y las podas. Nada que al campo y su laboreo atañase le era ignorado. Lo sabía todo. De ahí que sus vecinos acudiesen siempre a él en demanda de un consejo. Y por eso el abuelo Carafles corría en las lugareñas lenguas entre bendiciones y loanzas.

**D**E dónde sacaría el abuelo Carafles aquella permanente euforia de su vivir? Siempre sonreía. Si en su vida había penas o no, cosa es que está aún por averiguarse. El abuelo Carafles sonreía a todos y a todo. Y era su sonrisa transparente como el cristal de su mirada. Ambas, mirada y sonrisa le subían, como una claridad y un alborozo, del hondón de su persona. ¡Pero aquella su euforia!... ¿De dónde le vendría al abuelo Carafles? Un día me habló:

—He vivido de gracia lo menos cincuenta años. Si, yo soy muy viejo. Año más, año menos, debo rayar en

los cien. Pues desde los cincuenta mi vida es una propina, una chorrada vamos. Si, ya verás. Tenía yo... pues eso, cincuenta años y estaba para irme al otro barrio. Los médicos no daban por mí ni una perra chica. Como que hasta me señalaron un plazo para morirme. Pero el plazo pasó y yo no me morí.

—Se equivocaron los médicos —le interrumpí yo.

—Si, hijo: los médicos sólo te matan cuando no se equivocan... Pero escucha y verás. Por entonces cogí una costumbre que aún me dura y que me ha hecho mucho bien. Pasado el plazo aquel, cada noche al ir a acostarme yo me decía: «Pues me moriré esta noche». Y me dormía convencido de que los médicos no se habían equivocado más que en calcular el plazo. Y, al despertar y verme vivo al día siguiente, me decía: «Pues no, aún tengo por delante otro día.» Y así, muriéndome todas las noches y resucitando todas las mañanas, he vivido otros cincuenta años de propina. Y ya no le temo a la muerte. Me he acostumbrado a ver en ella a mi niñera que todas las noches viene y me dice: «¡Hala, a dormir; que es hora!» Y para mí el dormir y el morir es ya una misma cosa; un sueño más o menos largo con despertar o sin él. La única diferencia consiste en que la Muerte, que es nuestra niñera, nos deje levantarnos de la cama.

## MENTIRA

mentira la disciplina,  
mentira la ley,  
mentira el presupuesto...

Hay mentira administrativa, representativa, eclesiástica, militar, naval, académica, jurídica, penal, procesal, bancaria, bursátil, aristocrática, democrática, moral, estética, higiénica, médica, alimenticia...

El Estado entero es una gran mixtificación, un colosal infundio.

Alfredo CALDERON

**E**NTONCES comprendí la causa de aquella permanente euforia de su vivir. El abuelo Carafles — caso insólito — no tenía miedo a la muerte, ese miedo que sólo conoce el hombre y que no conocen los demás animales, porque es un producto monstruoso de la conciencia. En biología el finalismo se circunscribe a la defensa de la vida, a la supervivencia; en el hombre le acompaña, atormentándole, a lo largo de toda su vida. Pero el abuelo Carafles, con sólo identificar la muerte con el sueño unos instantes cada día, había conseguido, desde hacía ya cincuenta años, liberarse de esa tortura.

# EL NATURALISTA

**E**RASE un buen hombre que, sin cuidados para vivir, comenzó por coleccionar mariposas y había acabado por coleccionar títulos y honores. Suceso frecuente entre los sabios desinteresados. Acaso no desinteresados. Acaso puesta la mirada en su porvenir. Si en alguno el desinterés es real, es excesivo extender a todos el mérito. Lo comparte, el que lo tiene, si lo tiene, con miles de criaturas de quien nadie habla, y que no pocas veces han dejado al mundo bienes más valiosos que los investigadores: una conducta intachable, un comportamiento ejemplar.

No cuentan estos valores, ya se sabe, pero no hay otros comparables con ellos. La gloria que se encuentra en vida es raro que no fuera buscada. Aun por buenos caminos, y no siempre son buenos caminos los seguidos por los investigadores.

El coleccionador de mariposas no tenía sobre su conciencia la aparición de ningún mal. Era, ya se ha dicho, un buen hombre. La busca de esos insectos, tan varios y tan abundantes, le llevó a mirar las hierbas y a estudiarlas. Y la observación y el estudio de las hierbas le arrastró a la observación y al estudio de los árboles. Le nació tal deseo de saber qué eran aquellos humildes animalillos, las plantas de que vivían, los bosques en que se multiplicaban, que todo su tiempo, disponible, le pareció poco para correr de un lugar a otro de su país. Y pronto no se contentó con las mariposas, las hierbas y los árboles de su país: quiso ver, observar y estudiar los de otros países. No había para él, hombre de posición, fronteras. Poco a poco, casi todo el mundo le fué conocido. El mundo de los insectos, de las plantas y de los árboles. No otro: menos que ninguno, el de los hombres. Pasaba por entre ellos como por entre sombras. Rara vez hablaba con alguno. Aparte la dificultad de las lenguas, nada tenía que decir a nadie, nada, a su juicio, tenía nadie que decirle a él. Arca cerrada, por si juzgaba a los demás.

A la vuelta del primer viaje al extranjero, publicó su primer libro. Seguido de otros tras otros viajes. Finalmente, dió cima, cuando renunció a viajar, ya viejo, a una clasificación de las mariposas, de las hierbas y de los árboles. Sabía que existían otras. No quiso leerlas. Pérdida de tiempo inútil. Hizo la suya. Ni mejor ni peor que las otras. Modesto, tenía su orgullo. No quería deber nada a nadie.

Había en su país muy pocos sabios. Se pregonó, por sus libros, y por su obra final, su sabiduría. Pronto pregonada en otros países, por razones menos claras. No se habían traducido aún sus libros ni su clasificación a ninguna lengua, y su lengua, en el extranjero, era poco cultivada. Se daba fe de lo que otros daban fe. Tal vez para que se produjera fenómeno inverso. El mundo de los sabios no es distinto de cualquier otro. Se eleva a las nubes lo lejano, que no hace sombra, se menospre-

cia lo que se tiene junto a sí, que puede hacerla. Casi siempre el elogio del desconocido es censura del conocido. Se vive, lo mismo entre los sabios que entre los profanos, no de lo que se tiene: de lo que no tienen los demás.

Se tradujeron, más tarde, los libros y la clasificación del sabio, a muchas lenguas. Era ya el naturalista, en todo el mundo, el sabio naturalista. Sin haber leído las otras clasificaciones, había corregido sus errores. Conocidos e imperdonables. Y que esperaban corrección. No había en su clasificación mariposa que no estuviera en la sugar, ni hierba, ni árbol. Se defendía él de alabanzas tan extensivas. De un modo que era como no defenderse. Sonriendo, sonriendo, muy contento de sí allá en el fondo de su alma. Modesto, le saltaba a la cara la vanidad. Pero como no eran buenas maneras mostrarla, se deshacía en excusas, que no lo eran, ni advertía que no lo eran.

Sólo merecía un género de reconocimiento. Sus investigaciones habían sido inofensivas. Puesto a coleccionar y clasificar microbios, tendríamos hoy muchas más enfermedades. Apenas morían, nuestros antepasados, de tres o cuatro. Ahora, abundan tanto como los encargados de combatirlos. Y no hay que pensar cuál habría sido el resultado, con su paciencia, si hubiera dirigido la mirada a las fuerzas desconocidas que nos circundan: dispondríamos, en este momento, de medios nuevos con los cuales destruirnos. Otros investigadores nos lo han puesto en las manos, pero él se habría anticipado, y, seguramente, llegados un poco antes, ya no habría quien escribiera su historia.

Simple historia, es cierto, a pesar de su fama. En sus últimos años, mundial. No había Congreso, fuese de lo que fuese, a que no fuera invitado. Como sabio, se le suponía entendido en todo. Para asegurar la paz, para correr en ayuda de los pueblos hambrientos — Congresos muy vistosos —, para establecer intercambios culturales, o científicos, o económicos, no pasaba año sin que las figuras del día se reunieran. Y una de las primeras, entre las primeras, era él. Apenas hablaba, pero su presencia bastaba. Todo el mundo le sabía allí, con su celebridad, y eso inspiraba confianza. No acude un sabio tan sabio a discutir graves problemas por puro lucimiento. Le lleva a donde se discuten un deseo de poner remedio a males evidentes. Si el remedio no viene, la culpa no es de él, ni de los otros sabios como él. Pensar en busca de acrecentar su fama, sería una injuria. Llega un momento en que ésta no puede ser mayor. En la aldea más lejana, del más lejano país, se conoce su nombre. No se sabe qué ha hecho, pero se conoce su nombre. Y se respeta. Nombre venido de tan lejos, es gran nombre. Más grande que el más grande del país. Ha tenido que atravesar las fronteras, que saltar por encima de quién sabe qué obstáculos para llegar hasta allí.

Entre pocos hombres se habla con más reverencia de

los sabios, malhechores de la humanidad, en general, que entre los hombres sencillos y como no salidos de la infancia. De los cuales merecen, más que nadie, menosprecio. Han defraudado sus esperanzas, todas sus esperanzas. Les creían entregados al bien, no sabían a qué bien, y les han traído males infinitamente peores que los que soportaban. Esperaban de ellos luz, y los han hundido en tinieblas. Todas sus investigaciones desinteresadas, pocas veces desinteresadas, fuera mejor que jamás se hubieran hecho. Han convertido el mundo en infierno más infierno que era. Los hombres sencillos, sufrientes, inclinados desde el nacimiento sobre su tarea, agotadora, tenían la ilusión de que los sabios trabajaban para salvarles de ella, o para hacérsela menos penosa. Les han dejado sin tarea alguna, o los han transformado en partes minúsculas de mecanismos monstruosos.

No podía decirse del sabio naturalista que era un malhechor más. Tampoco que era, como se le llamaba, un bienhechor. Liberado del trabajo, por herencia cuantiosa, había buscado una distracción. Se convirtió la distracción en manía. No se satisfizo con el placer que su manía le proporcionaba. Quiso que se le aplaudiera por el placer que sentía. A ningún otro blanco disparaba las flechas de sus libros. A ningún otro blanco iba dirigida la de su clasificación. Sin clara conciencia de que era ése el blanco elegido (no tenemos conciencia sino de mínima parte de nuestros actos). GOZOSO al descubrir el resultado, sin conciencia buscado, pero buscado.

Tuvo más que buscaba. Al aplauso de sus compatriotas, por el placer que sentía, se añadió el de hombres de

otros países. No pasaba día sin que, de una u otra parte del mundo, le llegaran. En cartas, en periódicos, en revistas. Y luego, siguieron a los aplausos los honores. Hasta de países cuya existencia ignoraba. Ningún otro sabio, en los Congresos, podía ostentar más que él. No los ostentaba, no hacía alarde de ellos — nunca olvidaba las buenas maneras —, pero alzaba la cabeza, sin motivo para alzarla, como para que se vieran. No había tenido tiempo, como para tantas otras cosas, de aprender cuán poco valían.

Tropezó en un Congreso con otro naturalista, menos sabio que él, de país por él no visitado. Hablaron, no de la paz, razón del Congreso, sino de mariposas, y de hierbas, y de árboles. Y, al hablar de árboles, de frutas. Había muchas, en el país por el célebre naturalista desconocido, que el célebre naturalista no conocía. Descubrió, con disgusto, que su clasificación era imperfecta. Inocente, a pesar de su sabiduría, no dejó de la mano al otro naturalista, temeroso de que se descubriera a por él descubierto. Y rogó a éste, al despedirse, le enviara algunas de aquellas frutas para él desconocidas.

Fué el ruego un honor, para el naturalista menos sabio, y en cuanto llegó a su país, con sumo cuidado, una caja de frutas para su eminente colega. Entre otras, dos espléndidos melones.

Y el célebre naturalista, al abrir la caja y verlos, exclamó:

— ¡Voy a morir sin ver el árbol que da tan hermoso fruto!

z

DENIS

## Vida de CENIT

Seguimos publicando la relación de donantes en pro de nuestra Revista, hasta fin de noviembre. La constancia solidaria de nuestros lectores y amigos, frente a las amenazas de los servicios de la dictadura española, es un exponente de la firmeza de los hombres libres que se niegan a aceptar la arbitrariedad, que rehúsan renunciar al principio de libertad de expresión como manifestación elemental del pensamiento al servicio de la humanidad aspirante a la justicia y a la dignidad como sistema de convivencia.

A pesar de todo nuestra Revista ha sido condenada nuevamente. Es decir, la pena que se nos infligió ha sido confirmada en «appel». En consecuencia hemos de pagar y pagaremos gracias al concurso generoso de todos los amigos que han aportado su colaboración. Hemos pretendido evitar un precedente estimulante para que los tiranos persistan en sus designios persecutorios. Hemos logrado una satisfacción: la de haber intentado que la voz de la Libertad se haya hecho oír. Persistir es evidente que nos conduciría a consecuencias judiciales y financieras completamente negativas y costosas. Por ello optamos por dar fin a este largo proceso y pagar la sanción que se nos ha impuesto.

	N.F.
B. Corcero, Aix en Provence (B. du Rh.) .....	15,00
E. Caro, Brest (Finistère) .....	2,40
J. García, Sarlat (Dordogne) .....	1,70
M. Archs, Limoges (H. V.) .....	2,00
D. Esteban, Prades (P.O.) .....	1,20
J. Planas, Toulouse .....	3,00
F. Local de Venissieux (según lista):	
A. Azuaga .....	4,00
J. Morente .....	2,50
A. Ortega .....	2,50
E. Agustín .....	3,00
J. Agustín .....	3,00
G. Muñoz, Montluçon (Allier) .....	3,00
C. de R. de Alger .....	175,40
Grupo de compañeros de Vacaville, Calif. USA. ..	72,80
V. Agustín, Beziers (Hérault) .....	10,00
Total .....	301,50

Administración de CENIT

# Reclusiana del agua

por Alberto CARSI

UN español residente en Valparaíso, el doctor Pancela, escribió un libro titulado «Inverosimilitudes bacteriológicas», en el cual detallaba, con todos los pormenores, la vida de los microbios a través de todos los caminos que les ofrece su manera de ser. Lo pintoresco y cómico iba acompañado de lo trascendental y serio, constituyendo un todo entretenido y curioso, a la vez que aleccionador e instructivo en alto grado.

Seguir la vida de los microbios, es, en gran parte, seguir el curso de las aguas, si bien no en su totalidad, pero que, añadiendo lo no comprendido en aquel erudito estudio, que son los momentos de la pureza del agua, tenemos completa la «Reclusiana» que hoy nos proponemos redactar.

Por desgracia no poseemos dicho libro, pero fué entonces tanta la impresión que nos causó su contenido, que quedó grabado en nuestra mente como en la piedra y en el metal hundió el Arte las líneas de sus bajorrelieves y de sus famosas inscripciones clásicas.

★  
ES un día caluroso de verano, y estoy sentado sobre la arena ardiente de la playa. La multitud se baña

en el mar, mientras éste respira lenta y levemente, como si fuera un ser rendido por la fatiga. Las olas son frecuentes y pequeñas, redondeadas en el fondo y susurrantes en la rompiente, y, tanto de los amplios surcos que constituyen los espacios entre ellas, como de la espuma que al chocar éstas con la arena, se forma, surge un ligero vapor que se disuelve en el aire a pocos centímetros de altura, sin dejar rastro aparente ni memoria en la gente distraída.

Pero nosotros, que somos gente también, pero que no somos distraídos, aunque no vemos el camino que sigue el vapor acuoso, lo seguimos con la imaginación.

El vapor sube invisible, mecido por el viento, vacilante seguramente como una gasa tendida y como desorientado, pero siempre ascendente, verticalmente dinamizado, sediento de subir, anhelante de elevarse, dejando allá abajo, como cosa olvidada y relegada a la inutilidad. Esta cuna es el mar; el gas invisible que se eleva, es el agua pura que renace una vez más en su vida eterna.

Pero, el camino invisible del agua, como todos los caminos, tiene su fin. Y este fin está en lo alto, donde por contraste gracioso, la temperatura es baja, y allí, en lo alto, en la vertical del mar, vemos que, sin causa aparente, se forman nubecillas, y nubes mayores, y cúmulos inmensos que el viento empuja luego hacia las verticales de las tierras y de los montes. Estas nubes son el agua que no veíamos y que la vemos ya, pero ahora ni es líquida como en el mar, ni gaseosa como en su ascensión, sino que está convertida en vesículas, en diminutas vejiguillas, en globos minúsculos que le dan estabilidad en el aire y facilidades para su transporte. Y corre entonces, para internarse en los mares o internarse en los continentes a merced de las corrientes atmosféricas. Fenómenos de congelación aplastan y aglutinan las vesículas y se forman las gotas que caen sobre la tierra en forma de lluvia, y si estos fenómenos de

congelación son más intensos, se forman copos, y cae el agua en forma de nieve, de granizo, o de piedra, si la electricidad atmosférica interviene.

Al ponerse en contacto el agua nuevamente con la tierra, pierde su pureza; su caída le ha sido fatal, como lo son todas las caídas. Entonces vuelve directamente al mar; cae sobre las tierras llanas sedientas; se deposita en lagos, o corre desde las cumbres de los montes, por sus vertientes, parte de ella, y va a formar torrentes, que reunidos son ríos. La otra parte se infiltra en la tierra para formar ríos también, pero más amplios y más lentos, llamados corrientes subterráneas.

El agua, ya lo hemos dicho, perdió su pureza, y con gran facilidad puede convertirse en morbosa; y aquí empieza el dominio del higienista y del escritor científico; aquí empezaba la materia del mencionado libro del Dr. Pancela, el cual decía que el agua es la gigantesca escoba que barre todas las inmundicias del mundo hacia el mar, el cual no se corrompe por la cantidad enorme de sales que contiene (un promedio de 45 gramos por litro), por el número de seres que viven y se alimentan en su seno, y por la acción oxidante de la luz sobre su vasta superficie, facilitada por el movimiento de las olas, por el choque con las costas y por la espuma.

Pero el agua, no solamente es mar, vapor, nube, lluvia o nieve, torrente o río y capa subterránea, constituyendo su conjunto un circuito físico-mecánico cerrado como una rueda en eterno movimiento. El agua es algo más. El agua es bebida y humores de todos los seres vivos. El agua es savia en los vegetales y sangre en las personas y los animales. Ella es gota de rocío sobre las flores y lágrima en los ojos humanos. Es luz y fuerza en las cataratas y desniveles, y fecundidad en los regadíos. Espejo tranquilo en los lagos, y explosivo peligroso en los gliseres de los volcanes. Es destrucción en las costas bravas, y arquitecto maravilloso en las grutas. Es amenaza en las inundaciones, y placidez en las fuentes. El agua es el Dios Proteo materializado, que cambia de forma en cada lugar y cada momento, manifestándose como la peor, y como lo más bueno indistintamente. Se ha dicho, en fin, del agua, que es la única divinidad que realmente se la ve descender del cielo. Por todo esto, han habido civilizaciones que han empleado el agua como factor supremo de su adorno y comodidad, y otras que la han odiado y hecho odiar como cosa abominable.

★

SIN embargo, el pensador, el hombre consciente, no ha de vender su libertad de apreciación y ha de atenerse a lo que observa, sin dejarse sugerir. Y yo observo, desde la playa donde estoy sentado frente al mar, cómo se desliza sobre las olas un trasatlántico majestuoso e imponente como una isla. Lo sostienen los hombros del mar, los músculos del agua, y la pesada mole es soportada por este elemento líquido, como lo sería la pluma de un ave o el corcho de una botella. El navío, la creación humana más orgullosa de todas, en Paz y en Guerra, no es más que un juguete de las olas, las que no se alteran ni se conmueven en lo más mínimo ante las creaciones de los hombres, por formidables e inauditas que sean.



Pero el agua, aun siendo tan poderosa, se presta sumisa a formar parte de la maravilla del Arte Social, y así vemos esas fuentes monumentales adornándose con los soberbios penachos de agua que surgen arrogantes y que descomponen, con los prismas de sus gotas, el iris de la luz y son paleta viva del Arte inimitable. Como también en esas deliciosas fuentes caseras, especialmente ideadas por los Musulmanes, en las que el agua es hilo de cristal, serie de gotas, o culebrilla que cruza las estancias, que despide frescura y que susurra o percute como timbre de cristal, llenando de música sublime, sin distinción, la casa modesta o el palacio, pues el agua canta a la sensibilidad espiritual que no reconoce jerarquías de poder, sino jerarquías de sentimiento.

El agua es salud, además; ella se satura en el interior de la tierra de substancias curativas, de bálsamos preciosos que producen bien, y observamos que cada día, cada año, cada siglo, gana en extensión y en fe su terapéutica maravillosa, y la Humanidad acude a los sanatorios gratuitos y generosos de las fuentes a buscar curación o alivio de los males a los que los hombres sólo saben oponer el interrogante de su duda.

Ya veis cómo hemos ascendido a una cumbre en el gráfico del agua que significan estas líneas, pero, como todos los gráficos, este tiene también, inevitablemente, su descenso y su cima o abismo, y el libro del Doctor Poncela estaba dedicado a estudiar los abismos que el agua contiene, como contraste de su majestad y de su belleza. Rembrandt sería el único artista capaz de representar bien el alma del agua en sus cuadros, porque fué el Mago de la luz por contraste con la sombra, lo cual significa que el agua podríamos compararla a una bella dama, perfumada y cortés, amable y distinguida, que nos abrazase cariñosamente, llevando preparada, para herirnos, una afilada daga entre los adornos de su corpiño o tras los destellos de la pedrería de sus joyas. Lo cual dicho en términos vulgares, significa que no hay flor sin espinas, y que todo día tiene su noche.

★

**E**L agua es el Universo de un mundo invisible; el mundo de los microorganismos: animalillos y planitezuelas, sexualizados o andróginos, o sean plantas y animales a la vez, o, ni plantas ni animales, seres neutros, de los que nos es muy difícil formarnos idea. En este Universo como en el Universo mayúsculo, los hay buenos, los hay malignos y los hay vacilantes entre el bien

y el mal, tan pronto dispuestos a actuar en un lado como en el otro, en cuyos cambios estriban los más graves problemas y los más tremendos peligros.

La exploración y conocimiento de estos mundos escondidos a la común observación, obliga al Progreso a plantear y resolver sus problemas de salubridad cada vez con mayor esmero. El problema del agua es el primero en este caso, pero en su resolución se tropieza, casi siempre, con los intereses creados. Por esto, seguramente, y para poder hablar con toda claridad, el Doctor Poncela simulaba en su libro una conversación «Inverosímil» con los microbios.

Observando al microscopio unas preparaciones de agua llamada potable, oye este autor notable, la voz de los microbios, y al mismo tiempo ve destacarse de la preparación un microbio de etiqueta que le saluda como embajador y le recrimina por su torpeza como técnico. Se entabla debate entre el Doctor y el microbio, y éste achica y anonada al Doctor con sus razones, pues le demuestra en definitiva que los hombres hacen mal generalmente las cosas de higiene por egoísmo, no dando valor a las vidas humanas y menospreciando la felicidad colectiva; no buscando más que vender muchos metros cúbicos de agua, buena o mala, y obtener el mayor interés posible a los capitales empleados en captarla y repartirla, aunque la higiene no sea más que un nombre en el diccionario y la salud pública llegue a índices de mortalidad aterradores en beneficio de los que están en el secreto y disponen de tan inhumano sistema de enriquecerse.

A este propósito, el microbio relata su vida a partir de los lodos del río; su paso por las bombas y tuberías; la risa que le causó el sistema de filtros, y, por fin, su entrada en la vida humana por el grifo de una fuente pública. Seguidamente, su trabajo fecundo en los intestinos, en la sangre, en los pulmones, en la piel de las personas y en otras canteras donde su trabajo causaba estragos enormes. Después hablaba de su salida de los cuerpos muertos, especialmente por la saliva y otros humores, y de las contaminaciones, de su prolífica fecundidad y de las ampliaciones de su industria. Todo ello ilustrado con interesantes grabados.

Quien estas líneas escribe quería reeditar dicho libro, para que el Pueblo lo hiciera propio y lo impusiese como norma a seguir por la sociedad, cuya primera obligación es enterarse de estas cosas, y sobre todo y ante todo, velar por la salud material y moral de sí propia. Fué ilusión pasajera; la oleada del odio y de la Muerte arrasó la generosa voluntad de la Vida.

#### FE DE ERRATAS

*En la conferencia de Mademoiselle Laffranque cuyo texto empezó a publicarse en CENIT N.º 116 aparecen ciertas erratas que gustosos rectificamos con esta nota:*

*En la pág. 3094. Allí donde dice: aunque en un plan de completa igualdad, debe decir: aunque tampoco en un plan de completa igualdad.*

*En la pág. 3096, en el poema «Ribereñas» hay una trasposición: allí donde dice: Su duro miriñaque*

*¡Oh, tu encanto secreto!... tu...  
las campanas golpean.*

*debe decir: Su duro miriñaque  
las campanas golpean.*

*¡Oh, tu encanto secreto... tu...*

*En la pág. 3097, en el verso, donde dice uno contra otro, debe decir: uno con otro.*

★

*Con mil excusas de la conferenciante para los tipógrafos y con otras tantas de la Redacción para éstos, para aquella y para los lectores.*

# El anarquismo científico de Kropotkin

por José PEIRATS

EN toda la obra de Kropotkin campea como una preocupación dominante la idea de dotar al anarquismo de una base científica. Esta preocupación ha sido flagelada por muchos de los nuestros como un resabio marxista por el hecho de ser Marx el precursor del llamado «socialismo científico». En la América gaucha se han cosechado los peores y más severos reparos al anarquismo kropotkiniano como rescoldo de la influencia que sembró Malatesta por aquellos asfaltos y pampas. Toda la literatura anarquista de nuestros hermanos bonaerenses se resiente del enojo a la precisión metódica o, más preciso, al llamado por ellos «anarquismo de laboratorio».

Desde Arango a nuestros días se cultivó por aquellas latitudes un producto emocional o intuitivo emanante del sentimiento natural de justicia que tiene su expresión máxima en el pueblo. El anarquismo es algo como una revelación espontánea por la vía de la injusticia y de su parienta directa la rebeldía. Que haya tenido su asiento en las multitudes sedientas de una mayor fortuna, persistiendo y propagándose entre ellas el fuego sagrado; la fuente de creaciones libertarias que han sido los pueblos de todos los tiempos frente al escepticismo desdenoso de las clases ilustradas, siempre propensas a genuflexiones y reverencias para con los representantes del Estado, parecen abonar la teoría, darle bríos y lustre a la concepción antikropotkiniana.

Sin embargo, hay que situarse en la época de ciertos sucesos para comprender, si no justificar, el punto de partida, el desarrollo y hasta las máximas consecuencias de ciertas corrientes que matizan, amplían y enriquecen el pensamiento ácrata.

El mismo pensamiento marxista no es un producto de laboratorio propiamente hablando. Lo fueron en tal caso el clima y las circunstancias ambiente que concurrieron en darle forma. El marxismo tiene sus antecedentes en el movimiento científico que echó patas arriba por el procedimiento del hacha, los seculares dogmas teológicos.

Las teorías darwinianas, sacadas a colación en «El apoyo mutuo», convirtiéronse en cantera de osadas especulaciones. Los discípulos de Darwin sacaron conclusiones diametralmente opuestas como, por ejemplo, el marxismo y el individualismo, exaltaciones respectivas de la masa y del individuo.

El materialismo y la evolución, más o menos recortados a la medida de ciertos deseos — debilidad inherente en todo teórico — dictaron las páginas del «Manifiesto Comunista».

Situémonos en la época. Todo se explica por el método. Todo tiene una causa y cada causa tiene su efecto. Todas las baterías apuntan al dogma. El dogma es la revelación y la milagrería arbitraria. El prestidigitador religioso tiene que retirarse corrido ante la mirada aguilina del público que escudriña debajo de la mesa y en las bocamangas del operador, en busca del incuestionable truco.

Darwin hace descender el hombre de la remota célula simple, producto de la transformación de la materia or-

gánica: la evolución. Más allá de la célula simple, la materia se diluye siempre en materia. No existe cuartel para el espíritu. Tenemos ya uno de los productos base del marxismo: el materialismo.

Las transformaciones de la materia y la evolución de las especies, se deben a la influencia del medio ambiente que no tiene por qué dejar de ser material en medio de la borrachera material del siglo. Tenemos, pues, otro de los elementos del marxismo: el determinismo. Aplicad estos factores a la historia y el resultado será la dialéctica.

Marx no se encerró en un laboratorio para crear su teoría. La recogió del ambiente, de la calle, de su época. El hombre, movido por el fatalismo o determinismo del ambiente no tiene ideas ni emociones propias. No las necesita. Varios hombres, centenares de millones de hombres sin ideas y sin emociones, forman una masa, compacta, viscosa y pegajosa. Los movimientos de esta masa son las rígidas leyes que mueven la materia bruta, las hojas de los árboles, los valvenes de las olas, los astros por los confines del espacio.

El sentido de evolución de la materia y de las especies, su orientación hacia formas más complejas y perfectas aparece, sin embargo, oscuro. Si hay progreso tiene que haber selección. Y si existe selección tiene que haber lucha y, como consecuencia, eliminación de los peores. Esta constatación darwiniana da lugar a otra escuela. Una escuela más dinámica, no determinista, pero brutal. Los discípulos de Darwin sitúan la lucha por la existencia como factor de evolución.

Y nace el individualismo de Huxley. El panorama de la vida es el panorama del circo. En él, los gladiadores — los individuos y las especies —, aparecen trabados en lucha mortal por la subsistencia. El más débil, el menos adaptado, es víctima de los bríos del más fuerte, del más bien provisto de uñas y dientes. Los fuertes subsisten tras la degollina de los débiles. Y entre los fuertes siempre hay uno más fuerte que impone su derecho a la vida con la muerte de los demás. Y así se escribe el progreso: con la voluntad y la razón de la fuerza.

Los fundamentos científicos de esta teoría parecen inamovibles. Constituyen el derecho de la autoridad y de su sistema político: el Estado. Un economista — Malthus — lumbreira del siglo, advierte que no hay esperanza para los que carecen de coraje para la lucha. La mesa se halla repleta de comensales y no hay más que cuatro cochinas tajadas a repartir. Y éstas son, naturalmente, para los que presiden el banquete. Los de los extremos tienen el recurso de morir de hambre o abstenerse de procrear. No hay término medio ni conciliación posible. Números cantan y a otra cosa. Las conclusiones científicas son artículo de fe. Las lamentaciones, los gritos de rebeldía que brotan del fondo de la conciencia, son pura divagación ideológica. *La libertad y el bienestar para todos* es un mito, un resabio religioso y una blasfemia anticientífica. La única libertad y el único trofeo, consecuencia del paso por encima del bienestar y la libertad de los demás. El único hombre libre

es el superhombre, el campeón individualista de la voluntad de lucha y de dominio. La libertad de los demás es un límite, un obstáculo para la propia. Y el Yo y lo Mío está por encima del Tú y lo Tuyo.

El anarquismo, la aspiración humana a la libertad y el bienestar par atodos los hombres sobre la superficie de nuestro mundo, es un lamento ahogado por voces roncas que piden pruebas. Pruebas que no sean habilidades de lenguaje ni artificios de retórica. ¡Pruebas! ¡Pruebas! Estamos en el siglo de la ciencia y las pruebas tienen que ser palpables, resistir al ojo inquisitorial del microscopio y al suplicio de los instrumentos de laboratorio. La verdad verdadera es sólo el fenómeno capaz de reproducirse por experimento. Todo lo demás son hipótesis, que en lenguaje político quiere decir utopía.

Un hombre, Kropotkin, vació sobre la mesa del cenáculo una torrentada de pruebas: «El apoyo mutuo» «El apoyo mutuo» es la demostración científica de que la base de la vida del hombre y de las especies no es la lucha abierta y constante de uno contra todos y todos contra uno;

Que la lucha constante y a muerte, de grupo a grupo y de hombre a hombre, no puede conducir a otra evolución que a la supresión total de la vida de la faz de la tierra;

Que la evolución no se debe a esta lucha de eliminación y su resultado cumbre, la supervivencia del mas fuerte;

Que junto a la lucha conflictiva por los alimentos se da el caso, no paradójico ni ocasional, de la comunidad pacífica, del espíritu de asociación y de cooperación.

Que este espíritu de apoyo mutuo entre individuos y grupos constituye el único factor positivo de progreso y de evolución, la garantía de continuidad de la vida y la esperanza de un mundo mejor.

Los trabajos de Pedro Kropotkin volcados en la revista científica «Nineteenth Century», tuvieron la virtualidad de revolucionar la ciencia del siglo XIX, sentar las bases de la moderna sociología y dar una tremenda sacudida al principio de autoridad, a las bases científicas del Estado moderno y de todos los Estados.

## ESBOZOS

# Aquella vieja...

**N**O recuerdo el motivo que me llevaba a casa de mi abuela (casi siempre iba sin ninguno): del itinerario sí hago memoria. Por la calle de la Marquesa, a la placeta del Molinerillo. Siempre estaba allí el carro de Mandolin, a no andar rodando, con los tentemozos echados: la herrería de Basilio, grande, ruidosa, como un grande, ruidoso infierno. Antes que taller fué taberna (la del Molinerillo), con su ramo de brezos innecesario, porque «el buen vino sin ramo se vende», y en Navarra el vino no se bautiza.

Basilio, de corta estatura, en aquel caserón aparentaba un enano. Todo lo hacía él: encender la fragua, mover el fuelle, despabillar la lumbré y, envuelto en una nube de chispas, machacar el hierro sobre el yunque.

La placeta, pista para el pregón de las «Pandillas»: «Trapos por maravedises». Después viene la calle de San Pedro y el Bosquerón con salida al Quiles. Calle de la Fuente, hoy, — ¡ya era hora! — Malón de Chalde: la mona de don Teodoro el médico hace titeres y nunca se estrella. Donde vuelve la calle empieza una costera — la de los Caracoles — en progresión desde la casa de Grasa hasta las Cuatro Esquinas. Al comienzo de la costera hoy un pequeño trecho sin edificios, a mano izquierda, siendo el primero la Notaria, que hace chaflán, con su bajo pretil defensivo. Aquí hallé a una mujer muy vieja dormitando, espantándose las moscas, que sin ser panal de rica miel acudíanle en número de las de la fábula, despabillándola a cada momento.

Le pregunté qué hacía allí, a la hora del calor, sentada; y ella a su vez quiso saber si el portal era mío.

— No, señora.

— ¿Y la sombra, garzón, es tuya?

— Tampoco. La sombra y la luz son de todos.

— ¿Entonces...?

— Yo es que tengo mucha lástima de usted.

— ¡Donosa ocurrencia! ¿Por qué me compadece?

A los siete u ocho años, uno sonríe por sa saber qué contestar a esta pregunta: sentir se sabe. Llevamos a costas nuestro destino, mas todavía no lo conocemos. Nos atraen los hombres de acción como si hubiéramos de ser luchadores y, por la misma causa, nos miramos en espejo que reproduce parte de nuestra vida futura. En tiempo de las vacas gordas, yo me ocupaba de los pobres, con no haber leído a Luis Vives ni a Máximo Gorki. Leandro postulaba por la parte alta del pueblo, sosteniéndose en las muletas: de puro ayudarse con ellas estaba como hundido en sí propio. El tío Anguarina era un hombracón a quien el mucho y diverso bagaje no le pesaba, gracias a sus buenas espaldas. Melenudo, barbudo, filósofo: cuando le socorrian decía: «Menos peso». Bailaba la zarabanda y por plato ponía en el suelo la chistera ya verde, con que a fuer de caballero, tocabase.

La viejecica no era de la «manga». Estaba desambrida y sin una mala espelunca donde guarecerse. Pusiera a que se había lavado la cara con la aurora y después, en la misma fuente, se habría sacudido las pulgas, por si al perro flaco..., peinándose las canas con un cacho de peine. Los rubores del pañolico encarnado subían a su faz amarilla irisándola y las moscas le acudían de la cara al moñete a derribárselo.

No recuerdo lo que me llevaba a casa de mi abuela: de la vieja del pañolico encarnado que hallé en el camino, sí. Su imagen imborrable va unida a mi simpatía por la pintura de Goya, siendo esta mujer la que me hizo sentir los balbuceos de mi no sé si aciago destino...

# El Tolstoi que yo conozco



A primera vez que oí hablar de Tolstoi, muy niño aún, fué allí en el Aragón prudente, con ocasión de una discusión que se entabló en cierta tertulia acerca del origen del trabajo en colectividad. Un amigo muy estudioso nos enseñó una foto en la que se veía el hombre de las grandes barbas y de la larga blusa. Después oí hablar en el teatro social cuando, al representar en escena el «Cristo Moderno», aparece «Resurrección», libro cuya posesión le sirve a Octavio para que su padre, el general Ivanof, le reprenda.

Ya más tarde, interesado por todas las cosas tocantes a la religión, la sociología y el antimilitarismo, sentí la necesidad de leer y estudiar la recia personalidad que es en todos estos órdenes León Tolstoi.

¿Cómo iba a ser de otra manera? Sabíamos que la religión era una institución combatida por multitud de tendencias, principalmente aquellas que se caracterizan por su amor hacia una vida racional y humana, donde la ciencia sustituya a la creencia, etc., todo lo que predicaba Tolstoi. Pero era creyente, y en busca de sus explicaciones íbamos porque no concebíamos compatible lo uno y lo otro.

Es pues, por orden de búsqueda que nosotros comentamos hoy el alcance, la personalidad y las ideas de Tolstoi. Empezaremos pues por ...»

## TOLSTOI RELIGIOSO

León Tolstoi era creyente, fué incluso profundamente religioso. Pero cuando vió que lo más criminal de los actos del hombre (misericordia, guerra y matanzas) era aprobado por la Iglesia, quiso saber si ello podía ser compatible con la doctrina de Jesús y concluyó que «la iglesia era cualquier cosa menos cristiana». Observar y poner en práctica la doctrina de Jesús es más importante que rezar cada día, ir a misa cada domingo, ayunar los viernes y comulgar una vez al año. Todo esto son ritos sin más alcance que las distracciones vulgares. Y decía:

«Estoy persuadido que dentro de unos siglos, la historia de lo que hoy se llama actividad científica, será un motivo bueno de hilaridad y de piedad para las generaciones futuras. Durante varios siglos, se dirá, los sabios se encontraban en un estado de demencia epidémica: se figuraban ser los detentadores de una vida eterna de beatitud y se ocupaban de diversas elucubraciones con el objeto de precisar cómo y por qué dicha vida se realizaría. Pero no se ocupaban en absoluto de lo que podría hacerse para mejorar su vida particular.»

Todo ello por obediencia religiosa, pues la Iglesia predica la doctrina de Jesucristo pero dice que no puede ser practicada aquí abajo. A esta prédica de la Iglesia Tolstoi respondía:

«Por extraño que eso parezca, no puede evitarse el decir que la creencia en una vida futura es una concepción muy baja y grosera fundada sobre una vida confusa de la semejanza del sueño y de la muerte, idea común a todos los pueblos salvajes.»

Por extensión, el catolicismo recibía también dicho calificativo. Tolstoi interpretaba que las doctrinas, y la de Jesús es una, estaban para demostrar su valor moral inmediato.

En sus homelias llegó incluso a negar que el mundo estuviese hecho por un dios, tal como afirman las religiones. Se atrevió a pensar en la manera que él se hubiera comportado caso de haberse tenido que ocupar de semejante tarea. «¿Hubiese sido mejor? ¿Hubiese sido peor? ¡Quién sabe! en todo caso, con el tiempo se hubiera visto.»

En cierta ocasión, como alguien le dijera que era una

gran virtud el amor que se profesaba para con los animales, Tolstoi, realista y sincero, replicó: «Diga usted que mi amor va sobre todo hacia los seres humanos, porque hay que amar a los hombres antes que a los animales. Cada día debemos aplicarnos y ser mejor que la vispera, en todo, por todo y hacia todos.»

Lo chocante en la vida de los hombres extraordinarios es que encuentran exégetas que echan conclusiones lo más dispares posibles; mientras unos consideraban a Tolstoi profundamente religioso, creyente y cristiano, otros lo consideran algo así como el anticristo. Un crítico de renombre comenta la creencia del ruso de la siguiente manera: Tolstoi no hace más que maldecir. Llega un momento en que ya no puede con su alma y el demonio viene en su ayuda, le inspira ideas y le pregunta ¿qué quieres que haga? y la respuesta llegó pronto y fué satisfactoria, pues ya estaba acostumbrado a hablar para gusto y placer del gran sabio de la dialéctica. Los aficionados a la literatura rusa creen en general que el hombre inspirado del diablo era Dostoievsky. ¡Qué grande error! En verdad Dostoievsky vió al diablo pero Tolstoi le escuchó.»

Como se ve no hay más que ser un hombre extraordinario para que hasta después de muerto se reciban vapuleos de todas clases. Tolstoi, santo y demonio a la vez.

¿Santo? ¿acaso no se burla de esta «cualidad»? «La santidad es la predicación convertida en comedia.»

Niega a la iglesia el derecho a mezclarse en los asuntos matrimoniales. Se sabe que ésta, so pretexto de santificar el casamiento, interviene en él cual si fuese propiedad suya. Y Tolstoi escribe: «Sólo el amor puede santificar el matrimonio». Todo lo demás es comedia. La absurda comedia que diría Fernández Escobés.

Es cierto que no se ponía frente a la religión como idea de principio. La combatía por lo que había llegado a ser en sus tiempos, que son los nuestros. Es antirreligioso por lo que de fuerza mundana tiene todo lo que se encubre tras las religiones. «El cristianismo de los primeros siglos, escribe en «¿Qué es el arte?», no reconocía como arte bueno más que las leyendas, la vida de los santos, los sermones, los rezos y los himnos; todo lo que representaba el amor a Cristo, la admiración

de su vida, el deseo de seguir su ejemplo, la renuncia a los placeres mundanos, la humildad, la caridad y todas las obras de arte que expresan pensamientos de goce, etc. Así era entre los primeros cristianos que concebían la doctrina de Cristo, si no en su forma verdadera, por lo menos diferente de la forma pervertida y pagana que esta doctrina ha revestido más tarde.»

He aquí un texto en el que se ve condenado todo lo que huele a incienso y agua bendita; todo lo que huele a poder y a rito más o menos teatral.

Admite, el célebre ruso, que varios siglos después del advenimiento de Cristo, quizá impulsadas por la corriente de la reforma requerida (luteranos y calvinistas) hubo también gentes que, sin salirse de la religión, tradicionalmente conocida como cristiana, se esforzaban en pro de una vuelta al cristianismo primitivo. Mas, excepción hecha de las clases pobres, los humildes, nadie siguió la orientación emprendida. Ricos como Francisco de Asís se contaron pocos, pues nadie quería hacer el sacrificio de los bienes y privilegios adquiridos para entregarse a una vida de privaciones como corresponde a todo el que intenta vivir del sudor de su frente. «Aceptar el cristianismo era admitir la fraternidad y la igualdad de todos los hombres, lo que quiere decir que anulaba todos los privilegios».

Tolstoi maltrata a Verlaine y a Baudelaire porque encuentra en sus versos una mezcla de patriotismo y de religiosidad, empujando así lo mismo la idea de Dios que la de la Patria. Hablan, dice, como si no hubiera más patria que Francia y como si hasta Dios fuese de nacionalidad francesa. Y eso no es religión verdadera, eso es la prostitución de la religiosidad. Como ejemplo cita de Baudelaire el verso siguiente: *Je ne veux plus penser qu'a ma mère Marie, siège de la sagesse et source de pardons, mère de France aussi, de qui nous attendons inébranlablement l'honneur de la patrie.*

Criticando al arte como profesión y no por inspiración desinteresada, Tolstoi insiste: «Las escuelas profesionales producen un arte hipócrita del mismo género que la hipocresía de la religión que producen los seminarios, las escuelas de teología, etc.»

Reproduciríamos y no acabaríamos las citas de los escritos de Tolstoi en las que niega todo valor a lo que actualmente conocemos como religión. Para concluir este aspecto de su gran obra, diremos que él no ignoraba la hostilidad general que por doquier soplaban contra las instituciones religiosas, cosa que da más crédito y virilidad a su posición puesto que sabía que hacía causa común con el resto del mundo areligioso. Prueba de ello lo tenemos cuando dice: «No ignoro que, según una opinión divulgada en nuestro tiempo, la religión es un perjuicio del cual se ha desembarazado ya la humanidad». Y por si ello es poco, retengamos esta otra: «Lo peor para los hombres, no es que ignoren a Dios sino que en su lugar hayan colocado algo que no lo es». «Marchaos, les dice a los curas hipócritas, sois unos corrompidos, os codeáis con el poder y le ayudáis a oprimir al débil, vuestra ley es un insolente engaño y vuestros doctores preparan la mentira».

Creemos haber resaltado bastante la obra de Tolstoi que concierne a la religión para que los que intentan presentarlo como un adepto de tal o cual rito se callen, no fuese más que por respeto a la memoria del que tanto y tan buen ejemplo regionalista dió a la humanidad, al hombre y a la sociedad.



### TOLSTOI Y LA VIOLENCIA

Sabido es que Tolstoi era partidario de la no violencia. Se sabe también que sus ideas atraían hacia él hombres de todas las latitudes y de todos los medios socia-

les. Sobre esto hizo escuela pero no todos sus discípulos compartían por entero las ideas del maestro. Un ejemplo patente tenemos con la réplica que le hacía vis a vis de la no violencia la señorita Tverski, quien, admiradora del viejo Conde, dudaba de la eficacia que pudiera tener la renuncia al uso de la fuerza. Otra de las cosas que le diferenciaba de Tolstoi es que, enemigo del tabaco, ella encendía un cigarrillo con otro.

—Lev Nicolaevich, ¿se puede dejar de resistir al mal? Había en su voz, dice Kues, un acento muy singular.

—Naturalmente, no hay que resistir al mal con la violencia...

— ¿Jamás? En ningún caso. Ya sé que es muy difícil... Muy difícil porque la vida que llevamos, todas nuestras costumbres, la marcha de la humanidad, todo lo que está en oposición con la ley que indica que no debemos resistir al mal. Pero... hay que dar el traje al que te lo pida sin resistencia alguna. ¿Oponernos al mal...? pues eso es lo que hacemos; es lo que hacen todas las sociedades. Estamos siempre en pie de guerra para defendernos. Toda nuestra actitud sobre nuestros semejantes está basada en la defensiva. Defendernos, defenderse, tal parece ser la divisa que hemos adoptado en el momento que entramos a formar parte de la colectividad. Pues bien, yo pregunto ¿acaso esta actitud nos ha librado del mal? ¿tenéis el sentimiento que los armamentos suprimen las guerras?»

Y aquí Tolstoi toca dos temas de la más abrasadora actualidad: la resolución táctica que se toma en cuanto uno se siente, no individuo sino parte integrante de una colectividad, y el papel que juegan los armamentos, consecuencia de aquélla.

¡Admirable espíritu! ¿qué no diría hoy ante la locura de los hombres entregados a la ciencia de la muerte! Y si todo este encadenamiento de males tiene por origen el sentirse «miembro de la colectividad», ¿qué diría hoy Tolstoi del régimen que impera en su país? y ¿qué de los demás países, deslizándose hacia el mismo régimen, etiqueta aparte?

Mas, su obsesión era que la resistencia al mal no suprima a éste, mientras que su discípula opositora mantenía que el no resistir era favorecerlo.

Eterno y difícil problema cuya solución depende más de la situación anímica del individuo que de su formación o disciplina social.

Por frágil que aparezca la defensa que hace de su teoría de la no-violencia, no deja de tener un fundamento sólido e indiscutible: «disponer de un traje, cuando hay otra persona que carece de él, es un privilegio, es una injusticia, es un abuso social». «No hay que esperar a que te lo quite, hay que dárselo. Todo el bien y todo el mal radica en ello.»

Antimilitarista y antiguerrero, admiraba y de cierta forma en él se inspiró, al filósofo African Spir: los dos, oficiales del ejército ruso: los dos, combatientes en la batalla de Malakoff; los dos formando pareja, posteriormente, en lucha abierta contra las guerras, contra toda clase de violencia, venga de donde viniere, aunque bien es cierto que tampoco han censurado, o han censurado menos, encontrando en todo momento atenuantes, a la ejercida por el desposeído frente a los poseedores. Como dijo Larra, crimen por crimen, si es que ha de haber prefiero el del pueblo.



### LA LITERATURA DE TOLSTOI

La principal y más persistente preocupación de Tolstoi, cosa que se ve a través de todos sus escritos, es la de ser útil. Todos los análisis que hace vis a vis de la sociedad los hace desde un ángulo útil, comprendiendo también en esta palabra lo bello y lo mejor. Exige en todos los estadios de la vida «una función consciente». Abomina del obrero que, predicando paz, trabaja en la

industria de armamentos. Va mucho más lejos, teje mucho más fino, en lo que podríamos llamar esa su «selección de funciones».

Véámoslo en «¿Qué es el arte?», cap. XVI:

«Resulta pues que, en las clases superiores, privadas de la facultad regeneradora que podría provocar un arte verdadero, los hombres crecen y viven sin experimentar sensación de perfeccionamiento alguno; de aquí viene este otro resultado fatal, que no solamente no se esfuerzan por ir hacia el bien y la perfección, sino al contrario, con todo el desarrollo de su susodicha civilización, se vuelven sin cesar, más groseros, más duros de corazón y más salvajes.»

Después, refiriéndose a las consecuencias más funestas que de ello dimana, dice:

«Es el enorme esfuerzo humano malgastado para obras no solamente inútiles, sino, lo más a menudo nocivas: un desgaste de trabajo y de vida sin ningún provecho que la recompense. Se tiembla al pensar en todas las fatigas y privaciones que soporta buena parte de la humanidad con el solo fin de imprimir durante doce o catorce horas por día libros susodichos artísticos, no teniendo más objeto que el de sembrar la depravación entre los hombres. Con el arte de imprimir entra el teatro, los conciertos, las exposiciones. Pero lo más horrible es ver esos muchachos, tan bellos, llenos de vida, inclinados al bien, que están sacrificados desde que salen de la cuna, unos para tocar música, otros para bailar, otros para cantar, otros para dibujar como antiguamente o según el desnudo, otros para escribir frases vacías de sentido pero según las reglas de cierta retórica. Año tras año, los pobres muchachos van perdiendo, en esos ejercicios criminales, todas las fuerzas físicas e intelectuales, toda su aptitud y poder de discernimiento para comprender la vida.»

Depravados moralmente, inútiles en todos los conceptos, sólo son buenos para divertir a los ricos.

¡Lástima que la humanidad ignore tanto y esté tan alejada del sentido realista de estas palabras!

¿La literatura de Tolstoi? Es realista hasta en sus consecuencias puesto que, en virtud del testamento dejado, no han aprovechado en nada a los hijos ni familiares de éste. Como prueba tenemos la declaración de Tania, una hija, según la cual, ya en el destierro, vieron anunciada en el cine «Ana Karenine» y no pudieron entrar a verlo porque no disponían de bastante dinero, agregando: «Me pregunto qué hubiera dicho papá viéndome barrer el piso sin disponer de dinero para ni siquiera comer aquel día, y todo ello cuando los editores y productores se enriquecan con sus obras».

¡Triste verdad! ¡Inicua sociedad sobre la que hasta las piedras claman revolución social!

Toca en sus escritos el problema sexual del hombre y lo define y concluye con un rigor de acero. Este aspecto se encuentra sobre todo tratado en «La sonata a Kreutzer», libro de tesis por excelencia aunque al leerlo parece hecho para saciar, precisamente, un temperamento satírico y hasta demencial. En él se mantiene:

1º Es falso que una vida sexual intensa sea buena para la salud. Falso, falso. Una mujer debería darse al hombre solamente para tener hijos, es decir teniendo en cuenta el amamantamiento, o sea, cada dos años. El hombre debería pues de contentarse con ello seguro de que ninguna molestia le provocaría al organismo.

2º Cometemos un grave error de camuflar bajo el manto poético, lo que de animal tiene el amor físico; quien esto hace es cerdo pero no poeta; bueno es que lo sepamos.

3º Que el valor atribuido al amor y a la mujer, en tanto que medios de placer, es la causa principal del lujo y de la hoigazanería; el amor carnal no tiene nada de sublime; es todo lo contrario a una cosa sublime.

4º Que esta perpetua exaltación de los sentidos, la

lectura de los romances y de los poemas que tratan de este amor, conduce necesariamente al adulterio y a los celos.

Hay quien ha creído que «La sonata de Kreutzer» era una crítica de su propia vida conyugal, cosa que Tolstoi negó. El libro obedece, dice, a una carta que le envió una mujer eslava en la que trataba el tema de la esclavitud femenina por el deber sexual.

Esta sinceridad de Tolstoi se encuentra a cada momento y tras cada uno de sus escritos. Una llamarada de luz le fué dada también con «Los miserables», de Víctor Hugo después de cuya lectura Tolstoi tuvo la idea de analizar la historia y hacer de ella una filosofía (1). Sus teorías no son más que deducciones y conclusiones sacadas de la historia. Algunos juzgan mal a Tolstoi, precisamente por eso, por haber querido enlazar estrechamente la filosofía y la historia; le atacan so pretexto de que la filosofía deja de serlo en cuanto puede ser explícita. Nosotros decimos: a los pensadores no se les juzga, se les acepta o no, y nada más.

Sus personajes de novela también llevan rasgos de las personas y de los hechos cercanos a Tolstoi. Natacha Rostov, de «Guerra y Paz», lleva un poco de Tatiana Bers, su cuñada: coqueta, brillante, caprichosa; otro poco de Sonia, su esposa. El mismo lo afirma: «He cogido a Sonia, la he machacado con Tatiana y ha salido Natacha».

Y eso es una gran verdad. Los protagonistas de un romance son mitad y mitad genio y talento del autor.

Respecto a la ciencia, también opina teniendo en cuenta las necesidades sociales inmediatas: «Sí, los hombres tardarán en aprender lo que yo sé. La cantidad de hierro y el nombre de los metales en fusión que contiene el sol y los astros podrá determinarse pronto; en cuanto a divulgar las causas de nuestro estado porcino, es difícil, terriblemente difícil».

¿Qué diría hoy ante la serie de ciencia empleada para cosas ajenas a los intereses reales del hombre y de los pueblos? ¿Qué diría del arte que nadie comprende llamado, véte a saber por qué, cubismo? ¿Y de los aparatos que van a la conquista del espacio cuando tantas cosas están por arreglar en la tierra?

Recordamos que Tolstoi fué ferviente esperantista. El hecho se explica, pues, que en todas las actividades de la vida quiera lógica y racionalismo. En los idiomas corrientes veía mucha imperfección. Estaba convencido de que «las intenciones de un escritor están traicionadas por la escritura». Hasta en la literatura más concreta y directa veía palabras inútiles, líneas superfluas, explicaciones innecesarias, etc. Era exigente en sumo grado requiriendo siempre textos fáciles y ligeros. Aborrecía los detalles. Poco o mucho, solía decir, todos los escritos son falsos vis a vis de la esencia del pensamiento». Las ideas escritas reservan siempre alguna sorpresa. No sé quién sobre este tema dijo que lo publicado valía menos que lo pensado. Todo, todo, colabora para que el pensamiento sea traicionado.

Contrariamente a lo que se ve en muchas personas, Tolstoi dice que a nada hay que dar valor absoluto, ni siquiera inmutable. ¿Acaso no vemos, por ejemplo en el cine, que del mismo episodio, drama, lección o narración, se sacan conclusiones diferentes según se examina en tal año o tal otro? Así ocurre en la literatura. Para ejemplo recordemos a Diógenes y Alejandro tratándose mutuamente de miserables. No es extraño que cada hombre sea interpretado como les plazca a los in-

(1) Según algunos críticos, «Los miserables» fué un libro que hizo más que todo eso. Tolstoi, en 1863, estaba inclinado por volver a la carrera militar y al leer la gran obra de Víctor Hugo renunció y se puso a escribir. (N.D.L.R.).

tereses o conceptos del intérprete, que así de limitado es nuestro poder. Tolstoi lo sabe y aun sin citar la frase no olvida que «en este mundo ladrón... etc.»

No estudiemos la literatura de Tolstoi desde el punto de vista estético, más bien, cual si se tratase de un hombre de la Grecia antigua en lucha contra un mundo falso, pura vida hipócrita y una existencia ficticia.



### TOLSTOI SOCIAL

Si seguimos todas las manifestaciones de Tolstoi encontraremos que sus conceptos se emiten con una religiosidad que no da lugar a dudas. Quizás con demasiada seriedad, cosa peligrosa, pues que bien se sabe lo mucho que caracteres así han sufrido y han llegado a desesperarse por no admitir, incapaces que eran, un grano de broma en su vida diaria.

De todo es necesario para hacer un mundo, y el de Tolstoi no escapa a la regla. La diferencia, y grande, que se encuentra en el suyo con el de la generalidad de los humanos es que éstos no tienen otra ambición que la de buscar riqueza, aquél desprenderse de ellas, dejar de ser un privilegiado, ser hombre honrado.

Esto fué una obsesión motivo por la que empezó incluso a romper con su esposa. No hay otros motivos más fundamentales que esto. El mismo lo declara: «Te quejas, le dice a su esposa, del poco calor que pongo en nuestras relaciones, pues bien, la causa consiste ante todo, en mi intención de alejarme cada día más de los intereses de este mundo y mi repugnancia por ellos mientras que tú no quieres y no puedes renunciar, porque tú no sientes en el alma los principios que me han conducido a mis convicciones...»

Principios, ideales, convicciones y el empeño de ponerlos en práctica, empeño que todos deberíamos tener. Otro pelo le luciría a la humanidad si todos los que se apellidan idealistas, progresistas, etc., realizaran una parte de lo que confiesan.

«Las intrigas de este mundo me espantan», declaró en cierta ocasión. En una carta dirigida al zar le decía: «... Usted está en el cruce de la vida; un poco más y, si el triunfo pertenece a esas personas que dicen que las verdades cristianas no son buenas más que en palabras y que en la vida debe derramarse sangre y reinar la muerte, usted entrará en el reino de las tinieblas, de las razones de Estado, que justifican todo, incluso la violación de la ley divina».

No conversaba solamente con los allegados y discípulos, dialogaba con todos, como deberíamos hacer siempre, con la idea fija de que dentro de cada piel puede surgir un hombre verdadero con tal de que se le enseñe el camino.

En las responsabilidades políticas, en los crímenes contra el pueblo, Tolstoi no limita al jefe, ella es compartida por todos los que participan, desde el más alto al más bajo. En «Resurrección» todos, el director, los guardias, los funcionarios, la mayor parte de buen corazón e inofensivos, se han convertido malos únicamente porque cumplen su servicio de Estado... ¿Cómo es posible, se pregunta, que lleguen a cometer tantos crímenes sin que su conciencia se conmueve?

Y aquí Tolstoi hace profesión de fe anarquista y concluye: «La razón de Estado, amigos, la razón de Estado».

Condena la propiedad y el derecho de herencia de una manera tajante y categorica. Refiriéndose a la discordia de su hogar, escribe: «Todas esas cosas que guardan relación con el dinero, con la economía, con la propiedad, con los derechos de autor, son cosas sucias...»

Sobre las clases adineradas, la alta sociedad, eso que en estos mismos días se conoce por la «dolce vida», lanza el juicio condenatorio siguiente: «... Si se considera la vida de la alta sociedad tal como es, con toda su

desvergonzada falta de pudor, terminaríamos por apercibirnos de que la mencionada sociedad no es más que un enorme prostíbulo, ninguna diferencia entre sus mujeres y las ramerías».

Mas, no debemos extrañarnos de sus concepciones y de su lenguaje, lo mismo respecto a la degeneración de las clases adineradas como de la ley de propiedad, etcétera. ¿Acaso no era lector asiduo de Proudhon, a quien tanto estimaba? Muchas de las ideas sociales, por lo menos en esencia, eran recogidas y adoptadas del autor de «¿Qué es la propiedad?»

De Proudhon y de la interpretación social que daba a la doctrina cristiana sacaba los argumentos suficientes para detestar bienes y dineros. Tolstoi pensaba que era un deber distribuir sus bienes a los campesinos, renunciar a sus derechos de autor y después vivir pobremente.

Es más, analizaba el derroche de energías que se hacen en industrias y trabajos superfluos y decía: «En todas las poblaciones grandes se construyen enormes edificios para museos, academias, conservatorios, salas de teatro y conciertos. Centenares de millares de obreros — carpinteros, albañiles, pintores, tapiceros, sastres, peluqueros, impresores — se agotan durante toda su vida en duros trabajos para satisfacer las necesidades del arte del público, hasta el punto de que no hay otra rama de la actividad humana, salvo la guerra, que consuma cantidad tan grande de energías humanas».

En la propia biblia encontró fundamentos para enfrentarse con la sociedad burguesa y la explotación del hombre: fraternidad, e inmediatamente la igualdad de todos los hombres; esa es su condena y su combate social, de ahí la hostilidad con la que trataba a la religión.

Cuando ha combatido al arte — como medio reservado a divertir a las clases dirigentes — lo ha hecho precisamente teniendo en cuenta los sacrificios que exige principalmente a aquellos a los cuales ninguna diversión alcanza. «El arte que ellos (los amos de la hora, gobernantes, propagandistas, críticos) defienden, tiene como condición necesaria la opresión de las masas, y no podrá durar más que manteniendo esta opresión».

Condena inexorablemente a las clases ricas. Sobre vivir sin trabajar, principal delito, las califica de torpes, de incapaces, de seres dañosos: «Los sentimientos en los poderosos y los ricos, que no tienen ninguna noción del papel que juega el trabajo en la vida, son más pobres, más limitados y más insignificantes que los sentimientos naturales del hombre que trabaja».

No se conforma con ello y un poco más lejos vuelve a la carga contra los ricos, los pudientes. Para Tolstoi el rico es mitad vanidad, mitad lujuria. La vida del obrero, dice, tiene dos emblemas: «Trabajo y producción». La del rico «Destrucción y consumo» de lo que otros han producido.

Tenia tan profundamente arraigado el deseo de ser útil y de que todos los hombres se ocupasen en tareas que subviñeran a sus necesidades, por ley de compensación equitativa en cualidad, que en una ocasión, su hijo mayor Sergio se presentó a él y le dijo: «Papá, he terminado mis estudios en la Facultad y he salido sobresaliente en los exámenes». — «Muy bien, hijo, ahora ya sabes lo que te toca: sé útil, ve al campo, aprende a sembrar y a segar y después, siembra y siega».

He ahí estampado en estas cuartillas el Tolstoi que yo conozco, el que, a pesar de sus debilidades originadas por su ascendencia más que por su inclinación personal, formará parte del linaje de hombres célebres y gloriosos, intérpretes de la verdadera vida, propulsores del carro del progreso, ese carro que los zares y caudillos de todos los colores no pueden eliminar y que conduce a la humanidad hacia el bienestar de perfección.

# LA VIDA Y LOS LIBROS

## «LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX» (1)

por Carlos Rama

(Continuación)

### LOS PARTIDOS POLITICOS Y LAS ORGANIZACIONES SINDICALES

**S**URGE a la vista que la situación de Cataluña preocupa en primer plano la política nacional, no solamente en los años republicanos sino mucho antes, desde 1870. Para cerciorarnos de ello Rama señala varias etapas políticas caracterizadas por: 1º, el proyecto de Constitución Federal de la República presentado en 1873. 2º, diez años más tarde, 1883, las resoluciones de la Asamblea del Partido Federal Catalán, etc., hasta once aspectos más que termina con la Constitución provisional de la República catalana de 1928. Todo relacionado con el catalanismo y que bajo formas a veces contradictorias, iba tomando cuerpo en la conciencia nacional, por lo menos en la esfera política, y esto con mucho más acritud y persistencia que los problemas regionales de Galicia o Vasconia, que en parte eran reflejo de los suscitados por Cataluña.

Es digno de tener en cuenta que en el inicio, son las clases adineradas catalanas, gallegas y vascuenses las que reclaman esa vuelta al regionalismo, aunque con matices diferentes en cada región.

Además de los partidos dinásticos, el izquierdista que más se opuso a esa corriente de desgajamiento político, fué el de Pablo Iglesias (P.S.O.E.) fundado en Madrid en año 1878, y la corriente socialista de todas las tendencias. Ya veremos más tarde el papel jugado por los Sindicatos.

En cuanto a los hombres que por su inteligencia y acción, al margen de toda etiqueta, también influyen en el ambiente, el que más hondamente ha calado, según dice Rama en este libro, es Ortega y Gasset con su «Rebelión de las masas» y «España invertida», que forman, dice, «como una suerte de breviario» de los españoles, principalmente de entre los de la clase media. Opinión que todavía vale para hoy día, aunque hay escritores jóvenes de renombre en España que no tienen la misma opinión, por ejemplo, Goytisolo.

Sabido es que el advenimiento de la República fué el resultado de una conjunción. Eso que llaman «opinión pública» participó con todas sus consecuencias para que la corona rodara por tierra. Carlos Rama, haciéndose eco de la tesis mantenida por Simone Comes afirma concretamente: «El advenimiento de la República, que marca la iniciación de la revolución española del siglo XX, se logra el día en que se pone en juego la alianza

política de las clases burguesa y media con los obreros encuadrados en las organizaciones socialistas y anarcosindicalistas.» Noticia que todavía queda sin aclarar y aprovechamos esta línea para preguntar otra vez: ¿Hubo o no hubo representación de la C.N.T. en el pacto de San Sebastián? Pregunta que hacemos porque a pesar de ser una cosa que hace tiempo nos intriga y que buscamos indicios que confirmen y expliquen el problema, no hemos podido dar con ellos.

A nosotros, los anarcosindicalistas, nos interesa mucho saber lo que dicen y cómo razonan los hombres que no han negado los fines sociales nuestros pero dicen querer llegar a ellos por conductos diferentes. Entre éstos se encuentra en primer lugar el Partido Socialista y sus hombres. Bueno, pues en las páginas 165 y 166 de «La crisis española del siglo XX», Rama nos ofrece todo un poema en el que deja hablar a Largo Caballero y a Luis Araquistain, relevantes figuras de dicho Partido.

El mismo detalle inapreciable encontramos sobre el Partido dicho Comunista, por boca de Uribe, en la página 282.

### LOS SINDICATOS

Excepción hecha de Francisco Pi y Margall, los políticos españoles no han querido ver en el Estado un monstruo que había de desmembrar. La idea del Estado fuerte vino a ser reforzada por la interpretación que de la sociedad tenían los socialistas desde Pablo Iglesias a Rodolfo Llopias pasando por Fernando de los Ríos. El mismo Ortega y Gasset, que en esto es krausista redomado, requiere un gobierno fuerte, «bastante independiente del parlamento, recomendando además que éste sea «magro y sobrio y que su intervención en la vida del Estado se reduzca». Algo así como ocurre en algunos países europeos, por ejemplo, Francia, con la V República.

Repetimos, pues, que sólo clarísimos hombres políticos animaban la idea de desmembrar el Estado. Ellos y los sindicatos afectos a la Confederación Nacional del Trabajo. Esta disparidad de interpretación en cuanto a lo que ha de ser vida social de un pueblo, las leyes sociales promulgadas por los republicanos y el fracaso de la legislación agraria, condujeron al divorcio casi absoluto entre pueblo y República. Y Rama muy objetivamente dibuja la situación de impotencia en que se encontró esta: por un lado el fascismo, las clases adineradas, militaristas y clericales, que desconfían de la República y continúan siempre siendo monárquicas, y por otro, el pueblo, que ya no considera suyo el nuevo régimen. Poco a poco el movimiento obrero, con la C.N.T. en cabeza, se va radicalizando y de las hondas discrepancias entre los trabajadores y los republicanos saben aprovecharse los enemigos de unos y de otros. ¿Faltó paciencia a los obreros? Posiblemente, pero... el hambre no





espera. ¿Faltó inteligencia y fe republicana a los gobernantes de la República? Seguramente, pues que ni ellos mismos esperaban la bandeja republicana que llegó el mes de abril, ni estaban preparados para conducir el barco español como requería aquella República... escasa en republicanos.

Superficialmente considerado parecería que la C.N.T., por ejemplo, aun siendo nacional, o la F.A.I., que es peninsular, podría converger y coincidir con los movimientos regionalistas ya que en fin de cuentas todo iba dirigido contra el poder del Estado. Sin embargo no es así, el carácter federal de la interpretación anarcosindicalista o anarquista no tiene ninguna similitud con el federalismo que resultaría de un triunfo político de los catalanistas, galleguistas o eúskaros. Y a Rama no se le escapa tal diferencia, al contrario, la remarca con una claridad que no da lugar a dudas. Pudo la C.N.T. haberse sumado a alguno de estos movimientos y corrientes y no lo hizo. Ni siquiera se le ocurrió examinar tal coyuntura. ¿Qué importa que el Estado español fuese parido por los Reyes Católicos? La clase trabajadora debe de estar por encima de esos altibajos políticos y trabajar para que la revolución social emancipadora tenga lugar en el más breve plazo posible. Tal era la idea fundamental de los trabajadores españoles. Y el profesor Rama concluye: «El anarquismo español es una de las fuerzas más originales del mundo contemporáneo, y sin su conocimiento resulta indescifrable buena parte de la historia de la España reciente».

Este aparece en la península hacia 1868 con el viaje de Fanelli a España. La Federación de Trabajadores de la Región Española cuenta en 1885 con 57.000 afiliados. Y partiendo de aquí, poco a poco, el lector de este libro va encontrando la imagen de lo que fué desarrollo y lucha del pueblo trabajador ibérico, cuyo más alto exponente fué el Movimiento anarquista.

Así vemos a la C.N.T.-F.A.I. enfrentada con Primo de Rivera, con Maura, etc., hasta el 36, en que todo fué

poco para la batalla que puso frente a frente dos mundos antagónicos, dos civilizaciones: por un lado, los que tienen todo sin producir nada, es decir, la hez de la tierra, y por otro, los que nada tienen y producen todo, es decir, la parte honrada de la humanidad.

Cita muy particularmente el dilema político y de consecuencias graves que se les plantea a los sindicatos de la C.N.T. en vísperas de elecciones, absteniéndose unas veces, votando otras, y votando incluso a hombres y partidos diferentes, según región e individuo. Aspecto este, profundamente social al cual Rama alude ligeramente.

Terminamos aquí nuestro comentario, sin que hayamos agotado los temas que toca ni mucho menos, ya que analiza muy detalladamente, ya lo dijimos, hombres, partidos y zonas regionales con gran detalle. Leyéndolo uno se pasea por Castilla, Aragón, Cataluña, Galicia, Vasconia, Portugal, Gibraltar, Marruecos, Andorra, etc.

En cada región se detiene con personas de relieve, escritores, sociólogos, profesores, profesionales políticos, militares, sindicalistas, filósofos, anarquistas, etc.

Y a pesar del desliz que ha cometido cuando afirma que la «Columna de Hierro abandonó el frente», el libro es magistral y aleccionador, de muchas enseñanzas para todos, muy recomendable a propios y extraños, principalmente a los lectores de CENIT, siempre en busca de referencias históricas de la vida y de la sociedad.

En nombre suyo felicitamos efusivamente a su autor profesor Carlos M. Rama.

M. CELMA

*En esta rúbrica comentamos todos los libros cuyos autores o editores nos hagan llegar dos ejemplares*





# MICROCULTURA

540. — Se llama pleurodinia al dolor de músculos de las paredes del pecho.
541. — Al charco que se forma de un arroyuelo se le llama regajo.
542. — La «sacarimetria» es el procedimiento para determinar la proporción de azúcar contenida en un liquido.
543. — Al que tiene los ojos azules se le llama «ojizarco».
544. — La «perageusia» es la perversión del gusto.
545. — Leonardo da Vinci, en 1490, proyect  los primeros aviones.
546. — Fotografias aereas de color en zonas montañosas y boscosas sudamericanas se emplean para obtener indicios directos de depósitos de minerales.
547. — El nylon con resistencia suficiente como para reemplazar el acero en muchos productos, está siendo usado en la fabricación de armazones de anteojos para el sol.
548. — Una «peguera» es un hoyo donde se quema le a de pino para sacar de ella alquitrán y pez.
549. — Al que habla cinco lenguas o a lo que est  escrito en cinco idiomas, se llama «quingueling e».
550. — Pappo, en el año 360 A.C., fué el precursor del cálculo infinitesimal.
551. — Sadko era el héroe de los cantos antiguos eslavos.
552. — Se entiende por «desbornizar» arrancar el corcho virgen de los alcornoques.
553. — La «carimba» era una marca que con hierro candente se ponfa a los esclavos.
554. — Un avión cuadrimotor moderno tiene más de dos mil válvulas electrónicas.
555. — Más de dos mil millones de toneladas anuales se consumen en el mundo de combustibles fósiles.
556. — Se espera botar en 1960 el primer barco mercante de propulsión atómica.
557. — El paludismo infecta alrededor de 250 millones de personas al año.
558. — Un millón de árboles se plantaron en 1957 en los Estados Unidos.
559. — Materia vegetal dañada puede envenenar el aire con monóxido de carbono.
560. — Un nuevo aparato automático permite a los médicos obtener radiografias secas en sólo 6 minutos.
561. — Se estima en 136 millones el número de personas que en el mundo hablan español.
562. — «Otelo» es la famosa obra de Shakespeare en donde Desdémona es la heroina.
563. — El 24 de mayo de 1844 se cursó el primer telegrama de Morse.
564. — El túnel más largo del mundo es el Simpl n, de doce millas y media de largo, va desde Brig (Suiza) hasta Iselle (Italia).
565. — En 1915 fué hundido el paquebote «Lusitania» por un submarino alemán.
566. — La isla de Samoa est  en el Oceáno Pacifco.
567. — Se ha desarrollado una técnica para lanzar el aire caliente del motor sobre los parabrisas de un avión a fin de mantenerlos libres de lluvia.
568. — Desde 1920 el total de la población de Canadá se ha doblado y se calcula que para 1970 tendrá posiblemente 22 millones.
569. — La mayorfa de las plantas de flores anuales florecen durante más tiempo y más profusamente si se les quitan las flores viejas impidiendo asi que se produzcan semillas.
570. — La ciudad de Módena est  en Italia.
571. — El más destacado arquitecto norteamericano es Frank Lloyd Wright.
572. — Un «arancel» es una tarifa aduanera.
573. — A una situación muy grande y confusa se le llama un «mare magnum».
574. — La Grand Central es la estación ferroviaria más importante de Nueva York.
575. — Los «col bricos» son una familia de serpientes que incluye a la culebra.
576. — Franz Schubert compuso nueve sinfonias.
577. — El país del mundo que ocupa el segundo lugar en cantidad de teléfonos por cabeza es Suecia, con 31 teléfonos por cada cien habitantes.
578. — La ciudad más importante de Alaska es el Anchorage, con 11.500 habitantes.
579. — El icinoscopio es un aparato para explorar imágenes que se emplea en televisión.
580. — La  pera «La Flauta M gica» fué compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart.
581. — En 1838 fué inaugurada la torre Eiffel.
582. — El doctor Edward Jenner fué el sabio inglés que descubrió la vacuna.
583. — En 1859 se excavó el primer pozo de petróleo y lo hizo Edwin Drake.
584. — En su tercer viaje, Cristóbal Colón desembarcó en Venezuela, cerca del río Orinoco, el 1 de agosto de 1498.
585. — Las cataratas de Toquendama est n en el río Bogotá, de Colombia.
586. — Se llama «patogénesis» al origen de una determinada enfermedad.
587. — La cucaracha viene habitando la tierra desde hace 40 millones de años.
588. — El aire se libra de impurezas por la fuerza de la gravedad, el lavado de las lluvias y las reacciones de la química atmosférica.
589. — Hay indicios de que las personas agitadas y desdichadas pueden sucumbir al cáncer con más facilidad que las personas tranquilas.
590. — Los papeles tratados con tintes fluorescentes pueden ser de un blanco purisimo.
591. — En 1619, los ingleses Ramsay y Wildgoose sacaron la primera patente de automóvil.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### I

#### ECCE HOMO

*Seminarista, de Antinco prendado.  
Presidiario en Ocaña. Aventurero.  
Nada he tenido, ni tampoco espero.  
Fui en Alessio y Escutari soldado.  
Camino por mi senda sin codicia:  
todas las bocas saben a lo mismo;  
todo lugar, cantera de egoísmo,  
y, en todas partes, muña la justicia.  
No me desvela el juicio de la gente.  
No curo del mañana ni el presente.  
Bebo para olvidar... Siempre la garra  
de la Calumnia al cuello, sin fortuna,  
muerta la fe, sin ilusión ninguna  
y, en la mano, una bala, como Larra...*

### II

#### EL INDICE ROJO

*No te envidio la grasa, los fámulos, la hacienda,  
la hcpalanda grotesca de color escarlata,  
ni el hermoso palacio que tienes por vivienda,  
ni el capelo romano, ni la vieja «Vulgata».  
No es preciso que vivas como Juan el Bautista,  
ni, lo mismo que Onofre, te deshagas en llanto:  
tu pectoral conserva, tu anillo de amatista,  
tu báculo de plata, tu careta de santo...  
Mas, con el rojo índice te señala el destino...  
Cuando envuelto en las sábanas de finísimo lino,  
descansas, en la noche, de tu leve jornada,  
en la piedra más dura de tu propio palacio,  
lentamente, sin ruido, despacio, ¡muy despacio!,  
el Pueblo, que no duerme, saca filo a la espada...*

### III

#### TERESA

*Lejos de la ciudad. Cae la tarde. La hoguera  
de los cielos enciende mi viejo corazón.  
Tira el sol una flecha contra cada viáriera.  
Un momento la vida se ha trocado piadosa:  
llegas tú y, con la tarde, mis angustias se van...  
Quiero ofrecerte un lindo soneto, y una rosa,  
y un cuenco de agua clara, y una hogaza de pan.  
Entre mis brazos trema tu cuerpo, dulcemente...  
Ya las sombras envuelven la ciudad y, en tu frente  
resplandece la aurora de una eterna promesa...  
Se encienden las estrellas. Cada estrella es un verso  
que sin palabras canta. Y en el ancho Universo  
se escucha esta palabra — sin palabra — ¡Teresa!*

PEDRO LUIS DE GALVEZ

## Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama .....	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios .....	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure .....	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny .....	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Rocker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau .....	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentin Camp .....	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:  
« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Abarrategui: La cuneta. —  
Juan Goytisolo: Actuali-  
dad de Larra. — A. Sam-  
blancat: La ciudad pala-  
ciana. — Erich Frömm: —  
Un manifiesto socialista. —  
José Peirats: España bajo  
el prisma económico. —  
E. Armand: Dios, una hi-  
pótesis. — Juan Ruiz: Ideas  
sobre educación. — J. El-  
baile: Invierno. — W. Mu-  
ñoz: Thoreau y Hudson. —  
Índice general de los diez  
años de CENIT.

# 120

DICIEMBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4 P 5523



## NUESTRA PORTADA

No, no caemos en la tentación de hacer militarismo. Hemos sufrido mucho por culpa de los militares españoles para que, aunque no hubiera otros motivos, nos dejásemos tentar. Es cierto que el muchacho en el árbol, es un hombre armado, que, de cierta manera, va uniformado, que monta la guardia frente al enemigo. Mas no es la suya una actitud militarista. Militarismo quiere decir acción bélica por profesión y por imposición. Pero en ello no está comprendido el obrero, el campesino, el productor, que se ve obligado a dejar las herramientas de trabajo para oponerse a que el militarismo haga de él un esclavo.

El muchacho, miliciano, es un hijo del pueblo español que se opone a que los criminales de la Junta de Burgos, dignos de un Hitler, de un Himmler y de un Landrú, lleguen a Madrid. Estamos en 1936. Simboliza pues la resistencia al mal, la resistencia al oscurantismo, la resistencia a la criminalidad hecha ley y convertida en ciencia.

Quizás algún español reconozca en ésta su propia imagen. Que nos dispense. Nuestra intención no es la de ponerlo en evidencia, no es la de sacarlo del anonimato en el que, sin duda, trabaja, produce y... ¿quién sabe? lucha.

Lucha. Si. Porque, antimilitarista y todo, profundamente pacífico y pacifista por intuición y por formación, el pueblo español aun sabe que no es cumplir con su deber dejar que hienas y chacales en forma de hombres campeen por España reduciendo a los españoles a la triste condición de total servidumbre cual si se tratara de seres inferiores.

Y... que no es ser inferior lo demostró el año 1936.. y a demostrarlo otra vez se encamina.

# GENIT

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Diciembre 1960

Nº 120

## LA CUNETA

de ABARRATEGUI

La España del treintaisés  
se acaba de abrir las venas,  
y ayudan a su agonía  
largas zarpas extranjeras.  
Es tiempo horrendo, de sangre,  
de savia que cae en la tierra  
con sabor de fratricidio:  
se han erguido las tinieblas  
con despóticos acentos  
de azules camisas viejas.  
En un luminoso pueblo  
de Málaga, la muy bella,  
la muerte irrumpe en las alas  
de cóndores nacís, fieras.  
El pueblo, bombardeado,  
sin gentes ni aliento queda,  
y otro pueblo hospitalario,  
parece estar a mil leguas  
de quienes huyen buscando  
una salvación incierta.  
En éxodo extenuado,  
que Dios, ausente, no vela,  
las gentes pasan, cargadas  
con sus bultos, con sus penas,  
con esperanzas sin nombre  
y desgarradas miserias.  
Una familia, sin hombres,  
sin saber a dónde rueda:  
Mercedes la del Romero  
ve en la tranquila cuneta  
sitio propicio al descanso  
de aquéllos que a andar se niegan.  
Con Mercedes va la Elvira,  
su cuñada, y con ellas,  
Paquita, Antonio y Eulalia,  
otro que al pecho se aferra  
y que son los cuatro hijos  
de Juan Romero Contreras.

MERCEDES

*(Haciendo alto con su gente,  
que buen descanso desean).*

¡Aquí nos quedamos, vaya,  
que sea lo que Dios quiera,  
que él nos proteja si quiere  
y a mí que me dé más fuerzas!

ELVIRA

Dí que sí, que ya está una  
rota por dentro y por fuera.

PAQUITA

Yo quiero dormir, mamá,  
hasta la muerte, en la hierba.

ANTONIO

Si nos paramos, vendrán  
a matarnos.

EULALIA

Que vengan,  
que voy a sacarles los ojos  
con estas uñas tan negras.

MERCEDES

¡Niños, dios mío, a callar  
y a na salir de mí vera!  
No miréis al horizonte,  
ni preguntéis cuánto queda,  
ni lloréis porque yo os doy,  
en vez de pan, tanta pena.  
Mirad al cielo en silencio  
y el gesto con que la hierba  
despunta para encontraros  
sabor negro, de miseria...  
Cantad coplas en voz baja.  
Mordedle el gusto a la tierra  
y así olvidaréis que sois  
prisión de sangre y tristeza.

*(Al pequeñín que en sus brazos,  
toma, encantado, la teta):*

Y tú embrión de mi vida,  
capullito de quimeras:  
bébete el amor a sorbos,  
si amor en mis senos queda.  
Hacedle caso al silencio  
que dice cosas perfectas.

*(Contemplando el interior  
de su infinita cansera):*

Yo soy de humo y dolor.  
Yo soy rueda que no rueda.  
Yo soy badajo que tañe  
en campana que no suena.

ELVIRA

Debes dejar de pensar  
qué has tenido y qué te queda.  
Piensa sólo que, en tus manos,  
el niño tu vida espera.

MERCEDES

¿Qué vida podrá mamar  
el tallo en la rama seca?  
*(Los niños, con dulce olvido,  
se entretienen con la hierba).*

ELVIRA

La vida busca la vida  
donde la vida la acecha,  
y tú tienes, no lo dudes,  
oculta fuente, de cepa,  
que enjuta, fría y estéril  
lo es tan sólo en apariencia.

PAQUITA

Si yo pudiera coser  
estas hojitas con seda,  
un manto haría ahora mismo  
para vestir mi muñeca.

EULALIA

¿Tu muñeca? No seas tonta,  
bien sabes que allí está muerta  
con el botijo, el quinqué,  
el espejo y la peineta.  
Cuando las bombas rompieron  
el cielo de la ribera,  
rotos pedazos de cielo  
cayeron en la plazuela.  
Y en el ruido que hicieron  
se murieron, ¿no te acuerdas?  
Todas las cosas que sabes  
y otras más que nadie viera.

ANTONIO

Yo estaba entonces haciendo  
la cola de mi cometa.

PAQUITA

Pues yo jugaba a la comba  
con Milagros y Teresa.

EULALIA

Yo hacía una comidita  
de arroz con leche y hojuelas.

ANTONIO

¿Ya no podremos jugar  
a piratas y princesas?

EULALIA

¿Ya no podremos vestirnos  
con las ropas de la abuela?

PAQUITA

Si yo pudiera coser  
con estos tallos la hierba,  
¡qué hermosa mortaja haría  
para mi pobre muñeca!

*(Las mujeres descansan  
en silencio y luego llegan  
dos ancianos campesinos  
que, allí, apartados se sientan).*

ANSELMO

La carretera es un ogro.  
Ya no puedo ir más por ella:  
Tengo mordidos los pies,  
mi cuerpo, sin base queda.  
¿Quién va a sostener la llama  
de mi cabito de vela?

AMANCIA

Larga serpiente de polvo  
que nos devora por fuera...  
Que la transiten los niños,  
que tienen brio en las piernas,  
Que la corren los que tienen  
en lugar de carne, piedra.

ANSELMO

Nosotros somos dos ríos  
que antes del mar ya se secan.



*(Sacan mendrugos de pan de una menguada talega, y comen difícilmente lo que difícil se encuentra).*

**MERCEDES**

Mira esos viejos: ¡con pan!  
Y a nosotras, ¿qué nos queda?

**ELVIRA**

El campo y el cielo entero.  
Y tenemos en la cesta  
por lo menos dos membrillos  
y un buen puñado de almendras.

**MERCEDES**

Que se las coman los niños

**ELVIRA**

Ellos prefieren saber  
que hay algo como reserva,  
y no quieren ver vacía  
esa preciosa despensa.  
Ya sabes que la ilusión,  
más que el pan los alimenta.  
Déjalos jugar ahora  
con sus juguetes de hierba.

*(Callado grupo de gentes, pasa por la carretera).*

¡Eh, buena gente!

**UNA MUJER**

¿Qué quiere  
la pobre luna en el alba?

**ELVIRA**

Saber si han visto a un zagal  
que tiene los ojos malva,  
con chaquetilla ceniza  
y pantalones de pana.  
Un zagalón que parece  
batirle al cielo las palmas,  
con una sonrisa aguda  
como punta de navaja;  
que luce andares de hombre  
templado en la sierra brava  
y un gusto de trigo tierno  
en su tranquila palabra.

**ESA MUJER**

El zagal a quien tú buscas  
era un hijo de mi entraña.  
Se me lo llevó la guerra  
sin preguntarme a mí nada  
y yo me quedé como un río  
al que le quitan el agua.  
No preguntes por los mozos  
en estas horas tan malas.  
Es mejor mirar si hay luna  
en los dobles del alma.

**MERCEDES**

¿Qué cosas tienes, Elvira!  
Siéntate a mi lado y calla.  
Deja la gente que pase  
tranquila hacia su esperanza,  
que no hay nadie que no busque  
un gran amor que les falta.  
Quédate a mi lado y duerme.  
Mira al cielo, cómo pasa,  
parece un río sin cauce  
que todo el campo acapara.  
¿Y en el aire no ves tú  
una canción sin palabras  
de amores claros y nuevos?

**ELVIRA**

Oigo tan sólo mi alma,  
mi alma, que perseguida  
por un viento sin entrañas,  
no sabe dónde esconderse  
el plumaje de sus alas.

*(Vuelve cerca de Mercedes y se sienta, resignada. Por ver comer a los viejos los tres niños se levantan).*

**ANSELMO**

Ya hay cuervos sobre mi frente  
esperando las migajas.

**MERCEDES**

¡Niños, aquí!

**PAQUITA**

Deja, madre,  
que miremos otras caras.

**AMANCIA**

¿Qué gusto habrás de pasar  
al vernos comer, con rabia,  
este pan que no podemos  
masticar?

**EULALIA**

¡Vaya una gracia!  
Si ustedes quieren, señoras,  
nosotros de buenas ganas,  
masticaremos su pan  
porque dientes no nos faltan.

**ANTONIO**

De dos bocados yo puedo  
comerme la luna blanca.

**MERCEDES**

¡Niños, ahora mismo, aquí,  
a dormir un rató, vaya!

*(A los ancianos les dice con la sonrisa velada:)*

No hagan caso a mis perrillos.  
Que les aproveche. Gracias.  
Ustedes lo necesitan,  
porque el camino que falta  
es tan largo...

**ELVIRA**

Y, además,  
los niños no sienten nada.

*(Los niños van a sentarse esta vez junto a las faldas, de Mercedes, que suspira. Elvira, muy quedo, canta:)*

«Clavelito de mi tiesto,  
tiesto blanco en mi balcón,  
balcón que asomas al aire,  
aire de mi corazón.  
Corazón rico de sombras,  
sombras sin ton y sin son,  
son amores que yo tengo  
en mi clavel de ilusión.  
Clavelito de mi tarde,  
tarde perfecta de amor,  
amor que llama a la puerta,  
puerta de mi corredor.  
Corredor, corredor mío,  
mío es el tierno dolor,  
dolor que yo sola tengo  
en un tiestecito hecho flor.  
*(Pasa por la carretera*  
**HOMBRE seguido de gentes,**  
*que al mirar a la cuneta*  
*y ver los que se detienen,*  
*los anima, con cariño,*  
*a proseguir, si es que pueden).*

**HOMBRE**

No es tiempo de darle al cuerpo  
descanso que no agradece  
¿No saben que el enemigo  
muy cerca de aquí ya viene?  
Unanse, pues, a nosotros.  
Tenemos panes y arenques,  
fruta seca, vino blanco

y algunos bollos de aceite.  
Vénganse y corramos todos  
unidos, la misma suerte.

**ELVIRA**

¿Por dónde está el enemigo?

**HOMBRE**

Haciéndole al río un puente  
para que pasen los tanques  
como tortugas de muerte.

**ELVIRA**

¡Ay, río, donde lavaba  
mis enaguas y sostenes,  
con qué frío, entre las piedras,  
preguntarás muchas veces  
por las tiernas manos limpias  
que tú nos besabas siempre!  
Y el enemigo ¿qué hará  
cuando al pueblo roto llegue?

**HOMBRE**

Plantará banderas tintas  
en joven sangre caliente.

**ELVIRA**

El enemigo es un loco  
que se bebe nuestro amor  
y nuestro llanto se bebe.

**MERCEDES**

Es una loca manada  
de mozos bien que se quieren.

**HOMBRE**

Vénganse todos, deprisa,  
y que descansen, si pueden,  
quienes dan sus manos frías  
a una fría luz de muerte.

**MERCEDES**

Id vosotros, id corriendo  
como pájaros o liebres  
que arrancados de sus vidas  
aún huyen de los lebreles.  
Prefiero aquí, meditando,  
saber que el aire se pierde  
con dolor tranquilo y dulce  
cuando las bombas aciertan.  
Y qué contenta he de estar  
cuando muerta, yo me quede  
sabiendo que nunca más  
habré de correr la suerte.  
Y a vosotros no os veré  
sangrando a mis pies inertes,  
como sombríos dolores  
que a mis caricias se vuelven.  
*(Y todos corren, no obstante,*  
*siguiendo al hombre que muere*  
*arengas esperanzadas*  
*en una hora inclemente.*  
*El exodo del espanto*  
*avanza con pies inertes.*  
*El aire tiembla, sombrío.*  
*La existencia palidece:*  
*con un estertor siniestro*  
*que despinta el campo verde,*  
*por el norte puntiagudo*  
*un avión aparece*  
*y va sembrando metralla*  
*sobre el rastro de las gentes.*  
*El cielo escupe una bomba,*  
*con sarcasmo, indiferente,*  
*y la vacía cuneta,*  
*que reanimó a las mujeres,*  
*que a los viejos dió descanso*  
*y a los niños sus juguetes,*  
*por pura gracia fascista*  
*en infierno se convierte).*  
Francia, 1959 y 60.



## VOCES DE ESPAÑA

Escribir en Madrid es llorar, es  
 buscar una voz sin encontrarla,  
 como en una pesadilla abruma-  
 dora y violenta.

J. G.

# Actualidad de Larra

por Juan GOYTISOLO

**C**UATRO lustros después de la guerra civil, un análisis objetivo de la situación intelectual de España, reservaría a algunos ensayistas y críticos un tanto alejados de las realidades del país, infinidad de sorpresas. Una de ellas — y no la menor, sin duda —, sería comprobar la creciente influencia de Larra sobre la nueva generación. A los ciento veintitrés años de su suicidio, Mariano José de Larra aparece, en efecto, en nuestra panorámica cultural, como el autor español más vivo, más entrañablemente actual de la hora presente. Mientras Ortega y los escritores de la generación del Noventa y Ocho — con la única excepción de Machado y, hasta cierto punto de Baroja —, son objeto de revisión y de crítica por parte de los jóvenes, su prestigio, por el contrario, aumenta de día en día y, de nuevo, son muchos quienes ven en él un precursor de los tiempos futuros y lo elevan a la categoría de un auténtico director de conciencia.

A decir verdad, el fenómeno no es de ahora. Postergado durante más de medio siglo, Larra suscitó, hace ya varias décadas, el entusiasmo de la, entonces, naciente generación del Noventa y Ocho. Hombres tales como Azorín, Unamuno y otros muchos, se sirvieron de «Figaro» como emblema y símbolo de su oposición a la vez literaria que política, a los responsables de nuestra decadencia; pero, una ojeada sucinta a sus escritos — salvando, tal vez, las obras primeras de Unamuno y ciertos pasajes de Ganivet y Joaquín Costa — nos autorizan a afirmar que su devoción por el patriotismo eminentemente progresivo y reformador de Larra fué puramente personal, y no se traslució, o se traslució débilmente, en sus creaciones. Ahora, con la perspectiva de que disponemos, resulta bien claro que, en tanto que Larra anduvo por encima de su época — hasta el extremo de actuar como avanzadilla de la misma —, los escritores del Noventa y Ocho que se vendieron por continuadores de su obra no estuvieron — en su conjunto — a la altura de la suya. Les faltó la fe, les faltó el penetrante diagnóstico de los males de España y sus remedios posibles, que constituyen — al cabo de más de un siglo —, la fuerza actual de los ensayos de Larra.

Pues si el autor de «Día de difuntos de 1836», desem-

peña papel tan primordial en la vida intelectual española — y está llamado a representar uno aún mayor, sin duda, en los próximos años — ello se debe, no sólo a la agudeza e inteligencia de su misión; obedece asimismo, a causas intrínsecas a su propia obra que, antes de seguir adelante, conviene dejar bien sentadas: sus artículos nos resultan más actuales que todo lo que, por el instante, aparece en España, por la sencilla razón de que la sociedad que fustigan continúa siendo la misma en 1960 que en 1836, cuando menos, en sus líneas generales. «Siempre que yo me paro a mirar con reflexión nuestra España — había escrito — suelo dírme mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: «Hombre, por usted no pasan días». Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días, bien es verdad que por ella no pasa nada; ella es, por el contrario, la que pasa por todo» (1). Doblemente actual por tal motivo en época tan pobre de plumas y espíritus satíricos como la nuestra, la obra de Larra viene a colmar un hueco, al tiempo que sirve de estímulo y de guía.

«Figaro» vivió veintiocho años de esa historia española del siglo XIX, que Pierre Vilar ha calificado como «un encadenamiento de intrigas, comedias y dramas». Nacido en plena guerra de Independencia — su padre era médico militar de José Bonaparte, y emigró tras él a raíz de la derrota de los franceses —, tenía escasamente tres años cuando las Cortes reunidas en Cádiz redactan la Constitución de 1812, verdadera Carta Magna de la democracia española. La inmensa obra legislativa gaditana — elaborada por los viejos políticos del despotismo ilustrado — fué, por desgracia, de corta duración. Al entrar en Madrid, Fernando VII disuelve las Cortes con el apoyo del ejército y, desde 1814, reina con una camarilla de cortesanos, mientras las colonias americanas se rebelan y la resucitada Inquisición persigue a los liberales. En 1820 Riego subleva el cuerpo expedicionario que debía embarcar para América y proclama la Constitución de 1812. El rey, atemorizado, publica el célebre manifiesto «Marcharemos francamente y yo el primero, por la senda constitucional». Es el trienio liberal (1820-1823), durante el que se establece la libertad de imprenta, y se decide la supresión de los jesuitas y

el cierre de los conventos pertenecientes a órdenes monacales. Pero alarmados por el giro de los acontecimientos, los monarcas de la Santa Alianza resueltamente intervinieron en España, y envían al duque de Angulema al frente de los Cien Mil Hijos de San Luis.

**R**ESTABLECIDO en sus prerrogativas de rey absoluto, Fernando VII abre la «ominosa década» de represión contra los liberales; que inaugura los períodos de terror que, en lo sucesivo, se abatirán ciclicamente sobre el país y que — junto con el exilio de los intelectuales y minorías cultas —, constituye uno de los trazos más característicos de la Historia Contemporánea de España. Riego, Lacy, Porlier, el Empecinado, son «Judicialmente asesinados» (2), como dirá Larra, durante el Ministerio de Calomarde, cuyo Gobierno, según definición del propio Larra, «fue el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía a sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes; cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las Universidades, y abrió, en cambio, una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema» (3).

Cuando en 1830 estalla la revolución en París, los liberales refugiados en Francia desde el año catorce o el veintitrés, organizan una tentativa desesperada de invasión, que recuerda, en muchos aspectos a la que debía intentar el «maquis» republicano ciento quince años más tarde; el gobierno francés, después de haberles alentado y facilitado fondos, los abandonó a su suerte, comodebía hacerlo aún en 1945. «Esta página de la vida de M. Guizot — ha escrito Larra —, será un borrón eterno en la historia del país que debía haberse apresurado a lavar el error de 1832, y proclamarse hermano de los liberales de España» (4). Entretanto, el nacimiento de una heredera de Fernando VII, hija de su tercera esposa, María Cristina, divide al país en dos bandos: el de los moderados, defensores de los derechos de la futura Isabel II, y el de los apostólicos, partidarios del hermano del rey, don Carlos, que invocan la «ley Sálica». La corte es un semillero de conspiraciones e intrigas. Al fallecer el rey en 1833, María Cristina gobierna como Regente, en nombre de Isabel II. Poco después comienza la guerra civil — la primera de las que, en lo futuro, van a ensangrentar España: los defensores del absolutismo se niegan a reconocer a Isabel y don Carlos se pone al frente de los facciosos de Valencia, Navarra, Vascongadas y Cataluña. Por esta época, poco más o menos, Larra inicia su colaboración en los periódicos. Comentando el sistema de Platón, que enseñaba a callar a sus discípulos durante cinco años de pasar a materias más hondas, resumirá la «ominosa década» al escribir: «de cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platón que, hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33, inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales no sucedía precisamente lo mismo que en la cátedra de Platón, a saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar a callar a los demás, y perdónenos el filósofo griego la comparación» (5).

La rebelión carlista obligó a María Cristina a buscar el apoyo de los liberales. El Ministerio Cea dimite y,

con Martínez de la Rosa, reaparecen en la escena política los hombres de 1812 y 1820. En la prensa, Larra, definiendo con su pluma una política avanzada: «España, a pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática» (6).

«Fuera de él (el dogma de la soberanía popular) no puede haber sino monopolio y violencia» (7). La actitud tibia de Martínez de la Rosa y de su sucesor Toreno, le decepcionan profundamente. Los facciosos campean a sus anchas por el Norte, y el descontento popular estalla y provoca — como en 1808, 1931 y 1936 — la quema de conventos. Los hombres de 1812 son incapaces de resolver los problemas de 1835. Se han plantado veinte años antes, para ellos tampoco pasan días. Larra les reprocha su falta de empuje, de fe en la democracia y el progreso; su incompreensión de las nuevas doctrinas sociales. La explosión popular contra los frailes le parece una advertencia grave, que quienes rigen los destinos de España deben escuchar, antes de reprimirla ciegamente: «España va a dar el gran paso, un pie todavía en el pasado, otro en el porvenir; está en el momento crítico de la transición que pudiera ser tanto más brusca, cuanto ha sido más deseada y demorada...» (8).

«Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo» (9). Toreno cae como había caído Martínez de la Rosa y con el Ministerio de Mendizábal, la revolución parece triunfar por un instante. Mendizábal desamortiza, en efecto, los bienes del clero, pero el producto de la venta, en lugar de aprovechar a la nación enriquece sólo a un puñado de especuladores. La fracción carlista se extiende y el gobierno mantiene en vigencia el anacrónico estatuto de Martínez de la Rosa. Mendizábal se ve forzado a dimitir y le sustituye Istúriz. La confusión crece de día en día. La Regente convoca elecciones y Larra, que hace sus primeras armas en la política, sale diputado por Avila. Casi al mismo tiempo, un grupo de suboficiales se amotina en La Granja e impone a María Cristina la Constitución de 1812. Calatrava reemplaza a Istúriz y, amargado por su frustrada experiencia, Larra se refugia, de nuevo, en el periodismo. Los artículos de esta época — los mejores que nunca escribió, sin duda — rebosan angustia y desengaño. La melancolía de Larra — una de «aquellas melancolías de que sólo un liberal español, en estas circunstancias, puede formar una idea aproximada» (10), según el mismo describió — debía agravarse meses más tarde con un contratiempo amoroso. El trece de febrero de 1837: mientras los facciosos de Gómez y Cabrera proliferan por Castilla y el Maestrazgo, Larra se suicida.

El breve resumen histórico que acabamos de trazar, muestra sin lugar a dudas, que «Figaro» fue, ante todo, un hombre de su siglo, preocupado por los problemas de su país y el destino de sus compatriotas. Ello permite distinguirlo, de entrada, de aquella categoría de escritores «intemporales», que se dirigen al hombre «eterno», al hombre «inmutable», desvinculado del tiempo y de la sociedad en que vive. En la literatura española, como en la de los restantes países, tal concepción del hombre ha existido paralelamente a la de los escritores comprometidos con la realidad de su época y, desde Santa Teresa a Calderón, desde San Juan de la Cruz a Unamuno, ha dado numerosas obras en don-

de la espiritualidad de sus autores alcanza perfecta expresión verbal. En estos escritores los problemas subjetivos anulan completamente la visión del universo que los rodea. Para Unamuno, por ejemplo, la realidad ineluctable de la existencia humana es la soledad; despojado de sus coordenadas «aquí» y «ahora», horro de pasado como de porvenir, el nombre es un ser eternamente condenado a la angustia. Así, los personajes de sus novelas existen con independencia de la sociedad en que les ha tocado vivir. Las esencias intemporales, sirven de pretexto a su autor para exponer su concepción atormentada del mundo, *que sustituye al universo real*. Con gran acierto, uno de nuestros ensayistas jóvenes, analiza recientemente la reacción de don Miguel, ante el yermo castellano: la miseria de los demás no despertaba en él otro eco que su emoción mística, que le llevaba a considerar la desnudez del paisaje algo así como una emanación de su religiosidad personal. Y Francisco Fernández Santos concluye: la visión de Unamuno es la visión de un hombre egocéntrico, *carente de solidaridad*.

Larra se sitúa exactamente en la línea opuesta — la del Lazarillo y Quevedo, Moratin y Cervantes —, cuya imagen del hombre es siempre concreta, situada dentro de una perspectiva histórica, ligada de modo orgánico e indisoluble al medio social en que se desenvuelve. Español del siglo XIX, Larra se dirige siempre a sus compatriotas: la realidad de España no le gusta y la describe crudamente, para transformarla: «no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que lo concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia... enseñando verdades a aquéllos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como «debe ser», sino «como es», para conocerle...» (11), pues escribe en otra ocasión, «uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral a su perfección progresiva consiste en enseñarle a que se vea tal cual es» (12). Como veremos más tarde, Larra vivió en su propia carne la sensación de angustia y soledad que forma la esencia de la obra de Unamuno, pero nunca se entregó a ella con regusto; luchó y sucumbió tras un duro combate, excesivo para sus fuerzas. La desesperación de Larra no es fruto de la soledad radical del hombre, como en don Miguel; es el resultado de una serie de circunstancias históricas, sociales y de carácter que, en un momento dado, se conjugaron de tal modo, que no halló otra escapatoria que la muerte.

Escritor de «aquí y de ahora» y, como tal, decidido a hacer oír su voz a sus compatriotas, Larra se plantea en términos que hoy calificaría de sartrianos, el problema del público: «¿Quién es el público y dónde se le encuentra?» (13). Su conclusión anticipa la que, un siglo más tarde, enunciará Sartre: «No existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; cada clase de la sociedad tiene su público particular» (14). En un brillante análisis de la literatura española, Larra sitúa al escritor, examina su responsabilidad respecto a la sociedad y sienta los fundamentos de una moral que el realismo desenvolverá más tarde. Su crítica de los místicos y teólogos del Siglo de Oro es significativa a este propósito: «Escritores cosmopolitas, filósofos universales — dice — habían escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres» (15). Frente a ellos, Larra defiende a los escritores que

se dirigen «no ya al hombre en general, como anteriormente se lo habían dejado otros escrito..., sino al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban» (16).

Así, históricamente situado, el escritor se debe a su sociedad, a su tiempo. En tanto que otros autores del momento buscan fuera la inspiración que no encuentran en su país y pretenden trasplantar al suelo español la problemática de la sociedad francesa o británica, Larra reacciona con violencia: la crítica de una sociedad más evolucionada que la española, dice en síntesis, no sólo carece de sentido en España; resulta, además, extremadamente perjudicial. Es «enseñar a un hombre un cadáver para animarlo a vivir» (17), incitándolo a renunciar al viaje antes de llegar a término, inclinarle a abandonar la esperanza. Cada sociedad se halla en un estadio de evolución diferente y lo que es válido en una no sirve para las restantes.

ESCRITOR español dirigiéndose a un público español, Larra debía tropezar en el desempeño de su cometido con numerosos obstáculos. El primero de ellos — y más importante — era la existencia de esa institución de tan sólido arraigo en nuestro suelo, llamada *censura*. El patriotismo de Larra le llevaba a decir, a menudo, verdades amargas, que no debían encontrar buena acogida, imaginamos, en los despachos de los censores. En épocas de opresión, el criterio moral del escritor ha consistido siempre en, *si no escribir todo lo que piensa, por lo menos no escribir aquello que no piensan*. Larra fustigó con dureza a cuantos traicionando su misión, ponían la pluma al servicio de quienes oprimían: «¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe ni el que las lee?» (18), pregunta.

**El escritor que ha tomado la responsabilidad de ilustrar a sus conciudadanos «debe insistir y remitir a la censura tres artículos nuevos por cada uno que le prohiban... debe apelar, debe protestar... sufrir, en fin, la persecución, la cárcel, el patíbulo, si es preciso» (19)**

«Algún día — dice publicando los artículos prohibidos, cubriremos de ignominia a nuestros opresores y les enseñaremos a apreciar en su justo valor un mezquino sueldo cuando se halla en contraposición con el honor y el bienestar del país» (20).

Basta una rápida ojeada por sus escritos para encontrar efectivamente, una serie de frases, tales como «por causas que no es de nuestra inspección examinar», «por la naturaleza de las cosas que nos rodean» o «dejemos, por consiguiente, este punto, que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavía para nosotros» que andando los años, han llegado a ser clásicas. Pero Larra no se detiene ahí. Un examen lúcido de la situación política de España le lleva a perfilar una serie de hechos que, ensayistas de la talla de Brecht, descubrirán, por su cuenta, más tarde:

«Toda la represión del gobierno más despótico, no basta a contrarrestar la fuerza de la opinión; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos» (21). Larra no se limita, pues, a capear, como puede, la censura, sino que se vale de su propia experiencia y le da una formulación teórica, con el propó-

sito de ilustrar, como hizo Brecht, a sus colegas, respecto de las distintas maneras de burlarla: «Géneros enteros de la literatura han debido a la tiranía y a la dificultad de expresar los escritos sus pensamientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido... La luna que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece a éste ocasiones sin fin de renuir la ley, y eludirla ingeniosamente» (22).

Toda la obra de Larra parece una viva ilustración del célebre ensayo de Brecht, «Las cinco dificultades para quien escribe la verdad». Obligado a jugar con la censura, «Figaro» maneja de modo insuperable la ironía y demuestra conocer a fondo la astucia de Shakespeare cuando, en el discurso de Antonio ante los restos mortales de César, afirma sin cesar la respetabilidad de Bruto, pero describe su crimen y da de él una imagen mucho más sobrecogedora que la del criminal. Así, cuando escribe: «En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay policía política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le da la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos y nosotros, leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones... debemos aprender algo en él y no seguir las huellas de los países demasiado libres porque vendríamos a parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan...» (23), o eleva la voz para criticar a «esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el día; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno... esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta», (24), su defensa de la policía política o su elogio de la sumisión difícilmente convencerán a nadie. Como diría Brecht, «Figaro» condena la libertad y el espíritu crítico, pero los condena mal...

La ironía de Larra — burlona a trechos y, a trechos amarga — es siempre extraordinariamente personal. Sus cuadros de costumbres, llenos de flechas emponzoñadas contra el patriotismo de los «castellanos viejos» o la cerrazón de los facciosos partidarios de don Carlos, figuran, por derecho propio, entre las obras más importantes de nuestra literatura. Conocidas son su irónica enumeración de las cualidades morales del periodista («ha de pinchar como el espinoso y la zarza, los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de volver la cara al astro que más calienta, como el girasol») (25) o su protesta contra quienes afirmaban que en España no había libertad («con tal de que no hable en mis escritos ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puedo imprimirlo todo libremente») (26). Buscaríamos otros ejemplos y llenaríamos todo un volumen.

Durante su corta existencia Larra llevó a cabo una ingente obra de desmistificación que, por desgracia, no ha tenido seguidores de talla. Antes que nadie, él supo restituir su verdadero valor a los hombres, como a los hechos o las palabras (véase a este respecto el admirable ensayo titulado «Por ahora»). En una época en que

el divorcio entre la minoría ilustrada y el pueblo era poco menos que completo, Larra se esforzó en promover una cultura nacional auténticamente popular; en una época en que la literatura nos venía importada de fuera, realizó una severa crítica de la tradición, buscando en ella los caminos de nuestra supervivencia y continuidad. «Quisiéramos sólo abrir un campo más vasto a la joven España, escribía; quisiéramos sólo que pudiera llegar un día a ocupar un rango suyo, conquistado, nacional, en la literatura europea» (27).

Escritor de «aquí y de ahora», Larra no fué el autor incrédulo y cínico que sus enemigos se han esforzado en forjar. Su fe en el hombre debía llevarle, por el contrario, a considerar, como muchos de nosotros, la lucha política como el auténtico campo de aplicación de la moral. Larra no profesó nunca la concepción fatalista y catastrófica que divulgaron luego los discípulos de Spengler, pese a que, con una visión penetrante de la Historia, había pronosticado que «la Europa representante y defensora de esa civilización vieja está destinada a perecer con ella y a ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto a un mundo nuevo» (28). «Las sociedades no perecen para siempre como los individuos, había escrito, sino que mueren para renacer, o por mejor decir, nunca mueren si no aparentemente, marchan constantemente a su fin, a la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por más lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crisis; son solo, en nuestro entender, sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar a la existencia inmediata... Para aquéllos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía...» (29). Su fe se manifiesta de modo inequívoco a lo largo de su obra y cuaja en multitud de fórmulas rigurosas que merecían análisis más detallado que el de las proporciones del presente estudio nos permite aquí. Contentémonos con decir que Larra profesa un concepto útil y progresivo de la obra literaria. Para él — y es una definición que harán suya los filósofos de la praxis —, «la literatura es la expresión del progreso de un pueblo» (30).

Larra cree en la transformación de la sociedad y, al estudiar la vida española, llega a la conclusión de que será necesario hacer tabla rasa de todo lo que existe, para comenzar a cero. «Nada nos queda nuestro — escribe — si no el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente tropezamos en nuestra marcha a dondequiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas si puede haber ruinas que hagan honor a un pueblo» (31).

Larra rozaba aquí el problema que hace ya algún tiempo, me expuso una amiga extranjera, a su regreso de un viaje a España; problema que continúa todavía en el aire y que la España nueva tendrá que resolver un día u otro; ¿es posible transformar la sociedad, sin modificar, al mismo tiempo, las «virtudes» características del pueblo? Mi amiga temía, a lo que parece, por el futuro del «alma» popular. A juzgar por sus palabras el pueblo de su país había perdido la suya y era muy consolador para ella poder viajar por España. Si

no ando trascordado creo que le repuse que los españoles pagábamos muy caro este consuelo. Como los griegos — debía añadir —, corremos el riesgo de acomodarnos a nuestra pobreza presente y, halagados por el elogio de quienes se extasian insolidariamente, ante ello, nos resistir la tentación de adornarla. Puesto que pobres somos, debemos desear, por añadidura, ser feos.

**Si la belleza de la corrida supone un régimen de latifundio responsable de la miseria del bracero andaluz; si el brillo del sol sirve de justificación a nuestra pereza y nos incita a cruzarnos de brazos, en buena hora desaparezcan sol y toros**

Dejemos a otros guardianes y cicerones el privilegio de vivir de sus ruinas y ocupémonos nosotros en trabajar por el mañana.

El Larra que escribía «esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una lieta futura, nueva, expresión de la sociedad nueva que constituimos» (32) no ha de hacernos olvidar, no obstante, al autor de «Día de Difuntos de 1836» o de «Horas del Invierno». El uno resultado inexplicable sin el otro. Hasta el momento hemos examinado la ideología de «Figaro» sin detenernos a considerar, sino de paso, la sociedad que le rodeaba. Lo haremos ahora y ello nos aclarará de un modo harto elocuente las razones de su pesimismo.

Los jóvenes estamos particularmente bien situados para imaginar, sin esfuerzo, la realidad que conoció Larra. A lo largo de la Historia pocas sociedades han manifestado, en efecto, mayor intolerancia que la nuestra respecto a los intelectuales. Desde hace siglos, los vemos, por etapas, a la ventura de los valvenes políticos, condenados a callar o a emigrar, privados a veces de patria, a veces de libertad y, casi siempre, de la posibilidad de ejercer con dignidad su magisterio. El abismo existente entre lo vivo y lo pintado, el alma y la fachada, lo real y lo oficial, es tan vertiginoso que, un domingo cualquiera por la mañana en la calle o en la plaza de toros por la tarde, el intelectual llega a dudar de sus sentidos. ¿Cuál es la realidad? ¿La que le dicen? ¿La que ve? ¿La que sueña, al escribir, en voz alta? Y España, le parece entonces — a través del silencio de la multitud que duerme caminando y a la vista de la sangre se encrespa y grita — una alucinación, un espejismo de borracho, un mal sueño que se prolonga, una pesadilla que no cesa. Es preciso tener los nervios sólidos, el corazón fuerte, la fe inquebrantable, para no ceder a la tentación monstruosa. El problema que se plantea a un intelectual español dotado de sensibilidad social como Larra es, pura y simplemente, el de no enloquecer. Un día habrá de estudiar bajo este aspecto la vida de algunos de nuestros hombres ilustres y descubriremos que muchos gestos, en apariencia inexplicables, resultan claros en cuanto los consideramos como reacciones de defensa o abandono frente a la invasión de la locura.

El contraste brutal entre la España en que sueña Larra y la caricatura que ve debía provocar un desequilibrio. Naturalmente inclinado al pesimismo, «Figaro» desliza de modo progresivo hacia la desesperación. El país no le escucha, vanamente predica en el desierto. «Escribir como escribimos en Madrid es tomar una apun-

tación, es escribir un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla arumadora y violenta. Porque no escriben uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son los que despojan o son los despojados?» (33). Pero para España no pasan días y, como dice en 1929 Antonio Machado en una carta dirigida a Unamuno, «las gentes parecen satisfechas de haber nacido. Nadie piensa en el mañana» (34). Larra lucha contra la angustia que le invade y la cólera con que reacciona nos vale las estremecedoras páginas de su paseo por Madrid el «Día de Difuntos de 1836». «¿Dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro?... El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo... Necios, decía a los transeúntes, ¿os moveis para ver muertos? ¿No tenéis espejos, por ventura? ¿Ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¿Miráos, insensatos, a vosotros mismos y en vuestras frentes veréis vuestro propio epitafio!» (35). Larra clama, pero es un cadáver también: «Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón... También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos... ¡Aquí yace la esperanza! ¡Silencio, silencio!» (36). Tres meses después de haber escrito estas líneas, Larra se suicida.

Han transcurrido desde entonces ciento treinta y siete años, y las palabras de Larra vibran aún en nuestros oídos, despiertan evocaciones y, paradójicamente, abren camino al futuro y a la esperanza. Alguien dijo que llamamos utopía a todo aquello que no deseamos con suficiente fuerza para obtenerlo. Deseémoslo, pues, aunque, por el momento parezca imposible, ya que, para que sea posible un día, debemos prepararlo antes, cuando todavía es utópico. Relevemos a Larra en su deseo de ver una España mejor y sí, como escribió un día, «nos está reservado caer gloriosamente en la lucha, caigamos con valor y resignación desempeñando la alta misión a que somos llamados» (37).

Barcelona, 1960

(1) «Ventajas de las cosas a medio hacer». Artículos completos. Ed. Aguilar, 1944, pág. 251.

(2) «La Policía», A. C., pág. 251.

(3) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 918.

(4) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 913.

(5) «El Siglo en Blanco», A. C., pág. 863.

(6) «De 1830 a 1836», A. C., pág. 938.

(7) «De 1830 a 1836», A. C. pág. 912.

(8) «Conventos españoles», A. C., pág. 1.085.

(9) «Dios nos asista», A. C., pág. 1.045.

(10) «Día de Difuntos de 1836», A. C., pág. 1.061.

(11) «Literatura», A. C., pág. 752.

(12) «Panorama matritense», A. C., pág. 756.

(13) «¿Quién es el Público y dónde se encuentra?», A. C., pág. 42.

(14) — *Idem* —, Pág. 48.

(15) «Panorama matritense», A. C. pág. 753.

(16) — *Idem* —, Pág. 754.

# La ciudad palaciana

EL barón Alejandro de Humboldt, en el reporte de una excursión cinegética, que hizo por aquí, para ver lo que cazaba o pescaba, llamó a la inmensa Tenochtitlán (México) la Ciudad de los Palacios. Cuando a un Herr Profesor de Tubinga lo convidan a comer, además de tragar y soplar como un tudesco, llega a extremos de lambisconería goethianos, sólo proporcionales a los restallidos de fusta con que cruza el rostro a los que tiene debajo de su bota prusiana.

En México no hay más palacios que en mi pueblo. En Graus son monumentales la chirona, dos conventos de lo que se hace morcilla, tres templos de Jerusalén, el Hay Unto, dos puentes romanos, un castillo moro y media docena de guaridas feudales: las de Altémir, Heredia, Bardají, Sardo, Linés, Capucho y hasta la de un señor apodado Pentineta, no sé si por lo bien que pentinaba o peinaba a los muertos de hambre a quienes prestaba dos duros, para que le devolvieran cinco, y con las debidas garantías. El resto de los habitáculos son parideras. Y hay en el monte espeluncas, en que las almañas echan al mundo sus crías con más comodidad que las mujeres. No añadiré más que la escuela está entre el cementerio y el matadero de la guardia civil. Vecinos más indeseables no puede tener una infancia, siempre amenazada de visiones fantasmales y de fusilamiento por un ojo o por dos.

En México acaparan las vitaminas y el ozono y sólo hanitan bomboneras desde las que se ve risueña la vida, los mismos cucos que están dentro del queso de mi Graus. La inmensa mayoría de la población de New York y de México vive en inquilinatos, conventillos, vecindajes hórridos, bombos block, etc., cuando no al raso o en la caseta de cañas y *croquant* y et *hortet* como un pañuelo, prometidos y ni siquiera dados por Maciá a sus electores. ¡Para dar estamos, como no sea por el monóculo, de que en el párrafo anterior se habla!

Yo tengo mi madriguera, que hace el número 305 en un cuartel de estajantes, al que vine a dar con mis fichas de dominó, cuando me barrieron para estas latitudes. Pago 75 mo-relos (pesos) de renta al mes. Y con los servicios de desodoración e hidro-eléctricos, viene a salirme la fiesta por cien libertadores. La mitad de las familias de México dudo que tengan esa brutalidad de ingreso cada 30 días. Y viviendas que a ese rédito ceda el casateniente, ya no las hay. Las más baratas son hoy de 200 ojos bovinos. Alquiler, que es el que corresponde al de 12 pesetas, que antes de la guerra del 14 se pagaba en Barcelona en el distrito de la inmortal Mme Petit. No abonando ese censo extorsional, se ha de ir uno a vivir en nuestro verde valle al campo, bajo un toldo de palmito.

Así se explica que la acrópolis metropolitana esté aquí investida de campamentos de nómadas y de ba-

rranqueños, descalzos todos y desnudos casi como Adán y Eva en el paraíso y que se alimentan de tunas (higos chumbos) y gusanos de magüey. Si entre nosotros no lloviera en la forma en que lo hace, a la intemperie no muy rigurosa de este clima se podría tirar. Pero, la temporada de lluvias (medio año) es catastrófica, para el que en el trópico no tiene donde guarecerse. En Europa llueve a lágrimas y a suspiros; a hilos, y cuando más, a látigos o a cántaras, jarreando. Aquí las nubes es escoñan de modo, que parece que te envían por la cabeza el riego a las plantas de los pies a talegos. Son masas macizas de agua, las que como rios despeñados del cielo se desploman. El insecto, a quien no cogen a cubierto esos diluvios, se friega.

Esto les ocurre a un centenar de familias, que se han construido una choza de tablas de ataúd y latas de petróleo amarillas en un solar contiguo a mis Ediciones y al que da una azotehuela de metro y medio de que disfruto. Desde este lindarajo mirador, contemplo algunos de los palacios, de que habla Humboldt. Las ratas en sus agujeros gozan de más confort que los chicos y las mujeres en el descampado y los mesones de mal abrigo, que historio.

Las lechigadas en esos tabernáculos duermen en un bolligón. Guisase ahí en hornillos carboneros o entre dos piedras al aire libre. Se vacía la vejiga y otros almacenes residuarios contra la pared, como Moisés, Jesús

y Mahoma y no sé si el barón de Holbach. Y apenas el operador ha dejado humeante el ramillete de día de su santo, gallinas y palomazas acuden a darse con él un banquete. Gatos, perros y cerdos se traban por los enganches ante chicos y chicas, como si estuvieran en Citeres. Con cualquier motivo, se arma cada ballongo, que Dios sopla el pito. Entre cuerdas de tender ropa, sillas de tres patas, algún zapato muerto de risa, una escudilla abollada, una escoba sin mango, ruedas de bicicleta disparejas, trozos de sarape fuera de uso y un cantante de chirimbolos y cataticos, los dúos de danzantes se encolan como los sellos a las cartas para los viajes de ultramar.

Toda esta gente sin lecho y sin techo — o con cama chinchosa y techumbre de cartón alquitranado formando ondas sicalípticas — no se contenta con que el Arzobispo, los santos de la Corte Celestial y los jerarcas de la Revolución de don Venus, descansen sobre colchones Sommons. Esa Faraonia se toca la bandurria en la tripa pistonudamente, mientras la para inúmero de hijos sin padre de Dios carecen hasta de un pedrusco en que reclinar la cabeza.

- (17) « Anthony », A. C., pág. 416.
- (18) « Poesías de J. B. Alonso », A. C., pág. 1.057.
- (19) « El Ministerio Mendizábal », A. C., pág. 1.057.
- (20) — *Idem* —, Pág. 458.
- (22) « Panorama matritense », A. C., pág. 759.
- (23) « La Policía », A. C. págs. 252-253.
- (24) « Lo que no se Puede decir no se Debe Decir », A. C., pág. 1.006.
- (25) « Lo que Debe ser el Periodista », A. C., pág. 871.
- (26) « Un periódico nuevo », A. C., pág. 707.
- (27) « Literatura », A. C., pág. 750.
- (28) « Felipe II », A. C., pág. 522.
- (29) « De la Sátira y de los Sátiros », A. C., pág. 739.
- (30) « Literatura », A. C., pág. 748.
- (31) « Horas de Invierno », A. C., pág. 719.
- (32) « Literatura », A. C., pág. 751.
- (33) « Horas de Invierno », A. C., págs. 722-723.
- (34) Antonio Machado: « Los Complementarios », página 187.
- (35) « Día de Difuntos de 1836 », A. C. pág. 1.063.
- (36) — *Idem* —, pág. 1.067.
- (37) « El Ministerio Mendizábal », A. C., pág. 1.060.

A. SAMBLANCAT

# Un manifiesto socialista

por Erich FROMM

## I

AL salir de la Edad Media, el hombre de occidente parecía en vías de realizar al fin sus sueños y fantasías más vehementes. Se liberó de la autoridad de una iglesia totalitaria, del peso del pensamiento tradicional, de las limitaciones geográficas de un mundo apenas explorado. Descubrió la naturaleza del individuo, y se dió cuenta de su propia fuerza, de su capacidad para convertirse en gobernante sobre la naturaleza y las circunstancias implantadas por el pasado. Se consideró capaz de lograr una síntesis entre su nuevo sentido de la fuerza y la razón, y los valores espirituales de su legado espiritual humanista; entre la idea profética del tiempo mesiánico de paz y justicia a que habría de llegar la humanidad en su proceso histórico, y las teorías y ciencias de la tradición griega. Durante los siglos posteriores al Renacimiento y a la Reforma, construyó una nueva ciencia que a la postre condujo a la liberación de fuerzas productivas hasta entonces inauditas, y a la transformación total del mundo material. Se crearon sistemas políticos que parecían garantizar el desarrollo libre y productivo del individuo. Las horas de trabajo se redujeron a tal grado que el occidente dispone de tanto margen para el ocio como no podrían haber soñado sus antepasados.

Sin embargo, ¿dónde nos encontramos hoy en día?

El mundo está dividido en dos campos: el capitalista y el comunista. Ambos creen poseer la clave para la realización de las esperanzas humanas que alentaban las generaciones pasadas, y afirman que, aunque deben coexistir, sus sistemas son incompatibles.

¿Tienen razón? ¿No están ambos a punto de converger en un neofeudalismo industrial, en sociedades industriales dirigidas y manejadas por grandes y poderosas burocracias, en las que el individuo se convierte en un autómata bien alimentado, que se divierte mucho, que pierde su individualidad, su independencia y su humanidad? ¿Debemos resignarnos a abandonar la esperanza de un mundo de solidaridad y justicia, y a que este ideal se pierda en un vano concepto técnico de «progreso», mientras podemos manejar la naturaleza y producir cada vez más artículos?

Nos preguntamos si no existe otra alternativa que la que ofrecen el industrialismo administrativo capitalista y el comunista. ¿No podríamos edificar una sociedad industrial en la que el individuo conservara su papel de miembro activo, responsable, que controlara las circunstancias, en lugar de ser dominado por éstas? ¿Acaso la riqueza económica y las aspiraciones humanas son verdaderamente incompatibles?

Además, estos dos campos no sólo compiten en economía y política, sino que uno al otro se amenazan con el arma del miedo a un ataque atómico que aniquilaría a ambos, y quizá a toda la civilización. Ciertamente el hombre ha creado la bomba atómica, una de las mayores proezas de la inteligencia; pero ha perdido el dominio de su invento. La bomba se ha vuelto su amo, las fuerzas de su propia creación se han convertido en su peor enemigo.

¿Hay aún tiempo para dar marcha atrás? ¿Será posible lograr un cambio y llegar a dominar las circunstancias, en vez de dejar que éstas nos gobiernen? ¿Podremos superar las hondas raíces de la barbarie que nos impulsan a solucionar los problemas de la única manera en que no pueden resolverse: por la fuerza, la violencia y la muerte? ¿Seremos capaces de salvar el abismo que existe entre nuestros enormes logros intelectuales y nuestro atraso emocional y moral?

## II

A fin de contestar estas preguntas, se necesita hacer un examen más detallado de la actual posición del hombre occidental.

Para la mayoría de los norteamericanos el éxito de nuestra forma de organización industrial parece evidente y arrollador. Las nuevas fuerzas productivas (vapor, electricidad, petróleo y energía atómica), y las

nuevas formas de organización del trabajo (planeación central, burocratización, aumento de la división del trabajo, automatización, etc.) han creado una riqueza material en los países más industrializados, lo que ha eliminado la pobreza extrema en que la mayoría de los habitantes vivían hace cien años.

En los últimos cien años, las horas de trabajo se han reducido de 70 a 40 por semana, y, al aumentarse la automatización, una jornada de trabajo que se vuelve cada vez más corta puede dar al hombre una cantidad increíble de horas de descanso. Se imparte educación básica a todos los niños, y educación superior a un porcentaje muy considerable de la población total. El cine, la radio, la televisión, los deportes, los pasatiempos, ocupan muchas de las horas que el hombre actual dispone para descansar.

Se diría que por primera vez en la historia una inmensa mayoría del mundo occidental —y pronto todos los hombres en aquél— estarán principalmente preocupados por vivir en vez de estarlo por la lucha por la vida. Parecería que los sueños más preciosos de nuestros antepasados están a punto de realizarse, y que el mundo occidental ha encontrado al fin la respuesta a la cuestión de «qué es la buena vida».

Mientras que la mayor parte de Norteamérica y Europa Occidental comparte este punto de vista, un número cada vez mayor de gente reflexiva y sensible nota los defectos de este seductor panorama. Han observado, en primer lugar, que aún dentro del país más rico del mundo, los Estados Unidos, casi una quinta parte de la población no participa de la «buena vida» de la mayoría; y que un número considerable de nuestros conciudadanos no ha alcanzado el nivel de vida material que es la base para una digna existencia humana.

## ENTENTES

Puede uno entenderse con los que no hablan el mismo idioma, pero no con aquellos para los que las mismas palabras tienen diferente sentido.

Jean Rostand

Los espíritus críticos saben, además, que más de las dos terceras partes de la raza humana, los que durante siglos sufrieron el colonialismo occidental, tienen un nivel de vida 10 ó 20 veces más bajo que nosotros, y como promedio de vida la mitad del de un norteamericano medio.

A ellos también les sorprenden las contradicciones irracionales que destruyen nuestro sistema. Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio, y cientos de millones en el extranjero, que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola, y además, gastamos cientos de millones cada año para almacenar nuestros excedentes. Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo llamamos «no americanos» a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

Aunque nos conformemos, como muchos, con suponer que es sólo cuestión de unas cuantas generaciones para que el occidente, y finalmente todo el mundo, alcance la abundancia económica, se impone preguntar: *¿Cuál es la situación del hombre, y a dónde llegará si continúa en la ruta que nuestro sistema industrial ha trazado?*

### III

A fin de comprender cómo esos cambios con los que nuestro sistema pudo resolver algunos de sus problemas económicos, están encaminados cada vez más a fracasar en la solución del problema humano, es necesario examinar los aspectos que caracterizan al capitalismo del siglo XX.

La concentración del capital condujo a la formación de empresas gigantescas, manejadas por burocracias organizadas jerárquicamente. Grandes aglomeraciones de obreros trabajan juntos como parte de la inmensa maquinaria de la producción organizada, la cual para poder funcionar debe hacerlo uniformemente, sin fricción ni interrupción. El trabajador o el empleado se convierten en un diente del engranaje de esta maquinaria; su trabajo y sus actividades las determina la estructura total de la organización en que trabaja. En las grandes empresas, la propiedad legal de los medios de producción se ha separado de la dirección y ha perdido su importancia. Las grandes empresas están dirigidas por una ad-

ministración burocrática que no es propietaria legal de la empresa, sino social. Estos administradores no tienen las cualidades del antiguo propietario: iniciativa individual, osadía, atrevimiento, sino las del burócrata: falta de individualidad, impersonalidad, precaución, falta de imaginación. Manejan cosas y personas, y se relacionan con las últimas como si ellas fueran objetos. Esta clase administrativa, aunque no es legalmente dueña de la empresa, de hecho la controla. No es responsable (en una manera efectiva) ni ante los accionistas, ni ante los que trabajan en la empresa. Aun cuando los campos más importantes de la producción están en manos de grandes compañías, en realidad éstas son manejadas por sus funcionarios principales. Las inmensas compañías que controlan el destino del país, y en un alto grado, el político, constituyen lo opuesto al sistema democrático: *representan el poder sin el control de los gobernados.*

La gran mayoría de la población es administrada por otras burocracias, además de la industrial. Ante todo por la gubernamental (incluyendo la de las fuerzas armadas) que dirige e influye sobre las vidas de millones de personas, en una forma u otra. Las burocracias (industrial, militar y gubernamental) se parecen en sus actividades, y cada vez más en su personal. Con el desarrollo de empresas más y más grandes, los sindicatos también se han convertido en enormes maquinarias en las que el afiliado tiene muy poco que decir. Muchos jefes de sindicato son burócratas administrativos, igual que los directores de industrias.

Todas estas burocracias no tienen ningún plan ni visión. Y no podría ser de otro modo, dada la naturaleza de semejante administración burocrática. Cuando el hombre se transforma en una cosa y es manejado como tal, sus mismos directores se convierten en cosas; y éstas no tienen voluntad, ni visión, ni plan.

Al ser manejado el individuo burocráticamente, el proceso democrático se transforma en un ritual. Ya sea en una junta de accionistas, en una gran empresa, en unas elecciones políticas, o en la junta de un sindicato, el individuo ha perdido casi toda su capacidad para tomar decisiones y para participar activamente en la formulación de éstas. Especialmente en la esfera política, las elecciones se reducen cada vez más a plebiscitos en lo que el individuo puede expresar su preferencia entre dos candidaturas de políticos profesionales, y lo más que puede decirse es que lo están gobernando con su consentimiento. Pero los medios de conseguir esa conformidad son la suges-

tión y los manejos. Por esto las decisiones fundamentales —las de la política exterior que entrañan la paz y la guerra— son tomadas por pequeños grupos que el ciudadano medio apenas conoce.

Las ideas políticas de la democracia, tal como los fundadores de los Estados Unidos las concibieron, no eran solamente políticas. Estaban arraigadas en la tradición espiritual que proviene del mesianismo profético, de los Evangelios, del humanismo de los grandes filósofos de la lustración de los siglos XVII y XVIII. Los conceptos espirituales de igualdad, justicia y fraternidad humanas, son la base del sistema democrático americano. Pero estos conceptos políticos han perdido ahora sus raíces espirituales. Se han convertido en asunto de «eficacia»; se juzga sólo si sirven para elevar el nivel de vida y para mejorar la administración política. Al perder su arraigo en el corazón y en los anhelos del hombre, han degenerado en un cascarón vacío que puede desecharse si así lo justifica la efectividad técnica.

El individuo no sólo es controlado y manejado en la esfera de la producción, sino también en la del consumo, en la que se pretende que manifiesta sus preferencias libremente. En el consumo de comida, ropa, licores, cigarrillos, o de programas de cine y televisión, se emplea un poderoso mecanismo de sugestión con dos propósitos: primero, fomentar constantemente el deseo del individuo por nuevos artículos; y, segundo, dirigir ese apetito hacia los campos más beneficiosos para la industria.

El volumen de las inversiones en la industria de artículos para el consumidor, y la competencia entre unas cuantas empresas gigantescas, hacen incluso necesario que el consumo no se deje al azar, ni que el consumidor decida libremente si desea comprar, y qué es lo que quiere. Sus deseos tienen que ser siempre estimulados, sus gustos controlados, dirigidos, y previstos. El hombre se convierte en «el consumidor», en el eterno lactante, cuyo solo deseo es consumir más y «mejores» cosas.

Si bien nuestro sistema económico ha enriquecido al hombre en lo material, lo ha empobrecido en lo humano. A pesar de toda la propaganda y los lemas acerca de la fe que el mundo occidental tiene en Dios, de su idealismo, de su preocupación por el espíritu, nuestro sistema ha creado una cultura y un hombre materialista. Durante ocho horas de trabajo, el individuo es tratado como si fuera parte de un equipo de producción, y durante ocho horas de ocio, es instigado e inducido a que se convierta en el consumidor perfecto, al que le gusta lo que le indican; pero que



tiene la ilusión de seguir sus propios gustos. Constantemente se le machaca con lemas, sugerencias, voces irreales que lo privan del último resto de realismo que pudiera conservar aún. Desde la infancia se le combaten sus verdaderas convicciones. Existe poco criterio y pocos sentimientos reales, por esto sólo la conformidad con el grupo puede salvar al hombre de un sentimiento insoportable de soledad y desamparo. El individuo no se siente portador activo de sus propias potencias y su riqueza interior, sino como una «cosa» empobrecida, dependiente de fuerzas exteriores, en las cuales ha proyectado su esencia vital. El hombre está enajenado de sí mismo, y se inclina ante el trabajo de sus propias manos. Se inclina ante las cosas que produce, ante el Estado, ante los jefes que él mismo erige. Su propia obra, en vez de ser controlada por él, se convierte en una fuerza extraña que lo vigila y se le enfrenta. Más que nunca en la historia la unificación de nuestra producción en una fuerza objetiva superior a nosotros, fuera de nuestro control, que defrauda nuestras ilusiones, que aniquila nuestros cálculos, es uno de los principales factores que determinan nuestro desarrollo. El hombre moderno ha hecho de sus productos, de sus máquinas, del Estado, ídolos que cifran su propia vida en una forma enajenada.

Es indudable que Marx tenía razón al afirmar que «el lugar de todos los sentidos físicos y mentales ha sido usurpado por la auto-enajenación de todos éstos, por la sensación de poseer... La propiedad privada nos ha vuelto tan estúpidos e impotentes que las cosas sólo llegan a ser nuestras si las tenemos, o sea si existen para nosotros como capital y las poseemos, las comemos, las bebemos, esto es, las usamos. Somos pobres a pesar de nuestra riqueza, porque tenemos mucho, pero somos pocos».

Como resultado de esto, el hombre medio se siente inseguro, solo, deprimido, y es infeliz aun en la abundancia. La existencia no tiene sentido para él; confusamente se da cuenta de que el significado de la vida no reside en ser sólo un «consumidor». No podría soportar la infelicidad y el vacío de la vida, si el sistema no le ofreciera continuamente medios de escape, desde la televisión hasta los tranquilizantes que le permiten olvidar que cada vez se aleja más de lo que tiene de valioso la existencia. A pesar de todos los lemas en contrario, nos estamos acercando rápidamente a una sociedad gobernada por burócratas que administran a un «hombre-masa», bien alimentado, cuidadoso, deshumanizado y deprimido. Producimos máquinas que son como hombres, y hombres que son como

máquinas. Lo que más se le criticaba al socialismo hace cincuenta años —que conduciría a la uniformidad, a la burocratización, a la centralización y a un materialismo sin espíritu— es una realidad del capitalismo de hoy. Hablamos de libertad y democracia; sin embargo un grupo cada vez mayor de personas tiene miedo de la responsabilidad de la libertad, y prefiere la esclavitud del robot bien alimentado. No tienen fe en la democracia y se contentan con dejar que los políticos expertos tomen las decisiones.

Hemos creado un vasto sistema de comunicación por medio de la radio, la televisión y los periódicos. Sin embargo, en vez de conocer la realidad política y social, la gente está adoctrinada y mal informada.

### El equivoco es una regla

El lenguaje equivoco se ha convertido en la regla en los países de libre empresa, así como en los de sus contrarios. Los últimos llaman «democracia del pueblo» a la dictadura, los primeros llaman a ésta «pueblo amante de la libertad» si es su aliada política. La posibilidad de que cincuenta millones de norteamericanos puedan morir en un ataque atómico se toma como riesgos de guerra, y se hace alarde de la victoria; cuando se piensa cuerdamente, se ve claro que no puede haber triunfo para nadie en un holocausto atómico.

La educación primaria como superior, ha alcanzado la cima. Sin embargo, mientras más educación tiene la gente, tiene menos razón, juicio y convicción. Cuando mucho habrá mejorado su inteligencia; pero su raciocinio (que es la capacidad de penetrar a través de la superficie y entender los móviles subyacentes de la vida individual y social) se ha empobrecido más. El pensamiento se separa más del sentimiento, y el hecho mismo de que la gente tolere la amenaza de la guerra atómica que se cierne sobre la humanidad, indica que el hombre moderno ha llegado a un punto en el que su salud mental debe ponerse en duda.

En vez de ser el amo de las máquinas que ha construido, el hombre se ha convertido en su sirviente. Pero él no ha sido creado para ser una cosa, ni aun satisfaciendo sus necesidades de consumo, es posible mantener siempre inactivas sus fuerzas vitales. Sólo tenemos una alternativa: dominar de nuevo las máquinas, convirtiendo la producción en un medio, no en un fin, utilizando ésta para el desenvolvimiento del hombre. De otra manera, las energías vitales reprimidas se manifestarán en forma caótica y destructiva. El individuo preferirá destruir la vida antes que morir de aburrimiento.

¿Podemos considerar a nuestra

forma de organización social y económica responsable de esta situación? Como se apuntó antes, nuestro sistema industrial (su forma de producción y consumo, las relaciones humanas que fomenta) origina, precisamente, la situación humana que se ha descrito. No porque *quiera* crearla, ni por malas intenciones de los individuos, sino porque el carácter del hombre medio se forma por las costumbres que le impone la estructura social.

Es indudable que el capitalismo del siglo XX ha tomado una forma muy diferente a la del siglo XIX. Es tan distinto que se vacila aun en aplicar el mismo término a ambos sistemas. La enorme concentración de capital en empresas gigantes, la creciente separación entre la administración y la propiedad, la existencia de poderosos sindicatos, los subsidios estatales para la agricultura y otros sectores de la industria, el principio de «el Estado benefactor», el control de precios y la economía dirigida, y otros muchos aspectos, distinguen radicalmente al capitalismo del siglo XX del anterior. Sin embargo existen (no importa los términos que utilicemos) ciertos factores básicos tanto en el viejo como en el nuevo capitalismo: el principio de que no es la solidaridad y el amor, sino la acción individualista y egoísta lo que da mejores resultados para todos; la creencia de que un mecanismo impersonal —el mercado— debe regir la vida de la sociedad, en vez de la voluntad, la visión y la planeación. El capitalismo coloca a las cosas —el capital— por encima de la vida —el trabajo—. La posesión, no la actividad, confiere el poder.

El capitalismo contemporáneo añade obstáculos al desarrollo del hombre. Necesita equipos de obreros, empleados, ingenieros, consumidores que funcionen de manera eficaz. Sucede así porque las grandes empresas regidas por burocracias requieren de este tipo de organización, y de hombres organizados que se adapten a ella. Nuestro sistema tiene que crear gente que se ajuste a sus necesidades, y (en un gran número) que coopere eficazmente, que quiera consumir cada vez más; pero que sus gustos sean uniformes y puedan ser fácilmente influidos y previstos. Necesita individuos que se sientan libres e independientes, no sujetos a ninguna autoridad o principio de conciencia, y que, sin embargo, estén dispuestos a dejarse manejar, a hacer lo que se espera de ellos, a amoldarse sin fricciones a la maquinaria social, que puedan ser guiados sin recurrir a la fuerza, dirigidos sin dirigentes, impulsados sin ninguna finalidad, excepto cumplir el deber, moverse, seguir adelante.

La producción se basa sobre el principio de que una inversión de capital debe producir ganancias, en vez de que las necesidades de la gente determinen lo que debe ser producido. Ya que la radio, la televisión los libros, las medicinas, están sujetos al principio de ganancias, se induce a la gente hacia un tipo de consumo que a menudo es dañoso para el espíritu, y algunas veces hasta para el cuerpo.

El fracaso de nuestra sociedad para satisfacer las aspiraciones humanas arraigadas en nuestras tradiciones espirituales, tiene consecuencias inmediatas para los dos temas de discusión más vehemente de nuestro tiempo: la paz y el igualamiento entre la riqueza del occidente y la pobreza de las dos terceras partes de la humanidad.

La enajenación del hombre moderno, con todas sus consecuencias, le dificulta resolver este problema. Debido a que adora las cosas y ha dejado de rendir culto a la vida, tanto a la propia como a la de sus semejantes, el individuo no sólo desconoce los principios morales, sino que ni siquiera piensa racionalmente en beneficio de su propia supervivencia. Es indudable que el armamento atómico conducirá a la destrucción universal, y que la división entre las naciones pobres y las ricas provocará abusos violentos y dictaduras. Sin embargo sólo se llevan a cabo tentativas mezquinas, y, por lo tanto, fútiles para resolver estos problemas. Parece que deseamos probar que los dioses ciegan a aquellos a quienes quieren destruir.

#### IV

Hasta aquí lo que se relaciona con el capitalismo. ¿Cuál es la historia del socialismo? ¿Qué es lo que pretende? ¿qué ha logrado en los países en donde ha sido posible implantarlo?

El socialismo del siglo XIX, en su forma marxista y en otras muchas, quería crear las bases materiales para una existencia humana digna para todos. Deseaba que el trabajo dirigiera el capital, en lugar de que el último dirigiera al primero. Para el socialismo, el trabajo y el capital no eran sólo dos categorías económicas y sociales, sino que representaban dos principios universales: el capital, el principio de acumular cosas, de tener; y el trabajo, los poderes de la vida y del hombre, el ser y llegar a ser. Los socialistas encontraron que en el capitalismo las cosas dirigen la vida; que tener es superior a ser; que el pasado gobierna el presente, y ellos querían invertir esta relación. La finalidad del socialismo era la emancipación del hombre, su restauración al rango de individuo no enajenado, no baldado, capaz de entrar

en una nueva, rica y espontánea relación con su prójimo y con la naturaleza. La mira del socialismo era que el hombre arrojara las cadenas que lo atan, las fantasías y las irrealidades, y se transformara en un ser que pudiera utilizar en forma creadora sus facultades para sentir y pensar. El socialismo deseaba que el individuo se volviera independiente, o sea que se sostuviera sobre sus propios pies, y creía que el hombre sólo podría llevar a cabo esto, como dijo Marx, si «se debe la existencia a sí mismo, si afirma su individualidad como un hombre completo en cada una de sus relaciones con el mundo, viendo, oyendo, oliendo, gustando, sintiendo, pensando, deseando, amando, en una palabra, si afirma y expresa todos los órganos de su individualidad». El propósito del socialismo era la unión del hombre con el hombre, y de éste con la naturaleza.

La finalidad del socialismo era la individualidad, no la uniformidad; la liberación de las trabas económicas, no el convertir los objetivos materiales en el principal interés de la vida; el sentimiento de completa solidaridad entre los hombres, no el manejo y la dominación de unos a otros. El principio del socialismo era que cada hombre es un fin en sí mismo, y no debe nunca ser el instrumento de otro. El socialismo deseaba crear una sociedad en la que cada ciudadano participara activa y responsablemente en todas las decisiones, en la que pudiera participar por el hecho de ser hombre y no una cosa, por tener convicciones y no opiniones sintéticas.

El socialismo esperaba que con el tiempo desaparecería el Estado, a fin de que sólo se administraran las cosas y no a las personas. Se proponía establecer una sociedad sin clases en la que la libertad y la iniciativa serían devueltas al individuo. El socialismo, en el siglo XIX, y hasta el principio de la primera Guerra Mundial, era el movimiento humanista y espiritual más activo en Europa y América.

¿Qué le ha sucedido al socialismo? Ha sucumbido al espíritu del capitalismo, al que deseaba reemplazar. En lugar de interpretarlo como un movimiento para la liberación del hombre, muchos de sus adeptos, y también de sus enemigos, lo entendieron como si fuera exclusivamente un movimiento para la mejoría económica de la clase trabajadora. Las miras humanistas del socialismo fueron olvidadas, o sólo sirvieron para hacer demagogia. Como en el capitalismo, todo el interés se dirigía hacia el provecho económico. Así como los ideales de la democracia perdieron sus raíces espirituales, el socialismo perdió su más profunda raíz: la fe pro-

fética mesiánica en la paz, en la justicia y en la hermandad de los hombres.

Así el socialismo se convirtió en un medio para que los trabajadores consiguieran su puesto dentro de la estructura capitalista, en lugar de trascenderla. En vez de cambiar al capitalismo, el socialismo se dejó absorber por el espíritu de aquél. El movimiento socialista se convirtió en un completo fracaso cuando en 1914 sus jefes renunciaron a la solidaridad internacional, y prefirieron los intereses económicos y militares de sus respectivos países a las ideas de internacionalismo y de paz que habían formado parte de su programa.

La mala interpretación del socialismo como un movimiento puramente económico, y de la nacionalización de los medios de producción como su principal objetivo, ocurrió en el ala derecha y en la izquierda del socialismo. Los jefes reformistas del movimiento socialista en Europa consideraron que su principal objetivo era elevar la condición económica de los trabajadores dentro del sistema capitalista, y que sus medidas más radicales estribaban en la nacionalización de ciertas grandes industrias. Sólo recientemente se ha llegado a comprender que la nacionalización de una empresa no constituye en sí misma la realización del socialismo. Para el trabajador, no hay diferencia esencial entre ser gobernado por una burocracia privada, y ser gobernado por una burocracia de carácter público.

#### criterio simplista de los jefes del Partido Comunista

Los jefes del partido comunista en la Unión Soviética interpretaron el socialismo con este mismo criterio simplistamente económico. Pero viviendo en un país mucho menos desarrollado que la Europa Occidental, sin una tradición democrática, impusieron el terror y la dictadura para impulsar la rápida acumulación del capital, que la Europa Occidental había logrado ya en el siglo XIX. Ellos crearon una nueva forma de capitalismo de Estado que demostró tener éxito económico pero ser humanamente destructivo. Construyeron una sociedad manejada burocráticamente, en la que la diferencia de clases, tanto en el sentido económico como en el aspecto de la autoridad, es más profunda y estricta que en cualesquiera de las sociedades capitalistas del presente. Definen su sistema como socialista, porque han nacionalizado toda su economía, cuando en realidad su sistema es la negación íntegra de cuanto el socialismo preconiza: la afirmación de la individualidad y el pleno desarrollo del hombre. A fin de ganar el apoyo



# CENIT lleva diez años de vida



En esta ocasión, y en virtud de las numerosas colecciones que se nos solicitan, la Redacción ofrece a sus lectores la siguiente lista de autores con los correspondientes trabajos de cada uno, seguidos del número de la revista en donde se encuentra. Todo a modo de

## INDICE GENERAL

— A —

A. A.: «Luigi Bertoni», 67.  
 ABARRATEGUI: «La cuneta», 120.  
 ABU THALB: «La mejor silla y el mejor amigo», 86.  
 ACHARD Marcel: «La amistad y la disputa», 50.  
 ADDISON: «Un libro», 86.  
 A.F.S.: «¿Puede la técnica resolver el problema del hambre?», 20.  
 A. L.: «Sobre el comunismo icariano», 22 y 23.  
 ALAIN: «Absurdidad del Estado», 15. «Amistad e ideas», 56.  
 ALAIZ F.: «Epicuro», 1. «Colectivizaciones industriales en la Revolución», 2. «Luz y sombra de Levante», 18. «Del romanticismo», 19 y 20. «Joaquín Costa», 24. «Blasco Ibáñez», 27. «Para conocerse», 39. «Europa y el pragmatismo americano», 43. «Una guerrita española», 51 y 52. «C. Arenal», 63. «E. Pardo Bazán», 75. «Agustina de Aragón», 101. «D. Hermano», 102. «Para que no se diga que conmemoramos nuestra derrota», 103. «Los franceses y el exilio: Maritain», 105. «G. Bernanos», 106. «Mis maestros: E. el Pelotaire», 107. «Cifra y prueba», 108. «¿Que hace ahí esa? y «Literatura y periodismo», 109. «El cuadrilátero B.M.C.H.», 110. «Cortesía superpuesta», 111. «1º de Mayo», 113. «Disparo nervioso», 114. «Integralismo», 115. «Eficacia de la acción» y «Positivismo integral», 116. «Impulso cooperador», 117. «Mi maestro: J. Castelltort», 118.  
 ALAUDO J. (M. C.): «Del Japón», 89. «La libertad, de luto», 90. «El hombre frente a la tiranía», 95. «Panorama internacional», 98. «Universalismo español», 108. «El Esperanto», 110. «El Tolstoi que yo conozco», 119.  
 ALBA G. (A.R.): «Sobre el niño», 68. «Complejos de inferioridad», 79. «Teatralías», 98.  
 ALBA V.: «Hay que volver al inconformismo», 73. «G. Mistral visto por su heredera», 74.  
 ALBERT E.: «Siglo de la inutilidad», 66.  
 ALBEROLA J.: «En la Revolución Española», 113.  
 ALBEROLA O.: «Finalidad de la sociedad», 16. «Lo absoluto, la libertad y la ciencia», 35. «El poder universalista de la ciencia», 39.  
 ALCRUDO Dr.: «El desnudo y el vestido», 112.  
 ALFIERI: «El Gobierno», 64.  
 ALTAMIRA R.: «Los libros y el entendimiento», 86.  
 AMICIS (E. de): «Una casa sin libros», 70 y 86.  
 ANACREONT'E: «El cristianismo», 75.  
 ANCEL: «La paz y la libertad, pretextos de guerra», 50.

ANDERSCH A.: «La deserción», 50.  
 ANDRENKO L.: «La perseverancia», 50.  
 ANTONIO R.: «L'automne», 117.  
 ARAMBURO J.: «Sobre educación», 10.  
 ARANA (E. Z. de): «Ciencia de la vida», 99. «La medicina y la miseria», 100 y 101.  
 ARAVELO J. J.: «Sobre educación», 10.  
 ARCINIEGAS G.: «La cultura», 7. «Papin», 62. «Un libro polémico», 70. «Los desterrados», 72. «¿Quién manda hoy literariamente?», 75.  
 ARCO L. del: «Muerte del justo», 91.  
 ARGOS: «Ideas y hechos», 16.  
 ARDIGO R.: «Sobre educación», 10.  
 ARGUELLO S.: «La revolución» y «La verdad», 108.  
 ARISTOFANES: «La esclavitud», 65.  
 ARISTOTELES: «Lo que dice el sabio», 60.  
 ARMAND E.: «Europa-América», 13. «La Rev. Esp.», 19. «La amistad», 56. «Panorama», 59 y 60. «Sobre el recuerdo», 72. «Comentarios sin pretensiones», 98. «G. de Lacaze-Duthiers», 104. «¿Dónde estamos?», 105. «Cristianismo libertario, anarquismo cristiano», 108. «Sobre la Biblia», 109. «Loismo y loistas», 110. «El contrato», 114. «Religión y Paz», 117. «Dios, una hipótesis», 120.  
 ARREAT: «Sobre Dios», 65.  
 ASHLEY M.: «O. Cromwell, anarquista espiritual», 10.  
 ATLANTE: «Olvidar, imposible», 90.  
 AUBE A.: «Sobre el niño», 68.  
 AUMENTE J.: «Libertad y justicia burguesas», 115.  
 AUREL: «Han Ryner», 24.  
 AURELIO Marco: «La conducta», 50. «¿Qué es la vida?», 118.  
 AURQUET A.: «La nueva sociedad», 50.  
 AVANÚMOVIC I.: «Príncipe anarquista», 2. «Muerte de Kropotkin», 35.  
 AVERCHENKO A.: «Filósofo original», 4.  
 AVELINA C.: «La violencia», 50.  
 AZORIN: «Grata ocupación», 86.

— B —

BACON: «Valor de lo escrito», 86.  
 BADOUIN Ch.: «Muerte de Han Ryner», 78.  
 BAKUNIN M.: «Crítica del Estado proletario», 6. «Sobre el hombre», 9. «La alegría de la destrucción», 12. «Extractos», 13. «El Estado», 50. «El socialismo», 64. «Más sobre el Estado», 67. «La influencia religiosa», 75.  
 BAKUNIN Marusia: «Carta», 111.  
 BALDELLI G.: «Sicoanalistas del anarquismo», 100. «El budismo Zen», 109.  
 BALKANSKI G.: «La guerra y los anarquistas», 4. «Guerra y Revolución», 6. «La fuerza social», 66 y 67. «C. Kolef y M. Guerárgico», 78. «Economía staliniana», 79. «C. Botev», 80 y 81. «La dirección económica de Rusia», 83.  
 BALZAC H.: «Las fortunas», 50. «El dolor», 71. «El amor», 77. «El buen libro», 80.  
 BALLESTEROS M.: «El hornero», 66.  
 BARBANCE R. E.: «Pedagogía mercantil», 23. «Retrasos pedagógicos», 24. «¿Qué es un delincuente?», 26.  
 BARBEDETE L.: «Ibsen y la necesidad», 29.  
 BARBER S.: «Japón entre dos mundos», 26.  
 BARBUSE H.: «La guerra», 69.  
 BAROJA P.: «El labrador y el vagabundo», 65.  
 BARRET R.: «Lo viejo y lo nuevo», 16. «Razón y voluntad», 67. «La pluma» y «Mi anarquismo», 68. «El silencio», 71. «Raza de víboras», 75.  
 BASTIAT F.: «El hombre y el Estado», 13.  
 BAY P.: «La libertad», 50.  
 BECQUER G.: «La lira» y «Poesía», 86. «Hipocresía», 111.  
 BEETHOVEN: «La libertad y la verdad», 22.  
 BELL O.: «Civilización», 6.  
 BENAVENTE J.: «Manifiesto», 20. «La revolución, el pueblo y el dictador», 67. «La educación», 71.  
 BENDA J.: «Sobre cultura», 8. «El régimen democrático» y «El intelectual», 50.  
 BENN E.: «Política», 50.  
 BERCE C.: «Sobre anarquismo», 47.  
 BERCKMAN A.: «Kronstadt», 35 a 38.  
 BERTIAEF N.: «Sobre cultura», 8.  
 BERL E.: «Sobre cultura», 8.  
 BERNANOS G.: «Ideario», 16.  
 BERNERI C.: «Dictadura del proletariado y socialismo de Estado», 15. «Los daños de la abstinencia sexual», 22. «Iglesia y prostitución», 81.  
 BERNSTEIN E.: «Sobre el socialismo», 2.  
 BERTHIER P. V.: «Lenguaje anarquista», 61.  
 BIBY Cyril: «Niños que quieren la religión», 109.  
 BJOERNSON B.: «El árbol» y «La pastora», 34.  
 BLAKE W.: «El niño», 33.  
 BLANCPAIN M.: «La burocracia», 50.  
 BLANTON S.: «Vida armoniosa», 50.  
 BONAL L.: «El maestro», 68.  
 BOREI Teo: «E. Pouget», 76.  
 BORGHI A.: «Los ojos del anarquismo», 11. «Cesarismo y Anarquía», 17.  
 BORRAZ J.: «Monegrillo», 45. «Bonjour tristesse», 56. «En torno a la juventud», 94.  
 BOSSUET: «La justicia», 54.  
 BOTEV Cristo: «La lutte», 80.  
 BOUILLIER F.: «Sobre el progreso», 4.

— I —

- BOURGUIN: «Sobre el socialismo», 2.
- BOUYE H.: «Las convenciones colectivas contra la Rvón. Social», 74.
- BRACHFELD O.: «El tiempo, enemigo del hombre», 52.
- BOVIO J.: «El Estado», 14.
- BRILLSFORD H. N.: «Mitin contra Franco», 107.
- BRAMSON K.: «Lo que nos queda», 61.
- BRAVO P.: «Fuentes de inspiración», 26. «Apuros de pureza», 35. «Tolerar lo injusto?», 107. «De la sumisión a la rebeldía», 109. «Compromisos que nos comprometen», 110. «No te vendas ni te rindas», y «Milagros imposibles», 114. «Del dicho al hecho», 117. «Hoja por hoja», 118.
- BRENAN G.: «La faz de España», 17.
- BRITTEN B.: «Mitin contra Franco», 107.
- BROCKWAY F.: «Mitin contra Franco», 107.
- BRONOWSKI Dr.: «Mitin contra Franco», 107.
- BROWN T.: «¿Trades-unionismo o sindicalismo?», 21 y 22.
- BRUNO S.: «Lucifer es mi admiración», 75.
- BRUPBACHER F.: «Introducción a la Confesión de Bakunin», 64 a 66.
- BUDA: «Conducta», 65.
- BUNDO J.: «Federación de base: el Municipio», 2.
- BURNET M.: «Economía y exceso de natalidad», 22.
- BYRNES J.: «El papeleo administrativo», 50.
- C —
- CABALLERO D. N.: «Niños descalzos», 51. «Canción de la espera eterna», 53. «De la noche y del silencio», 67.
- CABALLERO Fermín: «España», 29.
- CABRERA T.: «Los niños pobres», 93.
- CABRILLANA J.: «G. Lorca», 37.
- CARIA-MUNI: «Para ser sabio», 65.
- CALDERON A.: «Fragmentos», 13. «Todo mentira», 119.
- CALLEJAS L.: «Urnano», 65. «El destierro», 108.
- CAMPIO CARPIO: «Literatura ibérica del destierro», 5. «Figuras del teatro rioplatense», 7. «Guerra Junqueiro», 8. «A. Rembao», 9. «S. Torrens», 11. «A E. Latelaro», 13. «José Martí», 15. «Progreso de la cultura», 18. «M. Hernández», 21. «Drama del hombre», 22. «La civilización contra sí misma», 33. «America», 35. «Enseñanza de la Rvón», 36. «Nuestro siglo», 37. «Nuestra casa era blanca», 39. «America, un mundo», 40. «Labor de E. Relgis», 42. «A. González», 57. «Nos. y vos.», 59. «Ellos y los otros», 60. «La hora llega», 67. «Sangre de la tierra», 69. «Beba esas lágrimas», 72. «Libertad y responsabilidad», 76. «Eso seremos», 78. «La democracia capitalista y la otra», 79. «El hombre y su mundo», 80. «Nuestra revolución», 82. «El Medio Oriente en llamas», 95. «Fusilados al amanecer», 96. «Seremos nosotros», 97. «Volvamos a la tierra», 102. «Labradores del espíritu», 105. «Fablo Luz», 106. «Leyendo a R. Cabanillas», 111.
- CAMPOAMOR R.: «Humoradas» 99. «Las dos grandezas» 105. «Lo que es», 118.
- CAMPOS S.: «Función del trabajo en la sociedad», 77. «Integración del hombre a las prácticas libertarias», 88. «Fundamentos del futuro libertario», 89. «Del anhelo a la obra», 106.
- CAMUS A.: «Siglo del miedo», 16. «Profecía revolucionaria», 34. «El artista y su tiempo», 41. «El peor mal», 50. «Extractos», 83. «Mitin contra los crímenes franquistas», 103-107.
- CANO RUIZ B.: «La genética contra el concepto práctico de la justicia», 73 a 83. «Excursión sobre la historia anarquista», 106 a 108.
- CANO RUIZ J.: «Friso», 48.
- CAPDEVILA A.: «Lo constructivo», 103.
- CAPDEVILA J.: «Turbulento arroyo», 49. «Realistas e idealistas», 64.
- CARBALLEIRA R.: «De la discusión», 102.
- CARBO P.: «Carta», 86. «Así nació el Paracutin», 97.
- CARDONA ROSELL M.: «Frente al fascismo, la revolución social», 86.
- CARLYLE: «Sobre los libros», 103.
- CARMONA BLANCO J.: «La libertad y el Estado», 1. «El escritor de nuestro tiempo», 3. «Rebelión y existencialismo», 17. «Sendero», 26. «Vida breve», 27. «M. Hernández», 28. «Nada nuevo bajo el sol», 31. «Candlejas», 32. «Poemas de mar y tierra», 36. «La libertad en e. espíritu», 41.
- CARSI A.: «Monte Blanco», 1. «Ojos de la España dolorida», 2. «Sociometría», 5. «Sicología colectiva», 7. «Locura de los descubrimientos», 9. «Ciencia e historia», 11. «Camino siderales», 17. «Almadén», 21. «Ensayo», 32. «Molinos de viento», 35. «Petróleo en España», 40. «Rutas nocturnas», 46. «Punto de vista y realidad», 50. «Cenit», 53. «Beethoven», 24. «El cenit y el hombre», 25. «Aparición de España en la geografía», 29. «Hierro y acero», 54. «Homónimos honrosos», 58. «La fotografía panorámica, ciencia del futuro», 71. «Charpentier», 63. «Mi grano de arena», 103. «Brújula de la moral», 105. «La originalidad», 110. «Libros viejos, ideas nuevas», 111. «Túneles y canales», 114. «Baudelaire, el G. Lorca franceses», 116. «Reclusiana del agua», 119.
- CARRENO F.: «Manifiesto», 20. «Crónica de Julio», 103.
- CASTELAR E.: «Derecho y libertad», 22.
- CASTRO C.: «Mapa económico de España», 23.
- CASTRO M.: «F. Ameghino» y «J. Ingenieros», 75. «Siervo soberano» y «¿Profano?», 77.
- CAVOUR: «Los poderosos», 61.
- CAZENOVE M.: «Los medicos», 50.
- C. CARBO E.: «Artistas sin tiempo y creaciones sin historia», 1. «Sinceridad y convicciones», 44. «Proyecciones del pasado sobre el presente», 51. «Rectifiquemos», 58. «Por los fueros de la pasión», 71. «Debilidad del actual ordenamiento», 81. «Vivisecciones de rigor», 89. «Las minorías en los Movimientos Revolucionarios», 114.
- CECH S.: «El que pignoró su carácter», 2.
- CELMA M.: «La nouvelle classe», «Accusés hors serie» y «C'était en 1900», 86. «Temas sexuales», 87.
- «Profeta del hombre», «Integración de las Españas» y «Garbuz poético», 88. (1964) y «Los desplazados», 90. «Fundamentos de la ciencia económica y «Jaramero español», 91. «Cita con Venus», 92. «Sicología y reeducación», y «Sangre de libertad», 93. «Taller de la revolución», «Columna entre ruinas» y «Conflictos entre la Religión y la Ciencia», 94. «El bandido», «El viejo y el mar» y «Señor presidente», 95. «El nuevo Israel» y «Sicología humana», 96. «El espíritu activo» y «Los precursores», 97. «Crónica de un revolucionario» y «Fete espagnole», 98. «Nuestra responsabilidad», 99. «Incitación al socialismo» y «Cayeron los dados», 99. «Perspectivas de Sud-América» y «Alegria del vivir», 101. «Anales», 104. «Hugo y los exilados españoles», 105. «F. Ferrer, el Galileo español», 106. «Espíritu activo», «Albores de libertad» y «Sendas en espiral», 108. «Historia del Frente Popular», 109. «B. Juárez», 111. «Amistades de Mirón», 113. «Dos Españas», 114. «Crisis española del siglo XX», 117 a 119.
- CERNUDA L.: «Un español habla de su tierra», 107.
- CERVANTES: «Sobre libros», 86. «Sobre la justicia», 104. «Sobre la delincuencia», 105.
- CICERON: «Estoicismo», 65.
- CLARAMUNT T.: «Sobre la mujer», 68.
- CLERETIE: «Sobre los libros», 86.
- CLARIANA B.: «El héroe y el juglar», 30.
- CLEANTO: «La felicidad», 65. «Atalaya amarquiva», 76 a 79.
- CLEMENCEAU G.: «Los académicos», 50. «Sobre el niño», 68.
- CLINCHY R. J.: «Responsabilidad y libertad», 50.
- COBES: «La paz y la guerra», 81.
- COCHET G.: «El arte», 18.
- COLL de G. (J. F.): «Vie et mort en U.R.S.S.», 1. «Lamolla, dibujante», 3. «El humor», 22.
- COMFORT A.: «Anarquismo moderno», 3. «Un mundo de ciegos» y «Advertencias», 5. «Responsabilidad en las ciencias y en las artes», 15. «La Rvón. Esp.», 19. «La delincuencia», 20. «Igualdad y libertad», 62.
- C. N. de la C.N.T.: «Declaración sobre la muerte de Durruti», 31.
- COMPERE Morel: «Ideas sobre el socialismo», 3.
- CONFUCIO: «La conducta», 65. «Espíritu y corazón», 67.
- CONSTAND B.: «La libertad», 50.
- CORDERO L.: «El árbol y sus re-nuevos», 30.
- CORES G.: «El movimiento anarquista en Inglaterra», 23. «Ojeada a la vida», 25 a 26.
- CORTE M.: «Sobre civilización», 3.
- COSTA I.: «Respuesta individualista», 8. «Cultura libertaria y cultura libertaria y cultura anárquica», 18. «Ensayos de B. Russell», 31. «El hombre y las civilizaciones», 98. «Latinoamérica iniciará una era», 99. «Biología de la libertad», 100 y 101. «Enseñanza racionalista», 101 a 104. «Definiciones inexactas de Perbarg», 115. «Justicia y derecho», 116. «Memorias de un vagón de ferrocarril», 117. «Alcohol, juego y otros vicios», 118.

COSTA J.: «España», 18. «El capitalismo», 22.  
 CRANKSHAW E.: «La mujer rusa», 23.  
 C.R.I.A.: «Bibliografía anarquista en el Japón», 21.  
 CRITIAS: «Ella y él», 77.  
 CROCE B.: «Sobre el progreso», 4. «Fragmentos», 13. «Reflexiones», 118.  
 CUADRAT J.: «Don Juan de la literatura y del siquiatra», 101.  
 CURTIUS E. R.: «Sobre cultura», 8.  
 CHAMSON A.: «El heroísmo militar», 50.  
 CHAPOUTOT H.: «Ibsen», 29.  
 CHARRAS J.: «Paz y labor», 93.  
 CHAUFFIER L. M.: «Contra Franco», 103.  
 CHAVARRIA L.: «El árbol solitario», 73.  
 CHESTERTON G. K.: «Sobre el progreso», 4.  
 CHOCANO J.: «Las aves», 72.  
 CHUECA J.: «La enseñanza», 68.

DAC P.: «España es así», 102.  
 D'AGRAMUNT J.: «Sociedad deshumanizada», 22.  
 DALMON H.: «Sobre el anarquismo», 47.  
 DANTON: «Cuándo los pueblos serán felices», 75.  
 DAUX A.: «Sobre el niño», 68.  
 DEBS E. V.: «No habrá Mesías», 50.  
 DELMIRA A.: «Campos de ensueño» y «La sed», 43. «Rebelión», 56.  
 DELLEPIANE A.: «Sobre el progreso», 4.  
 DEMOCRITO: «Resultado del pecado original», 75.  
 DENIS (A.G.B.): «José Prats», 7. «R. Mella», 8. «Crónica de Julio», 103. «Cain y Abel», 116. «La reina», 118. «El naturalista», 119.  
 DENIS H.: «El socialismo», 52 y 62.  
 DEPASSE H.: «El clericalismo», 50.  
 DERMENGHEN E.: «Sobre civilización», 6.  
 DESCHANEL P.: «Papel de los pobres», 53.  
 DESIRE O.: «Sobre los valores», 41. «Nietzsche», 42. «Sartre, Eróstrato y nosotros», 47. «Existencia y religión», 51.  
 DESTOURS G.: «El hombre confundido...», 50.  
 DEVAL J.: «El temor de los ricos», 50.  
 DEVIGNY A.: «El orden social actual», 50.  
 DEWEY J.: «Sobre educación», 11.  
 DICENTA J.: «Protesto», 87.  
 DIDEROT: «El servicio militar», 50. «La escuela y el fraile», 75.  
 DIONISIOS (A.G.B.): «El anarquismo y lo que no lo es», 26.  
 DION CRISOSTOMO: «Sobre el hombre», 65.  
 DOCTOR X.: «El polvo», 55.  
 DORADO P.: «El delito», 111.  
 D'ORE L.: «Sobre el niño», 68. «Teatralerías y rutina», 86.  
 DUBOIN J.: «Ideas sobre el socialismo», 2.  
 DUMAS A.: «Lo que debe escribirse y hablarse», 22.  
 DUROC P.: «Sobre civilización», 6.  
 DURRUTI B.: «Saludo a los trabajadores rusos», 31.  
 D'YDEVGALL C.: «Julio entre rejas», 103.

ECHEGARAY J.: «Trabajo del periclista», 20.  
 EINSTEIN A.: «El individuo», 60. «El soldado», 50. «La ciencia», 77.  
 ELBAILE J.: «Deber» y «firmavera», 112. «Ex-libris», 113. «Estío», 115. «Otoño», 117. «Invierno», 120.  
 ELDRIDGE P.: «Valor de las cosas pequeñas», 50.  
 ELIOT T. S.: «Sobre la cultura», 7.  
 EMERSON R. W.: «El individuo en la multitud», 50. «Sobre los libros», 86. «Vida y pensamiento de H. D. Thoreau», 91 y 92.  
 EMPEDOCLES: «Efecto de la abundancia de curas», 75.  
 ENDEKIZ E.: «Revolución varaa», 103.  
 EPICURO: «La fortuna y el sabio», 50.  
 EPICTETO: «Lo que debe decirse y cómo», 22. «La actitud de Sócrates», 65. «El placer, cebo del vicio», 67.  
 ERASMO: «Sobre el hombre», 9.  
 ESGLEAS G.: «Proyección del anarquismo», 49. «La iglesia y España», 62. «Valorización del anarquismo», 69. «Teoría y práctica de la libertad», 72. «Ética y anarquismo», 97. «Firmeza de posición», 114. «Hombres seguros», 116. «Valorizamos al M.L.», 118. «Impulso anarquista», 119.  
 ESGLEAS V.: «Sobre educación», 53. «Lo concreto y lo abstracto», 55. «Las matemáticas», 57. «La geografía», 58.  
 ESPERANZA J.: «El ramo de cortidos», 117.  
 ESPRONCEDA J.: «Himno al sol», 111.  
 ESTRADA C.: «Sobre el amor», 73.  
 EUBEE Dr.: «El policía», 70.  
 EUCKEN R.: «Sobre cultura», 8.  
 E. V.: «La violencia», 71.

FABIO: «El trigo», 3. «En torno a un relato», 4. «Un consejo», 6.  
 FABIO LUZ: «Sepamos vivir en anarquía», 27.  
 FABRI Luce: «Anticomunismo, anti-imperialismo y paz», 21 a 26. «Democracia, socialismo y anarquismo», 27 y 28.  
 FABRI Luis: «Anarquía y comunismo en el pensamiento de Malatesta», 7. «La conquista del poder», 22. «¿Crisis de muerte o de transformación?», 92. «¿Qué es el fascismo?», 100.  
 F.A.I. - C.P.: «Manifiesto sobre la muerte de Durruti», 31.  
 FALASCHI F.: «La revolución y la libertad», 18. «El individuo, la ley y la sociedad», 99 y 100.  
 FAUCHER L.: «La ley», 70.  
 FAULHABER: «El mundo no tiene refugio», 24.  
 FAURE E.: «Sobre el progreso», 4. «La sociedad», 61.  
 FAURE S.: «Sobre el niño», 68. «El orador popular», 89.  
 FEDE (F.M.): «Emprea», 92.  
 FEDELI U.: «El Movimiento Maknovista», 9. «Ukrania y el Movimiento Insurreccional», 10 a 12. «Cronstad» y «la Revolución Rusa», 13 a 15. «De los principios y de los métodos», 17 a 19. «La etapa del 36», 20. «El Movimiento Anarquista en

Francia», 21. «T. Ulenspiegel», 26. «G. Herbe», 27. «Fanelli», 32. «Bibliografía», 33 a 56. «Malatesta», 36. «L. Galleani», 65. «Encuestas», 87.  
 FEDORA M.: «Hombres puros», 50.  
 FEIJOO: «El hablador», 118.  
 FELIPE L.: «Mundo de pintores», 17. «Manifiesto», 20.  
 FERNANDEZ Ríos O.: «Juventud», 61. «Recuerdo a Federico», 64. «Poesía moral», 72.  
 FERREIRA P.: «Posibilidades en el Brasil», 18.  
 FERRER F.: «Sobre el niño», 68.  
 FERRER J.: «El sindicato único», 2. «Valor del sindicalismo revolucionario», 13. «Idealismo vacilante y arquitectura social», 15. «El anarquismo ante la sociedad y ante sí mismo», 16. «F. Ferrer Guardia», 18. «Crónica de Julio», 103. «Tolerancia», 113. «Cataluña popular», 115. «Caballos y caballerías», 117.  
 FERRINI J.: «El animal más dañino», 75.  
 F.I.J.L. C. P.: «Certamen juvenil libertario», 79.  
 FIELDER S.: «La sociedad», 70.  
 FIGUERAS A.: «Si no has muerto un instante», 83.  
 FLORENNE Y.: «Así es España», 99.  
 FLORES A.: «A mi madre», 50.  
 FLORES MAGON R.: «El gobierno», 71.  
 FOYER L.: «El deporte actual», 50.  
 FONSECA T.: «Los humildes», 62.  
 FONTAINE: «L. Michel no era patriota», 69.  
 FONTAURA E. (V. G.): «Realidad y fantasía en Rabelais», 3. «Anhelos de superación», 5. «La cultura en Levante», 10. «Acción libertaria», 12. «S. Weil y la técnica», 14. «El factor moral», 15. «El anarquismo en Francia», 16. «Vermeher», 26. «Malatesta», 36. «La divinidad», 54. «El temple de Verhaeren», 56. «Pío Baroja», 61. «Ideario de G. Lorca», 66. «Insurrección de los tejedores de Lyon», 70. «En un lugar de la Mancha», 97. «Tras el Congreso de Londres», 98. «Julio entre rejas», 103. «Guerrilleros en Andalucía», 107. «Guyau», 110. «Larra y el periodismo», 111. «Tres cartas», 112. «El maquiavelismo», 114.  
 FOOT M.: «Contra Franco», 107.  
 FORCES F.: «La educación», 68.  
 FOREL A.: «La patología en el erotismo religioso», 24.  
 FOSTER E. M.: «Contra Franco», 107.  
 FRANCE A.: «Sobre el progreso», 4. «El pensador», 50. «Sobre la guerra», 60.  
 FRANCO F.: «Protocolo secreto con su colega el criminal A. Hitler», 114.  
 FRANCO F.: «Protocolo secreto con su berta», 41.  
 FRANK H.: «Obras de Rocker», 18.  
 FRANKLIN B.: «La muela», 20. «Patria y libertad», 74. «Los libros», 86.  
 FRANK F.: «Las dos fotos», 21. «En la tierra como en el cielo», 36. «El manganismo», 40. «La gran vuelta», 43. «Sobre la justicia», 54.  
 FRATERNO: «La C.G.T.A. y el peronismo», 32.  
 FREHEL J.: «Otoño», 97.  
 FRIEDNANN G.: «Sobre el progreso», 4.  
 F. RODRIGUEZ H.: «El nido», 90.  
 FROM Erich: «Manifiesto socialista», 120.  
 FRONTAURA C.: «Cosas de España», 29. «La peinadora», 30.

FUENTEALBA V.: «El Estado en Chile», 29. «Historia sexual de la humanidad», 40.  
FUNK-BRENTANO C.: «Sobre civilización», 6.

— G —

GALVEZ P. L. de: «Ecce-homo», «El índice rojo» y «Teresa», 119.  
GALLEANI L.: «V. de Cleve», 68.  
GALLEGO, J. L.: «Lo mismo que vosotros» y «Los felices», 96.  
GAMBGA C. T.: «Sobre el niño», 68.  
GANIVET A.: «España», 26 y 29. «Gobiernos y gobernantes», 109.  
GAOS V.: «El tiempo», 40.  
GARCÉS F. (J.G.P.): «Vuelta a Goanwin», 6.  
GARCIA BIRLAN A.: «Anarquismo», 22. «Un juicio sobre España», 113.  
GARCIA E.: «Nuestra revolución», 43.  
GARCIA LORCA: «Tarde», 107. «La Guardia Civil», 117.  
GARCIA M.: «Sobre el progreso», 4.  
GARCIA NAVARRO: «Hablemos claro», 70.  
GARCIA PRADAS J.: «Puntos de partida», 1. «Ciencia y anarquismo», 2. «Anarquía del lenguaje», 3. «Pueblo en armas», 5. «Flor de solaces», 9. «Fabulilla del loro y del mochil», 10.  
GARCIA V.: «Resurgimiento de Alemania», 39. «Aymares, Incas, Mayas y Aztecas», 96.  
GARCON Maurice: «El historiador», 50.  
GARFIAS F.: «J. R. Jiménez y A. Machado», 115.  
GASQUET M.: «La mujer», 56.  
G. COSTA Rosa: «El cielo de mi pueblo», 73.  
GENET L.: «Expediente franquista», 104.  
GERBAULT A.: «Diez pensamientos», 48.  
GERMEN (A.R.): «P.B.G. Shelley», 14. «A. Huxley», 15. «La literatura predilecta del pueblo británico», 16. «Documentos», 22. «Godwin», 24 y 25.  
GHIRALDO A.: «La virgen roja», 52. «La verdad», 50.  
GIBSON T.: «Producción y población», 28. «Significado de la educación», 30. «La rebelión en la escuela», 31 y 32. «El niño», 33 a 35. «Guerra y paz», 97 y 98.  
GIDE A.: «¿La razón o la verdad?», 50.  
GILLE P.: «El sofisma de Marx», 2. «Sobre el progreso», 5. «Individualismo», 17. «El estoicismo», y «Grecia», 65.  
GIMENEZ IGUALADA M.: «Han Ryner», 41.  
GODWIN W.: «El voto en una organización», 50. «La ley», 61. «Del perdón», 106.  
GÖTTE: «El error», 50.  
GOLDMAN E.: «Colectividades españolas», 18.  
GÓMEZ B.: «Cosas de España», 29.  
GONZALEZ I.: «Anarquismo en Argentina», 39.  
GONZALEZ MARTINEZ E.: «Renovación», «Te engañas», 16.  
GONZALEZ PACHECO: «Ocho carteles», 3. «Los libros de Barret», 76. «Antill», 77.  
GONZALEZ PRADA: «Pensamientos», 52, 55, 65, 71, 72 y 73. «Dios», 65.

GORI P.: «El hombre», 19. «El gobierno», 66.  
GORSWEILER E. O.: «Soberanía de sí mismo», 67.  
GOURMONT R.: «Progreso», 5. «El hombre indisciplinable», 50.  
GOY: «Camilo J. Celán», 83.  
GOYTISOLO J.: «Opinión de un escritor español», 112. «Campos de Nijar», 114. «Actualidad de Larra», 120.  
GRACIAN B.: «Ideario», 19.  
GRANIK Dr.: «Origen de la vida», 77.  
GRANT: «La prueba del error dios», 75.  
GRAVE J.: «Sobre el niño», 68. «La cruz», 75.  
GUERRA JUNQUEIRO: «Parásitos» y «El coco», 59. «La barca de San Pablo», 62. «Letania», y «El dinero de San Pedro», 66. «La Iglesia», 75. «Fantasías», 98.  
GUERRERO P.: «El ídolo», 56.  
GUMPLOWIEZ L.: «América-Europa», 14.  
GUSTAVO S.: «M. Angel», 17. «Anarquismo y feminismo», 63. «Rubens», 111. «Petraza», 112.  
GUTIERREZ J. M.: «La buñolera», 30.  
GUYAU: «La libertad», 65.  
G.V.: «Nuestra sociedad», 22.

— H —

HAECKER T.: «Sobre cultura», 8.  
HAEDENS K.: «Revoluciones en el arte», 50.  
HANS FALLADA: «Nada hay eterno», 50.  
HAZLITT: «La amistad», 56.  
HECTOR: «Barret en el pensamiento anarquista», 14. «La ciencia, el arte y la libertad», 20. «Anarquismo o política», 46.  
HEILBRONER L. R.: «La obra de Shakespeare», 63 a 67.  
HELVETIO: «El crimen», 61.  
HEM DAY: «El arte y el pueblo», 24. «J. Vallés», 24. «Objetores de conciencia», 29. «El Estado, peligro para la paz», 30. «W. Godwin», 32 y 33. «Antimilitarismo y anarquía», 35. «Rabelais anarquista?», 38 a 40. «H. Ryner», 41 a 45. «E. Reclus en Bélgica», 58 a 65. «En torno a Germinal», 81. «Pacifismo científico», 85, 87. «L. Michel», 88 a 92. «Para comprender al bolchevismo», 116.  
HENRI O.: «Caballero de la rosa», 3. «Entre ladrones» 6.  
HERING H. A.: «El frutero y su alma», 5.  
HERNANDEZ A.: «El hombre danza en el espacio», 15. «Mi amigo Arcadio», 20. «De España y lo español», 27. «Los esperanzados», 37. «Poseído de eternidad», 38. «El suicidio de Kellogg», 44. «La operación Divy», 47. «M. Viñuales», 51. «Biopolítica», 55. «El mundo de W. Witman», 61. «Diálogos», 62. «Los últimos días de Zapata», 67. «El genio de Rembrandt», 69. «Concepto anarquista del arte», 94 a 96. «Proyección al futuro», 105. «La marcha del hombre hacia el hombre», 111. «Un hombre en la sierra», 113.  
HERNANDEZ M.: «Hijo de la luz y de la sombra», 41.  
HERRER E.: «Canto de la juventud», 69.  
HERRERA J.: «La vuelta de los campos», y «Las madres», 57.

HERRIOT E.: «Sobre España», 102.  
HESSE H.: «Lo suave y lo fuerte», 50.  
HEWETSON J.: «Apoyo mutuo y revolución social», 37 y 38.  
HIERRO J.: «En memoria de Machado», 31.  
HISPANIUS: «Un ideal viejo como España», 28.  
HOCHWALDER F.: «Lo misterioso», 50.  
HOSTEL B.: «Han Ryner», 41.  
HUGO V.: «La idea y la fuerza», 25. «Amor maternal» y «Canto a la madre», 47. «El envidioso», 50. «Espíritu y corazón», 67. «La censura», 69. «Las ideas», 71. «Lo que vende el cura», 75. «Sobre los libros», 86. «Altos estudios», 102 a 105.  
HUITRON J.: «Teotihuacan», 70.  
HUIZINGA J.: «Sobre civilización», 7.  
HUMBERT A.: «Sobre el niño», 68.  
HUME: «El punto de apoyo del teólogo», 75.  
HUNEBELLE D.: «Franco acapado», 115.  
HUXLEY A.: «Sobre el progreso», 5. «Contrapunto», 17. «Mitin contra Franco», 107.

— I —

IBARBOUROU J.: «Bajo la lluvia», 19.  
IBSEN: «El Estado», 26. «Espectros, Oswald y Elena», 29. «La educación», 68.  
INGENIEROS J.: «La inmortalidad en el amor», 57. «El pensador», 71. «Pensamientos», 74. «El medocre», 112.  
INGERSOLL R.: «La hora feliz», 24.  
ISAIAS: «La conducta», 65.  
IXIGREC: «Jean Marestán», 42.

— J —

JACQUINET C.: «Sobre el niño», 68.  
J.A.R.: «Una revolución», 20.  
JEROME J.: «La pretensión de instruir deleitando», 10.  
JESUS: «El comunismo», 65.  
JOHN A.: «Contra Franco», 107.  
JIMENEZ M.: «La experimentación aragonesa», y «En Málaga los fascistas asesinaron 30.000 personas», 103. «Ateneos de España», 118.  
JOLY P.: «Ética de Estado», 50.  
JONES R.: «Vida ejemplar», 50.  
JONG A. de: «La revolución española», 20.  
JORDANA N.: «Ideas sobre el socialismo», 3.  
JOUVET: «Dinamismo o excitación», 50.  
JULIEN C. A.: «Contra Franco», 103.  
JULIO ANTONIO: «El minero» y «Cultura», 37.

— K —

KANT E.: «Las escuelas», 68.  
KHAN E.: «Contra Franco», 103.  
KIPLING R.: «Si...», 60.  
KNIGHT M.: «Moral sin religión», 52. «Acerca de Dios», 53. «Lo que deber decir a tus hijos hablándoles de Dios», 108.  
KOECHLIN H.: «Crítica de la ciencia», 7. «Defensa del escepticismo», 12. «Anarquismo y tolerancia», 26. «El pensamiento de Tolstói», 29.  
KOESTLER A.: «Testimonio sobre la guerra de España», 98.  
KRISHNAMURTI: «Conversaciones»,



43. «Descripciones del hombre», 99.  
**KROPOTKIN P.:** «Fragmentos», 13.  
 «El bienestar», 24. «Las clases», 54.  
 «El derecho», 61. «Sobre el niño»,  
 68. «Acción económica o política  
 parlamentaria», 80. «Respuesta a  
 Huxley», 102 a 105. «Reflexio-  
 nes», 118.  
**KUBO G.:** «La revolución españo-  
 la», 19.  
**KYRON A.:** «El universo personal en  
 la realización», 16.

— L —

**LA BOETIE:** «Paraíso de ricos», 75.  
**LABRIOLA A.:** «Sobre civiliza-  
 ción», 6.  
**LA BRUYERE:** «Todo nuestro mal»,  
 50. «El héroe», 111.  
**LACAZE-DUTHIERS G.:** «Corto me-  
 traje», 3. «Preludio», 8. «América-  
 Europa», 13. «La revolución espa-  
 ñola», 19. «El arte y la vida», 49.  
 «Si la clase obrera tomase el poder»  
 y «Nuestra igual la mujer», 50. «Si-  
 glos de torturas», 52 a 61. «El ver-  
 dadero progreso», 69. «La unión de  
 los trabajadores hará la paz», 82  
 a 85. «M. Devaldes» y «Manuales e  
 intelectuales», 88. «Deportes y de-  
 portistas», 92. «Chantajes», 95. «Los  
 inconscientes», 97.  
**LACERDA M.:** «¿Tiene sero la inte-  
 ligencia?», 34. «Pitágoras», 49. «El  
 problema femenino», 68 y 71. «Ib-  
 sen», 85. «Carpe Horam», 88. «La  
 ciencia al servicio de la degenera-  
 ción», 89. «Domesticando», 90.  
**LAFRANQUE M.:** «F. García Lor-  
 ca», 116 y 117.  
**LA FUENTE A.:** «Panait Istrati», 5.  
 «Lorochenko», 12.  
**LAGARDELLE H.:** «Sobre el niño», 68.  
**LAMARLE:** «Lo más corriente», 50.  
**LAMBERET R.:** «La revolución espa-  
 ñola», 19. «Hechos de ayer y de  
 hoy», 65. «Aspectos de la justicia  
 popular el 19 de julio», 104.  
**LANCLON P.:** «Anarquismo y bur-  
 guesía», 71.  
**LANZA S.:** «Crítica miope», 8.  
**LAPEYRE P.:** «Encuesta de Cenit», 82.  
**LAPEYRE A.:** «La etapa revolucio-  
 naria del 36», 19.  
**LAROCHEFOUCAULD:** «Sobre el  
 hombre», 9. «La confianza», 69.  
**LARRA M. J.:** «Sobre el habla», 104.  
 «Sobre la sociedad», 116.  
**LAS PLACES A.:** «Mi filosofía», 65.  
**LAZARTE J.:** «América-Europa», 14.  
 «Estado y poder», 28. «Un libro de  
 Rotondano», 34. «La comuna libre»,  
 38. «Sicología y autoridad», 40.  
 «Hacia las comunas libres», 42. «Es-  
 tado y sero», 53. «De la economía  
 gubernamental, en las sociedades  
 agrarias, al capitalismo», 55. «Cul-  
 tura y comunidades», 58. «Eugene-  
 sia y educación demográfica», 60.  
 «Entre lo masculino y lo femeni-  
 no», 75. «Aspectos del trabajo femi-  
 nino», 94. «Superpoblación mundial  
 y limitación eficiente», 118 y 119.  
**LEBLANC G.:** «El escritor», 50.  
**LECOIN L.:** «La revolución españo-  
 la», 19.  
**LEE L.:** «Utilidad de los muertos», 68.  
**LEMONNIER L.:** «Calidad de san-  
 to», 50.  
**LENHOLH K. I.:** «La revolución espa-  
 ñola», 20.  
**LENIN V. I.:** «El problema nacional  
 y la economía de los pueblos», 71.  
**LEON R.:** «Sobre libros», 86.

**LEVAL G.:** «Anarquismo, ciencia y  
 seudocrítica», 52. «Sobre poesía y  
 otras cosas», 118.  
**LIMBERT:** «El dichoso y el desgra-  
 ciado», 67.  
**LINARES RIVAS M.:** «El caballero  
 primero», 23.  
**LINCOLN A.:** «Sobre dios», 102.  
**LINZE G.:** «La guerra», 50.  
**LIZCANO C.:** «Las mantillas del arte»,  
 35. «Dos pájaros de un tiro»,  
 37. «La deyección azul», 41. «Del  
 campo manchego», 51. «Amargasi-  
 lla», 54. «Hora del mercado», 64.  
 «Trayectoria del cuchillo», 66. «An-  
 gustioso vacío de ahora», 71. «La  
 silla de Cervantes y Argamasilla»,  
 73. «El Greco en pequeño», 75. «Me-  
 jor que un chorro de oro», 84. «El  
 puente de la inspiración», 90. «Creer  
 y crear», 100. «Razón y pasión»,  
 102. «Ética y estética», 107. «Indi-  
 vidualismo y personalismo», 108.  
 «Inteligencia y conciencia», 111.  
 «Del dicho al hecho», 113. «Mito y  
 meta», 116. «D. Quijote en Sierra  
 Morena», 117.  
**LOHAC E.:** «El servilismo», 50.  
**LOMBROSO:** «La ley», 71.  
**LONDON J.:** «Tabaco y trombost»,  
 53. «Crónica científica», 57. «La va-  
 cuna contra la parálisis infantil», 66.  
**LONGFELLOW H.:** «Los niños», 75.  
**LOPE DE VEGA:** «Los ríos y los  
 hombres», 75.  
**LOPEZ Arango:** «Pensamientos», 72.  
**LOPEZ Lepegrin:** «El aguador», 30.  
**LORENZO A.:** «Amor», 27. «Pen-  
 samientos», 78.  
**LOSA J.:** «Patología del poder», 5.  
**LOUVET L.:** «La rebelión de Espar-  
 taco», 47. «Historia del anarquis-  
 mo», 50.  
**LOWENFELD M.:** «El niño», 34.  
**LUCAS:** «El comunismo», 65.  
**L. RONCO U.:** «América-Europa», 14.  
**LUMET L.:** «Cuando se puede y se  
 quiere», 50.  
**LUMIERE L.:** «El dogma: temible  
 catástrofe», 50.  
**LYG:** «Seres extraterrestres», 47.

— LL —

**LLATSER M.:** «Determinismo y vo-  
 luntarismo», 86 y 87.  
**LLORENTE R.:** «Gremios y sindica-  
 tos», 4. «Dejensu de los oficios», 6.  
**LLOYD W.:** «Walden», 112.

— M —

**MACHADO A.:** «El mañana esifero»,  
 18. «Manifiesto», 20. «España mal-  
 gradada», 22. «A. C. Arenal», 24.  
 «Ideario», 108. «A Lorca», 117.  
**MACAULAY:** «Sobre los niños», 86.  
**MACE C. A.:** «La propaganda religio-  
 sa en las escuelas», 109.  
**MACHO V.:** «Manifiesto», 20.  
**MADARIAGA S.:** «Del hombre y de  
 la sociedad», 22. «Contra Fran-  
 co», 103.  
**MAILLE A.:** «La revolución españo-  
 la», 20.  
**MALATESTA E.:** «Antifascismo o  
 anarquismo», 46. «El odio», 61. «Lo  
 que queremos», 71.  
**MAKNO N.:** «Entrevista con Lenin»,  
 21.  
**MALATO C.:** «La anarquía», 66.  
**MALLEA E.:** «Sobre cultura», 7.  
 «Arabelas», 17.  
**MAN H.:** «Ideas sobre el socialismo»,  
 2. «Sobre cultura», 8.

**MANWELL R.:** «Valor de la cinema-  
 tografía», 21.  
**MARANON G.:** «El español», 111. «Es-  
 to digo», 118.  
**MARCUCCI E.:** «América-Europa»,  
 13. «Tolstoi y el oriente», 25.  
**MARESTAN J.:** «Mi concepto del  
 anarquismo», 42.  
**MARQUERIA A.:** «La cadena», 15.  
**MARQUES:** «Manifiesto», 20.  
**MARTI J.:** «El crimen de Chicago»,  
 13. «Tres cuartetos», 28. «Pensa-  
 mientos», 60 y 62.  
**MARTIN A.:** «Primavera» y «Rosa  
 del fuego», 17.  
**MARTINEZ M.:** «Sobre educa-  
 ción», 68.  
**MATEJIN K.:** «Contra Franco», 107.  
**MAURIAC F.:** «El polemista», «In-  
 fluencia de los regimenes policia-  
 cos», 50.  
**MAUROIS A.:** «Para salvarse», 50.  
**MEDINA V.:** «La canción del dine-  
 ro», 82.  
**MEJIA J. E.:** «Traición a Villa», 79.  
**MEJIAS PEÑA:** «La novela contem-  
 poránea y dos libros de J. Dos Pa-  
 sos»,  
**MELLA R.:** «Caudillismo», 60. «So-  
 bre el niño», 68. «Cómo luchar», 109.  
**MENENDEZ PELAYO:** «Sobre los li-  
 bros», 86.  
**MENZEL R.:** «El país más avanza-  
 do», 50.  
**MERLINO S.:** «La promesa», 66.  
**MESA E.:** «Voz del agua», 44.  
**MESLIER:** «Dios», 75.  
**MESNIL C.:** «Recuerdos sobre Re-  
 clus», 50.  
**MICHEL L.:** «La hidra clerical», 75.  
**MICHEEET:** «El celibato, el cura y  
 la confesión», 75.  
**MILOSL B.:** «Varsovia», 20.  
**MILLA C.:** «El extremismo literario»,  
 1. «Problemas de América», 3.  
 «Campos de concentración», «Los  
 críticos de la anarquía» y «Equi-  
 lio de potencias», 17. «Stefan  
 Sweig, cazador de almas», «El hom-  
 bre y el Estado», «Maritain», «An-  
 cho es el mundo», y «Temas» 19.  
 «Europa y América», 20. «Para una  
 biografía de nuestro tiempo», «No-  
 che íntima» y «Barea», 23. «Tiempo  
 de exilio», 28. «La religión del  
 terror», 29. «Reflexiones sobre tem-  
 as vigentes», 32. «La fortaleza»,  
 33. «Realidades americanas», 34.  
 «En el campo», 35. «Factores de  
 degradación», 36. «Un precursor  
 chino del anarquismo», 41. «Ma-  
 nantial» y «Arbol», 46. «Una lec-  
 ción para el mundo», 104. «Obses-  
 sión en la poesía de G. Lorca», 109.  
 «Los intelectuales», 114.  
**MIRA E.:** «Conducta revoluciona-  
 ria», 21.  
**MIRABEAU:** «Sobre los libros», 86.  
**MIRBEAU O.:** «La sociedad», 70.  
**MISES L. V.:** «Ideas sobre el socia-  
 lismo», 3.  
**MISTRAL G.:** «Plegaria por el ni-  
 ño», 27.  
**MOJICA A.:** «Vidas esclavas», 39.  
 «Salud, puente de Panamá», 94.  
**MONATE P.:** «Basta ya con tanta  
 dispersión», 50.  
**MONTESINOS J.:** «Manifiesto», 20.  
**MONTESINOS R.:** «A un amigo», 114.  
**MONTESQUIEU:** «Sobre los li-  
 bros», 86.  
**MONTHERLANT H.:** «Origen de las  
 desgracias», 50.  
**MONTOVANI J.:** «Sobre educa-  
 ción», 11.

- MONTSENY F.: «Dos libros de Madariaga», 21. «E. Zola», 22. «B. Croce», 24. «Bibliografía por Lambert», 27. «Unamuno», 35. «El dolor de crear», 37. «Stig Dagerman», 43. «Perseguido», 51. «Ensueño», 52. «Aventura», 53. «Entierro a la luz de la luna», 54. «Genitrix», 55. «Robo», 56. «Nocturno en el mar», 57. «Evasión», 58. «Boda», 59. «Milagro», 60. «Hacia la humanidad libre», «Historia sexual de la humanidad», «Marco» y «Geografía de España», 61. «Juegos del amor», 62. «Radowitzki», 63. «Madre», 64. «A Lorenzo en Londres» y «K. Marx y su familia», 69. «Un hombre y un libro», 73. «La tragedia del hombre libre», 74. «E. C. Carbó», 86. «R. Rucker», 94. «Vlamánck fue anarquista», 95. «En torno a F. «Alaiz», 101. «M. R. Vázquez y Ascaso», 103. «Pueblo en armas», 104. «Juventud constructiva», 106. «Viaje a Oxford», 107 y 108. «Panorama internacional» en los Nos. 98, 99, 100, 102 y 105.
- MOORE H.: «Contra Franco», 107.
- MORATORIO O.: «Ante ellos», 85.
- MORO J.: «El hombre ante la ciencia», 23.
- MORELLO: «La mujer», 61.
- MORENO J.: «Bloqueo», 38.
- MORGAN C.: «Sobre el hombre», 9.
- MORO F.: «Consideraciones sobre el dolor», 3. «Cosas viejas», 4. «Soy un refugiado», 6. «Y marie vendimio», 8. «Sendero sensitivo» y «El pájaro mágico», 11.
- MORO T.: «La justicia», 61.
- MOST J.: «Creer, enemigo de pensar», 75.
- MUHSAM E.: «La libertad como principio social», 79.
- MULTATULI: «La vida», 50.
- MUNFORD L.: «Mittin contra Franco», 107.
- MUNOZ W.: «E. Relig», 4. «Cenón», 21. «Huterianos», 24. «Epicteto», 30. «M. Lacerda», 31. «Armand», 33. «Mi anarquismo», 39. «Rincón del bibliófilo», 40. «Gorki y J. Maestán», 42. «Thoreau», 45. «Mito de América», 47. «A. Gerbanes», 48. «Barret y Thoreau», 52. «El terror militar en la España precristiana», 53. «Breviario filosófico», 54. «Dios», 55. «Masculinocracia», 57 y 58. «Apología de la anarquía», 60. «Los bárbaros», 61. «Por los caminos de la anarquía», 62. «Cosecha de luz», 65. «Breve historia del libro» y «Pensamiento de Neuenhuis y Carpenter», 67. «Los maestros», 68. «En la antigüedad» y «El pensamiento de Grave», 69. Whitman y Thoreau, 70. «Origen del anarquismo en Uruguay», 72. «Los árabes», 73. «Arte de imprimir», 74. «Individualismo y fraternismo», 75. «Mi biblioteca» y «El pensamiento de Barret», 76. «En la tierra de Hades», 77. «El Estadio», 79. «Omar Khayyam», 85. «Epicteto», 86 y 87. «Por las verdades del anarquismo», 88. «Thoreau», 89, 91 y 92. «M. Stirner», 93. «Sarandi de Barceló», 95. «J. Warrem», 96. «Schopenhauer», 97 y 98. «I. Puente», 99. «W. Whitman», 101. «R. y Cajal», 107. «B. Réclus», 108. «J. Prat», 109 a 111. «El filósofo de Walden», 112. «E. Boulard», 113. «H. Rymer», 114 a 116. «Thoreau et Hudson», 120.
- MUSE E.: «Escepticismo y porvenir social», 8, 16 y 17.
- MUSONIUS R.: «La felicidad», 65.
- N —
- N. A.: «Pueblo de la meseta», 6.
- NABUCONODOSOR: «Dios», 71.
- NAQUET A.: «Malthusianismo y socialismo», 102 y 104.
- NATOLI M.: «Los deportes», 50.
- NAVARRO LEDESMA: «Los de lo alto», 20.
- NAVARRO T.: «Manifiesto», 20.
- NAVARRO M.: «Emociones y pasiones», 106.
- NERVO A.: «Si una espina me hierre» y «En paz», 55. «La contemplación», 67.
- NETTLAU M.: «Obreros y campesinos», 10. «Fuentes de cultura», 67. «La misión de los anarquistas», 93 y 94. «Correspondencia», 106 y 107.
- NEVES R.: «T. de Fonseca», 62.
- NICOLAI: «Medicina social», 30.
- NIEMAN O.: «Sobre el niño», 68.
- NIEZTSCH: «Amor», 71.
- NINO N.: «Nietzsche y Stirner», 30.
- NOJA H.: «Sentimiento y razón», 50.
- NORE M.: «La honestidad», 50.
- O —
- OCANA F.: «Poder de decisión», 82. «Conquistadores de niños», 92. Tradición autoritaria», 100. «La pedagogía», 101. «Criterio y consecuencia anarquistas», 112. «Penal de muerte», 116.
- OCHOAQUENA F.: «La conducta», 56.
- OFFENER R.: «América-Europa», 13.
- OLAJA F.: «El informe kruscehv», 72 a 86.
- OLIVER M.: «Sobre civilización», 6.
- ORIBE E.: «La vaca», 72.
- ORTEGA Y GASSET: «Sobre cultura», 7. «El hombre», 9.
- OSTERGARD G.: «Anarquismo», 84.
- OTERO C.: «El pasado vuelve o está», 25. «Faroles en altiplano», 30.
- P —
- PALACIO M.: «El español», 29.
- PALACIO S.: «Contrastes», 92. «Sonetos sociales», 100. «Criminal arrependido», 101. «Ambiente de altura» y «Príncipe del crimen», 102. «La rebeldía alma mater del anarquismo», 106.
- PALANTE G.: «Sobre el socialismo», 2. «El progreso», 5. «La crítica irónica», 50.
- PALLARES L.: «Dos besos», 50.
- PANZINI A.: «Una enfermedad, un gato y un marqués», «Dos espectáculos», 12.
- PARDO BAZAN E.: «La modista francesa», 30.
- PARESCOIN J.: «La educación», 68.
- PASCAL: «Condiciones de progreso», 4. «Vida feliz», 50.
- PATAN J.: «Esperanza en Torrelblanca», 15.
- PAULES C.: «Con el silencio», 65. «A. Kibozama», 68. «Con la humildad», 69. «Con la verdad», 72. «Propagar y combatir», 76. «La mendicación», 80. «Objetivo insoluble», 88. «Palanca de Arquimedes», 90. «M. Bakunin», 92. «Necesidad de ideal», 98. «De la discusión sale la luz», 102.
- PAULHÁN F.: «Sobre el hombre», 9.
- PAZ O.: «Cuartillas admirables», 8.
- DARRAQUE: «Canto a la vida», 76.
- PEIRATS J.: «Zaragoza a la v. sta», 1. «La C.N.T. en la Revolución española», 9. «Sobre el pacifismo», 11. «La pretendida crisis del anarquismo», 12 y 13. «¿Existe un anarquismo científico?», 14. «Propaganda: ¿cantidad o calidad?», 15. «Medios y fines», 16. «Excursión a principios de siglo», 20. «Cantayana», 23. «Conciencia histórica», 24. «Razón de Estado, sacrificio y reacción sentimental», 26. «Rabelais», 29. «Objetivo número uno», 30. «Pacto C.N.T.-U.G.T.», 31. «Lessons of the spanish Revolution», «Trentenio de activita anarquista», «El movimiento libertario español», «Les ramblas finissent à la mer», 35. «Krishnamurti», 43. «Aguas del Atlántico», 46. «La autoridad», 49. «Iniciación ideológica», 54 a 63. «Condición humana», 70. «De la verdad a las consecuencias», 78 y 79. «El hombre», 85. «Derecho civil en España», 89. «Fascismo y democracia», 90. «El anarquismo ante la actualidad», 97. «Nicotai-Einstein-Nettlau», 102. «M. Nettelau», 104. «El héroe de la Revolución Esp.», 109. «Ideas negras», 111. «Plan de realizaciones», 112. «Cortina de humo», 114. «Las individualidades en la Revolución Esp.», 116. «Sicosis de Estados», 117. «Sobre nuestra neutralidad diplomática», 118. «El anarquismo de Kropotkin», 119. «España, bajo el problema económico», 120.
- PELAZ L.: «Arte», 50.
- PEREDA J. M.: «España», 26. «Cosas de España», 29.
- PEREZ BURGOS J.: «Imitemos a la llama», 106.
- PEREZ F.: «La pertera», 44.
- PEREZ GALDOS: «Viejas glorias», 11. «Córdoba», 17. «Escuelas de antaño», 30.
- PEREZ GUZMAN: «Las polvaredas», 62. «La educación», 90.
- PEREZ NIEVA: «Tipismo español» y «El cesante», 30.
- PERT C.: «La escuela», 68.
- PERRQUX F.: «Ideas sobre el socialismo», 3.
- PETRICHENCO: «La escuadra del Báltico», 35.
- PHATAN-HAPTON: «La conducta», 65.
- PICÓN J. O.: «Prueba de un alma», 112.
- PINDARO: «Madre común», 65.
- PINILLA F.: «El niño», 68.
- PINO F. (J. F.): «La razón no basta», 7. «No es por ahí», 8.
- PIRINEOS M. (M.C.): «La música», 98.
- PITALUGA: «Sobre cultura», 7.
- PITAGORAS: «Pensamientos», 104.
- PI Y MARGALL: «El arte», 17. «El derecho», 54. «El trabajo», 114.
- PLAJA H.: «R. F. Magón», 85. «Labor a realizar», 105. «Sobre una supuesta crisis del anarquismo», 111 y 112.
- PLANCHE F.: «Sobre el III Certamen socialista», 25.
- PLATON: «Lo que es la vida», 50.
- POCH A.: «La sífilis, enemiga de la belleza», 8.
- POIRSON S.: «El niño», 68.



POMPEYO G.: «M. Servet», 25.  
 POPE A.: «La cultura», 31.  
 POU B.: «P. Delasalle», 35. «La decadencia revolucionaria», 28. «Malatesta», 36. «El 1º de Mayo», 65.  
 PRATELLE A.: «La escuela», 68.  
 PREVERT: «Insomnio», 18.  
 PRIESTLEY J.: «Anarquistas pacíficos», 50 y 51.  
 PRITCHETT V. S.: «Mitin contra Franco», 107.  
 PROUDHON J.: «Sobre el progreso», «La sociedad», 21. «La anarquía», 41. «Esclavo de nada», 50. «El poder», 70.  
 PRUDHOMEAUX A.: «Socialismo y cientismo», 50.  
 PRUNIER A. (A. P.): «Godwin», 7. «Secreto y violencia», 9. «Ante la guerra», 12. «Límites de la rebelión», 13. «Verdad, justicia y libertad», 14. «Desheredados del humor», 32 y 33. «¿Marxismo o anarquismo?», 45. «Socialismo y libertad», 51. «Del científico a la tecnocracia», 62. «Presiones sobre la prensa», 68. «Las ilusiones de un dictador revolucionario», 71.  
 P. S.: «Anarquismo y gradualismo», 63.  
 PUENTE I.: «Sisifos», 30. «Pensar y sentir», 64. «Higiene individual», 91 a 94.  
 PUIG d'A.J.: «Vida en común», 14.  
 PUYOL J. M.: «Ruta sin fin», 29 a 37. «G. Lorca», 39. «Vidas sombras», 40. «A través de mis gafas», 41. «Guñol trágico», 42. «Ojos cobardes», 43. «Rafagas», 45. «Lo religioso de Cervantes», 46. «La novela de Salomé», 47 a 53. «El tren qué pasa», «Perro mártir», 57. «Tres composiciones de Gabriel y Galán», 59. «Nocturno», 61. «Noticia al viento», 63. «Misa pontifical», 68. «Jerez», 71. «Prejuicio», 92. «Los toros de Guisando», 94. «Los Juanes de Cervantes», 96. «El nudo Gordiano», 98. «Los duques del Quijote», 101. «La hipoteca», 105. «Enero», 108. «Trabajos de hombre», 111. «Isla Cristina», 114. «Cervantes», 116 a 118. «Aquella vieja», 119.

— Q —

QUESADA O.: «Kinsey», 46.  
 QUEVEDO: «El gobierno», 115.  
 QUILMA X.: «Las manos», 54.  
 QUIROGA H.: «La abeja haragana», 75.

— R —

RABELAIS: «Los libros», 86.  
 RABINDRANATH TAGORE: «La servidumbre», 66.  
 RACHILDE: «La lucha del animal y la del hombre», 50.  
 RAFAEL C.: «Capitán Araña», 50.  
 RAINBOW J.: «El eterno problema de la libertad», 33.  
 RAINER M. R.: «El poeta», 16.  
 RAMA M. C.: «El último libro de Rusell», 34. «El fascismo como dictadura capitalista», 53. «Prefacio a la crisis española del siglo XX», 117.  
 RAMON Y CAJAL S.: «La sociedad del porvenir», 98.  
 RAMOS CARRION: «La hacha», 21.  
 RAPOPORT C.: «Sobre el socialismo», 3.  
 RAUMSOL: «La mentira», 50.

RAVASINI G.: «El Nepal», 47.  
 READ H.: «La muerte da Kropotkin», 13. «El simiesco imitador de Hitler», 17. «El arte y la evolución», 18 y 19. «La paradoja del anarquismo», 41. «La educación», 42 a 45. «Individuo y grupo», 47 y 48. «Mitin contra Franco», 107. «Anarquía y orden», 118.  
 REBER C.: «Primer congreso de robots», 63 a 66.  
 RECLUS E.: «El progreso», 5. «La educación», 10. «Ideario», 16. «La anarquía», 60. «La sociedad», 61. «El budismo», 65.  
 RELGIS E.: «Los libertarios de Rumania», 1. «La utopía», 2. «Istrati», 3. «Elites y masas», 9. «P. Synkeus», 11. «América-Europa», 13 y 14. «La Marsellesa de la paz», 15. «Cultura y civilización», 18. «Buen camino», 20; «El hombre ante la barbarie», 25 y 26. «Doble moral sexual después de la Revolución rusa», 29 a 31. «El apocalipsis de Blake», 32. «Cerebro e inteligencia», 33 y 34. «Estética de la vida», 37 y 38. «Vida interior», 39 y 40. «Uriel y Spinoza», 42 y 43. «J. Ishill», 44. «Agonía de una civilización», 46 y 47. «Imperialismo literario», 48. «El humanismo, los intelectuales y el comunismo», 52. «Artesanos de la cultura», 54. «Einstein», 56 y 57. «Religión, ciencia y universalismo», 59. «Lo social», 61. «Testimonio para la juventud», 63. «Budapest», 66. «Escuela y enseñanza», 69. «Antroposofía», 70. «Belgrado», 73. «Praga», 76. «Eclécticos», 77. «Melodías», 78. «Semana vienesa», 80. «Berlín», 83. «Bibliotecas», 84. «Introducción a H. Ryner», 85. «Escuela de sabiduría», 90. «Diálogo de los sentidos», 91. «Cementerios», 95. «Las dos caras de Norteamérica», 96. «La gaceta», 97. «Columna del solitario», 98. «Látigo», 99. «Efímera», 100. «Ideográfica y Esperanto», 104. «Filosofía viva», 109. «Literatura de guerra», 111 a 117. «Doce capitales», 118.  
 REMUSAT: «Budismo», 65.  
 RENARD J.: «Ideario», 19.  
 RESPAUT A.: «La irreligión», 82.  
 RACIUS: «Insomnio», 18.  
 RIMBAU M.: «Sobre el niño», 68.  
 ROBIN: «Sobre el niño», 68.  
 ROKER R.: «Proudhon», 8. «Concepciones autoritarias», 9. «Responsabilidad del proletariado», 24. «J. Ishill», 56. «La revolución», 62. «Las leyes», 64. «España musulmana», 109 y 110.  
 ROCHER P.: «El ejemplo» y «El dogmatismo», 50.  
 RODO J. E.: «Más allá», 12. «Pensamiento», 58.  
 ROLAND-HOLST E.: «El sentido en la obra de Tolstói», 49.  
 ROMAIN ROLLAND: «Manifiesto a favor de España», 31. «La guerra» y «La mentira», 50.  
 ROSELL A.: «La bestia humana», 36. «España», 78. «E. Key», 108.  
 ROSELL J. J.: «Poema del nido», 90.  
 ROSENDO (M. LL.): «Cuando el momento llegue...», 81.  
 ROSTAND J.: «Independencia», «Procreación», 50. «Pensamientos», 120.  
 ROUSSEAU J.-J.: «Las leyes», 64.  
 ROUSSET D.: «La voluntad es insuficiente», 50.

R. TROISE P.: «Gorgo», 106. «Nirico», 110.  
 RUBEN DARIO: «España», 26. «A Goya», 58.  
 RUIZ DE LA SERNA E.: «Arboles desnudos», 14.  
 RUIZ J.: «Contra la obscenidad», 48. «Sobre mitología», 64. «¿Es mala la moral inglesa?», 78 a 81. «Sobre educación», 113 a 120.  
 RUSSELL B.: «El error del comunismo», 1. «Reflexiones», 19. «La educación», 30. «Sobre filosofía» y «Mitin contra Franco», 107.  
 RYNER G.: «Ryner en Noruega», 59.  
 RYNER HAN: «Ibsen», 29. «Pena de muerte», «La opinión pública», «La nobleza» y «El cobarde», 50. «La religión de la armonía», 56. «Los estoicos», 70. «F. Ferrer», 87. «Pacíficos», 88. «Judas», 89. «Los arragados», 91. «Bias», 93. «San Agustín», 95. «Los laboriosos», 96.

— S —

SACHA H.: «Contra Franco», 103.  
 SAENGER P.: «Humanismo y socialismo», 91.  
 SAGEREL J.: «Sobre el progreso», 5.  
 SANDERACHIN P.: «El alcoholismo», 36.  
 SALAVERRI V.: «Pío Baroja», 60.  
 SALCEDO R.: «Campanadas de Noel», 74. «Las manos de mi cortijera», 95.  
 SALVADOR T.: «Payeses de remensa», 119.  
 SALVOCHEA F.: «El pobre y el rico», 78.  
 SALZBERG D.: «Realidades», 25. «El anarquismo», 28. «De la revolución a la tiranía», 63. «El comunismo marxista factor de regresión social», 72.  
 SALLES E.: «Su majestad el terror», 20.  
 SAMBLANCAT A.: «Fartarmápolis», 1. «Dolor de España», 2. «Imperio de Manises», 4. «El secano patriótico», 5. «Segovia panera», 8. «Desbravar el aiquizo», 9. «Dos fuerzas de choque», 12. «América-Europa», 14. «Antipapismo», 16. «El roble floral», 21. «R. Lulio», 22. «Cuadrula diplomática», 25. «Canon corintio», 30. «Reconsideración de fastos», 32. «Superturismo dólar», 35. «Entuerto standard», 37. «Étnica hibridación», 42. «Abenjaláun», 43. «Proscripción inmerita», 46. «Irracionalismo», 48. «Sócrates y la suripanta», 51. «Neogénesis de la cultura», 54. «Propiedad lacnerosa», 58. «El Zeus Avesta», 60. «Tranchete del profeta», 68. «Lengua de Homero», 74. «Sofrosine», 77. «Tajfas como trufas», 80. «Alta Indra», 81. «Calendas Justinianas», 84. «Tatarsal tridentino», 87. «Gorki acrisolado», «Los nibelungos», 94. «Cábedo de génto», 97. «Maniqueísmo», 101. «Aragón», 103. «Jaz de libertades inglesas», 106. «Ni dios ni amo», 107. «Sacramento Social», 109. «Cábulos de mareantes», 110. «Nepitismo criollo», 111. «Bastardía de linajes» y «Los fueros aragoneses», 113. «Peladanes», 115. «Serranilla graya», 116. «Narcisismo del zapote», 118. «Payeses de remensa», 119. «La ciudad palagiana», 120.  
 SANCHEZ L.: «A. Giraldo», 50.  
 SANCHEZ OCANA: «Caprichos de hombre», 56.

SAN DOVAL M.: «Siempre», 21. «La atención», 23.  
SAN MARLIN: «Pensamientos», 22. «Sobre el niño», 68.  
SANS AMAT J.: «Obra del catolicismo», 103.  
SANSON P.: «Mitin contra Franco», 107.  
SANTAYANA G.: «Lo que hay que aprender», 50. «La lealtad», 118.  
SANTOS E.: «Expediente irracionalista», 103.  
SARMIENTO: «Criminales absueltos por la Iglesia», 75.  
SARRAU L.: «Cautiverio», 89. «Viejo mar», 102.  
SARTRE J. P.: «La falsa modestia», 50.  
SCHAEFFER: «El gobierno», 64.  
SCHELER M.: «El hombre», 9.  
SCHIENERT D.: «Los prejuicios», 50.  
SCHOPENHAUER: «Lo peor», 50.  
«Notas», 65. «Las religiones», 75.  
SCHUBERT: «Pensamiento», 58.  
SCHUMAN A.: «La exageración», 50.  
SCHWARTZMAN J.: «Chavaká, hereje», 48. «Lucrecio, teórico social», 118.  
SCLZ E. P.: «Nuestra sociedad», 50.  
SEGARRA P.: «Cómo organizarse», 22.  
SEGUI S.: «Sindicalismo y cultura», 25.  
SENDER R.: «K. Laxness», 62. «El ensayo», 67. «Heine», 68. «Cocoteau», 69. «Hugo», 71. «Escritores franceses en los U.S.A.», 74. «Platón en la Quinta Avenida», 83.  
SENECA: «La guerra», 60.  
S. E. P.: «El anarquismo entre esquimales», 19.  
SERGIO (J. B.): «Astronomía del día», 67. «Rincón del saber», 68 a 77. «Trogodaitos», 85. «Nuestro mundo», 86. «Panorama internacional», 98.  
SHAKESPEARE: «Pensamientos», 22. «Los tiranos», 118.  
SHAW B.: «Pena de muerte», 71. «El estilo», 115.  
SILONE I.: «Variaciones», 2.  
SIMON J.: «Pensamiento», 58.  
SIMON L.: «Europa-América», 13. «Nuestro esfuerzo», 86.  
SLONIMM: «En honor de Tolstoi», 119.  
SMITH L.: «La escuela», 68.  
SOREL: «Misión de los trabajadores», 18.  
SOILLILO N. A.: «Trabajo a cadena», 19.  
SOUVENANCE J.: «Barbedette» y «La reacción del puntazo», 50.  
SPEARHART R.: «Sobre el progreso», 5.  
SPENCER: «Sobre educación», 11. «Parasitismo animal», 50.  
SPENGLER O.: «Sobre la cultura», 7. «El nombre», 9.  
SPINOZA: «Dios, un absurdo», 75.  
SPRANGER E.: «La cultura», 8.  
STEIN L.: «Sobre cultura», 8.  
STEINBERG I. N.: «Ingenieros del alma humana», 17.  
STENBECK J.: «Marcha hacia el oeste», 16.  
STENDAL: «La vida», 50.  
STIG DAGERMAN: «A la España de los luchadores», «España», 48.  
STIRNER M.: «Lealtad», 50. «Dios, pretexto para matar», 75.  
SUARES A.: «Fidelidad», 50.  
SUAREZ C.: «Krishnamurti y la unidad humana» y «Conocimiento de sí mismo», 43.  
SUAREZ J. M.: «Apostilla a Berne-

ri», 6. «Destino de los precursores», 7. «La televisión», 11.  
SUNO (W. M.): «Microcultura», 59 a 119.  
SUX A.: «Las catástrofes», 57.

— T —

TABOADA L.: «Los cursis», 30.  
TAMOINE O.: «El niño», 61. «Lo peor», 75.  
TATO LORENZO: «Valorización del tiempo», 6. «La Rvón. Esp.», 19.  
TCHERAESOFF W.: «Crítica del marxismo», 4.  
TEJERINA: «Los silicones», 61. «La química contra el fuego», 63. «Exceso de población», 92.  
TOLSTOI A.: «Yo vi morir a Tolstoi, mi padre», 119.  
TOSLOI L.: «Los poderosos», 61. «Los holgazanes», 71. «La cruz», 75.  
THOREAU H. D.: «Solo o acompañado», 50. «Walden», 87. «Vida sin principios», 100 a 106.  
TOYNBEE A. J.: «Sobre civilización», 6.  
TRASEAS: «La felicidad», 65.  
TRAVEN B.: «La personalidad», 18.  
TURGOT: «Las leyes», 64.  
TURGUENEF: «Fragmento», 107.  
TWIN M.: «Washington», 7.

— U —

UCAR E.: «Canto a los forjadores españoles», 7.  
UGARTE M.: «Rebeliones», 91.  
UNAMUNO: «Salamanca», 29. «Extractos», 65. «Sobre el marasmo actual de España», 106.  
URALES F.: «Sobre educación», 68. «Por qué no sueños comunistas», 69.  
UTSUIN-CHEN: «La educación», 10.

— V —

VAGRE J.: «El orden», 110.  
VALDES R. J.: «Crónica científica», 51.  
VALENCIA: «Chaplin», 44.  
VALERA F.: «Ante la tumba de Machado», 118.  
VALERA J.: «España», 26.  
VALERY P.: «La guerra», 50.  
VALIENTE J.: «Mujeres libres», 103.  
VALLINA P.: «El infierno verde», 25. «Las serpientes ponzoñosas», 27. «Paludismo», 28 a 30. «Fuego de los trópicos», 31. «La disenteria», 33. «Uncinariasis», 34. «Un gran meamiento: el agua», 37. «Comedores de carne humana», 38. «Comedores de cerdo», «Triquinosis», 41. «Locos por su culpa», 45. «Mal del pinto», 50. «La fuente de la vida y de la muerte», 54 y 55. «El alcohol, la mujer y el niño», 71. «La historia triste de mis libros», 85. «Extremadura y la justicia del pueblo», 103.  
VALLS E.: «La India y sus pensamientos», 93.  
VARGAS VILA: «El amor a Dios», 75. «Fragmentos», 110.  
VAUVENARGUES: «Sobre los libros», 86.  
VEGA ALVAREZ: «Niños de azabache», 63. «Soledades sin prisa», 70.  
VELASCO S.: «La educación», 62.  
VEGA J.: «¿Armas secretas?», 42.  
WELLS H. G.: «El mundo», 17.  
VERGANE S.: «Terror militar», 43 a 49. «Carne y sangre», 60.

VERLAINE P.: «La canción buena», 40. «Personajes de Masip», 44.  
VIADIU J.: «Radowitzki», 73.  
VIGNES J.: «Encuesta», 84.  
VILAGELIU J.: «Pequeño episodio», 9. «Otro episodio», 10.  
VILASETRU P.: «México», 98. «Don Juan español y universal», 99. «El sentimiento democrático español», 102 a 105.  
VILLAESPESA F.: «La ruca», 25.  
VILLEGAS L.: «Trío», 84. «La democracia», 96.  
VINA M.: «El secreto de la Gironda», 44.  
VINUALES M.: «Literatura latina», 6. «Estudio de artistas», 16. «Sancho Panza», 19. «P. E. Ureña», 32. «La novela norteamericana», 34. «Peñíscola», 35. «S. Diaz», 36. «D. J. Sierra», 38. «G. Florez», 40. «Solo quien conoce a Dios conoce al hombre», 13. «El diavolo», 44. «Zarabanda franquista», 46. «Revistas sobre mi mesa», 49. «Fraudes de Carlos III», 51. «El perro que supo perdonar», 118. «El abuelo y la muerte», 119.  
VIVEKANANDA: «Cómo mejorar el mundo», 50.  
VOGT C.: «La anarquía», 64.  
VOIVENEL P.: «La edad crítica», 22.  
VOLGA MARCOS: «Simfonía», 23. «Leyenda de flores», 32. «Alma del pensador», 42.  
VOLNEY: «El hombre», 9.  
VOLTARE: «Pedagogía», 68. «Los libros», 86.

— W —

WHALE J. S.: «Sobre el hombre», 9.  
WHITMAN W.: «Pensamiento», 56.  
WILSON C.: «La guerra», 50.  
WOODKOCK G.: «El príncipe anarquista», 2. «El escritor y la política», 16 y 17. «Anarquismo constructivo», 19. «Regla de la vida», 23. «La muerte de Kropotkin», 36. «Bakunin y la Internacional», 39. «Orwell y el anarquismo», 56 a 60. «Godwin», 82. «Fourier», 90. «A. Herzen», 95.

— X —

X.X.X. (M.N.): «La cibernética», 17. «¿Cómo evitar una nueva guerra?», 24.

— Y —

YA-HIAN: «La civilización china», 65.  
YAMAGA T.: «La Rvón. Esp.», 19.  
YAMANDA G.: «La resistencia del nativo americano», 23.  
YUNG R.: «La vida infernal de los obreros atómicos», 39.

— Z —

ZEDA V. (A.R.): «La escuela», 68. «Tara abúlica», 82. «Alfabetismo y cultura actuales», 88. «Anestesia mundial», 97. «Opio político», 100.  
ZISLY H.: «Sobre el niño», 68.  
ZOLAE: «Sobre educación», 66 a 76.  
ZORRILLA J.: «A la estatua de Cervantes», 64.  
ZUBER S.: «Naturaleza», 60.  
ZWEIG S.: «El refugiado», 110. «Los libros», 118.

de las masas, quienes tienen que hacer tremendos sacrificios para lograr una rápida acumulación del capital, utilizaron ideologías socialistas combinadas con ideologías nacionalistas; así han conseguido la reciente cooperación de los gobernados.

Hasta aquí el sistema de libre empresa es bastante superior al comunista, porque ha conservado una de las más grandes aspiraciones del hombre moderno: la libertad política, y, con ello el respeto a la dignidad y a la individualidad del hombre, que nos vincula con la tradición fundamental y espiritual del humanismo. Esto hace posible la crítica, y el proponer cambios sociales constructivos, lo cual, en la práctica, es imposible dentro del Estado policiaco soviético. Sin embargo, es de esperarse que cuando los países soviéticos alcancen el mismo nivel económico de desarrollo de Europa Occidental y los Estados Unidos, esto es, que una vez que puedan satisfacer la exigencia de una vida cómoda, no necesitarán ya del terror, sino que serán capaces de emplear los mismos medios de control que el Occidente: sugestión y persuasión. Este desarrollo hará que coincidan el capitalismo y el comunismo del siglo XX. Ambos sistemas se basan en la industrialización, su finalidad es incrementar la eficiencia económica y la riqueza. Son sociedades regidas por una clase dirigente y por políticos profesionales. Ambas son materialistas por completo en sus puntos de vista, a pesar de la palabrería de la ideología cristiana en el occidente y del mesianismo secular en el oriente. Organizan a las masas mediante un sistema centralizado, en grandes fábricas, en partidos políticos de masas. Si ambas continúan en el mismo camino, el hombre-masa enajenado, bien alimentado, vestido, que se divierte mucho, el hombre-automata (gobernado por burócratas que tienen tan pocas miras como él) tomará el lugar del hombre creativo, sensible y reflexivo. Las cosas ocuparán el primer lugar, y el hombre habrá muerto. *Hablará de libertad y de individualidad, pero no será nadie.*

¿Dónde nos encontramos hoy en día?

El capitalismo y un socialismo adocenado y falsificado han conducido al hombre a una situación en que está en peligro de convertirse en automata deshumanizado, está perdiendo su cordura y se halla en vísperas de su total autodestrucción. Sólo la plena conciencia de su situación y de sus peligros, y una nueva visión de la vida que pueda realizar las metas de la libertad humana, dignidad, poder creador, razón, justicia y solidaridad, podrán salvarnos de una casi segura decadencia, pérdida de la libertad o destruc-

ción. No estamos obligados a elegir entre un sistema administrativo de libre empresa, y uno comunista. Hay una tercera solución: un socialismo democrático humanista que, basado en los principios originales del socialismo, ofrece la visión de una nueva sociedad verdaderamente humana.

### ¿Cuáles son los «principios» que sustentan la idea de un socialismo humanista?

1. Un sistema social y económico no es sólo un sistema específico de relaciones entre «cosas e instituciones, sino de «relaciones humanas». Cualquier concepto y práctica del socialismo debe examinarse según la naturaleza de las relaciones de los seres humanos a quienes está destinado.

2. En toda clase de convenios sociales y económicos, el hombre constituye el valor supremo. El objetivo de la sociedad es ofrecer condiciones para el pleno desarrollo de las facultades, la razón, el amor y el poder de creación. Toda medida social debe conducir a vencer la enajenación y la incapacidad del hombre, a permitirle lograr la libertad real, y la individualidad. El propósito del socialismo es crear un conjunto humano en el que el pleno desarrollo de cada uno es la condición para el desenvolvimiento de todos.

3. El principio supremo del socialismo es que el hombre tenga prioridad sobre las cosas, la vida sobre la propiedad, y, por consiguiente, el trabajo sobre el capital. Que el poder provenga de la creación, no de la posesión; que el hombre no sea gobernado por las circunstancias, sino éstas por aquél.

4. En las relaciones entre personas debe regir el principio de que cada hombre es un fin en sí mismo, y jamás debe convertirse en un medio para los fines de otro. De este principio se desprende que ninguno debe estar sujeto personalmente a otro individuo, porque éste posea capital.

5. El socialismo humanista se funda en la creencia de la unión de la humanidad y en la solidaridad de todos los hombres. Combate cualquier forma de culto al Estado, a la nación o a la clase. Considera que la suprema lealtad debe ser para la raza humana, y para los principios morales del humanismo. Se esfuerza por vivificar aquellos valores e ideas sobre los que se erigió la civilización occidental.

6. El socialismo humanista se opone radicalmente a la guerra y a la violencia en todas y en cada una de sus formas. Cualquier intento de resolver problemas sociales y políticos considera no sólo fútil, sino inmoral

e inhumano. Por lo tanto, se opone firmemente a toda clase de armamentos, así como a cualquier política que intente conseguir la seguridad por las armas. Considera que la paz no debe ser sólo ausencia de guerra, sino un principio positivo de relaciones humanas basadas en la libre cooperación de todos los hombres para el bien común.

7. De los principios socialistas se desprende no sólo que cada miembro de la sociedad se siente responsable por sus conciudadanos de todo el mundo. La injusticia que permite que las dos terceras partes de la raza humana padezcan hambre, o mueran, debe ser reparada por un esfuerzo mayor que el que han hecho hasta ahora las naciones ricas, para ayudar a los países subdesarrollados a alcanzar un nivel económico satisfactoriamente humano.

8. El socialismo humanista aboga por la libertad. Pretende que el hombre se libere del miedo, de la necesidad, de la opresión y de la violencia; pero la libertad no es sólo libertad *de*, sino también *para*; libertad para participar activa y responsablemente en todas las decisiones que se relacionen con los ciudadanos, libertad para desarrollar en su más alto grado posible las cualidades humanas del individuo.

9. La producción y el consumo deben estar subordinados a las necesidades del desarrollo del hombre, no a la inversa. En consecuencia, toda la producción debe regularse por el principio de utilidad social, y no por el beneficio material que le reporte a algunos individuos o empresas. Por consiguiente, si se debe escoger entre una gran producción, por una parte, o una gran libertad y desarrollo humanos, por la otra, debe elegirse el valor humano en vez del material.

10. En el socialismo industrial, el objetivo no es alcanzar la más alta productividad económica, sino la humana. Esto significa que la manera en que el hombre emplea la mayor parte de sus energías, tanto en el trabajo como en el ocio, debe tener un significado y ofrecer un interés para él. Se debe estimular y auxiliar el desarrollo de todas sus facultades humanas, tanto intelectuales como emocionales y artísticas.

11. Aunque para vivir se deben satisfacer las necesidades básicas materiales, el consumo no debe ser un objetivo en sí mismo. Debe evitarse todo intento de estimular artificialmente las necesidades materiales en provecho de las ganancias. El desperdicio de las fuentes materiales y el desgaste sin sentido, con fines de consumo, es dañino para el desarrollo de la madurez humana.

# España bajo el prisma económico

L
 A editorial parisina Calmann-Lévi ha publicado, en el tercer trimestre del año en curso, la interesante obra de Ignacio Alagüe, «L'Espagne au XXe siècle» (1). Desconocemos de este autor los datos biográficos más elementales que, según costumbre establecida, debieran acompañar a la edición. El trabajo revela al economista de afincada experiencia, pero delata, cuando menos, su negligencia política. La consecuencia capital de su análisis tira a dialéctica, a materialista histórica. Los factores económicos preceden y sumergen los breves capítulos dedicados a la dinámica humana peculiar de los españoles y tratan muy ceñidamente de los menesteres filosóficos, científicos, artísticos, etc.

Los efectos económicos se desmenuzan a través de las tres cuartas partes del libro. El mundo hispánico, a una y otra orilla del Atlántico, no ha conocido a tiempo, o no ha conocido nunca, los beneficios económicos de la revolución industrial del siglo XIX y, en consecuencia, tampoco sus repercusiones sociales e intelectuales. Faltamos también a la cita de la segunda revolución técnico-industrial del presente siglo. Los esfuerzos para recuperar el tiempo perdido han conocido los inconvenientes de una flagrante desventaja con respecto a los avisados madrugadores europeos. Bien que mal — más mal que

bien — pasamos a la electricidad y al motor de explosión sin apenas habernos familiarizado con la caldera de vapor. Más recientemente hemos dado un brinco a la era del avión sin casi transición desde la época del tiro de mulas. Cuando los caminos de hierro empiezan a electrificarse aparece el motor Diesel. La carretera y la rueda de caucho, priman hoy sobre la red ferroviaria, insuficiente y mal trazada.

Nos hemos esforzado en esta carrera contra el tiempo desperdiciado. (¿En qué siestas o luchas bizantinas?) El señor Olagüe no es aquí amigo de detalles. Su obsesión son las causas geográficas, climatéricas, administrativas y, en fin, políticas hasta ciertos límites. Europa concibió una segunda mitad del siglo XIX de paz relativa que nosotros malogramos. Olagüe apunta discretamente que carecimos a la sazón de unidad política. Y empezábamos a hacer músculo en la práctica democrática — siempre a remolque de nuestros vecinos del norte — cuando éstos ponían ya en cuestión estos mismos principios. Acto seguido la duda se apoderó de nosotros y empezamos a pelearnos. Resultado: En los cincuenta años primeros de este siglo hemos conocido en casa los regímenes políticos más dispares: democracia parlamentaria, monarquía constitucional, amago corporativista y férula totalitaria. Por lo que a lo último respecta, la mitad de los sesenta

12. El humanismo socialista es un sistema en el que el hombre gobierna el capital, no éste al hombre, en el que el individuo manda sobre sus circunstancias, no éstas al hombre, en el que los miembros de la sociedad planean lo que desean producir, en lugar de que la producción obedezca las leyes del poder impersonal del mercado, y las del capital con su inherente necesidad de ganancias máximas.

13. El socialismo humanista es la continuación del proceso democrático en la esfera económica, más allá del terreno puramente político. Esto significa democracia política e industrial, y la restauración del sentido original de la democracia política: la verdadera participación de los ciudadanos, bien informados y responsables, en todas las decisiones que los afecten.

14. La continuación de la democracia en la esfera económica significa el control democrático de los

participantes en todas las actividades económicas: obreros, ingenieros, administradores, etc. El socialismo humanista no se interesa principalmente en la propiedad legal, sino en el control social de las industrias grandes y fuertes. El control irresponsable de la administración burocrática que representa los intereses del capital debe ser reemplazado por tanto el máximo de descentralización administrativa que actúe en nombre de los que producen y consumen, y que sea controlada por éstos.

15. El objetivo del socialismo humanista sólo puede alcanzarse implantando el máximo de descentralización compatible con el mínimo de centralización necesaria para el funcionamiento de una sociedad industrial. Las funciones de un Estado centralizado deben ser reducidas al mínimo, en tanto que la actividad voluntaria de los ciudadanos que cooperen libremente constituiría el me-

canismo central de la vida social.

16. El socialismo humanista es el resultado lógico y voluntario del ejercicio de la naturaleza humana en condiciones racionales. Es la realización de la democracia arraigada en el legado humanista del género humano, acondicionada a una sociedad industrial. Es un sistema social que opera sin emplear la fuerza: ni la física ni la sugestión hipnótica por la que los hombres son forzados sin darse cuenta de ello. Sólo puede lograrse mediante un llamado a la razón del hombre y a su deseo de una vida más humana, rica y significativa. Se basa en la fe en la habilidad del hombre para construir un mundo que sea verdaderamente humano, en el que el enriquecimiento de la vida y el desarrollo del individuo serían los principales objetivos, en tanto que los fines económicos se reducirían a su justo papel de medios para una vida humana más fértil.

años de este siglo los españoles hemos vivido en dictadura. Según el señor Olagüe porque hemos renunciado a la libertad por amor al menor esfuerzo.

**El infortunio político de los españoles procede del económico, éste del climático, y éste, a su vez, del geográfico**

A excepción de algunos riegos de Levante y Aragón se puede afirmar que España no conoció la irrigación propiamente dicha en la antigüedad. Los primeros síntomas de sequía empiezan a notarse a fines del imperio romano. ¿Exagerarían la fertilidad de nuestro suelo antiguos panegiristas, desde Strabón a Columela? Son demasiados los testimonios coincidentes sobre que España fuese el granero de Roma.

El autor se pronuncia por la hipótesis de un cambio de clima brusco en nuestra península. Hasta 1550 todo son elogios a nuestro clima. A partir de aquella fecha los elogios se convierten en lamentaciones. Los economistas del siglo XVI se extrañan del nuevo fenómeno. Los naturalistas habían llegado a la conclusión apresurada de la estabilidad de la Naturaleza. Pero los geólogos del siglo pasado empezaron a enseñar el fenómeno de la transformación lenta de la superficie de la tierra. Hoy sabemos de transformaciones geográficas recientes. No se historia hoy sin el consenso de la geografía. (Honor a Eliseo Reclus y a su «Hombre y la Tierra»). La sequía de nuestra península sería consecuencia de la que se produjo desde los primeros siglos de nuestra era en África y que convirtió las estepas del Sahara en desierto. En la antigüedad el Sahara era una estepa que se atravesaba a caballo. Esta mutación climática explica la decadencia de las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente.

Actualmente las nubes que se forman en el Atlántico penetran en el continente europeo a través de corredores más o menos precisos según las presiones y la orografía. Los ciclones que vienen del Atlántico si no se forman en la región de las Azores, resbalan a lo largo de la barrera cantábrica. La ruina de nuestro clima produjo, según el autor que comentamos, nuestra despoblación y la emigración a América.

Se omiten aquí otras causas de tipo religioso, racial, humano. A saber: La expulsión de los judíos y de los moriscos; el abandono, en consecuencia, de la agricultura y del artesanado. La España cristiana y caballeresca sentía horror por el trabajo. Pese al señor Olagüe, España siguió poblándose... siguió poblándose de conventos.

Desde el siglo pasado se ha realizado en nuestro país un gran esfuerzo hidráulico, pero los geólogos fueron poco consultados. El problema de la irrigación era más complicado de lo que se había supuesto. En cuanto a la explotación agrícola concibióse ésta en un sentido extensivo y no intensivo. Lo primero es una prima a la erosión. Corregimos el latifundio con el minifundio, éste emprendido por los gobiernos de la segunda república con estrecho criterio parcelario. El parcelamiento multiplica los pequeños propietarios, quienes languidecen por falta de recursos ante la pasividad del Estado. «Ante esta penuria de medios de explotación una pequeña

minoría ha emprendido un movimiento de grandes consecuencias para el porvenir: el trabajo en común.» ¿Si sabrían esto nuestros colectivistas de 1936 que no concian a Costa! Pues España es un país que prospera, pero este progreso, señala el señor Olagüe, ha sido obtenido por el trabajo de los españoles y no por iniciativa del Estado «cuya acción estos últimos años ha sido más nociva que bienhechora». El agricultor castellano, con medios rudimentarios ha sacado el mayor rendimiento de las tierras áridas. Y de las irrigadas, el labrador levantino. En España las comunicaciones por carretera, de iniciativa ciudadana, son más importantes que las ferroviarias, bajo la petardidad del Estado. Los propios caminos de hierro eran más eficaces cuando pertenecían a la iniciativa privada.

Esta prosperidad general no tiene que ver con las estadísticas. Los agricultores se ponen de acuerdo para esconder al Estado (fisco) el rendimiento de sus cosechas. Las sociedades anónimas poseen varios libros contables. Copian en esto al gobierno totalitario, para quien los problemas económicos constituyen secretos de Estado, como táctica para despistar al enemigo exterior. En suma: que las estadísticas que conciernen a la producción deben ser consideradas como un mínimo. Los años comprendidos entre 1901 y 1914 vieron un comercio exterior español más importante que en nuestros días.

**Después de la guerra civil**

Señala el señor Olagüe que después de la guerra civil la crisis moral y material habría podido ser dominada con una política de generosidad y sensatez económica. El Estado quiso ejecutar por sí mismo un vasto plan de industrialización del país. Era indispensable establecer un plan científico previamente, «abrir un debate público para confrontar opiniones de gente competente». De ninguna manera; se repitieron los errores de Primo de Rivera y «se derrochó el dinero de los contribuyentes lanzándolo a una sima sin fondo». La consecuencia fue la inflación. Según los datos oficiales los precios al por mayor han aumentado doce veces desde el comienzo de la guerra civil. Es decir, «que los precios pagados por los españoles al detalle son de 18 a 20 veces más elevados, y aun más, que los de 1936». Se ha llegado a pagar el kilo de patatas 30 veces por encima del valor en aquella época.

He aquí un vistazo de salarios. Según datos oficiales el salario real de los obreros en el curso de 1957-58 oscila más o menos entre 70 a 80 pesetas por día (el salario de base es inferior). La media del de 1936 podía calcularse entre 10 y 12 pesetas. De acuerdo con el alza de los precios actuales, para equilibrarse con los de aquella época, los obreros deberían ganar actualmente de 200 a 240 pesetas diarias.

Pasamos en silencio la última parte de la obra que comentamos no por falta de interés sino por su demasiada asimilación a los manuales corrientes. Repetimos, el libro de Ignacio Olagüe es ante todo el de un economista propenso a interpretar todos los fenómenos bajo el rígido prisma de su ciencia favorita.

JOSE PEIRATS

(1) Ignacio Olagüe: «L'Espagne au XXe siècle», Calmann-Lévy, Paris, 1960. 212 páginas.

**N**O siento ninguna enemistad respecto del que cree en Dios.

Ello simplemente porque la libertad, que reclamo para mí, de no creer tiene por corolario la libertad, para mi semejante, de creer. Este ha sido siempre el punto de vista de los anarquistas individualistas. «A pesar de ver en la jerarquía divina una contradicción de la anarquía, incluso siendo no-creyentes, los anarquistas no son por ello menos partidarios de la libertad de creer y se oponen firmemente a toda negación de la libertad religiosa.» (B. J. Tucker, «Instead of a booq»). El anarco-comunista Lames, autor de «Malthus y el Anarquismo», escribió en su «Vindication of Anarchism»: «Yo no he querido jamás poner en duda la existencia de una primera causa inteligente ni hablar con desprecio de tales pruebas de la inmortalidad del alma que han convencido a hombres de ciencia como son los Crooks y los Lombroso». En lo que me concierne yo añado que estoy dispuesto a cooperar para un objetivo determinado con espiritualistas «individualistas», es decir, no pertenecientes a ninguna organización eclesiástica jerarquizada, desprendidos de los prejuicios convencionales y profundamente adversarios de las dominaciones y de las explotaciones de toda clase.

Establecida debidamente esa actitud de «buena vecindad», conviene examinar si, a la luz del análisis, de la razón, del sentido común, lo que llamamos «hipótesis-Dios» es admisible y puede defenderse, material, filosóficamente hablando.

Por mi parte, mantengo que bajo cualquiera de los aspectos mencionados, Dios es una hipótesis, siempre consecuencia de la imaginación del cerebro humano, que no tiene ninguna consistencia fuera de la capacidad creadora de la inteligencia humana, en fin que ella es «antropomórfica» en sumo grado.

Materialmente, cuando se trata de representar la divinidad, los creyentes recurren a imágenes que reproducen ya sea los seres que tienen a su vista, o bien aquéllos de los que se sirven para forjar un ideal. Los dioses y diosas griegas representan con el aspecto de seres que han alcanzado plenamente la perfección corporal y el Padre Eterno aparece con los rasgos de un anciano venerable y majestuoso. Sin duda, esas representaciones pueden ser monstruosas, etcétera — lo que depende las concepciones religiosas de la época — pero siempre basadas sobre el cuerpo humano. Lo que pueda ser añadido o quitado a ese cuerpo importa poco; que la divinidad esté dotada de varias cabezas, brazos o piernas, de un falo exagerado, de alas o atributos amplificadas o disminuidos — diccio-

nes o mutilaciones, siempre es el cuerpo humano el punto de partida. Desde luego, existen divinidades representando total o parcialmente animales, pero el procedimiento es siempre el mismo: si no se refiere al cuerpo humano, el creyente se basa en organismos de los cuales conoce la estructura corporal.

¿Qué puede haber de más antropomórfico que el mismo totemismo?

Evidentemente esas representaciones no son más que símbolos, y su objetivo es recordar a los fieles las diversas potencias que detentan, espiritualmente considerados los ídolos de madera, de piedra, de metal, o su imagen pintada o grabada. Tal representación evoca un poder maléfico o benéfico, ésta, la fuerza, la fecundidad, aquélla la piedad, la sabiduría o la justicia, etc. El creyente vulgar no comprende una papa de filosofías ni metafísicas. Está simplemente aterrorizado, envuelto en su misticismo, desesperado o vuelto a la esperanza, llevado a la resignación o al heroísmo por los símbolos. Esa clase de creyentes tiene necesidad para consolidar su fe, en uno u otro sentido, de contemplar, con sus sus propios ojos una imagen tallada, esculpida o pintada de la divinidad que tema o revera, dispensadora de los bienes de que goza o de los males que le afligen. Lo que no quiere decir, evidentemente, que comprenda el símbolo de la imagen a la que rinde culto.

Hay sectas y religiones que prohíben en los templos cualquier representación de la divinidad. Pero, sean cuales fueren, llegadas a cierto estado de evolución, todas terminan por llenar la divinidad de atributos como la omnipresencia, la omnipotencia, suprema Bondad, Conocimiento absoluto, Sabiduría extrema, Equidad, Misericordia, Inefabilidad, etc. etc. Todas las cualidades (exageradas), que llegan a ser para el hombre, deseables y meritorias. Imaginar por el contrario, por ejemplo, una divinidad celosa, envidiosa, inexorable, vindicativa, etc., es dotarla de pasiones igualmente humanas. Que simbolice el Soberano — bien o el Soberano — mal, la «hipótesis-Dios», tiene siempre su fuente en la imaginación humana. El «Eterno de los Ejércitos», como el «Dios de las gentes honradas» o «el señor de la Naturaleza sembrando por doquier la vida y la fecundidad», ni tienen realidad más que en el cerebro de quie-

# Dios, una

Por E. ARMAND

nes les han inventado. Por otra parte, relativamente a la «hipótesis-Dios», ¿cuál puede ser el sentido exacto de las abstracciones tales como Grandeza, Justicia, Bondad, Sabiduría, etc.? Los seres que los creyentes se imaginan representando sus divinidades no son sino super-Hombres, o super-Mujeres, en general inmortales, sobresalientes en lo que se llama el bien o el mal, alcanzando ya sea la super-Perfección o el super-Gangsterismo, pero no yendo nunca más allá de la capacidad imaginativa del hombre.

Los argumentos escolásticos empleados muy a menudo por ciertos propagandistas del libre pensamiento están tan marcados de antropomorfismo como los invocados por los deístas de toda disciplina. Tomemos por ejemplo el problema del sufrimiento: Dios, que sabe todo, prevé todo y, además, es omnipotente, puede suprimirlo, puesto que es bueno, justo, etc.... Si no lo suprime es que no es omnipotente, a menos que sea cruel. O bien no ha sabido preverlo y entonces es que no sabe nada. Ahora bien, son los teólogos quienes postulan que Dios es omnipotente y omnisciente. Es fácil observar que eso no tiene nada que ver con la realidad o no de la «hipótesis-Dios», puesto que se trata de un producto de la imaginación de los teólogos. Sucede también con el argumento que, siendo dado que los seres han sido creados libres, su creador les deja obrar en libertad contentándose con llamar al orden por advertencias particulares o generales, de los que no hace ningún caso. Todos esos argumentos pecan por la base, yo lo reitero, puesto que ellos imaginan la divinidad provista de sentidos y de sentimientos humanos, que esta divinidad se lamenta por los males de sus propias criaturas hasta el punto de hacerse crucificar a fin de redimirlos, o que, por el contenido, sarcástico o irónico se contente de su dolor y les inflija eternos tormentos.

Desde cualquier ángulo que se examine la «hipótesis-Dios», nos damos cuenta de que, moralmente hablando, los poderes que le atribuyen son amplificadas, los que posee el ser humano, o los que ambiciona poseer, sin olvidar que esta hipótesis, fácil, cómoda, ha sido explotada bajo todas las formas dominadoras de toda envergadura, desde el brujo, el mago, el jefe de la Iglesia o el conductor de Pueblos (o sus agentes).

# hipótesis

(Trad. F. FERRER)

Dios « Gran Relojero », « Gran Arquitecto del Universo », — « Inteligencia Suprema — «Célula Inicial» — «Dictador, Regulador o Legislador Cósmico» — Supremo Físico, Químico o Mecánico del Mundo, incluso « vertebrado gaseoso » — tantas y tantas ideas emanando, como el resto, del pensamiento humano, de la imaginación humana. Yo recuerdo a tal archi-libre-pensador, enunciando, con tono teatral que «la ciencia había tomado a Dios por el cuello gritándole: « ¡Tú no existes! » Como manifestación de antropomorfismo, era un éxito tanto como un absurdo.

Desde hace mucho tiempo, los teólogos y los filósofos deistas se han dado cuenta de la noción popular de la idea de la divinidad o del grosero antropomorfismo de la representación que dan los libros religiosos, empezando, en lo que se refiere a Occidente, por los primeros capítulos de la Biblia. Es así que en «La Moral y las Morales» (P. 47), en el capítulo del «Problema del conocimiento», M. S. illet, profesor en la Facultad Católica de París, describe a Dios como a «un ser que no tiene necesidad de recibir el impulso creador, sino que el Acto puro, el Ser mismo, y por ende, necesariamente creador de todas las cosas». «Tal es — prosigue M. Gillet — el Ser que nosotros llamamos Dios, síntesis viva de todo lo que es, cuyo pensamiento creador se halla analógicamente en todos los seres, incluso amasados de materia, y los hace inteligibles en potencia en espera de que nuestra inteligencia, por la intuición abstractiva que le es propia, les despoje de su materia y los haga inteligibles en acto.»

No importa qué persona de buena fe reconocerá que esta concepción del «Ser que nosotros llamamos Dios» no cede en nada, cuanto al antropomorfismo, a las otras representaciones de esta hipótesis. De lo que se deduce que, puesto que todos los seres no son intellibiles en potencia y en acto más que gracias a la capacidad de abstracción cerebral humana. El Ser de los Seres» no escapa a esa facultad abstractiva y no existe más que por ella pues permanece siendo una abstracción, es decir, una «operación del espíritu» (Petit Larousse Illustré). Por otra parte, si existen animales (éstos forman parte de «todos los seres»), capaces de inteligencia y de abstracción, su com-

presión de los seres y de Dios — si en ello piensan — es tan valedera como la del hombre. Es así que si las termitas o las ballenas se presentan a Dios bajo la forma de un super-Termita o de una super-Ballena, su hipótesis tiene tanto valor como la de los creyentes, representándose a Dios como un super-Hombre. Y si, en cualquier otro mundo habitado existen a causa de su constitución fisco-psíquica, seres dotados de una forma de sentir y de abstraer muy diferente a la nuestra, su comprensión de Dios (si el tema les interesa) vale tanto como la que puedan manifestar los creyentes terrestres. Dicho en pocas palabras, la comprensión de Dios siendo relativa a la inteligencia de quien la concibe, llegamos a la conclusión de que, fuera de esa inteligencia, no hay existencia alguna.

Están los místicos, quienes pretenden o afirman sentir a Dios en la obra «en ellos mismos». Esos ni discuten ni razonan su fe y obtienen, — inaccesibles a la duda — una gran fuerza moral de su «revelación interior», permaneciendo indiferentes a todas las argucias de los teólogos, filósofos o casustas de toda rafea.

Se trata ahí de un fenómeno de autosugestión nacida ya sea de una imaginación apasionada, de un temperamento incontrolado, o de una extrema emotividad como acontece para los estáticos. Su caso es análogo al de esas gentes que, sin creer en una divinidad cualquiera, se dejan arrullar, subyugar, transportar por ensueños ilusorios, fantasmagóricos. El empleo de estupefacientes produce parecidos «estados de alma». Unos y otros hallan en esos «estados», una quietud que va «más allá de toda inteligencia». ¿Pero, en qué sentido tales sensaciones íntimas, personales, exclusivas, que no van más allá de las facultades de imaginación de los que las sienten, pueden favorecer la realidad de la «hipótesis-Dios?» Esas sensaciones no favorecen la «hipótesis-Dios», como no la favorecen la existencia de visionarios y otros psicópatas, quienes, adentrándose más y más por la vía de la autosugestión halucinadora, afirman haber oído o visto a Dios.

Sea cual fuere el ángulo desde el cual se aborda la «hipótesis-Dios» se revela como un producto de la imaginación humana (terror, curiosidad, explicación de fenómenos in-

comprensibles, aspiración a una perfección a menudo mal concebida, persecución de un espejismo, hecho de sugestión, etc), una creación del funcionamiento cerebral. «Nadie ha visto a Dios», declara el evangelio de Juan, nadie tampoco ha demostrado su existencia.

Se me objetará que ¿cómo puedo yo explicar la existencia del Universo o de los Universos? Contestaré francamente. En el curso de mi prolongada carrera, no he hallado más que organismos que nacen, crecen, declinan y mueren. Y no sé de que lado volverme cuando se me habla de algo no creado, de Cosa sin principio ni fin. Mi comprensión no concibe cosas que mi imaginación no puede representarse. Si la ciencia no ha «cogido por el cuello» la «hipótesis-Dios», por la sencilla razón que no se puede batir con un fantasma, ella ha resuelto numerosos enigmas. Y la Ciencia, la verdadera, no la especulativa, descifrará aún muchos otros. El espíritu curioso que vive en mi espera pacientemente el resultado de cualquier investigación, como debe hacer un hijo de la Tierra, equilibrado y sin pretensiones. Y yo rehuyo oponer una hipótesis a otra hipótesis, aunque ella tuviera la simpatía de la masa o de una élite, incluso aunque me sonriera a mi gusto por la fantasía.

Laplace no tenía necesidad de la «hipótesis-Dios» para explicar, como podía, en su tiempo y con los conocimientos que poseía, la creación del sistema solar. Personalmente hablando yo no tengo necesidad de preocuparme de ella para sentirme vivir, existir, desenvolverme intelectualmente, evolucionar físicamente, para constatar, reflexionar, meditar, obrar, reaccionar, amar y ¡ay!, sufrir. Yo no tengo necesidad para cumplir mi determinismo, de creer en la omnipotencia o en la intervención de ese producto del temor o de la ignorancia de nuestros antepasados mol informados. Yo no tengo necesidad de la hipótesis de un Dios omniprovidente («síntesis de todo cuanto existe» o Gran Maestro es-moral, no solamente para amaestrar los residuos de los instintos que me recuerdan mi descendencia animal, más aún, para realizar una vida interior profunda que me capacita para resistir a las ilusiones procedentes del exterior o de mis propios yerros. Tampoco tengo necesidad de la «hipótesis-Dios» para perseverar en el camino que me parece el más adecuado para desarrollar hasta el máximo las pocas facultades de que yo pueda estar dotado, y hacer que se aproveche de ellas el excesivamente pequeño número de afinarios cuyas ideas concuerdan con las mías. Yo no he basado mi causa más que sobre mí mismo.

# Ideas sobre educación

## VI

La educación humanista va extendiéndose simultáneamente con Italia, por todo Europa, aunque tomando en cada pueblo diferentes características y marchando a paso dispar, pero siempre basada en los nuevos métodos que dieron origen a la vida y a las relaciones humanas. El norte europeo, a pesar de que el movimiento humanista allí era un engendro de la corriente cultural italiana, carece de la exuberancia de vida que aquella llevó a las grandes aglomeraciones urbanas que produjeron hombres con el acerado temple y propósito de no cejar nunca en la investigación de la naturaleza y de la humanidad, y carece también del espíritu de individualidad que caracteriza todos los rasgos de la vida italiana de los siglos catorce y quince.

Parece como si este movimiento, en su propio país, se considerara extranjero. Compuesto de grupos de artistas y hombres de letras en su mayoría, trataba de inspirarse en contactos e ideas que le llegaban de allende los Alpes en vez de la atmósfera del ambiente que le rodeaba. No obstante, la influencia que estos hombres o grupos ejercían en todas las esferas de la actividad humana, como por ejemplo, en la religión, educación y en la marcha de la vida ordinaria, era considerable. Se puede decir que si antes de esto existía un deseo de renovación en los métodos de vida el renacimiento, aunque con unos comienzos tan inseguros como acabamos de apuntar, vino a reanimar esta corriente y a liberar las energías que al final habían de dar vida a las importantes instituciones de artes, letras, educación, etc.

Es precisamente en el terreno de la educación donde primero notamos este cambio de actitud, con el desarrollo de la clase comerciante en las grandes urbes, cuya influencia lleva el dominio en las escuelas de las manos del clero a las de los seglares; pero aunque este cambio de la dirección de la educación de unas a otras manos se considerase importantísimo porque al fin y al cabo se vencía un gran obstáculo en esta lucha por las libertades individuales, el cambio en los métodos de educación no habían de sufrir cambios considerables hasta bien avanzado el siglo quince.

El Renacimiento encuentra suelo apropiado en los Países Bajos, donde las grandes ciudades de Holanda y Flandes, gobernadas por ciudadanos que deben sus riquezas a la industria y al comercio, reflejan más que en ninguna otra parte del norte europeo, las características de las ciudades italianas y por este hecho se hallaban preparadas para recibir las corrientes culturales que animaban a las primeras y asimilar las nuevas ideas, por lo que sus progresos en el desenvolvimiento de la educación fueron considerables.

Entre los Países Bajos y sus países vecinos existían

marcadas diferencias sociales y culturales debido en gran parte en que en los primeros, desde el siglo trece las ciudades tenían bajo su control el funcionamiento de las escuelas y por esta razón cuando el siglo quince empezó a marchar con el renacimiento y hacerse sentir en la vida intelectual de los pueblos, las escuelas de los Países Bajos fueron las primeras en el norte de Europa en hacer suyas las nuevas ideas de educación.

Otras de las fuerzas que prepararon el terreno para este cambio en educación fué la aparición de un sistema de escuelas bajo los auspicios de una orden religiosa llamada los Hermanos de la Vida Común, la cual aunque una organización religiosa se diferenciaba de otras órdenes de monjes en que su ingreso en ella era voluntario y sin estar sujetos sus miembros a juramento alguno. Su fundador se llamaba Geert Groot de Deventer (Holanda) allá por el 1376 y su objetivo, la devoción a las obras de caridad. Aunque Geert Groot era un hombre de cierta cultura, sus intenciones no fueron las de que la hermandad se dedicara a los trabajos de educación; sólo al darse cuenta de que sus alumnos al asistir a las escuelas de la ciudad se hallaban expuestos a los peligros de otras corrientes morales, fué cuando empezaron la formación de residencias para estudiantes y de aquí pasaron a hacerse cargo de la dirección de las escuelas mismas. En el curso de poco más de un siglo llegaron a controlar gran parte de las escuelas de segunda enseñanza de los Países Bajos y del Occidente de Alemania.

No cabe duda de que empujados hacia una posición que ellos no se propusieron al principio, los componentes de esta hermandad realizaron una labor poderosa al introducir en los programas escolares las humanidades, dando así un gran paso en el nuevo sistema de organización escolar, y esto cuando a su vez la comunidad no tenía mayor interés en los estudios humanitarios, pues como hemos dicho antes, su interés principal radicaba en la prédica de la moral y de la religión. Ahora si tenemos en cuenta las características orgánicas de la comunidad podemos comprender, cómo sus maestros, que no todos pertenecían a la misma, dieron admisión en sus programas de estudios a disciplinas que sólo se hallaban en prácticas en las mejores escuelas italianas.

Otro de los factores que caracterizaba estas escuelas era la unidad de organización y método que reinaba entre ellas, diferentes a las escuelas italianas donde cada una de ellas era una unidad en sí, con su autoridad y su ley, tan independiente de las demás como el gobierno de la ciudad en que radicaba era del de otra ciudad cualquiera; hecho debido tal vez al gobierno autocrático de las ciudades italianas y al gobierno democrático de los burgos del norte europeo que con el tiempo vendrían a revolucionar no sólo la enseñanza, sino también las instituciones políticas y religiosas.



**El desarrollo de las escuelas en este sentido no era sin embargo patrimonio de un grupo o de una sola personalidad, sino más bien de la fuerza de las comunidades en que florecieron**

Sin embargo, hay que reconocer la obra y esfuerzos que realizaron algunos hombres tales como Alexander Hegius, el genial maestro que fué rector de la escuela de Deventer desde 1465 al 1498. Hegius no llegó a familiarizarse con los estudios humanistas hasta ya llegado a los cuarenta cuando encontró a su amigo Rudolph Agricola, que fué uno de los primeros humanistas que llevaron la enseñanza de Italia hacia el norte, pero una vez compenetrado con la nueva corriente, se aplicó con toda su inteligencia a humanizar los estudios de la escuela, dando lugar preponderante al estudio del griego. «A los griegos — decía — les debemos todo». Y como organizador su fama también es más que merecida.

Uno de los hombres que pertenecieron a la escuela de Deventer mientras Hegius se mantenía aún en gran reputación y que expuso con gran claridad las bases del humanismo aplicadas a la pedagogía fué Desiderio Erasmo o Erasmo de Rotterdam (1466-1536) como se le conoce en nuestra lengua. Erasmo era considerado como uno de los hombres de letras más famosos y de los mejores teóricos sobre educación que tuvo el primer cuarto del siglo dieciséis. La parte tan considerable que tomó en la gran controversia que sostuvieron los dos bandos de la Iglesia anterior y durante la Reforma, contribuyó grandemente a que sus trabajos sobre materia de educación quedaran un tanto en las tinieblas, no obstante su obra influenció poderosamente a la corriente que destruyó los arraigados prejuicios de la época y abrió amplio cauce en la opinión hacia las nuevas doctrinas.

Erasmo nació en Rotterdam en 1466, hijo ilegítimo de un cura y de la hija de un médico. Asistió a la escuela en Gouda y a la edad de nueve años fué enviado a la escuela de Deventer, donde según nos dice él mismo su mayor ocupación era aprender versos latinos de memoria. Al parecer también adquirió allí los primeros rudimentos de griego que más tarde en su vida perfeccionaría. Contra su propia voluntad se ordenó como sacerdote en 1492, pero pudo escapar a la práctica del oficio al ser nombrado secretario del obispo de Cambrai, con cuya ayuda económica pudo ir a la universidad de Paris a ampliar los estudios sobre los clásicos y sobre teología. Desgraciadamente el colegio a que fué destinado era uno de aquéllos que más dedicado estaba a la enseñanza escolástica, lo cual contribuyó a que el desprecio que sentía por los viejos métodos de estudio aumentara en grado superlativo. En 1499 fué invitado a visitar Inglaterra por su amigo y protector Lord Mountjoy y en esta primera breve estancia en Gran Bretaña entabló relaciones con los humanistas ingleses Linacre, Colet, Sir Thomas Moore, etc., la cual duró mientras vivió. Los seis años siguientes los pasó casi todos en Paris, y en el año 1506 consiguió realizar o ver realizado el gran sueño de ir a Italia, donde pudo completar los estudios del griego. Cuando Enrique VIII subió al trono de Inglaterra Erasmo volvió a Inglaterra con la esperanza puesta en que el joven monarca cumpliera las promesas de su juventud y llegara a ser un gran protector de las artes.

En los cuatro años que permaneció en el país en ese periodo ayudó a Colet a la reorganización de la escuela de St. Pablo como un centro humanista, y en la universidad de Cambridge enseñó griego y divinidades. Después de unos años de viajar de un sitio para otro se estableció en Lovaina donde se dedicó a fondo en el establecimiento de un colegio trilingüe anexo a la universidad, pero al estallar las pasiones con el empuje sectario que llevó a la Reforma, le fué imposible permanecer en esta ciudad teniendo que marchar a Suiza, donde pasó la mayor parte del resto de sus días sumido en la calamidad de la constante controversia, ya que como hombre de tendencias más moderadas tenía que chocar con las de ambos bandos.

A pesar de una salud no muy robusta y de una época de constante inestabilidad social, Erasmo produjo un gran número de obras que abarcaban una infinidad de temas de primera importancia. «El elogio de la locura», aunque no está dedicada exclusivamente a la educación, contiene un valioso material que contribuye al avance de las ideas pedagógicas. Esta obra iba dirigida a todas las vanidades y debilidades del género humano, ambiciones, falsos deberes tanto religiosos como sociales, egoismos, etc., sin que esta sátira formidable no azote por igual a príncipes, grandes tanto seculares como religiosos a la sociedad entera. En el ataque a los viejos sistemas vapulea a todos y a todo: métodos, maestros, edificios, en fin al conjunto de seres y cosas que hacen la vida miserable e insoportable a los que habían de aprovecharse de la educación. «Una raza de hombres de las más tristes», dice refiriéndose a los maestros, «que envejece en la penuria y suciedad de las escuelas. ¿He dicho escuelas? Prisiones y calabozos debería haber dicho» entre sus muchachos ensordecidos por el ruido, envenenados por la fétida atmósfera, pero, que gracias a su locura, completamente satisfechos en tanto que les sea posible chillar y gritar a sus aterrorizados alumnos, golpearlos y azotarlos y así dar riendas sueltas a sus crueles predisposiciones».

Erasmo consideraba que la función de la educación debería ser «primera preparar al niño para que su joven inteligencia pudiera absorber la base de la piedad, segundo, para que aprendiera a amar los estudios liberales con intensidad, tercero para que pudiera aprender los deberes que impone la vida diaria y cuarto para que desde los más tiernos años de su vida pudiera habituarse a la manera gentil de conducirse hacia los demás.»

En su libro «La educación liberal de los niños», Erasmo sienta premisas hoy universalmente aceptadas. «Primero no apresurarse, pues los conocimientos se adquieren fácilmente cuando se ha llegado a la propia edad para ello; segundo evitar cualquier dificultad que pueda darse de lado sin peligro, o al menos aplazarla para cuando llegue la oportunidad; tercero, cuando no haya más remedio que afrontar la dificultad de que hablamos, hacer que el niño la afronte gradualmente y con el máximo interés que pueda despertarse en él.» Consideraba que el material de enseñanza debería agruparse de manera que el niño pudiera ir salvando las dificultades que se le presentaran sin darse cuenta de ello, a su manera y no por un rígido método impuesto sin respeto al estado y capacidad de los alumnos. Sus teorías aceptaban la evaluación de la razón aristotélica como guía poderosa de la naturaleza humana. El fin de la educación es ayudar al ser humano a gozar profundamente la

vida; pero como tanto la naturaleza y la capacidad del ser humano varían de una persona a otra, la educación no puede obtener éxito si se aplica en conjunto sin tener en cuenta las características de cada individuo.

Si bien podemos considerar que Erasmo (como otros genios antes que él y después que él), por su concepciones en muchos sentidos se hallaba más avanzado de lo que lo estaba su época, hemos de tener presente que él no se proponía sentar nuevas bases ni métodos, sino que no hacía otra cosa que poner de relieve una vez más las ideas de los grandes maestros. Al mezclar estas ideas con la filosofía del humanismo llegó a la consideración de las necesidades y características del alumno como individuo, de aquí que no pudiera aceptar como humana o fructífera la vida cruel y sin aliciente del sistema escolar que el mismo había tenido que soportar cuando niño y que aún reinaba muy a sus anchas en las escuelas del siglo dieciséis. «Hagamos todo lo posible para que la vara que usemos en la escuela sea la del ejemplo y la de la crítica a la cual el hombre libre debe obedecer; que nuestra disciplina esté basada en la bondad y no en la venganza. La vara no debe usarse más que en casos extremos y solo después de haber agotado toda paciencia y esfuerzo del maestro, y si se hallara que el alumno ni tiene cualidades ni interés para los estudios, no debe forzarse para que continúe en ellos.»

Los sostenedores del sistema establecido no prestaron interés alguno a las ideas de Erasmo y tanto tutores como maestros, mal preparados y peor educados, se aferraron a su «morus vivendi» e hicieron caso omiso a la llamada de sus conciencias si éstas despertaron alguna vez. Esta actitud hubo de reconocerla el mismo Erasmo y este obstáculo al progreso de la educación le llevó a la convicción de que la educación debería ser incumbencia pública. Desde luego esta idea no era nada nueva, pero para su época resultaba ser ultraavanzada. Erasmo creía que la educación era tan importante para la nación como la propia defensa militar, cosa no aceptada aun en su propio país; aunque desde luego él no aspiraba a cambios bruscos y esperaba que el Estado, la iglesia y las instituciones libres, mancomunando sus esfuerzos cubrieran esta necesidad.

En uno de sus libros Erasmo hace remarcar que la enseñanza debe empezar a una tierna edad, preferible antes de los siete años, no sólo para inculcar en el niño la costumbre y el hábito en los estudios, sino en una palabra, para no darle la oportunidad de imitar malos ejemplos. En este sentido dice que más bien arriesgaría la salud del niño que la educación de éste; pero él no se harta nunca de repetir que la presión en la forma estricta de disciplina es detestable. Tales métodos, dice, son la antítesis de una educación liberal y en todo momento debe de existir extrema consideración hacia las habilidades e intereses de los alumnos.

### En Inglaterra

El Renacimiento en Inglaterra penetra a marcha lenta y por lo que respecta a las escuelas puede comprobarse que éstas van cambiando o adoptando los nuevos métodos despacito, sin cambios bruscos, empleando un largo periodo para ello, hasta que llegan a hacer suyas muchas de las ideas humanistas. Pero hay quien insiste en que en Inglaterra no hubo Renacimiento, sino más bien un cambio de actitud en métodos y disciplinas. «La

verdadera virtud de lo que se conoce como Renacimiento, está mejor expresada por la palabra Humanismo. No es la introducción del griego o la imitación de Cicerón, la preferencia por los estudios de la gramática sobre la dialéctica, o por los detalles de filología en vez de las delicadezas de la lógica, lo que constituye el Renacimiento. Se trata de la sustitución de la divinidad por el Humanismo, de este mundo por el próximo como una forma de vida y por tanto de educación, lo que diferencia a los humanistas de sus predecesores. Durante mil años la atención del mundo educado había sido concentrada en su estado final o en lo que se temía seguiría a este. El objeto de la cultura no había sido la vida sino la muerte, es decir, no la forma de prepararse para la vida sino para la muerte, éste era el solo objeto de la educación. El progreso humanista consistía en la adopción del dogma: «El estudio más noble del género humano, es el hombre», nos dice un autor contemporáneo.

Sea como fuere, y a pesar de un tono menos vivido que en otros pueblos de la corriente renacentista, Inglaterra poseía un grupo de humanistas que podía compararse con grandes ventajas a los demás humanistas del mundo, entre ellos se contaban John Colet, Thomas Moore, Elyot, etc., quienes no sólo resplandecían con luz propia, sino que alumbraron a tan grandes hombres como Erasmo, Vives y muchos otros. Erasmo, escribiendo de sus contactos con algunos de ellos dice: «El aire de Inglaterra es suave y delicioso. Los hombres son sensatos e inteligentes. Muchos de ellos son sabios sin ser superficiales. Conocen sus clásicos, y tan profundamente que yo he perdido poco con no ir a Italia. Cuando Colet habla es lo mismo que si estuviera escuchando a Platón. Linacre es un pensador tan profundo y agudo como yo no he encontrado nunca. Grocyn es una mina de conocimientos y la naturaleza no ha formado nunca una disposición más graciosa y feliz que la de Thomas Moore.

John Colet era Dean de San Pablo, un hombre rico, y aunque no estuviese versado en griego su amistad con Erasmo y con los hombres del movimiento humanista, muestra que senta gran amor por la corriente de ideas que estos hombres sustentaban. En 1509 fundó la Escuela de San Pablo según los métodos típicos de una escuela del Renacimiento. Para ello puso toda su fortuna en una compañía de depósito (Mercer's Company) que fundó a este fin y redactó estatutos de organización y administración sin que se le escapara el más nimio detalle. En esta época se hallaba Erasmo en Inglaterra en una de sus visitas y dadas sus íntimas relaciones con Colet no tiene nada de extraño que contribuyera a los planes de la escuela en lo que se refiere a métodos y libros de texto.

### Sir Thomas Elyot

Sir Thomas Elyot (1490-1546) escribió sobre educación a pesar de que ni era cura ni profesor, admitiendo siempre la deuda que en este respecto debía a Erasmo y a Moore. Elyot se casó con Margaret Barrow, un alumno de la escuela de Moore, quien seguramente contribuyó a la formación de sus ideas sobre educación. Su obra principal, «The governour», aunque se basa en la educación y crianza de nobles y príncipes, su contenido, no cabe duda, aplica en general al conjunto de la sociedad. El libro parece reflejar el ambiente de la época

cuando las clases altas no consideraban el saber ser tan estimable como lo habían considerado medio siglo antes. La educación al parecer no se estimaba necesaria más que para los clérigos y ciertos puestos oficiales. Esta obra, como muchas otras escritas en el mismo periodo por hombres eminentes de otros países, sobre el mismo patrón, estaba llamada a persuadir a los poderosos de que la educación era la mayor riqueza de un pueblo. Elyot aceptaba las ideas de una profunda educación liberal, y recomendaba la protección del alumno contra toda influencia nefasta, haciendo resaltar los peligros que llevan apareados los excesos en las emociones y ocupaciones físicas y manuales. Concebía y exponía los principios pedagógicos humanistas tal y como los habían expresado sus predecesores. Como entrenamientos creía que el programa escolar debería incluir la música, el dibujo, los juegos y otras artes manuales, todo de acuerdo con el interés y aptitudes de los alumnos, pues, decía: «una vez adquirida la habilidad en el manejo y uso de un objeto, aunque éste no se haya tomado como un fin, siempre será de provecho en la vida futura.

Como Erasmo y demás humanistas de la época, Elyot se lamentaba de las pobres cualidades de los maestros, haciendo culpables de esta pobreza de saber a los padres quienes no se tomaban interés en exigir un nivel cultural más elevado en aquellos a quienes iba a serles confiada la educación de sus propios hijos. Y exclama: «¡Dios mío, cuántas buenas y claras inteligencias de niños perecen hoy día sólo por culpa de maestros igno- rantes.»

En Inglaterra, el libro de Elyot se consideraba de gran importancia, además por ser Elyot el primer humanista inglés que escribió sobre educación y por usar la lengua vernácula al mismo tiempo.

### Juan Luis Vives

Juan Luis Vives, valenciano, nació en 1492, y aunque de su juventud o niñez y adolescencia poco se conoce, se cree que a los 17 años salió de España un poco precipitado «porque la Inquisición desplegaba más actividad que la que él pudiera desear». De España fué a París e ingresó en la universidad de esta capital. Aunque en sus primeros años de estudiante fuero un entusiasta del escolasticismo, cuyas bases formaban el plan de estudio de la universidad parisina, en los tres años que permaneció en París llegó a familiarizarse con los escritos de Erasmo y abrazó el humanismo. París no le atrajo por lo bullicioso y por el temperamento de sus habitantes. De allí se trasladó a Brujas, donde se estableció y a donde volvió siempre después de sus más o menos largas estancias en otros países. En 1519 se le halla en Lovaina, donde fué nombrado profesor de la universidad de esta ciudad y donde entró en contacto personal con el gran Erasmo, que también pertenecía al profesorado de dicha universidad. No cabe duda de que Erasmo ejerció gran influencia sobre Vives, primero a través de sus escritos, y después por sus estrechas relaciones.

Vives pasa a Inglaterra y en Oxford es nombrado doctor en leyes, en el Colegio de Corpus Cristi, donde enseñaba filosofía. Su primera obra sobre educación la escribió para su alumna, la princesa María de Inglaterra: «Método para la instrucción de las niñas» y «Educación

de la mujer cristiana», en la que aboga por la educación del sexo «inferior». La acogida que recibió el libro la revela el hecho de que se publicaran infinidad de ediciones del mismo en un corto lapso de tiempo. «Educación de la mujer cristiana» es la obra más importante entre un número de ellas que aparecieron en el siglo dieciséis sobre la educación de la mujer. Al declarar que la educación debería ajustarse a la mujer como a un verdadero asociado en el dominio del conjunto de la vida, Vives se colocaba muy en la vanguardia de su tiempo. La obra estaba dedicada a Catalina de Aragón, su protectora, quien siempre trató a Vives como tutor de su hija, como hombre de extraordinaria inteligencia, como compatriota y también por la entereza que mostró defendiéndola en el litigio de su divorcio contra Enrique VIII, con gran respeto y benevolencia.

«El primer objetivo de la educación — decía — es conducir al alumno hacia el bien por medio del estudio de los grandes maestros y por el ejemplo diario de los que están encargados en suministrarla». Vives y Erasmo coincidían en muchas de sus ideas, pero esto no quiere decir que las ideas de Vives fueran un remedo de las de Erasmo. Todo lo contrario, en cuestión de Educación es más profundo y original que Erasmo. Vives puede decirse, fué el primero de los grandes pensadores que han escrito sobre educación, que trató de aplicar la psicología al estudio de ésta. Mientras que los educadores que le precedieron se habían encerrado en el círculo de las disciplinas a ser enseñadas y circunscrito sus consideraciones de métodos al proceso de enseñar tal y como estaba determinado por materia que trataban, Vives se adelantaba con la concepción revolucionaria de la educación como principio de un proceso de aprender determinado por la mente del educando.

En otro de sus libros explica por medio de un análisis ilustrada de la forma en que la memoria puede ser educada por medio de un método ordenado de los hechos y por la asociación de las razones con lo que se enseña. «El proceso de aprender — dice hablando de psicología — va de los sentidos a la imaginación y de ahí al cerebro del que es naturaleza y vida. Así el progreso va de los hechos individuales a los grupos de hechos, de los hechos individuales a lo universal. Esto debe ser notado en los niños. Los sentidos por tanto, son nuestros primeros maestros en cuya casa se halla encerrado nuestro cerebro.»

La pasión que Vives pone en los estudios psicológicos le hace superior a todos los humanistas de su tiempo cuando escribe sobre educación. Esta disciplina le lleva a hacer resaltar la individualidad del alumno y en sus consejos sobre la forma de conducir una academia para niños, dice que los maestros deben reunirse en privado y discutir las cualidades mentales de cada alumno y determinar las disciplinas más apropiadas para cada uno de ellos.

Para la mejor adaptación de la capacidad individual, Vives consideraba que para la enseñanza de las lenguas clásicas debería hacerse uso de la lengua maternal del alumno. «El maestro — nos dice — debería tener un conocimiento exacto de la lengua vernácula del alumno para de esta forma poder enseñar más correcta y fácilmente las lenguas que enseña, pues al menos que él

pueda hacer uso de las palabras que encajan debidamente en el asunto que trata, seguramente dará una interpretación falsa de lo que explica.»

Referente al uso de la literatura vernácula en las escuelas, la actitud de Vives difiere mucho de la de Erasmo sobre este particular, pues éste no creía más que en el estudio de las lenguas clásicas, única manera de poder llegar a un medio de comunicación universal. En lo que respecta a los progresos que la educación podría realizar por el contacto con los hechos de la vida diaria, Vives fué único entre sus contemporáneos al darle a este asunto la importancia que merecía. «El estudiante — dice — no debe avergonzarse de entrar en los

talleres y fábricas a hacer preguntas a los artesanos para conocer los detalles de sus trabajos. Antes los hombres cultos desdeñaban el inquirir sobre estas cosas, que son de tan vital importancia para aprender y recordar. Esta ignorancia se desarrolló hasta nuestros días, de forma que hoy sabemos más de los tiempos de Cicerón y de Plinio que de los tiempos de nuestros abuelos.»

De esta manera Vives se aleja un tanto de los humanistas, marcando la pauta a aquéllos que desde entonces han recogido el material de educación, no de las explicaciones teóricas de las aulas, sino de la viva experiencia de los hechos reales.

JUAN RUIZ

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### INVIERNO

Es invierno. El sol de enero  
traza su curva pequeña...  
que se alzaré poco a poco  
y nos traerá la Primavera.

La banda municipal  
se instalará en la glorietta.  
Mientras... el viejo murió  
— el día de Nochebuena,  
aquel viejo que soñaba  
doradas lejanas fiestas —  
Los soldados serán otros,  
serán otras las niñeras,

y serán otras las flores  
de parterres y macetas...  
Allá, el reloj, inmutable,  
con dos campanadas suena.

J. ELBAILE

# THOREAU

---



---

 Y
 

---



---

# HUDSON

**C**ASO por demás curioso es que los dos grandes naturalistas libertarios de América fueran de origen neo-inglés. Thoreau nació en Concord, la Atenas de América. Los padres de Hudson eran de cerca de este último lugar y emigraron al «verde mar del mundo» (las Pampas) por razones de salud.

El doctor Fernando Pozo, «profeta de Hudson en el Nuevo Mundo», fué quien redescubrió a Hudson, difundiendo sus escritos y localizando en 1929 la estancia llamada «Los veinticinco ombúes», cerca del arroyo Conchitas, a dos leguas del Río de la Plata y en el partido de Quilmes, lugar de nacimiento del gran naturalista pampeano. Fácilmente podemos figurarnos la atracción que en 1844 tendría para los indómitos gauchos el panorama de aquella colección de ombúes, pues aunque...

*No hay allí bosques frondosos,  
pero alguna vez asoma  
en la cumbre de una loma  
que se alcanza a divisar,  
el ombú solemne, aislado,  
de gallarda, airosa planta  
que a las nubes se levanta  
como el faro de aquel mar.*

cual poetiza el gran bardo nativista argentino Luis L. Domínguez.

Aunque de más larga existencia que Thoreau (1817-1862) fué mucho más corta la vida de Hudson (1844-1922) en vibración naturalista. A los 33 años emigró al inhóspito Londres, mientras que Thoreau permaneció siendo raíz y carne del suelo donde nació y murió. Enfocándolo ante el nuevo análisis de J. Mafud en «El desarraigo Argentino», Hudson aparece como un desarraigado, habiendo trocado la selva de ladrillos y ce-

*En el centenario del nacimiento de Thoreau, celebrado en Londres en 1917, proclamó W. H. Hudson en un mitin público: «Cuando venga el bicentenario será comprendido como una gran personalidad en la vanguardia de los poetas.» — (Citado por W. Harding en «Thoreau Handbook».)*

*Cuando oigo a personas que dicen que no han encontrado el mundo y la vida tan gratos e interesantes como para amarlos, o que miran tranquilamente su próximo fin, creo que nunca vivieron de verdad. De mí puedo decir que el embeleso que la naturaleza me produjo no se disipó jamás. Esa felicidad no me abandonó nunca, y en las peores épocas de mi vida en Londres, encerrado, enfermo, pobre, sin amigos, siempre pude sentir que, a pesar de todo, era infinitamente mejor ser que no ser. —Hudson. (Citado por Luis Franco en «Hudson a caballo».)*

mento londinense por la ilimitada belleza y libertad de la Pampa grandiosa. «Lo curioso y que no deja de llamarnos la atención — asevera Lucilo Ortiz — es que se dirigiera a un país donde la industrialización cobraba día a día mayor importancia y ganaba todos los ámbitos de la vida civilizada.»

Hudson, a la edad que dicen murió Cristo, pecó de ingenuidad creyendo hallar en Inglaterra un refugio contra la invasión pampeana, contra el fraccionador alambrado y el grito de Sarmiento: «¡Cerquen, no sean bárbaros!», al gauchaje refractario. Aun hoy, mañana y siempre existen y existirán visiones campestres sudamericanas y, vale decir, rioplatenses, donde el más humilde naturalista de libre idiosincrasia, vibre ante el cosmorama natural a la manera reclusiana. Hudson padecía de italofofia contra la emigración peninsular rotulada por él «destructora de pájaros». Ido ya Hudson, aún siguen con sus trinos los horneros, teru-teros, ratoneras, cachulitas, chingolis, benteveos, tordos, pinchos, churrinches, calandrias, cardenales, torcacitas, picaflones, zorzalls, jilgueros, tijeretas, siete colores, carpinteros, gorriones y demás avifauna rioplatense, todos esos pájaros nuestros poemizados por Juan Burghi. No sólo los italianos, sino todos los seres no importa de qué «nación» sean, insensibles, destruyen o encarcelan a los pájaros. El mismo Hudson los cazaba de chico. Mas el hombre inteligente, rechazando el crimen pasado, comprende y entona:

*el «Mea Culpa» de los actos cruentos...  
por el pájaro muerto, por el pájaro herido,  
por el que hemos privado del amor de su nido.*

Es más que posible que Hudson sintiera la «morriña» gallega, enfermedad viajera que padecen hasta los hijos de los galaicos y que, luego en la «madre patria» (?)

volviera a sentir por el bien perdido (en este caso la región pampeana), la «saudade» lusitana. Hudson ya no pudo hacerlo, era ya tarde. «Indudablemente — nos dice Graham —, Hudson sufrió de saudades toda su vida... Su espíritu siempre estaba en los pasados días de su juventud, transcurridos en las llanuras argentinas.»

Thoreau no llegó a vivir un mes en Nueva York y eso a la temprana edad de los veinte, adonde recién salido del colegio lo impulsó la miseria económica. Intuyó en seguida aquello que Hernández pone en boca de su Martín Fierro.

*¿Dónde irá el güey que no are?*

y escribió que el hombre que no encuentre toda la felicidad en el lugar donde nace, difícilmente la hallará en otras partes. Nos referimos a la felicidad como alegría del vivir.

Comentaristas y biógrafos rioplatenses e ingleses de Hudson parecen haber pasado por alto que la obra escrita de este pensador es de pura «saudade» o añoranza hacia su lugar de nacimiento. Su obra cumbre, «Allá lejos y hace tiempo» es la autobiografía de su infancia escrita siendo un anciano. «El naturalista en el Plata», «Días de ocio en la Patagonia», y «Pájaros del Plata», son reminiscencias del pasado, basadas en apuntes o reflexiones del mismo. Cuatro libros hermosos y dignos de ser leídos, como así sus cuentos encabezados por «El Ombú». Asevera cuanto vamos diciendo el desconocimiento de Hudson por los naturalistas — excepto el clásico Azara —, rioplatenses de la talla de un Marcos Sastre, al que nunca menciona, autor de la gran obra «El temple argentino», por demás hermosa descripción reclusiana del Delta. En todos sus otros libros sobre naturalismo inglés, Hudson abunda en párrafos y hasta en páginas sobre estas latitudes y en «La tierra purpúrea» dedicada a la Banda Oriental, novela filosófica, desde la vetusta Inglaterra tiende a destacar y ensalzar la vida de aquí en comparación con la de allá. Vese que Hudson es un exilado y en la prisión de su exilio produce sus obras liberadoras. En esos cuatro libros hudsonianos está el sedimento libertario de la filosofía primitivista, que considera el naturalismo a-civilizado el «medium» propicio para el desarrollo de la libertad. Sus rudimentos están al alcance de cualquier párvulo: carecía la pampa precolonial de fronteras, de amos de esclavos, de dinero de iglesias, de propietario y el pampa o el ranquel en cualquier lugar podía, como el hornero, levantar su nido, sin temor al desalojo.

Desde luego, esos cuatro libros escritos en un idioma ajeno al medio — el inglés — no pueden compararse en raigambre a las cuatro primeras producciones de Thoreau, escritas en idioma local — el inglés, en este caso. — Tanto el clásico universal «Walden», como las excursiones «Una semana», «Cabo Cod» y «Los bosques del Maine» surgen poderosos y arraigados como cedros itálicos y ombúes pampeanos.

Omitiendo lo que aquí decimos, el notable escritor argentino, Ezequiel Martínez Estrada, conocido autor de «El cuadrante del pampero» y «Radiografía de la Pampa» tiende a ensalzar, tanto en su hermosa biografía «El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson» como en su prefacio a «El naturalista en el Plata», el primitivismo hudsoniano acentuándolo frente al naturalismo thoreoviano. «En este filósofo de los bosques — escribe Estrada — hay todavía patentes resabios de la vida urbana — es un prófugo — aun cuando reacciona contra ella; hay el gusto del hogar, de la cabaña en Walden, del seto de habas que cultiva, de su mobiliario rudimental. Hudson no necesitó ni eso. Quince años vivió a lomo de caballo, ambulando de rancho en rancho, sólo con su cabalgadura bajo el sol y la lluvia, con sus alforjas de linyera, atestadas de plumas, cueros y libretas de apuntes». Todo esto, desde luego, suena a hueca, cuando se piensa que Hudson se retirara a «cuarteles de invierno» en la plenitud de su juventud, yendo a parar a miles de kilómetros de sus vagabundeos. Por su parte, Thoreau nada tenía de misántropo o ermitaño, aunque entendiéndose que en el naturalismo reflexivo radica el bien preciado de la libertad. Si uno de sus libros se titula «Pájaros de nueva Inglaterra», otro lo es «Hombres de Concord». En Thoreau nada hay de novelado, no escribe para pasar el tiempo, sino para bien vivir ese tiempo. Todas sus vividas líneas tienen fuerte sabor autobiográfico. La diferencia con el naturalista sureño (mejor fuera calificarlo de oriental por su larga permanencia en Inglaterra) radica en su entronque y arraigo en el lugar donde vió la luz primera y en su fidelidad a los parajes de siempre hasta el último suspiro.

Amemos a la naturaleza y al ser humano, producto de ella. En uno solo de sus libros, «La vida de un pastor», denuncia por boca de un protagonista a la esclavitud del agro, silenciándose luego Hudson sobre los padecimientos del hombre. Su esteticismo naturalista es más contemplativo que militante. Thoreau no es sólo el denunciador de la tiranía del Estado en «Desobediencia civil», sino que es el valiente defensor de los fueros humanos en «Defensa de J. Brown», «Los últimos días de J. Brown» y «Después de la muerte de J. Brown», toda fresca la rebelde hazaña de Brown en Harper's Ferry en pro de la liberación de los negros.

El liberalismo ha tenido en Thoreau la acentuación del aspecto naturalista, pues toda su obra se basa en ello; mientras que otros pensadores le dedicaron un solo libro, cual ejemplariza Kropotkin en «El apoyo mutuo», o lo incluyeron en sus estudios geográficos, como es el caso de E. Reclus. Si Nefflau se dedicó al historicismo, Thoreau lo hizo «hasta el caracú» en el naturalismo. También en menor parte, pero con singular belleza el quilmerno Hudson aportó su grano de arena.

W. MUÑOZ



## Principios elementales de socialismo auténtico

1º.—El hombre, para vivir en sociedad y participar de sus beneficios, debe, si es apto, trabajar.

2º.—El trabajo debe ser útil; jamás ha de consistir ni en la usura, ni en la especulación, ni en el monopolio, sino en la producción de objetos adecuados a la satisfacción de las necesidades reales propias y ajenas.

3º.—Para trabajar son necesarios los medios de producción: la tierra, máquinas y talleres, y las materias. Por tanto todas estas cosas deben ser comunes y estar a disposición de cada uno.

4º.—El trabajo no debe ser una fatiga puramente manual y mecánica, sino manual e intelectual al mismo tiempo, y proporcional a las fuerzas del hombre. Toda distinción de clase debe desaparecer. Médicos, ingenieros, técnicos, especialistas, secretarios, albañiles, etc., no han de gozar ni de mayor retribución, ni superioridad, ni preferencia social alguna.

5º.—El trabajo se hará, generalmente en asociación. Estando los instrumentos de trabajo en posesión de las diferentes asociaciones, vienen así a quedar a disposición de todos los trabajadores.

6º.—Las condiciones de trabajo serán discutidas y establecidas en cada asociación, federada como estará con las de otra localidad, con las que consultará y convendrán amistosamente lo que convenga al bien general.

7º.—El cambio de los productos se hará directamente entre las asociaciones, sin intermediarios, monopolios ni especulaciones. No será necesaria la moneda como medio de acumular riquezas.

8º.—No debe existir clase gobernante. Nadie, que pueda disponer de la libertad, de los bienes ni de las personas. Las asociaciones, del mismo modo que se pondrán de acuerdo sobre intercambios y otros asuntos, podrán establecer modos prácticos para resolver las diferencias sociales y prevenir los delitos.

9º.—La independencia, dentro del respeto, del individuo, no hará diferencia de sexo ni de posición. Los menores dependerán, naturalmente, por vínculos de afecto, de aquellas personas que disfrutea de él, en cuyo primer lugar se encuentran los padres.

**Pronto, la colección de «Cénit»  
en cinco tomos.**

**Más de 700 firmas de  
diferentes naciones y de todas  
las razas.**